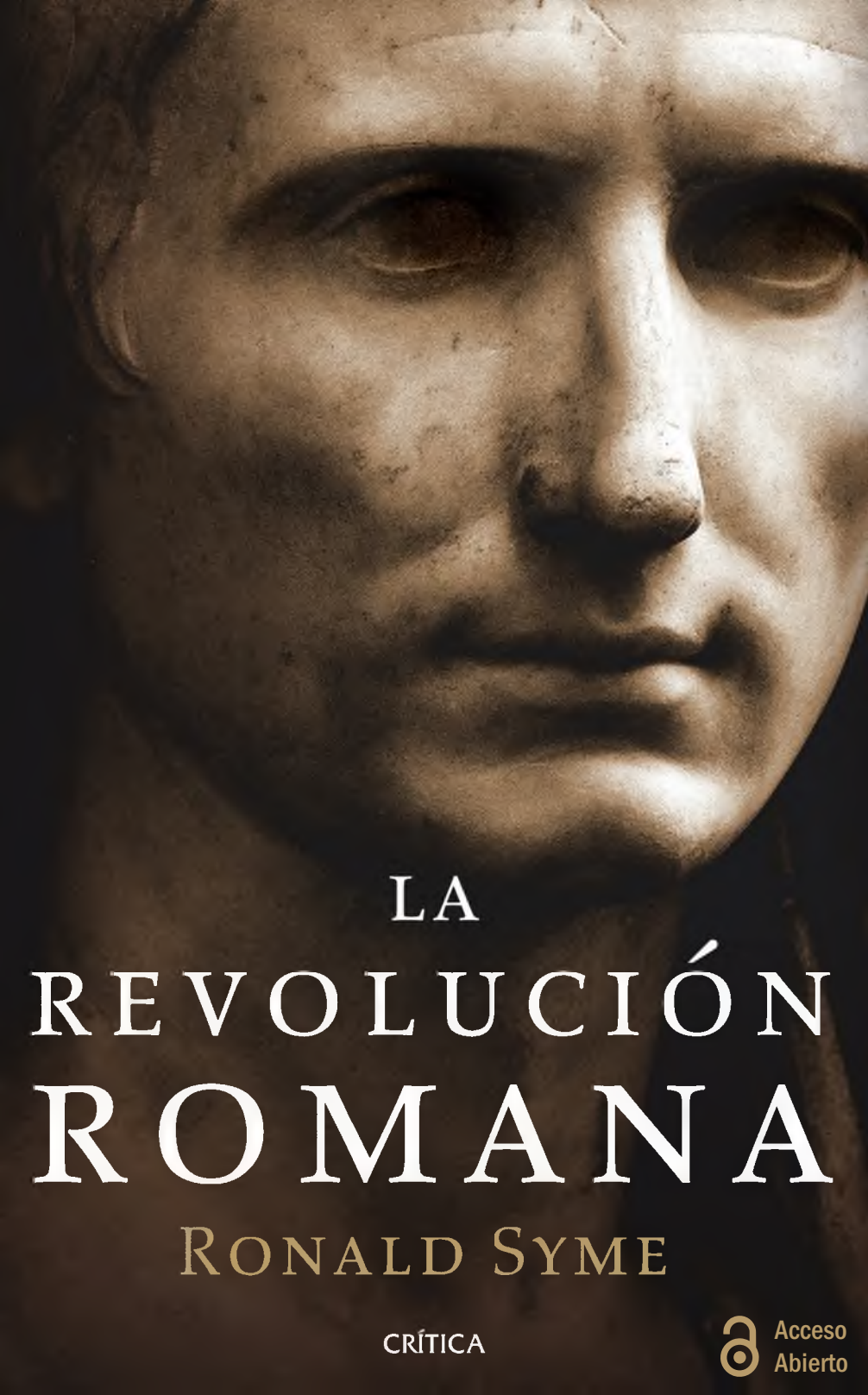


LA REVOLUCIÓN ROMANA

RONALD SYME

CRÍTICA

Acceso Abierto

LA REVOLUCIÓN ROMANA

RONALD SYME

En *La revolución romana*, un clásico de la historiografía del siglo XX, Ronald Syme estudia la transformación del Estado y de la sociedad en Roma en los años del fin de la República y del inicio del Imperio, cuando se produjo «una violenta transferencia del poder y la propiedad». En el centro de este proceso está la figura de Augusto; pero Syme no quiso poner el acento en su personalidad y en sus actos, que analiza críticamente, sino mostrar, a la vez, «las acciones de sus seguidores y partidarios», de la oligarquía gubernamental, convertida en el auténtico protagonista. En el prólogo a esta nueva edición, el profesor Javier Arce señala que este enfoque convierte el libro en «una historia comparada, una historia militar, una historia de las mentalidades que es además política, social, de la administración y del derecho, de la familia, del matrimonio y de la mujer. Historia pura, escueta, fiable».

creative commons

Sir Ronald Syme (1903-1989) comenzó su carrera académica en Nueva Zelanda, estudiando en las Universidades de Victoria, Wellington y Auckland, y después en Oxford, donde fue *fellow* del Trinity College (1929-1949) y Camden Professor de Historia Antigua del Brasenose College (1949-1970). Una vez retirado fue nombrado *fellow* del Wolfson College. La segunda guerra mundial le llevó a Belgrado primero y a Ankara después, al servicio del gobierno británico, para terminar siendo profesor de Filología Clásica en Estambul (1942-1945). Fue presidente del Consejo Internacional de Filosofía y Humanidades, miembro del Institut de France, obteniendo la Orden del Mérito y la medalla alemana Pour le Mérite, además de otros muchos honores. Viajero infatigable, recorrió las antiguas provincias del Imperio romano, muchas veces a pie, y resultado de sus recorridos por Anatolia fue su obra *Anatolica. Studies in Strabo* (1995), indispensable para conocer la geografía antigua de la región. Sus numerosos libros, además de *La revolución romana*, incluyen una exhaustiva monografía sobre el historiador Tácito (1958), *The Augustan Aristocracy* (1986), *Élites coloniales* (1958, 1993), *Emperors and Biography* (1971), *History in Ovid* (1978), *The Augustan Aristocracy* (1986), y *The Provincial at Rome* (1999), además de los 200 artículos científicos recogidos en sus *Roman Papers* (1979-1991), que son un modelo de erudición y precisión histórica. Viajó varias veces a España y escribió algunos estudios fundamentales para conocer las guerras cántabras dirigidas por Augusto y por sus generales, las relaciones entre Adriano e *Itálica*, o las élites coloniales de *Tarraco* o *Corduba*.

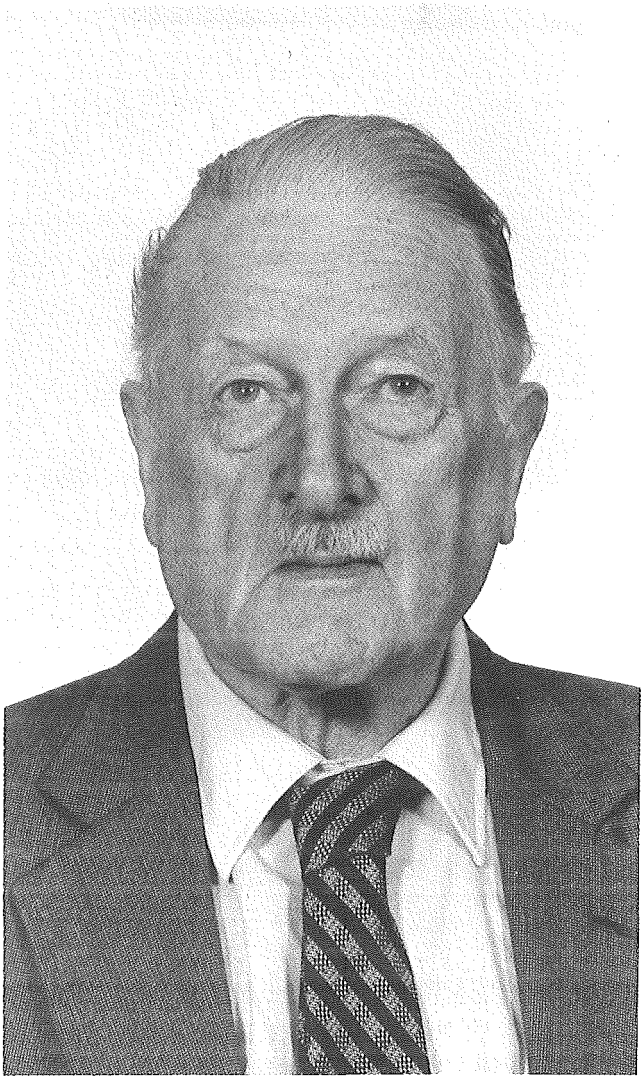
RONALD SYME

LA REVOLUCIÓN ROMANA

Prólogo de
JAVIER ARCE

Traducción
Antonio Blanco Freijeiro

CRÍTICA
BARCELONA



Fotografía cortesía de Javier Arce.

Primera edición: noviembre de 2010
Primera edición en rústica: octubre de 2011

Título original: *The Roman Revolution*

THE ROMAN REVOLUTION FIRST EDITON was originally published in English in 1939. This translation is published by arrangement with Oxford University Press

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de la cubierta: © Album

Composición: La Nueva Edimac, S.L.

© 1939, Oxford University Press
© 1989, de la traducción Antonio Blanco Freijeiro
© 2010 del prólogo: Javier Arce
© 2010 de la presente edición para España y América:
CRÍTICA, S. L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Creative Commons

e-mail: editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
ISBN: 978-84-9892-254-7
Depósito legal: M. 31.772 - 2011
Impreso en España
2011. – Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Parentibus optimis patriaeque

PRÓLOGO

El día 2 de septiembre del año 31 a. C. tuvo lugar una batalla en las costas del mar Jónico, en Grecia, que enfrentó a dos flotas romanas: la que mandaba Marco Antonio y la que estaba a las órdenes de Octaviano. En la historia se conoce como la batalla de Actium, por el promontorio que domina el golfo de Preveza donde se desarrolló el combate. Y se conoce también porque en ella huyó la flota de la reina de Egipto, Cleopatra, que ayudaba a Marco Antonio, lo que provoco igualmente la huida de éste. Fue un enfrentamiento entre romanos, una auténtica guerra civil, aunque Octaviano procuró presentarla ante el Senado de Roma como un conflicto contra una reina enemiga y extranjera. Así se justificaba y se conseguía la autorización de los senadores que entendían que, según las leyes romanas, una guerra contra un país extranjero era una guerra justa (*bellum iustum*) mientras que una guerra entre romanos, una guerra civil, era un *bellum iniustum* y, por tanto, no hubiera sido autorizada. Porque en realidad lo que realmente deseaba Octaviano era eliminar a su rival Marco Antonio y a sus partidarios, a ese Marco Antonio que había sido cónsul, miembro de un triunvirato con Octaviano, vencedor en Philipos de los asesinos de Julio César, aunque ahora casado con Cleopatra y padre de sus hijos.

Esta victoria cambió el rumbo de la historia. Para Octaviano, que había sido adoptado como heredero por Julio César con el nombre de Caius Julius Caesar Octavianus, comportaba el final de una larga etapa política y la culminación de su carrera, a la vez que el comienzo de su poder omnímodo en Roma y en las provincias. La explotación de la victoria de Actium fue total: se erigieron monumentos conmemorati-

vos en el lugar de la batalla, en Roma y en las provincias, se fundó una nueva ciudad en el escenario mismo del enfrentamiento, ciudad que se llamó significativamente Nicópolis («ciudad de la victoria») y en cuyo territorio se distribuyeron tierras para los veteranos de la guerra, terminando con la ceremonia del triunfo en Roma. Poetas y escritores se deshicieron en elogios hacia el triunfador que, dueño de la situación en solitario en Roma, pudo gobernar a su antojo basándose en su inmensa *auctoritas*, prestigio y supremacía sobre todos los demás.

Este hombre, que desde la muerte de su padre adoptivo se proclamaba a sí mismo «hijo del divino Julio César», fue aclamado poco después de Actium, en una sesión del Senado del año 27 a. C., como *Augustus*, quedando constituida su titulación como «Imperator Caesar Divi Filius Augustus» y así se le conocerá a partir de entonces: Augusto, el primer emperador de Roma.

El libro de Ronald Syme, *La revolución romana* (*The Roman Revolution*) es un estudio sobre la carrera política de este personaje central en la Historia romana y europea. Se publicó en Oxford en 1939, una fecha que, como veremos, no deja de ser significativa, y constituyó inmediatamente una verdadera revolución en la historiografía de la Historia de Roma y en especial de la de Augusto. Las razones son varias: por un lado porque su autor, a lo largo de su estudio y por el método elegido para desarrollarlo, logra cambiar completamente la visión que se tenía de Augusto y de su gobierno, mostrando y evidenciando los medios que utilizó para conseguir el poder y mantenerse después en el mismo. Por otro, debido al estilo que utiliza en su discurso histórico y por su compromiso ideológico y político, que consigue «actualizar» la figura de Augusto en el contexto en el que fue escrito el libro (finales de los años treinta), que correspondía a momentos de la historia europea que contemplaron la ascensión de las dictaduras (del fascismo, del régimen soviético y de las de Franco, Hitler y Mussolini). Es cierto, y por otro lado lógico e inteligente, que Syme no mencione en ningún momento a ninguno de estos personajes de forma directa. Syme hace historia romana exclusivamente, historia que, en este caso, demuestra ser un paradigma. Pero no cabe duda de que tiene en la mente el contexto contemporáneo y a él hace referencia indirectamente. En un momento de su prefacio dice expresamente: «no hay necesidad alguna de encomiar el éxito político, ni de idealizar a los hombres que alcanzan la riqueza y los honores por medio de una guerra civil» (p. 2). Y lo dice precisamente porque mucho de lo que se había

escrito sobre Augusto era panegírico, ingenioso o edificante, y era hora de reaccionar —dice— «contra el modo "tradicional" y convencional de ver este período» (p. 2). La alusión a la admiración de Mussolini por Augusto como un emperador «edificante» es obvia, así como también a la bibliografía anterior sobre el primer emperador, en Alemania o en otros países, que ensalzaba su figura con admiración y exaltación panegírica. Pero las referencias a la Italia fascista son más evidentes y claras en algunos de los títulos de los capítulos del libro. Por ejemplo, «La primera marcha sobre Roma» (IX), «*Tota Italia*» (XX), «*Dux*» (XXI), «El programa nacional» (XXIX), «El encauzamiento de la opinión pública» (XXX), todos ellos utilizando el vocabulario fascista de la Italia mussoliniana, pero referidos, con plena exactitud, a la historia de Augusto. En el fondo, como decía Benedetto Croce, «toda historia es historia contemporánea».

R. Syme se enfrentó en este libro a un gran tema. Augusto es efectivamente un tema mayor en la historia. Y para Syme el historiador debe saber elegir el tema. Su elección es fundamental. Para Syme no vale cualquiera. Tiene que ser asequible, esto es, que se pueda tratar. Un terreno en el que el historiador pueda decir algo y no meras hipótesis, un terreno en el que la historia sea posible. Así lo hicieron los antiguos: Salustio retrató las ambiciones de los políticos de su época. Tácito «los sombríos anales del despotismo»; Tito Livio alabó las antiguas virtudes de Roma y explicó así cómo fue posible dominar naciones. Y Edward Gibbon, uno de los modelos de Syme, eligió, nada menos, la caída del Imperio romano.

La figura de Augusto, su biografía y su época, había sido objeto ya, por descontado, de muchos estudios y trabajos, como era de esperar. Pero, como he dicho, Syme entiende que esta bibliografía sobre Augusto era demasiado panegirista y se imponía un nuevo análisis. Syme podía haber elegido para su estudio el género biográfico. Pero lo rechaza categóricamente: «el acento lo ponemos, sin embargo, no en la personalidad y en las acciones de Augusto» (p. I). Syme tenía una esencial aversión a la biografía y su juicio sobre ella como género histórico es terminante: «Las biografías son el enemigo de la historia. Tienden a la fábula y a la leyenda y exaltan al individuo, a expensas de la historia social y de los grandes acontecimientos y fuerzas de poder en el mundo»: *Roman Papers*, VI, Oxford 1979-1991. I-II (ed. E. Badian); III-VII (ed. A. Birley). p. 122. En la introducción insiste sobre

ello: «En el peor de los casos, la biografía es anodina y esquemática» (p. 16). El político, el hombre de Estado, no puede actuar en solitario, sin aliados o sin seguidores. El gobierno de Augusto fue el gobierno de un partido; en ciertos aspectos —llega a decir R. Syme— «su Principado fue un sindicato». La historia de Roma, republicana o imperial, es la historia de la clase gobernante, «en todas las edades, cualquiera que sea la forma y el nombre del gobierno, sea monarquía, república o democracia, detrás de la fachada se oculta una oligarquía» (p. 16). Por ello el método elegido es el análisis de los partidarios y seguidores de Augusto porque «la composición de la oligarquía gubernamental emerge, por tanto, como tema dominante de la historia política» (p. 1).

La única forma de conseguir adentrarse en este tipo de estudio era el análisis prosopográfico, es decir, el estudio de las listas de personajes identificados del período, a través de toda clase de fuentes disponibles. A veces no son más que meros nombres, pero su importancia «se ha deducido de la familia, la nomenclatura o el rango» (p. 3). Estas listas proporcionan relaciones familiares, orígenes, matrimonios, descendientes y toda clase de detalles sobre funciones y cargos en la administración o en el ejército. Y para ello Syme disponía de una serie de obras, especialmente de dos historiadores alemanes que él utiliza con profusión y se reconoce deudor. Y así, acepta «la ejemplaridad y guía suprema» que ha sido para él la obra de Münzer: «de no haber sido por su obra sobre la historia de las familias romanas de la República, malamente este libro hubiera llegado a existir» (p. 2): se refería a la obra de F. Münzer, *Römische Adelsparteien und Adelsfamilien*, publicada en Stuttgart en 1920. Y la otra, la obra de E. von Premerstein, *Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, publicada en la colección de la Academia bávara de Ciencias, «Clase filológica e histórica», en 1937. Pero Syme menciona también otros autores representantes de la ciencia alemana como esenciales para su obra: A. Stein y su libro sobre los *equites* romanos (*Der römische Reiterstand*, Múnich, 1927) y varios trabajos de E. Groag. Estos clásicos estudios proporcionaron a Syme el cañamazo básico sobre el que él pudo construir la historia de los grupos políticos y las relaciones familiares o clientelares, en la época de Octaviano y tras su adopción del título de Augusto.

No obstante, R. Syme no era muy partidario de la bibliografía: su interés consiste especialmente en citar la documentación antigua: «citar lo más posible la documentación antigua» (p. 2) y referirse nada más que esporádicamente a las autoridades modernas. Para R. Syme

hay una palabra esencial, definitiva, *the evidence*: los textos, el material documental existente. Y la evidencia excluye, y debe excluir, en gran medida, la bibliografía. Y la evidencia debe ser tratada con honestidad. A sir Ronald le aburrían las cuestiones de método o los modelos históricos: «To begin with questions of method or definition is feeble and tedious» (*RP*, VI, p. 157). Porque la evidencia para la reconstrucción histórica es amplia y extensa y debe ser tratada, especialmente, de modo meticuloso y exacto. *Diligence and accuracy*, diligencia y exactitud, es todo lo que de una persona (de un historiador) se puede exigir (son palabras de Syme... y de E. Gibbon, *RP*, VI, p. 179).

La documentación es, sobre todo, casi exclusivamente, literaria, escrita. Si no hay textos, no se puede hacer historia con cierto grado de certeza y rigor (*accuracy*). Los textos lo comprenden, por otro lado, todo: los distintos géneros literarios —desde los historiadores hasta los epitalamios, desde los rétores hasta los poetas, las novelas fantásticas y los panfletos de los impostores; los epígrafes y los papiros, las leyes o las vidas de santos. El historiador debe tener en cuenta toda la documentación. Con un poeta se puede aprender mucha historia (véase, por ejemplo, el libro de Syme *History in Ovid*, Oxford, 1978). Un poeta no permitirá fácilmente hacer la historia económica, pero sí puede, mediante sus referencias y alusiones o panegíricos, reconstruir ciertos aspectos de la historia política, militar, religiosa o privada de un personaje y de una época (Ovidio, por ejemplo, o Virgilio, o Claudiano).

Hasta tal punto Syme conoce y utiliza su documentación antigua que en *La revolución romana* declara que «al narrar la época central de la historia de Roma, no he podido eludir la influencia de los historiadores Salustio, Polión y Tácito, todos ellos de ideología republicana» y de ahí se deriva su actitud crítica hacia Augusto (p. 1). Y los imita incluso en el estilo.

Porque el estilo es, también, para Syme, un componente esencial en la tarea del historiador. Sus modelos son, además de los antiguos, los historiadores E. Gibbon y Th. B. Macaulay, autores en los que el estilo narrativo constituye una parte esencial de su historia. Para Syme la historia debe ser legible («the thing must be readable»). Y, en efecto, el estilo de Sir Ronald es portentoso, difícil de seguir si no se conoce ampliamente la historia de Roma porque las alusiones, las referencias, la precisión en las fechas, son continuas. Para entender a Syme hay que estar «dentro» de la mentalidad, los conceptos y los modos de vida de los romanos. Pero su narración resulta elegante, vívida, rápida. Un

ejemplo (refiriéndose a una aristócrata romana): «she refused Thalma: too poor» (*The Augustan Aristocracy*, Oxford, 1986, p. 73, n. 69): «ella rechazó a Thalma: demasiado pobre». Otro (antes de emprender un estudio sobre el destino y las alianzas matrimoniales de la familia de Augusto): «In default of a son or a nephew, quite a lot can be done with nieces» (*AA*, p. 140): «A falta de un hijo o de un sobrino, se pueden hacer muchas cosas con las sobrinas». Su inglés, es cierto, es en ocasiones intrincado, cultísimo y complejo.

La historia de Syme como historia que debe narrar bien, con fluidez y, a ser posible, gran estilo, centra o ha centrado las discusiones de los historiadores contemporáneos. Frente a una historia abstrusamente contada, oculta detrás de vocablos y conceptos crípticos y esnobs, se propugna la claridad, la elegancia incluso: el arte narrativo que ha caracterizado siempre a los grandes historiadores. Lawrence Stone y John Elliott han discutido sobre ello en la revista *Past and Present* y ambos propugnan la formula de Syme. Y la practican (ambos historiadores de la época moderna, tan profundamente influenciados por Syme y su obra). Y Georges Duby se muestra, por su parte, categórico en el mismo sentido: «Doy un gran valor a la expresión, a la manera de escribir, en este caso de escribir la historia. Considero que la historia es, en primer lugar, esencialmente un arte literario. La historia no existe más que por el discurso. Para que sea buena es necesario que el discurso sea bueno» (G. Duby, *Diálogo sobre la Historia*, Madrid, 1980, p. 48). No otra cosa propugnaba Ortega y Gasset: «Un libro de ciencia tiene que ser de ciencia: pero también tiene que ser un libro» (*Obras*, 1932, p. 963).

Ahora bien, escribir bien la historia no es hacer una novela histórica. Syme reaccionó violentamente con un largo artículo (eruditísimo) contra las *Memorias de Adriano* de M. Yourcenar (*RP*, VI, pp. 157 y ss.) tildándolas de impostura y ficción. Había una razón: la Yourcenar no sabía —o no quiso saber— que la *Vita Hadriani*, incluida en la *Historia Augusta*, es una falsificación. Consecuencia: su Adriano no tiene nada que ver con la realidad de lo que conocemos por otras fuentes y documentación. Las *Memorias* pertenecen a la ficción, no a la historia, aunque pretendan estar bien documentadas. Syme concluye su análisis admitiendo que «la historia debe ser tan convincente como la ficción» (*RP*, VI, p. 180).

Ronald Syme partía del presupuesto, sin duda cierto, de que en Roma la historia escrita se originó entre la clase gobernante. Y esta

clase dirigente que nos ha transmitido la historia de Roma escribió la historia de su propia clase. Y Syme considera que, lógicamente, la historia de estos grupos es la única posible, la única segura de poder reconstruir. Todos cuantos han escrito, en la Antigüedad, sobre los anales de Roma, lo hicieron sobre «clarorum virorum facta moresque», es decir, «sobre los hechos y costumbres de los varones ilustres» (*AA*, p. 13). Esta es una selección, o mejor, la elección de Ronald Syme, para hacer la historia de Roma. No exenta de riesgos, que él mismo percibe: «Corre el riesgo, dice, del desprecio por parte de los adeptos a las recientes modas y doctrinas (i.e. historiográficas), y el de ser condenados por prejuicio y estrechez de miras» (*AA*, p. 13). Pero en Syme ésta es la elección y éste es el tema: *Olygarchy is imposed as the guiding theme* (el estudio de la oligarquía se impone como el tema guía).

Una elección atrevida. Y comprometida. Que tiene su fundamento en el hecho de que nuestra evidencia nos habla sólo de estas oligarquías y de que el resto de la sociedad —en el mundo antiguo— no tenía «libertad de expresión» (*freedom of speach*) y, por tanto, es un agente anónimo en el proceso histórico. En esto coincide, como era de esperar, con el criterio de E. Gibbon, el gran modelo de Syme: «solamente el final de la Edad Media restableció gradualmente para la mayoría de la comunidad una dignidad y un protagonismo» (Gibbon, cap. LXI, p. 294 (ed. 1802), citado en Syme, *AA*, p. 13, n. 72).

Este modo de elegir el sujeto de la historia que utiliza en *La revolución romana* es, a pesar de la críticas que se le han hecho, hacer historia social amplia, extensa. Incluso más, sociología histórica. Y por encima de todo: es la única historia asequible, reconstruible, tanto por la naturaleza misma de la evidencia como por la posibilidad de añadir la imaginación necesaria, que se puede aplicar a cualquier grupo social gobernante con modos de comportamientos similares y conceptos éticos semejantes. Por ello los grandes temas que invaden toda la inmensa obra histórica de Ronald Syme, empezando por *La revolución romana*, son las aristocracias, las oligarquías. Las oligarquías como elemento de presión y de ambición de poder; los aristócratas como jefes del ejército, medio obligado para hacer mérito y carrera; las oligarquías como consejeras del poder establecido, como comerciantes o como ociosas ocupantes de *villae* de recreo; aristocracias que ostentan cargos religiosos de prestigio en la sociedad romana (*augures, pontifices, arvales*), o que son benefactores de las ciudades; oligarquías que, como colonizadoras, establecen sus reglas y sus modos en las sociedades locales; oli-

garquías con sus complejas redes de matrimonios, divorcios, alianzas familiares; oligarquías conspiradoras, hombres de cultura y de intereses varios, excéntricos de dietas exóticas, escritores escandalosos, y menos; analistas políticos, eruditos y anticuarios, emperadores cultos, viajeros, déspotas, infelices, incapaces, rudos o bárbaros. Todo ello constituye una historia comparada, una historia militar, una historia de las mentalidades, que es además política, social, de la administración y del derecho, de la familia, del matrimonio y de la mujer. Historia pura, escueta, fiable.

Otro de los temas que marcan la obra histórica de Syme, empezando ya en *La revolución romana*, es la denuncia del despotismo, de la tiranía, de la dictadura y de los modos anticonstitucionales de conseguir el poder. De hecho, este era el propósito de su libro sobre Augusto. En él, el primer emperador romano es un déspota, un dictador frío y calculador que no duda en eliminar a todos sus enemigos, reales o eventuales, de modo sutil, pero sistemático. Sus medios fueron la manipulación de la opinión publica y el enmascaramiento: apariencia republicana, realidad tiránica.

Estos son los presupuestos de los que partía Syme para elaborar su libro sobre la época de Augusto y el itinerario político del que luego sería el primer Emperador romano. Algunos son criticables, otros menos. Como cualquier otro libro, *La revolución romana* ha recibido críticas diversas. Se le ha reprochado no ocuparse de la economía, o de las clases sociales poco favorecidas; de no tratar suficientemente el tema de los provinciales en Occidente, y especialmente en Oriente y sus reacciones ante el *Princeps* y su política, de no haber tratado más extensamente la política exterior de Augusto, sus intenciones y límites, de no haber tratado en profundidad la religión o el culto (ambos aspectos tan fundamentales en la vida romana), y se le puede reprochar también el no haber tenido prácticamente en cuenta la arqueología (para las criticas véase A. Momigliano, *The Journal of Roman Studies*, 30, 1940, pp. 75-80; H. Galsterer, «A Man, a Book and a Method. Sir Ronald's Syme Roman Revolution After Fifty Years», en *Between Republic and Empire* (eds. Kurt A. Raaflaub and Mark Toher), Berkeley, 1990, pp. 1-20; Z. Yavetz, «The Personality of Augustus: Reflections on Syme's Roman Revolution», *ibid.* pp. 21-41; Fergus Millar, *JRS*, 71, 1981, pp. 144-152, por citar sólo algunas). Se han hecho coloquios que revisan y amplían el contenido del libro de Syme (*La révolution romaine après Ronald Syme. Bilan et perspecti-*

ves, Entretiens de la Fondation Hardt, Ginebra, 2000; *Caesar Augustus. Seven Aspects* (ed. F. Millar and E. Segal), Oxford, 1984; el citado *Between Republic and Empire* y otros. De entre los libros consagrados a Augusto y su relación con la ciudad de Roma y los aspectos religiosos, merece destacarse el de A. Fraschetti, *Roma e il Principe*, Bari, 1990). Todas las críticas son válidas pero, como recuerda H. Galsterer, «Syme no quiso escribir un estudio total sobre Augusto». Su libro es la elección de un método y de un tema, porque la historia es selección e interpretación.

Quisiera detenerme un momento en la arqueología. Porque efectivamente la arqueología desempeña en la obra de Syme un papel totalmente secundario. Una vez le pregunté directamente en un coloquio: ¿«Usted cree que se puede hacer historia antigua sin la arqueología?». Y su respuesta fue fulminante y categórica: «Of course» (por supuesto). El único monumento de la Roma de época de Augusto que le interesó fue el *Ara Pacis*, pero ello se explica porque en ella está representada la procesión en la que aparecen amigos, familiares y personajes relevantes del entorno del Emperador y, en ocasiones, él intento identificarlos. Este «olvido» de la arqueología, en todas sus diversas manifestaciones, era una característica de los historiadores de la Antigüedad en Oxford y Cambridge hasta hace muy pocos años, y no era exclusiva de Ronald Syme. Junto a él podemos citar nombres ilustres como Fergus Millar, que, después de P. Brunt, fue sucesor de Syme como Camden Professor de Historia Antigua en el Brasenose College, y A. H. M. Jones, de Cambridge. Durante mucho tiempo era tradición en estas universidades que la historia se estudiara en los textos, inscripciones y papiros (la *documentary evidence*). La arqueología, por sí sola, no puede decir nada. Si no hubiera textos o inscripciones, los monumentos quedarían privados de significado. Sin embargo, ello no quiere decir que estos historiadores no conocieran edificios, ciudades, museos o monumentos.

Hasta qué punto la arqueología hubiera contribuido a completar el estudio y la perspectiva de *La revolución romana*, lo demuestra el libro de Paul Zanker, *Augustus und die Macht der Bilder*, Múnich, 1987 (hay traducción castellana: *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid, 1992) que, utilizando monumentos, relieves, monedas, iconografía, cerámica, pinturas, arcos, columnas, sigue paso a paso el desarrollo de la política de Octaviano y de Augusto después, tanto en Roma como en las provincias. Paul Zanker señala que «es signi-

ficativo, por ejemplo, que el famoso libro de R. Syme *La revolución romana* fuera publicado en Inglaterra en 1939. Lamentablemente, el arte y la arquitectura no juegan ningún papel en el fascinante capítulo «El encauzamiento de la opinión pública». Pero es igualmente cierto que un libro como el de Zanker no hubiera sido posible sin Virgilio, Horacio, Suetonio... y sin *La revolución romana* de Syme. Su libro es la guía y la base del de Zanker, que utiliza los monumentos y la iconografía como fuente fundamental en su investigación. Resulta así que ambos son complementarios.

R. Syme daba, en cambio, mucha más importancia a la geografía y a la topografía. La geografía, esto es, el paisaje, los ríos, los obstáculos naturales, los caminos, son componentes esenciales de la historia. No hay posibilidad de entender la historia militar, las campañas de expansión y conquista, sin el perfecto conocimiento de la geografía. De ahí la importancia de la toponimia, de las distintas tribus y pueblos. Hay, entre otros, varios ejemplos clásicos: Estrabón y la *Germania* de Tácito. Por ello, la imperativa necesidad para el historiador de viajar. El propio Syme fue un viajero infatigable: recorrió a pie extensas zonas del Imperio romano (parte del norte de España, regiones de la ex Yugoslavia correspondientes a las provincias romanas de Dalmatia, Moesia y Panonia), una gran parte de Asia Menor y Anatolia. En esto Syme es un historiador paralelo a otro gran desaparecido, Louis Robert. Y en sus viajes visita museos, inspecciona inscripciones, recorre ruinas. Resultado de estos viajes son sus trabajos dedicados al ejército romano en los Balcanes y sus insuperables estudios sobre Estrabón, recogidos ahora en un volumen titulado *Anatolica. Studies in Strabo*, editado por Anthony Birley, Oxford, 1995. Sin haberlo declarado, Syme se inscribe en los proyectos de la escuela de L. Febvre y F. Braudel, para quienes la geografía (Europa, el Mediterráneo) forma un todo con la narración histórica.

Ronald Syme dedica *La revolución romana* «a mis padres y a mi patria» (*Parentibus optimis patriaeque*). No dedicó después nunca ningún libro a nadie (persona o entidad). Syme llevaba ya más de diez años en Oxford, lejos de su familia y de su lugar de origen. Había nacido en 1903, en la localidad de Eltham, en la Isla del Norte, en Nueva Zelanda, un lugar famoso por su producción de mantequilla y queso, una verdadera ciudad de «provincias». Sus padres, David y Florence, procuraron una esmerada educación al joven Ronald. Entre 1921

y 1923 fue estudiante de *Classics* en el Victoria University College, en Wellington, llegando a ser *lecturer* en Auckland en 1924, habiéndose graduado en lenguas clásicas y en francés (como Syme mismo recuerda en *RP*, VI, p. XI). En la misma *La revolución romana* cita a Stendhal y en otras ocasiones a Proust, autores ambos que seguramente influyeron decisivamente en su obra, especialmente Proust. En 1925 estaba en Oxford en el Oriel College, donde cursó *Literae Humaniores* (Historia Antigua y Filosofía). En 1926 ganó el Premio del Chancellor para prosa latina (cuya prueba consistía en trasladar un pasaje de Macaulay en prosa ciceroniana) y obtuvo también el Premio Gaisford para prosa griega (que consistía en trasladar a prosa platónica un pasaje de la *Utopia* de Thomas More). Al año siguiente gano igualmente el Premio Gaisford para Versos griegos (un pasaje del poema épico *Sigurd the Volsung* de William Morris en hexámetros homéricos). F. Millar subraya a este propósito «el absoluto dominio del griego y del latín de Syme y su devoción por la lengua y la literatura, más allá de las de Grecia y Roma». También Millar recuerda que en aquellos años el *tutor* de Historia Antigua del Oriel College era Marcus Niebuhr Tod, autor, entre otras obras de *Greek Historical Inscriptions I*, publicado en 1933, que seguramente determinó en Syme el uso de las inscripciones para ilustrar la sociedad. Y del mismo modo Syme coincidió con otros famosos y reconocidos historiadores de Roma entonces presentes en Oxford, como Hugh Last (*tutor* del John's College), el Camden Professor J. G. C. Anderson, estudioso de Tácito y de la historia militar romana, Michael Holroyd, estudioso de la Guerra de Yugurta o H. M. D. Parker, autor de un libro sobre las legiones romanas que sin duda influenció los primeros trabajos de Syme que se dedican precisamente al estudio de las legiones (para todo esto y otros detalles véase F. Millar, *Journal of Roman Studies*, 71, 1981, pp. 144-152). En 1929 fue elegido *fellow* y *tutor* de Historia Antigua en el Trinity College. El comienzo de la segunda guerra mundial lleva a Syme a trabajar al servicio del gobierno británico en la Embajada de Belgrado (1940-1941) y luego en la de Ankara (1941-1942), para terminar entre 1942 y 1945 en Estambul, donde fue Profesor de Filología Clásica. De regreso a Oxford fue elegido Camden Professor de Historia Antigua en el Brasenose College en 1949, sucediendo a Hugh Last, hasta su jubilación en 1970. A partir de entonces y hasta su muerte (en 1989), fue *fellow* del Wolfson College, también en Oxford. Algunos piensan que fue elegido para trabajar en los servicios secretos por sus conoci-

mientos de lenguas (además del francés, el serbio, el croata y el turco y, por descontado, el alemán y el italiano). En cualquier caso Syme aprovechó estos períodos en los Balcanes y en Turquía para viajar y recoger notas. Resultado de sus viajes en Anatolia fueron los papeles sobre la geografía de Estrabón que se encontraron en su estudio del Wolfson y que Anthony Birley ha editado en 1995 en forma de libro (*Anatolica. Studies in Strabo*).

El primer libro que preparó Syme, y que estaba casi completo en 1934, se titulaba *The Provincial at Rome* (*El Provincial en Roma*). Luego lo dejó para dedicarse a *La revolución romana*. Syme se sentía un provincial en Oxford, de la misma forma que Tácito, su autor preferido, era un provincial en Roma (Tácito había nacido en la Narbonense, en la Galia). Quizás a ello obedece la dedicatoria nostálgica a «la patria y a los padres» de *La revolución romana.*

Tuve ocasión de encontrarme personalmente con Ronald Syme en varias circunstancias, en París, en Madrid, en Oxford. Era un hombre brillante, irónico, preciso, modesto. Le gustaban los farias y el rioja. Fue viajero, cáustico, amante de las palabras, observador, distante y trabajador. «*There is work to be done*», decía. Y es cierto. Queda mucho por hacer todavía en la Historia romana, revisando los tópicos transmitidos e instalados en la tradición historiográfica, y encontrando un tema, el tema. Su libro *La revolución romana* ha cambiado nuestra visión y juicio sobe el reinado y circunstancias de la llegada al poder de Augusto, un período crucial en la historia europea. Y es una suerte que el público de habla castellana lo tenga otra vez en sus manos en esta nueva edición.

JAVIER ARCE
Profesor de Arqueología romana
de la Universidad Charles-de-Gaulle, Lille 3
(Francia)

PREFACIO

El tema de este libro es la transformación del Estado y de la sociedad en Roma entre el 60 a. C. y el 14 d. C. Está compuesto en torno a un relato central que narra la subida de Augusto al poder y la imposición de su régimen, abarcando los años 44-23 a. C. (capítulos VII-XXIII). El período en cuestión presenció una violenta transferencia del poder y de la propiedad; y el Principado de Augusto debiera ser considerado como la consolidación de ese proceso revolucionario. El acento lo ponemos, sin embargo, no en la personalidad y en las acciones de Augusto, sino en sus seguidores y partidarios. La composición de la oligarquía gubernamental emerge, por tanto, como tema dominante de la historia política, como lazo de unión entre la República y el Imperio; es algo real y tangible, cualesquiera que puedan ser el nombre o la teoría de la constitución.

Con tales miras, hemos recortado a lo estrictamente necesario el espacio (y la importancia) concedido a las biografías de Pompeyo, César y Augusto, a la guerra, a los asuntos provinciales y a la historia constitucional. En vez de eso, toman al fin posesión de lo que es suyo las casas nobles de Roma y los principales aliados de los varios líderes políticos. El método tiene que ser selectivo: no podemos ofrecer los detalles exhaustivos acerca de cada familia o individuo. Aun así, el tema casi frustra la exposición. El lector a quien repugne una minuciosa concatenación de nombres propios debe pasar rápidamente sobre ciertos sectores, por ejemplo, los dos capítulos (V y VI) que analizan la composición del partido cesariano en forma de una larga digresión.

No menos que el tema, el tono y el tratamiento de aquél requieren explicación. Al narrar la época central de la historia de Roma, no he

podido eludir la influencia de los historiadores Salustio, Polión y Tácito, todos ellos de ideología republicana. De ahí una actitud deliberadamente crítica hacia Augusto. Si, por contraste, César y Antonio aparecen tratados con bastante benevolencia, la razón se puede encontrar en el carácter y en las opiniones del historiador Polión, republicano, pero partidario de César y de Antonio. Esto explica también lo que se dice acerca de Cicerón y de Tito Livio. Pese a todo, al final hay que aceptar el Principado pues, al tiempo que acaba con la libertad política, aleja la guerra civil y conserva las clases no políticas. Libertad o gobierno estable, ésa era la cuestión que se planteaba a los romanos mismos, y que yo he tratado de solucionar precisamente a la manera de ellos (capítulo XXXIII, «Pax et Princeps»).

La empresa ha impuesto un tono pesimista y truculento, hasta el punto de excluir casi por completo las emociones más tiernas y las virtudes domésticas. *Dynamis* y *Tyche* son las divinidades que aquí nos presiden. El estilo es igualmente directo e incluso brusco, evitando metáforas y abstracciones. Seguramente es hora de reaccionar contra el modo «tradicional» y convencional de ver este período. Mucho de lo que sobre Augusto se ha escrito recientemente es un simple panegírico, tanto si es ingenuo como pedagógico. Pero no hay necesidad alguna de encomiar el éxito político, ni de idealizar a los hombres que alcanzan la riqueza y los honores por medio de una guerra civil.

La historia de esta época es sumamente polémica, y la bibliografía erudita, abrumadora por su magnitud. He tenido que tomar una audaz decisión en aras de la brevedad y de la claridad: citar lo más posible la documentación antigua, y referirme sólo en raras ocasiones a autoridades modernas; exponer, desnudas del todo, las opiniones controvertidas, sin acotaciones y sin apoyos de complicada argumentación. Por último, la bibliografía, al final, no pretende ser una guía para todo el tema; sólo contiene, reunidos por conveniencia, los libros y artículos que se citan en las notas a pie de página.

En seguida se verá claro cuánta es la deuda que el concepto de la política romana que aquí se expone tiene contraída con la ejemplaridad y guía supremas de Münzer; de no haber sido por su obra sobre la historia de las familias romanas de la República, este libro difícilmente hubiera llegado a existir. En particular, mis principales deudas las tengo con los numerosos estudios prosopográficos de Münzer, Groag y Stein. Debo hacer especial mención de los estudios de Tarn sobre Antonio y Cleopatra (de los cuales he aprendido tanto, aunque obliga-

do a disentir de él en una cuestión de importancia capital) y del libro póstumo *Vom Werden und Wesen des Prinzipats,* de Anton von Premerstein. Mis opiniones sobre el juramento de adhesión del 32 a. C. y sobre la posición del Princeps como jefe de partido deben mucho, naturalmente, a esta obra inspiradora, pero no dependen del todo de ella; de una forma y redacción anteriores fueron el meollo de conferencias pronunciadas en Oxford en el verano de 1937.

El índice tiene carácter, sobre todo, prosopográfico, y abarca las notas al pie tanto como las páginas. Si se utiliza en relación con la lista de cónsules y las siete tablas genealógicas, revelará a veces hechos o parentescos no mencionados explícitamente en el texto. De un modo u otro, la mayoría de los cónsules o gobernadores de provincias militares tienen entrada en el relato. El inmenso número de personajes, mencionados de un modo breve y condensado, ha sido causa de especiales dificultades. Muchos de ellos son simples nombres, carentes de detalles personales; su importancia se ha deducido de la familia, la nomenclatura o el rango, y la mayoría de ellos no le será familiar a nadie que no sea un prosopógrafo consumado. Por razones de claridad, se han añadido a menudo etiquetas convencionales o títulos, y la documentación pertinente se repite a veces para evitar un complicado sistema de referencias cruzadas.

Por su ayuda en la lectura de pruebas, y correcciones en la expresión y el contenido, estoy profundamente agradecido a los siguientes amigos: Mr. E. B. Birley, profesor A. Degrassi, Mr. M. Grant, Mr. C. G. Hardie, Mr. A. H. M. Jones, Mr. M. Meiggs, profesor F. Münzer, Mr. A. D. Peck y miss M. V. Taylor, por no decir nada de la atención y de la paciencia de los correctores de la Clarendon Press.

Más aún, celebro tener la oportunidad de reconocer el aliento constante y la generosa ayuda que he recibido de Mr. Last, Camden Professor de Historia Antigua de la Universidad de Oxford, y tanto más cuanto que precisamente mucho hay en el presente volumen que le hará levantar las cejas. Sus imperfecciones son patentes y flagrantes. No ha sido compuesto con tranquilidad, y debiera ser retenido durante varios años y vuelto a escribir. Pero el tema, creo con sinceridad, tiene cierta importancia. Si el libro es objeto de una crítica constructiva, tanto mejor.

R. S.

Oxford, 1 de junio de 1939

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

Esta reedición permite al autor corregir ciertos errores de hecho o de atribución y prescindir de ciertas imperfecciones. No ha sido posible registrar, y menos utilizar, los escritos y descubrimientos de los últimos doce años, pese a lo mucho que me hubiese gustado intercalar ciertos detalles menudos, pero significativos. Esencial y rigurosamente, por tanto, el libro es lo que fue cuando apareció por primera vez.

Oxford, 1 de enero de 1951

ABREVIATURAS DE LIBROS Y REVISTAS

AJP = *American Journal of Philology.*
BCH = *Bulletin de correspondance hellénique.*
BMC = *British Museum Catalogue.*
BSR = *British School at Rome.*
CALI = *Cambridge Ancient History.*
CIL = *Corpus Inscriptionum Latinarum.*
CP = *Classical Philology.*
CQ = *Classical Quarterly.*
CR = *Classical Review.*
GGN = *Göttingische gelehrte Nachrichten.*
IG = *Inscriptiones Graecae.*
IGRR = *Inscriptiones Graecae ad res Romanas pertinentes.*
ILS = *Inscriptiones Latirme Selectae.*
IOSPE = *Inscriptiones Orae Septentrionalis Pontis Euxini.*
JRS = *Journal of Roman Studies.*
LE = *W. Schulze, Zur Geschichte lateinischer Eigennamen.*
OGIS = *Orientis Graeci Inscriptiones Selectae.*
PIR = *Prosopographia Imperii Romani.*
P-W = *Pauly-Wissowa, Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft.*
RA = *F. Münzer, Römische Adelsparteien und Adelsfamilien.*
Rh. M. = *Rheinisches Museum für Philologie.*
RM = *Mitteilungen des deutschen archäologischen Instituts, römische Abteilung.*
SEG = *Supplementum epigraphicum Graecum.*
SIG = *Sylloge Inscriptionum Graecarum.*

Capítulo I

INTRODUCCIÓN. AUGUSTO Y LA HISTORIA

El más grande de los historiadores romanos empezaba sus *Anales* con el acceso al Principado de Tiberio, hijastro e hijo adoptivo de Augusto, copartícipe de sus poderes. Hasta aquel día no quedaron consumados los funerales de la República Libre en una solemne y legal ceremonia. El cadáver llevaba muerto mucho tiempo. En el lenguaje común, el reinado de Augusto está considerado como la fundación del Imperio Romano. La nueva era es susceptible de varios cómputos: bien desde la conquista del poder exclusivo por el último de los dinastas merced a la Guerra de Accio, bien desde la aparente restauración de la República en el 27 a. C., bien, en fin, desde el nuevo acto de restablecimiento, cuatro años más tarde, que fue decisivo y permanente.

Sobreviviendo a los amigos, a los enemigos e incluso al recuerdo de sus primeros tiempos, Augusto, el Princeps, nacido en el año del consulado de Cicerón, llegó a conocer al nieto de su bisnieta y a hacer una profecía de Imperio referente a Galba, a quien el poder pasó cuando la dinastía de los Julios y los Claudios había gobernado durante un siglo.[1] La ascensión del heredero de César había constituido una serie de azares y milagros; su reinado constitucional, como cabeza reconocida del Estado romano, iba a hacer vanas por su duración y su solidez

1. M. Junio Silano, nieto de Julia la Menor, nació el año 14 d. C. (PLINIO, *N.H.* 7, 58); sobre el comentario de Augusto referente a Galba, cf. SUETONIO, *Galba* 4, 1; DIÓN 64, 1, 1; véase, sin embargo, TÁCITO, *Ann.* 6, 20.

todas las previsiones de la razón humana. Duró cuarenta años. No hubo astrólogo ni médico que pudiera haber predicho que aquel frágil jovenzuelo iba a sobrevivir un cuarto de siglo a su aliado y coetáneo, el robusto Agripa; ningún conspirador hubiese podido contar por anticipado con las muertes de su sobrino Marcelo, de su hijastro Druso, al que tanto quería, de los príncipes niños Gayo y Lucio, sus nietos y herederos oficiales a la sucesión imperial. Azares tales de longevidad y de destino tenía el futuro en reserva. Y, sin embargo, los rasgos principales del partido de Augusto y del sistema político del Principado habían cobrado ya forma, consistente y manifiesta, en fecha tan temprana como el año 23 a. C., de modo que un relato continuo puede discurrir hasta esa fecha para bifurcarse a partir de ella en una descripción del carácter y de la actuación del gobierno.

Pax et Princeps. Era el final de un siglo de anarquía, coronado por veinte años de guerra civil y de tiranía militar. Si el precio era el despotismo, no era demasiado alto; para un romano patriota, de sentimientos republicanos, incluso la sumisión a un poder absoluto era un mal menor que la guerra entre ciudadanos.[2] La libertad se había perdido, pero sólo una minoría había gozado de ella en Roma alguna vez. Los supervivientes de la vieja clase gobernante, descorazonados, abandonaron la lucha. Resarcidos por las ventajas reales de la paz y por la evidente terminación de la época revolucionaria, estaban dispuestos, si no a participar activamente en su formación, sí a aceptar el nuevo gobierno que una Italia unida y un Imperio estable exigían e imponían.

El reinado de Augusto aportó múltiples beneficios a Roma, a Italia y a las provincias. Y, sin embargo, el nuevo régimen, o *novus status*, era fruto del fraude y del derramamiento de sangre, estaba basado en la conquista del poder y la redistribución de la propiedad por un líder revolucionario. El final feliz del Principado podía considerarse que justificaba, o por lo menos paliaba, los horrores de la revolución romana; de ahí el peligro de juzgar con indulgencia a la persona y a los actos de Augusto.

Fue propósito declarado de aquel estadista señalar y trazar una línea clara de separación en su carrera, entre dos etapas de la misma: la

2. Como observaba M. Favonio, el amigo de Catón, χεῖρον εἶναι μοναρχίας παρανόμου πόλεμον ἐμφύλιον (PLUTARCO, *Brutus* 12). (Una guerra civil es peor que una monarquía contraria a la ley.)

primera, de deplorables pero necesarias ilegalidades; la segunda, de gobierno constitucional. Tan bien lo hizo que, más tarde, al enfrentarse por separado con las personas de Octaviano el Triunviro, autor de las proscripciones, y de Augusto el Princeps, el magistrado benévolo, los hombres se han visto impotentes para explicar la transformación, y han entregado su razón a extravagantes fantasías. Juliano el Apóstata invocaba la filosofía para explicarla. El problema no existe: Juliano se acercaba más a la solución cuando clasificaba a Augusto como un camaleón.[3] El color cambiaba, pero no la sustancia.

Los contemporáneos no se dejaron engañar. La cómoda reanimación de las instituciones republicanas, la adopción de un título especioso, el cambio en la definición de la autoridad, nada de eso enmascaraba la fuente y los actos del poder. La dominación nunca es menos eficaz por estar disfrazada. Augusto utilizó todos los artilugios del tono y del matiz con la segura facilidad de un experto. La letra de la ley podría circunscribir las prerrogativas del Primer Ciudadano. No importaba; el Princeps estaba por encima en virtud de un prestigio y de una autoridad tremendos e imposibles de recortar. *Auctoritas* es la palabra —sus enemigos la hubieran llamado *potentia*—. Tenían razón. No obstante, la «Restauración de la República» no era simplemente una solemne comedia, puesta en escena por un hipócrita.

César era un hombre lógico, y el heredero de César se mostraba coherente en su pensamiento y en sus actos, lo mismo cuando ponía en marcha las proscripciones que cuando hacía prevalecer la clemencia; lo mismo cuando conquistaba el poder por la fuerza que cuando basaba la autoridad en la ley y en el consenso. La Dictadura de César, resucitada por el gobierno despótico de tres líderes cesarianos, dio paso a la dominación única de un hombre, sobrino nieto de César. Para la seguridad de su propia posición y para la gestión de los asuntos de Estado, el soberano tenía que encontrar una fórmula que indicase a los miembros de la clase dirigente cómo podían colaborar al mantenimiento del nuevo orden, aparentando hacerlo así como servidores de la República y herederos de una gran tradición, no como simples lugartenientes de un jefe militar o como dóciles agentes de un poder arbitrario. Por esa razón, el Dux se convirtió en el Princeps sin dejar de ser en ningún momento *Imperator Caesar.*

3. En los *Caesares* de JULIANO (p. 309 A), Sileno llama a Augusto camaleón; Apolo replica, y lo considera un estoico.

No hay ruptura de continuidad. Veinte años de apretada historia, cesariana y triunviral, no pueden ser anulados. Cuando los individuos y las clases que han alcanzado la riqueza, los honores y el poder por medio de la revolución se presentan como defensores de un gobierno de orden, no renuncian a nada. El olvido de los convencionalismos de la terminología política romana y de las realidades de la vida política romana han inducido a veces a los historiadores a imaginar que el Principado de César Augusto fue genuinamente republicano en su espíritu y en su práctica. Error de la investigación moderna. Tácito y Gibbon lo veían más claro.[4] El relato de la ascensión de Augusto al poder supremo, completado con un breve análisis de la actuación del gobierno del nuevo régimen, confirmará su veredicto, y revelará una cierta unidad en el carácter y en el programa del triunviro, del Dux y del Princeps.[5]

El saber si el Princeps expió los crímenes y violencias de los principios de su carrera es una cuestión ociosa e intrascendente, que se puede dejar sin escrúpulos al moralista o al casuista. La presente investigación procurará descubrir los recursos y procedimientos por los que un líder revolucionario surgió en la guerra civil, usurpó el poder para sí y para su facción, convirtió la facción en un partido nacional, y un país desgarrado y revuelto en una nación con un gobierno estable y duradero.

La historia ha sido relatada a menudo con una secuencia inexcusable de sucesos y una culminación unas veces melancólica y otras exultante. La convicción de que todo ello tenía que suceder es ciertamente difícil de eludir.[6] Pero esa convicción malogra el interés vivo de la historia e impide el recto enjuiciamiento de sus agentes. Ellos no conocían el futuro.

4. TÁCITO, en su breve resumen de la ascensión de Augusto (*Ann.* I.2), no hace referencia alguna a la «Restauración de la República» en el 28 y 27 a. C. Las observaciones de GIBBON (c. III, *init.*) pueden leerse con provecho.

5. El período triunviral es enmarañado, caótico y horroroso. Darlo todo por sabido y empezar de cero desde Accio, o desde el 27 a. C., constituye una ofensa contra la naturaleza de la historia, y es la causa primera de muchos persistentes desvaríos acerca del Principado de Augusto. Tampoco la época de Augusto es tan rectilínea, ni tan bien conocida, como los escritores de biografías parecen imaginar.

6. PLUTARCO, *Antonius* 56: ἔδει γὰρ εἰς Καίσαρα πάντα περιελθεῖν. (Pues estaba predestinado que todo volviese a manos de César.)

El cielo y el juicio de la historia se concitan para inclinar la balanza en contra del vencido. Bruto y Casio permanecen condenados, hasta el día de hoy, por la inutilidad de su noble acción y por el fracaso de sus ejércitos en Filipos, y la memoria de Antonio está aplastada por la oratoria de Cicerón, por el fraude y la ficción literaria, y por la catástrofe de Accio.

En esta interpretación partidista y pragmática de la revolución romana existe una excepción notable. A uno de los campeones frustrados de la libertad política casi nunca se le ha negado la simpatía. Cicerón fue una persona humana y culta, una influencia persistente en el curso de toda la civilización europea; pereció víctima de la violencia y del despotismo. La gloria y el destino de Cicerón, sin embargo, son una cosa; otra muy distinta, el enjuiciamiento de su actividad política cuando instigó al heredero de César en contra de Antonio. El último año de la vida de Cicerón, sin duda lleno de gloria y de elocuencia, fue ruinoso para el pueblo romano.

La posteridad, generosa a la hora de olvidar, contempla indulgente tanto al orador político que fomentó la guerra civil para salvar a la República como al aventurero militar que traicionó y proscribió a su cómplice. La razón de tan excepcional favor puede atribuirse en gran parte a una cosa: la influencia de la literatura cuando se estudia independientemente de la historia. Los escritos de Cicerón sobreviven en su gran mayoría, y Augusto es glorificado por la poesía de su época. Aparte de los escándalos notorios y de las habladurías, hay una singular ausencia de testimonios en contra por parte de las fuentes contemporáneas.

Y a pesar de todo ello, la historia del período revolucionario entera podría ser escrita sin que fuese una apología de Cicerón o de Octaviano, o de ambos a la vez. Parte de ella fue escrita así por C. Asinio Polión, con el espíritu republicano de la vieja Roma. Aquélla era la tradición ineludible. El romano y el senador jamás podrían abdicar de su prerrogativa de libertad ni reconocer con franqueza los menguados méritos del absolutismo; escribiendo acerca de la transición de la República a la monarquía se sentía siempre de la oposición, ya fuese por pasión o por fatalismo.

El arte y la práctica de la historia exigía de sus cultivadores, y por lo común revela en sus obras, una conformidad a ciertos hábitos de pensamiento y de expresión. La deuda de Tácito con Salustio, en estilo y colorido, es bastante manifiesta; pero su afinidad cala mucho más

hondo que sus palabras. Y no sería temerario sostener que Polión era estrechamente afín tanto a Salustio como a Tácito.[7] Los tres ocuparon asientos en el Senado de Roma y gobernaron provincias; recién llegados a la aristocracia senatorial, todos ellos quedaron profundamente impregnados del espíritu tradicional de aquel orden, y todos estuvieron preocupados por la pérdida de la *libertas* y la derrota de la clase gobernante. Aunque simbolizado a perpetuidad por la batalla de Filipos, fue éste un proceso largo, no un acto único. Salustio iniciaba su recopilación analística con la muerte de Sila y la subida al poder de Pompeyo el Grande. Polión, en cambio, prefirió el consulado de Metelo y de Afranio, año en el cual quedó establecida la dominación de aquel dinasta (60 a. C.). Tácito, en sus *Historias*, hablaba de una gran guerra civil, cimiento de una nueva dinastía, y degeneración de la misma en despotismo, y en sus *Anales* trataba de demostrar que el Principado de los Julios y de los Claudios era una tiranía, rastreando año tras año, desde Tiberio hasta Nerón, la despiadada extinción de la vieja aristocracia.

Polión era un contemporáneo, y en cierta medida partícipe, de los acontecimientos que narraba; jefe de ejércitos y experto en cuestiones de alta diplomacia, vivió además hasta el decenio de la muerte de Augusto. Su carácter y sus gustos lo predisponían a ser neutral en el forcejeo entre César y Pompeyo, en caso de que la neutralidad hubiera sido posible. Polión tenía enemigos poderosos en los dos bandos. Empujado a decidirse, por propia seguridad, eligió a César, su amigo personal, y en compañía de César asistió a todas sus guerras, desde el paso del Rubicón a la última batalla de España. Después siguió a Antonio durante cinco años. Leal a César, y orgulloso de su lealtad, Polión profesaba al mismo tiempo su devoción a las instituciones libres, declaración que su feroz y proverbial independencia de palabra y de espíritu hacen enteramente plausible.[8]

7. Como la obra de Polión ha perecido, se puede recurrir a Tácito y a Salustio para suplir su pérdida. Por ejemplo, los fragmentos del prefacio de las *Historias* de SALUSTIO, combinados con TÁCITO, *Hist.* I, 1-3, darán cierta idea de la introducción de la obra de Polión sobre las Guerras Civiles. Cf. más adelante p. 19.

8. Las tres cartas de POLIÓN a Cicerón son valiosos documentos (*Ad fam.* 10, 31-3), especialmente la primera, donde escribe (§ 2 s.): «natura autem mea et studia trahunt me ad pacis et libertatis cupiditatem, itaque illud initium civilis belli saepe deflevi; cum vero non liceret mihi nullius partis esse, quia utrubique magnos inimicos habebam, ea castra fugi, in quibus plane tutum me ab insidiis inimici sciebam

Polión, partidario de César y de Antonio, era un republicano pesimista y un hombre honrado. De ruda cepa itálica, enemigo de pompas y pretensiones, escribió sobre la revolución como el agrio tema lo exigía, con un estilo sencillo y duro. Es muy de lamentar que su *Historia de las Guerras Civiles* no alcanzase, pasando por el período desde el Triunvirato hasta la Guerra de Accio, al Principado de Augusto; su obra parece que terminaba con el derrumbamiento de la República en Filipos. Es fácil de comprender que Polión no quisiese escribir hasta más adelante. Aun como lo hizo, anduvo por un sendero lleno de riesgos. Bajo sus pies la lava aún estaba derretida.[9] Enemigo de Octaviano, Polión se había retirado de la vida política poco después del 40 a. C. y mantenía celosamente su independencia. Decir la verdad hubiera sido inoportuno, y la adulación repugnaba a su carácter. Otro eminente historiador también se vio obligado a omitir el período del Triunvirato cuando se percató de que no podía tratar del tema con libertad y objetividad. No era otro que el emperador Claudio, discípulo de Livio.[10] Su maestro se guiaba por normas menos severas.

La gran obra de Polión ha perecido, salvo fragmentos de poca entidad o supuestos préstamos en historiadores posteriores.[11] Sin embargo, el ejemplo de Polión y la abundancia de material histórico (contempo-

---

non futurum; compulsus eo, quo minime volebam, ne in extremis essem, plane pericula non dubitanter adii. Caesarem vero, quod me in tanta fortuna modo cognitum vetustissimorum familiarum loco habuit, dilexi summa cum pietate et fide» (Mi temperamento y mis gustos me llevan a desear la paz y la libertad. Por ello he deplorado tantas veces aquel comienzo de la guerra civil; pero como no podía permanecer neutral, porque en ambos bandos tenía poderosos enemigos, hui de los cuarteles donde sabía que no había de estar al abrigo de las asechanzas de mis contrarios. Empujado a ir adonde menos deseaba, para no verme reducido al límite de mis fuerzas, no dudé en afrontar abiertamente el peligro. Pero a César, lo he querido con la mayor devoción y lealtad, pues, en la cúspide de su fortuna, me ha tratado como a uno de sus más viejos amigos).

9. HORACIO, *Odas* 2, I, 6 ss.:

periculosae plenum opus aleae
tractas et incedis per ignis
suppositos cineri doloso.

(Tratas de una materia llena de peligrosos azares y andas entre llamas recubiertas de traidora ceniza.)

10. SUETONIO, *Divus Claudius* 41, 2.

11. Para la discusión más completa de las *Historias* de POLIÓN, y sus huellas en obras posteriores, véase E. KORNEMANN, *Jahrbücher für cl. Phil.*, Supplementband XXII (1896), 557 ss.

ráneo o basado en fuentes contemporáneas, tendenciosas a menudo, pero susceptibles de crítica, interpretación o escepticismo) pueden alentar el esfuerzo de escribir el relato de la revolución romana y su secuela —el Principado de César Augusto— de un modo que tiene ahora a la tradición en contra, a saber: desde el punto de vista de la República y de Antonio. El adulador o el falto de crítica tal vez interpreten este enfoque como un intento de denigrar a Augusto, pero la sagacidad y la grandeza de éste adquirirán mucho más relieve presentándolas con frialdad.

Pero no basta con liberar a Augusto de las exageraciones de sus panegiristas y reavivar el testimonio de la causa vencida. Eso no haría más que sustituir una forma de biografía por otra. En el peor de los casos, la biografía es anodina y esquemática; en el mejor, se ve muchas veces frustrada por las discordias ocultas de la naturaleza humana. Es más, la insistencia indebida en el carácter y las hazañas de una sola persona reviste a la historia de unidad dramática a expensas de la verdad. Por mucho talento y poder que posea, el estadista romano no puede alzarse solo, sin aliados, sin seguidores. Ese axioma es tan válido para los dinastas políticos de la última era de la República como para su postrero y único heredero; el gobierno de Augusto fue el gobierno de un partido, y en ciertos aspectos su Principado fue un sindicato. A decir verdad, lo uno presupone lo otro. La carrera del líder revolucionario resulta fantástica e irreal, si se refiere sin alguna indicación de cómo estaba compuesta la facción que dirigía; de la personalidad, acciones e influencia de los principales entre sus seguidores. En todas las edades, cualquiera que sea la forma y el nombre del gobierno, sea monarquía, república o democracia, detrás de la fachada se oculta una oligarquía, y la historia de Roma, republicana o imperial, es la historia de la clase gobernante. Los generales, los diplomáticos, los financieros de la revolución se pueden identificar otra vez, en la República de Augusto, como los ministros y los agentes del poder, los mismos hombres con diferente ropaje. Ellos constituyen el gobierno del Nuevo Estado.

Será, por tanto, útil y provechoso investigar no sólo el origen y desarrollo del partido cesariano, sino también las vicisitudes de toda la clase dirigente durante un largo período de años, en un intento de dar a este complejo tema la forma y el encuadre de un relato continuo de acontecimientos. Y no es sólo la biografía de Augusto la que habrá de ser sacrificada en beneficio de la historia; también Pompeyo y

César habrán de ser sometidos a la debida subordinación. Tras las reformas de Sila, una oligarquía restaurada de *nobiles* detentó el poder en Roma. Pompeyo luchó contra ella; pero Pompeyo, pese a todo su poder, tuvo que negociar con ella. Tampoco César hubiera podido gobernar sin su concurso. Coaccionada por Pompeyo y enérgicamente reprimida por César, la aristocracia quedó rota en Filipos. Los partidos de Pompeyo y de César no habían llegado a ser lo bastante fuertes ni coherentes para apoderarse del control del Estado y formar gobierno. Eso quedó para el heredero de César, al frente de una nueva coalición, formada con los restos del naufragio de otros grupos y reemplazándolos a todos ellos.

La política y la actuación del pueblo romano estaban guiadas por una oligarquía; sus anales fueron escritos con un espíritu oligárquico. La historia nació del archivo de las inscripciones de consulados y triunfos de los *nobiles*, de las tradiciones relativas a los orígenes, alianzas y disputas de sus familias; y la historia nunca renegó de sus comienzos. Por necesidad, la concepción era estrecha: sólo la clase gobernante podía tener historia de algún género, y sólo la ciudad gobernante: sólo Roma, no Italia.[12] Durante la revolución, el poder de la vieja clase gobernante resultó quebrantado y su composición transformada. Italia y las clases no políticas de la sociedad triunfaron sobre Roma y sobre la aristocracia romana. Y, sin embargo, el viejo encuadre y sus categorías subsisten y una monarquía impera a través de una oligarquía.

Señalados el tema y el tratamiento, queda la elección de la fecha por la que empezar. La ruptura entre Pompeyo y César y el estallido de la guerra en el 49 a. C. pudieran parecer el principio del acto final en la caída de la República romana. Pero ésa no era la opinión de su enemigo Catón; él echaba la culpa a la primera alianza de Pompeyo y César.[13] Cuando Polión emprendió el relato de la historia de la revolución romana no la empezó con el paso del Rubicón, sino con el pacto del 60 a. C. urdido por los políticos Pompeyo, Craso y César, para controlar el Estado y asegurar la dominación del más poderoso de entre ellos:

12. Así TÁCITO, escribiendo historia imperial con la mentalidad y las categorías de la República, empieza sus *Anales* con las palabras «urbem Romam» (A la ciudad de Roma...).

13. PLUTARCO, *Caesar*, 13; *Pompeius*, 47.

Motum ex Metello consule civicum
bellique causas et vitia et modos
ludumque Fortunae gravisque
principum amicitias et arma
nondum expiatis uncta cruoribus.[14]

Esa formulación merecía y obtuvo amplia aceptación.[15] La amenaza del poder despótico se cernió sobre Roma, como una pesada nube, durante treinta años, desde la Dictadura de Sila a la Dictadura de César. Fue la era de Pompeyo el Grande. Golpeada por las ambiciones, alianzas y disputas de los dinastas, líderes monárquicos de facciones, como se les llamaba, la República Libre pereció en lucha abierta.[16] Augusto es el heredero de César o de Pompeyo, como se quiera. César, el Dictador, carga con la mayor culpa; pero a decir verdad Pompeyo no era mejor, «occultior non melior».[17] Y Pompeyo está en la línea directa de Mario, Cinna y Sila.[18] Parece todo inevitable, como si el destino hubiese dispuesto la sucesión de los tiranos militares.

En estas últimas y fatales convulsiones, un desastre vino tras otro desastre, cada vez más deprisa. Tres de los *principes* monárquicos cayeron por la espada. Cinco guerras civiles, y más, en veinte años desangraron a Roma y envolvieron al mundo entero en discordia y anarquía. La Galia y el oeste se mantuvieron en su sitio; pero los jinetes de los partos fueron vistos en Siria y en la costa occidental de Asia. El Imperio del pueblo romano, pereciendo a causa de su propia grandeza, amenazaba romperse y disolverse en reinos separados, a menos que un renegado, venido del Oriente como monarca, subyugase a Roma a un poder extranjero. Italia sufrió la devastación y el saqueo de sus ciudades, con la proscripción y el asesinato de sus mejores hombres,

14. HORACIO, *Odas* 2, 1, 1 ss.: La agitación ciudadana desde el consulado de Metelo; las causas, los crímenes, las formas de la guerra; el juego de la Fortuna, el peso de las amistades de los principales ciudadanos, y las armas, manchadas de una sangre aún no expiada.

15. LIVIO, *Per.* 103; LUCANO, *Pharsalia* I, 84 ss.; FLORO, 2, 13, 8 ss.; VELEYO 2, 44, 1.

16. APIANO, *BC* I, 2, 7: δυναστεῖαί τεῆσαν ἤδη κατὰ πολλὰ καὶ στασίαρχοι μοναρχικοί.

17. TÁCITO, *Hist.* 2, 38.

18. TÁCITO, *Ann.* I, 1; *Hist.* 2, 38.

pues las ambiciones de los dinastas desataron la guerra entre clase y clase. Era el reinado de la fuerza bruta.[19]

La cólera del cielo contra el pueblo romano se manifestaba en portentos y en continuas calamidades; los dioses no velaban por la virtud ni por la justicia, sino que sólo intervenían para castigar.[20] Contra las fuerzas ciegas e impersonales que llevaban al mundo a su perdición, la previsión humana o la acción humana se revelaban impotentes. Los hombres sólo creían en el destino y en las inexorables estrellas.

En el principio los reyes gobernaron Roma, y al final, como estaba prescrito por el hado, se volvió de nuevo a la monarquía. La monarquía trajo la concordia.[21] Durante las guerras civiles cada partido y cada líder declaraban estar defendiendo la causa de la libertad y de la paz. Aquellos ideales eran incompatibles. Cuando la paz llegó, fue la paz del despotismo: «cum domino ista pax venit».[22]

19. SALUSTIO, *Hist.* I, 18 M: «et relatus inconditae olim vitae mos, ut omne ius in viribus esset» (Volvió a estar en vigor el sistema de vida salvaje de antaño, de modo que todo derecho residía en la fuerza); TÁCITO, *Ann.* 3, 28: «exim continua per viginti annos discordia, non mos, non ius» (después de una serie de veinte años de desavenencias, sin tradición, sin derecho).

20. TÁCITO, *Hist.* I, 3: «non esse curae deis securitatem nostram, esse ultionem (Los dioses no se cuidaban de nuestra seguridad, sino de nuestro castigo). Cf. LUCANO, *Pharsalia* 4, 207; 7, 455.

21. APIANO, *GC* I, 64, 24: ὧδε μὲν ἐκ στάσεων ποικίλων ἡ πολιτεία Ῥωμαίοις ἐς δμόνοιαν καὶ μοναρχίαν περιέστη (Así, después de todo género de discordias, el Estado romano alcanzó la concordia y la monarquía).

22. LUCANO, *Pharsalia*, I, 670: con el Señor vino esta paz.

Capítulo II

LA OLIGARQUÍA ROMANA

Cuando los patricios expulsaron de Roma a los reyes, se cuidaron de mantener el poder real, confiriéndolo a una pareja de magistrados anuales, los cónsules; y, aunque obligados con el tiempo a conceder a los plebeyos la igualdad política, algunas de las grandes casas patricias, los Valerios, Fabios y Cornelios, se turnaban a pesar de ello en mantener una posición dinástica y casi regia.[1] El senado, por otra parte, se arrogó el poder para sí, como cuerpo permanente, y aun después de conceder la soberanía a la asamblea del pueblo, consiguió frustrar el ejercicio de la misma. Los dos cónsules seguían al frente del gobierno; pero la mayor parte de la política estaba dirigida por los que habían sido cónsules. Estos hombres gobernaban, como hacía el Senado, no en virtud de la ley escrita, sino de su *auctoritas*, y el nombre de *principes civitatis* llegó a aplicarse con propiedad a los más destacados entre los *consulares* (ex cónsules).[2]

El consulado no sólo confería a su titular el poder y la dignidad de por vida, sino que ennoblecía a su familia para siempre. Dentro del senado, en sí una oligarquía, un estrecho círculo, el de los *nobiles* o descendientes de casas consulares, fuesen de origen patricio o plebe-

1. Junto con los Claudios, Emilios y Manlios, estas casas formaban una aristocracia dentro del patriciado mismo; eran las llamadas *gentes maiores*. Sobre las *gentes* patricias, cf. MOMMSEN, *Römische Forschungen* I² (1864), 69 ss.

2. M. GELZER, *Die Nobilität der r. Republik* (1912), 35 ss.; A. GWOSOZ, *Der Begriff des r. Princeps* (Diss. Breslau, 1933).

yo, consideraba la magistratura suprema como la prerrogativa del nacimiento y la recompensa a la ambición.[3]

Los patricios continuaban ejerciendo una influencia muy desproporcionada con relación a su número, y los *nobiles,* aun siendo una clase más numerosa que antaño, formaban una clara minoría dentro del senado. Los *nobiles* tenían el rango superior; aun así, en la última generación de la República, después de las reformas de Sila, el Dictador, había muchos senadores cuyos padres habían desempeñado sólo magistraturas inferiores, o incluso recién llegados, hijos de caballeros romanos. Entre estos últimos, en su mayoría procedentes de las aristocracias locales, dueñas de la propiedad, del poder y de los cargos públicos en las ciudades de Italia, la proporción era claramente mucho más elevada de lo que alguna vez se ha imaginado. De un total de seiscientos senadores, se pueden identificar los nombres de unos cuatrocientos, oscuros muchos de ellos o conocidos por casualidad.[4] El resto no ha dejado huellas de su actividad o de su renombre en una época de la historia extraordinariamente rica en documentos.

Los *nobiles* vigilaban celosamente no sólo la admisión al senado, sino el acceso al consulado. Era un escándalo y un sacrilegio que un hombre sin antepasados aspirase a la más alta magistratura de la República romana.[5] Podría, sí, llegar a la pretura, pero no más arriba, salvo merced a una combinación muy rara de méritos, tenacidad e

3. Se acepta aquí la definición de GELZER (*Die Nobilität*, 21 ss.). «Nobilis» puede no ser un término técnico, pero su connotación es bastante clara (como Gelzer indica, Cicerón, con toda la buena voluntad del mundo, no puede otorgar *nobilitas* a C. Fonteyo y L. Licinio Murena, descendientes de antiguas y famosas casas de rango pretorio). Seguimos aquí, de cerca, la inteligente explicación de Gelzer del carácter de la sociedad romana y de la política romana, como una malla de obligaciones personales.

4. P. WILLEMS, *Le Sénat de la république romaine* 1 (1878), 427 ss., calculó este número para el senado del 55 a. C.

5. SALUSTIO, *BJ* 63, 6 (cf. *BC* 23, 6): «etiam tum alios magistratus plebs, consulatum nobilitas inter se per manus tradebat, Novos nemo tam claros neque tam egregiis factis erat, quin indignus illo honore et is quasi pollutus haberetur» (Aun en este momento la plebe ocupaba las otras magistraturas, los nobles se pasaban el consulado de mano en mano. Ningún hombre nuevo era tan ilustre, ni autor de hechos tan notables, que no fuese juzgado indigno de este honor y casi sacrílego). Compárense las observaciones de L. Sergio Catilina, noble y patricio: «quod non dignos homines honore honestatos videbam» (*BC* 35, 3) (Porque yo veía a hombres no dignos de honores, honrados con ellos); «M. Tullius, inquilinus civis urbis Romae» (*ib.*, 31, 7) (M. Tulio Cicerón, ciudadano de prestado de la ciudad de Roma).

influencias. La *nobilitas*, es cierto, no se alzaba como un sólido baluarte para interceptar a todos los intrusos. Ni falta que hacía; el votante romano, de espíritu conservador, rara vez podía ser inducido a elegir a un hombre cuyo nombre no hubiese sido conocido durante siglos como parte de la historia de la República. De ahí que el *novus homo* (en el sentido estricto del término, el primer miembro de una familia en alcanzar el consulado y el consiguiente ennoblecimiento) fuese un fenómeno raro en Roma.[6] Ante el pueblo soberano podría hacer alarde de haber abierto brecha en la ciudadela de la nobleza,[7] que en el senado sería menos tajante, y entre sus íntimos mucho más franco: no había tal brecha en las murallas; una facción de los *nobiles* le había franqueado las puertas. Cicerón hubiese conservado tanto la dignidad como la paz de espíritu si la ambición y la vanidad no lo hubiesen cegado para no ver las verdaderas causas de su propia elevación.[8]

La vida política de la República romana recibió su sello y sus orientaciones no de unos partidos y programas de carácter moderno y parlamentario, no de la evidente oposición entre el senado y el pueblo, *Optimates* y *Populares, nobiles* y *novi homines,* sino de la lucha por el poder, la riqueza y la gloria. Los contendientes eran los *nobiles* entre ellos, como individuos o en grupos, a cara descubierta en las elecciones y en los tribunales de justicia, enmascarados en las intrigas secretas. Igual que en sus principios, el Imperio Romano, «res publica populi Romani», no era más que un nombre para su última generación; la organización feudal de la sociedad sobrevivía en una ciudad-estado y gobernaba un Imperio. Las familias nobles modelaban la historia de la República, dando sus nombres a sus distintas épocas. Hubo una época de los Escipiones, como hubo una de los Metelos.

Aunque ocultos por artilugio o por acuerdo, los secretos del poder político, los *arcana imperii* de la *nobilitas* no pueden eludir el ser detectados.[9] Tres armas empuñaban y esgrimían los *nobiles*: la familia, el dinero y la alianza política (*amicitia* o *factio*, según sus diversas

6. Cf. H. STRASBURGER, P-W XVII, 1223 ss.

7. CICERÓN, *De lege agraria* II, 3 ss.

8. El manual sobre elecciones escrito por su hermano, Q. Cicerón (el *Commentariolum petitionis*), revela gran parte de la verdad de cómo fue su candidatura.

9. Véanse los comentarios de MÜNZER a la ocultación deliberada, por los *nobiles*, para sus propios fines, del carácter verdadero de la vida política romana, *Römische Adelsparteien und Adelsfamilien* (1920), 427 s.

etiquetas). Las ramificaciones de una familia noble romana, extensas y bien conocidas de todo el mundo, garantizaban al político en vías de promoción un apoyo sin fisuras. Los *nobiles* eran dinastas; sus hijas, princesas. El matrimonio con una heredera bien provista de una parentela influyente se convirtió por ello en una acción política y una alianza de fuerzas más importante que desempeñar una magistratura, más vinculante que un pacto basado en un juramento o en unos intereses. No quiere esto decir que las mujeres fuesen meros instrumentos de la política masculina. Muy lejos de eso, las hijas de las grandes casas poseían influencia política por derecho propio y ejercían un poder que ya quisiera para sí más de un senador. De estas fuerzas dominadoras, ocultas tras las frases y la fachada del gobierno constitucional, la más memorable fue Servilia, la hermanastra de Catón, madre de Bruto... y amante de César.

El noble era un propietario de tierras, grande o pequeño. Pero el dinero escaseaba, y él no quería vender sus fincas. Pese a ello, requería dinero en efectivo a cada instante, para sostener la dignidad de su rango, para halagar al populacho con la magnificencia de sus juegos y espectáculos, para sobornar a los votantes y a los jurados, para subvencionar a amigos y aliados. De ahí las deudas, la corrupción, la venalidad en Roma, la opresión y las exacciones en las provincias. Craso tenía por costumbre comentar que nadie debiera ser considerado rico a menos que fuese capaz de sostener a un ejército con sus rentas. Y Craso estaba en la obligación de saberlo.[10]

La competencia era fiera e incesante. La influencia familiar y la riqueza no bastaban por sí solas. Por ambición, o para su seguridad, los políticos entablaban alianzas. La *amicitia* era un arma de la política, no un sentimiento basado en la afinidad de caracteres. Los individuos atraen la atención *y* alimentan la historia, pero los cambios más revolucionarios de la política romana fueron obra de familias o de unos cuantos hombres. Un partido pequeño, ansioso de reforma —o más bien quizá por hostilidad hacia Escipión Emiliano—, levantó al tribuno Tiberio Sempronio Graco. Los Metelos respaldaron a Sila. La última alianza de dinastas, en el 60 a. C., señaló el final de la República Libre, y un reajuste de fuerzas precipitó la guerra y la revolución diez años más tarde.

10. CICERÓN, *De off.* I, 25; de manera más atenuada, PLINIO, *NH*, 33, 134; PLUTARCO, *Crasus* 2.

La *amicitia* presupone la *inimicitia*, heredada o adquirida; un estadista no podía conquistar poder e influencia sin hacerse muchos enemigos. El *novus homo* tenía que medir mucho sus pasos. Preocupado de no ofender a una gran familia, debe eludir en todo lo posible el papel de fiscal en los tribunales de justicia y hacerse acreedor a la gratitud por la defensa, aunque sea de notorios malhechores. El *nobilis,* en cambio, podía enorgullecerse de sus riñas.[11] Aun así, tenía que estar siempre en guardia, celoso de conservar su *dignitas*, es decir, su rango, prestigio y honor, contra los ataques de sus enemigos personales.[12] La apelación a la seguridad y la defensa propia contra la agresión era invocada con frecuencia por un político cuando se decidía a tomar una medida inconstitucional.

El dinasta requería aliados y seguidores no sólo de su propia clase. El pueblo soberano de una república libre otorgaba sus favores a quien le parecía.[13] Gozar de popularidad entre la plebe era, por tanto, esencial. La tenían en abundancia tanto César como su mortal enemigo L. Domicio Ahenobarbo. Para ganar adeptos en las elecciones, para organizar el soborno, la intimidación o la sedición, no se tenían a menos los buenos oficios de agentes de baja extracción, tales como los libertos con influencia. Sobre todo, era necesario congraciarse con la segunda clase del Estado y de la sociedad, los caballeros romanos, convertidos en una fuerza política demoledora por el tribuno Gayo Graco cuando puso en sus manos los tribunales de justicia y los enfrentó con el senado. Los *equites* pertenecían, es cierto, a la misma clase social que la mayoría de los senadores; la diferencia radicaba en el rango y en el prestigio.

Los caballeros preferían la comodidad, el poder secreto y las sustanciosas ganancias a las cargas, los peligros y la extravagante ostentación de una vida de senador. Cicerón, hijo de un caballero de una ciudad pequeña, sucumbió a su talento y a su ambición. No así T. Pomponio Ático, el gran banquero. De haberlo querido Ático, su riqueza,

11. TÁCITO, *Dial.* 40, 1: «ipsa inimicitiarum gloria» (la gloria misma de las enemistades).

12. Sobre este concepto, H. WEGEHAUPT, *Die Bedeutung u. Anwendung von dignitas* (Diss. Breslau, 1932); en el sentido de honor personal, *ibid.*, 36 ss.

13. CICERÓN, *Pro Sestio*, 137. El cargo público era accesible a la «industria et virtus» (tenacidad y mérito) de cualquier ciudadano. No había siquiera una exigencia de ser propietario. La letra de la ley tampoco hacía distinción entre rico y pobre.

su reputación y su influencia podían haberle proporcionado fácilmente un escaño en el senado.[14] Pero Ático no estaba dispuesto a malgastar su dinero en un lujo insensato o en la corrupción electoral para arriesgar su posición, su fortuna y su vida en banales disputas políticas. Contrarios a la ambición y amantes de la tranquilidad, los caballeros no aspiraban a títulos de virtud cívica ni a participaciones en el esplendor y el orgullo de la clase gobernante. Los senadores los despreciaban por esa renuncia. A ellos no les importaba.[15] Algunos vivían distantes y seguros en el disfrute de fincas heredadas, satisfechos con la pequeña dignidad del cargo municipal, en las ciudades de Italia. Otros, en cambio, arrebataban los despojos del Imperio, como *publicani*, en poderosas compañías que recaudaban los impuestos de las provincias, o como banqueros que dominaban las finanzas, el comercio y la industria. Los *publicani* eran la hermosa flor del orden ecuestre, ornamento y baluarte del Estado romano.[16] Cicerón nunca habló contra estos *homines honestissimi* y nunca los abandonó a su suerte; ellos tenían la buena costumbre de requerir sus servicios por medio de préstamos y legados.[17]

Las ganancias de las actividades financieras se invertían en tierras. Hombres de dinero y de prestigio se enriquecían aún más con los despojos de las provincias, compraban las granjas de pequeños labradores, ocupaban tierras de dominio público, se apoderaban, por medio de hipotecas, de la propiedad familiar de los senadores, y de ese modo se hacían con grandes fincas en Italia. Entre los senadores había grandes propietarios, como Pompeyo y Ahenobarbo, con ejércitos enteros de colonos o de esclavos, y magnates de las finanzas como Craso. Pero la riqueza de los caballeros superaba muchas veces a las de vie-

14. NEPOTE, *Vita Attici*, 62: «honores non petit, cum ei peterent propter vel gratiam vel dignitatem» (No ambicionó los honores, cuando tanto su crédito como su dignidad se los brindaban).

15. SALUSTIO, *Hist.* I, 55, 9M: «illa quies et otium cum libertate quae multi probi potius quam laborem cum honoribus capessebant» (Aquella tranquilidad y aquel ocio unidos a la libertad que muchas gentes honradas preferían a las fatigas que acompañaban a los honores); CICERÓN, *Pro Cluentio* 153; *Pro Rabirio Postumo* 13.

16. CICERÓN, *Pro Plancio* 23: «flos enim equitum Romanorum, ornamentum civitatis, firmamentum rei publicae publicanorum ordine continetur».

17. Por ejemplo, Fufidio, «eques Romanus ornatissimus», dejó dinero a CICERÓN (*Ad Att.* II, 14, 3). Sobre las actividades de este hombre en Macedonia, cf. *In Pisonem* 86.

jas familias senatoriales, dando a aquéllos un mayor poder que el de los poseedores nominales de la dignidad y del cargo.[18]

Ecuestres o senatoriales, las clases adineradas estaban con el orden establecido y eran justamente denominadas «los buenos» *(boni)*. La clave de este sagrado ejército de los ricos la constituían claramente los financieros. Muchos senadores eran sus aliados, sus socios y sus abogados. La concordia y la firme alianza entre el senado y los caballeros imposibilitarían, por ende, la revolución o incluso la reforma, pues no se podía esperar de estos hombres que tuviesen interés personal en redistribuir la propiedad o en cambiar el valor del dinero. Los financieros eran lo bastante fuertes para causar la ruina de cualquier político o general que tratase de conseguir un trato equitativo para las gentes de provincias o una reforma del Estado romano mediante el reasentamiento del granjero campesino. Entre las víctimas de su enemistad cabe mencionar a Lúculo, a Catilina y a Gabinio.

No fue casualidad, ni simple manifestación de conservadurismo o de jactancia romana, el que los líderes de la revolución en Roma fuesen por lo general nobles empobrecidos o idealistas y que encontrasen a sus seguidores en las capas altas de la aristocracia antes que en las bajas. Es demasiado fácil hacer cargar a la nobleza romana, en la última época de su gobierno, con las culpas de vicio y corrupción, oscurantismo y opresión. Los caballeros no deben quedar fuera de esas acusaciones. Entre la vieja nobleza persistía una tradición de servicio al Estado que podía estar por encima de los intereses materiales y combinar la lealtad de clase con un elevado ideal de patriotismo romano y de responsabilidad imperial. No era lo mismo entre los financieros.

La constitución romana era una pantalla y un pretexto. De las fuerzas que se escondían detrás de ella, o más allá, la más importante, después de los nobles, era la de los caballeros. Por medio de la alianza con grupos financieros, mediante patronazgo ejercido en los tribunales de justicia, y lazos de fidelidad personal concertados en todas las esferas de la vida, el magnate político podía lograr influencia no sólo en Roma, sino en los pueblos del campo de Italia y en regiones no afectadas directamente por la vida política romana. Estuviese o no investido de la autoridad del Estado, podía de ese modo levantar un ejército por su iniciativa y sus recursos propios.

18. Lúculo, poseedor de un palacio en Tusculum, que tenía por vecinos a un caballero y a un liberto (CICERÓN, *De legibus* 3, 30).

Los soldados, reclutados ahora entre las clases más pobres de Italia, estaban dejando de sentir lealtad hacia el Estado. El servicio militar se hacía como medio de vida o por obligación, no como parte natural y normal de los deberes del ciudadano. Las necesidades del Imperio mundial y la ambición de los generales llevaron a la creación de mandos extraordinarios en las provincias. El general tenía que ser un político, pues los legionarios eran un ejército de clientes dependientes de su jefe para obtener botín en la guerra y fincas en Italia una vez terminadas sus campañas.

Pero no sólo los veteranos eran afectos a su causa; merced a sus mandos en provincias, el dinasta se ganaba la fidelidad y el seguimiento (*clientela*) a su persona de pueblos y regiones enteras, provincias y naciones, reyes y tetrarcas.

Tales eran los recursos que la ambición requería para alcanzar el poder en Roma y dirigir la política de la República imperial como cónsul o como uno de los *principes*. Cicerón no tenía el equipo completo. Imaginaba él que la oratoria y la intriga bastarían. Es cierto que tenía programa, negativo, pero de ningún modo desdeñable.[19] Consistía en una alianza de intereses y de sentimientos para combatir a las fuerzas de la disolución, representadas por los jefes del ejército y por sus agentes políticos. Por primera vez durante su consulado revistió la forma de *concordia ordinum* entre el senado y los caballeros contra los *improbi*; pero más tarde se amplió a un *consensus omnium bonorum* y abrazó a toda Italia. Pero era un ideal más que un programa; no hubo un partido ciceroniano. El político romano tenía que ser el líder de una facción. Cicerón no alcanzó tal preeminencia ni cuando cónsul ni cuando consular, o estadista veterano, por carecer de dos cosas: relaciones familiares y *clientela*.

Dentro del marco de la constitución romana había, además del consulado, otro instrumento de poder, el tribunado, una supervivencia histórica anómala, dotada de nueva vida por el partido de los Gracos y convertida en un medio de acción política directa, negativa con el veto, positiva con las propuestas de ley. El empleo de esta arma por intereses de reforma o de ambición personal llegó a ser el distintivo de los políticos que se arrogaban el nombre de *populares*, a menudo

19. H. STRASBURGER, *Concordia Ordinum*, Diss. Frankfurt (Leipzig, 1931). Un pasaje fundamental es el de *Pro Sestio* 97 s., sobre la definición de *optimus quisque*.

siniestros y fraudulentos, no mejores que sus rivales, los hombres en el poder, quienes naturalmente invocaban la especiosa y venerable autoridad del senado.[20] Pero en sus filas podían encontrarse algunos reformadores sinceros, enemigos del desgobierno y de la corrupción, liberales en sus concepciones y en su política. Además, el tribunado podía ser utilizado con fines conservadores por demagogos aristocráticos.[21]

Con los Gracos todas las consecuencias del Imperio —sociales, económicas y políticas— rompieron amarras en el Estado romano, inaugurando un siglo de revolución. Las tradicionales disputas de las familias nobles se complicaron, sin ser suprimidas, por la lucha de partidos, basada en su mayor parte en intereses económicos, de clase incluso, y de jefes militares. No pasó mucho tiempo sin que los aliados itálicos fueran arrastrados por las disensiones romanas. El tribuno M. Livio Druso esperaba alistarlos en el bando de la oligarquía dominante. Fracasó, y ellos se alzaron contra Roma en nombre de la libertad y de la justicia. Al *Bellum Italicum* sucedió la guerra civil. El partido encabezado por Mario, Cinna y Carbón fue derrotado. L. Cornelio Sila venció y puso orden en Roma, una vez más, por medio de la violencia y el derramamiento de sangre. Sila diezmó a los caballeros, amordazó a los tribunos y doblegó a los cónsules. Pero ni Sila mismo podía anular su propio ejemplo y cerrarle el paso a un sucesor a su dominación.

Sila abdicó del poder después de una breve tenencia. Un año más y había muerto (78 a. C.). El gobierno implantado por él duró cerca de veinte años. Su régimen fue amenazado al principio por un cónsul turbulento y ambicioso, M. Emilio Lépido, que pretendía restablecer los derechos de los tribunos y estaba apoyado por el resurgir de las

20. SALUSTIO, *BC* 38, 3: «namque, uti paucis verum absolvam, post illa tempora quicumque rem publicam agitavere, honestis nominibus, alii sicuti populi fura defenderent; pars quo senatus auctoritas maxuma foret, bonum publicum simulantes pro sua quisque potentia certabant» (En efecto, para decir la verdad con pocas palabras, todos cuantos después de esta etapa conspiraron contra el Estado con hermosos pretextos, los unos como si defendiesen los derechos del pueblo, los otros como si reforzasen la autoridad del senado, simulando todos interesarse por el bien público, lo que cada uno hacía era luchar por la conquista del poder para sí mismo). Este pasaje se refiere a la generación posterior al 70. Cf., sin embargo, las observaciones, menos pesimistas, sobre un período más antiguo: *Hist.* I, 12 M.

21. No había partido de los *populares*: cf. STRASBURGER en los artículos «Optimates» y «Populares» del P-W.

causas derrotadas en Italia. Los tribunos no eran más que un pretexto; pero el partido de Mario —los proscritos y los desposeídos— constituía una amenaza permanente. La larga y complicada guerra de Italia apenas había terminado. Los samnitas, enemigos de Sila y de Roma, habían sido exterminados, y los otros pueblos sabélicos del Apenino estaban quebrantados y sometidos. Pero Etruria, saqueada y resentida, volvió a alzarse en favor de Lépido contra la oligarquía romana.[22]

Lépido fue suprimido. Pero los desórdenes continuaron hasta el extremo de una rebelión de los esclavos en el sur de Italia. Después, un *coup d'état* de dos generales (70 a. C.), que al restaurar el tribunado destruyó el sistema de Sila, pero dejó los *nobiles* nominalmente en el poder. Éstos fueron capaces de repeler y aplastar el intento del demagogo patricio L. Sergio Catilina de provocar una revolución en Italia, pues Catilina atacaba la propiedad al mismo tiempo que el privilegio. El gobierno de los *nobiles,* sostenido por una unión sagrada de las clases adineradas, por la influencia de su *clientela* entre la plebe y por la debida sumisión a los intereses financieros podía haber perpetuado en Roma y en Italia su régimen áspero y sin salida. El Imperio se lo impidió.

Las repercusiones de los diez años de guerra en Italia tuvieron resonancias en todo el mundo. El senado tenía que afrontar guerras continuas en las provincias y en las fronteras de sus extensos y abrumadores dominios: contra Sertorio y los últimos supervivientes de la facción de Mario en España, contra el gran Mitrídates y contra los piratas. La falta de capacidad entre los principales miembros del grupo gobernante o, más exactamente, sus ambiciones personales y sus intrigas políticas, los obligaron, para afrontar estos peligros múltiples, a abandonar el sistema oligárquico y conceder exorbitantes poderes militares a un solo general para la salvación de Roma y para su propia ruina.

Como una oligarquía no es un invento de un teorizante político, ni un engaño, ni un simple término mal empleado, sino muy precisamente un conglomerado de individuos, su forma y su carácter, lejos de desvanecerse al examinarlos de cerca, se ponen de manifiesto inmediatamente, sólidos y evidentes. En cualquier época de la historia de la Roma republicana, unos veinte o treinta hombres, sacados de una docena de familias dominantes, detentan el monopolio de los cargos y del poder. De vez en cuando, las familias ascienden y caen;

22. SALUSTIO, *Hist.* I, 67 M; 77, 6, etc.

cuando la soberanía de Roma se amplía a Italia, se ensancha el círculo del que la nobleza es reclutada y renovada. A pesar de todo, aunque la composición de la oligarquía se transforma lentamente, conforme el Estado romano se transforma, el modo y manera de la política dinástica apenas cambia, y aunque las familias nobles sufriesen derrotas en el forcejeo por el poder y largos eclipses, se salvaban de la extinción por la tenacidad primitiva de la familia romana y por el orgullo de sus propias tradiciones. Sabían esperar pacientemente a reafirmar su antiguo predominio.

Cuando se desplomó el régimen de los Tarquinios etruscos, los primeros herederos de su poder fueron los Valerios y los Fabios.[23] Cada una de estas grandes casas aportó a los *Fasti* de la República romana cuarenta y cinco cónsules, superados sólo por los Cornelios patricios, con sus numerosas ramas. Sila, el Dictador, patricio y Cornelio él mismo, hizo cuanto pudo para restaurar el patriciado, tristemente disminuido en su poder político durante la generación anterior, no tanto por culpa de Mario como por desastres internos y por el ascenso de casas dinásticas de la nobleza plebeya. Pero ni los Valerios ni los Fabios están en la primera fila de la oligarquía de Sila. El predominio de los Valerios había pasado hacía tiempo, y los Fabios habían dejado pasar una generación sin un solo consulado.[24] Los Fabios y la línea principal de los Cornelios Escipiones habían sido salvados de la extinción gracias únicamente a haber adoptado hijos de los brillantes Emilios.[25] Pero el poder de los Cornelios estaba palideciendo. Su vigor residía ahora en los Léntulos, inferiores, cuya falta de espíritu de lucha ante el peligro estaba compensada por su fecundidad doméstica y por su tenaz instinto de supervivencia.

Algunos de los clanes patricios, como los Furios, cuyo vástago Camilo había salvado a Roma de los galos, se habían desvanecido por completo en estas fechas, o por lo menos no podían ostentar más cónsules. Los Sulpicios y los Manlios habían perdido relieve. Los Servilios, viejos aliados de los Emilios, ambiciosos, traicioneros y a menudo incompetentes, estaban abatidos por una reciente catástrofe.[26] Igual

23. MÜNZER, *RA*, 53 ss.

24. Ningún Fabio fue cónsul entre el 116 y el 45 a. C.

25. Q. Fabio Máximo Emiliano (cónsul en 145 a. C.) y P. Cornelio Escipión Emiliano (cónsul en 147 y en 134). Los Fabios también adoptaron a un Servilio (el cónsul del 142).

26. La de Q. Servilio Cepión, cónsul en 106; cf. MÜNZER, *RA*, 285 ss.

lo estaban los Emilios;[27] pero ninguna de las dos casas renunciaba a sus pretensiones de primacía. Los Claudios, sin embargo, se mantenían inmutables en su alarmante versatilidad. No había época de la historia de Roma que no pudiera exhibir un Claudio, intolerablemente arrogante hacia sus rivales, los *nobiles*, o conquistando el poder personal bajo capa de liberalismo político. Había dos ramas del tronco, desiguales en talento —los Pulcros y los Nerones—. La menor estaba llamada a prevalecer.

Los patricios de la oligarquía restaurada conservaban su rango no tanto por sus propios recursos como por alianzas con casas de la aristocracia plebeya. Las más grandes de estas familias habían ganado, o confirmado, su título de nobleza por los mandos que habían tenido en las guerras contra los samnitas y los cartagineses; algunos lo habían mantenido desde entonces, otros habían decaído algún tiempo. Los Fulvios, los Sempronios y los Livios estaban casi extinguidos, y los Claudios Marcelos, en franca decadencia, no habían tenido un cónsul durante dos generaciones.[28] Pero había un eminente Lutacio, cuyo nombre recordaba una célebre batalla naval, y cuyo padre había derrotado a los cimbrios; había varias familias de los Licinios, grandes soldados y distinguidos oradores, para no citar otras casas de reputación.[29] Los Marcios, rivales de los patricios en dignidad antigua, estaban ahora otra vez en la cumbre, con varias ramas. L. Marcio Filipo, elocuente, sagaz y flexible, se opuso a los proyectos revolucionarios de M. Livio Druso, desempeñó la censura bajo la dominación de Mario y Cinna, se pasó a Sila en el momento oportuno y dirigió con habilidad y cautela los primeros y tormentosos años de la oligarquía renovada.[30] Entre otras casas eminentes de la nobleza plebeya, en el bando de Mario estaban los Junios y los

27. Cf. MÜNZER, *RA*, 305 ss. El patriciado estaba en muy baja forma en el último decenio del siglo II a. C.

28. Justamente, desde M. Marcelo, *cos.* III en 152 a. C.

29. Por ejemplo, los Aurelios Cotas y los Octavios (con dos cónsules cada una en los años 76-74 a. C.), los Calpurnios, los Casios y los Antonios. C. Escribonio Curión (*cos.* 76), persona de capacidad y renombre, procedía de una familia senatorial que previamente nunca había alcanzado el consulado.

30. Filipo espoleó al senado para que tomase medidas contra Lépido (SALUSTIO, *Hist.* I 77 M), y logró para Pompeyo el mando de España, no *pro consule* sino *pro consulibus* (Cic. *Phil.* II, 18). Sobre su gran reputación de ingenioso, cf. CICERÓN, *Brutus* 173; como *gourmet*, VARRÓN, *RR* 3, 3, 9. El árbol genealógico de los Marcios, en P-W XIV, 1539.

Domicios,[31] que se convirtieron en firmes defensores del nuevo régimen.

Pero la flor y nata del partido de Sila y de la oligarquía de Sila era la poderosa casa de los Cecilios Metelos, a quienes algunos consideraban estúpidos.[32] Su emblema heráldico era un elefante, en conmemoración de una victoria contra los cartagineses.[33] Los Metelos se imponían por su masa y por sus números. Sus hijos llegaban a cónsules por prerrogativa o por destino inevitable, y sus hijas eran trasplantadas a otras casas en matrimonios dinásticos. En su gran época, los Metelos proyectaron su sombra sobre el Estado romano, desempeñando doce consulados, censuras o triunfos en otros tantos años.[34] Debilitados por el ascenso y la dominación del partido de Mario, los Metelos recuperaron el poder y la influencia merced a su alianza con Sila. Q. Metelo Pío condujo un ejército a la victoria para Sila y llegó a cónsul con él en el 80 a. C. El propio Dictador había tomado por esposa a una Metela. El par de cónsules siguiente (P. Servilio Vatia y Apio Claudio Pulcro) ofrecieron una apropiada y visible inauguración de la aristocracia restaurada, por tratarse de un hijo y de un marido de mujeres de los Metelos.[35]

La dinastía de los Metelos no podía gobernar por sí sola. La estructura y la magnitud de la coalición gobernante se ponen de manifiesto en las relaciones y alianzas de esa casa y de otros dos grupos. El primero de éstos es el de los Claudios. Ap. Claudio Pulcro dejó, además de tres hijos, tres hijas, cuya belleza y abolengo les granjearon ventajo-

31. Por ejemplo, M. Junio Bruto (*tr. pl.* en el 83) *y* L. Junio Bruto Damasipo (P-W X, 972 s.; 1025). Anótense también a C. Marcio Censorino (P-W XIV, 1550 s.) *y* a Cn. Domicio Ahenobarbo (P-W V, 1327 s.), hermano del cónsul del 54. Ahenobarbo estaba casado con la hija de Cinna (Orosio 5, 24, 16).

32. Como Escipión Emiliano decía de uno de ellos, «si quinctum pareret mater eius, asinum fuisse parituram» (Si su madre pariese un quinto hijo, éste sería un asno) (Cicerón, *De oratore* 2, 267).

33. *BMC*, *R. Rep.* I, 155.

34. Veleyo 2, 11, 3. Según otro cálculo, seis consulados en quince años (123-109 a. C.). Q. Matelo Macedónico (*cos.* en 143) tuvo cuatro hijos consulares. Su árbol genealógico, en Cuadro I, al final.

35. Münzer, *RA*, 302 ss.; J. Carcopino, *Sylla ou la monarchie manquée* (1931), 120 ss. Sila casó con Cecilia Metela, hija de Dalmático y anteriormente esposa de M. Emilio Escauro, el *princeps senatus*. La madre de Servilio era hermana de Baleárico, y la mujer de Apio Pulcro era su hija. El cuadro en Münzer, *RA*, 304, muestra con claridad estos parentescos. Véase Cuadro I, al final.

sos enlaces y una mala reputación.[36] El segundo grupo, más importante que el primero, con mucha diferencia, es aquella enigmática facción que pronto había de ser encabezada por un hombre que nunca llegó a cónsul. Sus orígenes radican en el centro mismo de la política dinástica romana. El tribuno M. Livio Druso, cuyas actividades tanto contribuyeron a precipitar el *Bellum Italicum,* no dejó ningún hijo de su sangre. Su hermana casó dos veces, con un Servilio Cepión y con un Porcio, y tuvo doble descendencia, cinco hijos de distinto signo, entre ellos la gran dama de la política, Servilia, y el temible líder de la oligarquía en sus últimos estertores: M. Porcio Catón.[37]

Con estos tres grupos estaban vinculados de un modo u otro casi todos los miembros principales del gobierno, los *principes viri* de relieve durante la primera década de su existencia. Al viejo y astuto Filipo sucedieron en la dirección de los asuntos públicos dos hombres de facultades y reputaciones opuestas, O. Lutacio Catulo y Q. Hortensio, emparentados por matrimonio.[38] La virtud y la integridad de Catulo, raras en aquella época, le granjearon el aprecio general; la brillantez y la energía, en cambio, le faltaban. Hortensio, dominante en los tribunales de justicia y en el senado, hacía alarde de lujo y de barroquismo lo mismo en su vida que en su oratoria. Dado al lujo, sin gusto ni medida, el abogado tuvo fama por su vida rumbosa y por sus ganancias deshonestas, por su bodega, por su coto de caza y por sus viveros de peces.[39]

De los generales del senado, Metelo Pío batalló muchos años en España, y el Cretense usurpó su cognomen por menudas hazañas realizadas en aquella isla, plagada de piratas. Tampoco los parientes de los Metelos estaban inactivos. Ap. Pulcro luchaba en Macedonia, donde murió; P. Servilio, con más suerte, combatió cuatro años en Cilicia.

36. Los hijos fueron Ap. Claudio Pulcro (*cos.* en 54), C. Claudio Pulcro (*pr.* en 56) y P. Clodio Pulcro (*tr. pl.* en 58).

37. Véase MÜNZER, *RA.* 238 ss. El árbol genealógico al final, Cuadro II. Los otros hijos fueron Q. Servilio Cepión (P-W 11 A, 1775 ss.), Servilia, segunda mujer de L. Lúculo (PLUTARCO, *Luculus*, 38; P-W. II A. 1821), y Porcia, mujer de L. Domicio Ahenobarbo (*cos.* 54).

38. La hermana de Q. Lutacio Catulo (*cos.* 78) casó con Q. Hortensio (*cos.* 69). Para el linaje véase MÜNZER, *RA*, 224; sobre las relaciones de Catulo con los Domicios Ahenobarbos y los Servilios, P-W. XIII, 2073 s.

39. Para los detalles de su opulencia y casas de recreo, P-W VIII, 2475. Sus estanques de peces, VARRÓN, *RR* 3, 17, 5; un parque zoológico particular, *ib.*, 3, 13, 2; diez mil barriles de vino dejados en herencia, PLINIO, *NH* 14, 96.

Quienes mayor gloria alcanzaron fueron los dos Lucilios, hijos de una Metela y primos carnales de Metelo Pío.[40] El mayor de ellos, educado en el modo oriental de hacer la guerra bajo el mando de Sila, y muy estimado por éste, mandó ejércitos a través de Asia e hizo pedazos el poder de Mitrídates. Combinando la integridad con la capacidad, trató a los provinciales con equidad y clemencia, ganándose el odio a muerte de los financieros romanos. Lúculo, el más joven, procónsul de Macedonia, llevó en triunfo las armas de Roma a través de Tracia hasta la costa del Ponto y la desembocadura del Danubio.

M. Licinio Craso es un caso un poco especial. Tenía el mando del ala derecha cuando Sila aplastó al ejército samnita en la Puerta Colina. Hijo de un famoso orador —y muy ocupado él mismo como abogado, aunque no brillante—, precavido y astuto en sus actuaciones, podría parecer destinado por su riqueza, su familia y su enorme influencia en el senado a desempeñar el papel de un gran político conservador del estilo de Filipo, y además había entablado parentesco con los Metelos.[41] El afán de poderío, defecto capital de los nobles romanos, lo empujó a seguir senderos tortuosos y, finalmente, a peligrosos encumbramientos.

Tales eran los hombres que dirigían en la guerra y en la paz el gobierno después de Sila. Todos debían su preeminencia al nacimiento y a la riqueza; todos estaban vinculados por el parentesco y el interés recíproco. Se llamaban a sí mismos *optimates,* pero podrían ser descritos, con mucha propiedad, y según una definición de un contemporáneo suyo, como una facción o una banda.[42]

40. L. Licinio Lúculo (*cos.* 74) y su hermano Marco (*cos.* 73), que fue adoptado por un M. Terencio Varrón, cf. P-W XIII, 414 s. L. Lúculo casó primero con una Clodia, después con una Servilia, cf. p. 34 n. 37 y p. 33, n. 34. A la mujer de M. Terencio Varrón Lúculo no la conocemos.

41. La familia de su mujer, Tertula, es desconocida. Pero su hijo mayor, M. Craso, casó con Cecilia Metela, hija del Cretense (*ILS* 881), probablemente en el período 68-63 a. C. Sobre la influencia de Craso en el senado en el 70 a. C. véase especialmente PLUTARCO, *Pompeius*, 22: καὶ ἐν μὲν τῇ βουλῇ μᾶλλον ἴσχυεν ὁ Κράσσος, ἐν δὲ τῷ δήμῳ μέγα τὸ Πομπηΐου κράτος ἦν (y si en el senado podía más Craso, entre el pueblo era mayor la fuerza de Pompeyo).

42. CICERÓN, *De re publica* 3, 23: «Cum autem certi propter divitias aut genus aut aliquas opes rem publicam tenent, est factio, sed vocantur illi optimates» (Pero cuando un determinado grupo toma las riendas del Estado gracias a su dinero, a su cuna o a otros recursos cualesquiera, es una facción, aunque ellos se den el nombre de óptimos ciudadanos).

Las ramificaciones de esta oligarquía estaban en todas partes. Sus decisiones más trascendentales, tomadas en secreto, conocidas directamente o de oídas por los políticos de la época, se escaparon muchas veces a la historia, y la posteridad no tuvo conocimiento de ellas. Sus consecuencias prácticas se ponen de manifiesto en ocasiones varias, desplegándose a la luz del día en defensa de los abusos de un gobernador de una provincia, en el ataque a algún tribuno aborrecido, en la humillación a un general contrario al gobierno.[43] Pero los *optimates* no sólo formaban una piña de cara al público y en ocasiones contadas. Restablecidos en el poder por un tirano militar, enriquecidos por la proscripción y el asesinato, más gordos cada vez con los despojos de las provincias, carecían de base para lograr coherencia interna y de valor para realizar las reformas que pudieran justificar el gobierno de clase y el privilegio. Los diez años de guerra en Italia no sólo corrompieron su integridad; quebrantaron también su espíritu.

Algunos de los primeros cónsules posteriores a Sila ya eran hombres de edad, y algunos murieron pronto o desaparecieron.[44] Y aun considerando su número, se contaba con pocos consulares para orientar la política general: sólo unas cuantas reliquias venerables o cónsules de fecha reciente, de abolengo, pero sin peso. Pasado un lapso los más distinguidos de los *principes*, por resentimiento o inercia, llegaron a eludir los deberes de su estamento. El vanidoso Hortensio, en el declive de su apogeo, presenciaba de mala gana los triunfos oratorios de un rival más joven, y L. Licinio Lúculo, privado de sus triunfos durante años por las maquinaciones de sus adversarios, buscaba consuelo en las artes y en las satisfacciones del ocio; la imagen que transmitió a la posteridad no fue la del talento y la honestidad, sino el prototipo eterno del lujo desmedido. Encerrados como monstruos indolentes en sus parques y en sus casas de recreo, los grandes *piscinarii*, Hortensio y los dos Lúculos, meditaban en calma sobre las plácidas doctrinas de Epicuro y confirmaban, con

43. Por ejemplo, en defensa de Verres, o contra los proyectos de ley de Gabinio y de Manilio. Con motivo del proceso al tribuno Cornelio, se confabularon para acusarle muchos nobles: «dixerunt in eum infesti testimonio principes civitatis qui plurimum in senatu poterant Q. Hortensius, Q. Catulus, Q. Metellus Pius, M. Lucullus, M. Lepidus» (Asconio 53 = p. 60 Clark).

44. Sólo de cuatro de los cónsules de los años 79-75 a. C. se vuelve a hablar después del 74.

ejemplos de sus propias carreras, la locura de la ambición, la vanidad de la virtud.[45]

En el ocaso de la vieja generación, los hijos y herederos de los grupos dominantes, emparentados entre ellos, todos del partido gubernamental, podían sostener las reivindicaciones de la cuna y del talento. Había dos jóvenes Metelos, Céler y Nepote —no excepciones en su familia por lo que a capacidad se refiere.[46] A continuación venían sus primos, los tres hijos de Ap. Pulcro. De estos Claudios, el carácter del mayor no se hizo más tratable con las luchas y expedientes a que hubo de recurrir para mantener la dignidad de una familia reducida a la pobreza y para procurar sustento a todos sus hermanos y hermanas;[47] el segundo valía poco, y el más pequeño, P. Clodio, brillante y precoz, sólo aprovechó los más dudosos ejemplos de la conducta de sus tres hermanas y explotó sin escrúpulos la influencia de sus respectivos maridos.[48]

En suma, que pasados unos quince años de la muerte de Sila la supremacía de los Metelos parecía estar en vías de desaparición. La jefatura podía pasar, por ende, a aquella parte de la oligarquía que se aglutinaba alrededor de la persona de Catón. Y Catón estaba dominado por su hermanastra, una mujer poseída de toda la ambición rapaz de los Servilios patricios, y sin escrúpulos con tal de recobrar el poder para su casa.[49] Su hermano, Q. Servilio, marido de la hija de Hortensio, murió sin alcanzar la madurez.[50] Pero Servilia no se desalentó por aquel accidente. Buscó a su alrededor otros aliados. Por entonces Ca-

45. Testimonios de la riqueza y gustos de Lúculo, P-W XIII, 411 s. Frecuentes quejas de Cicerón sobre los «piscinarii» en 60 a. C., *v. gr. Ad Att.* I, 18, 6: «ceteros iam nosti; qui ita sunt stulti ut amissa re publica piscinas suas fore salvas sperare videantur» (A los demás ya los conoces: son tan estúpidos que parecen esperar que sus acuarios estén a salvo el día que la República se pierda); *ib.*, 2, 9, 1: «de istis quidem piscinarum Tritonibus» (y acerca de estos tritones de las piscinas).

46. Q. Metelo Céler (*cos.* 60) y Q. Metelo Nepote (*cos.* 57).

47. Cf. VARRÓN, *RR* 3, 16, 1 s. Casó con una Servilia (*Ad Att.* 12, 20, 2).

48. Hizo el servicio militar en Oriente, entre los oficiales de Lúculo (PLUTARCO, *Luculus*, 34) y de Q. Marcio Rex (DIÓN, 36, 17, 2). Tuvo esperanzas de heredar a Rex (CICERÓN, *Ad Att.* I, 16, 10).

49. ASCONIO 17 = p. 19 Clark: «ea porro apud Catonem maternam obtinebat auctoritatem» (Tenía ella ante Catón la autoridad de una madre). Acerca de esta mujer, véase sobre todo MÜNZER, *RA*, 336 ss.

50. PLUTARCO, *Cato minor* 11 (67 a. C.). La identidad de su mujer, en *ILS* 9460.

tón contrajo matrimonio con Marcia, la nieta de Filipo, y dio a su propia hermana, Porcia, a L. Domicio Ahenobarbo, primo de Catulo, hombre que muy pronto destacó en la política merced a las grandes fincas en Italia y a la *clientela* entre la plebe romana que había heredado de un padre ambicioso y demagógico.[51] La otra inversión de Catón ofrecía menos perspectivas de remuneración: el marido de su otra hija, M. Calpurnio Bíbulo, era un hombre honrado, terco de carácter, pero de poco empuje político.[52]

Las casas de la nobleza romana, en decadencia o amenazadas por sus rivales en poder y prestigio, tomaban a su servicio a *novi homines* enérgicos, oradores y soldados, ayudándolos con su influencia a alcanzar el consulado y recabando a cambio su apoyo. Desde hacía tiempo, los Claudios eran los grandes representantes de esta política, y los Claudios se mantenían alerta, a la espera de tres consulados, pero no sin ayuda.[53]

Contra los *novi homines* las grandes familias, después de Sila, se alzaban con las filas prietas y el gesto amenazador. M. Tulio Cicerón, en la vanguardia por la brillantez de su oratoria y su actividad de abogado, promovía su candidatura patrocinando todas las causas populares, pero ninguna que estuviese perdida de antemano, o fuese contraria a los intereses de la propiedad o de las finanzas, recabando al mismo tiempo la ayuda de *nobiles* jóvenes cuya *clientela* arrastrase

51. Su padre, Cn. Domicio Ahenobarbo (*cos.* 96), tuvo mucha influencia sobre la plebe, cuando tribuno en el 104, en que propuso una ley que ponía en manos del pueblo las elecciones de cargos sacerdotales; al año siguiente, fue elegido *pontifex maximus*. El hijo heredó, pues, la «urbana gratia» (César, *BC* 3, 83, 1); se habla de él como designado para el consulado desde su nacimiento (*Ad Att.* 4, 8*b*, 2), ya en el 70 a. C. *princeps iuventutis* (*In Verrem* II, 1. 139), y en el 65, aliado imprescindible para la propia candidatura de Cicerón: «in quo uno maxime nititur ambitio nostra» (*Ad Att.* I, 1, 4). Sobre sus propiedades inmensas y sus ejércitos de *coloni*, César, *BC* I, 17, 4; 56, 3.

52. Salustio, *Ad Caesarem* 2, 9, 1 «M. Bibuli fortitudo atque animi vis in consulatum erupit; hebes lingua, magis malus quam callidus ingenio» (El empuje y la tozudez de M. Bíbulo se han desatado contra el consulado; su lengua es procaz, tiene más maldad que finura de ingenio). Sobre su «iracundia», César, *BC* 3, 16, 3.

53. P. Clodio fue aliado de Cicerón contra Catilina. Los Claudios estaban probablemente tratando de enrolar a este útil orador. Terencia, la mujer de Cicerón, temiendo que éste se divorciase de ella para casarse con Clodia, provocó la ruptura de la amistad haciendo que Cicerón fuese testigo de cargo en el proceso de impiedad a que Clodio fue sometido (Plutarco, *Cicero*, 29).

muchos votos.[54] La oligarquía conocía a su hombre; admitió a Cicerón para cerrarle la puerta a Catilina.

El consulado, alcanzado por los más afortunados a los cuarenta y tres años, señalaba la cima de la vida de un hombre y cambiaba muchas veces el tono de su credo político. Si se veía privado del consulado, difícil era alcanzar una posición relevante en Roma, como no fuese por el camino incierto y peligroso del tribunado. Y, sin embargo, en este año del consulado y de la gloria pública de otro, sobresalieron dos hombres, para vergüenza de otros mayores que ellos, pero mediocres, dos hombres distintos en su comportamiento y en su moral, pero dotados ambos de un inmenso valor: César y Catón.[55]

C. Julio César, de una casa patricia renacida hacía poco de un largo ocaso, gracias en buena parte a la ayuda de C. Mario, empleó toda su energía y todos sus esfuerzos durante largos años de intrigas políticas para mantener la *dignitas* de los tubos y obtener el consulado en su momento.[56] Tía suya era la esposa de Mario. César se casó con la hija de Cinna y desafió a Sila cuando éste trató de romper el enlace. Cuando pronunciaba el discurso fúnebre en honor a la viuda de Mario, cuando reponía en el Capitolio los trofeos de Mario o cuando abogaba por la restauración del proscrito, César hablaba movido por la lealtad familiar y por una causa. Pero no comprometía su futuro, ni enajenaba su lealtad para siempre. César tenía parientes próximos en ciertas casas de la nobleza moderada,[57] y su segunda mujer, Pompeya, recordaba por partida doble al partido de Sila, pues era nieta de Sila.[58]

54. *Commentariolum pet.* 6: «Praeterea adulescentis nobilis elabora ut habeas vel ut teneas, studiosos quos habes». Cf. *Ad Att.* I, 1, 4 (Ahenobarbo).

55. SALUSTIO, *BC* 53, 5 s: «multis tempestatibus haud sane quisquam Romae virtute magnus fuit. Sed memoria mea ingenti virtute, divorsis moribus fuere viri duo, M. Cato et C. Caesar» (Durante muchos años no hubo en Roma un solo hombre de gran valor. Pero en mi época hubo dos, de distintos caracteres, pero de un mérito inmenso, Catón y César).

56. Ciertos detalles y escándalos de su biografía, influenciados por posteriores acciones del procónsul y Dictador, han forjado una imagen anacrónica muy deformada de la carrera inicial de este *nobilis* romano; cf. los novedosos, pero convincentes argumentos de H. STRASBURGER, *Caesars Eintritt in die Geschichte* (1938).

57. Su madre era una Aurelia, de la casa de los Aurelios Cotas. Para su genealogía, en que se ve también su parentesco con los Rútulos, MÜNZER, *RA*, 327. César también llevaba sangre de los Marcios Rex (SUETONIO, *Divus Iulius* 6, 1). La genealogía de los Julios, en P-W X, 183.

58. Pompeya (SUETONIO, *Divus Iulius* 6, 2); el hijo de Q. Pompeyo Rufo (*cos.* 88 a. C.) había casado con la hija mayor de Sila.

La ambición en activo granjeaba multitud de enemigos. Pero aquel patricio demagogo carecía de miedo y de escrúpulos. Luchando contra dos de los *principes* ganó, con el soborno y el favor popular, el cargo supremo de la religión del Estado romano, el de *pontifex maximus*.[59] El mismo año proporcionó un nuevo testimonio de su temple: cuando el senado abrió el debate referente a los socios de Catilina, César, pretor-designado entonces, habló condenando con firmeza su traición, pero tratando de ahorrarles la pena de muerte.

Fue el cónsul modelo el encargado de ejecutar la sentencia de la alta asamblea. Pero el discurso y la autoridad de Catón fueron quienes se llevaron la palma.[60] Con sólo treinta y tres años de edad, y sólo el rango de cuestorio, este hombre se impuso por la fuerza de su carácter. Catón exaltó las virtudes que antaño habían proporcionado a Roma un Imperio; denunció a los ricos indignos, y se esforzó en recordarle a la aristocracia los deberes de su rango.[61] Eso no eran convencionalismos, pretensiones o juegos malabares. Recto y austero, feroz defensor de su propia clase, bebedor empedernido y político astuto, el auténtico Catón, lejos de ser un visionario, blasonaba de ser un realista, de temperamento y tenacidad tradicional romana, no inferior a su gran antepasado, Catón el Censor, a quien él emulaba hasta casi la parodia. Pero no eran el carácter y la integridad sólo los que daban la palma a Catón ante los consulares. Era su manejo de una red de alianzas políticas entre los *nobiles*.

Los *optimates* se encontraban tristemente necesitados de un líder. Había peligrosas grietas en la oligarquía, las heridas de las pugnas y de las facciones. Ni en los Emilios ni en los Claudios se podía confiar por entero. El huidizo Craso, que había apoyado a Catilina hasta su candidatura al consulado, era una amenaza permanente. Y los Mete-

59. Sus competidores fueron Q. Lutacio Catulo y P. Servilio Vatia (PLUTARCO, *Caesar* 7).

60. Esto fue notorio; Cicerón no pudo negarlo, cf. *Ad Att.* 12, 21 1.

61. SALUSTIO, *BC* 52, 21 s.: «sed alia fuere, quae illos magnos fecere, quae nobis nulla sunt: domi industria, foris iustum imperium, animus in consulundo liber, neque delicto neque lubidini obnoxius, pro his nos habemus luxuriam atque avaritiam, publice egestatem, privatim opulentiam, laudamus divitias, sequimur inertiam» (Pero son otros rasgos los que a ellos los hicieron grandes y que nosotros no poseemos: actividad en Roma; fuera de ella, un saber mandar con equidad; un espíritu libre a la hora de deliberar; no proclive al delito ni a las pasiones. En vez de eso, nosotros tenemos lujo desmedido y avaricia, pobreza en público, opulencia en privado, loamos las riquezas y perseguimos la ociosidad).

los, con tal de sobrevivir o de conservar el poder, eran capaces de aliarse con el jefe militar más fuerte, con el heredero de Sila, como antes con Sila.

Catón, implacable, detestaba a los financieros. Se mantenía firme contra los italianos, a quienes odiaba desde su más tierna infancia, y estaba dispuesto a sobornar a la plebe de Roma.[62] Contra Pompeyo, el dinasta militar que ahora volvía del Oriente, opondría aquella mezcla de espíritu terco y de tacto político que su antepasado había empleado para quebrantar el poder de una familia patricia de ideología monárquica, los Escipiones. *Gloria, dignitas* y *clientelae*, prerrogativas de la aristocracia,[63] estaban monopolizadas ahora por un solo hombre. Pero estaba en juego algo más que los privilegios de una oligarquía: en la lucha contra Gneo Pompeyo Magno, Catón y su parentela veían el honor personal y una reyerta de familia. En su juventud, Pompeyo, traicionero y despiadado, había matado al marido de Servilia y al hermano de Ahenobarbo.[64] «Adulescentulus carnifex.»[65]

62. PLUTARCO, *Cato minor* 2 (anécdota de su mal humor hacia el marsio Popedio en casa de su tío). Además, su pariente, L. Porcio Catón (*cos.* 89), había sido derrotado y muerto por los rebeldes itálicos en territorio de los marsos (Livio, *Per.* 75). PLUTARCO, *Cato minor* 26: Una gran parte del reparto de trigo del 62 a. C. fue realizada por Catón.

63. SALUSTIO, *Ad Caesarem* 2, 11, 3: «quippe cum illis maiorum virtus partam reliquerit gloriam dignitatem clientelas» (puesto que el mérito de sus antepasados les ha dejado un caudal de gloria, de dignidad y de clientelas). Cf., del mismo, *BJ*: 85, 4: «vetus nobilitas, maiorum fortia facta, cognatorum et adfinium opes, multae clientelae» (nobleza antigua, hazañas de los antepasados, fortunas de familiares y parientes políticos, numerosas clientelas).

64. M. Junio Bruto (*tr. pl.* 83) (primer) marido de Servilia, de la facción de Mario y partidario de Lépido, se rindió a Pompeyo en Módena, el cual lo hizo matar (PLUTARCO, *Pompeius* 16, etc.). Ahenobarbo cayó en África en el 82 a. C.; aunque algunas versiones exculpan a Pompeyo, hay una tradición en contra. Como la muerte de Cn. Papirio Carbón (*cos.* III), benefactor de Pompeyo, estos hechos se recordaban, cf. VAL. MÁX. 6, 2, 8; SALUSTIO, *Ad Caesarem* I, 4, 1.

65. «Niñato carnicero», según frase de Helvio de Formias, VAL. MÁX. 6, 2, 8.

Capítulo III

LA HEGEMONÍA DE POMPEYO

Los Pompeyos, familia de reciente nobleza, no eran de origen latino, como indica claramente su nombre, sino de probable ascendencia del Piceno, región donde poseían grandes fincas y ejercían mucha influencia.[1] Gneo Pompeyo Estrabón, tras sofocar la insurrección itálica en el Piceno, empleó su influencia y su ejército con miras personales, y realizó un ambicioso juego cuando estalló la guerra civil entre Mario y Sila. Brutal, corrompido y pérfido, se creía que Estrabón había tramado el asesinato de un cónsul.[2] Cuando murió de muerte natural, pero providencial, el populacho interrumpió su funeral.[3] Estrabón era un sujeto siniestro, «aborrecido por el cielo y por la nobleza», y sin que les faltara razón.[4]

En cuanto a su hijo, Gneo Pompeyo, no había palabras para describirlo. Tras la muerte de su padre, protegido por políticos influyen-

1. VELEYO 2, 29, 1, etc., cf. M. GELZER, *Die Nobilität der r. Republik*, 77 s. Un cierto número de hombres del Piceno, de la *tribu Velina*, están atestiguados en el *consilium* de Gneo Pompeyo Estrabón en Ausculum, *ILS* 8888, cf. C. CICHORIUS, *Römische Studien* (1922), 130 ss., esp. 158 ss. La raíz del nombre es la pariente osca del latín «quinque», y la desinencia «-eius» se ha aducido como prueba de influencia etrusca sobre la familia en algún momento u otro, cf. J. DUCHESNE, *Ant. cl.* III (1934) 81 ss.

2. A saber: su propio pariente, Q. Pompeyo Rufo, *cos.* en el 88 a. C., cf. APIANO, *BC* I, 63, 284.

3. PLUTARCO, *Pompeius*, I.

4. Cicerón, citado por ASCONEO 70 (p. 79, Clark): «hominem dis ac nobilitati perinvisum».

tes, se mantuvo en la sombra, escondido sin duda en el Piceno.[5] Cuando Sila desembarcó en Brindis, el joven, de veintitrés años ahora, reclutó por iniciativa propia tres legiones entre sus clientes, colonos y entre los veteranos de su padre, y al frente de su ejército liberó Roma del dominio de la facción de Mario, en interés de Sila y en el suyo propio.[6]

La carrera de Pompeyo comenzó con engaños y violencias; prosperó en la paz y en la guerra mediante la ilegalidad y la traición. Desempeñó un mando militar en África, contra los restos del partido de Mario, y celebró el triunfo, aun no siendo senador, añadiendo «Magnus» a su nombre. Después de apoyar la candidatura de Lépido al consulado y de alentar los proyectos de éste para la subversión, se volvió contra su aliado y salvó al gobierno. Más adelante, de vuelta en Roma tras seis años de ausencia, cuando había terminado la guerra en España contra Sertorio se alió con otro jefe del ejército, Craso, y entre los dos dieron un golpe de Estado pacífico. Elegidos cónsules, Pompeyo y Craso abolieron la constitución de Sila (70 a. C.). Los caballeros obtuvieron la participación en los jurados y los tribunos recobraron los poderes de que Sila los había despojado. Pronto pagaron a Pompeyo aquel favor: por la ley de un tribuno el pueblo concedió a su benefactor un amplio mando contra los piratas, con autoridad proconsular sobre todas las costas del Mediterráneo (la *Lex Gabinia*). Ninguna provincia del Imperio estaba libre de su control. Cuatro años antes Pompeyo ni siquiera era senador. La decadencia de la República, el avance hacia el régimen de un *imperator*, eran patentes e impresionantes.[7]

Al mando naval sucedió sin interrupción la dirección de la Guerra Mitridática, obtenida por la votación de la *Lex Manilia*, pues el mundo de las finanzas estaba descontento con Lúculo, el general del se-

5. PLUTARCO, *Pompeius*, 6. Procesado por cohechos cometidos por su padre, lo salvaron Filipo, Hortensio y el líder de la facción de Mario, Papirio Carbón (CICERÓN, *Brutus* 230; VAL. MÁX. 5, 3, 5; 6, 2, 8).

6. PLUTARCO, *Pompeius*, 6 s.; VELEYO, 2, 29, 1; *Bell. Afr.* 20, 2: «gloria et animi magnitudine elatus privatus atque adulescentulus paterni exercitus reliquiis collectis paene oppressam funditus et deletam Italiam urbemque Romanam in libertatem vindicavit» (Animado por el afán de gloria y por la grandeza de su espíritu, como simple particular y muy joven aún, reunió los restos del ejército de su padre y devolvió la libertad a una Italia deshecha y a la ciudad de Roma).

7. H. M. LAST, *CAH* IX, 349. Ésta era probablemente la concepción expuesta por Salustio en sus *Historias*.

nado. El dinasta ausente proyectaba su sombra sobre la política de Roma, enviando a ella desde Oriente, como antes desde España, a sus lugartenientes, a optar a las magistraturas y a intrigar a su favor. Su nombre dominaba las elecciones y la legislación. Para obtener un cargo con los votos del pueblo soberano no había contraseña mejor que el favor acreditado o pretendido de Pompeyo; para rechazar un proyecto de ley no hacía falta más argumento que proclamar que la medida iba dirigida contra el general del pueblo.[8] Entre los políticos ambiciosos que habían hablado en público a favor de la *Lex Manilia* estaban Cicerón y César, que no cesaban de solicitar y pretender el favor de Pompeyo, aunque uno de ellos se volvió contra el pueblo cuando fue elegido cónsul y el otro prestaba sus servicios a Craso. Pero la alianza con Craso no tenía por qué enajenarle del todo a Pompeyo. Craso utilizaba su protección para demostrar que aún era una fuerza en política y para poner al gobierno en situación apurada sin necesidad de provocar abiertamente desórdenes.[9] Generoso en los subsidios financieros que proporcionaba a sus aliados e infatigable en los tribunales de justicia, Craso aún podría triunfar contra la popularidad y los laureles de Pompeyo.

Cuando el gran *imperator*, de regreso, desembarcó en Italia, a finales del año 62, con un prestigio sin precedentes y con los ejércitos y los recursos de todo el Oriente a sus espaldas, licenció su ejército. Para indignación suya, el gobierno se había revelado más fuerte de lo que él esperaba. Un cónsul civil, por haber sofocado la revolución de Catilina, despojaba al general indispensable de la gloria de salvar a la República en Italia como había defendido su Imperio fuera de ella. Pompeyo nunca perdonó a Cicerón. Pero Cicerón no era el verdadero enemigo.

Solía Pompeyo alardear de la magnitud de su clientela y hacer ostentación de los reyes y naciones unidos a su persona por vínculos de lealtad.[10] Como Alejandro de Macedonia y los monarcas de la línea de Seleuco, el conquistador romano cabalgaba por las grandes rutas de Asia poniendo en fuga a los reyes de Oriente, haciendo despliegue

8. *Comm. pet.* 5, cf. 51. Compárese también toda la argumentación de Cicerón en el discurso contra el proyecto agrario de Rulo.

9. Las acciones y la motivación de Craso, como las de César, en este período han sido mal interpretadas por lo general.

10. *Ad fam*, 9, 9, 2: «regum ac nationum clientelis quas ostentare crebro solebat».

de poder y fundando ciudades a su nombre. Desde la Tracia al Cáucaso y en dirección sur hasta Egipto, los países del este proclamaban su hegemonía. El culto al poder, que desde siglos atrás había desarrollado su propio lenguaje y sus fórmulas convencionales, rendía homenaje a Pompeyo como dios, salvador y benefactor; no pasó mucho tiempo sin que inventase un título nuevo: «conservador de la tierra y del mar».[11] Menos amenazadora, vista desde fuera, pero no menos real y ubicua, era su influencia en Occidente: África y Mauritania, España entera y las dos Galias. El poder y la gloria del amo del mundo quedaron simbolizados en los tres triunfos obtenidos sobre los tres continentes:

> Pompeiusque orbis domitor per tresque triumphos
> ante deum princeps.[12]

Pompeyo era *princeps* sin discusión, pero no en Roma. Por la fuerza de las armas hubiera podido haber implantado el gobierno de él solo, pero sólo así y no con garantía de duración. Los *nobiles* eran demasiado ariscos para aceptar un amo, ni siquiera en sus propios términos. Tampoco Pompeyo era en modo alguno de su gusto. Su familia era lo bastante reciente para merecer la descalificación o el menosprecio, incluso entre la aristocracia plebeya: su primer cónsul (en el 141 a. C.) había sido promocionado merced al patronazgo de los Escipiones.[13] Los enlaces ulteriores no habían aportado mucha distinción aristocrática. La madre de Pompeyo era una Lucilia, sobrina de aquel Lucilio de Suesa Aurunca, cuya riqueza y talento le granjearon la amistad de los Escipiones y la licencia para escribir impunemente sus sátiras políticas.[14] Pompeyo también estaba emparentado con otras fa-

11. *ILS* 9459 (Miletópolis): ὁ δῆ[μο]ς [Γ]ναῖον Πομπήϊον Γναίο[υ|υἱ] ὸν Μάγνον, αὐτοκράτορα | [τ]ὸ τριτόν, σωτῆρα καὶ εὐερ|[γ]έτην του τε δήμου καὶ | τῆς 'Ασίας πάσης, ἐπό|[π]την γῆς τε καὶ θαλάσ|[σ]ης, ἀρετης ἕνεκα καὶ | [εὐ] νοίας εἰς ἑαυτόν (El pueblo a Gneo Pompeyo Magno, hijo de Gneo, Dictador por tercera vez, salvador y benefactor del pueblo y de toda Asia, conservador de la tierra y del mar, por su valor y benevolencia hacia él).

12. MANILIO, *Astron.* 1, 793 s.: Pompeyo conquistador del mundo y por sus tres triunfos señor ante Dios.

13. MÜNZER, *RA*, 248 s. Descrito como «humili atque obscuro loco natus» (*In Verrem* II, 5, 181); en otras palabras, un *novus homo*.

14. VELEYO 2, 29, 2. Sobre el parentesco de Pompeyo con C. Lucilio Hirro (*tr. pl.* 53), cf. C. CICHORIUS, *R. Studien*, 67 SS.; A. B. WEST, *AJP* XLIX (1928) 240 ss.,

milias de la hidalguía local, hombres adinerados de los municipios de Italia,[15] y entabló lazos de amistad con muchos grandes terratenientes de la clase y categoría de M. Terencio Varrón, de Reate, en territorio sabino.[16]

La mayor parte de los seguidores personales de Pompeyo en los órdenes senatorial y ecuestre procedía, como era natural, del Piceno, hombres de no mucha distinción social, hijos famélicos de una región pobre y populosa. La ciega fidelidad en la guerra y en la política a aquella familia de caciques del Piceno era para ellos la única esperanza de promoción. M. Lolio Palicano, orador popular y ambicioso, de extracción humilde, se encargó de las negociaciones entre los tribunos y los jefes del ejército cuando se unieron para derrocar la constitución de Sila.[17] El militar L. Afranio mandó ejércitos de Pompeyo en España y en la guerra contra Mitrídates.[18] Entre otros seguidores picentinos se puede incluir a T. Labieno y quizá a A. Gabinio.[19]

---

con genealogía en p. 252. Hirro era un gran terrateniente. VARRÓN (*RR* 2, 1, 2) se refiere a sus «nobiles pecuariae» en Bruttium, heredadas —según Cichorius propone— del poeta. Sobre sus acuarios, VARRÓN, *RR* 3, 17, 3; PLINIO, *NH* 9, 171.

15. Por ejemplo, M. Atio Balbo, que casó con Julia, hermana de César (SUETONIO, *Divus Augustus* 4, 1); e Hirro estaba casado con una hija de L. Cosinio (VARRÓN, *RR* 2, 1, 2), el mayor entendido en ganado caprino (*ib.*, 2, 3, 1), que había sido legado de Pompeyo en la guerra contra los piratas (*ib.*, 2, praef. 6). Otro miembro de este grupo era Cn. Tremelio Escrofa, quien, haciendo honor a su nombre, trataba de cerdos con suma elocuencia (*ib.*, 2, 4, 1 ss.) y era una autoridad en toda la ciencia del campo (*ib.*, 1, 2, 10).

16. Varrón actuó como legado al lado de Pompeyo, tanto en la Guerra Sertoriana como en la de Oriente, por mar y por tierra, cf. C. CICHORIUS, *R. Studien*, 189 ss.

17. PSEUDO-ASCONIO sobre Cicerón, *Div. in Caec.*, p. 179 St. SALUSTIO (*Hist.* 4, 43) lo describe como «humili loco Picens, loquax magis quam facundus». Él esperaba optar al consulado en el 67 (VAL. MÁX., 3, 8, 3) y otra vez en el 65 (*Ad Att.*, 1, 1, 1). Recuérdese también a L. Lolio, legado de Pompeyo (APIANO, *Mithr.* 95; JOSEFO, *AJ* 14, 29).

18. Contra Sertorio: PLUTARCO, *Sertorius* 19; OROSIO, 5, 23, 14. Contra Mitrídates: PLUTARCO, *Pompeius*, 34, etc. Sobre su origen véase la inscr. de Cupra Maritima (*ILS* 878).

19. Labieno procedía del Piceno con seguridad (CICERÓN, *Pro Rabirio perduellionis reo*, 22), probablemente de Cingulum (CÉSAR, *BC* I, 15, 2). Sitio Itálico, *Punica* 10, 34. La hipótesis de que Labieno era un seguidor de Pompeyo desde el principio es convincente, *cf. JRS* XXVIII (1938), 113 ss. Sobre el origen de Gabinio no se sabe nada, pero su mujer, Lolia (Suetonio, *Divus Iulius* 50, 1), pudo ser hija de Palicanus, cuya candidatura al consulado apoyó aquél en el 67 (VAL. MÁX. 3, 8, 3). El militar pompeyano M. Petreyo, veterano en el servicio (SALUSTIO, *BC* 59, 6), era probablemente hijo de un centurión del país de los volscos (cf. PLINIO, *NH* 22, 11).

Para ser el primero en Roma, Pompeyo necesitaba el apoyo de los *nobiles*. El matrimonio dinástico señalaba el camino a seguir. Sila se había casado, como su interés se lo aconsejaba, con una Metela. El aspirante al poder de Sila se divorció de pronto de su mujer y tomó por esposa a Emilia, la hija de Metela.[20] Cuando Emilia murió, Pompeyo conservó aquella relación casándose con otra mujer de la familia.[21] La alianza con los Metelos, no exenta de incertidumbres y de nubarrones, se mantuvo durante unos quince años después de la muerte de Sila.

Las provincias y los ejércitos proporcionaban los recursos del patronazgo y del intercambio de favores con fines políticos. Personas que servían a las órdenes de Pompeyo como cuestores o legados volvían a Roma para desempeñar cargos más elevados, el tribunado, la pretura o incluso el consulado. Los lugartenientes de Pompeyo en las guerras del Oriente no sólo eran sus adeptos personales, como Afranio y Gabinio, sino *nobiles* aliados con el general en busca de provecho y de promoción en sus carreras, como por ejemplo, los dos Metelos —Céler y Nepote— y algunos de los Cornelios Léntulos.

En el año del consulado de Cicerón, Q. Metelo Céler era pretor.[22] Las actividades del tribuno Labieno y de sus compañeros a favor de Pompeyo eran más abiertas y más desagradables: se promulgó un decreto de la asamblea popular autorizando al conquistador del Oriente a vestir el traje de *triumphator* o llevar corona de oro en ciertas ceremonias públicas.[23] En diciembre, Metelo Nepote, enviado a Roma por Pompeyo, inauguró su tribunado con alarmantes propuestas: Pompeyo habría de ser elegido cónsul en ausencia o llamado a Italia para restablecer el orden público.[24] También Nepote hizo guardar silencio al cónsul Cicerón y prohibió, vetándolo, un gran discurso del salvador de la República.[25]

Animado por el pretor César, Nepote siguió haciendo propuestas al año siguiente, con la enconada oposición de los jefes del gobierno.

20. PLUTARCO, *Pompeius* 9, cf. J. CARCOPINO, *Sylla*, 121 s.

21. Mucia, hija de Q. Mucio Escévola (*cos.* 95) y hermana de Céler y de Nepote por parte de madre (*Ad fam.* 5, 2, 6).

22. La manera como terminó el proceso de Rabirio da muestras de colusión con el fiscal, Labieno (DIÓN, 37, 27, 3).

23. VELEYO, 2, 40, 40; DIÓN, 37, 21, 4.

24. PLUTARCO, *Cicero* 23; *Cato minor* 26; DIÓN, 37, 43, 1.

25. PLUTARCO, *Cicero* 23; DIÓN, 37, 38, 2.

El senado proclamó el estado de excepción, suspendió al tribuno en sus funciones e incluso amenazó con destituirlo.[26] Nepote huyó al lado de Pompeyo, dando a éste pretexto para intervenir en defensa de los sagrados derechos del pueblo romano. La gente temió una guerra civil. Cuando Pompeyo pidió que las elecciones a cónsules fuesen aplazadas para permitir la candidatura de su legado, M. Pupio Pisón, se accedió a la solicitud.[27]

Al regresar Pompeyo, sin tener un pretexto válido para la usurpación armada, procuró reafirmar su hegemonía por el medio pacífico de una nueva alianza dinástica. En seguida vio el modo de hacerlo. Habiéndose divorciado de su mujer, hermanastra de Céler y de Nepote, mujer de notoria infidelidad, pidió la mano de una sobrina de Catón.[28] Catón rechazó su petición.

La política romana, ya bastante desconcertante tras una ausencia de cinco años, se complicó aún más por el asunto de P. Clodio Pulcro, un moderado escándalo que afectaba a la religión del Estado, pero que sus enemigos explotaron y convirtieron en un conflicto político.[29] Pompeyo Magno anduvo cauteloso y desagradó a todo el mundo. Su primer discurso ante el pueblo fue huero y verboso, sin contenido.[30] No tuvo mejor suerte en el senado: el conquistador del Oriente se olvidó de ensalzar al salvador de Italia y con ello puso un arma de dos filos en la mano de Craso, que los aborrecía a los dos.[31] Tampoco resultó eficaz el cónsul de Pompeyo, pese a ser hombre de ingenio y orador, además de soldado.[32] Pompeyo depositó todas sus esperanzas en el año siguiente. Mediante un escandaloso soborno consiguió que fuese elegido el militar L. Afranio. El otro puesto lo ganó Metelo Cé-

26. PLUTARCO, *Cato minor* 29; DIÓN, 37, 43, 3.

27. DIÓN, 37, 44, 3.

28. PLUTARCO, *Pompeius* 44; *Cato minor* 30. Cf. MÜNZER, *RA*, 349 ss.

29. Que no tenía por qué ser un asunto serio lo demuestra *Ad Att.* I, 13, 3: «nosmet ipsi, qui Lycurgei a principio fuissemus, cotidie demitigamur» (Yo mismo, que al principio estuve entre los Lucurgos, hoy día no le doy importancia).

30. *Ad Att.* I, 14, 1: «non iucunda miseris, iranis improbis, beatis non grata, bonis non gravis; itaque frigebat» (El discurso no llevó alegría a los pobres, fue vacuo para los bribones, desagradable para los ricos, falto de seriedad para los buenos ciudadanos, *y* así dejó frío a todo el mundo).

31. *Ibid.*, I, 14, 3.

32. *Ibid.*, I, 13, 2 «facie magis quam facetiis ridiculus»; *Pro Plancio*, 12: «homini nobilissimo, innocentissimo, eloquentissimo, M. Pisoni».

ler, que para lograr el apoyo de Pompeyo hubo de soportar por el momento un insulto al honor de su familia.[33]

Todo salió mal. El cónsul Céler se volvió contra Pompeyo y Afranio resultó una calamidad; su único mérito para la vida civil era su arte de bailar.[34] Los *optimates* no cabían en sí de gozo. Catulo y Hortensio habían encabezado la oposición a las leyes de Manilio y Gabinio. Ahora Catulo estaba muerto y Hortensio sumido en el letargo de los placeres. Pero Lúculo resucitó, alerta y vengativo, para discutir las medidas tomadas por Pompeyo en el Oriente. Pompeyo solicitó su aceptación por el senado de todas ellas en un paquete. Lúculo insistió en el debate de una por una. Su propuesta salió adelante, apoyada por Craso, por Catón y por los Metelos.[35]

Después una segunda derrota. El tribuno L. Flavio propuso una ambiciosa ley de concesión de tierras a los veteranos de Pompeyo. A ella se opuso Céler. Una prueba más palpable de la debilidad de Pompeyo fue la conducta de Cicerón. Éste saltó a la palestra con valentía e hizo pedazos la propuesta, no sin proclamar al mismo tiempo que estaba haciendo un buen servicio a Pompeyo.[36] Cicerón estaba muy animado y lleno de una confianza que habría de serle fatal. Reñido con los Metelos, a causa de su desavenencia con Nepote, había roto también con los Claudios y se había dejado envolver en un desagradable pleito al dar testimonio, presionado en secreto por su familia, contra P. Clodio,[37] y había impedido que el cónsul de Pompeyo, Pupio Pisón, recibiese el cargo de gobernador de la provincia de Siria.[38]

Pero el gran triunfo fue de Catón y también la decepción más grande aún. El líder de los *optimates* había luchado contra los cónsules y tribunos de Pompeyo Magno; había hecho burla de las ostentosas victorias sobre orientales afeminados y había despreciado la

33. DIÓN, 37, 49, 1.

34. Su consulado, una desgracia, *Ad Att.*, I, 18, 5; 19, 4; 20, 5. Su talento como bailarín. DIÓN, 37, 49, 3.

35. DIÓN, 37, 49, 4 ss. Metelo el Cretense (*cos.* 69) estaba resentido contra Pompeyo, de resultas de una disputa anterior, en el 67 a. C. (VELEYO, 2, 40, 16). Hubo disturbios y el tribuno de Pompeyo, Flavio, encarceló al cónsul Metelo Céler (*Ad Att.* 2, 1, 8).

36. *Att.* 1, 19, 4.

37. PLUTARCO, *Cicero* 29.

38. *Ad Att.* 1, 16, 8.

alianza familiar que le brindara el conquistador del mundo. El ropaje triunfal del Magno era un menguado consuelo en su derrota política.[39]

Catón fue demasiado lejos. Cuando los caballeros que recaudaban los tributos de Asia solicitaron una rebaja al senado, Catón puso en evidencia la rapacidad de los peticionarios y rechazó su demanda.[40] Craso estaba detrás de los financieros, y Craso supo esperar, paciente en su rencor. Para conservar el poder, el gobierno necesitaba cónsules. Los hombres para ello no eran fáciles de encontrar. Catón reunió una gran suma de dinero para sacar adelante, por medio del soborno, la elección de Bíbulo, el marido de su hija.[41] Debiera haberse asegurado de los dos cónsules.

César, de vuelta de su gobierno de España, solicitó un triunfo. Catón se lo denegó. Esperar por él hubiera equivalido a renunciar al consulado. César tomó una decisión rápida: iba a ser cónsul y con un objetivo concreto. El noble romano, obligado en aras de su ambición a adoptar el lenguaje y los procedimientos de un demagogo, podía ser captado por el gobierno en una determinada etapa de su carrera sin que por ello se desacreditase ni el gobierno ni el noble. La decisión de César estaría aún en suspenso de no haber sido por Catón. La hija de César estaba prometida al hijo de Servilia, sobrino de Catón.[42] Pero Catón tenía motivos, privados tanto como públicos, para odiar a César, amante de Servilia (el amancebamiento era notorio).[43]

Nada había que impidiese una alianza con Pompeyo. Tanto de pretor-designado como de pretor, César había trabajado con los tribunos de Pompeyo, creando honores para el general ausente y problemas para el gobierno.[44] También procesó a un ex cónsul, enemigo de

39. *Ibid.*, I, 18, 6: «Pompeius togulam illam pictam silentio tuetur suam» (Pompeyo contempla en silencio aquella toguilla suya ornamentada).

40. *Ibid.*, 2, 1, 8.

41. SUETONIO, *Divus Iulius* 19, 1.

42. Julia estaba prometida a un cierto Servilio Cepión (SUETONIO, *Divus Iulius* 21); PLUTARCO, *Caesar* 14; *Pompeius* 47. MÜNZER (*RA*, 338 s.) arguye que éste no es otro que Bruto, adoptado por su tío materno, Q. Servilio Cepión (muerto en el 67 a. C.), y que llevaba como nombre oficial el de «Q. Caepio Brutas» (CICERÓN, *Phil.* 10, 25, etc.). Para la discusión de otras opiniones, cf. MÜNZER en P-W 11 A, 1175 ss.

43. PLUTARCO, *Brutus* 5, etc., y dio pie a la opinión vulgar e insostenible de que Bruto era hijo de César.

44. En connivencia, como se comprende, con Labieno y Q. Metelo Nepote a la par.

Pompeyo.[45] Pero César no era un simple partidario de Pompeyo; manteniéndose independiente aumentaba su precio. Ahora, en el verano de aquel año, César se presentaba al consulado respaldado por la riqueza de Craso y de acuerdo con L. Luceyo, acaudalado amigo de Pompeyo.[46]

César fue elegido. Pompeyo, con su *dignitas* amenazada, con sus *acta* necesitados de ratificación y con sus leales veteranos pidiendo a gritos su recompensa, se vio obligado a un compromiso secreto. Las artes diplomáticas de César reconciliaron a Craso con Pompeyo, para satisfacción de los tres, y convirtieron el año denominado por los cónsules Metelo y Afranio en una fecha cargada de historia.[47]

Al año siguiente se puso abiertamente de manifiesto la hegemonía de Pompeyo Magno. Se basaba en su propia *auctoritas*, en la riqueza e influencia de Craso, en el poder consular de César y en los servicios de varios tribunos; además, menos llamativos y apenas perceptibles, en medio del tumultuoso clamor de la vida política de Roma durante el consulado de César, en varios partidarios o aliados al mando de los ejércitos provinciales más importantes.[48] La coalición gobernó durante casi diez años, aunque con varias modificaciones y debilitándose con el paso del tiempo. Esta suspensión de la constitución puede considerarse, con razón, el fin de la República. Del Triunvirato a la Dictadura no había más que un paso.

45. C. Calpurnio Pisón (*cos.* 67). Cf. SALUSTIO. Sobre su reiterada oposición a Pompeyo, cf. DIÓN, 36, 24, 3; 37, 2; ASCONIO, 51 (= p. 58 Clark), etcétera.

46. SUETONIO, *Divus Iulius*, 19, 1. Acerca de su influencia sobre Pompeyo (en fecha posterior), comparable a la del griego Teófanes, cf. *Ad Att.* 9, 1, 3; 11, 3; CÉSAR, *BC* 3, 18, 3: «adhibito Libone et L. Lucceio et Theophane, quibusque communicare de maximis rebus Pompeius consueverat» (recurriendo a Libón, a L. Luceyo y a Teófanes, con los que Pompeyo solía consultar los asuntos de mayor importancia).

47. FLORO, 2, 13, 11: «sic igitur Caesare dignitatem comparare, Crasso augere, Pompeio retinere cupientibus omnibusque pariter potentia cupidis de invadenda re publica facile convenit» (Así pues, con César deseoso de adquirir el rango, Craso de incrementarlo, Pompeyo de conservarlo y todos igualmente ansiosos de poder, se pusieron de acuerdo fácilmente para apoderarse del Estado).

48. Afranio era quizá procónsul de la Galia Cisalpina en el 59 a. C. (*Ad Att.* 1, 19, 2: *In Pisonem* 58, cf. M. GELZER, *Hermes* LIII (1928), 118: 135). C. Octavio, marido de Atia, sobrina de César, gobernó Macedonia en los años 60-59 a. C. (SUETONIO, *Divus Aug.* 3 s.). En Siria, L. Manejo Filipo fue reemplazado por Cn. Cornelio Léntulo Marcelino en el 60 o 59 (APIANO, *Sir.* 51); y en el 59, P. Cornelio Léntulo Espínter fue nombrado procónsul de Hispania Citerior con la ayuda de César (*BC* I, 22, 4). Sobre las relaciones de Pompeyo con los Léntulos, cf. más adelante p. 61 s.

El consulado de César no era más que el principio. Para mantener vigente la constitución de aquel año y perpetuar el sistema, Pompeyo necesitaba ejércitos en las provincias e instrumentos en Roma. Algunos ejércitos estaban ya seguros. Pero Pompeya exigía para su aliado algo más que un proconsulado ordinario. Para satisfacerle se le concedió a César por cinco años la provincia de la Galia Cisalpina, que dominaba Italia. El propósito de Pompeyo saltaba a la vista: que no pudiese haber pretextos para declarar el estado de excepción, como se había hecho con los mandos de Oriente.[49] La Galia Transalpina se sumó pronto a la otra. Además, los triunviros designaron a los cónsules del año siguiente, L. Calpurnio Pisón, aristócrata culto sin actividades políticas conocidas, y A. Gabinio, seguidor de Pompeyo, más capaz que Afranio. Pompeyo había sellado el pacto tomando en matrimonio a Julia, la hija de César, y César se casó ahora con una hija de Pisón. Gabinio y Pisón, por su parte, obtuvieron importantes provincias militares, Siria y Macedonia, en virtud de leyes especiales. Gabinio y Pisón eran los más distinguidos, aunque no los únicos seguidores de los dinastas, cuya influencia decidió también las elecciones consulares para los dos años siguientes.[50]

Pese a disponer de una numerosa clientela en Roma y de las fuerzas armadas en las provincias, el ascendiente de Pompeyo era muy inestable. Como prueba y aviso al adversario, Cicerón fue sacrificado a Clodio. No contento con dar así satisfacción tanto a su honor personal como a la conveniencia de los dinastas, el tribuno se dedicó a reforzar su influencia y sus aspiraciones a la pretura y al consulado. Con ese objeto promulgó leyes que eran populares y puso en apuros a Pompe-

49. *Ad Att.* 2, 16, 2: «quid? hoc quem ad modum obtinebis? oppressos vos, inquit, tenebo exercitu Caesaris» (¿Qué?, ¿cómo lo conseguirás? Os tendré sujetos —dijo— con el ejército de César). APIANO, *GC* 3, 27, 103 (referido a Antonio en el 44 a. C.: ἡ δὲ βουλή τήνδε τὴν Κελτικὴν ἀκρόπολιν ἐπὶ σῦσιν ἡγουμένη ἐδυσχέραινε (Y el senado estaba disgustado de tener la Acrópolis de la Céltica encima de sus cabezas).

50. Hecho atestiguado para el caso de Léntulo Espínter, uno de los cónsules del 57 (CÉSAR, *BC* I, 22, 4) y deducible con probabilidad para el de su colega Nepote. Éste obtuvo la provincia de Hispania Citerior después de su consulado (PLUTARCO, *Caesar* 21; DIÓN, 39, 54, 1). Sus sucesores, L. Marcio Filipo y Cn. Cornelio Léntulo Marcelino, no eran hombres políticos fuertes, pero Filipo se había casado hacía poco con la sobrina de César, Atia, viuda de C. Octavio (su hija, Marcia, sin embargo, era la esposa de Catón), y Marcelino había sido legado de Pompeyo (APIANO, *Mitr.* 95; *SIG*^{3} 750).

yo, actividades a las que le animaban su hermano Apio, sus parientes los Metelos y Craso, combinación en modo alguno anómala.[51]

En respuesta, Pompeyo gestionó la vuelta del destierro de Cicerón y al fin la consiguió. Para él mismo logró que después de un período de carestía en Roma, quizá fomentada deliberadamente, se le diese el encargo especial, de cinco años de duración, para adquirir y distribuir el trigo a la ciudad. Los poderes anejos eran grandes, pero quizá le parecieron cortos para sus aspiraciones.[52] Después se suscitó un problema de política exterior, la restauración de Ptolomeo Auletes como rey de Egipto, que provocó un largo debate e intrigas y enconó aún más la enemistad entre Pompeyo y Craso.

En la primavera del 56 a. C. la alianza de los dinastas parecía a punto de sufrir un colapso. L. Domicio Ahenobarbo se adelantó con su candidatura al consulado y con sonoras amenazas de que él despojaría a César de su ejército y de sus provincias. Alguien pudo esperar convencer a Pompeyo de que sacrificase a César a cambio de una alianza con la oligarquía. Cicerón cobró aliento. Proclamó el ideal de una unión conservadora de todas las clases ligadas por su lealtad al senado y guiada por modestos y patrióticos *principes*.[53] Todo ello resultaba bastante inofensivo, si no hubiese ido acompañado de la osadía de anunciar en el senado un ataque a la legislación promulgada durante el consulado de César. Pompeyo se desentendió y abandonó Roma.[54] Craso entretanto había ido a Rávena a conversar con César. Los tres se reunieron en Luca y renovaron la alianza, con un segundo consulado para Pompeyo y Craso, y después del mismo, España y Siria, respectivamente, durante cinco años; el mando de César también fue prolongado.

Pompeyo salió con renovado vigor de una crisis que él mismo había contribuido mucho a provocar.[55] Si hubiese abandonado a César

51. Craso estaba aliado con los Metelos no sólo por su hijo mayor (*ILS* 881). El menor, P. Craso, estaba casado por estas fechas con Cornelia, hija de aquel P. Escipión que, tras ser adoptado por Metelo Pío, se convirtió en Q. Metelo Escipión. La madre de P. Escipión era hija de L. Licinio Craso (*cos.* 95 a. C.), cf. P-W XIII, 479 s. Metelo Pío murió *c.* 64 a. C.

52. Obsérvese la extravagante propuesta del tribuno C. Mesio, *Ad Att.* 4, 1, 7.

53. *Pro Sestio* 136 ss.

54. Cf. especialmente *Ad fam.* 1, 9, 8 s. Pompeyo probablemente había alentado a Cicerón con perfidia. Cicerón, naturalmente, se queja de que los *optimates* lo hubiesen dejado en la estacada (*ibid.*, *passim*).

55. Cf. M. Cary, *CO* XVII (1923), 103 ss.

habría podido caer en una trampa tendida por los *optimates* y ser traicionado por Craso, potencial aliado de aquéllos. En lugar de eso, ahora iba a tener un ejército propio en España con que apoyar su hegemonía en Roma.

Los enemigos de los dinastas pagaron su confianza o sus ilusiones. Ahenobarbo se vio privado del consulado, y Cicerón, obligado a dar en privado garantías de buen comportamiento y en público pruebas de leal conformidad.[56] Los tres *principes* eran ahora los amos del Estado, teniendo en sus manos las más poderosas de las provincias y unas veinte legiones.

La base del poder en Roma se ve con claridad: el consulado, los ejércitos y los tribunos; en un segundo plano, la *Auctoritas* omnipresente de un viejo estadista. Augusto, último de los dinastas, se encargó directamente de las mayores provincias militares y ejerció un control indirecto sobre las demás. Por añadidura, asumió el poder de todo el cuerpo de los tribunos: *proconsulare imperium* y *tribunicia potestas* fueron los dos pilares del edificio.

Los *principes* aspiraban al prestigio y al poder; pero no a imponer un régimen despótico sobre las ruinas de la constitución o a promover una verdadera revolución. La constitución satisfacía bastante bien los propósitos de los generales o de los demagogos. Cuando Pompeyo regresó de Oriente no tenía ni gana ni pretexto para marchar sobre Roma, y César no conquistó la Galia con el propósito de invadir Italia con un gran ejército e implantar una dictadura militar. Sus ambiciones y sus rivalidades hubieran podido ser toleradas en una ciudad-estado pequeña o en una Roma que fuese simplemente la cabeza de una confederación itálica. Pero en la capital del mundo los *principes* eran anacrónicos y ruinosos. Para las usurpaciones incruentas, pero violentas, del 70 y del 59 el término lógico era el conflicto armado y el despotismo. Siendo, además, los soldados el proletariado de Italia, la revolución llegó a tener un carácter social, además de político.

El remedio era sencillo y radical. Por el bien del pueblo romano, los dinastas tenían que irse. Augusto dio fin a la depuración y creó el Nuevo Estado.

La rápida ascensión de César amenazaba la hegemonía de Pompeyo el Grande. Ya no un agente y ministro, sino rival, el conquistador

56. Los discursos *Pro Balbo* y *De pros. cons.*; este último probablemente no es la palinodia a que se refiere en *Ad Att.* 4, 5, 1.

de la Galia le hurtaba sus laureles, su prestigio y sus seguidores. Con la muerte de Julia y la desaparición de Craso, muerto por los partos (53 a. C.), el peligro de una ruptura entre Pompeyo y su aliado debía de parecer inminente. En realidad no lo era. Pompeyo no había estado ocioso. Aunque procónsul de España, residía en las cercanías suburbanas de Roma, contemplando el declive del gobierno de la República y acelerando su fin. Ahenobarbo había llegado por fin a cónsul, con Ap. Claudio Pulcro de colega (54 a. C.). Ninguno de los dos era lo bastante fuerte para hacer sombra a Pompeyo, y Ap. Pulcro podía estar ya echándole el anzuelo con vistas a una alianza.[57] Los cónsules acarrearon su propia desgracia al entrar en tratos para conseguir la elección de sus sucesores por dinero.[58] Pompeyo se encargó de airear el escándalo. Entonces su primo C. Lucilio Hirro hizo una propuesta de que se nombrase a Pompeyo Dictador.[59] Pompeyo desmintió su intención de aceptar, pero en secreto la mantuvo y no engañó a nadie.

Reinaban la corrupción y el desorden; la actividad pública estaba paralizada. El año siguiente hizo su entrada sin cónsules. Parecido, pero peor aún, fue el comienzo del 52 a. C., con tres candidatos luchando entre sí con violencias y tumultos callejeros, siendo el principal de ellos el favorito de los *optimates,* T. Annio Milón, un sujeto brutal y sanguinario que había casado con Fausta, la pervertida hija de Sila.[60] Su enemigo, P. Clodio, era candidato a la pretura. Cuando Milón mató a Clodio, el populacho de Roma, afligido por su patrono y campeón, expuso su cadáver en el Foro, lo incineró en la pira en la curia y destruyó el edificio en el incendio. Después salió de la ciudad en masa y se dirigió a la mansión de Pompeyo, pidiendo a gritos que fuese cónsul o Dictador.[61]

El senado se vio obligado a actuar. Declaró el estado de excepción y encomendó a Pompeyo la organización del reclutamiento de tropas por toda Italia.[62] Arreciaban las peticiones de Dictadura: para contra-

57. Más adelante, p. 63.

58. *Ad Att.* 4, 15, 7, etc.

59. Esta propuesta no se hizo pública hasta el 53, cuando Hirro era tribuno. Catón casi lo destituyó de su cargo (PLUTARCO, *Pompeius* 54). Pero hubo auténticos y fuertes rumores el año anterior, cf. *Ad Q. fratrem* 3, 8, 4.

60. Milón era un Papio de nacimiento, adoptado por su abuelo materno T. Annio, de Lanuvio (ASCONIO, 47 = p. 53 Clark).

61. ASCONIO, 29 = p. 33 Clark.

62. CÉSAR, *BG* 7, 1, 1; ASCONIO 29 = p. 34 Clark.

rrestarlas y adelantarse a ellas, los *optimates* se vieron obligados a ofrecer a Pompeyo el consulado sin colega. La propuesta salió de Bíbulo; la decisión, de Catón.[63]

El pretexto fue un mandato especial para sanear y consolidar el Estado.[64] Con hombres armados a sus espaldas, Pompeyo restableció el orden una vez más y consiguió la condena de notorios perturbadores del orden público, especialmente de Milón, para desconsuelo y pena de los *optimates,* que en vano se esforzaron en salvarlo.[65] Se tomaron medidas para poner coto a flagrantes abusos. Una ley que prescribía que las provincias se concediesen no inmediata y automáticamente después de la pretura y del consulado, sino transcurrido un intervalo de cinco años, estaba avalada por el buen deseo aparente de reducir la corrupción electoral, pero en realidad daba ocasión de ampliar su clientela al partido del gobierno. Tampoco era probable que el dinasta se atuviese ni a la letra ni al espíritu de su propia legislación.

Pompeyo miraba en derredor en busca de alianzas nuevas y tal vez con la esperanza de heredar, hasta cierto punto, la influencia de Craso sobre la aristocracia. De los candidatos al consulado, Milón había sido desterrado y condenado, y lo mismo P. Plautio Hipseo, seguidor de Pompeyo en otro tiempo y ahora fríamente sacrificado. El tercero era más útil: Q. Metelo Escipión, que hacía alarde de unos antepasados incomparables, pese a no saber él nada acerca de ellos, además de no ser digno de los mismos, corrompido y descarriado en su modo de vivir.[66] Pompeyo tomó por esposa a su hija, Cornelia, viuda de P. Craso, lo libró de un proceso pendiente y merecido y lo eligió como colega para los cinco meses que restaban del año.

Una nueva alianza parecía estar en vías de fraguar, a falta sólo de la actitud que Pompeyo adoptase con respecto a César y con respecto a Catón. Por lo pronto, el dinasta prolongó su posesión de España durante cinco años más y puso en juego un artilugio para dejar sin efecto la ley votada por los tribunos del año, concediendo a César el derecho

63. Asconio, 31 = p. 35 s. Clark; Plutarco, *Cato minor* 47, etc.

64. Apiano, *BC* 2, 28, 107: ἐς θεραπείαν τῆς πόλεως ἐπικληθείς (llamado para la cura de la ciudad); cf. Plutarco, *Pompeius* 55; Tácito, *Ann.* 3, 28.

65. Asconio, 30 = p. 34 Clark: «adfuerunt Miloni Q. Hortensius, M. Cicero, M. Marcellus, M. Calidius, M. Cato, Faustus Sulla» (Asistieron a Milón...).

66. Sobre su ascendencia, Cicerón, *Brutus* 212 s.; su ignorancia de un detalle de la historia de su familia, *Ad Att.* 6, 1, 17; su moral (Val. Máx., 9, 1, 8) y su capacidad (César, *BC* 1, 4, 3; 3, 31, 1) eran bastante dudosas.

a presentarse al consulado en ausencia. Puesto en evidencia, se disculpó tarde y de modo ambiguo. El dinasta no estaba aún en condiciones de prescindir de aliado. Necesitaba a César para contrarrestar al partido de Catón, hasta que se decidiese por uno de los dos. Catón, al presentar su candidatura al consulado, sufrió una aparatosa derrota, para satisfacción de Pompeyo no menos que de César.

Transcurrieron dos años bajo la amenaza de la tormenta que se avecinaba. Los enemigos de César daban muestras deprisa y de impaciencia: A comienzos del 51, el cónsul M. Marcelo abrió el fuego. Fue detenido por Pompeyo, y el gran debate sobre el mando de César quedó aplazado hasta el 1 de marzo del año siguiente. Pompeyo continuaba indeciso, hablaba de irse a España, pero se vio forzado por los *optimates*, no del todo contra su voluntad, a reclamarle a César una legión. El pretexto era la inseguridad de Siria, seriamente amenazada por los partos.[67] César accedió a la demanda. Pompeyo proclamó que la sumisión al senado constituía un deber solemne.[68] La legión no fue retirada, sin embargo, hasta el año siguiente junto con otra que Pompeyo había prestado anteriormente a César. Las dos permanecieron en Italia.

Aunque Pompeyo o los enemigos de César podían ganar las elecciones al consulado, esto no constituía una ventaja sin trabas. Los Marcelos eran impetuosos, pero inconstantes; otros cónsules, tímidos o venales.[69] G. Escribonio Curión, orador enérgico, empezó el año como paladín del gobierno, pero pronto reveló sus verdaderas intenciones, obstaculizando la tan esperada discusión sobre las provincias de César y confundiendo a la oligarquía con sus obstinadas propuestas de que ambos dinastas hiciesen entrega de sus ejércitos y salvasen a la República.

Curión se convirtió en un héroe popular y el pueblo se levantó contra el senado. La amenaza de una coalición entre Pompeyo y los *optimates* unió a sus enemigos y reforzó el partido de César. César

67. *Ad fam.* 8, 4, 4. La condena a azotes de un hombre de Como por parte de Marcelo había sido prematura y nada del agrado de Pompeyo (*Ad Att.* 5, 11. 2).

68. *Ad fam.* 8, 4, 4: «omnis oportere senatui dicto audientis esse» (todo el mundo debía someterse a la palabra del senado).

69. Ser. Sulpicio Rufo (*cos.* 51) era de carácter muy afable y tenía miedo de provocar una guerra civil (DIÓN, 40 59, 1; *Ad fam.* 4, 3, 1, etc.); L. Emilio Paulo (*cos.* 50) fue comprado (SUETONIO, *Divus Iulius* 29, 1, etc.); y César había concebido muy fundadas esperanzas de comprar a L. Cornelio Léntulo Crus, *cos. des.* para el 49, hombre cargado de deudas, codicioso y abiertamente venal (*Ad Att.* 11, 6, 6; CÉSAR, *BC* 1, 4, 2).

había adquirido un gran poder merced a Pompeyo, ayudado en la paz y en la guerra por los lugartenientes de Pompeyo, y se había convertido ahora en un rival político como líder por derecho propio. En todas las clases de la sociedad los derrotados y los desposeídos, ansiosos de desquite, volvían los ojos al consulado de César, o a la victoria de César, y a las recompensas que la codicia y la ambición pudieran obtener de una guerra contra la oligarquía implantada por Sila. Italia empezaba a dar muestras de inquietud.

En la ciudad de Roma las luchas políticas y las enemistades personales se hicieron más tajantes. Ap. Claudio Pulcro, elegido censor, cargo que estaba en abierta contradicción con la conducta de su vida privada, beneficiaba a su partido expulsando a los senadores que consideraba indeseables, y con ello aumentaba el número de los seguidores de César. El arrogante y terco censor, con la vista puesta, como Catón, en un gran antepasado, dirigió su ataque contra el tribuno Curión, aunque en vano, y contra el amigo de Curión, el edil M. Celio Rufo, provocando mutuas acusaciones de vicio contra natura.[70] Los enemigos de Celia lo empujaron al lado de César.

Ap. Pulcro no constituía un honor para el partido de Catón. Ya otro líder, el consular Ahenobarbo, había sido derrotado en la disputa de un puesto de augur contra M. Antonio, enviado por César de la Galia.[71] El incidente demostró claramente el vigor de los partidos en liza para el dominio de los votos en Roma. Además, Antonio y otros seguidores de César, elegidos tribunos para el año siguiente, prometían continuar con la táctica de Curión.

En otoño la gente empezó a hablar de una guerra inevitable. La fortuna estaba disponiendo el escenario para un grande y terrible espectáculo.[72] César no soportaba a un superior; Pompeyo, a un rival.[73] César

70. Para más detalles, cf. P-W II A, 870 ss.; III, 1269 s.

71. *Ad fam.* 8, 14, 1.

72. Como Celio observaba, «si sine summo periculo fieri posset, magnum et iucundum tibi Fortuna spectaculum parabat» (Si fuese posible sin gran riesgo, la Fortuna te preparaba un grandioso y ameno espectáculo) (CICERÓN, *Ad fam.* 8, 14, 4). Para un enjuiciamiento claro y objetivo de la situación *ibid.* & 2.

73. Para esta precisa formulación, LUCANO, *Pharsalia* I, 125 s.; ELORO, 2, 13, 14. Sobre los celos de Pompeyo, CÉSAR, *BC* I, 474; VELEYO, 2, 29, 2; 33, 3. Sobre la ambición de César, PLUTARCO *Antonius* 6 (cf. SUETONIO, *Divus Iulios* 30, 5): ἔρως ἀπαρηγόρητος ἀρχῆς καὶ περιμανὴς ἐπιθυμία τοῦ πρῶτον εἶναι καὶ μέγιστον (¿de Polión?) (una pasión irresistible por el poder y un deseo loco de ser el primero y el más grande).

tenía muchos enemigos, ganados por su cruel ambición, por sus actos de arrogancia hacia otros príncipes y por su apoyo, cuando era cónsul y procónsul, a la hegemonía de Pompeyo, quien ahora, para alcanzar el poder supremo, parecía dispuesto a echar por la borda a su aliado.

El primero de diciembre la propuesta de Curión volvió a ser presentada en el senado, revelando una aplastante mayoría en contra de los dos dinastas.[74] El cónsul C. Marcelo condenó la apatía de los senadores como sumisión a la tiranía, afirmó que César ya estaba invadiendo Italia y tomó medidas en nombre de la República. Acompañado de los cónsules elegidos para el año siguiente, fue a casa de Pompeyo y con dramático gesto le entregó una espada, exhortándole a tomar el mando de las fuerzas armadas de Italia.

Pompeyo tenía ya a sus órdenes toda España de un modo anómalo y arbitrario. Como consecuencia de la ley del 52 a. C. las otras provincias, desde Macedonia hacia el este, estaban en manos de hombres leales al gobierno o por lo menos no peligrosos;[75] y todos los reyes, príncipes y tetrarcas, acordándose de su protector, estaban dispuestos a poner sus tropas a sus órdenes. Diríase que el Magno era lo bastante fuerte para evitar la guerra civil, y libre al mismo tiempo para negociar sin ser acusado de timidez innoble.[76] Pero el dinasta se mantenía enigmático y amenazador. Ante sus aliados expresaba una firme confianza, haciéndoles ver sus ejércitos y hablando despectivamente del procónsul de la Galia.[77] Los rumores —espontáneos o puestos en circulación— hablaban de descontento entre los soldados y oficiales de

74. Sobre el orden de los acontecimientos en diciembre del 50 y enero del 49 a. C., cf. E. MEYER, *Caesars Monarchie uns das Principat des Pompeius*, 3.ª ed. (1922), 271 ss.

75. Como César se queja en *BC* I, 85, 9: «per paucos probati et electi» (probados y elegidos por unos cuantos).

76. CÉSAR, *ibid.*, 1, 32, 8 ss.: «neque se reformidare quod in senatu Pompeius paulo ante dixisset, ad quos legati mitterentur, his auctoritatem attribui timoremque eorum qui mitterent significari, tenuis ac infirmi haec animi videri» (Él no temía a lo que Pompeyo había dicho poco antes delante del senado, que cuando se enviaban embajadores, se reconocía la autoridad de aquellos a quienes se les mandaban y el temor de quienes hacían el envío. Todo esto le parecía a él propio de un espíritu débil y miedoso).

77. *Ad Att.* 7, 8, 4: «vehementer hominem contemnebat et suis et rei publicae copiis confidebat» (Despreciaba ardientemente al hombre y confiaba en sus fuerzas y en las de la República).

César, y había motivos fundados para dudar de la lealtad de T. Labieno, el mejor general de César.[78]

Se produjeron entonces un debate en el senado, tentativas de mediación en público y negociaciones en privado. El primero de enero fue rechazada una oferta de César y éste declarado rebelde; seis días más tarde se le quitó el mando de sus provincias. Los tribunos de César, M. Antonio y Q. Craso, de cuyo veto se hizo caso omiso, huyeron de la capital. El estado de excepción fue proclamado.

Aunque Pompeyo hubiese deseado ahora evitar el recurso a las armas, fue arrastrado hacia delante por fuerzas incontrolables, atrapado en el abrazo de pérfidos aliados o, como él decía, en la sumisión patriótica a las necesidades de la República.[79] La coalición gobernante puede describirse, en pocas palabras, como cuatro familias antiguas y eminentes, unidas estrechamente entre sí y con el partido de Catón.

Elevado al poder con ayuda de los Metelos, aunque no sin riñas ni rivalidades, Pompeyo rompió aquella alianza a su regreso de Oriente, y el cónsul Metelo Céler se alió con el partido de Catón para atacar y desgastar a Pompeyo. Pero la disputa no fue enconada ni sin remedio; los Metelos tenían demasiado sentido político para eso. Tres años más tarde era cónsul Nepote, quizá no sin ayuda de Pompeyo. Las señales de arreglo se dejaban entrever. A pesar de haber desempeñado cinco consulados en veinticinco años, los Metelos no tardaron en percatarse de que su poder estaba flaqueando. La muerte se fue llevando a sus cónsules uno a uno.[80] El matrimonio o la adopción podrían restablecer la fortuna en declive de una familia noble. Los Metelos habían utilizado a sus mujeres con buenos resultados en el pasado. Una de sus hijas fue concedida ahora en matrimonio al hijo mayor del dinasta Craso. Por otra parte, un Escipión, casi el último de su linaje, nieto él mismo de una Metela, había entrado en la familia por adopción. Éste fue Q. Metelo Escipión, suegro y colega de Pompeyo en su tercer consulado.

78. La esperanza de que Labieno abandonase a César constituía un factor importante con probabilidad.

79. CÉSAR, *BC* I, 8, 3: «semper se rei publicae commoda privatis necessitudinibus habuisse potiora» (Siempre había antepuesto el interés del Estado a sus obligaciones personales).

80. Esto es, a Metelo Pío (*cos.* 80), que murió en el 64, al Cretense (69), *c.* 54; a L. Metelo (68), en su consulado; a Céler (60), al año siguiente al suyo; a Nepote (57) *c.* 54.

El convenio con los Metelos y los Escipiones recordaba tiempos antiguos y revelaba la decadencia política de dos grandes casas. Los Pompeyos habían sido antaño seguidores de los Escipiones. Pero el poder y esplendor de aquella casa imperial, casa de los conquistadores de Cartago y de España, pertenecía al pasado. Sólo un cónsul habían podido exhibir en toda la generación precedente.[81] Más espectacular aún, el eclipse de la rama plebeya de los Claudios Marcelos, que habían sido émulos de los Escipiones en su gran época: tras un siglo de oscuridad emergen de nuevo con repentina eminencia y colocan tres cónsules en los últimos tres años de la República.[82] La influencia de Pompeyo y la vinculación con los Léntulos pueden explicar el fenómeno sin faltar a la justicia.[83]

Los Cornelios Léntulos patricios se distinguieron más por orgullo de su cuna y por cautela política que por esplendor público o por capacidad relevante en la guerra y en la paz. Procuraron sacar provecho, con la ayuda de Pompeyo, sin granjearse reyertas ni perjuicios. Algunos Léntulos habían prestado servicio a las órdenes de Pompeyo en España y en Oriente;[84] cinco consulados en esta generación recompensaron su sagacidad.[85]

Con estas cuatro familias se vinculó ahora el partido de Catón. De sus aliados y parientes, Lúculo y Hortensio estaban muertos, pero el grupo era todavía formidable, por incluir a M. Junio Bruto, su sobri-

81. L. Cornelio Escipión Asiágeno (*cos.* 83), del partido de Mario, que fue declarado fuera de la ley y huyó a Marsella, donde murió.

82. Los hermanos M. Marcelo (*cos.* 51) y C. Marcelo (49), y su primo C. Claudio, hijo de C. Marcelo (59). Ningún cónsul desde su tatarabuelo (*cos.* III, 152).

83. Cn. Cornelio Léntulo Clodiano (*cos.* 72) era plebeyo de nacimiento (CICERÓN, *De imp. Cn. Pompei* 58), *y* por tanto un probable Claudio Marcelo. Lo mismo el padre de Marcelino (*cos.* 56), cf. P-W IV, 1390.

84. No es que todos, ni de forma constante, fueran aliados de Pompeyo: Léntulo Sura (*cos.* 71) fue expulsado del senado por los censores del 70. Pero Clodiano (*cos.* 72, *censor* 70) fue legado en la Guerra de los Piratas (APIANO, *Mithr.* 95) y lo mismo Marcelino (*ibid.*, y la inscr. de Cirene, *SIG*^{3} 1, 750). Los dos habían servido probablemente bajo Pompeyo en España (Marcelino está atestiguado por monedas, *BMC*, *R. Rep.* II, 491 s.). El gaditano L. Cornelio Balbo reconocía más tarde un vínculo especial de lealtad con L. Cornelio Léntulo Crus (*cos.* 49); cf. *Ad Atto* 9. 7b, 2; 8, 15a, 2. Ésta es una prueba del origen del *gentilicium* de Balbo, y del servicio de Léntulo en España.

85. A saber: Clodiano (72), Sura (71), Espínter (57), Marcelino (56) y Crus (49). Las relaciones familiares concretas de los varios Cornelios Léntulos de esta época son muy problemáticas (P-W IV, 1381; 1389; 1393).

no, y a los maridos de su hermana y de su hija, a saber: L. Domicio Ahenobarbo y M. Calpurnio Bíbulo. Además de su leal apoyo a Catón, otra cosa unía a Ahenobarbo y a Bruto: el deber sagrado de vengarse de Pompeyo. Por Catón o por la República aplazaron la venganza; pero no olvidaron a un hermano y a un padre muertos por Pompeyo en su juventud de un modo vil y traicionero. Ahenobarbo era un gran dinasta político por derecho propio, nacido para el poder. El Pacto de Luca le cerró la puerta del consulado, pero sólo por un año. Aún tenía otro agravio: la posesión de la Galia Transalpina por César lo privaba de una provincia que él consideraba suya por derecho de herencia.[86] En cuanto a Bíbulo, éste se dolía aún de su autoridad escarnecida y de las infructuosas disputas mantenidas con el cónsul y los tribunos de Pompeyo.

El último en sobrevivirlos a todos pretendía más tarde que el partido de la República y el séquito de Pompeyo incluían a diez hombres de rango consular.[87] Si se añaden los cónsules del último año de la República, la serie es impresionante e instructiva. En primer lugar, Pompeyo y su decorativo suegro, Q. Metelo Escipión; dos Léntulos y dos Marcelos.[88] Después venía el enigmático Apio Claudio Pulcro, orgulloso, corrupto y supersticioso; en su persona, el símbolo y el nexo de la coalición entera: él, hijo de una Cecilia Metela y marido de una Servilia, dio una hija en matrimonio al hijo mayor de Pompe-

86. Cn. Domicio Ahenobarbo (*cos.* 122) había sido en gran parte responsable de la conquista y organización de aquella provincia. De ahí la abundancia del nombre «Domitius» en ella, documentado por ejemplo por la inscr. *ILS* 6976 de Nemausus (Nîmes), y más tarde por personajes provinciales como Cn. Domicio Afro (*cos. suff.* 39 d. C.) y Domicio Decidio (TÁCITO, *Agr.* 6, 1; *ILS* 966). Obsérvese también la protección de un galo maltratado, por Cn. Domicio (*cos.* 96), CICERÓN, *In Verrem* II, 1, 118.

87. CICERÓN, *Phil.* 13, 28 s.; no es verdad, sin embargo, pues dos de los pretendidos consulares de Pompeyo («quos civis, quos viros»: ¡Qué ciudadanos, qué hombres!), a saber: M. Marcelo (*cos.* 51) y Ser. Sulpicio Rufo (*cos.* 51), desalentados por el estallido de la guerra, o desconfiados de Pompeyo, no tomaron parte activa en aquélla y más bien debieran ser considerados neutrales (P-W III, 2762: IV A, 853 s.). De hecho, Rufo envió a su hijo a luchar con César. (*Ad Att.* 9, 18, 2). Los epítetos laudatorios aplicados aquí por Cicerón a los otros consulares no engañarán a nadie: se sabe demasiado sobre esa gente.

88. Los Léntulos fueron Espínter (*cos.* 57) y Crus (49); los Marcelos, Marco (*cos.* 51) y Gayo (49). Sobre el parentesco de estas dos familias, arriba, p. 43, n. 1. El hijo de Espínter casó con una Cecilia Metela (*Ad Att.* 13, 7, 1).

yo, otra a Bruto, el sobrino de Catón.[89] Catón mismo no había alcanzado al consulado, pero seguían dos consulares; el terco e irascible Bíbulo y Ahenobarbo, enérgico, pero muy estúpido. La cola de la procesión la lleva Sulpicio Rufo, tímido y respetable jurista, carente de opiniones políticas definidas, y dos *novi homines*, el general pompeyano Afranio y el orador Cicerón, conmovedor en su lealtad a un líder de cuya falsedad podría recordar tan palpables y dolorosas pruebas. El partido de la República no era sitio para un *novus homo*: los Léntulos eran sinónimo de orgullo aristocrático, Ap. Claudio encontraba un placer especial humillando o contrariando a Cicerón y los Metelos le habían dado un punzante recordatorio de la *dignitas* de aquella familia.[90]

Era la oligarquía de Sila, al descubierto y amenazadora en su último asalto al poder; unida, pero insegura. Pompeyo estaba jugando un doble juego. Esperaba utilizar a los dirigentes *nobiles* para eliminar a César, tanto si había como si no había guerra, en cualquier caso ganando la supremacía. Ellos no se dejaban engañar; conocían a Pompeyo, pero imaginaban que Pompeyo, debilitado por la pérdida de su aliado y del apoyo popular, estaría al fin en su poder, dispuesto a dejarse guiar o a ser eliminado en caso de resistirse.

Esta política surgió del cerebro y de la voluntad de Marco Catón. Sus aliados, en su ansiedad por alistar en sus filas a un hombre de principios, celebraban como integridad lo que muchas veces era presunción o estupidez, y confundían la astucia con la sagacidad. Debieran haberlo conocido mejor: la terca negativa de Catón a acceder a la demanda de tierras para los veteranos de Pompeyo sólo acarreó males mayores y la destrucción de la constitución. Después de una larga lucha contra la hegemonía de Pompeyo, Catón decidió apoyar una Dictadura, aunque teniendo mucho cuidado en evitar ese nombre. La confianza de Catón en su propia rectitud y sagacidad sacaba una fuerza secreta de la antipatía que sentía hacia la persona y el carácter de César.

89. El matrimonio de Bruto con una hija de Ap. Claudio Pulcro se celebró con seguridad en el 54 a. C. (*Ad faro.* 3, 4, 2), el de Cn. Pompeyo probablemente por las mismas fechas *(ibid.)*. El hijo menor, Sexto, casó con la hija de L. Escribonio Libón (*cos.* 34 a. C.), cf. más abajo, p. 282. Sobre el carácter de Ap. Pulcro, P-W III, 2849 ss.

90. Céler a Cicerón (*Ad fam.* 5, 1, 1): «familiae nostrae dignitas». Cicerón emplea las palabras «Appietas» y «Lentulitas», *ibid.*, 3, 7, 5. Tenía motivos sobrados para quejarse de Apio.

La influencia y el ejemplo de Catón espolearon a los *nobiles y* aceleraron la guerra. Con la ayuda del poder, el prestigio y los ejércitos ilegales de Pompeyo Magno (estacionados ya en suelo italiano o en vías de ser reclutados para el gobierno y so capa de legitimidad), un partido dentro del senado puso en juego la constitución en contra de César. El procónsul se negó a ceder.

Capítulo IV

CÉSAR, DICTADOR

Sila fue el primer romano en mandar un ejército contra Roma. No por elección propia; sus enemigos habían empuñado las riendas del gobierno y lo habían despojado del mando contra Mitrídates. Por tanto, cuando él desembarcó en Italia, tras una ausencia de cinco años, la fuerza era su única defensa contra el partido que había atacado a un procónsul que estaba haciendo las guerras de la República en Oriente. Sila tenía toda la ambición de un noble romano, pero no era su ambición adueñarse del poder por medio de la guerra civil y conservarlo todopoderoso y en solitario. Realizada su obra, el Dictador abdicó.

La conquista de la Galia, la guerra contra Pompeyo y la implantación de la Dictadura de César son acontecimientos que se producen con tanta armonía, tan rápidos y seguros como si estuvieran preparados de antemano; y la historia se ha escrito a veces como si César hubiese dado el tono desde el principio, convencido de que la monarquía era el remedio universal de los males del mundo y con el propósito de llegar a ella por la fuerza de las armas. Tal modo de ver es demasiado simple para ser histórico.[1]

César hizo lo posible por evitar el recurso a la guerra abierta. Tanto antes como después de la ruptura de hostilidades, trató de negociar con Pompeyo. Si Pompeyo hubiese escuchado y aceptado una conversación, la vieja *amicitia* entre ambos podría haberse restablecido. Con el reconocimiento de la supremacía teórica de Pompeyo, César y sus

1. V. *gr*. Mommsen y recientemente Carcopino.

partidarios se hubieran hecho con el gobierno, y quizá reformado el Estado. Esto era lo que los enemigos de César temían y Pompeyo también. Tras una larga vacilación, Pompeyo decidió al final salvar a la oligarquía. Por otra parte, las propuestas del procónsul, tal y como fueron presentadas al senado, eran moderadas y no se pueden desechar como meras maniobras con que ganar posición o tiempo para situar sus ejércitos.[2] César sabía lo pequeño que era el partido deseoso de provocar la guerra. Como había revelado la artera moción de un tribuno cesariano, una aplastante mayoría del senado, de casi cuatrocientos contra veintidós, deseaba que ambos dinastas hiciesen entrega de sus mandos extraordinarios.[3] Prevaleció una minoría temeraria y partidista.

Las cuestiones legales precisas que estaban en juego en la petición de César de optar al consulado en ausencia y de conservar su provincia hasta finales del año 49 a. C. son aún objeto de controversia.[4] Si alguna vez esas cuestiones estuvieron claras, la discusión y la presentación falsa de los hechos oscurecieron pronto la verdad y la equidad. La naturaleza de la crisis política es menos confusa. César y sus asociados en el poder habían violado o suspendido la constitución muchas veces, en el pasado, para sus propios fines. Se habían hecho antes excepciones en favor de otros dinastas, y César hacía valer sus derechos morales y jurídicos a un trato preferente. En última instancia, su rango, prestigio y honor, resumidos en la palabra latina *dignitas,* estaban en entredicho; para César, como él mismo decía, «su *dignitas* había sido más querida que la vida misma».[5] Antes que renunciar a ella, César recurrió a las armas. El pretexto constitucional se lo brindó la violencia de sus adversarios: César se alzó en defensa de los tribunos y de las libertades del pueblo romano. Pero ése no era el justificante que César tenía en mayor estima: éste era el de su honor personal.

2. César se ofrecía a conservar sólo la Cisalpina, o incluso Iliria, con una sola legión (Apiano, *BC* 2, 32, 126; Plutarco, *Caesar* 31; Suetonio, *Divus Iulius*, 29, 2).

3. Apiano, *BC* 2, 30, 119.

4. La llamada comúnmente «Rechtsfrage» (cuestión de derecho), discutida sin término, depende de una «Machtfrage» (cuestión de poder).

5. *BC* 1, 9, 2: «sibi semper primam fuisse dignitatem vitaque potiorem»; cf. I, 7, 7; 8, 3; 3, 91, 2; *BG* 8, 52, 4; Suetonio, *Divus Iulius* 33; 72: Cicerón, *Ad Att.* 7, 11, 1: «atque haec ait omnia facere se dignitatis causa» (Y dice que él hace todo esto por su dignidad). Cf. arriba p. 25, n. 12.

Sus enemigos parecían haber triunfado. Habían introducido una cuña entre los dos dinastas, logrando para su bando el poder y el prestigio de Pompeyo. Ya se encargarían de habérselas con Pompeyo más tarde. Se podría no llegar a la guerra declarada, pues Pompeyo estaba aún en poder de ellos mientras no se encontrase al mando de un ejército en pie de guerra. A César lo habían obligado a elegir entre la guerra civil o la muerte política. Pero César se negó a entrar en la larga nómina de las víctimas de Pompeyo, a ser dejado a un lado como Lúculo, tirado y en desgracia como había sido Gabinio, el gobernador de Siria. Si cedía ahora, era el final. Si volvía a Roma como un ciudadano particular, César sería procesado inmediatamente por sus enemigos, por extorsión o alta traición. Ellos conseguirían abogados famosos por su elocuencia, sus elevados principios y su patriotismo. Catón lo estaba esperando, rencoroso e incorruptible. Un jurado cuidadosamente escogido, con el apoyo moral de los soldados de Pompeyo, estacionados en derredor del tribunal, produciría el veredicto inevitable. Después de eso, a César no le quedaría más que ir a hacer compañía a Milón en Marsella y degustar el mújel rojo y la cultura helénica de aquella ciudad universitaria.[6]

César se vio obligado a recurrir a su ejército para su protección. Por fin, los enemigos de César habían logrado captar a Pompeyo y esgrimir la constitución contra el político más hábil de aquellos tiempos: se le declaraba enemigo público si no hacía entrega de su mando antes de un determinado día. Apelando a sanciones constitucionales contra César, un partido pequeño falseaba los verdaderos deseos de una gran mayoría del senado, de Roma y de Italia. Ellos pretendían que la cuestión a debatir se centraba entre un procónsul en rebeldía y la autoridad legítima... Tales expedientes aventurados son obra, por lo general, de hombres de sangre ardiente y cabeza confusa. El error era doble y fatal. La desilusión sobrevino en seguida. Incluso Catón desfallecía.[7] Se había confiado en que las clases acomodadas y respetables de las ciudades de Italia acudirían en defensa de la autoridad del senado y de las libertades del pueblo romano, que todo el país se levantaría como un solo hombre contra el invasor. Nada de eso sucedió. Italia no respondió a la llamada al combate de la República en peligro por falta de fe en sus defensores.

6. SUETONIO, *Divus Iulius* 30, 3 (citando a Catón y a Milón).

7. *Ad Att.* 7, 15, 2: «Cato enim ipse iam servire quam pugnare mavult» (Catón mismo prefiere ser esclavo a luchar).

Las virtudes mismas por las que las clases pudientes recibían los elogios interesados de los políticos de Roma les impedían intervenir en una lucha que no rezaba con ellas.[8] Pompeyo podía dar un taconazo en el suelo de Italia, como había alardeado imprudentemente de hacer. Ninguna legión en armas acudió a su llamada. Incluso el Piceno, su feudo personal, se pasó al enemigo con armas y bagajes. No menos completo el error de cálculo en el campo militar: el *imperator* no respondía a su reputación como soldado. La inseguridad y el sentimiento de culpabilidad, añadidos a una inadecuada preparación para la guerra, pueden haberle restado poder decisorio.[9] Sin embargo, su estrategia no era un mero subterfugio, como le parecía a sus aliados, sino sutil y grandiosa: evacuar Italia, dejando a César atrapado entre las legiones de España y las huestes de todo el Oriente, para después regresar, como Sila, a la victoria y al poder.[10]

César, es cierto, sólo tenía una legión a mano: el grueso de sus fuerzas se hallaba todavía lejos. Pero barrió la costa oriental de Italia, recogiendo tropas y ganando empuje y confianza conforme avanzaba. A los dos meses del paso del Rubicón era dueño de Italia. Pompeyo hizo su escapada a través del Adriático, llevando consigo varias legiones y un gran número de senadores, una penosa carga de gritos de venganza y recriminaciones. Los enemigos de César habían contado con la capitulación o con una guerra corta y fácil.

Habían perdido el primer asalto. Después, un segundo revés más allá de todo cálculo: antes de que el verano acabase los generales de Pompeyo en España fueron superados por una táctica superior y vencidos. Pero aun así, hasta que las legiones libraron batalla en la llanura de Farsalia, las probabilidades estaban muy en contra de César. La fortuna, el cariño de sus legionarios veteranos y la división de opiniones de sus adversarios le proporcionaron la victoria final. Pero hicieron falta tres años más de lucha para terminar con la última y feroz resistencia de la causa pompeyana en África y en España.

«Ellos lo quisieron así», dijo César cuando contemplaba a los muertos romanos en Farsalia, mitad en duelo patriótico por el estrago

8. *Ibid.*, 8, 13, 2: «nihil prorsus aliud curant nisi agros, nisi villulas, nisi nummulos suos» (No les preocupa absolutamente nada más que sus campos, sus cortijitos y sus moneditas).

9. La enfermedad de Pompeyo en el verano del 50 a. C. pudo ser debida a causas no sólo físicas.

10. Cf. E. MEYER, *Caesars Monarchie*, 299 ss.

de la guerra civil, mitad por impaciencia y rencor.[11] Ellos habían privado a César de la verdadera gloria de un aristócrata romano: luchar con sus iguales por la supremacía, no destruirlos. Sus enemigos se reían de él después de muertos. Incluso Farsalia no era el final. Su antiguo aliado, el gran Pompeyo, cubierto de gloria por sus victorias en todas las partes del mundo, yacía insepulto en una playa de Egipto, muerto por un romano renegado, a sueldo de un rey extranjero. Muertos también, y matados por romanos, estaban los rivales y los enemigos de César, muchos de ellos ilustres ex cónsules. Ahenobarbo combatió y cayó en Farsalia y Q. Metelo Escipión terminó de un modo digno de sus antepasados;[12] Catón, por último, decidió morir por propia mano antes que presenciar la hegemonía de César y la destrucción de la República.

Era la Némesis de la ambición y la gloria: verse burlado al final. Después de semejante catástrofe tenía ahora que hacer frente a la tarea de reconstrucción, severa e ingrata. Sin la cooperación sincera y patriótica de la clase dirigente, el esfuerzo sería totalmente baldío, mero engendro de un poder arbitrario, condenado a perecer por la violencia.

Era razonable abstenerse de formular un juicio acerca de la culpa de la guerra civil.[13] Pompeyo había sido poco mejor, si acaso, que su más joven y más dinámico rival; había sido un mendaz e inquietante defensor de la autoridad legítima cuando la gente recordaba la carrera anterior y la desordenada ambición del secuaz de Sila, que primero había desafiado y después destruido el régimen del senado. Los dos habían buscado la dominación respaldada por las armas.[14] Si Pompeyo hubiese triunfado en el campo de batalla, difícilmente la República hubiera sobrevivido. Al cabo de unos años, Pompeyo, el Dictador, hu-

11. SUETONIO, *Divus Iulius* 30, 4 (testimonio de Polión): «hoc voluerunt; tantis rebus gestis Gaius Caesar condemnatus essem, nisi ab exercitu auxilium petissem» (Así lo quisieron. Después de tantos triunfos, yo, Gayo César, hubiese sido condenado, si no hubiese pedido auxilio al ejército).

12. LIVIO, *Per.* 114: «imperator se bene habet».

13. LUCANO, *Pharsalia*, I, 126 ss.: «quis iustius induit arma scire nefas. Magno se iudice quisque tuetur: victrix causa deis placuit sed vicia Catoni» (Es un crimen preguntarse quién empuñó las armas con más razón. Cada cual se ampara en un gran juez: a los dioses les plugo la causa de los vencedores, a Catón la de los vencidos).

14. *Ad Att.* 8, 1I, 2: «dominatio quaesita ab utroque est» (Los dos buscan la dominación); *ibid.*: «uterque regnare vult» (Uno y otro quieren ser rey).

biese muerto asesinado en el senado por hombres honorables a los pies de su propia estatua.

Pero ésta no era la cuestión. La causa de Pompeyo se había convertido en la causa de los mejores. César no podía competir con él en este aspecto. Aunque el interés hubiese llevado a cada bando más adeptos que los principios, en el caso de los pompeyanos ese interés usurpó el respetable ropaje de la legalidad. Muchos de los seguidores de César eran notorios aventureros, ávidos de lucro y de promoción, algunos incluso de revolución.

Y a pesar de todo, en lo concerniente al partido de César, el contraste entre granujas sin vergüenza, por una parte, y patriotas de noble cuna, por otra, es tan esquemático y engañoso como el contraste entre un aspirante al poder personal y las fuerzas de la ley y el orden. El partido de César formaba un conjunto heterogéneo: en el centro se encontraba un grupo pequeño de hombres distinguidos y de alta posición social; en la periferia, muchos caballeros romanos, excelentes, «la flor de Italia». La composición del partido y el carácter de aquellos seguidores de César, con quienes éste amplió el senado y reforzó la oligarquía gobernante, constituyen un importante tema de estudio y merecen ser tratados por separado.[15]

Muchos senadores procuraron mantenerse neutrales, incluidos varios consulares eminentes. De alguno de éstos César supo ganarse las simpatías, si no el apoyo activo, por su estudiada moderación. Con los supervivientes del bando derrotado se portó con pública y ostentosa clemencia. Eran miembros de su clase y él no había querido hacerles la guerra ni exterminar a la aristocracia romana. Pero estos orgullosos adversarios no siempre se arrojaban a sus pies ansiosos de ser expuestos como prueba tangible de la *clementia* y *magnitudo animi* de César. Aceptaron el regalo de la vida y de la reinserción social con mal reprimido resentimiento; algunos incluso se negaron a solicitarlo.[16]

Bajo estos desfavorables auspicios, un nuevo Sila, pero con *clementia*, un nuevo Graco, aunque carente de un programa revolucionario, César instauró su Dictadura. El régimen comenzaba como el triunfo de un bando en una guerra civil; César se propuso como meta la superación del espíritu de partido, y al hacerlo acarreó su propia ruina. Defensor del pueblo, tuvo que recortar los derechos de éste,

15. Más adelante, c. V y c. VI.
16. Por ejemplo, el hijo de Ahenobarbo (CICERÓN, *Phil.* 2, 27).

como Sila había hecho. Para gobernar necesitaba el apoyo de los *nobiles* y, sin embargo, tuvo que restringir sus privilegios y reprimir sus peligrosas ambiciones.

Por el nombre y la función de su cargo, César estaba obligado a poner en orden el Estado (*rei publicae constituendae*). Pese al aborrecido recuerdo de Sila, la elección de la Dictadura estaba aconsejada por sus amplios poderes y por verse libre del veto de los tribunos. César sabía que muy pronto enemigos secretos apuntarían aquella arma mortífera contra quien con tanta destreza la había utilizado en el pasado y contra quien no hacía mucho había proclamado que estaba defendiendo los derechos de los tribunos y la libertad del pueblo romano. Él no se equivocaba. Pero necesitaba poderes especiales: después de una guerra civil, la necesidad era patente. La tarea del Dictador bien podría exigir varios años. En el 46 a. C. sus poderes fueron prolongados por un período de diez años; mal augurio. El rayo de la esperanza en que el período de excepción sería muy corto destelló un instante para desvanecerse en seguida y extinguirse al fin por completo.[17] En enero del 44 a. C. se le dio por votación la Dictadura vitalicia. Por aquellas mismas fechas las disposiciones del senado ordenaban que se tomase en su nombre un juramento de adhesión.[18] ¿Era éste el exponente de su puesta en orden del Estado romano? ¿Era ésta una *res publica constituta*?

Era inquietante. Poco se había hecho para reparar los destrozos de la guerra civil y promover la regeneración social. De esto último había una apremiante necesidad; así lo señalaban tanto sus partidarios como sus antiguos adversarios. De Pompeyo, de Catón y de la oligarquía no se podía esperar una reforma. Pero César parecía dife-

17. *Ad fam.* 4, 4, 3 (tras el perdón de M. Marcelo).

18. SUETONIO, *Divus Iulius* 84, 2: «senatus consultum, quo omnia simul ei divina atque humana decreverat, item iusiurandum, quo se cuncti pro salute unius astrinxerant» (senadoconsulto por el cual todos los honores divinos y humanos se le habían concedido de una vez, y asimismo el juramento por el cual todos estaban vinculados por la salud de uno solo). Apiano, en varios pasajes, esp. 2, 145, 604: καὶ αὖθις ἀνεγίγνωσκε τοὺς ὅρκους, ἦ μὴν φυλάξειν Καίσαρα καὶ τὸ Καίσαρος σῶμα παντὶ σθένει πάντας, ἢ εἴ τις ἐπιβουλεύσειεν, ἐξώλες εἶναι τοὺς οὐκ ἀμύναντας αὐτῷ (Y volvió a leer los juramentos por los que todos se comprometían a guardar a César y a la vida de César, como también a exterminar a quienes no lo defendiesen de una conspiración). Sobre ello, cf. A. VON PREMERSTEIN, «Vom Werden und Wesen des Prinzipats», *Abh. der bayer. Ak. der Wiss., phil.-hist. Abt., N.F.* 15 (1937), 32 ss. Premerstein sostiene que éste era un juramento general, no limitado a los senadores.

rente; él había defendido continuamente la causa de los oprimidos, fuesen romanos, italianos o provinciales. Él había dado pruebas de no tener miedo a los intereses creados. Pero César no era un revolucionario. Pronto defraudó la rapacidad o el idealismo de algunos de sus partidarios, que habían esperado un asalto a las clases adineradas, una sustanciosa reducción de las deudas y un programa de revolución que debiera ser radical y auténtica.[19] Sólo los usureros estaban satisfechos de César, se quejaba Celio ya muy al principio de la guerra civil.[20] No todo el mundo era tan franco en sus expresiones ni tan radical como Celio, que pasó de las palabras a los hechos y pereció en un levantamiento en armas. Cicerón, cuando alababa la clemencia y la magnanimidad del Dictador, aprovechó la ocasión para bosquejar un modesto programa de reforma moral y social.[21] Habiendo escrito tratados sobre la República romana unos años antes, es posible que hubiese esperado que se le consultase sobre estas trascendentales materias. Pero las esperanzas de Cicerón en una *res publica constituta* se vieron pronto defraudadas. El Dictador mismo expresaba opiniones alarmantes acerca de la *res publica*: «no era más que un nombre; la renuncia de Sila al poder supremo demostró que era un principiante».[22]

César aplazó su decisión acerca de la forma definitiva de Estado. Era demasiado difícil. En vez de eso prefería volver a marchar a la

19. Si las *Epistulae ad Caesarem senem*, de Salustio, pudieran considerarse genuinas, o incluso contemporáneas, constituirían una prueba importante de tendencias fuertemente anticapitalistas; cf. 1, 8, 3: «verum haec et omnia mala pariter cum honore pecuniae desinent, si neque magistratus neque alia volgo cupienda venalia erunt» (Pero estos y todos los males se acabarán cuando el dinero deje de ser tenido en estima, y cuando dejen de estar en venta las magistraturas y otros objetos de la codicia pública); 2, 7, 10: «ergo in primis auctoritatem pecuniae demito» (Así pues, quítale en primer lugar su prestigio al dinero).

20. *Ad fam.* 8, 17, 2.

21. *Pro Marcello* 23: «constituenda iudicia, revocanda fides, comprimendae libidines, propaganda suboles, omnia quae dilapsa iam diffluxerunt severis legibus vincienda sunt» (Es preciso constituir tribunales, devolver la confianza, poner coto a las pasiones, fomentar la natalidad, encadenar con severas leyes todo lo que se ha desatado e ido ya a la deriva). César promulgó leyes morales y suntuarias (SUETONIO, *Divus Iulius* 42 s.): el título de *praefectus moribus* (prefecto de buenas costumbres) no contribuyó a su popularidad (*Ad fam.* 9, 15, 5).

22. SUETONIO, *Divus Iulius* 77, cita a un testigo de poca confianza, el pompeyano T. Ampio Balbo, pero véase la cita predilecta de César acerca de la tiranía (CICERÓN, *De off.* 3, 82).

guerra, a Macedonia y a la frontera oriental del Imperio. En Roma estaba atado de manos; fuera de ella podría recuperar aquel dominio, de que era consciente, de los hombres y de los acontecimientos, como antes había ocurrido en la Galia. Fáciles victorias, pero no las necesidades urgentes del pueblo romano.

Sobre los proyectos últimos de César cabe sustentar opiniones, pero no certeza. Los actos y proyectos de su Dictadura nos lo revelan. Por otra parte, las pruebas son partidistas o póstumas. Ninguna declaración de intenciones no llevadas a cabo es guía segura de la historia, pues no se puede verificar, y es, por tanto, la forma más seductora de mistificación. Los enemigos de César hicieron correr rumores para desacreditar en vida al Dictador. Muerto César, se convirtió en un dios y en un mito, pasando del dominio de la historia a la literatura y la leyenda, a la declamación y a la propaganda. Augusto lo explotó de dos maneras. La misión de vengar la muerte de César recayó sobre su hijo adoptivo, que asumió el título de *Divi filius* como consagración del soberano de Roma. Eso fue todo lo que simuló heredar de César: el halo. El dios era útil, pero no el Dictador; Augusto tuvo cuidado de distinguir muy claramente entre *Dictator* y *Princeps*. Durante el reinado de Augusto, César, el Dictador, fue o silenciado por completo o recordado alguna que otra vez para reforzar el contraste entre el aventurero sin escrúpulos que destruyó el Estado Libre llevado de su ambición y el magistrado modesto que restauró la República. En su tratamiento de César, la literatura de inspiración oficial del Principado de Augusto es consecuente y aleccionadora. Aunque con palabras distintas, Virgilio, Horacio y Livio cuentan el mismo cuento y sacan la misma moraleja.[23]

Y, sin embargo, uno no puede por menos de darle vueltas al grave y trascendental problema de las últimas intenciones de César Dictador. Se ha supuesto y defendido que César, o bien deseaba establecer, o que de hecho llegó a instaurar, una institución inaudita en Roma y ni siquiera imaginada en ella: un régimen monárquico, despótico y absoluto, basado en el culto al soberano, según el modelo de las monarquías del Oriente Helenístico. Así se puede representar a César como el heredero en todas las cosas de Alejandro de Macedonia y como el antecedente de Caracalla, rey y dios encarnado, nivelador de las cla-

23. Cf. más adelante pp. 387 s.

ses y de las naciones, rey por derecho divino de un mundo sometido, unido y uniforme.[24]

Esta simplificación extrema de períodos largos y distintos de la historia parece sugerir que sólo César, entre los estadistas romanos de su época, poseía, o bien una amplia visión del futuro, o una singular y elemental ceguera para el presente. Pero ese César no es más que una construcción mítica o racional, una figura hueca, destinada a servir de contraste a Pompeyo y a Augusto, como si Augusto no hubiese adoptado un nombre más que humano y fundado una monarquía, a la que no faltaron ni la corte ni la sucesión hereditaria; y como si Pompeyo, conquistador del Oriente y de todos los continentes, no hubiese explotado, para su vanidad personal, su semejanza con Alejandro en fama bélica e incluso en aspecto físico.[25] César era un romano mucho más auténtico que cualquiera de ellos.

La plena síntesis, en la persona de César, de monarquía hereditaria y culto divino es difícil de fundamentar utilizando la mejor documentación de su época: la voluminosa correspondencia de Cicerón.[26] Es más, todo el tema de los honores divinos se presta a falsas interpretaciones.[27] Tras su muerte, César fue incluido entre los dioses del Estado romano por los cabecillas del partido cesariano con miras a su propio interés. Y se diría que los relatos de época posterior son los culpables de que se haya atribuido, una parte al menos, del culto a *Divus Iulius* a una persona muy diferente, César el Dictador.

Una visión partidista o convencional podrá quizá tildar de monárquico el régimen de César. Los términos «rex» y «regnum» pertene-

24. Compárese especialmente E. MEYER, *Hist. Zeitschr.* XCI (1903), pp. 385 ss. [= *Kl. Schriften* I² (1924), 423 ss.; *Caesars Monarchie*³, 508 ss. Lo contrario, F. E. ADCOCK, *CAH* IX, 718 ss., y observaciones por el autor de este libro, *BSR Papers* XIV (1938), 1 ss.].

25. SALUSTIO, *Hist.* 3, 88 M: «sed Pompeius a prima adulescentia sermone fautorum similem se fore credens Alexandro regi, facta consultaque eius quidem aemulus erat» (Ya desde comienzos de su adolescencia Pompeyo, convencido por sus partidarios de que había de ser semejante al rey Alejandro, imitaba sus acciones y sus dichos), PLUTARCO, *Pompeius*, 2. Sobre el orientalismo de Pompeyo, cf. CARCOPINO, *Histoire romaine* II, 597.

26. Como señala W. Warde FOWLER, sus contemporáneos romanos no parecen haberse interesado mucho por ese tema: *Roman Ideas of Deity* (1914), 112 ss.; sin embargo, en CICERÓN, *Phil.* 2, 110, hay un pasaje difícil. Pero no se puede probar que César concibiese un proyecto coherente de culto al soberano.

27. A. D. NOCK, *CAH* X, 489 (respeto a honores tributados a Augusto).

cen al léxico de la invectiva política romana, y son aplicables lo mismo a la dominación de Sila que al poder arbitrario ejercido por Cicerón durante su consulado, pues el hombre nuevo de Arpino era motejado de «primer rey extranjero de Roma desde los Tarquinios».[28] Para acallar un rumor, César hizo una renuncia ostentosa de la diadema en una ceremonia pública: «Caesarem se, non regem esse».[29] Sin duda los poderes de un dictador eran tan considerables como los de un monarca. César hubiera sido el primero en reconocer que no necesitaba ni el nombre ni la diadema. Pero la monarquía implica la sucesión hereditaria, y para ésta César no tomó precaución alguna. El heredero del nombre de César, su sobrino nieto, llamó poco la atención cuando apareció en Roma por vez primera. El joven tuvo que organizar él solo su propia facción y abrirse camino por la vía del poder empezando como demagogo militar.

Si hay que juzgar a César ha de ser por sus actos y no por intenciones alegadas. Como sus actos y sus escritos lo revelan, César se manifiesta como un realista y un oportunista. En el poco tiempo de que dispuso difícilmente pudo hacer proyectos para un largo futuro o para echar los cimientos de un gobierno sólido. Fuere lo que fuese, se debería más a las necesidades del momento que a modelos extranjeros o teóricos. Era más importante el asunto entre manos: se despachaba de modo rápido e inapelable. César elaboraba proyectos y tomaba decisiones en compañía de sus íntimos y de sus secretarios; el senado votaba, pero no deliberaba. Cuando el Dictador estaba a punto de partir, en la primavera del 44 a. C., para varios años de campañas en los Balcanes y en Oriente, se aseguró de antemano de las magistraturas y gobiernos de las provincias del modo tradicional romano, poniéndolas en manos de sus leales o de pompeyanos reconciliados, cuyo sentido práctico fuese garantía de paz. Para aquella etapa, por lo menos, una pausa saludable en la actividad política; con el paso del tiempo la situación podría aclararse en un sentido o en otro.

Por el momento, la situación era insoportable: el autócrata se impacientaba, exasperado por la oposición encubierta, por las críticas mezquinas y por los elogios póstumos que se hacían a Catón. Él sabía

28. Cicerón, *Pro Sulla* 22.
29. Suetonio, *Divus Iulius* 79, 2.

muy bien que era impopular.[30] Como uno de sus amigos habría de observar más tarde: «Pese a todo su genio, César no encontraba salida».[31] Y no había modo de volverse atrás. Para la mente lúcida de César y para su amor a las decisiones rápidas aquello le producía un sentimiento trágico de impotencia y frustración: lo había sido todo, pero de nada le había servido.[32] Él había superado la buena suerte de Sila Félix y la gloria de Pompeyo Magno. Inútilmente: su loca ambición había arruinado al Estado romano y caído al final en su propia trampa.[33] La melancolía que se apoderó de César ha dejado un testimonio insuperable: «Mi vida ha sido ya lo bastante larga, tanto si se cuenta en años como en gloria». Sus palabras fueron recordadas. El más elocuente de sus contemporáneos no tuvo inconveniente en plagiarlas.[34]

30. Su carácter autoritario y arrogante fue observado por sus contemporáneos, que recordaban su proceder con algunos de los *principes* de la oligarquía silana, Catulo (VELEYO, 2, 43, 3) y Lúculo (SUETONIO, *Divus Iulius* 20, 4). SUETONIO (*ibid.*, 22, 2) recoge una jactanciosa manifestación hecha en el 59 a. C.: «invitis et gementibus adversariis adeptum se quae concupisset, proinde ex eo insultaturum omnium capitibus» (A pesar de sus adversarios y de sus quejas, él había conseguido lo que ambicionaba, y a partir de ahora pasaría sobre las cabezas de todos los que le insultasen). Él tenía conciencia de su impopularidad; cf. *Ad Att.* 14, 1, 2 (palabras de César): «ego duhitem quin summo in odio sim quom M. Cicero sedeat nec suo commodo me convenire possit? atque si quisquam est facilis, hic est. Tamen non dubito quin me male oderit» (¿Puedo dudar de que soy odiado en grado sumo cuando Cicerón hace antesala a mi puerta y no puede reunirse conmigo a su comodidad? Porque si hay una persona dúctil, ésa es él. Pese a todo no creo que me odie a muerte).

31. Macio, citado en *Ad Att.* 14, 1, 1: «etenim si ille tali ingenio exitum no reperiebat, quis nunc reperiet?».

32. Como la Historia Augusta, por una vez oportuna aunque quizá no auténtica, refiere de un emperador (*SHA Severus* 18, 11): «Omnia fui et nihil expedit».

33. CICERÓN, *De off.* I, 26: «declaravit id modo temeritas C. Caesaris, qui omnia iura divina et humana pervertit propter eum, quem sibi ipse opinionis errore finxerat, principatum. Est autem in hoc genere molestum, quod in maximis animis splendidissimisque ingeniis plerumque exsistunt honoris imperii potentiae gloriae cupiditates» (Lo demostró hace poco la ceguera de César, que violó todas las leyes divinas y humanas con miras a aquel principado, del cual se había hecho él mismo una idea falsa. Pues lo malo en esta materia es que en las almas más grandes y en las inteligencias más preclaras, se abren paso muchas veces las ansias desordenadas de los honores, del mando, de la influencia y de la gloria).

34. CICERÓN. *Phil.* 1, 38, y *Ad fam.* 10, 1, 1, haciendo suya la frase «satis diu vel naturae vixi vel gloriae» (*Pro Marcello* 25; cf. SUETONIO, *Divus Iulius*, 86, 2).

La cuestión de sus intenciones últimas resulta superflua. César fue muerto por lo que era, no por lo que pudiera ser en el futuro.[35] La investidura de una Dictadura vitalicia pareció burlar y disipar cualquier esperanza de una vuelta al gobierno normal y constitucional. Su soberanía era mucho peor que la hegemonía violenta e ilegal de Pompeyo. El presente era insoportable; el futuro, sin esperanza. Era necesario actuar de inmediato: la ausencia, el paso del tiempo y los sustanciosos beneficios de la paz y el orden podrían amortiguar el resentimiento de los hombres contra César, adaptando insensiblemente sus espíritus a la servidumbre y la monarquía. Una facción reclutada entre los elementos más dispares planificó y llevó a cabo el asesinato del Dictador.

El Dictador mismo había declarado que su eliminación no sería un remedio para la República, sino una fuente de males mayores.[36] Su dictamen fue reivindicado con sangre y sufrimientos, y la posteridad ha considerado apropiado condenar el acto de los Libertadores, pues así fueron llamados, como algo peor que un crimen, como una locura. El veredicto es prematuro y juzga por los resultados. Es demasiado fácil motejar a los asesinos de adeptos fanáticos de teorías griegas acerca de la virtud suprema del tiranicidio, ciegos a la verdadera naturaleza de las consignas políticas y a las necesidades urgentes del Estado romano. El carácter y los propósitos de Marco Bruto, la figura más representativa de la conspiración, podría dar unos visos de plausible a semejante teoría. Pero no es en modo alguno evidente que la naturaleza de Bruto hubiera sido muy distinta si nunca hubiera abierto un libro de filosofía estoica o académica. Es más, el verdadero motor del complot, el frío y militarista Casio, era un epicúreo convencido y todo menos un fanático.[37] En cuanto a los principios estoicos, éstos podían sostener doctrinas de muy mal gusto para los republicanos romanos, como, por ejemplo, las de la monarquía o la fraternidad de los hombres. Las enseñanzas estoicas en realidad no hacían más que corroborar y defender en teoría ciertas virtudes tradicionales de la clase gobernante de un estado aristocrático y republicano. La cultura helénica

35. F. E. Adcock, *CAH* IX, 724.

36. Suetonio, *Divus Iulius* 86, 2: «rem publicam, si quid sibi eveniret, neque quietam fore et aliquanto deteriore condiciones civilia bella subituram» (Si algo le sucediese a él, el Estado no quedaría tranquilo *y* sufriría unas guerras civiles en condiciones bastante peores).

37. Casio (*Ad fam.* 15, 19, 4) describe a César como un «veterem et elementem dominum».

no explica a Catón;[38] y la *virtus* acerca de la cual Bruto escribió un volumen era una cualidad romana, no una importación extranjera.

La palabra significa coraje, la virtud suprema de un hombre libre. La *virtus* lleva aparejadas *libertas* y *Pides,* fundidas en un ideal arrogante de carácter y de conducta: firmeza en la resolución y en la acción, independencia de modales, de carácter y de lenguaje, integridad y fidelidad. El privilegio y el rango imponían deberes para con la familia, la clase y los iguales en primer lugar, pero también con los clientes y subalternos.[39] Una oligarquía no podía sobrevivir si sus miembros se negaban a observar las reglas, a respetar «la libertad y las leyes».

Para sus contemporáneos, Marco Bruto, firme de espíritu, recto y leal, grave y altivo en sus modales, parecía encarnar el ideal de aquel carácter, admirado por quienes no se preocupaban de imitarlo. No era la suya una personalidad sencilla, sino apasionada, vehemente y reprimida.[40] Tampoco su conducta política se podía predecir del todo. Bru-

38. Con su importancia acrecentada por la muerte ejemplar y la fama póstuma de Catón, sus estudios de filosofía griega fueron ya objeto de falsas interpretaciones por parte de sus contemporáneos (CICERÓN, *Pro Murena* 61 ss.; cf. *Ad Att.* 2, 1, 8: «dicit enim tamquam in Platonis πολιτεία, non tamquam in Romuli faece sententiam» (Da su opinión como si se encontrase en la República de Platón y no en la cloaca de Rómulo). Igualmente, SALUSTIO (*Ad Caesarem* 2, 9, 3) no es ni justo ni pertinente cuando observa: «unius tamen M. Catonis ingenium versutum loquax callidum haud contemno. Parantur haec disciplina Graecorum. Sed virtus, vigilantia, labor apud Graecos nulla sunt» (Sin embargo, de Catón solo, yo no menosprecio el ingenio sutil, elocuente y fino. Estas cualidades se adquieren con una educación griega. Pero los griegos no tienen ni el valor, ni la concentración ni la capacidad de trabajo).

39. Este rasgo ha sido debidamente subrayado por GELZER (P-W X, 1005), con ejemplos de la preocupación de Bruto por el bienestar de sus clientes. Bruto escribió un libro con el título de *De officiis* (SÉNECA, *Epp.* 95, 45). El código era ciertamente estricto, pero no para el criterio de la época. El buen nombre de Bruto ha sufrido las consecuencias del deplorable asunto de los senadores de Salamina. El tipo de interés exigido (48 por 100) era elevado, pero no sin paralelos en tales transacciones (*SIG*^{3} 748, 36); apelando a la santidad de los contratos, Bruto podría haber alegado que después de todo ellos habían «alquilado el dinero».

40. Como observaba CÉSAR, «magni refert hic quid velit, sed quidquid vult valde vult» (Lo que éste pueda querer, vale mucho; pero lo que quiere lo quiere con ahínco) (*Ad Att.* 14, 1, 2); QUINTILIANO (10, 1, 123), sobre la oratoria de Bruto: «scias eum sentire quae dicit» (Comprendas que piensa lo que dice); cf. TÁCITO, *Dial,* 25, 6, «simpliciter et ingenue».

to hubiera podido ser un cesariano; ni él ni César estaban predestinados a ser seguidores de Pompeyo. Servilia educó a su hijo para odiar a Pompeyo, urdió la alianza cesariana y tenía pensado que Bruto casase con la hija de César.[41] Su plan se frustró por el giro que tomaron los acontecimientos en el fatídico consulado de Metelo. César fue captado por Pompeyo; Julia, la novia destinada a Bruto, selló la alianza.

Después de esto, las sendas de Bruto y de César siguieron rumbos muy divergentes durante once años. Pero Bruto, después de Farsalia, abandonó en seguida la causa perdida, obtuvo de César el perdón, la alta estima, el gobierno de una provincia y por último la pretura para el año 44 a. C. Aun así, Catón, apenas muerto, afirmó su viejo dominio sobre su sobrino con más fuerza que lo había hecho en vida. Bruto llegó a sentir vergüenza por su falta de lealtad, y compuso un folleto en honor del republicano que había muerto fiel a sus principios y a su clase. Después robusteció su vínculo familiar y su obligación de venganza, divorciándose de su Claudia y casándose con su prima Porcia, la viuda de Bíbulo. No había confusión posible sobre el significado del acto, y Servilia lo desaprobó. Había causas aún más profundas en la resolución de Bruto de matar al tirano: la envidia de César y el recuerdo de los amores de César, públicos y notorios, con Servilia. Pero por encima de todo, para Bruto como para Catón, que estaban del lado de los ideales antiguos, la figura de César, ávida de esplendor, de gloria y de poder, parecía dispuesta a servirse de su nacimiento y de su rango para derribar a su propia clase; figura siniestra del aristócrata monárquico, recuerdo de los reyes de Roma, y ruinosa para cualquier república.

Bruto y sus adláteres podían invocar la filosofía o a un antepasado que había liberado a Roma de los Tarquinios, primer cónsul de la República y el instaurador de la *libertas*. Historia dudosa e irrelevante.[42] Los Libertadores sabían lo que iban a hacer. Hombres honorables empuñaban la daga del asesino para matar a un aristócrata romano, a un amigo y a un benefactor por razones más sólidas que aquéllas. Se alzaban, sí, no sólo por las tradiciones e instituciones de la República

41. *Supra*, p. 51. Antes del estallido de la guerra civil. Bruto se había negado incluso a hablar con Pompeyo: καίτοι πρότερον ἀπαντήσας οὐδὲ προσεῖπε τὸν Πομπήϊον, ἄγος ἡγούμενος μέγα πατρὸς φονεῖ διαλέγεσθαι (Aunque se habían encontrado antes, no le dirigió la palabra a Pompeyo por entender que era un gran sacrilegio hablar con el asesino de su padre) (PLUTARCO, *Brutus* 4, cf. *Pompeius* 64).

42. En el caso de L. Junio Bruto, difícilmente auténtica; cf. más adelante p. 114.

Libre, sino muy precisamente por la dignidad y los intereses de su propio orden. La libertad y las leyes son palabras altisonantes. Muchas veces han de ser traducidas, mirándolas fríamente, como privilegio e intereses creados.

No hace falta creer que César proyectase implantar en Roma una «monarquía helenística», cualquiera que sea el significado que se dé a esta expresión. La Dictadura era suficiente. El gobierno de los *nobiles*, se percataba él, era un anacronismo en un Imperio mundial, y lo mismo el poder de la plebe romana cuando toda Italia gozaba de la ciudadanía. César era en realidad mucho más conservador y más romano de lo que muchos han imaginado, y ningún romano podía concebir el gobierno salvo mediante una oligarquía. Pero César estaba siendo empujado a adoptar una posición de autócrata. Eso significaba el dominio permanente de un hombre en lugar del imperio de la ley, de la constitución y del senado; anunciaba el triunfo, más tarde o más temprano, de nuevas fuerzas y de nuevas ideas; la elevación del ejército y de las provincias, el descenso de la clase gobernante tradicional. El gobierno personal de César parecía mucho más que un recurso temporal para solventar la herencia de la guerra civil y devolver el vigor a los órganos del Estado romano. Estaba llamado a perdurar, y a la aristocracia romana no se le iba a permitir gobernar y explotar el Imperio a su manera. Las tragedias de la historia no surgen del conflicto entre el bien y el mal convencionales. Son más augustas y más complejas. César y Bruto, los dos, tenían la razón de su parte.

El nuevo partido de los Libertadores no era homogéneo ni por su origen ni por sus motivaciones. El resentimiento de pompeyanos perdonados; la ambición frustrada; rivalidades personales e interés personal, disfrazado bajo la profesión de altos principios; la tradición familiar y la primacía de la virtud cívica sobre la virtud privada, todas ellas entraban en el juego. Y, sin embargo, en la vanguardia de esta variada compañía se encontraban oficiales de la confianza del Dictador, generales de las guerras gálicas y civiles, recompensados ya por su servicio o designados para ocupar altos cargos.[43]

Sin partido un estadista no es nada. A veces él mismo se olvida de este extraño detalle. Si el líder o agente principal de una facción va más allá de los deseos de sus aliados y se emancipa de su control, puede obligar a éstos a abandonarlo o a eliminarlo. El reformador Ti-

43. Más adelante, p. 125.

berio Graco fue erigido por un grupo pequeño de consulares influyentes.[44] Estas cautas personas no tardaron en retirar su apoyo al tribuno, temerario y poseído de sí mismo, cuando éste se lanzó por el camino de la ilegalidad. El dinasta político Craso utilizó a Catilina como agente suyo. Catilina no pudo, o no quiso, entender que ni la reforma ni la revolución entraban en los proyectos de su patrón. Craso se quitó de en medio y Catilina siguió adelante hacia su ruina.

Cuando César recibió la Dictadura vitalicia y el juramento de adhesión de los senadores pareció estar claro que se había liberado de los lazos del partido para asumir la responsabilidad del gobierno a título personal. Por este motivo, algunos de los más destacados de sus seguidores se confabularon con republicanos y pompeyanos para eliminar a su líder. El partido cesariano así dividido por el asesinato del Dictador sobrevivió, sin embargo; se unió durante unos meses a republicanos en un frente nuevo y precario, de seguridad e intereses creados, bajo la guía del delegado político del Dictador, hasta que un nuevo líder, surgido inesperadamente, al principio vuelva a hacerlo pedazos, pero al final, tras vencer al último de sus adversarios, convierta el viejo partido cesariano en un gobierno nacional para un Estado transformado. La composición y vicisitudes de aquel partido, aunque menos dramáticas en unidad de tema que las carreras y hazañas de sus sucesivos líderes, ayudarán, sin embargo, a recordar las inefables complejidades de la auténtica historia.

44. A saber: Ap. Claudio Pulcro y los dos hermanos, P. Mucio Escévola y P. Licinio Craso Muciano (CICERÓN *De re publica* I, 31). Pulcro y Craso eran los suegros de Tiberio y C. Graco, respectivamente. Sobre esta facción (enemiga de los Escipiones) cf. sobre todo MÜNZER, *RA*, 257 ss.

Capítulo V

EL PARTIDO CESARIANO

Desde la plataforma de su honor y de su prestigio, César afirmaba que Pompeyo había faltado a la lealtad. César se había creado enemigos a causa de Pompeyo, y hete aquí a Pompeyo uniéndose ahora a ellos. Era una queja justificada, pero no la pura verdad, pues habiendo sido del partido de Sila antes de hacerse *populares,* Pompeyo volvía ahora, con este último cambio de frente, a sus anteriores alianzas.[1]

Silo restableció el gobierno oligárquico de los *nobiles.* Treinta años más tarde éstos se agruparon en torno a Pompeyo por interés: por ambición o en pro de la República. La coalición formaba la cabeza y el frente de la *nobilitas* incomparable en su prestigio público, pero en modo alguno invulnerable a un examen minucioso de su mo-

1. *BC* I, 4, 4: «ipse Pompeius ab inimicis Caesaris incitatus et quod neminem dignitati secum exaequari volebat, totum se ab eius amicitia averterat et cum communibus inimicis in gratiam redierat, quorum ipse maximam partem illo adfinitatis tempore iunxerat Caesari» (El propio Pompeyo, empujado por los enemigos de César y por su deseo de no permitir que nadie lo igualase en dignidad, se había apartado totalmente de su amistad y vuelto a congraciarse con los enemigos de ambos, la mayor parte de los cuales le había granjeado a César en la época en que ambos habían estado unidos por lazos de parentesco). Véase también, en una carta a Opio y a Balbo (*Ad Att.* 9, 7 *c*, 2), la alusión a «iis qui et illi et mihi semper fuerant inimicissimi, quorum artificiis effectum est ut res publica in hunc statum perveniret (Los que siempre han dado pruebas de la mayor enemistad hacia él y hacia mí, y cuyos manejos han llevado a la República al estado en que se halla).

ralidad o de sus méritos: Escipión, vanidoso y corrompido, el venal Léntulo Crus, los Marcelos, arrogantes sólo de palabra y de gesto; Apio Claudio y Ahenobarbo, diferentes de carácter, pero tanto uno como otro motivos de alegría y de satisfacción para sus enemigos.

Una muerte providencial había ahorrado a algunos de los *principes* la experiencia de otra guerra civil después del breve respiro de una paz precaria.[2] En total veintiséis hombres de rango consular estaban vivos el año de Farsalia. Deducidos los pompeyanos, quedaban catorce, no comparables, sin embargo, con aquéllos en categoría. Pocos eran de alguna utilidad tanto a César como al Estado. Durante los tres años últimos, César no había sido capaz de influir en las elecciones de cónsules de manera apreciable.[3] Deplorable en apariencia, esta falta de consulares, si bien evitaba las rivalidades personales que perturbaban el campamento y los consejos de Pompeyo[4] y favorecía la libertad de acción de César, daba a su gobierno de jefe de partido un tinte personal y monárquico. Tres de los consulares, condenados en procesos judiciales, estuvieron separados de la vida pública hasta que fueron rehabilitados por el Dictador.[5] Dos de los tres, Gabinio y Mesala, obtuvieron mandos militares durante las guerras civiles. Entre los otros once consulares sólo uno colaboró activamente en el mando de los ejércitos, Cn. Domicio Calvino, que no fue mejor que su colega Mesala o sus ilustres predecesores, envueltos como estuvieron los cuatro en flagrantes escándalos electorales.[6]

Por lo demás, viejos veteranos, nulidades, neutrales o tránsfugas. Hay algunos nombres que sobresalen, por mérito o por casualidad, sobre ese triste fondo. La neutralidad repugnaba a un noble y a un hombre de temple; pero el parentesco podía servirle de disculpa. Así, uno de los Marcelos, el cónsul que había puesto la espada en manos de Pompeyo,

2. VELEYO, 2, 48, 6, que menciona a Catulo, los dos Lúculos, Metelo (el Cretense) y Hortensio. Sobre la muerte de Hortensio, cf. esp. CICERÓN, *Brutus* 6 s. El venerable M. Perperna (*cos.* 92, *censor* 86) murió en la primavera del 49 (DIÓN, 41, 14, 5), a la edad de noventa y nueve, según se afirmó (PLINIO, *NH* 7, 156).

3. Cf. más arriba p. 59.

4. CÉSAR, *BC* 3, 83 (especialmente la rivalidad para suceder a César en el cargo de *pontifex maximus* entre Escipión, Léntulo Espínter y Ahenobarbo).

5. C. Antonio (*cos.* 63); A. Gabinio (58) y M. Valerio Mesala Rufo (53). Gabinio murió en Iliria en el 47 a. C.

6. Los cónsules del 54, los *optimates* Ahenobarbo y Ap. Pulcro, habían amañado una transacción (*Ad Att.* 4, 15, 7).

reparando al fin en el parentesco político que lo unía a la familia de César, aplacó sus ardores, abandonó a sus primos y se quedó en Italia a pesar de las burlas de los pompeyanos; y lo mismo L. Marcio Filipo, hijo prudente de un padre que había pasado sin un rasguño por las guerras de las facciones de Mario y Sila.[7] Un consular que podía mantenerse neutral sin ser tachado de cobarde o de falto de principios era el suegro de César, L. Calpurnio Pisón. Cuando las hostilidades eran ya inminentes, Pisón se brindó a mediar entre César y Pompeyo, y durante las guerras civiles no cejó en sus esfuerzos sinceros en favor de la concordia.

Hasta aquí lo relativo a los *principes*. En poco tiempo murieron la mayoría de los pompeyanos de rango consular, y pocos fueron, a decir verdad, los cesarianos y neutrales dignos de nota en la guerra o en la política a partir de entonces. Como los enemigos de César formaban el partido en el poder, pues eran los consulares más activos e influyentes, la juventud y la ambición de las filas inferiores del senado se volvían solícitas hacia un político que alardeaba y tenía fama de no haber abandonado nunca a sus amigos. Donde Pompeyo perdía seguidores por su inercia, su vanidad o su perfidia, César los ganaba *y* los conservaba. El oro de la Galia fluía hacia Roma sin interrupción, comprando cónsules y tribunos, pagando deudas de senadores necesitados y ganando el apoyo de agentes emprendedores.

El talento y las ideas no tenían cabida en el otro bando. Los movimientos más nuevos en literatura estaban patrocinados por un lucido círculo de oradores y poetas, hombres jóvenes, contrarios a cualquier partido que estuviese en el poder y famosos por sus ataques a César, cuando César era aliado y agente del dinasta Pompeyo. Ahora dirigían sus ataques contra los oligarcas. Catulo y Calvo habían muerto, pero sus amigos y compañeros se hicieron cesarianos.[8] Supo César ganarse a

7. Sobre estos hombres, C. Marcelo (*cos.* 50) y Filipo (*cos.* 56), emparentados por matrimonio con el sobrino nieto de César, cf. más adelante p. 171.

8. Por ejemplo, el joven Q. Cornificio (CATULO 38), de familia senatorial; casó con una hijastra de Catilina (*Ad fam.* 8, 7, 2). Sobre su carrera, P-W IV, 1624 ss. Q. Hortensius Hortalus (CATULO 65, 2), hijo del orador, se pasó a César (*Ad Att.* 10, 4, 6). No hará falta citar testimonios de los ataques de Catulo a César, Vatinio, Mamurra y Labieno; este último puede ser el «Mentula» de ciertos poemas; cf. T. FRANK, *AJP* XL (1919), 407 s. Entre los literatos del orden ecuestre, del bando de César, se encuentran C. Asinio Polión (CATULO, 12, 16 ss.) y L. Ticida, amante de una Metela (APULEYO, *Apol.* 10), despiadadamente condenado a muerte por Q. Metelo Escipión en África (*Bell. Afr.* 46, 3).

muchos adversarios anteriores, hijos de los *nobiles* o de caballeros romanos, y no por la peor de las razones. Un descomunal soborno decidió a C. Escribonio Curión, según la historia consigna y repite; pero ése no fue el único incentivo, pues la viuda de Clodio, Fulvia, era su mujer, Antonio su amigo, Ap. Pulcro su enemigo.[9] Celio, el elegante y pródigo hijo de un banquero tacaño, se pasó a sus filas tras considerar sus posibilidades de éxito, en atención a sus deudas, y quizá movido por un sincero afán de reformarse. Siendo edil, Celio descubrió y sancionó fraudes en los servicios de aguas de Roma, tema sobre el que redactó una memoria que llegó a ser una obra clásica en la administración del Imperio.[10] Como su amigo Curión, Celio tenía una cuenta pendiente con Ap. Pulcro.[11] Los dos eran inteligentes y elocuentes, especialmente Curión, que a pesar de su juventud había ganado prestigio por su vigor y su mordacidad entre los más grandes oradores políticos.[12]

La generosidad de César, manifiesta en la corrupción y el proteccionismo, no conocía límites de ninguna clase. En su partido se combinaban las más variadas motivaciones; ideales y lealtades. Algunos jugaban por lucro y por un puesto en el lado ganador, pues jueces inteligentes como Celio se percataban de la diferencia existente entre el prestigio de Pompeyo y las experimentadas legiones de César.[13] Otros buscaban protección frente a sus enemigos, desquite o recuperación del puesto perdido. Al lado de los arruinados y los aventureros, el partido de César abarcaba a un formidable abanico de capacidad y distinción social. Algunos senadores reaparecen del lado de César desempeñando mandos militares en las guerras civiles, sin lazos políticos fuertes que expliquen su postura.[14] No sólo senadores se inclinaron

9. Para un juicio razonado, cf. MÜNZER, P-W II A, 870.

10. FRONTINO, *De aq.* 76.

11. Y con Ahenobarbo (*Ad fam.* 8, 14, 1). Su pleito con Ap. Pulcro y su amistad con Curión fueron la causa de su alianza: «C. Curio, quoius amicitia me paulatim in hanc perditam causam imposuit» (*Ad fam.* 8, 17, 1: C. Curión, cuya amistad me ha hecho abrazar poco a poco esta causa perdida).

12. Sobre Curión como orador, CICERÓN, *Brutus* 280 s.; sobre Celio, TÁCITO, *Dial.* 25, 3, etc.

13. *Ad fam.* 8, 14, 3.

14. Por ejemplo, L. Nonio Asprenas (*Bell. Afr.* 80, 4). Q. Marcio Crispo (*ibid.*, 77, 2) había sido legado de L. Pisón en Macedonia (*In Pisonem* 54). En cuanto a Alieno y a Sex. Peduceo, atestiguados en 48 a. C. (APIANO, *BC* 2, 48, 197), el primero había sido legado de Q. Cicerón en Asia (*Ad Q. fratrem* 1, 1, 10); el segundo pertenecía a una familia amiga de Cicerón, cf. P-W XIX, 45 ss.

por César, sino también *nobiles* jóvenes, parientes de los consulares que apoyaban a Pompeyo y de los partidarios de Catón.[15]

La guerra civil podía partir en dos a las familias. Como no era una lucha de principios ni de clases, la presencia de miembros de una misma casa noble en los dos bandos opuestos no siempre ha de explicarse por desavenencias domésticas o por intolerancia de la juventud con la edad madura, sino a veces por elección deliberada, para salvaguardar la riqueza y la posición de la familia cualquiera que fuese el resultado.

El vínculo de la fidelidad personal puede compararse al de la familia. A menudo era más fuerte. Cualquiera que fuese su clase social, los hombres seguían a un jefe o a un amigo, aunque la causa de éste les resultase indiferente o incluso desagradable. Entre los parientes de César, tanto familiares como políticos, algunos eran neutrales.[16] Sin embargo, el joven Marco Antonio era hijo de una Julia. El matrimonio aseguraba la inactividad de los consulares Filipo y C. Marcelo, y el hijo de Filipo se incorporó a los tribunos de César.[17] Viejas relaciones que pudieran parecer insignificantes o frágiles fueron recordadas y correspondidas, por ejemplo, por los hijos de los procónsules con los que César había servido como tribuno militar y cuestor.[18] César se mantuvo fiel a Craso; el hijo más joven había muerto, pero el mayor siguió a César, pese a que su mujer era una Cecilia Metela.[19]

15. Por ejemplo, un hijo de Cn. Cornelio Léntulo Marcelino (CÉSAR, *BC* 3, 62, 4) y M. Claudio Marcelo Esernino (*Bell. Al.* 57, 4). También el joven Hortensio (*Ad Att.* 10, 4, 6) y Lucio y Quinto, hermano y primo respectivamente de C. Casto Longino; el cuñado de Bruto. D. Junio Bruto Albino, pariente lejano, había sido legado de César en la Galia. Sobre su linaje, con sus parentescos con los Postumios, con Ser. Sulpicio Rufo y C. Claudio C.f. Marcelo, véase MÜNZER, *RA*, 407; P-W, Sup. V, 369 ss.

16. L. Julio César (*cos.* 64) fue legado suyo (*BC* 1, 8, 2), pero un hijo de éste luchó a favor de la República en África, y allí murió. Otro pariente próximo, Sex. Julio César (cuestor en el 47), está documentado al lado de César en el 49 (*BC* 2, 20, 7). Sobre Q. Pedio, cf. más adelante pp. 165 s. La genealogía de los Julios en P-W X, 183 s. L. Aurelio Cota (*cos.* 65) aún vivía (cf. SUETONIO, *Divus Iulius* 79, 4), pero no se le veía mucho en público.

17. CÉSAR, *BC* 1, 6, 4.

18. César sirvió a las órdenes de P. Servilio Vatia en Cilicia (SUETONIO, *Divus Iulius* 3), y de C. Antistio Vetus en España (VELEYO, 2, 43, 4). Sobre el hijo de Servilio (*cos.* 48), cf. más adelante p. 95 y pp. 174 s. El Antistio Vetus joven (*cos. suff.* 30) estuvo encargado de Siria en el 45 (DIÓN, 47, 27, 2).

19. Con César, en la Galia, del 54 en adelante, M. Licinio Craso fue nombrado gobernador de la Cisalpina en el 49 (APIANO, *BC* 2, 41, 165). Murió poco después.

Aunque astuto y falaz, César se mostró tan firme en su política como en sus amistades. No olvidó sus primeros vínculos; su ascensión reavivó el partido de Mario y los gritos de guerra de la última contienda civil, de hacía sólo treinta años. El recuerdo de Sila era aborrecido incluso por aquellos que defendían el orden impuesto por él. La reputación de Pompeyo era bastante mala, aun dentro de su propia clase; cuando se alió con los Metelos puso unas armas terribles en manos de su rival, a saber, el recurso al pueblo contra la oligarquía, la opresión y el asesinato:

cum duce Sullano gerimus civilia bella.[20]

Como venganza y como ejemplo para disuadir a la posteridad de provocar disensiones en Roma, Sila proscribió a sus adversarios, confiscó sus propiedades y privó a todos sus descendientes de sus derechos políticos. Apelando a la clemencia por humanidad y sentimiento de clase, César consiguió el restablecimiento de su rango para Norbano, Cinna y Carrinas, nombres todos ellos de relieve histórico en la facción de Mario.[21] Enemigo de la oligarquía y deseando superarla, el partido de Mario reunía elementos diversos, nobles y patricios, al igual que hombres nuevos, caballeros y aristócratas de los municipios.[22] Algunas familias distinguidas de aquel partido no habían sido puestas fuera de la ley y unas cuantas se adaptaron antes o después al sistema silano y a la causa de Pompeyo. Pero no todo el mundo era ahora pompeyano: P. Sulpicio Rufo, pariente, es de suponer, de aquel elocuente tribuno de elevadas miras cuya legislación precipitó la guerra civil entre Mario y Sila, aparece ahora, como era debido, en el bando de César.[23]

La tradición política de Mario fue llevada adelante por hombres denominados *populares*. Pompeyo había sido un tiempo *popularis*,

20. LUCANO, *Pharsalia* 7, 307 (con Sila como caudillo hicimos las guerras civiles).

21. C. Norbano Flaco, nieto del cónsul del 83 a. C., L. Cornelio Cinna (*pr.* 44), con cuya hermana había estado casado César algún tiempo, y C. Carrinas, hijo del general de Mario. Sobre Norbano, cf. más adelante p. 250; sobre Carrinas, p. 120.

22. Para los *nobiles* de la facción de Mario, ver p. 32.

23. Estaba casado con Julia (VAL. MÁX., 6, 7, 3). Este P. Sulpicio Rufo, legado de César en las guerras Gálica y Civil (P-W 4A, 849 s.) llegó a censor en el 12 a. C. junto con el consular G. Antonio (*ILS* 6204).

usando a los tribunos y a los defensores de una reforma para su ambición personal. Como su padre antes que él, a Pompeyo no se le podía describir como un político de partido, consecuente, para bien o para mal. César, de procónsul, era fiel a la causa. En su entorno emergen ex tribunos acreditados por su legislación pasada o por su oposición al senado, perenne fuente de reclutamiento para las filas de sus legados en la Galia. El tribuno activo era un hombre marcado. Algunos de estos detestables ciudadanos perecieron en las persecuciones; pero el elocuente Q. Fufio Caleno y el robusto y jocundo Vatinio, un tipo popular, tribuno en el consulado de César, se las arreglaron para sobrevivir.[24]

Catilina y Clodio estaban muertos, pero se les recordaba. Enemigos, codiciosos o idealistas, de la oligarquía dominante, volvían a cobrar aliento. Era evidente que César iba a restablecer y recompensar a sus amigos y partidarios, sus viejos aliados en la intriga y en las actividades ilegales, o, más sencillo aún, víctimas de la justicia política, cualesquiera que fuesen sus méritos. El partidario de Catilina, P. Cornelio Sila (pariente de Sila, el Dictador), había sido procesado en los tribunales, pero liberado por la hábil defensa de un elocuente abogado a quien él había prestado una sustanciosa suma de dinero.[25] Éste se hallaba ahora al lado de César y mandaba el ala derecha en Farsalia, renovando para César la suerte de Sila.[26] El tercer consulado de Pompeyo diezmó a los enemigos del gobierno del orden y otra purga en el senado no tardó en producir otra cosecha de «homines calamitosi».

La censura era un arma eficaz. En el 70 a. C. dos censores pompeyanos habían limpiado de indeseables el senado.[27] Veinte años más tarde, en vísperas de otro golpe de Estado, Pompeyo no tenía más que un censor a su lado, Ap. Claudio, que se esforzó en expulsar a Curión del senado. Su colega, Pisón le frustró la maniobra, pero fue incapaz o

24. Sobre Q. Fufio Caleno, tribuno en el 61 a. C. (cuando protegió a Clodio), pretor en el 59, cf. P-W VI, 204 ss. Una defensa de aquel tipo muy calumniado, P. Vatinio, véase en L. G. Pocock, *A Commentary on Cicero in Vatinium* (1926), 29 ss. Entre anteriores tribunos pompeyanos, L. Flavio se pasó a César (*Ad Att.* 10, 12), y lo mismo hizo G. Mesio (*Bell. Afr.* 33, 2).

25. Gelio, 12, 12, 2 ss.; Salustio, *In Ciceronem* 3.

26. César, *BC* 3, 89, 3. César también arrebató la *Venus victrix* a sus adversarios (Apiano, *BC* 2, 68, 281).

27. Cn. Léntulo Clodiano y L. Gelio Poplícola, legados de Pompeyo en la Guerra de los Piratas (Apiano, *Mithr.* 95), y quizá antes también en España,

no quiso poner a salvo al cesariano C. Salustio Crispo, un joven procedente de territorio sabino que se había zambullido en la política y destacado como tribuno entre los opuestos a los *optimates* durante el tercer consulado de Pompeyo.[28] Salustio fue acusado de disipación y vicio, cargos que los enemigos de Apio Claudio hubieran podido esgrimir contra el severo censor.

Además, César hizo volver a los tres consulares en desgracia, no todos ellos sujetos dudosos. Por lo menos, Gabinio, antiguo partidario de Pompeyo, autor de una sana legislación en defensa de los provincianos, había sido un meritísimo gobernador de Siria, como pone de manifiesto el más claro de los testimonios, el dado por sus enemigos. Según éstos, Gabinio había puesto a los *publicani* en manos de los sirios y de los judíos, naciones nacidas para la servidumbre.[29] Por aquella monstruosidad, Gabinio en persona fue sacrificado a los *publicani*. Seguramente Pompeyo hubiese podido salvarlo si le hubiese importado.[30] Pero Gabinio había dejado ya de ser útil.

Los largos mandatos de Pompeyo en Occidente y en Oriente le dieron ocasión tanto de adquirir el poder político del patrono como la experiencia del soldado. Sus numerosos legados pudieron haber formado el núcleo de una facción formidable.[31] Algunos se los prestó a César, el procónsul, entonces su aliado, y perdió algunos.[32] César aprovechó el ejemplo —y los errores— de su predecesor. Reclutó sus legados de la Guerra de las Galias (en número de diez, desde el 56 a. C.

28. Dión, 40, 63, 4. Sobre sus actividades en el 52 a. C., Asconio, 33 = p. 37 Clark, etc.

29. Cicerón, *De prov. cons.* 10: «iam vero publicanos miseros —me etiam miserum illorum ita de me meritorum miseriis ac dolore!— tradidit in servitutem Iudaeis et Syris, nationibus natis servituti (Y por lo que respecta a los pobres publicanos —¡pobre yo también, afligido por las penas y dolores de aquellos a quienes tanto debo!— los dio como esclavos a los judíos y sirios, naciones nacidas para la servidumbre). Triste retroceso, considerando sus anteriores méritos, antaño alabados por Cicerón (Asconio, 63 = p. 72 Clark).

30. Pompeyo habló en público en favor de su agente y obligó a Cicerón a ocuparse de su defensa. Con cuánta sinceridad, es harina de otro costal. En este momento, seguramente Pompeyo deseaba conciliarse los intereses financieros.

31. La lista, en Drumann-Groebe, *Gesch. Roms.* III², 420 ss.; 486.

32. Entre los primeros legados de César en la Galia estaban T. Labieno y Q. Titurio Sabino, cuyo padre había servido con Pompeyo en España (Salustio, *Hist.* 2, 94 M), y Ser. Sulpicio Galba, cuyo padre puede encontrarse con cierta probabilidad entre los miembros del *consilium* en Asculo (*ILS* 8888).

en adelante) entre la tropa de sus parientes, amigos y asociados políticos, muy varios en distinción social: *nobiles*, miembros de reputadas familias senatorias que no habían llegado al consulado e hijos de caballeros romanos; esta última clase no figura en una proporción muy alta.[33] Cualesquiera que fuesen su origen o afiliación, los generales de la Guerra de las Galias se portaron todos lealmente con su procónsul, al mando de los ejércitos y en el gobierno de las provincias durante la Dictadura.[34] Es cierto que algunos quedaron decepcionados o se mostraron desagradecidos, pero del total de ellos, ocho por lo menos llegaron después a cónsules. Sólo dos de los legados, presentes o pasados, se sumaron a los enemigos de César: el hermano de Cicerón y el gran mariscal Labieno. Honrado y enriquecido por César, Labieno fue animado a optar al consulado.[35] Otros pompeyanos y otros hombres del Piceno pudieron ser captados por las artes, el oro y la gloria de César. Labieno lo abandonó, pero no por razones políticas, sino porque volvió al lado de su viejo aliado.[36]

Los seguidores de César tenían una composición dual. Los hechos de que él se hubiese levantado en armas contra el partido en el poder; hubiese sido un mariano y un *popularis*; fuese temido algún tiempo por sus coetáneos, *y* a menudo considerado un revolucionario por la posteridad, han llevado a exagerar los componentes no senatoriales o incluso antisenatoriales de su partido y de su proyecto político. La mayoría de los consulares relevantes estaba apiñada frente a él. No importa: la facción de César contaba no sólo con muchos senadores, sino, lo que es más, con *nobiles*.

Lo más conspicuo de todo es el grupo de *nobiles* de extracción patricia. César, como Sila, era patricio, y orgulloso de serlo. Hacía alarde ante el pueblo de Roma de que su familia descendía de los dio-

33. Lista completa, en DRUMANN-GROEBE, *Gesch. Roms.* III², 700 ss.

34. Sobre los gobernadores de las provincias en este período, E. LETZ, *Die Provinzialverwaltung Caesars* (Diss. Strassburg, 1912).

35. *BG* 8, 52, 1: «T. Labienum Galliae praefecit togatae, quo maior ei commendatio conciliaretur ad consulatus petitionem» (Puso a Labieno al frente de la Galia togada [la parte más romanizada de la Cisalpina al sur del Po], para granjearse un mayor apoyo con vistas a su candidatura al consulado). La historia que nunca sucedió fue el consulado de César y Labieno en el 48 a. C., respaldados ambos por la *auctoritas* de Pompeyo. Esta interpretación, en *JRS* XXVIII (1938), 113 ss.

36. Sobre la deserción de Labieno, DIÓN, 41, 4, 4; CICERÓN, *Ad Att.* 7, 12, 5, etc. Intentos de captarlo en el 50 a. C., *BG* 8, 52, 3.

ses inmortales y de los reyes de Roma.[37] Los patricios y los plebeyos se entendían entre sí. El patricio podía recordar favores pasados, concedidos a la plebe romana;[38] podía asimismo apelar a los deberes que ellos tenían con el nacimiento y la posición de un patricio. La plebe no hubiese preferido, ni votado contra César en favor de uno de los suyos o de un simple dignatario de un municipio. Al modo tradicional entre los patricios, César explotó a su familia y a la religión del Estado para su política y para su encumbramiento, ganando el cargo de *pontifex maximus*; los Julios mismos eran una vieja familia sacerdotal.[39] Sila y César, miembros ambos de casas patricias que habían atravesado un largo período de oscuridad, pugnaban por reavivar y reimplantar a sus mayores.[40] El patriciado era una clase tenaz. Aunque deprimida por la pobreza, por la incapacidad de adaptarse a un sistema económico cambiante, por rivales más activos y por el ascenso de casas dinásticas plebeyas, como los Metelos, los patricios recordaban su antigua gloria y luchaban por recuperar el mando.

Algunas familias ponían sus ojos en Pompeyo como heredero de Sila y protector de la oligarquía. Pero eran más numerosos los patricios que ponían sus esperanzas en César, y no en vano. En la época de Sila, los Fabios han descendido tanto, que no pueden mostrar un solo cónsul. Un Fabio Máximo siguió a César y devolvió el consulado a su familia.[41] Apio Claudio, el miembro más relevante de los Claudios patricios, y dos ramas de los Cornelios, los Escipiones y los Léntulos, apoyaban a la oligarquía; pero César contaba, entre otros patricios, con el valioso Ti. Claudio Nerón, a quien Cicerón deseaba para yerno,

37. SUETONIO, *Divus Iulius* 6, 1: «nam ab Anco Marcio sunt Marcii Reges, quo nomine fuit mater; a Venere Iulii, cuius gentis fama est nostra. Est ergo in genere et sanctitas regum, qui plurimum inter homines pollent, et caerimonio deorum, quorum ipsi in potestate sunt reges» (Pues de Anco Marcio descienden los Marcio Reges, cuyo nombre llevó mi madre; de Venus descienden los Julios, de cuyo linaje es nuestra familia. Hay, pues, en mi ascendencia la santidad de los reyes, los que más pueden entre los hombres, y la sacralidad de los dioses, en cuyo poder se encuentran hasta los reyes mismos).

38. Véase la observación de Catilina ante el senado: SALUSTIO, *BC* 31, 7: «sibi, patricio homini, cuius ipsius atque maiorum pluruma beneficia in plebem Romanam essent» (A él, hombre patricio, cuyos muchos favores, suyos y de sus antepasados, se han derramado sobre la plebe romana).

39. *ILS* 2988 (el culto de Vediovis en Bovillae por los «gentiles Iulici»).

40. MÜNZER, *RA*, 356; 358 s.; 424.

41. Q. Fabio Máximo, que murió en su consulado (45 a. C.).

y con el depravado P. Cornelio Dolabela, que le fue impuesto a Cicerón por las preferencias de su mujer y de su hija.[42]

Los Emilios y los Servilios ocupan un sitio particular en la historia política de Roma, casas patricias que parecen haberse aliado, con vistas al poder, con los plebeyos, cuando a éstos se les abrieron las puertas del consulado.[43] Los viejos vínculos cobraron nueva vida y vigor en la generación de César, merced a Servilia, que actuó con firmeza para restaurar la dignidad y el poder de su familia. En su política dinástica, esta mujer empleó sin escrúpulos a las tres hijas de su segundo marido, a quienes dio en matrimonio a C. Casio Longino, a M. Emilio Lépido y a P. Servilio Isaúrico.[44] Lépido podía recordar un pleito familiar contra Pompeyo; y a su hermano, consular, se lo había ganado César con una crecida suma.[45] Servilio pertenecía a una rama del mismo clan de Servilia, que se había pasado a los plebeyos hacía mucho, pero que no había olvidado su origen patricio. P. Servilio era hombre de cierta competencia; Lépido tenía influencia, pero no un partido; ambición, pero no la voluntad ni capacidad para hacer algo. Con su oferta del consulado, César los ganó a los dos, quizá de acuerdo y con la ayuda de su amiga y anterior amante, la formidable y previsora Servilia. Pero los ambiciosos proyectos de Servilia se vieron seriamente amenazados por la adhesión de Catón a Pompeyo y por el estallido de la guerra civil. Su hijo Bruto siguió a *Virtus* y a *Libertas*, a su tío Catón y a Pompeyo, asesino de su padre.

Los patricios eran fieles a la tradición, sin necesidad de estar encadenados por su casta o por sus principios. Lo mismo la monarquía que la democracia podían amoldarse al logro de sus fines, al realce de la persona y de la familia. La constitución no importaba: ellos eran más antiguos que la República romana. La ambición del aristócrata romano consistía en mantener su *dignitas*, alcanzar la gloria y desplegar su

42. CICERÓN hubiese preferido a Nerón (*Ad Att.* 6, 6, 1). Sobre su servicio a las órdenes de César, *Bell. Al.* 25, 3; SUETONIO, *Tib.* 4, 1. Dolabela acusó a Ap. Claudio Pulcro en el 51 (*Ad fam.* 8, 6, 1), de modo que no tuvo otra opción cuando estalló la guerra civil. César lo designó para el consulado del 44; no puede haber tenido entonces sólo veinticinco años, como afirma APIANO, *BC* 2, 129, 539. Otros patricios cesarianos eran el consular Mesala Rufo y Ser. Sulpicio Galba.

43. MÜNZER, *RA*, 12 ss.

44. *Ibid.*, 347 ss. Su segundo marido era D. Junio Silano (*cos.* en el 62). Una inscripción de Cos (*L'ann. ép.*, 1934, 84) revela que la mujer de P. Servilio era una Junia, hija de Décimo.

45. APIANO, *BC* 2, 26, 102 (Curión era pariente suyo, DIÓN, 40, 63, 5).

magnitudo animi, su sagrado deber de proteger a sus amigos y clientes y garantizar su promoción, cualquiera que fuese su posición en la vida. La *fides*, la *libertas* y la *amicitia* eran cualidades estimadas por la clase gobernante, tanto por César como por Bruto. César era un patricio hasta la médula: «Él era César y mantendría su palabra».[46] Como él también observaba: «Si él hubiese requerido los servicios de truhanes y bandoleros en defensa de su *dignitas*, los hubiese recompensado.[47] No vanas palabras: este rasgo y este proceder de César eran sabidos de sus contemporáneos.[48] No siempre se ha hecho justicia a las tradiciones generosas y liberales de la aristocracia romana, manifiestas en los Julios y en los Claudios. El *novus homo*, en Roma, estaba demasiado ocupado, procurando olvidar su origen, mejorando sus perspectivas y congraciándose con la nobleza, para tener tiempo de asegurar a los amigos que lo merecían el logro de la posición que él mismo había alcanzado a costa de tantos sudores.

Para protegerse de sus enemigos, César apeló a las legiones, fieles e invencibles: ellas podían echar abajo a los mismísimos cielos, como él dijo al pueblo de Hispalis, pueblo de hispanorromanos descarriados.[49] Los centuriones eran aliados y agentes políticos, al tiempo que oficiales. En Farsalia, el vigoroso Crastino dio la señal de ataque con el grito de guerra de la *dignitas* de César y la libertad del pueblo romano.[50] En sus órdenes del día, César hacía justicia al valor, y a la lealtad de sus centuriones.[51] La paga, el botín y las ocasiones de comerciar y de ascender hacían remunerador el servicio militar. César pidió dinero prestado a sus centuriones antes del paso del Rubicón.

46. *Bell. Hisp.* 19, 6: «se Caesarem esse fidemque praestaturum». Compárese también con una frase del discurso *Pro Bithynis*, citada por GELIO, 5, 13, 6: «neque clientes sine summa infamia deseri possunt» (ni los clientes pueden ser abandonados sin el mayor deshonor).

47. SUETONIO, *Divus Iulius* 72: «si grassatorum et sicariorum ope in tuenda sua dignitate usus esset, talibus quoque se parem gratiam relaturum».

48. *Ad fam.* 8, 4, 2: «infimorum hominun amicitiam» (la amistad de hombres de la peor especie).

49. *Bell. Hisp.* 42, 7: «an me deleto non animum advertebatis habere legiones populum Romanum quae non solum vobis sed etiam caelum deruere possent?» (¿No os percatabais de que aun destruido yo, el pueblo romano tenía legiones con las que no sólo podía deteneros, sino incluso derribar los cielos?)

50. *BC* 3, 91, 2.

51. Por ejemplo, *BC* 3, 53, 4 s., cf. CICERÓN, *Ad Att.* 14, 10, 2 (Esceva como prototipo).

Aunque los oficiales de la caballería, fuesen o no hijos de senadores, por lo general debían sus puestos no tanto al mérito como a las recomendaciones de amigos o de personas influyentes, o a la esperanza de encontrar allí ventajas y carrera política, la experiencia castrense no estaba limitada a los centuriones, sus inferiores en la escala social; el caballero C. Voluseno Cuadrado sirvió durante unos diez años consecutivos a las órdenes de César en la Galia y en las guerras civiles.[52] Había otros representantes de su clase, hombres excelentes.

Muchos caballeros se podían encontrar en el séquito de un procónsul, ejerciendo funciones muy diversas. Entre los oficiales de estado mayor del orden ecuestre se encontraba Mamurra, viejo pompeyano de Formias, famoso por su riqueza y sus vicios,[53] o el fenomenal P. Ventidio, cuya niñez había conocido la esclavitud y la degradación: hecho prisionero por Pompeyo Estrabón en Asculo, había sido conducido o llevado a la fuerza en un triunfo romano. Desde los oscuros años de su primera juventud —algunos decían que había hecho el servicio como soldado raso—, Ventidio llegó a ser proveedor de los ejércitos y se puso al servicio de César, cuando procónsul, como experto en la administración de la intendencia y los transportes.[54]

Entre los amigos de César estaban sus secretarios, consejeros y agentes políticos, muchos de ellos eminentes por sus gustos y sus obras literarias, así como por sus aptitudes para las finanzas. La secretaría del procónsul se convirtió en el Gabinete del Dictador. La mayoría de ellos eran caballeros romanos; pero Pansa y posiblemente Hircio habían entrado ya en el senado.[55] Hircio era una persona agradable, de gustos eruditos, con mucha fama de *gourmet*: era peligroso invitar-

52. *BG* 3, 5, 2; 4, 21, 1 y 23, 5; 6, 41, 2; 8, 23, 4 y 48, 1; *BC* 3, 60, 4.

53. CICERÓN, *Ad Att.* 7, 7, 6; CATULO, 29, 1 ss., etc., cf. P-W XIV, 966 s.

54. La información esencial sobre P. Ventidio la suministran GELIO, 15, 4 y DIÓN, 43, 51, 4 s. Sobre el problema de su identificación con el mozo de mulas Sabino, en VIRGILIO, *Calalept.* 10, cf. MÜNZER en P-W I A, 1592 ss. En realidad, no es muy probable. Quizá Ventidio fuese, como Mamurra, un *praefectus fabrum* al servicio de César. Ninguna fuente contemporánea u oficial le da el cognomen de «Bassus», que se encuentra sólo en GELIO (*loc. cit.*), EUTROPIO (7, 5) y RUFIO FESTO, *Brev.* 18, 2. Gelio admite su dependencia de Suetonio.

55. Afirma DIÓN (45, 17, I) que C. Vibio Pansa Cetroniano (su nombre completo, *ILS* 8890) había pertenecido a una familia proscrita. Sin embargo, es probablemente la misma persona que C. Vibio Pansa, tribuno en el 51 a. C. (*Ad fam.* 8, 8, 6). A. Hircio no está mencionado como jefe del ejército en las campañas galas, y algunos estiman que su estilo no es muy propio de un militar.

lo a comer.[56] Pansa también estuvo algún tiempo en la Galia. Hircio había de completar más tarde el *Bellum Gallicum*, y de componer el relato del *Bellum Alexandrinum*, con el propósito de continuar la narración hasta la muerte de César; y también publicó obras de propaganda para su amigo y patrón, menos discretas que las anteriores, denigrando la memoria de Catón. La historia no puede aducir obras de Pansa, ni de C. Macio, el hombre de negocios cesariano; pero el hijo de Macio redactó un tratado de horticultura, y domesticó una nueva especie de manzana que llevaba su nombre.[57]

Infatigables e inseparables, Opio y Balbo escribieron cartas y panfletos; viajaron, intrigaron y negociaron en beneficio de César, en misiones secretas y públicas, antes y después del estallido de la guerra civil, para dar confianza a los aliados políticos del procónsul, para ganarse a influyentes neutrales, para desvincular, engañar o intimidar a sus enemigos. Por medio de estos agentes se realizaron repetidos asaltos a las lealtades vacilantes y desanimadas de Cicerón.[58]

G. Opio pertenecía probablemente a una acaudalada familia de banqueros de Roma. Pero Opio palidece al lado del formidable Balbo, el personaje principal de la antigua ciudad púnica de Gades, en España. L. Cornelio Balbo no era ciudadano de nacimiento; recibió la ciudadanía por sus servicios a Roma en la Guerra Sertoriana, por mediación de Pompeyo.[59] César, cuestor de la España Ulterior y después propretor, conoció a Balbo y lo llevó a Roma. Aliado tanto de Pompeyo como de César, Balbo se fue arrimando gradualmente al atractivo más poderoso. En el último decenio de la República, pocas intrigas se pudieron urdir y pocas alianzas entablar sin el conocimiento —y la mediación— de Balbo.[60] Su impopularidad se deduce de las artificiosas disculpas de su abogado. A principios del año 56 a. C., la alianza de Pompeyo, Craso y César amenazaba con romperse. En este momento favorable, un agente desconocido recibió instrucciones de denunciar a Balbo impugnando su derecho a la ciudadanía romana. El pacto de Luca volvió a reunir a los dinastas y salvó a su agente. Cuando el caso

56. *Ad fam.* 9, 20, 2.

57. PLINIO, *NH* 15, 49.

58. *Ad Att.* 8, 15 a; 19, 7 *a* y *b*, etc.

59. *Pro Balbo, passim.* Su nuevo nombre gentilicio, «Cornelio», lo adquirió probablemente de L. Cornelio Léntulo Crus, arriba, p. 62, n. 84.

60. Es de suponer que interviniese en el pacto del 60 a. C. En diciembre de aquel año trató de meter en él a CICERÓN, *Ad Att.* 2, 3, 3.

salió a juicio, tanto Pompeyo como Craso acudieron en defensa del hombre de Gades. Cicerón también habló. Podía haber detractores envidiosos; pero Balbo, amigo de tan eminentes ciudadanos, de ningún modo podía tener enemigos.[61] Balbo ganó el pleito. A no ser por el fracaso de ciertas intrigas políticas, el destino de Balbo y el papel de Cicerón hubieran sido muy distintos.

Balbo reinaba como un monarca en su Gades natal; en Roma, el millonario forastero ejercía un poder más grande que el de la mayoría de los senadores romanos. Algunos de los políticos cuyos métodos les granjearon el nombre de *populares,* eran enemigos de los intereses financieros y ansiaban, por motivos egoístas o desprendidos, minar el poder del dinero en el Estado romano. Craso y César no eran de ésos. El partido de Pompeyo se mostró incapaz de movilizar contra César ni a las clases acomodadas ni a las altas finanzas.[62] El financiero Ático habrá sido capaz de predecir los acontecimientos con cierta precisión y de afrontar el futuro con ecuanimidad. Es muy de lamentar que sus cartas a sus clientes aprensivos no se hayan conservado. Muchos de los banqueros ya eran amigos personales de César, y es de suponer que éste les diese garantías contra la revolución. Más tenían que temer de Pompeyo, y ellos lo sabían. El partido de César no tenía el monopolio de los arruinados y de los terroristas;[63] en cambio, los pompeyanos y su jefe mismo, cuando la guerra empezó, profirieron brutales amenazas de repetir las proscripciones de Sila.[64]

El príncipe de todos los banqueros y financieros, C. Rabirio Póstumo, era un entusiasta cesariano.[65] Su padre, C. Curcio, está definido

61. CICERÓN, *Pro Balbo* 58: «nam huic quidem ipsi quis est umquam inventus inimicus aut quis iure esse potuit?» (Pues ¿quién le ha conocido un enemigo, aunque fuese a título personal, o quién tenía motivos fundados para serlo?).

62. *Ad Att.* 7, 7, 5 (diciembre del 50): «an publicanos qui nunquam firmi sed nunc Caesari sunt amicissimi, an faeneratores, an agricolas, quibus optatissimum est otium? nisi eos timere putas ne sub regno sint qui id nunquam, dum modo otiosi essent, recusarunt» (Como no sea a los publicanos, que nunca han estado seguros, pero que ahora son muy amigos de César, o a los usureros, o a los labradores, para quienes la paz es lo más deseable. ¿Es que crees que éstos van a tener miedo de vivir sometidos a un amo a quien nunca rechazaron con tal de vivir en paz?); cf. *Ad Att.* 8, 13, 2; 16, 1.

63. *Ibid.*, 9, 11, 4; *Ad fam.* 7, 3, 2.

64. *Ad Att.* 8, 11, 2; 9, 10, 2 y 6; 11, 6, 2.

65. Dessau (*Hermes* XLVI [1911], 613 ss.) ha hecho sumamente probable que el cesariano Curcio, o Curcio Póstumo, sea la misma persona que el célebre Rabirio

como líder del orden ecuestre; y no sólo eso: Curcio era «fortissimus et maximus publicanus», lo que debiera bastar. La elocuente abogacía proclama que esta persona realizaba operaciones financieras, no por afán de lucro personal, sino para adquirir los medios con que ser generoso y benéfico.[66] No disponemos de datos que confirmen esta paradoja entre los financieros romanos. Se sabe más acerca de su hijo, banquero, cuyos negocios tenían extensas ramificaciones por todo el mundo. El desinteresado e inspirado Póstumo prestó grandes sumas de dinero al rey de Egipto, el cual, incapaz de remunerar a su benefactor en dinero contante y sonante, hizo lo que pudo y lo nombró superintendente de las finanzas de su reino.

Senadores y caballeros, he ahí el partido de César. Con la plebe romana y las legiones de la Galia, un grupo de familias antiguas, jóvenes de talante ambicioso y previsores banqueros como seguidores, César conquistó fácilmente Roma e Italia. Pero Roma había forjado un Imperio; el destino de Italia se decidió en sus provincias. En épocas pasadas, el romano noble acrecentaba su poder, y su influencia trabando amistad con la aristocracia de Italia e incorporando a los pobres a su *clientela*. Esta costumbre se hizo extensiva a las provincias. Pompeyo Magno superó a todos los procónsules anteriores. En Occidente, en África y por toda Asia, las ciudades, las provincias y los reyes estaban vinculados al *imperator* del pueblo romano por lazos personales de amistad. En el umbral de la guerra civil, Roma temió, por parte de César, una irrupción de bárbaros de allende los Alpes. No menos real era la amenaza por el lado de Pompeyo: las tribus de los Balcanes, los reyes y jinetes del Oriente.[67] Pompeyo se mofaba de

---

Póstumo, así llamado tras su adopción en testamento por su tío materno, el pretendido asesino de Saturnino, y hombre acaudalado (*Ad Att.* 1, 6, 1).

66. CICERÓN, *Pro Rabirio Póstumo* 3: «fuit enim pueris nobis huius pater, C. Curtius, princeps ordinis equestris, fortissimus et maximus publicanus, cuius in negotiis gerendis magnitudinem animi non tam homines probassent, nisi in eodem benignitas incredibilis fuisset, ut in augenda re non avaritiae praedam, sed instrumentum bonitati quaerere videretur» (Cuando nosotros éramos niños, el padre de este hombre, C. Curcio, era en efecto la primera figura del orden ecuestre, el publicano más esforzado e importante, cuya perspicacia en la administración de sus negocios no hubiese sido tan admirada, de no haber estado acompañada de una increíble generosidad, hasta tal punto que en su afán de incrementar sus caudales no pareciese satisfacer sus ansias de dinero, sino buscar el medio de ejercitar su bondad).

67. *Ad Att.* 8, 11, 2; 9, 10, 3; 11, 6, 2. En el 48 a. C. Pompeyo estaba en tratos con Burebistas, el monarca dácico (*SIG*^{3} 762).

Lúculo, llamándole «el Jerjes romano»;[68] pero él mismo era un déspota oriental.

En el oeste del Imperio, en las provincias de la Galia por lo menos, la preponderancia heredada y personal de Pompeyo pasó rápidamente a su más joven y más enérgico rival. César, como procónsul, supo ganarse para su persona a las ciudades de la Galia Cisalpina y a los príncipes de las tribus de detrás de los Alpes. Hombres excelentes de las colonias y de los *municipia* de la Cisalpina se podían encontrar entre los oficiales y amigos de Pompeyo[69] y no se había olvidado que su padre había logrado los derechos latinos para las comunidades traspadanas.

Pero César tuvo la ventaja de la proximidad y de la duración. En Verona, el padre del poeta Catulo, sin duda persona de prestigio, fue amigo y anfitrión del procónsul;[70] entre sus oficiales figuraban caballeros de la aristocracia de las ciudades.[71] Los beneficios que se esperaban tenían más fuerza que los beneficios conseguidos. Los traspadanos estaban ansiosos de la plena ciudadanía romana. César los había acaudillado hacía tiempo: como procónsul, dio alas a sus aspiraciones, pero no las satisfizo antes del comienzo de la guerra civil.

En la Galia de allende los Alpes, la *provincia* (o Narbonense, como pronto habría de llamarse), había un jefe de los voconcios que había mandado la caballería de su tribu en el ejército de Pompeyo contra Sertorio, y recibido como recompensa la ciudadanía romana; su hermano, igualmente, sirvió en la guerra contra Mitrídates. Su hijo, Pompeyo Trago, fue secretario particular de César.[72] Otro agente del procónsul fue el admirable C. Valerio Troucilo, «homo honestissimus provinciae Galliae», hijo del jefe de tribu de los helvios.[73] Además, el ambicioso y poético Cornelio Galo entra por vez primera en la histo-

68. VELEYO, 2, 3, 4: «Xerxes togatus» (Jerjes togado).

69. *V. gr.* N. Magio de Cremona (CÉSAR, *BC* I, 24, 4).

70. SUETONIO, *Divus Iulius* 73. El poeta puede haber debido algo al patronazgo de los Metelos. Céler, el marido de Clodia, gobernó la Cisalpina en el 62 a. C. (*Ad fam.* 5, 1).

71. *V. gr.* C. Fleginas (o mejor, Felginas), de Placencia, CÉSAR, *BC* 3, 71, 1. El abuelo materno de L. Calpurnio Pisón fue un hombre de negocios llamado Calvencio, de aquella colonia, CICERÓN, *In Pisonem* fr. 11; ASCONIO, 4 (p. 5 Clark), etc.

72. JUSTINO 43, 5, 11 s.

73. *BG* 1, 47, 4, cf. 19, 3. Sobre la forma correcta del nombre, cf. T. Rice HOLMES, *Caesar's Conquest of Gaul* (1911) 652. Sobre la familia, cf. también *BG* 7, 65, 2.

ria auténtica como amigo de Polión, el partidario de César.[74] La Galia del sur olvidó su vínculo ancestral con los Domicios y vio cómo los frescos laureles de Pompeyo se marchitaban ante el poder y la gloria de César: los germanos destrozados, el Rin franqueado, Britania revelada al mundo.

Las levas del norte de Italia llenaron las legiones de César de leales reclutas.[75] Su nueva conquista, la Galia *Comata* («de cabellera larga»), aportaba su riqueza y la mejor caballería del mundo. César concedió la ciudadanía a sus jefes, aliados suyos o anteriores enemigos, hombres de una raza franca y generosa. La Galia permaneció leal durante la guerra civil.

Pompeyo Magno contaba con toda España en su clientela. Adoptando oportunamente un plan escipiónico de explotar la ayuda de España en beneficio propio, Cn. Pompeyo Estrabón había otorgado la ciudadanía romana a todo un regimiento de caballería hispana, de voluntarios, reclutados para aplastar a los insurgentes de Italia.[76] El hijo recuperó España de manos de Sertorio y del partido de Mario. Pero Pompeyo tenía enemigos en España, y César se dio a conocer allí, y además concedió en ausencia favores varios a su vieja provincia, como habría de recordar a los ingratos ciudadanos de Hispalis.[77] Gades había sido leal a Roma desde la gran Guerra Púnica, y César hizo pasar a los Balbos, los magnates de Gades, del séquito de Pompeyo al suyo personal. Es posible que también heredase la clientela española de Craso, su antiguo socio, que en una ocasión había alistado un ejército particular en la península.[78]

África había dado nombre y ocasión al primer triunfo del Pompeyo joven. Pero en África el aventurero P. Sitio, que se había construido un reino para él, tenía presentes viejos recuerdos catilinarios. Tampoco las familias de los veteranos romanos ni la tribu nativa de

74. *Ad fam.* 10, 32, 5, donde se afirma que Galo tenía en su poder un poema dramático escrito por Balbo el Joven. Galo procedía de Forum Julii (S. JERÓNIMO, *Chron.* p. 164 1-1). Su padre se llamaba Cn. Cornelio (*ILS* 8995), y puede ser un notable galo que obtuviese la ciudadanía de un Cn. Cornelio Léntulo, al servicio de Pompeyo durante la Guerra Sertoriana; cf. el caso de Balbo (más arriba, p. 98). Sobre esta hipótesis, cf. R. SYME, *CQ* XXXII (1938), 39 ss.

75. El contingente de Opitergio fue justamente celebrado, LIVIO, *Per.* 110, etc.

76. *ILS* 8888.

77. *Bell. Hisp.* 42, 1 ss.

78. PLUTARCO, *Craso* 6.

los gétulos se habían olvidado de Mario ni de la guerra contra Yugurta.[79]

En Oriente, los reyes, dinastas y ciudades permanecieron fieles a Pompeyo como representante de Roma, pero sólo en tanto que su poder se mantuvo. Sus enemigos y rivales estaban a la espera de un cambio para aprovecharlo. En Egipto, César apoyaba a una pretendiente, Cleopatra, contra su hermana y los ministros de la corte ptolemaica. Un aventurero inteligente, Mitrídates de Pérgamo, levantó un ejército para César y liberó Alejandría de sus asediantes; le ayudó en la empresa el idumeo Antipatro. Mitilene figuraba en la clientela de Pompeyo; Teófanes, de esta ciudad, era su amigo, historiador local y agente político.[80] Pero César también tenía sus partidarios en las ciudades de la Hélade, que aumentaron con el tiempo y con los éxitos.[81] Pompeyo se servía constantemente de libertos, como el financiero Demetrio de Gadara.[82] César competía con el dinasta mayor que él y lo superaba: no tuvo reparo en poner tres legiones en Egipto a las órdenes de un cierto Rufino, hijo de uno de sus libertos.[83]

Tales eran los partidarios de César, señalados escuetamente y caracterizados por los nombres de miembros representativos: senadores, caballeros y centuriones, hombres de negocios y hombres de provincias, reyes y dinastas. Algunos murieron en la guerra, como Gabinio y Curión; los supervivientes esperaban tener acceso a la riqueza, al relieve social y al poder. ¿No había Sila enriquecido a sus partidarios, desde senadores hasta soldados y libertos? No iba a haber proscripciones. Pero César adquirió el derecho a vender, otorgar o parcelar las propiedades de sus enemigos. La tierra fue confiscada para sus colo-

79. Sobre O. Sitio (*Bell Afr.* 25, 2, etc.), cf. P-W III A, 409 ss.; sobre los gétulos, *Bell Afr.* 56, 3. La clientela de los Pompeyos, sin embargo, era muy fuerte, cf. las palabras de Catón al hijo de Pompeyo, *ibid.*, 22, 4 s.

80. *SIG*[3] 751 ss. En cuanto a Teófanes, CICERÓN habla de su *auctoritas* con Pompeyo (*Ad Att.* 5, 11, 3); cf. también CÉSAR, *BC* 3, 18, 3 (Libón, Luceyo y Teófanes). De su influencia y sus intrigas hay abundantes testimonios, cf. P-W, V A, 2090 ss.

81. Por ejemplo, en Tesalia (*BC* 3, 34; 35, 2; CICERÓN, *Phil.* 13, 33). También hombres de Cnido (*SIG*[3] 761; ESTRABÓN, p. 656, etc.) Sobre esta gente cf. más adelante pp. 254 s.

82. P-W IV, 2802 s. Sobre su riqueza, poder y ostentación, cf. PLUTARCO, *Pompeius*, 40; JOSEFO, *BJ* I, 155; SÉNECA, *De tranquillitate animi* 8, 6: «quem non puduit locupletiorem esse Pompeio» (que no se avergonzaba de ser más rico que Pompeyo).

83. SUETONIO, *Divos Iulius* 76, 3. Posiblemente «Rufio», no «Rufinus»; cf. MÜNZER en P-W I A, 1198.

nias de veteranos, en Italia y fuera de ella. Las propiedades de Pompeyo reportaron cincuenta millones de *denarii*, pero valían mucho más.[84] Antonio y el poeta Q. Cornificio se repartieron la casa de Pompeyo en la capital.[85] Otros que se aprovecharon de la confiscación de casas de campo y fincas fueron personajes tan distintos como Servilia y P. Sila, que había adquirido una mala reputación por sus adquisiciones de treinta años antes.[86] Balbo ya era célebre, envidiado y odiado por sus principescos jardines de recreo en Roma y su casa de campo en Túsculo. La Dictadura lo sorprendió construyendo, señal de opulencia y boato.[87]

Senadores que habían sido partidarios del procónsul, neutrales distinguidos, renegados astutos, o pompeyanos reconciliados fueron promovidos rápidamente a magistraturas sin reparar en impedimentos o restricciones constitucionales. De seiscientos, César elevó a novecientos el número de miembros del senado,[88] y subió el total de cuestores a cuarenta, de pretores a dieciséis.[89] Junto a los hijos de los proscritos y a las víctimas de la justicia política romana, seguidores de todas las categorías lograron la admisión al senado por el procedimiento de optar a la cuestura o al tribunado, o por designación directa en virtud de los poderes especiales del Dictador. De ahí el refuerzo y la transformación del equipo gobernante y de la jerarquía de la administración. Muchas de las medidas de César fueron provisionales en su intención, y transitorias en su vigencia, pero ésta fue definitiva.

84. Por lo menos setenta millones (DIÓN, 48, 36, 4 s.).

85. PLUTARCO, *Caesar* 51.

86. *Ad Att.* 14, 21, 3; *Ad fam.* 15, 19, 3; *De off.* 2, 29.

87. *Ad Att.* 12, 2. 2: «at Balbus aedificat, τί γὰρ αὐτῷ μέλει (Balbo construye, ¿qué le importa a él?).

88. DIÓN, 43, 47, 3. El total puede en realidad no haber sido tan elevado.

89. *Ibid.*, 43, 49, 1. César tenía en proyecto con seguridad un sistema de dos provincias consulares y dieciséis pretorias, cf. MOMMSEN, *Ges. Schr.* IV, 169 ss.

Capítulo VI

LOS NUEVOS SENADORES DE CÉSAR

Cuando un partido se apodera de las riendas del Estado no puede privar a los vencidos del amargo y estéril consuelo de difamar a los miembros del nuevo gobierno. Las alegaciones más intempestivas, difundidas por los contemporáneos de mala fe, son repetidas por la credulidad de las generaciones siguientes y acaban consagradas como documentos indiscutibles de la historia. Sila —se dijo— introdujo en el senado a vulgares soldados; la verdad es que la formidable tropa de centuriones de Sila, cuando la examinamos de cerca, queda reducida a un solo individuo.[1]

Los partidarios de César eran una chusma espantosa y repugnante: entre sus nuevos senadores figuraban centuriones y soldados, escribas e hijos de libertos.[2] Estas calificaciones no tienen nada de alarmante, ni de novedoso. Cualquier ciudadano libre, en teoría al menos, era elegible y, por tanto, podía presentarse a cuestor; cierto que en la práctica se requería estar en posesión de cierta fortuna y del rango de ca-

1. El notorio L. Fufidio, «honorum omnium deshonestamentum» (SALUSTIO, *Hist.* I, 55, 22 M); un *primipilaris* (OROSIO, 5, 21, 3). Pero pudo haber otros. Sobre la clase de la que fueron sacados los senadores de Sila cf. H. HILL, *CQ* XXVI (1932), 170 ss.

2. En general una «coluvies» (*Ad Att.* 9, 10, 7), una νέκυια (*ibid.*, 9, 18, 2). Las principales pruebas son: DIÓN, 42, 51, 5; 43, 20, 2; 27, 1; 47, 3; 48, 22, 3; SUETONIO, *Divus Iulius* 76, 3 y 80, 2; CICERÓN, *Ad fam.* 6, 18, 1; *De div.* 2, 23; *De off.* 2, 29; *Phil.* 11, 12; 13, 27; SÉNECA, *Controv.* 7, 3, 9; MACROBIO, 2, 3, 11. Para un análisis más detenido, véase R. SYME, *BSR Papers* XIV (1938), 13.

ballero, pero la exigencia no era exorbitante. Hijos de libertos habían ocupado antes de ahora asientos en el senado, si bien furtivos y vacilantes, siempre bajo la amenaza de expulsión por obra de censores implacables; del mismo modo, también un escriba podía estar en posesión del dinero suficiente para figurar en el censo como caballero romano. Los centuriones de César fueron famosos por su lealtad y por las recompensas que esa lealtad les proporcionó. El senado —se afirmaba— estaba lleno de ellos. Pero sólo la ignorancia o la irresponsabilidad pueden pretender que el Dictador promocionase a sus seguidores desde las filas de las legiones, sin mediar por lo menos un intervalo de tiempo o un ascenso en su rango social. Un ex centurión podía ser un caballero, y por tanto actuar de jurado, ser oficial u hombre de negocios, progenitor, si no heredero, de una familia de prestigio y de cierto rango, por lo menos a nivel municipal; no todos los centuriones eran rústicos y de humilde origen. El centurionado merecía la pena; se podía acceder a él bajo la protección de un patrono o por méritos en el servicio militar.[3] Algunos oficiales de la caballería de César pudieron haber sido antiguos centuriones. De los senadores que alguna vez se afirmó que lo fueron, sólo en un caso está debidamente comprobado.[4]

Peor aun que todo eso: César elevó a hombres de provincias a un escaño en el senado de Roma. El humor ciudadano se explayaba en versos burlescos acerca de galos recién liberados de sus pantalones nacionales, y poco familiarizados con el idioma y con el plano de las calles de la capital del Imperio.[5] El chiste es bueno, si no pasa de ahí.

La Galia Cisalpina aún ostentaba el nombre y el estatuto de provincia. Las colonias y *municipia* de esta región, viril, próspera y justamente acreditada, podían ser merecidamente ensalzados como la flor

3. *Bell Afr.* 54, 5 de modo implícito, *BC* I, 46, 4. Sobre todo el problema de la posición social de los centuriones en esta época, cf. pruebas y argumentos aducidos en *JRS* XXVII (1937), 128 s. y *BSR Papers* XIV (1938), 13.

4. C. Fuficio Fangón (DIÓN, 48, 22, 3; CICERÓN, *Ad Att.* 14, 10, 2). Un individuo de este nombre fue magistrado municipal en Acerras (*CIL* X, 3758); L. Decidio Saxa puede haber sido también un ex centurión. véase *infra* p. 108, n. 9; también el etrusco Cafón, *JRS* XXVII (1937), 135, aunque no es seguro que fuese senador.

5. SUETONIO, *Divus Iulius*, 80, 2:

Gallos Caesar in triumphum ducit, idem in curiam.
Galli bracas deposuerunt, latum clavum sumpserunt

(César hizo desfilar a los galos en su triunfo; después los hizo senadores. Los galos se despojaron de sus *bracae* y vistieron la toga laticlavia).

de Italia, orgullo y baluarte del Estado romano.[6] De nada servía eso para librar a estos italianos nuevos, ya perteneciesen a antiguas fundaciones de la República, ya a capitales de tribus de la Traspadana, ascendidos ahora de estatuto, del calificativo contemporáneo de «galos». La familia de Catulo hubiera sido elegible para alcanzar el rango senatorial, y lo mismo la de Virgilio. Entre los nombrados por César se puede incluir a los Hostilios de Cremona y al poeta Helvio Cinna, tribuno de la plebe en el 44 a. C.[7]

La Galia Narbonense puede recabar el peculiar y merecido honor de ser la patria de senadores con pantalones. No hay constancia de sus nombres, pero las cábalas acerca de sus orígenes y posición social tienen visos de ser ciertas. La *provincia* podía alardear de poseer hijos acaudalados y cultos, de familias aristocráticas, helenizadas antes de ser romanizadas, y cuya ciudadanía, lejos de ser una concesión reciente de César, se remontaba a procónsules de una o dos generaciones anteriores. Los amigos de César —Troucilo, Trogo *y* Galo— no eran los únicos miembros de esta clase, que por carecer de documentación completa, pasa a veces inadvertida antes de asomarse a la historia imperial con los cónsules del reinado de Calígula.[8] También había en ella emigrantes romanos. La *provincia*, en la que se estableció la colonia romana de Narbona en fecha tan temprana como la de 118 a. C., antes de que toda Italia se hiciese romana, fue también objeto de asentamientos esporádicos de italianos, y de una intensa explotación por parte de comerciantes y financieros.

El elemento colonial e italiano es aún más conspicuo en España, que era provincia romana desde hacía siglo y medio. La península contaba por estas fechas con varias colonias oficialmente constituidas, y además con asentamientos irregulares de inmigrantes y con un ele-

6. CICERÓN, *Phil.* 3, 13: «est enim illa flos Italiae, illud firmamentum imperi populi Romani, illud ornamentum dignitatis».

7. Tres hermanos, L. C. y P. Hostilio Saserna se pueden distinguir, de los cuales el primero, por lo menos, fue senador (MÜNZER, P-W VIII, 2512 ss.). Si el escoliasta PORFIRIO (sobre Horacio, *Sat.* 1, 3, 130) fuese de fiar, P. Alfeno Varo (*cos. suff.* en el 39) procedía de Cremona. En cuanto a Helvio Cinna, véase fr. 1 de sus poemas; sobre los Helvios de Brixia, *CIL* V, 4237; 4425 s.; 4612; 4877.

8. Cn. Domicio Afer (*cos. suff.* 39 d. C.) y D. Valerio Asiático (*cos.* II, 46 d. C.). Sus *gentilicia* se derivan de procónsules. Sobre los Domicios en la Narbonense, cf. más arriba pp. 70 s.; sobre los Valerios, obsérvese a C. Valerio Troucilo, CÉSAR, *BG* I, 47, 4, etc.

vado número de ciudadanos. L. Decidio Saxa, a quien César hizo tribuno de la plebe en el 44 a. C., había hecho a sus órdenes el servicio militar durante la guerra, no sabemos si como centurión o como oficial de caballería.[9] Saxa puede ser considerado como inmigrante o colono romano. En cambio, Balbo, el magnate gaditano, no era romano de nacimiento, sino ciudadano de una comunidad extranjera, aliada de Roma. Balbo aún no llegó a entrar en el senado. Su sobrino, joven aún, valiente y altanero, cruel y dado a los placeres, fue nombrado cuestor en el 44 a. C.[10] Entre los partidarios de César oriundos de las provincias del oeste —ecuestres o nuevos senadores—, unos eran de ascendencia italiana, otros del país. Pero este contraste es incompleto y carente de validez legal. Como mínimo, los romanos coloniales y otros individuos ricos y capaces de las ciudades de España y del sur de la Galia habrán sido más aceptables para la aristocracia romana que los hijos de esclavos manumitidos, y menos ordinarios y extranjeros quizá que algunos advenedizos procedentes de remotas y atrasadas regiones de Italia, con sus acentos estridentes y sus horrorosos apellidos.

Provincianos, libertos o centuriones, su proporción debió de ser minúscula en una asamblea que contaba ahora con unos novecientos miembros. La aceptación indiscriminada de opiniones partidistas acerca del origen y del rango social de los nombrados por César, no sólo conduce a opiniones erradas sobre la política de César, tanto en Roma como en su Imperio, sino que hace difícil de entender la composición y el carácter del senado antes y después de su Dictadura.

Por pura lógica y por el peso de los números; por los nombres oscuros o ficticios consignados por casualidad una sola vez y nunca más, por no hablar de los más de doscientos desconocidos para la historia, el senado posterior a Sila debió de albergar una elevada proporción de

9. César, *BC* I, 66, 3; Cicerón, *Phil.* II, 12; 13, 27, etc., comentado en *JRS* XXVII (1937), 127 ss. El gentilicio es osco. Quizá sea de la familia del samnita proscrito, Cn. Decidio, a quien César defendió (Tácito, *Dial.* 21, 6, cf. *Pro Cluentio* 161).

10. Sobre sus servicios, Veleyo, 2, 51, 3. Balbo fue cuestor en Hispania Ulterior a las órdenes de Polión, quien refiere, entre otras atrocidades, que hizo quemar vivo a un ciudadano romano y arrojar a las fieras a un corredor de subastas de Hispalis (*Ad fam.* 10, 32, 3). Otro senador de España puede ser Ticio, *Bell Afr.* 28, 2, cf. Münzer, P-W VI A, 1557. Sobre la posibilidad de que hubiese uno o dos senadores provincianos, antes de César incluso, cf. *BSR Papera* XIV (1938), 14.

hijos de caballeros romanos.[11] Los mismos argumentos son válidos, con mayor motivo, para el senado de César y, al mismo tiempo, hacen más difícil —y menos importante— averiguar con exactitud qué probas nulidades debieron al Dictador su admisión en el senado. Entre senador y caballero sólo había una diferencia de rango. La mayor parte de los sujetos socialmente indeseables y moralmente reprensibles a quienes el Dictador César propuso como candidatos al senado, eran en realidad respetables caballeros romanos, dueños de tierras y de dinero, a quienes nunca se podría encomiar en demasía como defensores del orden establecido. No una mera *concordia ordinum*, con senadores y caballeros cumpliendo las funciones que se les habían asignado, sino un nuevo gobierno de concentración nacional, eso era lo que se había implantado.

Cicerón temblaba de pensar en que tendría que sentarse en el senado a la vista y en presencia del rehabilitado Gabinio.[12] La asamblea albergaba ahora a otros muchos clientes a quienes Cicerón había defendido antaño, no como a Gabinio, bajo la presión de los amos de Roma, sino por propia elección, por gratitud o por dinero. Al patricio P. Sila vinieron a sumarse el *nobilis* C. Antonio y el oscuro M. Cispio, hombre de carácter y de principios, que había sido acusado de corrupción y condenado.[13] Cicerón debiera haberse consolado: podía ver ahora a su lado a una multitud de banqueros y financieros, flor y nata del orden ecuestre, viejos amigos, socios leales o clientes agradecidos. Balbo, Opio y Macio no habían entrado en el senado; no necesitaban hacerlo, siendo como eran más útiles en otra parte. Pero L. Elio

11. W. SCHUR, *Bontzer Jahrbücher* CXXXIV (1929), 54 ss.; R. SYME, *BSR Papers* XIV (1938), 4 ss.; 23 s. Para defender esta tesis no hace falta recurrir sólo a afirmaciones generales como «cetera multitudo insiticia» (SALUSTIO, *Ad Caesarem* 2, 11, 3) o «iam ex tota Italia delecti» (CICERÓN, *Pro Sulla* 24). Hay abundancia de raros, pero significativos ejemplos del «homo novus parvusque senator» (*Bell. Afr.* 57, 4). Recuérdese a los hermanos Cepasios, «ignoti homines et repentini», oradores de pueblo que llegaron a cuestores (CICERÓN, *Brutus* 242); a C. Bilieno, «homo per se magnus», que estuvo a punto de salir elegido cónsul, *c.* 105-100 (*ibid.*, 175); a L. Turio, lo mismo en el 65 (*ibid.*, 237, cf. *Ad Att.* I, 1, 2) y a T. Aufidio, un tiempo *publicanus*, pero en vías de llegar a gobernador de Asia (VAL. MÁX., 6, 9, 7; CICERÓN, *Pro Placco* 45).

12. *Ad Att.* 10, 8, 3.

13. M. Cispio, tribuno en el 57, «vir optimus et constantissimus» (*Pro Sestio* 76), condenado poco después (*Pro Piando* 75), a pesar de la defensa de Cicerón, llegó a pretor más tarde, *CIL* I², 819.

Lamia, caballero de limpia ejecutoria y prestigio, antaño devoto seguidor de Cicerón, desterrado por el cónsul Gabinio por haberse puesto de su parte, y el gran Rabirio, heredero de las generosas virtudes y de la fortuna íntegra de su padre, estos y otros hombres admirables adornaban ahora el senado de Roma, elevados en su posición social como correspondía a su riqueza.[14] Como recaudadores de impuestos, proveedores del Estado, magnates de la industria y del comercio, como oficiales ecuestres del ejército, donde dirigían el servicio de intendencia o mandaban regimientos de caballería, habían adquirido variada y valiosa experiencia, que ahora podían aprovechar gobernando provincias o mandando ejércitos de legiones romanas. Rabirio no sólo alardeaba de flotas y de ejércitos, humillando a Cicerón, sino que estaba al mando de ellos.[15]

Sobre todo, César alistó en su nuevo senado a las clases adineradas de las ciudades de Italia, hombres de posición y de crédito, tanto si sus ingresos procedían de la banca, de la industria o de la agricultura, ninguna de ellas ocupaciones exclusivas. Roma eclipsa a las ciudades de Italia acabando con su historia. Y sin embargo, éstas eran comunidades autónomas, fuesen colonias desde antiguo o estados independientes hasta hacía poco, dueñas de territorios extensos, de una venerable historia y de unas nobles tradiciones. Ni la extensión de la ciudadanía romana a toda la península, ni las instituciones municipales, podían transformar su economía interna. Al igual que en Roma, bajo una constitución republicana, la aristocracia conservaba, ahora bajo un revestimiento cívico y urbano, la misma preponderancia de que había disfrutado bajo un ordenamiento feudal o tribal de la sociedad. Los cargos conferían nobleza, y la amistad y la influencia del aristócrata municipal estaban muy solicitadas por los políticos romanos. No sólo podía un aristócrata trazar la política de su ciudad o influir en toda una región de Italia,[16] sino que podía ser tan capaz como el

14. L. Elio Lamia, «equestris ordinis princeps», (*Ad fam.* II, 16, 2), «vir praestantissimus et ornatissimus» (*In Pisoneen* 64), fue edil en el 45 (*Ad Att.* 13, 45, 1). Tenía intereses comerciales en África (*Ad fam.* 12, 29), y probablemente grandes fincas allí —el posterior *saltus Lamianus*—.

15. *Ad Att.* 9, 22, 3: «Postumius Curtius venit nihil nisi classes loquens et exercitus». Rabirio incluso aspiraba al consulado (*Ad Att.* 12, 49, 2). Sobre su servicio llevando tropas a África, *Bell. Afr.* 8, 1; 26, 3.

16. *V. gr.*, A. Caecina de Volaterrae, «hominem in parte Italiae minime contemnenda facile omnium nobilissimum» (*Ad fam.* 6, 6, 9); A. Cluentius Habitus, «homo

noble romano de reclutar un ejército propio con sus colonos y sus subalternos.[17]

Muchas ciudades de Italia se remontaban en sus orígenes a fechas anteriores a Roma; sus gobernantes podían competir en antigüedad, e incluso dignidad y reputación, con la aristocracia de la capital. Como los patricios de Roma, también ellos afirmaban descender de reyes y de dioses, y por medio de todas las mistificaciones de la genealogía y de la leyenda, podían al menos pretender una respetable antigüedad. Los Elios Lamias presumían de un antepasado entre los Lestrigones,[18] lo cual era exagerado, frívolo y coloreado de mito helénico. Los enemigos de los Vitelios, de Nuceria, aportaron innobles descubrimientos para impugnar la bien probada descendencia de aquella familia municipal, del dios Fauno y de la diosa Vitelia a través de una antigua y distinguida casa patricia de principios de la República.[19] Algunos afirmaban que el padre de Cicerón era un tintorero, mientras otros hacían remontar su linaje a Attius Tullus, rey de los volscos, que había luchado contra Roma.[20]

Y sin embargo, no faltaban las pruebas, muy plausibles y a veces convincentes, en la religión y en la arqueología de la Italia primitiva, en nombres de dioses y de lugares. El patronímico de los Sanquinios recuerda al dios sabino Sanco; el amigo de Cicerón, Visidio, magnate local de algún lugar de Italia central, lleva un hombre relacionado con una divinidad venerada en Narnia.[21] Vespasiano se reía cuando la adulación inventó como antepasado de los Flavios a un compañero de Hércules; pero una localidad, Vespasias, con monumentos antiguos de los Vespasios, atestiguaba el crédito de su abuelo materno, oriundo de Nursia.[22] No faltaron intentos de forjar una genealogía senatorial e incluso patricia para ciertos Octavios, vano empeño cuando había testi-

---

non solum municipi Larinatis ex quo erat sed etiam regiones illius et vicitatis virtute, existimatione, nobilitate princeps» (*Pro Cluentio* 11). Sobre la ciase de *domi nobiles*, cf. *Pro Cluentio* 23, 109; 196: SALUSTIO, *BS* 17, 4.

17. *V. gr.*, L. Visidio (CICERÓN, *Phil.* 7, 24) o anteriormente, Minacio Magio de Aeclanum (VELEYO, 41, 4, 16, 2).

18. HORACIO, *Odas* 3, 17, 1: «Aeli vetusto nobilis ab Lamo».

19. SUETONIO, *Vitellius*, 1 s.

20. PLUTARCO, *Cicero*, 1.

21. L. VISIDIO (*Phil.* 7, 24), cf. el «deus Visidianus» (TERTULIANO, *Apol.* 24), W. SCHULZE, *Zur Gesch. lat. Eigennanien* (1904). 123: y en general, con referencia a este tipo de nombre, con numerosos ejemplos, *ibid.*, 464 ss. («theophore Namen»).

22. SUETONIO, *Divus Vesp.* 1.

monio fehaciente y auténtico en Vélitras: el nombre de un núcleo urbano, un altar y una práctica religiosa tradicional.[23]

De algunas linajudas familias locales se podía decir, sin faltar a la verdad, que siempre habían estado allí. Los Cecinas de las Volaterras etruscas tienen su nombre perpetuado en un río de las proximidades.[24] Los Cilnios eran los amos de Arezzo, odiados por su riqueza y su poder. Hacía unos siglos, los ciudadanos se habían alzado en armas para expulsarlos.[25] El empeño fue tan vano como lo hubiera sido expulsar a los Alevadas de la Larisa de Tesalia. La historia simplificada, tanto en Roma como en otros lugares, habla de ciudades o naciones, olvidando a menudo con desdén las casas nobles que las gobernaron con talante feudal.

La clase dirigente de Roma no siempre desdeñó a las aristocracias de otras ciudades. La tradición afirmaba que monarcas venidos de fuera habían reinado en Roma. Más importantes que los reyes eran sus rivales y herederos del poder, los patricios, ellos mismos de origen forastero en su mayoría. Cuando Alba Longa cayó, sus dioses y sus familias dominantes fueron trasplantadas a Roma, como ocurre con los Julios y los Servilios. De la tierra sabina vino Atto Clauso, con el ejército de sus clientes, y se estableció en Roma, el antepasado de la *gens* Claudia.[26] Sabinos también, con suma probabilidad, eran los Valerios, y quizá los Fabios.[27]

Las casas señoriales llevaban consigo a Roma los cultos y leyendas de sus familias, imponiéndolas a la religión del Estado romano y a la historia del pueblo romano. Los Juegos Seculares fueron un tiempo una observancia de los Valerios,[28] y la gente podía recordar guerras enteras libradas por un solo clan. Las familias en cuestión podían modificar su nombre para darle una flexión latina, pero el *praenomen* y el

23. *Id.*, *Divus Aug.* 1.

24. El río Cecina.

25. Livio, 10, 3, 2: «Cilnium genus praepotens divitiarum invidia pelli armis coeptum».

26. Suetonio, *Tib.* I, etc. Algunas versiones de la leyenda situaban la inmigración en el sexto año de la República, otras en el período regio. La documentación en P-W III, 2662 ss. Las vacilaciones en la fecha no prejuzgan el hecho.

27. Sobre los Valerios cf. Val. Máx., 2, 4, 5. Los Fabios pertenecían con seguridad al poblado del quirinal, Livio, 5, 46, 1 ss.

28. Como se puede deducir de Val. Máx., 2, 4, 5. Sobre cultos y dioses de las gentilidades cf. F. Altheim, *A History of Roman Religion* (1938), 114 ss.; 144 ss.

cognomen recordaban a veces su procedencia pueblerina y forastera.[29] En la lucha por el poder en Roma, los patricios estaban dispuestos a alistar aliados dondequiera que pudieran encontrarse. Su influencia se extendió a las aristocracias locales por matrimonios o alianzas, a Etruria por el norte, a Campania por el sur.[30]

La concesión de la igualdad política en Roma por los patricios a mediados del siglo IV no significó un triunfo para la plebe romana. Las primeras familias nuevas que alcanzan el consulado son claramente de emigrados. No sólo las ciudades del Lacio; hasta Etruria y Campania, sino Benevento, en territorio samnita, reforzaron a la nueva nobleza.[31] Estos magnates forasteros fueron aceptados e introducidos por ciertas casas patricias para sus propios designios políticos y para acrecentar el poder de Roma; aunque nominalmente plebeyos, los recién llegados casi se codeaban en prestigio con el patriciado de Roma.

Los Fulvios procedían de Túsculo, los Plautios de Tíbur.[32] Los Marcios son probablemente una casa real y sacerdotal del sur del Lacio[33] y el nombre de los Licinios es etrusco, disfrazado con una terminación latina.[34] Las casas plebeyas podían adquirir riqueza y poder dinástico en Roma, pero nunca entrar en la casta rígida y definida de los patricios. Aun así, los primeros *Fasti* consulares y los anales de la Roma regia y republicana no estaban inmunes a sus artimañas ambiguas y fraudulentas. Los Marcios eran lo bastante poderosos para in-

29. Obsérvense los *praenomina* «Kaeso» y «Numerius» entre los Fabios. El cognomen «Nero» era sahino (SUETONIO, *Tib.* 1, 2) e «Inregilensis», o mejor «Regillanus» (cf. P-W III. 2663), probablemente señala la aldea de origen de los Claudios.

30. Sobre un Claudio que «Italiam per clientelas occupare temptavit» (probablemente el censor despótico), cf. SUETONIO, *Tib.* 2, 2. Sobre sus relaciones intermatrimoniales con una casa señorial de Capua, *circa* 217 a. C., LIVIO. 23, 2, 1 ss. Los Fabios parece que adquirieron gran influencia en Etruria, cf. MÜNZER, *RA*, 55 s.

31. MÜNZER, *RA*, 56 ss. Asegura que los Atilios procedían de Campania (58 s.), los Otacilios, de Benevento (72 ss.).

32. PLINIO, *NH* 7, 136 (un cónsul de Túsculo que desertó y llegó a cónsul en Roma el mismo año). Sobre los Plautios, MÜNZER, *RA*, 44.

33. W. SCHUR, *Hermes* LIX (1924), 450 ss. Sobre Marcio Coriolano, cf. MOMMSEN, *Römische Forschungen*, II, 113 ss.; W. SCHUR, P-W Supp. V, 653 ss.

34. Exactamente «Lecne», cf. la inscr. bilingüe etrusca *CIEtr.* I, 272. También los Calpurnios (SCHULZE, *LE.* 138), aunque falsificaron su descendencia del sabino Numa (PLUTARCO, *Numa* 21). El origen de los Cecilio Metelos no es conocido. Se dice que Caeculus, el dios que fundó Preneste, había sido su antepasado, FESTO, p. 38 L.

filtrar a un antepasado en la lista de reyes: Anco Marcio; y es posible que aquella ambigua figura de Marcio, de Corioli, que se hacía pasar por exiliado de Roma y romano de corazón, pertenezca realmente a la historia latina o volsca. Los Junios no podían remontarse a un rey, pero hicieron cuanto pudieron, exhibiendo a aquel Bruto, portador de la sangre de los Tarquinios, que expulsó a los tiranos y se convirtió en primer cónsul de la República.[35] El orgullo conservó con mucha más pureza las leyendas de los patricios. Ellos no necesitaban descender al fraude, y podían reconocer su origen forastero sin vergüenza ni reparos.

En cuanto a la llegada al poder y a la nobleza en la Roma de los primeros tiempos, mucho ha de quedar oscuro y sujeto a controversia. Es natural que sea así, y así lo confirma en buena parte la historia posterior e irrebatible. Enemigos de la familia dominante de los Escipiones, nada menos que los Fabios *y* los Valerios, adoptaron contra ellos a un aliado vigoroso en la persona del granjero M. Porcio Catón, de Túsculo.[36] C. Lelio, el amigo de Escipión el Africano, probablemente procedía de una familia no romana de una aristocracia municipal;[37] y el primer Pompeyo debió su consulado al respaldo de los Escipiones. La influencia de los Claudios se puede barruntar en el encumbramiento de M. Perperna (*cos.* 130 a. C.), de nombre indudablemente etrusco.[38]

Pero éstas son excepciones más que ejemplos. La oligarquía gobernante, sin excluir a las casas señoriales de la nobleza plebeya, se había ido haciendo cada vez más cerrada y excluyente. Mario, el caballero de Arpino, fue ayudado por los Metelos. Sus méritos y servicios como soldado lo hacían acreedor al orden senatorial bajo su protección; lo que nunca hubieran ellos imaginado fue que aspirase al consulado. Mario alimentó un resentimiento contra los *nobiles* y procuró abrir brecha en su monopolio del caciquismo. Mediante su alianza con los caballeros, y los lazos personales con los hombres influyentes en las ciudades de Italia, adquirió poder y colocó a sus partidarios en los cargos de Roma.[39]

35. El cónsul L. Junio Bruto difícilmente se puede aceptar como histórico, cf. ahora P-W Supp. V, 356 ss.

36. MÜNZER, *RA*, 191 ss.

37. *Id.*, P-W XII, 401.

38. *Ibid.*, XIX, 892 ss.; RA, 95 ss.

39. La composición del partido de Mario, tema importante (y desatendido) no la podemos discutir aquí.

Pero el partido de Mario había sido derrotado y proscrito por Sila. La oligarquía restaurada, impuesta por la violencia y la confiscación, perpetuaba una tradición mezquina. Bajo el antiguo régimen, una parte considerable de Italia —a saber: la mayor parte de Etruria, Umbría y los pueblos sabélicos de las montañas del centro— no habían formado parte en absoluto del Estado romano, sino que eran aliados autónomos. Italia había formado una unidad política en virtud de la extensión de la ciudadanía romana, pero el espíritu y la práctica del gobierno no se habían modificado para ajustarse a un estado transformado. La gente hablaba ciertamente de *tota Italia*. La realidad era muy distinta.[40] No se debe olvidar la reciente guerra de Italia contra Roma. Cuando César invadió Italia, podía contar con algo más que la antipatía a la política y la desconfianza hacia el gobierno, atestiguadas ambas y comprensibles en ciudades y familias que se habían incorporado hacía mucho al Estado romano, o por lo menos sometido a influencias romanas. En una extensa región de Italia ese sentimiento estaba reforzado por una hostilidad a Roma aún sin mitigar, por el recuerdo de la opresión y de la guerra, de la derrota y de la devastación. Apenas cuarenta años antes de la invasión de César, los aliados de Roma, desde Ascolum en el Piceno, pasando por los marsios y los peliños, hasta el Samnio y la Lucania, se levantaron contra Roma y lucharon por la libertad y la justicia.[41]

Todos ellos eran pueblos curtidos, independientes y aguerridos, en primer lugar los marsios, sin los cuales nunca se había celebrado un triunfo, ya luchasen en contra de Roma o a favor de ella.[42] Los marsos dieron a la insurrección su primer empuje, un gran general, Q. Popedio Silón, y el primer nombre oficial de la guerra, el Bellum Marsicum. El nombre *Bellum Italicum* abarca más y no es menos revelador; era una santa alianza, una *coniuratio* de ocho pueblos contra Roma, en nombre de Italia. Estamparon el nombre de Italia como leyenda de sus monedas, e Italia fue el Nuevo Estado que ellos establecieron con su capital en Corfinium. Las monedas de los itálicos[43] son muy reve-

40. La unificación de Italia se fecha a menudo demasiado pronto. Que no puede haber sido ni rápida ni fácil lo demuestran los hechos de la geografía y las comunicaciones, y el estudio de la etnografía y de los dialectos italianos.

41. Como el poeta peliño decía de su propia tribu (Ovidio. *Amores*, 3, 15, 9): «quam sua libertas ad honesta coegerat arma».

42. Estrabón, p. 241.

43. *BMC*, *R. Rep.* II, 317 ss.

ladoras, sobre todo las del general Q. Silón, que muestran a ocho guerreros jurando un mismo juramento. Esto era secesión. La propuesta de extender a los aliados la ciudadanía romana fue hecha por primera vez por reformistas agrarios en Roma, pero por motivos interesados. En la política romana fue una causa de disensión, y de allí la agitación se extendió y contagió a los aliados. Recordando otros agravios y no esperando compensación alguna de Roma después del fracaso y de la muerte de su paladín, el demagogo conservador Livio Druso, amigo y socio de ciertos magnates locales,[44] los italianos recurrieron a las armas. No fue para arrancar un privilegio, sino para destruir Roma. Casi lo consiguieron. Hasta que se vieron frustrados y destrozados por la guerra, los fieros itálicos no empezaron a perder la esperanza. Una amnistía, en forma de oferta de la ciudadanía a todo aquel que depusiese las armas en el plazo de sesenta días, pudo debilitar a los insurgentes al incitar a la deserción, pero no bastó para que las hostilidades cesasen en todas partes. El Samnio permaneció recalcitrante.[45]

La contienda no sólo fue brutal y sangrienta, con matanzas de prisioneros, rehenes y no combatientes; se complicó y enconó por la discordia entre facciones locales. Etruria y Umbría, aunque vacilantes, se habían mantenido fieles a Roma, pero sus clases acomodadas tenían buenas razones para temer una revolución social. Antes de alcanzar la paz sobrevino otra guerra civil, en la que Etruria se vio envuelta junto con los supervivientes de los insurgentes itálicos. Mario tenía partidarios en las ciudades etruscas, y todos los samnitas marcharon contra Roma, no por lealtad a la causa de Mario, sino para destruir a la ciudad tirana.[46] Sila salvó a Roma. Derrotó al ejército samnita en la Puerta Colina y dejó al Samnio hecho un desierto para siempre. Etruria sufrió asedios, matanzas y expropiaciones: Arezzo y Volaterra quedaron totalmente privadas de los derechos de ciudadanía.[47] Después de

44. Por ejemplo, Q. Popedio Silón, PLUTARCO, *Cato maior* 2.

45. Una gran parte de Italia debe de haber estado fuera del control del gobierno de Roma en los años 88-83 a. C. Los samnitas conservaron Nola incluso hasta el 80 a. C., LIVIO, *Per.* 89.

46. Como exclamaba el samnita Telesino (VELEYO, II, 27, 1): «eruendam delendamque urbem, adiciens numquam defuturos raptores Italicae libertatis lupos nisi silva, in quam refugere solerent, esset excissa» (La ciudad había de ser arrasada y destruida, añadiendo que nunca habían de faltar lobos ladrones de la libertad de Italia si el bosque en que solían refugiarse no era talado).

47. CICERÓN, *Pro Caecina* 102; *Ad Att.* I, 19, 4, etc. Volaterra se sostuvo hasta el 80 a. C., LIVIO, *Per.* 89.

un decenio de guerra, Italia fue unificada, pero sólo de nombre, no de sentimiento. Al principio, los nuevos ciudadanos habían sido engañados en el pleno e igual ejercicio de su ciudadanía, garantía que nunca se les había dado con sinceridad; y muchos italianos no sabían qué hacer con ella. Las lealtades aún eran personales, locales y regionales. Cien mil veteranos establecidos en las tierras de los enemigos de Sila sostenían su dominación, promovían la romanización de Italia y mantenían vivo el recuerdo de la derrota y del sufrimiento. No podía haber reconciliación hasta que hubiese pasado mucho tiempo.

Sila apreciaba los méritos tanto de sus aliados como de sus rivales. Minato Magio, gran señor de la comunidad sabina de Eclano, permaneció fiel a Roma, alistó un ejército a sus expensas y actuó ostensiblemente del lado de Sila en la toma de la ciudad de Pompeya: sus dos hijos llegaron a pretores en Roma.[48] Un cierto Estacio luchó con valentía por el Samnio. En reconocimiento a su valor, a su riqueza y a su familia —y quizá a un oportuno abandono de la causa itálica— el enemigo de Roma ingresó en el senado romano.[49]

Pero el bando de los vencidos en el *Bellum Italicum* y en la sedición de Mario no estaba abundantemente representado en el senado romano, ni siquiera por renegados. Pompeyo Estrabón contaba con un largo séquito en el Piceno;[50] pero éstos no eran más que los simpatizantes personales de un magnate local y político romano, o el partido prorromano de una comarca dividida y discorde. El hijo de Pompeyo heredó aquel papel: logró dar rango senatorial, y consiguiente promoción, a seguidores tales como el orador e intrigante Lolio Palicano y a los militares Afranio y Labieno.[51]

Los vencidos tuvieron que esperar aún a su caudillo. Cicerón fue pródigo en sus apelaciones a los sentimientos y a la lealtad de Italia —*tota Italia*—; se deshizo en elogios de la virtud y el vigor del tipo del *novus homo*. No hay pruebas, sin embargo, de que fuese generoso en la práctica ni en la intención; nadie, de la Italia más distante, a quien ayudase a entrar en el senado; ningún *novus homo* por quien se

48. VELEYO 2, 16, 2.

49. APIANO, *BC* 4, 25, 102: διὰ δὲ περιφάνειαν ἔργων καὶ διὰ πλοῦτον καὶ γένος ἐς τὸ Ῥωμαίων βουλευτήριον ἀνακεκλημένος (por sus actos de valor, por su riqueza y su linaje llamado a formar parte del senado de Roma). No hay datos, sin embargo, de la fecha exacta en que llegó a senador.

50. II .S 8888. Cf. arriba, p. 50, n. 1.

51. Arriba, p. 47.

esforzase en desafiar a los *nobiles* para que alcanzase el consulado. Es posible que alentase en sus carreras políticas, o defendiese a algunos de sus amigos personales, como M. Celio Rufo o Cn. Plancio, hijos de banqueros los dos. Celio procedía de Túsculo y probablemente necesitaba de poca ayuda.[52] Plancio, del mismo país volsco que Cicerón, necesitó y pudo haber recibido una ayuda más eficaz.[53] Pero Túsculo e incluso Atina eran miembros del Estado romano desde hacía tiempo.

En los planes de Cicerón no entraba inundar el senado de hombres de los municipios, ni conquistar, para méritos importados de fuera, la suprema dignidad del Estado romano. Él glorificó la memoria de Catón y de Mario, pero lo hizo en provecho propio, como si ellos hubieran sido sus antepasados.[54] Él deseaba que el sentimiento y la voz de Italia se oyesen en Roma, pero era la Italia del orden postsilano, y la representación, aunque indirecta, había de ser la adecuada y la mejor, es decir, su propia persona.

Italia estaba considerada segura para los intereses conservadores. Sin duda, las clases acomodadas miraban con recelo los programas de reforma de los tribunos romanos y odiaban a los pobres de Roma. A C. Mecenas, de Arezzo, se le nombra entre los fuertes y tercos caballeros que se alinearon en oposición pública a M. Livio Druso,[55] y L. Visidio fue uno de los seguidores que salvaguardaron la vida de Cicerón cuando Catilina, amenazando revolución, provocó una sagrada y pasajera unión de intereses entre el senado y los caballeros.[56] El episodio también reveló lo que todo el mundo sabía, y pocos se han acordado de poner por escrito: amargo descontento por toda Italia, personas arruinadas y deudores dispuestos a la insurrección armada, y también, y quizá más preocupante, muchos aristócratas municipales simpatizando con el paladín de las clases oprimidas.[57]

52. Cf. MÜNZER, P-W III, 1267, invoca las inscr. *CIL* XIV, 2622; 2624; 2627.

53. *Pro Plancio* 19 ss., con el contraste entre Atina y Túsculo. El padre de Plancio era «princeps iam diu publicanorum» (Tiempo hacía, príncipe de los publicanos) (*ibid.*, 24).

54. J. VOGT, *Homo novus* (Stuttgart, 1926), 19 ss.

55. *Pro Cluentio* 153: «illa robora populi Romani» (Aquellos robles del pueblo romano).

56. *Phil.* 7, 24.

57. SALUSTIO, *BC* 17, 4: «ad hoc multi ex coloniis et municipiis domi nobiles» (A esto se añadían muchas casas nobles de las colonias y los municipios). Etruria, ferviente aliada de Lépido hacía apenas quince años, proporcionó el núcleo al movimiento: esta vez, en su mayoría, aunque no del todo, formado por los veteranos de

César tenía numerosos partidarios en las regiones de Italia que habían sufrido por su participación en el *Bellum Italicum,* en las empresas de Mario y en las insurrecciones de Lépido y de Catilina. No sólo es que tantos de sus soldados y centuriones fuesen reclutados en las regiones empobrecidas o belicosas de Italia, como sus nombres atestiguan muchas veces.[58] Todas las clases se incorporaban. Las ciudades de Italia saludaban el resurgimiento de la facción de Mario, acaudillada por un procónsul que, como aquél, había aplastado a los galos, enemigos tradicionales de Italia. César, en su invasión, atravesó velozmente el Piceno hacia Corfinio, incorporando a sus fuerzas los baluartes y los reclutas de sus adversarios, sin apenas encontrar resistencia. Cíngulo debía recientes favores a Labieno;[59] y sin embargo, Cíngulo fue ganada sin dificultad. Aúximo se gloriaba de tener a Pompeyo por patrono,[60] pero las gentes de Aúximo alegaban que sería intolerable negarle la entrada al procónsul después de sus hazañas en la Galia.[61] El poder y la riqueza de los Pompeyos les granjearon sin duda muchos enemigos en su propia tierra. Sulmona, entre los peliños, abrió sus puertas, y por ellas salieron en tromba los ciudadanos para aclamar a Antonio, el hombre de César; y fue más que la obstinada locura de Ahenobarbo la que provocó la capitulación de la vecina ciudad de Corfinio. Pompeyo conocía mejor que sus aliados, los oligarcas, la verdadera situación de Italia: su decisión de evacuar la península estaba tomada mucho antes de que fuese manifiesta y anunciada.

Es bastante evidente que los nuevos senadores de César, en número de unos cuatrocientos, incluían seguidores de toda Italia. Como las familias proscritas por Sila, las regiones en donde la influencia de Mario se había hecho sentir con fuerza, proporcionaron seguidores. El

---

Sila, ahora decepcionados. Hubo conspiraciones y levantamientos en casi todas partes, incluido el Piceno (*ibid.*, 27, 2) y el territorio de Peliño (Orosio 6, 6, 7).

58. *V. gr.* el centurión L. Petrosidio (*BG* 5, 37, 5) y el caballero T. Terrasidio (3, 7, 4). Este último tiene un nombre único; el anterior, uno atestiguado sólo una vez en otro lugar (*CIL* VI, 24052), es una variante de Petrucidio o Petrusidio, *ILS* 6132b, cf. Schulze, *LE*, 170; Münzer, P-W XIX, 1304 s. Obsérvense también los nombres de los centuriones en *Ball. Afr.* 54, 5.

59. *BC* 1,15,2.

60. *ILS* 877.

61. Con el «tantis rebus gestis» (*BC* I, 13, 1), cf. la propia observación de César después de Farsalia, Suetonio, *Divus Iulius* 30, 4.

militar C. Carrinas es probablemente timbro o etrusco.[62] Pansa procedía de Perusa, pero ya era senador. El país sabino, tierra de acendrados demócratas, perpetuaba la memoria de Sertorio en los cesarianos Vatinio y Salustio.[63]

Los seguían sin duda caballeros a quienes César promocionara. Campania, por su parte, región próspera, podía alardear de agentes de Mario y de César en ciudades como Puteoli, Cales y Nuceria. Los Granios, de Nuceria, eran notorios seguidores de Mario;[64] un tal Granio Petro se encuentra entre los senadores de César.[65] El ex centurión Fango procedía de la colonia de Acerras.[66]

Algunos de los seguidores de César en los municipios estaban ya en el senado antes del estallido de la guerra civil, aunque no se pueden detectar afiliaciones previas, ni servicio en su ejército. Otros, a falta de un documento que lo contradiga, parecen deberle a él la posición que alcanzaron, por ejemplo, tres de los pretores del 44 a. C., figuras grises, portadoras de nombres oscuros, primeros y quizá últimos senadores de sus respectivas familias.[67]

Y sobre todo, los pueblos confederados del *Bellum Italicum* saborean ahora, por fin, el desquite y la revancha. Los peliños tendrán que

62. W. Schulze, *LE*, 530; Münzer, P-W III, 1612. C. Carrinas, hijo del líder del partido de Mario, llegó a cónsul colateral o sufecto en el 43.

63. C. Salustio Crispo parece originario de la ciudad de Amiterno (Jerónimo, *Chron.* p. 151 H). Hay constancia de un cierto P. Vatinio, de Reate, abuelo de hecho del partidario de César (Cicerón, *De nat. deorum* 2, 6; Val. Máx., I, 8, 1). Sobre el país sabino, Cicerón, *Pro Ligario* 32: «possum fortissimos viros, Sabinos, tibi probatissimos, totumque agrum Sabinum, florem Italiae ac robur rei publicae proponere. Nosti optime homines» (Puedo poner ante tus ojos a hombres valientísimos, los sabinos, estimadísimos por ti, y a todo el país sabino, élite de Italia y nervio de la República. Conoces muy bien a esos hombres).

64. P-W VII, 1817 ss. Eran una conocida familia de comerciantes que traficaban con el Oriente [sobre Granios en Delos cf. *BCH* XXXI (1907), 443 s.; XXXVI (1912), 41 s.]. Dos Granios figuraban entre los partidarios de Mario declarados enemigos públicos en el 88 a. C. (Apiano, *BC* I, 60, 271). Sila murió tras un ataque de apoplejía provocado por una disputa con un Granio de Puteoli, «princeps coloniae» (Val. Máx., 9, 3, 8).

65. Plutarco, *Caesar*, 16. Sobre otro Granio cesariano cf. *BC* 3, 71, 1.

66. *CIL* X, 3758.

67. A saber: C. Turriano, M. Vehilio y M. Cusinio (*Phil.* 3, 25 s.). El *gentilicium* «Vehilius» es raro y no registrado por Schulze; compárese, sin embargo, con las insr. arcaicas *CIL* I^2, 338 s. (Preneste). Sobre M. Cusinio, *ILS* 965; sobre otro miembro de la familia, *PIR*^{2}, C 1628.

esperar aún una generación para poder exhibir un senador.[68] Las familias distinguidas de los peliños y de los marsos estaban arruinadas y empobrecidas,[69] y la mayoría de los grandes terratenientes del Samnio ahora no eran de estirpe samnita.[70] Pero el general cesariano L. Estayo Murco era originario probablemente del centro de Italia,[71] y los belicosos marsos adquieren gran relieve, como es justo, con otro Popedio Silón, un nombre histórico.[72] Otras grandes familias de Italia que proporcionaron jefes insurgentes en el *Bellum Italicum* obtienen de César la dignidad que merecían, pero que de otro modo podrían no haber alcanzado nunca. Herio Asinio, el primer hombre entre los marrucinos, murió en el campo de batalla luchando por Italia.[73] Pero su familia no pereció, ni se sumió por completo en la pobreza o en la oscuridad. C. Asinio Polión, nieto suyo, hombre de gusto y de talento, se hizo famoso muy pronto como orador en los juzgados de Roma, ganándose enemigos —y amigos— en las alturas.[74] Polión estaba con César cuando éste pasó el Rubicón.

68. *ILS* 932.

69. CICERÓN, *De domo sua* 116: «Scatonem illum, hominem sua virtute egentem, ut is qui in Marsis, ubi natus est, tectum quo imbris vitandi causa succederet iam nullum haberet» (El famoso Escatón, hombre a quien su mérito había dejado en la miseria, como este que entre los marsos, donde ha nacido, ya no tenía un techo bajo el que refugiarse de la lluvia). Este es el agente inmobiliario Vetio (*Ad Att.* 4, 5, 2; 6, 1, 15), claramente de la familia de Vetio Escatón, jefe rebelde marso. Véase también *Phil.* II, 4: «Marso nescio quo Octavio, scelerato latroni atque egenti» (No sé qué marso Octavio, bandolero y arruinado).

70. Estrabón, p. 249 describe la obra de Sila: οὐκ ἐπαύσατο πρὶν ἢ πάντας τοὺς ἐν ὀνόματι Σαμνιτῶν διέφθειρεν ἢ ἐκ τῆς Ἰταλίας ἐξέβαλε (No descansó hasta que destruyó o expulsó de Italia a todos los que llevaban el nombre de samnita).

71. *ILS* 885, cerca de Sulmona de los peliños, pero ésta no era su patria, pues el primer senador peliño aparece más tarde (*ILS* 932). Quizá marso, cf. el nombre en una dedicación arcaica junto al lago Focino, *CIL* I², 387. Para otros senadores nuevos de extracción no latina, Calvisio y Estatilio. cf. *infra*, pp. 250 s. y p. 303.

72. Popedio Silón estuvo al mando de tropas para Ventidio en el 39 a. C. DIÓN, 48, 41, 1. Sobre «Poppaedius» la forma correcta (no «Pompaedius»), cf. W. SCHULZE, *LE*, 367, y la inscr. del país mársico que menciona a Q. Poppaedius (*N. d. Scav.*, 1892, 32).

73. LIVIO, *Per.* 73.

74. *Ad fam.* 10, 31, 2 s. Él acusó a C. Catón (TÁCITO, *Dial.* 34, 7), pero éste no era una persona importante. Los enemigos poderosos, a quienes hace referencia Polión en su carta, no se pueden identificar.

Herennio era un general de los insurgentes en el Piceno y un Herennio picentino, es de suponer que nieto suyo, aparece como senador y cónsul en el período revolucionario.[75] El más famoso de todos fue P. Ventidio, el proveedor del ejército. Toda la posteridad conoció a Ventidio como mozo de mulas.[76] Su carrera fue tortuosa, pero su origen pudo ser decoroso. La historia tiene constancia de una familia de Ventidios, magistrados municipales de Aúximo, enemigos de los Pompeyos.[77] Cuando el joven Pompeyo reclutó su ejército particular, tuvo que expulsar a los Ventidios de aquella ciudad. El Piceno era escenario de facciones y luchas intestinas. Pero no sólo los itálicos son hostiles a Pompeyo y al gobierno legítimo de Roma. César tiene un cortejo heterogéneo, parte de él arrebatado a Pompeyo; parte, imposible de definir exactamente: el origen de ciudades del Piceno se le puede suponer a algunos de los seguidores de César, fuesen senadores ex pompeyanos, fuesen caballeros promocionados durante la Dictadura.[78]

La unión de las estirpes forasteras y discordes de Italia en algo que se asemejaba a una nación, con su capital en Roma, no fue obra de oradores ni de teorizantes de la política: el lento proceso del cambio pacífico, de la adopción gradual de la lengua latina y de las costumbres romanas fue acelerado brutalmente por la violencia y la confiscación, por las guerras civiles, por la Dictadura y por la revolución. El papel de César es evidente e importante; no es ocasión, por tanto, de exagerar su actuación, ni en sus motivos ni en sus efectos. Que él consideraba necesaria la unificación de Italia quizá se pueda deducir de su legislación municipal.[79] Cualquiera que accediese al poder tras

75. T. Herennio (EUTROPIO, 5, 3, 2), M. Herennio (*cos. suff.* en el 34) y M. Herennio Picentino (*cos. suff.* en el 1 d. C.) pertenecen probablemente a la misma familia.

76. Así lo describía Cicerón (PLINIO, NN 7, 135) y así Planco (*Ad fam.* 10, 18, 3). En realidad, proveedor del ejército (GELIO, 15, 4, 3), véase arriba, p. 104.

77. PLUTARCO, *Pompeius* 6.

78. Quizá para Gabinio (arriba, p. 31). L. Nonio Asprenas puede ser picentino, cf. «L. Nonius T.f. Vel.» en el *consilium* de Pompeyo Estrabón (*ILS* 8888, cf. CICHORIUS, *R. Studien*, 170). Lo mismo (*ibid.*, 175) «L. Minucius L.f. Vel.» (cf. *CIL* I², 1917 = *ILS* 5391, Curara Maritíma). El legado de César, L. Minucio Basilo, debía su nombre a su tío materno, hombre rico (P-W XV, 1947); por su nacimiento se llamaba M. Satrius (P-W II A, 190), y se le describe como «patronus agri Piceni et Sabini» (CICERÓN, *De off.* 3, 74).

79. Sobre ésta cf. H. RUDOLPH, *Stadt u. Staat im römischen Italien* (1935). Su tesis principal, sin embargo, es rebatida cor, firmeza por STUARTJONES y por CARY, *JRS* XXVI (1936), 268 ss.; *ibid.*, XXVII, 48 ss.

una guerra civil, tendría que afrontar la tarea de crear una *res publica constituta,* y eso, después del *Bellum Italicum* y de la concesión de la ciudadanía a Italia, no podía ceñirse a Roma, sino abarcar a Italia entera.

El que Italia debiera entrar al fin en el gobierno del Estado ampliado es una idea justa, pero quizá anacrónica y no el verdadero motivo del incremento del senado patrocinado por César. Lo que él hizo fue introducir a los hombres de su partido, hombres de peso o enriquecidos hacía poco: los etruscos o los marsos, los romanos de las colonias, el magnate nativo de España o de la Narbonense. Ellos representaban no regiones, sino una clase en la sociedad y un partido en la política. Pero incluso ahora, la labor tenía que ir mucho más lejos en lo referente a Italia; la revolución no había hecho más que empezar.

Unidad en términos de geografía, pero en nada más, la península había sido un mosaico de razas, lenguas y dialectos. El progreso de elementos forasteros en la jerarquía del gobierno de Roma se puede detectar por medio de la onomástica.[80] Los primeros accesos se pueden advertir a veces en las raíces extrañas de sus nombres, a los que dan una terminación regular y latina, cosa que no hacen los más recientes, que conservan las desinencias extranjeras; también la distribución por localidades de los gentilicios no latinos de Italia permite a veces sacar valiosas conclusiones acerca de los orígenes de la gente. Los nombres etruscos, de tres tipos, señalan a Etruria y áreas adyacentes sujetas a la influencia de su antigua civilización.

Por ejemplo, nombres gentilicios con las desinencias «-a», «-as», «-anus». Los cónsules más antiguos portadores de estos nombres pertenecen todos, como era de esperar, a familias que proporcionaron eminentes partidarios de la causa de Mario.[81] Otra terminación que se encuentra no sólo en estas regiones, sino que se extiende al Piceno y al país sabino.[82] Sobre todo, hay un tipo peculiar de los pueblos Babélicos, especialmente abundante en el corazón de los Ape-

80. SCHULZE, *LE, passim;* MÜNZER, *RA*, 46 ss. («Die Einbürgerung fremder Herrengeschlechter»),

81. M. Perperna (*cos.* 130), C. Carrinas (*cos suff.* 43), C. Norbanus (*cos.* 83).

82. A saber, «-enus» y «-ienus», cf. P. WILLEMS, *Le Sénat*, 181; W. SCHULZE, *LE*, 104 ss. Los cónsules más antiguos son P. Alfeno Varo (*suff.* 39) y L. Pasieno Rufo (*cos.* 4 a. C.); el conocido P. Salvidieno Rufo pereció cuando era *cos. des.* (en el 40). C. Bilieno había sido un cónsul en potencia en 105-100 a. C., cf. CICERÓN, *Brutus* 175.

ninos entre las tribus arcaicas de los marsos y los peliños, y desde allí se extiende, pero haciéndose más raro, por el norte hacia el Piceno y por el sur hacia la Campania y el Samnio.[83] Tales nombres forasteros y no latinos aparecen como por casualidad en los niveles inferiores del senado romano, lo mismo antes de Sila que después, llevados por hombres oscuros.[84] Eso era de esperar; son los primeros cónsules quienes proporcionan la prueba palpable de la revolución social y política.

El partido de César muestra una razonable, pero no alarmante, proporción de nombres no latinos. La familia *y* la reputación de ciertos itálicos, admitidos ahora en el senado, no debe oscurecer a los muchos senadores nuevos de ciertas regiones más antiguas del Estado romano, que hasta entonces habían proporcionado muy pocos. Por cautela o por modestia muchos caballeros rehuían la política en general. Sila les había dado una amarga lección. Tampoco un asiento en las filas inferiores del senado habría sido un gran honor y una bendición sin mácula para un descendiente de reyes etruscos o incluso para un magnate italiano.

En el pasado había habido pocas perspectivas de llegar al consulado. Pero el triunfo de un jefe militar, que había hecho resucitar al partido de Mario, podía prometer un cambio.[85] Cicerón alardeaba de haber sido el primer hijo de caballero en llegar a cónsul en el espacio de treinta años. Estaba en lo cierto; pero otros *novi homines,* socialmente más eminentes, no habían sido descartados, y Cicerón iba a ser pronto testigo de los consulados de Murena y de los hombres de Pompeyo, Afranio y Gabinio.[86] Después de eso no más *novi homines* en los *Fas-*

83. A saber: «-idius», «-edius», «-iedius». Consúltese la concienzuda investigación de A. SCHULTEN, *Klio* 11 (1902), 167 ss.; 440 ss.; III (1903), 235 ss. (con estadísticas y mapas). El primer cónsul es presumiblemente T. Didio o Deidio; después, un largo vacío, hasta P. Ventidio (*cos. suff.* 43). Nombres en «-isius» y «-asius» merecen también estudio. Téngase presente al cesariano C. Calvisio Sabina (*cos.* 39 a. C.), sobre el cual cf. más adelante p. 250.

84. Como ejemplos, P. WILLEMS, *Le Sénat* I, 181; R. SYME, *BSR Papers* XIV (1938), 23 s. C. Vibieno (*Pro Milone* 37) y el senador pompeyano, falto de una pierna, Sex. Teidio (ASCONIO, 28 = p. 32 Clark, cf. PLUTARCO, *Pompeius* 64.

85. C. Flavio Fimbria, *novus homo* (*cos.* 104), era ciertamente un seguidor de Mario. Tito Didio (98), C. Celio Caldo (94), y M. Herennio (93) pudieron serlo con su ayuda.

86. L. Licinio Murena (*cos.* 62), de una familia distinguida de rango pretorio (*Pro Murena*, 41), fue el primer cónsul de Lanuvio.

ti de la República Libre, sino un chispazo de nombres históricos, amenazadores del final.[87]

La Dictadura de César significó el freno a la oligarquía, la promoción al mérito. Y, sin embargo, no hay nada revolucionario entre sus candidatos al consulado; el mismo principio se aplica a sus legados en las campañas gálicas.[88] Nueve cónsules desempeñaron el cargo entre los años 48 y 44 a. C., todos ellos personas de rango senatorial, antes del estallido de la guerra civil. Cinco de ellos eran *nobiles*, con patricios de relieve alto y llamativo.[89] Los cuatro *novi homines* destacaron todos por su servicio militar en la Galia.[90]

Con los designados para el año siguiente, Hircio y Pausa, el nivel de eminencia social descendió un poco,[91] pero estaba destinado a elevarse otra vez en el 42 con dos de los generales, el noble D. Junio Bruto y el *novus homo* L. Munacio Planco, de una familia distinguida de Tívoli;[92] y César tenía intención probablemente de que M. Bruto y C. Casio fueran cónsules el 41 a. C.[93] Pero antes de que estas disposiciones pudieran ser llevadas a efecto, la guerra civil estalló de nuevo y los jefes militares adelantaron la promoción de sus seguidores más eficaces, sin atender a la ley o al precedente, nombrando también numerosos cónsules sufectos. Por mucho que fuera reconocido su talento, no es en modo alguno probable que el Dictador hubiese dado el consulado a Ventidio o a Balbo. Tampoco dio satisfacción a las expectativas de Rabirio; ¿y quién, a aquellas alturas, había oído jamás hablar de Salvidieno Rufo, Vipsanio Agripa y Estatilio Tauro?

Junto con los supervivientes del partido de Catón, pompeyanos tales como O. Ligario e individuos oscuros como D. Turulio o Casio

87. En cada uno de los años del 54 al 49 uno de los dos cónsules fue de extracción patricio; y los tres de los plebeyos fueron Claudios Marcelos.

88. Entre sus legados no se encuentra un hombre con el nombre terminado en «-idius», y sólo uno en «-enus», el picentino Labieno.

89. M. Emilio Lépido (46), Q. Fabio Máximo (45) y P. Cornelio Dolabela (*cos. suff.* 44) eran patricios, mientras que P. Servilio Isaúrico (48) era, a fin de cuentas, de extracción patricia. M. Antonio era plebeyo.

90. Esto es, Q. Fufio Caleno (47), P. Vatinio (47), C. Trebonio (45), C. Caninio Rebilo (*cos. suff.* 45).

91. A. Hircio era probablemente hijo de un magistrado municipal de Ferentino, en el Lacio, *ILS* 5342 ss. Sobre Pansa, magnate de Perusa, más arriba, p. 127.

92. Horacio, *Odas*, 1, 7, 21. A. Munacio está atestiguado como edil allí en una inscr. anterior, *ILS* 6231.

93. *Phil.* 8, 2, 7, otras pruebas en Gelzer, P-W X, 987.

de Parma, cuyo historial y actividad política se evaden de las pesquisas, algunos de los generales, partidarios de larga permanencia, que habían combatido en la Galia, conspiraron para asesinar a su jefe.[94] El amargado militar Ser. Sulpicio Galba alegaba resentimiento personal: no le habían hecho cónsul.[95] Al terrateniente picentino L. Minucio Basilo, persona no satisfactoria del todo, César le denegó el gobierno de una provincia, dándole una suma de dinero en compensación.[96] Pero L. Tilio Cimber, C. Trebonio (hijo de un caballero romano), cónsul en el 45, y D. Junio Bruto, designados para el 42, debían sus honores y su promoción al Dictador.[97] Bruto, a decir verdad, amigo y favorito especial, estaba designado en su testamento entre los herederos de segundo grado.[98]

Bruto era un *nobilis*, Galba un patricio. Y, sin embargo, la oposición a César no salió en su mayoría de los elementos nobles o patricios de su partido: Antonio, por lealtad, y Lépido, por precaución, hubieran rechazado las insinuaciones de los Libertadores. El Dictador no dejó, ni podía dejar, heredero alguno de su gobierno personal. Pero Antonio era a un tiempo jefe del partido cesariano y cónsul, presidente del gobierno. Los idus de marzo no podían modificar ese hecho. Cuando el tirano cayó y la constitución fue restablecida, ¿sería Antonio lo bastante fuerte para mantener unidos el partido y el gobierno?

94. Sobre la lista de los conspiradores, DRUMANN-GROEBE, *Gesch. Roms* III², 627 ss.; P-W X, 254 s.

95. Candidato fracasado en el 49 a. C. (*BG* 8, 50, 4).

96. DIÓN, 43, 47, 5. Sobre su merecido y poco edificante final, APIANO, *BC* 3, 98, 409.

97. Sobre Cimber (cuyo origen no se puede descubrir), cf. P-W, VI A, 1038 ss.; sobre Trebonio, *ibid.*, 2274 ss.

98. SUETONIO, *Divus Iulius* 83, 2. Sobre sus vínculos, arriba, p. 93, n. 8.

Capítulo VII

EL CÓNSUL ANTONIO

César yacía muerto, abatido por veintitrés heridas. El senado se dispersó, asustado y confundido; los asesinos se dirigieron al Capitolio para dar gracias a los dioses del Estado romano. No tenían otros proyectos: el tirano estaba muerto y, por tanto, la libertad restaurada.

Siguieron una calma y el asombro. Algunos simpatizantes acudieron al Capitolio, pero no permanecieron mucho tiempo, entre ellos el veterano estadista Cicerón y el joven P. Cornelio Dolabela, revestido de las insignias de cónsul, pues César tenía la intención de que Dolabela ocupase el puesto vacante cuando él dimitiese y partiese para los Balcanes. El otro cónsul, el temible M. Antonio, se ocultó. Rechazando las invitaciones de los Libertadores, consiguió de Calpurnia los papeles del Dictador y después deliberó en secreto con los cabezas de la facción cesariana, tales como Balbo, secretario y confidente del Dictador; Hircio, cónsul designado para el año siguiente, y Lépido, jefe de la caballería, que se encontraba entonces en una posición insólita y ventajosa. Lépido tenía tropas a sus órdenes, y los resultados se vieron en seguida. Al amanecer del 16 de marzo ocupó el Foro con hombres armados. Lépido y Balbo ardían en deseos de venganza;[1] Antonio, sin embargo, hizo causa común con el moderado y prudente Hircio. Él convocó al senado a reunirse al día siguiente en el templo de Tellus.

1. Por lo menos, según NICOLAUS, *Vita Caesaris* 27, 106.

Entretanto, los Libertadores, haciendo una breve bajada de la ciudadela, habían apelado en vano a la multitud congregada en el Foro. El discurso de Marco Bruto, pronunciado en el Capitolio al día siguiente, cayó del mismo modo en el vacío. La masa estaba apática u hostil, no dispuesta a dejarse arrastrar por la oratoria lógica, seria y austera de Bruto. ¡Qué diferente, qué apasionado discurso hubiera compuesto Cicerón!;[2] pero Cicerón no estaba presente. Los Libertadores permanecieron guarecidos en el Capitolio. Su *coup* había sido contrarrestado por los líderes cesarianos, que en sus negociaciones con ellos adoptaban un tono firme e incluso amenazador. Décimo Bruto estaba desesperado.[3]

La mañana del 17 de marzo el senado se reunió. Antonio asumió la presidencia, acallando inmediatamente la propuesta de Ti. Claudio Narón, que reclamaba honores especiales para los tiranicidas. Y, sin embargo, Antonio no se esforzó en que los condenaran. Rechazando ambos extremos, propuso una medida práctica. Aunque César había sido asesinado como tirano por ciudadanos honorables y patriotas, los *acta* del Dictador —e incluso sus últimos proyectos, no hechos públicos aún— habían de tener fuerza legal. La necesidad de esto era patente e inevitable: muchos senadores, muchos de los mismos Libertadores, tenían ascensos, cargos o provincias en las disposiciones del Dictador. Los intereses implícitos prevalecieron e impusieron el respetable pretexto de la paz y la concordia. Cicerón pronunció un discurso proponiendo una amnistía.

De esta sencilla manera, por medio de una coalición de cesarianos y republicanos, Roma volvió a tener un gobierno constitucional. La concordia fue proclamada al atardecer, cuando los líderes cesarianos y los Libertadores se agasajaron unos a otros con banquetes. Al día siguiente se aprobaron nuevas medidas. A instancias del suegro de César, L. Pisón, el senado decidió dar validez al testamento del Dictador y le concedió un funeral público.

Antonio había jugado sus cartas con calculada destreza. Los Libertadores y sus amigos habían perdido, de repente y para siempre, la

2. *Ad At.* 15, I a, 2: «scripsissem ardentius» (Lo hubiera escrito con más ardor).

3. Obsérvese el tono de su carta a Marco Bruto y a Casio (*Ad fam.* II, 1). La fecha de este documento crucial ha sido muy discutida. El amanecer del 17 de marzo, hábilmente defendido por O. E. Schmidt, aceptado por muchos y reafirmado por MÜNZER (P-W, Supp. V, 375 s.), es verdaderamente atractivo. También se pueden defender el 21 o 22 de marzo, cf. S. ACCAME, *Riv. di fil.* LXII (1934) 201 ss.

oportunidad de ganar ascendiente sobre el senado. El pueblo, mal dispuesto al principio, se volvía decididamente contra ellos. El azar se mezclaba con los designios. El discurso fúnebre pronunciado por Antonio (20 de marzo) pudo no haber tenido la intención de constituir un manifiesto político del partido cesariano, y los resultados pueden haber sobrepasado sus intenciones. En sí el discurso era breve y moderado;[4] el auditorio estaba excitadísimo. Al relatar las grandes hazañas de César y los beneficios concedidos en su testamento al pueblo romano, la muchedumbre se desbordó y quemó el cadáver en el Foro. Temiendo por sus vidas, los Libertadores se atrincheraron en sus casas. Ni el paso de los días hizo más seguro para ellos el mostrarse en público. El populacho levantó un altar y un pilar en el Foro, rezando oraciones y rindiendo culto a César. Entre los causantes del desorden destacó un cierto Herófilo (o Amacio) que se hacía pasar por nieto de C. Mario. Los Libertadores se ausentaron de Roma a principios de abril y se refugiaron en los pueblecitos de los alrededores de la capital.

Mucho antes de esto, los asesinos y sus simpatizantes se percataron de la inutilidad de su hazaña. El daño estaba hecho. No el funeral de César, sino la sesión del 17 de marzo, fue la verdadera calamidad.[5] Tanto los *acta* como el partido de César sobrevivieron tras su desaparición. Tenía que ser así, dados los principios y la naturaleza de la conspiración: la muerte de un tirano, ese solo acto, era el fin y la justificación de su empresa, imposible de alterar por la prudencia después

4. SUETONIO, *Divus Iulius* 84, 2: «quibus perpauca a se verba addidit» (pocas palabras suyas añadió a lo que en él se decía). Ciertos historiadores (especialmente Apiano, sobre el cual cf. SCHWARTZ, P-W II, 230) mencionan un discurso de Antonio, elaborado, apasionado y dramático, pero hay que sospechar de él. No hay ningún indicio claro de que interesase a sus planes el hacer una declaración violenta contra los Libertadores, pues ni Antonio ni el partido cesariano tenían seguro el poder en sus manos. La más antigua documentación contemporánea (*Ad Att.* 14, 10, I, del 19 de abril) no lo incrimina en absoluto. En octubre. sin embargo, la situación ha cambiado, el relato había adquirido color y fuerza (*Phil.* II, 91). Aunque la carta *Ad fam.* II, 1 hubiera de fecharse inmediatamente después del funeral (véase la nota precedente), no demostraría, aunque podría apoyar, la tesis de que Antonio intentaba dar guerra. D. Bruto escribe: «quo in statu simus, cognoscite: heri vesperi apud me Hirtius fuit; qua mente esset Antonius demonstravit, pessima scilicet et infidelissima» (Enteraos del estado en que nos encontramos: ayer por la tarde estuvo a verme Hircio; me hizo ver en qué disposición está Antonio y hay que decir que muy mala e inestable).

5. *Ad Att.* 14, 10, 1.

de lo sucedido, ni por las vanas lamentaciones de ciertos consejeros y críticos —«una hazaña de hombres, pero una infantil carencia de sentido».[6] Bruto y Casio, en tanto que pretores, debieran haber asumido las riendas del poder y convocado al senado a una sesión en el Capitolio, se dijo más tarde.[7] Aquello fue una traición. No debieran haber dejado vivo al cónsul Antonio. Pero no había pretexto ni deseo de un reinado del terror. Bruto había insistido en que Antonio fuese respetado.[8] Si la facción de Bruto y Casio hubiese abdicado de sus principios y recurrido a las armas, su fin hubiera sido rápido y violento. Los moderados, el partido de César, los veteranos de Italia y los ejércitos cesarianos de las provincias hubieran sido demasiado fuertes.

Los Libertadores no habían proyectado hacerse con el poder. Su ocupación del Capitolio fue un acto simbólico, anticuado, incluso helénico. Pero Roma no era una ciudad griega, que se pudiese dominar desde su ciudadela. Los hechos y los resortes del poder eran más que eso. Para llevar a término una revolución romana de forma ordenada eran imprescindibles, en primer lugar, los poderes de la más alta magistratura, la *auctoritas* de los ex cónsules y la aquiescencia del senado. De los cónsules, con Antonio no se podía contar, y Dolabela era una incógnita. Los cónsules designados para el año siguiente, Hircio y Pansa, cesarianos honrados, eran personas moderadas y amantes de la paz, representantes de una gran parte del senado, tanto la cesariana como la neutral. El senado, diezmado por la guerra y restablecido recientemente por los agentes del Dictador, carecía de prestigio y de confianza. La mayoría era partidaria del orden y de la seguridad. No había nada que reprocharles. Entre los consulares, las bajas de la guerra civil habían sido cuantiosas; sólo dos de los pompeyanos declarados o auténticos quedaban con vida.[9] De ahí la falta de experiencia, de capacidad y de dotes de mando que aquejaban al senado, y que se harían sentir dolorosamente durante los dieciocho meses siguientes. Entre los supervivientes, unos cuantos cesarianos, de poco peso, y algunos desacreditados sin remedio; el resto, los ancianos, los tímidos y los de no fiar. Cicerón, que había puesto su elocuencia al servicio de todas las causas que se habían sucedido, era sincero en una cosa: su

6. *Ibid.*, 14, 21, 3: «animo virili, consilio puerili».

7. *Ibid.*, 14. 10, 1; 15, 11, 2.

8. Cf. esp. *Ad Att.* 15, 11, 2. Hablando en presencia de Bruto, Cicerón suprime deliberadamente su tema favorito: el error de no haber asesinado a Antonio.

9. Véase más adelante, p. 207.

lealtad al orden establecido. Su carrera pasada demostraba que no se podía confiar en él para la acción o para la alta política; y los conspiradores no le habían hecho partícipe de sus designios. El apoyo público de Cicerón hubiera sido de un valor inestimable..., pero después de que una revolución hubiese triunfado. Y así Bruto alzó el puñal teñido en sangre y gritó en voz muy alta el nombre de Cicerón.[10] La llamada fue prematura.

La facción de Bruto y Casio tampoco pudo contar con los ciudadanos de la capital. Esta chusma abigarrada e irritable prestó oídos sordos a la fría lógica y a los pretextos legalistas del republicano Bruto; tampoco sentía la menor simpatía por las augustas tradiciones del senado y del pueblo romano. Los políticos de la época precedente, tanto los conservadores como los revolucionarios, despreciaban hasta tal punto a la plebe de Roma que no sentían escrúpulos en procurar su degradación. Incluso Catón admitía la necesidad de la compra de votos para salvar a la República y asegurar la elección de su pariente Bíbulo.[11]

Corrompido por los demagogos y sus dádivas, el pueblo romano estaba maduro para el Imperio y para los donativos de pan y juegos circenses. La plebe había aclamado a César, el político amado del pueblo, que alardeaba en público de pertenecer a la familia Julia, descendiente de los reyes de Roma y de los dioses inmortales; ellos habían enterrado a su hija Julia con los honores de una princesa; ellos aplaudían en los juegos, en los espectáculos y en los triunfos del Dictador. En el desafío de César al senado y en su triunfo sobre nobles adversarios, ellos tenían su participación en el poder y en la gloria. Cierto que se pudo advertir algún descontento entre el populacho de Roma en los últimos meses de la vida de César, arteramente fomentado por sus enemigos; y que César, que había empuñado las armas en defensa de los derechos de los tribunos, fue empujado a un enfrentamiento con los defensores del pueblo. Pero eran sólo síntomas, sin base seria para una interpretación optimista. Y, sin embargo, aún después del funeral de César y de los sucesivos desórdenes, Bruto parece haber seguido alimentando locas fantasías acerca de aquel pueblo romano a quien él había liberado del despotismo. Todavía en el mes de julio esperaba él manifestaciones de simpatía populares en los juegos

10. CICERÓN, *Phil.* 2, 28.
11. SUETONIO, *Divus Iulius*, 19, 1.

costeados por él, en ausencia, en honor del dios Apolo. Apolo tenía ya otro favorito.

Más fieles representantes del pueblo romano debieran haber sido los soldados de las legiones y los habitantes de las ciudades de Italia. Entre los veteranos, los Libertadores chocaron en seguida con una masa compacta de intereses adquiridos. Ellos tuvieron la precaución de manifestar en público su intención de respetar todas las concesiones del Dictador. Añadieron a ello promesas y privilegios, generosos, pero no capaces de convencer del todo.[12] Tampoco a los veteranos se les podía ganar con simples ventajas materiales. Se mostraban violentos y dispuestos a dar guerra. No les faltaba el pretexto: su *Imperator,* en defensa de cuya posición y dignidad habían empuñado las armas contra sus enemigos, había sido matado a traición por aquellos en quienes él había confiado y a quienes había ascendido: los generales Décimo Bruto y Trebonio en primer lugar. El honor del ejército había sido ultrajado.

Aunque Roma y el ejército estaban envilecidos y eran cesarianos, podía decirse que el respeto a la libertad, a la tradición y a la constitución sobrevivían aún en Italia. Desde luego, no en todas partes, no entre todas las clases. Durante los meses de abril y mayo, cuando Bruto y Casio permanecieron ocultos en los pueblecitos del Lacio próximos a Roma, congregaron en torno a sí a simpatizantes de las aristocracias locales.[13] No hay modo de calcular exactamente el grado de simpatías por la causa republicana; no se puede medir por las optimistas y parciales alegaciones que pintan a los Libertadores escoltados por la reverente lealtad de toda Italia.[14] H. Bruto y Casio fueron calurosamente acogidos por las clases acomodadas de los *municipia,* respetuosas y halagadas por la presencia de *nobiles* romanos a quienes incluso los cónsules cesarianos saludaban dándoles el nombre de *clarissimi viri.*[15] Otra cosa es que estos jóvenes idealistas o presumidos de los pueblos tuviesen ánimos y recursos para entrar en acción y, en último caso, llegar a la guerra civil. Su generoso ardor no fue puesto a prueba.

Los manejos de los republicanos provocaban inquietud entre los

12. Apiano, *BC* 2, 140, 581; 3, 2, 5.
13. *Ad Att.* 14, 6, 2; 20, 4.
14. *Phil.* 10, 7.
15. *Phil* 2, 5: «quos tu ipse clarissimos viros soles apellare» (a quienes tú mismo sueles llamar ilustrísimos varones).

responsables del mantenimiento del orden público y del nuevo gobierno. Varias intrigas estaban en marcha. Dolabela había reprimido un recrudecimiento del culto no autorizado a César en Roma; se esperaba poderle inducir a que apoyase a los Libertadores.[16] Además, se hicieron intentos de atraer a Hircio a la causa.[17] Pero Dolabela, aunque no insensible a los halagos, estaba fortalecido por la desconfianza hacia su suegro y por ayudas financieras de Antonio, mientras que Hircio hizo saber su disconformidad con firmeza.[18] Antonio fue informado. Cuando pidió que las bandas de simpatizantes de la República fueran disueltas, Bruto se mostró de acuerdo.[19]

Las manifestaciones de simpatía no cuestan nada. El dinero es otra cosa. Los Libertadores trataron de convencer a sus amigos políticos para que contribuyesen a una caja privada; el éxito fue mediano, la gente de los *municipia* era célebre por su proverbial tacañería. C. Flavio, amigo de Bruto, se acercó a Ático con una invitación a ponerse en cabeza de un consorcio de banqueros.[20] Ático, ansioso de evitar cualquier compromiso político, rehusó la invitación e hizo fracasar la aventura. Sin embargo, por amistad o por seguridad, era aconsejable mantener o atar lazos con todos los partidos. Ático estaba dispuesto a ofrecer a Bruto subsidios en privado; y más tarde hizo una donación a Servilia.

Si Roma e Italia se perdían, se podían recuperar desde las provincias. Pompeyo lo había sabido; pero algunos de sus aliados seguían ignorándolo. El precio era la guerra civil. Aunque los Libertadores estuviesen dispuestos a pagarlo, poco podían encontrar fuera de casa que los animase a ello. La ejecución de su trama no daba lugar a la espera ni a intentar ganar para la causa a la mayoría de los jefes del ejército; ni siquiera lo consideraban necesario. En el momento de la muerte de César, los ejércitos estaban en manos de sus partidarios,

16. *Ad Att.* 14, 20, 4: «prorsus ibat res; nunc autem videmur habituri ducem; quos unum municipa bonique desiderant» (El asunto marchaba; ahora parece que tendremos un jefe, lo único que desean los municipios y las gentes de bien). Cf. la carta adulando a Dolabela, *Ad fam.* 9, 14. El astuto Ático se impacientaba con los elogios a Dolabela, *Ad Att.* 14, 19, 5.

17. Casio apremiaba a Cicerón para que hablase con Hircio, *Ad Att.* 15, 5, 1.

18. *Ad Att.* 15, 1, 3: «non minus se nostrorum arma timere quam Antoni». Algo más tarde, Hircio escribió a Cicerón una carta previniéndole. *Ad Att.* 15, 6, 2 s.

19. *Ad fam.* 11, 2 (carta abierta de Bruto y Casio).

20. NEPOTE, *Vita Attici* 8, 1 ss.

salvo que algunas disposiciones estaban todavía pendientes de su puesta en práctica: el Dictador parece que había asignado, e incluso concedido, provincias a tres de los Libertadores, el ex cónsul Trebonio, D. Bruto y Tilio Címber.[21] Después del asesinato, y antes de que los *acta* del Dictador fuesen ratificados el 17 de marzo, se temió que el cónsul no les permitiese tomar posesión de sus provincias.[22] Lo que sucedió está oscuro: las provincias en cuestión pudieron ser asignadas el 18 de marzo. A principios de abril, Décimo Bruto partió para la Galia Cisalpina, y es de suponer que por las mismas fechas Trebonio saliese para Asia y Cimber para Bitinia, En Asia y en Bitinia no había legiones; sólo dos en la Galia Cisalpina.

Por lo demás, el único apoyo de las provincias se hallaba distante y carecía de importancia: se trataba de los aventureros Sexto Pompeyo y O. Cecilio Basso, que actuaban por cuenta propia. En España, el joven Pompeyo, huido tras la batalla de Munda, hacía guerra de guerrillas con cierta fortuna contra los gobernadores cesarianos del Occidente Extremo. En Siria, Baso había promovido la guerra civil dos años antes, apoderándose de la plaza fuerte de Apamea. Sus fuerzas eran escasas, una o dos legiones, y Apamea estaba firmemente asediada por generales cesarianos.

Esto por lo que se refiere a provincias y ejércitos. Si los Libertadores hubieran proyectado una verdadera revolución, en vez de la simple desaparición de un autócrata, hubieran fracasado sin remedio. Y, sin embargo, aun ahora, pese al deplorable hecho de que los republicanos no osaban mostrarse ante el pueblo romano, no estaba todo perdido. El Dictador estaba muerto, llorado por muchos, pero no para ser vengado; los jefes cesarianos habían respondido garantizando la libertad con la concordia de sus palabras y de sus actos. Dado que la coalición del 17 de marzo se correspondía con los acontecimientos políticos y con los intereses de las personas, no era ilusorio esperar un gobierno normal y ordenado, cuando el temporal hubiese amainado y la agitación popular se hubiese calmado; el tiempo y la resignación podían triunfar sobre la violencia, el heroísmo y los principios. El sa-

21. La documentación antigua sobre las provincias y sus gobernadores, en el 44 a. C., adolece de confusión e inexactitud; ha sido puesta en orden satisfactorio por los estudios de O. E. SCHMIDT [*Jahrbücher für cl. Phil.*, Supp. XIII (1884), 665 ss.], E. SCHNARTZ [*Hermes* XXXIII (1898), 185 ss.] y W. STERNKOPF [*ibid.*, XLVII (1912), 321 ss.]. Las observaciones de Sternkopf las asumimos en su mayor parte.

22. *Ad fam.* 11, 1, más arriba, p. 127.

ludable respiro que la Dictadura había impuesto a la política y a las luchas políticas con tanta firmeza tal vez pudiera incluso prolongarse. Todo esto se volvía en contra del cónsul cesariano.

Marco Antonio era uno de los jóvenes de más talento que rodeaban a César. Hombre *nobilis*, de ilustre familia plebeya venida a menos (su abuelo era un gran orador; su padre, una persona bondadosa, aunque negligente), los años de placer y de aventura lo elevaron, después de su servicio en Siria con Gabinio, a perspectivas más halagüeñas, a los campamentos y los consejos de César. Antonio era un intrépido y arrojado jefe de caballería, pero también un general firme y de grandes recursos. Bajo su mando estuvo el ala izquierda en la batalla de Farsalia. Pero el talento de Antonio no era el de un simple soldado. César, buen conocedor de los hombres, lo puso al mando de Italia más de una vez durante la guerra civil, en el 49 a. C., cuando Antonio sólo era tribuno de la plebe, y después de Farsalia, como jefe de la caballería, durante más de un año. Su misión era delicada, y tal vez César no quedó satisfecho del todo con su delegado. Pero no hay señal alguna de distanciamiento serio.[23] Lépido, ciertamente, fue nombrado cónsul en el 46 y jefe de la caballería; pero no hay pruebas de que César lo estimase más que a Antonio por su lealtad o su capacidad. Lépido era mayor y, además, patricio. Lépido ocupaba la posición de delegado nominal del Dictador. Pero Lépido iba a asumir el mando de una provincia en el 44, y Antonio, cónsul electo para aquel año, quedaría al frente del gobierno cuando César se ausentase.

Nacido en el 82 a. C., Antonio estaba ahora en lo mejor de la vida, espléndidamente dotado de fuerza corporal y de elegancia en su porte, animoso, despierto y capaz, pero ocultando detrás de su fachada atractiva e impresionante ciertos defectos de carácter y de juicio que el tiempo y el goce del poder se encargarían de poner de manifiesto con mortífera abundancia. El franco y caballeroso soldado no era rival en cuestiones de Estado para los astutos políticos que socavaron su posición dominante, le robaron a sus seguidores y organiza-

23. Aparte de PLUTARCO, *Antonius* 10, el único testimonio es el de CICERÓN, *Phil.* 2, 71 ss, que delata su propia falta de adecuación. El hecho de que Antonio, a diferencia del gallardo Dolabela, no participase en las campañas de África y de España, no ha de atribuirse a su cobardía o a la falta de confianza de César. Dolabela había sido una gran molestia en el 47 a. C., durante la ausencia de César. Si Antonio permaneció en Italia, fue precisamente porque era de fiar y más útil aquí, tanto de jefe de la caballería como sin título oficial alguno.

ron contra él el último golpe de Estado, el frente nacional y la unificación de Italia.

La memoria de Antonio ha sufrido un daño múltiple e irreparable. La política que siguió en Oriente y su asociación con la reina de Egipto eran muy vulnerables a la propaganda moral y patriótica de su contrincante. La mayor parte de eso debe rechazarse fríamente. Menos fácil es escapar de la influencia de Cicerón. Las *Filípicas,* la serie de discursos en los que atacó a un enemigo ausente, son un monumento perpetuo a la elocuencia, al resentimiento y a la deformación de los hechos. Muchos de los cargos imputados al carácter de Antonio —tales como el vicio contra *natura* o la flagrante cobardía— son triviales, ridículos o convencionales. Es evidente, y por todos admitido, que la vida privada del soldado cesariano era indisciplinada, desordenada e incluso repugnante. Pertenecía a una clase de nobles romanos, nada rara durante la República y el Imperio, a quienes las locuras de su vida privada no les impedían, cuando el deber se lo imponía, prestar servicios de enorme utilidad o dar pruebas del más desinteresado patriotismo. Para hombres como ellos, el más sobrio de los historiadores no puede ocultar una admiración tímida y quizá malsana. Una vida intachable no es el todo de la virtud, y una rectitud inflexible puede constituir una amenaza para la comunidad internacional.[24]

Aunque la vida particular de un estadista no se puede divorciar del todo de su programa y de su actuación públicos, las normas aristocráticas romanas, tanto las antiguas como las nuevas, al insistir con tanta fuerza en la virtud cívica y en la libertad individual, se mostraban muy indulgentes. Las debilidades de Antonio pueden haberle perjudicado, pero en Roma e Italia más que entre las tropas y en las provincias. Y, sin embargo, no eran nada nuevo ni alarmante entre quienes detentaban los cargos y el poder en Roma. A la postre no fue la depravación

24. Tácito ensalza al sibarita Petronio, excelente procónsul de Bitinia (*Ann.* 16, 18) a Otón, que gobernó Lusitania con integridad (*ibid.*, 13, 46), y se quitó la vida antes que prolongar una guerra civil (*Hist.* 2, 47), y a L. Vitelio: «eo de homine non sum ignarus sinistram in urbe famam, pleraque foeda memorari; ceterum regendis provinciis prisca virtute egit» (No ignoro que este hombre goza de pésima fama en la capital, y que se recuerdan muchas malas acciones suyas; sin embargo, a la hora de gobernar provincias actuó con la virtud de los antiguos) (*Ann.* 6, 32). No debemos pasar por alto el frío tratamiento del mismo historiador al virtuoso emperador Galba (*Hist.* I, 40): «magis extra vitia quam cum virtutibus» (más carente de vicios que adornado de virtudes).

la que arruinó a Antonio, sino una cadena fatal de errores de cálculo tanto militares como políticos y un sentimiento de lealtad incompatible con las frías exigencias de la política de Estado. Pero eso ocurrió más adelante. Para hacerse una idea justa de los actos e intenciones de Antonio en el año de su consulado, será necesario olvidar tanto a las *Filípicas* como a la Guerra de Accio. El abogado político y el veredicto de la historia al uso deben verse reducidos a callar por el momento.

Con la eliminación del Dictador y la vuelta al gobierno normal, la dirección del Estado pasó inmediatamente a las altas magistraturas. Antonio desplegó una consumada habilidad como estadista. Su propia seguridad y el mantenimiento del orden exigían la misma saludable política. Por la fuerza de sus razonamientos y por su autoridad personal, Antonio consiguió que en la sesión del 17 de marzo se alcanzasen los términos de un compromiso e incluso un espíritu de concordia. El grado de su responsabilidad en el giro que los acontecimientos tomaron en el funeral será objeto de discusión, pero ciertamente a él le interesaba alarmar al senado y reforzar el argumento de la concordia seria en la clase gobernante; también dirigir la marcha de los asuntos públicos con firmeza por medio de los cónsules.

Con estas miras, el cónsul Antonio toleró algún tiempo el culto popular en el Foro y las intrigas sediciosas del agitador de masas Herófilo. Después, intervino de pronto y condenó a muerte al impostor. Los Libertadores habían huido de la ciudad. Antonio consiguió para Bruto y Casio (pretores los dos) la licencia para permanecer alejados de Roma. Habló el lenguaje de la reconciliación,[25] y tardó mucho en abandonarlo. En sus labios la declaración de respeto a Bruto era más que una fórmula convencional o política; Antonio no fue acusado nunca de disimulo, sólo más tarde el jefe cesariano había de ser censurado por inconsistencia en esta cuestión.[26] No sería paradójico afirmar que Antonio sentía respeto y comprensión por Bruto, noble romano, encarnación de las virtudes de su orden y clase, y unido a él por lazos de amistad personal.[27] Él no tenía queja de los Libertadores,

25. *Ad Att.* 14. 6, 1 (12 de abril): «Antoni colloquium cum heroibus nostris pro re nata non incommodum» (Una conversación de Antonio con nuestros héroes no es inoportuna en las circunstancias actuales); 14, 8, 1 (15 de abril): «optime iam etiam Bruto nostro probari Antonium» (Ya ahora nuestro amigo Bruto da su aprobación a Antonio).

26. *Phil.* I, 6; 2, 5.

27. Esto lo mantiene con energía GELZER, P-W X, 1003 s.

siempre que ellos no interfiriesen en el objetivo primordial de su ambición, que era asumir y mantener la primacía en el partido cesariano. No hay duda de que Antonio los deseaba lejos de Roma; una ausencia por lo menos temporal podían aceptarla los amigos de Bruto para salvaguardia de la concordia política y del orden público. Los Libertadores eran, desde luego, un problema; sin embargo, Antonio se mostraba bien dispuesto, no explotando indebidamente su posición.

En estos días de abril la fortuna parecía sonreírle al Estado romano y a Antonio. Se había temido que el asesinato de César tuviese amplias y ruinosas repercusiones fuera de Roma, provocando una insurrección indígena en la Galia —o, de otra manera, que las legiones pudiesen invadir Italia para vengar al *Imperator*—. Incapaz de contener su pena, el fiel amigo de César, Macio, experimentaba torvo placer en los rumores más pesimistas;[28] algunos, como Balbo y Opio, disimulaban; otros, en fin, estaban francamente deseosos de sacar el mayor partido de la nueva situación.

La Galia y los ejércitos permanecieron tranquilos; el peligro de levantamientos populares fue conjurado; los veteranos, controlados. La propiedad y los intereses creados parecían a salvo de la revolución o de la reacción.[29] Cierto, el tirano estaba muerto, pero la tiranía sobrevivía; de aquí la franca desilusión entre los amigos de los Libertadores y las muchas murmuraciones solapadas por el fracaso del golpe de Estado. Con todo, algunos encontraban gran consuelo en los idus de marzo, y el Estado romano tenía mucho que agradecerle, como el testimonio de los seguidores estaba dispuesto a reconocer, en fecha posterior y para hacer comparaciones abusivas.[30]

28. *Ad Att.* 14, 1, 1, cf. 14, 2, 3: «habes igitur φαλάκρωμα inimicissimum oti, id est Bruto» (Ahí tienes a un calvo, enemigo a más no poder de la paz, es decir, de Bruto).

29. De ahí la indignación de Cicerón de que, con el pretexto de la concordia, los seguidores de César conservasen sus adquisiciones: «pacis isti scilicet amatores et non latrocini auctores» (Se diría que éstos son amantes de la paz y no culpables de robo) (*Ad Att.* 14, 10, 2).

30. *Phil* 1, 2 ss. Cicerón no menciona aquí, entre las medidas «republicanas» de Antonio, la retirada al pueblo del derecho a elegir al *pontifex maximus*. Esto causó buena impresión. Naturalmente, fue una artimaña política. Lépido fue escogido. Además, hubo una propuesta infructuosa de elegir a una pareja de censores (*ibid.*, 2, 98 s.), un evidente medio de introducir en el senado a miembros del partido por procedimientos legales.

El cónsul se mostraba firme, pero dialogante, aceptando consejos de los políticos veteranos, y respetuoso con el senado. Propuso y logró la aprobación de una medida carente de sentido: que el término Dictadura fuese abolido para siempre. Las personas cautas se percataron en seguida de que aquellos poderes se podían restablecer cualquier otro día bajo otro nombre. A finales de marzo o comienzos de abril, el senado asignó las provincias consulares del año siguiente, probablemente de acuerdo con las intenciones de César. Dolabela recibió Siria; Antonio, Macedonia; con Macedonia iba el ejército balcánico de César, seis de las mejores legiones romanas.

En poder de los documentos públicos y de la fortuna personal del Dictador, que en su momento le entregara Calpurnia, Antonio disponía de amplios medios para crearse una clientela. No es motivo de sorpresa ni de excusa que los emplease, en primer lugar, para sus intereses políticos particulares. No tardaron en circular rumores, reforzados por monstruosas alegaciones, cuando la prueba o la refutación eran imposibles de encontrar: en estos primeros meses el cónsul se había apoderado de un tesoro de setecientos millones de sestercios, depositados en el templo de Ops: al parecer, una especie de fondo distinto del tesoro público, que estaba custodiado en el templo de Saturno. Si el misterioso alijo era el tesoro de guerra del Dictador, destinado a las campañas de los Balcanes y del Oriente, es muy dudoso que quedase mucho de él en Roma a disposición de Antonio. El carácter y la suerte de ese fondo son problemáticos.[31] Las acusaciones, más fantásticas aún, de corrupción y malversación son difíciles de comprobar y de refutar. Es seguro que en octubre Antonio estaba muy lejos de disponer de dinero efectivo en abundancia. La mayor parte del que se habló debió de haberlo invertido en la compra de tierras para los veteranos, conforme a las concesiones de dos leyes agrarias promulgadas durante el consulado de Antonio.

No es en modo alguno claro que el comportamiento de Antonio sobrepasase el rasero del político romano de partido. Él era cónsul y jefe del partido cesariano; el poder y la clientela estaban en sus manos. Antonio levantó el castigo a un exiliado, sólo a uno, y eso después de consultar a un eminente adversario del tal exiliado;[32] dio validez a la captura de un territorio por obra de un monarca oriental,

31. Más adelante, p. 167.

32. *Ad Att.* 14, 13*a* y 13*b*, carta de Antonio y respuesta de Cicerón, la persona era Sexto Clodio, un hincha de P. Clodio.

súbdito de Roma, asunto de no mucha importancia,[33] y otorgó la ciudadanía romana a los habitantes de Sicilia.[34] Naturalmente, todo ello soborno y falsificación de textos legales, se murmuraba. Pero el mismo Cicerón esperaba sacar provecho, mirando sin cesar por los intereses de su amigo Ático, en un asunto de terrenos en el Epiro.[35] En conjunto, Antonio estaba muy por encima de lo que Roma había aprendido a esperar del político en el poder. Su año de ejercicio hubiese tenido que ir muy lejos por el camino de la violencia y de la corrupción para haber igualado el primer consulado de César.

Tampoco hay motivos suficientes para aceptar la visión, parcial y exagerada, que la posteridad se ha visto tentada a adoptar de las ambiciones posteriores de Antonio. A la luz de la política cesariana seguida en adelante y de la disputa final por el dominio del mundo, era fácil pretender que Antonio luchó desde el principio por ocupar el puesto del Dictador y sucederle en el poder único y supremo en Roma. ¡Como si la suerte final de César no fuese ya un aviso! Es más, es posible que Antonio no tuviese gusto ni quizá capacidad para hacer proyectos a largo plazo; sus primeros meses en la dirección de la política romana no dan pruebas convincentes en ese sentido. Por su carrera y su posición, por la autoridad del cargo que desempeñaba, el encumbramiento de Antonio era un hecho cierto e ineludible. Algunos de los actos que se prestan a acusarle de tiranía se pueden justificar por los amplios poderes discrecionales que la constitución concedía al consulado en períodos de crisis y por la necesidad de salvaguardar su posición y su persona, especialmente cuando, ya entrado el año, fueron atacadas por sus enemigos de un modo que en cualquier teoría de la legalidad puede sólo calificarse de alta traición.

Hasta aquí la defensa de Antonio. Defensa y ataque son términos que se prestan a interpretaciones partidistas. Aunque Antonio pudiera no haber deseado colocarse en el puesto de César, no hay que absolverlo por eso de la acusación de ambición, meditada o impulsiva, y de apetito de poder. A buen seguro que había otras posibilidades que no fuesen la autocracia de César. El azar y su propia decisión habían colocado a Antonio en una posición ventajosa. Al principio parecía

33. *Ibid.*, 14, 12, 1. Deyotaro, rey de Galacia, era el vasallo más importante de Roma en Asia, con quien merecía la pena congraciarse y a quien no se podía poner trabas en aquellas circunstancias.

34. *Ibid.*, 14, 12, 1: César sólo les había dado los derechos del Lacio.

35. *Ibid.*, 14, 12, 1, etc.

inofensivo;[36] no pasó mucho tiempo sin que se le viera como un político de grandes recursos que ofrecía una doble vertiente, cesariana y republicana, y que avanzaba con firmeza. ¿Con qué propósito? La jefatura del partido era ahora suya, pero podía tener que luchar para conservarla. Es más, Antonio era cónsul, jefe del gobierno y, por lo mismo, inatacable con las armas de la legalidad. El año venidero, con A. Hircio y C. Vibio Pansa de cónsules, Antonio tendría su provincia de Macedonia. Pero ya como procónsul era vulnerable si un partido se alzaba con el poder en Roma y se empeñaba en ajustar viejas cuentas. En el 42 a. C. Décimo Bruto sería cónsul a la vez que el diplomático y poco fiable L. Munacio Planco. Para su propia supervivencia, Antonio tenía que organizar una fuerza que apoyase los acuerdos del 17 de marzo y la legislación promulgada durante su consulado. Por la causa de la paz, la supremacía de Antonio podía tener que ser reconocida por los neutrales, incluso por los republicanos.

En cuanto al partido cesariano, había en él rivales e incluso posibles adversarios. Antonio no había sido amigo de Dolabela en los tres años últimos; sin embargo, lo perdonó y dio por buena su usurpación del consulado. Pero Dolabela, joven sin escrúpulos y ambicioso, aún tendría que ser vigilado. A Lépido le concedió Antonio el cargo de *pontifex maximus,* desempeñado antaño por un glorioso y recordado antepasado;[37] también procuró captar a aquella ambigua persona prometiendo a su hija con el hijo de Lépido. Además, Antonio podía convencerle de que se marchase a su provincia. Por su parentesco con Bruto, Lépido podía ser un enlace entre los cesarianos y los Libertadores, y no sólo Lépido, estaba también su cuñado, P. Servilio, que pronto había de regresar de su gobierno de Asia.[38]

La alternativa al liderazgo de Antonio durante su consulado fue el libre juego de las instituciones republicanas, una innovación a decir

36. *Ibid.*, 14, 3, 2 (*c.* el 8 de abril): «sed quid haec ad nos? odorare tamen διάθεσιν; quem quidem ego epularum magis arbitror rationem habere quam quicquam mali cogitare» (¿Pero qué nos concierne esto? Tú, sin embargo, olfateas los propósitos de Antonio. En cuanto a mí, considero que presta más atención a los banquetes que a maquinar algo de malo). Los hábitos culinarios de Antonio y su actitud arrogante y jactanciosa indujeron a algunos de sus contemporáneos y a casi toda la posteridad a una falsa valoración de su talento político. Nos vemos reducidos a calumnias o a una biografía romántica.

37. Cf. CICERÓN, *Phil.* 13, 15.

38. *Infra*, p. 174.

verdad rara vez observada, si es que en algún momento lo fue, en los últimos veinte años. La resurrección de la *libertas* en un período de crisis hubiera significado la lucha de partidos, velada al principio bajo nombres respetables y confinada algún tiempo al forcejeo por los honores y los emolumentos, para acabar con el estallido de una nueva guerra civil. Aunque deplorada por los Libertadores, la falta de líderes en el senado fue un importante factor para la concordia. Los consulares supervivientes permanecieron quietos. El destino que hizo caer las cabezas de la *nobilitas* —los fieros pero inconstantes Marcelos, el terco Ahenobarbo, el orgulloso y retorcido Apio Claudio— fue, sin embargo, clemente con el pueblo romano, pues al suprimir a los *principes* suprimió también un semillero de intrigas y reyertas. A Pompeyo lo hubieran soportado algún tiempo, o incluso a César, pero no a Antonio y al joven Dolabela, y menos aún a las respetables nulidades designadas como cónsules para el año siguiente. También Catón estaba muerto. Enemigo del compromiso e inquebrantable en sus principios, hubiera sido un fastidio para cualquier gobierno; y no lo hubieran sido menos, aunque por distintos motivos, los jóvenes cesarianos Curión y Celio, si hubieran sobrevivido tanto tiempo al destino ineludible de sus talentos brillantes y de su inquieta ambición.

En abril Antonio se sentía razonablemente seguro. La única amenaza en la ciudad era el asesinato. Los republicanos que maldecían que los gloriosos idus de marzo no se hubiesen llevado a sus últimas consecuencias no tenían razón para lamentarse de que el cónsul cesariano recabase el apoyo o llamase a filas a los veteranos para servir a la causa del orden público. En lo que a las provincias se refería, D. Bruto conservó el resto del año la Galia Cisalpina, territorio rico en recursos y en reclutas y a caballo de las vías de comunicación hacia la Galia y España. Antonio estaba en condiciones de conjurar aquel peligro: podía apoderarse de aquella región como provincia consular propia y, con ella, de un ejército en condiciones de hacer frente a cualquier intentona de sus enemigos. A finales de marzo había recibido Macedonia. Antes de fines de abril, sin embargo, se supo que Antonio intentaba el 1 de junio coger otra provincia a cambio de Macedonia, a saber, la Galia Cisalpina y también la Galia Comata (el país recientemente conquistado por César);[39] en estos países pensaba poner de guarnición a las legiones macedónicas. Por cuánto tiempo, no se sa-

39. *Ad Att.* 14, 14, 4.

bía. De momento, las otras provincias del oeste contrarrestaban a Bruto.[40] Estaban a cargo de cesarianos; Planco cogió la Galia Comata, mientras que Lépido había salido ya para hacerse cargo de las dos provincias de la Galia Narbonense y la Hispania Citerior. C. Asinio Polión estaba en la Hispania Ulterior.

Esto no era todo. Dos cesarianos experimentados y de toda confianza, T. Sextio y P. Vatinio, estaban al frente de los ejércitos de Illyricum y de África con tres legiones cada uno.[41] Q. Hortensio, el procónsul de Macedonia, era cesariano, pero pariente de Bruto, y, por lo mismo, un peligro en potencia. Pero esta provincia iba a ser pronto privada de sus legiones. En el este, Trebonio y Címber podían recibir Asia y Bitinia. Los únicos ejércitos al este de Macedonia eran las seis legiones, al mando de generales cesarianos, que asediaban Apamea (L. Estayo Mueco y Q. Marcio Crispo)[42] y la guarnición estacionada en Alejandría para mantener el orden en el reino vasallo de Egipto.

Tampoco eran de temer los otros militares o gobernadores cesarianos de provincias; pocos de ellos tenían influencias familiares o talento para la intriga. Incluso los consulares generales eludían figurar demasiado. Fufio y Caninio, que habían sido legados de César en la Galia y en otros sitios, y Cn. Domicio Calvino, que había combatido en Tesalia, Ponto y África. No se hacía mención en público del *nobilis* P. Sulpicio Rufo, mientras que Salustio reposaba satisfecho de su recuperado prestigio y de las ganancias de un proconsulado. Sex Peduceo y A. Alieno carecían de peso, y sólo otra guerra proporcionaría rápida distinción a Carrimas, Calvisio y Asprenas.

Bajo tales auspicios Antonio salió de Roma (hacia el 21 de abril) y se dirigió a la Campania. Los veteranos de César requerían atención, con sus urgentes y justas exigencias, que no se podían desatender,

40. Para detalles acerca de las provincias en este momento, cf. W. STERNKOPF, *Hermes* XLVII (1912), 321 ss.; W. W. How, *Cicero*, *Select Letters* II (1926) App. IX, 546 ss.

41. César había dividido África. La provincia de Sextio era Africa Nova, donde sucedió a Salustio. Q. Cornificio mandaba África Vetus, sin legiones; su predecesor había sido C. Calvisio Sabino.

42. La situación en Siria es realmente oscura. El cuestor C. Antistio Vetus ocupaba aún el cargo, al parecer, a fines del 45 (*Ad Att.* 14, 9, 3); L. Estayo Murco había sido enviado como procónsul en el 44; cf. MÜNZER, P-W III A, 2137. Crispo, procónsul de Bitinia en el 45, llevó consigo un ejército de tres legiones destinado a servir contra Baso; P-W XIV, 1556.

como bien sabían los Libertadores. Antonio se ocupó de asignarles tierras y de fundar colonias militares. Estuvo ausente un mes. Varias intrigas promovidas contra él no tuvieron efectos. Cuando regresó fue para descubrir con pesar que un factor nuevo e imprevisible había surgido en la política de Roma.

Capítulo VIII

EL HEREDERO DE CÉSAR

Según los términos de su testamento, César nombraba heredero de su nombre y de su fortuna a cierto C. Octavio, nieto de una de sus hermanas. Por el lado paterno, el joven procedía de una respetable familia carente de títulos nobiliarios; su abuelo, un banquero rico establecido en el pueblo de Velitras, se había mantenido apartado de las cargas y peligros de la política romana.[1]

La ambición se destapó en su hijo, modelo de todas las virtudes.[2] Casó con Atia, hija de M. Atio Balbo, senador de la vecina ciudad de Aricia, y de Julia, hermana de César.[3] De ahí, la rápida promoción y honores, la pretura, el gobierno de Macedonia y la perspectiva segura de un consulado.[4] La muerte frustró su candidatura proyectada, pero el parentesco con César sostuvo a la fortuna de la familia. La viuda,

1. Sobre la familia, véase sobre todo SUETONIO, *Divus Aug.* I ss., presentando hechos auténticos junto con maledicencia hostil e información improcedente sobre la *gens Octavia* senatorial. Augusto no utilizó su *Autobiografía* para deformar la realidad en esta materia: «ipse Augustus nihil amplius quam equestri familia ortum se scribit vetere ac locuplete, et in qua primus senator pater suus fuerit» (El mismo Augusto no escribe más sino que él era nacido de una familia ecuestre, antigua y rica, en la que el primer senador había sido su padre) (*ibid.*, 2, 3). Sobre una tésera de su abuelo, el banquero, véase MÜNZER, *Hermes* (LXXI 41936) 222 ss.

2. Como Veleyo dice con acierto, «gravis, sanctus, innocens, dives».

3. Sobre estos parentescos véase Tabla III, al final. El mismo Balbo, por el lado materno, era pariente próximo de Pompeyo (SUETONIO, *Divus Aug.* 4, 1).

4. CICERÓN, *Phil.* 3, 15.

Atia, fue traspasada en matrimonio inmediatamente a L. Marcio Filipo, candidato seguro al consulado del 55 a. C.

Octavio dejó tres hijos, una Octavia por parte de su primera esposa y otra Octavia y un hijo por la de Atia, Gayo Octavio. De los hijos de Atia, la hija se casó más adelante con C. Marcelo (*cos.* 50 a. C.); el hijo, con la garantía de la brillante carrera que le ofrecían estas influyentes conexiones, fue adoptado por César.[5]

Cuando C. Octavio pasó por adopción a la casa Julia, adquirió la denominación nueva y legítima de C. Julio César Octaviano. Se comprenderá que el aspirante al poder de César prefiriese desprenderse del nombre que delataba su origen y llamarse C. Julio César. Además la deificación oficial de su padre adoptivo le proporcionó pronto el título de «hijo de Divo Julio» y desde el 38 a. C. en adelante el jefe del partido cesariano dio en llamarse «Imperator Caesar».[6] Después del primer acuerdo constitucional y de la adopción del nombre de Augusto, la nomenclatura del monarca fue concebida así: «Imperator Caesar Divi filius Augustus». La posteridad había de conocerlo como «Divus Augustus». Es cierto que en sus años primeros y revolucionarios el heredero de César nunca se refirió a sí mismo como Octaviano, pero el uso de este nombre, que está garantizado por la tradición literaria, lo mantendremos aquí, aunque sea dudoso y se preste a confusiones. Como sus enemigos observaban con amargura, el nombre de César fue la fortuna del joven.[7] Italia y el mundo lo aceptaron como hijo y heredero de César; que el parentesco de sangre fuese lejano era cuestión de poca monta en la concepción romana de la familia, apenas conocida o pronto olvidada por los habitantes de las provincias.

La costumbre de anteponer o añadir a los relatos históricos una apreciación del carácter y de la personalidad del personaje principal es de dudoso provecho en el mejor de los casos, pues o bien otorga una unidad especiosa a la acción o permite una apología o una condena basadas en motivos morales o emocionales. El heredero de César frustra y desafía todas las pautas. No en vano el monarca de Roma

5. El joven Octavio, algún tiempo en España con César en el 45 a. C., fue alistado entre los patricios, y César redactó su testamento, en que le nombraba heredero, el 13 de septiembre (SUETONIO, *Divus Iulius* 83, 1).

6. Quizá desde el 40 a. C. La prueba clara más antigua del *praenomen* procede de monedas de Agripa acuñadas en la Galia en el 38 a. C., *BMC*, *R. Rep.* II, 411 ss.

7. Las palabras del propio Antonio son citadas por CICERÓN, *Phil.* 13, 24: «et te, o puer, qui omnia nomini debes» (Y tú, joven, que todo debes al nombre).

utilizaba un anillo signatario con una esfinge grabada. El aventurero revolucionario elude la captura y la definición, lo mismo que el estadista maduro. En lo relativo a sus primeros años, lo único que hay es una dolorosa falta en todas partes de testimonios personales, auténticos y contemporáneos, y por lo tanto, un riesgo permanente en la apreciación de sus cambios y de su desarrollo entre la juventud y la edad madura.

A la personalidad de Octaviano es mejor dejarla que emerja de sus acciones. Una cosa está clara. Desde el principio, su sentido de las realidades fue infatigable, su ambición implacable. En ese aspecto el joven era un romano y un aristócrata romano. Sólo tenía dieciocho años, pero decidió ya adquirir el poder y la gloria junto con el nombre de César. El que su insistencia en que César fuese vengado y los asesinos castigados se deba más al horror por la acción, al sentido tradicional de la solidaridad de la familia o al resentimiento por la frustración de sus propias aspiraciones legítimas, es cuestión que atañe a la naturaleza última del carácter humano y a los más íntimos resortes de la acción humana.

La ambición desmedida, emparejada con la madurez política, no bastan para explicar el ascenso de Octaviano. Escéptico para todo lo demás, el Dictador César tenía fe en su buena estrella. La fortuna de César sobrevivió a su caída. En ninguna previsión racional de los acontecimientos cabía que su hijo adoptivo lograse triunfar en su defensa de la causa republicana contra los líderes cesarianos, que sobreviviese en la Guerra de Perusa y que viviese para vencer a Antonio al final.

La noticia de los idus de marzo le llegó al joven en Apolonia, ciudad de la costa de Albania, ocupado en el estudio de la oratoria y en la práctica de ejercicios militares, pues tenía que acompañar al Dictador en las campañas de los Balcanes y del este. No tardó en tomar una decisión. Cruzando el Adriático, desembarcó cerca de Brindis. Cuando se enteró del testamento, concibió muchas esperanzas, sin dejarse desanimar por las cartas de su madre y de su padrastro, quienes le aconsejaron que renunciase a la peligrosa herencia. Pero él conservó la cabeza sin dejarse ofuscar por la buena fortuna ni empujar a una acción precipitada; el recurso a las tropas, que algunos amigos le aconsejaban, lo aplazó prudentemente. Tampoco quiso entrar en Roma antes de ponerse en contacto con personas de influencia y de examinar la situación política. A mediados de abril su presencia fue señalada en

Campania, donde se había alojado con su padrastro, el consular Filipo.[8] Más importante aún, se reunió con Balbo, el confidente más íntimo y secretario del Dictador.[9] Se entrevistó con otros eminentes miembros del partido cesariano; Hircio y Pansa estaban con seguridad en las proximidades.[10]

Pero el joven era demasiado astuto para limitar sus atenciones a un partido. Cicerón estaba viviendo en Cumas en aquel entonces. Había oído rumores sobre Octaviano, pero les había prestado poca atención.[11] Poco importaba qué miembro de la familia de César heredase el resto de su fortuna, pues el poder quedaba en manos de los líderes del partido cesariano. Sin embargo, la previsión de roces con Antonio, por el modo de disponer de las propiedades del Dictador, debió de proporcionarle un placer secreto.[12] Octaviano lo visitó entonces. El ilustre orador se sintió halagado: «Me tiene verdadera devoción», escribía.[13]

El terreno estaba preparado. A principios de mayo, Octaviano se acercó a la ciudad. Cuando entraba en Roma se vio cómo un halo rodeaba el sol, presagio de realeza. Octaviano anunció sin demora que aceptaba la adopción y convenció a un tribuno, L. Antonio, hermano del cónsul, de que le permitiese arengar al pueblo. A mediados de mes el cónsul en persona estaba de regreso en Roma. Tuvo lugar una entrevista poco amistosa. Octavio reclamó dinero efectivo de la herencia de César para pagar los legados. Antonio respondió con pretextos y demoras.[14]

El líder cesariano no había tenido en cuenta a este adversario. Su supremacía dependía de un delicado equilibrio entre el apoyo de los intereses de los cesarianos, especialmente de la plebe y de los veteranos, y la aquiescencia del senado. Un movimiento hacia un lado enajenaría al otro. Hasta ahora Antonio había hecho caso omiso de vengar a César y evitado su culto; había hecho profesión de reconciliarse con

8. *Ad Att.* 14, 10, 3; 11, 2.

9. *Ibid.*, 14, 10, 3.

10. *Ibid.*, 14. 11.2.

11. *Ibid.*, 14, 5, 3; 6, 1: «nam de Octavio susque deque» (Pero en fin, Octavio no me preocupa).

12. *Ibid.*, 10, 4, 3.

13. *Id.*, 14, 1, 2 (21 de abril): «mihi totus deditus».

14. Objetó que no se había aprobado aún una *lex curiata* ratificando la adopción (cf. esp. DIÓN, 45, 5, 3; APIANO, *BC* 3, 14, 48 ss.). Esto era una mera formalidad.

los asesinos, con impunidad para éstos. El cesariano desleal iba a ser llamado pronto a capítulo. Para conservar el ascendiente sobre la masa y sobre los veteranos, Antonio se vio obligado a adoptar una política que alarmó al senado y dio a sus enemigos pretexto para actuar. De este modo iba a encontrarse atacado en dos frentes: por un demagogo radical y por respetados conservadores.

De momento, sin embargo, el heredero de César era simplemente un estorbo, no un factor de mucho peso en la política de Antonio. El cónsul ya había decidido asumir él un mando provincial especial. Es más, alarmado por las intrigas desatadas durante su ausencia en Campania, había decidido que Bruto y Casio abandonasen Italia. Antonio había regresado a Roma con una escolta de veteranos, para gran alarma de los Libertadores, que le escribieron protestando en vano.[15] También Hircio estaba descontento.[16] La sesión del senado del 1 de junio contó con escasa asistencia. Antonio prefirió recibir del pueblo su mandato. La concesión de las provincias consulares, Siria y Macedonia, que habían sido asignadas a Dolabela y Antonio unos dos meses antes, fue prolongada ahora hasta el final del 39 a. C. Pero Antonio se proponía cambiar de provincias, dejar Macedonia, aunque reteniendo al ejército de los Balcanes, y recibir como provincia consular la Galia Cisalpina y la Galia Comata. Así lo establecía la *Lex de permutatione provinciarum* (1 de junio).[17] Esta maniobra podía alarmar tanto a los moderados como a los republicanos extremos. Todos ellos sabían lo que el último mandato ampliado había significado.

Otras dos disposiciones de carácter cesariano y popular fueron adoptadas: una ley que permitía a todos los ex centuriones, de la categoría de caballeros romanos o no, actuar de jurados, y una ley agraria con una comisión, de poderes bastante amplios, para llevarla a efecto. Más clientela: el tribuno L. Antonio iba a ser presidente de un consejo de siete comisarios, elegidos, como era habitual en Roma, entre los miembros del partido.[18]

15. *Ad fam.* 11, 2.

16. *Ad Att.* 15, 8, 1. Pero Hircio no era en modo alguno favorable a los Libertadores, *ibid.*, 14, 6, 1 ss.

17. Sobre ella W. STERNKOPF, *Hermes* XLVII (1912), 357 ss., aceptado por T. RICE HOLMES, *The Architect of the Roman Empire* 1 (1928), 192 ss.

18. A saber: los dos cónsules, el tribuno L. Antonio, el escritor de dramas Núcula, Casenio Lentón, y otros dos, posiblemente Decidio Saxa y Cafón, *Phil* 8, 26, cf. *JRS* XXVII (1937), 135 s.

Los Libertadores permanecieron, un factor anómalo. El 5 de junio, a instigación de Antonio, el senado encomendó a Bruto y Casio un cometido extraordinario para el resto del año: supervisar la recolección de grano en las provincias de Sicilia y de Asia. Con su aspecto de cumplido, la misión era en realidad un pretexto honorable para el exilio. Bruto y Casio estaban en dudas de aceptar. Una conferencia de familia, celebrada en Antium y presidida por Servilia, debatió la cuestión.[19] Casio estaba resentido y mordaz. Bruto, indeciso. Servilia prometió mediar para que la medida fuese revocada. No se tomó otra decisión. Por el momento los Libertadores permanecían en Italia a la espera de los acontecimientos.

Octaviano entretanto adquiría un dominio de las artes demagógicas que debió de haber robustecido su desconfianza natural y su desprecio romano por la masa. Las actividades de Herófilo habían demostrado el dominio que el recuerdo de César seguía teniendo sobre el populacho. El heredero de César se dedicó en seguida a la propaganda cesariana. Los juegos y las fiestas eran los instrumentos acostumbrados para encauzar el sentimiento popular. Ya en los *Ludi Ceriales* Octaviano había hecho un intento de exhibir en público la silla de oro concedida al Dictador por votación del senado y la diadema que en vano le ofreció Antonio en la escena clásica de las *Lupercalia.*[20] Rápidamente se lo impidió un tribuno republicano o antoniano; después, a la espera de mejor ocasión, cobró ánimos de la ausencia de manifestaciones relevantes de republicanismo durante los *Ludi Apollinares,* celebrados a nombre y expensas de Bruto, pretor urbano, el 7 de julio. Al fin llegó la ocasión. Ciertos amigos de César aportaron cuantiosos fondos[21] que, unidos a su propio dinero, gastó generosamente en los *Ludi Victoriae Caesaris* en honor del triunfo de las armas de César y de Venus Genetrix, antepasada de la casa Julia (del 20 al 30 de julio).

19. *Ad Att.* 15, 11 (8 de junio). Las mujeres de Bruto y Casio estaban presentes, también el fiel Favonio, y Cicerón, que fue interrumpido sin consideración por Servilia, cuando se disponía a enumerar, del modo acostumbrado en él, las oportunidades perdidas.

20. Los *Ludi Ceriales* habían sido aplazados, al parecer, de fines de abril a mediados de mayo, cf. Rice Holmes, *The Architect of the Roman Empire I* (1928), 191, sobre *Ad Att.* 15, 3, 2 (22 de mayo).

21. *Ad Att.* 15, 2, 3, *infra*, p. 167.

Octaviano trató una vez más de exponer los emblemas cesarianos. Cuando Antonio intervino, las simpatías de la plebe y de los veteranos se pusieron de parte del heredero de César. Ahora el cielo mismo le echó una mano. A la hora octava del día un cometa apareció en el norte del cielo. El gentío supersticioso aclamó al alma de César, hecho un dios. Octaviano aceptó la señal con íntima confianza en su destino[22] y supo explotarla a los ojos del mundo. Mandó colocar una estrella en la cabeza de las estatuas de César.

De aquí una nueva complicación en la política romana a finales de julio. El recrudecimiento del desorden público y la aparición de un rival cesariano podían volver a empujar a Antonio a la política, que había abandonado por la legislación del 1 de junio, a robustecer la coalición del 17 de marzo y, a lo que es más, a un pacto firme con los Libertadores. Bruto y Casio publicaron un edicto en términos comedidos, probablemente con buena intención, no simplemente para engañar; por entonces también Antonio pronunció un discurso ante el pueblo amistoso y favorable a los Libertadores.[23]

Todo eso en público. Lo ocurrido a continuación es oscuro. Los enemigos de Antonio, cobrando nuevos bríos, pudieron haber ido demasiado lejos. Antes de que se produjese, se supo que el cónsul iba a ser criticado en la sesión que el senado iba a celebrar el 1 de agosto. Es posible que también se supiese quién iba a llevar la iniciativa, el ex cónsul L. Calpurnio Pisón. La balanza de la política parecía estarse inclinando en contra de Antonio; iba a tener éste que tomar una decisión. Desde Roma, informadores optimistas hacían llegar a Regio la posibilidad de que Antonio renunciase al mando de su provincia y de que Bruto y Casio pudiesen volver a la vida política de Roma.[24]

22. PLINIO, *NH* 2, 94 (sacado de la *Autobiografía):* «haec ille in publicum; interiore gaudio sibi illum natum seque in eo nasci interpretatus est, et si verum fatemur, salutare id terris fuit» (Eso para el público; en su fuero interno lo interpretó con alegría como que el astro había nacido para él y que él nacía en el astro, y a decir verdad esta interpretación fue beneficiosa para el mundo entero).

23. *Phil.* 1, 8, cf. *Ad Att.* 16, 7, 1.

24. Así fue informado Cicerón en Leucopetra, cerca de Regio, el 6 de agosto o poco más tarde, *Ad Att.* 16, 7, 1 (19 de agosto): «haec adferebant, edictum Bruti et Cassi, et fore frequentem senatum Kalendis, a Bruto et Cassio litteras missas ad consularis et praetorios ut adessent rogare. Summam spem nuntiabant fore ut Antonius cederet, res conveniret, nostri Roman redirent» (Las noticias que traían eran éstas: el edicto de Bruto y Casio; habría un concurrido senado en las calendas, Bruto y Casio habían escrito una carta a los consulares y pretorios rogándoles su asistencia.

Estas esperanzas fueron truncadas de un golpe. La perspectiva de una ruptura entre el líder cesariano y el heredero de César era desagradable a los sentimientos de los soldados y de los oficiales, ruinosa para sus intereses. La reconvención fue dirigida a Antonio: los militares lo obligaron a tratar al heredero de César con lealtad y con respeto. Cediendo a esta persuasión moral, Antonio se avino a una reconciliación formal y pública con Octaviano. La ceremonia tuvo por escenario el Capitolio.

En venganza por los idus de marzo, el fantasma de César, como todo el mundo sabe, arrastró a Bruto a su perdición en el campo de Filipos. El mismo fantasma hizo sentir su peso sobre Antonio y detuvo la mano que éste hubiese levantado contra el heredero de César. La palabra de los veteranos impuso silencio al senado de Roma. Cuando L. Pisón habló en la sesión del 1 de agosto, no hubo nadie que lo apoyase. No hay testimonio del tono ni del contenido de la propuesta de Pisón; tal vez defendiese el que la Galia Cisalpina dejase de ser una provincia a fines de año para sumarse a Italia. Eso evitaría la competencia por un puesto de ventaja y de dominación armada. Una hermosa llamada a la concordia —o una sutil intriga contra el cónsul— había quedado reducida a la nada.

Antonio, por su parte, se había visto obligado a tomar una decisión no de su agrado. Antonio no estaba de humor para dejarse aplacar en sus ambiciones, y todavía esperaba evitar la ruptura pública con el partido de Bruto y Casio. Sus declaraciones, tanto públicas como privadas, habían estado envueltas en un tono conciliador. Su reciente discurso fue considerado francamente amistoso.[25] Al edicto de ellos

---

Decían que había una gran esperanza de que Antonio se retirase, que la situación se arreglaba y que los nuestros volviesen a Roma). Compárese el pasaje paralelo, *Phil.* 1, 8: «rem conventuram: Kalendis Sextilibus senatum frequentem fore» (Las cosas van camino de arreglarse; en las calendas de agosto el senado se reunirá en masa). La mayoría de los textos al uso desde Madvig deciden omitir la palabra «Sextilibus». Mal hecho. Pero aun así, la fecha señalada por Cicerón es completamente segura.

25. *Phil*, 8: «M. Antonio contionem, quae mihi ita placuit ut ea lecta de reversione primum coeperim cogitare» (El discurso de Antonio al pueblo, que me agradó tanto que después de leerlo empecé a pensar en mi regreso por primera vez...). Así, por lo menos, en apariencia, que es todo lo que sabemos. Pero Antonio pudo haber hablado como lo hizo para obligar a sus enemigos a dar la cara. Tampoco es probable que consintiese en renunciar a su mandato, ni siquiera a una parte del mismo, la Cisalpina, que pudo haber sido la propuesta de Pisón (cf. Apiano, *BC* 3, 30, 115). Hay que repetir que la única relación clara de los discursos y negociaciones que conduje-

replicó él ahora con una declaración pública y una carta particular en tono de cierta indignación e impaciencia.[26] Bruto y Casio respondieron con un enérgico manifiesto (4 de agosto), reafirmándose en sus principios y en su honor personal; le decían a Antonio que valoraban su propia *libertas* más que la *amicitia* de él, y le aconsejaban tomar lección de la suerte de César.[27]

Los Libertadores no decían en su edicto una palabra de sus intenciones inmediatas. Pero ahora se prepararon a ausentarse de Italia. Habían dudado hacerse cargo de la comisión del trigo, votada el 5 de junio. Ahora, a principios de agosto, Antonio persuadió al senado de que les concediese las inocuas provincias de Creta y Cirene. Bruto abandonó Italia hacia finales de mes, no sin antes hacer público un último edicto. En él manifestaba la lealtad de los Libertadores hacia la constitución romana, su repugnancia a dar motivo de guerra civil y su orgulloso convencimiento de que, dondequiera que se encontrasen, allí estaban Roma y la República.[28] Casio, sin embargo, permaneció algún tiempo en aguas de Italia.

En cuanto a Antonio, la presión del competidor estaba empezando a obligarle a elegir al fin entre el senado y los veteranos. El senado le era hostil; pero la inestable reconciliación con Octaviano apenas podía durar. De cualquier modo, la perspectiva era negra para los amigos de un gobierno estable. Octaviano no era de esta clase.

La retórica de los antiguos y las teorías parlamentarias de los modernos oscurecen a veces la naturaleza y los resortes del poder político en Roma. Los contemporáneos los tenían muy claros. Para el ambicioso Octaviano, el avance gradual de un noble romano a través del orden establecido de las magistraturas hasta llegar al consulado, al mando de un ejército, a la *auctoritas* de un estadista veterano, todo eso era demasiado largo y demasiado lento. Tendría que esperar a llegar a la edad madura; sus laureles tendrían que reposar en cabellos blancos, si es que le quedaba alguno. La verdad era que el mando supremo en Roma sólo se podía alcanzar por medio de muchos recursos

---

ron a la sesión del 1 de agosto es lo que Cicerón refiere que se le dijo estando ausente de Roma. Cicerón, sin embargo, no hace mención de los *Ludi Victoriae Caesaris*, que pusieron al descubierto los sentimientos cesarianos de la masa y la popularidad del heredero de César.

26. *Ad fam.* 11, 3, 1; Ad Att. 17, 7, 7.

27. *Ad fam.* 11. 3 (4 agosto).

28. VELEYO, 6, 62, 3; ecos en CICERÓN, *Phil.* 2, 113; 10, 8.

extraconstitucionales: soborno, intriga e incluso violencia; para la senda corta y peligrosa que Octaviano se proponía seguir, tales recursos tendrían que ser duplicados o reduplicados.

Octaviano estaba decidido. Tenía una causa que acaudillar: vengar a César, y estaba dispuesto a emplear todas sus ventajas. En primer lugar, la plebe ciudadana, devota hasta el fanatismo de la memoria de César y fácil de ganar por la juventud, el porte decoroso, la demagogia y los sobornos del heredero de César. Dicho queda ya con qué arte consumado trabajó él sobre este material durante el mes de julio. Podía aspirar al tribunado, emulando a los Gracos y a una larga lista de demagogos. En los días de julio corrieron por Roma rumores de que Octaviano, a pesar de ser patricio, tenía aspiraciones a este cargo.[29] De momento nada resultó de ello; en caso de necesidad siempre podría él comprar a uno u otro de los miembros del colegio de tribunos.

Más costosos, pero más remunerativos como inversión, eran los soldados de César, los unos en activo en las legiones, los otros en la reserva de las colonias militares de Italia. Mientras estaba en Apolonia, Octaviano se dio a conocer a los soldados y oficiales del gran ejército de César en los Balcanes. Ellos no le olvidaron, ni él perdió las oportunidades que se le ofrecieron en su viaje de Brindis a Roma. Con el paso de los meses, los sentimientos cesarianos de los legionarios fueron sistemáticamente fortalecidos, y sus apetitos estimulados por el reparto de propaganda, de promesas y de dinero.

Con sus años, su nombre y su ambición, Octaviano no tenía nada que ganar de la concordia dentro del Estado, y sí, en cambio, todo del desorden. Apoyado por la plebe y los veteranos, poseía los medios de dividir al partido cesariano. Para sus primeros proyectos necesitaba fondos y una facción. Como muchos de los más eminentes cesarianos estaban ya en posesión de cargos y de ascensos, eran fieles a Antonio y al gobierno establecido; él se vio obligado a dirigir sus esperanzas y sus esfuerzos hacia los más oscuros de los *novi homines* del senado o de fallarle éstos, hacia los caballeros, financieros y particulares que poseyesen influencia en las ciudades de Italia. Una vez ganados unos seguidores compenetrados y leales, y puesto de manifiesto su poder, estaba en condiciones de organizar un nuevo partido cesariano de su cosecha.

29. La fecha y circunstancias son vagas, varias e inconsistentes en las autoridades antiguas (APIANO, *BC* 3, 31, 120; PLUTARCO, *Antonius* 16; SUETONIO, *Divus Aug.* 10, 2; DIÓN, 45, 6, 2 s.).

Era propósito de Octaviano ganarse a los cesarianos moderados recurriendo a su lealtad hacia la memoria del Dictador, a sus temores o a su envidia de Antonio; a través de ellos podía confiar en influenciar a los elementos republicanos neutrales. El supremo arte de la política no es ningún secreto: privar a los adversarios de sus seguidores y soldados, de su programa y de sus consignas. Si el proceso va lo bastante lejos, una facción puede convertirse en algo parecido a un partido nacional. Así había de ser al final. Pero éste no era el momento de hacer una convocatoria ideal y patriótica.

Tales fueron los recursos que Octaviano reunió a fines del verano y en el otoño del año. Los hombres y el dinero fueron la primera baza; después, la maña y la decisión de su empleo. Una innata y romana desconfianza de la teoría, un agudo sentido de la diferencia entre las palabras y los hechos, un breve familiarizarse con el comportamiento político de los romanos, eso lo poseía y eso era cuanto necesitaba. Es creencia común, atestiguada por la existencia de la teoría política como asignatura de estudio universitario, que las artes del gobierno se pueden aprender en libros. La carrera revolucionaria del heredero de César no da jamás una muestra de preocupaciones teóricas; si lo hubiera hecho, hubiera sido muy diferente y muy corta.

Cierto que se podían aprender lecciones, pero de hombres y de aconteceres, de precursores y de rivales, del pasado inmediato y tangible aún. El Pompeyo joven había captado en seguida la técnica de alistar un ejército particular, de conseguir su reconocimiento oficial y de traicionar a sus aliados. César, más sólido en su política, tuvo que esperar más para alcanzar la distinción y el poder. Los sentimientos que este joven experimentaba hacia su padre adoptivo nunca fueron revelados. Toda la carrera del Dictador, sin embargo, mostraba la fabulosa cosecha que se podía obtener, pronto o tarde, del cultivo de la plebe y de los soldados. Y no menos la necesidad de amigos fieles y de un partido coherente. Por falta de éste, Pompeyo el Grande se vio forzado a última hora a una alianza fatal con sus enemigos los oligarcas. César se había salvado porque tenía un partido detrás de él. Se vio claro que muchos siguieron a César en una guerra fratricida por amistad personal, no por principios políticos. La devoción que la memoria de César despertaba entre sus amigos estaba atestiguada por ejemplos impresionantes;[30] y no fue ciertamente por afán de aventura

30. Por ejemplo, POLIÓN, *Ad fam.* 10, 31, 2 s., citado más arriba, p. 23. C. Macio dio una firme y noble respuesta a una impertinente carta de Cicerón, *ibid.*, 11, 28, 2:

o de lucro por lo que ciertos amigos íntimos del autócrata muerto prestaron en seguida su apoyo y su lealtad a su hijo y heredero. Lealtad sólo se podía comprar con lealtad a cambio. César nunca dejó a un amigo en la estacada, cualesquiera que fuesen su carácter o su posición. Antonio imitó a su líder, lo que le resultaba fácil a su espíritu abierto; Octaviano también, aunque quizá con menos facilidad. Sólo dos de sus socios, según consta, fueron arrojados al arroyo, y los dos por traición.[31]

Además de magnanimidad, valor. Por naturaleza, el joven era frío y circunspecto; sabía que el valor personal muchas veces no era más que obcecación. Pero los tiempos requerían audacia, y el ejemplo de César le enseñaba a asumir los riesgos con alegría, a insistir en su prestigio, su honor, los derechos debidos a su nombre y posición. Pero sin excederse: Octaviano adoptó una posición sobre la *dignitas* sin peligrosas concesiones a la caballerosidad o la clemencia. Perfeccionó el estudio de la jerga política, y la práctica de un disimulo que había sido ajeno a la naturaleza espléndida y patricia de César. Pronto le tomó la medida a Antonio; el soldado cesariano era un aviso contra las virtudes y los vicios más generosos. Otro eminente romano podía ofrecer un libro de texto para la escuela de la política. El fracaso de Cicerón como estadista mostraba la necesidad del valor y de la constancia en todos los senderos de la duplicidad. Un cambio de frente en política no es desastroso como no sea causado por el error o la indecisión. Las traiciones de Octaviano fueron conscientes y lógicas.

Para afirmarse frente a Antonio, el joven revolucionario necesitaba, en primer lugar, un ejército y, en segundo, aliados republicanos y respaldo constitucional. Tendría que dejar para más adelante la venganza de César, hasta que fuese lo bastante fuerte, con ayuda de los

---

«vitio mihi dant quod mortem hominis necesarii graviter foro atque eum quem dilexi perisse indignor; aiunt enim patriam amicitiam praeponemdam esse, proinde ac si iam vicerint obitum eius rei p. fuisse utilem, sed non agam astute; fateor me ad istum gradum sapientiae non pervenisse; neque enim Caesarem in dissensione civili sum secutus sed amicum» (Me echan en cara que lamente la muerte de un amigo y que me indigne de que haya muerto aquel a quien amé; pues dicen que hay que poner a la patria por delante de la amistad, como si ya hubiesen demostrado que su deceso fue útil a la República. Pero no voy a dármelas de listo; confieso no haber llegado a este grado de sabiduría; pues no he seguido a César a la guerra civil, sino al amigo).

31. SUETONIO, *Divus Aug.* 66, 1 (sólo Salvidieno y Galo, pero quizá se quede corto).

republicanos, para traicionar a los republicanos. El cálculo era peligroso, pero no desesperado; por otra parte, algunos moderados y republicanos podían ser atraídos, y captados, por la genial idea de emplear el nombre de César y las armas de Octaviano para acabar con la dominación de Antonio, y destruir así el partido cesariano, primero a Antonio y después a Octaviano. Pero antes de que los tales respetables elementos se aventurasen abiertamente a abogar por la sedición, la violencia y la guerra civil, Octaviano tenía que asumir el mando y actuar.[32]

32. Toda la situación de este momento está resumida por DIÓN (45, 11, I ss.) con una penetración y una fuerza inusitadas: εἰρήνουν ἔτι καὶ ἐπολέμουν ἤδη. τό τε τῆς ἐλευθερίας σχῆμα ἐφαντάζετο καὶ τὰ τῆς δυναστείας ἔργα ἐγίγνετο (Estaban aún en paz y ya estaban en guerra; reinaba la apariencia de libertad, pero la monarquía se manifestaba en las obras). Los motivos de los políticos que apoyaban a Octaviano se refieren así: ἐφίλουν μὲν γὰρ οὐδέτερον, νέων δὲ δὴ ἀεὶ πραγμάτων ἐπιθυμοῦντες, καὶ τὸ μὲν κρεῖττον ἀεὶ πᾶν καθαιρεῖν τῷ δὲ πιεζομένῳ βοηθεῖν πεφυκότες, ἀπεχρῶντο αὐτοῖς πρὸς τὰ σφέτερα ἐπιθυμήματα. ταπεινώσαντες οὖν τότε διὰ τοῦ Καίσαρος τὸν Ἀντώνιον, ἔπειτα κἀκεῖνον καταλῦσαι ἐπεχείρησαν (Ninguno de los dos les agradaba, pero estaban siempre ansiosos de cambios y dispuestos a derribar al que estaba por encima y a socorrer al que estaba por debajo; se servían de ellos según sus propios designios. Habiendo, pues, humillado entonces a Antonio gracias a César, se proponían a continuación eliminar del mismo modo a éste) (45, 11, 3). Véanse también las preciosas observaciones sobre la Guerra de Módena (46, 34, 1 ss.).

Capítulo IX

LA PRIMERA MARCHA SOBRE ROMA

A comienzos del mes de agosto ciertas intrigas políticas salieron mal, y las esperanzas de concordia o de disensión se frustraron. Bruto y Casio no regresaron a Roma. Los líderes cesarianos rivales se reconciliaron por mediación de la soldadesca.

Antonio no tenía motivos de satisfacción. Despierto y vigilante como era para los peligros visibles de una marcha o de un combate, no tenía capacidad para la intriga lenta, ni gusto para la venganza aplazada. Aunque más hábil de cuanto cabía esperar como político, daba ahora muestras de desconcierto, de impaciencia y de falta de tacto. Sus relaciones con Octaviano no mejoraban. Ninguno se fiaba del otro. Para hacer frente a aquel peligro y aventajar a su rival, el cónsul siguió adelante con su política cesariana y popular.

El 1 de septiembre Antonio propuso en el senado que se añadiese un día en honor de César a las solemnes acciones de gracias celebradas por el Estado romano en honor de los dioses inmortales, y había promulgado ya un decreto de apelación a la ciudadanía en casos de quebranto de la paz o de alta traición. Esta vez hubo crítica y oposición en el senado; al día siguiente Cicerón y P. Servilio hicieron uso de la palabra.[1] Antonio, tras una demora, respondió con un amargo ataque personal (19 de septiembre). Cicerón estaba ausente.

Tal fue el resultado de la primera aparición en público de Cicerón desde el 17 de marzo. La curia no volvió a verlo durante más de tres

1. CICERÓN, *Phil.* 1; *Ad fam.* 12, 2, 1.

meses. Es difícil de calibrar la importancia de su discurso; pero la postura adoptada por los dos ex cónsules, aunque negativa, indecisa y no acompañada de acción alguna, fue ciertamente un freno para Antonio, pues puso de manifiesto la inseguridad de su posición.

El mazazo iba a venir por el otro lado, por la plebe, por los veteranos y por Octaviano. Siguiendo su política cesariana, Antonio hizo levantar en el Foro una estatua de César con la dedicatoria «Parenti optime merito».[2] Sus enemigos le echaron encima a un tribuno, L. Canucio de nombre. Antonio, exasperado, pronunció un discurso violento, con insultos a los Libertadores. Era el 2 de octubre. Tres o cuatro días después, un episodio sombrío: Antonio arrestó en su casa a algunos de los veteranos de su escolta, acusándolos de que Octaviano los había comprado para asesinarlo a él. Octaviano defendió su inocencia. La verdad del asunto, como es natural, elude las pesquisas. Antonio no llevó adelante la denuncia; quizá no fuera más que un torpe ardid para desacreditar al joven adversario. Entre los contemporáneos, muchos enemigos de Antonio creyeron en la realidad de la intentona y se alegraron,[3] como si si fuera conveniente para los proyectos de Octaviano deshacerse de Antonio de esta manera expeditiva y prematura. Quitar de en medio a un rival era prescindir de un posible aliado. Como Apiano observa con acierto.[4]

Comoquiera que fuese, Antonio se alarmó. Roma se estaba poniendo insoportable. Si permanecía en ella hasta el término de su año consular, estaba perdido. Sus enemigos podían hacerse con los ejércitos provinciales. Bruto y Casio se habían marchado de Italia, aparentemente hacia sus provincias de Creta y Cirene; pero de su paradero y verdaderas intenciones nada se sabía. A finales de octubre llegaron a Roma, por conductos privados, inquietantes noticias. Se decía que las legiones de la Alejandría de Egipto estaban amotinadas y que a Casio lo esperaban allí.[5] Es más, Casio podría recurrir a los grandes ejércitos

2. *Ad fam.* 12, 3, 1.

3. *Ad fam.* 12, 23, 2: «prudentes autem et boni viri et credunt factum et probant» (hombres cautos y buenos creen lo que ha sucedido y lo aprueban).

4. *BC* 3, 39, 158.

5. *Ad Att.* 15, 13, 4 (25 de oct.). La información era de Servilia; un esclavo de Cecilio Baso había traído la noticia. Además, Escapcio, agente de Bruto, había llegado a Roma. Servilia había prometido pasarle sus informes a Cicerón, que estaba gozoso: «videtur enim res publica ius suum recuperatura» (Parece que la República está en camino de recuperar sus derechos).

de Siria. Fue probablemente en este momento cuando Dolabela marchó a Oriente para asegurar la provincia de Siria, sin esperar al término de su consulado.

Antonio ya había entrado en acción. Había un peligro más cerca: Décimo Bruto con la Cisalpina en su poder, privando a Antonio del precario apoyo de su aliado Lépido, del aún menos fiable Planco y del pesimista Polión. Cuando Bruto se posesionó de su provincia, en abril, sólo encontró en ella dos legiones. Por iniciativa propia y recursos propios, emprendió el alistamiento de unas cuantas más y las entrenó combatiendo a tribus alpinas. Esto era serio. Antonio resolvió, en vista de ello, hacerse cargo inmediatamente de una parte de su provincia consular, la Cisalpina. Planco entonces no crearía dificultades para ceder la Comata. Antonio requirió a D. Bruto a transferirle el mando. Iba a ser necesaria la amenaza de la fuerza. Antonio partió para Brindis el 9 de octubre, proponiéndose recoger allí a cuatro de las legiones macedónicas y mandarlas, o marchar con ellas, al norte de Italia.

Antes de que regresase, la revolución armada había estallado en Italia. Octaviano convocaba a los veteranos de su padre. Se organizó una gira por la Campania. Iban con el joven cinco de sus íntimos amigos, muchos soldados y centuriones y un convoy de carros cargados de dinero y de equipamientos. La convocatoria resultó: dio a cada soldado una bolsa de 500 denarios, más del doble de la paga anual de un legionario, prometiéndole, en caso de triunfar, no menos de 5.000 denarios. En las colonias de Calacia y Casilino, Octaviano reclutó rápidamente unos tres mil veteranos. El nuevo Pompeyo ya tenía un ejército. Al principio no sabía qué hacer con él. ¿Permanecería en Capua y evitaría que Antonio regresase a Roma, cruzaría las montañas del centro para interceptar a tres de las legiones del cónsul que marchaban por la costa oriental de Italia hacia la Galia Cisalpina o se dirigiría a Roma él mismo?[6]

Octaviano se decidió por el riesgo mayor y emprendió la marcha sobre Roma. El 10 de noviembre ocupó el Foro con hombres armados. Había confiado en una sesión del senado y en el apoyo público de veteranos de la política. En vano; sus simpatizantes estaban asustados o ausentes. Tuvo que darse por contento con la plebe y con un tribuno. Presentado ante una asamblea del pueblo por Ti. Canucio, el joven pronunció un enérgico discurso atacando a Antonio, ensalzando a Cé-

6. *Ad Att.* 16, 8, 2.

sar y afirmando con juramento que estaba firmemente decidido a obtener los honores y la posición de su padre.[7]

El intento de golpe fracasó. Antonio se acercaba con las legiones macedónicas. Los veteranos se negaban a luchar. Muchos desertaron y se volvieron a sus casas, satisfechos de su breve escapada de otoño. Con fuerzas debilitadas y desánimo en el corazón, Octaviano se puso en marcha hacia el norte, a probar fortuna en las colonias de Etruria y en la región situada hacia Rávena. Sentó sus reales en Arezzo, ciudad de uno de sus principales seguidores.[8]

En Brindis unas tropas malhumoradas y sediciosas se enfrentaron al cónsul: las octavillas y sobornos de Octaviano estaban haciendo su efecto. Para restablecer la disciplina Antonio ordenó ejecuciones sumarísimas. Rumores inquietantes lo devolvieron a Roma. Aquí convocó al senado a una reunión el 24 de noviembre con la intención de declarar a Octaviano enemigo público. El impetuoso joven parecía haber caído en sus redes. Desde el punto de vista de la ley, no había duda: Octaviano y sus amigos eran reos de alta traición. Seguramente iba a ser fácil acusar o intimidar a sus cómplices secretos. El poder y el derecho estaban de parte del cónsul. Pero la ventaja se disipó en un momento. La sesión no llegó a celebrarse. Antonio, tras recibir graves noticias, salió deprisa para Alba Fucens. Una de las legiones que subía por la costa oriental de Italia, la *legio Martia*, se había pronunciado por Octaviano y marchaba hacia el oeste. Antonio se encaró con los amotinados en Alba Fucens. Éstos no atendieron ni a sus argumentos ni a sus ofertas; lo que él les ofrecía era una miseria al lado de la pródiga generosidad de Octaviano.

El cónsul regresó a Roma. El 28 de noviembre, el senado se reunió de noche en el Capitolio. Se pretendió más tarde que un ex cónsul estaba dispuesto, al lado de Antonio, a proponer que Octaviano fuese proscrito.[9] Nada resultó de ello; quizá la situación era demasiado grave. No sólo sus soldados, sino sus seguidores, estaban cambiando de bando; llegó un informe de que otra legión, la IV, a las órdenes del cuestor de Antonio L. Egnatuleyo, había abrazado la causa revolucionaria. Si el cónsul hubiese intentado declarar a Octaviano fuera de la ley, seguramente un tribuno hubiese vetado la medida; y él no

7. *Ibid.*, 16, 15, 3.
8. Apiano, *BC* 3, 42, 174.
9. *Phil.* 3, 20 s. ¿Q. Fufio Caleno?

podía permitirse un nuevo conflicto con el senado y un nuevo desaire. A toda prisa, Antonio propuso un voto de felicitación a Lépido (que había obligado a Sex. Pompeyo a avenirse a tratar con él), y se aprobó la concesión de las provincias pretorias para el año siguiente. Creta y Cirene les fueron retiradas a Bruto y Casio, mientras que Macedonia fue asignada a su hermano, el pretor C. Antonio. Al día siguiente, después de una solemne revista en Tíbur, donde no sólo las tropas, sino también gran parte del senado y muchos particulares prestaron juramento de adhesión,[10] el cónsul partió hacia el norte, para unirse a las legiones que quedaban y ocupar la Galia Cisalpina. Hacían falta nuevos reclutamientos. Octaviano no se había llevado con él a toda la Campania; dos viejos cesarianos con experiencia militar, Decidio Saxa y un cierto Cafón, alistaron reclutas en esta región, mientras P. Ventidio se ocupaba con eficacia del populoso y marcial territorio del Piceno.

La coalición del 17 de marzo no sólo se había partido y hecho pedazos; estaba siendo reconstruida, esta vez contra Antonio, por una alianza hostil de cesarianos y pompeyanos. Antonio había fracasado, como estadista independiente, en la política romana; como jefe cesariano, su primacía estaba amenazada. El senado, la plebe y los veteranos estaban movilizados contra él. Sus enemigos habían desenvainado la espada; la fuerza bruta había de decidir. Pero no todo a la vez. Antonio no había decidido declarar a Octaviano enemigo público, ni puso en marcha su fuerza militar, superior de momento, en dirección a Arezzo. Los veteranos del ejército particular de Octaviano no se enfrentarían a Antonio, el general cesariano; pero Antonio era impotente frente al heredero del Dictador. Una vez más, el fantasma de César se imponía sobre los vivos.

El malparado cónsul respondía mediante ataques personales. Sus argumentos se pueden deducir de la defensa que hace Cicerón de la moral, la familia y el patriotismo de Octaviano.[11] Sus edictos denunciaban el reclutamiento de un ejército particular como traición y bandolerismo, no ya propios de Catilina, sino de Espartaco. Pasando a la persona y familia del revolucionario, recurría lo mismo a las acusaciones tradicionales de vicio contra natura, que los más intachables políticos romanos, de cualquier edad o partido, tenían que soportar,

10. Apiano, *BC* 3, 46, 188; 58, 241; Dión 45, 13, 5.
11. *Phil.* 3, 15 ss.

que al tradicional desprecio con que el noble romano contemplaba la familia y el nacimiento de respetables personas de los municipios. ¡La madre de Octaviano procedía del pueblecito de Aricia!

A la hora de tratar con D. Bruto, en cambio, Antonio no tropezaba ni con dudas propias ni con deslealtad entre sus tropas. Fuera de Roma, y liberado de las trampas de la intriga política, el soldado cesariano recobraba su confianza en el aire fresco del campamento, en el júbilo de la acción. Bruto se negó a ceder. Antonio marchó hacia el norte, con velocidad cesariana, y penetró en la provincia de la Galia Cisalpina. Antes de que el año acabase, desplegó sus efectivos en torno a la ciudad de Módena y dejó a Bruto atrapado en ella.

La guerra civil había empezado, pero el invierno impuso una tregua en las hostilidades, con un respiro para la intriga y la diplomacia. Aprovechando la lejanía de Antonio, una facción republicana, confiada en el apoyo de aliados anómalos y de tropas ilegales, intentó asumir el poder en la capital.

Hasta aquí, el reclutamiento de un ejército particular y la primera aventura revolucionaria se han relatado como hazaña y política de Octaviano. En sí mismo, aquel joven no parecía un factor político de importancia fundamental cuando llegó a Italia. Pasados siete meses, tiene dinero, tropas y seguidores. ¿De dónde vinieron sus partidarios y sus fondos?

La familia y los parientes constituyen el núcleo de un partido romano. Sin embargo, los parientes de Octaviano no eran numerosos.[12] Y él recibió poca ayuda efectiva de ellos en los primeros meses. En apariencia, los ex cónsules Filipo y Marcelo revelan poca distinción y energía. Filipo heredó de su padre gustos cómodos, una tendencia a la neutralidad política y una buena cantidad de astucia.[13] Durante su consulado, y a partir del mismo, había rehuido la preeminencia peligrosa. El ascenso de su hijastro como heredero de César puso a prueba toda su capacidad. En ese sentido, observó una discreción monumental, sin dar a sus visitantes la menor pista.[14] Cierto que había tratado de disuadirle de aceptar

12. Véase Tabla III, al final.

13. Su padre, L. Marcio Filipo (*cos.* 91, *censor* 86), era un político sagaz, *supra* p. 11. En política, su hijo fue capaz de contar con el apoyo de Pompeyo y de César, de lo que dan fe su proconsulado de Siria, su matrimonio con Atia y su consulado. Sin embargo, a su hija Marcia (de un matrimonio anterior) la casó con Catón. Filipo era un hombre rico y un «piscinarius» (Macrobio, 3, 15, 6; Varrón, *RR* 3, 3, 10).

14. *Ad Att.* 14, 12, 2 (22 de abril): «Octavius, quem quidem sui Caesarem salu-

la herencia; el dato procede de una fuente que tenía todas las razones para realzar el espíritu valeroso e independiente del joven César.[15] Aunque la cautela de Filipo era innata, su falta de franco entusiasmo por las perspectivas de Octaviano tal vez fuese sólo una máscara. El joven estuvo mucho en compañía de su padre; de lo que no hay constancia es del provecho que sacó de él como consejero político.

Filipo deseaba una vejez tranquila. Lo mismo Marcelo. Pero Marcelo, arrepentido de sus actuaciones calamitosas al servicio de Pompeyo y de la República, desprestigiado, superviviente de una causa por la que hombres mejores habían muerto, debió de procurar por medio de la intriga mantener la distinción recuperada hacía poco para su ilustre casa. Tanto Filipo como Marcelo estaban desesperadamente ansiosos de no comprometerse en público. Tenían que andar despacio de momento, pero su ocasión podía llegar. Los otros parientes de Octaviano eran de menos peso. Q. Pedio, hijo de un caballero, legado en las guerras gálica y civil, y un personaje misterioso llamado L. Pinario Escarpo, eran sobrinos del Dictador; recibieron por su testamento una parte de la fortuna del tío, que se dice haber transferido a Octaviano. Nada más se sabe de su actitud, ni de sus actividades en esta época.[16]

---

tabant, Philippus non, itaque ne nos quidem» (Los suyos saludaban a Octavio dándole el nombre de César, pero no Filipo, ni por tanto yo tampoco); 15, 12. 2 (10 de junio): «sed quid aetati credendum sit, quid nomini, quid hereditati, quid κατηχήσει, magni consili est, vitricus quidem nihil censebat, quem Asturae vidimus» (Es problema de mucha reflexión saber qué confianza se puede conceder a la edad, al nombre, a la herencia, a la educación. Su padrastro, a quien vi en Astura, no tenía opinión al respecto).

15. NICOLAUS, *Vita Caesaris* 18, 53. VELEYO, 2, 60, 1 y otras fuentes, todas derivadas de la *Autobiografía de Augusto*, cf. F. BLUMENTHAL, *Wiener Studien* XXXV (1913) 125. Filipo, sin embargo, parece haber ayudado a su hijastro a pagar los legados (APIANO, *BC* 3, 23, 89); sobre otros servicios posteriores, documentados o supuestos, *infra*, p. 172.

16. APIANO, *BC* 2, 23, 89. SUETONIO (*Divus Iulius* 83. 2) les llama sobrinos nietos del Dictador. Posiblemente cierto de Pinario, muy improbable de Pedio. Cf. MÜNZER, *Hermes* LXXI (1936) 226 ss. Q. Pedio había sido legado en la Galia (*BG* 2, 2, 1, etc.) y procónsul en Hispania Citerior; tras este último mandato, celebró un triunfo a fines del 45 a. C. (*CIL* I², p. 50); no se vuelve a hablar de él hasta su consulado, en el 43 a. C. Pinario, desconocido por lo demás, fue general en Filipos y probablemente el mismo que el antoniano Pinarius Scarpus, cf. MÜNZER. *Hermes* LXXI (1936) 229. Sobre otro pariente de Octaviano, Sex. Apuleius, marido de su hermanastra Octavia, sólo se conoce su nombre (*ILS* 8963); fue Padre de Sex. y de M. Apuleyo, cónsules en 29 a. C. y 20 a. C., respectivamente.

Octaviano recabó ayuda de sus propios amigos, de seguidores fieles a César, y de sombríos aventureros. La buena suerte ha conservado los nombres de tres de sus primeros socios, miembros fundadores del partido. En unión de él, en el campamento de Apolonia, estaban Q. Salvidieno Rufo y M. Vipsanio Agripa, nombres ordinarios y nunca antes oídos.[17] Estaban destinados a la gloria y a la historia. Cuando, de muchacho, Salvidieno guardaba rebaños en sus montes patrios, una lengua de fuego brotó y se mantuvo sobre su cabeza, presagio de realeza.[18] Del origen y gentilicio de M. Agripa, ni amigos ni enemigos tienen nada que decir; incluso cuando ya era seguro averiguar y publicar, no se pudo descubrir cosa alguna.[19] No tardó mucho en aparecer un personaje muy distinto, el magnate etrusco C. Mecenas, diplomático y estadista, artista y sibarita. Su abuelo era un hombre acaudalado, con las apropiadas ideas conservadoras, y capaz de defender sus intereses contra los tribunos romanos. Parece que la familia hizo causa común con Mario y sufrió las consecuencias. Pero no la pudieron privar de sus antepasados; el amigo de Octaviano era de estirpe real, descendiente de los Cilnios por su rama materna, casa que había ostentado el poder dinástico en Arezzo desde sus orígenes.[20]

17. VELEYO. 2. 59, 5.

18. DIÓN, 48, 3, 1. Salvidieno era el mayor y más importante de los dos amigos, cf. la alusión ofensiva de Bruto al mismo (*Ad. M. Brutum* 1, 17, 4). Cicerón no menciona a ninguno: sus solos nombres hubieran sido una revelación condenatoria. Salvidieno pudo haber sido oficial ecuestre del ejército de César. Sobre la repartición local de nombres en «-ienus», cf. SCHULZE, *LE* 104 ss. y *supra*, p. 87. Monedas de este hombre, acuñadas en el 40 a. C., lo describen como «Q. Salvius imp. cos. desig.» (*BRMC*, R. Rep. II, 407). Ninguna otra autoridad da Salvius como su nombre ¿Le habría dado por latinizar un *gentilicium* de otra lengua?, a menos que Salvius sea un cognomen.

19. SÉNECA, *De ben.* 3, 32, 4: «M. Agrippae pater ne post Agripam quidem notus». Agripa había nacido el mismo año que Octaviano y se decía de él que había sido condiscípulo (NICOLAUS, *Vita Caesaris* 7, 16). El gentilicio Vipsanius es extraordinariamente raro. Agripa mismo prefería prescindir de él (SÉNECA, *Controv.* 2, 4, 13). Su origen no se puede precisar; sobre nombres en «-anius», cf. SCHULZE, *LE.* 531 ss.

20. Sobre su abuelo, *Pro Cluentio* 153. El Mecenas presente, con otros dos etruscos, M. Perperna y C. Tarquicio, en el banquete en que Sertorio fue asesinado (SALUSTO, *Hist.* 3, 83 M), es probablemente miembro de esta familia. Su padre era L. Mecenas (*ILS* 7848; cf. NICOLAUS, 31, 133?). TÁCITO (*Ann.* 6, 11) y muchos modernos dan al amigo de Octaviano el nombre de Cilnio Mecenas, que es falso (cf. *ILS* 7848): «Maecenas» es un gentilicio, no un cognomen (cf. «Carrinas»). Sobre los

El mejor partido es una especie de conspiración contra el Estado. Los seguidores de Octaviano no podían siquiera ofrecer la imagen de un partido. Era lo que por boca de la difamación se ha denominado muchas veces a las causas más admirables: una facción. Su actividad estaba más allá de la constitución y más allá de las leyes.

Cuando César emprendió la guerra contra el gobierno, hombres codiciosos y desesperados de su partido aterrorizaron a los dueños de la propiedad. Pero no por mucho tiempo; eran una minoría y pudieron ser controlados. La causa del heredero de César era puramente revolucionaria por sus orígenes, atractiva para todos los enemigos de la sociedad: viejos soldados que habían dilapidado dádivas y fincas; financieros fraudulentos; libertos sin escrúpulos; hijos ambiciosos de familias arruinadas del señorío local de las ciudades de Italia. Los riesgos eran evidentes, pero también lo eran las recompensas: tierras, dinero y poder, fincas y prerrogativas de la nobleza para disfrutarlas, y las hijas de patricios para esposas.

Los hombres de acción del partido, como Salvidieno y Agripa, los primeros de los grandes generales, ocupan el escenario de la historia, expulsando de él a los seguidores más oscuros y a los contribuyentes secretos. El partido no atraía sólo a los faltos de dinero. Su líder necesitaba fondos para atraer adeptos, sufragar a sus seguidores y educar a la opinión en Roma y a través de Italia. Octaviano tenía más habilidad, menos escrúpulos y mejor fortuna que los Libertadores. A principios de octubre, el joven poseía una ingente caja de finanzas de guerra, que podía constituir un incentivo para que Antonio lo atacase y despojase de ella.[21]

La procedencia de estos recursos no está en modo alguno clara; tampoco lo está la suerte de la fortuna particular de César Dictador y de los varios dineros públicos de que disponía. Se acusa a Antonio, tal vez injustamente, de haber rehusado la entrega de dinero al heredero de César. Los legados a la plebe fueron pagados al fin por Octaviano, quizá no enteramente de su propia fortuna y de los préstamos generosos de sus amigos. Además, los libertos de César eran muy ricos. El heredero podía recabar sus servicios.[22] No es esto todo. César, en su

---

Cilnios, de Arezzo, Lrvto, 10, 3, 2; sobre la ascendencia regia de Mecenas, HORACIO, *Odas* 1, 1, 1, etc.

21. *Ad fam.* 12, 23, 2.

22. APIANO, *BC* 3, 94, 391, una de las grandes ventajas de la adopción.

intento de partir sin demora para los Balcanes, había mandado de antemano a Brindis, o más allá, una parte al menos de las reservas de dinero que necesitaba para sus campañas. Sería una locura dejar un gran tesoro detrás de él, una tentación para sus enemigos.

La maledicencia afirma, y la historia repite, que el cónsul Antonio se apropió de la suma de siete millones de sestercios depositados en Roma en el templo de Ops.[23] Sólo las torpes artes de un apologeta revelan el extraño hecho de que Octaviano, en Brindis, en el mes de abril, tuvo a su disposición, algún tiempo al menos, ciertos fondos destinados a las guerras del Dictador y el tributo anual de las provincias del este.[24] Se pretende que en su momento él envió estos dineros a Roma, al tesoro, alegando que su propia herencia era suficiente.[25] Su patrimonio habría de invertirlo pronto «por el bien del Estado»; y mucho más que su patrimonio.

El desvío de fondos públicos no fue suficiente. Octaviano logró también el apoyo de inversores privados, entre ellos algunos de los banqueros más ricos de Roma. Ático, que rehusó financiar el cofre de guerra de los Libertadores, no quiso tener nada que ver con esta aventura. No importa: el heredero de César se ganó casi en seguida a los secretarios de finanzas y a los agentes políticos del Dictador. Entre los primeros cesarianos a quienes se acercó en abril, estaba el millonario Balbo. Balbo supo tener la boca cerrada,[26] y el tiempo ha respetado sus secretos. No queda constancia de sus servicios al heredero de César. Después de noviembre, se escabulle de la historia durante cuatro años; pero el modo como vuelve a ella demuestra que no había estado inactivo.[27] El cesariano Rabirio Póstumo también reaparece, tal y como era de esperar, bien dispuesto y preparado a intervenir en cualquier operación discreta. Junto con Macio y Saserna adelantó dinero para la celebración de los juegos de julio.[28] Opio era diplomático ade-

23. *Phil.* 2, 93, etc.

24. NICOLAUS, *Vita Caesaris* 18, 55, cf. APIANO, *BC* 3, 11, 39; DIÓN, 45, 3, 2. Cf. sobre el tema las agudas observaciones de B. R. MOTZE, *Ann. de la facoltà di filosofía e lettere della r. Univ. di Cagliari* (1933), 1 ss.

25. NICOLAUS, *ibid.*

26. *Ad Att.* 14, 21, 2: «et nosti virum quam tectus» (Ya conoces cuán cerrado es este hombre).

27. Como *cos. suff.* a fines del 40 a. C. La última mención de él, *Ad Att.* 16, 11, 8 (5 de nov.).

28. *Ad Att.* 15, 2, 3.

más de financiero. En noviembre nos lo encontramos en una misión de confianza, esta vez no para César, sino para el heredero de César: un encargo confidencial de echar el lazo a un ex cónsul anciano e indeciso.[29] Un tal Cecina, de Volterra, lo había intentado en vano hacía poco.[30]

Cuando Octaviano viajó a la Campania a alistar un ejército por dinero, cinco seguidores de cierta nota tomaron parte en la aventura. Sólo de dos nombres hay certeza, Agripa y Mecenas.[31] Octaviano pudo haber contado ya entre sus partidarios con ciertos individuos oscuros y de dudosa reputación, como Mindio Marcelo, cuyo padre había desarrollado actividades mercantiles en Grecia. Mindio, además, se enriqueció con la compra de fincas confiscadas; procedía de Velitras, la ciudad de Octaviano.[32]

La documentación sobre los nombres y el origen de partidarios de Octaviano en los primeros años de su carrera revolucionaria es desgraciadamente escasa. Hay suficientes motivos para que así sea. La historia, atenta a ensombrecer a su rival, ha conservado en cambio las invectivas públicas que designara con nombres y epítetos a los partidarios de Antonio en el senado, como una colección de arruinados y bandidos, siniestros, pérfidos, sanguinarios: Domicio, el apulio que envenenó a su sobrino; Annio Címber, hijo de un liberto y fratricida; M. Insteyo, bañista y bandolero de Pésaro; T. Munacio Planco Bursa, incendiario; el histrión Cesenio Lento; Núcula, que había escrito pantomimas; el español Decidio Saxa.[33] El hecho de que se con-

29. *Ibid.*, 16, 15, 3.

30. *Ibid.*, 16. Probablemente no el A. Cecina de *Ad fam.* 6, 5 ss.; 13, 66.

31. NICOLAUS, *Vita Caesaris* 31, 133: καὶ ταῦτα αὐτῷ βουλευομένῳ καὶ τοῖς ἄλλοις συνέδοκει φίλοις, οἳ μετεῖχον τῆς στρατείας τῶν τε μετὰ ταῦτα πραγμάτων. ἦσαν δὲ οὗτοι Μάρκος Ἀγρίππας, Λεύκιος Μ(α)ικήνας, Κοΐντος Ἰουέντιος, Μάρκος Μοδιάλιος καὶ Λεύκιος. Jacoby supone la existencia de una laguna detrás del último nombre. Si Nicolaus es correcto —y correctamente transmitido— podríamos tener aquí no a Mecenas, sino a su padre (así lo hace MÜNZER, P-W XIV, 206). Se han hecho pocos intentos de identificar los tres últimos nombres, y ninguno satisfactorio. Λεύκιος podría ser Balbo, pero la actividades de Balbo solían ser menos indiscretas. L. Cornificius (*cos.* 35 a. C.), sin embargo, es muy posible, pues fue un precoz seguidor (PLUTARCO, *Brutus* 27). Obsérvese la ausencia de Salvidieno.

32. *SEG* VI, 102 = *L'ann ép.*, 1925, 93 (Velitrae) homenajeándolo como *praefectus classis;* cf. APIANO, *BC* 5, 102, 422. Sobre sus ganancias, *Ad fam.* 15, 17, 2; su padre, *ibid.*, 13, 26, 2.

33. *Ibid.*, 3, 23, *Phil.* 11, 11 ss.; 13, 26 ss.

siderase que Octaviano estaba del lado de la República impedía la relación plena y reveladora de sus asociados, salvo la honorable mención de tres tribunos y un jefe de legión a quienes él había apartado del cónsul.[34]

Estos fueron sus primeros asociados senatoriales y (con excepción de C. Rabirio Póstumo) los únicos de ese rango que constan durante mucho tiempo. Lo que quedaba del partido de César en el senado después de los idus de marzo revela la carencia de distinción social y de talento utilizable. Muchos de sus miembros más eminentes eran neutrales, evasivos, atentos a su propio juego o vinculados a Antonio; y algunos de los mejores militares cesarianos estaban ausentes en las provincias.

Los más antiguos y eficaces agentes de Octaviano fueron miembros del orden ecuestre, Salvidieno, Agripa y Mecenas; el partido conservó hasta su fin la marca de su origen. Mucho tiempo habrá de pasar hasta que un grupo de senadores surja a su lado. Cuando han transcurrido cuatro años, y Octaviano, a través de todas las peripecias, de todos los episodios de astucia y de violencia, consigue que se le reconozca como líder cesariano, al lado de Antonio, sólo ocho hombres de rango senatorial se dejan identificar entre sus generales, y no forman, a decir verdad, un grupo que impresione.[35]

Senadores que habían pasado a salvo la guerra civil, o que debían su posición y su fortuna a una revolución, no estaban deseosos de promover una segunda. Pero Octaviano deseaba ser mucho más que el cabecilla de forajidos y de financieros, aliados contra toda lógica. El apoyo de los financieros era privado y personal, no la política meditada de toda una clase. Octaviano necesitaba al senado también. Esperaba ganar la simpatía, si no el apoyo, de algunos de los más respetables cesarianos, que estaban distanciados por las pretensiones de Antonio y alarmados de su poder. En primer lugar, los cónsules designados, Hircio y Pausa, cuyo consejo recabó Octaviano a su llegada a la Campania. Amigos de César, a quien lo debían todo, seguramente no

34. *Ibid.*, 3, 23. Los tribunos eran Ti. Canucio, L. Casio Longino (hermano del asesino, pero simpatizante cesariano) y D. Carfuleno. Este último fue probablemente un oficial ecuestre (*Ball. Al.* 31, 3), ascendido por César al rango senatorial. Tuvo el mando de la *legio Martia* de Octaviano en Módena (*Ad fam.* 10, 33, 4); no hay constancia de quién impulsó a la legión a desertar de Antonio. L. Egnatuleyo, cuestor de Antonio, tenía la IV, cf. *Phil.* 3, 39, etc.

35. *Infra*, pp. 291 s.

rechazarían a su heredero. Sin embargo, estos hombres, simples aristócratas de sus municipios, carecían de experiencia en los asuntos públicos, de personalidad fuerte y de influencia familiar. Cicerón, en público, hacía profesión de admirarlos cordialmente por su lealtad, su patriotismo y su talento. Muy distinto es lo que revelan sus cartas particulares: se reía de ellos por su pereza y su afición al vino.[36]

Aun así, Hircio y Pansa podían salvar a la República, no como algunos esperaban, por la acción, sino por impedir la acción de otros. Incluso una nulidad es una potencia cuando es cónsul en Roma. Una política sí la tenían, y aun podían llevarla a cabo: restablecer la concordia en el partido cesariano, y por tanto, en el Estado romano. Los dos verían con gusto a Antonio doblegado, pero no destruido, pues lo que de ningún modo querían era ser captados por una facción anticesariana y obligados a tomar el mando en una guerra civil. Hircio era accesible a la maligna influencia de Balbo,[37] lo que no presagiaba nada bueno para los republicanos, sino ventaja para Octaviano. Acerca de Pansa se sabe menos. Pero Pansa no era enemigo declarado de Antonio;[38] y estaba casado con la hija del ex cónsul de Antonio, O. Fufio Caleno, un político hábil.[39] Pansa, sin embargo, dio ánimos a Octaviano en los primeros momentos.

En relación con este asunto, y junto con Pansa, se citan algunos nombres más: P. Servilio, L. Pisón y Cicerón; se les califica de neutrales, y a su política de deshonesta.[40] Ni una palabra aquí de los ex cónsules Filipo y Marcelo. Otra fuente, aunque igualmente no de las mejores, alega que la pareja hizo un pacto secreto con Cicerón para

36. *Ad Att.* 16, 1, 4: «λῆρος πολύς in vino et in somno istorum» (Hablan mucho, cargados de vino y de sueño). Q. Cicerón de modo parecido, en *Ad fam.* 16, 27, 1: «quos ego penitus novi libidinum et languoris effeminatissimi animi plenos» (Los conozco muy bien, llenos de bajas pasiones y de una dejadez afeminada de espíritu).

37. Ad Att. 14, 20, 4: «ille optime loquitur, sed vivit habitatque cum Balbo, qui item bene loquitur» (Él habla muy bien, pero está en estrecha relación con Balbo, que también habla muy bien).

38. *Ibid.*, 15, 22, 1: «inimicum Antonio? guando aut cur? quousque ludemur?» (¿Enemigo de Antonio? ¿Cuándo y por qué? ¿Hasta cuándo jugará con nosotros?).

39. *Phil.* 8, 19.

40. NICOLAUS, *Vita Caesaris* 28, III: ἦσαν δ' οἱ ἐν μέσῳ τὴν ἔχθραν ἀνάγοντες αὐτῶν καὶ πράττοντες τοῦτο. τούτων δ' ἦσαν κορυφαῖοι Πόπλιος, Οὐίβιος, Λεύκιος, παντῶν δὲ μάλιστα Κικέρων (Los neutrales eran los que fomentaban la enemistad y hacían esta política. Sus cabecillas eran Pubio (Servilio), Vibio (Pansa) y Lucio (Visón), pero más que ninguno Cicerón).

prestar apoyo político a Octaviano, a cambio de recibir la protección de sus recursos financieros y de su ejército.[41] Tal vez no todo sea un infundio. Los sutiles intrigantes estaban ahora enseñando la oreja. En noviembre estaban actuando claramente en pro de su joven pariente.[42] Pero la situación era complicada y la política de Filipo ambigua. Aunque estimulado por el ejemplo de los actos de su padre en favor del joven Pompeyo, se resistía a romper con Antonio, pues a través de Antonio esperaba lograr un consulado para su propio hijo a pesar de su corta edad.[43] Tampoco había que relegar del todo al tortuoso Marcelo; también éste tenía relaciones familiares que podían hacerse entrar en juego, para la causa cesariana o para la República.[44]

Cualesquiera que fuesen los rumores o la probabilidad de intrigas secretas, el joven aventurero necesitaba el apoyo franco de políticos veteranos en el senado: mediante la *auctoritas* de éstos podía adquirir el reconocimiento y el rango oficial. ¿Quiénes entre los *principes* estaban dispuestos a darle su apoyo?

41. PLUTARCO, *Cicero*, 44.

42. *Ad Att.* 16, 14, 2.

43. *Ad fam.* 12, 2, 2. Esperaba apartar a Bruto y a Casio del consulado del 41 a. C. y obtener uno de los puestos para su hijo, pretor en el 44.

44. Su madre era una Junia (*Ad fam.* 15, 8), probablemente la tía de D. Bruto; también estaba emparentado con Ser. Sulpicio Rufo (*cos.* 51 a. C.). Una tabla de estos parentescos en Münzer, *RA* 407.

Capítulo X

EL VIEJO ESTADISTA

Tres hombres de rango consular habían hablado en el senado en contra de Antonio, a saber: L. Pisón, P. Servilio y Cicerón, y con ello se podía decir que habían dado alas a los proyectos de Octaviano. Eso era todo lo que tenían en común; en sus caracteres, sus carreras y su política, los tres ex cónsules eran dispares e irreconciliables.

Pisón, un aristócrata de carácter y de juicio, hacía compatible su lealtad a las normas romanas de conducta con una viva afición a la literatura y a la filosofía griegas; era amigo y patrono de Filodemo, el poeta y erudito.[1] Aunque de gustos elegantes, Pisón amoldaba su modo de vida a su tradición familiar y a su fortuna, que no hubiera soportado las manifestaciones ostentosas ni el lujo insensato.[2] Como suegro de César, y elegido cónsul por mediación de Pompeyo y de César, Pisón no tuvo ocasión de proteger a Cicerón de la amenaza, sentencia y consecuencias del destierro. Cicerón se la guardó, y atacó a Pisón, por su gestión en el gobierno de Macedonia, tanto antes como después del regreso del procónsul, y con la más mínima excusa. Pisón

1. CICERÓN, *In Pisonean* 13, 68 ss. El sabio ASCONIO (14 = p. 16 Clark) proporciona el nombre de Filodemo.

2. Vivía en una cabaña («gurgustium», *In Pisonem* 13), y sus diversiones carecían de brillantez (*ibid.*, 67). Las fortunas de algunos *nobiles* eminentes distaban mucho de ser holgadas. El excelente L. Aurelio Cotta (*cos.* 65 a. C.) vivía en una «villula sordida et valde pusilla» (un hotelito sórdido y sumamente minúsculo) (*Ad Att.* 12, 27, 1). Un contraste con las mansiones de Cicerón.

respondió, sin duda, con cierta efectividad.[3] Tampoco se brindó ningún enemigo político, ni ningún joven ambicioso, a llevar a juicio a un procónsul, acusado de haber sido corrupto, incompetente y calamitoso. Pisón, sin embargo, se retiró cada vez más de la política activa. Su prestigio, o por lo menos su influencia, está lo bastante comprobado por su elección, en contra de sus deseos, a la censura del año 50 a. C., un honor al que deben de haber aspirado muchos ex cónsules, como debido reconocimiento a sus servicios públicos prestados y a su sagacidad política.

Las doctrinas apacibles y humanas de los epicúreos, expuestas como estaban al reproche, fácil y convencional, de que descuidaban el bien público en aras del placer egoísta, podían, sin embargo, resultar más útiles al Estado que los principios más elevados, profesados y a veces seguidos con tan robusta convicción. Pisón, un romano patriota, no abandonó toda la preocupación por su país, ni cayó en una inactividad timorata, ni ante el peligro inminente de guerra civil ni en el transcurso de la misma. Por el contrario, se esforzó por alcanzar la mediación y el compromiso entonces y después, tanto durante la lucha entre César y Pompeyo, como cuando la política romana pareció degenerar una vez más en una lucha de partidos.[4] Su carácter fue confirmado por su conducta; su sagacidad, por el curso de los acontecimientos; a pocos, en verdad, de sus contemporáneos les fue concedida esa doble y triste satisfacción.

Pisón era un ex cesariano convertido en independiente. P. Servilio Isaúrico, hijo de un padre conservador y muy respetado, se inició en la carrera política bajo los auspicios de Catón.[5] La mayoría de sus amigos, aliados y parientes siguieron a Catón y a Pompeyo en la guerra civil. Servilio, sin embargo, había sido captado por César, quizá con un soborno a su ambición: el consulado del 48 a. C. Es posible que Servilio no fuese un hombre de acción, pero gobernó para César la provincia de Asia con algún acierto entre 46 y 44 a. C. A su regreso a Roma, a finales de verano, Servilio se embarcó en una política tor-

3. Aunque hace falta fe para creer que el *In Ciceronem* de Salustio —un ataque breve, vigoroso y concentrado— fuese obra de Pisón, como se ha postulado por REITZENSTEIN y SCHWARTZ, *Hermes* XXXIII (198) 87 ss.; aceptado por E. MAYER, *Caesars Monarchie*[3], 163 s.

4. CÉSAR, *BC* 1, 3, 6; PLUTARCO, *Pompeius* 58 y *Caesar* 37; DIÓN, 41. 16, 4; CICERÓN, *Ad Att.* 7, 13, 1; *Ad fam.* 14, 14, 2.

5. MÜNZER, *RA*, 355 ss.; P-W II A, 1798 ss.

tuosa para incrementar su poder y el de su clan. Sus relaciones familiares le permitirían, si lo deseaba, una posición independiente y conciliadora entre los partidos. Estando emparentado con Bruto, con Casio y con Lépido, podía convertirse en vínculo de una nueva formación política, entre cesarianos y republicanos. Esa perspectiva le encantaría, con seguridad, a su suegra Servilia.

Por la razón que fuese, sus primeros actos inquietaron a Antonio: el 2 de septiembre criticó la política de Antonio. Sin embargo, cuando Octaviano marchó sobre Roma, no se tuvo noticia de P. Servilio; como otros ex cónsules contrarios a Antonio, pero no deseosos de comprometerse demasiado pronto, se mantuvo apartado. Con todo, debió de prestar un tribuno; Ti. Canucio probablemente pertenecía al séquito de Isaúrico.[6]

Pisón y Servilio tenían en su haber un cambio de bando cada uno. Pero ningún político podía competir con Cicerón en su capacidad de cambio, como atestiguan los ataques de sus enemigos y sus propios apologistas. El sagaz y desinteresado Pisón jamás prestaría su ayuda, o aprobaría el reclutamiento de un ejército particular, contra un cónsul del pueblo romano; Servilio, por su parte, no fue irreprochable del todo; pero Cicerón se puso a la cabeza y lideró un grupo de políticos que intentaba utilizar al aventurero cesariano para destruir al partido cesariano.

Cicerón proclamaba que él había sido siempre consecuente en su ideario político, aunque no en los medios que había adoptado para ponerlo en práctica. Su defensa no es válida para la totalidad de su carrera. Sería, sin embargo, malévolo e injusto censurar y reprobar a un aspirante a los honores políticos, que después de hacer suyas varias causas populares y de apoyar la concesión a Pompeyo de un mandato extraordinario, por convicción honesta o por afán de medrar políticamente, se hiciese más conservador cuando obtuvo el consulado y entró en las filas de la oligarquía dominante. Cicerón nunca había sido un revolucionario, ni siquiera un reformista. En los años que siguieron a su consulado estuvo vacilando entre Pompeyo y los enemigos de Pompeyo sin que ni aquél ni éstos se fiasen de él. En Catón admiraba, pero deploraba, el mantenimiento a ultranza de los principios, y la negativa a cualquier compromiso; y aun se lamentaba de que los aliados de Catón lo hubiesen abandonado. Siempre se declaró fiel a

6. SUETONIO, *De rhet.* 4.

Pompeyo, pese a los bruscos desaires y a las pruebas de fría maldad que recibió de él, y de las cuales, engañándose a sí mismo con facilidad, echaba la culpa a César, causante de todas sus desgracias, en vez de a Pompeyo, que tenía la última palabra. Pompeyo era el más fuerte; desde los primeros años de la carrera política de Cicerón, parecía haber dominado la escena y dirigido la acción. La supremacía de Pompeyo se vio amenazada dos veces (en el 61-60 a. C. y en el 56); en ambas supo rehacerse de modo convincente. Cicerón sucumbió a la idea fija. De no haber sido por eso, había muchas cosas que hubiesen podido acercar a Cicerón y a César: una común afición a la literatura, para la que Pompeyo era completamente negado, amigos también comunes, un gran deseo de escuchar aplausos en uno de ellos, una amable disposición a agradar y halagar en el otro.

Cicerón estuvo a punto de permanecer neutral en la guerra civil. A su regreso de la provincia de Cicilia, hizo cuanto estuvo en su mano para evitar la ruptura de hostilidades. Se mostró justo e imparcial.[7] Demasiado tarde. Él se hacía pocas ilusiones con Pompeyo, y sentía pocas simpatías por sus aliados. Aun así, se encontró, y no de modo antinatural, en el bando de Pompeyo, en el partido de la constitución y de la mayoría de los ex cónsules no retirados de la política. Los líderes eran Pompeyo y Catón. Era claramente la mejor causa, y parecía la más fuerte. Cicerón no contaba con la guerra y, cuando la guerra estalló, incluso Catón pareció dispuesto a claudicar de sus principios y hacer concesiones a César.[8]

Cicerón se dejó convencer de que aceptase un mando militar a las órdenes de Pompeyo, pero permaneció en Campania, rehusando seguirle a ultramar, quizá por incapacidad de comprender su estrategia. Entonces César trató de captarlo, por medio de los buenos oficios de Balbo y de Opio, amigos suyos, e incluso con visitas personales. Pero Cicerón se mantuvo firme; se negó a ir a Roma y aprobar los actos y la política de César con su presencia en el senado. Valor, pero también miedo; estaba asustado de las amenazas sanguinarias del Pompeyo ausente, que prometía dar a los neutrales el mismo trato que a los enemigos. España podía traerle la victoria después de todo. Las agonías de un largo galanteo con la neutralidad lo empujaron a unirse a Pompeyo, sin esperar a las noticias de la decisión de

7. *Ad fam.* 16, 12, 2; VELEYO, 2, 48, 5.
8. *Ad Att.* 7, 15, 2.

España.[9] No eran pasión ni convicción, sino impaciencia y desesperación. Farsalia puso fin al abrazo. Cicerón se convenció de que debía beneficiarse de la clemencia y de la estima personal que por él sentía el vencedor.

Los años de vida bajo la Dictadura fueron infelices y sin gloria. La continuación de la lucha con los últimos residuos pompeyanos, y el retorno, a veces esperado pero siempre aplazado, a las condiciones de normalidad, lo sumieron en una profunda depresión. Huía del senado, escenario de sus antiguos triunfos. Con el paso del tiempo, hubiera podido imponer silencio a su conciencia y aceptar en gran medida el gobierno autoritario de Roma. Él no era un Catón ni un Bruto; y Bruto observaría más tarde: «mientras Cicerón tenga gente que le dé lo que desea, que lo halague y lo ensalce, aguantará la esclavitud».[10] Pero Cicerón fue capaz de mantenerse firme frente a César. Aunque en el senado se prestó una vez a celebrar la clemencia y magnanimidad del Dictador,[11] pronto se puso a trabajar en una apología de Catón, que publicó, originando una moda. César respondió con un elogio del talento del autor, y con un panfleto en que denigraba la memoria del mártir republicano. Por mediación de emisarios y de amigos, indujo a Cicerón a redactar una especie de carta abierta en que expresase su aprobación al gobierno. Opio y Balbo encontraron que el resultado no era del todo satisfactorio. Antes que corregirlo, Cicerón desistió, con satisfacción. César no insistió. El tiempo se echaba encima; agentes como Balbo eran más útiles a un autócrata atareado y con muchas órdenes que dar.

Después vinieron los idus de marzo y, dos días más tarde, la sesión del senado en el templo de Tellus, en la que Cicerón, como otros políticos, habló en pro de la seguridad y de la concordia. La paz exige una vigilancia constante. Cicerón pretenderá más tarde que desde

9. Pudo estar influenciado, sin embargo, por rumores circunstanciales. No era tampoco improbable que César fuese atrapado y derrotado en España por los experimentados generales pompeyanos.

10. *Ad M. Brutum* 1, 17, 4: «nimium timemus mortem et exsilium et paupertatem. Haec nimirum videntur Ciceroni ultima esse in malis, et dum habeat a quibus impetret quae velit, et a quibus colatur et laudetur, servitutem, honorificam modo, non aspernatur» (Demasiado tememos a la muerte, al destierro y a la pobreza. Esas son, en efecto, las que a Cicerón le parecen las máximas desgracias, pero mientras tenga, etc.)

11. En el discurso *Pro Marcello* (otoño del 46 a. C.).

aquel día él nunca abandonó su puesto.[12] Los hechos desmienten esa afirmación. Entre el 17 de marzo y el 2 de septiembre, un período de casi seis meses, el más crítico para la nueva y precaria concordia, Cicerón nunca fue visto en el senado. Durante la primavera y el verano, la causa del gobierno de orden no era aún desesperada; para salvarla, ¿qué mejor campeón que un patriota que alardeaba de no haber sido nunca un político de partido? Como Antonio le había dicho una vez, un neutral honrado no huye.[13] En el otoño era demasiado tarde; el regreso de Cicerón no trajo la paz, sino que agravó la discordia y dio impulso a la más irracional de todas las guerras civiles.[14]

Después del 17 de marzo, la evidencia de que ni la política ni el partido de César habían sido abolidos, provocó en él una amarga decepción. Aun antes de los idus de marzo, pensaba marchar a Grecia y permanecer en ella hasta fines de año, para regresar bajo mejores auspicios cuando Hircio y Pansa fuesen cónsules. La legislación del 1 de junio ahondó su desencanto. Tampoco había decisión alguna ni esperanza entre los Libertadores, como puso de manifiesto el cónclave de Anzio, ni ayuda armada alguna de las provincias. A primeros de julio se recibieron de España informes de plena garantía, según los cuales Sexto Pompeyo había llegado a un acuerdo con el gobierno. Cicerón lo sintió.[15] La supremacía del partido cesariano en la persona de Antonio parecía inconmovible. Al fin, después de largas dudas y vacilaciones, Cicerón partió para Grecia. Zarpó de Pompeya el 17 de julio. El mal tiempo embistió a su barco en el estrecho de Mesina. En Leucopetra, cerca de Regio, recibió el 7 de agosto noticias y rumores de Roma. La situación parecía haber cambiado. Antonio daba señales de estar dispuesto a reconciliarse con el senado; habría una sesión del senado el 1 de agosto y alguna perspectiva de que Bruto y Casio volviesen a la vida política.[16]

12. *Phil.* I, 1: «nec nero usquam discedebam nec a re publica deiciebam oculos ex eo die quo in aedem Telluris convocati sumus» (Pero nunca me ausentaba ni apartaba los ojos de la República desde aquel día en que fuimos convocados al templo de Tellus).

13. *Ad Att.* 10, 10, 2: «Nam qui se medium esse vult in patria manet (mayo del 49) (El que quiere estar en medio se queda en su patria).

14. Como la llamó MOMMSEN, *Ges. Schr.* IV, 173. Cf. DIÓN, 46, 34.

15. *Ad Att.* 15, 29, 1: «Sextum scutum abicere nolebam» (No quería yo que Sexto depusiese el escudo).

16. *Ad Att.* 16, 7, 1; *Phil.* 1, 8. Cf. *supra*, p. 151.

Cicerón dio la vuelta. El 17 de agosto, cerca de Velia, tuvo un encuentro con Bruto, ocupado de los últimos preparativos para abandonar Italia. Se enteró de que L. Pisón había hablado efectivamente en el senado, pero sin que nadie le apoyase. Las esperanzas optimistas de un ataque concentrado sobre las posiciones cesarianas se esfumaron bruscamente. El cambio de decisión adoptado por Cicerón había sido en balde. Sin embargo, lo mantuvo y regresó, aunque con amargura y sin la menor perspectiva de desempeñar papel alguno en la política romana.[17]

Así lo creía entonces, y el mes de septiembre no trajo más alivio ni confianza. De vuelta a Roma, Cicerón se abstuvo de asistir al senado el primero de septiembre. Antonio profirió amenazas. Cicerón compareció el 2 de septiembre y manifestó su protesta por los actos del cónsul. Sus observaciones fueron negativas y provocadoras; la réplica de Antonio fueron quejas de violación de una amistad, y un repaso condenatorio de la carrera realizada por Cicerón (19 de septiembre). Cicerón consideró oportuno no hacer acto de presencia. Salvó su dignidad con la creencia de que su vida peligraba, y por la redacción de un discurso de contestación, el panfleto conocido como *Segunda Filípica*,[18] que nunca fue pronunciado. Los adversarios estaban destinados a no encontrarse nunca más.

Se podría alegar que al atreverse a atacar la política de Antonio, Cicerón daba la cara al fin, y hacía historia con una valiente defensa de la República. Pero Cicerón no se había comprometido aún en una lucha a muerte con Antonio, ni en un programa de acción definido. El senado había presenciado ya —y repetidamente— despliegues más feroces de invectiva política, como el mantenido por él mismo con L. Pisón hacía diez años.

Entre Antonio y Cicerón no existía un antiguo agravio ni un motivo profundo de choque inevitable, y sí, por el contrario, relaciones de amistad, a las que cada uno de ellos podía apelar con entera justicia. En el 49 a. C., Antonio, al mando de Italia a la sazón, trató a Cicerón con tacto y con respeto, aconsejándole no unirse a Pompeyo, pero sin ponerle impedimentos para que lo hiciese.[19] Después de Farsalia, la

17. *Ibid.*, 16, 7, 7: «nec ego nunc, ut Brutus censebat, istuc ad rem publicam capessendam venio» (No vengo ahora aquí, como pensaba Bruto, a poner mis manos en la República).

18. *Ibid.*, 16, 11, 1 ss. (5 nov.).

19. *Ibid.*, 10, 8a (una carta muy amable); 10, 10, 2 (resumen de otra).

misma actitud amistosa.[20] Una vez más, tras el asesinato de César, nada más que deferencia.[21] El regreso de Cicerón provocó un incidente, pero no dio señales de que el día 2 de septiembre imprimiría un giro tan señalado a la política romana.

Un momento de calma en los negocios públicos. A primeros de octubre, estalla la tormenta. Se originó en otro sector. La colección de la correspondencia de Cicerón no conserva ninguna de las cartas que recibió de Octaviano. Esto no ha de sorprender; el editor sabía su oficio. Un velo necesario fue corrido sobre el inicio de los prolegómenos, en la anómala alianza entre la oratoria y las armas, entre el venerable ex cónsul y el aventurero revolucionario. Existe el peligro, es cierto, de que las relaciones de Cicerón y Octaviano puedan ser fechadas demasiado atrás, interpretadas a la luz de la historia ulterior, y dotadas de una significación ajena incluso a los pensamientos secretos de los mismos protagonistas. Cicerón había conocido al heredero de César en el mes de abril.[22] Después, nada más durante mes y medio. En junio, sin embargo, reconocía que había que animar al joven e impedir que se aliase con Antonio;[23] en julio, Octaviano se ha convertido en un factor y una fuerza política.

Los acontecimientos se precipitaban. En su relato de las razones que lo impulsaron a regresar, Cicerón no menciona los *Ludi Victoriae Caesaris,* ni la consiguiente ruptura entre Octaviano y Antonio. Y sin embargo, quizá en Leucopetra tuviera él conocimiento de estos hechos. Podría parecer que era sólo una riña doméstica en las filas del partido cesariano; pero claramente de un cariz que podía influir sobre la política pública de Antonio.

Cuando tomó la decisión de regresar, Cicerón no sabía que se había restablecido la unidad en el partido cesariano. Una vez más, en los dos primeros discursos contra Antonio, ni una palabra sobre el joven César; sin embargo, la existencia del rival de Antonio tuvo que ser considerada como un factor político, por Cicerón y P. Servilio, cuando éstos atacaron al cónsul.

Comoquiera que fuese, a principios de octubre el heredero de César era un fenómeno alarmante. Pero incluso ahora, entre los meses de

20. *Ibid.*, 11, 7, 2.
21. *Ad Att.* 14, 13*a*; 13*b* (respuesta de Cicerón).
22. *Supra*, p. 148.
23. *Ibid.*, 15, 12, 2: «sed tamen alendus est et, ut nihil aliud, ab Antonio seiungendus».

octubre y noviembre, Cicerón estaba lleno de desconfianza, sospechando de los verdaderos designios de Octaviano y dudando de su capacidad de hacer frente a Antonio. Octaviano, por su parte, desplegaba todos sus recursos para ganar la confianza de Cicerón, o por lo menos comprometerle públicamente en la causa revolucionaria. A principios de noviembre había entre ellos un intercambio diario de cartas. Octaviano tenía ahora en Campania un ejército de tres mil veteranos. Acosaba a Cicerón pidiéndole consejo, enviándole a su agente de confianza, Cecina, de Volterra, en solicitud de una entrevista, pues Cicerón estaba cerca.[24] Cicerón rehusaba comprometerse en público. Entonces Octaviano le exhortó a trasladarse a Roma, salvar al Estado una vez más y renovar la memoria de las gloriosas nonas de diciembre.[25]

Cicerón no se dejó ganar. Abandonó la Campania y se retiró a Arpino, en previsión de complicaciones. Detrás de Cecina, Octaviano envió a Opio, pero en balde.[26] El ejemplo, o las exhortaciones, de Filipo y de Marcelo tampoco tuvieron peso.[27] Cicerón pasó de camino por Aquino, pero al parecer no se encontró con Hircio y con Balbo.[28] Iban camino de la Campania, so pretexto de una cura de aguas. Dondequiera que había disturbios, al agente secreto Balbo se le podía ver al fondo. Cicerón, asustado de que Antonio volviese con las tropas de Brindis, se sabía seguro en Arpino, que estaba apartado de las principales carreteras. El joven revolucionario emprendió sin él la marcha sobre Roma.

A decir verdad, Cicerón albergaba muchas dudas sobre Octaviano. Los veteranos respondían a la llamada del heredero de César; las ciudades de Campania rebosaban entusiasmo. Entre la plebe tenía muchos seguidores, y era capaz de ganarse un respaldo más respetable. «Pero mira su edad, su nombre.»[29] Octaviano no era más que un joven, carecía de *auctoritas*. Por otra parte, era el heredero del Dictador, un revolucionario portador del lema de vengar a César. Ese propósito

24. *Ad Att.* 16. 8 (2 de nov.), cf. 16, 9 (uno o dos días después).
25. *Ibid.*, 16, 1, 6.
26. *Ibid.*, 16, 15, 3.
27. *Ibid.*, 16, 4, 2: «nec me Philippus aut Marcellus movet. Alia enim eorum ratio est; et si non est, tamen videtur» (Tampoco me mueven Filipo o Marcelo; la razón de ellos es otra, y sí no lo es, lo parece).
28. *Ad fam.* 16, 24, 2, de fecha incierta, pero apropiada a noviembre de este año.
29. *Ad Att.* 16, 8, 1, cf. 16, 14, 2.

no era ningún secreto, ningún disfraz. Cierto que había ofrecido una garantía a los conservadores, permitiendo que uno de los asesinos de César fuese elegido tribuno,[30] pero era un mero gesto político, fácil de hacer y fácil de revocar. Más significativo, y muchísimo más amenazador, el solemne juramento, hecho con la mano extendida, a la estatua de César Dictador.[31] Un Cicerón lleno de alarma confesaba la ruinosa alternativa: «Si Octaviano triunfaba y alcanzaba el poder, los *acta* de César serían confirmados de modo más decisivo que lo habían sido el 17 de marzo; si fracasaba, Antonio sería intolerable».[32]

Con demasiada frecuencia Cicerón se equivocaba en sus juicios políticos. Esta vez, sin embargo, no era fácil optimismo, sino una exacta predicción de los riesgos de apoyar al revolucionario cesariano. Octaviano profesaba a Cicerón una devoción suma, y le llamaba «padre» —apelativo que el sombrío Bruto habría de recordar más tarde con amargo reproche.[33] Octaviano ha sido condenado alguna vez por fría y brutal traición a un padre y a un bienhechor. Esa interpretación, fácil y parcial, ha de ser rechazada en aras no de Octaviano, sino de la verdad. La alianza política entre Octaviano y Cicerón no fue simplemente la trama de un joven astuto y falto de escrúpulos.

Cicerón fue víctima de la opinión, excesivamente optimista, que tenía de su propia perspicacia; siempre había alimentado la esperanza de ser el consejero político de uno de los generales de la República. Cuando Pompeyo sometió el Oriente a las armas de Roma, recibió una alarmante propuesta de esta índole; junto a su Escipión, Cicerón iba a hacer el papel de Lelio. Más adelante, a su regreso del exilio, Cicerón confió en que Pompeyo podría ser inducido a apartarse de sus aliados, abandonar a César, y prestarse a que él lo guiase. Pompeyo lo llamó al orden bruscamente, y su influencia como estadista quedó destruida. La experiencia y la sabiduría del político sin partido no fueron requeridas por César a intervenir en su organización del Estado romano. Tampoco Antonio fue más comprensivo. Cicerón se vio obligado a malgastar

30. *Ibid.*, 16, 15, 3.
31. *Ibid.*, 16, 15, 3.
32. *Ibid.*, 16 4, 1.
33. *Ad M. Brutum*, 1, 17, 5: «licet ergo patrem apellet Octavius Ciceronem, referat omnia, laudet, gratias agat, tamen illud apparebit verba rebus esse contraria» (Bien está que Octavio llame padre a Cicerón, que le consulte todo, lo elogie, le dé las gracias; al final se verá que sus palabras son contrarias a la realidad). Cf. PLUTARCO, *Cicero* 45.

sus tesoros en un objeto indigno de ellos: en abril del 44 a. C. escribió una carta a Dolabela, en la que le ofrecía al joven las felicitaciones, los consejos y la alianza de un viejo hombre de Estado.[34]

Cicerón no puede ser absuelto de ese persistente engaño a sí mismo. Consciente de los riesgos, quiso utilizar a Octaviano contra Antonio, y deshacerse de él al final, si no se mostraba dócil. Era otra vez el plan fatídico de Catón con Pompeyo. El hundimiento de Antonio serviría de aviso al joven para no aspirar a la tiranía militar, y pondría de manifiesto la energía de que el Estado podía aún dar muestras. En sus declaraciones públicas, Cicerón daba garantías de la buena conducta y de la lealtad del aventurero.[35] En sus cartas particulares presumía de la excelencia de su propio plan. Es muy dudoso que en ningún momento haya creído que podía fiarse de Octaviano. Ninguno de los dos era un crédulo.

Cuando se enteró del fracaso de la marcha sobre Roma, Cicerón debió de felicitarse por haber rehusado dejarse atrapar en un liderazgo prematuro de la República. Decidió esperar hasta el 1 de enero antes de comparecer en el senado. Pero Octaviano y Décimo Bruto insistían, el uno con su ejército ilegal peligrosamente acantonado en Etruria; Bruto, en la Cisalpina, en rebeldía contra un cónsul. Como los dos actuaban como iniciativas privadas para la salvación del Estado, los dos clamaban por la legalización de sus posiciones. La ofensiva fue por ello lanzada antes de lo que se había previsto.

En este punto sonó la hora última y heroica en la larga y variada vida pública de Cicerón. Echando mano de toda su oratoria y de todas sus energías, para la lucha contra Antonio, ansioso de guerra e implacable, no quería oír hablar de paz ni de compromiso: se enfrentó con Antonio, dándole dos únicas opciones: o la capitulación o la destrucción. Seis años antes, la misma actitud había provocado la guerra entre el gobierno y un procónsul.

Una tozudez fanática parece ajena al carácter de Cicerón, y no se advierte en su carrera pasada, pero ahí precisamente radica la explica-

34. *Ad fam.* 9, 14.

35. *Phil* 5, 50: «omnis habeo cognitos sensus adulescentis. Nihil es illi re publica carius, nihil vestra auctoritate gravius, nihil bonorum virorum iudicio optatius, nihil vera gloria dulcius» (Conozco muy bien los sentimientos de este joven: nada es para él más caro que la República, nada le impone más que vuestra autoridad, nada desea más que la estima de las gentes de bien, nada considera más dulce que la gloria verdadera).

ción. Cicerón se sintió impelido a una acción desesperada por el recuerdo de todas las humillaciones de su pasado: el destierro; un fatal error de cálculo político bajo la hegemonía de Pompeyo, y los discursos obligados que hubo de pronunciar en defensa de los instrumentos de la tiranía: Balbo, Vatinio y Gabinio; por la Dictadura de César; por su sentido de culpabilidad y por su propia insuficiencia. Sabía lo poco que había hecho en bien de la República, a pesar de su talento y de sus declaraciones; sabía de qué manera vergonzosa había desertado de su puesto tras el 17 de marzo, cuando todavía se estaba a tiempo de alcanzar la concordia y el gobierno del orden.

Ahora, por fin, había llegado la ocasión de redimirlo todo, de afirmar su liderazgo, de liberar al Estado una vez más, o de precipitarse con él a la ruina. Una vez había escrito sobre el estadista ideal. El fracaso político, obligándole a mirarse a sí mismo, había entonces buscado y creado consuelos en la literatura y en la teoría: el ideal moldeaba su forma en sus propias decepciones. En la *República* no trazó el esquema ni el propósito de ningún programa político de actualidad, sino simplemente los de la constitución tradicional de Roma, tal como era —o debiera haber sido— un siglo antes, a saber: un Estado firme y equilibrado, con un senado y un pueblo realizando fielmente sus distintas funciones, en busca del bien común, y aceptando ser conducidos por un grupo pequeño de aristócratas ilustrados.[36] En las filas de los *principes* había sitio para talentos diversos, para el mérito civil lo mismo que para el militar; el acceso estaba franco, lo mismo al mérito que al nacimiento; y el buen estadista no había de ser abandonado por sus iguales, coaccionado por los dinastas militares o maltratado por los tribunos.

Este tratado fue publicado en el 51 a. C. Por entonces también Cicerón había estado ocupándose de las *Leyes,* que describía en detalle las instituciones de una oligarquía tradicional, pero liberal, en un Estado donde los hombres eran libres, pero no iguales. Volvió a él bajo la Dictadura de César,[37] pero no llegó a publicar, ni a terminar quizá, este suplemento a la *República.* Sin embargo, después de los idus de marzo recibió un nuevo estímulo para exponer su concepto de un Es-

36. Para esta concepción del *De re publica* (libro sobre el cual se ha escrito demasiado), cf. R. HEINZE, *Hermes* LIX (1924) 73 ss. = *Von: Geist des Römertums* (1938), 142 ss.

37. *Ad fam.* 9, 2, 5.

tado bien organizado, y a corroborarlo a la luz de la historia más reciente. El *De officiis* es un tratamiento teórico de los servicios que un ciudadano debiera prestar al Estado, es decir, un manual de la virtud cívica. Una vez más, el estadista ideal está retratado vestido de civil, más que de militar; y se denuncia enérgicamente la ambición de los *principes* sin escrúpulos.[38] El afán de poderío desemboca en la tiranía, que es la negación de la libertad, de las leyes y de toda la vida civilizada.[39] Esto en lo que atañe a César.

Pero el deseo de renombre no es, en sí mismo, una debilidad o un vicio. La ambición puede ser legítima y laudable. El *De gloria* fue escrito el mismo año como pendant del *De officiis*.[40] Cicerón definía en él la naturaleza de la gloria, demostrando sin duda hasta qué punto, pese a todo su esplendor y su poder, los *principes* Craso, César y Pompeyo no habían alcanzado un genuino renombre. El buen estadista no imitará a estos dinastas militares, pero necesita fama y celebridad para mantener sus esfuerzos en pro del *Estado,* y merece recibirlos a manos llenas.[41]

Tales eran las ideas y preocupaciones de Cicerón en el verano y el otoño del 44 a. C. Con la guerra a punto de estallar, Ático estaba alarmado y le disuadía de entrar en acción. En noviembre, animaba a su amigo a dedicarse a escribir historia.[42] Cicerón estaba obstinado: esperaba hacer historia. El deber y la gloria inspiraban al veterano estadista en su última y valerosa batalla por la que creía que era la República, la libertad y las leyes, contra las fuerzas de la anarquía y del

38. *De officiis* 1, 25 (cómo evalúa Craso el dinero que requiere un *princeps*); *ibid.*, 26 (sobre la *temeritas* de César).

39. *ibid.*, 3, 83: «ecce tibi qui rex populi Romani dominusque omnium gentium concupiverit idque perfecerit. Hanc cupiditatem si honestam quis esse dicit, amens es; probat enim legum et libertatis interitum eorumque oppressionem taetram et detestabilem gloriosam putat» (Ahí tienes a un hombre que ha querido ser rey del pueblo romano, señor de todas las naciones y que ha cumplido sus deseos. Quien diga que ese deseo es honorable es un loco, pues aprueba la extinción de las leyes y de la libertad, y ve un acto glorioso en su destrucción horrenda y abominable).

40. Fue acabado primero y enviado a Ático en julio (*Ad Att.* 16, 2, 6), el *De officiis* no lo fue hasta noviembre (*ibid.*, 16, 11, 4).

41. Esto puede ser apoyado quizá por lo que San Agustín anota acerca del *De re publica* (*De civ. Dei* 5, 13): «loquitur de instituendo principe civitatis quem dicit alendum esse gloria» (Habla de la formación del primer ciudadano cuyo alimento, dice, ha de ser la gloria).

42. *Ad Att.* 16, 13*b*, 2.

despotismo. Se mantendría tan firme como Catón lo había hecho, sería el líder de los *Optimates*.

Se podría proclamar con razón que Cicerón pagó con creces sus anteriores fracasos y deserciones, si fuese cuestión de eso. No lo es; una parcialidad natural, y ciertamente encomiable, en favor de Cicerón y de la «causa mejor», podría justificar que se incluyese aquí una defensa especial y extemporánea. Las virtudes personales de Cicerón, su rango en la literatura latina, su lugar en la historia de la civilización, tientan y disculpan al apologista cuando del carácter del orador pasa a defender su política. Siempre es presuntuoso llamar a juicio a los muertos, impropio aducir otros módulos que los de la época de la persona, de su clase y de su posición. Y sin embargo, fue a ojos de sus contemporáneos cuando Cicerón mostró sus carencias, su incompetencia para emular virtudes contrastadas de César y de Catón, a quienes Salustio, hombre honrado, y no detractor de Cicerón, consideraba como los romanos más grandes de su época.[43] Ansioso de mantener su *dignitas* como ex cónsul, de aspirar a la gloria como orador y estadista, Cicerón no demostró el grado de fidelidad y de constancia, de *virtus* y de *magnitudo animi* romanas que hubiesen justificado las exigencias exorbitantes de su ambición personal.

La *Segunda Filípica,* aunque técnicamente perfecta, no es un discurso político, pues nunca fue pronunciado: es un ejercicio de mezquino rencor y difamación impúdica como las invectivas contra Pisón. Los otros discursos contra Antonio, sin embargo, pueden considerarse, por su fuerza, pasión e intensidad, como las más espléndidas de todas las piezas oratorias. Pero la oratoria puede ser una amenaza para la posteridad, así como para su autor o su auditorio. Había otra parte, no sólo de Antonio, sino de los neutrales. Cicerón no era el único ex cónsul que declaraba estar defendiendo el bien máximo del pueblo romano. La supervivencia de las *Filípicas* pone en peligro el juicio histórico y hace trizas la perspectiva histórica.

Rápidas, confiadas y convincentes, las *Filípicas* dan la impresión de que su valiente autor tenía en sus manos la política del Estado. La situación era mucho más compleja que eso: los problemas se entrecruzaban, los partidos y las personalidades no estaban de acuerdo. La elocuencia arrolladora de Cicerón no podía aplacar las dudas y los temores de todos cuantos conocían su carácter y recordaban su carrera.

43. *BC* 53, 6, cf. *supra*, p. 38.

Su enemistad con Antonio era franca y encarnizada. Pero las lides políticas de Cicerón, por mucho coraje con que las comenzase, no siempre se habían mantenido con firmeza.[44] Cicerón podía litigar con los ex cónsules, pero los abogados de la concordia y de una solución basada en el compromiso no eran estúpidos ni traidores. Si seguían a Cicerón, no se sabía adónde irían a parar. Y si los republicanos desconfiaban del político y desaprobaban sus métodos, imagínese la actitud de los cesarianos. Sin embargo, los cesarianos estaban divididos en partidarios de Antonio, de Octaviano y de la paz. Los nuevos cónsules tenían una política propia; el problema estaba en saber si eran lo bastante fuertes para imponerla.

Las declaraciones públicas en asuntos de alta política, por muy partidista que sea su tono, no pueden suprimir del todo los argumentos del otro bando, tanto si emplean para ese fin la calumnia como el silencio, y a menudo delatan precisamente aquello que más se esfuerzan en ocultar. Ciertos temas, y no los menos importantes, pueden no salir nunca a debate. El senado escuchaba discursos y aprobaba decretos; la República, liberada del despotismo militar, tomaba otra vez posesión de sus derechos; es decir, la ambición privada, la política de familia y las altas finanzas reanudaban sus viejos juegos entre bastidores. Cicerón y la ambigua disputa de la República contra un procónsul rebelde ocupan el escenario y recaban la atención de la historia; en último término, asomándose de vez en cuando, están Filipo, Servilio y otros intrigantes, conocidos como tales, pero raramente señalados, y Balbo, a quien ni siquiera se menciona por su nombre.

En Cicerón, la República poseía un defensor fanático y peligroso, que manifestaba a cara descubierta su responsabilidad en las acciones de Octaviano.[45] Su política violaba la ley del Estado. (¿Con qué posibilidades de éxito, a largo plazo o incluso a corto?) Sobre el acierto de alzar al heredero de César en contra de Antonio, por la vía de la violencia y de las armas ilegales, había claramente dos opiniones. Octaviano marchó sobre Roma. ¿Dónde estaba Bruto? ¡Qué ocasión estaba

44. «Maiore enim simultates adpetebat animo quam gerebat» (Tenía más coraje para buscarse enemistades personales que para hacerles frente), como escribía Polión (SÉNECA, *Suasoriae* 6, 24).

45. *Phil.* 3, 19: «quorum consiliorum Caesari me auctorem et hortatorem et esse et fuisse fateor» (De estos consejos a César me confieso haber sido y ser autor y animador).

perdiendo![46] Cuando Bruto se enteró de estas alarmantes gestiones, protestó amargamente.[47] Lo que se pueda pensar de estas cualidades, que sus contemporáneos admiraron como encarnación de la *virtus* aristocrática (sin poder siempre prevalecer contra la posteridad o contra los criterios morales de otra época), Bruto no sólo fue un sincero y consecuente defensor de la legalidad, sino un juez sumamente perspicaz de los hombres y de la política en esta materia. La guerra civil era abominable. La victoria sólo se podía alcanzar adoptando las armas del adversario; y la victoria, no menos que la derrota, sería fatal para todo lo que un hombre honrado y un patriota considerase de valor. Pero Bruto estaba muy lejos.

El invierno impidió las operaciones en el norte, dando un respiro para amargas reflexiones. Cuando Hircio puso fin a los comentarios de César, confesaba que no podía ver el fin de la discordia civil.[48] El mundo recordaba no sólo a César, sino a Lépido y a los ejércitos levantados en nombre de la libertad, las hazañas de Pompeyo, y a un Bruto cercado en Módena. No había respiro: en Roma continuaba la refriega, adoptando las formas de la intriga secreta y del debate público, bajo el velo de la legalidad, de la justicia y de la patria.

46. *Ad Att.* 16, 8, «O Brute, ubi es? quantam εὐκαιρίαν amittis!», (¡Oh Bruto!, ¿dónde estás? ¡Qué gran oportunidad pierdes!)

47. Sobre sus puntos de vista de la alianza de Cicerón y Octaviano, cf, especialmente *Ad M. Brutum* 1, 16 y 17 (verano del 43 a. C.).

48. BG 8, praef. 2: «usque ad exitum non quidem civilis disensiones, cuius finem nullum videmus, sed vitae Caesaris» (Hasta el fin no de la guerra civil, cuyo final no alcanzamos a ver ciertamente, sino de la vida de César).

Capítulo XI
CONSIGNAS POLÍTICAS

En la Roma de la República, la literatura política, no refrenada por ley alguna contra la difamación, rara vez era aburrida, hipócrita o edificante. Las personas, no los programas, se presentaban ante el pueblo para ser examinados y aprobados. El candidato pocas veces hacía promesas. En su lugar, exigía el cargo como recompensa, haciendo alarde, en voz muy alta de sus antepasados, y en caso de carecer de esta prerrogativa de sus méritos personales. De otro lado, las salas de justicia, merced a los procesos, eran una vía de acceso a la promoción política, un campo de batalla para las enemistades privadas y las luchas políticas, un teatro para la oratoria. El mejor argumento era la injuria personal. En sus acusaciones de inmoralidad repugnante, de procedimientos deshonrosos, de ascendencia familiar ignominiosa, el político romano no conocía ni reparos ni límites. De ahí el cuadro alarmante de la sociedad contemporánea que ofrecen la oratoria, la sátira y los libelos.

El crimen, el vicio y la corrupción de la última era de la República están encarnados en tipos tan perfectos en su género como lo son los paradigmas cívicos y morales de sus primeros tiempos. Lo cual es lógico, pues tanto el mal como el bien son creaciones de consumados artistas literarios. Catilina es el monstruo perfecto: el crimen y la degradación en todas sus formas. Clodio heredó su política y su carácter. Y Clodia cometió incesto con su hermano y envenenó a su marido. Las atrocidades de P. Vatinio alcanzaban desde los sacrificios huma-

nos hasta la de llevar una toga negra en un banquete.[1] Pisón y Gabinio eran una pareja de buitres, rapaces y obscenos.[2] Pisón, en público, era todo cejas levantadas y gravedad antigua. ¡Qué disimulo, qué bajeza interior y qué orgías sin cuento entre cuatro paredes! Como capellán doméstico y maestro de sus vicios Pisón contrató a un filósofo epicúreo, y corrompiendo a su corruptor le obligaba a escribir versos licenciosos.[3] Esto en Roma; mas en su provincia, la lujuria corría pareja con la crueldad. Doncellas de las mejores familias de Bizancio no vacilaron en arrojarse a pozos para escapar de la lascivia del procónsul;[4] los irreprochables reyezuelos de las tribus balcánicas, aliados fieles del pueblo romano, fueron condenados a muerte acusados de traición.[5] El colega de Pisón, Gabinio, se rizaba el pelo, daba exhibiciones de danza en los festines de la alta sociedad y obstaculizaba brutalmente las legítimas ocupaciones de importantes financieros romanos en Siria.[6] Marco Antonio no era sólo un facineroso y un gladiador, un borracho y un juerguista, era un afeminado y un cobarde. En lugar de combatir al lado de César en España, se escondía en Roma. ¡Qué distinto el joven y valiente Dolabela![7] Y suprema enormidad: sus alardes de afecto hacia su propia esposa eran una burla al decoro y a la decencia romanas.[8]

Había acusaciones más dañinas que el simple vicio en la vida pública romana: la carencia de antepasados, el baldón del comercio o de la escena teatral, la vergüenza de proceder de un municipio. Por el lado paterno, el bisabuelo de Octaviano era un liberto, un cordelero; por el lado materno, un sujeto sórdido de origen indígena africano, panadero o vendedor de perfumes en Aricia.[9] En cuanto a Pisón, su abuelo no venía en absoluto de la antigua colonia de Placentia (Plasencia), sino de Mediolanum (Milán), y era un galo, un ínsubro, que

1. CICERÓN, *In Vatinium*, 14; 30.
2. «Vulturii paludati» (*Pro Sestio* 71). Cf. los discursus de los años 57-55 a. C., *passim*.
3. *In Pisonem*, 68 ss.; cf. *Or. post red. in senatu* 14 s.
4. *De prov. cons.* 6.
5. *In Pisonem*. 84.
6. *Or. post red. in senatu* 13; *De prov. cons.* 9 ss.
7. *Phil.* 2. 74 s.
8. *Ibid.*, 2, 77.
9. SUETONIO, *Divus Aug.* 4 (alegaciones hechas por Antonio y por Casio de Parma).

ejercía la desacreditada profesión de pregonero; o dígase, peor aún, que había inmigrado hasta allí del país de los galos que usan pantalones, allende los Alpes.[10]

Las exigencias de la práctica de la abogacía, o los vaivenes de las relaciones entre las personas o los partidos, producen asombrosos conflictos entre los testimonios y cambios milagrosos de carácter. Catilina, después de todo, no era un monstruo; individuo complejo y enigmático, estaba en posesión de muchas virtudes, lo cual engañó durante algún tiempo a personas excelentes que nada sospechaban, incluido el propio Cicerón.[11] Así lo decía el orador en su defensa de Celio, el joven descarriado y elegante. Los discursos favorables a Vatinio y a Gabinio no se han conservado. Sabemos, sin embargo, que el extraño atuendo de Vatinio era simplemente el hábito de devotas e inocentes prácticas pitagóricas,[12] y Gabinio había sido llamado una vez «vir fortis», un pilar del Imperio y del honor de Roma;[13] L. Pisón, por su oposición a Antonio, adquiere temporalmente la etiqueta de buen ciudadano; sólo para perderla poco después, condenado por una descaminada política de reconciliación; y el acaso nos hace saber que el amigo epicúreo de Pisón no era otro que el intachable Filodemo de Gadara, ciudad reputada por su literatura y su erudición.[14] Antonio había atacado a Dolabela, acusándolo de delitos de adulterio. ¡Mentira descarada y malvada![15] Pasan unos meses, y Dolabela, por haber cambiado de bando político, delata su verdadera índole, tan detestable como la de Antonio. Desde su juventud había gozado con la crueldad; sus perversiones habían sido tales, que ninguna persona honesta podría mencionarlas.[16]

Según los ideales declarados de la aristocracia terrateniente, la riqueza adquirida con el trabajo era sórdida y degradante. Pero si la empresa y las ganancias eran lo bastante sustanciosas, los banqueros

10. *In Pisonem*, fr. 11 (Asconio, 4, p. 5 Clark) y 10 (Asconio, 3, p. 4 Clark).

11. *Pro Caelio*, 12 ss.

12. Según el *Schol. Bob.* de *in Vat.* 14 (p, 146 St.). Cicerón hacía unas hermosas enmiendas en el *Pro Vatinio*.

13. *De imp. Cn. Pompei* 52; 57.

14. *Ibid.*, 14 (p. 16 Clark). Cicerón mismo describe a los epicúreos Siro y Filodemo como «cum optimos viros, tum homines doctissimos» (hombres tan excelentes como cultísimos) (*De finibus*, 2, 119).

15. *Phil.*, 2, 99.

16. *Ibid.*, 11, 9.

y los traficantes podían ser calificados de flor de la sociedad, orgullo del Imperio;[17] ganan su propia *dignitas* y pueden aspirar a virtudes que están por encima de su posición social, incluso a la *magnitudo animi* de la clase gobernante.[18] El origen municipal no sólo se hace respetable, sino incluso motivo de legítimo orgullo: ¡al fin y al cabo, todos venimos de los *municipia*![19] Lo mismo un extranjero. Decidio Saxa es objeto de befa, como celtíbero salvaje:[20] era seguidor de Antonio. Si hubiese estado del lado de los buenos, no hubiese sido menos elogiado que el hombre de Cádiz, el irreprochable Balbo. Ojalá que todos los hombres buenos y defensores de Roma y de su Imperio se convirtiesen en ciudadanos. En Roma no tenía importancia el sitio de donde un hombre venía, ¡no la había tenido nunca![21]

La curtida tribu de los políticos romanos pronto adquirió la inmunidad a las formas más groseras de la injuria y de la deformación de los hechos. Estaban protegidos por su larga familiaridad, por su sentido del humor y por su habilidad para resarcirse. Algunas imputaciones, creídas o no, se convirtieron en chanzas clásicas, recordadas por amigos tanto como por enemigos. A Ventidio le llamaban «el mulero»;[22] el apogeo de ese tema pertenece a una época en que ya no podía hacerle daño.[23] Y tampoco fueron los enemigos de César, sino sus propios soldados, quienes compusieron las usuales canciones licenciosas en el triunfo de César.[24]

17. *De officiis* 1, 150 s. es aleccionador: si los hombres de negocios se retiran de ellos y compran tierra, adquieren la condición de respetables.

18. *Pro. C. Rabirio Postumo* 3 s. y 43 s.

19. *Phil* 3, 15: «videte quam despiciamur omnes qui sumus e municipiis, id est omnes plane: quotus enim quisque nostrum non est?» (Mirad cómo se nos desprecia a cuantos somos de los municipios; es decir, a todos evidentemente, pues ¿cuántos hay entre nosotros que no lo sean?).

20. *Ibid.*, 11,2; 13, 27.

21. *Pro Balbo* 51.

22. *Ad fam.* 10, 18, 3 (Planco); PLINIO, *NH* 7, 135 (Cicerón).

23. GELIO (15, 4, 3) cita los populares versos:

concurrite omnes augures, haruspices!
portentum inusitatum conflatum est recens:
nam mulas qui fricabat, consul factus est.

(¡Acudid todos, augures, harúspices! Un prodigio inusitado se ha producido hace poco: el que limpiaba mulas ha sido elegido cónsul).

24. SUETONIO, *Divus Iulius* 51:

urbani, servate uxores, moechum calvum adducimus;
aurum in Gallia effutuisti, hic sumpsisti mutuum.

Las víctimas de la maledicencia no siempre sufrían descrédito o perjuicio. Al contrario, los romanos tenían sentido del humor y una fina percepción del dramatismo. Cicerón gozó entre sus contemporáneos de una inmensa fama de gracioso y humorista. Catón tuvo que reconocerlo.[25] El político Vatinio podía darlas tan buenas como las recibía; parece que no le conservó rencor a Cicerón por el discurso *In Vatinium*.[26] Era cuestión de honor en una sociedad liberal encajar estas cosas con elegancia. César era sensible a la calumnia, pero perdonó a Catulo las sátiras, de una mordacidad y una indecencia sin igual, invitando al poeta a cenar.[27] La libertad de expresión era una parte esencial de la virtud republicana de la *libertas*, más añorada que la libertad política cuando ambas fueron abolidas. Por la causa de la paz y del bien común, todo el poder tuvo que pasar a un hombre. Ése no fue el rasgo peor de la monarquía; lo fue el crecimiento del servilismo y de la adulación.

Se practicaba, sin embargo, un arte más refinado de la deformación de la realidad, que si no podía engañar a los entendidos en el juego de la política romana, sí podía hacerlo a los inocentes y a los neutrales. Acusar a la oposición únicamente de aspirar al *regnum* o a la *dominatio*, era demasiado simplista, demasiado burdo. Todo eso ya se había hecho antes, pero podía ser más difícil resistirse á las engañosas afirmaciones de un partido que pretendía estar defendiendo la libertad y las leyes, la paz y el gobierno legítimo. Ésa era precisamente la cuestión en Roma: ¿dónde estaba, y cuál era, la autoridad legítima que podía exigir la adhesión inquebrantable de todos los buenos ciudadanos?

Roma tenía una constitución no escrita; es decir, según los principios del pensamiento político griego, no tenía constitución de ninguna clase. Esto quería decir que una revolución podía realizarse sin violación alguna de las formas legales y constitucionales. El Principado de Augusto estaba justificado por el espíritu de la constitución romana, y adaptado a su fábrica; no es una paradoja, sino la auténtica revelación de lo que valían el uno y la otra.

(Ciudadanos, vigilad a vuestras mujeres, traemos a un seductor calvo; el oro que gastaste en juergas en Galia, aquí lo tomaste prestado).

25. PLUTARCO, *Cato minor* 21: ὡς γελοῖον ὕπατον ἔχομεν (que tenemos un cónsul gracioso).

26. Cf. una amable y humorista carta muchos años después, *Ad fam.* 5, 10a.

27. SUETONIO, *Divus Iulius* 73.

Las realidades de la política romana estaban recubiertas de una doble capa de mentiras, democrática la una y aristocrática la otra. En teoría, el pueblo era el soberano en última instancia, pero el espíritu de la constitución pasaba por ser aristocrático. En la práctica, la oligarquía gobernaba por consenso y por hábito. Había dos principios de autoridad, cuya actuación, en teoría, se producía armónicamente: la *libertas* del pueblo y la *auctoritas* del senado: cualquiera de ellas podía ser explotada políticamente como fuente del poder o como justificante.

La *auctoritas* del senado era naturalmente utilizada según los intereses del partido que lo dominaba. Además, el poder discrecional del senado, en su derecho a dar orientación a los magistrados, llegaba al extremo de poder declarar el estado de excepción, o de que ciertos individuos se habían puesto por sus actos en situación de enemigos públicos. Un *popularis* podía protestar del abuso de esta prerrogativa pero no impugnarla.[28]

Los romanos se consideraban un pueblo conservador, dedicado al culto de la ley y del orden. Los partidarios de los cambios, por tanto, no apelaban a un espíritu de reforma o de progreso, ni al derecho en abstracto, o a la justicia en abstracto, sino a algo llamado *mos maiorum*. Esto no era un código legal constitucional, sino un concepto vago e impregnado de sentimentalismo. Estaba sujeto, por tanto, a la interpretación partidista, al debate y al fraude; apenas había causa que no pudiese triunfar ante un tribunal apelando a la tradición o a la costumbre.

El conocimiento del vocabulario de la vida política romana procede en su mayor parte de los discursos de Cicerón. A primera vista, nada más claro que sus categorías y sus «valores»: ciudadanos «buenos» y «malos», *libertas populi, auctoritas senatus, concordia ordinum, consensus Italiae*. Un examen objetivo suscitará dudas: estos términos distan mucho de corresponder a partidos definidos o a políticas definidas. Son más bien «ideales», a los que se rendía necesariamente un servicio de palabra. No quiere decir, desde luego, que estuviesen totalmente vacíos de contenido en la oratoria política. Los *boni*, después de todo, existían: eran las clases dueñas de la propiedad; y era probablemente en interés suyo por lo que se buscaba una alianza entre los miembros más pudientes de los dos órdenes, los senadores y los caballeros, capaz de resistir al pueblo, defender los derechos de la

28. Cf. observaciones de CÉSAR, *BC* I, 7, 5.

propiedad y evitar la revolución. Es más, era una teoría atractiva, la de que la administración de los negocios públicos en Roma no debería ser estrictamente romana, sino orientada a los sentimientos e intereses de Italia como un todo. Una aspiración, más que un programa. Si la literatura política de este período se hubiese conservado con mayor abundancia, podría descubrirse que el respeto a la ley, la constitución y la tradición contaba con una singular unanimidad de abogados; que frases como *concordia ordinum* y *consensus Italiae* no eran monopolio particular de Cicerón, no una manifestación única de patriotismo y de sagacidad política.

Era más fácil formular un ideal que una política. Los defensores del gobierno y de las prerrogativas del senado no eran, ciertamente, un estrecho círculo de oligarcas brutales e ignorantes. Por otra parte, se encontraban hombres honrados y reformadores sinceros entre los defensores de los derechos del pueblo; pero difícilmente a quien tuviese la creencia y la convicción de que la soberanía popular era una cosa buena en sí misma. Una vez en el poder, el *popularis*, fuese Pompeyo o fuese César, haría lo posible para coartar las peligrosas y anacrónicas libertades del pueblo. Ése era el primer deber de un estadista romano.

Un juicio del historiador Salustio encierra una triste verdad. Una vez que Pompeyo y Craso restablecieron el poder del tribunado, los políticos romanos, tanto si defendían los derechos del pueblo como los del senado, estaban representando una farsa: luchaban sólo por el poder.[29] Salustio profundizó pronto en su pesimismo. La raíz del mal se remontaba un siglo atrás, a la caída de Cartago, la última rival de Roma por el Imperio del mundo. Desde entonces, unos cuantos sujetos ambiciosos explotaban los nombres respetables del senado y del pueblo como máscara de su dominación personal. Los nombres de ciudadanos buenos y malos se convirtieron en calificativos partidistas; la riqueza y el poder de hacer daño daban a los defensores del orden existente la ventaja de la calificación de «buenos».[30]

29. *BC* 38, 3: «bonum publicum simulantes pro sua quisque potentia certabant» (Simulando luchar por el bien público lo hacían por su propio poder).

30. *Hist.* 1, 12 M: «bonique et mali cives apellati non ob merita in rem publicam omnibus pariter corruptis, sed uti quisque lupletissimus et iniuria validior, quia praesentia defendebat, pro bono ducebatur» (Los ciudadanos fueron calificados de buenos o malos, no por los méritos contraídos con el Estado, pues todos estaban corrompidos por igual, sino porque el más rico y más capaz de dañar, fuese quien fuese, defendía aquel estado de cosas, y ése era el que pasaba por bueno).

El argot político de un país está siempre, y con claridad, de parte de los intereses del que manda. En tiempos de paz y prosperidad cuenta con un amplio margen de aprobación e incluso de convicción. La revolución desgarra el velo. Pero la revolución no impidió ni anuló el empleo del fraude político en Roma. Antes al contrario, el vocabulario fue restablecido y adaptado a una táctica más moderna y mortífera. Como de ordinario en la contienda civil o en la lucha de clases, la relación entre las palabras y los hechos se invirtió.[31] Las calificaciones partidistas se impusieron por completo, y a la postre el éxito o el fracaso se convirtieron en el único criterio del saber hacer y del patriotismo.[32] Las más bellas justificaciones y los más nobles principios se ponían continuamente al servicio de los partidos. Este arte era tan viejo como la política; sus exponentes no requerían mentores. El objetivo de la propaganda era triple: conseguir un aspecto de legalidad para medidas de violencia; ganar a los seguidores de un partido rival, y provocar el pánico entre los neutrales y los apartados de la política.

Los primeros en la escala de valores eran la libertad y el gobierno estable, ideales sin los que ningún partido puede sentirse seguro y confiado, cualesquiera que sean las traiciones y violencias que se proponga cometer. En Roma todo el mundo rendía homenaje a la *libertas*, considerándola algo equivalente, en general, al espíritu y a la práctica del gobierno republicano. Sin embargo, lo que correspondía exactamente a una constitución republicana no era una cuestión de definición legal, sino de interpretación partidista. *Libertas* era un concepto vago y negativo: libertad del régimen de un tirano o de una facción.[33] De ahí se sigue que *libertas,* lo mismo que *regnum* o *dominatio*, es un término apropiado para el fraude político. A la *libertas* se la invocaba, las más de las veces, en defensa del orden imperante por individuos o clases que disfrutaban del poder y la riqueza. La *libertas*

31. TUCÍDIDES, 3, 82, 3: καὶ τὴν εἰωθυῖαν ἀξίωσιν τῶν ὀνομάτων ἐς τὰ ἔργα ἀντήλλαξαν τῇ δικαιῶσει (Para justificarse cambiaron el valor de las palabras en relación a los actos que calificaban).

32. DIÓN, 46, 34, 5 (refiriéndose a los años 4243 a. C.): οἱ μὲν γὰρ εὖ πράξαντες καὶ εὔβουλοι καὶ φιλοπόλιδες ἐνομίσθησαν, οἱ δὲ δή πταίσαντες καὶ πολέμιοι τῆς πατρίδος καὶ φιλοπόλιδες καὶ ἀλιτήριοι ὠνομάσθησαν (Aquellos cuyos negocios iban bien, estaban considerados como prudentes y patriotas; los que fracasaban eran llamados enemigos de la patria y criminales). Como Salustio, Dión había estudiado a fondo a Tucídides.

33. Cf. H. KLOESEL, *Libertas* (Diss. Breslau, 1935).

del aristócrata romano significaba el régimen de una clase y la perpetuidad del privilegio.

Pese a todo ello, la *libertas* no podía ser monopolio de la oligarquía ni de ningún partido en el poder. Sus opositores tenían opción a denunciar y demostrar que un bando (o *factio*), en control momentáneo del gobierno legítimo, estaba oprimiendo a la República y explotando a la constitución en interés propio. De ahí la invocación a libertad. Fue basado en esa exigencia como el joven Pompeyo reunió un ejército privado y liberó a Roma y a Italia de la tiranía del partido de Mario,[34] y como César, en su proconsulado, atado de manos por Pompeyo y los oligarcas, se alzó en armas contra el gobierno «con objeto de liberarse a sí mismo y al pueblo romano de la tiranía de una facción».[35]

El término no era nuevo. Nadie aspiró nunca al poder para sí y a la esclavitud de los demás sin invocar la *libertas* y otros hermosos nombres.[36] En el otoño del 44 a. C. el heredero de César se puso en marcha para liberar a Roma de la tiranía del cónsul Antonio.[37] Su triunfo final quedó consagrado en el lema *Libertatis p. R. Vindex*;[38] cuando siglos más tarde la frase *Vindex Libertatis* («Restaurador de la Libertad») aparece en la moneda, indica el intento o el éxito de un alzamiento armado o la eliminación de un pretendiente o de un tirano.[39]

La disculpa del revolucionario es que la República ha sucumbido a la tiranía o a la anarquía; su ideal, el restablecimiento del orden. El acto decisivo de una política de traición puede describirse como el «poner los cimientos de un gobierno estable»; y su coronamiento re-

34. *Bell. Afr.* 22, 2: «paene oppressam funditus et deletam Italiam urbemque Romanam in libertatem vindicavit» (Devolvió la libertad a una Italia y a una Roma casi enteramente oprimidas y destruidas).

35. CÉSAR, *BC* 22, 5: «ut se et populum romanum factione paucorum oppressum in libertatem vindicaret».

36. TÁCITO, *Hist.* 4, 73: «ceterum libertas et speciosa nomina praetextuntur; nec quisquam alienum servitium et dominationem sibi concupivit ut nom eadem ista vocabula usurparet».

37. *Res Gestae* 1: «annos undeviginti natus exercitum privato consilio et privata impensa comparavi, per quem rem publicam a dominatione factionis oppressam in libertatem vindicavi» (A los diecinueve años, reuní un ejército por decisión propia y con mis recursos propios, por medio del cual devolví la libertad a la República, sometida a la tiranía de una facción).

38. *BMC R. Emp.* I, 112.

39. Cf. A. ALFÖLDI, *Zeitschr. für Num.* XL (1928), 1 ss.

sumirse en la afirmación de que el Estado ha sido «conservado», «implantado» o «restaurado».

Después de la libertad y del gobierno legítimo viene la paz, causa a la que todos los partidos profesaban un celo tan combativo que se vieron empujados a la guerra civil. El gobierno no partidista del 17 de marzo del 44 a. C. fue inaugurado bajo los auspicios de la concordia y del apaciguamiento. Estar «asustados de la paz» y ser «enemigos de la paz» se convirtió en un reproche.[40] En su repugnancia a la guerra civil, los republicanos podían sustentar honestamente que una paz injusta era mejor que la más justa de las guerras. Después, el hermoso nombre se desacreditó. Tanto se habló de paz y concordia en el período revolucionario, que un nuevo término aparece: la palabra «pacificatorius»,[41] no con un sentido favorable. La palabra «pacificator» tenía ya un sonsonete ridículo.[42]

Los amigos de la paz tuvieron que renunciar a su pretexto cuando empezaron a hablar de guerra. No había que confundir la paz con la servidumbre;[43] hay que descartar las negociaciones con el enemigo porque eran tan peligrosas como deshonrosas;[44] podían poner en peligro la determinación del frente patriótico.[45] Entonces la guerra se convertía en justa y heroica; antes que buscar cualquier arreglo con un ciudadano armado, cualquier esperanza o garantía de concordia es mejor luchar y morir como corresponde a un romano y a un senador.[46]

En tiempos de guerra el empleo de un lenguaje de paz y buena voluntad puede servir para atraer a los aliados y afiliados del bando

40. *Ad Att.* 14, 21, 2; 15, 2, 3 («timere otium»).

41. *Phil.* 12, 3.

42. *Ad Att.* 15, 7 (aplicada a Sulpicio Rufo). Cf. también «ista pacificatio» (CICERÓN a Lépido, *Ad fam.* 10, 27, 2; *infra* p. 166).

43. *Phil.* 2, 113: «et nomen pacis dulce est et ipsa res salutaris; sed inter pacem et servitutem plurimum interest» (El nombre de la paz es dulce y la realidad de la misma saludable; pero entre paz y servidumbre hay una gran diferencia).

44. *Ibid.*, 7, 9: «cur igitur pacem nolo? quia turpis est, quia periculosa, quia esse non potest (¿Por qué, en fin, no quiero la paz? Porque es vergonzosa, porque es peligrosa, porque no es posible).

45. *Ibid.*, 13, 1: timui ne condicio insidiosa pacis libertatis recuperandae studia restingueret» (Tuve miedo a que una negociación de paz, llena de trampas, acabase con el afán de recobrar la libertad).

46. *Ibid.*, 7, 14: «dicam quod dignum est et senatore et Romano homine: moriamur (Diré lo que es digno de un senador y de un romano: muramos).

contrario. Con objeto de implantar la concordia entre los ciudadanos, se consumaban alegremente las alianzas políticas más descabelladas y las traiciones más flagrantes. La devoción al bien público se confirmaba con el ejercicio de las virtudes privadas, si así podían llamarse, pues no eran tanto cualidades éticas como normas de una clase de la sociedad, o etiquetas de una filiación política. *Virtus* en persona se encuentra en la cúspide de la jerarquía, por encima de las *mores*.

Los partidos políticos romanos estaban amalgamados, no tanto por la unidad de unos principios como por el interés mutuo y los servicios recíprocos *(officia)*, fuese en la forma de una alianza entre iguales socialmente, fuese en la de un inferior con un superior, forma ésta de clientela tradicional y casi feudal. Cuando se la miraba con simpatía, se la denominaba *amicitia*; cuando no, *factio*. Estas ligas presuponían o provocaban una enemistad personal, lo que para un aristócrata romano era un deber sagrado o un motivo de legítimo orgullo.[47]

La familia era más antigua que el Estado, y la familia era el núcleo de un partido político romano. La fidelidad a los lazos de parentesco, en política, era una obligación suprema, que a menudo imponía inexpiables venganzas. De aquí la función de las palabras «pius» y «pietas» en las guerras revolucionarias. *Pietas* fue el grito de guerra de los pompeyanos en la última batalla de España;[48] y el hijo menor de Pompeyo adoptó un cognomen que simbolizaba su imperecedera lealtad a la causa, llamándose «Magnus Pompeius Pius».[49] El hijo de César heredaba su *pietas* emprendiendo la venganza de sangre e insistiendo en ella,[50] mientras que el desleal Antonio estaba dispuesto al compromiso con los asesinos de su jefe y benefactor. La *pietas* y el estado de emergencia pública fueron el pretexto de la sedición. Pero los Antonios, por lo menos, mantuvieron la lealtad entre ellos; el hermano menor, Lucio, añadió *Pietas* a su nombre como la prueba más convincente de solidaridad política.[51]

47. SALUSTIO, *BJ* 31, 15: «sed haec inter bonos amicitia, inter malos factio est» (Pero ésta es amistad entre los buenos y facción entre los malos).

48. APIANO, *BC* 2, 114, 430 (Εὐσέβεια).

49. *BMC*, *R. Rep.* 11, 370 ss.: también la inscr. *ILS* 8891.

50. TÁCITO, *Ann.* I, 9: «pietate erga parentem et necessitudine rei publicae, in qua nullus tunc legibus locus, ad arma civilia actum» (empujado por la piedad hacia su padre y por la necesidad del Estado, en que no había sitio para las leyes).

51. DIÓN, 48, 5, 4: διὰ γαρ τὴν πρὸς τὸν ἀδελφὸν εὐσέβειαν καὶ ἐπωνυμίαν ἑαυτῷ Πίεταν ἐπέθετο (Adoptó el sobrenombre de *Pietas* por el afecto que le unía

Los hombres de honor obedecían a la llamada del deber y de la lealtad, incluso en el caso extremo de guerra civil. Entre los aliados de César, Polión no fue el único en seguir al amigo, pero maldiciendo a la causa. La larga duración y las complicaciones de la guerra intestina, sin embargo, hacían papel mojado de los vínculos más firmes de la amistad personal. Por conveniencia o por seguridad podía ser necesario cambiar de bando. Se disponía de una terminología apropiada. La ruptura de una alianza y el concierto de otra estaban justificadas por el buen sentido; por adquirir nuevos amigos sin perder los viejos, o por un alto patriotismo: por el bien común se debían zanjar las enemistades privadas y cancelar las lealtades privadas. Cicerón se había rebajado a emplear ese lenguaje años atrás, cuando explicó los nobles motivos que le indujeron a deponer su hostilidad contra los gobernantes de Roma, Pompeyo, Craso y César.[52] El dinasta Pompeyo sacrificó a su aliado César a los oligarcas por puro patriotismo.[53] Octaviano, por conseguir el reconocimiento oficial y el poder, estaba dispuesto a aplazar de momento una venganza sagrada; su sincero amor a la patria fue ruidosamente aclamado.[54]

Esta austera devoción al Estado despertó la emulación entre los generales de las provincias occidentales cuando decidieron abandonar al gobierno y hacer causa común con un enemigo público. Como era de rigor, Lépido pronunció la ejemplar exhortación a que se dejasen a

---

a su hermano). Acuñó monedas con la cabeza de su hermano en el anverso y en el reverso la leyenda «Pietas Cos» (*BMC R. Rep.* II, 400 ss.).

52. *De prov. cons.* 20 (cf. 47): «Quid? si ipsas inimicitias depono rei publicae causa, quis me tandem iure reprehendet?» (¿Qué? Si yo renuncio incluso a mis enemistades privadas por el bien de la República, ¿quién tiene derecho a reprochármelo?). Cicerón explica que a pesar de las apariencias, él no era realmente un «inimicus» de César.

53. CÉSAR, *BC* 1, 8, 2: «semper se rei publicae commoda privatis necessitudinibus habuisse potiora» (Que él siempre había antepuesto el bien de Estado a sus amistades particulares).

54. CICERÓN, *Phil.* 5, 50: «omnis Caesar inimicitias rei publicae condonavit» (César sacrificó a la República todas sus enemistades). TÁCITO recuerda, oportuna e irónicamente, esta fraseología: «sane Cassii et Brutorum exitus paternis enemicitiis datos, quamquam fas sit privata odia publicis utilitatibus remittere» (*Ann.* 1, 10) (Se podía creer que las muertes de Casio y de los Brutos fuesen un sacrificio a los manes paternos, aunque el derecho divino permita sacrificar al interés público los odios domésticos).

un lado las enemistades privadas.[55] Planco había asegurado a Cicerón que los motivos personales de enemistad nunca le impedirían aliarse con su peor enemigo para salvar al Estado.[56] Muy pronto Planco siguió el ejemplo impecable del patriota Lépido, sin duda de palabra tanto como de obra; y lo mismo Polión, que no era un adepto al lenguaje suave.

La intriga política en tiempos de paz hacía uso de todas las artes de la persuasión amable para convertir a uno de la oposición, para hacerle «entrar en razón» y unirse a «los mejores».[57] En el acaloramiento de la pasión civil, la tarea del apóstol de la concordia no era siempre fácil, cuando tenía que tratar con enemigos a quienes había tachado de «locos», «bandoleros rabiosos» o «parricidas»,[58] Sería necesario «hacerles entrar en razón otra vez». Planco era un experto. Años antes, en la guerra civil de César, había ofrecido espontáneamente sus buenos oficios para traer al buen camino a un general pompeyano.[59] A menudo los soldados eran más accesibles a entrar en razón que lo eran los generales que los mandaban: una saludable presión por parte del ejército era menester entonces para convertir a un bandolero y asesino en un entusiasta defensor de la concordia y del Estado.

Los legionarios por lo menos eran sinceros. Por lealtad personal eran capaces de seguir a grandes jefes como César o Antonio; pero no estaban dispuestos a arriesgar sus vidas por intrigantes como Planco o Lépido, menos aún por la libertad y la constitución, nombres vacíos. La disciplina romana, inflexible en las guerras del Estado, se había relajado por completo. Los soldados, tanto si obligados por el servicio como si voluntarios por su pobreza o por la perspectiva de la paga y el botín, consideraban la lealtad a sus jefes como asunto de su elección y

55. *Ad fam.* 10, 35, 2: «ut privatis offensionibus omissis rei p. consulatis» (Que dejando a un lado las enemistades personales, cuidéis de la República) (es decir, especialmente la enemistad de Cicerón con Antonio).

56. *Ibid.*, 10, 11, 3: «non me impedient privatae offensiones quo minus pro rei p. salute etiam cum inimicissimo consentiam».

57. *Ad Att.* 14, 20, 4: «Hirtium per me meliorem fieri volunt» (Quieren que Hircio se haga «mejor» por mediación mía); 15, 5, 1: «orat ac petit ut Hirtium quam optimum faciam» (Él ruega y pide que haga óptimo a Hircio).

58. «Ferventes latrones» y «parricidae» (*Ad fam.* 10, 23, 3 y 5); «furor» (*ibid.*, 5).

59. *Bell. Afr.* 4, 1: «si posset aliqua ratione perduci ad sanitatem» (si podía, con algún razonamiento, ser conducido a la cordura).

favor.[60] La traición estaba fomentada por el ejemplo de sus propios jefes, y la excusa del patriotismo servía para todos; de cualquier parte que estuviesen, ayudaban al Estado.[61]

La conversión de un jefe militar tenía que ser algunas veces forzada, o por lo menos acelerada, recurriendo a los argumentos que mueven a todos los hombres. César inauguró el sistema invocando a la clemencia, en parte para desacreditar por el contraste y por los recuerdos de Sila a sus enemigos silanos, en parte para paliar el sentimiento de culpabilidad por la guerra civil. Casi al principio redactó una carta de propaganda dirigida a Balbo y a Opio, pero destinada a circular con mayor amplitud, cuyo punto principal era anunciar un nuevo estilo de acabar con una guerra civil, a base de clemencia y generosidad.[62] Cuando el resultado de la batalla se decantó en el campo de Farsalia, los cesarianos hicieron correr la contraseña «parce civibus» (respeta a los ciudadanos), que fue repetida e imitada en veinte años de guerra civil.[63] En su afán de evitar el derramamiento de sangre romana, generales y soldados elevaron la infidelidad al rango de un deber solemne. El ejército de Lépido le impuso la obligación, según manifestaba él mismo en su despacho al senado, de abogar por las vidas y la seguridad de una gran muchedumbre de ciudadanos romanos.[64] Otras campañas fueron simplificadas de este modo humano y saludable: siete

60. Apiano, *BC* 5, 17, 69: οὔτε οτρατεύεσθαι νομίζουσι μᾶλλον ἤ βοηθεῖν οἰκείᾳ χάριτι καὶ γνώμῃ [más que el servir como soldados estiman el secundar (a un jefe) por su propia voluntad y su decisión].

61. *Ibid.*, 5, 17, 71: ἤ τε τῶν στρατηγῶν ὑπόκρισις μία, ὡς ἀπάντων ἐς τὰ συμφέροντα τῇ πατρίδι βοηθούντων, εὐχερεστέρους ἐποίει πρὸς πὴν μεταβολὴν ὡς πανταχοῦ τῇ πατρίδι βοηθοῦντας (La pretensión única de los generales, de que todos estaban al servicio de los intereses de la patria, hacía más propensos a los soldados a cambiar de bando, en el convencimiento de que en todas partes servían a la patria).

62. *Ad Att.* 9, 7c, 1: «haec nova sit ratio vicendi ut misericordia et liberalitate nos muniamus» (Que la nueva manera de vencer sea que nos armemos de clemencia y de generosidad).

63. Suetonio, *Divus Iulius* 75, 2.

64. *Ad fam.* 10, 35, 1: «nam exercitus cunctus consuetudinem suam in civibus conservandis communique pace seditione facta retinuit meque tantae multitudinis civium Romanorum salutis atque incolumitatis causam suscipere, ut vere dicam, coegit» (Pues el ejército entero siguiendo su costumbre después de estallar la sublevación, de preservar las vidas de los ciudadanos y la paz civil, me obligó, etc. —el resto en el texto—). Él argüía que la «misericordia» no había de considerarse criminal. Cf. Apiano, *PC* 3, 84, 345 (Siguiendo a un autor excelente): εἰρήνην τε καὶ ἔλεον ες ἀτυχοῦντας πολίτας (paz y clemencia para con los ciudadanos infortunados).

años más tarde la excusa de Lépido le salvó su propia vida. Y al final de todas las guerras el vencedor proclamaría que no había matado a ningún ciudadano que hubiera apelado a su clemencia;[65] su clemencia fue aireada en numerosas monedas, portadoras de la leyenda *Ob cives servatos* (Por haber salvado la vida de los ciudadanos).[66]

Las artimañas de los que se fingían amigos de la humanidad y de los casuistas generosos no conocían límites. El partido en el poder podía contar con la aprobación de casi cualquier arbitrariedad. En el peor de los casos se podía recurrir a la declaración de un estado de excepción o de «legalidad suprema». Sólo los primeros pasos eran peligrosos. Un procónsul acosado por sus enemigos recaba la protección de sus ejércitos para defender su honor. Un joven inflamado de heroísmo alista un ejército por su cuenta. Así lo habían hecho César y Pompeyo, precursores del heredero de César. Cuando un aventurero alistaba tropas en Italia por propia iniciativa, *privato consilio*, se pretendió que el senado legalizase la traición sin demora, sancionando la acción privada mediante la *auctoritas* pública;[67] el soborno de las tropas del Estado romano se podía describir fríamente como la inversión generosa de un patrimonio en aras del bien común;[68] cuando las legiones de un cónsul desertaron, se interpretó el hecho como prueba de que el cónsul no era cónsul.[69] El autor de esta atrevida propuesta pretendía que no era más que un modo de «poner los cimientos de un gobierno constitucional».[70]

Igualmente, cuando unos sujetos particulares se apoderan de provincias y de ejércitos se apela expresamente a la «legalidad superior»: la ley dictada por el cielo mismo, según la cual todo lo que es ventajoso para el Estado es legítimo y justo.[71] Los mandatos extraordinarios

65. *Res Gestae* 2.

66. *BMC*, *R. Emp.* 1, 29.

67. *Phil.* 3 y 5, *passim.*

68. *Ibid.*, 3, 3: «non enim effudit: in salute rei publicae conlocavit» (Pues no lo malgastó; lo invirtió en la salvación de la República).

69. *Ibid.*, 3, 6. cf. 4, 9.

70. *Ibid.*, 5, 30: «ieci sententia mea maximo vestro consensu fundamenta rei publicae» (Puse, me parece, los cimientos de la República con el consenso de todos vosotros).

71. *Ibid.*, 11, 28 (sobre Bruto y Casio): «qua lege, quo iure? Eo quod Iuppiter ipse sanxit, ut omnia quae rei publicae salutaria essent legitima et iusta haberentur» (¿Por qué ley, por qué derecho? Por el que Júpiter mismo sancionó, a que todas las cosas que son beneficiosas para la República se considerasen legítimas y justas).

estaban en contra del espíritu de la constitución,[72] pero podían ser necesarios para salvar al Estado. En esa cuestión el senado era el juez supremo. ¿Qué pasaba si no lo aprobaba? Bien, los patriotas verdaderos eran su propio senado.[73]

Es evidente que *res publica constituta* o *libertas restituta* se prestaban a coronar y consagrar cualquier proceso de violencia y usurpación. Pero la libertad, las leyes y la constitución no lo eran todo. Un líder o un partido podían creer que la constitución estaba siendo aviesamente invocada en contra de ellos. ¿Qué hacer si el pueblo parecía descaminado en el uso de su prerrogativa de *libertas*, el senado no de fiar, antipatriótico o no representativo? Había un remedio. La empresa privada de los ciudadanos, unidos en bien del Estado, podía entonces encauzar la opinión pública en Italia para ejercer una presión no oficial sobre el gobierno. A esto se le llamaba *consensus*; pero el término *coniuratio* es más revelador. Si de momento se consideraba inviable —o incluso gastado y superfluo— recabar sanciones constitucionales para ejecutar un mandato político, se disponía de una apelación más amplia. Todas las frases, todas las armas, estaban a mano: cuando la constitución había sucumbido, la voluntad del ejército y del pueblo podía hacerse oír, imperativa e inmediatamente.

De momento, sin embargo, la autoridad legítima aún inspiraba respeto, y las frases tradicionales eran útiles y necesarias. ¿Es que la República no había sido liberada de la tiranía y recuperado su fuerza? Octaviano tenía a los veteranos, a la plebe y el nombre de César; sus aliados en el senado proveerían a los demás.

72. *Ibid.*, 11, 17: «nam extraordinarium imperium populare atque ventosum est, minime nostrae gravitatis, minime huius ordinis» (Pues un mandato extraordinario es demagógico y peligroso, impropio de nuestra seriedad, impropio de nuestra clase).

73. *Ibid.*, 11, 27: «nam et Brutus et Cassius multis iam in rebus ipse sibi senatus fuit» (Pues tanto Bruto como Casio en muchas ocasiones han sido su propio senado).

Capítulo XII

El senado contra Antonio

El senado se reunió el 20 de diciembre, convocado por los tribunos con el pretexto falso de tomar precauciones por adelantado para la seguridad personal de los nuevos cónsules, el primero de año, cuando las decisiones trascendentales se anunciaban, como si algún individuo o partido desease abatir a aquella pareja, digna e inofensiva, de Hircio y Pansa. La causa verdadera fue probablemente un despacho urgente del gobernador de la Galia Cisalpina.

Aunque nada se podía hacer mientras Antonio fuese aún cónsul, Cicerón aprovechó la ocasión para exponer un programa de acción futura. Octaviano no ocupaba puesto alguno ante la ley, y Bruto estaba en posición insegura. Antonio estaba en su perfecto derecho de exigirle la entrega de la provincia. Ese punto Cicerón no lo podía discutir. Tuvo que recurrir, por tanto, a los sofismas más descarados, pronunciando un solemne y patriótico panegírico acerca de la traición.[1]

1. *Phil.* 3. En un discurso al pueblo, pronunciado el mismo día, afirma: «deinceps laudatur provincia Gallia meritoque ornatur verbis amplissimis ab senatu quod resistat Antonio. Quem si consulem illa provincia putaret neque eum reciperet, malo scelere se astringeret: omnes enim in consulis iure et imperio debent esse provinciae» (*ibid.*, 4, 9). (Por su parte, la provincia de Galia es alabada, y adornada de mérito por el senado con palabras ampulosas, para que resista a Antonio. Pero si la provincia reconociese que éste es cónsul y se negase a recibirlo, incurriría en un delito gravísimo, pues todas las provincias están sometidas al poder civil y al mando militar de un cónsul.) ¿Pero se trataba de eso? El hecho de que Cicerón emplee ese argumento para demostrar que Antonio no es realmente cónsul debiera despertar

Él pretendía demostrar que si un ejército particular había sido alistado contra Antonio; que si las tropas de éste estaban amotinadas y en rebelión, Antonio no podía ser un verdadero cónsul del pueblo romano. Por otra parte, los adversarios de Antonio merecían el pleno reconocimiento, y la tropa, la recompensa en tierras y en dinero.

El alegato en favor de Bruto quizá fuese defendible: por lo menos era magistrado y tenía la provincia en virtud de disposiciones legales, los *acta* de César Dictador. Pero ¿qué pensar del reconocimiento oficial del heredero de César? Los senadores podían recordar cómo veinte años antes un cónsul había conseguido la ejecución sumarísima de ciudadanos romanos con la excusa del estado de excepción pública y la acusación de alistar fuerzas armadas en contra del Estado. Ahora, el paladín de la constitución se había aliado con un Catilina, invocando a favor de los insurgentes la autoridad del senado y la libertad del pueblo. Cicerón habló ante el pueblo, así como en la curia.[2] Allí invirtió con valor las protestas de Antonio: Antonio, dijo, era un asesino, un bandido, un Espartaco. Debía ser aplastado, y sería aplastado, como antaño el senado, el pueblo y Cicerón habían hecho con Catilina.

En suma, Cicerón se proponía conseguir la legitimación, *publica auctoritas*, para el *privatum consilium*, las empresas ilegales de Octaviano y de D. Bruto. Esto equivalía a una usurpación del poder por el senado —más bien por una facción del senado— y la guerra contra el procónsul Antonio. Esta perspectiva se contemplaba con entusiasmo. ¿Qué recursos se podían allegar para la lucha?

La autoridad del senado iba a ser esgrimida ahora contra el pueblo y contra los jefes del ejército. Tal y como estaba compuesto en este momento, con su predominio de cesarianos o neutrales, el senado era

---

sospechas. El concepto del *imperium maius* de un cónsul, que aquí se defiende, es más bien anticuado, por decirlo de algún modo. En ninguno de estos dos discursos menciona Cicerón el título legal de Antonio a la Galia Cisalpina, es decir, el plebiscito del 1 de junio. De manera explícita o tácita, aquella ley pudo haberle permitido hacerse cargo de la provincia antes del final de su año consular. Nada de particular en ello. Compárese, al año siguiente, con lo que dice P. LÉNTULO (*Ad fam.* 12, 14, 5): «qua re non puto Pansam et Hirtium in consulatu properaturos in provincias exire sed Romae acturos consulatum» (Por lo que no creo que Pansa e Hircio se den prisa a marcharse a sus provincias durante su consulado, sino que acabarán el consulado en Roma).

2. *Phil.* 4.

propenso a la inercia, un instrumento traicionero si era adulado o empujado a la acción. Adolecía de una falta absoluta de energía personal y de distinción social.

No había ahora un solo Fabio de rango consular, ni un Valerio, ni un Claudio.[3] De los Cornelios, cuyas muchas ramas habían producido a los Escipiones y a los Léntulos, junto con Sila y Cinna, el miembro principal era ahora el joven cónsul P. Cornelio Dolabela; y de todos los patricios, la primacía en rango y posición la ostentaba M. Emilio Lépido. Como el patriciado, las grandes casas de la nobleza plebeya, columna vertebral de la oligarquía de Sila, estaban tristemente debilitadas, con ningún Metelo ex cónsul, ningún Licinio, ningún Junio. Tampoco los supervivientes de los Marcelos, los Marcios y los Calpurnios podían ser firmes candidatos al liderazgo del Estado.

Dos grupos políticos estaban ostensiblemente ausentes del senado que luchó contra Antonio. Los asesinos de César habían abandonado Italia, y los jóvenes de la facción de Catón, hijos de los consulares dominantes de la oligarquía derrotada, se habían ausentado con su pariente y jefe, M. Junio Bruto, tanto si estaban implicados en los idus de marzo como si no. Como el mismo Bruto, muchos de estos *nobiles* habían abandonado la causa de Pompeyo después de Farsalia. Tal no era el caso de los adeptos personales del dinasta, leales hasta el fanatismo a las exigencias de la *pietas*. Tapso y Munda habían diezmado su tropa: Afranio, Petreyo y Labieno habían caído en el campo de batalla. Los supervivientes de la facción estaban con Pompeyo el Joven en España.

La debilidad del senado estaba ostensiblemente manifiesta en las personas de sus dirigentes, los ex cónsules, cuya *auctoritas,* como dictaba la costumbre, debería dirigir la política del Estado; su denominación apropiada era la de «auctores publici consilii».[4] En ninguna otra parte los estragos de las guerras civiles eran más evidentes e irreparables que en las filas de los viejos estadistas. De los ex cónsules pompeyanos, un grupo eminente, pero alabado en demasía,[5] sólo dos estaban vivos a finales del 44 a. C.: Cicerón y Ser Sulpicio Rufo. Los años de la Dictadura de César tampoco habían proporcionado sufi-

3. M. Valerio Mesala Rufo (*cos.* 53) aún estaba vivo, pero no intervenía en política.

4. *Ad fam.* 12, 2, 2.

5. *Phil.* 13, 29, *supra*, p. 64.

cientes cónsules de capacidad y autoridad para llenar los huecos.[6] Esa penuria explica la preeminencia, si no la primacía, que por fin le correspondía a Cicerón en su ancianidad, después de veinte años de su famoso consulado, después de veinte años de humillaciones y decepciones. En este diciembre, el total de consulares había bajado a diecisiete, pero su fuerza efectiva era mucho menor. Distintos de carácter, posición y filiación política, acusaban como cuerpo una falta absoluta de energía, decisión y autoridad. «Hemos sido abandonados por los *principes*», era la queja constante y amarga de Cicerón durante los meses en que él clamaba en favor de la guerra.[7] «Los cónsules son excelentes; los consulares, un escándalo».[8] «El senado es valiente; los consulares, en parte tímidos, en parte infieles».[9] Peor aún que eso, algunos de ellos estaban corrompidos por bajas pasiones, por envidia de la fama de Cicerón.[10]

Tres de los consulares supervivientes estaban ausentes de Italia: Trebonio, Lépido y Vatinio. Quedaban catorce, pero pocos dignos de mención por sus palabras o sus hechos, para bien o para mal, en el último esfuerzo del senado. Sólo tres, según Cicerón en carta a Casio, merecían ser llamados estadistas y patriotas: él mismo, L. Pisón y P. Servilio.[11] Del resto nada cabía esperar. Por diferentes razones Cicerón desconfiaba tanto de Paulo, el hermano de Lépido, como de los familiares de Octaviano, Pilipo y C. Claudio Marcelo. Tres excelentes personas (L. Aurelio Cota, L. César y Ser. Sulpicio Rufo), por edad, mala salud o desesperanza, rara vez se dejaban ver por la curia. A los cinco restantes Cicerón no los consideraba consulares en absoluto; eran cesarianos. Su severo veredicto está confirmado por los hechos.

6. *Supra*, p. 125. Uno de ellos, el patricio Q. Fabio Máximo (*cos.* 45 a. C.) había muerto en el cargo. Eso dejaba seis consulares de los años 48-45.

7. *Phil.* 8, 22.

8. *Ad fam.* 12, 4, 1.

9. *Ibid.*, 10, 28, 3.

10. *Phil.* 8, 30: «nam illud quidem non adducor ut credam, esse quosdam qui invideant alicuius constantiae, qui labori, qui perpetuam in re publica adiuvanda voluntatem et senatui et populo Romano probari moleste ferant» (Lo que de veras no puedo decidirme a creer es que haya gente que tenga envidia de la firmeza y de la laboriosidad de alguien; que le moleste que lo mismo el senado que el pueblo romano celebren el empeño constante que pone en ayudar a la República); *Ad fam.* 12, 5, 3: «non nulli invident eorum laudi quos in re publica probari vident» (Algunos envidian la gloria de los que ellos ven que la República elogia).

11. *Ad fam*, 12, 5, 2, cf. MOMMSEN, *Ges. Schriften* IV, 176 ss.

Sólo uno de los cinco fue un obstáculo para Cicerón, o un buen servicio para Antonio, a saber, un viejo enemigo, Q. Fufio Caleno, uno de los generales de César, político inteligente y orador de cierto brío.[12]

Esto por lo que se refiere al senado y a los viejos estadistas. Sin ayuda armada de las provincias, o por lo menos sin el apoyo leal de los gobernadores de las provincias, la usurpación del poder en Roma estaba condenada al fracaso. La Galia Cisalpina dominaba Italia, y los generales del oeste tenían la última palabra en la disputa por la Cisalpina. Pese a las garantías y alientos de Cicerón, pese a sus ejemplares declaraciones de lealtad a la República, su actitud era ambigua e inquietante; no se podía esperar que los generales y los veteranos de César se prestasen de buen grado a contribuir a la supresión de Antonio y a la resurrección de la causa republicana y pompeyana.

En las provincias del oeste se encontraban Planco, Lépido y Polión; los tres miembros de partido de César, pero muy distintos por sus caracteres, su formación y su posición social. Los tres habrían de sobrevivir a los años de la revolución: Lépido, condenado al exilio y a la ignominia; Planco como servidor del nuevo régimen, honrado despreciado; Polión en una austera independencia.

L. Munacio Planco gobernaba la Galia Comata. Cónsul designado para el 42 a. C., el más pulido y elegante de los corresponsales de Cicerón, quizá divirtiéndose con una inocente parodia del estilo de este modelo. Planco, que había servido como legado de César en la Guerra de las Galias y en la civil, era todo lo contrario de un sujeto belicoso. El esmerado cálculo de sus propios intereses y el cuidado asiduo de su seguridad personal lo llevaron mediante las oportunas traiciones hasta una vejez apacible. Planco escribía despachos y cartas declarando su amor a la paz y su lealtad a la República —¿Quién no lo hacía?—. Pero Planco, claro está, esperaba fríamente el desarrollo de los acontecimientos. Tenía ya fama de saber tomarse tiempo.[13]

12. Los otros eran C. Antonio (*cos.* 63), C. Caninio Rebilo (*cos. suff.* 45) y los dos cónsules del 53, M. Valerio Mesala Rufo, que llevó una vida oscura y desapercibida (fue augur por espacio de 55 años) y Cn. Domicio Calvino, perdido para la historia durante treinta meses, desde los idus de marzo, pero aún con un futuro por delante.

13. *Ad fam.* 10, 3, 3: «scis profecto —nihil enim te fugare potuit— fuisse quoddam tempus cum homines existimarent te nimis servire temporibus» (Seguramente sabes —pues nada te pudo escapar— que hubo una época en que los hombres te creían un esclavo de las circunstancias).

Aún menos confianza se podía depositar en M. Emilio Lépido, gobernador de la Galia Narbonense y de Hispania Citerior. Donde Lépido estaba, si este verbo se puede aplicar a este sujeto veleidoso, era con Antonio, su aliado en los días que siguieron a los idus de marzo; y él se habría percatado de que después de Antonio era el más odiado de los líderes cesarianos, odiado y despreciado por su falta de brillantez, de valor y de una capacidad que hubiera disculpado sus ambiciones.[14] El nombre de los Emilios, sus relaciones familiares y el mando de un gran ejército convirtieron a esta nulidad en un factor de primer orden. Los dos bandos procuraban a porfía ganarse el favor de Lépido, ahora en posición ventajosa, pues había conseguido hacía poco inducir al aventurero Sexto Pompeyo a deponer sus armas y entrar en tratos con el gobierno de Roma, un duro golpe para los republicanos. Antonio consiguió para él un voto de gracias del senado. Los enemigos de Antonio entraron pronto en la disputa. Uno de los primeros actos de Cicerón, en enero, fue proponer que, en agradecido recuerdo de los servicios de Lépido al Estado romano, una estatua de bronce dorado se le alzase en los Rostra o en cualquier otra parte del Foro que Lépido eligiese. Lépido podía permitirse esperar.

Un carácter más vigoroso que el de Lépido o el de Planco lo tenía Asinio Polión, el gobernador de Hispania Ulterior, pero su provincia estaba lejos y su fuerza era menor. Erudito, hombre agudo y honesto, amigo de César y de Antonio, pero republicano, Polión consideraba que sus lealtades eran contradictorias, o pasadas de moda; lo que sí es claro es que ningún partido le gustaba. A todos los conocía bien. Este republicano, pesimista y perspicaz, no confiaba en una causa acaudillada por Cicerón, cuya oratoria ampulosa y falta de sinceridad le parecía de tan pésimo gusto. Pero Polión había de desempeñar su papel en favor de la paz, si no de la República: su honestidad incoercible era bien acogida en negociaciones políticas en las que la diplomacia de un Cicerón o de un Planco hubieran despertado una lógica desconfianza, entre los amigos tanto como entre los enemigos.

El oeste daba escasas muestras de socorro. Además, los ejércitos de África y de Iliria estaban en manos de cesarianos. Macedonia había sido despojada de su guarnición casi por completo. Dolabela, alia-

14. D. Bruto le llamaba «homo ventosissimus» (hombre de mucho viento) (*Ad fam.* 11, 9, 1). CICERÓN, años antes, «iste omniurn turpissimus et sordidissimus» (Éste, el más torpe y miserable de todos) (*Ad Att.* 9, 9, 3).

do de Antonio, iba camino del Oriente; había mandado a sus legados por delante, el uno a Siria, el otro a Egipto, para tener seguras de su parte a las legiones. Aun así, el Oriente no estaba perdido para la República. No había conocimiento en Roma del paradero de los Libertadores a fines de año. Se presumía que de hecho no habrían ido a sus provincias triviales de Creta y Cirene. En octubre llegaron rumores de Egipto, pero sin confirmación. Sin embargo, el invierno, aunque retrasase las noticias, facilitaría una revolución en el Oriente. Los amigos de Bruto y Casio en Roma y sus parientes guardaban un discreto silencio, probablemente, supieran algo o no. Macedonia estaba más cerca que Siria y que Egipto; pronto iba a ser Macedonia quien proporcionase más que rumores. Pero no hay testimonios de un proyecto concertado entre los Libertadores y el partido constitucional; al contrario, divergencia de política y objetivos.

El programa de Cicerón había sido ya redactado y hecho público el 20 de diciembre. El 1 de enero sonó la hora de la acción. Hircio y Pansa inauguraron el debate. Duró cuatro días. Caleno habló en favor de Antonio; Cicerón, en favor de la guerra,[15] y L. Pisón intervino dos veces sobre la excusa de la legalidad con argumentos a favor del compromiso.

El resultado apenas fue un triunfo para Cicerón. Un objetivo lo alcanzó, desde luego: las tropas de D. Bruto y de Octaviano fueron convertidas en ejércitos legales, reconocidos por el Estado; las promesas hechas por Octaviano fueron ratificadas solemnemente, y, además, licenciamiento tras la campaña y fincas en Italia. Se decidió también que los gobernadores continuasen al mando de sus provincias hasta ser relevados por la autoridad del senado. Esto afectaba a Bruto en la Cisalpina. En lo referente a Octaviano, Cicerón adujo abundantes paralelos históricos en homenaje a la juventud, al mérito y al patriotismo, pero su proposición fue superada por la de Servilio. El senado acogió a Octaviano en sus filas y le confió, lo mismo que a los cónsules, la dirección de las operaciones militares contra Antonio con el título de propretor.[16] Además, por una dispensa especial, fue autorizado a optar al consulado diez años antes de la edad reglamentaria.

15. *Phil.* 5. Algo, por lo menos, del discurso de Caleno se puede inferir de Dión (46, 1. 1 ss.).

16. *Res Gestae* I; Livio, *Per.* 118; Dión, 46, 29, 2. Sobre la propuesta de Cicerón, *Phil.* 5, 46.

Octaviano tenía ahora diecinueve años; tendría que esperar aún trece años. Al lado de esto la concesión de una estatua dorada, a propuesta de Filipo, era una menudencia.

Los políticos conservadores pretendían, y muchos de sus adversarios admitían, que en situaciones de excepción el senado gozaba de poderes discrecionales especiales. Antes de ahora, el senado había conferido el *imperium* y la dirección de una guerra a un hombre que no había desempeñado cargo público alguno. Pero había límites. El senado no elegía a sus propios miembros ni determinaba su posición relativa. No había práctica ni teoría conocida por la que la *auctoritas* del senado pudiera invocarse para otorgar rango senatorial a un ciudadano particular. No se había hecho así ni para Pompeyo. Era principio fundamental del Estado republicano, tanto democrático como aristocrático, que el voto libre del pueblo, y sólo ese voto, decidía la elección de magistrados y, por tanto, su ingreso en el senado.[17]

Ésa no fue la única irregularidad llevada a cabo por el partido de la constitución cuando «implantó la República sobre una base firme». Mientras fuese cónsul, Antonio era claramente inatacable; cuando procónsul, su posición, aunque no tan fuerte, era firme, en tanto que tenía su mandato extraordinario en virtud de un plebiscito, como lo habían tenido Pompeyo y César en el pasado.[18] Oponerse a la validez de tales concesiones era plantear un grave problema, aunque no lleva-

17. *Pro Sestio* 137: «deligerentur autem in id consilium ab universo populo» (Serán elegidos a este consejo por el entero pueblo).

18. Por tanto era legal hasta que la legislación de Antonio (y de sus agentes) fuese declarada nula y sin contenido. Eso no se llevó a cabo hasta principios de febrero. Los argumentos aducidos por Cicerón el 1 de enero para despreciar fríamente la ley no fueron en modo alguno adecuados ni inequívocos (*Phil.* 5, 7 ss.). En primer lugar, la ley violaba la *Lex de provinciis* de César, que fijaba en dos años la tenencia de una provincia consular; pero eso podía haber sido rebatido, pues el mandato de Antonio no era una provincia consular normal, concedida por el senado y por ello sujeta a la ordenanza de César. En segundo lugar, la ley había sido aprobada desafiando los *auspicia*, pero esa excusa era muy débil, pues la autoridad de la ley sagrada había sido desacreditada, en su mayor parte, por su empleo partidista y sin escrúpulos, y Antonio quizá defendía la validez de la *Lex Clodia* del 58 a. C. que había abolido prácticamente este método de obstrucción, cf. S, WEINSTOCK, *JPS* XVII (1937), 221. La propuesta de Cicerón de declarar fuera de la ley al procónsul difícilmente puede considerarse constitucional. «Eine staatsrechtliche Unmöglichkeit» (un imposible en derecho político), como la llama SCHWARTZ, *Hermes* XXXIII (1898) 195.

se aparejada la sanción oficial, dada a un aventurero particular contra un procónsul del pueblo romano.

La propuesta extrema del programa de Cicerón violaba tanto el derecho privado como el público. Como Pisón advirtió, quizá como agudo recordatorio del destino de los socios de Catilina, no se podía condenar a un ciudadano romano sin escucharlo. Como mínimo, Antonio debía ser sometido a un proceso para responder de los delitos que se le imputaban. Al final fue adoptada la propuesta de Q. Fufio Caleno, el amigo de Antonio. Se iban a enviar a Antonio unos emisarios que le instasen a retirar su ejército de la provincia de Bruto; no acercarse a menos de una distancia de doscientas millas de Roma y someterse a la autoridad del gobierno.

Ésta era una exigencia firme y amenazadora. Para los amigos de Antonio significaba, sin embargo, que se había conjurado una declaración de guerra; para los abogados de la concordia, un respiro, y tiempo para la negociación. Incluso ahora la situación no era del todo desesperada. Es posible que tanto los cesarianos como los neutrales esperasen la rápida caída de Módena. Contra este hecho consumado nada se podría hacer, y Antonio, con sus derechos y su prestigio respetados, podría mostrarse dispuesto a un arreglo. Siete años antes una minoría pequeña del senado rompió las negociaciones con un procónsul rebelde y precipitó al mundo en la guerra. La lección podía haber proporcionado argumentos contra la adopción de medidas irrevocables.

Bajo la amenaza de guerra, un compromiso podía haber salvado las apariencias, lo cual no se avenía a las ideas de Cicerón. En público él anunció que la embajada fracasaría, y en secreto rezaba para que así ocurriese.[19]

La embajada partió. La formaban tres consulares, Pisón, Filipo y Ser. Sulpicio, un respetable y cauto jurista sin fuertes lazos ni sentimientos políticos. En el norte, el invierno aún impedía las operaciones militares. En Roma, la política se paralizó el resto del mes. Pero Cicerón no cejaba. Proclamaba la resurrección de la autoridad del senado, la fidelidad de la plebe y la unanimidad de Italia. El Estado tenía ahora alma y control de la situación, ejércitos y generales. No había motivo para temer ni aceptar compromisos. Respecto a los términos que el adversario podría ofrecer, imaginaba él que Antonio podría ceder la

19. *Phil.* 6 y 7.

Cisalpina, pero aferrarse a la Galia Comata.[20] Mentiroso y peligroso, no podía haber tratos con Antonio, pues Antonio no era más que un enemigo público y un fuera de la ley. El mismo Cicerón había sido siempre un abogado de la paz. Pero ahora era distinto, se trataba de una guerra justa y santa. Así lo declaraba al senado, a Octaviano y a D. Bruto en cartas de exhortación.

La guerra necesitaba hombres y dinero, vigor y entusiasmo. Se reclutaron tropas. Hircio, aunque acababa de abandonar su lecho de enfermo, débil y flaco, partió para el escenario de la guerra y subió por la Flaminia hasta Ariminum (Rímini), pero no para combatir, si podía evitarlo. Aún podía engañar a los dos, a Cicerón y a Antonio. Pero no podía detener la movilización. El patriotismo y la ambición de algunos, la intimidación, el engaño y el soborno campaban ya a sus anchas por el país. Toda Italia debía aprestarse a la defensa del «gobierno legítimo»; se hicieron por ello intentos de orquestar un *consensus* espontáneo. Las ciudades tomaron medidas. Los hombres de Firmum abrieron la marcha prometiendo dinero para la guerra; los marrucinos (o quizá más bien un partido dentro de ellos contrario a Polión) estimularon el reclutamiento bajo pena de pérdida de los derechos cívicos. Además, un distinguido caballero *y* excelente patriota, L. Visidio, que había velado por la seguridad de Cicerón durante su consulado, no sólo animó a sus vecinos a alistarse, sino que les ayudó con generosos subsidios.[21]

El día 1 o el 2 de febrero los emisarios volvieron, a falta de Sulpicio, que había muerto en el penoso viaje, y se manifestaron en términos que provocaron la cólera de Cicerón. «Nada más escandaloso, más indignante que la forma como Filipo y Pisón actuaron de embajadores».[22] Las condiciones en que Antonio estaba dispuesto a negociar eran las siguientes:[23] cedería la Galia Cisalpina, pero insistía en conservar la Comata; esta provincia la gobernaría durante los cinco años posteriores,

20. *Ibid.*, 7, 3; cf. 5, 5.

21. *Phil.* 7, 24: «vicinos suos non cohortatus est solum ut milites fierent sed etiam facultatibus suis sublevavit» (No sólo arengó a sus vecinos a que se hiciesen soldados, sino que también los subvencionó con sus propios recursos). Las actividades de este influyente y adinerado caballero de pueblo podrían haberse descrito en términos muy diferentes.

22. *Ad fam.* 12, 4, 1: «nihil autem foedius Philippo et Pisone legatis, nihil flagitiosius».

23. *Phil* 8, 27.

hasta que Bruto y Casio llegasen a cónsules y dejasen vacantes sus provincias consulares, es decir, hasta fines del año 39 a. C., probable fecha que se daba en el texto original del plebiscito del 1 de junio.

La propuesta de Antonio no era irrazonable ni rebelde. Dado que la justicia en Roma dependía de la política, con la legislación como cosa casual o de partido, exigía garantías: no era sólo en su *dignitas* en lo que tenía que pensar, sino en su *salus*. El único seguro de ésta era la posesión de un ejército. Hacer entrega de éste y quedar a merced de un partido que declaraba ser el gobierno era una locura y una muerte cierta. Considerando la conducta reciente de sus enemigos, en Roma y en Italia, tenía toda la razón al exigir garantías a cambio de renunciar a su derecho a la Galia Cisalpina en virtud de una ley aprobada por el pueblo romano, por no decir nada de la disposición que confería el rango senatorial a un aventurero. En cuanto a Bruto y Casio, parece que reconocía su derecho al consulado del 41 a. C. La ruptura no era aún irreparable.

El senado fue inflexible. Rechazó estas propuestas y aprobó el *decretum ultimum*: los cónsules adoptarían las medidas necesarias para la seguridad del Estado. Con los cónsules estaba asociado Octaviano. La sanción extrema, sin embargo, quedó en suspenso a instancias del consular L. Julio César, tío de Antonio, senador anciano, de intachable reputación y sentimientos republicanos. Pansa lo apoyó. Antonio no fue declarado enemigo público. Pero Cicerón no cejaba en sus esfuerzos. Como prueba de patriotismo propuso el mismo día la erección de otra estatua en el Foro, la del embajador muerto, Sulpicio Rufo, lo que fue motivo de querella con P. Servilio.[24]

Fue proclamado el estado de guerra. Ya estaba implantado. De momento, sin embargo, ningún cambio en la situación militar del norte. Las provincias del Oriente enviaron nuevas de un éxito repentino y magnífico. Mientras el senado negociaba con Antonio, Bruto y Casio habían actuado: se habían apoderado de los ejércitos de todos los países de ultramar, desde Iliria a Egipto. Sobre Casio corrieron intensos rumores en los primeros días de febrero;[25] de Bruto, un despacho oficial al senado, que llegó probablemente en la segunda semana del mes.[26]

24. *Phil.* 9.
25. *Ad fam.* 12. 2 (2 de feb.); 3 (entrado el mes).
26. *Phil.* 10, de fecha insegura.

Tras abandonar Italia, Bruto marchó a Atenas y fue visto en lecciones de filósofos. Es de suponer que sus agentes se estuviesen moviendo en Macedonia y en otros lugares. Contaba con la ayuda de Hortensio, procónsul de Macedonia en vías de retirarse, hijo del gran orador, y uno de sus parientes próximos.[27] Cuando todo estaba dispuesto, y tomada la decisión, actuó con rapidez. Los cuestores de Asia y de Siria, camino de la capital con los impuestos de estas provincias, fueron interceptados y persuadidos a aportar sus fondos; para la salvación del Estado, sin duda.[28] A finales de año casi toda Macedonia estaba en sus manos; y no sólo Macedonia: Vatinio, gobernador de Iliria, había sido incapaz de evitar que sus legiones se pasaran a él. Ésta fue la situación con que se enfrentó C. Antonio cuando desembarcó en Dirraquio para hacerse cargo de la provincia de Macedonia, a principios de enero. Bruto derrotó en seguida a Antonio, lo empujó hacia el sur y lo inmovilizó en la ciudad de Apolonia.

El éxito de Casio fue más espectacular aún. Marchó a Siria, provincia en la que era conocido y apreciado, adelantándose a Dolabela. Allí se encontró con seis legiones al mando de los generales cesarianos Estayo Murco y Marcio Crispo, acampados fuera de la ciudad de Apamea, que el aventurero pompeyano Cecilio Baso tenía ocupada con una legión.[29] Sitiadores y sitiados, todos a una, se unieron a Casio. Eso no era todo. El cesariano A. Alieno llevaba hacia el norte, por Palestina, cuatro legiones desde Egipto para unirse a Dolabela. Estas unidades también pasaron a incrementar el ejército de Casio.

El senado fue convocado al recibirse el despacho de Bruto. Desoyendo las objeciones del antoniano Caleno, Cicerón defendió a Bruto y consiguió la legalización de un mandato usurpado.[30] Bruto fue nombrado procónsul de Macedonia, Iliria y Acaya. Cicerón había adquirido no poca facilidad en la resolución de situaciones de este tipo recurriendo a veces a la excusa del patriotismo y de la legalidad suprema. En cuanto a Casio, no se tenían aún noticias confirmadas de sus éxitos: la usurpación del mando del Oriente y el apoderarse de una

27. *Phil.* 10, 13; *ILS* 9460 (Delos). Sobre el parentesco con Bruto, cf. MÜNZER, *RA*, 342 ss.

28. El cuestor de Asia era probablemente M. Apuleyo (*Phil.* 10, 24); C. Antistio Vetus el de Siria (*Ad M. Brutum* I, 11, 1; PLUTARCO, *Brutus*, 25). P. Léntulo, cuestor de Trebonio, declara que ayudó a Casio (*Ad fam.* 12, 14, 6).

29. Sobre estas personas, *supra*, p. 143.

30. *Phil.* 10, 25 s.

docena de legiones no tuvieron confirmación hasta pasados más de dos meses.

Al fin, para la causa republicana la victoria parecía ahora asegurada. La consternación se abatía sobre los colaboradores de Antonio, sobre muchos cesarianos y sobre los amigos sinceros de la paz, que no estaban ciegos por las emociones partidistas del momento. A largo plazo, el futuro amenazaba con una guerra mucho más pavorosa que la que se estaba librando con tanta mansedumbre en la Cisalpina. Cicerón explotaba la ventaja. A principios de marzo llegó la noticia de que Dolabela, en su paso por Asia camino de Siria, obstaculizado por el procónsul Trebonio, lo había capturado y ejecutado tras un juicio sumarísimo; la acusación fue probablemente de alta traición, basada en la ayuda que Trebonio y su cuestor habían prestado a las actividades de Bruto y Casio.[31] Un escalofrío de horror recorrió el senado. Los republicanos explotaban su ventaja alegando atrocidades: se afirmaba que Dolabela había practicado la tortura sobre el infortunado Trebonio. Los cesarianos se vieron así obligados a desautorizar a su comprometedor aliado. Fue Caleno, y no otro, el que propuso declarar a Dolabela enemigo público. Esta concesión diplomática quizá permitió a los moderados como Pansa rechazar la propuesta de Cicerón de conceder a Casio el encargo de hacer la guerra a Dolabela; con el mando extraordinario de todas las provincias del Oriente.

Este cambio revolucionario en el Oriente alarmó a los amigos de Antonio: había poco tiempo que perder; pues el comienzo de las hostilidades en el norte cerraría las puertas a cualquier compromiso. Dos intentos se hicieron en marzo. En Roma, Pisón y Caleno presentaron una moción para que se enviase una embajada a negociar con Antonio. Cinco consulares fueron nombrados para una comisión de representantes, a saber, Caleno, Cicerón, Pisón, P. Servilio y L. César. Sin embargo, Cicerón cambió de parecer y se retiró. La embajada, argumentaba, sería superflua: negociar a estas alturas sólo serviría para aminorar el fervor del frente patriótico.[32] El proyecto se malogró.

El 20 de marzo llegaron despachos de Lépido y Planco, de acuerdo el uno con el otro y probablemente con Antonio. Lépido, por lo menos, no parece haber hecho secreto de su pacto con Antonio, pues liquidado éste él sería el próximo general cesariano en ser atacado.

31. *Phil.* 11 (hacia el 6 de marzo).
32. *Phil.* 12 (*c.* 10 de marzo?).

Todos hacían profesión de lealtad a la República y de veneración a la concordia. Con vistas a ésta solicitaban un arreglo. Servilio se pronunció en contra. Cicerón lo apoyó, con generosos elogios para aquellos patriotas y abnegados ciudadanos, Lépido y Planco, pero rechazando toda idea de negociación en tanto Antonio conservase su ejército.[33] Cicerón tenía en la mano una carta abierta de Antonio dirigida a Hircio y a Octaviano, una carta animosa, provocativa, amenazadora. Antonio les advertía de que estaban siendo manejados por pompeyanos para acabar con el partido cesariano, asegurándoles que los generales estaban de su parte y reiterando su decisión de mantenerse fiel a Lépido, a Planco y a Dolabela.[34] Cicerón no pudo soportar aquel desafío a su talento. Hizo citas, se burló y refutó el manifiesto de Antonio. Aquella misma noche escribió a Planco en un tono de dolida sorpresa y de severa exhortación.[35] Con Lépido, en cambio, fue más brusco y abusivo: «en mi opinión, serás más prudente no inmiscuyéndote con proposiciones de paz; ni el senado ni el pueblo las aprueban, ni tampoco ningún buen ciudadano».[36] Lépido no olvidó aquel insulto a su *dignitas*.

Tal era la situación hacia finales de marzo. Los esfuerzos de la diplomacia, sincera o partidista, estaban agotados por igual. El arbitrio correspondía ahora a la espada.

Durante el mes de febrero las fuerzas del cónsul Hircio y del propretor Octaviano estuvieron acampadas junto a la Via Emilia, al suroeste de Bolonia, en Forum Cornelii. En marzo se desplazaron en dirección a Módena, dejando a un lado a Bolonia, que Antonio se vio obligado a abandonar, aunque sí logró cerrar sus líneas alrededor de la primera.

Octaviano e Hircio evitaron el encuentro, en espera de que Pansa llegase con sus cuatro legiones de reclutas. Pansa había salido de Roma hacia el 19 de marzo. Antonio pensaba acabar con Pansa por separado. Y, en efecto, le salió al paso y derrotó a su ejército en Forum Gallorum, a unas siete millas al sureste de Módena. En la batalla,

33. *Phil.* 13.

34. *Ibid.*, 13, 22 ss.

35. *Ad fam.* 10, 6, 3: «haec impulsus benevolentia scripsi paulo severius» (Impulsado por mi benevolencia le escribí con algo más de dureza).

36. *Ibid.*, 27, 2: «itaque sapientius meo quidem iudicio facies si te in istam pacificationem non interpones, quae neque senatui neque populo nec cuiquam bono probatur».

Pansa fue herido, pero Hircio llegó al atardecer y, cayendo sobre las tropas victoriosas y en desorden de Antonio, restableció la situación. El gran Antonio logró salir del atolladero a costa sólo de considerables pérdidas. Hircio no era un soldado reputado ni ambicioso, pero estaba a la altura de su posición y de su deber. Octaviano entretanto mantenía y defendía el campamento cerca de Módena. En unión de Pansa y de Hircio recibió la aclamación de *imperator*. Tal fue la batalla de Forum Gallorum (14 abril).[37]

Siete días después Antonio fue obligado a librar batalla en Módena. Fue vencido, pero no puesto en fuga; en el campo contrario cayó Hircio. En campaña, Antonio era rápido en sus decisiones. Al día siguiente de su derrota reorganizó los restos de su ejército y emprendió la marcha por la Emilia hacia el oeste, en dirección a la Galia Narbonense y buscando el apoyo de Lépido y Planco, asegurado para él hacía un mes, pero ahora sumamente dudoso.

En Roma el júbilo no tenía límites. Antonio y sus seguidores fueron declarados, al fin, enemigos públicos. Para los defensores victoriosos de la constitución, tanto vivos como muertos, ya se habían inventado nuevos y extraordinarios honores.[38] El senado aprobó por decreto una acción de gracias de cincuenta días a los dioses inmortales, sin precedentes e impropio de una guerra entre ciudadanos, y nunca solicitado por Sila ni por César. Para un patriota reflexivo, aquello no era motivo de regocijo: «Piensa más bien en la desolación de Italia y en todos los magníficos soldados muertos»,[39] escribía Polión desde España. Cicerón había alardeado en el senado de que los veteranos de César se estaban eclipsando; no eran rivales para el fervor patriótico de las levas de la Italia republicana.[40] Cuando sonó en Módena la hora

37. *Ad fam.* 10, 30 (informe de Galba).

38. *Phil.* 14 (21 de abril).

39. *Ad fam.* 10, 33, 1: «quo si qui lactantur in praesentia, quia videntur et dutes et veterani Caesaris partium interisse, tamen postmodo necesse est doleant cum vastitatem Italiae respexerint. Nam et robur et suboles militum interit» (Los que en este momento se alegran porque parecen haber perecido los jefes y los veteranos del partido de César, habrán de dolerse más adelante cuando vean la devastación de Italia, pues la crema y la raza de los soldados han sucumbido).

40. *Phil*, 11, 39: «nihil enim semper floret; actas succedit aetati; diu legiones Caesaris viguerunt; nunc vigent Pansae, vigent Hirti, vigent Caesaris fili; vincunt numero, vincunt aetatibus; nimirum etiam auctoritate vincunt» (Nada en efecto florece siempre; una edad sucede a otra edad. Durante mucho tiempo las legiones de César fueron las más fuertes; ahora lo son las de Pansa, las de Hircio, las del hijo

del combate, la lúgubre y silenciosa labor de la espada de los veteranos sembró el terror entre los reclutas noveles.[41]

Con una gloriosa victoria en el haber de los ejércitos patriotas y todas las provincias de Oriente en manos de Bruto y Casio, la República parecía estar ganando en todos los frentes. La victoria de Módena fue engañosa y ruinosa. La ingeniosa política de destruir a Antonio y elevar al heredero de César no convencía ni a los generales de las provincias occidentales ni a los Libertadores. Cicerón y sus amigos no habían contado con el mejor general de aquel momento, ni con la madurez política del joven Octaviano. El pacto contra natura entre el jefe revolucionario y el partido constitucional se desplomó e hizo pedazos.

---

de César; son fuertes por su número, por su edad y a buen seguro también por su prestigio).

41. Apiano, *BC* 3, 68, 281: θάμβος τε ἦν τοις νεήλυσιν ἐπελθουσι, τοιάδε ἔργα σὺν εὐταξίᾳ καὶ σιωπῃ γιγνόμενα ἐφορωσιν (A su llegada, los reclutas fueron presa del horror, viéndoles hacer aquel trabajo con orden y en silencio).

Capítulo XIII

LA SEGUNDA MARCHA SOBRE ROMA

El enemigo público andaba huido. Lo único que quedaba por hacer era cazarlo. Si Lépido y Planco se mostraban firmes en el oeste, los ejércitos combinados de la República en el norte de Italia tendrían una tarea fácil. Así pudiera parecer. Antonio rompió la marcha, desplazándose por la Emilia, el 22 de abril. Logró una delantera de dos días, pues D. Bruto fue a consultar a Pansa en Bolonia, para encontrarse con que el cónsul había muerto de sus heridas. Antonio pronto obtuvo más ventaja, pues su ejército era fuerte en caballería. Bruto no tenía ninguna, y el alborozo por una victoria en la que sus legiones habían tenido tan pequeña parte no podía rehacerlas del desgaste de un largo asedio.

Eso no era lo peor. La dirección de la guerra por los dos cónsules había ensombrecido algún tiempo a la persona de Octaviano. Hircio y Pansa, al frente de sendos ejércitos, hubieran podido imponer un cese de hostilidades después de la derrota de Antonio, moderar al heredero de César y hacer algún tipo de arreglo. Los dos eran patriotas honrados. Con su desaparición providencial, el aventurero sale a flote otra vez, y ahora de manera inesperada, para dominar el juego de la alta política.

Bruto apremió a Octaviano a que volviese hacia Etruria a través de los Apeninos, para cerrarle el paso a Ventidio e impedirle marchar hacia el oeste para unirse a Antonio. Ventidio, factor importante pero a veces olvidado en la campaña de Módena, estaba subiendo a retaguardia de las fuerzas constitucionales con tres legiones de veteranos

reclutadas en su Piceno natal. El heredero de César rehusó acatar la orden del asesino de César; y de haberlo hecho, no es seguro que las tropas le hubieran obedecido.[1] Y así Ventidio se escabulló.

Octaviano no tardó mucho en recibir noticias de Roma que justificaban plenamente su decisión: iban a deshacerse de él tan pronto como hubiera cumplido los fines de los enemigos de Antonio. Eso fue lo que al menos dedujo él de las medidas tomadas por el senado cuando se conocieron los sucesos de Módena. En los honores de la victoria, a Octaviano se le concedía una ovación; a D. Bruto, en cambio, un triunfo, el mando de la guerra y las legiones de los cónsules fallecidos.[2] Discursos de homenaje y un monumento habían de honrar la memoria de los gloriosos caídos.[3] Sus camaradas esperaban recompensas más sustanciosas. Pero el senado redujo las gratificaciones prometidas con tanta generosidad a los ejércitos patriotas, designando una comisión encargada de efectuar aquella sana economía. Octaviano no estaba entre sus miembros, pero tampoco lo estaba D. Bruto. Los emisarios llevaban instrucciones de tratar con las tropas directamente.

Los soldados se negaron a tolerar tal falta de cortesía hacia su jefe, patrono y amigo. Octaviano, con sus fuerzas acrecentadas por las legiones de Pansa, que él se había negado a entregar a D. Bruto, decidió mostrarse firme, pese a lo precario de su posición. Antonio podría ser liquidado; eso significaba la ruina de la causa cesariana, y pronto la del heredero de César. Antonio le había advertido de ello y Antonio

1. *Ad fam.* 11, 10, 4: «sed neque Caesari imperari potest nec Caesar exercitui suo, quod utrumque pessimum est» (pues ni puede él dar órdenes a César, ni César a su ejército, cosas lamentables las dos).

2. Ciertos republicanos se opusieron y quizá rechazaron la ovación en el senado (*Ad. M. Brutum* 1, 15, 9). Como quiera que sea, la *Autobiografía* de Augusto, justificando a éste, acusaba al senado de descortesías hacia él, exagerando mucho, cf. F. BLUMENTHAL, *Wiener Studien* XXXV (1913), 270 s.

3. *Phil.* 14, 33 (tras la batalla de Forum Gallorum): «erit igitur exstructa moles opere magnifico incisaeque litterae, divinae virtutes testes sempiternae, nunquamque de vobis eorum qui aut videbunt vestrum monumentum aut audient gratissimus sermo conticescet. Ita pro mortali condicione vitae immortalitatem estis consecuti» (Se construirá, pues, un monumento magnífico *y* se grabará en él una inscripción, testigos eternos de vuestra divina virtud, y nunca quienes vean vuestro monumento u oigan hablar de él, cesarán de daros las gracias. Así habéis alcanzado la inmortalidad en la medida en que la admite la vida mortal).

estaba diciendo una verdad palpable.[4] Haciendo un cálculo racional de personas e intereses, era probable que Antonio recuperase el apoyo de Lépido y Planco. Antonio y los Libertadores podrían incluso coaligarse contra su enemigo común; las guerras civiles han presenciado vicisitudes aún más extrañas en las alianzas.[5] Aun así, si esto no sucedía, él podría verse cogido entre los cesarianos al oeste y los republicanos al este, aplastado y exterminado. Si Bruto y Casio venían a Italia con sus huestes de diecisiete legiones, su padre Cicerón no tendría escrúpulos en declarar al joven enemigo público. El peligro era manifiesto. No quería ser comprobado con el consejo que el cónsul cesariano Pansa pudo (o no pudo) haber dado al heredero de César.[6]

Y ahora la amenaza del Oriente se cernía amenazadora sobre otros, además de Octaviano. Los republicanos del senado enseñaban sus cartas. La posición de M. Bruto había sido ya legalizada. Poco después de las noticias de Módena, las provincias y los ejércitos de Oriente habían sido consignados a Casio en una medida única. Sexto Pompeyo había prometido ya a la República su ayuda contra Antonio. Fue recompensado con un voto de gracias el 20 de marzo. Ahora se le asignó un mandato extraordinario sobre las flotas y las costas de todo el Imperio Romano.

Ya era hora de que los cesarianos se arrepintiesen y cerrasen filas. Octaviano no se movió. Permaneció en las cercanías de Bolonia y esperó con tranquilidad la ruina de D. Bruto y el triunfo de la diplomacia entre los ejércitos cesarianos del Occidente.

Antonio marchó hacia el oeste con rapidez y resolución por Parma y Plasencia a Dertona, después hacia el sur, por pasos difíciles de las montañas, hasta Vada Sabatia (a unas treinta millas al suroeste de Génova). Aquí el 3 de marzo se reunió con el fiel Ventidio, con las tres legiones de veteranos. El primer asalto estaba ganado. El siguiente

4. *Phil.* 13, 40 (palabras del propio Antonio): «quibus; utri nostrum ceciderint, lucro futurum est, quod spectaculum adhuc ipsa Fortuna vitavit, ne viderit unius corporis duas acies lanista Cicerone dimicantis» (Para ellos, cualquiera de los nuestros que cayese sería una ganancia. La Fortuna ha evitado hasta ahora este espectáculo, para no ver dos unidades de un mismo cuerpo luchando entre sí con Cicerón como empresario). El llamar a Cicerón «lanista» era réplica merecida y aguda a su calificativo favorito para Antonio, de «gladiator».

5. Según VELEYO (2, 65, 1), Antonio amenazó a Octaviano con esta alternativa.

6. APIANO, *BC* 3, 75, 305 ss. probablemente inventado, cf. E. SCHWARTZ, *Hermes* XXXIII (1898), 230; F. BLUMENTHAL, *Wiener Studien* XXXV (1913), 269.

paso era proteger la marcha de las fatigadas columnas, siguiendo la estrecha vía de Liguria, entre las montañas y el mar. Antonio destacó caballería hacia el norte, atravesando otra vez los Apeninos en dirección a Pollentia. Bruto picó en el anzuelo y torció hacia el oeste. Antonio pudo entrar en la Galia Narbonense sin ser molestado. Llegó a Forum Julii (Frejus) a mediados del mes.

El encuentro con Lépido no se retrasó mucho. Uno de los lugartenientes de Lépido, enviado a Antonio durante la guerra de Módena, permanecía en su compañía, mientras otro se había abstenido deliberadamente de obstruir el camino de la Narbonense.[7] En marzo Lépido apremió al senado a aceptar su mediación, y Antonio sostuvo públicamente que Lépido estaba de su parte. Su palpable comunidad de intereses, fortalecida por el renacimiento de la causa republicana y pompeyana, era tan fuerte, que los leales despachos que Lépido continuaba enviando al senado no debieran haber engañado a nadie.

Los dos ejércitos estuvieron frente a frente algún tiempo. Un riachuelo corría entre los campamentos. Cuando los soldados son ciudadanos, la retórica vale por regimientos. En una famosa escena en la ribera del río Apso, en Albania, el general de César, Vatinio, probó su enérgica oratoria con los soldados de Pompeyo.[8] Pero no por mucho tiempo; Labieno lo cortó. Lépido no estaba tan pendiente de los peligros de confraternizar como lo habían estado los generales de Pompeyo. Ni deseaba estarlo, ni hubiera podido haber subyugado a las fuertes simpatías cesarianas tanto de los oficiales como de los soldados. Todos ellos seguían a Lépido no por el mérito de éste y el afecto de aquéllos, sino porque Lépido era cesariano. Las tropas acogieron a Antonio en el campamento, la Legión X, mandada un tiempo por él, a la cabeza de las demás.[9] Lépido aprobó lo hecho. Uno de sus lugartenientes, un cierto Juvencio Laterense, republicano y hombre honrado, se arrojó sobre su espada. Lépido redactó ahora un despacho al senado, aclarando, en el tono engolado de las frases que ahora todo el mun-

7. M. Junio Silano, su pariente, había luchado en Módena (*Ad fam.* 10, 30, 1). Era Q. Terencio Culcón, que se unió a Antonio en vez de oponerse a su invasión de la Narbonense. Lépido alegó que se dolía de su comportamiento, pero que era generoso: «nos etsi graviter ab iis laesi eramus, quod contra nostram voluntatem ad Antonium ierant tamen nostrae humanitatis et necessitudinis causa eorum salutis rationem habuimus» (*Ad fam.* 10, 34, 2).

8. César, *BC* 3, 19.

9. Apiano, *BC* 3, 83, 341 ss.

do empleaba, que sus soldados se habían opuesto a quitar las vidas a sus conciudadanos. La carta acababa con una frase mordaz, seguramente en respuesta al firme rechazo de Cicerón a sus anteriores propuestas de paz y concordia.[10]

Fue el 30 de mayo cuando Antonio y Lépido dieron su pacífico golpe de Estado. Ahora tenían que contar con Flanco. En abril el gobernador de la Galia Comata reunió su ejército e hizo amago de intervenir en el norte de Italia a favor de la República. El 26 de abril cruzó el Ródano y se encaminó hacia el sureste, como si fuese a enlazar con Lépido, llegando a una distancia de unas cuarenta millas del campamento de este último. Lépido le animó a continuar. Pero Planco temía una trampa; conocía a Lépido;[11] y Laterense le advirtió de que tanto Lépido como su ejército no eran de fiar. En consecuencia, Planco volvió sobre sus pasos y se detuvo en Cularo (Grenoble). Allí esperó a que D. Bruto llegase por el paso del Pequeño San Bernardo. Si ya por entonces Planco había decidido unirse a Antonio, su juego era sutil y grandioso: atraer a Bruto a su perdición sin necesidad de una batalla. Deprimido, con las tropas cansadas, retrasado por el reclutamiento de nuevas quintas, escaso de dinero y nervioso por las petulantes misivas de Cicerón, Bruto caminaba despacio. Hacia fines de junio alcanzó a Planco. Sus fuerzas combinadas ascendían a catorce legiones, pero sólo el enunciado de la cifra era impresionante. Cuatro eran de veteranos, el resto de reclutas recién alistados. Planco sabía lo que valían los reclutas.[12] Siguió un período de calma. Antonio no tenía prisa. Esperaba con paciencia que el tiempo, el miedo y la propaganda disgregaran las fuerzas de sus adversarios. El 28 de julio Planco redactó la última de las cartas a Cicerón que de él sobreviven. Su estilo no había perdido un ápice de su elegancia; haciendo profesión de buena voluntad y fidelidad, explicaba lo débiles que estaban sus fuerzas y culpaba al joven César de la huida de Antonio y de su reunión con Lépido, reprobando su ambición en los términos más violentos.[13]

10. *Ad fam.* 10, 35, 2: «quos si salutis onmium ac dignitatis rationem habueritis, melius et vobis et rei p. consuletis» (Que si tenéis en cuenta la salud y el honor de todos, serviréis mejor a vuestros intereses y a los de la República).

11. *Ibid.*, 10, 23, 1: «Lepidum enim pulchre noram».

12. *Ibid.*, 10, 24, 3: «quantum autem in acie tironi sit commitendum, nimium saepe expertum habemus» (He comprobado demasiado a menudo cuánto se puede confiar en un recluta en el ejército).

13. *Ad fam.* 10, 24. Sobre Octaviano, *ibid.*, § 5 s.

Entonces apareció en escena Polión en compañía de dos legiones de Hispania Ulterior. Anteriormente, en aquel año, se había quejado de que el senado no le mandaba instrucciones. Tampoco hubiese podido dirigirse a Italia contra la voluntad del incierto Lépido; además, sus tropas habían sido ganadas por los enviados de Antonio y de Lépido.

Polión, unido por amistad personal a Antonio, reconcilió ahora a éste con Planco. De modo que Planco se unió a la banda de los «parricidas» y «bandoleros», como él los había calificado recientemente. El desgraciado Bruto, engañado por Planco y traicionado por sus tropas, huyó hacia el norte, esperando abrirse camino por los países alpinos y dando un largo rodeo hacia Macedonia. Fue capturado y muerto por un reyezuelo galo.

Sería fácil, pero ocioso, acusar a los generales cesarianos de falta de heroísmo y carencia de principios. Ellos no tenían queja alguna de Antonio; ellos no eran quienes habían organizado un partido nuevo y belicoso, alistando ejércitos privados y promoviendo sanciones constitucionales contra un procónsul. Era imposible averiguar dónde estaba y con quién el gobierno legítimo y la autoridad del Estado romano. Para el juicio de estos hombres, si es que hay que juzgarlos, bastaría con demostrar que actuaron como lo hicieron, tras un examen razonado y equilibrado de la situación. Pero aún cabe decir más. Polión, el neutral en potencia, el cauto y diplomático Planco, incluso el pérfido y despreciado Lépido, pueden en su traición ser considerados fieles al pueblo romano en una época en que el patriotismo y los elevados principios se invocaban para justificar el derramamiento de sangre romana. No fue un hombre oportunista ni deseoso de medrar, sino el estoico Favonio, amigo de Catón y de Bruto, quien acusó a la guerra civil de ser el peor de los males, peor incluso que plegarse a la tiranía.[14]

En estas guerras entre ciudadanos, los generales y los políticos se veían contrariados a cada paso por los deseos de la soldadesca, lo que en la superficie, y según una visión partidista, era el peor de todos los males. Los enemigos de Antonio censuraban ásperamente la influencia de los veteranos.[15] Los veteranos no tenían ganas de guerra; tenían sus fincas, y los soldados alistados en las legiones querían recibir al final una recompensa sin necesidad de combatir por ella. Su resisten-

14. PLUTARCO, *Brutus* 12: χειρον εἶναι μοναρχίας παρανόμου πόλεμον ἐμφύλιον (La guerra civil es peor que una monarquía contraria a la ley).

15. *Phil.* 10, 18.

cia a obedecer los principios constitucionales invocados por el partido y a luchar contra sus conciudadanos trajo por consecuencia el que fuesen calificados de «locos» por los adversarios de Antonio.[16] Merecían en realidad una designación más amable. El comportamiento de los ejércitos da una imagen más fiel de los sentimientos del pueblo romano que lo hacen las afirmaciones interesadas de los políticos acerca de la «maravillosa unanimidad del pueblo romano y de toda Italia».[17]

La energía de Antonio, la devoción de las legiones cesarianas, la timidez, el interés o el patriotismo de los gobernadores de las provincias occidentales, todo había conspirado para protegerlo de la violencia en armas de una coalición antinatural. En Italia esa coalición se había disuelto ya; el heredero de César volvió sus armas contra sus aliados e iba camino de Roma. El destino estaba forjando una alianza nueva y más duradera de intereses y sentimientos, mediante la cual el renacido partido cesariano iba a implantar otra vez la Dictadura, ahora sin respeto a la vida ni a la propiedad, en el espíritu y el hecho de la verdadera revolución.

El 27 de abril toda Roma había celebrado la gloriosa victoria de Módena. Conforme el mes de mayo pasaba, el regocijo iba dando paso a la desilusión. Antonio había huido a Occidente. La gente culpaba de ello a la lentitud e indecisión de D. Bruto, el cual, por su parte, propugnaba que se llamase a Marco Bruto de Macedonia. Ya se hablaba de traer a las legiones de África.

En Roma una desintegración continua minaba los consejos públicos. No se eligieron nuevos cónsules. No había ni dirección, ni política. Hubo que implantar un impuesto sobre la propiedad para hacer frente a las exigencias de los ejércitos de la República. Los resultados fueron mezquinos;[18] y los agentes de los Libertadores habían interceptado los impuestos de las provincias orientales. Como escribía Cicerón a fines de mayo, el senado era un instrumento que se había hecho pedazos entre sus manos.[19]

Causa principal de preocupación era el protegido de Cicerón, el «divino joven a quien la providencia había enviado para salvar al

16. *Ad fam.* 10, 11, 2 (se emplean las palabras «furor» y «furiosus»).

17. *Ibid.*, 12, 5, 3: «populi vero Romani totiusque Italiae mira consensio est».

18. El impuesto era irrisorio (el 1 por 100), pero los ricos se negaron a pagarlo (*Ad Ad. M. Brutum*, 1, 18, 5).

19. *Ad fam.* 11, 14, 1: «ὄργανον enim erat meum senatus: id iam est dissolutum».

Estado».[20] Octaviano y su ejército se hacían más amenazadores a diario. Había llegado a oídos del joven un chiste de Cicerón: a aquel muchacho había que alabarlo y honrarlo, ensalzarlo y derribarlo.[21] Es posible que Cicerón nunca lo hubiese dicho, pero eso no importaba. La feliz ocurrencia resumía con fidelidad la hábil y magistral política de utilizar al heredero de César para acabar con el partido cesariano. Octaviano no estaba dispuesto a que lo quitasen de en medio, y la insistencia con que sus enemigos declarados y sus falsos amigos hablaban de sus pocos años estaba empezando a ser molesta. ¡Ya verían ellos!

Cicerón se avino al acuerdo original con Octaviano a sabiendas de los peligros que entrañaba aquella imprecisa alianza. No se había equivocado.[22] Pero durante los meses que siguieron a Módena, teniendo ya en sus manos pruebas palpables, siguió defendiendo el acierto de su política y el valor de los resultados alcanzados gracias a ella, con la esperanza de que Octaviano aún defendiese la causa constitucional, ahora que se había hecho descaradamente pompeyana y republicana.[23]

El consulado estaba vacante, pero no sin pretendientes. Octaviano aspiraba al honor, y sería claramente aconsejable darle al joven como colega y un ex cónsul veterano. La documentación referente a las intrigas relativas a este asunto es muy escasa, pero significativa. En junio (a lo que parece) Cicerón denunció ciertas «maquinaciones traicioneras», desenmascaró a sus autores y les echó en cara personalmente a los parientes de César (es de suponer que Filipo y Marcelo) el estar alimentando la ambición de Octaviano.[24] ¿En qué colegas se estaba pensando? Podría haber sido el ambiguo P. Servilio, pues a este verano (si no es anterior) corresponde un importante suceso político, el com-

20. *Phil.* 5, 43: «quis tum nobis, quis populo Romano obtulit hunc divinum adulescentem deus?» (¿Qué dios nos envió entonces, a nosotros y al pueblo romano, a este divino adolescente?).

21. *Ad fam.* 11, 20, 2: «laudandum adulescentem, ornandum, tollendum». CICERÓN (11, 21, 1) no niega expresamente que la frase fuese suya.

22. *Supra*, p. 182.

23. *Ad M. Brutum* 1, 15, 6 (mediados de julio): «tantum dico, Caesarem hunc adulescentem, per quem adhuc sumus, si verum fateri volumus, fluxisse ex fonte consiliorum meorum» (Yo sólo digo que este joven César, gracias al cual aún estamos aquí, si queremos reconocer la verdad es un producto de mis consejos).

24. *Ibid.*, 1, 10, 3: Describe a Octaviano como «meis consiliis adhuc gubernatum, praeclara ipsum indole admirabilique constantia» (dirigido hasta ahora por mis consejos, aunque tiene un carácter excepcional y una admirable firmeza).

promiso de su hija con el joven aventurero.[25] Cicerón ya había medido sus armas con Servilio más de una vez, y a principios de abril, tras una reyerta con motivo de un voto halagador para Planco, describía a Servilio como *homo furiosus* (demente).[26]

Si hacía falta un cónsul, ¿qué candidato más digno que Cicerón en persona? A raíz de la batalla de Forum Gallorum y del rumor de la muerte de Pansa se llegó a creer en Roma que Cicerón ocuparía la vacante.[27] Más adelante, tras la muerte de los dos cónsules, Bruto oyó en Macedonia la noticia de que Cicerón había sido elegido.[28] De una propuesta posterior hay pruebas no fáciles de rechazar.[29] Cicerón y Octaviano iban a ser cónsules a la vez. Es razonable imaginar que la sabiduría de un viejo estadista no podía emplearse mejor que en guiar y moderar las desordenadas ambiciones de la juventud. Siempre había sido ilusión predilecta de Cicerón representar el papel de consejero político de un jefe militar; esto no era más que la culminación de la política puesta en marcha por él el otoño anterior.

Bruto estaba evidentemente asustado de semejante maniobra.[30] Él permanecía en Macedonia, aunque una votación del senado lo había convocado a trasladarse a Italia después de la batalla de Módena. Ahora, en junio, Cicerón le escribió en tono urgente. Bruto se negó a ir. Su incompatibilidad de caracteres estaba agravada por la completa divergencia de sus objetivos y de su política. Así lo ponen en evidencia dos incidentes. Cicerón y Bruto ya habían intercambiado palabras fuertes a propósito de C. Antonio, a quien Bruto había capturado en Macedonia. Cicerón insistía en que el criminal fuese ajusticiado: no había nada que elegir entre Dolabela y cualquiera de los tres Antonios, sólo poner en práctica una sana severidad, y no volvería a haber guerras civiles.[31] La excusa de Bruto era sencilla y decorosa. Era más

25. SUETONIO, *Divus Aug.* 62. 1: el único testimonio, pero irrebatible.

26. *Ad M. Brutum* 2, 2, 3: Tras un altercado que duró dos días, Servilio quedó destrozado: «a me ita fractus est ut eum in perpetuum modestiorem sperem fore» (Ha quedado tan deshecho por mí, que espero que para siempre sea más comedido).

27. Rumor difundido por los enemigos de Cicerón, *Phil.* 14, 15 s.

28. *Ad M. Brutum* 1, 4*a*, 4 (15 de mayo).

29. APIANO, *BC* 3, 82, 237 ss.; DIÓN, 46, 42, 2; PLUTARCO, *Cicero* 45 s. De creer a Plutarco, Augusto reconocía haberse servido del deseo de Cicerón de ser cónsul.

30. *Ad M. Brutum* 1, 4*a*, 4 (15 de mayo).

31. *Ibid.*, 1, 2*a*, 2: «salutaris severitas vincit inanem speciem clementiae, quod si clementes esse volumus, numquam deerunt bella civilia» (Un sano rigor vale más que una vana apariencia de clemencia. Si queremos ser clementes, nunca se acabarán las guerras civiles).

importante evitar la guerra entre ciudadanos que practicar una salvaje venganza sobre los vencidos.[32] Para su carácter firme y su patriotismo romano había algo sumamente desagradable en la fanática querella de Cicerón contra Antonio. Bruto no había roto todas sus relaciones con M. Antonio; podía aún tener esperanza de un arreglo;[33] el hermano del jefe cesariano era un valioso rehén.

Bruto se había opuesto desesperadamente a provocar una guerra civil. Estaba incluso dispuesto a ir voluntario al destierro en aras de la concordia.[34] La fuerza de los acontecimientos lo empujó gradualmente a una decisión. Cuando abandonó Italia en agosto no lo hizo con la idea ya concebida de reunir los ejércitos del Oriente, invadir Italia y restaurar la República por la violencia. Él no creía en la violencia. En Atenas buscó aliados, entabló negociaciones con gobernadores de las provincias, pero no actuó inmediatamente. Las noticias de que se estaban reclutando ejércitos en Italia y de que el heredero de César marchaba sobre Roma le debieron de convencer al fin de que no había lugar a escrúpulos ni a la legalidad.[35] Aun así la posesión de Macedonia y de un ejército significaban para Bruto no tanto un instrumento de guerra como una garantía para su seguridad y una base para la negociación. Él se resistía a apretar el paso y rechazar el compromiso; en este punto, quizá a diferencia de Casio, más decidido.[36] En cualquier caso, sus principios y su honor obligaban a un republicano a resistirse a los peores excesos de una guerra civil. Lépido era cesariano, pero

32. *Ibid.*, «acrius prohibenda bella civilia esse quam in superatos iracundiam exercendam».

33. Gelzer, P-W X, 1003 s. En febrero. Antonio había reconocido los derechos de Bruto y Casio al consulado del 41 a. C., *Phil.* 8, 27, cf. Dión, 46, 30, 4; 35, 3.

34. Obsérvese el último edicto de los Libertadores (Veleyo, 2, 62, 3): «libenter se vel in perpetuo exilio victuros, dum res publica constaret et concordia, nec ullam belli civilis praebituros materiam» (Estaban dispuestos a vivir en un exilio perpetuo, siempre que la República y la concordia estuviesen a salvo, y nunca más darían motivo para una guerra civil).

35. La documentación no permite fechar con exactitud la ocupación de Macedonia por Bruto (y de Siria por Casio). Según Gelzer, Bruto no entró en acción hasta que tuvo noticias de la sesión del 28 de noviembre, cuando Antonio despojó a Bruto y a Casio de las provincias pretorias, que ellos se habían negado a recibir (P-W X, 1000). Esta fecha está probablemente retrasada, pues no da margen suficiente de tiempo para la trasmisión de noticias —y movimientos de tropas— en invierno.

36. Ésa puede ser quizá la razón por la que deseaba retrasar la publicación en Roma del despacho sobre cómo Casio se había apoderado de los ejércitos de Oriente (*Ad M. Brutum* 2, 4, 5).

Bruto se negaba a participar en la persecución de la familia de Lépido, que se había casado con su hermanastra. Los lazos familiares habían podido más que la enemistad política en guerras civiles de antes de ahora, cuando tenían lugar entre nobles romanos.[37] Lépido fue declarado enemigo público el 30 de junio. Antes de que la noticia le llegase, Bruto le escribió por adelantado a Cicerón, intercediendo por sus parientes. Cicerón respondió con un reproche.[38]

Octaviano era un peligro para la República peor que Antonio; ése era el criterio del torvo y perspicaz Bruto. Dos cartas revelan su sagacidad.[39] En la dirigida a Ático dice: «¿Qué objeto tiene derribar a Antonio para instaurar la supremacía de Octaviano? Cicerón es tan malo como Salvidieno. Los hombres temen demasiado a la muerte, al destierro y a la pobreza. Cicerón, pese a todos sus principios, se adapta a la esclavitud y busca un amo propio. Lo que es Bruto, seguirá luchando contra todas las fuerzas que se pongan por encima de la ley».[40]

Al recibir el resumen de una carta escrita por Cicerón a Octaviano, el romano y el republicano perdieron la paciencia: «Vuelve a leer tus palabras y niega que son las súplicas de un esclavo a un tirano».[41] Cicerón había sugerido que se podría convencer a Octaviano de que perdonase a los asesinos de César. «Preferible no vivir que vivir gracias a él»;[42] «que Cicerón siga viviendo en la ignominia».[43]

37. *Supra*, p. 89.

38. *Ad, M. Brutum* 1, 15, 10 s.

39. *Ibid.*, 16 y 17 (¿primeros de julio?). La autenticidad de estas dos cartas se ha puesto en duda, sin base).

40. *Ibid.*, 1, 17.

41. *Ad M. Brutum* 1, 16, 1: «pudet condicionis ac fortunae sed tamen scribendum est: commendas nostram salutem illi, quae morte qua non perniciosior? ut prorsus prae te feras non sublatam dominationem sed dominum commutatum esse, verba tua recognosce et aude negare servientis adversum regem istas esse preces» (Da vergüenza nuestra situación y nuestra suerte, pero así hay que escribirlo: le confías nuestra protección. ¿No es eso más calamitoso que cualquier género de muerte? Presumes de que no nos hemos sacudido la tiranía, sino únicamente cambiado de amo. Examina tus propias palabras y atrévete a negar que son súplicas de un esclavo en presencia de un rey).

42. *Ibid.*, «atqui non esse quam esse per illum praestat». Cicerón mismo había escrito en el noviembre anterior: μηδὲ σωθείην ὑπό γε τοιούτου (Ojalá no tenga yo semejante salvador) (*Ad Att.* 16, 15, 3).

43. *Ibid.*, 1, 16, 8: «longe a servientibus abero mihique esse iudicabo Romam, ubicumque liberum esse licebit, ac vestri miserebor, quibus neque actas neque honores nec virtus aliena dulcedinem vivendi minuere potuerit» (Estaré lejos de los sier-

Incluso a mediados de julio, cuando el fin estaba cerca, Cicerón no estaba dispuesto a reconocerle a Bruto el fracaso estrepitoso de la alianza con el heredero de César. Él confirmaba su responsabilidad en aquella política. Pero sus palabras lo desmentían; no cesaba de exhortar a Bruto a regresar a Italia. Después de un conciliábulo con Servilia, le dirigió una última petición el 27 de julio.[44] A estas alturas Bruto estaba muy fuera de su alcance. Antes de fines de mayo se había puesto en marcha hacia Oriente, a través de Macedonia, para arreglar los asuntos de Tracia, recobrar Asia de manos de Dolabela y enlazar con Casio. Pasar a Italia sin Casio y sin los recursos del Oriente hubiera sido un paso fatal. Los generales cesarianos se hubiesen unido al punto para su ruina; Octaviano, a su verdadera luz, abiertamente de parte de ellos contra el asesino de César.

En mayo hubo sospechas de los proyectos de Octaviano en relación con el consulado; en junio sus intrigas los revelaron. En julio una extraña embajada compareció ante el senado: unos cuatrocientos centuriones y soldados, portadores de la representación del ejército y de las propuestas del heredero de César. Pedían para ellos la recompensa prometida y para Octaviano el consulado. Esta última solicitud pudieron apoyarla con un cúmulo de precedentes históricos familiares a todos.[45] El argumento de la juventud y el mérito había sido explotado ya por Cicerón.[46] El senado dijo que no. La decisión la tomó la espada.[47]

Por segunda vez en diez meses el heredero de César emprendió la marcha sobre Roma. Cruzó el Rubicón al frente de ocho legiones y después continuó con tropas de élite, moviéndose con la celeridad de César. La consternación se abatió sobre Roma. El senado envió emisarios con la oferta de permiso para optar al consulado en ausencia,[48] un gesto conciliador que pudo ser debido a Cicerón, confiado aún en que el aventurero pudiera ser ganado para el procedimiento legítimo. Octaviano no interrumpió su marcha por aquello.

---

vos y me consideraré en Roma dondequiera que se pueda ser libre, y me compadeceré de vosotros, a quienes ni la edad, ni los honores, ni la virtud de otro os habrán podido privar del goce de vivir).

44. *Ibid.*, I, 18, 1 ss.
45. Apiano, *BC* 3, 88, 361.
46. *Phil.* 5, 47, *supra*, p. 160.
47. Suetonio, Divus Aug. 26.
48. Dión, 46, 44, 2.

Durante un momento, un engañoso rayo de esperanza iluminó ahora el casco de la nave de la República a punto de sumergirse. Dos legiones de veteranos de África desembarcaron en Ostia. En compañía de una legión de reclutas fueron estacionadas en el Janículo y la ciudad puesta en situación de defensa. No consta si el senado declaró ahora enemigo público a Octaviano; estas formalidades estaban importando cada vez menos. Octaviano bajó por la Via Flaminia y entró en la ciudad sin encontrar resistencia. Las legiones de la República se pasaron a él sin dudarlo. Un pretor se suicidó. Fue el único derramamiento de sangre. Los senadores se adelantaron a hacer las paces con Octaviano; entre ellos, aunque no en primera fila, estaba Cicerón. «¡Ah, el último de mis amigos!», observó el joven.[49]

Pero incluso ahora había algunos que no perdían las esperanzas. Por la noche se difundió el rumor de que las dos legiones que habían abandonado al cónsul para irse con Octaviano el anterior noviembre, la «Cuarta» y la «Martia», «legiones celestiales» las llamaba Cicerón, se habían pronunciado por la República. El senado se reunió a toda prisa. Un tribuno amigo de Cicerón proclamó la alegre noticia ante el pueblo reunido en el Foro; un oficial fue enviado al Piceno a reclutar tropas. El rumor era falso.[50]

Al día siguiente Octaviano se abstuvo de entrar en la ciudad con hombres armados; había que celebrar «elecciones libres». El pueblo lo eligió cónsul junto con Q. Pedio, un pariente oscuro, de intachable reputación, que no sobrevivió muchos meses al honor. El nuevo cónsul entró entonces en Roma para hacer el sacrificio a los dioses inmortales. Doce buitres fueron vistos en el cielo, el presagio de Rómulo, fundador de Roma. Era el 19 de agosto. Octaviano no tenía aún los veinte años.[51]

49. Apiano, *BC* 3, 92, 382, quizá no auténtico.
50. *Ibid.*, 3, 93; 383 ss.
51. Suetonio, *Divus Aug.* 95.

Capítulo XIV

LAS PROSCRIPCIONES

El heredero de César tenía a Roma en su poder tras un segundo intento en diez meses. La primera vez había buscado el apoyo de los viejos estadistas y del partido constitucional. Ahora era cónsul, y el único peligro para él lo constituían sus rivales en la jefatura de los ejércitos.

De momento, ciertas formalidades breves. Por una ley del cónsul Pedio fue designado un tribunal especial para procesar y castigar a los asesinos de César; junto con estos reos de crimen de Estado, y merced a la oportuna deformación de los hechos, fue procesado también Sex. Pompeyo, almirante de la República. Los ambiciosos, o los sinvergüenzas, hacían alarde de suma fidelidad y se disputaban el derecho a acusar. Agripa inculpaba a Casio,[1] una persona llamada L. Cornificio se adjudicaba a Bruto como presa.[2] Entre los miembros del jurado, aunque cuidadosamente seleccionados, un hombre votó a favor de la absolución y continuó viviendo sin ser molestado hasta que las proscripciones estuvieron debidamente legalizadas. Octaviano podía permitirse esperar, tomarse la venganza de sus enemigos menores al mismo tiempo que la de los mayores.

Roma pudo ya saborear por adelantado el asesinato legal. Uno de los pretores, Q. Galio, fue acusado de intento de asesinato del cónsul Octaviano. Sus colegas, indignados, lo destituyeron del cargo; el po-

1. VELEYO, 2, 69, 5. Un tío de Veleyo colaboraba.
2. PLUTARCO, *Brutus* 27.

pulacho saqueó su casa; el senado, arrogándose violentamente la autoridad, lo condenó a muerte.[3] La versión atemperada del final de Q. Galio es que partió de viaje; los piratas o un naufragio cargaron con la culpa.[4]

Octaviano había gastado su patrimonio en servicios al Estado y ahora el Estado le resarcía del gasto. Él mismo se apoderó del tesoro, que, si bien depauperado, podía aún proporcionar a cada uno de sus soldados la suma de dos mil quinientos denarios, más de diez veces la paga de un año.[5] Aún tenían que percibir otro tanto una vez más. Con un ejército entregado a él, incrementado a once legiones, el cónsul salió de Roma para ajustar cuentas con Antonio, con quien podía enfrentarse ahora de igual a igual. Antonio había sufrido en Módena un fracaso político y una derrota militar. Eso era suficiente. Ni en los planes ni en el poder del heredero de César figuraba el consumar la ruina del más poderoso de los generales cesarianos. De aquí su inmediato cambio de frente después de la batalla de Módena, cuando trató a los prisioneros de Antonio con honor y envió a uno de los oficiales de Antonio con un mensaje amistoso, según se decía.[6] La unión de Antonio y Lépido aclaró la situación; es posible que se intercambiaran mensajes. Pronto hubo un indicio claro: cuando Octaviano remontaba la Flaminia dio instrucciones al otro cónsul de revocar los decretos que declaraban fuera de la ley a Antonio y a Lépido (pues también Lépido había sido declarado enemigo público).

Los seis meses últimos del consulado de Antonio habían hecho pedazos para siempre la coalición del 17 de marzo y dividido algún tiempo las filas del partido cesariano. El resurgimiento del partido pompeyano en la ciudad de Roma, y el creciente poder de Bruto y Casio en Oriente, obligaron a los líderes cesarianos de modo irresistible a reunir sus fuerzas. Fueron instrumentos, más que agentes. Detrás de ellos estaban las legiones y las fuerzas de la revolución.

Octaviano cruzó los Apeninos y entró en la Galia Cisalpina con paso firme. Desde el punto de vista numérico, las armas de Lépido y Antonio podían haber vencido al joven cónsul, pero su nombre y su fortuna volvieron a resguardarlo. En las negociaciones, su postura fue

3. Apiano, *BC* 3, 95, 394.
4. Suetonio, *Divus Aug.* 27, 4.
5. Apiano, *BC* 3, 94, 387; cf. 74, 103.
6. Apiano, *BC* 3, 80, 329 (un tal P. Dacio, sobre el cual cf. *Phil.* 11, 13; 13, 27).

la de un igual, pero el reparto de los poderes reveló la verdadera relación entre los tres líderes.

Después de minuciosos y sin duda necesarios preparativos para la seguridad personal de cada uno, los dinastas celebraron una conferencia en una isla pequeña de un río próximo a Bolonia. Dos días de intensa actividad diplomática decidieron la suerte del mundo romano. Siendo cónsul Antonio, había abolido para siempre la magistratura de Dictador. El despótico cargo fue resucitado ahora bajo otro nombre: durante un período de cinco años tres hombres iban a detentar un poder sumo y arbitrario bajo el conocido pretexto de poner orden en el Estado romano (*tresviri rei publicae constituendae*). Cuando una coalición se hacía con el poder en Roma, utilizaba como instrumentos de dominación la suprema magistratura de la ciudad y los ejércitos de las provincias. El consulado, reducido por la Dictadura a poco más que un nombre, nunca volvió a recuperar su autoridad. Pero aún otorgaba prestigio y confería nobleza. Los dinastas hicieron preparativos con varios años de antelación, que dan algunos indicios del verdadero grado del poder e influencia de cada uno de ellos.

Antonio obligó al joven César a dimitir del cargo de cónsul que había asumido. El resto del año fue concedido a P. Ventidio y a C. Catrinas, un par de cónsules que personificaba la memoria del *Bellum Italicum* y del partido de Mario. Lépido parece que contaba con pocos partidarios de mérito o distinción, lo que no es de extrañar. De sus lugartenientes, Laterense, muerto de vergüenza, se quitó la vida; P. Rabirio Craso y Rufreno eran fervientes seguidores de Antonio;[7] M. Silano, el portador de sus mensajes a Antonio, se pasó pronto al bando de la República.[8] Los demás carecían de importancia. Lépido mismo, sin embargo, iba a obtener un consulado al año siguiente, con Planco como colega. Para el 41 a. C. fueron designados P. Servilio Isaúrico y L. Antonio; para el 40 a. C., Polián y Cn. Dornicio Calvino. Los cesarianos Servilio y Calvino eran ya consulares, y además *nobiles*, por tanto. Los pactos políticos entre *nobiles* nunca estaban completos sin una alianza matrimonial; esta vez la soldadesca insistió en una garantía sólida contra las disensiones en el partido cesariano. Octaviano hubo de renunciar a su prometida, la hija de Servilio, y de aceptar en su lugar a Claudia, hija de Clodio y de Fulvia, y por tanto hijastra de Antonio.[9]

7. *Ad fam.* 10, 21, 4.
8. Por lo menos estaba con Sex. Pompeyo en el 39 a. C. (VELEYO, 2, 77, 3).
9. SUETONIO, *Divus Aug.* 62, 1.

De las provincias de Occidente, Antonio obtuvo el mando, por el momento, de los territorios a que aspiraba por votación de la asamblea popular, a saber, la Galia Cisalpina y la Galia Comata, una posición dominante desde el punto de vista geográfico y del de sus fuerzas armadas. Parece que dejó a su seguidor Polión como procónsul de la Cisalpina, quizá para que la gobernase hasta su consulado del 40 a. C.[10] Lépido conservó su antiguo mandato, la Galia Narbonense y la Hispania Citerior, ampliado con el de la Hispania Ulterior, pues Polión renunció a aquella provincia. A Octaviano le correspondió una parte modesta: África y las islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega. La posesión de África en este momento era dudosa, inmersa como estuvo en una guerra civil de alcance local durante años.[11] En cuanto a las islas, es posible que ya se temiese, como pronto se iba a saber, que algunas de ellas habían sido ocupadas por el aventurero Sex. Pompeyo, actuando en virtud del mandato marítimo que el senado le había concedido a principios de año para la guerra contra Antonio.

El gobierno de Pompeyo padre, en el 60 a. C. y en los años que siguieron, se basaba en su dominio, público o secreto, de los órganos de gobierno. Pompeyo y sus socios no pretendían ser el gobierno del Estado; tenían bastante con que sus rivales estuviesen neutralizados e impotentes. César Dictador perdonó a sus adversarios y facilitó su retorno a la vida pública. Los triunviros, por el contrario, decidieron eliminar a todos sus opositores inmediatamente, alegando como excusa la vil ingratitud con que los pompeyanos habían correspondido a la clemencia de César.[12] Los líderes cesarianos habían violado la ley pública: ahora abolieron, en la privada, los derechos de ciudadanía, venganza no desproporcionada para hombres que habían sido declarados enemigos públicos.

El miedo y los malos augurios hicieron temblar a Roma. Como era de rigor, se mandó a buscar adivinos de Etruria. El más venerable

10. A menos que L. Antonio gobernase la Cisalpina en el 42, y Polión no hasta el 41. El 1 de enero del 41 a. C. L. Antonio inició su consulado con un triunfo sobre tribus alpinas; DIÓN, sin embargo, dice: οὔθ' ὅλως ἡγεμονίαν ἐν τοις χωρίοις ἐκίνοις ἔσχε (No tuvo una plena autoridad en aquellas regiones) (48, 4, 3), lo que quizá sea inexacto, Vario Cotyla quedó al mando de la Comata en el 43 a. C. (PLUTARCO, *Antonius* 18); en el 41 Ventidio y Caleno estaban en ella.

11. El ex cesariano Q. Cornificio, procónsul de Africa Vetus en el 44 a. C., permanecía en ella, leal al senado contra Antonio y rehusando reconocer al Triunvirato. Después, se enzarzó en una guerra con T. Sextio, gobernador de Africa Nova.

12. APIANO (*BC* 4, 8, 31 ss.) da la que pretende ser declaración oficial.

de estos expertos exclamó que la antigua monarquía volvía por sus fueros y murió en el acto, por voluntad propia.[13] La escena puede haber sido impresionante, pero la profecía era superflua. Los tres líderes se dirigieron a Roma y entraron en la ciudad en medio del boato ceremonial en días distintos. Una *Lex Titia*, aprobada el 27 de noviembre, implantó el Triunvirato según el Pacto de Bolonia. Vivían muchos que recordaron a Sila. Bastantes veces, antes de ahora, las proscripciones habían sido causa de una inquietud secreta, pretexto de propaganda hostil o materia de francas amenazas: «¿Sila pudo, por qué no he de poder yo?».[14] La realidad superó todos los recuerdos y todos los temores. Como para dar la medida de su falta de escrúpulos, los triunviros inauguraron las proscripciones con la detención y la ejecución de un tribuno del pueblo romano.[15]

Bajo el reinado del terror, la sociedad romana presenció el triunfo de pasiones oscuras, la crueldad y la venganza, y de vicios inmundos, la codicia y la traición. Se habían conculcado las leyes y la constitución romanas. Con ellas perecieron el honor y la seguridad, la familia y la amistad. Sin embargo, no todo había de ser horror sin paliativos. La historia había de celebrar ejemplos aleccionadores de valor y de resistencia, de esposas leales y de esclavos fieles;[16] y los relatos de extrañas peripecias y de huidas milagrosas adornaron los muchos volúmenes que propició esta riqueza de material sin precedentes.[17]

Para el joven Octaviano, sometido a este férreo aprendizaje, y forzado por un mandato legal, no por el ardor de una batalla, a derramar la sangre más noble de Roma, la posteridad encontró compasión e incluso disculpas. É1 mismo redactó su autobiografía: otros apologistas han argüido que la compasiva resistencia de Octaviano fue contrarrestada por la insistencia brutal de sus colegas más viejos y más curtidos, y se contaron historias terribles de la rapacidad y de la sed de sangre de Fulvia. Se puede dudar de que los contemporáneos estuviesen de

13. *Ibid.*, 4, 4, 15, quizá el *haruspex* Vulcanius, mencionado por Servio en *Ecl.* 9. 47.

14. *Ad Att.* 9, 10, 2: «Sulla potuit, ego non potero?».

15. APIANO, *BC* 4, 17, 65.

16. *V. gr.*, la esposa alabada en *ILS* 8393.

17. APIANO, *BC* 4, 16, 64: πολλὰ δ' εστι, καὶ πολλοὶ Ῥωμαίων ἐν πολλαῖς βίβλοις αὐτὰ συνέγραψαν ἐφ' ἑαυτῶν (Ocurrieron muchas cosas, y muchos romanos las pusieron por escrito en muchos libros, cada uno a su manera). Estos relatos contribuyeron mucho a suplir la falta de literatura de imaginación entre los romanos.

acuerdo. Si tuvieran la tranquilidad y el gusto de hacer distinciones minuciosas entre los tres promotores del terror, difícilmente sería en favor de Octaviano para quien pedirían indulgencia y harían concesiones. Es posible que se doliesen de ver a un soldado valiente y a un noble romano como Antonio, reducido a semejante compañía y a semejantes procedimientos. Para Antonio había al menos algún paliativo: cuando cónsul, se había visto acosado por facciones y traiciones, y cuando procónsul, proscrito. Para Octaviano no había ninguno, ni más mérito que el de su nombre: «puer qui omnia nomini debes», como Antonio y otros muchos habían dicho. Aquel magnífico nombre estaba ahora deshonrado. El heredero de César ya no era un joven impetuoso, sino un terrorista frío y maduro.[18] Sin embargo, tanto la condena como el elogio están fuera de lugar.[19] Los triunviros fueron despiadados, lógicos, y actuaron de completo acuerdo. En la lista de las proscripciones pusieron a ciento treinta senadores, en total, y a un elevado número de caballeros romanos.[20] Su victoria era la victoria de un partido.[21]

Sin embargo, su objetivo principal no era eliminar del todo a sus adversarios políticos y a los neutrales disidentes, y probablemente el total de víctimas nunca fue tan elevado como en su momento se creyó con horror, y más tarde sin sentido crítico, y como se ha perpetuado, tanto en las obras de ficción como en las de historia. Y no cabe duda de que en tiempos posteriores muchos individuos astutos, que debían su salvación, si no su enriquecimiento, al partido cesariano, inventaron o exageraron el peligro que habían arrostrado y las fincas que habían perdido.

18. SUETONIO, *Divus Aug.* 27, 1: «restitit quidem aliquamdiu collegis ne qua fieret proscriptio, sed inceptam utroque acerbius exercuit» (Es cierto que algún tiempo se opuso a sus colegas para que no hubiese proscripciones; pero una vez que comenzaron, las practicó con más dureza que cualquiera de los otros dos).

19. Rice HOLMES, *The Architect of the Roman Empire* I, 71.

20. LIVIO, *Per.* 120 (cf. OROSIO, 6, 18, 10: FLORO, 2, 16, 3), quizá demasiado poco. APIANO consigna 300 senadores (*BC* 4, 5, 20) y 2.000 caballeros. Los números de PLUTARCO oscilan entre 200 y 3.000 (*Cicero*, 46; *Brutus* 27; *Antonius* 20), probablemente senadores. Es de lamentar que haya tal falta de documentación para la importante clase de los caballeros. En conjunto hay constancia escrita de casi 100 nombres de proscritos (DRUMANN-GROEBE, *Gesch. Roms* I[1], 470 ss.; H. KLOEVEKORN, *De proscriptionibus*, etc. Diss. Koenigsberg, 1891).

21. Sobre esto cf. especialmente M. A. LEVI, *Ottaviano Capoparte* 1, 229 ss., que quizá realza en demasía el carácter impersonal de las proscripciones.

La conciencia de clase romana y los sentimientos generales de humanidad sufrieron una sacudida cuando Lépido sacrificó a su hermano Paulo y Antonio a su tío, el anciano e intachable republicano L. Julio César. Sin embargo, ninguno de estos dos hombres fue condenado a muerte, de modo que los asesinos no pudieron blasonar más que de la muerte de un ex cónsul, M. Tulio Cicerón. Los líderes cesarianos proscribían a sus parientes —y a otros personajes relevantes— más como muestra de solidaridad entre ellos, y para asustar a enemigos y descontentos, que por sed de sangre. Muchos de los proscritos se pusieron a salvo y encontraron refugio al lado de los Libertadores en Oriente, o al de Sex. Pompeyo en los mares y en las islas de Occidente. Había habido retraso suficiente para pensarlo. A los triunviros les convenía echar del país a sus enemigos políticos, para evitar de este modo cualquier levantamiento armado en Italia cuando ellos ajustasen cuentas con los Libertadores. Cicerón hubiera podido escapar: la indecisión le hizo quedarse hasta que fue demasiado tarde. Su muerte deshonró a los triunviros y enriqueció a la literatura con un tema inmortal.[22]

Pero los fugitivos no podían llevar consigo sus propiedades. Algunos de los proscritos permanecieron en Italia, en virtud de algún acuerdo secreto y protegidos desde el poder, salvando sus vidas a cambio de algún sacrificio económico.[23] Las luchas de los partidos políticos en Roma habían tenido antes, como atenuante, que en ocasiones se podían evitar los peores excesos, por lo menos entre la aristocracia. Sila tenía muchos enemigos entre los *nobiles*, pero algunos de los más distinguidos, merced a sus relaciones familiares y su influencia social, habían podido eludir la proscripción, como el padre de Bruto y otros. El desgaste de la autoridad legítima y la amenaza, siempre presente, de la guerra civil acrecentaban el valor de los lazos personales y obligaban a la gente a buscar de antemano algún poderoso protector. Ático, el banquero, no fue incluido en la lista siquiera, por guardar las formas o como advertencia para otros: hacía poco que ha-

22. Hay relatos detallados de su fin en LIVIO (citado por SÉNECA. *Suassoriae* 6, 17); PLUTARCO, *Cicero* 47 s.; APIANO, *BC* 4, 19, 73 ss. La mejor nota necrológica fue la de POLIÓN (citado por SÉNECA, *Suassoriae* 6, 24, reconociendo sus defectos pero perdonándolos: «sed quando mortalium nulli virtus perfecta contigit, qua maior pars vitae atque ingenii stetit. ea iudicando de homine est» (pero habida cuenta de que a ningún mortal se le otorga la virtud perfecta, hay que juzgar al hombre mirando por dónde discurrió la mayor parte de su vida y de su carácter).

23. El indulto y el regreso después de un año está atestiguado por *ILS* 8393.

bía dado muestras en público de gentileza para la mujer y la familia de Antonio, el enemigo público, granjeándose con ello el ser censurado en ciertos círculos,[24] pero guiándose por su propio criterio. Y también contaba con una garantía para el caso de una victoria republicana, por haber protegido a la madre de Bruto.[25] Ático logró también salvar al caballero L. Julio Cálido, poeta famoso, aunque sólo entre sus contemporáneos;[26] y el anciano M. Terencio Varrón, antaño soldado y gobernador de provincias, y ahora pacífico anticuario, encontró refugio en casa de Caleno.[27]

La previsión y las buenas inversiones salvaron a Ático; su riqueza sola le hubiese acarreado la perdición. El partido cesariano estaba combatiendo a los republicanos en Roma, como pronto los combatiría en Oriente. Pero la lucha no era de carácter puramente político: llegó a parecerse más a una guerra de clases, y en este proceso transformó y consolidó al partido cesariano.

Hubo, sin embargo, cuestiones personales y locales en todas partes. Con el pretexto de servir a su partido, hubo gente que por afán de lucro o por venganza, se encargó de proscribir a sus enemigos personales. Muchas rivalidades antiguas, por cuestiones de dinero y de poder, en las ciudades de Italia, se dirimieron entonces. Los Coponios eran una antigua familia de Tíbur:[28] la proscripción de un Coponio se puede atribuir a Planco.[29] Un hermano y un sobrino de Planco estaban también en las listas.[30] Los rivales de Planco entre los marrucinos habrán estado también en ellas;[31] su propio suegro también fue proscri-

24. NEPOTE, *Vita Attici* 9, 7: «a nonullis optimatibus reprehendebatur, quod parum odisse malos cives videretur» (Algunos aristócratas le censuraban el que no pareciese odiar bastante a los malos ciudadanos).

25. *Ibid.*, 11, 4,

26. NEPOTE, *Vita Attici* 12, 4: según Nepote, era con mucho el poeta más elegante desde Lucrecio y Catulo. Por lo demás, desconocido.

27. APIANO, *BC* 4, 47, 202 s.

28. *Pro Balbo* 53; cf. *ILS* 3700 (un edil de la familia).

29. APIANO, *BC* 4, 40, 170, sobre una enemistad posterior de esa familia con Planco, cf. VELEYO, 2, 83, 3, *infra*, p. 346.

30. Su hermano Gayo, conocido de otro modo por L. Plotio Planco, fue proscrito y ejecutado (PLINIO, *NH* 13, 25). Sin embargo, M. Ticio, sobrino de Planco, logró huir (DIÓN, 48, 30, 5) y más tarde consiguió una espléndida posición en compañía de Planco.

31. Urbino Panapio (VAL. MÁX., 6, 8, 6) puede haber sido un marrucino; desde luego, una Urbinia se casó con seguridad con el marrucino Clusinio (QUINTILIANO, 7, 2, 26), y Polión defendió más tarde a los herederos de ella en un famoso proceso.

to.[32] Ejemplos tan respetables conferían legalidad al crimen y al asesinato, si hubiera hecho falta, entre las clases acomodadas de los *municipia,* alabadas en público por su fidelidad a las virtudes antiguas, pero codiciosas y sin escrúpulos en sus manejos secretos. La ciudad de Larino seguramente estuvo a la altura de su reputación.[33] En otras localidades, los supervivientes de anteriores luchas, derrotados y empobrecidos, volvían a levantar cabeza, ansiosos y sedientos de venganza. Los fieros marsos y peliños tenían largas y crueles memorias. Con todo, algunos de los proscritos fueron salvados por la virtud cívica, la influencia personal o el patriotismo local. Los ciudadanos de Cales ocuparon las murallas y se negaron a entregar a Sitio.[34] Lucillo Hirro, gran terrateniente, formó a sus seguidores y colonos, armó a sus esclavos y se abrió paso a través de Italia hasta la orilla del mar.[35]

Arruncio hizo lo mismo.[36] Los Arruncios eran una familia opulenta de Atina, una ciudad volsca, tal vez no de rango senatorial.[37] Un gran número de aristócratas locales había apoyado a César;[38] y algunos habían seguido fieles al partido de César. Ciertas familias acaudaladas, como los Elios Lamias, de Formias, o los Vinicios, de Cales, que no se sabe que hayan estado proscritas, o contaban ya con protección o la compraron ahora.[39]

La ambición de generales como Pompeyo y César provocó una guerra civil sin aspirar, ni llevar a cabo una revolución. César, por mantener estrecho contacto con intereses financieros y con representantes de la aristocracia terrateniente, era contrario a toda redistribución de la propiedad en Italia. Él confirmó las concesiones de Sila. Es

32. L. Quincio, de origen desconocido, que murió en el mar (APIANO, 4, 27, 114).

33. *Pro Cluentio, passim*

34. APIANO, *BC* 4, 47, 201 s. Este Siccio (*Sittius*), probablemente pariente de un *P. Sittius*, de Nuceria, había invertido dinero en Cales.

35 35. APIANO, *BC* 4, 43, 180. Sobre esta persona, primo de Pompeyo Magno, cf. *supra,* p. 46, n. 14.

36. APIANO, *BC* 4, 46, 195.

37. Cf. ILS 5349. Ésta es la familia del pompeyano L. Arruntio, *cos.* 22 a. C., *infra*, p. 520.

38. *Supra*, p. 110.

39. Sobre los Elios Lamias, cf. *supra*, pp. 110 y 111, sobre el origen de los Vinicios (L. Vinicio, *cos. suff.* 33 a. C., y M. Vinicio, *cos. suff.* 19 a. C.), cf. TÁCITO, Ann. 6, 15. Una inscr. de Cales (*L'ann. ép.*, 1929, 166) menciona a M. Vinicio, *cos.* 30 d. C., *cos.* II 45 d. C.).

más, muchas de sus colonias fueron implantadas en suelo provincial, eximiendo de ellas a Italia. Cuando César derrotó a Pompeyo, un partido se impuso, pero los seguidores de César no eran homogéneos en ningún sentido, y el Dictador estaba por encima de partidos. Él no acaudilló a una clase en contra de otra. Si había iniciado una revolución, el paso siguiente fue oponerse a su avance, consolidar el orden establecido. Tampoco Antonio y sus socios se hubiesen portado como lo hicieron, si la seguridad y el poder se hubiesen podido alcanzar de algún otro modo. Las consecuencias de obligar a un general a recurrir a su ejército, en defensa de su honor o de su vida, quedaban ahora a la vista: los mismos generales eran impotentes en manos de las legiones. El proletariado de Italia, largamente explotado y reprimido, se apoderaba de lo que consideraba como su parte justa. Se produjo así una revolución social, en dos episodios, el primero para conseguir dinero para la guerra, el segundo para recompensar a las legiones cesarianas después de la victoria.

La guerra y la amenaza de impuestos o confiscaciones impulsan al dinero a esconderse. Hay que hacerlo salir de nuevo. El capital sólo podía ser tentado por una buena inversión. Por tanto, los líderes cesarianos confiscaron casas y fincas y las pusieron en venta. Miembros de su propio partido, neutrales avispados, y libertos, del gremio del comercio, invirtieron su dinero en el sólido campo de la propiedad de tierras. Los libertos, como de costumbre, engordaban con la sangre de los ciudadanos.[40]

Por su finalidad y por su esencia, las proscripciones se pueden interpretar como una forma particular de impuesto sobre el capital. Como en la proscripción de Sila, los *nobiles y* los adversarios políticos del vencedor podían encabezar la lista, pero el grueso de ella estaba compuesto por los nombres de oscuros senadores y caballeros romanos. Los *nobiles* no eran necesariamente los más ricos de los ciudadanos; los grandes propietarios, cualquiera que fuese su rango, eran los verdaderos enemigos de los triunviros. Los senadores y los hombres de negocios de la Dictadura de Sila obraron de acuerdo para mantener el orden existente, y evitaron que el viejo pueblo romano recuperase el bienestar, mediante una repartición más equitativa de la

40. Plinio, NH 35, 201: «quos enumerare iam non est, sanguine Quiritum et proscriptionum licentia ditatos» (No es posible hacer una lista de los que se enriquecieron con la sangre de los Quirites y la anarquía de las proscripciones).

propiedad del suelo de Italia. Ahora, todos ellos eran compañeros en la adversidad. Por fin, los beneficiarios de Sila lo sufrían en su carne. Los triunviros declararon una verdadera guerra a los ricos, tanto si se trataba de senadores grises e inactivos, como de caballeros pacíficos, sólo preocupados de quedar al margen de la política romana. No había escapatoria para ellos.[41]

Varrón era un viejo pompeyano, inocuo políticamente a la sazón; pero también era propietario de grandes fincas.[42] Lo mismo Lucilio Hirro, el pariente de Pompeyo, conocido por sus viveros de peces.[43] Estacio, el samnita octogenario, que había sobrevivido al *Bellum Italicum* y llegado a ser senador romano, pereció ahora por su riqueza;[44] lo mismo le ocurrió a M. Fidustio, que había sido proscrito por Sila, y al famoso C. Verres, opulento exiliado.[45] El caballero Cálido tenía propiedades en África.[46] Cicerón, aunque siempre en apuros por falta de efectivo, era hombre muy rico; sus residencias campestres y la casa palaciega de Roma, que había pertenecido a Livio Druso estaban pidiendo a gritos la expropiación.[47]

Pero un impuesto sobre el capital muchas veces no alcanza su fin. Pronto se vio que los ingresos eran decepcionantes. Por virtud o por precaución, la gente se resistía a comprar las fincas que se ponían en venta. El valor del dinero estaba por las nubes. Los triunviros implantaron entonces un impuesto sobre las propiedades de las mujeres ricas, levantando con ello indignadas protestas.[48] Asustados por una delegación de señoras romanas, presididas por una gran líder republicana, hija del orador Hortensio, los triunviros moderaron un poco sus exigencias, pero no claudicaron de sus principios. Se inventaron otros impuestos, nuevos y gravosos; por ejemplo, el de exigir la renta de un

41. Dión, 47, 6, 5: κοινήν τινα κατὰ τῶν πλουσίων ἔχθραν προσέθεντο (proclamaron una especie de represalia general contra los ricos).

42. D. Bruto hablaba de «Varronis thesauros» (*Ad fam.* 11, 10, 5). Sobre los amigos de Varrón, grandes terratenientes, cf. *supra*, p. 47.

43. En el 45 a. C., fue capaz de suministrar a César seis mil murenas para el banquete de un triunfo (Plinio, *NH* 9, 171).

44. Apiano, *BC* 4, 25, 102.

45. Plinio, *NH* 7, 134; 34, 6.

46. Nepote, *Vita Attici*, 12, 4. El agente de Antonio, P. Volumnio Eutrápelo, tenía puestos los ojos en ellas.

47. La mansión urbana, que había costado 3.500.000 sestercios, correspondió al noble partidario de Antonio L. Marcio Censorino (Veleyo, 2, 14, 3).

48. Apiano, *BC* 4, 32, 136 ss.

año a todo aquel que figurase en el censo con los ingresos de un caballero romano;[49] y al comenzar el nuevo año, se compuso una nueva lista, confiscando sólo la propiedad real.[50]

Hasta entonces, el juego de la política de Roma había estado sufragado por los expolios de las provincias, exigidos por senadores y caballeros, a cual mejor, y gastados por los senadores para su propia magnificencia y para deleite de la plebe romana: los caballeros guardaban sus ganancias y compraban tierras. El ciudadano romano de Italia no estaba sometido a impuesto de ninguna clase, directo o indirecto. Pero ahora Roma e Italia tenían que pagar el costo de la guerra civil, en dinero y en tierra. No había otra fuente de ingresos para los cesarianos, pues las provincias del oeste estaban esquilmadas, y los impuestos del este en manos de los republicanos. Había, pues, que encontrar en Italia el dinero para pagar el ejército permanente de los cesarianos, que ascendía a unas cuarenta y tres legiones. De momento bastaba con eso. Mirando al futuro, para recompensar a las legiones que iban a combatir a los republicanos, los triunviros reservaron los territorios de dieciocho de las ciudades más ricas de Italia.[51] Lo ya sucedido era bastante malo. Después de la victoria de los cesarianos, quedaba pendiente el segundo acto de la revolución social.

Las bases del nuevo orden fueron cimentadas con la sangre de los ciudadanos, y reforzadas con un despotismo que hacía que la gente recordase la Dictadura de César como una edad de oro.[52] Diezmado por la guerra y las proscripciones, el senado fue ahora rellenado a rebosar con las criaturas de los triunviros: pronto llegaría a contar con más de mil miembros.[53] Las burlas y las risas habían saludado a los nombrados por el Dictador: pues no se hubieran podido comparar con la ignominia de los nuevos senadores del período triunviral. No sólo forasteros, o personas de baja extracción y de profesiones deshonrosas, sino que incluso se señaló entre ellos a esclavos fugitivos.[54] Igual

49. Apiano, *BC* 4, 34, 146; Dión, 47, 14, 2. 50. Dión, 47, 16, 1.

50. Dión, 47, 16, 1.

51. Apiano, *BC* 4, 3, 10 s. Entre ellas estaban Capua, Regio, Venusia, Benevento, Nuceria, Ariminum (Rímini) y Vibo Valentia.

52. Dión, 47, 15, 4: ὥστε χρυσὸν τὴν του Καίσαρος μοναρχίαν φανῆναι.

53. Suetonio, *Divus Aug.* 31, 1; Dión, 52, 42, 1.

54. Dión, 48, 34, 5; Jerónimo, *Chron.*, p. 158 1-1; *Digesto* 1, 14, 3. Un cierto Barbario Filipo llegó a ser pretor (*Dig.*, *ibid.*); no hay que confundirlo con M. Barbatio Polión, cuestor de Antonio en el 40 a. C., cf. *PIR*², B 50.

que en el reclutamiento del senado, en la elección de magistrados se prescindía de todas las normas y de toda la limpieza; eran nombrados a dedo, no elegidos. César había creado dieciséis pretores, en una reforma racional y necesaria; en un año del Triunvirato no bajaron de sesenta y siete.[55] Los triunviros implantaron pronto la costumbre de nombrar varias parejas de cónsules para cada año, y de designarlos con mucha antelación.

En el senado reinaba un gran vacío de ex cónsules y de hombres de autoridad, recordando a los días en que Cinna dominaba en Roma. En diciembre del año 44 a. C., el senado sólo había contado con diecisiete ex cónsules, la mayoría de ellos ausentes de Roma, faltos de salud y apartados de los intereses políticos.[56] El paso de un año se llevó a tres, Ser. Sulpicio Rufo, Trebonio y Cicerón, sin entradas dignas de mención; Hircio, Pansa y Dolabela habían muerto en la guerra, y el cónsul Q. Podio falleció al iniciar la etapa de su mandato, según se decía, abrumado por la vergüenza y el horror de las proscripciones que tenía el deber de anunciar.[57] Si se excluía a los tres dinastas, los consulares supervivientes ahora ascendían a doce como mucho, probablemente menos. P. Vatinio celebra un triunfo en el 42 a. C.[58] C. Antonio, tío del triunviro, es nombrado censor el mismo año; después desaparecen los dos.[59] Dos hombres honrados, L. Pisón y L. César, se esfuman por completo. Filipo y Marcelo habían desempeñado sus papeles a favor del heredero de César y cumplido su misión; se ausentaron para morir en paz. El hermano de Lépido, el proscrito Paulo, se retiró a Mileto y vivió allí algún tiempo sin ser molestado.[60]

De los doce supervivientes que hemos supuesto entre los consulares, sólo tres son mencionados alguna vez en la historia posterior y sólo uno durante unos años. El renegado del partido de Catón, P. Servilio, recogió el premio a su intriga y ambición: un segundo consulado de mano de los triunviros (41 a. C.), como el primero de las de César; y después de eso, ya no se habla más de él. El seguidor de Antonio, Q. Fufio Caleno, desempeñó un mando militar y murió en el 40 a. C.; pero el *nobilis* cesariano Cn. Domicio Calvino se mantuvo

55. Dión, 48, 43, 2.
56. *Supra*, p. 208.
57. Apiano, *BC* 4, 6, 26.
58. *CIL* I², p. 50.
59. *Ibid.*, I², p. 64; cf. *ILS* 6204.
60. Apiano, *BC* 4, 37, 155.

en activo hasta después de esa fecha, como reliquia solitaria de un pasado no muy distante.

Menos espectaculares que la decadencia de los *principes*, pero no menos lamentables, eran los huecos en otras formaciones. El grueso de los *nobiles,* tanto los del antiguo partido de Pompeyo como los seguidores de César, exiliados de Italia, estaban con los Libertadores o con Sex. Pompeyo. En Pompeyo encontraban refugio; en Bruto y Casio, un partido y una causa, ejércitos de legiones romanas y la esperanza de vengarse.

Cuando la guerra civil no parecía más que una lucha de sectores de la nobleza romana, muchos jóvenes de talento y distinción eligieron a César con preferencia a Pompeyo y a la oligarquía; pero no quisieron tolerar después a los pretendidos herederos políticos de César, enemigos declarados de su clase social. Los vicios estaban muertos, desacreditados o inválidos: los *nobiles* jóvenes marcharon como un solo hombre al campamento de Bruto y de Casio, con entusiasmo o con la energía de la desesperación. Seis años antes, la causa de la República en ultramar estaba representada por Pompeyo, un grupo de consulares aliados con él y la facción de Catón.[61] Ahora los Metelos, los Escipiones, los Léntulos y los Marcelos estaban en eclipse, pues los cabezas de estas familias habían perecido en su mayoría, dejando pocos hijos;[62] no había en el partido un solo miembro de rango consular; su aglutinante y sus líderes eran los jóvenes de la facción de Catón, casi todos ellos parientes de Marco Bruto.

Cuando Bruto partió de Italia, iba acompañado o seguido de sus parientes Cn. Domicio Ahenobarbo y M. Licinio Lúculo,[63] de seguidores políticos como el inseparable Favonio, y de sus amigos personales y agentes del orden ecuestre, como el banquero C. Flavio, carente de valor para la guerra, pero fiel hasta el fin.[64] En Atenas encontró buena acogida y apoyo entre la juventud romana que realizaba en ella los estudios superiores, hijos de senadores, como L. Bíbulo, hijastro

61. *Supra*, p. 75.

62. C. Marcelo (*cos.* 50 a. C.) aún vivía: sobre los hijos y parientes de los otros, los únicos registrados entre los años 43 y 39 a. C. son un Metelo y un Léntulo entre los proscritos (Apiano, *BC* 4, 42, 175; *ibid.*, 39, 164) y un hijo de Espínter, cuestor bajo Trebonio (*infra*, n. 67).

63. *Ad Att.* 16, 4, 4 (Ahenobarbo); Veleyo, 2, 71, 2 (Lúculo).

64. *Ad M. Brutum* 1, 17, 3. Murió en combate, Plutarco, *Brutus* 51.

suyo, y M. Cicerón,[65] junto con personas de menor categoría.[66] Los magistrados cesarianos se sumaron a la causa, en primer lugar Hortensio, procónsul de Macedonia, y los cuestores cesantes de Asia y Siria;[67] y llegaron simpatizantes de Italia; entre ellos M. Valerio Mesala, joven noble de talento y distinción.[68] Tres generales cesarianos se unieron a Casio en Siria. El procónsul de Asia, Trebonio, había sido condenado a muerte por Dolabela; pero su cuestor, P. Léntulo, hijo de Espínter, intervino con una flota a favor de la República.[69]

La mayoría de los asesinos de César habían abandonado Italia, sin duda sin pérdida de tiempo, y el partido se había robustecido con la llegada de diversos nobles republicanos y pompeyanos, viejos y jóvenes.[70]

El partido cesariano, aunque reunificado después de extrañas vicisitudes, había experimentado sensibles pérdidas, tanto de capacidad como de distinción, y revelaba su carácter revolucionario, tanto por su composición como por su política. Los triunviros habían expulsado de Italia no sólo a los *nobiles*, sus enemigos políticos, sino también a sus víctimas, hombres de peso y reputación de las ciudades de Italia.

El cambio y las bajas se evidencian con máxima claridad entre los jefes del ejército. De la imponente galería de legados de César en las Guerras Gálicas,[71] casi todos habían muerto ya. Tras la implantación del Tirunvirato, cuatro de ellos aparecen desempeñando altos mandos. De ellos, T. Sextio y T. Fufio Caleno desaparecen pronto. Sólo quedan Antonio y Planco. Los gobernadores provinciales del Dictador, y jefes en sus guerras civiles, tienen mejor suerte, como es natural;[72] pero por

65. *Ibid.*, 1, 14, 1.

66. Por ejemplo, el hijo de liberto, Q. Horacio Flaco.

67. *Supra*, p. 216.

68. *Ad M. Brutum* 1, 12, 1; cf. 15, 1. Era hijo del cónsul del 61 a. C. Su hermanastro, L. Gelio Poplícola estuvo también con Bruto algún tiempo, pero se portó como un traidor (DIÓN, 47, 24, 3 ss.).

69. *Ad fam.* 12, 14 s., *BMC*, *R. Rep.* II, 481 ss.

70. Por ejemplo, M. Livio Druso Claudiano y Sex Quintilio Varo (VELEVO, 2, 71, 3); también el testarudo pompeyano Cn. Calpurnio Pisón (TÁCITO, *Ann.* 2, 43). Sobre las monedas de los Libertadores y de sus lugartenientes, cf. *BMC; R. Rep.* II, 471 ss.

71. *Supra*, p. 92.

72. Por ejemplo, C. Calvisio Sabino, C. Caninas y Sex. Peduceo. También L. Nonio Asprenas, que ahora se revela como *cos. suff.* en el 36 (cf. los nuevos *Fasti* de los *Vicomagistri*, *L'ann. ép.*, 1937, 62; DEGRASSI en *Inscr. It.* XIII, parte I); y quizá Q.

lo menos dos de ellos, por haberse pasado a los Libertadores, abreviaron su supervivencia.[73]

En realidad, pocos hombres que ya perteneciesen al senado antes del estallido de la guerra civil obtienen la suprema distinción bajo el dominio de los triunviros. El consulado corresponde en su mayor parte a los más nuevos de los nuevos, senadores nombrados por el Dictador o incorporados después de su muerte, en su mayoría ausentes de la documentación histórica antes del 44 a. C. Ventidio y Carrinas abren la marcha, e inauguran una época, manifiesta con tanta claridad en sus cónsules como lo había sido la última y efímera supremacía de la oligarquía: extraños nombres de raíz o desinencia forasteras invaden y desfiguran ahora los *Fasti* del pueblo romano.

Una nueva generación de mariscales sale a escena, casi todos de nomenclatura no latina. Algunos habían tenido mandos independientes bajo César; de Alieno y Estayo no se vuelve a hablar; pero C. Calvisio Sabino sigue su marcha con decisión.[74] Otros, elevados desde anteriores puestos de subordinación, dieron señales y garantías de éxito, pero no sobrevivieron. Saxa y Fango iban a ser segados en flor, sin llegar al consulado; Octavio el Marso, «el maldito bandolero», pereció con Dolabela;[75] otro marso, Popedio Silón, alcanzó sólo una gloria efímera. El paso era rápido, la competencia feroz. Las filas de los militares se renuevan sin cesar a medida que las batallas, los fracasos o las traiciones producen vacantes y víctimas. También emergen sin tardar personas de cierta estabilidad, que llegan al rango consular: P. Canidio Craso, C. Norbano Flaco, de una familia proscrita, y C. Sosio, quizá picentino, ninguno de ellos conocido antes de la muerte de César.[76] Otra novedad fue la misteriosa familia de los Coceyos, que su-

---

Marcio Crispo, si él es el Marcio que fue *cos. suff.* aquel año. Nada se sabe de servicios a los triunviros ni de Asprenas ni de ninguna persona llamada Marcio.

73. L. Estayo Murco laboró por la República hasta ser muerto por Sex. Pompeyo; A. Alieno desaparece por completo después del 43 a. C.

74. Cónsul en el 39 a. C. y almirante de Octaviano en el *Bellum Siculum*. Calvisio es el primer cónsul con un gentilicio terminado en un «-isius» no latino. Cf. «Carisius». De origen desconocido. La dedicatoria *ILS* 925 (Spoletium) debiera corresponderle (*infra*, p. 275), pero *CIL* IX, 414 (Canusium) quizá a su hijo o a su nieto.

75. Dión, 47, 30, 5. Cf. Cicerón, *Phil.* 11, 4.

76. C. Norbano fue admitido a los honores por César; la terminación de su gentilicio es palpablemente no latina, indicio quizá de origen o influencia etrusca, cf. W. Schulze, *LE*, 531 ss. Münzer, sin embargo, alega que procedía de la antigua co-

ministró a Antonio generales y diplomáticos, y consiguió dos consulados; era de origen umbro.[77] Éstos fueron de los primeros en ser mencionados. Después surgen otros mariscales y cónsules: L. Cornificio, cuyos antecedentes desconocidos le proporcionaron las facultades para el éxito; O. Laronio, celebrado sólo como almirante, y T. Estatilio Tauro, un tipo duro.[78] Otros cónsules nuevos siguen siendo enigmáticos:

L. Caninio Galo, T. Peduceo, M. Herennio, el picentino, y L. Vinicio, que no han dejado datos de sus servicios a los señores de Roma, a excepción de la constancia, como única y suficiente prueba, de sus nombres en los *Fasti*.[79]

Los antonianos Decidio, Ventidio y Canidio, famosos todos por las victorias o derrotas en tierras del este, llegaron a ser el trío proverbial entre los *novi homines* de la revolución.[80] Lo cual es justo, dadas la rareza y las terminaciones no latinas de sus nombres de familia. Pero los antonianos no eran los peores. Una promoción sin precedentes les aguardaba ahora a los codiciosos, los brutales y los faltos de escrúpulos: incluso la juventud llegó a ser una recomendación, cuando no había detrás unas tradiciones ni unas propiedades que restasen ímpetu a la acción. Desde el principio, la facción de Octavia no atrajo a aquellos que no tenían nada que perder por la guerra o por la aventura; entre los «miembros fundadores» estaban Agripa y Salvidieno Rufo. El mismo Octaviano acababa de celebrar su vigésimo cumplea-

---

lonia de Norba, P-W XVII, 926. Canidio puede ser la persona que estaba con Catón en Chipre en el 57 a. C. (PLUTARCO, *Cato Minor* 35). El nombre «Canidius», bastante conocido en literatura por la bruja Canidia de Horacio, es sumamente raro; Schulze no da ejemplos epigráficos del mismo. El origen de C. Sosio es oscuro, pero obsérvese al caballero romano, del Piceno, Q. Sosio, que intentó prender fuego al archivo estatal (CICERÓN, *De natura deorum* 3, 74).

77. De Narnia, cf. VÍCTOR, Epit. de Caes. 12,1. C. Coceyo Balbo (*cos. suff.* 39), M. Coceyo Nerva (*cos. suff.* 36) y L. Coceyo Nerva (no cónsul): los nuevos Fasti han señalado que Coceyo fue cónsul en el 39. Cf. también *infra*, p. 326.

78. Sobre él cf. *infra*, p. 292. Estatilio es presumiblemente de origen lucano.

79. Sobre L. Caninio Galo (*cos.* 37 a. C.) nada se sabe, salvo que su padre casó con una prima carnal de M. Antonio (VAL. MÁX., 4, 2, 6). Sobre la familia de T. Peduceo (*cos. suff.* en 35), cf. *infra*, p. 290. M. Herennio (*cos. suff.* 34) fue probablemente picentino, cf. *supra*, p. 121. Otra nulidad histórica, aunque de mejor alcurnia, fue Sex. Pompeyo (*cos.* 35 a. C.), nieto del hermano de Pompeyo Estrabón. Sobre los Vinicios, *supra*, p. 244.

80. SÉNECA, *Suasoriae* 7. 3: «vivet inter Ventidios et Canidios et Saxas».

ños; la edad de Agripa era la misma, con un año de diferencia. Salvidieno, el primero y el más grande de sus mariscales, de origen no más distinguido que Agripa, lo superaba en años y en experiencia militar. Su ejemplo demostraba que el desempeño de un cargo senatorial no era un requisito indispensable para mandar ejércitos de legiones romanas. Pero Salvidieno no era único; extranjeros o esclavos liberados podían disputarle a caballeros el mando militar en las guerras de la revolución.[81]

La República había sido abolida. Cualquiera que fuese el resultado de la lucha armada, nunca más podría ser restablecida. Reinaba la tiranía, sostenida por la violencia y la confiscación. Los mejores hombres estaban muertos o proscritos. El senado estaba atestado de rufianes; el consulado, antaño recompensa a la virtud cívica, era ahora el premio a la astucia o al crimen.

«Non mos, non ius»,[82] podría ser el lema del período. Pero los cesarianos proclamaban un derecho y un deber que tenía prioridad sobre todo lo demás: vengar a César. La *Pietas* prevaleció, y de la sangre de César nació la monarquía.

81. Demetrio para Antonio (DIÓN, 48, 40, 5 s.), Heleno para Octaviano (DIÓN, 48, 30, 8; cf. 45, 5; APIANO, *BC* 5, 66, 277: *ILS* 6267). También Herodes el Idumeo, al mando temporal de dos legiones, que le mandó Ventidio a las órdenes de un enigmático extranjero llamado Makhaeras (JOSSEFO, *BJ* 1, 317, etc.). El nombre verdadero podía ser Machares, que aparece en la casa real del Ponto.

82. TÁCITO, *Ann.*, 3, 28: «No más tradición, no más justicia».

Capítulo XV

FILIPOS Y PERUSA

El primer día del nuevo año, el senado y los magistrados juraron solemnemente mantener la disposiciones del Dictador César. Más aún, César quedó inscrito entre los dioses del Estado romano.[1] En el Foro se debía construir un templo a la nueva deidad, *Divus Iulius;* y otra ley reglamentaba su culto en las ciudades de Italia.[2] El joven César podía darse a sí mismo el nombre de «Divi filius».

Bajo el lema de vengar a César, los ejércitos cesarianos se aprestaban a la guerra. Los jefes decidieron utilizar dieciocho legiones. Ocho de ellas las mandaron por delante a través del Adriàtico, al mando de C. Norbano Flaco y L. Decidio Saxa, que recorrieron la Via Egnatia atravesando Macedonia, pasaron por Filipos y ocuparon una posición favorable. Antonio y Octaviano se proponían seguirlos. Su colega, Lépido, fue dejado atrás a cargo nominal de Roma y de Italia. El verdadero poder estaba en manos de Antonio, pues uno de sus partidarios, Caleno, parece que estaba al mando de dos legiones estacionadas en Italia,[3] mientras que Folión mantenía la Cisalpina con un fuerte ejército.[4]

Al principio hubo demora. Octaviano se desvió, para ocuparse de Sex. Pompeyo, que por entonces se había adueñado de toda Sicilia,

1. Dión, 47, 18, 3.

2. La *Lex Rufrena*, *ILS* 73 y 73*a*. Rufreno era un cesariano (*Ad fam.* 10, 21, 4, *supra*, p. 237).

3. Apiano, *BC* 5, 12, 46, cf. Dión, 48, 2, 3.

4. *Supra*, p. 238. No hay datos sobre el paradero de P. Ventidio en el 42 a. C.; ¿Gallia Comata? Cf. p. 272.

mandando a Salvidieno a enfrentarse con él.[5] La falta de barcos malogró la invasión de la isla. En cuanto a Antonio, se vio detenido en Brindis por una flota enemiga, al mando del almirante republicano Estayo Murco. Cuando Octaviano llegó, la escuadra cesariana fue lo bastante fuerte para abrirse paso. Su supremacía marítima fue de breve duración. Pompeyo, es cierto, no intervino, pero al venir Cn. Dominio Ahenobarbo con gran parte de la flota de Bruto y Casio, reforzó a Murco y logró el dominio completo de los mares entre Italia y los Balcanes. Las comunicaciones de los cesarianos quedaron cortadas; debían avanzar y confiar en una decisión rápida por tierra. Antonio reanudó la marcha; el joven César, postrado por la enfermedad, permaneció en Dirraquio.

Entretanto, Bruto y Casio habían estado reuniendo las riquezas y las fuerzas del Oriente. No mucho después de la batalla de Módena, Bruto había abandonado la costa de Albania y marchado hacia el este. Una batalla en Tracia le permitió conseguir dinero y la lealtad de los jefes nativos. Después, pasando a Asia, se reunió con Casio en Esmirna a fines del año 43. Casio tenía un triunfo que anunciar. Había encontrado a Dolabela, lo había derrotado en una batalla y cercado en Laodicea de Siria. Dolabela, desesperado, se había quitado la vida; Trebonio había sido vengado. Excepto Egipto, cuya reina había ayudado a Dolabela, y Rodas y las ciudades de Licia, que seguían resistiendo, la causa cesariana se había eclipsado por completo en el Oriente.

Bruto y Casio celebraron consejo de guerra. Aun cuando Antonio se unió a Lépido y Planco, es posible que Bruto no perdiese toda esperanza de un arreglo; con el Oriente y el Occidente tan igualados de fuerzas entre republicanos y cesarianos, la dudosa perspectiva de una contienda larga y ruinosa era un poderoso argumento a favor de la concordia. Bruto y Antonio hubieran podido entenderse entre ellos y alcanzar un compromiso en aras de la paz y de Roma; la venganza de César y el exterminio de los Libertadores no habían estado en la política de Antonio mientras éste fue cónsul. Pero con el heredero de César no podía haber ni pacto ni paz.[6] Cuando los líderes cesarianos se unieron para implantar una Dictadura militar e iniciar una lucha de

5. Apiano, *BC* 4, 85, 358; Dión, 48, 18, 1; proyectiles de honda hallados cerca de Regio, con la leyenda «Q. Sal. im(p)», *CIL* X, 8337, p. 1001.

6. Cf. las observaciones del propio Bruto (*Ad M. Brutum* 1, 16 s., *supra*, p. 250).

clases, no había lugar a dudas. Con esta convicción, un aristócrata y patriota romano tenía que cortar ahora los lazos de la amistad, de la clase y de la patria, y decidirse a imponer la pena de muerte al hermano de Antonio. Cuando Bruto se enteró del fin de Cicerón, no fue tanto pena como vergüenza lo que sintió por Roma.[7]

Con buen acuerdo, Bruto y Casio decidieron no llevar la guerra a Italia en invierno, ni en verano, sino emplear el tiempo en organizar sus recursos y reunir más dinero. Así consumieron varios meses del año siguiente en castigar a los rodios y a los licios y en extraer la riqueza de Asia. Bruto y Casio volvieron a encontrarse en Efeso. A fines del verano del 42, sus ejércitos pasaron el Helesponto, diecinueve legiones y numerosas levas de los príncipes vasallos del Oriente.

Es fácil tener aciertos después de conocer los desenlaces. La causa de la República, se dice, estaba sentenciada desde el principio, la derrota era inevitable. No sólo esto: Bruto lo sabía y estaba abatido, avisado por el fantasma de César. Todo lo contrario: Bruto, por fin, estaba tranquilo y decidido. Después del triunfo de los generales cesarianos, y de la implantación de las proscripciones, sabía donde se hallaba.

Bruto no tenía crédito de soldado ni de caudillo de hombres. Pero los oficiales y los soldados conocían y respetaban el mérito probado de Casio. Lo mejor de las legiones, es cierto, eran veteranos de César. Sin embargo, los soldados acogieron a Casio cuando llegó a Siria, hacía dieciocho meses, y se unieron a él con presteza. Ése era el único punto flaco de las fuerzas de la República. ¿Se mantendrían firmes los soldados frente al nombre y la fortuna de César? Del cofre de guerra, Casio les pagó a los hombres mil quinientos denarios por cabeza y les prometió más.[8]

Fuera de eso, las perspectivas de Bruto y Casio dejaban poco que desear. Su intención era sencilla: contener al enemigo y rehuir el combate. Dominaban tanto el mar Jónico como el Egeo. Si eran capaces de alargar la campaña hasta los meses de invierno, la falta de vituallas dispersaría las legiones cesarianas por los desolados altiplanos de Ma-

7. PLUTARCO, *Brutus* 28: τῃ αἰτίᾳ φησὶν αἰσχύνεσθαι μαλλον ἢ τῳ πάθει συναλγειν, ἐγκαλειν δὲ τοις ἐπὶ Ῥώμης φίλοις. δουλεύειν γὰρ αὑτῶν αἰτίᾳ μαλλον ἢ τῶν τυραννούντων [dice que se avergüenza más por el motivo (de la muerte de Cicerón) de lo que se duele por el hecho en sí, y culpa a sus amigos de Roma, esclavizados más por causa propia que por culpa de los tiranos].

8. APIANO, *BC* 4, 100, 422.

cedonia, o las mantendría acorraladas en los estrechos límites de una Grecia empobrecida.

Bruto y Casio se encaminaron hacia el oeste. Maniobrando mejor y haciendo retroceder a la avanzadilla de los cesarianos, mandados por Norbano y Saxa, llegaron a las cercanías de Filipos, donde ocuparon una posición fuerte, a caballo de la Vía Egnacia, invulnerable por los flancos, que al norte se apoyaban en las montañas y al sur en una marisma. Bruto acampó en el ala derecha, Casio en la izquierda. Tuvieron tiempo de unificar y fortificar su frente.

Entonces llegó Antonio. Abriéndose camino por la marisma del sur, y rodeando el flanco de Casio, provocó al fin una batalla. Octaviano acababa de llegar; aunque con la salud quebrantada y nunca soldado, no podía permitirse ceder a Antonio el honor exclusivo de la victoria. La batalla fue indecisa. En el flanco derecho, Bruto arrolló a las filas cesarianas y se apoderó del campamento de Octaviano, que no estaba en él. Un cierto misterio envuelve sus movimientos; según su propio relato, él obedeció al aviso de un sueño que había tenido su médico favorito.[9] La otra ala de los cesarianos, mandada por Antonio, rompió el frente de Casio y saqueó su campamento. Casio se desesperó demasiado pronto. Ignorante del brillante éxito de Bruto en el ala derecha, engañado quizá, como pretende una versión, por un defecto en su vista,[10] y creyendo que todo estaba perdido, se arrojó sobre su espada. Así fue la primera batalla de Filipos (23 de octubre).[11]

Los dos bandos se retiraron, maltrechos y resentidos. Siguieron tres semanas de inactividad, o de lentas maniobras, en las que la ventaja pasó a los cesarianos. Por lo demás, su situación era desesperada, pues el día de la primera batalla de Filipos, los almirantes republicanos interceptaron y destruyeron en el mar Jónico la flota de Domicio Calvino, que transportaba dos legiones a Dirraquio.[12] No fue el fantasma de César, sino un azar imprevisible, la muerte de Casio, lo que perdió a la República. Bruto podía ganar una batalla, pero no una cam-

9. Incluso admitido por el apologético VELEYO (2, 70, 1). Había mucho que explicar en su *Autobiografía*, cf. F. BLUMENTHAL, *Wiener Studien* XXXV (1913), 280 s. Agripa y Mecenas no negaban que Octaviano había estado escondido en una marisma (PLINIO, *NH* 7, 148).

10. PLUTARCO, *Brutus* 43.

11. La fecha la da el Calendario de Preneste, *L'ann. ép.*, 1922, 96. Cf. C. Hülsen, *Sirena Buliciana* (1924), 193 ss.

12. APIANO, *BC* 4, 115, 479 ss.; DIÓN, 47, 47, 4; PLUTARCO, *Brutus* 47.

paña. Provocados por la propaganda y los desafíos de los cesarianos e impacientes por la demora, los oficiales y los hombres pedían a gritos que probase otra vez la suerte de una batalla. Además, los príncipes orientales y sus tropas estaban desertando. Bruto acabó por ceder.

Después de una refriega tenaz y sangrienta, el ejército cesariano triunfó. Una vez más, los países balcánicos presenciaban un desastre romano y enterraban los ejércitos de la República: *Romani bustum populi* («crematorio del pueblo romano»).[13] Esta vez la decisión era terminante e irrevocable, la última lucha del Estado Libre. A partir de entonces, nada más que la disputa de unos tiranos sobre el cadáver de la libertad. Los hombres que cayeron en Filipos luchaban por un principio, una tradición y una clase, estrecha, imperfecta y gastada, pero con todo y con eso, el alma y el espíritu de Roma.

No hubo en las guerras civiles batalla tan mortífera para la aristocracia.[14] Entre los caídos figuraban los nombres más nobles de Roma. Cierto que no había consulares, pues los mejores de los *principes* estaban ya muertos, y los pocos supervivientes de aquel orden se ocultaban en la ignominia y el olvido en Roma, o mandaban los ejércitos que destruyeron la República al lado de sus nuevos aliados y compañeros de rango, Ventidio y Carrinas. En el campo de Filipos sucumbieron el joven Hortensio, antiguo cesariano, el hijo de Catón, un Lúculo, un Livio Druso.[15] Bruto, el jefe de todos ellos, se quitó la vida. Virtus había resultado ser una palabra sin contenido.[16]

Antonio, el vencedor, se arrancó su manto de púrpura y lo arrojó sobre el cuerpo de Bruto.[17] Un tiempo habían sido amigos. Mientras Antonio contemplaba con pena los muertos romanos, tal vez se abrie-

13. Como el poeta Lucano decía de Farsalia (7, 862).

14. VELEYO, 2, 71, 2: «non aliud bellum cruentius caede clarissimorum virorum fuit» (Ninguna otra guerra fue más cruenta por la muerte de preclaros varones).

15. VELEYO, 2, 71, 2 s.; todos éstos (incluido Druso) emparentados. Entre los *nobiles* también perecieron Sex. Quintilio Varo (VELEYO, *ibid.*) y probablemente el joven P. Léntulo Espínter, y algunos de los asesinos de César, tales como Filio Combro y Q. Ligario, de quienes no se vuelve a hablar.

16. Como Bruto exclamó citando un pasaje de una tragedia perdida (DIÓN, 47, 49, 2):

ὦ τλῆμον ἀρετή, λόγος ἄρ' ἦσθ', ἐγὼ δέ σε
ὡς ἔργον ἤσκουν· σὺ δ' ἄρ' ἐδούλευες τύχῃ

(¡Oh infortunada virtud, eres sólo una palabra; yo te practiqué como si fueses real, y ahora eres esclava de la fortuna!).

17. PLUTARCO, *Brutus* 53.

se paso entre sus pensamientos la tragedia de su vida. Bruto la había adivinado: Antonio, decía él, podría haber figurado con Catón, con Bruto y con Casio; en cambio, se había entregado a Octaviano y al final pagaría su locura.[18]

Cuando los jefes supervivientes de la causa republicana fueron conducidos ante los generales vencedores, a Antonio, según se afirma, lo aclamaron como *imperator,* pero a Octaviano lo escarnecieron. Algunos de ellos fueron condenados a muerte.[19] Un grupo de nobles había huido a la isla de Taso, entre ellos L. Calpurnio Bibulo y M. Valerio Mesala.[20] Después de negociaciones, se entregaron honorablemente a Antonio, poniéndose algunos de ellos a su servicio. Uno de los amigos de Bruto, el fiel Lucilio, permaneció con Antonio hasta el fin.[21] El resto, irreconciliable o sin esperanza, huyó y se unió a los almirantes de la República, Murco y Ahenobardo, en el mar Jónico, Sex. Pompeyo, en Sicilia.[22]

Fue una gran victoria. Los romanos no habían librado nunca semejante batalla.[23] La gloria se la llevó Antonio *y* con él permaneció durante diez años. Los líderes cesarianos tenían que satisfacer ahora las demandas de tierra y dinero de sus soldados. Octaviano debía volver a Italia para llevar a cabo el establecimiento de los veteranos; Antonio, arreglar los asuntos del Oriente y exigir el dinero requerido. Sobre Occidente tomaron las disposiciones siguientes, tratando a Lépido como despreciable. La Galia Cisalpina, acordaron, invocando o inventando una propuesta del Dictador César, debe dejar de ser una provincia, y estar fuera de las disputas políticas convirtiéndola en parte de Italia.[24] Por tanto, Antonio prometió renunciar a la Cisalpina; sin

18. Plutarco, *Brutus* 29: Μάρκον δ'Αντώνιον ἀξίαν φησὶ της ἀνοίας διδόναι δίκην, ὃς ἐν βρούτοις καὶ Κασσίοις καὶ Κάτωσι συναριθμεῖσθαι δυνάμενος προσθήκην ἑαυτόν Ὀκταβίῳ δέδωκε. κἂν μὴ νῦν ἡττηθῇ μετ' ἐκείνου, μίκρον ὕστερον ἐκίνῳ μαχειται (Antonio sufre el justo castigo a su locura, pues pudiendo haberse contado entre los Brutos, los Casios y los Catones, ha preferido entregarse a Octavio. Si ahora no es derrotado al mismo tiempo que éste, dentro de poco combatirá contra él).

19. Suetonio, *Divus Aug.* 13, 2 (M. Favonio, el catoniano leal).

20. Apiano, *BC* 4, 136, 575.

21. Plutarco, *Brutus* 50.

22. Apiano, *BC* 5, 2, 4 ss. Entre ellos estaban el hijo de Cicerón y los asesinos de César, Casio de Parma y Turulio. También sobrevivieron Cn. Pisón, C. Antistio Vetus y L. Sestio.

23. Apiano, *BC* 4, 137, 577 s.

24. Apiano, *BC* 5, 3, 12, cf. 22, 87; Dión, 48, 12, 5.

embargo, retuvo la Comata, y le quitó a Lépido la Narbonense. Lépido fue privado también de España, en beneficio de Octaviano, cuya parte del reparto original estaba ahora en manos de Pompeyo. En cuanto a África, si Lépido se quejaba, podía tenerla como su parte. Estos compromisos fueron debidamente puestos por escrito, precaución necesaria, pero no obstáculo para el juego sucio o la discusión. Antonio partió entonces para las provincias de Oriente, dejando a su joven colega la tarea ardua e impopular de llevar a cabo las confiscaciones en Italia.

Octaviano volvió a Italia como vencedor, pero sin la gloria ni la confianza que da la victoria. De camino, cayó enfermo otra vez y se detuvo en Brindis, demasiado débil para continuar.[25] Se rumoreaba abiertamente de su muerte. El regocijo era prematuro. El senado y el pueblo se resignaron a celebrar, en cambio, la efemérides de Filipos. Débil de fuerzas, abatido de espíritu y con malos auspicios, Octaviano puso manos a la obra de confiscar propiedades en Italia y de asentar a los veteranos de Filipos, restos de veintiocho legiones. De los actos y de la política de los dinastas, la parte del heredero de César fue difícil, impopular y casi fatal para él. Ningún cálculo hubiera podido predecir que saldría robustecido y triunfante de los variados azares de aquel año fecundo en acontecimientos.

Las dieciocho ciudades de Italia señaladas para satisfacer a la tropa no tardaron en formular una protesta abierta; sugerían que la carga se extendiese a otros y se igualase. Otras ciudades entonces, alarmadas, se unieron al coro de los descontentos. Los propietarios de tierras y sus familias se concentraron en Roma pidiendo a voces que se les hiciese justicia.[26] La plebe urbana se sumaba con entusiasmo a las manifestaciones contra la impopular tiranía de los triunviros. En el senado, Octaviano proponía medidas de paliativos y compromisos, sin mayores resultados que los de despertar los recelos de la soldadesca. Estallaron desórdenes y su vida llegó a peligrar.

Roma y toda Italia estaban sumidas en la confusión, con sangrientas batallas callejeras entre soldados y civiles.[27] Las ciudades y los

25. Dión, 48, 3, 1 ss.

26. Apiano, *BC* 5, 12, 49: ἐθρήνουν, οὐδὲν μὲν ἀδικησαι λέγοντες, Ἰταλιωται δὲ ὄντες ἀνίστασθαι γῆς τε καὶ ἑστίας οἷα δορίληπτοι (Gemían diciendo que no habían hecho mal alguno, y que aun siendo italianos, se les expulsaba de sus tierras y de sus hogares como a prisioneros de guerra).

27. Dión, 48, 9, 4 s.

magnates locales se armaban en defensa propia. La oposición a Octaviano no era simplemente una revuelta de la opinión de la clase media contra el despotismo militar del Triunvirato, o una alianza interesada de propietarios contra un proletariado rapaz levantado en armas; se combinaba con una reivindicación más antigua y adquiría los colores de un viejo agravio. Las luchas políticas en Roma, y las guerras civiles en las que aquéllas degeneraron, se libraban a expensas de Italia. Privada de justicia y de libertad, Italia se alzó contra Roma por última vez. No eran los fieros pueblos del Apenino, como en el *Bellum Italicum,* sino las regiones más prósperas y civilizadas: Umbría, Etruria y el país sabino, que habían sido fieles a Roma entonces, pero que habían luchado en el bando de Mario contra Sila. Ahora un nuevo Sila minaba su vigor y quebrantaba su espíritu.

Octaviano no recibió ayuda, ni de Lépido, su colega triunviral, ni del cónsul P. Servilio. Y se vio activamente entorpecido por el otro cónsul, L. Antonio, que ayudado por la fiel y arrogante Fulvia, esposa de M. Antonio, y por Manio, agente del mismo, trataban de explotar la confusión en beneficio del hermano ausente.[28] Todos ellos jugaban a dos cartas. Ante los veteranos, culpaban a Octaviano, insistiendo en que la decisión final se le reservase a Antonio, pues el prestigio del vencedor de Filipos era abrumador. Por otro lado, defendían la libertad *y* los derechos de los desposeídos, no sin invocar una vez más el nombre de M. Antonio y hacer profesión de *pietas.*[29] Fulvia, mejor que nadie, conocía el carácter de su marido; éste ni podría ni querría volverse atrás de sus compromisos de alianza con Octaviano. Ella tenía que forzarlo, desacreditando, si no destruyendo, al líder cesariano rival, y obtener así para su ausente y confiado consorte el poder único que él no parecía apetecer.

Mientras cumplía el compromiso político del partido cesariano, Octaviano corría el peligro de sucumbir a una alianza de cesarianos y

28. Es imposible descubrir la verdad última en estas intrigas. La propaganda de Octaviano, burda y mendaz, exageró el papel de Fulvia, tanto entonces como más tarde, poniendo su persona y sus actos bajo una luz odiosa; después no hubo nadie que por piedad, o incluso por maldad, reivindicase su memoria (Para una visión moderada de Fulvia, última superviviente de una gran familia política, cf. MÜNZER, P-W VII, 283 s.). Además, L. Antonio ha sido idealizado en el relato de Apiano como defensor de la *libertas* contra el despotismo militar, del poder consular contra el Triunvirato (*BC* 5, 19, 74; 43, 179 ss.; 54, 226 ss.).

29. DIÓN, 48, 5, 4; *Bn9C R. Rep* II, 400 ss.

republicanos, muy semejante a la que él había promovido contra Antonio hacía tres años. Alarmado, envió a su agente de confianza, Cecina de Volterras, y a L. Coceyo Nerva, amigo personal de Antonio, en misión urgente a Siria.[30] Cecina regresó sin una respuesta definida, pero Nerva se quedó con Antonio.

Conforme el año avanzaba, la situación empeoraba por momentos. Las simpatías de los soldados volvían a estar con Octaviano, que representaba claramente sus intereses. Octaviano, por su parte, se separó de su prometida, la hija de Fulvia, a la que había respetado y que no le interesaba. Pero el cónsul y Fulvia, lejos de ceder, alegaban instrucciones de Antonio, y seguían haciendo propaganda republicana. Los oficiales intervinieron y convocaron una conferencia. Llegaron a un acuerdo, pero los artículos más importantes nunca se pusieron en práctica. La guerra amenazaba. Ambos bandos alistaban tropas y se apoderaban de los tesoros de los templos. El cónsul L. Antonio se retiró al fuerte de Preneste, en los alrededores de Roma. Entonces los soldados intervinieron; veteranos cesarianos de Ancona, viejos soldados de Antonio, enviaron una delegación y organizaron una reunión de los adversarios en Gabies, a medio camino de Roma a Preneste. La reunión fue interrumpida por la desconfianza mutua y un intercambio de proyectiles.[31] Manio adujo o inventó una carta de M. Antonio autorizando la guerra, si era en defensa de su *dignitas*.[32]

El cónsul marchó sobre Roma, de donde expulsó a Lépido con facilidad. El pueblo llano y el senado lo acogieron con un fervor del cual no había disfrutado ninguno de cuantos antes que él habían liberado a Roma de la dominación de un partido. Pero L. Antonio no ocupó la ciudad largo tiempo. Se dirigió al norte en la esperanza de enlazar con los generales de su hermano, que ocupaban todas las provincias galas.

Octaviano se había retirado en compañía de Agripa al sur de Etruria. Su situación era precaria. Había llamado ya a su general Salvidieno, que había ido a España con seis legiones para tomar posesión de aquella región. Pero aunque Salvidieno volviese a tiempo y sus ejércitos reunidos lograsen el triunfo sobre L. Antonio, esa dificultad era

30. Apiano, *BC* 5, 60, 251.

31. Apiano, *BC* 5, 23, 92 ss. Según Dión, Antonio y Fulvia se burlaban de los soldados llamándoles βουλήν καλιγαταν (senado en borceguíes) (48, 12, 3).

32. Apiano, *BC* 5, 29, 112: πολεμεῖν ἐάν τις αὐτοῦ τήν ἀξίωσιν καθαιρη (Lucharía si alguien atentaba contra su dignidad).

menor, pues los generales de M. Antonio, con su gran prestigio y sus muchas legiones, podían vencerlo fácilmente.

Pero los antonianos estaban separados por la distancia y divididos por sus pareceres. Polión se encontraba en la Galia Cisalpina con un ejército de siete legiones. La decisión de suprimir esta provincia y unir su territorio a Italia aún no se había llevado a cabo, al parecer, tal vez por la resistencia de Polión, que ya con anterioridad, aquel año, había adoptado una actitud equívoca y amenazadora. Durante algún tiempo no había consentido que Salvidieno atravesase la Cisalpina camino de España,[33] y ahora podía obstaculizar el regreso del mejor general de Octaviano y su última esperanza. La propia provincia del triunviro Antonio, toda la Galia de allende los Alpes, la ocupaban en su nombre Caleno y Ventidio con una enorme cantidad de legiones; ellos también se habían opuesto al paso de Salvidieno.[34]

Pero eso no era todo. Las flotas republicanas dominaban los mares. Ahenobarbo en el Adriático, Murco ahora en compañía de Sex. Pompeyo. Pompeyo parece haber dejado pasar su oportunidad, y no fue ésta la única vez. Un esfuerzo concertado de las fuerzas antonianas y republicanas en Italia y en los mares próximos, hubiese aniquilado a Octavio. Pero no había ni unidad de mando, ni unidad de intenciones en el grupo heterogéneo de sus adversarios. Los generales de Antonio en Italia y en las provincias occidentales, carentes de instrucciones de su jefe, no dieron crédito al hermano y a la mujer de éste.

Salvidieno regresó de España por la Cisalpina, con Polión y Ventidio pisándole los talones, lentos pero amenazadores. La guerra había estallado ya en Italia.[35] Etruria, Umbría y el país sabino presenciaron una serie de marchas y contramarchas, escaramuzas y asedios. C. Furnio trató de defender Sentino para Antonio; Salvidieno tomó la ciudad y la destruyó por completo.[36] Nursia, un lugar remoto de la tierra sabina, se había pronunciado por la libertad, a las órdenes de Tisieno Galo, pero fue obligada a capitular.[37] Éstos fueron episodios; el tema central lo constituyó L. Antonio. Trató de abrirse camino hacia el norte. Agri-

33. Apiano, *BC* 5, 20, 80 s.

34. Dión, 48, 10, 1.

35. Es imposible reconstruir las operaciones tanto en un relato como en un mapa.

36. Apiano, *BC* 5, 30, 116; Dión, 48, 13, 4 ss.

37. Dión, 48, 13, 2; 6.

pa y Salvidieno maniobraron mejor que él. En compañía de los generales derrotados, Furnio, Tisieno y algunos partidarios de Antonio o de la República, el cónsul se encerró en la fuerte ciudad de Perusa y se dispuso a resistir un cerco breve, esperando la pronta ayuda de Polión y Ventidio. No tardó en salir de su error. Octaviano puso cerco a Perusa inmediatamente, con un complicado anillo de fortificaciones. Después, marchando con Agripa hacia el noreste, hizo frente a Polión y a Ventidio, quienes indecisos y divididos, rehuyeron el combate y se retiraron a través de los Apeninos.[38] Tampoco llegó ayuda del sur, a tiempo o con la fuerza necesaria. Planco, otro de los hombres de Antonio, ocupado en el asentamiento de veteranos cerca de Benevento, alistó tropas a instancias de Fulvia,[39] mientras el republicano Ti. Claudio Nerón izaba la bandera de la revolución en Campania.[40] Planco marchó hacia el norte y adoptó una actitud de espera, acorde con su carácter, en Espoleto.

El Oriente aún no daba señales. En Perusa el cónsul declaraba que estaba luchando en la causa de su hermano, y sus soldados grababan el nombre de su hermano, como *imperator* suyo, en sus proyectiles de honda;[41] los de los sitiadores llevan referencias a *Divus Iulius,* o alusiones poco galantes a Fulvia y a la cabeza calva de L. Antonio.[42] No menos desenvuelta era la propaganda de los jefes. Octaviano en versos de «franqueza romana» escarnecía al ausente Antonio (sin olvidarse de una amante capadocia) e insultaba a su esposa Fulvia.[43] Además, componía poemas de obscenidad tradicional acerca de Polión, que eludió la provocación con una ingeniosa referencia al autor de las proscripciones.[44]

Como el asedio continuaba y el hambre hacía mella en los defensores, Ventidio y Polión decidieron enlazar con Planco y socorrer a

38. Apiano, *BC* 5, 33, 130 ss.

39. *Ibid.*, 5, 33, 131; cf. *ILS* 886.

40. Veleyo, 2, 75.

41. *CIL* XI, 6721[1]: «M. Ant. imp.». También injurias obscenas a Octaviano, *ibid.*, 6721[7] y 6721[11].

42. *Ibid.*, 6721[26]: L(eg) XI / Divom Iulium: *ibid.*, 6721[5] (contra Fulvia); *ibid.*, 6121[13]: «L. Antoni calve peristi / C. Caesarus victoria».

43. Marcial (11, 20) elogia su «Romana simplicitas» citando ejemplos que son muy convincentes.

44. Macrobio, 2, 4, 21: at ego taceo: non est enim facile in eum scribere qui potest proscribere» (Pero yo callo, pues no es fácil escribir contra uno que puede proscribir).

Perusa. Marcharon a través del Apenino, pero fueron detenidos por Agripa y Salvidieno en Fulginas, a menos de veinte millas de Perusa; los asediados podían divisar sus señales de fuego. Veintidio y Polión estaban dispuestos a combatir. La cautela de Planco fue demasiado fuerte para ellos.[45]

No había confianza mutua en los consejos de los generales antonianos. El soldado Ventidio sabía que Planco le había llamado acemilero y bandido; y Polión detestaba a Planco. Pero había un factor de más peso que las dudas y las desavenencias de los generales: sus soldados tenían una aguda percepción de sus propios intereses, así como un profundo disgusto hacia la guerra; sería una verdadera locura luchar por L. Antonio y por las clases propietarias de Italia.

Polión, Planco y Ventidio se separaron y retiraron, dejando Perusa a su suerte. Tras una salida final e infructuosa, L. Antonio firmó una capitulación (¿finales de febrero?). Octaviano acogió al hermano de su colega con todos los honores y lo mandó como gobernador suyo a España, donde murió poco después.[46] La ciudad de Perusa fue entregada al saqueo. Los soldados vieron frustradas sus esperanzas por el suicidio de un ciudadano prominente, cuya ostentosa pira desató un incendio general.[47] Tal fue el final de Perusa, ciudad antigua y opulenta de los etruscos.

Los prisioneros fueron un problema. Muchos senadores y caballeros romanos de distinción habían patrocinado la causa de la libertad y la protección de sus propias fincas. Es de suponer que la huida de la mayor parte de ellos no fue obstaculizada muy en serio. El resto fue condenado a muerte; entre estas víctimas se encontraba Ti. Canutio, el tributo que había presentado al pueblo al heredero de César cuando éste realizó su primera marcha sobre Roma.[48] La muerte fue también el castigo impuesto al concejo municipal de Perusa, con la excepción, se dice, de un individuo astuto que en Roma había conseguido un asiento en el jurado que condenó a muerte a los asesinos de César.[49] Estos asesinatos judiciales fueron incrementados por la difamación y la credulidad, hasta hacer de ellos una hecatombe de trescientos senadores y caballeros romanos, que habrían sido degollados durante una

45. Apiano, *BC* 5, 35, 139 ss.
46. *Ibid.*, 5, 54, 229.
47. Veleyo, 2, 74, 4; Apiano, *BC* 5, 49, 204 ss.
48. Dión, 48, 14, 4; Apiano, *BC* 5, 49, 207.
49. Apiano, *BC* 5, 48, 203.

solemne ceremonia religiosa, celebrada el día de los idus de marzo, ante un altar consagrado al *Divos Iulius*.[50]

Hasta dónde había caído el heredero de César, Italia lo supo con horror en Perusa y con vergüenza en Nursia. En el monumento levantado en recuerdo de la guerra, los ciudadanos de Nursia pusieron una inscripción que proclamaba que sus muertos habían caído en lucha por la libertad. Octaviano les impuso una multa ruinosa.[51]

Los generales de Antonio se dispersaron. En compañía de Fulvia, Planco huyó a Grecia, desertando de su ejército. Ventidio y Polión dieron la vuelta y se dirigieron a la costa del Adriático. La marcha y los movimientos de Ventidio no son conocidos. Polión se retiró hacia el noreste y ocupó algún tiempo el Véneto contra los generales de Octaviano. Después no sabemos nada, excepto que entabló negociaciones con el almirante republicano Ahenobarbo, cuya flota dominaba el Adriático, y que logró su apoyo para Antonio.[52]

Los compañeros de armas del joven César, su coetáneo Agripa y Salvidieno Rufo, mayor que los otros dos, habían sorteado todos los peligros. Enfrentados con su energía y su decisión, los más eminentes y experimentados entre los partidarios de Antonio se habían desplomado: dos consulares, el soldado Ventidio y el diplomático Planco, y un cónsul, pues el año ilustre de Polión había comenzado.

Sin embargo, Octaviano no había llegado al final de sus dificultades. Era dueño de Italia, tierra donde reinaban el hambre, la devastación y el desaliento. Pero Italia estaba rodeada de enemigos. Antonio se aproximaba desde Oriente al frente de un ejército. Un hombre de Antonio, Caleno, aún ocupaba toda la Galia allende los Alpes. En las costas, Ahenobarbo amenazaba a Italia desde el este, Pompeyo desde el sur y el oeste. Si esto no era suficiente, todas las provincias estaban siendo atacadas a la vez. Pompeyo expulsó a M. Lurio y conquistó Cerdeña;[53] en Hispania Ulterior el general de Octaviano, Caninas, tenía que hacer frente a la invasión de un príncipe moro, a quien habían incitado L. Antonio y Fulvia,[54] en África, el ex centurión Fuficio Fangón, luchando con valor y resolución en una guerra confusa contra T.

50. SUETONIO. *Divus Aug.* 15; DIÓN, 48, 14, 4; cf. SÉNECA, *De clem.* 1, 11 («Arae Perusianae»).

51. DIÓN, 48, 13, 6. El incidente está mal fechado por SUETONIO. *Divus Aug.* 12.

52. VELEYO, 2, 76, 2; APIANO, *BC* 5, 50, 212.

53. DIÓN 452 30 7

54. APIANO, *BC* 5, 26, 103.

Sextio, anterior gobernador, que había permanecido en la provincia, fue al final vencido y muerto.[55] El heredero iba a ser atrapado pronto y por fin aplastado. En esa dirección apuntaban todos los indicios y las esperanzas de la mayoría de la gente.

En esta situación crítica, Octaviano buscó ayuda donde podía, en un arreglo con el dueño del mar. Envió a Mecenas a Sicilia en misión diplomática, y en prenda de sus sentimientos tomó por esposa a Escribonia,[56] hermana de aquel Libón con cuya hija se había casado Sex. Pompeyo. Pero Pompeyo, como se supo pronto, estaba ya en tratos con Antonio.

Una vez más, el joven César fue salvado por la fortuna que su nombre llevaba aparejada. Caleno murió en la Galia en el momento oportuno. Su hijo, falto de experiencia o de confianza, fue inducido a entregar toda la Galia y once legiones.[57] Octaviano partió de Italia para recoger este afortunado refuerzo; puso a Salvidieno al frente de la Galia, confiado en la lealtad de su amigo.

Cuando regresó, a fines de verano, se encontró con que Antonio había venido y estaba asediando Brindis, con Ahenobarbo y Pompeyo como aliados declarados y activos. El asunto de Perusa había estado mal llevado. Esta vez los enemigos de Octaviano tenían un líder. El arreglo final de la herencia de César por las armas parecía inevitable; Roma tenía que elegir entre dos amos. Cuál de ellos contaba con las simpatías de Italia no se podía dudar; y pese a la pérdida de las legiones galas, la suerte de la guerra estaba con Antonio.

55. *Ibid.*, 5, 26, 102; Dión, 48, 22, 1 ss. T. Sextio había suprimido al fin a Q. Cornificio y ganado África para los cesarianos, cf. *supra*, p. 236, n. 5. Fangón había sido enviado por Octaviano después de Filipos para suceder a Sextio.

56. Apiano, *BC* 5, 53, 22, *infra*, p. 282.

57. Dión, 48, 20, 3: Apiano, *BC* 5, 51, 213 s.

Capítulo XVI

LA SUPREMACÍA DE ANTONIO

El vencedor de Filipos se encaminó hacia el este, rodeado de su aureola, para reafirmar la dominación de Roma y sacar para los ejércitos aún más dinero de las ricas ciudades de Asia, víctimas de ambos bandos en las guerras intestinas de Roma. Exigió los tributos de nueve años, a pagar en dos. Distribuyó por el Oriente multas y privilegios, recompensó a amigos y castigó a enemigos, entronizó a reyezuelos o los depuso.[1] Así pasó el invierno después de Filipos. Sus peregrinaciones lo llevaron entonces a la ciudad de Tarsos en Cilicia. Por mediación de su enviado, el hábil Q. Delio, convocó a un importante vasallo, la reina de Egipto, a rendir cuentas de su política.[2]

Cleopatra era astuta y seductora.[3] Antonio, que acababa de separarse de la encantadora capadocia, Glafira, sucumbió de buen grado, pero sin entregarse.[4] La reina, que había sido capaz de demostrar su lealtad al partido cesariano, recibió la confirmación de sus posesiones y partió. Antonio, después de adoptar las disposiciones necesarias en Siria y Palestina, siguió tranquilamente su camino hacia Egipto. Después de un breve y alegre invierno en Alejandría, abandonó Egipto a comienzos de la primavera del 40 a. C. No hay ni hubo señal alguna

1. Apiano, *BC* 5, 4, 15 ss.
2. Plutarco, *Antonius* 25.
3. No será necesario repetir el relato dramático y romántico de Plutarco sobre el encuentro de ambos.
4. Apiano, *BC* 5, 7, 31; Marcial 11, 20. Glafira era la amante del dinasta de Comana.

de que entablara relaciones que lo uniesen a Cleopatra más estrechamente que a Glafira. Y no volvió a ver a la reina de Egipto hasta cuatro años más tarde.

Durante la confusión de la guerra intestina, había surgido un enemigo extranjero. Los partos, con tránsfugas romanos en sus filas, se precipitaron sobre Siria y pusieron al gobernador, Decidio Saxa, en serios apuros. Antonio llegó a Tiro. Ya se habían desatado los rumores más angustiosos de los desórdenes de Italia; pronto supo que una guerra civil nueva y alarmante había estallado entre los de su partido y el líder cesariano.[5]

La paradoja de que Antonio pasase de Siria a Egipto y se demorase en Egipto mientras su mujer y su hermano no sólo defendían su causa, y lograban el apoyo republicano, sino que incluso provocaban una guerra civil, con serias oportunidades de acabar con el jefe cesariano rival, podría parecer que pide a gritos una explicación. Era fácil y asequible: Antonio estaba embrutecido por la bebida, por el lujo de Alejandría y por los encantos proverbiales de una reina extranjera;[6] o de no ser así, su complicidad en los designios de su hermano era completa, pero inconfesada. Las acusaciones de vicio y de duplicidad, que alternan pero no se excluyen, no hacen justicia al carácter leal y abierto de Antonio, y no tienen en cuenta su posición como colega de Octaviano y la lentitud de las comunicaciones por mar en lo más crudo del invierno. De las fases anteriores de las disensiones en Italia, Antonio estaba al corriente. No podía intervenir: las confiscaciones y la asignación de tierras a los veteranos de Filipos eran el cometido de Octaviano en una política de la que ambos eran responsables. El vencedor de Filipos no podía abjurar de sus promesas y de sus soldados. Su propio cometido era allegar fondos en Oriente, en lo que tal vez no hubiera tenido mucho éxito.[7] Consideraba que constituía una ventaja para él mantenerse apartado del embrollo. Los acontecimientos que se produjeron posteriormente en Italia, la guerra de Etruria y el asedio de Perusa, es posible que no llegaran a su conocimiento cuando visitó Tiro en febrero del 40, sino que se enterara de ellos después de su partida, durante la navegación a Chipre y a Atenas.[8] La Guerra de Perusa

5. Apiano, *BC* 5, 52, 216.

6. Dión, 48, 27, 1: ὑπό τε του ἔρωτος καὶ ὑπὸ της μεθης (por el eros y por la embriaguez).

7. Cf. E. Groag, *Klio* XIV (1914), 43 ss.

8. W. W. Tarn, *CAH* X, 41 s.

era confusa y misteriosa, incluso para los contemporáneos.[9] Todos los partidos tenían mucho que explicar y ocultar después de los sucesos; y Antonio, si estaba debidamente informado, aun pudo haber preferido esperar los acontecimientos.[10] Por fin, se puso en movimiento.

La amenaza de los partos pesaba sobre él, pero los partos podían esperar. Antonio reunió fuerzas y partió para Grecia. En Atenas encontró a Fulvia y a Planco. Escuchó los reproches de la una y las disculpas del otro; se enteró de las verdaderas proporciones del desastre. Tanto para su venganza como para su diplomacia, tenía que estar bien armado; preparó una escuadra y buscó aliados. Llegaron emisarios de Sex. Pompeyo ofreciendo una alianza.[11] No existiendo un convenio general y una paz que incluyese a Pompeyo, Antonio se avino a la cooperación armada.

Cuando emprendió la travesía por adelantado, con unos cuantos barcos, desde un puerto del Epiro, la escuadra de Ahenobarbo, superior en fuerzas, fue divisada dirigiéndose a ellos. Antonio continuó; Planco tuvo miedo. Ahenobarbo izó su bandera y se unió a Antonio.[12] Había sido ya ganado para la causa por Folión.[13]

Brindis, puerta de Italia, se negó a acoger a Antonio. Éste puso sitio a la ciudad. Entonces Sex. Pompeyo hizo su aparición. Había expulsado ya de Cerdeña a M. Lurio, el seguidor de Octaviano, y ahora descendía sobre las costas de Italia meridional. Una completa revolución en las alianzas transformaba el rostro (pero no la sustancia) de la política romana. El aventurero Octaviano, después de lograr el reconocimiento, con la ayuda republicana, contra la dominación de Antonio, abandonó y proscribió a sus socios antes de que pasase un año. De nuevo, en Perusa, aplastó las libertades de Roma y de Italia con sangre y devastación, y emergió como líder revolucionario a cara descubierta e implacable. Antonio, en cambio, hasta hace poco enemigo

9. Había incluso una teoría de que Octaviano y L. Antonio actuaban de acuerdo, provocando una guerra para facilitar y justificar las confiscaciones (SUETONIO, *Divus Aug.* 15).

10. Así GROAG, *Klio* XIV (1914) 43 ss. Considera que Antonio cometió un error serio e irreparable de cálculo político, lo cual no es tan cierto.

11. Los enviados eran L. Escribonio Libón y Sentio Saturnino (APIANO, *BC* 5, 52, 217): traían con ellos a Julia, madre de Antonio, que había huido a Sicilia. Ti. Claudio Nerón y su mujer llegaron también a Grecia por entonces.

12. APIANO, *BC* 5, 55, 230 ss.

13. VELEYO, 2, 76, 2.

público, estaba ahora invadiendo Italia con lo que quedaba de las fuerzas armadas republicanas. Su almirante era Ahenobarbo, sobrino de Catón, condenado a muerte por su pretendida complicidad en el asesinato de César; su aliado manifiesto era Pompeyo, en cuyo séquito figuraba un grupo de nobles romanos y respetables caballeros, supervivientes de las proscripciones, de Filipos, de Perusa.

Con este apoyo moral, Antonio se enfrentaba a su rival cesariano. Para la guerra, sus perspectivas eran mejores de lo que podía haber esperado, y en seguida demostró sus cualidades de general, arrollando de repente y por completo a un cuerpo de caballería enemigo.[14] Su hermano había tratado de defender a las clases terratenientes de Italia de los soldados, y el mismo Antonio había permanecido inactivo durante la Guerra de Perusa. Sus errores habían permitido a Octaviano afirmarse como verdadero cesariano al amparar los intereses de las legiones. Pero sus errores no eran fatales; Octaviano encontraba gran dificultad en convencer a los veteranos de las colonias de que se reuniesen y marchasen contra Antonio; algunos le volvían la espalda.[15] Octaviano podría encontrarse al mando de gran cantidad de legiones, pero estaban muertas de hambre y no eran de fiar, y carecía totalmente de barcos. No sólo Antonio tenía en su poder el mar y la facultad de matar de hambre a Italia. Salvidieno, con los ejércitos de toda la Galia, estaba negociando con él y dispuesto a desertar. Si había alguien que supiera cómo estaban las cosas, ése era Salvidieno. Una vez más, sin embargo, las legiones cesarianas plegaron a los líderes cesarianos a hacer su voluntad y salvaron con ello las vidas de muchos ciudadanos romanos. Se negaron a luchar. Delegaciones de los soldados de ambos bandos hicieron saber sus deseos.[16] Siguieron unas negociaciones de tanteo. Como señal de buena voluntad, Antonio envió a Ahenobarbo, un compañero comprometedor, a Bitinia de gobernador, y dio instrucciones a Pompeyo de que retirase sus escuadras. Empezaron las conversaciones en serio. Las dirigía, por parte de Antonio, Polión, el hombre más honrado, y por parte de Octaviano, el diplomático Mecenas. L. Coceyo Nerva, amigo de Antonio, pero aceptado por el otro bando,[17] estaba presente.

14. Dión, 48, 28, 1; Apiano, *BC* 5, 58, 245.

15. Apiano, *Be* 5, 53. 220. Apiano, sin embargo, puede estar exagerando el prestigio de Antonio.

16. Apiano, *Be* 5, 59, 246 ss.

17. *Ibid.*, 5, 64, 272.

Bajo sus auspicios se alcanzó un pleno acuerdo.[18] El Triunvirato fue restablecido. Italia iba a ser terreno común, accesible para el reclutamiento a ambos líderes; mientras Antonio conservaba todas las provincias de más allá del mar, de Macedonia al este, Octaviano recibía el oeste, desde España a Iliria. El curso bajo del río Drin, al norte de Albania, límite entre las provincias de Iliria y Macedonia, formaba su frontera por la parte de tierra. A Lépido, inferior a ellos, los dinastas le concedieron la posesión de África, que durante tres años había sido teatro de confusas luchas entre generales de dudosa filiación al partido. El convenio fue sellado con una alianza matrimonial. Fulvia, la mujer de Antonio, había muerto recientemente en Grecia. Antonio contrajo matrimonio con la hermana de su socio, la bella y virtuosa Octavia, que había quedado viuda aquel año, con un hijo pequeño, por la oportuna muerte de su marido, C. Marcelo.

Tal fue el Pacto de Brindis, la nueva alianza cesariana, suscrita en septiembre del año que llevaba por título el consulado de Polión y Calvino.[19] Pudo no haber sucedido; la confrontación armada de los coléricos dinastas en Brindis profetizaba una renovación de la guerra, de las proscripciones y de la desolación de Italia, con un vencedor, seguro de ser peor que su adversario derrotado, y destinado a seguirle en poco tiempo a su destrucción, mientras que Roma y el pueblo romano perecían, mientras que un Imperio mundial tan grande como el de Alejandro, despedazado por generales que se disputaban la herencia, se quebraba en reinos separados y en dinastías rivales. ¿Es que no iba a tener fin la lucha de ciudadano contra ciudadano? Ningún enemigo dentro de Italia, marso o etrusco, ningún rival extranjero había sido capaz de destruir a Roma. Era su propio vigor y sus propios hijos quienes la abatían.[20] La guerra de cla-

18. DIÓN, 48, 28, 4; APIANO, *BC* 5, 65, 274.

19. Una fecha aproximada la proporciona el hecho de que los magistrados de la colonia de Casino elevaron un *signun concordiae* (estatua de la concordia) el 18 de octubre (*ILS* 3784).

20. HORACIO, *Epodos* 16, 1 s.:

altera iam teritur bellis civilibus aetas
suis et ipsa Roma viribus ruit

(Ya una segunda generación se desgasta en guerras civiles y Roma misma se hunde bajo el peso de sus fuerzas).

Citamos y utilizamos aquí el epodo, aunque puede muy bien ser de una fecha varios años posterior. El problema de prioridad entre el epodo y la *Égloga IV* es difícil. Que el poema de Virgilio sea anterior es defendido ahora con mucha verosimilitud por B. SNELL, *Hermes* LXXIII, (1938), 237 ss.

se contra clase, el predominio de las revueltas y la violencia, la disolución de todas las obligaciones humanas y divinas, un cúmulo de horrores generaron sentimientos de culpabilidad y desesperación. Los hombres buscaban un escape, en cualquier parte, quizá en unas Islas Afortunadas de más allá del margen occidental del mundo, sin trabajo y sin guerra, inocentes y pacíficas.

Cuanto más oscuras eran las nubes, más cierto el amanecer de la redención. A base de varias teorías de economía cósmica, se creía firmemente que una época del mundo estaba pasando y otra llegando a la existencia. La tradición popular de los etruscos, los cálculos de los astrólogos y las elucubraciones de los filósofos pitagóricos, podían confabularse con cierta plausibilidad y descubrir en el cometa que apareció después del asesinato de César el *Iulium sidus*, signo y heraldo de una nueva era.[21] Las vagas aspiraciones y la ciencia de los magos fueron adoptadas rápidamente por los rectores del mundo con fines propagandísticos. Ya las monedas del año 43 a. C. llevan símbolos de poder, fertilidad y de la edad de oro.[22]

Fue en esta atmósfera de esperanzas mesiánicas, hecha realidad por la llegada de la paz y gloriosa por el alivio y el regocijo, donde el poeta Virgilio compuso el más famoso y el más enigmático de sus poemas pastoriles. La *Égloga IV* celebra la proximidad de una nueva era, que no sólo empezará con el consulado de su patrono, Polión, sino que muy precisamente será inaugurada por Polión, «Te duce» (contigo de jefe). La edad de oro se va a hacer realidad, o al menos va a ser inaugurada por un niño que está a punto de nacer.

El niño parece ser algo más que la personificación de una era en su infancia, y tampoco sus padres son celestiales, ni apocalípticos, sino un padre romano con una *Virtus* que transmitir a su hijo, y una matrona romana.[23] La identificación del hijo del destino ha puesto a

21. Los últimos *Ludi Saeculares* en Roma se habían celebrado en el 149 a. C.; tenían que celebrarse por tanto otra vez en el 39 a. C., por lo menos según un cálculo. El adivino etrusco Vulcanius anunció el final de la novena edad (SERVIO, sobre *Ecl.* 9, 47) y murió en el acto; el incidente se pone en conexión con el cometa, y se dice que hay referencia a él en la *Autobiografía* de Augusto. Sobre las doctrinas pitagóricas, cf. J. CARCOPINO, *Virgile et le mystère de la IV églogue* (1930), 57 ss.

22. Cf. A. ALFÖLDI, *Hermes* LXV (1930), 369.

23. *Ecl.* 4, 26 s.:

at simul heroum laudes et facta parentis
iam legere et quae sit poteri cognoscere virtus

prueba el ingenio —y de manifiesto la credulidad o la ignorancia— de estudiosos y visionarios durante dos mil años; y se ha hecho más grave por el azar a que la literatura profética está expuesta por su propia naturaleza: la de su ulterior manipulación cuando la profecía no se ha cumplido o ha quedado aplazada.[24]

Se puede descartar a una sarta de candidatos mesiánicos con falsas o ningunas credenciales. Una reivindicación precisa se presentó muy pronto: el hijo de Polión, Galo (nacido quizá en el 41 a. C.), informó al erudito Asconio de que él, Galo, era el niño milagroso;[25] no hay prueba alguna de que Asconio le creyese. Los comentaristas de Virgilio en la Antigüedad baja señalan con seguridad a un hijo más joven de Polión, Salonino, que, como niño maravilloso, sonrió al nacer y murió poco después, como estaba mandado.[26] Sin embargo, se puede dudar no sólo de la importancia, sino incluso de la existencia de Salonino;[27] es más, no hay razón para imaginar que Polión esperase que un hijo suyo gobernase el mundo, ni el poema da a entender que el cónsul invocado en él iba a ser padre en breve. La hermana de Octaviano tenía un hijo, Marcelo, por su marido y ex cónsul; pero Marcelo había nacido dos años antes.[28] En el 40 a. C., el mismo Octaviano había contraído matrimonio con Escribonia; Julia, su única hija, nació el año siguiente.

Pero hubo un pacto más importante que la alianza sin esperanza ni duración con Pompeyo, y un matrimonio más glorioso que el realizado de mal grado con la avinagrada hermana del suegro de Pompeya. Brindis unió a los líderes cesarianos bajo el signo de la concordia y trajo la paz al mundo. Es lógico suponer que la *Égloga IV* fuese compuesta para proclamar la paz, para adelantar las consecuencias deseadas y naturales de la boda de Antonio y de Octavia.[29] Polión como

---

(y al mismo tiempo podrás leer las loas de los héroes y las gestas de tu padre y aprender lo que es la virtud).

24. Ha podido ser reelaborada y haber recibido una forma más alegórica.

25. Servio, sobre *Ecl.* 4, 1.

26. Servio, *ibid.*

27. Cf. R. Syme, CQ XXXI (1937) 39 ss.

28. Propercio, 3, 18, 15; *PIR*², C 925.

29. Como lo postula convincentemente W. W. Tarn, *JRS* XXI (1932), 135 ss. La creencia muy extendida en que Virgilio debió de estar escribiendo acerca de un hijo de Octaviano se debe a opiniones anacrónicas acerca de la situación histórica en el 40 a. C.

cónsul era hombre de Antonio, y Polión había tenido una gran participación en las negociaciones del tratado; es un elemento activo en el poema, no simplemente un medio para señalar la fecha. El hijo de Antonio, presunto heredero de la jefatura del partido cesariano, reinaría realmente sobre un mundo que había sido pacificado por el valor de su padre:

pacatumque reget patriis virtutibus orbem.[30]

El niño esperado resultó ser una niña (Antonia la Mayor, nacida en el 39 a. C.), y el pacto de los dinastas, un mero respiro en la lucha. Pero eso no había modo de saberlo. A finales del 40 a. C. el dominio del partido cesariano, fundado en los intereses comunes de líderes y soldados y asentado en los compromisos más vinculantes y personales, ofrecía por fin una esperanza firme de concordia.

Los líderes reconciliados, escoltados por algunos de sus más destacados seguidores, emprendieron el camino de Roma. De los hombres de Antonio, el republicano Ahenobarbo había sido enviado a Bitinia para facilitar el convenio cesariano.[31] E inmediatamente después de cerrado el acuerdo, Antonio envió a su mejor general, Ventidio, a dispersar a los partos.[32] Polión pudo haber marchado a Macedonia por aquel entonces; si vino a Roma para recibir las insignias de su consulado, no fue para lucirlas mucho tiempo, pues un nuevo par de cónsules tomó posesión antes de final de año, Balbo, el millonario de Gades, saliendo a la luz de la historia una vez más tras una ausencia de cuatro años, y el antoniano P. Canidio Craso.[33] Sus servicios fueron diversos e impresionantes, pero apenas figuran en los registros históricos.

Octaviano se enteró entonces del peligro que lo había amenazado. En un momento de confianza en su nuevo acuerdo, Antonio reveló la traición de Salvidieno, que fue acusado de ella ante el senado y condenado a muerte.[34] Éste fue el final de Q. Salvidieno Rufo, el más no-

30. *Ecl.* 4, 17.

31. Apiano, *BC* 5, 63, 229. Planco pronto lo siguió como gobernador de la provincia de Asia (como se deduce de Dión, 48, 26, 3).

32. Apiano, *BC* 5, 65, 276.

33. Dión, 48, 32, 1. Lo desempeñaron poco tiempo.

34. Veleyo, 2, 76, 4: «per qua tempora Rufi Salvidieni scelesta consilia patefacta sunt, qui natus oscurissimis initiis parum habebat summa accepisse et proximus a Cn. Pompeio ipsoque Caesare equestris ordinis consul creatus esse, nisi in id ascen-

table quizá de todos los mariscales de la revolución, el par de Agripa y de Ventidio. Como Balbo, aún no había desempeñado un cargo senatorial; las guerras apenas le habían dado tiempo para ello. Pero Octaviano le había designado cónsul para el año próximo. Los dos cónsules epónimos siguientes, C. Calvisio Sabino y L. Marcio Censorino, eran recordatorios visibles de lealtad cesariana, los únicos entre los senadores que habían tratado de defender a César Dictador cuando fue atacado por los Libertadores.[35]

A ojos de los contemporáneos, Antonio sobresalía como el aliado principal, oscureciendo al joven César por su prestigio y su popularidad. De Lépido nadie se acordaba; tenía una familia influyente y no renunciaba a sus ambiciones, pero carecía de partidos y de legiones adictas. Su estilo político estaba pasando de moda. Antonio, en cambio, aún era el vencedor de Filipos; su prestigio militar le garantizaba la mayor parte del mérito por haber hecho las paces cuando la fortuna en la guerra había estado claramente de su parte.

La satisfacción personal de los dinastas y las bodas de Antonio se vieron pronto ensombrecidas por disturbios en la ciudad de Roma. La vida de Octaviano estaba en peligro. Los impuestos impopulares, los precios altos y la escasez de alimento provocaron graves incidentes; Sexto Pompeyo expulsó de Cerdeña al liberto Heleno, que estaba tratando de recuperar la isla para Octaviano,[36] y reanudó su bloqueo de las costas de Italia. La plebe pedía a voces pan y paz. Siguiendo el ejemplo infalible dado por los soldados, la plebe obligó a los líderes cesarianos a entablar conversaciones con Pompeyo. No había otra salida: su régimen se basaba en el pueblo y el ejército.

Tras un intercambio de notas y embajadas, los triunviros y Pompeyo se entrevistaron en Puteoli, en el verano del año 39; discutieron, negociaron y comieron en la nave almirante, amarrada a la orilla. Con

---

desse, e quo infra se et Caesarem videret et rem publicam» (Por aquel entonces se descubrieron los proyectos criminales de Rufo Salvidieno, que, nacido en humildísima cuna, casi había ascendido a la cima y había estado a punto de ser nombrado cónsul del orden ecuestre por Cn. Pompeyo y por César Augusto mismo, si no se hubiese elevado a una altura desde la que veía por debajo de él no sólo a César sino a la República).

35. NICOLAUS, *Vita Caesaris* 26, 96. La inscripción *ILS* 925 (Spoletium) recuerda una dedicatoria en honor de la *pietas* de C. Calvisio Sabino; sin duda, pues, el cónsul del 39 a. C., y no su hijo, como de ordinario se afirma (*v. gr. PIR*^{2}, C 353).

36. APIANO, *BC* 5, 66, 277.

sólo cortar una cuerda, Pompeyo hubiese tenido en su poder a los amos del mundo, un tema de conversación apto para anécdotas.

La Paz de Puteoli amplió el Triunvirato, incluyendo a un cuarto socio. Pompeyo, dueño de las islas, iba a recibir también el Peloponeso. Al reconocimiento se sumaba una compensación en dinero, y futuros consulados para él y para Libón. Los proscritos y los fugitivos iban a regresar.

Para Antonio, necesitado ahora urgentemente en Oriente, el nuevo acuerdo parecía proporcionarle un aliado en Occidente, de mucho más valor que Lépido, para poner coto al poder de su ambicioso rival en la jefatura del partido cesariano. El joven César, seguro del apoyo de la plebe y de los veteranos, tenía que ser vigilado. En lo relativo a los órdenes senatorial y ecuestre, la primacía de Antonio parecía bastante firme; gobernando sus preeminentes y capaces miembros de aquel partido, los consulares Polión, Planco y Ventidio. Por no decir nada de Ahenobarbo, jefe él solo de un partido. La mayoría de los republicanos estaba ahora de parte de Antonio. Después de Filipos, Valerio Mesala, Bíbulo y otros, pusieron su confianza en Antonio que, aun siendo cesariano, era uno de ellos, soldado y hombre de honor. La paz con Pompeyo le granjeó otros aliados.[37] Los aristócratas hubieran desdeñado asociarse con el joven aventurero, que se había abierto camino por medio de la traición y que en virtud del nombre de César había logrado el apoyo de la plebe en Roma y del proletariado armado en Italia; representaba el cesarismo y la revolución en sus aspectos más brutales y odiosos. Su razonada animosidad era compartida por la clase media y los propietarios a través de Italia.

Contando con la simpatía o la alianza de los mejores hombres de ambos partidos, Antonio empezaba con una ventaja formidable. Ésta se debilitó con los años y con su ausencia en Oriente. Octaviano logró ganarse cada vez más senadores importantes, cesarianos, republicanos o neutrales.[38] De momento, sin embargo, no había señales de tal cambio, Octaviano fue a la Galia para una visita breve, Lépido a África. Antonio marchó a las provincias orientales con su joven y bella esposa, y pasó el invierno del 39 en su compañía, disfrutando de los place-

37. *Infra*, p. 282.

38. Sobre los gobernadores de provincias y partidarios de los triunviros, cf. L. GANTER, *Die Provinzialverwaltung der Triunvirn* (Diss. Estrasburgo, 1892); A. L. GLAUNING, *Die Anhängerschaft des Antonius und des Octavian* (Diss. Leipzig, 1936). Véase también *infra*, pp. 289 ss.

res, desacostumbrados para él, de la vida doméstica y de las plácidas distracciones de una ciudad universitaria. Atenas fue el cuartel general de Antonio durante dos inviernos y la mayor parte de dos años (39-37). Salvo dos viajes a la costa de Italia, para reunirse con su colega de Triunvirato, y uno a la orilla del Éufrates, supervisó desde Atenas la reorganización del Oriente.

Las fronteras del norte de Macedonia, expuestas siempre a las incursiones de tribus de Albania y de Serbia meridional, habían estado abandonadas durante las guerras civiles y requerían atención. Después de Filipos, Antonio dejó a L. Marcio Censorino de procónsul de Macedonia;[39] y el primer día del año 39 Censorino inauguró su consulado con un triunfo.[40] Más adelante, aquel mismo año, el procónsul siguiente, Polión, celebró la supresión de los partinos, un pueblo nativo, habitante de los alrededores de Dirraquio.[41] Los dárdanos también habrán sentido la fuerza de las armas romanas; Antonio tenía una guarnición grande en los Balcanes, quizá siete legiones.[42] La frontera occidental de sus dominios era el mar. Aquí mantenía él una gran flota que protegía la costa desde Albania hasta el Peloponeso. Una de las bases era la isla de Zacinto, mandada por su almirante C. Sosio.[43]

Pero la península de los Balcanes no era la preocupación principal de Antonio. Al este del Imperio reinaba el caos. La Guerra de Perusa había alentado a los partos a invadir Siria e impedido a Antonio intervenir. Al mando de Pacoro, hijo del rey, y del renegado romano Q. Labieno, que se titulaba «Parthicus imperator»,[44] los jinetes partos arrasaron Siria, matando a Decidio Saxa, el gobernador; después asolaron

39. PLUTARCO, *Antonius* 24.

40. *CIL*^{2}, p. 50.

41. *CIL* I^2, p. 50; DIÓN, 48, 41, 7. Tanto Dión como los *Acta Triumphalia* mencionan a los partinos, y sólo a los partinos, tribu de la que se conoce el hábitat. La conquista de una ciudad de Salona, a gran distancia, en Dalmacia, alegada por los escoliastas de Virgilio, es simplemente una deducción basada en el nombre de Salonino, el efímero y dudoso hijo de Polión. La provincia de Polión era claramente Macedonia, no Iliria, que estaba en la parte de Octaviano. Cf. *CQ* XXXI (1937), 39 ss.

42. W. W. TARN, *CQ* XXVI (1932), 75 ss. APIANO, *BC* 5, 75, 320, menciona a los dárdanos, pero no hay constancia de operaciones contra ellos. La historia de Macedonia en los años 38-32 a. C. es un vacío completo.

43. Monedas de Sosio, cuyas fechas van desde su cuestura (40 o 59) hasta su consulado (32), fueron acuñadas en Zacinto, *BMC*, *R. Rep.* II, 500; 504; 508; 524. La historia de Macedonia en los años 38-32 a. C. es un vacío total.

44. DIÓN, 48, 26, 5; ESTRABÓN, p. 660; *BMC*, *R. Rep.* II, 500.

el sur de Asia Menor hasta la costa de Caria en el oeste; y por el sur, todas las comarcas desde Siria hasta Jerusalén. La mayor parte de los reyes vasallos fueron infieles o incompetentes. El procónsul Planco buscó refugio en una isla del Egeo,[45] y la defensa de Asia quedó confiada a los partidarios de Roma, en las ciudades griegas, o a bandoleros oportunistas. Pacoro hizo rey de Jerusalén a Antígono, de una rama menor de la casa real. El daño y la vergüenza fueron inmensos. Pero el dominio de los nómadas fue pasajero. El Pacto de Brindis liberó las energías de Roma.

Antonio envió en seguida a Ventidio contra el enemigo. Con Ventidio iba, como legado suyo o cuestor, el marso Popedio Silón.[46] Ventidio había servido a las órdenes de César, y se movió con rapidez y decisión cesarianas. En tres grandes batallas, en las Puertas Cilicias, en el Monte Amanus (39 a. C.) y en Gindaro (38 a. C.), aplastó y dispersó a los partos. Tanto Pacoro como Labieno murieron. A continuación, después de Gandaro, marchó a Samosata, en el Éufrates, y puso cerco a la plaza. Hubo demora, y acusaciones de que Ventidio había aceptado sobornos del príncipe de Comagene. Antonio llegó y recibió en persona la capitulación de Samosata. Ventidio regresó, y en noviembre el picentino, que había sido hecho prisionero por Pompeyo Estrabón cincuenta y un años antes, celebraba en Roma su paradójico triunfo.[47]

No se vuelve a hablar de Ventidio, a excepción de que tuvo un sepelio público.[48] Sosio ocupó su puesto como gobernador de Siria[49] y, en compañía de Herodes, emprendió la pacificación de Judea. Después de un tenaz asedio, Jerusalén capituló (julio del 37 a. C.).

La autoridad de Roma se había restablecido. Faltaba reorganizar los asuntos de Oriente sobre una base duradera, y declarar la guerra a los partos por venganza, por prestigio y por seguridad. Después de Samosata, Antonio dejó legiones en el norte, y en el 37 a. C. su mariscal Canidio pacificó Armenia y emprendió campañas hacia el Cáucaso.[50] Antonio había tomado ya ciertas medidas en relación con los rei-

45. Dión, 48, 26, 3 (mal fechado).

46. *Ibid.*, 48, 41, 1; Josefo, *Al* 14, 393 ss.

47. *CIL* I², p. 50, cf. 180. El relato más completo de las hazañas de Ventidio lo ofrece Dión, 48, 39, 3 ss.; 49, 19, 1 ss. Según Frontón (p. 123 N), Salustio compuso un *encomium* para que lo pronunciase Ventidio.

48. Gelio, 15, 4, 4.

49. Dión, 49, 22, 3 s., etc.

50. *Ibid.*, 49, 24, 1; Plutarco, *Antonius* 34; Estrabón, p. 501.

nos vasallos. Éstas fueron modificadas y completadas en el curso del año siguiente. Más adelante será conveniente mencionar en un sitio los territorios y reinos según la organización de Antonio.[51]

La supremacía de Antonio estaba asegurada y reforzada; pero la ejecución de su política ya estaba siendo perturbada por las pretensiones y los actos de su joven colega, quien como en los principios revolucionarios de su carrera lo tenía todo por ganar creando dificultades. Octaviano consideró aconsejable, o necesario, declararle la guerra a Sex. Pompeyo. Invitó a Antonio a celebrar una conferencia en Italia en la primavera del año 38. Antonio llegó a Brindis, pero al no encontrar allí a su colega y al negársele la entrada en la ciudad, se marchó inmediatamente, alegando la premura de los asuntos párticos; en carta a Octaviano le advertía de no romper la paz con Pompeyo. Octaviano, firme en sus propósitos, sufrió un desastre ruinoso (38 a. C.) y tuvo que recabar la ayuda de Antonio enviando a Mecenas en misión a Grecia. Antonio, que deseaba tener las manos libres de compromisos en el oeste y necesitaba legionarios italianos para sus propias campañas, accedió a entrevistarse con su colega.

Pasó el invierno y, en la primavera del 37, Antonio zarpó con una gran escuadra de Atenas a Italia. Una vez más, se encontró con que Brindis le negaba el acceso. No es que él tuviese deseos ni pretextos para la guerra, pero estaba de mal humor. Una vez más, por favorecer a un socio ambiguo, tenía que retrasar la pacificación completa del Oriente. El heredero de César acudió a su encuentro en compañía de un variado séquito en el que figuraban Mecenas, L. Coceyo Nerva (quizá neutral aún), el negociador de Brindis, también el antoniano C. Fonteyo Capitón y una corte de poetas en alza.[52] Polión no estuvo presente. Si lo invitaron, rehusó, harto de política.

Resentidos y suspicaces, los dinastas se reunieron en Tarento. Tanto la paciencia de Antonio como la diplomacia de Mecenas estaban agotadas. Al fin, fue requerida la mediación de Octavia para buscar un arreglo entre su hermano y su marido, o por lo menos así fue alegado para hacer aparecer a Antonio en vena agresiva y bajo una luz desfavorable.[53] Los poderes de los triunviros, como los establecía la

51. *Infra*, pp. 318 s.

52. HORACIO. *Sat. 1*, 5, 31 ss. Los poetas eran Virgilio, Horacio y L. Vario Rufo. El amigo de Virgilio, Plocio Tueca, estaba con ellos, y un cierto Murena, probablemente cuñado de Mecenas y famoso más adelante.

53. Los relatos de DIÓN, 48, 54, 1 s., y PLUTARCO, *Antonius* 35, son claramente

Lex Titia, habían quedado cancelados al cierre del año anterior. A nadie le había preocupado eso. El Triunvirato fue prolongado ahora otros cinco años, hasta fines del 33 a. C.[54] Para entonces, se suponía, el Estado habría quedado restablecido y los órganos de gobierno reparados, o la posición de los líderes cesarianos tan consolidada, que podían prescindir de los poderes dictatoriales y antipáticos del Triunvirato. Los cónsules para el 32, designados con mucha antelación, eran seguidores de Antonio: Cn. Domicio Ahenobarbo y C. Sosio. Pero cinco años son un período largo en una época revolucionaria. Octaviano sabía que el tiempo estaba de su parte. De momento, su colega fue obligado a apoyar la guerra contra Pompeyo. Antonio renunció a ciento veinte navíos de su escuadra a cambio de la promesa de veinte mil soldados legionarios. Nunca los recibió.

Antonio se puso en marcha. Pronto se apoderó de él la convicción de que había sido contrariado y engañado. Pudo haber esperado que su genio militar, tanto como sus barcos, fuesen requeridos para ajustar cuentas con Pompeyo. Pero eso a Octaviano no le interesaba. Además, por su sentido del deber hacia su aliado y hacia el partido cesariano, Antonio había perdido la mejor parte de dos años, sacrificando su ambición, su interés y su poder. Recurrir a las armas no se le pasaba por la cabeza: la ocasión de suprimir al heredero de César se le había ofrecido varias veces tres años antes, por la fortuna, por Fulvia y por Salvidieno. Antonio había rechazado aquellas ofertas.

Sin embargo, ni su prestigio ni su supremacía estaban aún gravemente amenazados y había trabajo que hacer en el Oriente. Antonio se dirigió a Siria. Desde Corcira, a fines del verano de aquel año, envió a Octavia de vuelta a Italia. Cualquier cosa que le recordase a su hermano debía de resultarle sumamente desagradable. Su futuro y su destino estaban en el Oriente con otra mujer. Pero eso todavía no era aparente, y menos aún para Antonio.

---

hostiles a Antonio, por basarse en la *Autobiografía*, cf. F. BLUMENTHAL, *Wiener Studien* XXXVI (1914) 84 s., o por lo menos, estar influenciados por la tradición de la corte, que embellece el papel de Octavia, cf. M. A. LEVI, *Ottaviano Capoparte* II. 71 s.

54. Sobre esta cuestión, cf. Rice HOLMES, *The Architect of the Roman Empire* 1, 231 ss.; M. A. LEVI, *Ottaviano Capoparte* II, 71 s.

Capítulo XVII

EL ASCENSO DE OCTAVIANO

En Brindis, el heredero de César se había librado una vez más de la ruina gracias a su nombre, a su suerte y a los veteranos de César, a la diplomacia de sus amigos y a su propia y fría resolución. Cabría añadir la casualidad y la incompetencia de sus enemigos, la muerte accidental de Fufio Caleno y el error fatal de Salvidieno. El pacto con Antonio le dio posición, seguridad y posesión de las provincias occidentales. En seguida envió a la Galia y a España a sus seguidores más capaces, el fiel y plebeyo Agripa, ahora de rango pretorio, y el aristócrata Domicio Calvino, recién salido de su segundo consulado, muy experimentado en guerras pero con pocos éxitos como general.

El Pacto de Puteoli le dio a Italia por fin una tregua en las rapiñas y el hambre, y a Octaviano una ventaja casual pero retrasada: el retorno a Roma de republicanos eminentes, nobles de antiguas familias o aristócratas municipales. Eran aliados a quienes agasajar, hombres de cierto peso ahora o más tarde.[1] Había otros; pero no se produjo una adhesión rápida o unánime al nuevo amo de Roma. Mientras algunos volvían una vez más al lado de Pompeyo, muchos se pusieron al servicio de Antonio y permanecieron a su lado hasta que reconocieron, para su propia salvación, cuál era la mejor causa, «meliora et utiliora».[2]

1. VELEYO (2, 77, 3) cita a Ti. Claudio Nerón, M. Junio Silano, L. Arruncio, M. Titio y C. Sentio Saturnino. La lista es parcial en todos los sentidos de la palabra. Nerón ya había dejado a Pompeyo por Antonio (SUETONIO, *Tib.* 4, 3).

2. Fraseología oficial, cf. VELEYO, 2, 84, 3.

Muchos senadores y caballeros, miembros pacíficos de la clase de los propietarios, cansados del exilio y de la incomodidad, dejaron sin pena la compañía de Pompeyo; pocos republicanos lograron conservar, si es que alguna vez la habían adquirido, fe suficiente en los principios de los Pompeyos, en cuya alianza fatídica habían entrado por obligación o persuasión. Ahenobarbo se mantuvo alejado de Sexto Pompeyo, que no ofrecía garantías ni de victoria ni de seguridad personal; recientemente había condenado a muerte, acusado de conspiración, a un almirante republicano, Estayo Murco.[3]

Derrotados en Farsalia, pero no destruidos, la familia y el partido de los Pompeyos habían experimentado fuertes pérdidas por su valor desesperado en Tapso y en Munda, y príncipes y dinastas locales de países extranjeros se habían pasado ahora al partido cesariano. El hermano de Sexto había muerto, como también aquellos fieles picentinos, Afranio y Labieno. Aun así, Pompeyo conservaba en su séquito a personas de distinción, parientes, amigos o seguidores de su familia.[4] Su hermanastro, Escauro, estaba con él, y también Libón, padre de su mujer.[5] Igualmente uno o dos republicanos raros y algunos de los asesinos, para quienes el heredero de César no podía tener perdón, tenían vetado el regreso a Roma. Pero el joven Pompeyo llevaba los asuntos de un modo despótico y dinástico, como había hecho su padre, confiando muchos de ellos a seguidores forasteros o domésticos. Por capricho o por necesidad, llegó a confiar cada vez más en los servicios de sus libertos griegos. En las varias campañas que tuvieron Sicilia por escenario sólo dos romanos tuvieron puestos de gran responsabilidad en su bando: Tisieno Galo, exiliado de la Nursia sabina y republicana, y un cierto L. Plinio Rufo.[6]

3. Veleyo, 2, 77, 4.

4. Apiano (*BC* 5, 139, 579) menciona como últimos compañeros suyos en Asia (35 a. C.) a Casio de Parma, Nasidio, Saturnino, Termo, Antistio, Fannio y Libón. A la mayoría de estas personas se las puede identificar. Sólo hay una dificultad, la de si Saturnino es el Sentio Saturnino Vétulo, uno de los proscritos que en unión de Libón condujo a Julia, madre de Antonio, a Grecia en el 40 a. C., o su hijo C. Sentio Saturnino (*cos.* en 19 a. C.), persona más conocida (a la que se refiere claramente Veleyo 2, 77, 3). Los Sentios estaban emparentados con Libón (*ILS* 8892).

5. M. Emilio Escauro era hijo de Mucia, tercera mujer de Pompeyo por su segundo marido. Sexto Pompeyo se había casado con una hija de L. Escribonio Libón, hacia el 55 a. C.

6. Tisieno Galo, Dión, 49, 81 ss.; Apiano, *BC* 5, 104, 432, etc. L. Plinio Rufo, Apiano, *BC* 5, 97, 405, etc; *ILS* 8891. Añádase quizá Cn. Cornelio Léntulo (*CIL* XI,

A los derrotados en Filipos y en Perusa les pareció durante algún tiempo que el joven Pompeyo podría ser el campeón de la causa republicana. Pero sólo era un nombre que el hijo había heredado, y la fama de Pompeyo Magno pertenecía a una edad pasada. La *Pietas* no era bastante. Libertos griegos eran sus consejeros, sus agentes y sus almirantes, mientras que esclavos liberados tripulaban sus barcos y nutrían sus abigarradas legiones. Ya podía Pompeyo barrer los mares y gloriarse del favor y del nombre de Neptuno;[7] y la plebe romana podía manifestarse en su honor, que sólo lo hacía por su odio al heredero de César. En realidad un aventurero, Pompeyo podía representar fácilmente a un pirata.[8]

La paz no duró mucho en los mares de Italia. Antes de que el año acabase, las acusaciones mutuas de mala fe se vieron confirmadas o justificadas por rupturas palpables del acuerdo. Los matrimonios y los divorcios eran las señales públicas de acuerdos o desacuerdos políticos. Octaviano se divorció de pronto de Escribonia, muchos años mayor que él y de carácter difícil.[9] Con una prisa sospechosa, contrajo entonces un matrimonio que satisfizo su cabeza, su corazón y sus sentidos, y que duró sin marchitarse hasta el día de su muerte. Por una vez en su vida, se dejó llevar por sus sentimientos, y lo hizo con acierto político. Se enamoró de Livia Drusila, una matrona joven, generosamente dotada de belleza, inteligencia y relaciones influyentes. De la familia de los Claudios por línea directa (su padre, muerto en Filipos, era un Claudio adoptado en su niñez por el tribuno Livio Druso),[10] casó con un pariente, Ti. Claudio Nerón, que había luchado a favor de César contra Pompeyo, y a favor de L. Antonio y de la República en la Guerra de Perusa. En compañía de su marido y de Tiberio niño, había huido de las bandas armadas de Octaviano y buscado refugio

---

6058) y Q. Nasidio, almirante, pompeyano e hijo de un almirante pompeyano (*BMC*, *R. Rep.* II, 564 s.).

7. HORACIO, *Epodos* 9, 7 s.: «Neptunius dux»; DIÓN, 48, 31, 5 y 48, 5; APIANO, *BC* 5, 100. 416; *BMC*, *R. Rep.* 2, 564 s. (monedas de su almirante Q. Nasidio, en honor a la vez de Pompeyo Magno y del dios del mar).

8. *Res Gestae* 25: «mare pacavi a praedonibus» (limpié el mar de piratas); cf. HORACIO, *Epodos* 4, 19: «contra latrones et servile manum» (contra bandoleros y la hueste de los siervos).

9. SUETONIO, *Divus Augustus* 62, 2: «cum hac quoque divortium fecit, pertaesus, ut scribit, morum perversitatem eius» (También se divorció de ésta, harto, según escribe, de la maldad de sus hábitos).

10. P-W XIII, 881 ss.

con Sex. Pompeyo.[11] Livia estaba a punto de dar a luz otro hijo, lo que sin embargo no era obstáculo para la alta política. El colegio de pontífices, al ser consultado, dio una respuesta comedida y el marido se mostró complaciente. El matrimonio se celebró de inmediato (17 de enero del 38 a. C.) para regocijo de los aficionados al escándalo público.[12]

El nieto de un banquero de pueblo había emparentado con los Julios por adopción, y se había introducido en el clan de los Claudios por matrimonio. Su partido empezó ahora a atraer a aristócratas ambiciosos, entre los primeros de los cuales cabe señalar a un Claudio de la otra rama, Ap. Claudio Pulcro, uno de los cónsules del año.[13]

Uno de los cónsules sufectos fue L. Marcio Filipo, que probablemente había seguido la política discreta y ambigua recomendada por los ejemplos de su padre y de su abuelo, al no declararse abiertamente por su hermanastro Octaviano; su padre, por la vía diplomática, esperaba conseguirle pronto un consulado.[14] Su ambición quedaba satisfecha ahora, y su adhesión fuera de toda duda. No hay constancia, en cambio, de que la abandonada Escribonia consiguiese otro marido.[15]

Octaviano estaba metido ahora en una guerra, antes quizá de lo que había proyectado. Sus mejores hombres, Agripa y Calvino, se hallaban ausentes. Lépido, en África, se mantenía silencioso o inseguro. La ambición lo había hecho cesariano, pero contaba con amigos y parientes entre los republicanos. Careciendo de autoridad ante los ejércitos, y de una clientela provincial como la de Pompeyo o la de los líderes cesarianos, aún era capaz de practicar la política tradicional de alianzas familiares, aunque había pasado ya la época en que sólo eso llevaba al poder en Roma. Su cuñado, el ex cónsul P. Servilio, tenía

11. VELEYO 2, 75; SUETONIO, *Tib.* 4.

12. El calendario de Vérulas da la fecha (*L'ann. ép.*, 1923, 25). Sobre la dificultad de armonizar los testimonios literarios sobre la fecha del nacimiento de Druso, cf. E. GROAG, *PIR*², C 857.

13. Sobrino de Ap. Claudio Pulcro, *ces.* 54.

14. *Ad fam.* 12, 2, 2.

15. El problema de los maridos de Escribonia, agravado por Suetonio cuando la describe como «nuptam ante duobus consularibus» (casada antes con dos ex cónsules) (*Divus Aug.* 62, 2), parece insoluble; cf. E. GROAG, *PIR*², C 1395. Su primer marido fue Cn. Léntulo Marcelino (*cos.* 56 a. C.). El segundo es un problema. Su hija Cornelia, casada con P. Emilio Lépido (*cos.* 34 a. C.) tenía sangre de los Escipiones (PROPERCIO, 4, 11, 29), pero no puede ser fruto de un matrimonio contraído tan tarde como el 38 a. C. Un P. Escipión fue cónsul sufecto en el 35 a. C.; quizá hubiese estado casado anteriormente con Escribonia, antes del 40 a. C.

poca influencia, si es que estaba vivo[16] Lépido, casado con una hermanastra de Bruto, estaba emparentado con ciertos republicanos eminentes, aliados ahora de Antonio, sobre todo Ahenobarbo;[17] y su propio hijo estaba prometido a una hija de Antonio. Por otra parte, los republicanos del séquito de Sex. Pompeyo podían influenciar a Antonio o a Lépido; ya lo habían hecho antes. Para Octaviano aún subsistía el peligro de una coalición republicana renacida bajo la hegemonía de Antonio, de Lépido y de Pompeyo, concertados para dominarlo o derribarlo. De ahí la necesidad de acabar con Pompeyo sin demora. De momento, Antonio se mantenía fiel a la causa cesariana; pero Antonio, que había venido a Brindis, se había marchado sin celebrar las conversaciones y no le había prestado ayuda. Antonio estaba disconforme, y Sex. Pompeyo creía por su parte que Antonio no apoyaría a su colega.

El joven siguió adelante con su guerra, animado por un éxito inicial: uno de los más fieles libertos de Pompeyo había entregado la isla de Cerdeña, una flota de navíos de guerra y un ejército de tres legiones. Octaviano —sus almirantes L. Cornificio y C. Calvisio Sabino— elaboró un plan para invadir Sicilia. El resultado fue desastroso. Pompeyo atacó a Octaviano cuando los barcos de éste, procedentes de Tarento, pasaban por el estrecho de Mesina para enlazar con la otra flota del golfo de Nápoles. Pompeyo obtuvo una fácil victoria. Por la noche, se levantó una tempestad que destrozó al resto de la escuadra cesariana. Pompeyo dio gracias a su divinidad protectora; en Roma el populacho se manifestó contra Octaviano y contra la guerra.

El heredero de César estaba malparado y desacreditado. La gloria militar de Antonio reverdecía en el triunfo que su seguidor Ventidio celebraba ahora sobre los partos. Agripa, de regreso de la Galia con útiles logros a su favor y el consulado del año próximo como recompensa, prefirió no celebrar un triunfo que hubiera dado a los desastres de Octaviano un relieve alto y sorprendente.[18] El joven César estaba

16. El hijo de Lépido, Marco, casó con Servilia, hija de Q. Servilio (VELEYO, 2, 88, 4; cf. MÜNZER, *RA*, 370). Quizá en el 36 a. C.; casi con seguridad la Servilia prometida antaño a Octaviano.

17. Lépido tenía varios hijos. Su destino, salvo el del mayor, es desconocido. Seguramente fueron utilizados en edad juvenil para alianzas dinásticas. No se sabe con quién se casó Cn. Domicio Ahenobarbo, pero su nieta, hija de L. Domicio y de Antonia, lleva el nombre de Domicia Lépida.

18. DIÓN, 48, 49, 4.

ahora tan necesitado del generalato de Agripa como de la diplomacia de Mecenas. Si le faltaba cualquiera de ellas, podría darse por perdido. Antonio fue inducido a acudir a Tarento en la primavera del año siguiente (37). La alianza inestable se perpetuó entonces. Antonio cedió flotas y almirantes: L. Calpurnio Bíbulo, M. Opio Capitón y L. Sempronio Atratino;[19] y Lépido fue reconciliado o seducido, quizá por medio de Antonio.

Octaviano tenía ahora los barcos. Necesitaba tripulaciones y un puerto. Veinte mil esclavos liberados fueron obligados a prestar servicio, y Agripa emprendió la construcción de un gran puerto en el lago Lucrino, al lado de Puteoli, en el golfo de Nápoles. El año 37 se pasó en preparativos sistemáticos. Esta vez no debía haber errores. Agripa concibió un grandioso proyecto de atacar Sicilia desde tres direcciones en el verano del 36. Octaviano debería zarpar desde Puteoli, Estatilio Tauro desde Tarento, mientras Lépido invadía Sicilia desde el sur con el ejército de África, con sus catorce legiones. Las operaciones comenzaron el 1 de julio. La lucha fue diversa y confusa. Agripa obtuvo una victoria en Mylae, pero Octaviano fue derrotado en una gran batalla en el estrecho, de la que escapó al continente con dificultad y a la desesperada.[20] Cornificio rescató los restos de la flota. La esperanza renació pronto. Sus generales, y Lépido también, habían puesto pie en la isla con firmeza. Pronto conquistaron la mayor parte. Pompeyo fue obligado a jugarse el todo por el todo a la carta de otra batalla naval. La superioridad numérica y la táctica de Agripa decidieron la batalla de Nauloco (3 de septiembre).

Pompeyo consiguió huir. Confiado en la fama de su padre en tierras orientales, alistó en Asia un ejército particular de tres legiones, y con esta fuerza guerreó durante algún tiempo contra los generales de Antonio. Gradual e inexorablemente, ellos lo fueron acorralando: Furnio, Ticio y el príncipe gálata Amintas. Pompeyo rehusó negociar; entonces sus amigos y asociados, incluso su suegro Libón, abandonaron la causa del bandolero e hicieron las paces con Antonio; algunos incluso entraron a su servicio.[21] Al final, Ticio capturó a Pompeyo y lo hizo ejecutar, ya por propia iniciativa, ya a instancias de su tío Planco,

19. Dión, 48, 49, 4.

20. Sus infortunios dieron a Antonio pie suficiente para ridiculizarlo (Suetonio, *Divus Aug.* 16).

21. Apiano, *BC* 5, 139, 579. Libón llegó a *cos. ord.* en el 34.

gobernador de Siria.[22] El pueblo romano nunca olvidó al brutal y desagradecido Ticio, a quien Pompeyo había salvado la vida unos años antes.[23]

El joven César había conquistado la isla de Sicilia, pero el azar puso en sus manos una presa más suculenta. Un extraño espejismo impulsó a Lépido a mostrar su valía. Plinio Rufo, lugarteniente de Pompeyo, acorralado con ocho legiones en Mesina, ofreció rendirse. Lépido, haciendo caso omiso de Agripa, que estaba presente, aceptó la capitulación en su nombre propio. Octaviano puso reparos; Lépido, con el respaldo de sus veintidós legiones, ordenó a Octaviano abandonar Sicilia. Pero Octaviano no había adquirido y practicado en vano las artes del demagogo militar. Se dirigió al campamento de Lépido con el nombre de César como única protección; fue suficiente.[24] Los soldados no estimaban a Lépido, y este otro era el heredero de César, tanto en su acción audaz como en su nombre. Una vez más, se oyó la voz de los hombres armados clamando paz, y una vez más la consigna de evitar el derramamiento de sangre romana se volvió contra Lépido. Con su *dignitas* por los suelos, Lépido imploró clemencia en público.[25] Destituido de sus poderes triunvirales aunque conservando el título de *pontifex maximus*, Lépido fue desterrado a Circeos, en cuyo benigno clima sobrevivió a la pérdida de su honor durante veinticuatro años.

La ruina de Lépido había sido sin duda cuidadosamente preparada, con poco riesgo para su autor, pero con un gran alarde de magnífico valor.[26] Era más fácil tratar con generales que con soldados. En Si-

22. *Ibid.*, 5, 144, 598 ss.

23. Dión, 48, 30, 5 ss. Cuando Ticio celebró juegos en el teatro de Pompeyo Magno, los espectadores se levantaron indignados de sus asientos y lo echaron a la calle (Veleyo, 2, 79, 5).

24. Veleyo, 2, 80, 3: «praeter nomen nihil trahens» (sin llevar consigo más que el nombre).

25. *Ibid.*, 80, 4: «spoliata quam tueri non poterat dignitas» (despojado de la *dignitas* que no había sabido proteger). Cuando Veleyo llama a Lépido «vir omnium vanissimus» se hace eco del lenguaje y los sentimientos de los contemporáneos de Lépido.

26. Apiano indica que los soldados habían sido cuidadosamente aleccionados (*BC* 5, 124, 513), y Dión (49, 12, 1) habla con cinismo de todo el asunto: νομίσας δὲ δὴ πάντα τὰ δίκαια παρά τε ἑαυτῷ καὶ παρὰ τοις ὅπλοις, ἅτε καὶ ἰσχυρότερος αὐτοῦ ὤν, ἔχειν (Consideró que la justicia se hallaba enteramente de su parte y de la de sus armas, puesto que era el más fuerte de los dos).

cilia había ahora unas cuarenta legiones de distinto origen e historial, pero todas unidas por el apetito de botín y de tierras. Octaviano fue generoso pero firme.[27] Los veteranos de Módena y de Filipos fueron licenciados ahora, asignándoles tierras y fundando colonias, más en suelo provincial que italiano. Era una medida política y quizá necesaria.

Gran número de los legionarios de Pompeyo, esclavos por su origen y carentes de cualquier derecho o rango, fue entregado a sus antiguos dueños, o si éstos no se encontraban, empalados. Algunos de los partidarios de Pompeyo, de rango senatorial o ecuestre, fueron condenados a muerte.[28] Después de tan severas medidas, Octaviano envió a Tauro a ocupar África y volvió a Roma en triunfo.

Cuando llegó a ella se encontró con una acogida sincera como no lo había sido nunca. Sin duda, muchos de todas las clases lloraban al hijo de Pompeyo Magno y se negaban a perdonar al autor de las proscripciones. Durante la campaña de Sicilia se había hecho sentir urgentemente en Roma la necesidad de la presencia de Mecenas,[29] y en Etruria había habido disturbios.[30] El cese de la guerra, la libertad de los mares y la liberación de Roma del hambre, apaciguaron a la plebe urbana, que se había amotinado tantas veces contra los triunviros. La mano de hierro en Italia, si bien había aplastado la libertad, había mantenido al menos un simulacro de paz en los cuatro años que habían pasado desde el Pacto de Brindis. De un gobierno conforme al espíritu y a la letra de la constitución romana, no podía haber esperanza racional alguna. Había un gobierno de orden y eso era bastante.

La gratitud de los particulares ya había aclamado al joven César con el nombre o el epíteto de la divinidad.[31] Su estatua fue colocada ahora en templos por leales u obedientes municipios itálicos.[32] En Roma el homenaje debido a un jefe militar y salvaguarda de la paz estuvo realzado por actos oficiales y bendiciones religiosas. Al heredero de César se le concedió el privilegio de sacrosantidad de que

27. Dión, 49, 13; Apiano, *BC* 5, 128, 528 ss.
28. Dión, 49, 12, 4.
29. Apiano, *BC* 5, 112, 470.
30. Dión, 49, 15, 1.
31. Virgilio, *Ecl.* 1, 6: «deus nobis haec otia fecit» (Un dios nos regaló estos ocios).
32. Apiano, *BC* 5, 132, 546: καὶ αὐτὸν αἱ πόλεις τοις σφετέροις θεοῖς συνίδρυον (Las ciudades lo ponían en compañía de sus dioses particulares).

gozaban los tribunos de la plebe.[33] Ya había usurpado la costumbre de poner un título militar antes de su nombre propio, llamándose «Imperator Caesar».[34]

El senado y el pueblo, pues estos organismos podían convocarse con todos los derechos para actos ceremoniales o proclamas del gobierno, decretaron también que una estatua dorada fuese erigida en el Foro con una inscripción que declarase que, después de largos disturbios, se había restablecido el orden por tierra y mar.[35] La formulación, aunque no extravagante, era quizá un tanto prematura. Pero encerraba un programa. Octaviano condonaba deudas e impuestos, y daba expresión pública a la esperanza de que la República Libre sería pronto restablecida.[36] Sólo faltaba que su socio en el Triunvirato cumpliese su compromiso y subyugase a los partos, cuando ya no habría excusa para demorar la restauración del gobierno constitucional. Pocos senadores pueden haber creído en la sinceridad de tales declaraciones. Pero eso no importaba. Octaviano estaba ya ensayando la propaganda y los sentimientos que podrían ayudarle más tarde contra Antonio, adquiriendo para su predominio personal el nombre y el pretexto de la libertad.

El joven jefe militar adquirió una nueva confianza en sí mismo. La mayor parte de sus victorias, es cierto, habían sido obra de sus lugartenientes. Su salud era endeble; su talento militar, muy escaso. Pero la habilidad y la diplomacia, el valor a toda prueba y un sentido de su destino habían triunfado sobre innumerables azares. Tenía amigos leales, aunque poco escrupulosos, como Agripa y Mecenas, un núcleo de seguidores de ciertas familias de la antigua aristocracia y un partido que estaba creciendo sin cesar en Roma y en el resto de Italia.

Ya hemos dicho lo muy desesperada que había sido su situación en la época de la Guerra de Perusa. Su salvación, tanto en el plano militar como en el diplomático, fueron su propia audacia y los servicios de tres amigos. Agripa obtuvo la pretura aquel año, pero Mecenas y Salvidieno ni siquiera eran senadores. Otra vez, en Brindis, su posición fue crítica. El heredero de César contaba con el ejército y la plebe, cada día más afectos a su persona, pero se había ganado a pocos

33. Dión, 49, 15, 5 s.
34. *Supra*, p. 146.
35. Apiano, *BC* 5, 130, 541 s.
36. *Ibid.*, 5, 132, 548.

senadores de nota, pese a los cuatro años que habían pasado desde la fundación del partido y de su primera aventura revolucionaria. Los consulares eran bastante raros en ambos bandos. Los más eminentes de todos, Polión, Ventidio y Planco, estaban con Antonio. Octaviano tenía dos, y dos solos, los militares C. Carrinas y Cn. Domicio Calvino. Carrinas, de una familia proscrita por Sila, pero introducido a los honores por César, había mandado ejércitos para el Dictador, y fue el primer cónsul del Triunvirato.[37] El noble Calvino es una figura solitaria y misteriosa. Fue de su casa de donde salió César la mañana de los idus de marzo;[38] César lo había destinado a ser su colaborador en la Dictadura, *magister equitum*.[39] Después de aquello, ni una palabra, ni una alusión a este consular eminente hasta su intento de llevar las legiones a través del mar Jónico para la campaña de Filipos. Luego, silencio otra vez, hasta que llega a cónsul de nuevo en el 40 a. C., con ninguna nota sobre su actividad, y gobernador de toda España para Octaviano al año siguiente.

Ningún otro *nobilis* se encuentra desempeñando un mando militar a las órdenes del heredero de César en los cuatro años anteriores a Brindis, a menos que se otorgue ese rango a Norbano, nieto del cónsul de Mario, proscrito; Norbano fue el general que, junto con Saxa, abrió las hostilidades contra los Libertadores en Macedonia. Tampoco son nada frecuentes los hijos de senadores en el bando revolucionario. Los Peduceos eran una modesta y honorable familia senatorial, en relaciones de amistad con Cicerón, con Ático y con Balbo.[40] Uno de ellos, C. Peduceo, cayó en Módena por la República, o por Octaviano.[41] Sex. Peduceo, que había servido bajo César en las guerras civiles, era uno de los legados de Octaviano en las provincias españolas después de Perusa,[42] y T. Peduceo, por lo demás desconocido, fue cónsul sufecto en el 35 a. C.[43]

37. *Supra*, pp. 118 y 236. Para Octaviano luchó en España en el 41 a. C. (APIANO, *BC* 4, 83, 351) y en el *Bellum Siculum* (*ibid.*, 5, 112, 469).

38. VAL. MÁX., 8, 11, 2.

39. *CIL* I², p. 42.

40. MÜNZER, P-W XIX, 45 ss.

41. *Ad fam.* 10, 33, 4.

42. APIANO, *BC* 5, 54, 229 s.; cf. MÜNZER, P-W XIX, 46 s. Este hombre estuvo presente, junto con Agripa y Balbo, en el lecho de muerte de Ático en el 32 a. C. (NEPOTE, *Vita Attici* 21, 4).

43. Según indican los nuevos *Fasti*, *L'ann.* ép., 1937, 62.

Por lo demás, sus primeros mariscales, en tanto que atestiguados con precisión, fueron los primeros miembros de sus familias en obtener el rango senatorial. El admirable D. Carfuleno, una de las bajas de Módena, y el ex centurión C. Fuficio Fangón, muerto mientras luchaba por conservar África para Octaviano, estaban entre los primeros senadores del Dictador. Balbo el joven estuvo probablemente en España al mismo tiempo que Peduceo;[44] y el oscuro almirante M. Lurio, de quien no se había oído antes y sólo una vez después, tuvo un mando en Cerdeña.[45] A esta desmadejada y poco distinguida compañía se puede añadir quizá a P. Alfeno Varo (*cos. suff.* 39 a. C.), también un nombre nuevo.[46]

Pero ahora, después de Brindis, los soldados de fortuna Salvidieno y Fango estaban muertos; el joven líder andaba escaso de seguidores. El concierto con Antonio, su permanencia en Italia, su matrimonio de conveniencia y el cultivo sistemático de su clientela mejoraban sus perspectivas. Otros cuatro años, entre el Pacto de Brindis y el triunfo en la guerra de Sicilia, y el nuevo partido ha adquirido distinción a la par que solidez. El proceso de reconciliar a los neutrales, de captar a los republicanos y a los antonianos (términos sinónimos a veces) ha recorrido una etapa más, y sus seguidores ya revelan, con nítidos perfiles, los pilares gemelos, y, sin embargo, contrastantes, de su futura fortaleza: nuevos hombres, de capacidad y ambición, emparejados con aristócratas de las más antiguas familias.

Muchos seguidores de menor categoría le sirvieron bien, ganaron así una breve notoriedad, una fugaz recompensa, y se reintegraron después a la oscuridad. Se conocen algunos nombres, pero nombres nada más, conservados por azar, como el del almirante M. Mindio Marcelo, de la misma ciudad que él, Velitras,[47] para no hablar de fo-

44. Apiano, *BC* 5, 54, 229. cf. Groag, *PIR*², C 1331. Es incierto si fue cónsul y cuándo, pues Veleyo lo describe como «ex privato consularis» (2, 51, 3). Dos personas de nombre L. Cornelius desempeñaron consulados sufectos en este período, en el 38 y en el 32; el primero no se puede identificar con certeza; el segundo es probablemente L. Cornelio Cinna. De Balbo mismo nada hay consignado entre el 40 y el 19 a. C.

45. Dión, 48, 30, 7. Más tarde fue almirante en Accio (Veleyo, 2, 85, 2).

46. Porfirio, sobre Horacio, *Sat.* 1, 3, 130, dice que procedía de Cremona. Virgilio le dedicó la sexta de sus *Églogas*; de aquí, en las *Vidas* virgilianas y en los escoliastas, la alegación de que era un concesionario de tierras. Las afiliaciones políticas de este misterioso sujeto no están definidas con claridad.

47. Apiano, *BC* 5, 102, 422; SEG VI, 102 = *L'ann ép.*, 1925, 93 (Velitrae). También Titinio y Carisio (Apiano, *BC* 5, III, 463). Titinio es desconocido. Carisio es pro-

rasteros y libertos, de cuyo apoyo no tenía Pompeyo el monopolio, aunque sí todo el *odium*.[48] C. Proculeyo, sin embargo, aparece ahora simple caballero romano, pero persona de reputación y de cierto peso.[49] Sobre todo, la narración completa de las campañas de Sicilia descubre al lado del heredero de César, por primera vez entre sus generales o socios activos, a siete personajes que habían desempeñado pronto el consulado, todos ellos hombres de distinción o de relieve, heredado o adquirido.[50]

C. Calvisio Sabino (*cos.* 39 a. C.), uno de los oficiales de César y senador antes del asesinato, era un cesariano fiel, partidario de Antonio al principio.[51] L. Cornificio (*cos.* 35) fue un astuto arribista que emprendió el procesamiento del Bruto ausente, en virtud de la *Lex Pedia*.[52] De la familia de Q. Laronio (*cos. suff.* 33) —y en realidad de su historial posterior— no se sabe nada en absoluto.[53] Muy pronto destinado a un puesto, en la guerra y en la administración, inferior sólo al de Agripa, estaba T. Estatilio Tauro (*cos. suff.* 37); debía su promoción al patronazgo de Calvisio, de estirpe no latina como él.[54] El nombre de Estatilio recordaba —y su familia puede

---

bablemente P. Carisio, de renombre posterior como legado de Augusto en España (DIÓN, 53, 25, 8), un nombre interesante y raro, de terminación no latina. Rebilo (APIANO, *BC* 5, 101, 422) puede ser el hijo de C. Caninio Rebilo, *cos suff.* 45 a. C.

48. Sobre libertos con mando, *supra*, p. 251. Seleuco el almirante de Roso, en Siria, conocido sólo por inscripciones [Syria XV (1934), 33 ss.], pudo haber sido enviado por Antonio para ayudar a su aliado, y haber pasado pronto al servicio de Octaviano, cf. M. A. LEVI, *Riv. di fil.* LXVI (1938), 113 ss.

49. PLINIO, *NH* 7, 138. Proculeyo era hermanastro de Murena, con cuya hermana, Terencia, se casó Mecenas (DIÓN, 54, 3, 5). Otras personas eminentes más tarde, como los grandes *novi homines* M. Lolio (*cos.* 21 a. C.), L. Tario Rufo (*cos. suff.* 16 a. C.) y P. Sulpicio Quirinio (*cos.* 12 a. C.) quizá estuvieran debutando al servicio de Octaviano en esta época.

50. Los nombres proceden, salvo indicación en contra de los pormenorizados relatos, de Dión y de Apiano.

51. Calvisio era un antoniano antes del 44 a. C. (*Phil.* 3, 26). No hay datos de la fecha en que se pasó a Octaviano. Sobre su origen cf. *supra*, pp. 250 y 275.

52. PLUTARCO, *Brutus*, 27. Nada se sabe de su familia o vinculaciones; no hay prueba de que estuviese emparentado con O. Cornificio.

53. Aparte del relato de la Guerra de Sicilia y del hecho de su consulado, el único testimonio claro acerca de O. Laronio es una tégula de Vivo, en el Bruttium (*CIL* X, 8041[18]), que era probablemente su patria, cf. *ILS* 6463.

54. En cuya compañía se le cita por vez primera en el 43, quizá como uno de sus legados (*Ad fam.* 12, 25, 1: «Minotauri, id est Calvisi et Tauri»); después de eso,

haber prolongado— una antigua línea de la aristocracia de Lucania.[55] Éstos fueron militares capaces y sin escrúpulos, los primeros de nuevas familias en llegar al consulado. A su lado se encuentran tres descendientes de casas patricias, Ap. Claudio Pulcro (*cos.* 38), Paulo Emilio Lépido (*cos.* 34) y M. Valerio Mesala Corvino (*cos.* 31). El hábil y elocuente Mesala, «fulgentissimus iuvenis», luchó por la libertad en Filipos y estaba orgulloso de ello. Siguió después a Antonio algún tiempo, no se sabe cuánto.[56] El joven Lépido se unió al heredero de César por odio a su tío, el triunviro (que había proscrito a su padre), o por un motivo de seguridad familiar, no desacostumbrado en las guerras civiles, cuando la *pietas* o la protección pueden tener más peso que los principios políticos a la hora de salvar vidas y propiedades.[57]

Los miembros principales del partido cesariano recibieron honores y sólidas recompensas. En la prosa pública y oficial, las campañas de Sicilia fueron proclamadas no una guerra civil, sino extranjera, destinada a convertirse pronto en un capítulo glorioso de la historia de Roma. En el *Bellum Siculum* no hubo Metelos, Escipiones ni Marcelos que reverdeciesen sus laureles familiares, ni el recuerdo de victorias por mar y tierra sobre un enemigo púnico. Pero Cornificio recibió, o usurpó, el privilegio de un elefante para su transporte, cuando regresaba a casa de los banquetes, señal de cambio de tiempos, o parodia ofensiva de Duilio, autor de la primera victoria naval de Roma.[58] Para Agripa, el más grande de los almirantes, se ideó un honor desmesurado: una corona de oro para llevar

---

nada hasta su consulado y sus servicios como almirante. Probablemente uno de los nuevos senadores de César.

55. Recuérdese a Estacio Estatilio en 282 a. C. (VAL. MÁX., 1, 8, 6) y Mario Estatilio en 216 (LIVIO, 22, 42, 4 ss.), jefes de tropas lucanas. Una dedicación a Tauro procede de Volceyos en Lucania (*ILS* 983 a).

56. Mesala pudo venir con barcos de Antonio, como hicieron Bíbulo y Atratino. No está documentado al lado de Octaviano antes del 36. La razón que daba para su cambio de alianza era, naturalmente, la desaprobación de la conducta de Antonio con Cleopatra (APIANO, *BC* 4, 38, 161; PLINIO, *NH* 33, 50). La mujer del pariente de Octaviano, Q. Pedio (*cos. suff.* 43), pertenecía a la familia de Mesala (*ibid.*, 35, 21).

57. Lépido no era almirante, pero estaba en el séquito de Octaviano en el 36 a. C. (SUETONIO, *Divus Aug.* 16, 3). Las actividades anteriores, tanto de Lépido como de Ap. Pulcro, son oscuras, probablemente dudosas. Pulcro era Antoniano en el 43 a. C. pero deseoso de que lo recomendaran a D. Bruto (*Ad fam.* 11, 22).

58. DIÓN, 49, 7, 6.

con ocasión de los triunfos.[59] Otros almirantes y generales recibieron y conservaron el apelativo de *imperator*.[60] Cornificio alcanzó el consulado a comienzos del 35 a. C.; el advenedizo Laronio y el noble Mesala tuvieron que esperar algunos años, no muchos.

Altos sacerdocios eran concedidos como distinciones. Pronto el mariscal Calvisio acaparó dos de los más llamativos; Tauro siguió su ejemplo impío.[61] La mayoría de los colegios estaban atestados de partidarios de los triunviros. No importaba: Mesala fue nombrado augur extraordinario.[62] Octaviano enriqueció a sus amigos, proporcionándoles botín de guerra y subsidios particulares en abundancia;[63] y el contraer alianzas matrimoniales con la alta cuna y la riqueza era señal y prenda de éxito político. Paulo Emilio Lépido casó con una Cornelia, como era debido, del linaje de los Escipiones.[64] Para los *novi homines* había ahora la perspectiva de enlaces espléndidos. Por casualidad no hay constancia de las consortes de Tauro, Calvisio, Cornificio y Laronio. Agripa ya se había casado con una heredera, Cecilia, hija de Ático.[65]

Entre los compañeros de Octaviano cuyo recuerdo ha conservado la historia, Mesala, Ap. Pulcro y Lépido no sólo eran nobles, sino de la más rancia nobleza, la patricia, lo cual no era óbice para que siguiesen a un jefe revolucionario o adoptasen un aliado que no era de su clase, por ambición o por sobrevivir en una época peligrosa. El joven revolucionario se estaba haciendo atractivo, e incluso respetable, o mejor, daba ya señales de igualar e incluso superar en poderío a Antonio. Estos ambiciosos aristócratas, como la dinástica Livia Drusila, la más grande de todos ellos, habían de ser generosamente recompensados por su audacia y su previsión.

Pero todavía llamaban la atención por su rareza. Los vencidos de Filipos y de Perusa estaban mejor dispuestos hacia Antonio. El séqui-

59. *Ibid.*, 14, 3; VELEYO 2, 81, 2; VIRGILIO, *Aen.* 8, 684.

60. Salvidieno había sido *imperator* antes de ser senador (BMC, *R. Rep.* II, 407). Q. Laronio es «imp. II» incluso en una tégula (*CIL* X, 8041[18]).

61. Calvisio fue *septemvir epulonum* y *curio maximus* (*ILS* 925), en el último de los cuales fue sucedido probablemente por Tauro, que también fue augur (*ILS* 893 a). Tauro desempeñó *complura sacerdotia* (VELEYO, 2, 127, 1).

62. DIÓN, 49, 16, 1.

63. De ahí las fincas de Agripa en Sicilia (HORACIO, *Epp.* 1, 12).

64. Hija de Escribonia, *supra*, p. 284. La mujer de Pulcro no es conocida, pero tiene algún lazo con los Valerios, cf. *PIR*², C 982. Sobre Mesala, *infra*, p. 516.

65. El matrimonio se contrajo con la expresa aprobación de M. Antonio, probablemente en el 37 a. C. (NEPOTE, *Vita Attici* 12, 2).

to republicano de éste, ya muy considerable, se incrementó cuando los últimos seguidores de Sex. Pompeyo se pusieron a su servicio. A pesar de ello, el joven César se estaba ganando un partido considerable entre la aristocracia. Los *nobiles* atraían a otros de su mismo rango, y a muchos de sus admiradores de condición más humilde, o deseosos de figurar; la perspectiva de un consulado a diez o veinte años vista, si el régimen perduraba, invitaba a los jóvenes talentosos o ambiciosos. Como la entrada en el senado y otras formas de promoción estaban en manos de los triunviros, la presencia de Octaviano en Roma le otorgaba una ventaja considerable sobre el lejano António. En los años que siguieron le resultó fácil encontrar los hombres para gobernar las provincias militares de la Galia, España y África.[66] Una poderosa oligarquía cesariana se fue desarrollando, mientras que el partido de Antonio, por contraste, se hacía cada vez más pompeyano.

Ésa no era la única ventaja con que ahora contaba Octaviano. Había limpiado el mar de piratas, eliminado a Lépido y satisfecho a los veteranos sin perjudicar a Italia. Pero la captura de Sicilia y África alteraba la balanza de poder y desconcertaba a Antonio. Los tres dinastas habían mantenido al mundo en un equilibrio inestable. Al quedar sólo dos, no había más alternativa que la firme amistad o la guerra abierta. La primera contaba cada día con menos probabilidades, conforme Octaviano se emancipaba de la tutela de Antonio, y Octavia no le había dado a Antonio un hijo que heredase el liderazgo del partido cesariano y la monarquía del mundo entero. Ninguno de los dos líderes cesarianos podía soportar a un igual. Si Antonio volviese a Brindis o a Tarento con las flotas y los ejércitos de Oriente, hubiese al fin paz o guerra, Octaviano podía hacerle frente, como nunca antes, en igualdad de fuerzas y de armas, con plena confianza.

El joven era de temer. Como demagogo, no tenía nada que aprender; como jefe militar, necesitaba demostrar a los soldados que estaba a la altura de Antonio en valor, vigor y recursos. A este fin dedicó sus energías en los años 35 y 34 a. C. Antonio podía hacer las guerras de la República o de la ambición privada, lejos, en el Oriente; Octaviano prefirió la defensa de Italia. Las victorias de Antonio palidecían con la distancia, o podían ser hábilmente devaluadas; las suyas, sus logros, iban a ser visibles y tangibles.

66. En los años 36-32 África estuvo gobernada por Tauro y Cornificio, sucesivamente; España, por Norbano, Filipo y Ap. Pulcro, como revelan los *Acta Triumphalia* (*CIL* I² p. 50 y p. 77). Sobre la Galia falta información.

Era en el noreste donde Italia era más vulnerable, por el paso muy bajo de los Alpes Julios, y la frontera oriental del Imperio, entre los Alpes y Macedonia, era estrecha, peligrosa e inadecuada. Animados por el abandono de Roma, forzado por veinte años de discordias civiles, los montañeses del entorno de Italia ampliaban sus incursiones y devastaban el norte de la península, Istria y Dalmacia, en la más absoluta impunidad. El Imperio heredado exigía la conquista de Iliria y de todos los Balcanes hasta el Danubio, y la adquisición de la ruta terrestre que llevaba desde el norte de Italia, pasando por Belgrado, hasta Salónica y Bizancio. Ésa fue la realización principal, y más difícil de lograr, del largo Principado de Augusto en el campo de la política exterior. Pero Octaviano andaba escaso de tiempo, y sus objetivos eran más restringidos. En la primera campaña ocupó tierras de pueblos de Panonia y se apoderó de la plaza fuerte de Siscia, como baluarte avanzado para la defensa de Italia; en la segunda, pacificó la costa de Dalmacia y sometió a los nativos hasta la línea de los Alpes Dináricos, pero no más allá. Si estallaba la guerra, defendería a Italia en el noreste de una invasión desde los Balcanes que subiese por el valle del Save y por los Alpes Julios, y el enemigo no encontraría apoyo ni en la costa de Dalmacia ni en sus proximidades. Estos peligros habían amenazado, o se habían experimentado, en la guerra de César contra Pompeyo Magno. La previsión y la estrategia de Octaviano le permitieron alcanzar en triunfo ambos objetivos.[67]

No sólo eso. Un general confiado en la lealtad y el afecto de sus tropas no necesita acudir en persona al frente de batalla. Octaviano en las campañas de Iliria arriesgó su vida ostensiblemente y recibió honrosas heridas. No se podía consentir que Antonio presumiese de sus cualidades cesarianas o conservase el monopolio del valor marcial.

Éste fue el César joven que Italia y el ejército conocieron después de las campañas del 35 y 34 a. C. La gloria fue suya. Los trabajos y servicios de Agripa y de Tauro, en Iliria, no fueron celebrados en público.[68] A finales del 33 expiraba el Triunvirato (como puede llamárse-

67. Se ha pretendido alguna vez que Octaviano realizó en estos años grandes conquistas en Iliria, incluida la de la totalidad de Bosnia, lo cual ni está probado ni es probable.

68. La presencia de Agripa está atestiguada por APIANO, *III*. 20; DIÓN, 49, 38, 3 s. Mesala también estuvo allí (*Panegyricus Messallae* 108 ss.); y Tauro, al regreso de su triunfo africano (30 de junio del 34 a. C.), fue a Iliria y se hizo cargo de ella tras la marcha de Octaviano (DIÓN, 49, 38, 4).

le, pese a la desaparición de Lépido). La prueba de fuerza se produciría entonces.

Tras la terminación de la guerra de Sicilia y en el mar, los éxitos militares en Iliria realzaron el prestigio del joven César, ganándole seguidores de todas las clases y todos los partidos. Él redobló sus esfuerzos, y Roma presenció un despliegue de propaganda que hacía prever una lucha armada.[69] Había empezado unos seis años antes.

Al principio, Octaviano estaba oscurecido. Los hombres de Antonio celebraban triunfos en Roma: Censorino y Polión, de la provincia de Macedonia (39), Ventidio, de los partos (38). La balanza se inclinó en el 36 con el triunfo de Sicilia, y Octaviano explotó la ventaja en los años siguientes con modestos y frecuentes honores a sus procónsules en España y en África. La tradición había consagrado el gasto del botín de guerra a favor del pueblo y del adorno de ciudad. Polión restauró el Atrium Libertatis y lo dotó de la primera biblioteca pública conocida en Roma, pues Polión siempre rindió homenaje a *libertas*, y la literatura significaba para él más que la guerra y que la política; Sosio (que triunfó en el 34) construyó un templo a Apolo; Ahenobarbo, el almirante, construyó o restauró un santuario de Neptuno, como era debido, aunque no celebró un triunfo.

Apolo, sin embargo, era la deidad protectora del joven César, y a Apolo había dedicado él ya un templo en el Palatino en el año 36 a. C. En el mismo año, Cn. Domicio Calvino, vencedor de España, reconstruyó la Regia, y no mucho después, a su vuelta de África y triunfante (34), inició la construcción de un teatro; Paulo Emilio terminó la Basílica Aemilia, dejada inacabada por su padre, y L. Marcio Filipo, después de su triunfo español (33), restauró un templo de Hércules. Éstos fueron algunos, pero no todos, edificios que ya presagiaban la magnificencia de Roma bajo la monarquía. Más astuto que Antonio, el joven César no construía sólo para el esplendor y para los dioses. Invocaba la utilidad pública. Su ministro, Agripa, había comenzado a restaurar el gran acueducto del *Aqua Marcia*. Ahora, en el 33 a. C., pese a su rango consular, asumió los onerosos deberes de edil, y llevó a cabo un vasto programa de obras públicas, restau-

69. Las fechas precisas de los varios triunfos las proporcionan los *Acta Triumphalia* (*CIL* I, p. 50 y p. 77). Sobre los edificios de los *viri triumphales*, los textos más importantes son SUETONIO, *Divus Aug.* 29, 5; TÁCITO, *Ann.* 3, 72. La complicada documentación está condensada y discutida por F. W. SHIPLEY, *Mem. Am. Ac. Roma* IX (1931) 7 ss.

rando todos los conductos y desagües y construyendo un nuevo acueducto, el *Aqua Julia*.[70]

Entretanto, el partido seguía adquiriendo vigor día a día. En el 33 a. C. Octaviano fue cónsul por segunda vez, y su influencia, no total, pero por lo menos preponderante, puede detectarse quizá en la composición de la lista consular de aquel año, de longitud sin precedentes: contiene, en efecto, otros siete nombres. Hasta entonces había promovido principalmente a sus mariscales y a unos cuantos patricios, sus nuevos aliados, de las familias de los Claudios, los Emilios y los Escipiones. Este año el almirante Q. Laronio llegó a cónsul; los otros seis no estaban respaldados por ningún servicio militar conocido a los triunviros. Tampoco adquirieron gran fama después ni los *nobiles* ni los *novi homines*.[71] Octaviano pudo haber nombrado entonces a hombres de discreta reputación entre la aristocracia romana, o a personas de influencia en las ciudades de Italia: en ambos casos proclamaba y ampliaba su poder. L. Vinicio era uno de los nuevos cónsules, no se había sabido de él durante casi veinte años. Una completa oscuridad rodea también la carrera y la adhesión de M. Herennio, de la región del Piceno, y de C. Memmio, cónsules del año anterior.[72]

La distribución de consulados y de triunfos como atención a los senadores; el embellecimiento de Roma; el suministro a sus habitantes de agua pura y de alimentos baratos, eso no era bastante. Los servicios de Agripa como soldado y como ingeniero eran sólidos y visibles; el otro ministro, Mecenas, había estado trabajando con más tranquilidad, y con un propósito definido. Su misión era la de guiar a la opinión, suavemente, hacia la aceptación de la monarquía; prepararla no sólo para la lucha, que era inminente, sino para la paz que había de seguir a la victoria de la última de todas las guerras civiles.

70. Dión, 40, 42, 3; Frontino, *De aq.* 9; Plinio, *NH* 36, 121.

71. L. Volcacio Tulo (*pr.* 46 a. C.) y M. Acilio eran hijos de cónsules de la generación anterior. L. Autronio Peto, probablemente, del candidato sin éxito del 65 a. C. El antoniano, o ex antoniano, C. Fonteyo Capitón procedía de una familia pretoriana muy estimada. L. Vinicio (tribuno en el 51 a. C.), de familia ecuestre de Cales. L. Fulvio era un antoniano (Dión, 49, 44, 3). Ninguno de estos hombres mandó nunca ejércitos, que se sepa, salvo Autronio y M. Acilio (Glabrión), más tarde procónsules de África, en el 28 y 25 a. C. respectivamente, *PIR*[2] A 1680; 71.

72. Sobre la familia de Herennio, cf. *supra*, p. 121. Memmio puede ser el hijo de C. Memmio (*pr.* 58 a. C.) y de Fausta, la hija de Sila (Milón fue su segundo marido).

Capítulo XVIII

ROMA BAJO LOS TRIUNVIROS

Fueron diez años desde las proscripciones, diez años de despotismo triunviral. A pesar de los repetidos disturbios, el paso del tiempo permitió a la revolución (pues así puede llamársela con propiedad) adquirir permanencia y estabilidad. Los beneficiarios de aquel violento proceso, dominante en todos los órdenes de la sociedad, no estaban en modo alguno dispuestos a compartir sus nuevos privilegios o a acoger a los intrusos. En un senado de mil miembros, un predominio de cesarianos debía su posición y su cargo, si no también su riqueza, a los triunviros; y una multitud de caballeros romanos, por su incorporación a aquel orden, reforzaba el vínculo entre las clases más altas de los dueños de la propiedad. Los veteranos por concesiones y los libertos por compra, habían adquirido fincas, a veces con una mejora de posición social, presente o venidera. Después de la Guerra de Sicilia, Octaviano concedió a sus centuriones licenciados el rango de concejales en sus respectivos *municipia*.[1] De aquí ciertos síntomas de consolidación, política y social. No iba a haber más proscripciones, no más expulsiones de gente bien y de labradores de Italia. Muchos de los desterrados habían vuelto, y algunos de ellos, por influencia o protección, habían conseguido la devolución de sus propiedades. Pero el gobierno tenía muchos enemigos, víctimas de las confiscaciones, rencorosos e impotentes de momento, pero un peligro para un futuro próximo, en caso de que los republicanos y los pompeyanos volviesen del Oriente, en caso de que Antonio exi-

1. Dión, 49, 14, 3; Apiano, *BC* 5, 128, 531.

giese tierras para los veteranos de sus legiones, en caso de que los dinastas, en cumplimiento de una solemne promesa, restaurasen la República al término de todas las guerras. Aunque un formidable cuerpo de intereses se había amasado en defensa del nuevo régimen, carecía de cohesión interna y de comunidad de sentimientos.

El senado ofrecía un aspecto extraño y alarmante. En la primera línea, en el puesto del liderazgo tradicional del Estado, se encontraba una fila de consulares, impresionante por su número, pero no por su dignidad, creaciones recientes casi todos ellos. A fines del año 33 a. C. sumaban más de treinta, cifra sin precedentes. Los hombres nuevos superaban con mucho a los *nobiles*.[2] Algunas familias de la aristocracia habían perecido durante los últimos veinte años; otras, especialmente las pompeyanas y republicanas, no podían exhibir ningún miembro de edad o de rango consular. Aun en sus mejores momentos, los patricios habían sido bastante escasos: Octaviano creó nuevas familias de aquel orden para ejercer como patrono de ellas, pero con un buen pretexto.[3]

Entre los consulares, solamente se podía distinguir a un Claudio y a un Emilio partidarios de Octaviano; ningún Fabio; de los Cornelios patricios, dos como mucho, quizá sólo uno.[4] Aún no había Valerios, pero los Valerios iban a proporcionar tres cónsules en cuatro años.[5] No menos conspicuos eran los huecos en las filas de las casas dinásticas de la vieja aristocracia plebeya; entre los *principes*, ni un solo Marcelo, Metelo, Licinio, Junio o Calpurnio. Estas familias no estaban extinguidas, pero muchos años tendrían que pasar antes de que los *Fasti* de los cónsules y las primeras filas del senado recuperasen incluso el parecido con su distinción tradicional.

2. Sobre los consulados durante el Triunvirato (43-33 a. C.) se puede hacer este breve cálculo. Excluidos los triunviros y las repeticiones, hubo treinta y ocho cónsules. De ellos tres son difíciles de clasificar (C. Norbano Flaco y L. Cornelio, *cos.* y *cos. suff.* en el 38, y Marcio, *cos. suff.* en 36). Diez sólo son hijos o descendientes de familias consulares. Quedan veinticinco personas, los primeros cónsules de sus respectivas familias (no todos, naturalmente, hijos de caballeros romanos; había hijos de casas muy respetables de rango pretorio).

3. Dión, 49, 43, 6.

4. P. Cornelio Escipión, *cos. suff.* en el 35, y quizá L. Cornelio, *cos. suff.* en el 38.

5. No sólo Mesala mismo, cónsul con Octaviano para el año 31, sino dos Valerios, cónsules sufectos en el 32 y 29, respectivamente. Sobre inseguridades acerca de fecha e identidad, *PIR*[1], V 94 y 96; los nuevos *Fasti* muestran a Potito Valerio, cónsul en el 29. M. Valerio, *cos. suff.* en el 32, pertenece claramente a la misma familia.

Nombres nuevos y forasteros destacaban en lugar de aquéllos, nombres etruscos o umbros, picentinos o lucanos.[6] Roma había conocido a sus *novi homines* durante tres siglos, en su mayoría aceptados por su distinción personal y sus servicios en la guerra. «Ex virtute nobilitas coepit.»[7] Después, las guerras de Roma contra enemigos extranjeros habían aumentado la aristocracia con una nueva nobleza. No hay constancia de los sentimientos de los *nobiles* cuando contemplaron la corona de oro llevada por un hombre llamado Vipsanio, o el elefante de Cornificio. En vano cansarnos en apuntar a su valor en la guerra, en insistir en que muchos de los advenedizos eran originarios de antiguas familias de las aristocracias de los pueblos afines de Italia. En cuanto al consular Balbo, no habría palabras para encarecerlo.

Las filas más bajas del senado revolucionario estaban en armonía con las más altas, sin despreciar a hijos de libertos ni a centuriones retirados. Las magistraturas, apetecidas sólo por mera distinción, se concedían en abundancia, se desempeñaban unos días o incluso en ausencia.[8] La asamblea soberana sólo conservaba una existencia formal y decorativa, pues las transacciones de la alta política las llevaban los gobernantes en secreto o a distancia de Roma.

Los contemporáneos estaban dolidos y afligidos por la degradación moral y social. El verdadero mérito no era el camino del éxito, y el éxito mismo era inseguro, así como deshonroso.[9] Hombres nuevos acabados de aparecer mostraban aspiraciones al consulado, ejerciendo la brutalidad y las malas artes.[10] Los mariscales podían desaparecer, algunos tan de repente como habían surgido, pero la práctica de la diplomacia generaba en sus adeptos el talento de la supervivencia con artes y recursos de servilismo que repugnaban a la aristocracia romana: ningún hombre decente se prestaría a enajenar su honor y su independencia llegando a ser ministro del despotismo.[11]

6. *Supra*, pp. 250 s.

7. SALUSTIO, *BJ* 85, 17.

8. DIÓN, 48, 43, I s., cf. *supra*, p. 247.

9. SALUSTIO, *BJ* 3, 1: «neque virtuti honos datur neque illi, quibus per fraudem is fuit, tuti aut eo magis honesti sunt».

10. *Ibid.*, 4, 7: «etiam homines novi, qui antea per virtutem soliti erant nobilitatem antevenire, furtim et per latrocinia potius quam bonos artibus et imperia et honores nituntur».

11. *Ibid.*, 3, 4: «nisi forte quem inhonesta et perniciosa lubido tener potentiae paucorum decus atque libertatem gratificari» (A menos que se apodere de uno una

El ejercicio de la oratoria, interrumpido por la guerra civil, languidecía y declinaba bajo la paz de los triunviros, sin aplicación en el senado ni en el Foro, y sólo útil para vencer la resistencia de los soldados o calmar las sospechas de los negociadores políticos en los cónclaves secretos. Pocos en verdad los cónsules que bajo el Triunvirato manifestaron o pretendieron tener vínculo alguno con la elocuencia; y aquellos que merecieron alguna distinción por sus pacíficos estudios no recibieron honor alguno por ese motivo del directorio militar. Entre los primeros cónsules, Planco y Polión se distinguieron como jefes de ejércitos y como diplomáticos.[12]

En un estado libre, el estudio de la ley y de la oratoria podía otorgar las más altas recompensas. La práctica de hablar en público en Roma había sido llevada a la perfección recientemente, cuando Hortensio, maestro del florido estilo asiánico, cedió su cetro al estilo más moderado, pero elocuente y armonioso de Cicerón, reconocido como perfecto y clásico incluso en vida de su creador. Pero no faltaban rivales. Una concepción y un modo distinto del discurso estaban patrocinados y defendidos por reputados campeones, vigorosos y elocuentes, pero sin incurrir en el adorno ni en refinadas armonías de ritmo, como reacción frente a Hortensio y también a Cicerón. Las jóvenes promesas, C. Licinio Calvo, que estaba en la vanguardia de los oradores políticos y el ingenioso Celio, no eran los únicos exponentes de esta tendencia ática de la oratoria romana, todo hueso y nervio en sus mejores momentos, pero expuestos a resultar secos, opacos y aburridos.[13] El estilo de César estaba cortado a la medida del hombre y todo el mundo reconocía que la preferencia de Bruto por el estilo llano y franco no era una afectación, sino una honesta expresión de sus sentimientos.[14] Ni Bruto ni Calvo encontraban a Cicerón lo bastante firme y masculino para el gusto de ellos.[15]

---

pasión inconfesable y ruinosa para sacrificar el honor y la libertad a la prepotencia de unos cuantos).

12. Y aunque P. Alfeno Varo (*cos. suff.* 39) poseía o iba a adquirir fama de jurista (GELIO, 7, 5, 1), ése no fue el motivo de su nombramiento.

13. En el *Dialogus* de TÁCITO (25, 3; cf. 17, 1), Calvo, Celio, Bruto, César y Polión ven reconocido su rango de oradores «clásicos», a continuación y por debajo, pero comparables a Cicerón.

14. TÁCITO, *Dial.* 25, 6.

15. *Ibid.*, 18, 5.

De estos grandes ejemplares no había sobrevivido ninguno; y dejaron muy pocos herederos o continuadores de su fama. El boato y la armonía en el habla, las artificiosas variaciones en el argumento y el desarrollo ampuloso del tema difícilmente conservarían su garra sobre una generación que había perdido el tiempo del ocio y de las ilusiones y que no se preocupaba de disimular su desaparición. Pero un modo de hablar directo, por no decir brusco y truculento, se ajustaba perfectamente al temple de una era militar. Algunos por lo menos de los méritos del estilo llano, que podían blasonar de ser tradicionales y romanos, podían cotizarse y conservarse hasta que se viesen amenazados por un cambio completo de gusto, por una vuelta al asianismo o por el nacimiento de un nuevo romanticismo. Polión, cuando se retira de la vida pública después de su triunfo, vuelve a las maneras de una juventud formada en el círculo de Calvo y de Catulo, y tanto en sus discursos como en su poesía reproduce algo del vigor y de la independencia republicanas de éstos, aunque poco de su gracia. Su estilo era seco y áspero, llevando la huida del ritmo al extremo de lo abrupto, y tan arcaico que uno lo hubiera imaginado nacido un siglo antes.[16] Polión y Mesala estaban considerados como los mejores oradores de la nueva época. Mesala, rival del anterior, hacía gala de una armonía cultivada y de una suave elegancia, ajustada a un período de calma política. Los signos del triste futuro de la elocuencia se podían leer con claridad meridiana. La oratoria estaba condenada a degenerar en el cultivo privado de la retórica; en público, en panegírico oficial. La libertad de expresión no volvería más.

La libertad, la justicia y la honestidad, desterradas totalmente de los honores públicos y de los asuntos de Estado, se refugiaban en las ocupaciones y relaciones de la vida privada. El asco a la política, bastante prominente en la generación que había sobrevivido a las guerras de Mario y Sila, adquirió ahora profundidad, fortaleza y justificación. Los hombres se dedicaban al cuidado de su propiedad y de su familia, a los estudios de literatura y de filosofía. La religión oficial del pueblo romano poco consuelo podía proporcionar en los malos días, pues aquel sistema de ritual, actos y fórmulas, necesario al principio para tener éxito en las faenas agrícolas y en las operaciones militares, lo había mantenido celosamente la aristocracia para intimidar al pueblo, para afirmar su propio dominio y para reforzar el edificio de la Repú-

16. QUINTILIANO, 10, 1, 113.

blica. Sólo la filosofía podía proporcionar, o bien una explicación racional de la naturaleza de las cosas, o cierto consuelo en la adversidad. El estoicismo era un credo varonil, aristocrático y positivo; eran accesibles las doctrinas de Epicuro, que recomendaban abstenerse de la política y cultivar en privado la virtud; y una u otra modalidad de creencia pitagórica se podía recomendar como a propósito para las inclinaciones místicas.

Se podría dudar de hasta qué punto Ático y Balbo, que aún vivían sin dar señales públicas de su existencia, se dejarían seducir por estas insinuaciones. El viejo Varrón, el más erudito de los romanos, pozo de ciencia y propagador de muchos errores, aunque no contrario a cierto interés en el pitagorismo o a cualquier otra práctica o creencia, se sostenía gracias a una insaciable curiosidad, a una infatigable laboriosidad. Hacía tiempo que había abandonado la política, salvo un breve intervalo de fiel servicio a Pompeyo en España, y dedicaba a la erudicion todas sus energías, estudiando como tema todas las antigüedades, tanto las humanas como las divinas.[17] César había recabado su ayuda para la creación de bibliotecas públicas.[18] Librado de las proscripciones, aunque su gran depósito de libros científicos fue saqueado, el infatigable estudioso no se desanimó. A la edad de ochenta años descubriendo, como él decía, que era hora de preparar su equipaje para la última etapa,[19] inició la composición de una obra monumental sobre la teoría y la práctica de la agricultura, materia de la que, como terrateniente con amigos y parientes cómodamente situados, poseía amplios conocimientos.

Aunque las variadas recopilaciones de Varrón incluían obras de historia y de antigüedades, eran colecciones de materiales históricos, más que anales escritos con autoridad y destinados a perdurar. El viejo estudioso carecía de estilo, de vitalidad y de una idea directriz. Esta tarea correspondió a otro hijo del país sabino, C. Salustio Crispo, muy distinto de Varrón por su carácter, sus conocimientos y su filiación

17. Su mayor obra, las *Antiquitates rerum humanarum et divinarum*, en cuarenta y un libros, parecen haber sido compuestas entre los años 55-47 a. C. Estaban dedicadas a César.

18. SUETONIO, *Divus Iulius* 44, 2.

19. *RR* 1, 1, 1: «annus octogesimus admonet me ut sarcinas colligam antequam proficiscar e vita» (El año ochenta me aconseja que haga las maletas antes de marcharme de esta vida). Esto nos da la fecha 35 o 37 a. C. Varrón vivió aún diez años más (JERÓNIMO, *Chron.*, p. 164 H).

política. Salustio se había apartado con disgusto del despotismo del Triunvirato.[20] En su juventud la ambición lo había impulsado hacia una actividad política imprudente, como tribuno impetuoso, durante el tercer consulado de Pompeyo. Expulsado del senado por los censores del 50 a. C., volvió a él con César, desempeñó mandos militares en las guerras y gobernó una provincia.[21] El final de César acabó con la ambición de Salustio y con sus esperanzas de reforma y progreso. En tiempos había compuesto panfletos en los que daba un programa de orden y regeneración para el nuevo gobierno que habría de reemplazar a la estrecha y corrupta oligarquía de los *nobiles*.[22] En su desilusión, ahora que Roma había vuelto a caer bajo un despotismo silano, retirado de la vida pública, pero despreciando la innoble ociosidad y los ejercicios de la agricultura y de la caza, se dedicó a la historia, actividad respetable.[23] Después de las monografías sobre la Conjuración de Catilina y la Guerra de Yugurta, se propuso describir el período revolucionario desde la muerte de Sila en adelante. Aunque Salustio no era un ciego seguidor de César, su objetivo era claramente demostrar lo corrompido y fraudulento que era el gobierno republicano que rigió Roma entre las dos Dictaduras. No la invasión de Italia por César, sino el violento ascenso y la dominación de Pompeyo fueron los que pusieron fin a la libertad política.

Salustio estudió e imitó el documento clásico sobre la patología de la guerra civil: los sombríos, tensos y apasionados capítulos de Tucídides. No podía haber elegido mejor, si hubiera tenido que elegir, pues también él fue testigo presencial de una disputa política que, despojándose de todo principio, de toda pretensión, puso al descubierto la fisonomía auténtica de la lucha de clases. Por su experiencia en los negocios, por su sincero pesimismo moral y su falta completa de ilu-

20. SALUSTIO, *BJ* 4.

21. Fue procónsul de Africa Nova en el 46-45 a. C.

22. DIÓN, 43, 9, 2, aunque éste pueda no ser un testimonio convincente por basarse quizá en una creencia, bastante natural, en la autenticidad de las muy verosímiles *Epistulae ad Caesarem senem*.

23. *BC* 4, 1: «non fuit consilium socordia atque desidia bonum otium contenere, neque vero agrum colundo aut venando, servilibus officiis, intentum aetatem agere» (No tenía yo intención de desperdiciar un hermoso ocio en la inactividad o en la desidia, ni de ocupar mi vida trabajando la tierra o cazando, actividades de esclavo); *BJ* 4, 1: «ceterum ex aliis negotiis, quae ingenio exercentur, in primis magno usui est memoria rerum gestarum» (De las otras ocupaciones que dimanan del espíritu, el recuerdo de los hechos históricos figura entre las más útiles).

siones políticas, este romano estaba magníficamente dotado para relatar la historia de una era revolucionaria.

Los críticos literarios no han tenido reparo en equipararlo a Tucídides, admirando en él la gravedad, la concisión y, sobre todo, una prodigiosa velocidad de narración.[24] Se había forjado ciertamente un estilo del todo suyo, evitando las armonías de la retórica formal y del ritmo formal, voluntariamente prosaico por la ordenación de las palabras, duro y arcaico por su vocabulario, con breves frases rotas, reveladoras quizá de cierta discordancia en su propio carácter. Los arcaísmos eran prestados, decía la gente, sacados de Catón; pero no lo era menos el grave tono moral, en flagrante contraste con su vida anterior. No importaba: Salustio implantó en seguida la moda de un estilo arcaico, estudiado y de frases cortas, acabadas abruptamente,[25] y sentó para siempre los modelos y categorías de la historiografía romana.

Salustio escribió sobre la decadencia de la virtud antigua y la ruina del pueblo romano con toda la austeridad melancólica de un moralista y de un patriota. Al atribuir el origen de la decadencia a la destrucción de Cartago, y al negarse a detectar ningún signo de discordia interna en tanto que Roma tuvo que luchar con quienes le disputaban el Imperio, imitaba las doctrinas griegas sobre el desarrollo político y rendía homenaje a los méritos del senado y del pueblo en días ya lejanos.[26] En su relato del período más reciente no había idealización, lo conocía demasiado bien, y el presente inmediato y palpable hacía sentir su peso en el historiador, recordándole imperiosamente los hombres y las acciones de cuarenta años antes, la discordia civil y el alistamiento de ejércitos particulares; conscripciones de esclavos y guerras serviles; interminables luchas en Sicilia, en África y en España; asedios y destrucciones de ciudades etruscas; desolación de la campiña de Italia; mortandad por venganza o lucro, e implantación del poder despótico.[27] Con el pasado retornaban todas las formas y todos los servidores

24. QUINTILIANO, 10, 1, 101: «nec opponere Thucydidi Sallustium verear»; *ibid.*, 102: «immortalem illam Sallusti velocitatem».

25. SÉNECA, *Epp.* 114, 17: «Sallustio vigente amputatae sententiae et verba ante expectatum cadentia et obscura brevitas fuere pro cultu» (Mientras Salustio estuvo de moda, las frases truncadas, las palabras caídas antes del sitio que les correspondía y una concisión oscura pasaban por elegantes).

26. SALUSTIO, *BJ* 41; *BC* 10; *Hist.* 1, 11 M.

27. SALUSTIO, *Hist.* 1, 55, 13 s. M: «leges iudicia aerarium provinciae reges penes unum, denique necis civium et vitae licentia. Simul humanas hostias vidistis

del mal, los grandes y los chicos: Vetio el picentino, el escriba Cornelio y el inefable Fufidio.[28] El joven Pompeyo, hermoso de rostro, pero de corazón renegrido, asesino y despiadado, adquiría los rasgos de un cesariano contemporáneo, jefe militar.[29]

La guerra civil, desgarrando palabras, formas e instituciones, daba paso a las pasiones individuales y revelaba los más íntimos entresijos de la naturaleza humana; Salustio, sumergiéndose aún más en el pesimismo, la encontraba mala desde su raíz. La historia, para ser real y verdadera, ha de ocuparse de algo más que de las actuaciones públicas de hombres y ciudades, de los debates abiertos de las asambleas políticas y de los movimientos de los ejércitos. De Salustio adquirió la historia aquella preocupación por el carácter humano, especialmente por sus pensamientos secretos y turbios manejos, que nunca perdió mientras ese arte fue cultivado, a la manera clásica de aquel romano y senador; arcaico, sí, pero muy refinado; sombrío, pero no moralizante.

La gente buscaba en la historia la enseñanza, la consolación morbosa o la apología política, iniciándose así una controversia sobre los muertos. La señal de partida la dio la disputa sobre Catón. La Dictadura de César fue motivo de guerra literaria, por lo menos algún tiempo, hasta que su heredero mostró su malestar con aquel tema incómodo. Opio y Balbo salieron en defensa de la memoria de su amigo y patrono.[30] Tampoco Salustio se olvidaba de su propia carrera política y de los argumentos para su defensa y apología; su testimonio de la peculiar, pero contrastante, grandeza de César y de Catón no admitía para la comparación a Pompeyo Magno.[31] Los pompeyanos replicaron con acusaciones escandalosas sobre el carácter del escritor cesariano.[32]

---

et sepulcra infecta sanguine civili» (Las leyes, los tribunales, el tesoro, los reyes dependían de uno solo, y tenía incluso derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos. Habéis tenido ocasión de ver víctimas humanas y sepulcros manchados de sangre civil).

28. *Ibid.*, 1, 55, 17 y 22 M.

29. *Ibid.*, 2, 16 M: «oris probi, animo inverecundo».

30. SUETONIO, *Divus Iulius* 53; 81, 2.

31. SALUSTIO, *BC* 53, 5 s.

32. Varrón explotó al máximo el pretendido adulterio de Salustio con Fausta, la hija de Sila y esposa de Milón (GELIO, 17, 18); y Leneo, el liberto de Pompeyo, defendió a su difunto patrono con enconados insultos personales (SUETONIO, *De gram.* 15).

En la Roma de los triunviros la gente empezó a preocuparse intensamente por la historia, no sólo de la historia de las guerras recientes y de los jefes de partidos monárquicos como Sila, Pompeyo y César, sino con perspectivas más amplias y más amenazadoras. Se podía reflexionar sobre la muerte de Alejandro de Macedonia; sobre las largas luchas por el poder entre los generales que lo sucedieron; sobre el fraccionamiento del Imperio en reinos separados; y la gente podía ponerse ante los ojos a los herederos y mariscales de César, que no debían lealtad a Roma, sino a una devoción fingida a una divinidad de nueva creación, el *Divus Iulius,* atribuyéndose ellos nombres y atributos de dioses y rigiendo sus varios reinos con el azaroso apoyo de ejércitos mercenarios. Disponemos de muchas pruebas para confirmar la creencia, firmemente enraizada, tanto entre la gente culta como entre la vulgar, en que la historia se repetía en evoluciones cíclicas. Para Roma se diría que la época de Sila había vuelto; en una esfera mayor, la época de los reyes que heredaron el Imperio de Alejandro. Distinguir a cuáles de ellos no requería singulares dotes de perspicacia. El menos pretencioso de los historiadores de entonces, Cornelio Nepote, que compilaba breves biografías históricas destinadas a uso de las escuelas, tiene el mérito de haber señalado ese paralelismo con meridiana claridad, al tratar del comportamiento de los ejércitos de veteranos.[33]

La historia y la oratoria proporcionaban ocupación apropiada y realmente encomiable a los miembros de la clase gobernante; el político retirado podía ocupar con provecho sus ratos libres relatando los acontecimientos memorables, de los que él mismo había formado parte no pequeña, o exponiendo las antigüedades legales y religiosas del pueblo romano. El arte de escribir la historia romana, adornado en el pasado por los nombres de un Fabio, un Catón, un Calpurnio, era hasta tal extremo orgullo y monopolio del senador, que se consideraba motivo de sorpresa, si no de escándalo, que una persona inferior osase poner el pie en tan augusto recinto; un liberto, tutor de Pompeyo Magno, fue el primero de su clase en hacerlo.[34] Hasta ese punto se había

33. *Vita Eumenis* 8, 3: «quod si quia illorum veteranorum legat facta, paria horum cognoscat neque rem ullam nisi tempus interesset iudicet» (Que si alguien lee los hechos de aquellos veteranos reconozca sus paralelos y piense que no hay diferencia entre ellos si no es la de tiempo).

34. L. Voltacilio Pitolao, «primus omnium libertinorurn, ut Cornelius Nepos opinatur, scribere historiam orsus, nonnisi ab honestissimo quoque scribi solitam ad id tempus» (El primero de todos los libertos que comenzó a escribir historia, según

hecho popular la historia. A la escritura de poesía, sin embargo, el aristócrata romano no le concedía un valor especial, aunque tuviese facilidad para hacer algún verso, o incluso todo un volumen de ellos. Pero ahora empieza a ponerse de manifiesto que la poesía, aparte y por encima de la mera invectiva, podía convertirse en instrumento de gobierno y transmitir un mensaje político discreto, pero quizá no menos efectivo que la palabra hablada o escrita del estadista romano.

En poco más de veinte años una generación y una escuela de poetas romanos había desaparecido casi por completo. Lucrecio, que había puesto en versos épicos los preceptos de Epicuro, los jóvenes y apasionados poetas líricos Calvo y Catulo, murieron todos poco antes del estallido de las guerras civiles. C. Helvio Cinna, culto autor de un elaborado y oscuro poema titulado *Smyrna,* fue hecho pedazos por el populacho romano por confusión con uno de los asesinos de César; O. Cornificio, otro cesariano, orador y poeta, murió en África, al mando de un ejército, a favor de la República; tampoco estaban vivos por entonces probablemente Valerio Catón, maestro de poetas jóvenes, ni M. Furio Bibáculo, que escribió epigramas, elegías y un poema épico. El origen de estos poetas era diverso. Lucrecio se encuentra aislado y misterioso, pero Calvo era un *nobilis* y Cornificio nació de un reputado linaje senatorial. Todos los demás procedían de la provincia de Galia Cisalpina. Catón, según se decía (quizá falsamente), un liberto;[35] los otros, sin embargo, hijos de familias aristocráticas de las ciudades del norte, Verona, Brixia, Cremona.[36]

Los nuevos poetas, como se les llamaba, poseían una doctrina y una técnica comunes: su ambición era renovar la poesía latina y ampliar su campo traduciendo las obras o adaptando los temas y las formas de los poetas alejandrinos. En política también tenían un lazo común. Muchos de ellos habían atacado en sátiras e invectivas al dinasta Pompeyo, a su aliado César y a la criatura de ambos, Vatinio. Con César era posible la reconciliación, pero difícil con Pompeyo. Cornificio, Cinna y otros de sus amigos se encontraban al lado de César cuando estalló la guerra.[37]

---

cree Cornelio Nepote, que hasta entonces no solía ser escrita más que por personas de la máxima categoría) (SUETONIO, *De rhet.* 3).

35. SUETONIO, *De gram.* 11.

36. Catulo procedía de Verona. Del fr. 1 de sus poemas se infiere que Cinna era natural de Brixia, y los Helvios no son desconocidos en inscr. de Brixia (*supra*, p. 73). JERÓNIMO, *Chron.*, p. 148 H, da a Cremona como patria de Bibáculo.

37. *Supra*, p. 87.

Los hombres habían muerto y su estilo de poesía pasó rápidamente de moda. El joven Propercio llegó demasiado tarde. El consular Polión, sin embargo, que tenía lazos con los nuevos poetas, sobrevivió para escribir él mismo versos y ejercer su patronazgo sobre otros. Bajo el régimen del Triunvirato se supo que escribía tragedias sobre los monarcas de la Antigüedad mítica;[38] antes de eso, sin embargo, se había ganado la gratitud de dos poetas, Galo y Virgilio.

C. Cornelio Galo, de familia de Forum Julii (Frejus) en la Galia Narbonense, provincia no ajena a la cultura griega, fue un innovador en la corriente helenística, renombrado como inventor de la elegía romana. Aparece por primera vez en la historia auténtica cuando Polión, en una carta a Cicerón, menciona a «mi amigo, Cornelio Galo».[39] El poeta pudo haber servido como oficial ecuestre del séquito de Polión cuando éste gobernaba la Cisalpina para Antonio (41-40 a. C.).[40]

A Polión le correspondió el deber de confiscar tierras en el norte, después de Filipos, y Polión es el primer patrono de Virgilio, que era hijo de un propietario de la ciudad de Mantua. Sus buenos oficios pudieron haber mantenido o restablecido la finca del poeta mientras tuvo el mando de la Cisalpina, pero sobrevinieron los disturbios de la Guerra de Perusa y, cualquiera que sea la verdad, otro más grande que Polión se ganó o usurpó la fama última y perdurable.[41]

Galo, al perder en manos de un rival a la dama de sus amores y probablemente fuente de inspiración (la había heredado de otro),[42] abandonó la poesía para dedicarse a la guerra y a la política, desapareciendo enteramente de la documentación histórica para reaparecer nueve años más tarde, en el esplendor y en el poder. Probablemente se

38. Horacio, *Sat.* 1, 10, 42 s.

39. *Ad fam.* 10, 32, 5; cf. 31, 6.

40. Quizá en el importante puesto de *praefectus fabrum* (cf. Balbo y Mamurra bajo César en España y la Galia, respectivamente).

41. Las varias afirmaciones relativas a la fecha y ocasión en que la finca de Virgilio fue confiscada, el modo y los agentes de su recuperación, como los refieren las *Vidas* antiguas y los escoliastas, con más confianza que consistencia, parecen derivarse de inferencias de las *Églogas* mismas, no de datos averiguados y comprobados; no se pueden emplear en una reconstrucción histórica.

42. Se pretende que su Lycoris había sido Volumnia (liberta de P. Volumnio Eutrapelo), más conocida como Cytheris, antes amante de Antonio. No hay constancia de sus ulteriores conexiones.

había ido a Oriente con Antonio poco después del Pacto de Brindis.[43] No hay constancia de cuánto tiempo siguió siendo antoniano.

Virgilio, sin embargo, perseveró en la poesía, completando sus *Églogas,* mientras Polión gobernaba Macedonia para Antonio. Fue por esta época, en ausencia de Polión, cuando fue cautivado por influencias más poderosas y quizá más seductoras.[44] Mecenas, cuyos gustos estéticos eran genuinos y variados, aunque no siempre dignos de crédito, andaba en busca de talentos. Reunió a un grupo de poetas a los que brindó protección, consejo y subsidios. Virgilio entró así en el séquito y círculo de amigos de Mecenas. No tardaron en publicarse sus poemas (38 o 37 a. C.); Mecenas lo animó a superarse. La frivolidad amanerada y las gracias imitadas de las *Églogas* habían sido ya tocadas por la política contemporánea y estimuladas hacia temas más grandiosos cuando el poeta pastoril celebraba con esplendor místico las nupcias de Antonio, la Paz de Brindis y el final de todas las guerras. Mecenas esperaba emplear el arte de Virgilio al servicio del heredero de César. La edad heroica y militar exigía un poema épico en su honor, y la historia estaba ahora en boga. Bibáculo y el poeta narbonense P. Terencio Varrón habían cantado las campañas de César;[45] y un cierto Cornelio Severo estaba escribiendo, o iba a escribir pronto, la historia del *Bellum Siculum* como relato épico.[46]

Pero el poeta se resistía, y el patrono era demasiado prudente para insistir. Algo se podía hacer, sin embargo. Era un disparate no explotar los tesoros de erudición que Varrón había consignado para uso público; si no las antigüedades nacionales, quizá entonces el campo y el campesino. Los libros de Varrón sobre agricultura acababan de aparecer; la gente se había lamentado durante años de que Italia se estaba convirtiendo en un desierto; las estrecheces del *Bellum Siculum*, al

43. No es que haya prueba concreta; el escenario de la *Égl.* 10, en Arcadia, no se puede aducir como prueba de que Galo estuviese en Grecia.

44. En la *Égl.* 8, 6-13, VIRGILIO se dirige a Polión, adelantando su regreso y triunfo, en un tono y de una manera que hubieran sido los adecuados si la colección entera le fuese a estar dedicada (cf. esp. v. 11: «a te principium, tibi desinam»). Esta parece la dedicatoria original, pero un poema en honor de Octaviano se halla al principio de la serie.

45. Varrón escribió un *Bellum Sequanicum* (PRISCIANO, *GL* 2, 497, 10); y Furio, autor de *Annales belli Gallici* (cf. esp. HORACIO, *Sat.* 2, 5, 41), puede ser muy bien Bibáculo, aunque esto se ha discutido.

46. QUINTILIANO, 10, 1, 89: «versificator quam poeta melior».

tiempo que revelaban la dependencia de Italia del trigo importado, podían reforzar el argumento a favor de la autosuficiencia y evocar del pasado de Roma una figura muy querida de los políticos sentimentales, la del adusto granjero-labrador. Varrón, sin embargo, había descrito la tierra de Italia como no desolada, sino fructífera y productiva sin comparación;[47] Italia apenas había sido tocada por las guerras, y hubiera sido un anacronismo volver de la viña y del olivo a la producción de cereales para mera subsistencia. Pero Virgilio pretendía escribir un poema acerca de Italia, no un manual técnico; y en efecto, escribió sobre el país y sobre la vida del campesino, en un tono grave, religioso y patriótico.

Virgilio no fue el único descubrimiento de Mecenas. Virgilio con poca demora le había presentado a Horacio a su nuevo patrono. En compañía de estadistas, diplomáticos y otros poetas, tales como el dramaturgo Vario Rufo, viajaron juntos a Brindis en aquella ocasión en que los gobernantes del mundo iban a reunirse no lejos de Tarento (37 a. C.).[48]

Q. Horacio Flaco era hijo de un acaudalado liberto de Venusia, ciudad de Apulia, que creía en el valor de la educación y estaba dispuesto a pagar por la mejor. El joven fue enviado a realizar en Atenas sus estudios superiores. La llegada de Bruto, noble, patriota y amigo de las empresas liberales, levantó el entusiasmo de una ciudad que honraba la memoria de los Tiranicidas. Horacio fue arrastrado de las conferencias de los filósofos al ejército de los Libertadores. Luchó en Filipos por la República, pero no por convicciones republicanas; fue la simple coincidencia de su estancia en una ciudad universitaria, a una edad en que se es impresionable, y en compañía de jóvenes de la aristocracia romana.

La derrota lo redujo a la pobreza y a la obligación de buscar y ejercer la modesta profesión de escriba; con tiempo libre, no obstante, y margen para las aficiones literarias, mostrando en sus primeros versos la amargura de su suerte, hasta que su temperamento equilibrado y tenaz volvió por sus fueros. Horacio entonces compuso sátiras, pero no al modo tradicional de Lucilio. Su tema era la vida diaria; su trata-

47. VARRÓN, *RR* 1, 2, 3: «vos qui multas perambulastis terras, ecquam cultiorem Italia vidistis? (Vosotros que habéis viajado por todos los países, ¿habéis visto alguno mejor cultivado que Italia?).

48. HORACIO, *Sat.* I, 5.

miento del mismo no áspero ni truculento, sino humano y tolerante, lo cual se amoldaba a su propio temperamento. Tampoco los tiempos permitían ahora la sátira política o el libre ataque al orden establecido en el Estado y en la sociedad. La *libertas* republicana, denegada a los *nobiles* de Roma, no se le podía conceder al hijo de un liberto.

Horacio había llegado a la edad adulta en época de guerra y sabía lo que esa época significaba. Otros podrían caer en la desesperación. Horacio, en cambio, sacó de ella un estilo claro, firme, incluso metálico, una desconfianza del sentimiento y una concepción realista de la vida humana. Él insistió siempre en la modernidad, tanto en estilo como en temática, poniendo ya en práctica lo que más tarde había de formular como teoría literaria: un saludable desdén tanto del arcaísmo como del alejandrinismo, una apropiada consideración por aquellas parcelas de la vida humana que están a este lado del erotismo romántico y de la erudición mitológica. Su deseo era rebasar y superar tanto a los clásicos romanos arcaicos como a los nuevos modelos de la generación precedente. Las modas habían cambiado rápidamente. Una literatura verdaderamente moderna, que desdeñase el capricho de los gustos individuales tanto en amor como en política, lograría afirmar la primacía del sentido común y de la estabilidad social.

En la Roma de los triunviros era más fácil presenciar y constatar el paso del viejo régimen que distinguir el modo y manera del nuevo. En superficie, consolidación después de los cambios y disturbios; en profundidad, falta de confianza aún y de unidad, si no discordia e inquietud. Italia no estaba reconciliada con Roma, ni una clase con la otra. Como después de Sila, las colonias de veteranos, si por un lado mantenían el orden a favor del gobierno, por otro mantenían abiertas las heridas de la guerra civil. Había madera para otra revolución; había amenazado estallar durante la Guerra de Sicilia.[49] Cuando el orden público se deterioraba, cuando las ciudades o los individuos se armaban para su protección, el bandolerismo se hacía sentir predominante; los colonos de un terrateniente, una vez alistados en defensa de éste, podían desmandarse, aterrorizar al vecindario y desafiar al gobierno. Tras el fin de las campañas de Sicilia, Calvisio Sabino recibió el encargo de restablecer el orden en el campo.[50] Tuvo aciertos parciales. Unos años después se pudieron anular

49. Dión, 49, 15, 1.
50. Apiano, *BC* 5, 132, 547, cf. Suetonio, *Divus Aug.* 32, 1.

por fin algunas acusaciones de robos a mano armada, pendientes contra ciertos senadores.[51]

Los soldados cesarianos eran levantiscos, por el orgullo de sus hazañas, y conscientes de que con su ayuda los gobiernos se mantenían o caían. En el 36 y en el 35 a. C. se produjeron graves alzamientos,[52] presagios de revueltas antes, o después, de la confrontación con Antonio. Roma había presenciado una revolución social, pero ésta había sido detenida a tiempo. Después de la siguiente alteración del orden público podía llegar más lejos, abarcando no sólo a ciudadanos empobrecidos, sino a forasteros y esclavos. Había habido señales de alarma. Los sentimientos conservadores de los beneficiarios de las proscripciones, adquiridos recientemente junto con su riqueza y su posición, se manifestaban en un rechazo de los libertos y extranjeros. Forasteros habían servido en las legiones del pueblo romano, y los dinastas habían sido generosos con ellos en la concesión de la ciudadanía. En tiempos de paz y de estabilidad en el Imperio, el romano ya se había mostrado recalcitrante a admitir las peticiones de los pueblos extranjeros. Con la inseguridad, su orgullo, bajo el acicate del miedo, se convirtió en odio fanático.

El romano ya no podía adquirir confianza en el lenguaje, las costumbres y la religión de su propio pueblo. Era mucho más que el gobierno de los *nobiles* lo que se había derrumbado en Filipos. El sino del Imperio se puso allí de manifiesto: el pueblo rector quedaría sumergido bajo las innumerables hordas de sus súbditos. Los años revolucionarios expusieron a Roma a la avalancha de religiones extranjeras o de groseras supersticiones que invadía a todas las clases. T. Sextio, general de César en África, llevaba consigo adondequiera que fuese una cabeza de toro.[53] La creencia en los presagios y en la astrología crecía sin cesar. Los triunviros eran impotentes para oponerse; cediendo al deseo del pueblo, construyeron un templo al servicio de los dioses egipcios.[54] Cuando Agripa expulsó a los magos y astrólogos de Roma, en el 33 a. C.,[55] eso no era más que un reconocimiento del poder de éstos, un intento del gobierno de monopolizar el control de las profecías y de la propaganda.

51. Dión, 49, 43, 5.
52. *Ibid.*, 49, 13, 1 ss.; 34, 3 s.
53. Dión, 48, 21, 3.
54. *Ibid.*, 47, 15, 1.
55. *Ibid.*, 49, 43, 5.

En algunas clases estaba naciendo, sin embargo, un interés por la historia y las antigüedades romanas, una reacción contra los hábitos del pensamiento extranjero. Inspirado por los comienzos de un renacimiento patriótico, el nuevo gusto por la historia podía ser inducido a retornar a los más remotos orígenes del pueblo romano, augustos y sancionados por la divina providencia; cabía emplear antiguas leyendas para proclamar, en la literatura y en los monumentos, la gloria y las tradiciones de una familia, de una dinastía, de todo un pueblo,[56] y un retorno a las formas y prácticas religiosas de Roma contribuiría poderosamente a la restauración de la estabilidad política y de la confianza nacional. La necesidad era patente, pero los gobernantes de Roma querían para ellos el homenaje debido a los dioses y se disfrazaban, para afirmar su dominio sobre un mundo de esclavos, con el ropaje de la divinidad, el heredero de César como Apolo, Antonio como Dioniso.[57] Distaba mucho de ser evidente cómo iban a conciliar la monarquía absoluta con el patriotismo nacional, el Imperio universal con el pueblo romano. El nuevo orden del Estado y de la sociedad carecía aún de forma y de formulación última.

Esta época intermedia mostraba en todas las cosas una extraña mezcla de lo viejo y de lo nuevo. Pese a las pérdidas causadas por la guerra y las proscripciones, se podía encontrar todavía en los más altos escalones del senado cierto número de hombres llegados a la madurez en años en que Roma aún ostentaba el nombre y la fachada de un estado libre. No hacía tanto de eso. Pero también ellos habían cambiado con los tiempos rápidamente. Entre los republicanos, los valientes y los sinceros habían desaparecido; los supervivientes estaban deseosos de hacer las paces con el nuevo régimen, algunos por resignación, otros por ambición. Ahenobarbo al lado de Antonio, Mesala y otros nobles al del heredero de César, habían dado el ejemplo. La nueva monarquía no podía gobernar sin ayuda de la vieja oligarquía.

El orden de los caballeros salía ganándolo todo por la coacción ejercida por la clase gobernante y por la abolición de la política activa; sus sentimientos respecto al Estado y a la sociedad no necesitaban

56. Los relieves con escenas de la primitiva historia de Roma descubiertos hace años en la Basílica Aemilia pueden pertenecer a la obra de Paulo realizada en el 34 a. C. (Dión, 49, 42, 2); hubo sin embargo una restauración de los daños de un incendio en el 14 a. C. (*ibid.*, 54, 24, 2 s.).

57. Sobre esto cf. esp. L. R. Taylor, *The Divinity of the Roman Emperor* (1931), 100 ss.

de ninguna transformación radical. El político y el orador habían desaparecido; pero el banquero y hombre de negocios sobrevivía y prosperaba. Ático, con sus modales acomodaticios, se ganó la amistad del heredero de César sin necesidad de romper con Antonio, señal y portento de las cualidades no heroicas que proporcionaban el éxito e incluso granjeaban reputación en el estado de orden que él vivió casi hasta verlo firmemente establecido.[58] T. Pomponio Atico murió en el 32 a. C., a la edad de setenta y siete; a la cabecera de su lecho se hallaban el viejo Balbo y Marco Agripa, el marido de Cecilia Ática.[59]

Las líneas maestras de la nueva política estaban ya a la vista, y los agentes principales en acción. Pero aun ahora los actos del dinasta joven difícilmente podrían vaticinar el poder y el esplendor del futuro monarca. Antonio, ausente de Italia, era precisamente el socio mayor. Su prestigio, aunque en decadencia, todavía era bastante formidable en el 33 a. C. Y es muy fácil sobrestimar la fuerza y la popularidad que por entonces había acumulado Octaviano. Era grande, cierto; pero no tanto por contraste con Antonio como con su situación anterior. Octaviano ya no era el terrorista de Perusa. Habían pasado siete años desde entonces. Pero no era aún el líder de Italia. En este breve intervalo muchos temían el choque inminente, y algunos apostaban por el heredero de César, aunque nadie hubiera previsto por qué artes un campeón nacional se iba a alzar con el triunfo, y una nación iba a ser forjada en la lucha.

Una cosa estaba clara. La monarquía ya estaba allí, y destinada a sobrevivir, cualquiera que fuese el principio que se invocase en la disputa, cualquiera el nombre que el vencedor quisiese dar a su gobierno, porque era por la monarquía por la que los líderes cesarianos iban a luchar: «cum se uterque principem non solum urbis Romae, sed orbis terrarum esse cuperet».[60]

58. Nepote, *Vita Attici* 19 s. Octaviano le escribía casi a diario (*ibid.*, 20, 2); sin embargo, Ático también mantenía correspondencia con Marco Antonio, desde un extremo a otro de la Tierra (20, 4). Unos años antes, la nieta de Ático, aún niña, Vipsania, fue prometida a Ti. Claudio Nerón, hijastro de Octaviano (19, 4).

59. *Ibid.*, 21, 4. Bulbo probablemente murió poco después que Ático.

60. Nepote, *Vita Attici* 20, 5 (pues tanto uno como otro querían ser príncipes no sólo de la ciudad de Roma, sino del mundo).

Capítulo XIX

ANTONIO EN ORIENTE

Después de Brindis el prestigio de Antonio estaba en su cenit, y su hegemonía asegurada por la renovación del Triunvirato en Tarento; cuando éste caducase, el poder en Roma estaría en manos de cónsules antonianos. Antonio había perdido ya la mayor parte de dos años; no Ventidio, sino el vencedor de Filipos era quien había expulsado a los partos de la provincia de Asia (Asia Menor). Cuando sus manos quedaron libres al fin, emprendió el camino de Siria, convocando allí al más poderoso y acaudalado de los vasallos de Roma, la reina de Egipto. No la había visto desde hacía casi cuatro años. Fonteyo la llevó a Antioquía, donde pasaron el invierno del año 37-36 entre deliberaciones y fiestas.[1] La invasión de Media y de Partia estaba proyectada para el verano próximo.

Los reinos vasallos de Oriente constituían la base tradicional de la economía romana y de la seguridad romana. La invasión parta reveló graves defectos en su sistema y en su personal; la mayor parte de los dinastas nativos demostró ser incompetente o traicionera. En muchos de los reyes, tetrarcas y tiranos de poca monta, había lealtad, pero no a Roma, sino a Pompeyo, su patrono, cuya causa revivió de repente cuando Labieno el Joven atravesó el Tauro con un ejército parto sin encontrar resistencia por parte de Antípatro, señor de Derbe y de Laranda, cuyo principado se hallaba al lado del camino real de Asia Menor.[2] Los

1. PLUTARCO, *Antonius* 34.
2. ESTRABÓN, p. 569; *IGRR* IV, 1694.

reyes de Comagene y de Capadocia prestaron ayuda al invasor, mientras que Deyótaro, el más militar de todos ellos, se mantenía quieto, viejo, pero no decrépito; fiel a sí mismo, acababa de adueñarse de toda Galacia, matando a un tetrarca y a una esposa del tetrarca, hija suya por añadidura.[3] Pero Deyótaro murió el año de la invasión parta.[4]

En medio de esta confusión, hombres de riqueza y de posición en Asia, entre ellos los célebres oradores Hibreas de Milasa y Zenón de Laodicea, tomaron las armas en defensa de sus ciudades;[5] y un bandolero llamado Cleón, nacido en una oscura aldea frigia, hostigó y exterminó a los invasores de las tierras fronterizas de Asia y de Bitinia.[6] Después de la expulsión de los partos, Roma necesitaba nuevos jefes para el futuro en los territorios del este. Antonio descubrió a los hombres y los coronó reyes sin atender a reclamaciones familiares o dinásticas. Él tenía el ojo de César para el talento. Después del Pacto de Brindis, los triunviros invistieron a Herodes el Idumeo con las insignias de la realeza. Un año más tarde recibieron reinos Amintas (anteriormente secretario del rey Deyótaro) y Polemón, hijo muy capaz de Zenón de Laodicea. Otras medidas se fueron tomando paulatinamente, pero hasta el invierno del 37-36 a. C. los principados no quedaron constituidos formando un conjunto sólido y equilibrado, con todas las perspectivas de larga duración.[7]

Al este del Helesponto sólo había tres provincias romanas: Asia, Bitinia y Siria. Lo demás, la mayor parte de los territorios orientales, fue asignado a cuatro reyes, para que lo gobernasen como agentes de Roma y garantizasen la seguridad de la zona fronteriza. Una provincia romana, Cilicia, había desaparecido, en su mayor parte en beneficio de Amintas el Gálata, que recibía un vasto reino que abarcaba Galacia, Pisidia, Licaonia y otras regiones, desde el río Halis hacia el suroeste, hasta la costa de Panfilia. A Arquelao, hijo de la seductora

3. ESTRABÓN, p. 568.
4. DIÓN, 48, 33, 5.
5. ESTRABÓN, p. 660.
6. *Ibid.*, p. 574.
7. Sobre estas disposiciones, incluidas las concesiones territoriales a Egipto, cf. esp. J. KROMAYER, *Hermes* XXIX (1894), 579 ss.; U. KAHRSTEDT, «Syrische Territorien in hellenistischer Zeit», *Gött. Abh. phil-hist. Kl.* XIX, 2 (1926), 105; M. A. LEVI, *Ottaviano Capoparte* II, 122; J. DOBIAS, *Mélanges Bidez* (1934), 287 ss.; W. W. TARN, *CAH* X, 34; 66 ss.; 80. La provincia de Cilicia, si no reunida antes con Siria, terminó con seguridad en el 39 a. C.

Glafira, le correspondió el reino de Capadocia. Polemón asumió el mando del noreste, reinando sobre Ponto y Armenia Minor. Herodes fue el cuarto rey. La política —y la elección de los agentes— no precisa encomios; su excelencia fue reconocida por la historia y por el juicio de los enemigos de Antonio.

Roma tenía otro dominio a su cargo: Egipto, el último de los reinos de los sucesores de Alejandro, el más coherente y duradero de todos ellos: una pérdida si era destruido, un riesgo si anexionado, un problema si gobernado. Antonio decidió incrementar los territorios de Egipto. Dio a Cleopatra dominios en Siria, a saber, la costa central de Fenicia y la tetrarquía de Calcis; además, la isla de Chipre y algunas ciudades de Cilicia Áspera. El donativo no era espléndido por la extensión de sus territorios, pues Cleopatra no recibió un incremento mayor que el recibido por los otros dinastas;[8] pero su lote era sumamente rico. Sus ingresos fueron aumentando también por la donación de las plantaciones de bálsamo de Jericó y por el monopolio del bitumen del mar Muerto. Esa generosidad no satisfizo el orgullo dinástico y la rapacidad de la reina de Egipto, que una vez y otra trató de arrancarle a Antonio partes de los dominios de Herodes.[9] Ella ambicionaba la totalidad del reino de éste para formar hacia el norte un territorio continuo hasta Siria. Antonio rehusó darle nada más.

Estas concesiones no parecen haber desatado la alarma ni la crítica en Roma; sólo más tarde se convirtieron en un punto débil y en un pretexto para la difamación. Para Cleopatra los donativos de Antonio significaban el renacimiento del Imperio ptolemaico en su esplendor y riqueza, aunque no en poderío militar. Ella había recompuesto su patrimonio, poseyendo ahora el reino de Ptolomeo Filadelfo, a excepción de Judea. El acontecimiento se iba a festejar en Egipto y a señalar el comienzo de una nueva era.[10]

Pero las relaciones de Antonio y Cleopatra no eran simplemente las de un procónsul con un monarca vasallo. Tras la marcha de Antonio de Egipto, cuatro años antes, Cleopatra había dado a luz dos gemelos, cosa sin importancia hasta entonces, por lo menos en lo concerniente a la política romana, al líder cesariano rival e incluso al padre mismo. En

8. Cf. J. KROMAYER, *Hermes* XXIX (1984), 579.

9. Subrayado por KROMAYER, *ibid.*, 585. Las pruebas aportadas por Josefo son claras y valiosas, AJ 15, 75 ss.; 79; 88; 91 s.; 131.

10. W. W. TARN, *CAH* X, 81.

ese momento Antonio reconoció su paternidad. La madre impuso a los niños los nombres altisonantes de Alejandro Helios y Cleopatra Selene;[11] su siguiente hijo iba a llevar el histórico y significativo nombre de Filadelfo. Se ha sostenido que precisamente en esta ocasión Antonio contrajo matrimonio con Cleopatra, reconstruyendo el reino ptolemaico como regalo de boda.[12] La tesis es difícil de probar.

De su alianza egipcia Antonio esperaba obtener dinero y abastecimientos para sus empresas militares. Egipto, la más valiosa de sus reservas, no debiera ser considerado como supremo o independiente, sino como un eslabón de una cadena de reinos que llegaba por el norte hasta Ponto y por el oeste hasta Tracia y protegía por el frente y por el flanco las provincias romanas de Siria, Bitinia, Asia y Macedonia. Estos estados vasallos, al servicio del gobierno y de la defensa, no estaban conectados entre sí por ningún principio de uniformidad, sino que dependían de vínculos de alianza personal. Pompeyo Magno, enlazando a su clientela todos los reyes, dinastas y ciudades del ancho Oriente, había mostrado cuál era el camino del poder imperial. Además de príncipes de la sangre o del título, el séquito personal del gobernante de Roma en el Oriente podía hacerse extensivo, a conveniencia, a toda la aristocracia de ciudades y campos: casas sacerdotales, descendientes de reyes y de dioses de antigüedad inmemorial, dueñas de fortunas principescas, en fincas heredadas, o de los frutos de operaciones mercantiles, todas ellas dinásticas por derecho propio.

César hizo cuanto pudo por igualar o captar a los seguidores de Pompeyo, con concesiones de la ciudadanía romana o con favores fiscales y honoríficos a ciudades y a individuos eminentes. Recompensó a Teopompo y a otros cnidios, a Pótamo, hijo de Lesbónax de Mitilene (quizá rival del gran Teófanes), y a Sátiro de Quersoneso.[13] Mitrídates el pergameno, hijo de un tetrarca gálata, pero reputado bastardo del rey de Ponto, reclutó tropas para César y obtuvo un reino como recompensa;[14] y Antípatro el Idumeo, que había prestado ayuda a Ga-

11. *Id.*, *JRS* XXII (1932), 144 ss.

12. J. Kromayer, *Hermes* XXIX (1894) 582 ss.; W. W. Tarn, *CAH* X, 66.

13. M. Rostovzeff, *JRS* VII (1917), 27 ss., con especial referencia a Sátiro (*IOSPE* I², 691), pero con mención de otros partidarios de César en Oriente. Sobre Teopompo y Calisto, cf. *SIG*³ 761 y pruebas sacadas de allí; sobre Pótamo, *SIG*³ 754 y 764.

14. P-W XV, 2205 s. César le dio una tetrarquía de Galacia y el reino del Bósforo (*Bell. Al.* 78, 2; Estrabón, p. 625).

binio y a César, gobernaba Judea, aunque la antigua casa de los Asmoneos, ahora en decadencia, conservaba el título y el trono.[15] En los países del este muchos Julios revelan a su patrón en sus nombres, déspotas grandes o pequeños, y hombres relevantes dentro de sus ciudades e influyentes fuera de ellas.[16] Caciques de la política, el gobierno y la literatura, estos hombres formaban y propagaban la opinión pública del mundo helenístico.

Antonio llegó a más. Durante la Guerra de Módena defendió públicamente la causa de Teopompo, el amigo de César.[17] Colocado ahora en el lugar de Pompeyo y César como señor de los países orientales, no sólo dotó a Polemón, hijo del orador de Laodicea, de un reino grande, sino que dio en matrimonio a su propia hija Antonia a Pitodoro de Tralles, amigo de Pompeyo en otros tiempos, hombre de una fabulosa riqueza y gran influencia en Asia, fundando con ello un linaje de reyes.[18]

No era bastante ganarse la adhesión de influyentes dinastas de todo el Oriente, amigos de Roma y amigos de Antonio. Un gobernante dotado de previsión liberal tenía que demostrar que Roma no era una brutal conquistadora, sino una de ellos, sin alardes de superioridad tolerante, sino de efectiva buena voluntad. La consideración de los sentimientos griegos reforzaría la paz y la concordia mediante la alianza con los hombres de fortuna y de influencia.[19] Llegaría un día en que las clases dirigentes de las ciudades de Asia podrían esperar entrar en el senado de Roma, alternar con sus iguales de Italia y de las provincias occidentales y fundirse con ellos en una nueva aristocracia imperial.

15. Josefo, *AJ* 14, 137; 143; 162, etc.

16. Rara vez es posible, sin embargo, determinar si obtuvieron la ciudadanía de César o de Augusto.

17. Cicerón, *Pil.* 13, 33: «magnum crimen senatus, de Theopompo, summo homine, negleximus, qui ubi terrarum sit, quid agat, vivat denique an mortuus sit, quis aut scit aut curat?» (He aquí una grave acusación contra el senado. No nos ocupamos de Teopompo, hombre eminente ¿pero quién sabe; a quién le preocupa, dónde está; qué hace; en fin, si vive o está muerto?) Antonio también se quejaba de la ejecución de los amigos de César, Petreo y Menedemo (*ibid.*).

18. Cf. *PIR*[1], P 835. Su fortuna se estimaba en veinte millones de denarios. Su hija habría de casarse con Polemón, rey del Ponto.

19. Sobre el concepto de concordia y su relación con la monarquía, cf. E. Skard, *Zwei religiös-politische Begriffe, Euergetes-Concordia* (Oslo, 1932).

Mitilene concedió el honor y la calificación de salvador y benefactor no sólo a Pompeyo Magno, sino a su cliente, Teófanes.[20] El ejemplo no era en modo alguno nuevo ni prematuro: revelaba una costumbre y trazaba una política. En Éfeso toda Asia proclamó a César dios visible, hijo de Ares y de Afrodita, salvador de toda la humanidad.[21] Antonio alardeaba del favor que le dispensaba Dioniso, y de que su linaje descendía, según la fábula, de Hércules. Ambos dioses aportaban alegría y éxito a la humanidad. Ante los ojos del mundo griego, Antonio podía exhibirse en atuendo imperial, no sólo como monarca y soldado, sino como benefactor de la humanidad, protector de las artes y munífico patrono de poetas y oradores, actores y filósofos. El estilo de su oratoria era ornado y ampuloso, realmente asiánico; su modo de vida, regio y suntuoso: «Antonio el grande e inimitable».[22] Así llevó adelante Antonio la política de Pompeyo y César, ampliando y quizá forzando la unión equilibrada entre el jefe de partido romano y el dinasta helenístico en una persona. Este último papel sería sensiblemente realzado por la gloria de la victoria en Partia, obligando al romano a depender más del apoyo de aliados orientales.

Antonio emprendió su gran campaña partiendo de Siria en la primavera del 36 a. C., con el propósito de vengar el desastre de Craso, demostrar el prestigio de Roma y tomar las medidas para la seguridad del Imperio en el futuro, no anexionando nuevos territorios como provincias romanas, sino mediante la ampliación de la esfera de los reinos vasallos. Adoptó el plan de campaña atribuido a César Dictador: no cruzar las áridas llanuras de Mesopotamia, como Craso había hecho, para ser diezmado en ellas por la caballería y las flechas. Aunque un ejército romano llegase a Ctesifonte, podía no volver nunca de ella. Antonio se proponía marchar a través de una Armenia amiga y desde ella invadir la Media Atropatene por el noroeste. Canidio, en una cam-

20. *SIG*³ 751 s. (Pompeyo); 753 (Teófanes) θεῳ Διὶ [Ε]λε[υθε]ρίῳ φιλοπάτριδι | Θεοφάνη τῳ σω|τηρι καὶ εὐεργέ|τᾳ καὶ κτιστᾷ δευ|τέρῳ τᾶς πατρῖδος (Al dios Zeus Libertador, amante de la patria, Teófanes, salvador y benefactor y segundo fundador de la patria). Este tipo de cosa era descrito por Tácito como «Graeca adulatio» (*Ann.* 6, 18).

21. SIG³ 760: τὸν ἀπὸ Ἄρεως καὶ Αφροδε[ί]της θεὸν ἐπιφανῆ καὶ κοινὸν τοῦ ἀνρωπίνου βίου σωτῆρα. Sobre otras ciudades, cf. L. R. TAYLOR, *The Divinity of the Roman Emperor*, 267 s.

22. *OGIS* 195 (inscripción de un particular en Alejandría): Ἀντώνιον μέγα | κἀμιμητον. Véase PLUTARCO, *Antonius* 28.

paña magistral, había sometido ya a los pueblos de más allá de Armenia, hacia el Cáucaso, y Canidio estaba esperando con sus legiones. En las cercanías de Erzerum Antonio pasó revista al gran ejército: dieciséis legiones, diez mil jinetes galos e hispanos y los contingentes de los príncipes clientes, sobre todo la caballería armenia de Artavasdes, pues ésta era esencial.

De sus seguidores romanos, Antonio llevó consigo a Ticio, Ahenobarbo y otros.[23] Planco, tío de Ticio, puede haber participado en esta guerra en el estado mayor de Antonio, aunque el talento por el que se le conoce era de otro tipo.[24] Sosio quedó a cargo de Siria; Furnio, de Asia. Ahenobarbo había sido gobernador de Bitinia desde el Pacto de Brindis; no tenemos constancia de quién fue su sucesor en aquella provincia, ni de quién estaba al frente de Macedonia al mando del ejército de los Balcanes, de Antonio.

Desde su base en Armenia, las legiones iniciaron su larga marcha hacia Fraaspa, capital de Media, a unas quinientas millas de distancia. Antonio descuidó el dejar a Armenia firmemente sujeta, colocando guarniciones en el país —quizá no tuviera legiones suficientes—. Así Artavasdes pudo desertar impunemente con su caballería en un momento crítico. Los partos y los medos, con gran ayuda de la traición y de la movilidad, atacaron el sistema romano de comunicaciones, destrozaron dos legiones mandadas por Opio Estaciano y destruyeron gran parte de los abastecimientos y artillería de Antonio. Éste, por falta de caballería ligera, no pudo entablar combate con ellos. El verano estaba ya muy adelantado cuando apareció ante los muros de Fraaspa, y peligrosamente tarde cuando, tras un asedio infructuoso, se vio forzado a retirarse. El invierno se le echaba encima. Debilitadas por las privaciones y diezmadas en su lenta marcha por los partos, las legiones lograron retirarse a Armenia, merced únicamente al coraje de Antonio y a la firmeza de los veteranos. Como en la retirada de Módena, Antonio mostró en la adversidad sus cualidades mejores. Desde Armenia marchó sin respiro ni dilación a Siria, pues Armenia era insegura. Aplazó la venganza de Artavasdes. Fue una derrota, pero no un descalabro ni un desastre. Las pérdidas romanas fueron elevadas;

23. PLUTARCO, *Antonius* 42 (Ticio como cuestor); 40 (Ahenobarbo); 42 (Flavio Galo, por lo demás desconocido); 38, cf. DIÓN, 49, 25, 2 (Opio Estaciano, quizá pariente del almirante antoniano M. Opio Capitón).

24. La segunda salutación imperial de Planco (*ILS* 886) pudo haberla ganado antes, en el 40-39 a. C.

un testimonio temprano y hostil las cifra en no menos de un cuarto de todo el ejército.[25] Hay cálculos más elevados; el fracaso de Media fue utilizado pronto por la propaganda y los supervivientes no eran reacios a exagerar sus sufrimientos con fines de promoción política y para descrédito de su general.[26]

Antonio fue retrasado el año siguiente por la llegada a Asia de Sex. Pompeyo y por la falta de tropas instruidas. Los soldados de Occidente estaban considerados los mejores con mucha diferencia. Los reclutas orientales tenían mala reputación, a menudo exagerada. Sin embargo, Galacia y Macedonia podían competir con Italia en valor e incluso en disciplina. Llevaría tiempo instruirlos. Antonio deseaba los veinte mil legionarios que Octaviano se había comprometido a suministrarle. El colega infiel le envió setenta barcos, barcos que Antonio no necesitaba. Octavia recibió instrucciones de su hermano de llevar a su marido un cuerpo de dos mil hombres seleccionados.

Antonio se enfrentaba a una alternativa perjudicial. Aceptar equivalía a perdonar la ruptura de un acuerdo solemne por parte de Octaviano; rehusar, a un insulto a Octavia y a los sentimientos romanos. Una vez más, Octavia era adelantada como un peón en el juego de la alta política, en beneficio de su hermano, de cualquier modo que el adversario moviese.[27] Antonio estaba indignado. Aceptó las tropas. Octavia había venido hasta Atenas. Su marido la mandó regresar a Roma, falto de caballerosidad por primera vez en su vida. Estaba tratando con Octaviano, pero aprendió demasiado tarde. Octaviano, sin embargo, no estaba aún más preparado para explotar la afrenta a su familia que lo estaba para la afrenta a Roma que significaba la alianza y la vida marital de Antonio con la reina de Egipto.

El año siguiente presenció un giro de la fortuna en el noreste y cierta compensación a la desastrosa invasión de Media. Antonio marchó contra Media, capturó y depuso al traidor Artavasdes. Convirtió el país en provincia romana, dejando en él un gran ejército al mando

25. VELEYO, 2, 82, 3. LIVIO, *Per.* 130, es moderado: dos legiones destrozadas y además ocho mil hombres perdidos en la retirada. TARN (*CAH* X, 75) calcula las pérdidas en un 37 por 100 de todo el ejército.

26. Q. Delio se hizo posteriormente historiador (ESTRABÓN, p. 523; PLUTARCO, *Antonius* 59), probable fuente de mucha influencia en estos cálculos.

27. Como en la cuestión de la conferencia de Tarento, el papel de Octavia probablemente ha sido embellecido. Véanse las razonables observaciones de LEVI (*Ottaviano Capoparte* II, 134 ss.), dejando a un lado sentimentalismos.

del experimentado general Canidio: Ahora Antonio estaba en buenas relaciones con Media, pues los medos y los partos habían reñido inmediatamente después de su victoria. Antonio prometió a su hijo Alejandro Helios con Iotape, hija del monarca medo.[28] Después, a comienzos de la primavera del 33 a. C., Antonio, preocupado por el cuidado de sus dominios y aliados, emprendió de nuevo la marcha y mantuvo conversaciones con el rey de Media. La esperada invasión de Partia quedó aplazada o anulada. Había que tomar una decisión de mayor alcance. Con Armenia convertida en provincia romana y con la alianza de los medos, la frontera romana parecía bastante segura. Apenas pasados unos meses, la crisis de sus relaciones con Octaviano se agravó tanto que Antonio ordenó a Canidio traer el ejército a la costa de Asia.[29] Allí pasaron las legiones el invierno del 33-32 a. C.

En el año 33 a. C., con sus fronteras arregladas y Asia en paz, recuperándose del susto y mirando esperanzada a una nueva era de prosperidad, con legiones, caballería, barcos y tesoro a su disposición, Antonio parecía el socio dominante en un Imperio dividido. Con los fuertes reinos de Egipto y de Judea al sur y sureste, Roma estaba segura por aquel flanco y podía dirigir sus esfuerzos hacia el norte o el noreste, orientados ahora hacia la línea Macedonia-Bitinia-Ponto. Los resultados pronto se harían sentir en los Balcanes y en las costas del mar Negro.

Tampoco era menos evidente la hegemonía de Antonio en su séquito de senadores romanos.[30] De sus anteriores socios cesarianos, los

28. Dión, 49, 40, 2.

29. Plutarco, *Anteojos* 56.

30. Sobre los gobernadores de provincias de Antonio, véase L. Ganter, *Die Provinzialverwaltung der Triumvirn* (Diss. Estrasburgo, 1892), 31 ss. En los años 40-32 a. C., Ganter da, para Siria, a Saxa, Ventidio, Sosio, Planco y Bíbulo; para Asia, a Planco (39-37) y Furnio (36-35); para Macedonia, a L. Marcio Censorino (40) y Polión (39); para Bitinia, a Ahenobarbo (único gobernador conocido en este período). Cirene, de poca importancia como provincia, estaba quizá gobernada por M. Licinio Craso, véanse las monedas *BMC*, *R. Rep. II*, 532; L. Pinario Escarpo está atestiguado allí en el 31 a. C., Dión, 51, 5, 6; *BMC*, *R. Rep.* II, 583 ss. A la lista precedente deberían añadirse probablemente, como procónsules de Asia, M. Coceyo Nerva, entre Planco y Furnio, o quizá antes de Planco (cf. *ILS* 8780; Lagina en Caria); y después de Furnio, M. Ticio (*ILS* 891, Mileto); y Q. Didio, documentado en Siria en el 31 a. C. (Dión, 51, 7, 3), fue quizá nombrado por Antonio. No hay pruebas de mando provincial alguno desempeñado por L. Caninio Galo, C. Fonteyo Capitón, o L. Fulvio. Sobre las monedas de los almirantes o gobernadores antonianos cf. esp. M. Bahrfelu, *Num. Zeitsch.*

mariscales Ventidio y Decidio habían muerto. Polión había abandonado la vida pública y quizá Censorino también. Otros miembros del partido podían estar ya pasándose al heredero de César o a la neutralidad con garantías, por miedo a una nueva guerra civil entre líderes rivales. Más tarde se hizo notar que algunos de los más íntimos amigos habían sido, en tiempos, antonianos.[31]

La documentación es escasa. Es de suponer, sin embargo, que los Coceyos, una familia nueva que podía mostrar dos cónsules en cuatro años, eran sumamente circunspectos. M. Coceyo Nerva y un cierto C. Coceyo Balbo habían desempeñado mandos oficiales con Antonio;[32] pero el amable y diplomático L. Coceyo puede no haber salido de Italia después del Pacto de Brindis. Planco se quedó, situado en las alturas de los cargos y de la estima pública, aspirando quizá a la dirección del partido después de Antonio.[33] Ticio, proscrito y pirata por cuenta propia antes de unirse a Sex. Pompeyo, compartió los destinos de su tío como almirante y gobernador de provincias, ya designado para el consulado.[34] Prominente también en los consejos de Antonio era el elocuente Furnio, antaño aliado y protegido de Cicerón, partidario de César y legado de Planco en la Galia.[35] Otros diplomáticos fueron

---

XXXVII (1905), 9 ss. (Bíbulo, Atratino y Opio Capitón); *Journ. int. d'arch.*, núm. XI (1908), 215 ss. (Sosio, Proculeyo y Canidio Craso); Proculeyo, sin embargo, seguramente estaba acuñando para Octaviano en Cefalonia después de Accio, cf. *BMC*, *R. Rep. II*, 533. Hay muchas inseguridades en este campo. Valiosas adiciones y correcciones en M. GRANT, *From Imperium to Auctoritas*, Cambridge, 1946.

31. SÉNECA, *De Clem.* 1, 10, 1: «Salustium et Cocceios et Deillios et totam cohortem primae admissionis ex adversariorum castris conscripsit» (A Salustio, a los Coceyos y Deilios y toda la cohorte de la primera audiencia los reclutó en el campamento de sus adversarios).

32. M. Coceyo Nerva (*cos.* 36) es homenajeado en una inscripción de Lagina, Caria, como autocrator y benefactor, patrono y salvador de la ciudad (*ILS* 8780). C. Coceyo Balbo (*cos. suff.* 39) también había obtenido una salutación imperial (*IG* II², 4110; Atenas). L. Coceyo Nerva no llegó a cónsul.

33. Tenía a su cargo la correspondencia y el anillo signatario de Antonio en el 35 a. C. APIANO, *BC* 5, 144, 599). Planco tenía un cierto séquito, por ejemplo, M. Ticio y C. Furnio; y un Nerva, quizá uno de los Coceyos, era amigo íntimo, quizá legado, de Planco en el 43 a. C. (*Ad fam.* 10, 18, 1).

34. *ILS* 891 (Mileto), que lo describe como «*cos. des.*» y «procónsul» (probablemente de Asia). El origen de Ticio es desconocido, posiblemente del Piceno, cf. *CIL* IX, 4191 (Auxinum). Fue *cos. suff.* en el 31 a. C.

35. P-W VII, 375 ss. Estaba gobernando Asia para Antonio en el 35 (DIÓN, 49, 17, 5; APIANO, *BC* 5, 137, 567 ss.).

O. Delio, que desertó de Dolabela primero y de Casio más tarde, y el elegante C. Fonteyo Capitón, amigo de Antonio, que acudió de Roma a la conferencia de Tarento.[36] Nada señalados en las artes de la paz fueron ciertos militares y almirantes como Insteyo, de Pisauro, Q. Didio y M. Opio Capitón, personas oscuras, y los dos mariscales a quienes Antonio había instruido: Sosio, conquistador de Jerusalén, y Canidio, que había marchado por la ruta de Pompeyo al Cáucaso.[37]

Antonio había sido amigo leal de César, pero no un cesariano fanático. La venganza del Dictador y la forja de un nuevo culto fueron política y obra de Octaviano, no suya. El contraste no pasó inadvertido a los republicanos. En parte por desesperación, pero no enteramente por paradoja, los restos de los partidos de Catón y Pompeyo, entre los que se hallaban enemigos de César y asesinos aún impunes, se vieron empujados a buscar asilo y alianza al lado de Antonio.

El partido de Catón, después de luchar contra la dominación de Pompeyo, descubrió un peligro mayor y esperó utilizar a Pompeyo contra César a favor de la República. Al fracasar en el intento, conspiró con cesarianos disidentes y asesinó al Dictador, sólo para traer una tiranía peor. El grupo había sufrido muchas bajas. P. Servilio había desertado hacía tiempo, Catón y los consulares Bíbulo y Ahenobarbo habían muerto; lo mismo Bruto y Casio, Q. Hortensio, Lúculo el Joven y Favonio, el viejo admirador de Catón. Quedaban, sin embargo, bastantes supervivientes distinguidos para sostener una nueva formación en el Estado romano.

El joven Cn. Domicio Ahenobarbo, sin duda el mejor de su familia, rehusó aceptar la amnistía de César Dictador. En unión de los ase-

36. Sobre los cambios de bando de Delio, SÉNECA, *Suassoriae* 1, 7; VELEYO, 2, 84, 2. Fue empleado por Antonio en misiones confidenciales, para llevar a Cleopatra a Tarso (PLUTARCO, *Antonius* 25), en Judea en el 40 a. C. (JOSEFO, *AJ* 14, 394) y en el 36 (*ibid.*, 15, 25), *y* en la negociación con el rey de Armenia en el 34 (DIÓN, 49, 39, 2 s.), Sobre C. Fonteyo Capitón (*cos. suff.* 33) se sabe muy poco. Uno de los negociadores de Tarento en el 37 a. C. (HORACIO, *Sat.* 1, 5, 32 s.) fue enviado en una misión a Egipto por Antonio el invierno siguiente (PLUTARCO, *Antonius* 36).

37. M. Insteyo, de Pisauro (CICERÓN, *Phil.* 13, 26) luchó en Accio (PLUTARCO, *Antonius* 65). Q. Didio, atestiguado como gobernador de Siria en el año 31 a. C. (DIÓN, 51, 7, 1), es desconocido por lo demás; quizá pariente de un legado de César, C. Didio (*Bell. Hisp.* 40, 1, etc.). M. Opio Capitón es conocido sólo por monedas (*BMC*, *R. Rep.* II, 517 ss.); quizá de la misma familia que el jefe del ejército de Antonio en la invasión de Media; Opio Estaciano (PLUTARCO, *Antonius* 38). Sobre los Opios, cf. MÜNZER, P-W XVIII, 726 ss. Sobre Sosio y Canidio, cf. *supra*, p. 259.

sinos por su voluntad y su simpatía, luchó en Hipos. Después, negándose a admitir con Mesala que la República estaba condenada, o a confiar como Murco en la alianza con Pompeyo (a cuya familia detestaba), Ahenobarbo dominó el Adriático con su flota como almirante autónomo, acuñando monedas con retratos de su familia en ellas.[38] Polión se lo había ganado para Antonio, y él lo sirvió bien. La alianza fue firme y tuvo futuro: su hijo se prometió con la hija mayor de Antonio. Las dos partes tenían la costumbre de mantener su palabra. Por su cuna y por su prestigio, Ahenobarbo se hallaba a continuación de Antonio en la nueva coalición cesariana y republicana. Había otro pariente de Catón en el bando de Antonio, su nieto L. Calpurnio Bíbulo, también almirante;[39] y M. Silano, pariente de Bruto, era también antoniano.[40]

Los últimos seguidores de Sex. Pompeyo se pasaron a Antonio.[41] Su suegro, L. Escribonio Libón, llegó en seguida a cónsul; pero parece haberse retirado de la política. Los jóvenes *nobiles*, M. Emilio Escauro, hermanastro, y Cn. Cornelio Cinna, sobrino, estuvieron con Antonio hasta el final;[42] asimismo personajes menores, como el almirante pompeyano Q. Nasidio, y los pocos asesinos de César supervivientes, entre ellos Turulio y Casio de Parma;[43] el joven Sentio Saturnino, pariente de Libón, había estado también entre los compañeros de Pompeyo.

Pero catonianos y pompeyanos no agotan la lista de nobles del partido de Antonio. Los consulares L. Gelio Poplícola (*cos.* 36 a. C.), hermanastro de Mesala y amigo traicionero de Bruto, y L. Sempronio Atratino (*cos. suff.* 34 a. C.), con cuya hermana casó Poplícola, po-

38. *BMC R. Rep.* II, 487 s. (oro y plata, con dos tipos de retrato).

39. *Ibid.*, 510 ss. Llevó una flota a Sicilia en el 36 a. C. para ayudar a Octaviano y fue gobernador de Siria en el 32, cuando murió; Apiano, *BC* 4, 38, 162; *Syr.* 51.

40. Denominado en una inscripción ateniense ἀντιταμίας (procuestor) (*SIG*[1] 767), y en monedas «*q. pro cos.*» (*BMC, R. Rep.* II, 522). Cf. también *IG* XII, 9, 916 (Calcis).

41. Apiano, *BC* 5, 139, 579. Cf. *supra*, p. 220.

42. Dión, 51, 2, 4 s. (Escauro). Séneca, *De clem.* 1, 9, 8, etc. (Cinna); Cinna era hijo de Pompeya, hija del Magno, por su segundo matrimonio, con L. Cornelio Cinna, pretor en el 44 a. C. (*PIR*[2], C 1339).

43. Q. Nasidio (*BMC, R. Rep*, II, 564 s.; Apiano, *BC* 5, 139, 579) combatió como almirante en Accio (Dión, 50, 13, 5); sobre Turulio cf. *BMC R. Rep.* II, 531; sobre Casio de Parma, véase Apiano, *l. c.*, y Veleyo, 2, 87, 3 (el último de los asesinos). Casio es también una figura de la historia literaria, P-W III, 1743.

dían recordar a un lejano y disipado joven del círculo de Clodio.[44] De esta tradición literaria, social y política había también un recordatorio en la persona del joven Curión, fiel al amigo de su padre, su padrastro Antonio.[45] Otros jóvenes *nobiles,* entre los antonianos, eran M. Licinio Craso, M. Octavio y un Metelo que elude ser identificado de cerca.[46]

La suma de nombres nobles es impresionante cuando se compara con el séquito del dinasta cesariano rival, pero decorativa más que sólida y útil. Muchos de estos hombres nunca se habían sentado en el seriado romano. Eso importaba poco, es cierto. Ellos eran *nobiles*; pero éste era un período revolucionario que premiaba y recompensaba a sus propios hijos: al vigor y al talento, no a imágenes ancestrales y a cónsules muertos. Se podía por ello dudar de que el partido abigarrado de Antonio, con aquel variado pasado, cesariano, pompeyano y republicano, unido por lealtades personales y lazos familiares más que por un programa y una causa, pudiera soportar la tensión de la guerra.

El choque era ahora inminente, con el ataque viniendo del oeste, de Octaviano, pero no contra un aliado inocente y desprevenido. Los dos bandos estaban preparándose. La causa, o más bien el pretexto, era la política adoptada por Antonio en el Oriente y las siniestras intenciones a deducir de ella, y pregonadas por Octaviano y por su banda de patriotas clarividentes y faltos de escrúpulos. La organización de los territorios hecha en el 37-36 a. C., incluida la ampliación del

44. Sobre Poplícola, hijo del cónsul de Pompeyo del 72 a. C., cf. MÜNZER, P-W VII, 103 ss.: es el Gelio de cuya indecencia se mofa Catulo (88-91). Su mujer, Sempronia, hija de L. Atratino, está citada en *IG* II², 866 y en otras inscripciones. El almirante Atratino sirvió en Sicilia en el 36 a. C., enviado por Antonio; sus monedas, *BMC R. Rep.* II, 501; 515 s.; *supra*, p. 231. Una inscripción de Hipata, Tesalia, lo describe como πρεσβευτὰν καὶ αντιστράτηγον (legado y propretor) (*ILS* 9461). De nacimiento era un Calpurnio Bestia. No es completamente seguro que su padre adoptivo descendiese de los nobles Sempronios Atratinos.

45. DIÓN, 51, 2, 5.

46. Craso, nieto de M. Craso (*cos.* 70 a. C.), con Sex. Pompeyo y después con Antonio (DIÓN, 51, 4, 3). M. Octavio, almirante en Accio (PLUTARCO, *Antonius* 65), hijo quizá del cónsul del 76 a. C.; obsérvese a M. Octavio como almirante pompeyano en 49 y 48 a. C. (CÉSAR, *BC* 3, 5, 3, etc.). El misterioso Metelo fue salvado por su hijo después de Accio (APIANO, *BC* 4, 42, 175 ss.). L. Pinario Escarpo, sobrino de César Dictador, es difícil de clasificar; cf. sobre él MÜNZER, *Hermes* LXXI (1936), 229; *supra*, p. 165.

reino de Egipto, no tuvieron repercusión alguna ni en Roma ni en la opinión pública romana. Ni se levantó ningún griterío, del patriotismo indignado, para denunciar inmediatamente la extraña celebración de que Alejandría fue testigo en el 34 a. C., cuando Antonio regresó de la conquista de Armenia.[47] El general romano celebró una especie de triunfo, en el que Artavasdes, el armenio destronado, fue conducido en cadenas de oro a rendir homenaje a Cleopatra. Eso no lo fue todo. Otra ceremonia se celebró en el gimnasio. Antonio proclamó a Ptolomeo César hijo verdadero del Dictador y gobernador, en unión de Cleopatra, que iba a ser «reina de Reyes» de las posesiones de Oriente. Títulos de reyes, no todos ellos en poder o regalo de Antonio, fueron conferidos también a los tres hijos que Cleopatra le había dado. La propaganda del enemigo ha exagerado y deformado de tal modo estas celebraciones, que la exactitud de los hechos y de los detalles es irrecuperable; las altisonantes donaciones, cualesquiera que fuesen, no significaban nada en la administración provincial del Oriente. Aun entonces, los actos y disposiciones de Antonio no fueron explotados de inmediato por sus enemigos de Roma. La hora no había llegado.

La versión oficial romana de la causa de la Guerra de Accio es muy sencilla, coherente y sospechosa: una guerra justa, librada en defensa de la libertad y de la paz contra un enemigo extranjero: un romano degenerado trataba de minar las libertades del pueblo romano, de subyugar a Italia y al Occidente al poder de una reina de Oriente. Opinión cómoda y sana. En realidad Octaviano era el agresor; su guerra había estado precedida de un golpe de Estado; Antonio tenía de su parte a los cónsules y a la constitución.[48] Hacía falta, por tanto, demostrar que Antonio estaba «moralmente» equivocado y era «moralmente» el agresor. La situación y la fraseología se repiten en la historia de la guerra y de la política siempre que haya una opinión pública digna de convencer y de engañar.

La versión de los vencedores es palpablemente fraudulenta. La verdad no se puede desenterrar, pues ha sido enterrada dos veces, tanto en la novelería erótica como en la mitología política. De los hechos no hay y no hubo constancia auténtica; incluso si la hubiera, sería pre-

47. PLUTARCO (*Antonius* 54) y DIÓN (49, 41, 1 ss.) son pródigos en detalles. Es extraño que ni VELEYO (2, 82, 2 s.) ni LIVIO (al menos a juzgar por la *Per.* 131) explotaran de lleno este atractivo asunto. No tenían motivo alguno para respetar a Antonio.

48. *Infra*, pp. 339 s.

ciso especular con la política y las intenciones de Antonio; con el ascendiente que Cleopatra había alcanzado sobre él, y con la naturaleza de las propias ambiciones de ella. Una serie inventada de intenciones no puestas en práctica puede ser lógica, artística y convincente, pero no es historia.

Es posible, hasta cierto punto, reconstruir y explicar el proceder de Antonio. Cuando disponía de reinos y de tetrarquías de un modo soberano y absoluto, no sobrepasó los límites de lo permitido a un procónsul romano. Tampoco cedió Antonio realmente a príncipes extranjeros territorios extensos o valiosos que hubieran sido anteriormente provincias del pueblo romano. El sistema de reinos independientes y de provincias romanas que él organizó parece tan inteligible como eficaz.

Tres de las provincias que Antonio había heredado en Asia eran adquisiciones recientes. A Pompeyo, Siria le debía su anexión, y Bitinia-Ponto una ampliación de territorio. Estas disposiciones, aunque admirables, eran en cierto modo prematuras. Ahora se veía que una provincia de Cilicia era superflua. Con la supresión de los piratas vencidos, la razón principal (y original) de un mando provincial en el sur de Asia Menor desaparecía. La provincia misma, de gran extensión y de poca explotación provechosa, abarcaba territorio montañoso difícil, con tribus dedicadas al bandolerismo de isaúricos, pisidios y cilicios, y era, por tanto, enormemente adecuada para ponerla a cargo de un príncipe nativo.[49] Amintas era la persona; y la pequeña franja costera de Cilicia Áspera, concedida a Cleopatra, no estuvo gobernada directamente por Roma hasta que hubo pasado un siglo.

Una gran medida de descentralización era inevitable en los países de Oriente. Los agentes o beneficiarios fueron reyes y ciudades. Para Roma era una ventaja tanto como una necesidad, y la población prefería verse libre del recaudador de impuestos romano. César les retiró a las compañías de *publicani* el cobro de la renta de Asia;[50] también liberó a Chipre del dominio romano y lo transfirió al reino de Egipto.[51] Antonio, en su consulado, dispuso la liberación de Creta;[52] y su concesión de la ciudadanía romana a Sicilia entera podría parecer el

49. Como ESTRABÓN sostiene claramente (p. 671).
50. DIÓN, 42, 6, 3.
51. DIÓN, 42, 35, 5.
52. *Phil.* 2, 97.

preámbulo de la abolición de otra provincia romana.[53] El triunviro siguió su política hasta su conclusión lógica. La provincia de Cilicia quedó fraccionada por completo. Reyes en lugar de procónsules y de *publicani* significaban orden, contento y economía; ellos proporcionaban levas, regalos y tributos para los gobernantes de Roma.

El Imperio del pueblo romano era grande, peligrosamente grande. La conquista de la Galia por César llevó sus límites al Canal de la Mancha y al curso del Rin, creando con ello nuevos problemas. El resto de su frontera norte estaba pidiendo a gritos su regulación, como el mismo César había visto probablemente, mediante nuevas conquistas en los Balcanes y en Iliria, hasta la línea del Danubio. Sólo entonces, y sólo así, podría hacerse el Imperio sólido, coherente y seguro. En Occidente, el gobierno municipal autónomo estaba progresando rápidamente en la Galia y en España; en otros sitios, en cambio, la carga de la administración imponía un severo esfuerzo al pueblo romano. Si la oligarquía romana había de sobrevivir como clase gobernante, tendría que poner coto a sus ambiciones y reducir el área de su gobierno. Roma no podía encargarse del Oriente como del Occidente. El Oriente era fundamentalmente distinto, poseyendo sus propias tradiciones de lenguaje, costumbres y gobierno. Los reyes vasallos estaban ya allí; dejadlos estar, como instrumentos de la dominación romana. No era su fortaleza, sino su debilidad, lo que fomentaba el peligro y la preocupación de Roma.

Un Egipto renacido podía igualmente desempeñar su cometido en la economía romana del Imperio. Era doblemente necesario, ahora que Roma, en otro lugar de Oriente, había adquirido un nuevo compromiso, una nueva provincia, Armenia, con una nueva frontera de cara al Cáucaso y al reino vasallo de Media. Desde las Guerras Púnicas, el nuevo poder imperial de Roma, por suspicacia y por miedo, había explotado las rivalidades y minado el poder de las monarquías helenísticas. Roma sembró la confusión por todo el Oriente, y al final echó sobre sus espaldas guerras extranjeras y civiles. Para la población de los países orientales, el gobierno directo de Roma era desagradable y opresivo, y para el Estado romano una causa de desintegración, motivada por la ambición militar de los procónsules y por las extorsiones de los caballeros. El Imperio, y especialmente el Imperio de Oriente, había sido la ruina de la República.

53. *Ad Att.* 14, 12, 1.

Egipto mismo, por mucho que aumentase, nunca podría ser una amenaza para el Imperio de Roma. Desde que Roma había conocido aquel reino, sus defensas eran débiles, sus monarcas impotentes o ridículos. Pompeyo o César podían haberlo anexionado; prefirieron prudentemente librar al país, rico como era, de la explotación y de la ruina por parte de los financieros romanos. Era claro que Egipto no estaba en condiciones de convertirse en provincia romana; debía seguir siendo un aliado o una reserva del gobernante de Roma. Aunque la vieja dinastía se extinguiese, la monarquía tendría que subsistir en Egipto.

Las disposiciones de Antonio, y los reyes vasallos de Antonio, fueron conservados casi por completo por su rival victorioso, salvo que en Egipto realizó un cambio dinástico, y sustituyó a los Ptolomeos por su propia persona. César Augusto era, pues, al mismo tiempo, magistrado de Roma y rey de Egipto. Pero eso no supone la identidad sustancial de su política con la de Antonio. Estaba Cleopatra. Antonio no era rey de Egipto,[54] pero cuando vivió allí como consorte de la reina de Egipto, padre de hijos de ésta que fueron coronados reyes y reinas, su doble papel de procónsul romano y dinasta helenístico era ambiguo, inquietante y vulnerable. Se podía dar crédito a los relatos más alarmantes de sus ulteriores ambiciones. ¿Era propósito de Marco Antonio reinar como monarca helenístico sobre un reino separado o sobre el mundo entero? Se trata una vez más de una discusión de intenciones, intenciones que difícilmente pueden haber sido tan manifiestas a los seguidores republicanos de Antonio (un sobrino y un nieto de Catón estaban aún a su lado) como lo fueron a los agentes de Octaviano e historiadores posteriores. Es de suponer que Antonio estaba tomando medidas para el presente, no para un futuro lejano; para Oriente, y no para Italia y Occidente también.[55] Los honores divinos correspondían en Oriente a la monarquía absoluta, pero no sólo a la monarquía; en cualquier representante del poder eran naturales y normales. Si a Octaviano le hubiesen correspondido en el reparto los países orientales, en vez de los occidentales, su política apenas se hubie-

54. W. W. TARN, *CAH* X, 81. Los gobernantes de Egipto eran Cleopatra y su hijo mayor, Ptolomeo César (pretendido hijo del Dictador, pero probablemente no, cf. J. CARCOPINO, *Ana. de l'École de Hautes Études de Gand* 1 (1937) 37 ss.).

55. Véanse las oportunas observaciones de LEVI, *Ottaviano Capoparte* II, 152. Antonio no era *basileús*.

se diferenciado de la de Antonio. El primer hombre de Roma, cuando dominaba el Oriente, no podía eludir, aunque lo hubiese deseado, el rango y los atributos de un rey o de un dios. Años antes, y en compañía de su esposa romana, Antonio había sido ovacionado como encarnación del dios Dioniso.[56]

Cuando vivía en Atenas con Octavia, el comportamiento de Antonio podía interpretarse como deferencia a susceptibilidades helenísticas y como propaganda política. Con Cleopatra era distinto: ella era tan diosa como reina por derecho propio. La adopción de la divinidad representaba un aspecto más serio, y quizá un genuino contenido religioso. Dioniso-Osiris era el consorte de Isis. Pero en este terreno la exageración y la credulidad se han desbordado. Cuando Antonio se reunió con Cleopatra en Tarso, fue la unión de Afrodita con Dioniso para bien de Asia, según dice una de las versiones;[57] y su unión se ha interpretado como un «matrimonio sagrado».[58]

Anacronismo flagrante. El tal «matrimonio ritual», aunque bendecido con sus frutos gemelos, se disolvió después de un invierno, sin dejar consecuencias políticas. Sin embargo, en el 33 a. C. la ambición de Antonio podía haberse movido más en esta dirección. No había estado en Roma durante seis años. ¿Su alianza y sus ideas se habían apartado de Roma bajo la influencia de Cleopatra? Si a Antonio se le niega una política monárquica completa y propia, no se comprende que fuese simplemente un instrumento en manos de Cleopatra, cautivado por su belleza o dominado por su intelecto. Su posición era incómoda: si no calmaba a la reina de Egipto, tendría que deponerla. Y, sin embargo, él fue totalmente capaz de rechazar los repetidos intentos por parte de ella de aumentar su reino a expensas de Judea. No hay señal de hechizo aquí, si es que hubo tal hechizo. El Antonio sensual y esclavizado pertenece a la literatura popular y pedagógica. Cleopatra no era ni joven ni bella.[59] Pero hay formas de dominio más opresivas y más peligrosas; él pudo haber sucumbido al poder de su imaginación y de su comprensión. Pero esto no está probado. Antonio se vio obligado a luchar por Cleopatra hasta el fin, por honor y por principio,

56. W. W. Tarn, *JRS* XXII (1932) 149 ss.

57. Plutarco, *Antonius* 26: ὡς ἡ Ἀφροδίτη κωμάζοι παρὰ τὸν Διόνυσον ἐπ' ἀγαθῷ τῆς Ἀσίας (traducido en el texto).

58. M. A. Levi, *Ottaviano Capoparte* II, 103 s.; 144.

59. Plutarco, *Antonius*, 57.

así como por las necesidades de la guerra. Como César, él no abandonó nunca a sus amigos ni a sus aliados. Las cualidades más nobles, no las más ruines, fueron su perdición.

Roma, se ha dicho, temía a Cleopatra, pero no temía a Antonio. Ella estaba planificando una guerra de revancha, que iba a alinear contra Roma a todo el Oriente, alzarse ella misma como emperatriz del mundo en Roma e inaugurar un nuevo Imperio universal.[60] En este grandioso proyecto, Antonio no era más que su víctima y su instrumento.

No cabe duda de la capacidad de Cleopatra; pero su importancia en la historia, aparte la literatura y la leyenda, es otra cuestión. No es cierto que su ambición fuera más allá de esto: lograr el aumento de su reino ptolemaico bajo la protección de Roma. La clave se encuentra en el carácter de la Guerra de Accio, como fue proyectada y urdida por el partido de Octaviano. No era una guerra por el poderío contra Antonio; a Antonio no había que mencionarlo. Para contar con el beneplácito y el apoyo emocional de Roma a la empresa, era necesario inventar un peligro extranjero que amenazase todo lo que fuese romano, y Antonio evidentemente no estaba en esa situación.[61] La propaganda de Octaviano distorsionó a Cleopatra más allá de toda medida y de toda decencia. Para arruinar a Antonio no era bastante con que ella fuese una sirena; había que hacer de ella una Furia, *fatale monstrum*.[62]

Ése era el punto en que Antonio era más vulnerable, donde la opinión pública romana era más susceptible de ser manipulada y arrastrada. Años antes, Cleopatra no tenía peso alguno en la política de César Dictador, era un simple capítulo en sus amoríos, comparable a Eunoe, la mujer del príncipe de Mauritania;[63] ni la extranjera significaba ahora mucho más que un pormenor en la disputa, inevitable sin necesidad de ella, entre los dos líderes cesarianos. Si faltasen Cleopatra y sus hijos, Octaviano se hubiese visto reducido a emplear argumentos más débiles: el simple desagrado que le producían los monarcas orientales y los prejuicios contra los aliados forasteros de su rival: el plebeyo Amintas; el brutal Herodes y el presuntuoso Pitodoro.

60. W. W. TARN, *JRS* XXII (1932), 141; *CAH* X, 82 s.

61. TARN, *CAH* X, 76, reconoce que Antonio en sí no era un peligro para Roma.

62. HORACIO, *Odas* 1, 37, 21.

63. La falta de importancia de Cleopatra con relación a César ha sido puesta muy en claro por CARCOPINO, *Ann. de l'École des Hautes Études de Gand* 1 (1937), 37 ss.

La opinión creada inclinó la balanza de la historia. La política o las ambiciones de Antonio y de Cleopatra no fueron la verdadera causa de la Guerra de Accio;[64] fueron un pretexto para una lucha por el poder, la magnífica mentira sobre la que se edificó la supremacía del heredero de César y el renacimiento de la nación italiana. Aun así, pese a todo ello, la disputa adquirió pronto la forma augusta y solemne de una guerra de ideas, y de una guerra entre el este y el oeste. Antonio y Cleopatra parecen simples peones en el juego del destino.[65] El arma forjada para destruir a Antonio cambió la faz del mundo entero.

64. Cf. esp. KROMAYER, *Hermes* XXXIII (1898), 50; A. E. GLAUNINC, *Die Anhängerschaft des Antonius uns des Octavian* (Diss. Leipzig 1936), 31 ss.

65. PLUTARCO, *Antonius* 56: εδει γαρ εις Καίσαρα πάντα περιελθεῖν (Hacía falta que todo fuese a parar a manos de César).

Capítulo XX

TOTA ITALIA

El año 33 a. C. se inauguró con Octaviano como cónsul por segunda vez; a su terminación, los poderes triunvirales habrían de expirar. Los rivales maniobraban en busca de posiciones; nada de compromiso, ni en actos ni en pensamientos. Octaviano realizó el primer movimiento. A comienzos de año pronunció un discurso en el senado criticando los actos de Antonio en Oriente.[1] Antonio respondió con un manifiesto. Se apoyaba en la legalidad y en la palabra empeñada en los acuerdos, lo que era una equivocación. Se quejaba de que había sido excluido de las levas de reclutas en Italia; que sus hombres habían sido pasados por alto en las adjudicaciones de tierras; que Octaviano había destituido de modo arbitrario a un colega en el Triunvirato.[2] Antonio ya había manifestado su disposición a hacer entrega de su cargo y colaborar en la restauración de la República.[3]

Octaviano eludió en su respuesta el cargo de ruptura de compromiso. Prefiriendo un tema con encanto moral y emocional, concentró el peso de su ataque en la alianza de Antonio con la reina de Egipto. Después, un toque de ironía: las grandiosas conquistas de Antonio se-

1. El orden de los sucesos, no siempre indicado con claridad por Dión y Plutarco, únicas fuentes completas para los años 33 y 32, ha sido fijado satisfactoriamente por KROMAYER, *Hermes* XXXIII (1898) 37 ss.

2. DIÓN, 50, 1, 3 ss.; PLUTARCO, *Antonius* 55.

3. DIÓN 1, 49, 41, 6.

guramente sobrarían para proporcionar botines o tierras a los ejércitos de Oriente.[4]

Antonio expuso la declaración de sus *acta* y la solicitud de su ratificación en un documento que envió antes de finales de año a los cónsules designados, Cn. Domicio Ahenobarbo y C. Sosio, sus fieles seguidores. El contenido de este mensaje se podía adivinar: debía ser comunicado al senado el día primero del nuevo año.

Hasta aquí documentos oficiales y manifiestos públicos, de todo lo cual había habido un vacío en los años últimos. Tanto los panfletos como las injurias habían guardado silencio durante el gobierno de los triunviros. Ahora volvieron a florecer de repente, encabezadas por la correspondencia franca, libre y mordaz de los dinastas, destinada a hacerse pública. Los viejos temas, familiares por las invectivas recíprocas de la época del primer ensayo de Octaviano en el empleo de la violencia armada, y renovados durante la Guerra de Perusa, reaparecieron con mayor intensidad: ascendencia oscura, escándalos familiares, vicios personales de lujuria, crueldad y cobardía.[5] Octaviano atacaba sobre todo la afición de Antonio a la bebida, y a Cleopatra. Antonio respondía que no era nada nuevo, sino que había empezado hacía nueve años; Cleopatra era su mujer. En cuanto a Octaviano, ¿qué decir de Salvia Titisenia, Rufila, Tertula y Terentila?[6] Contra la otra acusación, compuso un tratado poco ejemplar titulado *De sua ebrietate*.[7]

4. *Ibid.*, 50, 1, 4; PLUTARCO, *Antonius* 53.

5. K. SCOTT, *Mem. Am. Ac. Rome XI* (1933) 7 ss.

6. SUETONIO, *Divus Aug.* 69: «quid te mutavit, quod reginam ineo? uxor mea est, nunc coepi an abhinh annos novem? tu deinde solam Drisillam inis? ita valeas uti tu, hanc epistolam cum leges, non inieris Tertullam aut Terentillam aut Rufillam aut Salviam Titisienam aut omnes, an refert, ubi et in qua arrigas?» (¿Qué te ha hecho cambiar? ¿Que yo visite a la reina? Es mi mujer. ¿He empezado ahora o hace ya nueve años? ¿Es que tú sólo visitas a Drusila [Livia]? Así tengas tú salud como que cuando leas esta carta no hayas visitado a Tertula o a Terentila o a Rufila o a Salvia Titisinea o a todas ellas. ¿Acaso importa dónde y con cuál te pones en erección?) Es evidente que este famoso pasaje, igualando en desenfado a un producto juvenil de Octaviano (cf. MARCIAL, 11, 20), no da ni una definición satisfactoria de la palabra *uxor*, ni una solución clara al problema del «matrimonio» de Antonio. Las mujeres aludidas pueden ser las esposas de algunos de los colaboradores de Octaviano; por lo menos, Terentila es probablemente Terencia, la mujer de Mecenas, no ajena a la maledicencia posterior.

7. PLINIO, *NH* 14, 148: «exiguo tempore ante proelium Actiacum id volumen

Poetas y panfletistas saltaron a la palestra con celeridad. Antonio afirmó que Ptolomeo César era el verdadero heredero, así como hijo auténtico del Dictador. Octaviano encargó al agente cesariano Opio de desmentir tal paternidad.[8] El republicano Mesala puso su elocuencia al servicio de sus intereses políticos,[9] acusando a Antonio de que, como un monarca oriental, usaba vasijas de oro para fines domésticos e íntimos. Mesala escribió como mínimo tres panfletos contra Antonio;[10] pronto fue recompensado con el consulado que Antonio debiera haber desempeñado. La libertad de expresión republicana gozaba ahora de un breve renacimiento, como si estuviera ligada a la política de un déspota militar.

Al final del gobierno arbitrario del Triunvirato, la República, asombrada y no familiarizada ya con la libertad, fue invitada a disfrutar de ella una vez más. Desde la fecha en que una toma de posesión de nuevos cónsules había presagiado por última vez un cambio político, parecía haber transcurrido toda una era. La mayor parte de los actores principales había muerto; en realidad, sin embargo, el consulado de Sosio y de Domicio sólo distaba once años del de Hircio y Pansa. En aquel entonces, el nuevo año se había esperado con ansiedad, pues había dado ocasión de proporcionar cobertura constitucional al joven aventurero. Ahora, una vez más la posición de Octaviano se encontraba falta de base legal, pues los poderes triunvirales habían llegado a su término.[11] Eso no le asustaba; él no daba ningún paso para legalizar su posición. Respetaba la constitución; hacía caso omiso de ella. Cuando llegó la hora, pasó por encima del senado y del pueblo, recurriendo a una instancia superior; hasta tal punto se había debilitado la constitución romana.

---

evomuit» (Poco tiempo antes de la batalla de Accio vomitó este tomito); CHARLSWORTH, *CQ* XXVII (1933), 172 ss.

8. SUETONIO, *Divus Iulius* 52, 2.

9. PLINIO, *NH* 33, 50.

10. CHARISIUS, *GL* 104, 18; 129, 7; 146, 34.

11. Toda la cuestión, que ha sido debatida en exceso, no necesita ser discutida aquí. Por una parte, los triunviros podían continuar detentando sus poderes después de la fecha fijada para su expiración, como en el 37 a. C. Esto fue lo que Antonio hizo en el 32. Por otra, la afirmación y la actitud de Octaviano son perfectamente claras: había sido triunviro durante diez años (*Res Gestae*, 7). Maestro en todas las artes del engaño político, no necesitaba rebajarse a un engaño trivial y sin objeto. La súbita relevancia de los cónsules y de un tribuno a principios del 32 a. C. puede servir de prueba de que el Triunvirato había tocado a su fin, legalmente cuando menos.

Octaviano se ausentó de la ciudad. Los nuevos cónsules convocaron al senado y tomaron posesión el 1 de enero. No leyeron el despacho de Antonio, que habían recibido a fines del otoño anterior. Pudieron haber hecho un compromiso previo con Octaviano,[12] pero es más probable que tuviesen miedo de divulgar su contenido. Antonio pedía que se confirmasen sus *acta*. Entre éstos figuraba la conquista de Armenia, fuerte argumento a su favor. Pero Armenia estaba contrarrestada por las donaciones de Antonio a Cleopatra y a sus hijos, punto vulnerable para un ataque hostil, si el senado decidía discutir los *acta* de Antonio uno por uno, como cuando Pompeyo solicitó confirmación de su organización de las provincias y reinos del Oriente. Ahenobarbo recogió velas, quizá en esperanza de paz.[13] Sosio tomó la iniciativa y pronunció un discurso en alabanza de Antonio, con fuertes críticas a Octaviano, y propuso una moción de censura que fue vetada por un tribuno. Eso levantó la sesión.

Octaviano, entretanto, concentraba a sus seguidores de las ciudades de Italia: veteranos cesarianos, adeptos personales y sus bandas armadas. De regreso a Roma, convocó al senado por iniciativa propia. Había desechado el nombre de triunviro. Pero poseía *auctoritas* y la fuerza armada con que respaldarla. Entró en la curia rodeado de soldados y de adeptos en traje civil, con las armas escondidas. Tomando asiento entre los dos cónsules, habló en defensa de su propia política y acusó a Sosio y a Antonio. Nadie osó alzar la voz contra el líder cesariano. Octaviano entonces levantó la sesión y dio orden de reunirse otra vez, un día determinado, en que aportaría las pruebas documentales en contra de Antonio.

En señal de protesta, los cónsules huyeron al lado de Antonio, llevando consigo el mensaje no leído. Fueron seguidos por más de trescientos senadores, republicanos y antonianos.[14]

Octaviano declaró que los dejaba partir libre y abiertamente.[15] Poner trabas u obligar a los cónsules no hubiera sido aconsejable, y

12. Dión, 49, 41, 4.

13. *Ibid.*, 50, 2, 3: ὁ μὲν Δομίτιος ουδὲν φανερῶς, ὥς γε καὶ συμφορων πολλων πεπειρμένος, ἐνεχμωσεν (Domicio no tomó abiertamente ninguna medida nueva, pues ya había experimentado bastantes calamidades). Quizá se había dejado convencer por antiguos republicanos eminentes que ahora militaban en el partido cesariano.

14. Más de setecientos senadores lucharon en el bando de Octaviano en la Guerra de Accio (*Res Gestae* 25); el conjunto del senado ascendía a más de mil.

15. Dión, 50, 2, 7.

el apartamiento de sus enemigos no lo veía mal. Aun ahora no había que despreciar del todo al senado y al pueblo; los cónsules podían ser inculpados de falta grave por haber abandonado Italia sin autorización.[16] En lugar de Sosio y de Ahenobarbo, nombró a dos nobles, M. Valeria, pariente de Mesala Corvino, y L. Cornelio Cinna, nieto del enemigo de Sila. Al año siguiente sería cónsul él, con Corvino en lugar de Antonio; uno de los *suffecti* iba a ser Cn. Pompeyo, bisnieto de Sila. Los nombres históricos podían ofrecer garantía, o por lo menos hacer creer al público que contaba con el respaldo de la aristocracia romana.[17]

Por el momento, la violencia le había dado a Octaviano un dominio inseguro de Roma y de Italia. Pero la violencia no bastaba; todavía le faltaba la justificación moral de la guerra y el apoyo moral del pueblo romano. En una disputa de dinastas, las acusaciones y las réplicas, tanto legales como personales, no constituían una novedad para una generación que recordaba las deformaciones de los hechos y los insultos de la política republicana, por no decir nada de la reciente crisis institucional del consulado de Antonio y de la Guerra de Módena. Hacía falta un estimulante más enérgico.

Octaviano se encontraba en una posición muy difícil. La secesión de sus enemigos declarados no quería decir que el resto del senado le fuese leal y sin reservas; estaba lleno de tímidos y de oportunistas, dispuestos a volverse contra él, si tenían el coraje de hacerlo. Era mala señal que más de trescientos senadores hubieran decidido unirse a Antonio, prueba evidente de algo más que lealtad desesperada o estupidez sin paliativos. Octaviano manifestaba haber dimitido del cargo de triunviro, pero conservaba el poder, como estaba bien claro, no sólo para Antonio, sino para otros contemporáneos, pues Antonio, que más honrado aún utilizaba el nombre, se volvió a ofrecer a renunciar a sus

16. Los historiadores y los puristas constitucionales podían recordar la situación del 49 a. C., cuando los cónsules pompeyanos se ausentaron de Roma sin recabar una *lex curiata*.

17. Esto es simple conjetura, basada en la presencia de los nombres de M. Valerio, L. Cornelio y Cn. Pompeyo en los *Fasti*. Estos cónsules podían haber sido designados por oficio en una fecha anterior. L. Cornelio Cinna (*pr.* 44) era el marido de Pompeya, hija de Pompeyo Magno; pero el cónsul del 32 puede ser hijo por un matrimonio anterior (*PIR*^{2}, C 1338). Cn. Pompeyo era hijo de Q. Pompeyo Rufo (tr. *pl.* 52 a.C.), que a su vez era fruto del matrimonio de Q. Pompeyo Rufo (*cos.* 88 a. C.) y de Cornelia, hija de Sila.

poderes, como lo había hecho dos años antes.[18] Además, si la ley y la constitución tenían aún importancia, Antonio disponía de un argumento válido: los dos cónsules estaban a su lado. Antonio estaba a la defensiva, y por consiguiente, se podía suponer, defendía la paz. En caso de guerra, su prestigio y su poder eran enormes. No está de ningún modo demostrado que su fracaso en Media hubiese destruido su reputación, pues los éxitos alcanzados a continuación *y* la puesta en orden de la frontera del noreste compensaban las pérdidas materiales. Octaviano tenía que esperar y confiar en que todo saliese bien. Su enemigo pronto tendría que tomar una decisión peligrosísima.

Antonio estaba en Éfeso. Su ejército acababa de ser aumentado hasta el imponente total de treinta legiones,[19] y una enorme escuadra estaba lista a lo largo de las costas. Él estaba confiado y dispuesto a la lucha, pero no quería iniciarla aún. Aquí se reunieron con él en primavera los dos cónsules, llevando consigo la apariencia de un senado. Se promovió un debate enconado entre los jefes del partido, agudizado por las enemistades y rivalidades personales.

En una guerra civil, las escuadras y las legiones no son las cosas más importantes. ¿Con qué nombre y argumento se va a emprender la lucha? ¿Por Roma, por los cónsules y la República, contra la dominación de Octaviano, o por Egipto y la reina de Egipto? Ahenobarbo insistía en que Cleopatra fuese devuelta a Egipto. El mariscal Canidio discrepaba, haciendo ver los hombres, el dinero y los barcos que Cleopatra aportaba a la guerra.[20] Canidio se impuso; se dijo que lo habían sobornado. La comprometedora aliada se quedó.

A comienzos de verano, Antonio pasó de Éfeso a Samos, y de Samos a Atenas. Ahora se diría que Cleopatra había acabado triunfando. Antonio se divorció oficialmente de Octavia. Aquel acto, que denotaba la ruptura de su *amicitia* con Octaviano, equivalía a una declaración de guerra, y la guerra se hubiera producido con Cleopatra o sin ella. Pero la reina estaba allí; Antonio aparecía como su aliado, cualquiera que fuese la naturaleza del vínculo que los unía.[21]

18. Dión, 50, 7, 1.
19. *BMC*, *R. Rep.* II, 526 ss.
20. Plutarco, *Antonius* 56.
21. Sobre el tema del «matrimonio» de Antonio, cf. Rice Holmes, *The Architect of the Romam Empire* I, 227 ss. M. A. Levi, *Ottaviano Capoparte* II, 139 ss. Tanto Holmes como Levi parecen estar en contra de la tesis de Kromayer, de un matrimonio en 37-36 a. C. Dificultades de formulación (como el significado de la palabra

Antonio había presumido demasiado de la lealtad de un partido que no estaba unido por un principio ni por una causa, sino por una alianza personal. Generoso, pero descuidado, no había sido capaz en el pasado de retener a todos sus seguidores, ni de evitar su adhesión a Octaviano. Tampoco los republicanos y los pompeyanos se sujetaban tanto a la disciplina como los principales elementos del partido contrario, cesariano. Pronto asomaron síntomas peligrosos, que anunciaban la disolución del partido de Antonio, y Cleopatra no fue la causa principal de las dificultades.

A continuación de Antonio, estaban el republicano Ahenobarbo y el cesariano Planco, cada uno con sus propios seguidores. Entre ellos no había confianza, sino enemistad declarada, causa de un pleito que había de traer ulteriores consecuencias.[22] Ahenobarbo se mantenía firme frente a los halagos de Cleopatra, e incluso rehusaba saludarla con el título de reina.[23] Los principios republicanos, o más bien su tradición familiar y el futuro de su propio hijo, le obligaban a insistir en que el partido de Antonio fuese romano, no regio. Otra cosa era Munacio Planco, que, empeñado en conquistar el favor de Cleopatra, la declaró ganadora de una famosa, si no legendaria, apuesta con Antonio, y desplegó ostentosamente su variado talento en las fiestas cortesanas de máscaras en Alejandría.[24]

Antonio apoyaba a Cleopatra. Ahenobarbo aborrecía a la reina y era contrario a la guerra. Sin embargo, no fue Ahenobarbo quien desertó, sino Planco. Acompañado de su sobrino Ticio, abandonó su puesto y huyó a Roma.[25] Planco nunca se había equivocado en su va-

---

uxor) complican la cuestión, que tal vez no sea en sí de la mayor importancia. Siendo ciudadano romano, Antonio no podía contraer en ningún momento un matrimonio legalmente válido con una mujer extranjera.

22. SUETONIO, *Nero* 4 (un choque entre el hijo de Ahenobarbo y Planco en el 22 a. C.).

23. VELEYO, 2, 84, 2. La ciudad de Domitiópolis, en la parte de Cleopatra, de Cilicia Áspera, fue fundada, o por lo menos bautizada en su honor. Confirma esta conjetura la existencia de una ciudad llamada Titiópolis en la misma región (en honor de T. Ticio).

24. PLINIO, *NH* 9, 121; MACROBIO, 3, 17, 16 (la apuesta sobre la perla). VELEYO (2, 83, 1 s.) ofrece un cuadro muy vivo de la actuación de Planco en el papel de Glauco.

25. PLUTARCO, *Antonius* 58; DIÓN, 50, 3, 1 ss.; VELEYO, 2, 83. Dión no es muy explícito acerca de la causa de la deserción: προσκρούσαντές τι αὐτῷ ἐκεῖνοι η καὶ τῃ Κλεοπάτρᾳ τἰ ἀχθεσθέντες (Porque ellos habían tenido algún choque con él o se

ticinio de una crisis política delicada. El efecto debió de haber sido tremendo, lo mismo en Roma que en el campamento de Antonio. Sin embargo, éste conservaba aún a su lado hombres de principios, de distinción y de capacidad, viejos militantes cesarianos, republicanos, pompeyanos. Algunos aliados habían muerto; otros se habían distanciado por la ausencia o por las dotes diplomáticas del nuevo amo de Italia, y habían cambiado de bando por consideraciones de interés o preferían refugiarse, si podían, en una neutralidad segura aunque sin gloria. Aun así, Antonio podía contar con militares experimentados como Canidio y Sosio.

No figuran otros nombres en compañía de Planco y Ticio. Ni la lealdad conservada a Antonio, ni la deserción rápida, eran cualidades que la gente se preocupara después de recordar o perpetuar. Los pompeyanos Saturnino y Arruncio se habían hecho ya cesarianos; y ciertos diplomáticos consulares o mariscales diplomáticos, cuyo juicio político era más agudo que su sentido de la obligación personal, pudieron haber marchado en compañía de Planco o siguiendo sus pasos. Un silencio completo envuelve a los discretos Coceyos, y no hay señales de cuando Atratino y Fonteyo cambiaron de bando. Un cierto número de jóvenes *nobiles* permaneció, sin embargo, algunos hasta el mismo fin.

Lo más significativo es el nutrido séquito republicano de uno, denunciado ya como enemigo de Roma y como defensor del despotismo oriental. Bíbulo, el procónsul de Siria, murió aquel año; pero el resto del partido catoniano, capitaneado por Ahenobarbo, aún se mantenía firme. Si Ahenobarbo hubiera querido un pretexto para desertar, lo tenía en la mano en la negativa de Antonio a despedir a Cleopatra. Pero el partido antoniano se estaba ya desintegrando. La lealtad no duraría para siempre, en vista de pruebas como la deserción de Planco y Ticio.

Muy al corriente de los secretos de Antonio, los renegados llevaban un regalo precioso, al parecer: datos sobre la prueba documental que Octaviano estaba buscando con tanta urgencia. Ellos le dijeron que la última voluntad y el testamento de Antonio se hallaban bajo la cus-

---

habían enojado con Cleopatra) (50, 3, 2). Veleyo, que no es buena guía para Planco en ningún momento, alega que este individuo corrompido, «in omnia et omnibus venalis» (Venal para todos y para cualquier cosa), había sido convicto de desfalco por Antonio.

todia de las Vírgenes Vestales. Ni el ataque a la política de Antonio en Oriente, ni la indignación fomentada con motivo del divorcio de Octavia, habían secundado sus propósitos como era debido. La gente se daba cuenta de que el divorcio, como el matrimonio, era acto de alta política. Ahora se producía un descubrimiento oportuno, tan oportuno que se podría sospechar de falsificación, aunque las disposiciones del testamento quizá no sobrepasan del todo lo que es de creer.[26] Octaviano confiscó el documento a las Vírgenes Vestales y lo leyó al senado de Roma. Entre otras cosas, Antonio reiteraba como auténtica la paternidad de Ptolomeo César, otorgaba legados a los hijos de Cleopatra, y disponía que cuando muriese lo enterrasen al lado de ella en Alejandría.[27]

Se había dado la señal para realizar nuevos ataques. Calvisio, el soldado cesariano, asumiendo con alguna precipitación el papel, en él desacostumbrado, de defensor de las bellas letras, adujo, entre otras monstruosidades, que Antonio había abandonado de repente un juicio en medio de un discurso de Furnio, el más elocuente de los romanos, porque Cleopatra pasaba por allí en su litera; que había hecho donación a su concubina de toda la biblioteca de Pérgamo, no menos de doscientos mil volúmenes.[28] Los laudables esfuerzos de Calvisio no encontraron, en general, crédito, y respecto al testamento de Antonio, muchos consideraban una atrocidad que se acusase a un hombre en vida por disposiciones tomadas para después de su muerte. Ya un senador, de independencia poco común, se había reído públicamente de las declaraciones del renegado Planco.[29]

Sin embargo, el testamento fue considerado auténtico y no dejó de producir efecto, sobre todo en algunos niveles de la población, pues confirmaba acusaciones corrientes ya, y destinadas a llenar a la clase

26. La verdad del asunto está perdida para siempre. Octaviano fue el primero en leer el documento, a solas: καὶ πρωον μὲν αὐτος ἰδίᾳ τὰ γεγραμμένα διῆλθε καὶ παρεσημήνατο τόπους τινὰς εὖκατηγορήτους (Primero leyó él mismo, a solas, lo escrito y señaló ciertos pasajes que podían prestarse a la acusación) (PLUTARCO, *Antonius* 58). La hipótesis de la falsificación, parcial por lo menos, no debe descartarse a la ligera. No es cuestión de escrúpulos, sino de oportunidad. ¿Hasta qué punto era necesaria la falsificación? ¿Podía haber sido descubierta con facilidad?

27. DIÓN, 50, 3, 5.

28. PLUTARCO, *Antonius* 58.

29. VELEYO, 2, 83, 3. Fue C. Coponio, ex pompeyano y uno de los proscritos (P-W IV, 1215), de una estimada familia de Tívoli (CICERÓN, *Pro Bulbo* 53; *ILS* 3700) y enemigo de Planco.

media de horror y de indignación.[30] Los amigos de Antonio estaban desconcertados, incapaces de defenderlo abiertamente. Roma e Italia estaban inundadas de rumores disparatados. No era sólo que Antonio y Cleopatra proyectasen la conquista de Occidente; es que Antonio pensaba entregar la ciudad de Roma a la reina de Egipto y trasladar la capital a Alejandría.[31] El juramento favorito de la reina, se decía incluso (y se ha creído desde entonces), era «así pueda yo dictar mis edictos sobre el Capitolio».[32] Sin embargo, ningún romano, por muy degenerado que fuese, hubiera podido descender a semejante traición estando en su sano juicio. Por ello se afirmaba con toda seriedad que Antonio era víctima de brujería.[33]

Antonio, por su parte, no se movió aún. No sólo porque Octaviano había iniciado la lucha, sino porque invadir Italia con Cleopatra en su séquito le enajenaría a sus simpatizantes y confirmaría las peores acusaciones de sus enemigos. Por lo demás, la situación parecía favorable; se le reprochaba el no aprovechar la ventaja de que disponía, antes de que el enemigo crease un frente unido mediante la propaganda y la intimidación.[34]

En Italia reinaba la confusión.[35] Los agentes de Antonio distribuían a manos llenas sobornos entre la población civil y los soldados. Octaviano se vio obligado a comprar la lealtad de sus legiones haciéndoles un donativo. En su desesperada necesidad de dinero, impuso una contribución nueva, de un rigor sin precedente, exigiendo la cuarta parte de los ingresos anuales de todo individuo. Se produjeron disturbios y una ola de incendios provocados. Los libertos que se resistían al pago del impuesto fueron inculpados particularmente por el desmán y castigados con severidad.[36] Los disturbios entre la pobla-

30. Si hay que creer a Dión (50, 4, 2). Plutarco no concede mucha importancia y efecto a la publicación del testamento (*Antonius*, 58 s.), mientras que Veleyo omite por completo este divertido asunto.

31. Dión, 50, 4, 1: δι' ούν ταυτα ἀγανακτήσαντες ἐπίστευσαν ὅτι καὶ τἆλλα τα θρυλούμενα ἀληθη εἴη, τοῦτ' ἔστιν ὅτι, ἂν κρατήση, τήν τε πόλιν σφῶν ῖῇ Κλεοπάτρᾳ χαριεῖται καί τὸ κράτος ἐς τὴν Αἴγυπτον μεταθήσει (ellos se indignaron por esto y creyeron que todos los demás rumores eran verídicos, esto es, que si ganaba, le regalaría a Cleopatra la ciudad de ellos y trasladaría a Egipto la sede del gobierno).

32. *Ibid.*, 5, 4.

33. *Ibid.*, 5, 3; Plutarco, *Antonius* 60.

34. Plutarco, *Antonius* 58.

35. Valiosos testimonios en Dión, 50, 10, 3 ss.; Plutarco, *Antonius* 58.

36. Dión, 50, 10, 4.

ción civil fueron sofocados por la fuerza armada, pues los soldados, sí, habían recibido su paga. A la contribución pública se añadió la intimidación privada. Se aconsejó a las ciudades y a las personas acaudaladas que ofreciesen donativos al ejército. Las cartas que circulaban con la garantía del sello de la esfinge, y de la rana de Mecenas, eran imperiosas y terroríficas.[37]

«Quo, quo scelesti ruitis?»[38] Otra, otra guerra criminal más, entre ciudadanos, era impuesta al pueblo romano por la ambición loca. En esta atmósfera de terror y de alarma, Octaviano decidió recabar el apoyo nacional para su poder arbitrario y un mandato nacional para salvar a Roma de la amenaza del Oriente. Se organizó una especie de plebiscito en forma de juramento de fidelidad a su persona.

«Toda Italia por su propia iniciativa me juró fidelidad y me eligió como jefe en una guerra que yo gané en Accio.»[39] Así escribió Augusto en el memorial mayestático de su propia vida y hazañas. Cuando un documento oficial hace constar manifestaciones voluntarias de simpatía popular, bajo un régimen despótico, se puede aconsejar sin temor una cierta reserva en la creencia. Tampoco hay que imaginar que todo el país se alzó como un solo hombre, inflamado de ardor patriótico y clamando por una cruzada contra el enemigo extranjero. Y sin embargo, por otra parte, el frente unido no se logró sólo por intimidación. Sobre el modo como la medida fue puesta en práctica no disponemos de testimonio alguno. El juramento de fidelidad no fue quizá un solo acto, dispuesto por un decreto del líder cesariano y ejecutado simultáneamente en toda Italia, sino más bien la culminación, durante el verano, de una serie de agitaciones locales, que si bien lejos de no dirigidas, presentaban un cierto aspecto de espontáneas. Esta puesta en escena de una verdadera votación fue realzada por el honorable trato que recibió Bolonia, ciudad unida a Antonio por especiales lazos

37. PLINIO, *NH* 37, 10: «quippe etiam Maecenatis rana per collationes pecuniarum in magno terrore erat. Augustus postea ad evitanda convicia sphingis Alexandri Magni imagine signavit» (Incluso la rana de Mecenas causaba gran terror en las colectas de dinero. Augusto, después, para evitar los insultos, firmó con el sello de la esfinge de Alejandro Magno). La inscripción *ILS* 5531 (Iguvium) puede atestiguar contribuciones para la guerra: obsérvese la frase «in commeatum legionibus» (¿para las legiones en tránsito?).

38. ¿Adónde, adónde vais, miserables? HORACIO, *Epodos* I, 7, 1.

39. *Res Gestae* 25: «iuravit in mea verba tota Italia sponte sua et me belli quo vici ad Actium ducem depoposcit».

de fidelidad.[40] La ostentosa exención de Bolonia de la obligación de prestar juramento puso de relieve la solidaridad del resto de Italia y remachó los grilletes de la esclavitud. Bolonia u otras comunidades recalcitrantes como ella pagarían el precio con la confiscación de sus tierras cuando la guerra terminase.[41]

En la crisis constitucional del año 32, los cónsules y una aparente legalidad estaban de parte de Antonio. Cosa absurda: la constitución romana estaba visiblemente desfasada si era instrumento del enemigo de Roma. Y así Octaviano, como Cicerón doce años antes, cuando justificaba con tanta elocuencia una aventura digna de Catilina y una traición armada contra un cónsul, fue capaz también de invocar la excusa de una «legalidad más alta». Contra los órganos degenerados de una constitución mezquina y desgastada, él apelaba a la voz y a los sentimientos del verdadero pueblo romano; no a la plebe corrompida, ni al senado atestado y desacreditado de la ciudad, sino a toda Italia.

La frase era familiar por la historia reciente, mientras que la idea y su empleo práctico eran más viejos aún. Hacía tiempo que los nobles de Roma, y nada menos que los Claudios patricios, habían incrementado su poder induciendo a hombres de reputación y de prestigio de las comunidades italianas a contraer lazos de fidelidad personal y de apoyo mutuo.[42] Cuando un partido de los Claudios promovió una agitación revolucionaria en Roma con leyes de tribunos y reparto de tierras, Escipión Emiliano y sus amigos, defendiendo a Italia contra la plebe de Roma, recibieron ayuda de propietarios italianos, amenazados también ellos.[43] La ayuda de Italia se podía recabar para la revolución, para la reacción o para el golpe de Estado, incluso para los tres fines a la vez. El tribuno Livio Druso, que actuaba a favor de los intereses conservadores, apoyado por un poderoso grupo de *nobiles*, y, sin embargo, acusado de ambiciones monárquicas, era el gran ejemplar de este tipo. Él era el defensor, amigo y patrono de los cabecillas de las comunidades

40. SUETONIO, *Divus Aug.* 17, 2; DIÓN, 50, 6, 3. Bolonia estaba en la clientela de los Antonios.

41. Y algunas desde luego lo hicieron, DIÓN, 51, 4, 6.

42. Uno de los Claudios, presumiblemente el Censor. SUETONIO (*Tib.* 2, 2) recuerda que «Italiam per clientelas occupare temptavit» (Intentó apoderarse de Italia por medio de sus clientes).

43. APIANO, *BC* 1, 19, 78; SALUSTIO, *BJ* 42, 1: «per socios ac nomen latinum». SALUSTIO también recuerda (*ibid.*, 40, 2) cómo en 109 a. C. los *nobiles* emplearon «homines nominis Latini et socios Italicos».

de Italia;[44] sus aliados prestaban juramento de lealtad personal y las ciudades de Italia hacían rogativas públicas por su seguridad.[45]

Italia era entonces extranjera y las actividades de Druso precipitaron la guerra. Pero Italia, convertida en romana en virtud de la concesión de la ciudadanía después del *Bellum Italicum,* podía con toda propiedad ser convocada y conminada a restablecer el equilibrio en la política romana y reprimir lo mismo al tribuno popular que al dinasta militar. Tal era, por lo menos, la promesa y el juramento. La aristocracia local, que dominaba la política de las ciudades, podía crear la opinión, orientar los votos de los senados locales, y facilitar, por medio del dinero o de la persuasión moral, el reclutamiento de tropas «voluntarias» para una causa patriótica. Los amigos de Cicerón emplearon los votos de las colonias y *municipia* para influenciar a la opinión pública romana en favor del estadista exiliado.[46] Pompeyo había patrocinado aquel movimiento. Cuando Pompeyo cayó enfermo en Nápoles en el 50 a. C., ciudades italianas elevaron plegarias por su curación y aprobaron resoluciones creando una opinión falsa, y que habría de serle fatal, de la popularidad del dinasta.[47] Cicerón, por su parte, proclamó el *consensus Italiae* contra Antonio en la Guerra de Módena.[48] En vano, pues no existía. La influencia particular y los lazos particulares, la corrupción ocasional o la intimidación local no eran suficientes. La falta de convicción, unida a la falta de organización, malograron estos intentos parciales.

El nombre de Italia siguió siendo mucho tiempo lo que había empezado por ser, una expresión geográfica. La primera invocación de *Italia,* como concepto político y sentimental, fue hecha contra Roma

44. PLUTARCO, *Cato minor* 2 (Popedio). Cf. FLORO, 2, 5, 1; «totiusque Italiae consensu». LIVIO (*Per.* 71) recordaba los «coetus coniurationesque» los hombres principales de Italia.

45. *Auctor de vir. illustr.* 12: «vota pro illo per Italiam publice suscepta» (Votos hechos públicamente por toda Italia). DIODORO (37, 11) ofrece el texto de un juramento de fidelidad a Druso, que es significativo aunque la fraseología no puede ser auténtica, cf. H. J. ROSE, *Harv. Th. Rev.* X (1937), 165 ss.; A. VON PREMERSTEIN, «Vom Wesen und Werden Prinzipats» *Abh. der bayerischen Ak. der Wiss., phil.-hist. Abt.*, N. F. (1937).

46. CICERÓN, *Post. red. in sen.* 39: «cum me... Italia cuncta paene suis umeris reportarit» (Ya que a mí casi me devolvió a hombros Italia entera). SALUSTIO, *In Ciceronem* 4; MACROBIO, 2, 3, 5 (chiste de Vatinio).

47. *Ad Att.* 8, 16, 1; 9, 5, 3.

48. *Supra*, pp. 115 ss.

por los pueblos de Italia, precisamente los *Italici*, cuando lucharon por la libertad y la justicia en el 90 a. C. Aquélla fue la primera *coniuratio Italiae*. Aunque todo el país había recibido la ciudadanía después del *Bellum Italicum,* no se había amalgamado en sus sentimientos con la ciudad vencedora para formar una nación. Los pueblos italianos no consideraban a Roma como su capital propia, pues el recuerdo de antiguas desavenencias y de guerras recientes tardó mucho en borrarse; y el verdadero romano, orgulloso de serlo, rechazaba la denominación general e indiscriminada de italiano. Unos años después de Accio, un poeta patriótico se sublevaba ante el solo pensamiento de que soldados romanos, cautivos del desastre de Craso (y por extensión de Antonio) se hicieran renegados y viviesen en Partia:

milesne Crassi coniuge barbara?

¡Qué vergüenza que el marso y el apulio pudiesen olvidarse de los sagrados escudos de Marte, del nombre romano, de la toga y de la eterna Vesta! Pero Horacio —que no era hijo de familia romana— se olvidaba, por conveniencia propia, de la historia reciente de Italia. Los marsos no tenían motivo alguno para sentirse apasionadamente unidos a los dioses ni a las vestiduras romanas.[49]

Italia conservaba una desconfianza justificada de las intrigas de los políticos romanos, y una firme decisión de no mezclarse en las luchas reñidas a sus expensas. ¿Por qué tenía Italia que sacrificar a sus hijos valientes y sus hermosas tierras a petición de los enemigos de César, o de Antonio? Tal vez la constitución romana estuviese en peligro; pero eso no era más que un nombre, un espejismo. Etruria, el Piceno y el país samnita podían recordar sus conquistas por obra de Sila y de los Pompeyos; ésa sí que era una realidad. Y más recientemente, Perusa.

Hubiera sido difícil para cualquier lucha contar con las simpatías de Italia. Italia no estaba reñida con Antonio; en cuanto al despotismo, la amenaza de un despotismo oriental caía lejos y carecía de importancia cuando se comparaba con la dominación armada de Octaviano en su propia casa. Y sin embargo, en cierto modo, mediante la propaganda, la intimidación y la violencia, Italia se vio metida a la fuerza en una lucha que con el tiempo llegó a creer que era una guerra nacional. La

49. HORACIO, *Odas* 3, 3, 5 ss.

disputa era personal; había nacido de las ambiciones en conflicto de dos aspirantes al mando supremo. El más viejo, como Pompeyo veinte años antes, gozaba de una gran reputación pero en decadencia:

> Nec reparare novas vires multumque priori
> credere fortunae: stat magni nominis umbra.[50]

El dinasta más joven, que ya no lo debía todo al nombre de César, poseía energía y gloria por derecho propio, y una ambición insaciable.

La rivalidad de los líderes cesarianos fomentó una oposición latente entre Roma y el Oriente, y un nacionalismo que la guerra y la revolución, el hambre y el miedo exageraron hasta el ridículo. Ese nacionalismo estalló y triunfó imprimiéndole a lo que no era más que lucha por el poder, un carácter ideal, augusto y patriótico. Pero esto no se produjo de repente.

Una Italia consciente y unificada no pudo surgir rápidamente y en su totalidad del plebiscito del año 32. Aquel acto no fue más que el comienzo de una obra que Augusto el Princeps habría de llevar a cabo más adelante. Es evidente que las manifestaciones más confiadas y más altisonantes de nacionalismo italiano siguieron más que precedieron a la Guerra de Accio. Sólo entonces, después de la victoria, se percató de lleno la gente del peligro terrible que había amenazado a Roma y a Italia. Los versos espléndidos y triunfalistas de los poetas nacionales, y el lenguaje sobrio y lapidario de las inscripciones oficiales, repiten con insistencia la lección.[51]

De momento, sin embargo, como Italia detestaba la guerra y el despotismo militar, el fin inmediato del juramento era intimidar a la oposición y sembrar el pánico entre los neutrales. Pero la medida era mucho más que un ardid para superar una crisis temporal, simplemente temporal en su empleo y en su validez. El poder conferido por el consenso de *tota Italia* superaba en mucho cualesquiera intentos de

50. LUCANO, *Phars.* I, 134 s.: «No adquiere nuevas fuerzas y se fía mucho de su fortuna de antaño: está de pie la sombra de un gran nombre».

51. HORACIO, *Epodos* 9; *Odas* 1, 37; VIRGILIO, *Aen.* 8, 671 ss.; PROPERCIO, 3, 11; 29 ss.; 4, 6, 13 ss. Los varios calendarios augustos festejan el 1 de agosto, fecha de la toma de Alejandría, «quod eo die imp. Caesar divi f. rem publicam tristissimo periculo liberavit» (Porque en este día César emperador, hijo del divino, libró a la comunidad de un terrible peligro) [J. GAGÉ, *Res Gestae Divi Augusti* (París, 1935), 175].

políticos anteriores de crearse una masa de seguidores entre las clases propietarias de Italia. El juramento abarcaba a todos los órdenes de la sociedad y vinculaba a todo un pueblo a la clientela de un jefe de partido, como los clientes a un patrono, como los soldados a un *imperator.* Recordaba también a la promesa solemne hecha por el senado a César Dictador en el mes último de su vida, y al juramento prestado en Tívoli al cónsul Antonio con motivo de alerta pública.[52]

El juramento tenía carácter personal. La idea que lo presidía y las frases que lo formulaban se pueden colegir con bastante aproximación.[53] Del Estado romano, del senado y del pueblo, ni una sola palabra. El juramento de fidelidad vinculaba a los seguidores a un jefe político en caso de una desavenencia privada, contra sus enemigos, sus *inimici,* no contra los enemigos del Estado (*hostes*); y como tal el juramento no podía cambiar nunca ni expirar. Cualquiera que sea el nombre con que se le conozca, o el título público con que se le honre, el último de los líderes de partido monárquicos fundamentó su gobierno en la fidelidad personal. El *dux partium* se convirtió en *princeps civitatis.*[54]

No son ociosas del todo las conjeturas sobre el modo como el juramento fue impuesto. En las colonias militares —y éstas eran nume-

52. NICOLAUS, *Vita Caesaris* 22, 80; SUETONIO, *Divus Iulius* 84, 2 y 86, 1; APIANO, *BC* 2, 144, 600 ss. (César); 3, 46, 188 (Antonio). Véanse las interpretaciones de PREMMERSTEIN, *Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, 32 ss.

53. Sobre el carácter, forma y verdadero sentido del juramento, véase, sobre todo, PREMERSTEIN, *op. cit.*, 26 ss., esp. 36 ss. Para las palabras y la formulación, recurre sagazmente este autor a cuatro documentos: el juramento de los paflagonios, prestado en Gangra en nombre de Augusto después de la anexión de aquella región (*OGIS* 532 = *ILS* 878 s.); un juramento de fidelidad, probablemente a Calígula (*CIL* XI, 5998*a*; Sestinum en Umbría) y dos explícitos a Calígula, a saber, *OGIS* 797 (Assos en la Tróada) e *ILS* 190 (Aritium, en la provincia de Lusitania). Una parte de esta última podemos citarla como muestra: «ex mei animi sententia, ut ego iis inimicus / ero, quos C. Caesari Germanico inimicos esse / cognovero, et si quis periculum ei salutiq(ue) eius / in[f]ert in[f]er[e]tque, armis bello internicivo / terra mariq(ue) persequi non desinam, quoad / poenas ei persolverit, neq(ue) me [neque] liberos meos / cius salute cariores habebo» (Por mi propia voluntad seré enemigo de aquellos que sepa que son enemigos de C. César Germánico; y a todo hombre que hace o haga correr peligro a su persona o a su seguridad, no dejaré de perseguirlo con las armas en una guerra a muerte por tierra y por mar hasta que haya recibido su castigo, y ni mi persona ni las de mis hijos me serán más queridas que la salud de él) (*ILS* 190, 5-11).

54. A. VON PREMERSTEIN, *Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, 53.

rosas— pocas dificultades pudo haber. Aunque muchos veteranos habían servido a las órdenes de Antonio, habían recibido las tierras de manos de su rival, consideraban al heredero de César como su patrono y defensor, y estaban firmemente enrolados en su clientela. En las demás ciudades, los dinastas locales ponían en juego su influencia para inducir a los senados municipales a adoptar resoluciones patrióticas; ellos persuadían a sus vecinos, sobornaban o asustaban a sus subordinados, como aquel tipo admirable, L. Visidio, había hecho por el *consensus Italiae* de Cicerón contra Antonio.[55] Muchos senadores habían huido al lado de Antonio. Partidos rivales podían aparecer ahora en las ciudades, hacerse con el poder aprovechando la ausencia de sus enemigos y hacer reclamaciones sobre sus fincas. Muchas regiones estaban dominadas por los más fieles amigos y partidarios de Octaviano. Sería hombre muy valiente, o muy estúpido, el que propugnase en algún sitio la causa de la libertad teniendo cerca a Calvisio Sabino o a Estatilio Tauro; y es fácil suponer que no había en Arezzo una oposición contra Mecenas, cuyos antepasados habían gobernado allí como reyes; que los Apuleyos (familia emparentada con Octaviano) y Nonio Galo se hicieron con la ciudad de Aesernia en el norte del Samnio, que los Vinicios podían responder del apoyo ferviente de la colonia de Cales, en Campania.[56] Seguidores menos eminentes podían ser no menos eficaces. La ciudad peliña de *Sulmo* había abierto sus puertas a M. Antonio cuando éste mandaba las tropas de César en la invasión de Italia. La adhesión de Sulmona a la causa nacional diecisiete años más tarde puede atribuirse quizá a las gestiones de una familia que allí ocupaba cargos, los Ovidios.[57]

Se podía comprar a los soldados, engañar o coaccionar a las clases inferiores. ¿Cuáles eran, sin embargo, los verdaderos sentimientos de las clases alta y media en esta época? Muchas personas podían percatarse de un engaño manifiesto, desconfiar de la propaganda cesariana, y negarse a creer que la causa verdadera de la guerra era la violenta intentona de un degenerado romano de instalar a una reina bárbara en

55. CICERÓN, *Phil.* 7, 23 s.

56. M. Nonio Galo, que actuaba en pro de Augusto en la Galia hacia la fecha de la batalla de Accio (DIÓN, 51, 20, 5), procedía con seguridad de Aesernia (*ILS* 895). Sobre el origen de los Vinicios, cf. *supra*, p. 243.

57. Es de recordar en este momento a L. Ovidio Ventrión, magistrado municipal, con servicio militar ecuestre en su haber, primera persona que mereció un funeral público en Sulmona (*CIL* IX, 3082).

el Capitolio, con sus eunucos, sus mosquiteros y todo el aparato del boato oriental. Eso era absurdo. Ellos sabían lo que era la guerra. Mirándola fríamente, la situación era bastante amenazadora. Antonio, el *imperator* romano, en su deseo de lograr la ratificación de su organización del Oriente, no era en sí una amenaza para el Imperio, sino un futuro gobernante, que podía esperar mantenerlo unido. Pero Antonio, vencedor de una guerra, con la ayuda de aliados extranjeros, era una cosa muy distinta. No menos inquietante, quizá, la perspectiva de una lucha indecisa, equilibrada, que dejase a los rivales como antes, gobernando un Imperio dividido.

La división temporal de este y oeste entre los dos dinastas, después del Pacto de Brindis, había sido perjudicial para la economía italiana y alarmante para el sentir italiano. Tal y como estaban las cosas, el sistema de Antonio, de reducir las cargas del Imperio delegando el gobierno de Oriente en príncipes vasallos, disminuía los beneficios del Imperio *y* estrechaba los campos de explotación abiertos a los financieros y recaudadores de tributos romanos.[58] El interés se convertía, inconscientemente, en indignación justa y patriótica. Los terratenientes, especialmente los nuevos ricos, temblaban ante la perspectiva de empobrecerse o de otra revolución; y los hombres de negocios no podían contener su impaciencia por reconquistar los reinos del Oriente y apoderarse de la presa que tanto tiempo se les había negado: la rica tierra de Egipto. Los más ardorosos propagandistas de la unidad nacional y de la cruzada contra el Oriente podían encontrarse, sin vacilar, en el orden de los caballeros romanos, y entre aquellos senadores vinculados a ellos más de cerca por lazos de familia o de negocio.[59]

¿Qué ocurriría si la división del mundo se perpetuaba? El límite entre los dominios de los dos dinastas, el mar Jónico y, por tierra, una franja estrecha e infranqueable de las montañas de Montenegro, era la frontera señalada por la naturaleza, por la historia, por la civilización y por el idioma, entre el oeste latino y el este griego. El Imperio podía romperse en dos partes, muy fácilmente. Uno de los milagros de la historia romana es que, en edades posteriores, la división entre el este

58. Cf. M. A. Levi, *Ottaviano Capoparte* II, 153.

59. Como diecisiete años antes, cuando la invasión de Italia por César era inminente, los banqueros y propietarios probablemente recibieron alguna clase de garantía.

y el oeste se haya disimulado tan bien y demorado tanto tiempo. La pérdida de los dominios de más allá del mar sería ruinosa para una Italia que había prosperado y se había enriquecido con las rentas del Oriente, el pago que ella recibía a cambio de la exportación de soldados, financieros y gobernadores. Cortada su fuente de vida, Italia descendería a la pobreza y al deshonor. El orgullo nacional se rebelaba. ¿Era para esto para lo que las legiones de la República imperial habían destrozado y barrido a los reyes del este, llevando sus águilas victoriosas hasta el Éufrates y hasta el Cáucaso?

Aquellos que no se dejaban engañar por las argucias de Octaviano, o por sus propias emociones, podían sentirse impulsados por ciertas reflexiones melancólicas a seguir la misma corriente, o por lo menos a aprobarla. A la gente más sana de Italia no le gustaba la guerra ni los regímenes del despotismo. Pero el despotismo estaba ya instalado y era inevitable. No había un solo hombre que creyese ya en la restauración de la libertad. Sin embargo, si la próxima lucha eliminaba al último de los dinastas rivales y consumaba con ello el fin lógico de los partidos, compromisos y guerras de los últimos treinta años, la paz podía alcanzarse, aunque la libertad pereciese. Merecía la pena, no sólo para la clase media, sino para los *nobiles*. Su causa se había perdido hacía tiempo, quizá no en Farsalia, pero sí en Filipos. Lo sabían, y sabían el precio de la paz y de la supervivencia.

No había opción: el líder cesariano no consentiría la neutralidad en la lucha nacional. Un hombre, sin embargo, se mantenía firme, el insobornable Polión. Había sido amigo leal de Antonio tiempo atrás, cosa que Antonio le recordaba ahora. No obstante, Polión le respondió que en sus mutuos servicios, Antonio siempre había salido ganando; su conciencia estaba, pues, limpia.[60] Pero él se negó a secundar el movimiento nacional. A Polión le importaban Roma, la Italia de sus padres y su propia dignidad, pero no un partido, y menos aún el engaño que aparentaba estar por encima de los partidos y de la política. Los excesos de idealismo patriótico y de una propaganda mendaz repugnaban tanto a su honradez como a su inteligencia; él no se hacía ilusiones sobre Octaviano y sus amigos del partido cesariano, los vie-

60. VELEYO. 2, 86, 4: «mea, inquit, in Antonium maiora merita sunt, illius in me beneficia notiora; itaque discrimini vestro me substraham, et ero praeda victoris». CHARISIUS (*GL* 1, 80) se refiere a un discurso o panfleto de Polión *contra maledicta Antonii*.

jos y los nuevos, sobre Planco o sobre Agripa. Es lástima que ninguna historia conserve las opiniones de Polión sobre estas cuestiones, y se comprende. Sus comentarios serían francos y amargos.

Octaviano, apoyado por el juramento de fidelidad y el *consensus* de toda Italia, usurpó la autoridad y la dirección de una guerra patriótica. Empezó por declarar a Antonio destituido de sus poderes y del consulado del año siguiente. Este cargo se lo confirió a su seguidor, el aristócrata Valerio Mesala; y él iba a asumir el mando de la guerra de Roma como cónsul por tercera vez. Antonio no fue proscrito; era superfluo. A Cleopatra, la reina de Egipto, el enemigo extranjero, el jefe romano le declaró la guerra con toda la pompa tradicional de un rito antiguo. Su *amicitia* con Antonio quedaba truncada: su lucha era personal y privada. Pero si Antonio se mantenía al lado de su aliado, su conducta lo marcaría como enemigo público.[61]

El invierno transcurrió en preparativos. Las provincias del oeste también prestaron juramento. Como en Italia, las colonias militares eran el baluarte principal del poder de Octaviano; y los magnates locales, fuesen colonos o negociantes romanos, fuesen dinastas nativos, eran muy devotos a la causa cesariana. Hombres de España y de la Galia Narbonense habían sido admitidos ya por César en el senado durante su Dictadura; y había un número imponente de caballeros romanos que se encontraban en ciudades como Gades y Córdoba.[62] El viejo Balbo y su sobrino eran casi monarcas en su Gades natal; se puede presumir que la acaudalada familia de los Anneos ejercía la correspondiente influencia en Córdoba;[63] y Forum Julii (Frejus), de donde procedían Cornelio Galo y los antepasados de Cn. Julio Agrícola, no habrá dado señales de vacilación. La población nativa estaba tranquila; en la Galia, los jefes de las diversas tribus estaban vinculados por lealtad a la clientela de César. Triunfos de África y de España, celebrados en el 32 a. C. por L. Cornificio y por Ap. Claudio Pulcro,[64]

61. Como DIÓN afirma con toda claridad (50. 6, I).

62. Gades tenía quinientos ciudadanos con el censo de caballeros, número no superado por el de ninguna ciudad de Italia salvo Patavium (ESTRABÓN, p. 169). Sobre los numerosos caballeros de Córdoba sometidos a reclutamiento en el 48 a. C., cf. *Bell. Al.* 56, 4.

63. El caballero L. Anneo Séneca, conocido más tarde como historiador y autoridad en retórica, debió de ser hombre de cierto peso, si pudo obtener el rango de senador para dos de sus hijos.

64. *CIL* I², p. 77.

realzaban la impresión de un oeste pacificado, así como del poder y la gloria de César y del partido cesariano.

Los ejércitos del Occidente estaban en manos de seguidores de confianza. C. Carrinas y C. Calvisio Sabino, soldados experimentados, mandaban la Galia y España.[65] Mecenas controlaba Roma e Italia, revestido de la máxima autoridad, pero sin título.[66] No debía haber riesgos, no debía haber peligro de una insurrección antoniana en Italia en defensa de *libertas*, no una segunda Guerra de Perusa. La garantía más segura proporcionaba también el mejor pretexto.[67] Octaviano cruzó el mar llevando consigo a todo el senado y a un gran número de caballeros romanos; éstos lo seguían por convicción, por interés o por miedo. De aquí un espectáculo impresionante: todo un pueblo en marcha bajo los dioses de Roma y a las órdenes de César, unido en una empresa patriótica para la última guerra de todas:

> Hinc Augustus agens Italos in proelia Caesar
> cum patribus populoque, penatibus et magnis dis.[68]

65. *CIL* I², p. 77. C. Carrinas (cf. también DIÓN, 51, 21, 6) triunfó el 30 de mayo del 28 a. C.; Calvisio, el 26 de mayo; Autronio, el 16 de agosto, probablemente del mismo año; Autronio puede no haber sido el sucesor inmediato de L. Cornificio en África. Sobre los mandos provinciales de los años 32-28, cf. además *infra*, pp. 369 s.

66. DIÓN, 51, 3, 5.

67. DIÓN, 50, 11, 5: τοὺς μὲν ὅπως τι συμράξωσιν αὐτῷ, τοὺς δ' ὅπως μηδὲν μονωθέντες νεοχμώσωσι, τό τε μέγιστον ὅωπς ἑνδείξηται τοῖς ανθρώποις ὅτι καὶ τὸ πλεῖστον καὶ τὸ κράτιστον των Ῥωμαίων ὁμογνωμονοῦν ἔχοι (Los unos para que colaboren con él, los otros para que aislados no sueñen con innovaciones, pero sobre todo demostrar al mundo que los más y mejores de los romanos marchaban de acuerdo con él).

68. VIRGILIO, *Aen.* 8, 678.

Capítulo XXI

DUX

El adversario pasó el invierno en Grecia, terminados sus preparativos militares y navales, pero quizá no tan resuelto como podía parecer. Antonio tenía que mantenerse ahora al lado de Cleopatra; no podía retroceder. Patrás, a la entrada del golfo de Corinto, era su cuartel general. Sus tropas, abastecidas por barcos de transporte de trigo desde Egipto, se extendían en una larga línea desde Corcira y Epiro hasta el extremo suroeste del Peloponeso. El ejército de tierra, al mando de Canidio, comprendía diecinueve de sus legiones; las otras once constituían las guarniciones de Egipto, Cirene, Siria y Macedonia.[1]

Antonio no podía emprender la ofensiva, por muchas razones, no sólo por el daño político de una invasión de Italia en compañía de la reina de Egipto. Desde el punto de vista militar, un desembarco en Italia era arriesgado: la costa carecía de buenos puertos, y Brindis estaba fortificado al máximo. Además, el invasor tendría que sacrificar las ventajas de la intendencia, los refuerzos y las comunicaciones.

El ejército y la escuadra estaban unidos uno a otra. Por sus necesidades conjuntas, Antonio abandonó la costa de Albania y el extremo occidental de la Via Egnatia. Eso podía parecer un error, pero era probablemente una estratagema. Antonio se proponía dejar libre acceso al enemigo, atraer a Octaviano hacia delante y hacerlo caer en la trampa con ayuda de su supremacía naval. Quizá no una batalla en el mar; el general más grande de la época prefería repetir la estrategia

1. J. Kromayer, *Hermes* XXXIII (1898), 1 ss.; W. W. Tarn, *CAH* X, 100.

de Farsalia y de Filipos, invirtiendo el resultado y destruyendo a los cesarianos. El tiempo, el dinero y los abastecimientos estaban de su parte; podía retrasarse y librar una batalla con poca pérdida de sangre romana, como convenía al carácter de una guerra civil en que los hombres no luchaban por un principio, sino únicamente por uno u otro amo.

En sus barcos Antonio tenía un predominio de fuerza; en cuanto al número de legiones, era dudoso que el enemigo pudiese transportar a través del Adriático una fuerza superior a la suya, y menos alimentarla cuando llegase. Otra cosa era la calidad de los combatientes. Desde el Pacto de Brindis, Antonio había sido incapaz de alistar reclutas en Italia. La retirada de Media había debilitado seriamente a su ejército.[2] Pero él había rehecho sus pérdidas mediante nuevas levas e incrementado a treinta el número de sus legiones. Los nuevos reclutas eran inferiores a los italianos, es cierto, pero en modo alguno despreciables si procedían de las poblaciones varoniles y marciales de Macedonia y de Galacia. Quizá el ejército selecto que desfiló ante él en Epiro lo formasen en su mayor parte los supervivientes de sus legiones veteranas.[3] Pero ¿lucharían los soldados romanos por la reina de Egipto? Tenían estos soldados toda la vieja lealtad personal de las legiones cesarianas hacia un general que poseía el ímpetu y el vigor de César; pero carecían de la ventaja moral del ataque y de la dosis estimulante de ardor patriótico que se le había inculcado al ejército del oeste. Empero, en último extremo, Antonio podía no necesitar recurrir a sus legiones para presentar batalla a sus compatriotas. Podía ser capaz de utilizar sus fuerzas navales con una maestría que ni Pompeyo ni los Libertadores habían alcanzado cuando hicieron frente a invasores procedentes de Italia.

2. Las bajas de Media y Armenia se han exagerado a menudo.

3. Como TARN sostiene, *CQ* XXVI (1932), 75 ss. Es claro, sin embargo, que se hicieron muchos reclutamientos en provincias. Bruto, por ejemplo, alistó dos legiones de macedonios (APIANO, *BC* 3, 79, 324). En cuanto a Antonio, O. CUNTZ [*Jahreshefte* XXV (1929), 70 ss.] deducía de los *gentilicia* de cierto número de soldados de origen oriental que algunos de los partidarios de Antonio les habían dado la ciudadanía romana al alistarse. Obsérvese también la inscripción de Philae en Egipto (*OGIS* 196), fechada en el 32 a. C., mencionando a un ἔπαρχος (*praefectus*), C. Julio Papio, y a algunos conturiones, entre ellos un hombre llamado Demetrio. Un pasaje olvidado de JOSEFO (*BJ* I, 324, cf. *AJ* 14, 449) atestigua reclutamientos locales en Siria en el 38 a. C.

Si éste era su plan, fracasó. Antonio tenía una gran armada y buenos almirantes. Pero sus barcos y sus oficiales carecían de experiencia reciente en la guerra naval. Los almirantes de Octaviano estaban aleccionados por sus muchas derrotas, pero enardecidos por su victoria final en la Guerra de Sicilia.

Octaviano no desembarcó en Dirraquio ni en Apolonia. Tomando rápidamente la iniciativa, se dirigió, en cambio, hacia el sur y ocupó una posición en la península de Accio, en la costa norte del golfo de Ambracia, mientras que la flota mandada por Agripa se apoderaba de algunas de las bases de Antonio en el sur y destruía sus líneas de comunicación. Antonio concentró sus fuerzas en las proximidades. A partir de entonces todo es oscuro. Pasaron meses de operaciones por mar y tierra de las que la historia no ha conservado un relato adecuado. El almirante de Antonio, Sosio, fue derrotado por Agripa en una gran batalla naval;[4] y el intento de Antonio de aislar el campamento de Octaviano por el lado de tierra y atacar su emplazamiento fue un revés de los que hacen época. Su plan se había vuelto contra él: estaba ahora cercado y atrapado. El hambre y la enfermedad amenazaban a sus hombres.

A partir de entonces, los hados se mostraron más desfavorables para él. La deserción empezó a hacer mella en sus filas. Algunos príncipes vasallos se pasaron al enemigo, entre ellos Amintas con su caballería gálata. Algunos romanos también se fueron, M. Junio Silano y el ágil Delio, cuyos cambios de bando eran proverbiales, pero no faltos de paralelos.[5] El ex republicano M. Licinio Craso puede haber hecho las paces con Octaviano por estas fechas, con ciertas condiciones: es, a saber, el consulado.[6] Incluso Ahenobarbo se fue en secreto, en una barquilla: Antonio le envió sus pertenencias detrás de él.[7] Planco y Ticio habían abandonado por cálculo político. Ahora la situación militar era desesperada, presagiando el final de una gran carrera y de un poderoso partido. Sólo tres hombres de rango consular permanecían al lado de Antonio: Canidio, Sosio y Gelio Publícola. No faltaría mucho para que la deserción de los líderes, senadores romanos o príncipes orientales, se extendiese a los barcos y a las legiones. Canidio

4. Dión, 50, 14, 1 s.
5. Plutarco, *Antonius*, 59 (mal fechado, cf. Dión, 50, 13, 8; Veleyo, 2, 84, 4).
6. Dión, 51, 4, 3. Había estado antes con Sex. Pompeyo.
7. Plutarco, *Antonius* 63; Dión, 50, 13, 6; Veleyo, 2, 84, 2; Suetonio, *Nero* 3, 2. Murió poco después.

era partidario ahora de la retirada a Macedonia para buscar allí una salida con ayuda de aliados bárbaros.[8] La batalla de Accio estaba decidida antes de ser librada.

La historia verdadera se ha desvanecido sin posibilidad de recuperación. Es incierto si Antonio decidió librar un combate naval por alcanzar la victoria o por huir del bloqueo.[9] La mañana del 2 de septiembre sus barcos salieron a remo, dispuestos a la acción. Los principales de sus almirantes eran Sosio y Poplícola; otros mandos los tenían M. Insteyo, oriundo de Pisauro; el experto ex pompeyano Q. Nasidio y M. Octavio, de familia consular.[10] El combate se iba a dirimir bajo los auspicios de César, con el heredero de César en primera línea:

> Stans celsa in puppi, geminas cui tempora flammas
> lacta vomunt, patriumque aperitur vertice sidus.[11]

Pero Octaviano, aunque *dux,* era aun menos competente en la guerra marítima que en la terrestre. Agripa, el vencedor de Nauloco, estaba al mando, asistido por el cónsul Mesala, por L. Arruncio, M. Lurio y L. Tario Rufo. Dos generales, Estatilio Tauro, el más grande de los mariscales después de Agripa, y el renegado Ticio, estaban al frente de las legiones cesarianas.

El curso, el carácter y la duración de la batalla son todo un misterio, y un tema controvertido. Puede haber habido poca lucha y relativamente pocas bajas. Una gran parte de la flota de Antonio o rehuyó el combate o fue obligada a regresar a puerto.[12] Antonio mismo logró abrirse paso con cuarenta barcos y seguir a Cleopatra en su huida a

8. PLUTARCO, *Antonius* 63. Como Pompeyo Magno (*SIG*³, 762), Antonio esperaba ayuda de los dacios.

9. La primera opinión, W. W. TARN, *JRS* XXI (1931), 173 ss.; XXVIII (1931), 173 ss.; XXVIII (1938), 165 ss.; la segunda, J. KROMAYER, *Hermes* XXXIV (1899), 1 ss.; G. W. RICHARDSON, *JRS* XXVII (1937), 1 ss. Contra la teoría de Tarn se puede esgrimir, con Kromayer, que Antonio había sufrido ya una derrota naval muy seria y un fracaso terrestre.

10. Los nombres de los jefes de ambos bandos los da VELEYO, 2, 85, 2; PLUTARCO, *Antonius* 65; DIÓN, 50, 13, 5. También APIANO, *BC* 4, 38, 161 (sobre Mesala).

11. VIRGILIO, *Aen.* 8, 640 (Erguido en alta nave, sus sienes alegres llamas gemelas emiten, y sobre su frente refulge la estrella de su padre).

12. Sobre la hipótesis, basada en gran parte en HORACIO, *Epodos* 9, 19 s., de que el ala izquierda se negó a combatir, cf. W. W. TARN, *JRS* XXI (1931), 173 ss.

Egipto. La traición estaba haciendo de las suyas en el ejército de tierra. Canidio, el jefe, trató de convencer a sus soldados de retirarse a través de Macedonia, pero en vano. Tuvo que huir al lado de Antonio. Después de unos días, las legiones se rindieron, tras quizá un intervalo para ofrecer condiciones. Los veteranos de Antonio recibieron después una parte de las asignaciones coloniales.[13]

El autor principal de la traición a Antonio en la batalla naval (si es que hubo traición) y de la evitación del derramamiento de sangre para Roma permanece en el anonimato. Cabría sospechar de Sosio. Hubo antonianos que fueron condenados a muerte, pero Sosio fue perdonado, a instancias, según se dice, de Arruncio, ex pompeyano.[14] El peligro de Sosio y su salvamento pueden haber sido hábilmente amañados.

Ninguno de los dos rivales en la lucha por el poder había intentado que hubiese una batalla seria, si podían evitarla. Y así resultó. Accio fue un asunto turbio, digno colofón de la propaganda innoble contra Cleopatra, en aras de la unión sagrada y jurada de toda Italia. Pero el joven César necesitaba la gloria de una victoria que sobrepasase a la más grande de toda la historia, romana o griega.[15] En la versión oficial del vencedor, Accio cobra dimensiones augustas y un intenso colorido emocional, convertido en una gran batalla naval, con gran lujo de detalles convincentes y artísticos. Más que eso, Accio se transformó en la personificación de la lucha del este y el oeste, en leyenda natal en la mitología del Principado. A un lado estaban el heredero de César, con el senado y el pueblo de Roma, la estrella de la casa de los Julios luciendo sobre su frente; por encima de él, en el aire, los dioses de Roma luchando con las bestiales divinidades del Nilo. Contra Roma formaban las huestes abigarradas de los países del este, egipcios, árabes y bactrios, acaudillados por un renegado de atuendo no romano, «variis Antonius armis». Y lo peor de todo, la mujer extranjera:

sequiturque, nefas, Aegyptia coniunx.[16]

La victoria fue definitiva y completa. No había prisa en perseguir a los fugitivos a Egipto. Octaviano tenía en sus manos un inmenso

13. Higinio, *De limitibus coustituendis*, p. 177.
14. Veleyo, 2, 8, 2.
15. Cf. W. W. Tarn, *JRS* XXI (1931), 179 ss.
16. Virgilio, *Aen.* 8, 688.

ejército, con muchas legiones a las que pagar, desmovilizar o dar empleo. Mandó en seguida a Agripa a Italia. El trabajo debía comenzar sin demora. Él no había pasado de Samos hacia el este cuando fue reclamado por dificultades en Italia. Había habido una conjuración, o al menos eso se decía. Fue sofocada en seguida por Mecenas.[17] El culpable era hijo del Lépido postergado; su esposa, Servilia, prometida antaño a Octaviano, lo siguió valiente a la muerte, fiel a la tradición noble y patricia. Ella fue la última persona notable de una familia que blasonaba de descender de la nobleza de Alba Longa. Más alarmante era la noticia aportada por Agripa de protestas y revueltas de veteranos. Octaviano atravesó el mar en pleno invierno hasta Brindis y acalló sus demandas.[18]

Unas operaciones militares podían dar ocupación a algunas de sus legiones. Aunque ningún brote serio de violencia había perturbado a las provincias, pronto se harían sentir en ellas las repercusiones de la guerra civil de Roma. Por lo menos, algunos de los triunfos que los generales cesarianos celebrarían pronto (nada menos que seis entre 28 y 26 a. C.) eran justamente merecidos.

Después se produjo el ajuste de cuentas con Antonio. En el verano del 30 a. C. Octaviano se dirigió a Egipto desde Siria, y Cornelio Galo desde el oeste. Pinario Escarpo, lugarteniente de Antonio en la Cirenaica, se rindió con sus cuatro legiones y pasó al servicio del vencedor.[19] Antonio y su consorte pasaron cerca de un año después del desastre en sus últimas diversiones, sus últimos proyectos fantasiosos y su último abatimiento ante la muerte. Tras una breve resistencia, Antonio fue derrotado en una batalla y se quitó la vida. El ejército del pueblo romano entró en la capital de Egipto el día primero de agosto. Tal fue el episodio denominado *Bellum Alexandrinum.*

Cleopatra sobrevivió a Antonio unos días, que se convirtieron en seguida en anécdota y leyenda. Para Octaviano, la reina era un estorbo si vivía;[20] pero un *imperator* romano no podía dar la orden de ejecutar a una mujer. Después de unas negociaciones entabladas por mediación de sus amigos Galo y Proculeyo, celebró una entrevista con la

17. VELEYO 2, 88.

18. DIÓN, 51, 4, 3 ss.

19. *Ibid.*, 51, 9, 1. Las monedas de Escarpo en *BMC*, *R. Rep.* II, 586, corregido por *BMC*, *R. Emp.* I, 111.

20. Cf. E. GROAG, *Klio* XIV (1914), 63.

reina.[21] La diplomacia, la intimidación velada y el orgullo de Cleopatra encontraron la solución. La última de los Ptolomeos desdeñó ser conducida a un triunfo romano. La firmeza y el desafío de su final digno de una romana noble por su *ferocia,* supuso la consagración definitiva para el mito de Cleopatra:

deliberata morte ferocior
saevis Liburnis scilicet invidens
privata deduci superbo
non humilis mulier triumpho.[22]

A la vez que salvaba el honor de Cleopatra, la mordedura del áspid prestaba un doble servicio a los intereses de un político de Roma. ¡Ya tenía que ser temido el adversario! No fueron la gloriosa batalla de Accio y la muerte del mejor soldado de la época las que provocaron el estallido de júbilo más ruidoso entre los vencedores, sino la muerte de la reina extranjera, el *fatale monstrum.* «Nunc est bibendum» (Ahora es la hora de brindar), cantaba el poeta Horacio, seguro y a sueldo en Roma.

Quedaban los partidarios de Antonio. César había invocado y practicado la virtud de la clemencia para expiar la culpabilidad de la guerra civil.[23] Lo mismo hizo su heredero, cuando el asesinato no servía para nada práctico; llegó incluso a alardear de que después de su victoria perdonó a todos los ciudadanos romanos que pidieron ser perdonados.[24] *Clementia* se convirtió en una de sus virtudes cardinales, y el historiador Veleyo Patérculo realza con fervor la clemencia del líder de Italia después de Accio.[25] Naturalmente es difícil comprobar o refutar estas afirmaciones partidistas. Sosio sobrevivió a Accio; el jo-

21. PLUTARCO, *Antonius* 77 ss.; DIÓN, 51, 11, 4 (Proculeyo); PLUTARCO, *Antonius* 79 (Galo). Proculeyo había estado desempeñando un mando naval en Cefalonia después de la batalla de Accio, *BMC, R. Rep.* II. 533.

22. HORACIO, *Odas* 1, 37, 29 ss. (Más fiera en su decisión de morir, se negó ciertamente a que las crueles naves liburnias la llevasen, privada de su condición real, a un triunfo soberbio, mujer que no sabe rebajarse).

23. *Supra*, p. 151.

24. *Res Gestae* 3: «victorque omnibus v[eniam petentib]us civibus peperci».

25. VELEYO, 2, 86, 2: «victoria vero fuit clementissima nec quisquam interemptus nisi paucissimi et hi qui deprecari quidem pro se non sustinerent» (Esta victoria estuvo caracterizada por una gran clemencia, y no fueron ejecutados más que aquellos, muy pocos, que no se rebajaron a pedir por sus vidas).

ven Furnio y el joven Metelo salvaron a sus padres;[26] M. Emilio Escauro, hermanastro de Sex. Pompeyo, fue perdonado, y lo mismo Cn. Cornelio Cinna.[27] Escribonio Curión, sin embargo, fue ejecutado: quizá este buen hijo de un padre leal y valeroso se negase a implorar clemencia;[28] su madre, Fulvia, lo hubiese aplaudido. Hubo otras víctimas. En cuanto a los antonianos apresados con posterioridad, cuatro fueron condenados a muerte, entre ellos los últimos de los asesinos del Dictador, D. Turulio y Casio de Parma, cerrando la serie que empezara con Trebonio, el procónsul de Asia.[29] P. Canidio, el último de los mariscales de Antonio, pereció también. Fiel a Antonio, compartió con él la calumnia y sufrió una difamación doble. Se dijo que había desertado de las legiones después de Accio y que había muerto sin entereza.[30] El hijo mayor de Antonio también fue ejecutado.

Los hijos de Cleopatra planteaban un problema más delicado: «Una multitud de Césares no es cosa buena».[31] Esa certera observación selló la suerte de Ptolomeo César, a quien muchos consideraban hijo del Dictador. Alejandro Helios y Cleopatra Selene fueron reservados para desfilar en el triunfo romano. Del joven no se vuelve a hablar; probablemente fue eliminado. La muchacha fue empleada como instrumento de la política romana imperial y dada en matrimonio a Juba, el príncipe de linaje real númida que fue hecho rey de Mauritania.

Tal fue el destino de la reina de Egipto y de sus hijos, reyes y reinas coronados. El *imperator* romano asumió la herencia de los Ptolomeos. Usando el lenguaje oficial, blasonaba de haber incorporado el país al Imperio del pueblo romano;[32] Egipto fue tratado por él como de su propiedad particular y dinástica y gobernado por un virrey, con exclusión celosa de senadores romanos. El primer prefecto de Egipto fue C. Cornelio Galo, caballero romano.[33]

26. SÉNECA, *De ben.* 2, 25, 1 (Furnio); APIANO, *BC* 4, 42, 175 ss. (Metelo).

27. DIÓN, 51, 2, 4 s. (Scauro); SÉNECA, *De clem.* 1, 9, 11 (Cinna).

28. DIÓN, 51, 2, 5. Aquilio Floro y su hijo fueron también ajusticiados.

29. DIÓN, 51, 8, 2 s. (Turulio); VELEYO, 2, 87, 3 (Casio).

30. VELEYO, 2, 87, 3: «Canidius timidius decessit quam professioni eius, qua semper usus erat, congruebat» (Canidio murió más asustado de lo que convenía a la profesión que siempre había ejercido).

31. PLUTARCO, *Antonius* 81.

32. *Res Gestae* 27: «Aegyptum imperio populi [Ro]mani adieci»; *ILS* 91: «Aegypto in potestatem populi Romani redacta».

33. *ILS* 8995 (Philae): «C. Cornelius Cn. f. Gallu[s eq]ues Romanus pos[t] rege[s] / a Caesare deivi f. devictos preafect[us Alex]andreae et Aegypti primus»,

El resto del año 30 y el invierno siguiente, el conquistador los empleó en organizar a su gusto el Oriente. Los príncipes vasallos, conscientes de su debilidad intrínseca, eran servilmente fieles a la autoridad romana y a los intereses romanos, cualquiera que fuese su representante: Pompeyo, Casio, Antonio... Octaviano depuso a cierto número de reyezuelos y tiranos de ciudades. A los vasallos más importantes, en cambio, se cuidó mucho de vincularlos a su clientela personal.[34] Como sucesor del poder de Antonio en Oriente, les confirmó los títulos cuando no les aumentó los territorios. Había sido parte esencial de su propaganda demostrar que Antonio concedía los dominios del pueblo romano a extranjeros indignos y criminales. Eso ahora no importaba. Octaviano anuló, naturalmente, los donativos a los hijos de Cleopatra, cualesquiera que fuesen; pero por lo demás, cuando sus disposiciones quedaron completas, el territorio de Asia Menor y de Siria administrado directamente por Roma era considerablemente menor que lo había sido tras la organización del Oriente por Pompeyo hacía treinta años. Como en el sistema de Antonio, cuatro hombres precisamente gobernaban extensos territorios y custodiaban las fronteras orientales: Polemón, Amintas, Arquelao y Herodes, y había en Asia tres provincias romanas, a saber, Asia (Menor), Bitinia-Ponto y Siria.

Tal fue la escueta realidad de la tan pregonada reconquista del Oriente por Roma.[35] El astuto conquistador prefirió dejar las cosas como las había encontrado. El compromiso de defender el Imperio de Roma y el espíritu mismo de Roma de la amenaza extranjera, impuesto al heredero de César en Italia por las necesidades de su guerra, y del que no se podía prescindir en la paz sin grave riesgo, quedó tranquilamente archivado en Oriente, donde él adoptó la política de Antonio para seguirla de modo más sistemático. Los templos dedicados en Nicea y Éfeso al culto de la diosa Roma y del dios *Divus Iulius* no excluían el culto también al nuevo amo del Oriente, manifiesto y monárquico.[36]

La frontera en sí no era un problema urgente. Armenia había sido anexionada por Antonio, pero se había separado durante la Guerra de Accio. Octaviano no estaba contrariado; no tomó ninguna medida para recuperar la región, sino que invocó y mantuvo la práctica tradi-

---

etc. (C. Cornelio, hijo de Cneo, Galo, caballero romano, primer prefecto de Alejandría y de Egipto después de vencidos los reyes por César, hijo del divino).

34. Para detalles de estas disposiciones, cf. TARN, *CAH* X, 113 ss.

35. *Res Gestae* 27; cf. VIRGILIO, *Geórgicas* 2, 171; 3, 30; 4, 560 ss.

36. DIÓN, 51, 20, 6 s.

cional de Roma como excusa para no convertir el país en provincia romana.[37]

Adquiriendo Egipto y su riqueza para Roma, podía permitirse abandonar Armenia y parte de la política de Antonio en la frontera del noreste. Su abstención de compromisos en el Oriente fue discreta y magistral. Con el medo, aliado de Antonio, empezó por seguir la política de Antonio, concediéndole incluso temporalmente el territorio de Armenia Minor, pues el medo tendría a raya tanto a Armenia como a Partia. Sin embargo, Octaviano no tenía resentimiento contra Partia, ni le declaró la guerra. En vez de eso, negoció con ella. Cuando un aspirante al trono de Partia huyó a Siria, prefirió aprovechar aquella ventaja para la paz y no para la guerra.

Craso y el honor nacional estaban clamando por una guerra de revancha. El último de los dinastas podría desear eclipsar a todos los generales de la República —Pompeyo, Craso y Antonio— en la conquista a distancia, por gloria, por el engrandecimiento del Imperio y para extirpar el recuerdo reciente de la guerra civil. Roma esperaba (y los poetas anunciaban) el verdadero, completo y sublime triunfo: el joven César apaciguaría los extremos de la Tierra, subyugando tanto a Britania como a Partia al cetro de Roma.[38] No hay temas más frecuentes en la década después de Accio, ni menos relevantes para la historia de aquellos años. Octaviano tenía sus propias ideas. Podría ser inoportuno encararse con los sentimientos de un pueblo patriota, pero era fácil engañarlo. El desastre de Craso y el fracaso de Antonio, aunque no tan graves como muchos creían, eran lecciones de cautela; y había mucha labor que hacer en el oeste y en el norte. Para servir a la política de Roma y mantener la seguridad de las fronteras orientales, bastaba con emplear las artes de la diplomacia y la amenaza de apoyar a aspirantes rivales al inseguro trono de la monarquía de Partia. Este reino, en realidad, aunque difícil para un invasor y huidizo por su misma falta de orden y de cohesión, no era ni fuerte en la guerra ni agresivo en su política. La adulación, la mala voluntad o la ignorancia podían sublimar a Partia hasta hacer de ella un Imperio rival de Roma.[39] La verdad es que no podría resistir la prueba de sus armas, ni

37. *Res Gestae*, 27.

38. *V. gr.* VIRGILIO, *Aen.* 7, 606; HORACIO, *Odas* 1, 12, 53 ss.; 3, 5, 2 ss.; PROPERCIO, 2, 10, 13 ss.

39. Era costumbre muy propia de los griegos conceder a Partia mucha importancia. El historiador LIVIO los refutó (9, 18, 6).

siquiera la de su diplomacia. No había por qué temer el peligro de una invasión de Asia o de Siria, salvo cuando la guerra civil relajaba la fábrica del gobierno romano. Pero guerras civiles ya no habría más.

Eso por lo que se refiere a Oriente. Nunca hubo una preocupación seria por ese lado para su conquistador. La amenaza de Partia, como la amenaza de Egipto, fue un mero pretexto para su política.

Había un peligro más próximo: sus propios iguales y rivales, los procónsules de las provincias militares. Egipto estaba seguro, o considerado seguro, en manos de un caballero romano. Pero ¿qué decir de Siria y de Macedonia? Después de Accio, Mesala fue puesto al frente de Siria;[40] el primer gobernador de Octaviano en Macedonia no está documentado, quizá fuese Tauro.[41] Pero Mesala y Tauro salieron para el oeste poco después, para reemplazar a Carrinas y a Calvisio en la Galia y en España.[42] En Siria llegó a procónsul un hombre seguro, M. Tulio Cicerón (*cos. suff.* 30 a. C.), el hijo disoluto e irascible del gran orador;[43] en Macedonia, un tipo muy distinto, el distinguido renegado M. Licinio Craso (*cos.* 30 a. C.).[44] Las otras provincias del este, menos importantes porque carecían de guarniciones de legiones permanentes, estaban en manos de partidarios de confianza.[45]

En el verano del 29 a. C. Octaviano regresó a Italia. Entró en Roma el 13 de agosto. Durante tres días sucesivos la ciudad imperial

40. Dión, 51, 7, 7; cf. Tibulo, 1, 7, 13 ss.

41. No hay datos, pero Tauro fue *duovir* honorario de Dirraquio, *ILS* 2678.

42. Tauro en España, Dión, 51, 20, 5 (bajo el año 29 a. C.). Calvisio celebró su triunfo el 26 de mayo del 28 a. C. (*CIL* I² p. 77); sin embargo, su mandato en España puede haber precedido al de Tauro. No se le menciona en Accio. Como respecto a la Galia, Dión recuerda operaciones de Nonio Galo (50, 20, 5) y de C. Carrinas (21, 51, 6). Carrinas celebró un triunfo el 30 de mayo del 28 a. C. (*CIL* I² p. 77). No así Nonio, que sepamos, aunque recibió una salutación imperial (*ILS* 895). La naturaleza y fecha precisas de su mando no son seguras (véase Ritterling, *Fasti des r. Deutschland unter dem Prinzipat*, 3 s.). Sobre Mesala, Tibulo, 1, 7, 3 ss.; *CIL* I², p. 50 y p. 77 (25 sept. 27 a. C.).

43. Apiano (*BC* 4, 51, 221) recuerda que fue nombrado gobernador de Siria. Sobre la fecha no hay daños. El período 29-27 a. C. es probable, pero sin excluir 27-25. Sobre sus costumbres, Séneca, *Suasoriae* 7, 13; Plinio, *NH* 14, 147. Le tiró una vez una copa de vino a la cara de M. Agripa.

44. Dión, 51, 23, 2 ss. Sus dos campañas corresponden a los años 29 y 28.

45. C. Norbano Flaco, *cos.* 38 a. C., fue procónsul de Asia poco después de Accio (Josefo, *AJ* 16, 171), quizá durante más de un año; y cierto Torio Flaco, desconocido por lo demás (pero de Lavinio), fue procónsul de Bitinia el 28 a. C. (P-W VI A, 346).

fue testigo de la pompa de tres triunfos, por las campañas de Iliria, por la Guerra de Accio y por la Guerra de Alejandría, guerras todas de Roma contra enemigos extranjeros. La gloria marcial del Estado renaciente fue continuada también los años siguientes por los triunfos de hombres eminentes en el partido cesariano, los procónsules de las provincias occidentales:[46] de España, C. Calvisio Sabino y Sex. Apuleyo; de la Galia, C. Carrinas y M. Valerio Mesala. El procónsul de Macedonia, M. Licinio Craso, sostenía que sus aciertos merecían un honor especial, pero no se le permitió celebrar su triunfo hasta julio del 27 a. C.

Cuando un partido ha vencido en una guerra civil, pretende haber fortalecido los ideales de libertad y de concordia. La paz era una bendición tangible. Durante una generación todos los partidos habían luchado por la paz; una vez alcanzada, fue el trofeo y la prerrogativa de los vencedores. Ya el senado había tomado la resolución de que el templo de Jano se cerrase, señal de que el mundo estaba en paz por tierra y mar.[47] La imponente y arcaica ceremonia no significaba, sin embargo, el cese de las actividades bélicas: los generales de Roma seguían actuando en las provincias fronterizas. La exaltación de la paz por un estadista romano podía dar fe de una victoria, pero no presagiaba el cese del esfuerzo marcial. La próxima generación iba a ser testigo de la ejecución ordenada de un programa racional de agresiones sin igual ni paralelo todavía en la historia de Roma. Una afirmación de la política imperial y un augurio de victorias fue encarnado entonces en la dedicación del *Ara Pacis Augustae*. Lo que no era improcedente. Para el romano la paz no era un estado de relajamiento; la palabra «pax» raramente se puede separar de las ideas de conquista, o por lo menos de presión. El destino de Roma era el de obligar a las naciones a vivir en paz, con clemencia hacia los sumisos y supresión para los demás:

> pacisque imponere morem
> parcere subiectis et debellare superbos.[48]

46. *CIL* I², p. 50 y p. 77.

47. *Res Gestae* 13. Al mismo tiempo fue restablecida la antigua ceremonia del *Augurium Salutis* (DIÓN, 51, 20, 4).

48. VIRGILIO, *Aen.* 6, 852 s.

Pero los ejércitos de Roma constituían un peligro mayor para su estabilidad que cualquier enemigo extranjero. Después de Accio, el vencedor, que había hecho suyos los ejércitos de todos sus adversarios, se encontró en la embarazosa posesión de cerca de setenta legiones. Para las necesidades militares del Imperio, menos de treinta eran suficientes; cualquier número superior era caro de mantener y una amenaza para la paz interior. Parece que entonces él decidió el mantenimiento permanente de veintiséis legiones. El resto fue licenciado, los veteranos asentados en colonias de Italia y de las provincias. La tierra fue obtenida por confiscación a las ciudades partidarias de Antonio en Italia y a sus seguidores, o comprada con el botín de guerra, especialmente el tesoro de Egipto.[49]

La libertad se había perdido, pero la propiedad, respetada y segura, estaba subiendo de valor. El efecto beneficioso del rico tesoro de Egipto se advertía en todas partes.[50] Sobre todo, la seguridad de la propiedad era el lema del nuevo orden.[51] Italia añoraba la estabilización definitiva de la era revolucionaria. Se había combatido y ganado la Guerra de Accio y disipado la amenaza a la vida y al alma de Italia. Pero la salvación estaba pendiente de un hilo. Los hombres tenían motivo para suplicar a los dioses de Roma que conservasen aquella preciosa vida,

> hunc saltem everso iuvenem succurrere saeclo
> ne prohibete.[52]

El poeta Virgilio había dado fin a los cuatro libros de sus *Geórgicas* durante la Guerra de Accio y la ausencia de Octaviano en el Oriente. Publicadas las *Geórgicas,* había comenzado a componer una epopeya nacional sobre los orígenes y el destino de la Roma imperial. Júpiter desvelaba a Venus, antepasada divina de la casa de los Julios,

49. DIÓN, 51, 4, 6. Algunos de los italianos desposeídos fueron asentados en Macedonia.

50. *Ibid.*, 51, 17, 8: τό τε σύμπαν ἥ τε ἀρχὴ ἡ των ʻ Ρωμαίων ἐπλουτίσθη καὶ τὰ ἱερὰ αὐτων ἐκοσμῆθη (En conjunto el Imperio Romano se enriquecía y sus templos se adornaban).

51. VELEYO, 2, 89, 4: «certa cuique rerum suarum possessio» (A cada uno la posesión segura de sus cosas).

52. VIRGILIO, *Geórgicas* I, 500 s. (no impidáis que este joven socorra a un siglo arruinado).

los anales del futuro. En su página más brillante figuraba en letras de oro el nombre de César, de linaje troyano, predestinado a ser también un dios, pero no antes de que su gobierno en el mundo hubiese restablecido la confianza entre los hombres y el respeto a los dioses, borrando la maldición original de la lucha fratricida:

> nascetur pulchra Troianus origine Caesar
> imperium Oceano, faman qui terminet astris
> Iulius a magno demissum nomen Iulo.
> Hunc tu olim caelo spoliis Orientis onustum
> accipies secura; vocabitur hic quoque votis.
> Aspera tum positis mitescent saecula bellis;
> cana Fides et Vesta, Remo cum fratre Quirinus
> iura dabunt.[53]

El heredero de César era verdaderamente un conquistador del mundo, no sólo en versos, ni por la inevitable lisonja de los países orientales. Como Alejandro, había extendido sus conquistas hasta los límites del mundo, y se le aclamaba con las formas y con el lenguaje empleados un día para aclamar a Alejandro.[54] Ahora estaba construyendo para sí un mausoleo regio junto al Tíber, y un cónsul romano había celebrado sacrificios públicos por su seguridad.[55] La venganza por la muerte de César, y con ella su propia descendencia divina, fue proclamada por la inauguración del templo de *Divus Iulius* en el 29 a. C.[56] Pero la insistencia en la monarquía militar y en la ascendencia troyana podían despertar inquietud. Cuando el triunviro Antonio residió muchos años en Oriente, la gente llegó a pensar que la ciudad iba a ser privada de su papel de reina, y la capital trasladada a otros países. La propaganda de Octaviano había explotado hábilmente estos temores.

53. *Aen.* I, 286 ss. Nacerá César, troyano de noble origen, Julio de nombre, sacado del gran Yulo, quien pondrá límite a su Imperio en el océano, a su gloria en las estrellas. Tranquila tú lo recibirás un día en el cielo, cargado de los despojos del Oriente; a él también le serán dirigidas oraciones. Entonces, renunciando a las guerras, se dulcificarán los siglos de hierro; la venerable Fides (Buena Fe) y Vesta, Quirino y su hermano Remo dictarán las leyes.

54. Cf. A. Alföldi, *RM* LII (1937) 48 ss. comentando la decoración de la coraza de la estatua de Augusto de Prima Porta. Norden sostenía que el pasaje de *Aen.* 6, 794 ss. se deriva de las loas tradicionales de Alejandro como conquistador del mundo.

55. Dión, 51, 21, 2 (cf. 19, 2 s.).

56. *Ibid.*, 51, 22, 2.

Una vez provocados, eran difíciles de acallar; sus ecos podían oírse aún. Horacio compuso un decreto divino prohibiendo que Troya fuese nunca reconstruida;[57] Virgilio es absolutamente explícito;[58] y Livio describe oportunamente cómo el patriota Camilo no sólo salvó a Roma del invasor, sino que evitó que los ciudadanos abandonasen, por una nueva capital, la que estaba destinada a sede de un Imperio.[59] Camilo fue aclamado como un Rómulo, como un segundo fundador y salvador de Roma: «Romulus ac parens patriae conditorque alter urbis».[60] En Rómulo se tenía al alcance de la mano un auténtico héroe nativo, hijo de un dios y elevado al cielo, después de su muerte, como dios Quirino. En los años siguientes a Accio se rindieron grandes honores al fundador. César había puesto su propia estatua en el templo de Quirino; el heredero de César fue identificado con aquel dios por el poeta Virgilio.[61] No sólo por sus conquistas, sino por la fundación de una ciudad duradera, obtenía un héroe honores divinos en vida y divinización después de su muerte. Ésa era la lección de Rómulo, y estaba dada en prosa, así como en verso.[62]

El conquistador del Oriente y héroe de Accio debía ahora uncirse a la ardua tarea de reconstruir una comunidad deshecha e infundirle nuevo vigor. Los intentos de estadistas anteriores se habían malogrado por el destino —o más bien por su propia ambición, incapacidad o falta de honradez—. Sila implantó el orden en Roma y en Italia, pero no la reconciliación. Pompeyo destruyó el sistema de Sila, pero cuando se recurrió a él en una emergencia, utilizó sus poderes con miras egoístas. El régimen de César y de los triunviros lucía el título y el pretexto de dar a la constitución una base estable (*rei publicae constituendae*). César había aplazado la labor, los triunviros ni siquiera la habían iniciado. Ese deber ya no podía ser eludido con el pretexto de

57. *Odas* 3, 3, 57 ss.

58. *Aen.* 12, 828: «occidit, occideritque sinas cum nomine Troia» (Troya ha muerto: deja que haya muerto con su nombre).

59. Livio, 5, 51 ss.

60. *Ibid.*, 5, 49, 7 (Rómulo y padre de la patria y segundo fundador de la ciudad).

61. *Geórgicas* 3, 27. Sobre el culto a Rómulo por esta época, cf. esp. T. Gagé, *Mélanges* XLVII (1930), 138 ss.

62. La historia de Rómulo en Dionisio de Halicarnaso (2, 7 ss.), con sus notables anticipos cesáreos o augustos, probablemente se deriva de una fuente escrita poco después de Accio, como sostiene Premmerstein, *Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, 8 ss.

las guerras en el exterior o de partidos en el interior. La paz se había restablecido; sólo quedaba un partido y ese partido tenía el poder.

En las monedas aparece la leyenda halagadora *Libertatis P. R. Vindex*.[63] Nadie se dejó engañar por este símbolo de la victoria en una guerra civil. Lo que Roma e Italia necesitaban era un retorno, no a la libertad —cualquier cosa menos eso—, sino a un gobierno civil y ordenado; en una palabra, a unas «condiciones normales». En su sexto y séptimo consulados, Octaviano llevó a cabo ciertos cambios constitucionales, variados en su especie y susceptibles de variadas interpretaciones.

Signos esperanzadores no faltaban en el 28 a. C. Octaviano era cónsul por sexta vez, con Agripa como colega. El año anterior había incrementado el número de familias patricias; los dos colegas confeccionaron ahora un censo en virtud de poderes que les fueron conferidos de modo especial e intervinieron en una depuración del senado.[64] Los miembros «indignos» fueron expulsados o persuadidos a abandonar. El objeto y el significado de esta reforma se verán más tarde. Octaviano adoptó el título que pertenecía por tradición al senador más relevante por su rango y autoridad: *princeps senatus*. Se promovió además una medida legislativa de gran porte para anular los actos ilegales y arbitrarios del Triunvirato; seguramente no todos ellos; el alcance y la eficacia de este decreto de indemnización habrán dependido de la voluntad y la conveniencia del gobierno.

¿Hasta qué punto iba a llegar el proceso de reglamentar el Estado? ¿Bajo qué nombre iban a gobernar el partido cesariano y su líder? Él había dimitido del cargo de triunviro, pero se podría afirmar que, sin aparentarlo, continuaba detentando los poderes dictatoriales del mismo, suponiendo que la cuestión le importase a la gente en aquella época. Del 31 a. C. en adelante había sido cónsul cada año. Pero eso no era todo: el joven déspota no sólo admitiría, sino que presumiría de haber detentado la soberanía de todo el Estado y de todo el Imperio, pues llegó a afirmar solemnemente que en su sexto y séptimo consulados puso a la República que estaba en su poder a disposición del senado y del pueblo. ¿Con qué derecho había estado en sus manos? Él indica

63. «Protector de la libertad del pueblo romano», *BMC*, *R. Emp.* I, 112.

64. Dión, 53, 1, 1 ss. Los *Fasti* de Venusia, *ILS* 6123, indican que esto se realizó en virtud de una *censoria potestas*. El incremento de patricios fue sancionado por una *lex Saenia* (Tácito, *Ann.* 11, 25). L. Senio fue *cos. suff.* en el 30 a. C.

que había adquirido el poder supremo por mediación de un consenso general, «per consensum universorum potititus rerum omnium».[65] Se ha expresado a menudo la creencia de que sus palabras aluden a la *coniuratio* del 32, cuando una manifestación extraordinaria de la voluntad del pueblo delegó en él su soberanía, pasando por encima de las formas y los nombres de una constitución desgastada. La referencia probablemente es más amplia, no sólo al juramento de adhesión, sino a la victoria de Accio, que fue su coronamiento, y a la reconquista para Roma de todos los países de Oriente.[66] El *consensus* abarcaba, y el juramento alistaba, no sólo a toda Italia, sino al mundo entero.[67] En el 28 a. C. el heredero de César estaba en la cúspide, «potentiae securus».[68]

El despotismo a cara descubierta es vulnerable. El *imperator* podía confiar en la plebe y en el ejército. Pero no podía gobernar sin ayuda de una oligarquía. Su jefatura era precaria, si no se amoldaba a los deseos de los principales miembros de su partido. Éstos, por sus leales servicios, habían sido generosamente recompensados con consulados, triunfos, sacerdocios y subsidios: incluso algunos habían sido elevados al patriciado. Octaviano podía confiar hasta cualquier extremo en algunos de sus mariscales: Agripa, Calvisio y Tauro. Pero la oligarquía militar era muy variopinta. Apenas había un hombre entre los consulares que no tuviera un pasado republicano, o antoniano, a sus espaldas. La traición destruye tanto el crédito como la confianza de cualquiera que comercie con ese artículo. Ningún gobernante podía tener fe en hombres como Planco y Ticio. Ahenobarbo, el líder republicano, había muerto, pero Mesala y Polión gozaban de cierta autoridad. Si el joven déspota no estaba dispuesto por propia iniciativa a adoptar —o por lo menos hacer público— algún compromiso tolerable con el senado y el pueblo, ciertos personajes eminentes podían ejercer sobre él cierta clase de presión.

65. *Res Gestae* 34: «in consulatu sexto et septimo. po[stquam b]ella [civil]ia exstinxeram, / per consensum universorum [potitus reru]m om[n]ium, rem publicam / ex mea potestate in senat[us populique Rom]ani [a]rbitrium transtuli» (Durante mis consulados sexto y séptimo, después que apagué el incendio de la guerra civil, teniendo en mis manos la dirección de todas las cosas por consenso general, puse a la República que tenía en mi poder a disposición del senado y del pueblo romano).

66. Sobre esta interpretación, H. BERVE, *Hermes* LXX 1 (1936), 241 s.

67. Cf. VIRGILIO, *Geórgicas* 4, 561 s.: «victorque volentes / per populos dat iura» (Vencedor, da leyes a pueblos que las quieren).

68. TÁCITO, *Ann.* 3, 28.

Pudo haber habido algún cambio informal de impresiones. No es probable que quede ninguna reseña del mismo, dado que apenas hay noticia de algún acontecimiento público de aquel año, y mucho menos de algo cuya significación se comprenda plenamente. Siendo cónsul (y acaso capaz de invocar la potestad tribunicia),[69] Octaviano poseía los medios de enfrentarse y *desbaratar* a cualquier oposición simplemente constitucional en Roma. Sería desagradable, pero no peligroso. Otra cosa eran los ejércitos y las provincias.

M. Licinio Craso, procónsul de Macedonia, después de pacificar Tracia y derrotar a los bastarnas, obtuvo un triunfo, pero exigió más, a saber, el antiguo honor de los *spolia opima,* pues había matado en el combate, con su propia mano, al gerifalte enemigo, hazaña que sólo había cabido a dos romanos desde los días de Rómulo. El afortunado descubrimiento, o la falsificación, de una inscripción fue esgrimido para refutar la reclamación de Craso.[70] Una falsificación o una discusión de anticuarios privaron al procónsul de los *spolia opima.* Una decisión arbitraria le denegó el título de *imperator,* que se había concedido desde Accio a otros procónsules, y por lo menos a un comandante que quizá no era procónsul y ciertamente no era de rango consular.[71] A Craso se le concedió, sin embargo, la mera distinción de un triunfo cuando hubo pasado un lapso conveniente (27 de julio a. C.), tras lo cual desaparece por completo de la historia.

69. Si recibió la *tribunicia potestas* vitalicia en el 30 a. C. (Dión. 51, 19, 6), parece haber hecho muy poco uso de ella antes del 23. Véase, además, *infra*, p. 412 s.

70. Según Dión (51, 24, 4), él hubiese tenido derecho a los *spolia opima* εἴπερ αὐτοκράτωρ στρατηγὸς ἐγεγόνει (Si hubiera ejercido el mando supremo). Dessau [*Hermes* XLI (1906) 142 ss.] descubrió la importancia sorprendente de Livio, 4, 19 s. Todos los historiadores anteriores a Livio aseguraban que Cornelio Coso obtuviera los *spolia opima* siendo tribuno militar; pero Augusto le dijo a Livio que el había visto en el templo de Júpiter Feretrio un coselete de lino con el nombre de Coso inscrito, dándole el título de cónsul. Esta frágil y venerable reliquia, intacta tras el paso de cuatro siglos, fue aportada sin duda para demostrar que Craso no tenía derecho a reclamar los *spolia opima*, puesto que no estaba luchando bajo sus propios auspicios. La importancia de la discusión para el arreglo constitucional del 28-27 a. C. fue puesta de relieve por primera vez por Groag, P-W XIII, 283 ss.

71. Nonio Galo (*ILS* 895, cf. Dión, 51, 20, 5). No es seguro, sin embargo, el cargo que estaba desempeñando en la Galia (*supra*, p. 369). Dión afirma expresamente que Octaviano tomó de Craso el título de *imperator y* lo añadió al número de los suyos (51, 25, 2). Una inscripción ateniense prematura (*ILS* 8810) da a Craso el título que merecía (αὐτοκράτωρ).

Al privar a Craso del título de *imperator,* Octaviano suscitó, quizá en un momento inoportuno, la delicada cuestión de su propio cargo ante la ley. Como su política, sus poderes eran una continuación directa del Triunvirato, aunque aquella institución despótica hubiese desaparecido hacía años; ante la ley, al único poder a que él podía apelar si deseaba obligar a un procónsul, era a la autoridad consular enormemente exagerada. Para evitar disputas de competencias, se requería una nueva reglamentación.

Ninguna fuente registra repercusiones políticas del choque con Craso, ni ninguna alusión a la actitud de otros procónsules. De haber tenido él aliados o parientes entre ellos, el desarrollo de los sucesos podría haber sido muy distinto.[72] Hay una misteriosa calamidad en estos años, no explicada en sus causas y oscura en sus fechas. C. Cornelio Galo, el prefecto de Egipto, vanidoso, elocuente y ambicioso, fue víctima de su imprudencia o de la calumnia de sus enemigos, que sin duda eran numerosos. Octaviano lo desautorizó, rompiendo todo lazo de *amicitia* con él. Después de un proceso por alta traición en los tribunales, el senado aprobó un decreto contra el infractor. Galo se quitó la vida (27 a. C.).[73] El delito de Galo se describe de varios modos como ingratitud baja, estatuas erigidas a sí mismo e inscripciones presuntuosas grabadas en las pirámides de Egipto.[74] La documentación epigráfica, aunque no de una pirámide, muestra al caballero romano proclamando haber avanzado hacia el sur en sus conquistas más que cualquier ejército del pueblo romano y más que cualquier monar-

72. Mesala había salido de Siria, reemplazado allí quizá por M. Tulio Cicerón (*supra*, p. 369). En cuanto al oeste, Sex. Apuleyo, hijo de la hermanastra de Octaviano, sucedió a Tauro en España. Mesala, que celebró un triunfo sobre la Galia en septiembre del 27 a. C., estaba al mando de una gran provincia militar en la época de la disputa de Craso con Octaviano. Al sucesor de L. Autronio Peto como procónsul de África no se le conoce.

73. Jerónimo (*Chron.*, p. 164 H) coloca su muerte en 27 a. C. Dión relata el proceso y el fin de Galo por episodios y no en claro orden cronológico, entre los hechos del 26 a. C.; su relación del procedimiento es también vaga (53, 23, 7): καὶ ἡ γέρουσία ἅπασα ἁλῶναί τε αὐτὸν ἐν τοις δικαστηρίοις καί φυγεῖν της οὐσίας στερηθέντα καὶ ταύτην τε τῳ ΑὐγούσΤῳ δοθῆναι καὶ ἑαυτοὺς βουθυτησαι ἐψηωίσατο (Y el senado votó por unanimidad que fuese reconocido culpable ante los tribunales, privado de sus bienes y desterrado; que sus bienes fuesen dados a Augusto, y que ellos mismos —los senadores— ofreciesen un sacrificio).

74. Suetonio, *Divus Aug.* 66, 2: «ob ingratum et malivolum animum»; Dión, 53, 23, 5 (estatuas y pirámides).

ca de Egipto.[75] Octaviano podía tolerar el mal comportamiento, los crímenes y los vicios de sus colaboradores, siempre y cuando su propia supremacía no se viese amenazada. La naturaleza precisa de la violación de la *amicitia* por parte de Galo no se conoce;[76] probablemente no fue ni trivial ni verbal, pues Suetonio equipara su caída a la de Salvidieno. Octaviano ensalzó la *pietas* del senado y deploró la muerte de un amigo.[77]

Galo pudo haber sido retirado de Egipto en el 2 a. C. No se le conoce ningún vínculo con el procónsul de Macedonia, salvo que uno y otro habían sido partidarios de Antonio.[78] Pero ¿quién no lo había sido? Ni Galo ni Craso son siquiera mencionados por el leal historiador Veleyo Patérculo, razón de más para evocar discrepancias, suprimidas en un relato empeñado en presentar la restauración del gobierno republicano de Roma como un proceso armónico.

Negarle a Craso el título de *imperator* no fue sólo una cuestión de corrección constitucional, o más bien de incorrección. Craso era un noble, de una gran casa, nieto de un dinasta que había rayado a la altura de Pompeyo y de César; en gloria militar, era un rival repentino para el nuevo Rómulo, que trataba de absorber y concentrar en su persona todo el prestigio y el éxito de la guerra, como una consagración casi religiosa del mando del *imperator* único.[79] No sólo el prestigio estaba en juego; los procónsules armados eran una amenaza. No sería, sin embargo, oportuno prescindir de todos ellos. Octaviano optó por una solución intermedia.

75. *ILS* 8995, líneas 4 ss. «exercitu ultra Nili catarhacte[n transd]ucto, in quem locum neque populo / Romano neque regibus Aegypti [arma ante s]unt prolata, Thebaide, communi omn[i] / um regum formidine, subacta» (Pasó con el ejército más allá de la catarata del Nilo, lugar al que nunca llevaron sus armas ni el pueblo romano ni los reyes de Egipto, y sometió la Tebaida, terror común a todos los reyes).

76. Ovidio (*Amores* 3, 9, 63) describe el delito como «temerati crimen amici» (delito de una amistad violada). Después de todo, es posible que Galo fuese sacrificado simplemente para aplacar los sentimientos de un grupo poderoso de senadores.

77. Suetonio, *Divus Aug.* 66, 2.

78. Una mujer llamada «Licinia P. f. Galli (uxor)» (Licinia, hija de Publio, esposa de Galo) fue sepultada en el mausoleo de los Crasos (*CIL* VI, 21308). Podría ser prima carnal de P. Licinio Craso, *cos.* 30 a. C. Sería sumamente arriesgado especular sobre la identidad de su marido, Galo; pero un caballero tan poderoso como C. Cornelio Galo podía fácilmente tomar una esposa de las casas más nobles de Roma.

79. Sobre este aspecto, véase sobre todo J. Gagé, *Rev. hist.* CLXXI (1933), 1 ss.

Durante el régimen del Triunvirato, y después de su desaparición nominal, los procónsules habían gobernado grandes provincias, recibido aclamaciones imperiales y celebrado triunfos. Ahora Octaviano iba a retirar a los procónsules de las provincias militares más poderosas y a mandar estas regiones él mismo en persona, directamente, con un *imperium* proconsular. Las demás podían gobernarlas procónsules, sin impedimento alguno en apariencia. Algunos tendrían a su cargo provincias militares, sobre las que se ejercería la debida vigilancia: guarnición de pocas legiones, procónsules de familias nuevas, mejor que nobles, y de rango pretorio mejor que consular; y nada de salutaciones imperiales, ni de triunfos, si podían evitarse. El *nobilis* y el consular, ésos eran los enemigos.

Un arreglo que renunciaba a ciertas provincias del Imperio, nominalmente incontroladas, pero que dejaba las más importantes, privadas de procónsules, al mando inmediato de Octaviano, ofrecía un aspecto de restauración de la libertad sin sacrificar nada de valor, La ostensible moderación fue sólo un paso para una mayor consolidación del poder. Y lo que es del poder no se cedía un ápice. Sólo las palabras y las formas cambiaron, y no todas ellas.

El joven César había hecho la guerra como *dux*, y como *dux* siguió mandando, aunque el apelativo fuese cayendo poco a poco en desuso. Y podía haberlo conservado, cualesquiera que fuesen la forma de la constitución y la definición legal de sus poderes. El término *dux* era familiar por su aplicación a los grandes generales de la República; y el vencedor de Accio era el último y el más grande de todos ellos. Podía amoldarse también a un líder político: *dux partium*. Pero tanto la guerra como la política de partido estaban consideradas superadas e idas. La palabra tenía un sabor demasiado militar para todos los paladares; sería conveniente revestir la píldora, dura y astringente, del poder supremo, con algún condimento inocuo que supiese a tradición y a costumbre. El jefe militar quería que se le conociese como magistrado. Había al alcance de la mano una denominación que comportaba eminencia, pero no siempre primacía única. Los estadistas más relevantes de la República habían sido llamados generalmente *principes* en reconocimiento a la autoridad de su poder.[80] El nombre no se daba siempre como elogio, pues el *princeps* era demasiado a menudo

80. A. GWOSDZ, *Der Begriff des römischen princeps*, Diss. Breslau, 1933; H. WAGENVOORT, *Philologus* XCI (1936), 206 ss.; 323 ss.

un dinasta político que ejercía un poder ilegítimo, la *potentia*, con miras a su gobierno personal:[81] así *principatus* adquirió la fuerza y el significado de *dominatus*.[82]

El heredero de César llegó a emplear el término *princeps*, pero no como parte de su nomenclatura oficial. Había otros *principes* en el Estado, no podía dejar de haberlos en una república. Así, Horacio se dirige a él como

maxime principum.[83]

Esta cómoda denominación del posesor de vagos y tremendos poderes no se abrió paso de repente. El *princeps* siguió siendo, y con mucha propiedad, el *dux*, como revela sin equívocos la literatura poética de los primeros años del nuevo régimen. Y con razón, pues la gloria militar y el primado militar del nuevo Rómulo no se vieron mermados por los actos públicos de su sexto y séptimo consulados.

La palabra *princeps* aplicada a Augusto está ausente de la *Eneida* de Virgilio y no es de muy frecuente empleo en las *Odas* de Horacio (que aparecieron en el 23 a. C.). Propercio no la emplea más que una vez, y *dux*, en cambio, por lo menos dos.[84] Tan tarde como en la fecha de publicación del último libro de las *Odas* (13 a. C.) al señor de Roma se le puede llamar aún *dux*, pero con una variación y con el aditamento de un adjetivo benévolo y no militar: *dux bone*.[85] Aún más tarde, Ovidio, cuando escribía sus *Fastos,* descubría en la palabra *dux* una propiedad que no era simplemente cuestión de metro.[86] Luego, después de un siglo, bajo la dinastía de los Flavios, un emperador, desconfiado del título de *princeps* y ansioso de gloria bélica, se sentía halagado cuando sus poetas le llamaban *dux* y *ductor*.[87]

81. CICERÓN, *De re publica I*, 68: «ex nimia potentia principum» (Por excesivo poder de los príncipes).

82. CICERÓN, *Phil.* 11, 36: «dominatum et principatum».

83. *Odas* 4, 14, 6 (¡Oh el mayor de los príncipes!).

84. PROPERCIO, 2, 10, 4 (militar); 16, 20 (combinado con una referencia a la «casa Romuli»).

85. *Odas* 4, 5, 5.

86. *Fasti* 1, 635; 2, 60; 5, 145; 6, 92. Tampoco es esto, como cabría esperar, una referencia concreta a las victorias o al poder de Augusto. Su atención a los monumentos antiguos es descrita como «sacrati provida cura ducis» (*Fasti* 2, 60).

87. La frecuencia de estos apelativos en las *Silvas* de Estacio merece ser subrayada.

Esto en cuanto a Roma, las clases dirigentes e Italia. Pero aun en Italia, el *princeps*, por su uso de *imperator* como parte de su nombre, recordaba su carácter cesariano y militar; y gobernaba las provincias con una autoridad para ellas familiar, como proconsular y absoluta, ya consistiese en los poderes dictatoriales del Triunvirato, ya en pura usurpación o acto de ley en Roma. Para traducir el término *princeps* los griegos utilizaban una palabra que significaba *dux*.[88]

88. A saber, ἡγεμών. Cf. F. KORNEMANN, *Klio* XXXI (1938), 81 ss.

Capítulo XXII

PRINCEPS

En su sexto y séptimo consulados, C. Julio César Octaviano experimentó una transformación indolora y superficial. El proceso culminó en una sesión del senado el 13 de enero del 27 a. C. en la que él declaró solemnemente que ponía todos los poderes y todas las provincias a la libre disposición del senado y del pueblo romano. La ovación quedó sumergida en la protesta. Los senadores le suplicaban que no abandonase a la República a la que había salvado. Cediendo de mala gana a estas manifestaciones de lealtad y de patriotismo, el amo del mundo entero consintió en aceptar un encargo especial por un período de diez años, en forma de un mandato proconsular de una extensa *provincia,* a saber, España, la Galia y Siria. Eso y nada más.[1] Aparte de eso, los procónsules gobernarían las provincias como antes, pero

1. DIÓN, 53, 12 ss. (no satisfactorio del todo sobre la división de las provincias, cf. *infra* pp. 384 ss.). Dión no menciona explícitamente la concesión de *imperium* proconsular. Está bien claro, sin embargo, que la hubo. PREMERSTEIN (*Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, 229 ss.) sigue a Mommsen y supone que conllevaba el *imperium maius* sobre las provincias del senado. Lo cual no es en modo alguno necesario, cf. W. KOLBE en el vol. *Aus Roms Zeitwende* (*Das Erbe der Alten*, Heft XX, 1931), 39 ss. esp. 47 s. Según DIÓN (53, 12, 1) Augusto asumió τὴν μὲν φροντίδα τήν τε προστασίαν τῶν κοινῶν πᾶσαν ὡς καὶ ἐπιμελείας τινὸς δεομένων (todo el cuidado y la dirección de los asuntos públicos bajo el pretexto de que éstos requerían alguna atención). De esto Premerstein deduce la concesión concreta por el senado de una «cura rei publicae» general (*o. c.*, 120 ss.). No hay duda de que Augusto ejerció esa supervisión, pero en virtud de su *auctoritas*. Las palabras del propio Augusto (*Res Gestae* 6) hablan contra esta teoría.

responsables sólo ante el senado, y el senado, el pueblo y los magistrados recobrarían el ejercicio legítimo de todas sus funciones.

Tres días más tarde, el senado volvió a reunirse ansioso e impaciente de dar las gracias, de conferir honores al salvador del Estado. Se acordó por votación que una corona de laurel se colocase sobre el dintel de su casa, por haber salvado la vida de ciudadanos romanos; que se colgase en el senado un escudo de oro con sus virtudes —clemencia, valor, justicia y piedad— inscritas en él.[2] Él había fundado de nuevo, o iba a fundar pronto, el Estado romano. Podría, por tanto, haberse llamado Rómulo, pues el augurio de los doce buitres se le había manifestado hacía tiempo.[3] Pero Rómulo era un rey, nombre aborrecido, manchado de la sangre de su hermano y asesinado él mismo por senadores romanos, según una leyenda, antes de su ascensión al cielo. Eso era demasiado parecido a César Dictador. Además, el joven César era salvador y benefactor por encima de cualquier precedente. Se le buscó un nombre nuevo, que expresaba una veneración de talla más que mortal.[4] Un veterano político, el consular L. Munacio Planco, propuso el decreto que confirió al heredero de César el apelativo de Augusto.[5]

En la preparación de estas manifestaciones ejemplares nada se dejó al azar o al accidente. El gobernante se había aconsejado de sus amigos y aliados, y quizá de políticos independientes. Todos ellos sabían lo que estaban haciendo. A juzgar por los nombres empleados, por el aspecto y por la teoría, la soberanía del senado y del pueblo había sido restablecida. Faltaba saber a qué equivalía todo ello.

Tal y como se presentaban las cosas, los nuevos poderes de César Augusto eran ciertamente modestos, imposibles de atacar por parte de una generación que había conocido la Dictadura y el Triunvirato. De común acuerdo, el senado concedía al primer ciudadano el rango y la autoridad a que le hacían acreedor los méritos contraídos y los servicios a que era requerido. César Augusto iba a gobernar una *provincia* en virtud de un *imperium proconsulare*. Como procónsul era, ante el derecho público, exactamente igual que cualquier otro procónsul. En realidad, sin embargo, su provincia era extensa y fortísima, abarcaba

2. *Res Gestae* 34, cf. *ILS* 82 (una copia de Potenza en el Piceno).

3. DIÓN dice que Augusto estaba deseoso del nombre de Rómulo (53, 16, 7). Quizá fuese advertido y disuadido por prudentes consejeros.

4. DIÓN, 53, 16, 8: ὡς καὶ πλειόν τι ἢ κατ' ἀνθρώπους ὤν. Cf. OVIDIO, *Fasti* I, 609 ss. Rómulo fundó Roma «augusto augurio» (Envío citado por VARRÓN, *RR* 3, 1, 2).

5. SUETONIO, *Divus Aug.* 7, 2.

los territorios militares más poderosos del Imperio y la mayoría de las legiones; y eso sin incluir a Egipto en la cuenta.

Pero Augusto no tomó todas las legiones; tres procónsules tenían ejércitos a sus órdenes, los gobernadores del Ilírico, Macedonia y África.[6] Estas regiones estaban cerca de Italia, eran una amenaza por su posición geográfica y por el recuerdo de las guerras civiles recientes; y, sin embargo, Augusto las cedió graciosamente a procónsules. Además, la Galia Cisalpina había dejado de ser una provincia. Los ejércitos del propio Augusto se hallaban a distancia, situados en la periferia del Imperio; no una amenaza, se diría, a una constitución libre, sino meros guardianes de las fronteras. No había necesidad de que el nuevo régimen se describiese como un despotismo militar. Ante la ley, Augusto no era el comandante en jefe de todo el ejército, sino un magistrado romano, investido de poderes especiales por un plazo de unos años.

Para la concesión de un mandato de esta naturaleza había multitud de justificantes. Las guerras civiles habían terminado, pero el Imperio no se había recuperado aún de sus estragos. España, un país extenso, no había sido conquistado debidamente; la Galia estaba clamando por una exploración y una organización; Siria, alejada de Roma y expuesta a los partos, requería cuidadosa vigilancia. Otras regiones podían ser sometidas también al mismo tratamiento saludable, pues nadie podía creer que las fronteras de Ilírico y Macedonia fuesen satisfactorias, y África seguía alimentando sus proverbiales guerras.

Los mandatos especiales no eran ninguna novedad, ningún escándalo. El campeón más severo de la corrección constitucional podría verse obligado a reconocer su necesidad.[7] Si la concesión de un *imperium* ampliado en el pasado había amenazado la estabilidad del Estado, había sido debido a la calamitosa ambición de políticos que buscaban el poder ilegalmente y se aferraban a él por gloria y por provecho. Los dinastas rivales desgarraban el Imperio y destruían la

6. El relato de DIÓN es anacrónico y puede inducir a error. Afirma que Augusto cedió al senado las provincias pacificadas (53, 12, 2; cf. 13, 1); sin embargo, en la lista de tales provincias aparecen África, Ilírico y Macedonia, donde procónsules armados están plenamente atestiguados en los primeros años del Principado. Tampoco la información proporcionada por el coetáneo ESTRABÓN (p. 480) está libre de anacronismo. Dice éste que Augusto hizo suyo ὅση στρατιωτικῆς φρουρᾶς ἔχει χρείαν (cuanto tenía necesidad de una guarnición militar). Véase, además, *infra*, p. 399.

7. CICERÓN, *Phil.* 11, 17, cf. 28.

República Libre. Su único superviviente, como guardián de las provincias armadas más poderosas, constituía una garantía contra la reaparición de la anarquía, de la que su régimen había nacido.

Pero Augusto iba a ser cónsul, así como procónsul, año tras año sin interrupción. La magistratura suprema, aunque no pretendiese ya conceder poderes especiales, como después del fin del Triunvirato, todavía le daba los medios de dirigir y orientar la política romana, si no de dominar en virtud del *imperium* consular a los procónsules.[8] Para tal acumulación de poderes se podría aducir con mucha propiedad un paralelo cercano del pasado reciente; está bastante claro que no lo fue.

Los romanos como pueblo estaban imbuidos de una veneración especial por la autoridad, el precedente y la tradición, de una repugnancia radical hacia el cambio, a menos que se pudiese demostrar que el cambio estaba en armonía con la costumbre ancestral, el *mos maiorum*, que en la práctica significaba los sentimientos de los senadores más viejos, aún con vida. Incapaces de percatarse del dogma del progreso —pues aún no se había inventado—, los romanos contemplaban cualquier novedad con desconfianza y aversión. La palabra *novus* sonaba mal a sus oídos. Aun así, el recuerdo del pasado les hacía presente que había habido cambios, aunque despacio y combatidos. La grandeza peculiar de Roma no se debía al genio de un hombre o de una época, sino a muchos hombres y a un largo proceso de tiempo.[9] Augusto trataba de demostrar la verdad de una doctrina: que la historia de Roma era un desarrollo continuo y armónico.[10]

8. Augusto alardeaba de no haber hecho más uso de la *potestas* que cualquiera de sus colegas en la magistratura (*Res Gestae* 34). Afirmación enigmática, pero explicada por PREMERSTEIN (*Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, 227), que demuestra que después del 27 a. C. el consulado quedó reducido a sus poderes legales y constitucionales, cf. VELEYO, 2, 89, 3: «imperium magistratuum ad pristinum redactum modum».

9. CICERÓN, *De re publica* 2, 2: «nostra autem res publica non unius esset ingenio, sed multorum, nec una hominis vita, sed aliquot constituta saeculis et aetatibus».

10. *Res Gestae* 8: «legibus novis m[e auctore l]atis m[ulta e]xempla maiorum exolescentia / iam ex nostro [saecul]o red[uxi et ipse] multarum rer[um exe]mpla imi / tanda pos[teris tradidi]» (Mediante leyes nuevas presentadas por iniciativa mía, puse al día muchos ejemplos legados por nuestros antepasados, que ya se borraban de nuestro siglo, y yo mismo transmití a la posteridad para su imitación muchas conductas ejemplares).

Augusto mismo, según decía él, no aceptaba una magistratura que fuera en contra del *mos maiorum*.[11] No necesitaba hacerlo. Tal y como estaba la constitución romana, se prestaba bastante bien a sus propósitos. Por tanto, no es ninguna paradoja descubrir en el Principado de Augusto tanto las instituciones como la fraseología de la Roma republicana. La validez histórica de las deducciones hechas a partir de ahí ya es otra cuestión.

Se puede dudar de que Augusto, sus consejeros o sus críticos, recorriesen los registros del pasado con una mirada tan pendiente de los precedentes legales como lo han hecho los abogados y los historiadores de edades más recientes. Augusto sabía con mucha precisión lo que deseaba: era sencillo y fácil de traducir. Además, los miembros principales de su partido no eran juristas ni teorizantes; eran diplomáticos, soldados, ingenieros y financieros. El estudio de la ley, el arte de la casuística y la práctica del debate público habían languidecido largos años.

Ciertos precedentes del pasado reciente estaban tan próximos que hacían daño. Pompeyo Magno había gobernado España en ausencia, por medio de sus legados. Al mismo tiempo, había adquirido en Roma una posición cuasi dictatorial, como cónsul por tercera vez (52 a. C.), al principio sin colega, en virtud de un mandato para sanear y reparar el cuerpo político.[12] Pero Pompeyo era siniestro y ambicioso. Aquel *princeps* no curó, sino que sólo agravó los males del Estado romano. Augusto era muy distinto, un *salubris princeps*, como hubiera querido ser conocido.[13]

No sólo eso. Toda la carrera de Pompeyo había sido violenta e ilícita, desde el día en que, joven de veintitrés años, reclutó un ejército particular, pasando por los mandos especiales que desempeñó fuera de Roma y las componendas políticas en que anduvo dentro de ella, con miras a subvertir o suspender la constitución, hasta su tercer con-

11. *Ibid.*, 6.

12. APIANO, *BC* 2, 28, 107: ἐς θεραπείαν της πόλεω ἐπικληθείς; cf. PLUTARCO, *Pompeius* 55; TÁCITO, *Ann.* 3, 28.

13. SUETONIO, *Divus Aug.* 42, 1: «ut salubrem magis quam ambitiosum principem scires»; cf. DIÓN, 56, 39, 2: ὥσπερ τις ἰατρὸς ἀγαθὸς σῶμα νενοσηκός παραλαβὼν καὶ ἐξιασάμενος ἀπέδωκε πάντα ὑμιν ὑγιᾶ ποιήσας (Como un buen médico que se ha hecho cargo y ha cuidado de un cuerpo enfermo, lo da de alta tras haberle devuelto una salud perfecta) (del discurso fúnebre pronunciado por Tiberio).

sulado y el poder que detentó a la fuerza y perdió en la guerra.[14] Sus asesinatos y sus traiciones fueron memorables.[15]

No tendría objeto resucitar esas memorias, salvo para hacer su apología velada, o si un historiador oficial deseaba refutar a Salustio. El tono de la literatura de la era de Augusto es más pompeyano que cesariano, lo mismo que sus ideales son más bien republicanos que absolutistas. Tratando de mantener la continuidad con un gobierno legítimo, el heredero de César abjuró de la memoria de César; en el pensamiento oficial, la Dictadura y el Triunvirato quedaron borrados del registro.[16] Esto significaba una cierta rehabilitación de la generación última de la República, lo que en política equivalía a la era de Pompeyo. En su juventud, el heredero de César, el aventurero revolucionario, logró mediante engaños el apoyo pompeyano y traicionó fríamente a sus aliados, derribando a la República y proscribiendo a los republicanos; en sus años de madurez, el estadista les robó sus héroes y su vocabulario.

Tito Livio alimentaba graves dudas: ¿El nacimiento de César era una bendición o un castigo?[17] Augusto lo tildaba de pompeyano. El emperador y su historiador se entendían perfectamente. El Pompeyo auténtico estaba políticamente olvidado, sepultado en loas fraudulentas al muerto. Lo que ellos necesitaban no era el dinasta ambicioso y pérfido, sino el campeón de la República contra el despotismo militar. Virgilio en la *Eneida,* comparando a los jefes rivales, hace que el guía de Eneas invite a César a deponer sus armas ante Pompeyo:

> tuque prior, tu parte, genus qui ducis Olympo,
> proice tela manu, sanguis meus![18]

14. TÁCITO, *Ann.* 3, 28: «tum Cn. Pompeius, tertium consul corrigendis moribus delectus et gravior remediis quam delicta erant suarumque legum auctor idem ac subversor, quae armis tuebatur armis amisit» (Entonces Cn. Pompeyo, elegido cónsul por tercera vez, con la misión de reformar las costumbres, empleó remedios más penosos que lo eran las faltas, propuso leyes que él mismo se encargaba de destruir y lo que defendía por medio de las armas, por las armas lo perdió).

15. «Adulescentulus carnifex» (VAL. MÁX., 6, 2, 8; cf. *supra*, p. 41).

16. TÁCITO, en su historia de la legislación (*Ann.* 4, 34), pasa de un salto del 52 a. C. al 28 a. C. En medio, «non mos, non ius».

17. SÉNECA, *NQ* 5, 18, 4.

18. *Aen.* 6, 834 s. (¡Y tú el primero, repórtate, que traes del Olimpo tu linaje; aleja las armas de tu mano, oh sangre mía!).

Salvo ese reproche velado, ni una palabra de César en todo el registro épico del glorioso pasado de Roma. Siguiendo una inspirada visión de la historia reciente, el escudo de Eneas permite echar un vistazo a la vida del más allá: a un lado está, en el infierno, Catilina, eternamente atormentado por las Furias; al otro, un Catón ideal, legislando con gran sentido práctico entre los bienaventurados:

secretosque pios, his dantem iura Catonem.[19]

Virgilio no necesitaba decir a qué lado estaba César, si en el de su aliado revolucionario, o en el de su venerable enemigo, cuya memoria había él calumniado después de muerto. También Horacio evita en las *Odas* mencionar en parte alguna a César Dictador. Sólo el *Iulium sidus*, el alma de César, limpia de toda impureza terrenal, transmutada en un cometa y prestando celestiales auspicios a la ascensión del heredero de César.[20]

El cuadro es lógico. Livio, Virgilio y Horacio son, entre todos los escritores augustos, los más adictos al gobierno. En conjunto, mejor no decir nada de César; o si se tercia, de Antonio, salvo como tipos criminales. El poder y la dominación de Augusto eran en realidad demasiado parecidos a los del Dictador para permitir siquiera un recuerdo casual, por no decir nada de una comparación oportuna y genuina. Las pretensiones de *Divus Iulios*, las glorias de la descendencia troyana y la manía de Rómulo, dominantes en los años que siguieron a Accio, retroceden gradualmente y pierden terreno; como la victoria misma, asunto incómodo para reflexionar sobre él pausadamente, deja de ser pregonada con entusiasmo.

Un Pompeyo purificado o un Catón espectral y santificado no eran las únicas víctimas de las guerras civiles que podían ser invocadas y alistadas al servicio de la República renacida. Cicerón podía ser más lucrativo para cualquier fin; y la culpa de su proscripción fue echada con provecho a Antonio, muerto y execrado. Augusto dio su testimonio: «Cicerón fue un gran orador y un gran patriota».[21] Pero cualquier forma de culto oficial a Cicerón era una ironía para hombres que recordaban por experiencia propia —no hacía mucho de ello— la acti-

19. *Ibid.*, 8, 670.
20. *Odas* 1, 12, 47.
21. PLUTARCO, *Cicero*, 49.

vidad política de Cicerón en el año último de su vida. El suave Planco sin duda estaba conforme, sumando su voz a las del coro. Polión, el otro ex antoniano y anterior enemigo público, todavía mantenía vivo su resentimiento contra el carácter de Cicerón y el estilo de Cicerón, y Polión detestaba a Planco.

Estudiosos dedicados a investigar la historia de las ideas e instituciones sostienen que fueron muchas más que el recuerdo y la oratoria de Cicerón las cosas que renacieron quince años después de su muerte: toda su concepción del Estado romano triunfó entonces y adquirió forma y consistencia en la Nueva República de César Augusto.[22]

Eso sería consolador, si fuera cierto. Sólo es preciso examinar la doctrina política de Cicerón. En los años de fracaso y abatimiento compuso él un tratado, el *De re publica*, en el cual Escipión Emiliano y algunos de sus amigos celebran un debate sobre el *optimus status civitatis*. El carácter y el objeto de esta obra han sido considerados de modos muy distintos, a veces extravagantes. *La República* de Cicerón ha sido interpretada como una obra de circunstancias, preconizando la implantación del Principado de Pompeyo y prefigurando el Estado ideal que fue llevado a cabo durante el Principado de Augusto.[23] Eso es un anacronismo. Los teorizantes de la Antigüedad situaban sus utopías sociales y políticas en el pasado, no en el futuro. Es mucho más convincente la interpretación de que Cicerón, en un momento de desesperanza y añoranza, escribiese sobre una república ideal que había existido una vez, la Roma de los Escipiones, con la constitución equilibrada y ordenada que provocó la admiración de Polibio;[24] aunque se admitiese la supremacía de un hombre en el Estado, ésta no era la de un *princeps* como Pompeyo.

Por lo demás, hay que insistir como es debido en que la doctrina política de Cicerón está formulada en frases tan vagas y tan inocuas, que podría ser empleada por cualquier partido y adaptada a cualesquiera fines. El Augusto revolucionario explotó con arte y con éxito

22. Por ejemplo, y sobre todo, E. MEYER, *Caesars Monarchie u. das Prinzipat des Pompeius*[3] (1922), 174 ss. El lenguaje e ideas de Cicerón recogidos por Augusto, cf. A. OLTRAMARE, *Rev. ét. lat.* X (1932) 58 ss.

23. E. MEYER, *Caesars Monarchie*, 174 ss.; R. REITZENSTEIN, *GGN* 1917, 399 ss.; *Hermes* LIX (1924) 356 ss.

24. *Supra*, p. 184; cf. R. HEINZE, *Hermes* LIX (1924), 73 ss. = *Vom Geist des Römertums*, 142 ss. Un relato breve, claro y admirable de la controversia, en A. VON PREMERSTEIN, *Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, 3-12.

los conceptos tradicionales y el vocabulario consagrado en la literatura política romana, gran parte de él, a decir verdad, no de la propiedad de Cicerón, pues los discursos de sus colegas y rivales han perecido en su totalidad. En este estado de cosas, la repetición de frases, e incluso de ideas, que eran corrientes entre la generación anterior, ni producirá sorpresa ni desvelará a un investigador moderno ningún secreto sobre el gobierno de Augusto que haya estado oculto a sus contemporáneos.

En la medida en que Cicerón tenía un programa político, éste preconizaba el mantenimiento del orden establecido, reformado un poco por una vuelta a prácticas antiguas, pero no alterado; es decir, una concordia firme de las clases adineradas y la distinción tradicional, en función y posición, entre las diferentes clases de la sociedad.[25] Tal era también la opinión de Augusto, pues la revolución se había estabilizado ahora. Ni el Princeps ni ninguno de sus adeptos deseaba cambio ni disturbios. Bien podía él decir, cuando le pidieron un juicio sobre Catón, que cualquiera que no desea que la situación actual se altere es un buen ciudadano.[26] Precisamente Augusto trabajaba con esas miras, para conservar el nuevo orden de cosas, proclamando como su deseo más ferviente el de ser conocido como *optimi status auctor*.[27] Él mis-

25. CICERÓN declara en *De legibus* (3, 4, cf. 12) estar legislando para el Estado pintado en *La República*. La constitución tradicional de Roma apenas requiere modificación: «quae res cum sapientissime moderatissimeque constituta esset a maioribus nostris, nihil habui sane, non modo multum, quod putarem novandum in legibus» (*ibid.*, 3, 12) (En la cual constitución, redactada de modo sapientísimo y moderadísimo por nuestros mayores, no ya mucho, sino nada en verdad encontré que considerase obligado renovar en nuestras leyes). De hecho, los cambios que propone son pocos y moderados: apenas restringir la actividad de los tribunos y dar más poder al senado y a los censores, tema no baladí para la experiencia pasada del propio Cicerón y para sus expectativas futuras.

26. Citado por MACROBIO (2, 4, 18): «quisque praesentem statum civitatis commutari non volet, et civis et vir bonus eso». PLUTARCO (*Pompeius* 54) describe a Catón en el 52 a. C. como πασαν μέν ἀρχὴν μαλλον αἱρούμενος ἀναρχίας (Prefiriendo cualquier régimen antes que la anarquía). Compárese a DIÓN, en un discurso puesto en boca de Augusto (53, 10, 1): πρῶτον μὲν τοὺς κειμένους νόμους ἰσχυρῶς φυλάττετε καὶ μηδένα αὐτῶν μεταβάλητε. τα γαρ ἐν ταὐτῳ μένοντα, κἂν χείρω ᾖ, συμφορώτερα τῶν ἀεὶ καινοτμουμένων, κἂν βελτίω εἶναι δοκῇ, ἐστιν (Primero, mantened firmemente las leyes vigentes y no cambiéis ninguna de ellas. En efecto, lo que permanece como está, aunque esté menos bien, es más ventajoso que las innovaciones perpetuas, aunque parezcan preferibles).

27. Edicto, citado por SUETONIO (*Divus Aug.* 28, 2): «ita mihi salvam ac sospitem rem p. sistere in sua sede liceat, atque eius rei fructum percipere, quem peto,

mo lo llamó el *optimus status*; el escritor que nos ha transmitido estas observaciones irrecusables habla a continuación de un «novus status».[28] El Princeps nunca lo hubiera desmentido.

Sólo fantasmas y palabras eran conjurados para tranquilizar a los vivos y desorientar a la posteridad. En el Nuevo Estado de Augusto, el republicanismo terco y con conciencia de clase de Catón o de Bruto no hubiese encontrado un refugio seguro. La *libertas* o la *ferocia* de Polión venían como un recordatorio verbal de aquella tradición. Es cierto que Polión se conservaba como una especie de molestia privilegiada; no era hombre que preconizase el asesinato o provocase una guerra civil por cuestiones de principio. El auténtico Catón, sin embargo, no era simplemente *ferox*, sino *atrox*.[29] Su sobrino Bruto, que anunciaba su firme determinación de luchar hasta el fin contra cualquier poder que se pusiese a sí mismo por encima de las leyes, hubiese sabido el verdadero nombre y esencia de la *auctoritas* de Augusto el Princeps. Tampoco era Bruto un buen imperialista. Como declaró cuando atacaba la tiranía de Pompeyo, no merecía la pena someterse a un régimen así por causa del Imperio.[30]

Cicerón se negaba a reconocer que pudiese existir la libertad incluso bajo una monarquía constitucional.[31] Pero Cicerón podría haber cambiado, plegándose a un orden que había cambiado también. Así lo

---

ut optimi status auctor dicar, et moriens ut feram mecum spem, mansura in vestigio suo fundamenta rei p. quae iccero» (Que me sea dado poner en pie, sana y salva, a la República, en su base, y recoger el fruto de este acto; es decir, que se me considere el creador de un régimen óptimo, y que al morir lleve conmigo la esperanza de que los cimientos que he echado a la República permanecerán en su sitio).

28. *Ibid.*: «fecitque ipse se compotem voti, nisus omni modo, ne quem novi status paeniteret» (Él mismo realizó su deseo esforzándose por todos los medios para que a nadie le pesase el nuevo estado de cosas). Sobre el significado y uso de *status*, cf. E. KOSTERMANN, *Rh. M.* LXXXVI (1937), 225 ss.

29. HORACIO, *Odas* 2, 1, 23 s.: «et cuncta terrarum subacta / praeter atrocem animum Catonis» (Y toda la tierra sometida excepto el fiero espíritu de Catón).

30. Citado por QUINTILIANO (9, 3, 95): «praestat enim nemini imperare quam alicui servire: sine illo enim vivere honeste licet, cum hoc vivendi nulla condicio est» (Es mejor, en efecto, no dar órdenes a nadie que ser esclavo de otro: sin aquello se puede llevar una vida honorable, mientras que esto último no deja modo alguno de vivir).

31. *De re publica* 2, 43: «libertas, quae non in eo est ut iusto utamur domino, sed ut nullo» (La libertad, que no consiste en tener un amo justo, sino en no tener ninguno).

creía Bruto.[32] En el Nuevo Estado, que era completamente distinto de una Dictadura, Cicerón hubiera sido honrado por el Princeps y por el senado a causa de su elocuencia, consultado en busca de consejo para asuntos de peso y nunca tentado por la ambición a incurrir en peligro. Podría permitirse, en la magnanimidad del éxito, pasar por alto la burla de los *nobiles*; no sería molestado por los tribunos, ni obligado a hablar en defensa de aventureros políticos ni de agentes del despotismo. No quedaba ninguno de ellos: todos se habían incorporado al gobierno nacional. Cicerón se hubiera demostrado a sí mismo fácilmente, y a otros también, que el nuevo orden era el mejor estado de todos; más verdaderamente republicano que cualquier república, pues había nacido del *consensus Italiae* y de la *concordia ordinum*; se recomendaba él mismo a todos los buenos ciudadanos, pues respaldaba los sagrados derechos de la propiedad; era romano y republicano, pues el poder se sustentaba en las leyes, con todas las clases de la República ateniéndose a sus funciones tradicionales y respetando la autoridad legítima. La verdadera *libertas* era muy distinta de la licencia: el *imperium* era indispensable. ¿Qué mezcla más hermosa de *libertas* e *imperium* se podía haber descubierto? Un campeón de la «legalidad superior» no entraría en conflicto con una rígida ley de alta traición.

Es hora de dejarnos de palabras y de teorías. Sólo una fe muy sólida puede descubrir reliquias auténticas de Cicerón en la República de Augusto;[33] muy poca atención se le prestaba a él o a Pompeyo. Todavía vivían auténticos pompeyanos, leales a una familia y a una causa; pero ésta era otra cuestión. La insistencia en la base legal de los poderes de Augusto, en los precedentes en la práctica constitucional, o en anticipaciones en teoría política, sólo conduce al esquematismo y a un espejismo engañoso. Augusto, henchido de orgullo, prescindió del apoyo de los precedentes; él se ufanaba de ser único. Los romanos, educados en una larga tradición de ley y de gobierno, no necesitaban tomar lecciones de teorizantes o de extranjeros.[34]

Vana labor y búsqueda infructuosa de vagas genealogías para descubrir en la supremacía de Augusto la expresión última de una doctri-

32. *Ad M. Brutum* 1, 17, 4 (*supra,* p. 177).

33. WILAMOWITZ liquida el asunto con una breve nota al pie (*Der Glaube der Hellenen* II, 428 n.).

34. Escipión consideraba que la constitución antigua era con mucho la mejor (*De re publica* 1, 34); y no estaba satisfecho del todo con las elucubraciones de los más sagaces de entre los griegos (*Ibid.*, 36).

na, formulada primero por filósofos estoicos, el gobierno del «mejor ciudadano».[35] Sólo un apóstol de la verdad, convertido en cortesano y adulador, pretendería que la guerra intestina y las proscripciones de *boni viri* podían producir alguna vez un tipo ejemplar de ciudadano. Por más que cambiaran los nombres, Augusto no dejaba de ser un líder revolucionario que alcanzó el poder supremo por medio de una guerra civil. Todo lo que necesitase de Cicerón lo había conseguido antes, en la Guerra de Módena. En política sus mentores habían sido Marcio Filipo y Balbo. Para conservar el poder, sin embargo, tenía que basar su gobierno en el consenso general, en el apoyo de los poseedores y en la colaboración activa de la clase gobernante. Con ese fin, modificó las formas de la constitución para amoldarlas a su política, y su política para ponerla en consonancia con los sentimientos públicos de los romanos. La formulación se encontró fácilmente; no se hallaba en libros de leyes ni en especulaciones abstractas, sino en la situación misma.

Por encima de todas las prescripciones legales y escritas se encuentra la *auctoritas*, y fue en virtud de la *auctoritas* en lo que Augusto se fundó para exigir el primer puesto.[36] *Auctoritas* significa la influencia que correspondía, no por ley, sino por costumbre de la constitución romana, a todo el senado en cuanto corporación y a los hombres de Estado de más edad o *principes viri*.[37] Augusto era el más grande de los *principes*. Era, pues, tanto adecuado como inevitable que el título no oficial por el que decidió ser denominado fuese el de *princeps*. *Auctoritas* tenía un son venerable e imponente; los críticos desafectos la llamarían *potentia*.

Sin embargo, la combinación de *auctoritas* y de los poderes otorgados por la ley no agotaba los aspectos de la realidad. Su gobierno era personal, basado en última instancia en un juramento personal de adhesión prestado por Roma, Italia y Occidente en el 32 a. C., y posteriormente por los demás territorios del Imperio.[38] César Augusto po-

35. W. Weber (*CAH* XI, 367) sostiene que Augusto había concebido la idea del *optimus civis* a partir de Panecio, por mediación de Cicerón.

36. *Res Gestae* 34: «post id tem[pus a]uctoritate [omnibus praestiti. Potes/t]atis au[tem n]ihilo ampliu[s habu]i quam cet[eri qui m]ihi quo / que in ma[gis]tra[t]u conlegae f[uerunt]» (A partir de este momento, superé a todos en autoridad; pero no tuve más poder que todos aquellos que fueron mis colegas en la magistratura).

37. R. Heinze, *Hermes* LX (1925) 348 ss. = *Vom Geist des Römertums*, 1 ss.

38. *Supra*, p. 347.

seía inmensos y tremendos recursos, públicos o secretos, todos los que los *principes* de la generación última habían tenido, pero ahora robados a ellos y acrecentados en medida exorbitante. Él era *Divi filius*, destinado a su vez a la divinización. La plebe de Roma era la *clientela* heredada de César. Él la alimentaba con regalos, la divertía con juegos y pretendía ser su defensor ante la opresión. Volvieron a celebrarse elecciones libres, es decir, un pueblo agradecido elegiría indefectiblemente a los candidatos a quienes César, en su sabiduría, hubiese escogido, con o sin recomendación formal. Él mandaba todos los ejércitos del pueblo romano, en la práctica, aunque no por ley, y pagaba de su propio bolsillo las recompensas a los legionarios cuando éstos se retiraban del servicio. Augusto era, con mucha diferencia, el hombre más rico del Imperio, gobernando Egipto como un rey y sin dar a nadie cuentas de ello; acuñaba la moneda de oro y plata en las provincias, y gastaba su dinero con ostentación y en beneficio de su poder. Las colonias militares de Italia y de fuera de ella eran una red de sus guarniciones armadas y devotas. Ciudades de Italia y de las provincias lo reconocían como su fundador o su patrono; los reyes, tetrarcas y dinastas del vasto Imperio estaban en el terreno de él como aliados y clientes. Ciudadano y magistrado para los senadores, él era *imperator* para las legiones, un rey y un dios para las poblaciones sometidas. Sobre todo, él estaba al frente de un partido político grande y bien organizado, como manantial y fuente de protección y de promoción.

Tal era César Augusto. El contraste del poder real y personal con las prerrogativas de cónsul o procónsul, tal como las definía la ley, parece monstruoso e inquietante. Y, sin embargo, sería un craso error imaginar que la ceremonia del 13 de enero no fue más que una siniestra comedia, destinada a engañar a los ingenuos o a intimidar a los serviles. Por el contrario, el senado depurado, siendo en su mayoría militante del partido de Augusto, estaba perfectamente al tanto de lo que se tramaba. Para garantizar la dominación del partido cesariano, la consolidación de la revolución y el mantenimiento de la paz, era necesario que la primacía del heredero de César quedase fortalecida y perpetuada. No, sin embargo, bajo el nombre fatídico de Dictador o de monarca.[39] En todos los bandos se había impuesto una conspiración

39. TÁCITO, *Ann.* I, 9: «non regno tamen neque dictatura sed principis nomine constitutam rem publicam» (Pero que la República no quedase constituida en reino o en Dictadura, sino en principado).

de discreto silencio, sobre el abismo que mediaba entre la realidad y la teoría. Era evidente: ninguna ventaja y sólo peligros reportaría hablar del asunto. El Principado elude cualquier definición.

El pacto «constitucional» de los años 28 y 27 a. C. fue descrito en el lenguaje oficial como *res publica reddita* o *res publica restituta*, y ciertos escritores romanos se hicieron eco de la denominación oficial. No Tácito, desde luego; en su breve relación de la moderación fingida de Augusto y del refuerzo disimulado de su posición después de las guerras civiles, no se digna aludir siquiera a esta ceremonia.[40] A decir verdad, se puede considerar simplemente como la legalización y, por tanto, como el fortalecimiento del poder despótico. Tal era por lo menos la interpretación de Tácito cuando, en otro pasaje, se refiere a la legislación del 28 a. C.: habla él de *pax et princeps*.[41] Otros habrían dicho *pax et dominus*. Un historiador posterior data a partir de este pacto «constitucional» el comienzo de un régimen estrictamente monárquico, y observa que al mismo tiempo fue doblada la paga de la escolta personal de Augusto, y eso en virtud del decreto del senado.[42]

La significación de la medida podría ser groseramente exagerada por los aduladores o por los faltos de crítica. Ésta no era la opinión del suspicaz Tácito, siempre atento al contraste entre nombre y contenido real de las palabras. En Roma no supuso una era en la cronología; en las provincias pasó casi inadvertida. No hubo cambio en la política interior ni exterior del gobierno, ni en la moneda, ni en la actividad económica. La verdad es que la formulación precisa de los poderes del jefe militar en la *res publica,* que él trataba de «cimentar en una base duradera», no es materia de mayor importancia.

40. *Ibid.*, I, 2: «posito triunviri nomine consulem se ferens et ad tuendam plebem tribunicio iure contentum, ubi militem donis, populum annona, cunctos dulcedine otii pellexit, insurgere paullatim», etc. (Renunció al título de triunviro, se nombró cónsul, y manifestó contentarse con el poder tribunicio para defender a la plebe; cuando hubo seducido al ejército con donativos, al pueblo con donaciones de trigo, a todo el mundo con las mieles de la paz pública, se creció progresivamente...).

41. *Ibid.*, 3, 28: «sexto demum consulatu Caesar Augustus, potentiae securus, quae triunviratu iusserat abolevit deditque iura quis pace et principe uteremur. Acriora ex eo vincula» (Por fin, en su sexto consulado, César Augusto, seguro de su dominio, abolió las disposiciones que había dictado durante el Triunvirato y promulgó las leyes por las que habíamos de regirnos en la época de la paz y el príncipe. A partir de aquello los lazos se hicieron más tirantes).

42. Dión, 53, 11, 5; cf. 53, 17, 1: καὶ ἀπ᾽ αυτου καὶ ἀκριβής μοναρχία κατέστη. Cf. también 52, 1, 1.

Ningún hombre de la época, criado entre las amargas y palpables realidades de la política romana, se hubiese dejado engañar. El Princeps habla de una restauración de la República, y el historiador Veleyo Patérculo repite un eco sumiso, de obediente inspiración: «prisca illa et antiqua rei publicae forma revocata».[43] Las palabras tenían una música venerable y arqueológica. Eso es todo, y eso basta para desenmascararlas. Pero Suetonio, estudioso de las antigüedades, era un investigador no desprovisto del todo de sentido histórico. Él afirma que Augusto pensó dos veces en restaurar la República, no que lo hiciese.[44] Para Suetonio, la obra de Augusto fue la creación de un *novus status*.[45]

Desde la distancia, la perspectiva es más clara. Se ha sostenido en fecha reciente que Augusto no sólo empleó un lenguaje republicano, sino que procuró que la constitución republicana operase sin trabas, y que lo hizo por lo menos en los primeros años de su presidencia.[46] Lo que Augusto se proponía era justamente lo contrario. Él controlaba el gobierno y el acceso a los cargos, especialmente al consulado, precisamente al modo de los dinastas anteriores, pero de una manera más perfecta y sin encontrar oposición. Esta vez el dominio de un partido iba a ser permanente y sin altibajos; la era de los jefes militares rivales había concluido.[47]

La elección de medios no exigía profundas meditaciones ni debates de alto nivel en los congresos del partido. Augusto tomó lo que consideró necesario para sus propósitos: el consulado y un grupo de provincias militares. La definición de los poderes y la extensión del término *provincia* podrían modificarse después, como y cuando le pareciese. Una cosa no podía cambiar: la fuente y el origen de su poderío.

Cuando un partido asumía el poder en Roma, los instrumentos tradicionales de la soberanía legítima eran el consulado y los ejércitos de las provincias. No hacía falta violar leyes; la constitución era compla-

43. VELEYO, 2, 89, 4: «restablecida aquella vetusta y antigua forma de República».

44. *Divus Aug.* 28, 1.

45. *Ibid.*, 2, cf. *supra*, p. 392.

46. E. MEYER, *Hist. Zeitschr.* XCI (1903) 385 ss. = *Kl. Schr.* I², 423 ss.; G. FERRERO, *The Greatness and Decline of Roma* (trad. ing. 1907), *passim;* F. B. MARCH, *The Founding of the Roman Empire*² (1931); M. HAMMOND, *The Augustan Principate* (1933).

47. DIÓN, 52, 1, 1. Llama a la época precedente la edad de las δυναστεῖαι. Compárese APIANO, *BC* I, 2, 7.

ciente. Esta vez las nuevas disposiciones fueron puestas en práctica bajo los auspicios de los magistrados supremos, Augusto y Agripa. La transición a la libertad estaba cuidadosamente garantizada.

Es una ocupación entretenida especular acerca de las sutilezas de la teoría legal, o seguir de una época a otra la transmisión de las máximas eternas de la sabiduría política; pero es más instructivo descubrir, en cualquier época y bajo cualquier sistema de gobierno, la identidad de los agentes y servidores del poder. Esa tarea ha sido demasiadas veces ignorada o esquivada.

Augusto se había propuesto ser cónsul sin interrupción. Durante los cuatro años siguientes sus colegas fueron T. Estatilio Tauro, M. Junio Silano, C. Norbano Flaco y el poliónimo A. Terencio Varrón Murena. No hay duda sobre ninguno de estos hombres, o, por lo menos, ninguno fue un candidato hostil al Princeps. Tauro era único después de Agripa como soldado y administrador; había luchado con el joven líder en Sicilia y en Iliria; había gobernado África y España; había sido aclamado *imperator* por las legiones tres veces.[48] El segundo consulado no fue la única recompensa a sus leales servicios; en el 30 a. C. se le concedió el derecho a nombrar cada año a un miembro del consejo de pretores.[49] M. Junio Silano era un noble, pero, sin embargo, ahora era un miembro firme del partido cesariano, con un pasado accidentado en el que de Lépido había pasado al bando de Antonio, de éste al de Sex. Pompeyo y otra vez al de Antonio, de donde al fin se pasó a la causa mejor.[50] El padre de Norbano había sido general, junto con Saxa, en la campaña de Filipos. El mismo Norbano estaba casado con una gran heredera, miembro del partido cesariano, la hija de Cornelio Balbo.[51] En cuanto a Murena, era cuñado de Mecenas.[52]

48. *ILS* 893.

49. Dión, 51, 23, 1.

50. *Supra*, pp. 237 y 327. Su hijo pudo haber estado casado con una nieta de Cn. Domicio Calvino, cf. *PIR*^{3}, D 150.

51. *CIL* VI, 16357, cf. *PIR*, *C* 1474.

52. La extracción y las otras conexiones de este notable personaje son muy oscuras (P-W V A, 706 ss.). Su nomenclatura tampoco es constante. Sin embargo, es casi seguro que el cónsul del 23 a. C., «A. T[erentius...] V[ar]ro Murena» (*CIL*, I^2, p. 28) es la misma persona que el Terencio Varrón, de Dión (53, 25, 3) y de Estrabón (p. 205), y el Licinio Murena, de Dión, 54, 3, 3. Suetonio le llama «Varro Murena» (*Divus Aug.* 19, 1; *Tib.* 8); Veleyo, «L. Murena». Del mismo modo, el «Murena» de Horacio, *Odas* 3, 19, 11, puede identificarse con el «Licinius» de *Odas* 2, 10, 1. Quizá su nombre completo fuese A. Terentius Varro Licinius Murena.

Hasta aquí el consulado. Sobre el modo de controlar las provincias, el pasado reciente podía ofrecer lecciones, si Augusto estuviese necesitado de instrucción. Reunidos después de la conferencia de Luca, Pompeyo, Craso y César se adueñaron de una gran parte de las provincias. Desde el 55 a. C. mandaron en las Galias, Cisalpina y Transalpina, España y Siria, con unas veinte legiones. La Cisalpina ahora ya no era una provincia. Hecha esta excepción, la porción de Augusto se podía comparar muy de cerca por su extensión y su potencial. El pacto del 27 le concedía como *provincia* suya España, la Galia y Siria (con Siria iban los pequeños anejos de Chipre y Cilicia Campestris);[53] sus guarniciones eran un gran ejército de veinte legiones o más. En los años últimos estas provincias habían estado gobernadas por procónsules, generalmente de rango consular. Así toda España, según parece, había estado bajo un gobernador, con varios legados como subordinados.[54]

Provincias tan grandes y tan importantes requerían procónsules de rango consular, con un mandato más largo que el anual. Eso sería muy desafortunado.[55] Entre los ex cónsules había hombres de una eminencia peligrosa, por su familia o por su ambición. Craso era un aviso reciente. La autoridad de los triunviros, sucedida por un *imperium* consular reforzado, se había utilizado últimamente para tener a raya a los procónsules con mando de armas. Pero el Triunvirato estaba abolido y el consulado reducido a su competencia normal y legítima. El remedio estaba claro.

53. Dión, 53, 12. Dión incluye una parte de España, la Bética, en la lista de provincias públicas, lo cual no es probable en absoluto. Estrabón es incluso peor. En su relato de la repartición original (p. 840), la Galia Narbonense así como la Bética son senatoriales. Siria en esta época era sencillamente la provincia antoniana (Siria y Cilicia Campestris), a la que al principio se añadía Chipre, separada de Egipto después de Accio.

54. L. Ganter, *Die Provinzialverwaltung der Triunvirn*, Diss. Estrasburgo (1892) 56 ss.

55. Suetonio, *Divus Aug.* 47, 1: «provincias validiores et quas annuis magistratuum imperiis regi nec facile nec tutum erat, ipse suscepit» (Él mismo se hizo cargo de las provincias más fuertes y que no era fácil ni seguro gobernar por medio de mandatos anuales de magistrados). Compárese a Dión, 53, 12, 2: τὰ δ' ἰσχυρότερα ὡς καὶ σφαλερὰ καὶ ἐπικίνδυνα καὶ ἤτοι πολεμίους τινὰς προσοίκους ἔχοντα ἢ καὶ αὐτὰ καθ' ἑαυτὰ μέγα τι νεωτερῖσαι δυνάμενα κατέσχεν (Se apoderó de las provincias más fuertes con el pretexto de que eran inseguras y peligrosas; que había enemigos en sus fronteras o que ellas mismas podían, por sus propios medios, desencadenar una revuelta de gran amplitud).

En el 27 a. C. Augusto declaró que renunciaba a las provincias a favor del senado, y los procónsules siguieron como antes al mando de tres provincias militares. Pero Augusto no estaba cediendo poder. Por el contrario, su verdadero propósito, enmascarado entonces y raramente desvelado más tarde, era retirar a los procónsules de España, de la Galia y de Siria, haciéndose él mismo procónsul de esas regiones. Ése fue el único cambio inmediato respecto a la práctica triunviral. Se ponía término a la amenaza de un solo procónsul consular gobernando toda España, y en su lugar quedaban dos o tres legados, inferiores en rango y en poder. Ello redundaba en seguridad para el Princeps y en último término en una multiplicación de provincias pequeñas.

No menos sencilla la forma de gobierno. El legislador propuso dividir los diferentes territorios comprendidos en su provincia y administrarlos por medio de sus legados, según las necesidades de la respectiva región y según los hombres disponibles, o utilizables con seguridad para él.[56] Podían ser ex pretores o ex cónsules. Así había gobernado España Pompeyo, como procónsul en ausencia, por mediación de tres legados, uno consular y dos pretorios.

La división de las provincias imperiales en consulares y pretorias fue un proceso posterior y natural. En el año 27 a. C. no se introdujo de repente un nuevo sistema. Los hombres de Augusto deberían denominarse *legati* en su provincia, mejor que gobernadores de provincias. En primer lugar, son en su mayoría pretorios. Era de esperar que así fuese. Los consulares que habían gobernado como procónsules extensas provincias, que habían hecho guerras bajo sus propios auspicios y celebrado triunfos no considerarían una gran distinción hacer ahora de legados. El Triunvirato había tapado los huecos en las filas de los consulares; debía de haber ahora unos cuarenta hombres de este rango; y después del Pacto de Brindis, Roma había presenciado no menos de diez triunfos de procónsules, cesarianos o antonianos, antes de Accio, y seis más a partir de entonces. Algunos de estos hombres habían muerto o habían desaparecido hacía tiempo de la vida pública. Tampoco era probable que los ex antonianos Polión, Censorino, C. Sosio y M. Licinio Craso volviesen a mandar ejércitos. Sin embargo, aparte de estos supervivientes de una causa perdida, Roma podía alar-

56. ESTRABÓN, p. 840: διαιρῶν ἄλλοτε αλλως τὰς χώρας καί πρὸς τοὺς καιροὺς πολιτευόμενος (dividiendo los territorios de distintos modos aquí y allá y administrándolos según las circunstancias).

dear, en el 27 a. C., de unos once *viri triumphales*. Algunos de los militares eran de edad avanzada, por ejemplo, el veterano consular Calvino, los dos supervivientes de la tropa de los legados de César en las guerras civiles, Carrinas y Calvisio, y un general de la campaña de Filipos, C. Norbano. Pero había presumiblemente tres *nobiles* en lo mejor de la vida[57] y tres *novi homines* recientes.[58] Esto por no mencionar a T. Estatilio Tauro.

Sin embargo, sólo un hombre, de esta galería impresionante y sin precedentes de *viri triumphales,* estaba destinado a volver a mandar un ejército, y esto a una edad ya avanzada, a los veinte años de su consulado. Fue Sex. Apuleyo, pariente del Princeps.[59] Tampoco son más relevantes los otros cónsules de la era de la revolución y de los años entre Accio y el primer pacto constitucional. La mayoría de ellos eran bastante jóvenes, pues su promoción había sido rápida y fulgurante. Sin embargo, *novi homines* como Q. Laronio, M. Herennio, L. Vinicio no se encuentran al frente de provincias militares, y mucho menos *nobiles* tales como los tres Valerios, el nieto de Cinna, o Cn. Pompeyo, nieto de Sila el Dictador. Después del 28 a. C. sólo dos de estos consulares sirven como legados del Princeps en su provincia,[60] y sólo tres, que sepamos, desempeñan el proconsulado de África con legiones y la esperanza nominal de un triunfo.[61] Las campañas de Augusto estuvieron mandadas en su mayor parte por hombres que alcanzaron el consulado en el nuevo régimen.

La posición del Princeps y su República restaurada no eran en modo alguno tan seguras e inequívocas como los actos oficiales y la historia oficial trataban de demostrar. Él temía a los *nobiles*, sus enemigos. Los consulares con ejércitos eran rivales del Princeps en el poder, así como en la gloria militar. Sería conveniente confiar más bien en la lealtad interesada de seguidores de inferior categoría, y *novi*

57. Ap. Pulcro, L. Marcio Filipo y Mesala Corvino.

58. L. Cornificio, L. Autronio Peto y Sex. Apuleyo.

59. Sex. Apuleyo (*PIR*², A 961) era hijo de Octavia, hermanastra de Augusto (*ILS* 8963). Fue legado de Ilírico en el 8 a. C. (Casiodoro, *Chron. min.* 2, 135).

60. A saber, C. Antistio Vetus (*cos. suff.* 30) y M. Ticio (*cos. suff.* 31). Hay que reconocer, sin embargo, que no disponemos de listas completas de gobernadores de provincia en los primeros años del Principado de Augusto.

61. A saber: M. Acilio Glabrión (*cos. suff.* 33), *c.* 25 a.C. (*PIR*², A 71); L. Sempronio Atratino y L. Cornelio Balbo, que triunfaron en el 21 y 19, respectivamente (*CIL* 1², p. 50).

homines además. De ahí la ostensible falta de legados de Augusto tanto *nobiles* de nacimiento como de rango consular. Ni un solo *nobilis* aparece entre sus legados en los primeros doce años, y apenas algunos consulares.

Algo parecido en cuanto se refiere a las provincias dejadas a cargo de procónsules. Según las disposiciones de Sila Dictador, las provincias públicas eran diez en número. Ahora eran sólo ocho, tantas aproximadamente como el senado podía administrar con seguridad.[62] Además, los más difíciles y peligrosos de los dominios imperiales no estaban entre ellas, un pretexto hermoso y fraudulento para aliviar la tarea del senado. Al principio, la porción del senado parece equilibrar la *provincia* del Princeps: comprendía tres provincias militares —Ilírico, África y Macedonia. Estas regiones distaban de estar pacificadas, pero sus guarniciones se mantenían a tamaños reducidos, quizá unas cinco o seis legiones en total. Razones de política interior ayudaron así a aplazar la conquista última de los países balcánicos y danubianos.[63] Andando el tiempo, sin embargo, el Princeps situó en Ilírico y en Macedonia la base desde la cual la frontera norte del Imperio se extendió mucho hacia el interior, hasta la línea del Danubio.

En la *provincia* de Augusto, la ordenación de provincias consulares y pretorias se desarrolló gradualmente, y no es en modo alguno seguro que se mantuviese desde el principio para las provincias públicas. En último término sólo dos provincias, África y Asia, estuvieron gobernadas por procónsules de rango consular. En los primeros años cabría esperar que, de vez en cuando, hombres de rango consular fuesen encargados de las provincias militares de Ilírico y Macedonia; y los tales están efectivamente atestiguados, o sea, tres de los principales mariscales de Augusto, todos ellos *novi homines*.[64]

Durante el Triunvirato y en los años siguientes a Accio, seguidores de Augusto gobernaron las provincias con rango de procónsules y celebraron triunfos por victorias logradas en España, África, Galia y Macedonia. España y la Galia, las provincias militares de Occidente,

62. Dión y Estrabón son inexactos en este punto. Las provincias públicas del 27 a. C. eran probablemente África, Ilírico, Macedonia con Acaya, Asia, Bitinia-Ponto, Creta y Cirene, Sicilia, Cerdeña con Córcega.

63. Cf. *infra*, p. 480.

64. M. Lolio en Macedonia, *c.* 19-18 a. C. (Dión, 54, 20, 4 ss., cf. *L'ann. ép.*, 1933, 85), P. Silio Nerva (Dión, 54, 20, 1 s., cf. *ILS* 899) y M. Vinicio (Veleyo, 2, 96, 2 s.) en Ilírico, *c.* 17-16 y *c.* 14-13, respectivamente.

estaban ahora faltas de procónsules. Fuese porque la obra de pacificación y conquista continuaba, o porque se consideraba que reinaba en ellos el orden, los territorios de la provincia de Augusto iban a estar gobernados por hombres en quienes él pudiera confiar. El norte de Italia ya no era provincia, pero los países alpinos, inquietos e insumisos, requerían atención. La labor había comenzado;[65] la labor de conquista tenía que continuar.[66] En cuanto a la *provincia* del Princeps, tanto en Oriente como en Occidente, están atestiguados seis nombres de legados en los primeros cuatro años del nuevo ordenamiento (27-23 a. C.).[67] De estos seis *legati Augusti pro praetore* sólo uno era de rango consular.[68] Los otros eran pretorios. Tampoco había señales de noble cuna. La familia y la parentela de uno de los legados son inciertas;[69] ninguno de los otros tenía antepasados consulares; si sus padres eran senatoriales, eran oscuros y de baja categoría. Estos legados eran nombramientos directos de Augusto y responsables sólo ante él. Es de suponer que la elección por el senado para las provincias militares de Ilírico, Macedonia y África, que según la ley debía hacerse por sorteo, no era menos feliz e inspirada que si fuesen legados de Augusto en lugar de procónsules, independientes del Princeps e iguales a él en rango. Sólo hay constancia de dos nombres en este perío-

65. Mediante campañas contra los salasios, dirigidas por C. Antistio Vetus en el 35 o 34 a. C. (APIANO, Ill., 17), y por Mesala Corvino en una fecha difícil de precisar (DIÓN, 49, 38, 3, bajo el 34 a. C. pero quizá por error, cf. L. GANTER, *Die Provinzialverwaltung der Triunvirn*, 69 ss.).

66. En el 25 a. C. Varrón Murena sometió a los salasios (DIÓN, 53, 25, 3 s.; ESTRABÓN, p. 205). M. Apuleyo (*cos.* 20 a. C.) está atestiguado en Tridentum, llevando el título de *legatus* quizá en el 23 a. C. (*ILS* 86). Repárese también en un procónsul, L. Pisón, impartiendo justicia en Mediolanum (Milán) (SUETONIO, *De rhet.* 6), probablemente el cónsul del 15 a. C. La definición precisa del mando desempeñado por los generales que operan en el norte de Italia en esta época ofrece no pocas dificultades.

67. En España, C. Antistio Vetus y L. Elio Lamia eran legados en la Citerior, P. Carisio en la Ulterior (sobre los legados españoles, *infra*, p. 407). M. Vinicio obtuvo una victoria en la Galia en el 25 a. C. (DIÓN, 53, 26, 4). En Siria está atestiguado un cierto Varrón en 24-23 (JOSEFO, *BJ* I, 398; *AJ* 15, 345), y el primer legado de Galacia, anexionada en el 25, fue M. Lolio (EUTROPIO, 7, 10, 2).

68. C. Antistio Vetus (*cos. suff.* 30 a. C.). Gobernando Siria como cuestor de César en el 45 a. C. se unió a los Libertadores a finales del año siguiente (*supra*, p. 236).

69. A saber, Varrón, legado de Siria *c.* 24-23. Presumiblemente es el M. Terencio Varrón atestiguado por el *SC de Mytilenaeis* del 25 a. C. (*IGRR* IV, 33, col. C, 1. 15), cf. P-W V A, 691 ss. Posiblemente, hermano de Varrón Murena.

do.[70] Ciertos *novi homines*, cónsules más tarde, probablemente obtuvieron rango de nobles por sus servicios como legados o procónsules pretorios.[71]

Augusto fue cónsul cada año hasta el 23 a. C., lo que le daba voz en la dirección de los debates senatoriales y en la política general y un poder vago y tradicional de fiscalizar la labor de todos los gobernadores de provincias. En caso de necesidad, podía restablecer el *imperium consulare*, ostensiblemente disminuido cuando se produjo la restauración de la República.

Tales eran los poderes de Augusto como cónsul y procónsul, declarados, oficiales y aceptados. Detrás de él todo el prestigio abrumador de su *auctoritas*, y todos los inmensos recursos de su dominio personal del Imperio del mundo.

70. El consular M. Acilius Glabrio, procónsul de África *c.* 25 a. C. (*PIR*², A 71), y el oscuro M. Primus, procónsul de Macedonia *c.* 24-23 (DIÓN, 54, 3, 2).

71. Por ejemplo, no se conoce servicio militar previo de los *novi homines* C. Sentio Saturnino (*cos.* 19 a. C.) y P. Silifo Nerva (*cos.* 20); de L. Arruncio (*cos.* 22), sólo su mando en Accio. L. Tario Rufo (*cos. suff.* 16) y M. Vinicio (*cos. suff.* 19) pueden haber desempeñado más de un mando pretorio en las provincias: ¿Ilírico y Macedonia, respectivamente? Tarios Rufos aparecen en inscr. de Dalmacia (*CIL* III, 2877 s., *infra*, p. 439, n. 62); y Vinicio tuvo una tribu en su honor en Corinto (*L'ann. ép.*, 1919, 2).

Capítulo XXIII

LA CRISIS DEL PARTIDO Y DEL ESTADO

El pretexto de un mandato especial del senado y del pueblo no era sólo un reconocimiento de los servicios prestados y de la preeminencia absoluta del heredero de César, no era sólo una merecida garantía de su *dignitas* y una prenda de concordia cívica o de intereses adquiridos. Quedaba aún mucho por hacer. La República restaurada necesitaba una mano amiga que dirigiese sus decisiones y pusiese en orden sus dominios imperiales, y una firme autoridad para aplicar un programa de regeneración social y moral.

El pacto constitucional del 27 a. C. regulaba los poderes del Princeps sin restringirlos. La fórmula encontrada entonces serviría, de momento; pero su Nuevo Estado necesitaría cimientos más profundos aún. Había que pacificar las provincias, que reforzar y ampliar sus fronteras, que evaluar sus recursos y someterlos a impuestos; había veteranos que licenciar, ciudades que fundar, territorios que organizar. Y sobre todo, el Princeps debía construir para Roma, Italia y el Imperio, un sistema de gobierno tan fuerte y un cuerpo de administradores tan grande y coherente, que nada pudiera conmover el edificio, que la mancomunidad se mantuviese y perdurase, aun cuando sus órganos soberanos, el senado y el pueblo, fuesen impotentes o ineptos, aunque el Princeps fuera un niño, un idiota o un despreocupado.

Eso llevaría tiempo. La *provincia* de Augusto necesitaba ser atendida de inmediato. Él se dirigió primero a las provincias occidentales, partiendo de Roma a mediados del año 27. Su ausencia había de reportar claras ventajas políticas. César, cuando Dictador,

proyectaba pasar tres años en los Balcanes y el Oriente, no sólo por la guerra y por la gloria, sino para que la consolidación del Estado y la conciliación de los enemigos se produjesen con mayor facilidad y naturalidad. El tiempo, el olvido y la seguridad pública jugaban a su favor, si quitaba de en medio a una persona —la suya— impopular e investida de poderes exorbitantes. Las mismas razones aconsejaban a Augusto poner tierra por medio. Y otras también: no deseaba presenciar el desfile triunfal de Craso, ni el proceso del prefecto de Egipto. En Roma, el senado y el pueblo podían disfrutar de los beneficios del orden y del simulacro de libertad. Los hombres principales de su partido, Agripa, Tauro y Mecenas, quedaban allí para evitar desórdenes.

Augusto llegó a la Galia. En todas partes se esperaba sin fundamento (esperanza aireada en las preces de los poetas y recordada por los historiadores) que su propósito fuese invadir la lejana isla de Britania, que su divino padre había descubierto para los romanos y había sido el primero en hollar con sus plantas.[1] La verdad es que ni la conquista de Britania ni la de Partia entraban en los planes de Augusto. Y así, pasando por el sur de la Galia, llegó a España antes del fin de aquel año.

Desde la primera invasión de España por los ejércitos de la República romana, habían transcurrido dos siglos, y la conquista de aquella vasta península estaba todavía lejos de ser completa. Los indomables cántabros y astures de la España del noroeste, dueños de la amplia franja de territorio que iba desde el oeste de los Pirineos hasta el norte de Portugal, nunca habían sentido el peso de las armas romanas. Y en la confusión de las guerras civiles, aquellos pueblos habían ampliado sus correrías y sus dominios hacia el sur, sobre algunos de los pueblos más civilizados. Cn. Domicio Calvino había gobernado España durante tres difíciles años (39-36 a. C.);[2] Calvino, y cinco procónsules después de él, habían celebrado en Roma triunfos hispánicos. Algunas de estas campañas pueden haber preparado el camino de Augusto; pero si lo hicieron, poco reconocimiento encontraron en la historia.[3]

1. Dión, 53, 25, 2.
2. Veleyo, 2, 78, 3; Dión, 48, 42, 1 ss.
3. Aparte de los *Acta Triumphalia* no se registran operaciones más que cuando Tauro estuvo allí (Dión, 51, 20, 5). Orosio, sin embargo (6, 21, 1), hace que la guerra de Augusto empiece en el 28 a. C.

En el 26 a. C., Augusto en persona inició la campaña.[4] Marchó hacia el norte contra los cántabros desde una base próxima a Burgos. La naturaleza del terreno imponía una división de fuerzas. La invasión fue realizada por tres columnas; y como toda la gloria y toda la historia se concentran en una sola persona, sólo ha quedado alguna memoria del sector mandado por Augusto. La campaña fue severa y penosa. Augusto cayó gravemente enfermo. Buscó remedio en los manantiales del Pirineo y distracción en la redacción de su autobiografía, obra dedicada, como era debido, a Agripa y Mecenas. En su ausencia, los dos legados de España (C. Antistio Vetus en la Citerior y P. Carisio en la Ulterior)[5] se encargaron de los astures mediante una doble invasión convergente en su territorio. La versión oficial celebró la sumisión completa de España por Augusto. El templo de Jano cerró sus puertas una vez más. El júbilo era prematuro. Los testarudos montañeses se alzaron una y otra vez. En la Ulterior, el brutal P. Carisio, que seguía de legado, supo estar a su altura.[6] En la Citerior, los tres legados siguientes tuvieron que librar todos duras batallas.[7] Por último, en el 19 a. C. Agripa, paciente y despiadado, impuso mediante el exterminio y la esclavización, la paz romana a un país desolado. Así terminó una guerra de diez años en España.[8]

Débil y con pocas esperanzas de vida, Augusto regresó a Roma a mediados del 24 a. C. Había permanecido fuera tres años. Roma estaba políticamente silenciosa, sin voces ni testimonios, ocultando las esperanzas de unos, el miedo de otros. El primero de enero tomó posesión de su undécimo consulado, con Murena de colega, un eminente

4. Sobre estas campañas, *AJP* LV (1934), 293 ss.; sobre los legados en 26-19 a. C., *ibid.*, 315 ss.; *Legio VII Gemina* (León 1970), 83 ss.; P. Carisio acuñó en Emerita (*BMC*, *R. Emp.* I, 51 ss.).

5. Orosio, 6, 21; Floro, 2, 33; Dión, 53, 25, 5 ss.

6. Dión, 54, 5, 1 (mención de la τρυφή y la ὠμότης de Carisio [soberbia y crueldad]).

7. Éstos fueron L. Elio Landa, en 24-22 a. C. (en Dión, 53, 29, 1, el nombre Λούκιος Αἰμίλιος debería probablemente ser corregido, *cf.* Casiodoro, *Chron. min.* 2, 135; cf. *PIR*², A 199); C. Furnio (el Joven, *cos.* 17 a. C.), en 22-19 a. C. (Dión, 54, 5, 1 s.); P. Silio Nerva, en 19 a. C. [Veleyo, 2, 90; cf. *CIL* II, 3414 (Carthago Nova): «P. Silio leg. / pr. patrono / colonei»].

8. Dión, 54, 11, 1. El mentiroso Veleyo (2, 90, 4) asegura que Augusto en persona había realizado la conquista de España (en el 26 y 25 a. C.), y que en adelante no hubo más disturbios: «postea etiam latrocinia vacarent» (en adelante incluso el bandolerismo dejó de existir).

miembro del partido. Tres sucesos —un proceso de Estado, una conspiración y una enfermedad seria de Augusto— revelaban la base precaria en que descansaba la paz del mundo. Parcas y confusas, las fuentes enmudecen y casi prohíben todo intento de reconstruir la verdadera historia de un año que pudo ser el último, y que fue ciertamente el más crítico del largo Principado de Augusto.[9]

De una crisis constitucional que por sí misma no tenía mucha importancia, se derivaron graves consecuencias para el partido cesariano y para el Estado romano. A finales del 24 o principios del 23, un procónsul de Macedonia, un cierto M. Primo, dio lugar a un conflicto. Fue procesado por alta traición, acusado de haber hecho la guerra al reino de Tracia sin la debida autorización. Primo alegó tener instrucciones del Princeps. El Primer Ciudadano compareció en el juicio. Su desmentido bajo juramento selló la condena del acusado.[10]

El cónsul Varrón Murena había sido uno de los defensores del procónsul de Macedonia. Hombre de notoria e inmoderada libertad en el hablar, no se tomó la molestia de ocultar su opinión sobre el ejercicio de la *auctoritas*.[11] Aquella *libertas* pasada de moda fue de lo más inoportuna. Murena no tardó en caer víctima de su indiscreción o de su ambición. Una conspiración fue urdida, o por lo menos descubierta. El autor era Fanio Cepión, republicano de familia y simpatías.[12] Murena estaba implicado en ella. Los criminales fueron condenados en ausencia, detenidos cuando trataban de evadirse, y ejecutados. El senado sancionó su condena en virtud de su *publica auctoritas*.[13]

9. El relato más completo, el de Dión, fecha mal el proceso de Primo y la conspiración de Murena en el 22 a. C. Además, sólo una lista de cónsules, los *Fasti Capitolini*, revela el hecho de que Murena fue *consul ordinarius* en el 23 a. C. Todos los demás encabezan el año con el *sufflectus* Cn. Calpurnio Pisón.

10. Dión, 54, 3, 2 s.

11. *Ibid.*, 54, 3, 4: ἐπειδή καὶ ἀκράτῳ καὶ κατακορεί τη παρρησίᾳ πρὸς πάντας ὁμοίως ἐχρῆτο (Pues empleaba con todos por igual una franqueza completa y sin medida).

12. Pero difícil de identificar con precisión, cf. P-W VI, 1993 s.

13. Dión, 54, 3, 4 ss; Veleyo, 2, 91, 2: «erant tamen qui hunc felicissimum statum odissent; quippe L. Murena et Fannius Caepio diversis moribus (nam Murena sine hoc facinore potuit videri bonus, Caepio et ante hoc erat pessimus) cum inissent occidendi Caesaris concilia, oppressi auctoritate publica, quod vi facere voluerant, iure passi sunt» (Había, sin embargo, quienes aborrecían este régimen felicísimo. En efecto, L. Murena y Fanio Cepión, hombres de caracteres opuestos (pues Murena de no ser por este crimen hubiera podido parecer bueno, mientras que Cepión ya antes

La verdad de este asunto nunca se sabrá; pocos la supieron en su día y prefirieron no revelar un secreto de Estado. El incidente era inquietante. No sólo porque la condena a muerte de un cónsul proyectaba una luz cruda sobre el carácter de la Nueva República, y sobre las cuatro virtudes cardinales del Princeps, inscritas en el escudo de oro y pregonadas por doquier. No sólo revelaba una falta de satisfacción con el «felicissimus status». Peor que todo eso era que afectaba al corazón y a la médula del partido. Fanio era una «mala persona» para empezar, un republicano. Pero no Murena. Hacía tiempo que el mariscal Salvidieno había traicionado a su jefe y amigo. Desde aquella catástrofe hasta hacía poco, las principales figuras del partido cesariano se habían mantenido firmemente fieles al heredero de César, aun careciendo de un cierto grado de confianza mutua o de afecto mutuo; sabían demasiado para eso, y los revolucionarios no son sentimentales. Su lealtad a Augusto era también lealtad a Roma; un alto y grave patriotismo podía tener más peso que los principios políticos, si es que existían, o que la antipatía personal. Aun así, hacía apenas cuatro años, uno de los más íntimos socios de Augusto, Cornelio Galo, el primer prefecto de Egipto, había sido destituido y llevado a la ruina.

Los árboles altos caen en la tempestad y el rayo golpea las altas cumbres.[14] Otro de los dinastas del partido había caído en desgracia. Murena era hermano de Terencia, esposa del todopoderoso Mecenas. Sin embargo, ni Mecenas ni el hermanastro de Murena, Proculeyo, íntimo amigo de Augusto, lograron salvarlo. Proculeyo había lamentado públicamente la suerte de Galo;[15] y Proculeyo recibió alabanzas por sus gestiones en pro de Murena.[16] No se sabe qué amigos o seguidores tenía Murena; pero el entonces legado de Siria llevaba el nombre de Varrón.[17]

La República tenía que tener cónsules. Para ocupar la vacante de Murena en la suprema magistratura, Augusto nombró a Cn. Calpurnio

---

era detestable), tomaron el acuerdo de asesinar a César. Condenados por la autoridad pública, por haber querido hacer uso de la violencia, fueron ajusticiados.

14. Así Horacio, ostensiblemente profético, en una oda dirigida a Licinio (2, 10, 9 ss.), que es probablemente Murena.

15. Dión, 53, 24, 2.

16. *Ibid.*, 54, 3, 5; Horacio, *Odas* 2, 2, 5 s.: «vivet extento Proculeius aevo / notus in fratres animi paterni» (Proculeyo vivirá a través de los siglos / por haber mostrado hacia sus hermanos los sentimientos de un padre).

17. Josefo, *BJ* I, 398; *AJ* 15, 345.

Pisón, republicano de carácter independiente y rebelde. Hasta entonces Pisón se había mantenido al margen de la vida pública, desdeñoso hacia los cargos. En virtud de sus facultades arbitrales, Augusto le concedió el consulado.[18] La aceptación de Pisón señalaba su conformidad con el nuevo régimen.

Entonces Augusto se vino abajo. Su salud, minada en España y restablecida temporalmente, había ido empeorando progresivamente hasta contraer una peligrosa enfermedad. Aun al borde de la muerte, no dio señales de sus últimas intenciones; se limitó a hacer entrega al cónsul Pisón de ciertos papeles de Estado; y a Agripa, de su sello signatario.[19] Bajo la dirección de ambos, el gobierno hubiera podido continuar, por algún tiempo.

Augusto se repuso. Se salvó a base de baños fríos, por prescripción del médico Antonio Musa. Desde aquella fecha, el Princeps gozó de una salud fortísima, que desconcertaba a sus médicos y a sus enemigos. El 1 de julio dimitió del consulado. En su lugar, un tal L. Sestio asumió el cargo, otro ejercicio de la *auctoritas*, es de suponer, arbitrario pero arropado en un buen pretexto. Sestio, cuestor antaño de M. Bruto, veneraba la memoria de los Libertadores.[20] La elección de Sestio, como la elección de Pisón, no quiere atestiguar el libre juego de las instituciones republicanas, sino la disposición de los antiguos republicanos a incorporarse al nuevo régimen por motivos diversos: ambición, codicia y patriotismo.

La conspiración de Murena y la enfermedad de Augusto fueron un súbito toque de atención. La catástrofe podía ser inminente. Durante algunos años, el lenguaje fervoroso y oficial había festejado la cruzada de toda Italia y la gloriosa victoria de Accio, pues Accio era el mito fundacional del nuevo régimen. Hay algo irreal en la nota sostenida de euforia, como si la gente supiese que era falsa; detrás de todo ello se escondía un profundo sentimiento de inquietud e inseguridad, que aún se percibe en la literatura de la época. El pasado era reciente y tangible: los idus de marzo, las proscripciones, Filipos, apenas estaban a veinte años de distancia. La corrupción de la antigua virtud y la decadencia del patriotismo antiguo habían deprimido a un gran pue-

18. TÁCITO, *Ann.* 2, 43.

19. DIÓN, 53, 30, 2.

20. *Ibid.*, 50, 32, 4. Hijo de P. Sestio (*tr. pl.* 57 a. C.). HORACIO le dedicó *Odas* I, 4.

blo. La ruina se había evitado, pero por poco; la paz y el orden restaurado, ¿pero todo ello duraría? Y más que la seguridad de la persona y de la propiedad, ¿de dónde vendrían la salvación y la regeneración?

> Quem vocet divum populus ruentis
> imperi rebus?[21]

La zozobra era pública y general, y encontró su expresión viva y duradera en el prefacio de la gran historia de Tito Livio y en algunas de las *Odas* de Horacio.[22]

Los prohombres del partido cesariano tenían sus propias razones. Si el heredero de César sucumbía por la enfermedad o por la espada, podía volver de nuevo, como cuando cayó César Dictador, la disensión a sus filas, y acabar en la guerra civil y la ruina de Roma. El patriotismo se concitaba con el interés personal para encontrar un seguro más sólido, una fórmula de gobierno más consistente. Ocurriera lo que ocurriese, el nuevo orden tenía que mantenerse. Dos medidas fueron adoptadas en nombre de César Augusto. Se modificó la base constitucional de su autoridad. Más importante aún, se otorgó una posición oficial al más capaz de sus hombres, al principal de sus mariscales, M. Vipsanio Agripa, tres veces cónsul. Éste fue el arreglo del año 23 a. C.

Augusto decidió abstenerse de desempeñar la magistratura suprema año tras año. En lugar del consulado, que le daba una iniciativa general en política, asumió varios poderes, sobre todo el *imperium* proconsular sobre el Imperio entero.[23] De hecho, aunque no de nombre, esto reducía a todos los procónsules a la función de legados de

21. HORACIO, *Odas* 1, 2, 25 s. ¿A qué dios habrá de invocar el pueblo para enderezar las cosas de un Imperio en ruinas?

22. LIVIO, *Praef.* «haec tempora, quibus nec vitia nostra nec remedia pati possumus». HORACIO, *Odas* I, 2 viene muy bien aquí, aunque el poema pudo ser compuesto tan pronto como los años 29 o 28 a. C.

23. DIÓN, 53, 32, 5 s. (único testimonio). El *imperium* proconsular le fue conferido ἐσαεὶ καθάπαξ, con carácter vitalicio según A. VON PREMERSTEIN, *Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, 232 ss. Nunca se debiera haber dudado de que Augusto recibiese el *imperium maius*, pues lo afirma expresamente Dión y está confirmado, si fuese necesaria esta confirmación, por los cinco edictos hallados en Cirene (para el texto de éstos, cf. ANDERSON en *JRS* XVII, 33 ss.). Es bastante razonable suponer que los poderes concedidos este año fuesen sancionados por la aprobación de una *lex de imperio*.

Augusto. En cuanto a Roma, Augusto fue autorizado a conservar su *imperium* militar en el interior de la ciudad.

Pero eso no era más que una parte del proyecto. La otra era un instrumento de gobierno inmenso e ilimitado: la *tribunicia potestas*. Ya tan pronto como el año 36 a. C. Augusto había recibido, de por vida, la sacrosantidad de los tribunos, y en el 30, ciertos poderes legales de los mismos. Pero hasta este momento no había dado señales de hacer uso de ellos.[24] Hasta ese año, el Princeps no pensó en emplear la *tribunicia potestas* para compensar en parte su renuncia al consulado y cumplir las funciones, sin llevar el nombre, de un magistrado extraordinario. Desde el 1 de julio del 23 a. C., Augusto numeró sus posesiones de la *tribunicia potestas* y las sumó a su titulatura. Éste fue el «summi fastigii vocabulum» (nombre de la más alta cúspide) inventado por el fundador de una monarquía legalizada.[25]

Con su fino sentido de la realidad y su desprecio íntimo (pero respeto público) hacia los nombres y las formas, Augusto prefirió unos poderes indefinidos, y de largo alcance, a las prerrogativas visibles, y por lo mismo vulnerables, de la magistratura. El tránsito de Dux a Princeps en el 28-27 a. C. comportaba una clara definición y una manifiesta limitación de sus poderes y, en ese sentido, una vuelta al gobierno consitucional, en la medida en que su autoridad era legal. El nuevo pacto dejaba libre el consulado, pero implantaba su dominación con mucha más firmeza. La *tribunicia potestas* era huidiza y temible, mientras que el *imperium* era tan importante, que cualquier alusión al mismo se evita cuidadosamente en el relato mayestático y engañoso de la vida y honores del propio Augusto. Los dos pilares de su dominación, el *imperium* proconsular y los poderes tribunicios fueron la revolución misma, el ejército y el pueblo. En ellos se alzó este demagogo, salido del ejército y fundador de una monarquía.

Para Augusto, el consulado no era más que un ornamento o un estorbo; y un cónsul ausente era una incongruencia. Además, el desempeño continuo del cargo les cerraba el paso a otros. Los miembros activos del partido exigían sus recompensas, legados como M. Lolio y M. Vinicio; y una nueva generación de *nobiles* estaba creciendo, hijos de hombres que habían caído en la última guerra de la República, o

24. A no ser en el 29 a. C., para excluir a un individuo del tribunado (DIÓN, 52, 42, 3).

25. TÁCITO, *Ann.* 3, 56.

descendientes de familias a quienes el consulado se transmitía como una prerrogativa heredada.

Aunque el jefe declinaba el desempeño de una magistratura, sus poderes se podrían definir, en términos de derecho público, como los de un magistrado, impresión cuidadosamente corroborada por su limitación a un período de años. La adopción de un colega confirmaba esta imagen tranquilizante. Poco después, en efecto, Agripa recibía también el *imperium* proconsular por un período de cinco años. La naturaleza exacta y la competencia de la concesión son inseguras; probablemente se referían a los dominios del Princeps, en Oriente y Occidente, y carecían de validez, en cambio, para las provincias del senado.[26] Eso llegaría más tarde, y más tarde también la *tribunicia potestas* celosamente custodiada, el verdadero *arcanum imperii*.

No fue por ostentación, sino por utilizarlo, por lo que el Princeps adoptó un socio y reforzó sus propios poderes cuando parecía estarlos compartiendo. Antes del fin del año, envió a Agripa a Oriente. Había fracasado una invasión de Arabia y el desacertado proyecto quedó abandonado. Había tareas menos espectaculares y más urgentes. Dos años antes había muerto en combate, mientras cumplía con su deber de someter a las tribus salvajes del Tauro, Amintas, el príncipe de Galacia,[27] Roma asumió la responsabilidad. M. Lolio, eficaz e impopular partidario de Augusto, recibió el encargo de organizar una extensa provincia de Galacia y Panfilia.[28] Además, parecía que se acercaba la hora de reanudar la presión diplomática sobre el rey de los partos, para recuperar los estandartes de Craso y adquirir así un prestigio fácil para el nuevo gobierno.[29]

No sólo eso. Siria era la única provincia militar del Oriente aparte de Egipto. Egipto podría parecer seguro, gobernado por un virrey del

26. Cf. M. Reinhold, *Marcus Agripa* (1933), 167 ss. Dión no menciona la concesión de *imperium* a Agripa. Que en esta fecha tan temprana Agripa detentase un *imperium maius* sobre las provincias senatoriales de Oriente, se ha propugnado, pero no se puede demostrar. Tampoco se puede pedir precisiones a la afirmación de Josefo (*AJ* 15, 350) πέμπεται δ' Ἀγρίππας των πέραν 'Ιονιου διαδοχος Καίσαρι. Contra una investidura de autoridad sobre todo el Oriente en el 23 a. C., se puede argumentar con el hecho de que unos años más tarde, en el 20 y 19 a. C., Agripa no se encuentre allí, sino en la Galia y en España (Dión, 54, 11, 1 ss.).

27. Dión, 53, 26, 3; Estrabón, p. 569.

28. Eutropio, 7, 10, 2.

29. Cf. D. Magie, *CP III* (1908), 145 ss.

orden ecuestre, pero había ocurrido lo de Cornelio Galo. Los prefectos siguientes, M. Elio Galo y P. Petronio, eran figuras grises, comparadas con el poeta que había mandado ejércitos en las guerras de la revolución.[30] Siria estaba muy distante de Roma; había que tener cuidado en la elección del legado de César que la gobernase. Una conspiración en la capital se podía reprimir sin causar disturbios; pero si se hallaba respaldada por un ejército provincial, podía significar la guerra civil; el Varrón que tuvo el mando de Siria quizá fuese hermano de Murena. La historia escrita no conservó memoria de él. Cuando Agripa llegó a Oriente, gobernó Siria por medio de representantes; él residió en la isla de Lesbos, lugar de recreo bien elegido por quien deseaba vigilar los Balcanes tanto como el Oriente.[31]

Esto por lo que se refiere al pacto del 23 a. C. Hacía sólo veintiún años de la desaparición del Dictador y la resurrección de *libertas*, veintiún años del primer golpe de Estado del heredero de César. La libertad había muerto. La revolución había triunfado y producido un gobierno; el Principado adquiría forma y definición. Si hay que buscar a toda costa una fecha en lo que es un proceso, no una serie de actos, la implantación del Imperio podría con toda propiedad considerarse hecha a partir de aquel año.

Hemos descrito someramente los cambios legales y formales, señalado los argumentos que pudieron ser aducidos para su justificación pública y plausible. Las palabras y las frases no eran suficientes. Pisón y Sestio, ex republicanos desempeñando el consulado, eran algo que estaba muy bien. Pero no eran más que un cartel de propaganda. La gente podría recordar a otro compañero de Bruto, C. Antistio Vetus, nombrado cónsul con el intemperante hijo de Cicerón, el año después de Accio, sin que entonces hubiese pretensiones de República. Tampoco fue convincente del todo el consulado de un Marcelo (Esernino) y del ex pompeyano L. Arruncio (22 a. C.). Augusto adoptó algunas otras medidas especiosas, que parecieron prestar confirmación sólida a la renovación de la República. Como testimonio de la eficiencia de su mandato, e incluso de la sinceridad de sus intenciones, el Princeps devolvió ciertas provincias a los procónsules, pero éstas fueron simplemente la Narbo-

30. M.(?) Elio Galo, prefecto de Egipto, quizá del 27 al 25 a. C., realizó una invasión infructuosa de Arabia en el 25 (DIÓN, 53, 29, etc.); P. Petronio, su sucesor en el 25, operó en Etiopía (DIÓN, 54, 5, 4, etc.).

31. DIÓN, 53, 32, 1.

nense y Chipre, que no suponían grandes pérdidas para la Galia ni para Siria.[32] Había habido operaciones militares coronadas por el éxito en la Galia y en los países alpinos, así como en España,[33] pero no guerras serias en las provincias senatoriales. Ahora, sin embargo, como queriendo dar pruebas de lo independientes que eran, se permitió a procónsules de África que hiciesen guerras y adquiriesen gloria militar: L. Sempronio Atratino triunfó en África en el 21 a. C., y Balbo dos años después por su incursión en el país de los distantes y proverbiales Garamantes.[34]

Por si fuera poco, el nombramiento de un par de censores en el 22 a. C. (Paulo Emilio Lépido y L. Munacio Planco) anunciaba un retorno a prácticas republicanas y el inicio de una reforma social y moral.[35] Esta medida debía ser celebrada como el principio de una nueva era. Quizá se pretendía que aquel año precisamente se celebrasen Juegos Seculares;[36] y es notable por lo menos que ciertas *Odas* de Horacio (publicadas en el segundo semestre del 23) contengan tan vivas y exactas anticipaciones de las reformas que Roma ansiaba, y por las que tuvo que esperar otros cinco años. Una vez más, Augusto aplazó la labor, consciente de las dificultades inherentes a la misma, o impedido por ciertos inconvenientes no previstos.

El invierno anterior las inundaciones, el hambre y la peste habían hecho estragos, produciendo en Roma revueltas y un clamor popular para que Augusto asumiese el cargo de Dictador.[37] Él se negó, pero consintió en hacerse cargo del abastecimiento de trigo de la ciudad, como Pompeyo Magno había hecho; sin embargo, esta función la delegó en un par de *curatores* de rango pretorio. Los censores dimitieron de seis cargos sin haber hecho nada.

La vida del Princeps era frágil y precaria, pero el Principado tenía ahora raíces más profundas, asentadas con mayor firmeza. Nos queda por señalar la verdadera causa del pacto del 23 a. C., y por exponer la crisis en los círculos íntimos del gobierno.

32. DIÓN, 54, 4, 1 (22 a. C.).

33. M. Vinicio en la Galia (DIÓN, 53, 26, 4), Murena contra los salasios (DIÓN, 53, 25, 3, etc.).

34. *CIL* I², p. 50.

35. DIÓN, 54, 2, 1.

36. H. MATTINGLY, *CR* XLVIII (1934), 161 ss., con referencia a la clara indicación de VIRGILIO, *Aen.* 6, 792 s.: «aurea condet / saecula qui rursus Latio» (Que fundará de nuevo siglos de oro para los latinos).

37. *Res Gestae* 5; DIÓN, 54, 1, 1 ss.

La constitución es una fachada, como en la República. No sólo eso. Augusto mismo no es tanto un hombre como un héroe y un emblema, la encarnación del poder, un objeto de veneración. Hijo de un dios y portador él mismo de un nombre más que mortal, Augusto se alzaba por encima de la humanidad normal. Él gustaba de imaginarse que había algo en su mirar que inspiraba temor en quien lo contemplaba; los hombres no podían mirarlo cara a cara.[38] Sus estatuas nos lo muestran como él quería ser visto por el pueblo romano: joven, pero grave y melancólico, con toda la carga del deber y del destino a sus espaldas.

El carácter de Augusto elude la definición, a pesar de los detalles auténticos de sus dichos y de sus hábitos que se han conservado, a pesar de las deducciones verosímiles que se pueden sacar del programa social y moral que se consideraba inspirado por él. No era una marioneta, pero los hechos por los que obtuvo su prestigio fueron en su mayor parte obra de otros, y su supremacía absoluta no debe oscurecer la realidad en que se fundó: en el hecho de que él era el jefe de un partido.

En el núcleo de un grupo político romano están la familia y los amigos más íntimos del líder real o nominal. En el crítico año de la conspiración de Murena y de la casi fatal enfermedad de Augusto, el forcejeo secreto por la influencia y el poder que venían manteniendo los miembros de su séquito se hizo complicado, agudo y amenazador. Los principales actores eran Livia, Mecenas y Agripa. Augusto no podía permitirse distanciar a los tres. Aliados los tres, lo habían hecho a él; aliados ahora los tres, podían acabar con él.

El matrimonio con Livia Drusila había significado una alianza política con los Claudios, aunque no sólo eso. La fría beldad de labios tirantes, nariz fina y mirada decidida, había heredado en toda su plenitud el talento político de casas que por derecho propio habían detentado el poder en Roma: los Claudios y los Livios. Ella sabía explotar sus facultades en beneficio de sí misma y de su familia. Augusto nunca dejó de aconsejarse con ella en asuntos de Estado. Merecía la pena, y Livia nunca revelaba un secreto.

Livia no le había dado hijos al Princeps. Ella tenía dos hijos de su primer marido: Ti. Claudio Nerón y Nerón Claudio Druso. Por ellos Livia trabajó y maquinó; ellos habían obtenido ya dispensas que les

38. SUETONIO, *Divus Aug.* 79, 2.

habían permitido desempeñar magistraturas a edad muy precoz.[39] Aunque ellos no hubieran sido hijastros del Princeps, Tiberio y Druso estaban llamados a una brillante carrera en la guerra y en la política, pues eran herederos directos de una rama de los Claudios patricios, los Nerones.

Pero había parientes más cercanos. Octavia había sido utilizada antes en provecho de su hermano y no conocía más política que la de éste. Tenía un hijo, C. Marcelo. El Princeps depositó en él sus esperanzas de tener una línea de sucesión que no fuese meramente dinástica, sino de su propia familia y de su misma sangre. Dos años antes, se había celebrado solemnemente en Roma el matrimonio de su sobrino con Julia, su hija única. Ya en el 23, el joven fue edil, y hubiese obtenido el consulado diez años antes de lo previsto por la ley.[40] Marcelo podía parecer, por tanto, el heredero designado, destinado a suceder pronto al frágil y desgastado Princeps. El rumor y la intriga empezaron a rodear al joven. En su procesamiento, M. Primo, el procónsul de Macedonia, alegó haber recibido instrucciones secretas de Marcelo así como de Augusto;[41] quizá fuese falso, pero era inquietante. Sin embargo, cuando Augusto, en trance de morir, tomó sus últimas medidas, concediendo poderes discrecionales a Agripa y al cónsul, no se dice una palabra sobre Marcelo. Cuando Augusto se recuperó, se ofreció a leer en público los artículos de su testamento, con objeto de alejar las sospechas.[42] El senado rehusó, como era lo cortés e inevitable. Augusto podía legar su nombre y su fortuna a quien le placiese, pero no su *imperium,* pues ésa era concesión del senado y del pueblo, ni la jefatura de su partido. Agripa y los otros magnates del partido tendrían voz en ese asunto. Dos concepciones diferentes estaban en liza, recordando la rivalidad existente entre Antonio, lugarteniente en el partido y sucesor de César Dictador, y Octaviano, que era su heredero de nombre y de sangre.

Los sentimientos del partido cesariano fueron dados pronto a conocer. El resultado fue una derrota para Augusto, y probablemente para Mecenas también. Entre los dos aliados más fieles del Princeps, desde sus primeros tiempos, no había lazos de afecto. Los hombres de la revo-

39. En el 24 a. C. se le permitió a Tiberio aspirar a un cargo cinco años antes de la edad legal (DIÓN, 53, 28, 3) y llegó a cuestor al año siguiente.

40. DIÓN, 53, 28, 3 s.

41. *Id.*, 54, 3, 2.

42. *Id.*, 53, 31, 3.

lución difícilmente pueden definirse como esclavos de la tradición; pero el adusto Agripa, plebeyo y puritano, «vir rusticitati propior quam deliciis»,[43] encarnaba ostensiblemente las virtudes militares y aldeanas de la vieja Roma. El romano detestaba al afeminado y siniestro descendiente de reyes etruscos, que exhibía a la vista del público el lujo y los vicios en que buscaba refugio su alma atormentada e inconstante: sedas, gemas y los ambiguos encantos del actor Batilo;[44] él despreciaba al vil epicúreo que trataba de introducir en los banquetes de Roma una nueva exquisitez: la carne de asnos jóvenes.[45] En una efusión de gratitud, o incluso por amistad, los poetas del coro de Mecenas podían festejar al munificente patrono de las letras, la peculiar gloria del orden ecuestre oculta modestamente bajo su talante; el pueblo podía aclamarlo en el teatro, en entusiasta servidumbre a sus nuevos amos, o ruidosamente, como si se tratase de un popular actor. Pese a tan poderosos valedores, Mecenas, al igual que otro amigo personal del Princeps, Vedio Polión, no se podía poner como ornamento y modelo en el Nuevo Estado. Su modo de vida, como las extravagancias de su poesía, debían de resultar tan desagradables para Augusto como para Agripa.

Augusto se mostraba indulgente con los vicios de su ministro, en recuerdo de sus servicios y a causa de sus consejos. Sin embargo, la posición de Mecenas había empeorado. Él no podía soportar a Agripa. Mecenas cometió un error garrafal: decirle a Terencia el peligro que corría su hermano.[46] Augusto no podía perdonar que se traicionase su confianza. La esposa de Mecenas era hermosa y temperamental. La vida con ella no resultaba fácil.[47] Una complicación suplementaria la suponía Augusto, quien, según se rumoreaba, no era en modo alguno insensible a los notorios encantos que el poeta Horacio describe con tanta ingenuidad.[48]

43. PLINIO, *NH* 35, 26 (hombre más próximo a la rusticidad que a los refinamientos).

44. VELEYO, 2, 88, 2: «otio ac mollitiis paene ultra feminam fluens» (Casi más blando que una mujer entre la inactividad y los placeres). Cf. esp. SÉNECA, *Epp.* 114, 4 ss., ilustrando el tema de «talis hominibus fuit oratio qualis vita» (Los hombres hablan como viven). Sobre Batilo, TÁCITO, *Ann.* I, 54, etc.

45. PLINIO, *NH* 8, 170.

46. SUETONIO, *Divus Aug.* 66, 3.

47. SÉNECA, *Epp.* 114, 6; *Dial.* 1, 3, 10: «morosae uxoris cotidiana repudia» (Las ofensas diarias de una esposa quisquillosa).

48. HORACIO, *Odas* 2, 12.

De Mecenas se podía prescindir, pero no de Agripa; y por consiguiente, este último se salió con la suya. Agripa no aprobaba los honores desmesurados concedidos al joven Marcelo, falto aún de poner a prueba. En Roma corrían rumores de desavenencias entre ellos. La marcha de Agripa al Oriente provocó conjeturas diversas y contradictorias. Según una versión, se había retirado disgustado y resentido; según otra, su residencia en Oriente constituía una forma de destierro, atenuado pero insultante.[49] Estas alegaciones carecen de fundamento: a un sospechoso político no se le confían provincias y ejércitos.

Algunos de los peligros que este año crítico puso de manifiesto podían conjurarse, si Augusto silenciaba los rumores y desconcertaba a los conspiradores designando públicamente a su sucesor. Podía adoptar a su sobrino. Éste fue quizá su deseo íntimo, quizá la intención que él hizo saber a sus consejeros. Éstos se opusieron. La visión de Agripa, respaldada tal vez por una aliada poderosa dentro de la casa del Princeps, triunfó sobre éste y sobre su sobrino. Agripa mismo obtuvo una parcela de poder. Habría varias razones para hablar de un golpe de Estado encubierto.

Ya estaba bastante mal visto que el joven fuese a llegar a cónsul a los veintitrés años de edad; su adopción sería catastrófica. Lo era, ya que hacía trizas la fachada constitucional de la Nueva República. Los hombres como Agripa no tenían gran respeto por formas ni por nombres. Es que se pasaba de las prácticas de la política dinástica romana a los dominios de la pura monarquía; y el resultado final podría ser el hundimiento del partido cesariano.

En el debate secreto que el historiador Dión Casio compuso para ilustrar su relato del pacto del 28-27 a. C. asigna a Mecenas el papel de abogado de la causa monárquica, y a Agripa, el de la republicana. Es evidente que se trata de una invención, pero no absurda del todo.

La concordia quedó restablecida. Agripa tenía por costumbre confesar su gran deuda con un proverbio romano acerca de la unidad.[50] En superficie todo era armonía, como siempre, y Agripa continuaba

49. PLINIO, *NH* 7, 149: «pudenda Agrippae ablegatio». Es evidente que el retiro a Rodas de Tiberio ha coloreado la historia anterior.

50. SÉNECA, *Epp.* 94, 46. Era nada menos que el epigrama de Salustio «nam concordia parvae res crescunt, discordia maxumae dilabuntur» (Los estados pequeños crecen en la concordia, los grandes se derrumban en la discordia) (*BJ* 10, 6, precedido de útiles observaciones sobre *amici*, *officium*, *fides*).

desempeñando su papel característico del ayudante leal y desinteresado, el «*fidus* Achates», sin hacerse notar, pero siempre presente en el consejo y presto a entrar en acción. Agripa había estado en todas las guerras de la revolución y había ganado la mayoría de ellas. Con modestia ejemplar, el vencedor de Nauloco y de Accio declinó los honores y se puso a trabajar en silencio, su única recompensa, no el aplauso ni la gratitud, sino el sentido del deber cumplido.

El tipo de Marco Agripa parece carente de color y de personalidad. Podría ser el virtuoso Arístides de los historiadores y moralistas griegos. El retrato es coherente y convencional; estaba destinado a mostrársele a un público dócil. Pero una observación desapasionada podría detectar ciertas fisuras y ciertas manchas en esta obra maestra del retrato augusto.

La *Virtus* genera la ambición, y Agripa tenía toda la ambición de un romano. Su rechazo de los honores era interpretado como un modesto borrarse a sí mismo; y es más bien el signo de una ambición concentrada, de una pasión única por el poder real, indiferente al adorno y a la publicidad.[51] La naturaleza de Agripa era terca y dominante. Retrocedía ante Augusto, pero ante nadie más; y ante Augusto no siempre de buena gana.[52]

Sus retratos revelan a un individuo auténtico, de rasgos duros, pesados; colérico, autoritario y resuelto. Había motivos para opinar que si Augusto moría, Agripa se desharía del joven sobrino del Princeps.[53] Los nobles odiaban al torvo advenedizo, al instrumento despiadado de la tiranía que los había privado de sus privilegios y de su poder. M. Vipsanio Agripa era un republicano mejor que todos los descendientes de cónsules. Su ideal de la utilidad pública era lógico e impresionante. Agripa no se limitó a los acueductos. Compuso y publicó una memoria en la que defendía que las obras de arte en poder de particulares fuesen confiscadas por el gobierno en beneficio de todo el pueblo.[54] Éste era el Nuevo Estado, en su forma más agresiva. Los *nobiles* eran impotentes, pero vengativos,

51. No obstante, Agripa no rechazó una corona de oro por Nauloco, y una bandera azul por Accio (DIÓN, 51, 21, 3).

52. VELEYO, 2, 79, 1: «parendique, sed uni, scientissimus, aliis sane imperandi cupidus» (Sabía obedecer muy bien, pero a uno sólo; a los demás le gustaba mandarlos). Compárese con Suctonio, *Divus Aug.* 66, 3, sobre su mal genio.

53. VELEYO, 2, 93, 1.

54. PLINIO, *NH* 35, 26.

e hicieron cuestión de honor el no asistir a los juegos fúnebres en honor de Agripa, muerto antes de lo que ellos podían haber esperado.

Agripa recibió escasos honores en vida o conmemoraciones después de ella. Nunca se pretendió que los recibiese. Cualquier preeminencia de Agripa amenazaría al monopolio del prestigio y del honor del líder, y pondría al descubierto con demasiada crudeza las realidades del poder. Tal cosa no se podía consentir.

M. Vipsanio Agripa fue un tema raro. Horacio pasa deprisa sobre él en una *Oda,* declarando carecer de talento para celebrar las hazañas de un soldado.[55]

Tampoco Agripa habló por sí mismo. Como el astuto Mecenas, y la testaruda Livia Drusila, se llevó su secreto a la tumba, y nunca manifestó su opinión sincera sobre el líder a quien todos ellos habían apoyado por causa de Roma. Los servicios al Estado podrían describirse como una «noble servidumbre». Para Agripa, su subordinación era una carga pesada.[56] Como Tiberio después de él, se vio obligado a acallar sus sentimientos. Nunca quedó constancia de lo que ellos dos pensaban de su capataz común. El *novus homo* de la era revolucionaria y el heredero de la casa de los Claudios no estaban tan distantes uno de otro en este campo, ni en otros.

Aunque los Claudios patricios estuviesen considerados como arrogantes, eran todo lo contrario de cerrados, y tenían a gala recordar su origen foráneo. En política, los Claudios, lejos de ser tradicionalistas de vía estrecha, eran conocidos como innovadores, reformistas e incluso revolucionarios. En Tiberio estaba la tradición, aunque no la sangre, de M. Livio Druso también. Como otros romanos de vieja cepa aristocrática, Tiberio sabía ponerse por encima de las clases y reconocer el mérito cuando lo veía.

En Tiberio había una virtud republicana y un ideal de servicio semejantes a los de Agripa. Los unía un lazo más: Tiberio estaba prometido, y quizá ya casado, con la hija de Agripa, Vipsania. El enlace había sido urdido tiempo atrás por Livia, aquella astuta política a quien

55. *Odas* 1, 6. Horacio sugiere que Vario debería escribir su epopeya.

56. PLINIO, *NH* 7, 46 menciona el «praegrave servitium» (servicio gravosísimo) de Agripa; cf. la opinión de Tiberio sobre el Principado, SUETONIO, *Tib.*, 24, 2: «miseram et onerosam iniungi sibi servitudinem» (Uncirse a una mísera y pesada servidumbre). Sobre el concepto de monarquía como ἔνδοξος δουλεία, cf. ELIANO, *Varia historia* 2, 20.

su bisnieto llamaba «el Ulises romano».[57] Livia hubiese podido elegir para su hijo a una heredera de una de las más eminentes familias de Roma; en vez de eso, eligió a la hija de Agripa y de Cecilia, y ató así al gran general, con un vínculo muy cerrado, a sí misma y a Augusto. Livia merecía tener éxito. Se puede imaginar muy bien que el golpe de Estado secreto del 23 a. C. fue obra de Livia tanto como de Agripa, y un triunfo para los dos.

«Remo cum fratre Quirinus.»[58] Así saludaba Virgilio el final de la guerra fratricida y el restablecimiento del reino de la ley. La ingenuidad y la ignorancia de un escoliasta antiguo retorció estas palabras, de natural y fácil interpretación, convirtiéndolas en una alusión a la alianza entre Augusto y Agripa.[59] Absurdo para la secuela de Accio, cuando los versos fueron compuestos, tales versos no son aplicables siquiera a una fecha posterior, cuando el poder de Agripa había recibido estatuto y definición legales. Agripa no era, ni podía ser nunca, hermano e igual que Augusto. Él no era *Divi filius,* no era *Augustus*; carecía de la *auctoritas* única del líder predestinado. Por tanto, aun cuando Agripa recibiese posteriormente un poder proconsular como el de Augusto sobre todas las provincias del Imperio, y más que eso, la *tribunicia potestas,* no era en todas las cosas el igual y colega de César Augusto.

No fue así como se estableció un sistema de dos socios en la cúpula del poder, dos jefes supremos del mundo entero, como podría sugerirlo una teoría esquemática y tranquilizante.[60] Tampoco Agripa fue designado por él, inequívocamente, para asumir la herencia del poder único, para convertirse en todo lo que Augusto había sido. Los *nobiles* no lo hubieran consentido. Agripa ha de ser considerado, más bien, como el subjefe del partido cesariano.

El Principado de Augusto no podía admitir una sucesión hereditaria por dos razones, una jurídica y otra personal. Los poderes de Augusto eran legítimos por definición, tenían el carácter de una magistratura; y Augusto, heredero de César, hijo de un dios, y salvador de Roma y del mundo, era único y encontraba en sí mismo su justificación. Sin embargo, la continuidad del régimen y la designación para el Principado estaban de hecho aseguradas por la adopción y por la

57. SUETONIO, *Caligula* 23: «Ulixem stolatum» (Ulises en estola de romana).

58. VIRGILIO, *Aen.* I, 292 (Quirino con su hermano Remo).

59. SERVIO, sobre *Aen.* I, 292.

60. E. KORNEMANN, *Doppelprinzipat u. Reichsteilung im Imperium Romanun* (1930).

concesión de poderes a un asociado. Las disposiciones del propio Augusto eran, sin embargo, medidas calculadas para garantizar también un heredero de su propia familia; él deseaba ofrecer una dinastía y fundar una monarquía en el sentido pleno y absoluto de estos términos.

Pero el partido cesariano se había opuesto a su jefe en la cuestión de Marcelo. Al final, Marcelo podría llegar a *princeps*, cuando su edad y sus méritos lo hubiesen capacitado. De momento, no importaba. Cualquier cosa que un futuro lejano pudiese traer consigo, el gobierno tenía que afrontar un problema más urgente. Agripa, Livia y los grandes personajes de la oligarquía gobernante habían alejado el peligro de una manifestación prematura de monarquía hereditaria; habían restablecido la unidad mediante la coacción secreta, con Agripa como segundo en el mando; aun cuando Augusto desapareciese, la estructura del edificio estaba a salvo.

Una democracia no puede gobernar un Imperio. Tampoco puede un hombre, aunque parezca que un Imperio presupone una monarquía. Siempre hay una oligarquía en alguna parte, pública u oculta. Cuando los ejércitos cesarianos vencieron y la República pereció, tres dinastas se dividieron y gobernaron el mundo romano; su ambición y sus disensiones rompieron la dirección e inauguraron el régimen de un solo hombre. A poco de destruido el Triunvirato, hubo de ser restaurado. La alianza de iguales se mostró insatisfactoria y ruinosa. Lépido carecía de capacidad, Antonio de previsión y de moderación; Octaviano resultó demasiado ambicioso para ser un socio leal. Ahora que un hombre estaba en la cúspide, investido de poder y de *auctoritas* superiores a todos los demás, podía invitar a participar en su gobierno a aliados que no serían rivales.

Difícilmente era de esperar que las cualidades requeridas para regir el mundo se encontrasen reunidas en un solo hombre. Un Triunvirato estaba preparado en las personas que completaban a Augusto, Mecenas y Agripa. Para ganarse la lealtad de los soldados e inspirar la veneración de las masas hacía falta un ídolo popular. Augusto, con su nombre y su suerte, era todo eso y más. Podría no ser un nuevo César; carecía para ello del vigor y del esplendor de aquella dinámica figura. Pero había heredado el nombre y la aureola. Se requería un ministro del interior, prudente en sus consejos, sensible al ambiente y hábil para guiar, e incluso crear, la manifestación de opiniones convenientes. Mecenas estaba allí. En fin, Augusto no tenía ni talento ni gusto para la guerra; Agripa podía ser su ministro, organizador de la victoria y custodio de las provincias militares; o a falta de Agripa, el experi-

mentado Tauro. Los estadistas requieren delegados y agentes poderosos, como observaba un historiador al hablar de estos hombres.[61]

Tal Triunvirato existía, no preparado por una armonía previa o una teoría política, sino por la historia del partido cesariano y por las exigencias del gobierno imperial. No era la única fórmula, ni el único sistema disponible. Incluso para el Imperio de Roma podría ser demasiado restringido, especialmente para lo relativo a provincias y ejércitos.

A pesar de todas las delegaciones en príncipes vasallos, ciudades griegas en Oriente y municipios autónomos en Occidente, el Imperio era demasiado grande para regirlo un solo hombre. Ya el corte temporal entre este y oeste, en los años entre el Pacto de Brindis y la Guerra de Accio, había sido alarmante, por corresponder con tanta claridad a la historia y a la geografía, a las necesidades del momento y a las posibles en un futuro imaginado. Un día podrían hacer falta dos emperadores, o cuatro. Pero la fábrica había de mantenerse unida. Había dos remedios a la vista. El Princeps podía desplazarse, visitando cada parte por turno. Augusto pasó largos períodos en las provincias, en Tarragona, en Lyon, en Samos. Pero esa cabeza del Estado romano y su presencia se requerían en la capital. Podría ser conveniente convertir el Principado en una sociedad, nombrando un vicegerente del Oriente y quizá otro de los países del oeste. No sólo eso: la guerra en España no había terminado. La Galia y los Balcanes, grandes territorios con grandes tareas a realizar, podían exigir gobernantes competentes durante largos períodos de tiempo. Los amplios mandatos de fines de la República y del período triunviral, extraordinarios y amenazadores antaño, podían acoplarse ahora con seguridad a una administración regular y normal, en manos de los principales servidores del gobierno.

El nombramiento de Agripa como segundo no bastaba. Pronto Marcelo, Tiberio y Druso estarían en condiciones de ayudarle o de reemplazarlo. Aun así, no serían suficientes. Era necesario organizar un sindicato de gobernantes detrás de la constitución, del Princeps y de su familia.[62] Veamos su composición y el reclutamiento de sus dirigentes, los *principes viri*.

61. VELEYO, 2, 127, 2: «etenim magna negotia magnis adiutoribus egent (Los grandes negocios necesitan grandes ayudantes).

62. DIÓN, 52, 8, 4 (Agripa a Augusto): νυν δὲ πασά σε ἀνάγκη συναγωνιστὰς πολλούς, ἅτε τοσαύτης οἰκουμένης ἄρχοντα, ἔχειν. (Ahora es preciso tener muchos ayudantes, estando tú al frente de semejante mundo). Compárese lo dicho de παραδυναστεύοντες (*ibid.*, 53, 19, 3).

Capítulo XXIV

EL PARTIDO DE AUGUSTO

Los modestos orígenes de la facción de Octaviano se ponen de manifiesto en los nombres de sus miembros fundadores, y sus posteriores refuerzos se han señalado alguna que otra vez. Creció sensiblemente en número de afiliados y en categoría conforme el heredero de César reclutaba seguidores y amigos de los campamentos de sus adversarios, hasta que, al fin, despojando a Antonio, no sólo engulló al viejo partido cesariano, sino que logró la adhesión de gran número de republicanos y pudo disfrazarse de partido nacional. Más de setecientos senadores acompañaron al jefe de Italia en la Guerra de Accio, la mayor parte de ellos con desprecio y cólera en sus corazones, pero empujados por la sana obligación de obtener honores y ascensos. De esta imponente suma, según afirmaba Augusto con orgullo, no menos de ochenta y tres habían desempeñado ya el consulado o fueron premiados más tarde con aquella distinción suprema.[1]

César Dictador aumentó el senado admitiendo en él a sus seguidores. Ni la medida ni las personas eran tan escandalosas como se dio a entender entonces y después. César conservó las distinciones. Las admisiones más infamantes tuvieron lugar más tarde, durante el arbitrario régimen del Triunvirato, que no sólo era indiferente, sino incluso hostil al nacimiento y a la crianza. El senado se había inflado desordenadamente, hasta más de los mil miembros. Para que la asamblea soberana recuperase la dignidad y la eficacia, cuando la Re-

1. *Res Gestae* 25.

pública fue restaurada, Octaviano y Agripa llevaron a cabo la depuración del 28 a. C. De los «elementos indignos», unos doscientos fueron inducidos a retirarse, haciéndoles sentir la presión moral pertinente.[2]

El verdadero carácter de la purga, declarada con tanta gravedad y elogiada con tanta ingenuidad por los historiadores, no escapó a los buenos observadores de entonces. Había una razón muy precisa para reducir la nómina del senado. Más de trescientos senadores se habían pronunciado por Antonio y por la República a raíz del golpe de Estado del 32 a. C. Algunos se arrepintieron en seguida, uniéndose al grupo de aquellos renegados que alcanzaron altos cargos, Craso, Ticio y M. Junio Silano. Otros, perdonados después de la victoria, conservaron su rango y su posición, como Sosio y Furnio.[3] Escauro y Cn. Cinna no fueron especialmente favorecidos; Escauro, como otros republicanos y pompeyanos, no llegó nunca al consulado, y tampoco Cinna antes de que pasasen treinta años. Pero algunos murieron o desaparecieron. No se vuelve a oír hablar del consular L. Gelio Poplícola, ni de otros tres almirantes de Antonio en la batalla de Accio.[4]

Hacían falta *nobiles* para adornar el senado de una República renacida; había demasiados *novi homines* por en medio. Gracias a la clemencia y a la generosidad de que se hacía alarde, algunos de los partidarios menores de Antonio pudieron ser autorizados a conservar el rango senatorial, por lo menos nominalmente. Tan pronto como el censo se hiciese público, lo perderían, si habían perdido sus fortunas. Después de Accio, varias ciudades de Italia sufrieron castigo por sus simpatías antonianas, y sus tierras fueron confiscadas a favor de los veteranos.[5] Las fincas de trescientos senadores, o más, infieles o descarriados, no iban a ser graciosamente eximidas por respeto al rango de sus dueños: los magnates locales del partido de Antonio en las ciudades de Italia tenían también enemigos locales.

2. DIÓN, 52, 42, 1 ss.; VELEYO, 2, 89, 4: «senatus sine asperitate, nec sine severitate lectus» (el senado fue depurado sin brusquedad, pero no sin rigor).

3. C. Sosio figuró entre los XV *viri sacris faciundis* que supervisaron los Juegos Seculares en el 17 a. C. (*ILS* 5050, línea 150). C. Furio, junto con una persona misteriosa, llamada C. Cluvio (*PIR*², C 1204), fue elevado por *adlectio* al rango consular en el 29 a. C. (DIÓN, 52, 42, 4).

4. Concretamente M. Insteyo, Q. Nasidio y M. Octavio. La verdad es que pocos cónsules de la época triunviral adquieren relieve en el Principado.

5. DIÓN, 51, 4, 6.

Cierto número de las víctimas de la purga pertenecía probablemente a la triste clase de los senadores incapaces de mantener su posición. Por lo demás, la alta asamblea expulsó ahora a ciertos miembros inútiles o poco sanos, carentes de títulos de *pietas* hacia el Princeps, de servicios a la causa cesariana y de protectores en las alturas. Quedaron, en cambio, los miembros del partido cesariano y los renegados de éxito, hombres a quienes la aventura, la intriga y la audacia sin escrúpulos habían proporcionado las rápidas remuneraciones de una era revolucionaria.

La oscuridad del nacimiento o el origen provinciano no eran obstáculos. Cierto número de los grandes mariscales plebeyos había sucumbido: Salvidieno, traidor a su amigo y jefe; Canidio, por su fidelidad a Antonio; Saxa, muerto por los partos; Ventidio, de muerte natural. Si por su buena fortuna o por un mejor empleo de la traición hubiesen sobrevivido, hubiesen tenido sitial de honor entre los grandes ancianos del Nuevo Estado, honrados por el Princeps y por el senado, aclamados en público y odiados en privado.

Un grupo bastante nutrido de sus iguales tenía reservadas nuevas prendas y recompensas, empezando por Agripa y Tauro, de antepasados desconocidos los dos. La augusta y depurada asamblea que recibió de manos del líder de Italia a la República restaurada no desmentía su origen, ni puede eludir un paralelo histórico. Era una colección formidable de hombres de semblantes duros, enriquecidos por la guerra y la revolución.

No busquemos aquí un atisbo de reacción republicana. Los senadores sabían el verdadero propósito de la adopción por Augusto de formas y frases republicanas; sabían la ironía encerrada en el contraste manifiesto entre Dictador y Princeps. El partido cesariano estaba instalado en el poder y se quedaba para mantener su dominio en el futuro. Después del asesinato de César, los intereses contraídos evitaron los disturbios *y* alcanzaron el acuerdo del 17 de marzo. Los intereses adquiridos eran ahora más amplios, más tenaces y más fuertemente organizados. El capital se sabía seguro. Un partido conservador puede ser muy grande y muy homogéneo. Cuando Cicerón definía a los *Optimates* (defensores de la propiedad y del orden establecido), ampliaba valientemente el término a partir del orden senatorial, hasta abarcar a todas las clases de la sociedad sin excluir a los libertos.[6] Lo

6. *Pro Sestio* 97: «quis ergo iste optimus quisque? numero, si quaeris, innumerabiles, neque enim aliter stare possemus; sunt principes consili publici, sunt qui

que en el alegato de Cicerón era propaganda de circunstancias o simple ideología, se había convertido en realidad tangible, como resultado de una violenta redistribución del poder y de la propiedad. La República aristocrática había disfrazado y a veces reprimido el poder del dinero; el nuevo régimen era, manifiestamente, aunque no francamente, plutocrático.

El capital recibió garantías a las que correspondía con su confianza en el gobierno. Mejor acogida que la restauración de las formas constitucionales la tuvo la abolición de los impuestos directos en Italia, implantados despiadadamente por todos los partidos en la lucha por el poder tras el asesinato de César, y aumentados aún más por Octaviano para financiar su guerra contra Antonio.[7] Los despojos de la victoria y las contribuciones del Oriente insuflaban ahora nueva vida a la economía de Italia. Los especuladores y los banqueros que habían sostenido con sus fondos, de buen grado o por fuerza, el golpe de Estado, y obtenido como recompensa las propiedades de los vencidos, se beneficiaban ahora del Principado; la tierra subió rápidamente de valor.[8] Pero el nuevo régimen era algo más que una coalición de ventajistas que invocaba la ley y el orden para proteger sus fortunas. Y así, muy lejos de haber una reacción durante el Principado, las conquistas de la revolución iban a ser consolidadas y ampliadas; lo que había comenzado como una serie de actos arbitrarios iba a continuar como un proceso sostenido, guiado por la mano firme de una administración nacional.

---

eorum sectam sequuntur, sunt maximorum ordinum homines, quibus patet curia, sunt municipales rusticique Romani, sunt negoti gerentes, sunt etiam libertini optimates, Numerus, ut dixi, huius generis late et varie diffusus est; sed genus universum, ut tollatur error, brevi circumscribi et definiri potest. Omnes optimates sunt qui neque nocentes sunt nec natura improbi nec furiosi nec malis domesticis impediti» (¿De quién está compuesta la clase de los hombres de bien? Son, si quieres saberlo, una cantidad inmensa; y de no ser así, nuestra sociedad no podría sostenerse. Son los dirigentes del senado, son los que siguen a sus príncipes, son los hombres pertenecientes a los órdenes más elevados, a los que la curia está abierta, son los romanos de los municipios y de las campiñas, son los gestores del comercio, son incluso los libertos. Los representantes de este grupo, como he dicho, están distribuidos en un amplio espectro, pero la clase en su conjunto, para que no haya error, se puede aislar y definir en pocas palabras: son hombres de bien todos los que no hacen el mal, que por naturaleza no son dañinos, ni malvados, ni tarados por dolencias personales).

7. *Supra*, p. 346.

8. SUETONIO, *Divus Aug.* 41, 1.

El Estado romano de tiempos de la República estaba compuesto de tres órdenes, cada uno con su rango, sus deberes y sus privilegios determinados. Éstos debían subsistir: los romanos no creían en la igualdad.[9] Pero el paso, desde abajo al orden ecuestre, y del orden ecuestre al senado, se iba a hacer incomparablemente más fácil. La justificación de la promoción radicaba en el servicio, sobre todo en el servicio militar. De este modo, la familia de un soldado podía ascender a través del ecuestre al rango senatorial, en dos o tres generaciones, según el sistema social del Principado; y los senadores eran elegibles a la púrpura. El paso del tiempo amplió el proceso y acortó las etapas, de modo que los hijos de caballeros, los caballeros mismos, y finalmente bandoleros tracios e ilirios llegaron a ser emperadores de Roma.

Provocadas por la ambición de los demagogos militares, las reclamaciones del proletariado armado de Italia amenazaron y destrozaron a la República romana. Sin embargo, cuando se les brindó la oportunidad de que sus aspiraciones a la posesión de tierras y a la seguridad en la misma fueran atendidas, los soldados se mostraron capaces de engañar a los políticos, desarmar a los generales y evitar el derramamiento de sangre. En posesión de sus granjas, los veteranos eran ahora el pilar más fuerte de la monarquía militar. Veintiocho colonias militares en Italia y un elevado número en las provincias honraban a Augusto como su patrono y defensor.[10]

En el año 29 a. C., a raíz de su triunfo, Octaviano hizo un donativo en metálico a los veteranos de sus colonias.[11] Nada menos que ciento veinte mil hombres recibieron la bonificación de su jefe. Este ejército no oficial de orden cívico aumentó constantemente. Hasta el 13 a. C., fecha crucial en la historia del ejército romano, Augusto proporcionaba tierras, en Italia o en provincias, a los legionarios licenciados, tierras que él había adquirido de su propio peculio. Después de esa fecha, instituyó una gratificación que se pagaba en metálico.[12] Los soldados licenciados en los años 7-2 a. C. recibieron en total nada menos que cuatrocientos millones de sestercios.[13] El ejército conservaba

9. Cicerón, *De republica* 1, 43: «tamen ipsa aequabilitas est iniqua cum habet nullos gradus dignitas» (sin embargo, la igualdad misma es injusta cuando no lleva consigo una escala de dignidad).

10. *Res Gestae*, 28.

11. *Ibid.*, 15.

12. Dión, 54, 25, 5 s.

13. *Res Gestae*, 16.

aún las huellas de su origen como ejército particular en la revolución. Hasta el 6 a. C., en que se preveía gran número de licencias de legionarios, el Estado no se hizo cargo de los pagos, para los que se creó una caja especial (el *aerarium militare*).[14]

El soldado de servicio consideraba a Augusto como su patrono y protector, amén de pagador. Como los ejércitos en su conjunto, los legionarios individuales debían permanecer ajenos a la política, separados de su general y vinculados personalmente al jefe del gobierno, y, por mediación de éste, al Estado romano. Una unidad de tropas estaba en relación especial de devoción con el Princeps. Éste no sólo poseía y conservaba una escolta particular de germanos nativos.[15] Lo protegían también ciudadanos romanos. La *cohors praetoria* del general romano se perpetuó en tiempos de paz como una fuerza permanente de nueve cohortes de la Guardia Pretoriana, estacionadas en Roma y en las ciudades de Italia.

Al dirigirse a las tropas, Augusto abandonó la invocación revolucionaria de «camaradas», e impuso una disciplina más severa que la que se había tolerado en las guerras civiles.[16] Pero esto no significaba desconsideración. Augusto recordó, premió y promocionó a los más humildes de sus soldados. Defendió incluso personalmente al veterano Escutario ante un tribunal,[17] y ascendió al orden ecuestre al soldado T. Mario, de Urbino.[18]

La revolución inauguró, y el Estado Nuevo hizo permanente, una vía que permitía al simple soldado ascender en la escala social. Con la jerarquía militar y social de la República podía llegar al grado de centurión, pero no más. Después del servicio, es cierto, podía entrar en posesión del censo ecuestre y ser elegible en virtud del mismo para cargos ecuestres;[19] más aún, es bastante probable que hijos de familias

14. *Ibid.*, 17; DIÓN, 55, 25, 2 ss.

15. SUETONIO, *Divus Aug.* 49, 1.

16. *Ibid.*, 25, 1.

17. *Ibid.*, 56, 4. El nombre puede ser «Scruttarius», cf. C. CICHORIUS, *R. Studien*, 282 ss.

18. VAL MÁX., 7, 8, 6: «ab infimo militiae loco beneficiis divi Augusti imperatoris ad summos castrenses honores perductus eorumque uberrimis quaestibus locuples factus» (ascendido desde el grado militar más humilde, por los repetidos favores de divo Augusto emperador, hasta los máximos honores del ejército, y enriquecido por las muy generosas dádivas que los acompañaban) (Cf. *CIL* XI, 6058).

19. Cf. *JRS* XXVIII (1937), 128 s. y *supra*, p. 105.

ecuestres de las ciudades de Italia entrasen en las legiones por espíritu de aventura, por encontrar un empleo o por los beneficios del centurionado. Pero los puestos de tribuno militar de una legión o de comandante de caballería (*praefectus equitum*) estaban reservados a los miembros del orden ecuestre, es decir, a los caballeros (incluidos los hijos de senadores que aún no habían desempeñado la cuestura). No estaban excluidos, naturalmente, los ex centuriones, si habían adquirido el nivel financiero de caballeros (lo que no era difícil); pero no había un ascenso regular, en el ejército mismo, del centurionado a los puestos ecuestres. La revolución introdujo un cambio, dictado quizá por necesidades puramente militares, así como por causas sociales y políticas: la costumbre de poner centuriones al mando de regimientos de tropas auxiliares extranjeras. Un rasgo permanente del sistema augusto fue que los centuriones más antiguos pudieran entrar directamente en la *militia equestris* y cualificarse para cargos de importancia considerable.[20] Así surgieron tantas oportunidades de empleo, de distinción y de promoción, que con el tiempo los caballeros llegaron a estar dispuestos a renunciar temporalmente a su rango para hacerse centuriones.[21]

El orden ecuestre nutría sus filas de dos modos. Primero, por soldados o hijos de soldados que llegaban a caballeros gracias a su servicio militar. T. Flavio Petrón, de Reate, veterano pompeyano, tuvo un hijo del orden ecuestre, T. Flavio Sabino, recaudador de contribuciones, que fue padre de un emperador de Roma.[22] En época de la dinastía Flavia, un soldado raso puede llegar a ser gobernador de la provincia de Recia.[23] Segundo modo de reclutar miembros: por los libertos. La clase de los comerciantes se benefició de la revolución comprando las tierras de los proscritos. Su número y sus beneficios deben de haber sido muy grandes: durante los preparativos de Octaviano anteriores a Accio, los impuestos especiales provocaron su resistencia. El liberto Isidoro dejó escrito en su testamento que había sufrido grandes pérdidas económicas durante las guerras civiles, un tópico sin duda, no exclusivo de un grupo de los ricos en el Principado de Augusto.

20. Éste es el tipo de «sanguine factus eques» (Ovidio, *Amores* 3, 8, l0). De los primeros ejemplos de ex centuriones en la *militia equestris* son T. Mario (Val. Máx., 7, 8, 6, cf. *CIL* XI, 6058), y L. Firmio (*ILS* 2226). Sobre todo el tema, cf. esp. A. Stein, *Dar r. Ritterstand* (1927) 136 ss.).

21. Por ejemplo, *ILS* 2554 y 2656 (no de los primeros).

22. Suetonio, *Divus Vesp.* 1.

23. *ILS* 9200 (C. Velio Rufo).

A pesar de sus lamentos, Isidoro fue capaz de legar sesenta millones de sestercios en moneda contante y sonante, por no decir nada de los esclavos y ganados que poseía por miles. El funeral de este personaje costó un millón de sestercios.[24]

Durante el Triunvirato, un antiguo esclavo llegó a tribuno militar. Horacio no cabía en sí de indignación: «hoc, hoc tribuno militum».[25] Pero Horacio mismo no le llevaba más que una generación de ventaja. Tampoco en este terreno la sociedad volvió atrás, a los prejuicios republicanos sobre la cuna. En el Principado, los hijos de libertos desempeñan pronto mandos militares; y lo mismo que con la República, están atestiguados como senadores, incluso en el senado depurado de Augusto.[26] Sobre todo, los libertos fueron empleados por el Princeps como sus representantes y secretarios personales, especialmente en cuestiones de finanzas. En esta materia, Augusto heredó y conservó las costumbres de Pompeyo y de César.[27]

Así, el orden ecuestre se veía reforzado continuamente desde abajo y transmitía al senado lo más selecto de sus miembros. La clase de los caballeros es en verdad el factor determinante de toda la estructura social, militar y política del Nuevo Estado. En la última generación de la República, los financieros habían sido muchas veces un estorbo político. Cuando discrepaban del senado, hacían peligrar, por su afán de lucro, la estabilidad del Estado; cuando obraban de acuerdo con el senado, perpetuaban sus abusos en Italia y en las provincias impidiendo las reformas y fomentando la revolución. Los caballeros lo pagaron caro en las proscripciones, pues caballeros fueron las víctimas principales y propiciatorias de los embargos de capital. Aunque diezmados momentáneamente, sus filas aumentaron pronto, gracias a una oleada de especuladores con suerte. Pero Augusto no les permitió volver a sus antiguos manejos. Las grandes sociedades de *publicani* mueren entonces o languidecen. En la mayoría de los casos, sólo los impuestos menores, o indirectos, de las provincias se dejan en manos de contratistas recaudadores.

Alejados de la política, los caballeros adquieren del Princeps utilidad y dignidad. Paulatinamente se va construyendo una carrera ecues-

24. Plinio, *NH* 33, 135.

25. *Epodes* 4, 20.

26. *ILS* 1949 (época de Tiberio); 2703 (Ti. Iulius Viator, hijo de C. Iulius Aug. 1 (*ibid.*); Dión, 53, 27, 6.

27. Cf. *infra*, p. 500, sobre Licino, y sobre Vedio Polión (hijo de un liberto).

tre de servicios en el ejército, en las finanzas y en la administración. No era una novedad repentina, sino derivada de una práctica generalizada en la era de Pompeyo, acelerada por las guerras de la revolución y el régimen del Triunvirato.

Los caballeros habían sido de mucho más valor en los ejércitos de Roma del que la eminencia pública y necesaria de los miembros de la clase gobernante, procónsules, legados y cuestores, permitía reconocer. Los centuriones no tenían el monopolio del servicio largo; ciertos caballeros, mantenidos en activo durante años y años, hicieron méritos y adquirieron experiencia con los jefes de los ejércitos de la República. Fue el caso, por ejemplo, de un oficial de César, C. Voluseno Cuadrado.[28] Por otra parte, un procónsul eligió como representante y oficial jefe de intendencia y abastecimientos a un caballero de cierta notoriedad, el *praefectus fabrum*. Sólo los nombres de algunos de estos oficiales son testimonio suficiente.[29]

Las guerras combatidas entre romanos con ejércitos de veteranos en cada bando alcanzaron un alto grado de movilidad, desarrollaron la intendencia y la estrategia y realzaron en seguida la importancia de los prefectos ecuestres. Y no ya al mando de legiones o de destacamentos; Salvidieno Rufo y Cornelio Galo obtuvieron victorias con ejércitos enteros. Salvidieno y Galo son dos símbolos de la revolución. En tiempos de paz y en un estado bien organizado, se puede prescindir de hombres como ellos. Sin embargo, los caballeros con vocación militar encontraron muchas ocupaciones, y aumentaron sus ingresos cuando el servicio se convirtió en una carrera con una jerarquía y una escala de honores.[30] C. Veleyo Patérculo pasó unos ocho años de *tribunus militum* y *praefectus equitum*.[31] Otros sirvieron in-

28. CAESAR, *BC* 3, 5, 2, etc.; *BC* 3, 60, 4. Del mismo tipo parece L. Decidio Saxa. Recuérdese también a P. Considio (*BG* 1, 21, 3), centurión o caballero que había servido en los ejércitos de Sila y de Craso.

29. Balbo con César en España, Mamurra en la Galia. Es de suponer también que hombres como Ventidio, Salvidieno y Cornelio Galo hayan sido *praefecti fabrum*. Con el Principado, sin embargo, el cargo pierde importancia.

30. Cf. esp. A. STEIN, *Der r. Ritterstand*, 142 ss. La *equestris militia* de tiempos de Augusto es un tema muy oscuro. El puesto de *praefectus cohortis* no pertenece a ella al principio, sino que tarda en aparecer. Observamos, por otra parte, frecuentes *praefecti classium*; y el cargo de *praefectus castrorum* tiene altura en la *equestris militia* (*v. gr. ILS* 2688).

31. VELEYO, 2, 101, 2 s.; 104, 3; 111, 2.

cluso más tiempo; el ejemplo clásico es T. Junio Montano.[32] Por otra parte, en Egipto, país prohibido a los senadores, los caballeros romanos mandaban cada una de las legiones de la guarnición.[33] La costumbre no estaba limitada a Egipto siempre; en otras tierras, y por necesidades bélicas, se podía poner a un oficial ecuestre al mando temporal de una legión.[34]

Los méritos militares podían servir de recomendación o de protección para un puesto en la vida civil, es decir, para un cargo de *procurator.* Augusto se sirvió de la experiencia financiera de los hombres de negocios romanos para supervisar la recaudación de los tributos de sus provincias. Los reclutaba entre las aristocracias de las ciudades, tanto de provincias como de Italia. Así, P. Vitelio, de Nuceria, y M. Magia Máximo, de Eclano, actuaron de *procuratores.*[35] Magio era altamente respetado. Algunos decían que el padre de Vitelio era un liberto; sin duda tenía muchos enemigos. L. Anneo Séneca, hombre rico de Córdoba, pudo haber desempeñado una función de este tipo antes de dedicarse al estudio de la retórica. Pompeyo Macer, hijo del historiador de Mitilene, fue *procurator* en Asia;[36] y no hubo de pasar mucho tiempo para que dos hombres de la Galia Narbonense alcanzasen la «equestris nobilitas» en el servicio de finanzas.[37]

Es más, los caballeros romanos podían gobernar provincias, algunas de ellas muy pequeñas, comparables a los mandos que eran accesibles a un procónsul menor; pero también una más rica y poderosa que otra cualquiera. Un caballero romano mandó un ejército en la conquista de Egipto y permaneció allí como primer prefecto del país. Algunas otras provincias, conquistadas posteriormente por Augusto, fueron puestas bajo el mando de prefectos o procuradores del orden

32. Véase la notable inscripción de Emona, publicada por B. SARIA [*Glasnik muzejskega za Slovenijo* XVIII (1937) 134]: «T. lunius D. f. / Ani. Montanus / tr. mil, VI, praef. / equit. VI, praef. / fabr. II, pro leg. II». Cf. también *ILS* 2707, inscripción de un hombre que fue «trib. / mil. leg. X geminae / in hlispania annis XVI».

33. Por lo menos para empezar cf. *ILS* 2687. Para la evolución ulterior y ciertos problemas difíciles relativos a estos puestos, cf. J. LESQUIER, *L'armée romaine d'Égypte d'Auguste à Dioclétien* (1918), 119 ss.

34. Por ejemplo, «praef. eq. pro leg.» (*ILS* 2677); «tr. mil. pro legato (*ILS* 2678) y la inscr. citada más arriba.

35. SUETONIO, *Vitellius* 2, 2; *ILS* 335 (Magius). La dedicatoria, hecha por los tarraconenses, hace suponer que Magio fuese *procurator* en España.

36. ESTRABÓN, p. 618, cf. *PIR*[1], p. 472.

37. TÁCITO, *Agr.* 4, 1 (los abuelos de Agrícola).

ecuestre. Tales fueron Recia y Nórico. Cuando Judea fue anexionada (6 d. C.), su primer gobernador fue Coponio, caballero romano de una respetable familia de Tívoli;[38] y en un momento de emergencia, Cirene estuvo gobernada por un oficial ecuestre.[39] Ninguna de estas provincias era comparable a Egipto, ni albergaba legiones romanas; pero el prefecto de Egipto encontró sus iguales y paralelos en los años centrales del gobierno de Augusto, cuando un par de caballeros romanos fueron elegidos para el mando de la Guardia Pretoriana. Escalones menos importantes de la carrera ecuestre, que podía culminar en el gobierno de Egipto o en el mando de la Guardia, eran dos puestos administrativos de Roma, creados por Augusto hacia el final de su Principado. El *praefectus annonae* tenía a su cargo el abastecimiento de alimentos de la capital; y el *praefectus vigilum,* al mando de cohortes compuestas en su mayoría por esclavos liberados, era el responsable de los servicios policiales y de la seguridad contra disturbios e incendios.[40]

El virrey de Egipto, desde su alto cargo, podía mirar por encima del hombro a un simple procónsul de Creta o de Chipre; y el prefecto de la Guardia sabía el poco poder que se encerraba en el cargo y en el título decorativos de cónsul. Eso era nuevo y revolucionario. No era que una estricta línea divisoria hubiera separado a senadores de caballeros hasta entonces. Todos ellos pertenecían a la misma clase social, pero diferían en su posición pública y en su prestigio: la *dignitas* de nuevo. Un hecho patente, pero oscurecido por las pretensiones y los prejuicios. La nobleza antigua de Roma, patricia o plebeya, simulaba despreciar a los caballeros y a los hombres de los municipios, lo que, sin embargo, no era obstáculo para el matrimonio ni descrédito para recibir una herencia. Un tinte reciente municipal se podía advertir en las más distinguidas de las familias nobles. El abuelo de L. Pisón (*cos.* 58 a. C.) era un hombre de negocios de Placentia (Piacenza);[41] un

38. JOSEFO, *BJ* 2, 117 s.; *AJ* 18, 29 ss.

39. DIÓN, 55, 10 a, 1; también Cerdeña, desde el 6 d. C. (DIÓN, 55, 28, 1; cf. *ILS* 105).

40. La primera pareja de *praefecti praetorio* fue nombrada el 2 a. C. (DIÓN, 55, 10, 10): Q. Ostorio Escápula y P. Salvio Apro. En época de Augusto, la Guardia no era tan importante como Egipto, por tanto, la prefectura de Escápula en Egipto [*Riv. di fil.* LXV (1937), 337] caerá después del 2 a. C. El mando de los *vigiles* se implantó en el 6 d. C. (DIÓN, 25, 26, 4), el cargo de la Annona poco después; el primer *praefectus annonae* fue C. Turranio (TÁCITO, *Ann.* 1, 7).

41. CICERÓN, *In Pisonem*, fr. 9 = *Asconius* 2 (pp. 2 s., Clark).

Manlio patricio se casó con una mujer de Asculum (Ascoli),[42] y el abuelo materno de Livia Drusila había desempeñado una magistratura municipal en Fundi, según afirmaba el irrespetuoso bisnieto de la emperatriz.[43]

El Imperio, consciente de la necesidad de disimular la plutocracia, heredó ansiosamente los prejuicios tradicionales: los manifestaban a cada paso los hijos de los mismos caballeros, sublimes o repugnantes en sus manías de grandeza. Uno de ellos se mofaba de L. Elio Sejano como advenedizo, con solemne reprobación de la princesa, que era su amante, por la desgracia que ésta acarreaba a su familia, antepasados y posteridad, por haber caído en los brazos de un *municipalis adulter*.[44] El padre de Sejano, Seyo Estrabón, puede haber sido del orden ecuestre nada más, ciudadano de Volsinies en Etruria; pero Seyo llegó a prefecto de la guardia y a virrey de Egipto; casó con una esposa de la familia patricia de Cornelio Maluginense.[45] De nacimiento, Seyo poseía ya parientes poderosos; su madre era hermana de Terencia, la esposa de Mecenas, y de un cónsul de infausta memoria. Otro miembro de este grupo influyente era C. Proculeyo (hermanastro de Varrón Murena), amigo íntimo del Princeps en sus primeros tiempos. Se decía que Augusto había pensado alguna vez en dar a su hija Julia en matrimonio al caballero Proculeyo, que se distinguía por un carácter irreprochable y por un sano desdén hacia las ambiciones políticas.[46]

El acceso al senado de los caballeros no constituía, de por sí, novedad alguna, pues es evidente que después de Sila el senado alberga-

42. *Pro Sulla*, 25.

43. SUETONIO, *Cal.* 23, 2 (Aufidio Lurco o, más bien, Alfidio; su madre se llamaba Alfidia, *ILS* 125).

44. TÁCITO, *Ann.* 4, 3: «atque illa, cui avunculus Augustus, socer Tiberius, ex Druso liberi, seque ac maiores et posteros municipali adultero foedabat» (Y ella, que tenía a Augusto por tío abuelo, a Tiberio por suegro, y cuyos hijos lo eran de Druso, se deshonraba a sí misma, a sus mayores y a sus descendientes con un donjuán de municipio).

45. *ILS* 8996 (Volsinii). Cf. C. CICHORIUS, *Hermes* XXXIX (1904) 461 ss. Sejano tenía varios parientes de rango consular (VELEYO, 2, 127, 3), cf. Tabla VI, al final.

46. TÁCITO, *Ann.* 4, 40: «C. Proculeium et quosdam in sermonibus habuit insigni tranquillitate vitae, nullis rei publicae negotiis permixtos» (Acerca de C. Proculeyo y de algunos otros, declaraba él en sus conversaciones que llevaban una vida sumamente tranquila, sin mezclarse para nada en cuestiones políticas). Aquí no hay que tomar a Augusto demasiado en serio.

ba a muchos miembros de familias ecuestres.[47] Como otros senadores ajenos al círculo de las familias consulares, estos hombres estaban normalmente excluidos del honor supremo en la República Libre. El *novas homo* podía aspirar a la pretura, pero al consulado sólo por una rara combinación de mérito, protección y casualidad. Aquí, como en lo demás, Augusto, con el pretexto de la restauración, siguió, a pesar de todo, la política de César y del Triunvirato; «occultior, non melior», hubieran dicho sus enemigos. Bajo la nueva reglamentación, el acceso al senado podría parecer que se había hecho más difícil, al quedar restringido a aquellos que estaban en posesión del distintivo de la cuna senatorial (el *latus clavus*) y de una cierta fortuna. Pero en realidad no era así: la exigencia de fortuna era muy moderada, cuando se la juzgaba con los patrones de los financieros romanos;[48] y el Princeps mismo, aprovechándose de un abuso iniciado en la Dictadura de César, siguió confiriendo el *latus clavus* a jóvenes de familia ecuestre, a quienes animaba a optar a la cuestura y entrar así en el senado. No sólo eso: el tribunado también se utilizaba.[49] A los mejores de los recién llegados, su lealtad y sus servicios acabarían llevándolos al consulado y al ennoblecimiento de sus familias para siempre.

En pocas palabras, la intención de Augusto era hacer la vida política segura, prestigiosa y atractiva. No era raro que hiciese falta darle ánimos a un caballero romano para que se decidiese a cambiar la seguridad y los beneficios de su propia existencia por el boato, la extravagancia y los peligros de la vida senatorial. De todo ello daban pruebas palpables el desdén muy razonable que sentían por la política el abuelo del propio Augusto, miembro del orden ecuestre, y sus amigos Mecenas y Proculeyo. Por otra parte, ocurría muy a menudo que sólo un hijo de una familia de un municipio optaba por ingresar en el senado. Si esto era así en colonias y *municipia* que hacía tiempo que formaban parte del Estado romano, ¿qué decir de las regiones de Italia que apenas habían sido incorporadas después del *Bellum Italicum*? Cicerón había hablado de Italia en tonos conmovedores y con auténtica emoción. Pero Cicerón hablaba a favor del orden establecido, y aunque tuviese la voluntad, carecía de facultades para facilitarles a

47. Cf. *supra*, p. 109.

48. Augusto la fijó al principio en sólo 400.000 sestercios, elevándola posteriormente a 1.000.000 (DIÓN, 54, 17, 3; cf. 30, 2); SUETONIO, *Divus Aug.* 41, 1, indica 1.200.000.

49. DIÓN, 54, 30, 2; 56, 27, 1; SUETONIO, *Divus Aug.* 40, 1; cf. *ILS* 916.

muchos italianos el acceso al senado. La ocasión les llegó con César. Hartos de palabrería y detestando a los defensores de la libertad oligárquica, los pueblos de los marsos, los marrucinos y los peliños saludaron en César el resurgir del partido de Mario. La Dictadura y la revolución derribaron los prejuicios romanos y enriquecieron a la nobleza italiana más pobre. La aristocracia de los pueblos vencidos por Pompeyo Estrabón y por Sila entra entonces en el senado y asume el mando de ejércitos del pueblo romano: Polión, cuyo abuelo había acaudillado a los marrucinos en contra de Roma; Ventidio, del Piceno, y Popedio, de los marsos.

A pesar de la revolución y de la guerra nacional de Accio, el proceso de crear la unidad de Italia aún no se había llevado a cabo. Augusto estaba ansioso de impulsar el reclutamiento y la entrada en el senado de la flor de Italia, hombres buenos y ricos de las colonias y *municipia*.[50] Ellos eran la espina dorsal del partido de Augusto, sus principales representantes en el plebiscito de toda Italia. Así el Nuevo Estado, perpetuando la revolución, puede hacer alarde de una guardia legal de *novi homines,* oscuros o ilustres, animados los unos por la concesión del *latus clavus* en su juventud e introducidos casi de inmediato en el senado, y los otros lo mismo, después de una carrera militar de caballeros. C. Veleyo Patérculo, de ascendencia campana y samnita, llegó a cuestor después de realizar el servicio ecuestre.[51] Contemporáneos y paralelos son otros dos seguidores de municipios, de Treya en el Piceno y de Corfinio en los Peliños.[52]

En los días de Pompeyo la mayor parte de los hombres de origen

50. *ILS* 212, col. II, 1 ss.: «sane / I novo m[ore] et divus Aug[ustus av]onc[ulus m]cus et patruus Ti. / Caesar omnem florem ubique coloniarum et municipiorum bo/ norum scilicet virorum et locupletium, in hac curia esse voluit» (Siguiendo un proceder verdaderamente nuevo, mi tío abuelo, el divino Augusto, y mi tío, Tiberio César, han querido que estuviese presente en esta curia toda la flor de las colonias y de los municipios, es decir, los hombres de bien y de gran fortuna). Claudio no está del todo en lo cierto al atribuir la innovación a Augusto y a Tiberio; a César no podía remitirse oficialmente en busca de precedente, cf. *BSR Papers* XIV (1938) 6 ss. Sobre la clase de hombres a que se hace referencia, compárese la frase empleada por el hermano de CICERÓN (*Comm. pet.* 53), «equites et boni viri ac locupletes».

51. VELEYO, 2, 11, 2 (en 7 d. C.). Sobre su familia, *infra*, pp. 468 s.

52. *ILS* 937 (Treia); 2682 (Corfinium): castrensibus eiusdem / Caesaris August. summis [eq]u[es]tris ordinis honoribus et iam / superiori destinatum ordini» (Reservado a los honores militares supremos a los que el mismo César Augusto hace acceder al orden ecuestre y ya al orden senatorial).

municipal del senado de Roma la proporcionaban el Lacio, la Campania y la región que desde Etruria se extendía hacia el este, hacia el Piceno y el país sabino. Ahora provenían de toda Italia, en su sentido más amplio, desde las estribaciones de los Alpes hasta la Apulia, la Lucania y el Bruttium. No sólo proporcionan ahora senadores las antiguas ciudades del Lacio, en decadencia desde hacía tiempo, como Lanuvio, sino ciudades remotas e insignificantes o apenas nombradas, como Aletrio en el territorio de los hérnicos, en la frontera oriental del Lacio; Treya, en el Piceno; Asisium (hoy Asís), en Umbría; Histonio y Larino, entre los pueblos samnitas.[53]

De las lejanías del Apenino y de las arcaicas tribus sabélicas emergen las extrañas formas de los «monstruos municipales»,[54] incitados por la ambición y la codicia, a quienes el apoyo de un protector hace salir a la luz del día, portadores del atuendo, y del pretexto, de la virtud antigua y de la independencia viril; pero con demasiada frecuencia, rapaces, corrompidos y serviles con el poder. Rústicos en sus modales y en su modo de hablar, sus nombres extraños eran una burla para la aristocracia romana, cuyos orígenes sabinos o etruscos, aunque conocidos y aceptados, habían quedado en su mayoría decentemente enmascarados hacía tiempo, asimilándose a las formas latinas de su nomenclatura. Algunos eran advenedizos recientes, enriquecidos por el asesinato y la rapiña. Otros procedían de la aristocracia antigua del país, de familias dinásticas y sacerdotales cuyos orígenes se remontaban sin interrupción a dioses y héroes; o por lo menos de un largo linaje de magnates locales, unidos por lazos de sangre y de matrimonio a sus pares de otras ciudades, y fieramente orgullosos de su cuna.[55] La ciudad o la región de algunos están atestiguadas; en otros casos el nombre de familia, por su raíz o su terminación, delata su origen no latino. Uno incluso lleva un *praenomen* umbro, y hombres con *gentilicia* como Calpetanus, Mimisius, Viriasius y Mussidius nun-

53. El magistrado de la moneda P. Betilieno Baso (*BMC*, *R. Emp.* I, 49) probablemente procede de una familia del municipio de Aletrio, cf. *ILS* 5348. Sobre Treya, *ILS* 937; Asís, 947, cf. 5346; Histonium, 915; Larinum, *CIL* IX, 730.

54. «Municipalia illa prodigia», como llamaba Floro (2, 6, 6) a los cabecillas de los insurgentes itálicos.

55. P. Pacuyo Esceva, de Histonio (*ILS* 915) se hace llamar en su enorme sarcófago «Scaevae et Flaviae filius, Consi et Didiae nepos, Barbi et Dirutiae pronepos». Didia Decuma, hija de Barbo, de Larino (*CIL* IX, 751) podría estar emparentada con esta familia.

ca podrían pretender descender de un tronco puramente latino.[56] Un nombre inolvidable, que supera a todos como prodigio de nomenclatura, es el de Sex. Sotidius Strabo Libuscidius, de Canusio.[57]

Nunca se había oído hablar antes en el senado, ni siquiera en Roma, de estos oscuros personajes, portadores de fantásticos nombres. Eran los primeros senadores de sus familias, y en algunos casos los últimos, sin perspectivas del consulado, pero votos seguros para el Princeps en su asamblea restablecida y soberana de toda Italia.

Nombres más conocidos que todos éstos emergen ahora del ámbito municipal, mantienen e incrementan su dignidad y llegan a formar parte de la historia imperial. M. Salvio Otón, hijo de un caballero romano, vástago de una cepa antigua y dinástica de la Ferento etrusca, llegó a senador con Augusto.[58] P. Vitelio, de Nuceria, se distinguió como *procurator* de Augusto; sus cuatro hijos entraron en el senado.[59] Vespasio Polión, de una familia muy respetable de Nursia, en los rincones de Sabina, sirvió en la milicia como oficial ecuestre;[60] su hijo llegó a senador, su hija se casó con el recaudador de impuestos T. Flavio Sabino. El futuro estaba con estas familias.

Otros habían ido ya más lejos y obtenido de Augusto el rango de nobleza para sus familias. En primer lugar, los militares, continuadores de la tradición de los mariscales de las guerras revolucionarias, aunque sin imponer en los *Fasti* una sucesión de nombres forasteros

56. Apenas puede haber duda acerca de [M]amius Murrius Umber (*ILS* 8968). El *gentilicium* de C. Calpetanus Statius Rufus (*PIR*², C 236) apunta a un origen etrusco (SCHULZE, *LE*, 138). Post(umus) Mimisius Sardus procedía con seguridad de Asís, de una familia de magistrados municipales, *ILS* 947, cf. 5346; el primer cónsul de nombre terminado en «-isius» es C. Calvisius Sabinus (39 a. C.). En cuanto a P. Viriasius Naso (*ILS* 158; 5940), el cónsul más antiguo con un nombre de este tipo es Sex. Vitulasius Nepos, *cos. suff.* 78 d. C., que probablemente proviene del país de Los Vestini (*ILS* 9368, cf. *CIL* IX, 3587). T. Mussidius Pollianus (*ILS* 913) puede ilustrar los nombres acabados en «-idius».

57. *ILS* 5925. Tiene dos *gentilicia*. Cada uno de ellos se encuentra en Canusio y en ninguna otra parte: «Sotidius», *CIL* IX, 349 y 397. «Libuscidius», *ibid.*, 338, 348, 387, 6186).

58. SUETONIO, *Otho* I, 1: «oppido Ferento, familia vetere et honorata atque ex principibus Etruriae» (de la ciudad de Ferento, de familia antigua y distinguida, descendiente de *principes* de Etruria). Un miembro más antiguo de la misma, *CIL* I², 2511 (67 a. C.).

59. SUETONIO, *Vitellius* 2, 2,

60. SUETONIO, *Divus Vesp.* 1, 3.

tan rápida y frecuente. M. Vinicio era hijo de un caballero de la colonia de Cales, P. Sulpicio Quirino no estaba emparentado con la antigua casa patricia de los Sulpicios; pertenecía al *municipium* de Lanuvio.[61] L. Tario Rufo, «infima natalium humilitate», probablemente procedía del Piceno.[62] Los orígenes de M. Lolio y de P. Silio se desconocen.[63]

Un *novus homo* desempeñó el consulado, como colega de Quirinio, en el 12 a. C.[64] Pero después de eso, el período medio del Principado de Augusto ofrece muy pocos nombres nuevos, salvo los de un Passienus y un Caecina, inconfundibles por su desinencia no latina.[65] En sus últimos años, sin embargo (4-14 d. C.), se produce un fenómeno significativo: el avance renovado de *novi homines,* militares en su mayor parte. El Piceno, como era de esperar, proporcionó soldados:

61. TÁCITO, *Ann.* 3, 48. Lanuvio está sólo a cinco millas de Velitrae.

62. No hay testimonio seguro, pero él compró grandes fincas en el Piceno (PLINIO, *NH* 18, 37). Hay estampillas de ánforas de Tario Rufo en los museos de Este y de Zagreb (*CIL* V, 8112[78]; III, 12010[30]); sobre Tarios en Dalmacia, *ibid.*, 2877 s.; en Istria, *ibid.*, 3060.

63. P. Silio Nerva era hijo de un senador de la generación anterior, de rango pretorio (P-W III A, 72). En cuanto a Lolio, había Lolios del Piceno (tales como Palicano), y de Ferentino, en el Lacio, cf. esp. *ILS* 5342 ss. (¿de la época de Sila?), que muestran a un A. Hircio y a un M. Lolio como censores de aquella ciudad. Sobre la posibilidad de que Lolio fuese realmente de extracción noble, adoptado por un *novus homo*, cf. E. GROAG, P-W XIII, 1378, sobre la misteriosa relación con la casa de Mesala (TÁCITO, *Ann.* 12, 22).

64. Se trata del poeta E. Valgio Rufo, de origen ignorado. El suegro de P. Servilio Rulo (*tr. pl.* 63 a. C.), dueño de grandes propiedades en el Samnio (*De lege agraria* III, 3, cf. 8), no era un Valgio, sino un (Quincio) Valgo.

65. L. Passienus Rufus, *cos.* 4 a. C., y A. Caecina (Severus), *cos. suff.* 1 a. C. (*L'ann. ép.* 1937, 62). Passienus es el primer cónsul con un nombre de ese tipo, casi anticipado sin embargo por Salvidienus. Tampoco había habido un cónsul con un nombre terminado en «a» desde el etrusco M. Perperna, *cos.* 92 a. C. No cabe conjeturar a qué rama de la gran *gens* de los Caecina, de Volterra, pertenece este personaje. Aparte de estos dos hombres (y de Quirinus y Valgius) hay en todos los años que van del 15 a. C. al 3 d. C. muy pocos cónsules que no sean de familias consulares. Los meros seis *novi homines* no pertenecen a una categoría repentina y escandalosa. La ascendencia de D. Laelius Ballus (*cos.* 6 a. C.) era senatorial. L. Volusius Saturninus (*cos. suff.* 12 a. C.) procedía de una antigua familia pretoria. L. Aelius Lamia (*cos.* 3 d. C.) era muy respetable, nieto de un hombre que había sido *equestris ordinis princeps*. Nada concreto se sabe sobre el origen de Q. Haterius, C. Caelius y Q. Fabricius, cónsules sufectos en 5, 4 y 2 a. C. Caelius podría proceder de Túsculo, *CIL* XIV, 2622 s.

los dos Popeos procedían de una comunidad oscura de aquella región.[66] Larino, un pueblecito conocido en los anales del crimen, proporcionó ahora a Roma dos cónsules.[67] Otro samnita fue M. Papio Mútilo (*cos. suff.* 9 d. C.), de una antigua casa dinástica. Los otros cónsules de esta época, aunque su lugar de origen no esté identificado, son con seguridad de extracción municipal.[68]

Estos hombres eran representativos de la Italia de Augusto, muchos de ellos de la Italia cuyo nombre, nación y sentimientos se habían alineado hacía poco en guerra contra Roma. Pero Italia ahora llegaba hasta los Alpes, abarcando también la Cisalpina. A la riqueza de los antiguos territorios etruscos y de Campania, al coraje militar del Samnio y del Piceno, se sumaba ahora el vigor lozano del norte. La Italia más nueva de todas, la Italia Traspadana, con renombre ya en las letras latinas, había mandado hijos suyos al senado de César. Muy a principios del Principado, cinco o seis hombres parecen comenzar su carrera senatorial, procedentes de las ciudades de Verona, Patavium (Padua), Brixia (Brescia), Pola y Concordia.[69]

Personas excelentes, sin duda, y bien provistas de bienes materiales. Pero Augusto quedaba decepcionado a veces, precisamente cuando tenía todas las razones para esperar el tipo ideal de senador: la poca afición del orden ecuestre a la vida pública y a la política (la sempiterna *quies*, tranquilidad) resultaba ser a menudo demasiado fuerte. Había una antigua y reputada familia entre los peliños, los Ovi-

66. C. Popeo Sabino y Q. Popeo Segundo, *cos.* y *cos. suff.* en el 9 d. C.; cf. *ILS* 5671; 6562 (Interamnia Praetuttianorum).

67. C. Vibio Póstumo (*cos. suff.* 5 d. C.) y Vibio Hábito (*cos. suff.* 8 d. C.) procedían con seguridad de Larino (*CIL* IX, 730); sobre miembros anteriores de esta familia, CICERÓN, *Pro Cluentio*, 25 y 165.

68. L. Apronio, *cos. suff.* en el 8, y C. Viselio Varrón, *cos. suff.* el 12 d. C. (sobre sus *gentilicia*, SCHULZE, *LE*, 110; 256). También Q. Junio Blesio, ¿*cos. suff.* 10 d. C.? El origen de Lucilio Longo, *cos. suff.* 7 d. C., no se conoce; quizá hijo del amigo de Bruto (PLUTARCO, *Brutus* 50), quizá pariente de Lucilio Hirro.

69. El monetario augusto L. Valerio Catulo (*BMC*, *R. Emp.* I, 50) probablemente procede de Verona, lo mismo que M. Fruticio (*CIL* V 3339); y Valerio Nasón (*CIL* V, 3341) era de rango pretorio antes del 26 d. C. (TÁCITO, *Anno.* 4, 56). Son también de notar Sex. Papinio Alenio (*ILS* 945: Patavium); T. Trebeleno Rufo (931: Concordia); Sex. Palpelio Hister (946: Pola). Quizá también los Vibios Viscos, *Schol.* a Horacio *Sat.* I, 10, 83, cf. *PIR*, V 108: Brixia (cf. *CIL* V, 4201, un liberto de la familia). Además C. Poncio Peligno puede provenir de Brixia, cf. *ILS* 942.

dios.[70] Augusto concedió el *latus clavus* a un Ovidio, joven prometedor. No era un comerciante advenedizo, ni un soldado buscador de carrera que hubiese trepado por la escala social tras su servicio como centurión. Era simplemente que P. Ovidio Nasón no estaba dispuesto a servir al pueblo romano.

Hubiese podido llegar a abogado, a senador de Roma, a gobernador de una provincia; prefirió ser un poeta de moda, y al final le costó caro. Gracias a la resistencia de P. Ovidio, un cierto Q. Vario Gémino adquirió la distinción, recordada con orgullo en su tumba, de ser el primer senador de todos los peliños.[71]

Como hemos indicado, Augusto reafirmó y consolidó la alianza de las clases propietarias de dos modos, creando una carrera pública para los caballeros romanos y facilitando la entrada de los mismos en el senado. La *concordia ordinum* lograda así fue al mismo tiempo un *consensus Italiae*, pues representaba una coalición de las familias de los municipios, ya dentro o fuera del senado, todas ellas mirando a Roma como su capital, sin distinciones, y al Princeps, como su patrono y defensor.

Las ciudades de Italia aportaron soldados, oficiales y senadores al Estado romano. Ellas mismas eran parte de él; el vínculo de la unidad era orgánico y se fortalecía con el paso del tiempo. Los votos de confianza de los *municipia* se habían invocado en la crisis de la guerra civil; y no se podían olvidar en tiempo de paz. Augusto animaba a las ciudades a proponer candidatos para los cargos militares del servicio ecuestre.[72] Además, ideó un sistema para hacer sentir su influencia en Roma: los concejales de las ciudades podrían emitir sus votos, sin necesidad de comparecer, a favor de los candidatos de las elecciones de Roma.[73] Si el experimento se llevó a cabo, fue abandonado en seguida. No tanto porque era una burla, dado el verdadero carácter de las elecciones populares en Roma, como porque era del todo superfluo.

70. Cf. esp. *CIL* IX, 3082 (L. Ovidios Ventrio). Sobre la antigüedad de la familia, Ovidio, *Tristia* 4, 10, 7, confirmado por la inscripción peliña: «Ob Oviedis L.» (de Corfinio, R. S. Conway, *The Italic Dialects* I, 246, núm. 225).

71. *ILS* 932: «is primus omnium Paelign. senator / factus est et eos honores gessit» (Éste fue el primero de todos los peliños en ser hecho senador y obtener sus distinciones).

72. Suetonio, *Divus Aug.* 46. Quizá los *tribuni militum a populo* mencionados en ciertas inscripciones, *v. gr. ILS* 2677 (Verona).

73. Suetonio, *Divus Aug.* 46.

La ausencia de todo sistema de gobierno representativo en las repúblicas y monarquías de la Antigüedad ha sido observada con desagrado por los estudiosos de teoría política, especialmente por aquellos que cifran su ideal en el gobierno del pueblo. Los romanos, que desconfiaban de la democracia, lograron reprimir el ejercicio de la soberanía popular mediante una constitución republicana que permitía que todo ciudadano nacido libre optase a las magistraturas, pero garantizaba que la elección recaería siempre sobre los miembros de la nobleza hereditaria. Sin embargo, el senado había parecido un tiempo representar al pueblo romano, pues era una aristocracia gobernante no estrecha ni exclusiva. La política generosa de César y de Augusto la podía refrendar el venerable peso de la tradición antigua. La promoción de *novi homines* no era a todas luces un *novus mos*.[74] Todo el mundo sabía que las familias más nobles de la aristocracia romana se remontaban a antepasados latinos o sabinos, para no hablar de los reyes de Roma.[75] La oligarquía ampliada y robustecida del nuevo régimen representaba indirectamente, pero no por eso menos poderosamente, a Roma y a Italia. En su forma, la constitución era menos republicana y menos «democrática», pues la posibilidad de ser elegido no estaba ya abierta a todos, sino condicionada por la posesión del *latus clavus*; pero en la práctica era liberal y progresista. Es más, todas las clases de la sociedad, desde los senadores a los libertos, gozaban ahora de un rango garantizado y de una función en el partido grande, tradicionalista y conservador, que había reemplazado a la engañosa República de los *nobiles*. No era el inmovilismo, sino el cambio y la renovación continuos.

Se puede considerar con razón que una teoría liberal, y la tanto tiempo deseada unificación de Italia, avalan y justifican los actos de César y de Augusto; pero no explican sus raíces y su origen. Al conceder la ciudadanía romana y ampliar su clientela, estos gobernantes heredaban los procedimientos dinásticos, junto con la ambición, de políticos romanos anteriores, utilizados desde tiempo inmemorial, pero que ahora abarcaban todo un Imperio, con exclusión de rivales. Tam-

74. VELEYO, 2, 128, 1: «neque novus hic mos senatus populique est putandi quod optimum sit esse nobilissimum» (No es nueva esta costumbre del senado y del pueblo, de estimar que el mayor valor hace la mayor nobleza). Cf. Cicerón, *Pro Balbo*, *passim*.

75. LIVIO, 4, 3, 10 ss. (discurso del tribuno Canuleyo); *ILS* 212 y TÁCITO, *Ann.* 11, 24 («Oratio Claudi Caesaris»); cf. *supra*, pp. 110 s.

poco fueron razones de teoría las que impulsaron a César y a Augusto a vincular a su partido e introducir en el senado a la aristocracia de Italia. Los senadores no representaban a una región o a una ciudad, sino a una clase, y precisamente a la de los propietarios, «boni viri et locupletes». Como el incremento del partido gobernante no era la puesta en práctica de una teoría ni el acto de ningún hombre, no se podía suspender de un plumazo. Por más que lo desease, un gobernante se vería impotente para detener el efecto de un proceso natural. Cuándo y hasta dónde alcanzaría más allá de Italia; cuáles de los seguidores personales de la nueva dinastía —los gerifaltes de la Galia Comata, la acaudalada aristocracia de Asia, e incluso los reyes del Oriente— entrarían en el senado imperial, eran cuestiones que sólo el tiempo y las circunstancias podrían dilucidar.[76]

Por el mundo entero había celosos e interesados defensores del orden establecido: ciudades, dinastas y reyes, ciudadanos romanos y naturales de cada país. Los provinciales reclutados para el servicio en las unidades auxiliares del ejército podían recibir la ciudadanía romana como recompensa al valor; y muchos hombres de las provincias se enrolaban en las legiones del pueblo romano, tanto si tenían ya la ciudadanía romana como si no. De ahí la difusión continua de modos y sentimientos romanos y el continuo refuerzo del cuerpo de ciudadanos. Sobre todo las clases de los propietarios de las ciudades del Imperio, tanto en el este como en el oeste, apoyaban firmemente a su protector. Los reyes vasallos, aunque de nombre siguiesen siendo aliados del pueblo romano, eran de hecho clientes devotos del Princeps, y como tales se comportaban.[77] El culto Juba, esposo de la hija de Antonio; el brutal y eficaz Herodes, por quien Agripa sentía tanta estima; Polemón de Ponto o los dinastas tracios, todos trabajaban para Roma, como si fuesen gobernadores provinciales. Augusto consideraba a los

76. Dión hace que Mecenas aconseje a Augusto dar entrada en el senado de Roma τοὺς κορυφαίους ἐξ ἁπάντων τῶν ἐθνῶν (los jefes de todas las naciones) (52, 19, 3). Él los designa atinadamente como τούς τε γενναιοτάτους καὶ τοὺς ἀρίστους τούς τε πλουσιωτάτους (los más nobles, los mejores y los más ricos) (*Ibid.*, § 4).

77. SUETONIO, *Divus* Aug. 60: «ac saepe regnis relictis non Romae modo sed et provincias peragranti cotidiana officia togati ac sine regio insigni more clientium praestiterunt» (Y muchas veces, dejando sus reinos, no sólo en Roma sino mientras recorría las provincias, le rendían homenaje a diario, vestidos de toga y sin insignia regia, a modo de clientes).

reyes miembros integrantes del Imperio;[78] un siglo después el senado imperial de Roma acogía como miembros a descendientes de reyes y tetrarcas.[79]

En las provincias del oeste el cuerpo de ciudadanos estaba ampliamente difundido por la continua inmigración, el establecimiento de veteranos en colonias y la concesión de la ciudadanía romana a los indígenas; las colonias y los *municipia* eran muy numerosos. España y la Narbonense, junto con el norte de Italia (provincia hasta hacía poco), regiones vigorosas y prósperas, eran fieles al gobierno de Roma ahora que habían pasado de la *clientela* de los Pompeyos a la de los Julios. Quizá ya en época de Augusto proporcionan la mayoría de los reclutas de las legiones de Occidente, por lo que estos países invaden y capturan paulatinamente toda la jerarquía social y administrativa en el siglo I del Principado, hasta que ponen en el trono a un emperador provinciano y fundan una dinastía de gobernantes españoles y narbonenses. No es de creer que Augusto desease o procurase contener su continuo avance.

Suele afirmarse que Augusto carecía tanto de la amplia visión imperial como de la política liberal de César. Es una exageración grave, nacida del contraste esquemático entre el Dictador César y el Princeps Augusto, que puede satisfacer las necesidades del moralista, del pedagogo o del político, pero que es ajena y perjudicial para el entendimiento de la historia.[80] La diferencia entre la política de los dos gobernantes ha de explicarse en gran medida por las circunstancias: en la época en que Augusto adquirió el poder para él solo, la revolución había llegado ya tan lejos que podía bajar su ritmo sin peligro alguno de reacción. La mayoría de sus seguidores habían sido ya promocionados y recompensados.

El liberalismo de César se infiere de sus intenciones, que no se pueden conocer, y de sus actos, que eran susceptibles de malas interpretaciones. Entre sus actos, uno de los más significativos puede parecer su aumento del senado mediante la promoción de seguidores suyos de extracción oscura o incluso provinciana. Tanto por su finalidad como por sus efectos, esta medida ni era revolucionaria ni insultante;

78. SUETONIO, *Divus Aug.* 48: «nec aliter universos quam membra partisque imperii curae habuit» (Y a todos ellos no los consideraba de otro modo que como miembros y partes del Imperio).

79. *V. gr.* C. Julio Severo (*OGIS* 544).

80. Cf. *BSR Papers* XIV (1938), 1 s.

y el reclutamiento de *novi homines* el mismo César Augusto lo perpetuó y normalizó.

César admitió a provincianos. No hay prueba alguna de que Augusto expulsase a todos ellos. Los descendientes de los partidarios narbonenses permanecieron.[81] De los hombres de España, Saxa y Balbo habían muerto, pero Balbo el Joven continuó en la gloria y en el poder hasta desempeñar el proconsulado de África y desfilar en triunfo, el último celebrado por un senador. Es más, Junio Galión, acaudalado retórico español, amigo de los Anneos, y un cierto Pompeyo Macer, hijo del procurador de Asia, ingresaron en el senado durante el reinado de Augusto, seguidos pronto por Cn. Domicio Afer, el gran orador de «Nemausas» (Nîmes).[82]

Hombres de las provincias hicieron servicio de oficiales de la *equestris militia*;[83] además, desempeñaron cargos de *procurator* y elevados puestos ecuestres bajo Augusto, que les daban rango comparable al del consulado en la carrera senatorial. Dos, si no tres, provinciales fueron prefectos de Egipto.[84] Los hijos de estos eminentes personajes solían entrar en el senado en el nuevo régimen.[85] Augusto ponía a Italia por las nubes, pero el contraste entre Italia y las provincias desorienta e induce a error, cuando se hace extensivo a las colonias de plena ciudadanía de las provincias, pues éstas son una parte integrante del Estado romano, dondequiera que se encuentren: Corduba, Lugdunum o incluso Antioquía de Pisidia.[86] No puede haber sido

81. TÁCITO, *Ann.* 11, 24: «manent posteri eorum».

82. Junio Galión, orador de cierto renombre, que adoptó a uno de los tres hijos de Séneca el Viejo, procedía probablemente de España (P-W X, 1035 s.). (Q) Pompeyo Macer fue pretor el 15 d. C. (TÁCITO, *Ann.* 1, 72). Cn. Domicio Afer en el 25 (*Ann.* 4, 52). Por otra parte, un cierto A. Castricio, hijo de «Myriotalentus» (de clara extracción no romana) desempeñó por lo menos una magistratura menor, quizá como premio por un servicio especial a Augusto (*ILS* 2676). Esta persona fue *XXVIvir*. No hay pruebas, sin embargo, de que llegase a entrar en el senado.

83. *ILS* 2688 (Sex. Aulienus, de Forum Iulii, Frejus); 9502 (C. Caristanius Fronto, colono de Antioquía de Pisidia).

84. No sólo Galión. C. Turranio (*c.* 7-4 a. C.) procedía de España, si está bien identificado con «Turranius Gracilis» (PLINIO, *NH* 3, 3), cf. A. STEIN, *Der r. Ritterstand*, 389. Además C. Iulius Aquila (*c.* 10 a. C.) puede ser provinciano, quizá de Bitinia-Ponto (otro miembro de esta familia *ILS* 5883: inscr. cerca de Amastris).

85. A. STEIN, *Der r. Ritterstand*, 291 ss.

86. Y si están en posesión del *Ius Italicum*, son tratadas como parte de Italia, incluso a efectos fiscales.

propósito de Augusto maltratar o retrasar a las provincias del oeste, y a aquella parte del pueblo romano que se extendía en la lejanía más allá de los límites de Italia.

Augusto, perteneciente él mismo a una familia de un municipio, permaneció fiel a su origen en su carácter y en sus costumbres; los caballeros romanos figuraron entre sus más íntimos amigos y sus más antiguos seguidores. En los primeros meses de su existencia, el partido del heredero de César contaba apenas con un solo senador; en sus primeros años, con pocos de distinción. No hay nada más sencillo que atribuir a Augusto, únicamente a él, la promoción de *novi homines* durante el Principado. Eso es prescindir de la influencia de sus partidarios. El Princeps no era todo él un franco entusiasta del mérito dondequiera que se hallase, y un indiferente a la clase, sino un burgués de pueblo, pendiente e insaciable en su admiración de la distinción social. César y Tiberio, el Julio y el Claudio, conocían mejor a su propia clase y sabían sus limitaciones.

Su nombre, su ambición y sus actos enajenaron al joven revolucionario el apoyo de los *nobiles* en su juventud. Antes de su matrimonio con Livia, sólo un descendiente de una familia consular (Cn. Domicio Calvino) perteneció al partido. Octaviano tenía una aguda conciencia de la necesidad de seguidores aristocráticos. Su ventajosa alianza matrimonial produjo pronto sus efectos: Ap. Claudio Pulcro y M. Valerio Mesala se dejaron ganar rápidamente. Pero la aristocracia fue remisa a aceptar al autor de las proscripciones. El Princeps se tomó su venganza. No le importaba eliminar del senado a un gran contingente de *nobiles*; pero el maestro en el arte de la protección supo atraer a su causa incluso a los *nobiles* más reacios; y algunos, como Cn. Pisón (*cos.* 23 a. C.), quizá se incorporaron a ella por patriotismo desinteresado. Las viejas familias habían sido diezmadas por una generación de guerras civiles; los hijos de los caídos se hallaban dispuestos a hacer las paces con el dinasta militar.

Augusto encaminó todos sus esfuerzos a vincular estos *nobiles* jóvenes a su persona, a su familia y al nuevo régimen, y tuvo éxito en su labor de captación. Pero no hay que olvidar a sus primeros seguidores, la plebe, los veteranos y los caballeros, que habían ganado la Guerra de Accio. En la crisis del 23 a. C. el partido cesariano malogró los proyectos monárquicos de Augusto y evitó la adopción de Marcelo; es de suponer también que algunos de ellos, sobre todo Agripa, cuya po-

lítica se impuso en aquella ocasión, procuraran también enfriar la ardiente predilección de Augusto por la aristocracia.

Como el partido de César, el nuevo partido cesariano incluía elementos diversos, las casas patricias más antiguas y los arribistas más recientes. Pero éste era un régimen consolidado con más firmeza que el heterogéneo de los seguidores de César, vinculado a una causa y a un programa lo mismo que a una persona. Y lo que es más, cualquiera que fuese el sino del Princeps, la coalición estaba llamada a perdurar.

Capítulo XXV

EL PATRONAZGO EN ACCIÓN

El Princeps y sus amigos tenían en sus manos el acceso a todos los puestos de honor y remuneración de la carrera senatorial, concediendo a sus seguidores magistraturas, sacerdocios y gobiernos de provincias. La cuestura elevaba a un hombre al rango más relevante del Estado y de la sociedad; el consulado otorgaba nobleza y un puesto en las primeras filas de la oligarquía.

En enero del 27 a. C. no se creó de repente ningún sistema nuevo, completo en todos sus órganos y funciones, ni tampoco en el convenio del 23. La primera de estas fechas se celebró oficialmente, pero en realidad la última fue la más importante. En ninguna de las dos hay constancia expresa de cambios referentes a las magistraturas; por tanto, es difícil discernir en qué condiciones dejaron de estar sometidas a un control y puestas en libertad republicana.

Está claro que hubo cambio y evolución. Las magistraturas menores no fueron reglamentadas todas en seguida.[1] En cuanto a las demás, las costumbres del período revolucionario parecen haber cristalizado en ley constitucional. Silo en su Dictadura había fijado probablemente en treinta los años a que se podía acceder a la cuestura, y en cuarenta y dos al consulado. César había sido presuroso y arbitrario; los triunviros, brutales en medidas tales (por citar una de las más anómalas) como la de designar para el consulado a hombres como Balbo el Viejo y Salvidieno Rufo, que nunca habían sido senadores. Roma llegó a

1. Cf. C. Cichorius, *R. Studien*, 285 ss.

ser testigo de cónsules cada vez más jóvenes: Polión a los treinta y seis, Agripa a los veintiséis años. La constitución nunca se recuperó de sus enemigos ni de sus amigos. Augusto, en sus primeros años, disfrazó o palió algunos de sus males; por lo menos durante algún tiempo no están documentados cónsules juveniles. Sin embargo, cuando las ordenanzas de Augusto quedan fijadas con carácter definitivo, un hombre era elegible para asumir la cuestura a la edad de veinticinco años, y el consulado a la de treinta y tres, con dispensas para favorecer a parientes, modestas para los jóvenes Claudios, escandalosa para Marcelo.[2] Las distancias se mantenían. El *nobilis* joven probablemente alcanzaba el consulado a la edad prescrita, pero el hijo de un caballero romano tenía normalmente que esperar un cierto número de años. Lo cual era lo correcto. Los caballeros mismos no se hubieran quejado.

El senado había sido depurado una vez. Eso no era bastante para Augusto. Es posible que él esperase reanudar la labor en el 22 a. C, pero la retrasó hasta el 18 a. C., año de la puesta en vigor del nuevo código moral, cuando en vista de la oposición y mediante métodos complicados, rebajó de ochocientos a seiscientos el número de miembros del senado. Él declaró incluso que la mitad de este número sería lo ideal y deseable.[3] Eso hubiera sido brusco y mezquino; incluso con un senado de seiscientos se produjo una y otra vez una escasez de candidatos a los cargos, lo que obligó a recurrir a expedientes diversos.[4] El senado había sido depurado; su rejuvenecimiento se produjo de dos modos: mediante hijos de caballeros, declarados elegibles merced al *latus clavus,* y mediante cuestores jóvenes.

Cuando el senado y el pueblo eran ostensiblemente soberanos, los miembros de un grupo restringido luchaban entre sí por los cargos y por la gloria; detrás de la fachada constitucional, los dinastas políticos repartían los cargos y los mandos entre sus seguidores. Los dinastas habían acabado con la República y con ellos mismos, hasta llegar a su último superviviente, el heredero de César. Incrementando todo el poder y todo el patronazgo de sus antecesores, este último dio nueva vida a la República en provecho propio, para usarla como ellos la ha-

2. Las dispensas concedidas demuestran que el límite de baja edad estaba ya en vigor antes del 23 a. C.; probablemente fue fijado en el 2928 a. C.

3. Dión, 54, 14, 1.

4. *Ibid.*, 53, 28, 4; 54, 30, 2; 56, 27, 1; Suetonio, *Divus Aug.* 40, 1.

bían usado. Augusto le devolvió al pueblo la libertad de elección. Alimentada por el premio y halagada por la magnificencia de su defensor, la plebe de Roma sabía el uso de esa libertad que se esperaba de ella. Por otra parte, el candidato, por lo menos el aspirante al consulado, haría bien en contar con la aprobación del Princeps. Éste no nombraba candidatos —eso hubiese provocado envidias y era superfluo—. Su voluntad se imponía en virtud de su *auctoritas*.[5]

En los cuatro primeros años del nuevo orden de cosas, Augusto mantuvo un rígido control del consulado, como lo indican y prueban los nombres conservados en los *Fasti*. No hay indicio alguno en ninguna parte de ambición electoral, de corrupción ni de desórdenes. Emergiendo con vigor renovado de la crisis del 23, el Princeps demostraba lo seguro que se sentía mediante concesiones ficticias en ciertas esferas de los negocios públicos, y con la promesa tal vez de un inminente programa de reforma. Renunció al consulado; convertido desde Accio en un cargo de ostensible autoridad gracias a su desempeño continuo por Augusto, recobrada su dignidad anual y republicana, la aristocracia lo consideraba ahora digno de aspirar a él. Augusto no estaba en condiciones de engañarla: ya había restaurado la República una vez, no estaba en disposición de hacerlo otra.

Agripa abandonó Roma antes de finales del 23 a. C. quitando de la vista del público una de las pruebas visibles del despotismo militar. El año siguiente el mismo Augusto emprendió el recorrido de las provincias orientales (22-19 a. C.), mientras Agripa se trasladaba al oeste para ir a la Galia y a España (22-19 a. C.), tras una breve estancia en Roma. Por una vez, la capital se libraba de la pesada carga de sus dos gobernantes. Por casualidad o de intento, se produjo a continuación un relajamiento en el control de las elecciones. Las intenciones de Augusto pueden haber sido laudables y sinceras; es sumamente probable que el Princeps desease dar a los *nobiles* una amarga lección, evocando los peligros de las elecciones populares y de la competencia sin restricciones. La plebe romana pedía a gritos que Augusto, presente o ausente, asumiese el título de Dictador. Cuando se supo su negativa, la plebe optó por la segunda solución que deseaba: dejar vacante uno de los dos consulados del año siguiente, 21 a. C. Dos *nobiles* se lo

5. Sobre los modos de la *commendatio* imperial y su actuación respecto a las varias magistraturas, cf. *CAH* X, 163 s.

disputaron entonces, L. Junio Silano y Q. Lépido. Este último resultó elegido.[6] Después de un intervalo se repitió el mismo engorro. El año 19 a. C. se inició con Augusto ausente todavía, y sólo un cónsul en su puesto, C. Sentio Saturnino. Hacía falta mano dura y Saturnino era el hombre capaz de entregarse, firme y sin miedo.[7] No ha quedado constancia de cómo los enemigos del gobierno calificaron su proceder. Uno de ellos fue eliminado por la violencia.

Éste era un cierto Egnacio Rufo, que, años atrás, siendo edil, había organizado con sus esclavos particulares y otros individuos del mismo jaez una brigada de extinción de incendios.[8] Alcanzó una inmensa popularidad entre la gente y fue elegido pretor. Animado por el éxito, Rufo presentó su candidatura al consulado en el 19 a. C. Saturnino se opuso y anunció que, aunque fuese elegido por el pueblo, Rufo no llegaría a cónsul. El miserable bribón —«per omnia gladiatori quam senatori propior» (más cerca en todo de un gladiador que de un senador)— cumplió pronto el castigo a su popularidad y a su temeridad. Arrestado con ciertos cómplices bajo la acusación de conspirar contra la vida del Princeps, fue encarcelado y ejecutado.[9]

Egnacio Rufo fue una víctima barata. Los disturbios públicos recordaban a la República auténtica, algo muy distinto del orden severo que había reinado en los primeros cuatro años del Principado. Pero las revueltas en Roma no ponían la paz en peligro, mientras el Princeps controlase a los ejércitos. Tampoco había habido en la misma Roma peligro serio. Durante la ausencia del emperador (22-19 a. C.), uno de los dos cónsules de cada año había sido miembro de su partido y militar de profesión, el primero en dar rango de nobleza a su familia, a saber: L. Arruncio, M. Lolio, P. Silio Nerva y C. Sentio Saturnino; y cuando Saturnino dimitió a fines del año 19 fue sustituido por M. Vinicio, otro de los mariscales. Tampoco hay que ol-

6. DIÓN, 54, 6, 2 ss. Las elecciones consulares de los años 22-19 a. C. son muy intrigantes. Parece como si cada año Augusto ocupase una plaza con su candidato propio, y dejase el otro a libre elección. Compárese con la costumbre de César para todas las magistraturas, *excepto* el consulado (SUETONIO, *Divus Iulius* 41, 1).

7. VELEYO, 2, 92, 2: «cum alia prisca severitate summaque constantia vetere consulum more ac severitae gessisset» (Había desempeñado los otros cargos con un rigor antiguo y una firmeza extrema, según el modo y la severidad de los cónsules de antaño).

8. DIÓN, 53, 24, 4 ss. (26 a. C.).

9. VELEYO, 2, 92; cf. DIÓN, 54, 10, 1 (donde no se menciona a Egnacio).

vidar que Tauro estuvo allí todo aquel tiempo, aunque sin ningún cargo oficial.[10]

Roma se alegró del regreso de Augusto. Su régimen, consolidado ahora con mayor firmeza, seguía expandiéndose sobre los dominios del senado y del pueblo, de la ley y de los magistrados. Apenas se volvió a oír hablar de desórdenes electorales. El régimen de los triunviros había creado numerosos cónsules, nada menos que ocho en el 33 a. C., con legiones de *novi homines* promocionados por méritos a mezquinas distinciones. Los consulados sufectos de Ventidio y de Carrinas en el 43 a. C. iniciaron la moda. Al principio, los dinastas fueron moderados. Más adelante, tras el Pacto de Brindis, el talante de su gobierno revolucionario se aprecia claramente en los *Fasti*. En los siete años, 39-33, aparecen diecinueve *novi homines* en contraste con nueve *nobiles*.[11] Tras asumir el poder en el 32 a. C., Octaviano monopoliza el patronazgo, promocionando a sus propios seguidores, cuatro *novi homines* y cinco *nobiles* en el período 31-29. En el 28 a. C. vuelven los consulados anuales, monopolizados al principio por Augusto, Agripa y Tauro. De los cónsules del período 25-19 a. C., ocho proceden de familias nuevas, frente a cinco de nobles.[12] Es evidente que la República restaurada no significaba la restauración de los *nobiles*; la proporción de los *Fasti* no revela grandes cambios respecto al período triunviral.

Después del 19 a. C. se percibe un cambio. Éste puede ser el resultado no sólo de lo más seguro que Augusto se sentía, con menos motivo de miedo y desconfianza de los *nobiles,* sino de la casualidad. Para rellenar las filas de los *nobiles,* despiadadamente diezmadas por la guerra y las proscripciones, estaba creciendo una nueva generación, y junto a ella los hijos de *novi homines* ennoblecidos por la revolución. Del 18 al 13 a. C. sólo aparecen en los *Fasti* dos *novi homines,* los dos con el servicio militar a su favor, frente a once *nobiles*.[13] Entre estos últimos destacan hombres cuyos padres no habían llegado a ser cónsules por haber muerto o por haber sido derrotados en las guerras civiles. Aquí y en los *Fasti* de los años siguientes aparecen los aristó-

10. *ILS* 7448 documenta una escolta de germanos de los Estatilios, quizá de ciento treinta hombres.

11. Para la base del cálculo (que omite ciertos nombres) véase *supra*, pp. 299 s. Para todo el período triunviral (43-33 a. C.), la proposición es de 25 a 10.

12. Sin contar a Varrón Murena.

13. C. Furnio (*cos.* 17 a. C.) y L. Tario Rufo (*cos. suff.* 16 a. C.).

cratas que se sumaron al Principado y recibieron en premio el consulado a la edad mínima permitida, cuando no con dispensas: el joven Ahenobarbo; Tiberio Claudio Nerón y su hermano, Nerón Claudio Druso; P. Cornelio Escipión, L. Calpurnio Pisón, Julo Antonio y los dos Fabios Máximos. La mayoría de ellos fue atrapada en la política matrimonial y dinástica de Augusto.[14]

Al mismo tiempo que reducía sus prerrogativas, Augusto procuraba restablecer la dignidad pública y oficial del consulado, magistratura suprema de la República romana. Los *Fasti* de los años medios de su Principado recuerdan al esplendor de aquel último destello producido antes de la guerra de Pompeyo y César. Augusto perseveró mucho tiempo, no admitiendo casi nunca un cónsul sufecto. Desde el 19 a. C. hasta el 6 a. C. —un período de trece años— sólo hay constancia de cuatro, y dos de ellos por causa de muerte.[15] Pero Augusto se vio burlado por las circunstancias. Cada día llegaban a la madurez hijos de cónsules reclamando los honores como un derecho. Por otra parte, conforme su *provincia* se convertía en una serie de gobiernos separados, era lógico que éstos fueran considerados y administrados como provincias independientes; muchas de ellas exigían ya, por el tamaño de sus ejércitos, legados de rango consular. Esto ya se veía venir hacia el 12 a. C., por lo menos, cuando ya existían cuatro o cinco gobiernos grandes.[16] Pasó algún tiempo antes de que el número aumentase por división de provincias, por nuevas conquistas y por la creación de Moesia, hasta alcanzar los siete mandos militares que el sistema ya desarrollado ofrecía en los últimos años de la vida del Princeps. Hasta el año 5 a. C. no es frecuente la aparición de cónsules sufectos en los *Fasti*. La fecha no es casual: la flagrante política dinástica de Augusto le obligaba a pedir el apoyo de los *nobiles*. De ahí la continua depreciación del consulado. En la práctica se concedía por nombramiento. La elección por el pueblo era una simple formalidad, pero no podía ser abolida por un estadista que presumía de haber restaurado la República. Ese paso había de darlo el sucesor de Augusto, sin duda en virtud de sus últimas ins-

14. *Infra*, pp. 461 s.; 513 s.

15. En el 12 a. C. M. Valerio Mesala Barbado y C. Caninio Rebilo, cónsul y cónsul sufecto, murieron en el cargo.

16. A saber: Siria, Galia, Ilírico (probablemente asumido por el Princeps en aquel momento), y España, que probablemente tenía aún dos ejércitos, cf. *infra*, pp. 481 s.

trucciones.[17] El año 14 d. C., en efecto, señala la terminación legal de la República.

Quedan por exponer los títulos requeridos para acceder a la nobleza durante el principado, y el funcionamiento real del patronazgo. Durante la República las cualificaciones requeridas para aspirar al consulado eran la nobleza de cuna, la hoja de servicios militar, las dotes oratorias y los conocimientos jurídicos. Un orador podía hacer burla de un jurista al defender las aspiraciones de un militar al consulado.[18] Pero ninguna de las cualificaciones dichas bastaba por sí sola. Ni el talento de un jurista ni el de un orador llevarían muy lejos a un hombre, a menos que una notoria falta de talentos empujase a un grupo de *nobiles* a apoyar a un candidato popular por miedo a algo peor, o si un dinasta político insistía en promocionar a un seguidor de mérito. Pompeyo, sin embargo, no pudo, o no quiso, apoyar al intrigante y charlatán Lolio Palicano, natural del Piceno.[19] El servicio militar en guerra podía no recibir mayor recompensa que la pretura, a menos que fuese ayudada por una protección tan poderosa como la que Afranio, hombre de humilde cuna, recibió de Pompeyo; y el cónsul pompeyano Gabinio era político tanto como soldado. De hecho, la nobleza de nacimiento se imponía y designaba a sus candidatos, a menudo con antelación, para un año determinado. Hizo falta el Pacto de Luca para privar a I. Domicio Ahenobarbo de su consulado en el 55 a. C.[20] El votante romano, ciudadano libre de una comunidad libre, podía elegir a quien quisiese; su sufragio iba para el linaje y la personalidad, no para programas seductores ni para los méritos reales.

César y los triunviros habían modificado todo aquello. Sin embargo, aunque modificadas, las viejas categorías subsistieron.[21] El descender de cónsules garantizaba el consulado, aun a los más ineptos; lo cual se consideraba justo y merecido, una deuda pagada a antepasa-

17. TÁCITO, *Ann.* 1, 15.

18. CICERÓN, *Pro Murena, passim.*

19. Éste esperaba optar al consulado en el 67 a. C. (VAL. MÁX., 3, 8, 3) y en el 65 (*Ad Att.* 1, 1, 1).

20. SUETONIO, *Divus Iulius* 24, 1.

21. Compárese la costumbre de Tiberio (TÁCITO, *Ann.* 4, 6): «mandabatque honores, nobilitatem maiorum, claritudinem militiae, inlustris domi artes spectando» (Para conceder los honores consideraba la nobleza de los antepasados, la brillantez de la carrera militar, y los talentos desplegados en la vida privada).

dos que habían servido bien al pueblo romano.[22] Sin embargo, hubo ciertos *nobiles* cuyos méritos quedaron sin recompensa en el reinado de Augusto. La elocuencia y el estudio de la ley («illustres domi artes») ennoblecían a sus cultivadores. Con el nuevo régimen, Cicerón hubiera llegado al consulado sin encontrar competidores; lo hubiera desempeñado sin ostentación ni peligro y hubiera vivido seguro como estadista veterano que en las ocasiones solemnes habría sido invitado a menudo como portavoz del gobierno. Era necesario ser dúctil. Su espíritu de independencia le costó el consulado a M. Antistio Labeón, abogado honrado, original y sabio.[23]

Con la paz y la prosperidad, las artes del espíritu volvieron a ponerse de moda. Algunos de los *nobiles*, antiguos o recientes, hacían alarde de su talento en los campos de la oratoria y de las letras. Polión y Mesala todavía dominaban su terreno; Galo y Mesalino recordaban a sus padres, sin poder rivalizar con ellos. Paulo Fabio Máximo, de talento diversificado y quizá venal, propagaba por Roma el detestable estilo asiático de retórica que tuvo la suerte de exhibir como procónsul en el país que le daba nombre.[24] L. Calpurnio Pisón adquirió más fama como protector de literatos que por sus propias producciones. De la generación de los Vinicios más jóvenes, uno era un elegante orador y hombre a la moda, que no contaba con la aprobación sin reservas de Augusto;[25] el otro, crítico de gusto exigente, según decían, sabía de memoria las poesías de Ovidio.[26]

Los *nobiles* no necesitaban alegar competencia en las artes. Entre los *novi homines,* C. Ateyo Capitón se significó como político más

22. SÉNECA, *De. ben.* 4, 30, 1: «sicut in petendis honoribus quosdam turpissimos nobilitas industrias sed novis praetulit, non sine ratione» (Como en el acceso a los honores, la nobleza ha hecho preferir a personas viles antes que a personas laboriosas, pero sin antepasados, y no sin alguna razón). Los ejemplos que Séneca aduce apoyan su punto de vista, a saber, Paulo Fabio Pérsico «cuius osculum etiam impudici devitabant» y Mamerco Emilio Escauro (sobre éste, cf. también TÁCITO, *Ann.* 3, 66; 6, 29).

23. TÁCITO, *Ann.* 3, 75.

24. Sobre el *novicius morbus* (SÉNECA, *Controv.* 2, 4, 11), cf. E. NORDEN, *Die antike Kunstprosa* I, 289 s. Un trozo de la carta de Fabio a las ciudades de Asia se puede reconstruir por varias copias fragmentarias, *OGIS* 458.

25. L. Vinicio (*cos. suff.* 5 a. C.), hijo del cónsul del 33. A Augusto le desagradaban sus atenciones con Julia, cf. SUETONIO, *Divus Aug.* 64, 2.

26. P. Vinicio (*cos. suff.* 2 d. C.), hijo de M. Vinicio (*cos. suff.* 19 a. C.). Sobre él, SÉNECA, *Controv.* 1, 2, 3; 7, 5, 10; 10, 4, 25.

que como abogado.[27] Y el orador Q. Haterius tampoco debió de mostrar una independencia alarmante.[28] Algunos de los talentos más originales o más vivaces, como Casio Severo, estaban condenados a la oposición. Sería impertinente y sin objeto analizar los méritos que concedieron el consulado a C. Valgio Rufo, hombre erudito que escribió poemas y compuso un tratado de botánica, que dedicó a Augusto.[29]

Para el trepador de capacidad, la *militaris industria* era el capital más rentable. El servicio en la guerra y el mando de ejércitos reportaban la más alta distinción a hombres que se habían formado en las guerras de la revolución en su juventud y cuya experiencia de maduros, dirigida contra enemigos extranjeros, aumentaba la gloria y la seguridad del Nuevo Estado. Algunos fueron postergados, como M. Lurio y P. Carisio, que habían servido en las campañas contra Sex. Pompeyo y en otras. Pero L. Tario Rufo, almirante en Accio, ascendió al fin al consulado tras un mando en los Balcanes.[30] Otros *novi homines,* dignos herederos de los mariscales de la revolución, podían mostrar con satisfacción su hoja de servicios en las provincias militares antes de su consulado. Tales eran M. Lolio, M. Vinicio y P. Sulpicio Quirinio.

Estas tres categorías de excelencia cívica eran tradicionales, republicanas y pregonadas abiertamente como justificación de nobleza. Nada podía ser más hermoso y honorable. Pero había también razones más profundas y mejores para el ascenso político en el Principado. El juego político se juega en la misma arena que antes; los competidores al poder y la riqueza empuñan las mismas armas, a saber, *amicitia,* el matrimonio dinástico y los subsidios financieros.

La lealtad y el servicio al patrono y jefe del partido cesariano seguía siendo la vía más segura para medrar. Algunos de sus seguidores políticos eran antipáticos, o por lo menos impopulares, Ticio, Tario y Quirinio. Eso no era obstáculo. Otros no sólo eran sus aliados, ligados por la *amicitia*, sino sus íntimos y amigos en el mejor sentido; el Princeps se recreaba los días de fiesta jugando a los dados con M. Vinicio y con P. Silio.[31] Sin su favor, ningún *novas homo* hubiese alcanzado el

27. TÁCITO, *Ann.* 3, 75.

28. *Ibid.*, 1, 13; 3, 57.

29. *PIR* V, 169. Horacio dedicó una oda (*Odas* 2, 9) a Valgio; sobre su obra de botánica, PLINIO, *NH* 25, 4.

30. DIÓN, 54, 20, 3; *L'ann. ép.*, 1936, 18.

31. SUETONIO, *Divus Aug.* 71, 2.

consulado. Muchos de los más eminentes de los *nobiles* estaban vinculados a la causa por varios lazos. Algunos, como Paulo Fabio Máximo, pueden incluso haber gozado de su confianza.[32] No todos eran de fiar, pero él no podía negarles el consulado, al que tenían derecho por su cuna. Así Yulo Antonio, el hijo menor del triunviro, llegó a cónsul. Pero el consulado no importaba tanto. Los enemigos sólo eran peligrosos si tenían ejércitos, y aun entonces difícilmente podrían convencer a los soldados de marchar en contra de su patrono e *imperator.*

Augusto no sólo creó nuevas casas patricias, sino que trató, como Sila y César antes que él, de revitalizar la nobleza antigua, tanto patricia como plebeya. Los Valerios, los Claudios, los Fabios y los Emilios, casas cuya simple supervivencia, por no decir su primacía, estaba amenazada y llevaban una existencia precaria en el siglo último de la República, se alzan ahora en primera fila entre los *principes viri* de una monarquía aristocrática, vinculadas unas con otras y con la dinastía. Y aunque los Escipiones estaban casi extinguidos, numerosos Léntulos salvaron y transmitieron el linaje de los Cornelios patricios. Los nebulosos descendientes de familias olvidadas fueron descubiertos en la oscuridad, rescatados de la pobreza y devueltos por la ayuda económica a la posición y a la dignidad de sus antepasados. Después de un dilatado lapso de siglos vuelven a brillar en los *Fasti* un Furio Camilio, un Quincio, un Quintilio, pero efímeros y desafortunados.[33]

El orgullo de cuna, perjudicial o por lo menos poco ventajoso mientras los triunviros mandaron en Roma, vuelve ahora por sus fueros. La gente reaviva *cognomina* marchitos, inventa *praenomina* para recordar glorias históricas, recuerda viejos lazos de parentesco y acicala las *imagines* de sus antepasados, genuinos o supuestos.[34] Clientes

32. Cf. especialmente las observaciones de E. Groag, P-W VI, 1784.

33. T. Quincio Crispino Sulpiciano (*cos.* 9 a. C.), uno de los amantes de Julia; P. Quintilio Varo (*cos.* 13 a. C.), de quien Veleyo (2, 117, 2) observa «illustri magis quam nobili ortus familia» (nacido de familia ilustre más que noble); M. Furio Camilo (*cos.* 8 d. C.), cuyo hijo L. Arruncio Camilo Escriboniano (*PIR*², A 1140) se sublevó contra Claudio César.

34. Ciertos Léntulos adoptaron el cognomen «Maluginensis» (*ILS* 8996), que aparentemente recuerda una aldea desaparecida y desconocida por lo demás en el Lacio antiguo. Compárese el nombre de Livia Medullina, hija de Camilo (Suetonio, *Divus Claudius* 26, 1; *ILS* 199). Había incluso una Mummia Achaica (Suetonio, *Galba* 3, 4), primera esposa de C. Sulpicio Galba (*cos. suff.* 5 a. C.). Nótense los *praenomina* Paullus y Africanus, de los dos Fabios, descendientes de Emilios y Escipiones.

o colaterales distantes pueden haber usurpado el rango o falsificado genealogías. El velo de la dudosa autenticidad se corre sobre algunas de las casas nobles de esta época. Mesala levantó una protesta pública y airada cuando unos Valerios inferiores trataron de encaramarse a su árbol genealógico.[35] Quizá algunos fraudes lograron eludir el ser detectados. Algunas grandes casas se habían hundido para siempre. Otras, debido a sus bajas en las guerras civiles, a la pérdida de dinero o de influencia, o por falta de respeto a los nuevos dirigentes de Roma, no pueden ahora tener cónsules, o pierden una generación y reaparecen más tarde. En el Principado de Augusto, un Sila, un Metelo, un Escauro y otros nobles no llegaron al consulado.[36] Con tan pocos consulados sufectos en los primeros años del Principado, la competencia era extrema e intensa. Los *Fasti* consulares revelan a los mejores, o por lo menos a los más despiertos y más astutos, pero no al cuerpo entero de los *nobiles*.

El propio debut de Augusto en política proporcionaba el testimonio más elocuente del uso que se podía hacer del matrimonio dinástico. Prometido a la hija del cesariano moderado P. Servilio, el joven pasó en cuatro años por una unión obligada, y no consumada, con una hijastra de Antonio; por una alianza política con la poco agraciada Escribonia, para llegar al ventajoso y satisfactorio enlace con la familia Claudia. Livia, sin embargo, no le dio hijos. Pero Julia, su hija con Escribonia, fue entregada en matrimonio, según convenía a los designios políticos del Princeps, a Marcelo, a Agripa y a Tiberio, por este orden. Para recibir a Julia, Tiberio fue obligado a divorciarse de su Vipsania, que correspondió a Galo, el ambicioso hijo de Polión.

¿Qué hubiese sucedido si Augusto (como aquel gran político que fue Apio Claudio el Ciego) hubiese sido agraciado con cinco hijas, a

35. PLINIO, *NH* 35, 8. Al percatarse de otros fraudes, el viejo Mesala Rufo se dedicó a escribir historias de familias. Plinio observa: «sed, pace Messallarum dixisse liceat, etiam mentiri clarorum imagines erat aliquis virtutum amor» (Pero que los Mesalas me permitan decirlo: había un cierto amor a sus virtudes que llevaba a las «imágenes» de los hombres ilustres a decir mentiras).

36. *Nobiles* que no llegan al consulado son, por ejemplo, Cornelio Sila Félix, *PIR*², C 1463; (Q.?) Metelo, *ibid.*, C 62; M. Emilio Escauro, *ibid.*, A 405; Léntulo Maluginense, padre del *cos. suff.* del 10 d. C., *ibid.*, C. 1345; por lo menos dos hombres de nombre Cornelio Sisenna, *ibid.*, C 1454-6; y el padre de C. Sulpicio Galba (*cos. suff.* 5 a. C.), cf. SUETONIO, *Galba* 3.

quienes utilizar para enlaces dinásticos?[37] El tema se presta a conjeturas, inspiradas o engañosas. En todo caso, si él no fue prolífico, explotó a la progenie de otros.[38] Su hija no era el único peón del Princeps. Su hermana Octavia tenía hijos de sus dos matrimonios. Del primero, a C. Marcelo y a dos Marcelas, que pronto estuvieron disponibles para enlaces matrimoniales; del segundo, a las dos Antonias, hijas de Marco Antonio. Antonia la Mayor fue para L. Domicio Ahenobarbo, a quien había estado prometida desde la infancia; la menor, para Druso, el hijastro de Augusto. Las castas hijas del descarriado Antonio no conocieron cada una más que a un solo marido. De las dos Marcelas, la mayor casó con Agripa y después con Yulo Antonio; los dos maridos de la menor fueron Paulo Emilio Lépido y M. Valerio Mesala Barbado Apiano.[39]

Éstos eran los más cercanos y consanguíneos, pero en modo alguno los únicos parientes próximos del Princeps. Su padre, C. Octavio, y su madre, Atia, estuvieron ambos casados dos veces. De ahí otra Octavia, la hermanastra de Augusto: los hijos de ésta fueron Sex. Apuleyo y M. Apuleyo, cónsules los dos a edades juveniles.

Las tramas urdidas por Augusto para la ramificación de sus alianzas familiares superaban todo lo imaginable. No olvidó a un solo pariente, por oscuro o por lejano que fuese; no desechó ningún lazo que le viniera por matrimonio o por amistad conservada después del divorcio. Conforme pasó el tiempo, más y más familias aristocráticas fueron captadas mediante matrimonio por la familia y el séquito del Princeps. De los aliados suyos entre los *nobiles* jóvenes, los más capaces, eminentes y estimados eran los dos Claudios, sus hijastros, seguidos de L. Domicio Ahenobarbo, L. Calpurnio Pisón (el cuñado joven del Dictador César) y el dechado de perfecciones Paulo Fabio Máximo. Por su propio enlace con Livia, el Princeps había logrado el parentesco con los Claudios; por los matrimonios de otros atrapó más tarde a las casas patricias de los Cornelios Escipiones, los Emilios Lépidos, los Valerios

37. CICERÓN, *Cato maior* 37: «quattuor robustos filios, quinque filias, tantam domum, tantas clientelas Appius regebat et caecus et senex» (Cuatro robustos hijos, cinco hijas, una casa enorme, una numerosa clientela, todo eso lo gobernaba Apio pese a ser ciego y viejo).

38. Véase Tabla III, al final.

39. Documentación sobre las dos Marcelas en *PIR*² C 1102 y 1103. La menor casó con Paulo, tras la muerte de la mujer de éste, Cornelia, en el 16 a. C. Él murió poco después; y su segundo marido, Barbado, murió durante su consulado.

y los Fabios. Cuando la generación joven de *nobiles* creció y recorrió la avenida de los honores políticos hasta el consulado, una colección imponente de *principes viri* se apiñaba alrededor del Princeps, aportando distinción y fortaleza al nuevo régimen, pero también rivalidades y disensiones en la oligarquía secreta del gobierno.

Cuando el advenedizo social y aventurero revolucionario se hizo respetable, sus seguidores compartieron su ascenso social. La primera mujer de Agripa había sido uno de los premios de las guerras civiles, Cecilia, hija de Ático, la heredera más rica de Roma. Después se casó con Marcela, sobrina de Augusto, y finalmente con la hija, Julia. No menos espléndida, a su manera, fue la fortuna que alcanzó a los otros compañeros de Augusto. Desgraciadamente, las compañeras de los grandes mariscales —Tauro, Lolio, Vinicio y Tario— eluden las pesquisas,[40] y P. Silio se casó con la hija de un respetable ciudadano de un municipio, senador de rango pretorio.[41] Pero Ticio conquistó a Paulina, hermana del patricio Fabio Máximo.[42] En cuanto al advenedizo Quirinio, su primera mujer fue una Apia Claudia, hija de uno de los primeros miembros nobles del partido.[43] Después subió más alto; su segunda esposa fue una Emilia Lépida, por cuyas venas corría la sangre de Sila y de Pompeyo.[44] Ésta era la prometida de L. César, nieto del Princeps; el joven murió y Lépida fue transferida sin demora al muy maduro Quirinio.

Poder, distinción y riqueza, el Princeps había asumido todas las prerrogativas de la nobleza. El joven que había invertido su patrimonio en bien del Estado se encontró con que era el hombre más rico del mundo. Como los dinastías anteriores, gastaba por el poder y la ostentación: para contentar a los soldados y a la plebe, para adornar la ciudad, para ayudar económicamente a sus aliados políticos. La corrupción había sido desterrada de las disputas electorales, lo que con-

40. El hijo de Tauro, sin embargo, casó con la hija de un Cornelio Sisenna; su nieto (*cos.* 11 d. C.), con la de un Valerio Mesala (genealogía en P-W III, A, 2197). Se podría deducir también un parentesco con los Marcios Censorinos (cf. VELEYO, 2, 14, 3). En la familia de M. Lolio hay un parentesco inexplicado con los Mesalas (TÁCITO, *Ann.* 12, 22; cf. E. GROAG, P-W XIII, 1378).

41. VELEYO, 2, 83, 3 (C. Coponio).

42. *IGRR* IV, 1716 = *SEG* I, 383.

43. *CIL* VI, 15626, cf. *PIR*², C 1059. Era hermana del colega de Quirinio en el consulado, M. Valerio Mesala Barbado Apiano.

44. TÁCITO, *Ann.* 3, 22 s.; cf. *PIR*², A 420, y Tabla IV, al final.

firmaba el poder de la misma en la esfera privada. Con la fortuna lograda de las confiscaciones y de los tesoros de los Ptolomeos, la nobleza no podía competir. Aun en el caso de haber tenido la fortuna de conservar sus propiedades ancestrales, estaba ahora privada de las ganancias peligrosas del poder político, impedida de entablar alianzas con los intereses financieros, con los que un tiempo había compartido los despojos de las provincias. Augusto estaba bien dispuesto a conceder emolumentos a nobles venidos a menos y a *novi homines* de mérito, para permitirles mantener la dignidad de su posición y propagar sus linajes. En el año 4 d. C. aumentó así el censo de no menos de ochenta hombres.[45]

Augusto derramó sobre sus fieles nobleza por medio del consulado, distinción social por matrimonios ventajosos, y concesiones de dinero a escala principesca. Egipto era suyo, la presa en que los políticos y financieros de una generación anterior habían puesto sus ojos codiciosos; y en Egipto grandes propiedades pertenecían ahora y eran explotadas por miembros de la dinastía reinante, por personas eminentes del partido, como Agripa y Mecenas, y por otros seguidores como el oscuro almirante M. Lurio.[46]

Como procónsul de la Galia y como Dictador, César había gastado a manos llenas. Cicerón no cabía en sí de indignación ante las riquezas de Labieno y de Mamurra, ante los jardines de Balbo;[47] Cicerón mismo aún le debía dinero a César por un préstamo oportuno, cuando estalló la guerra civil.[48] Pero el Triunvirato pronto borró el recuerdo de la generosidad de César y de las confiscaciones de César. Augusto y sus secuaces heredaron las fincas, los parques y las casas de ciudad de los proscritos y de los vencidos. El Princeps mismo residía en el Palatino en la casa de Hortensio.[49] Cicerón había adquirido una mansión imponente con sus ganancias como abogado político; dineros de P. Sila contribuyeron a pagarla. El antoniano L. Marcio Censorino se posesionó de ella, y de él pasó a la familia de Estatilio Tauro.[50] Agripa

45. Dión, 55, 13, 6.

46. Detalles en M. Rostovtzeff, *Soc. and Ec. History of the Roman Empire* (1926), 573 s.

47. *Ad Att.* 7, 7, 6.

48. *Ibid.*, 5, 1, 2.

49. Suetonio, *Divus Aug.* 72, 1; éste fue el centro, pero sólo en parte, de un palacio en crecimiento constante.

50. Veleyo, 2, 4, 13.

vivía ahora a lo grande, compartiendo con Mesala la casa de Antonio.[51] Dilatados jardines de recreo acreditaban la riqueza y el esplendor de Mecenas y de Salustio Crispo, simples caballeros de rango.

Las fortunas de los grandes políticos eran inmensas y escandalosas. Cuando el viejo Balbo murió, fue capaz de conceder al populacho de Roma una suma tan grande como la legada por César, veinticinco denarios por cabeza.[52] Pero Balbo había empezado de millonario por derecho propio. Agripa salió de la nada y llegó a ser dueño de toda la península de Galípoli.[53] Estatilio Tauro poseía una gran variedad de propiedades en Istria, y ejércitos enteros de esclavos en Roma.[54] L. Tario Rufo, militar de brillante carrera y de gustos mezquinos, adquirió una inmensa fortuna del botín de Augusto que invirtió en seguida en ambiciosas especulaciones con tierras en el Piceno.[55] L. Volusio Saturnino y Cn. Cornelio Léntulo, excelentes personas, amasaron fortunas sin desacreditarse, quizá por herencia.[56] Quirinio envejeció en medio de una envidiable opulencia, presa de las damas intrigantes de la alta sociedad.[57] Lolio, elogiado públicamente por su integridad, dejó millones a su familia, no la fortuna inocua de una riqueza heredada, sino el despojo de las provincias.[58] Su nieta, la hermosa Lolia Paulina, se paseaba como una princesa. Tenía por costumbre aparecer no sólo

51. Dión, 53, 27, 5.

52. Dión, 48, 32, 2.

53. *Ibid.*, 54, 29, 5.

54. *CIL* V, 323; 409; 457; también 878 (Aquileya). El panteón de los Estatilios ha proporcionado más de cuatrocientas inscripciones de esclavos (*CIL* VI, 6213-6640 y pp. 944 ss.), entre ellos guardas germanos (*v. gr. ILS* 7448 s.).

55. Plinio, *NH* 18, 37; cf. *supra*, p. 442.

56. Tácito, *Ann.* 3, 30 (Volusio): «opumque, quis domus illa in immensum viguit, primus accumulator» (Fue el primero en amasar la fortuna a la que esta casa debió su fuerza inmensa); 4, 44 (Léntulo): «bene tolerata paupertas, deinde magnae opes innocenter partae et modeste habitae» (Él había resistido bien la pobreza, después obtuvo una gran fortuna por medios honestos y la disfrutó sin ostentación). Este Léntulo fue probablemente el cónsul del 14 a. C., cf. Groag en *PIR*^{2} C 137? Algunos no lo ponen tan por las nubes como hizo Tácito (cf. Séneca, *De ben.* 2, 27, 1).

57. Tácito, *Ann.* 3, 22. Emilia Lépida, divorciada de él, pretendía falsamente haberle dado un hijo.

58. Plinio, *NH* 9, 117 (sobre la riqueza de su nieta): «nec dona prodigi principis fuerant sed avitae opes, provinciarum scilicet spoliis partae» (Y no habían sino regalos de un príncipe pródigo, sino las riquezas del abuelo, resultado del expolio de las provincias). Son de notar también los muchos esclavos de los Lolios en Roma (detalles en P-W XIII, 1387).

en banquetes sino en actos menos exigentes, cubierta de todas sus perlas y poco más: su atavío estaba valorado en nada menos que cuarenta millones de sestercios.[59]

El rango senatorial y el ascenso al consulado no eran los únicos favores en manos de los dinastas del partido. Había los sacerdocios y el patriciado, los cargos administrativos y los gobiernos provinciales. Cuando la religión está a cargo del Estado en una sociedad oligárquica, es evidente que la promoción sacerdotal no es otorgada al piadoso o al cultivado, sino por distinción social y por éxito político. Dejando el culto y el ritual, los sacerdotes dedicaban sus energías a la intriga política, o a banquetes prodigiosos.[60] Aunque la admisión a los varios colegios asumiese la forma de cooptación o de elección por el pueblo, los títulos debidos al nacimiento, a la influencia y a la clientela habían sido siempre de la máxima importancia. Los nobles, y sobre todo los patricios, tenían una gran ventaja. M. Emilio Lépido llegó a *pontifex* a la edad de veinticinco años;[61] era patricio. El *novus homo* Cicerón tuvo que esperar hasta ser un veterano consular para adquirir la codiciada dignidad de augur, que en cambio M. Antonio adquirió cuando era de rango cuestorio, porque era noble. Antonio, sin embargo, requirió toda la influencia de César a sus espaldas, porque competía con Ahenobarbo.[62]

La nueva vida que Augusto dio a los colegios antiguos, que habían malvivido durante siglos, no fue solamente un signo de su preocupación piadosa por la religión de Roma. Los colegios existentes se habían llenado durante la revolución de partidarios de la misma, como era natural, y siguieron haciéndolo después.[63] Calvisio y Tauro detentaron por lo menos dos sacerdocios cada uno;[64] el excelente Sentio Saturnino aparece a continuación de Augusto como vicepresidente del colegio que celebró los Juegos Seculares,[65] y fue C. Ateyo Capitón quien interpretó entonces el oráculo de la Sibila, sin duda para justificar la fecha elegida por el gobierno.[66] Sin embargo, al lado de los

59. *Ibid.*, Plinio la había visto.

60. MACROBIO, 3, 3, 11.

61. Era *pontifex* por lo menos ya en el 64 a. C., MACROBIO, 3, 13, 11.

62. CICERÓN, *Ad fam.* 8, 14, 1.

63. Augusto recuerda que unos ciento setenta de sus seguidores en la Guerra de Accio fueron premiados con sacerdocios (*Res Gestae* 25).

64. *ILS* 925; 893 a.

65. *CIL* I², p. 29.

66. ZÓSIMO, 2. 4, 2.

grandes soldados y políticos, aún había sitio para los nobles por derecho propio, sin mérito especial o público.[67]

Aunque aumentado por César, el patriciado había vuelto a reducirse en las guerras, de modo que en la época de Accio no estaba representado en el senado por mucho más de veinte miembros. Los hijos de los caídos estarían disponibles dentro de poco. Pero no bastarían. Augusto emprendió en seguida la creación de nuevas familias patricias por una ley del 30 a. C.[68] Entre sus partidarios así honrados había descendientes de antiguas casas plebeyas, como el renegado M. Junio Silano; pero también estaba la nueva nobleza de la revolución, entre la que destacaban los prudentes Coceyos, e incluso meritorios seguidores aún no consulares, como los Elios Lamias.[69]

Los manejos y los expedientes de que se valían los dinastas de la era precedente para disponer a su antojo de los gobiernos provinciales no precisan recapitulación. Sus intrigas raramente se veían frustradas por la costumbre establecida de sortear las provincias. El sorteo se conservó en el Principado para la elección de los procónsules de las provincias públicas. El modo preciso de su funcionamiento no se conoce, pero los resultados eran sin duda satisfactorios. Es más, la elección de un procónsul —o de una provincia— podía ser cedida al Princeps por el senado.[70] Si es que fueron designados por sorteo algunos de los procónsules, ciertos procónsules militares de los primeros años del Principado, como Balbo en África, P. Silio y M. Vinicio en Ilírico y M. Lolio en Macedonia, deben de haber sido sacados de una lista bien pequeña y selecta. El Princeps nombraba sus propios legados. Pronto las más importantes de sus provincias fueron asignadas a consulares, que son los principales ministros de Estado y requieren por ello un trato independiente y detallado.

67. Por ejemplo, un C. Mucio Escévola y un C. Licinio Estolón, desconocidos por lo demás, entre los *XVviri* del 17 a. C. (*ILS* 5050, línea 150).

68 *Res Gestae* 8, cf. DIÓN, 52, 42, 5. Augusto omite por conveniencia la *adlectio* del 33 a. C. (DIÓN, 49, 43, 6). Pertenecía, naturalmente, a un período de irregularidades.

69. Para más detalles (y conjeturas) véase H. C. HEITER, *De patriciis gentibus quae imp. R. saec. I, II, III fuerunt* (Diss. Berlín, 1909). Entre las familias de la antigua nobleza plebeya honradas de este modo estaban probablemente los Calpurnios, Claudios Marcelos, Domicios, Junios Silanos y otros; de la nueva nobleza, los Elios Lamias, los Apuleyos, los Asinios, los Coceyos, los Silios, los Estatilios, etc.

70. Para ejemplos, *infra*, p. 495, n. 3.

Nobles o advenedizos, los hombres principales del partido cesariano llegaban al consulado y ejercían a su vez el patronazgo, de manera pública o secreta. Tiberio, como cabeza de los Claudios, tendría un séquito dinástico y personal cualquiera que fuese el carácter de la constitución romana; su influencia, refrenada sin duda mucho tiempo por Augusto, se puede detectar en la frecuente promoción de *novi homines* después del 4 d. C.[71] Pero Tiberio no era la única fuerza en la alta política; y aunque Tauro no conservase en el nuevo régimen su derecho a designar un pretor cada año, eso no importaba. Había otros procedimientos.

El sistema se amplía cuando se desciende de *consulares* a senadores de rango inferior, a caballeros, libertos y simples ciudadanos, con múltiples ramificaciones. Había un tal C. Veleyo Patérculo, de familia reputada entre las aristocracias de los municipios de Campania y Samnio. Un sector de su familia —de hidalguía local samnita— había estado de parte de Roma en el *Bellum Italicum;* un descendiente fue prefecto de Egipto en tiempo de Augusto.[72] Por el otro lado, su abuelo había ayudado a Ti. Claudio Nerón en la lucha por la libertad durante el *Bellum Perusinum* y se suicidó cuando todo estuvo perdido.[73] La generación siguiente fue cesariana. El hermano de su padre, senador, ayudó a Agripa a procesar al asesino C. Casio en virtud de la *Lex Pedia.*[74] El padre de Veleyo sirvió como oficial ecuestre.[75] Después de hacer él mismo el servicio ecuestre, Veleyo entró en el senado.[76] Aquí se puede comprobar la influencia de M. Vinicio, de Cales. Veleyo le pagó la deuda escribiendo una historia de Roma, decepcionante en sus elogios al gobierno y llena de amargos reproches a las causas perdidas y a los chivos expiatorios de la política. La obra se la dedicó al nieto de su patrono.[77]

71. *Infra*, pp. 529 s.

72. Sobre Minato Magio, de Eclano, descendiente de Decio Magio, de Capua, y sus actividades en el 89 a. C., cf. VELEYO, 2, 16, 3; sobre su hijo, *ILS* 5318. M. Magio Máximo ciertamente procedía de Eclano (*ILS* 1335). Como el *gentilicium* no es infrecuente, no sería justo suponer un parentesco con Cn. Magio, de Larino.

73. VELEYO, 2, 76, 1. Había sido *praefectus fabrum* de Pompeyo, de M. Bruto y de Ti. Claudio Nerón.

74. VELEYO, 2, 69, 5.

75. *Ibid.*, 2, 104, 3.

76. *Ibid.*, *2*, 111, 2.

77. M. Vinicio, *cos.* 30 a. C.; *cos.* II, 45.

El partido gubernamental representaba una especie de *consensus Italiae*. Los hombres de origen municipal que adquirían poder e influencia seguían el camino tradicional, y ayudaban a sus amigos y simpatizantes; introducían así en la milicia ecuestre a jóvenes de familias respetables y de sentimientos conservadores, y de ella quizá al senado. Se podría suponer que los casinos patrióticos (*collegia iuventutis*) de las ciudades de Italia representaban también algún papel concreto.

Los caballeros mismos podían alternar con los senadores en el Nuevo Estado, e incluso ponerse por encima de éstos. El patronazgo podía entonces seguir una dirección inversa. La promoción y la carrera, llena de éxitos, de L. Pasieno Rufo (*cos.* 4 a. C.), un *novus homo,* demuestra la influencia de C. Salustio Crispo. El gran ministro también adoptó a un hijo de su amigo, que con el tiempo llegó a ser marido de dos princesas de la sangre de Augusto, Domicia y Agripina la menor.[78] Un pariente del poeta Propercio ingresó en el senado. Este hombre se había casado bien; su mujer era Elia Gala, hija, es de suponer, de aquel Elio Galo que fue el segundo prefecto de Egipto,[79] y que más tarde había de adoptar al hijo de Seyo Estrabón, L. Elio Sejano. Seyo, hijo de una Terencia, se había casado con una esposa de una familia patricia. Sejano tuvo hermanos, primos y un tío de rango consular.[80] El patronazgo que podía ejercer habría sido bastante formidable, aunque no hubiera sido prefecto de la Guardia y principal favorito y ministro de Tiberio. Sejano mismo fue jefe de un partido político.

Influencias más secretas y más siniestras estaban en acción calladamente, sin descanso: las mujeres y los libertos. Las grandes señoras políticas de la República, desde las hijas de familias consulares, como Sempronia y Servilia, hasta pequeñas y eficientes intrigantes como aquella Precia a cuyos buenos oficios debía Lúculo, se dice, su gobierno en Oriente,[81] todas ellas encontraron sucesoras en el Nuevo Estado. Y los libertos que administraban las finanzas privadas y las maquinaciones políticas de los dinastas, como Demetrio, el agente de Pompeyo, el rico gadareno, dueño de cerca de doscientos millones

78. Sobre el hijo, *PIR*[1], p. 109. Su nombre completo era C. Salustio Pasieno Crispo, cf. *L'ann. ép.*, 1924, 72.

79. Póstumo, marido de Elia Gala (PROPERCIO, 3, 12, 1; cf. 38), puede seguramente ser el mismo que el senador C. Propercio Póstumo (*ILS* 914).

80. VELEYO, 2, 127, 3; cf. *ILS* 8996. La genealogía confeccionada por CICHORIUS, *Hermes* XXXIX (1904), 470, es arriesgada; véase Tabla VI, al final.

81. PLUTARCO, *Lucullus* 6.

de sestercios, a quien las ciudades rendían honores despreciando a los magistrados del pueblo romano, se perpetuaron en el exorbitante poder de los libertos imperiales, sirvientes primero y ministros después y amos de los Césares. Lo que en su aspecto y teoría no era más que la «familia» de un magistrado romano, austera y nacional, era en realidad una corte cosmopolita. Estas influencias estaban ligadas al partido desde el principio; activas aunque deliberadamente enmascaradas durante el Principado de Augusto, crecen con la conversión de la política dinástica en régimen monárquico y salen a la luz del día en la vida de la corte del soberano de la casa Julio-Claudia.

Una corte se genera pronto, con formas y jerarquías. El gobernante tiene sus íntimos, *amici* y *comites*, designados así por términos que casi se convierten en títulos; y hay grados entre sus amigos.[82] Cuando el Princeps, ofendido, declara con la solemnidad debida que retira su favor, la pérdida de su *amicitia* señala el fin de la carrera de un cortesano, y a menudo de su vida. Las observancias ceremoniales se hacen más complicadas; el aspecto y el atuendo del Princeps del Estado romano, más decorados y visiblemente monárquicos.[83] En sus retratos y esculturas Augusto y los miembros de su casa están representados, no siempre tranquilos y sin pretensiones, como modestos y dóciles servidores del pueblo romano, sino altivos, majestuosos y heroicos.

Livia rara vez se mostraba en público como no fuese en ceremonias religiosas, a las que asistía escoltada por matronas romanas de las que ella misma era modelo y dechado, o bien tejiendo a mano las prendas que había de llevar su marido, magistrado romano. Sus actividades privadas eran ocultas y tortuosas. Ella le procuró el rango de senador a M. Salvio Otón, el consulado a M. Plautio Silvano, hijo de su amiga íntima Urgulania.[84] Las atenciones del joven patricio Ser. Sulpicio Galba quedaron generosamente recompensadas con los legados de su testamento.[85] Algo mucho peor que eso se sospechaba y rumo-

82. MOMMSEN, *Ges. Schr.* IV, 311 ss. Véase la «cohors primae admissionis» (SÉNECA, *De clem.* I, 10, 1), que incluía a Salustio Crispo, a Delio, a los Coceyos.

83. Véanse sobre todo los penetrantes estudios de A. ALFÖLDY, *RM* XLIX (1934) 1 ss.; L (1935), 1 ss.

84. Sobre Otón, SUETONIO, *Otho* 1, 1. La influencia de Urgulania sobre Livia está atestiguada por TÁCITO, *Ann.* 2, 34; 4, 21 s. Se puede colegir también del matrimonio de su nieta con Claudio, el hijo de Druso (SUETONIO, *Divus Claudius* 26, 2).

85. SUETONIO, *Galba* 5, 2. El padre de Galba había tomado como segunda esposa a Livia Ocellina, de una rama lejana de la familia de la propia Livia. Si no exac-

reaba de Livia: se hablaba de veneno y de asesinato. El poder y el seguimiento que tenía se dejan ver en la época de su hijo, con gran disgusto de éste. La hija de Antonio y viuda de Druso tenía una corte rival de la suya. Entre los más asiduos cultivadores del favor de Antonia estaba L. Vitelio, hijo de un caballero, pero toda una potencia en la corte de Calígula, y cónsul tres veces, colega en la censura de su amigo el emperador Claudio. T. Flavio Vespasiano tuvo amores con Cenis, liberta de Antonia;[86] y debió el mando de una legión al patronazgo del gran Narciso.[87] Los cuatro emperadores que sucedieron a Nerón en el espacio de un año eran todos ellos personajes conspicuos e influyentes en la corte.

Tales eran los caminos que llevaban a la riqueza y a los honores en el sistema imperial, implícito en el Principado de Augusto, pero no siempre fácil de comprender en su funcionamiento. La competencia política fue esterilizada y regulada por el sistema del patronazgo y del nepotismo que todo lo penetraba. De aquí y a este precio, un Estado ordenado como Sila y César lo hubieran deseado, pero nunca creado. El poder del pueblo estaba quebrantado. Ya no quedaba sitio para aquellas pestes políticas, el demagogo y el aventurero militar. Eso no significaba que la dirección del gobierno estuviese ahora en manos del senado y de los magistrados; no para ésa, sino para otra finalidad, se había restaurado solemne y ostensiblemente su antigua dignidad.

tamente seductor, Galba mismo era ciertamente hábil y se llevó muy bien con su madrastra, cuyo nombre adoptó y llevó algún tiempo (*ibid.*, 4, 1); y lo mismo que su padre, estuvo muy solicitado como pareja. Tras la muerte de su mujer (una Emilia Lépida), se resistió a las propuestas matrimoniales de Agripina, la madre de Nerón.

86. SUETONIO, *Divus Vesp.* 3.

87. *Ibid.*, 4, 1.

Capítulo XXVI

EL GOBIERNO

Aunque en modo alguno tan corrompido e ineficaz como pudiera parecer a primera vista, el modo de gobernar a toda Italia y a un inmenso Imperio según los principios y el sistema de una ciudad-estado era torpe, dispendioso y desastroso. Muchas personas con capacidad, pero faltas de cuna, de protección o de una ambición desesperada se mantenían al margen de la política. No se les podía reprochar. El consulado era monopolio de los *nobiles*; después del consulado, poco que hacer, excepto ejercer un proconsulado, generalmente de corta duración. Los consulares se convertían en «viejos estadistas», decorativos, pendencieros y ambiciosos, rara vez útiles al pueblo romano. Dentro del senado, o fuera de él, un gran caudal de capacidad y de experiencia se encontraba ocioso o se dilapidaba en el juego político.

Los *principes* de la República moribunda se comportaban como dinastas, no como magistrados o servidores del Estado. Augusto manejaba tanto a los consulares como a los cónsules, apartando sus energías y su tiempo libre de la intriga y de la violencia para encauzarlos al servicio del Estado, en Roma, Italia y las provincias. El senado se convirtió en un cuerpo de funcionarios: las magistraturas se depreciaron y convirtieron en fases de cualificación dentro de la jerarquía de la administración.

En cierto sentido, los consulares de la República podrían considerarse el gobierno, *auctores publici consilii*. Pero ese gobierno rara vez había sido capaz de presentar un frente unido en una situación crítica. Quizá contra Catilina, pero no contra Pompeyo o contra Cé-

sar. Cuando se trató de mantener la concordia pública después del asesinato de César Dictador, los consulares fallaron lamentablemente por ambición personal y por enemistades, por incompetencia y por su misma inferioridad numérica. En diciembre del 43 a. C. sólo estaban vivos diecisiete consulares, la mayoría de ellos sin peso. El año de Polión, a raíz del Pacto de Brindis, su número y su prestigio habían bajado todavía más; si se exceptúa a los dinastas Antonio, Octaviano y Lépido, sólo cuatro de ellos aparecen mencionados en la historia posterior.[1]

Los años anteriores a Accio rellenaron los huecos. El senado que aclamó a Augusto y a la restauración de la República podía mostrar un imponente rol de consulares, quizá tantos como cuarenta. Para el futuro, el objeto principal de estos *principes* era el de ser decorativos. Excepto Agripa, sólo seis de ellos son elegidos más tarde para mandar ejércitos como legados o procónsules.[2] Había buenas razones para que así fuese.

Roma e Italia podían ser firmemente custodiadas para el Princeps en ausencia de éste, por dinastas del partido sin título ni poderes oficiales. En el 26 a. C. Tauro era cónsul, es cierto; pero la autoridad de Agripa, de Mecenas y de Livia, que gobernaban Roma en secreto, no tenía nombre ni definición; ni los necesitaba. Puede parecer un exceso de precaución. No. Los verdaderos recursos del poder y el único peligro serio no radicaban en Roma, sino en los ejércitos de las provincias. Hubo de pasar un siglo tras la batalla de Accio, hasta que Nerón, el último descendiente de Augusto, hubo perecido y Galba asumió la herencia de los Julios y de los Claudios, para que el gran secreto saliera por primera vez a la luz de todo el mundo: un emperador podía crearse en otro sitio que en Roma.[3] En Roma, todos lo habían sabido.

Después del primer acuerdo, Augusto no aflojó las riendas de su mando sobre los ejércitos, reteniendo a los más poderosos de éstos por medio de sus legados. Sin embargo, tres provincias militares estaban gobernadas por procónsules. Pero éstos eran sacados también de sus partidarios. Por el momento, la paz y el Principado estaban salvaguardados así. Pero el simple mantenimiento del orden no colmaba la

1. Cf. *supra*, p. 247.
2. *Supra*, pp. 400 s.
3. TÁCITO, *Hist.* I, 4: «evulgato imperii arcano posse principem alibi quam Romae fieri» (Se hizo del dominio público el secreto del Imperio: que un *princeps* podía ser creado en otro lugar que en Roma).

ambición del Princeps ni justificaba su mandato. Había mucho que trabajar en las provincias y en las fronteras, labor que exigía un *princeps* itinerante, y copartícipes de sus poderes. En el 27 a. C. Augusto emprendió sin demora la marcha hacia el oeste, y de los primeros catorce años de su Principado, la mayor parte la pasó en el exterior, en España (27-24 a. C.), en Oriente (22-19 a. C.) y de nuevo en España y Galia (16-13 a. C.). En Oriente, prestigio era su objeto, diplomacia su método.[4] La amenaza de fuerza resultó suficiente. El rey de los partos fue convencido de devolver los estandartes apresados y los soldados romanos supervivientes de los desastres de Craso y Antonio; y una fuerza expedicionaria mandada por el hijastro del Princeps colocó sin necesidad de luchar un candidato de Roma en el trono de Armenia (20-19 a. C.).[5] España y la Galia eran muy distintas. Era necesario someter a los astures y cántabros, abrir los pasos de los Alpes, organizar e imponer tributos a las provincias de Hispania y la Galia, construir carreteras, fundar ciudades y satisfacer las necesidades de los veteranos. El 13 a. C. Augusto y sus subordinados tenían en su haber un conjunto de magníficas realizaciones.

El desenlace de la crisis del 23 a. C. proporcionó al Princeps un lugarteniente y un colaborador en el gobierno de las provincias. Agripa actuó en Oriente en el 23-22 a. C. y en Occidente en el 20-19, en que completó la pacificación de España. Pero los poderes constitucionales y la posición efectiva de Agripa fueron incrementados en una medida que no podía haber previsto ninguno de los actores del drama del 23 a. C. Antes de que terminase el año, murió Marcelo, el sobrino del Princeps y marido de Julia. La viuda le fue consignada a Agripa. Como su enemigo Mecenas lo formuló, no había elección. Augusto debía convertir a Agripa en su yerno o destruirlo.[6] Después, en el 18 a. C., el *imperium* de Agripa fue aumentado, para abarcar (como el de Augusto en el 23 a. C.) las provincias del senado. Más aun, recibió una participación en la *tribunicia potestas*.[7] El lugarteniente de Augusto reanudó en seguida sus viajes y su labor. Tras una estancia de cuatro

4. Sobre política y acontecimientos en Oriente, cf. sobre todo J. G. C. ANDERSON, *CAH* X, 239 ss.

5. SUETONIO, *Tib.* 9, 1; DIÓN, 54, 9, 4 s.; VELEYO, 2, 94*a*, etc. Sobre este tema, cf. L. R. TAYLOR, *JRS* XXVI (1936), 161 ss.

6. DIÓN, 54, 6, 5.

7. *Ibid.*, 54, 12, 4 s. Sobre sus poderes cf. M. REINHOLD, *Marcus Agripa* (1933), 88 ss. Es cuestión de terminología si habría, o no, que llamarlo corregente.

años como virrey de Oriente, Agripa regresó a Roma el 13 a. C., para encontrar a Augusto recién vuelto de España y de la Galia. Durante los últimos catorce años, rara vez habían estado juntos en el mismo sitio. Requerida por las necesidades de gobierno, la separación de los dos dinastas contribuyó a disipar causas de fricción y a consolidar una alianza tal vez no tan leal e inequívoca como el pueblo romano había llegado a creer.

Este año fue consagrado solemnemente un monumento llamado Ara Pacis.[8] La paz exigía nuevas guerras y mayores. Las legiones fueron rejuvenecidas y disciplinadas, pues por esas fechas los veteranos de las guerras civiles habían sido asentados en colonias italianas y provinciales. Personal de refresco y una escuela mejor ocuparon su lugar. Aquel mismo año Augusto promulgó reglamentaciones referentes a la paga y al servicio militar, que por fin reconocían la existencia de un ejército profesional y apartaban definitivamente a las legiones del campo de la política. Nunca más podría el soldado, al término de su servicio, coaccionar al gobierno y aterrorizar a los dueños de la propiedad; lo único que podía recibir era una recompensa en dinero.

El ejército contaba ahora con veintiocho legiones. Catorce o quince de ellas estaban acantonadas en las provincias de la frontera norte, desde la Galia hasta Macedonia; un gran avance estaba previsto a todo lo largo de esa línea.[9] Ilírico es el tema central, y la ampliación de Ilírico, hasta la orilla del río Danubio, el logro fundamental de la política exterior de Augusto.[10] Sus propias campañas anteriores habían tenido finalidad defensiva; tampoco las operaciones de M. Licinio Craso en los Balcanes habían ampliado mucho la provincia de Macedonia. En los primeros años del Principado, la frontera imperial del noreste consistía en dos provincias senatoriales, Ilírico y Macedonia, flanqueada y guardada cada una de ellas por un principado dependiente, a saber, por Nórico y por Tracia. El territorio romano era estrecho

8. *Res Gestae*, 12. El monumento no fue terminado y dedicado hasta el 9 a. C.

9. Cf. *JRS* XXIII (1933) 19 ss. Ciertas legiones retiradas recientemente de España reforzaron los ejércitos de la Galia e Ilírico; y una nueva legión, la XXI Rapax, fue alistada probablemente por entonces.

10. Sobre esta concepción de la política exterior de Augusto, cf. *CAH* X, 355 ss.; la verdadera realidad se ha oscurecido a menudo por la creencia de que Octaviano, en el 35 y 34 a. C., conquistó toda Bosnia y el valle del Save hasta Belgrado (lo que ninguna fuente antigua afirma), y que las operaciones de Tiberio en el 12-9 a. C. se redujeron a suprimir rebeliones locales.

y raro, sobre todo por carecer de comunicaciones laterales: no había (ni hay) un camino a lo largo de la costa del Adriático. El proyecto de Augusto trataba de corregir estos defectos, consiguiendo una vía terrestre desde Italia a los Balcanes y una frontera adecuada. Esto era lo esencial y lo mínimo. Un avance desde el flanco de la Galia hacia dentro de Germania podía acortar aún más las comunicaciones, atar unas a otras las provincias europeas y alejar el peligro alarmante, puesto de manifiesto durante el Triunvirato, de que el Imperio pudiese romperse en dos partes.

El 13 a. C. ya se había hecho un buen comienzo. La conquista de los países alpinos, iniciada por el competente soldado P. Silio como procónsul de Ilírico en el 17 y 16 a. C.,[11] fue consumada por Tiberio y Druso en campañas convergentes y victoriosas (15 a. C.). Silio fue casi borrado de la crónica histórica; un poeta contemporáneo celebró las hazañas marciales de los dos Claudios, hijastros del Princeps.[12]

El reino de Nórico fue anexionado por aquellos mismos días.[13] El 14 o el 13 a. C., M. Vinicio inició en Ilírico el *Bellum Pannonicum*.[14] En Macedonia, M. Lolio (19-18 a. C.) y L. Tario Rufo (17-16 a. C.) habían estado empleados recientemente;[15] y en esta ocasión el procónsul de Macedonia, quienquiera que fuese, seguramente no estuvo inactivo. La conquista tenía que venir de dos direcciones, desde el oeste y desde el sur, lo que exigía los servicios de dos ejércitos independientes.

El esfuerzo supremo, sin embargo, aún fue mayor. Estaba el Rin también. Se pretendía que la gloria de todo ello recayese sobre Agripa

11. Dión, 54, 20, 1 s. (bajo el 16 a. C.): *ILS* 899 (Aenona, en Dalmacia): «P. Silio / P.f. procos. / patron. / d.d.». Silio luchó contra los camunios y los venones.

12. Horacio, *Odas* 4, 4 y 14.

13. Dión, 54, 20, 2; Estrabón, p. 206.

14. Veleyo, 2, 96, 2 s.; Floro, 2, 24. Dión registra sublevaciones en Dalmacia en 16 a. C. y entre los panonios en el 14 a. C. (54, 20, 3; 24, 3), sin mencionar a M. Vinicio, ni aquí ni en el 13 a. C. (54, 28, 1). Se puede conjeturar que Vinicio haya sido procónsul de Ilírico en el 14 y 13 a. C., probablemente el último procónsul de aquella provincia.

15. Dión, 54, 20, 3 s. (bajo el 16 a. C.). Sobre M. Lolio, cf. el fragm. de una inscripción de Filipos (*L'ann. ép.*, 1933, 85); sobre L. Tario, la de las cercanías de Amphipolis (*ibid.*, 1936, 18: «imp. Caesare / divi f. Aug. / L. Tario Ruf. pro / pr. / leg. X Fret. / pontem fecit». Él no es calificado de «procónsul». Esto puede significar que el Princeps había asumido el mando de la provincia, o se había abstenido de nombrar un procónsul. No hay documentación del título de M. Lolio.

y los dos Claudios. A su regreso de Oriente, Agripa fue a Ilírico e hizo una campaña en el invierno del 13-12 a. C.[16] Es de suponer que el planteamiento consistía en que Agripa continuase la conquista de Ilírico en el 12 a. C. mientras Druso invadía Germania desde el Rin y Tiberio operaba en los Balcanes. Pero la columna central fracasó. Agotado por el invierno de Pannonia, Agripa murió en febrero del 12 a. C. Además, se produjo un retraso por el lado de Macedonia. En Tracia estalló una gran sublevación. L. Calpurnio Pisón, que acudió de Galacia con un ejército, estuvo ocupado tres duros años en los Balcanes.[17]

Y así fue Tiberio, como legado de Ilírico, y no Agripa, quien subyugó a los panonios y a los dálmatas (12-9 a. C.). En los mismos años, Druso, con las legiones del Rin y los contingentes de la Galia, invadió Germania y llegó al Elba.[18] En el 9 a. C. murió Druso, y Tiberio realizó dos campañas más contra los germanos. Después, en el 6 a. C., se produjo una crisis en la familia y en el partido de Augusto. Tiberio se retiró amargado y asqueado a Rodas, en un exilio voluntario. A la muerte de Agripa, lugarteniente y yerno de Augusto, seis años antes, el Princeps pareció quedarse solo, sosteniendo la carga del Imperio en la guerra y en la paz:

> cum tot sustineas et tanta negotia solus
> res Italas armis tuteris, moribus ornes.[19]

16. Dión, 54, 34, 5 ss.; Veleyo, 2, 92, 2. Veleyo dice que Agripa y Vinicio iniciaron el *Bellum Pannonicum*, que fue continuado y completado por Tiberio.

17. Dión, 54, 34, 5 ss.; Veleyo, 2, 98; Livio, *Per.* 140; Séneca, *Epp.* 83, 14. Los tres años del *Bellum Thracicum* son o bien 13-11 o 12-10 a. C. Según Séneca (*l. c.*), Augusto dio a Pisón «secreta mandata», con objeto de que el *legatus Augusti* tuviese, en caso de necesidad, autoridad sobre el procónsul de Macedonia (?).

18. Para detalles, cf. *CAH*, 358 ss.; Dión, 54, 31, 2 ss., etc.; Suetonio, *Tib.* 9, 2; y de interés especial, *Res Gestae* 30: «Pannoniorum gentes qua[s a]nte me principem populi Romani exercitus nun/quam ad[i]t, devictas per Ti. Neronem, qui tum erat privignus et legatus meus, imperio Populi Romani s[ubie]ci, protulique fines Illyrici ad r[ip]am fluminis / Dan[ub]i» (Los pueblos de Panonia, a los que antes de mi reinado el ejército del pueblo romano no había llegado, fueron vencidos por Tiberio Nerón, que era entonces mi yerno y legado. Yo los he sometido al poder del pueblo romano y extendido los límites de Ilírico hasta la ribera del río Danubio).

19. Horacio, *Epp.* 2, 1, 1 s. «Cuando soportas tantas y tan graves preocupaciones tú solo, cuando proteges con las armas el poderío de Italia y le das el ornato de las costumbres».

Esto era un cortés homenaje. Agripa había fallecido. Tauro quizá había muerto ya por entonces; y Mecenas, alejado de la política hacía tiempo, tenía poca vida por delante. Pero había una nueva generación, los dos Claudios, para heredar los cometidos de Agripa y de Tauro.

Sin los Claudios, sin embargo, la situación podría parecer desesperada para el Princeps y para el Imperio. ¿Quién había ahora para continuar las guerras del norte o gobernar el mundo oriental con poderes especiales? Un déspota que se iba haciendo viejo quedaba encallado con dos muchachos sin experiencia, Gayo y Lucio, los hijos de Agripa, a quienes había adoptado como hijos.

Hasta el 13 a. C. Augusto y Agripa dirigieron, o por lo menos supervisaron, la política exterior y fronteriza del Imperio desde cerca, con largos períodos de residencia en las provincias. Ahora se produce un cambio, resultante en parte de la casualidad. Augusto en persona nunca más salió de Italia. Agripa había sido indispensable en los años anteriores, como lugarteniente, dondequiera que Augusto no podía estar, sobre todo como subgobernador de todo el Oriente; y se pensaba que asumiese el mando supremo de las guerras del norte. Sin embargo, Tiberio y Druso habían llenado el vacío y realizado la tarea del general con lucimiento y éxito. Pero ahora Druso estaba muerto y Tiberio en el exilio.

El gobierno resistió la prueba. Con toda su capacidad y sus méritos, Tiberio no era el único general o administrador entre los *principes*. Otros hombres competentes aparecen ahora y asumen la herencia del poder y del mando, tanto nobles como *novi homines*. Hasta ahora se les había tenido en un segundo plano por razones políticas o dinásticas, por la gloria del Princeps y de sus hijastros. De los grandes mariscales plebeyos con mando de ejércitos en tiempos de Augusto, sólo uno, además de Agripa, tiene una oda dedicada de Horacio, Marco Lolio.[20] No se puede decir que a los *nobiles* les fuese mejor.[21] A los militares que sirvieron a la dinastía y al Estado, Augusto y la historia les han pagado un tributo mezquino; el recuerdo de sus realizaciones ha sido deformado y borrado. Sobre todo, hay una falta singular de documentación histórica para los nueve años en que Tiberio estuvo ausente del servicio a Roma (6 a. C.-4 d. C.). Por casualidad, o con

20. *Odas* 4, 9.

21. Por ejemplo, Pisón y Ahenobarbo no tienen dedicada ninguna oda de Horacio.

ánimo de adularlo, los historiadores favorables a Tiberio han pasado por alto las hazañas de sus colegas y rivales, como si quisieran dar la impresión de que Tiberio era el único e incomparable general al servicio de Roma.[22]

Se había construido ahora un sistema de gobierno. Como hemos indicado, el Princeps dudaba en confiar ejércitos a los *viri triumphales* del período revolucionario. Después de veinte años se estaban haciendo viejos o habían desaparecido; una nueva constelación de consulares, capaces y distinguidos, estaba disponible para las necesidades de la guerra y del gobierno. En los primeros años de ensayo del nuevo régimen, Augusto gobernó los territorios y los ejércitos de su provincia por medio de sus *legati pro praetore*, que, por razones varias y que se completan entre sí, eran de rango pretorio casi sin excepción. Al mismo tiempo, conforme más senadores llegaban al consulado, hombres recios, sin antepasados, pero recomendados por su lealtad y por su servicio, o aristócratas jóvenes, hijos de republicanos proscritos y derrotados, la *provincia* de Augusto empezó a convertirse en un conjunto permanente de provincias pretorias y consulares. Sin embargo, un sistema rígido hubiese sido ajeno tanto al espíritu romano como al gobierno personal y oportunista del Princeps, y los mandatos especiales podían crearse a voluntad para hacer frente a un peligro o promocionar a uno del partido.

Galacia-Panfilia, la extensa provincia que sucedió al reino de Amintas, fue organizada por vez primera por un legado de rango pretorio y considerada habitualmente como pretoria. Sin embargo, en tres ocasiones como mínimo, en el reinado de Augusto, Galacia estuvo gobernada por legados de rango consular.[23] Galacia podría considerarse con razón como una provincia fronteriza; en la pacificación de sus

22. Esta intención es palpable y flagrante en Veleyo Patérculo. Las únicas operaciones militares que menciona, durante la ausencia de Tiberio, son las de M. Vinicio en Germania (*c.* 2 d. C.), y para eso con mucha frialdad (2, 104, 2). Como era natural, ni una palabra de Ahenobarbo, o incluso de Quirinio. Las fuentes de Dión para este período no eran abundantes en ningún caso, probablemente; pero además, dos páginas de su manuscrito se han perdido en este punto. Una confianza inocente en el fraudulento Veleyo, quizá también ignorancia del estado del relato de Dión, han perpetuado creencias absolutamente insatisfactorias sobre la historia de esta época. Aquí habría que incluir probablemente ciertas campañas omitidas por Veleyo y perdidas en Dión, o que éste no conoció.

23. Pruebas y argumentos en pro de esta teoría en *Klio* XXVII (1934) 122 ss.

fronteras meridionales había perdido la vida el rey Amintas; y aunque no había ninguna base permanente de tropas romanas, las colonias de veteranos de esta región servían a fines militares de defensa. Además, hacían falta también legiones para reducir a las tribus del Tauro que practicaban el bandolerismo, los homonadenses y los isaurios.

El reparto de provincias entre el Princeps y el senado, realizado en el 27, no fue en modo alguno definitivo ni sistemático. Augusto podía ser requerido por el senado, bien a nombrar un procónsul en caso de peligro, bien a hacerse cargo de una provincia durante un período corto o largo. Tampoco las provincias públicas estaban clasificadas en pretorias y consulares. Es de suponer que África estuviese gobernada desde un principio por personas de rango consular, y quizá Asia también. Ilírico, mientras fue senatorial, y Macedonia, mientras conservó legiones, pueden ofrecer ejemplos de procónsules consulares. El senado conservó África, provincia de no poca importancia por sus guerras continuas y arduas; la guarnición puede no haber sido siempre tan pequeña como la sola legión que permaneció allí desde los últimos años de Augusto en adelante;[24] y aunque ningún procónsul celebró un triunfo después de Balbo, los gobernadores, siendo legalmente independientes del Princeps, hacían la guerra bajo sus propios auspicios. Pero el senado perdió los otros dos ejércitos. En el 12 a. C. Augusto se hizo cargo de Ilírico;[25] y tras las campañas de Tiberio y Pisón y la primera fase de la pacificación de los Balcanes *(c.* 9 a. C.), o bien unos doce años después, se le quitaron al procónsul las legiones de Macedonia que fueron asignadas al gobernador de una nueva provincia del norte, el legado imperial de Mesia.[26] Cuando el Ilírico y el ejército del Rin fueron divididos, en los últimos años del Principado, existían siete mandos militares desempeñados por legados imperiales de rango con-

24. La Legio XII Fulminata puede haber estado en África *c.* 3 d. C. (*ILS* 8956).

25. Dión (54, 34, 4), al fechar la transferencia en el 11 a. C., le atribuye como causa la necesidad de protección militar, lo cual se ajusta a su concepto de la repartición original de provincias en el 27 a. C., y revela su propia falta de fundamento. Suponemos aquí, aunque no se pueda demostrar, que M. Vinicio fue el último procónsul, y Tiberio el primer legado imperial de Ilírico.

26. Sobre la cronología de este período, cf. *JRS* XXIV (1934), 113 ss., con inclinación hacia los años más tardíos. Se puede alegar, sin embargo, que el nuevo mandato fue implantado como resultado de las campañas de Pisón. El primer legado de Mesia claramente atestiguado es el consular A. Cecina Severo, en el 6 d. C. (Dión, 55, 29, 3).

sular; cinco de ellos se encontraban a lo largo de la frontera norte del Imperio, abarcando no menos de quince legiones. El contraste con las tres provincias del 27 a. C. revela el cambio producido tanto en la administración como en la política exterior.

Todas las conquistas o anexiones habían correspondido a la parte del Princeps; éste también se hizo cargo de Cerdeña y la conservó.[27] Al senado no le devolvió territorios militares, sino únicamente, de vez en cuando, algunas regiones pacíficas, es decir, las partes meridionales de la Galia y de España (Narbonense y Bética) y la isla de Chipre.[28] Esto producía buena impresión e importaba poco. En el 27 a. C. el senado proveyó de procónsules a ocho provincias; en el 14 d. C., a diez.

En el nombramiento de gobernadores, el Princeps alentaba a la juventud y también recompensaba a la experiencia. El cónsul joven, de treinta y tres años, no tenía que esperar demasiado por una provincia: África o Asia podían ser suyas por sorteo tras un intervalo de cinco años. Pero el favor podía acortar los plazos legales, y eso no sólo para príncipes de la sangre. Ahenobarbo fue procónsul de África cuatro años después de su consulado;[29] Paulo Fabio Máximo y Asinio Galo gobernaron Asia tras un intervalo más corto aún, quizá de apenas dos años.[30] Respecto a su propia provincia, el Princeps no estaba sujeto a ninguna restricción: sus favoritos particulares, Tiberio y Druso, mandaron ejércitos tras cumplir los veinte años. El patronazgo se justificaba con los buenos resultados, y el patronazgo no era cosa nueva en Roma.

En tiempos de la República, el mando de un ejército era el premio al nacimiento, a la ambición o a la codicia, y se obtenía por medio de

27. Dión, 55, 28, 1 (6 d. C.). Otras adquisiciones fueron Galacia, Recia, Nórico y Judea.

28. Chipre y la Narbonense en el 22 a. C. La fecha en que la Bética fue separada de la Hispania Ulterior y transferida al senado no está atestiguada. Difícilmente pudo ocurrir en el 2 a. C., como Dessau propugnaba, basándose en *ILS* 102. Quizá en el período 16-13 a. C., en que el Princeps en persona visitó España. Dos ejércitos permanecieron aún en España, uno en la Ulterior (Lusitania) y otro en la Citerior (Tarraconense). Cf. *infra*, p. 489.

29. *ILS* 6095.

30. Paulo Fabio Máximo (*cos.* 11 a. C.) fue procónsul de Asia (*OGIS* 458) probablemente el 9 a. C. (las razones en P-W VI, 1782); C. Asinio Galo (*cos.* 8 a. C.), con seguridad en el 6-5 a. C., *ILS* 97. Fabio es descrito como ἀπὸ τῆς ἐκείνου δεξιᾶς καὶ γνώμης ἀπεσταλμένος (habiéndose apartado del ejemplo que él le daba de su lealtad y de su recto proceder) (*OGIS* 458 II, línea 45).

la intriga y de la corrupción. Las familias nobles alistaban en su *clientela* a provincias enteras y trataban de ejercer sobre ellas derechos hereditarios; de aquí el rencor de un Ahenobarbo cuando César acaparó la Galia durante muchos años. De ello no se sigue que las guerras emprendidas por los nobles o por los políticos fuesen siempre inútiles o desastrosas. Los romanos estaban libres por lo menos de las catástrofes siniestras que tantas veces producen el estudio teórico del arte de la guerra o una carrera larga y estéril de instrucción profesional. Ellos conservaban la cabeza clara para decidir y para actuar. Donde el talento natural y el hábito y el privilegio heredados de mandar no eran suficientes, el procónsul podía recabar el consejo de soldados experimentados. Los centuriones constituían el esqueleto y los nervios del ejército romano; los centuriones de más edad asistían normalmente a los consejos del general. Por otra parte, los oficiales ecuestres podían resultar muy útiles, con largos años de servicio continuo, capacitados para mandar la caballería indígena y ocuparse de la intendencia.

No todos los hombres de rango senatorial eran inexpertos en la guerra práctica. El procónsul podía elegir *viri militares* como legados. Pisón no era en realidad un soldado, pero llevó a Macedonia legados competentes; y Cicerón en Cilicia estuvo bien atendido.[31] Cuando Pompeyo consiguió para César el mando de la Galia, le dio a Labieno, que debía de haber tenido experiencia anterior.[32] Otro pompeyano del Piceno, Afranio, había servido continuamente a las órdenes de su patrono en las guerras de España y contra Mitrídates.[33] De los otros, el oscuro Petreyo gozaba también de gran reputación como hombre de la milicia.[34] Pudo haber servido antes en España; Varrón,

31. Entre los legados de Pisón estaban Q. Marcio Crispo y L. Valerio Flaco (*In Pisonem*, 54). CICERÓN tuvo a Q. Pomptino (*Ad fam.* 15, 4, 8). Flaco y Pomptino son descritos por SALUSTIO (*BC* 45, 2) como «homines militares». Y tenía razón, según demuestran sus carreras. Sobre Q. Marcio Crispo cf. *supra*, pp. 89; 143; 249. CICERÓN le llama «virum fortem in primis, belli ac rei militaris peritum» (*In Pisonem* 54).

32. Es decir, en el supuesto de que Labieno fuese, desde el principio, del partido de Pompeyo [*JRS* XXVIII (1938), 113 ss.].

33. PLUTARCO, *Sertorius* 19; OROSIO, 5, 23, 14; PLUTARCO, *Pompeius* 34, 36 y 39; DIÓN, 37, 5, 4 s.

34. SALUSTIO, *BC* 59, 6: «homo militaris, quod amplius annos triginta tribunus aut praefectus aut legatus aut praetor cum magna gloria in exercitu fuerat» (militar de profesión, que había estado más de treinta años en el ejército, con gran prestigio, como tribuno, prefecto, legado o pretor).

desde luego, lo había hecho, y Varrón, a quien la posteridad recuerda como erudito anticuario, era sin duda un competente administrador.

En este terreno, el Principado no introdujo novedades sorprendentes. Como antes, los centuriones de edad y los oficiales ecuestres eran un pozo de sabiduría. Tanto los centuriones que pasaban a la *militia equestris* como los caballeros ascendidos al senado —caso de Veleyo Patérculo— estaban respaldados muchas veces por una buena hoja de servicios. Por lo demás, los hijos jóvenes de senadores, aspirantes a la carrera senatorial, hacían un servicio como tribunos militares, y a veces como *praefecti equitum* también.[35] Augusto insistía tanto en la conveniencia del servicio militar, que llegó a poner a dos hijos de senadores al frente de un solo regimiento de caballería auxiliar.[36] Después de la cuestura o de la pretura, el senador podía asumir el mando de una legión; este cargo no era una innovación, sino la estabilización de una costumbre bastante corriente en los ejércitos de Pompeyo y César y que había proliferado durante las guerras de la revolución.[37] Pero aun así, en el sistema plenamente desarrollado del Principado, la experiencia previa adquirida por un hombre designado *vir militaris*, como tribuno militar y legado de legión, destinado a gobernar una de las grandes provincias militares después de su consulado, no siempre había sido muy larga ni muy completa.

La diferencia radica más en los mandos provinciales continuos y repetidos. Los modelos y precedentes de una carrera ininterrumpida, al frente de ejércitos y en el gobierno de provincias, eran los legados de Pompeyo y de César, como Afranio y Labieno, y los generales de la etapa revolucionaria, como Tauro y Canidio. También se había creado una gran escuela de almirantes. Después de Accio no hubo sitio para ellos.[38] Pero la lección no fue en vano. Augusto perpetuó el premio a la especialización, por razones políticas no menos que por razones militares: los *novi homines* de cierta edad eran seguros. Lolio y Quirinio, que alcanzaron el consulado por *militaris industria*, go-

35. Por ejemplo, *ILS* 911 s. Cf. SUETONIO, *Divus Aug.* 38.

36. SUETONIO, *Divos Aug.* 38, 2.

37. En esta época son a menudo, y quizá normalmente, de rango cuestorio, cf. *ILS* 931 y 945. La primera persona que se describe como legado de una legión concreta es P. Cornelio Léntulo Escipión, que desempeña ese cargo en el 22 d. C. (*ILS* 940, cf. TÁCITO, *Ann.* 3, 74).

38. Las escuadras están mandadas ahora por caballeros romanos, *v. gr. ILS* 2688 y 2693. Más tarde aparecen los libertos imperiales.

bernaron más tarde, como consulares, provincias importantes, una tras otra. Éstos estuvieron entre los más grandes, pero no fueron excepcionales. Vinicio es un paralelo próximo; es de lamentar que se sepa tan poco de las carreras de L. Tario Rufo y de C. Sentio Saturnino.[39] El ejemplo más llamativo de servicio continuo es el que ofrece el *novus homo* del Piceno, C. Popeo Sabino (*cos.* 9 d. C.). Durante veinticinco años, este hombre tuvo Mesia a su cargo, la mayor parte del tiempo junto con las provincias de Macedonia y Acaya.[40]

Pero Popeo corresponde más bien al reinado de Tiberio, notable por la estabilidad de los cargos y por una paz sin apenas perturbaciones en las fronteras. El registro histórico de las guerras de Augusto es fragmentario y caprichoso. La intención y la casualidad han actuado al unísono, pues el Princeps se propuso que las empresas militares de su reinado fuesen conmemoradas a costa de sus autores, verdaderos pero subordinados. Muchas operaciones militares de importancia apenas se conocen; otras campañas han caído sin duda en el olvido. No existe un registro completo ni de los gobernadores de las provincias militares ni de las carreras de los más eminentes generales y administradores del Nuevo Estado. Sin embargo, ciertos ejemplos son pertinentes y sugestivos.

Los problemas de las provincias orientales eran políticos más que administrativos. El legado de Siria podía constituir una amenaza para el gobierno de Roma. Después de Varrón, Agripa es el siguiente legado atestiguado, y gobierna la provincia *in absentia*. Pudo no haber habido un legado independiente de Siria durante el período de su estancia como vicerregente en los países de Oriente (17-13 a. C.). Ésa era una solución al problema político. Pero Agripa se ausentó en el 13 a. C. M. Ticio, que poseía mucha experiencia del Oriente desde sus días de colaborador de Antonio, parece haber sido nombrado entonces legado de Siria,[41] su sucesor fue el fiel y competente C. Sentio Satur-

39. Cf. *supra*, p. 403 s.

40. TÁCITO, *Ann.* 1, 80; 6, 39; DIÓN, 58, 25, 4.

41. Está atestiguado en algún momento entre el 13 y el 8 a. C. (JOSEFO, *AJ* 16, 270), quizá tan pronto como el 13, cf. T. CORBISHLEY, *JRS* XXIV (1934), 43 ss. ESTRABÓN (p. 748) dice que era gobernador en la época de entrega de los rehenes de los partos, lo que puede caer en el 19 a. C. y no, como se supone generalmente, *c.* 13-10, cf. L. R. TAYLOR, *JRS* XXVI (1936), 161 ss. De aquí la posibilidad de que M. Ticio fuese legado de Siria en dos ocasiones distintas. El argumento para atribuirle la inscr. de Tibur (*ILS* 918) no es tan fuerte. Cf. n. 48.

nino.[42] Pero aunque de mayor relieve en el registro histórico, Siria no era la única provincia del este que requería tratamiento especial. Los legados de Galacia son una clase instructiva.

Cuatro personajes notables gobernaron Galacia en diferentes ocasiones, uno cuando era pretorio, los otros, consulares. M. Lolio (*cos.* 21 a. C.) llevó a cabo la anexión de la provincia después de la muerte de Amintas; más tarde sirvió en Macedonia como procónsul (19-18 a. C.) y gobernó la Galia Comata (17-16 a. C.).[43] Después de eso, un largo intervalo hasta que Lolio reaparece como guía y consejero de Gayo César, cuando éste fue al Oriente en el 1 a. C.[44] L. Calpurnio Pisón (*cos.* 15 a. C.) está atestiguado en Galacia-Panfilia *c.* 13 a. C.[45] Sus cargos anteriores son desconocidos, dudosos o discutibles.[46] Desde Galacia fue llamado a Tracia con un ejército, donde estuvo ocupado tres años; después de eso fue procónsul de Asia,[47] posteriormente, puede ser, legado de Siria.[48]

P. Sulpicio Quirinio (*cos.* 12 a. C.) hizo una larga carrera de leales servicios a Augusto y al Estado. Entre sus realizaciones (quizá antes

42. JOSEFO, *AJ* 16, 344, etc. La fecha de su gobierno es probablemente 9-6 a. C. (P-W II A, 1519 ss.). Podría haber espacio para otro legado entre Ticio y Sentio, pero no tiene objeto intercalar uno.

43. DIÓN 54, 20, 4 ss.; VELEYO, 2, 97, 1; JULIO OBSEQUENTE, *De prodigiis* 71 (17 a. C.).

44. *Infra*, p. 521.

45. DIÓN, 54, 34, 6; cf. *Anth. Pal.* 6, 241.

46. OROSIO (6, 21, 22), que le atribuye una guerra en los Alpes, y SUETONIO (*De rhet.* 6) describiendo un caso tratado ante él cuando era procónsul, en «Mediolanum» (Milán), son muy intrigantes. Sobre su carrera, cf. GROAG en *PIR*², C 289.

47. *Anth. Pal.* 10, 25, 3 s. Posiblemente también las inscr. *IGRR* IV, 410 ss. (Pergamum) y *BCH* V (1881) 183 (Stratonicea); aunque éstas podrían también referirse a L. Calpurnio Pisón (el augur), *cos.* 1 a. C., procónsul de Asia (*ILS* 8814).

48. No hay documentación, pero habría espacio para él en el período 4-1 a. C. La dedicación de Hierapolis-Castabala en Cilicia, publicada en los *Jahreshefte* XVIII (1915), Beiblatt 51, no sería suficiente para apoyarla ni segura, pues puede corresponder a otro L. Pisón de fecha algo posterior; y Castabala era la capital de un principado indígena. Sería posible, sin embargo, atribuir a Pisón la inscr. de Tibor (*ILS* 918), un *elogium* muy discutido. En ella se recuerda la carrera de una persona que era legado de Augusto en una provincia cuyo nombre se ha perdido, pero que le proporcionó los *ornamenta triumphalia* por una guerra victoriosa cuando era procónsul de Asia, y después legado otra vez de Siria. Esto se ajustaría muy bien a Pisón y a su *Bellum Thracicum*, pero aún no se puede excluir del todo a Quirinio (*infra*, nota 52).

del consulado), una campaña contra los marmáridas, tribus del desierto africano que habitaban al sur de Cirene.[49] En alguno de los doce años posteriores a su consulado, Quirinio gobernó Galacia y sometió a los homonadenses.[50] En el 2 d. C., después de la desgracia y muerte de Lolio, Quirinio ocupó su puesto con C. César.[51] Tres o cuatro años más tarde, fue nombrado legado de Siria, y en función del cargo anexionó Judea tras la deposición del etnarca Arquelao. Inició el gobierno romano de Judea ordenando llevar a cabo un censo, y aplastó la insurrección provocada por aquella medida extraña y de mal gusto para los judíos (6 d. C.).[52]

M. Plautio Silvano (*cos.* 2 a. C.) desempeñó sucesivamente los cargos de procónsul de Asia y legado imperial de Galacia, donde luchó y acabó con los montañeses de Isauria (6 d. C.).[53] Aquel año los panonios y dálmatas se alzaron en rebelión. Como veinte años antes en la Guerra Tracia de Pisón, ahora los países Balcánicos pidieron refuerzos otra vez a los ejércitos de Oriente. En el 7 d. C. Silvano trajo tropas a los Balcanes, luchó al lado de Cecina Severo, legado de Mesia, en una gran batalla, casi desastrosa para Roma, y permaneció dos años al frente de su ejército, hasta que los insurgentes fueron aplastados.[54]

Aunque incompletos, estos anales de cuatro carreras senatoriales al servicio del Imperio son instructivas e impresionantes. Quirinio fue con seguridad el primer senador de su familia, y lo mismo quizá Lolio. Silvano y Pisón, en cambio, eran *nobiles*.

Todos estos hombres tuvieron el mando supremo de las provincias del Oriente, con las cuales, a decir verdad, tanto Silvano como Pisón

49. Floro, 2, 31. Fecha desconocida, tal vez 15 a. C., ¿como procónsul de Creta y Cirene? Cf. E. Groag, P-W IV A, 825 ss.

50. Tácito *Ann.* 3, 48; Estrabón, p. 569. Fecha desconocida; las más plausibles, 9-8 a. C. o 4-3 a. C.; cf. *Klio* 27 (1934), 135 ss.

51. *Infra*, p. 523.

52. Josefo, *AJ* 17, 335, cf. 18, 1, etc.; *ILS* 2683. Véase también San Lucas 2, 1 s.; *Actas* 5, 37. Los intentos de descubrir un gobierno anterior (y por implicación, inventar un censo anterior de Judea) parecen fracasar siempre por algún motivo. Aunque *ILS* 918 podría atribuirse a Quirinio (y a la guerra que él hizo como legado de Galacia-Panfilia C. 9-8 o 4-3 a. C.), no se pueden utilizar para demostrar dos gobiernos de Siria

53. Dión, 55, 28, 2 s.; *SEG* VI, 646 (dedicación a Silvano en Atalia de Panfilia). Sobre su proconsulado de Asia, *IGRR* IV, 1362 (Thyatira).

54. Veleyo, 2, 112, 4; Dión, 55, 34, 6; 56, 12, 2; *ILS* 921 (Tibur).

podían recordar lazos hereditarios.[55] Más importantes que Siria y Galacia eran los ejércitos del norte, con sus dos grandes mandos en Ilírico y en el Rin, una prueba más angustiosa para el Princeps y su partido estando ahora Druso muerto y Tiberio en el exilio. Cualquier cosa que hubiese sucedido en Roma, siempre hubiese habido una pausa en las operaciones después de la conquista de Ilírico y de la invasión de Germania. Otros generales habrían tenido el mando en el norte. Además, un gran número de soldados legionarios, cumplido su servicio, fueron licenciados entre los años 7 y 2 a. C. Pero no se perdió terreno alguno durante el decenio en que Tiberio estuvo al margen de la dirección de la política exterior de Roma (6 a. C.-4 d. C.). Al contrario, varias expediciones cruzaron el Danubio en aquellos años; las tribus de la otra orilla del río fueron intimidadas, y Bohemia, donde Maroboduo, rey de los marcomanos, había constituido un poderoso dominio, quedó aislada por el este y por el oeste. Si pudiésemos recuperar completos y con exactitud los anales de las guerras y de los generales que actuaron en el norte, nos revelarían hechos políticos trascendentales.[56] Cuando Tiberio marchó de Ilírico al Rin, tras la muerte de Druso, le sucedió Sex. Apuleyo (*cos.* 29 a. C.);[57] el legado siguiente fue L. Domicio Ahenobarbo, que marchó a través de Germania desde el Danubio al Elba;[58] después de él, antes del 4 d. C., hay que intercalar quizá los nombres de M. Vinicio y de Cn. Cornelio Léntulo.[59]

55. El padre de Pisón, de gustos filohelénicos, había sido procónsul de Macedonia. Sobre la actividad de los Plautios en el Oriente, cf. MÜNZER, *RA*, 43 s. Sobre esa familia, véase también *infra*. pp. 515 s.

56. Operaciones no fechadas en el Danubio, y más allá están atestiguadas en las *Res Gestae* 30; FLORO, 2, 28 s.; TÁCITO, *Ann.* 4, 44; ESTRABÓN, pp. 303-305; y por el *elogium* que con cierta confianza se puede asignar a M. Vinicio (*ILS* 8965). Sobre la conveniencia de colocarlos a todos en este período del 9 a. C. al 6 d. C. (o más apretadamente de 6 a. C. a 4 d. C.), cf. *CQ* XXVII (1933), 142 ss.; *IRS* XXIV (1934), 113 ss. Seguridad no es posible alcanzarla, ni siquiera precisiones de detalle. Pero esta datación se adapta a la situación militar y al estado en que se encuentran las fuentes antiguas de este período.

57. CASIODORO, *Chron. Min.* 2, 135.

58. DIÓN, 55, 10 a, 2; TÁCITO, *Ann.* 4, 44.

59. La fecha del mando de M. Vinicio (*ILS* 8965) es totalmente incierta. A. VON PREMERSTEIN se inclina por el 14-13 a. C. (cuando, de hecho, está documentado en Ilírico al comienzo del *Bellum Pannonicum*), cf. *Jahreshefte* XXVIII (1933), 140 ss.; XXIX (1934), 60 ss. C. PATSCH [*Wiener S-B.* 214, 1 (1932) 104 ss.] y otros están a favor del 10 a. C. Sobre Cn. Cornelio Léntulo (FLORO, 2, 28 s., TÁCITO, *Ann.* 4, 44), cf. GROAG, *PIR*², C 1379, que demuestra que es el cónsul del 14 a. C., no, como has-

La situación de estos años en los Balcanes es el doble de oscura. El ejército de Macedonia pudo conservarlo todavía el procónsul, o pudo haber sido transferido ya al legado de Mesia.[60] Comoquiera que fuese, no se pueden señalar consulares en este período, sólo pretorios al mando del ejército, a saber; P. Vinicio y P. Silio, hijos de dos de los mariscales de Augusto.[61]

En cuanto al Rin, no es seguro quién sucedió a Tiberio en el 6 a. C.[62] Poco después, sin embargo, aquel importante mando, con cinco legiones a sus órdenes, fue desempeñado por Ahenobarbo y por Vinicio en sucesión inmediata.[63] También al período de la ausencia de Tiberio corresponde el mando en España de Paulo Fabio Máximo, y el gobierno sirio al que P. Quintilio Varo pasó después de su proconsulado de África.[64] También se luchó en África.[65]

Éstos son los únicos nombres que tuvieron importancia en el período crítico en cuestión, pero bastan para demostrar la variada composición de la élite de la clase gobernante, para poner de relieve la

---

ta ahora se creía, del 18 a. C. Las fechas para Léntulo van desde el 15-14 a. C. (C. PATSCH, *o. c.*, 91 ss.) al 11 d. C. (A. VON PREMERSTEIN, *Jahreshefte* XXIX, 60 ss.).

60. *Supra*, p. 481.

61. VELEYO, 2, 101, 3 (1 a. C.), *IGRR* 1, 654, de Callatis (para P. Vinicio). El sucesor de P. Sitio bien puede ser Sex. Elio Cato (*cos.* 4 d. C.), pues un cierto Elio Cato trasplantó cincuenta mil getas al otro lado del Danubio (ESTRABÓN, p. 303). Sobre la posición de estos comandantes pretorios, procónsules de Macedonia o legados de Mesia, cf. *JRS* XXIV (1934), 125 ss. con una ligera preferencia por la primera alternativa; la última pudiera ser más plausible. Además, el legado consular Co. Cornelio Léntulo, asignado habitualmente a Ilírico, podía muy bien haber sido legado de Mesia en el período 9 a. C.-6 d. C.

62. Probablemente no Ahenobarbo, atestiguado aquí por DIÓN bajo el año 1 a. C. (55, 10 a, 3); posiblemente Saturnino, si se puede suponer un mando anterior al del 4-6 d. C. (cf. VELEYO, 2, 105, 1), *infra*, p. 530, n. 79.

63. Ahenobarbo (DIÓN, 55, 10 a, 3); Vinicio (VELEYO, 2, 104, 2 bajo el 2 d. C.).

64. Paulo Fabio Máximo está atestiguado en 3-2 a. C., *ILS* 8895 (Bracara), cf. *CIL* II 2581 (Lucus Augusti). Si se pudiese probar que él era legado de la Citerior más bien que de la Ulterior, se demostraría que en este momento la región de Asturia-Callaecia había sido transferida de la última provincia a la primera, y que los dos ejércitos hispanos habían sido fundidos ya en uno solo, lo cual no es improbable. En cuanto a Varo, su proconsulado de África (JOSEFO, *AJ* 17, 89) comienza en el 6 a. C., cf. *PIR*[1], Q 27.

65. L. Pasieno Rufo ganó los *ornamenta triumphalia* y el título de *imperator* c. 3 d. C. (VELEYO, 2, 116, 2; *ILS* 120, cf. 8966); y Coso Cornelio Léntulo luchó en 5-6 d. C. (VELEYO, 2, 116, 2; FLORO, 2, 31; OROSIO, 6, 21, 18; DIÓN, 55, 28, 3 s.).

forma en que los *principes* eran utilizados. Incluyendo a los cuatro gobernadores de Galacia ya comentados, hay un total de diez hombres eminentes. Tres de éstos son *novi homines,* los más distinguidos de su clase detrás de Agripa y de Tauro, es decir, Lolio, Quirinio y Vinicio, todos ellos con largas carreras de servicio útil. Los demás, no menos de cinco, emparentados de alguna manera con la familia del Princeps. La significación de este hecho para la política secreta del período es evidente y enorme.[66]

Así el Estado Nuevo persistía, bien provisto de altos funcionarios. Pero no era sólo en las provincias donde los *principes* eran entrenados y uncidos al servicio. La ciudad-estado de Roma carecía de funcionarios administrativos permanentes o de consejos que se cuidasen de las vías públicas, servicio de aguas, policía, abastos, etc. La atención escasa e intermitente que recibían estos servicios era competencia de los ediles y de los censores, en los casos en que se nombraban censores. Para ciertos servicios de la ciudad, Augusto creó cargos a desempeñar por caballeros romanos. Para los demás, invitó a senadores; y los presidentes de los varios consejos eran normalmente personas de rango consular. Una autoridad antigua señala una razón para estas innovaciones: que tomasen parte activa en la administración tantos senadores como fuese posible.[67]

En el pasado, los generales de la República habían dedicado normalmente las ganancias de la victoria a la construcción de carreteras y edificios públicos. Los años anteriores a la lucha final presenciaron un espectáculo grandioso, cuando los partidarios de Antonio y de Octaviano compitieron en el adorno de la ciudad de Roma. Poco después de Accio, Augusto emprendió la restauración de templos, y los *principes viri* continuaron realizando el programa de obras públicas. Estatilio Tauro terminó su anfiteatro, y Cornificio reconstruyó el templo de Diana, los dos con fondos del botín de guerra; y el teatro de Balbo también conmemoró un triunfo (19 a. C.).[68] Augusto mismo reparó la Via Flaminia.[69] El encargado de otras carreteras que irradiaban de Roma correspondió a algunos de sus generales que habían celebrado recientes triunfos: Mesala y Calvisio Sabino se ocuparon de la Via

66. *Infra*, p. 514.
67. SUETONIO, *Divus Aug.* 37.
68. *Ibid.*, 29, 5.
69. *Res Gestae* 20; DIÓN, 53, 22, 1 s.; *ILS* 113 (Ariminum).

Latina.[70] La afición de Agripa a los acueductos no se limitó a su memorable edilado, sino que se mantuvo hasta su muerte, con la ayuda de un numeroso personal de esclavos y de obreros que él había contratado y formado.[71]

Eso no podía continuar. Después del 19 a. C. no hubo más triunfos de senadores; y en cualquier caso, Augusto hubiese deseado, aunque no se hubiese visto obligado a ello, reemplazar la iniciativa privada, o las simples magistraturas, como los cargos de edil y de censor, por una administración normal y adecuada. Dos incidentes reafirmaron su política.

El 22 a. C. consiguió nombrar un par de censores, los primeros después de muchos años. Éstos fueron Planco y Paulo Emilio Lépido, que resultaron estar en desacuerdo entre sí, y quizá los dos rebeldes a los deseos del Princeps. Es posible que sospechasen, y con razón, que éste intentaba encomendarles ciertas funciones impopulares, como aquella renovada depuración del senado que él estaba deseoso de hacer y que se vio obligado a realizar él mismo cuatro años más tarde. Planco y Lépido dimitieron antes de que terminase el año.

Después se produjo el incidente de Egnacio Rufo, que demostró lo peligroso que era confiar misiones de utilidad pública a la empresa individual. Augusto proporcionó a los ediles un cuerpo de esclavos bomberos, pero hasta el 6 d. C. no dio el paso de nombrar como responsable a un funcionario ecuestre, el *praefectus vigilum*.[72] Entretanto, se había establecido una serie de consejos permanentes de senadores. El primero se ocupaba de las carreteras (20 a. C.),[73] no estaba compuesto, sin embargo, de consulares, sino de pretorios. En fecha posterior, un cuerpo concreto asumió la conservación de templos y edificios públicos.[74] Cuando Agripa murió en el 12 a. C., el Estado se hizo cargo del personal que había formado; se constituyó así oficialmente la *cura aquarum,* cuyo primer presidente fue Mesala. Desempeñó el cargo hasta su muerte. Le sucedió Ateyo Capitón, y después el anciano Tario Rufo.[75] La regulación del curso del río Tíber y la prevención de inun-

70. Tibulo, 1, 7, 57 ss. (Mesala); *ILS* 889 (Sabino).

71. Frontino, *De aq.* 98 y 116.

72. Dión, 55, 26, 4 s.

73. *Ibid.*, 54, 8, 4. Sobre los varios *curatores*, cf. *CAH* X, 198 ss.

74. *ILS* 5939 ss., los *curatores aedium sacrarum et operum locorumque publicorum*, como se les llamó más tarde.

75. Frontino, *De ag.* 99 y 102.

daciones fue encomendada a los cónsules del año 8 a. C.; la primera comisión permanente data del 15 d. C. o de poco más tarde.[76]

Otros grupos pequeños de consulares se formaron de vez en cuando, como una comisión de economía, compuesta por tres miembros, en el año 6 d. C., o los dos *curatores annonae* de aquel año y del siguiente y cuya función pasó en seguida a un prefecto ecuestre.[77] Por otra parte, las reclamaciones de las provincias se trasladaban a consulares. En el 4 a. C. se ideó un nuevo procedimiento para examinar cierto tipo de exacciones: los jueces tenían que ser cuatro de rango consular, junto con tres pretorios y otros dos senadores.[78]

De este modo se crearon empleos ocasionales o continuos para un gran número de consulares. Queda por citar un cargo anómalo, el de *praefectus urbi*. Considerando el fondo del asunto es difícil ver cómo el Princeps podía estar representado por un sustituto, y no hace falta examinar muy a fondo el proceder de Mesala, nombrado *praefectus urbi* el 26 a. C. y que dimitió del cargo al cabo de unos días, porque no entendía sus funciones o porque no estaba conforme con ellas.[79] Diez años después, cuando Augusto emprendió su segunda visita a las provincias del oeste, Estatilio Tauro fue nombrado *praefectus urbi*;[80] el sucesor de Tauro, tras un intervalo de duración desconocida, fue el ilustre L. Calpurnio Pisón, con quien el cargo se convirtió en una institución permanente.[81]

De este modo, por su propio esfuerzo y por la creación de funcionarios especiales o de comisiones permanentes, Augusto se cuidaba de la salud, la seguridad y el embellecimiento de la ciudad que era capital de Italia y del Imperio. Alardeaba él de que había encontrado a Roma como ciudad de ladrillo y la dejaba como ciudad de mármol.[82]

76. Sobre la obra de los cónsules del año 8 a. C., *ILS* 5923 a-d; la primera comisión, TÁCITO, *Ann.* I, 79; cf. *ILS* 5893.

77. DIÓN, 55, 25, 6; 26, 2. C. Turranio está atestiguado como *praefectus annonae* en el 14 d. C.; TÁCITO, *Ann.* 1, 7.

78. *Cyrene Edicts*, V, II. 107 ss. [el texto de estos documentos, *IRS* XVII (1927), 34 ss]. Sobre consulares a cargo cada uno de una provincia para sus apelaciones, SUETONIO, *Aug.* 33, 3. Un comité de consulares para asuntos extranjeros, DIÓN, 55, 33, 5 (8 d. C.).

79. TÁCITO, *Ann.* 6, 11.

80. DIÓN, 54, 19, 6.

81. TÁCITO, *Ann.* 6, 11. Para las dificultades de la datación, cf. *PIR*^{2}, C 289. No hay mención de *praefectus urbi* en el 14 d. C.

82. SUETONIO, *Divus Aug.* 28, 3; DIÓN, 56, 30, 3 s. (no sólo en sentido literal).

La observación era cierta en todos los sentidos. Augusto, que no aceptó el nombre de Rómulo, podía presumir con justicia de ser el segundo fundador de Roma.

Se había establecido un gobierno. Los *principes viri* estaban domesticados, formados y enjaezados al servicio del pueblo romano dentro y fuera de Roma. La plebe y el ejército, las provincias y los reyes ya no figuraban en la clientela de los políticos individuales.[83] En Roma, el Princeps se hizo con el control de todos los juegos y repartos. Los descendientes de las grandes casas republicanas conservaban la popularidad entre la plebe de Roma y tropas de clientes que despertaban el recelo del Princeps;[84] no siempre sin fundamento. Pero la vigilancia cuidadosa al principio, y después la abolición de las elecciones libres, redujeron pronto la influencia personal de los *nobiles*. Después de las construcciones sufragadas por los *viri triumphales*, amigos de Augusto, apenas hubo un edificio público erigido en Roma a expensas de un particular. Ni se celebraron tampoco más triunfos. A lo sumo, un procónsul de África, aislado, que había luchado bajo sus propios auspicios, podía asumir el título de *imperator*.[85] Pronto también ese honor fue suprimido.

El Princeps y su familia acapararon celosamente la gloria militar. Los soldados eran sus clientes personales y se consideraba alta traición el intento de manejarlos. De ahí la alarma constante si los generales, por buenas artes o por malas, adquirían popularidad entre las tropas; con el tiempo se llegó a promulgar un edicto prohibiendo a los senadores admitir soldados en sus recepciones matinales.[86] Para el senador no había ni esperanza ni monumento a la fama. Italia por la Via Emilia, y la Narbonense por la Domicia, recordaban las gestas de las casas nobles; ciudades y trofeos conmemoraban la gloria y la vanidad del gran Pompeyo. Todo eso se había terminado. Domicio y Ticio fue-

83. Sobre el tema, A. VON PREMERSTEIN, *Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, 112 ss.

84. Ésta es la «pars populi integra et magnis domibus adnexa» (la parte del pueblo íntegra y vinculada a las grandes casas) en contraste con los clientes del Princeps, la «plebs sordida et circo ac theatris sima» (plebe sórdida y acostumbrada al circo y a los teatros) (TÁCITO, *Hist.* 1, 4).

85. *V. gr.*, *ILS* 120. El último fue Q. Junio Blesio, el 23 d. C. (TÁCITO, *Ann.* 3, 74). La práctica de conceder *ornamenta triumphalia*, en lugar de un triunfo, comenzó hacia el 12 a. C. (DIÓN, 54, 24, 8; SUETONIO, *Tib.* 9, 2).

86. SUETONIO, *Divus Claudius* 25, 1.

ron los últimos particulares que dieron sus nombres a ciudades, y eso fue lejos, en Cilicia.

Ningún senador podía abandonar Italia y visitar las provincias sin un permiso especial.[87] Tampoco podía encontrar ahora campos a que extender su influencia personal. Un gobernador de los de ahora no estaba facultado para enrolar en su clientela comunidades enteras y regiones dilatadas.[88] Sobrevivían descendientes de Pompeyo, pero sin posibilidades de un mando importante en España. La clase de los magnates provinciales de época anterior recuerda por sus *gentilicia* a los procónsules que le concedieron la ciudadanía; la mayoría de los romanos nuevos, en cambio, lleva el nombre de la dinastía reinante de la Roma imperial. Tampoco los indígenas agradecidos pueden agasajar a un patrono con honores divinos. El culto al soberano fue sistematizado y difundido, en parte, para combatir esta práctica y acaparar la lealtad para el gobierno. El último procónsul que tuvo un sacerdote dedicado a su culto fue L. Munacio Planco;[89] y el último en dar nombre a juegos conmemorativos, Paulo Fabio Máximo.[90]

El Princeps monárquico despojaba del poder y del honor a los otros *principes* por doquier. Por los intereses de una comunidad ordenada, el consulado y el mando militar dejaron de ser objetos de disputa, y de ganancia, pues el gobernador de ahora recibía un sueldo en metálico.[91] La política se puede controlar, pero no abolir; la ambición moderar, pero no destruir. La lucha por el poder y la riqueza continuó, oculta, pero tanto más intensa y amarga, en el corazón de la oligarquía gobernante, en la corte y en el gabinete.

87. Dión, 52, 42, 6 (excepto Sicilia y más tarde la Narbonense).

88. La ley de César sobre la colonia de Urso (Osuna) prohíbe ser *patroni* a los senadores y a sus hijos (*ILS* 6087, *c.* 130) El gobierno central durante el Principado era, sin embargo, lo bastante fuerte para no renovar esa prohibición.

89. *BCH* XII (1888), 15 (Milasa de Caria).

90. *IGRR* IV, 244 (Ilium).

91. Dión, 53, 15, 4 s. No se sabe la fecha de esta innovación.

Capítulo XXVII

EL GABINETE

«Eadern magistratuum vocabula.»[1] Los nombres persisten en todas partes; sólo el significado cambia. Como el senador individual, el senado como institución conserva su *dignitas*, mientras que el Princeps abusa en todas partes, abarcando más y más. Conserva su *imperium* en la ciudad de Roma;[2] toma el mando de provincias públicas; controla el ingreso en la alta asamblea, aunque conservando el respeto a las formas;[3] y transmite a los gobernadores de provincias deseos moderados pero firmes.[4]

1. TÁCITO, *Ann.* 1, 3, «nada había cambiado en el nombre de las magistraturas».

2. Como se le permitió en el 23 a. C. (DIÓN, 53, 32, 5). Esto no quiere decir, sin embargo, que ejerciera la autoridad proconsular en Roma o en Italia, cf. A. VON PREMERSTEIN, *Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, 235 s. Según DIÓN (54, 10, 5), el 19 a. C. Augusto recibió el *imperium* consular con carácter vitalicio; para la interpretación de éste, cf. PREMERSTEIN (*ibid.*, 237 s.).

3. Provincias de que se apodera: Ilírico en el 12 a. C., Cerdeña en el 6 a. C. Procónsules nombrados, no sólo el 6 d. C. (DIÓN, 55, 28, 2), sino mucho antes, por ejemplo, Pacuyo Esceva por segunda vez en Chipre: «procos, iterum extra sortem auctoritate Aug. Caesaris / et s.c. misso ad componendum statum reliquum provinciae Cypri» (*ILS* 915); y presumiblemente M. Lolio *c.* 19-18 a. C. (DIÓN, 54, 20, 3) en Macedonia; y sin duda muchos otros. El lenguaje en que las ciudades de Asia alaban a Paulo Fabio Máximo es sugerente: ἀπὸ τῆς ἐκείνου δεξιᾶς καὶ γνώμης ἀπεσταλμένος (*OGIS* 458, II 1. 45).

4. Obsérvense las notas del propio AUGUSTO (*Cyrene Edicts* 1, 1. 13 s.): δοκοῦσί μοι καλῶς καὶ προσηκόντως ποιήσειν οἱ τὴν Κρητικὴν καὶ Κυρηναϊκὴν

Mas no del todo a expensas del senado. Este organismo incluso recupera durante algún tiempo el privilegio de acuñar el oro y la plata.[5] Desempeña nuevas funciones, derivadas de su costumbre de conocer en materias que afectaban a la seguridad del Estado en situaciones de peligro, y se convierte paulatinamente en un consejo supremo de justicia bajo la presidencia de los cónsules.[6] Augusto recurría con frecuencia al pueblo para la aprobación de las leyes. Pero el ejercicio de la legislación comicial decae pronto; se hacen frecuentes entonces los *senatus consulta*, que adquieren gradualmente fuerza de ley. Sin embargo, una vez más, detrás de la autoridad y del gobierno del senado romano hace falta descubrir quién es el poder real y último.

Cuando llega el momento de describir el Principado de Augusto, Dión Casio se queja de que la tarea del historiador se hace extraordinariamente ardua: durante la República, los grandes temas de la política habían sido objeto de debate abierto y público, mientras que ahora se resolvían en secreto por unos pocos.[7] Tiene razón. Si Augusto deseaba que su gobierno conservase la apariencia de libertad constitucional, con elecciones libres y debates libres en el senado, es evidente que tendría que haber una preparación experta y un control firme detrás de la escena de todas las sesiones públicas. Se ha iniciado la era del gabinete. El senado ya no era un organismo soberano, sino un órgano que promulgaba o confirmaba las decisiones del gobierno; el rango de senador y el ejercicio de un alto cargo ya no eran un fin

---

ἐπαρχήαν καθέξοντες κτλ (Creo que los gobernadores de Cirene y Creta actuarán de manera acertada y conveniente, etc.).

5. En el 19 a. C., pero sólo unos años, después de los cuales Augusto fundó una ceca imperial en Lugdunum (Lyon), cf. H. MATTINGLY, *BMC*, *R. Emp.* I, XIII ss.

6. Sobre esto véase M. HAMMOND, *The Augustan Principate* (1933), 170 ss.; Stuart JONES en *CAH* X, 169 ss.; H. VOLKMANN, *Zur Rechtsprechung im Prinzipat des Augustus* (1935), 93 ss. Apenas hay duda de que sus poderes se incrementaron —y emplearon, aunque no a menudo— en época de Augusto, cf. J. G. C. ANDERSON, *JRS* XVII (1927), 47 s.

7. DIÓN, 53, 19, 3: ἐκ δὲ δὴ τοῦ χρόνου ἐκείνου τὰ μὲν πλείω κρύφα καὶ δι' ἀπορρήτων γίγνεσθαι ἤρξατο, εἰ δέ πού τινα καὶ δημοσιευθείη, αλλ' ἀνεξέλεγκτά γε ὄντα ἀπιστεῖται καὶ γὰρ λέγεσθαι καὶ πράττεσθαι πάντα πρὸς τὰ τῶν ἀεὶ κρατούτων τῶν τε παραδυναστευόντων σφίσι βουλήματα ὑποπτεύεται (A partir de este momento, el secreto y el misterio empezaron a convertirse en norma, y las medidas que por casualidad se hacían públicas eran acogidas con incredulidad, porque no se podía comprobarlas; y en efecto, se sospechaba que todo se hacía y se decía según la voluntad de los amos del momento y de sus socios en el ejercicio del poder).

en sí mismos, sino la cualificación para una carrera al servicio del Estado.

Los *principes* del Estado Libre podían celebrar consejo reunidos, de modo más o menos público, sobre asuntos de trascendencia; y el poder ejercido por fuerzas extraconstitucionales, tales como la *auctoritas* de los estadistas ancianos que no ocupaban cargo público, las intrigas de damas del centro de la alta sociedad o figuras ambiguas colgadas a sus márgenes, la influencia de caballeros acaudalados, ya como individuos o como corporaciones, todo esto lo hemos expuesto ya con detalle suficiente. La dominación de Pompeyo había dado una primera muestra de lo que era un gobierno secreto: Teófanes, su cliente de Mitilene, era un intrigante además de un historiador; su amigo, el rico senador Luceyo, le daba valiosos consejos; y Balbo fue la pieza clave para formar un famoso pacto. Gobierno de gabinete ya existía en la breve Dictadura de César. Mientras el senado celebraba debates faltos de contenido o no los celebraba en absoluto, y dignatarios eminentes esperaban murmurando a su puerta, el Dictador elaboraba tranquilamente sus planes en compañía de sus íntimos. Octaviano heredó aquella política, y una parte no pequeña de su personal, pues los nombres de Balbo, de Opio y de Macio salen pronto a la luz en el entorno del joven aventurero. Los azares y las intrigas de la era revolucionaria daban mucha importancia a los conciliábulos secretos y a la diplomacia secreta; y el Princeps conservó intacta su desconfianza innata de la oratoria, de la democracia y del debate público.

Era costumbre muy arraigada en el romano tomar consejo de otro antes de adoptar graves decisiones, ya estuviese actuando como padre, como magistrado o como general. Augusto hubiera podido invocar la tradición y la oportunidad si necesitase o le importase justificar los varios cuerpos de consejeros que están atestiguados en su Principado. Apenas restaurada la República, Augusto se apresuró a paliar los inconvenientes que pudieran derivarse de aquella alarmante novedad. Dio instrucciones al senado de nombrar un comité para consultar con él y preparar los asuntos públicos. Este comité formado por los cónsules, un miembro de cada consejo de magistrados y quince senadores elegidos por sorteo, debía cambiar cada seis meses.[8] Parece ha-

8. Dión, 53, 21, 4; Suetonio, *Divus Aug.* 35, 3; cf. *Cyrene Edicts* V, I. 87, para la descripción del consilium: ἐξ ξυμβουλίου γνώμης ὃ ἐκ της συγκλήτου κληρωτόν ἔσχεν (la parte del consejo sacada a suerte entre los miembros del senado).

ber persistido a lo largo de su reinado y que fue especialmente útil en los últimos años, cuando el Princeps rara vez se molestaba en asistir a la curia. En el 13 d. C. modificó su composición, y sus poderes aumentaron de tal modo que llegaron a entorpecer seriamente las funciones del pleno del senado.[9] Pero éste no fue un cambio permanente y el comité parece haberse disuelto más adelante.[10]

No menos que la asamblea del pueblo soberano, el senado era una institución molesta y de trato difícil. La posición del Princeps era delicada y peligrosa, por considerarse que descansaba en el consentimiento general y en poderes ejecutivos limitados. Era, por tanto, aconsejable para el gobierno —es decir, para el Princeps y los dinastas del partido— sondear los sentimientos de los senadores; evitar sorpresas y sobresaltos en sus relaciones mutuas, y preparar con tacto el camino de las innovaciones.

La elección mecánica por sorteo de un consejo pequeño de senadores y su inevitable falta de estabilidad, por estar limitada su duración a seis meses del año, indican claramente que era un comité, no un gabinete, un órgano de administración, no de autoridad. Ya que estaba allí, podía ser utilizado con provecho por el Princeps como grupo de consejeros y asesores también en cuestiones judiciales.[11] El Princeps poseía una jurisdicción soberana, y gradualmente se apropió del poder judicial; para recabar ayuda convocaba de vez en cuando a un *consilium*, formado por amigos personales, senadores representativos y juristas.

El comité renovable del senado y los varios *consilia* judiciales celebraban sesiones públicas y sus decisiones eran inapelables. Facilitaban la gestión de los asuntos públicos, o la administración de justicia, pero no discutían ni determinaban las cuestiones más trascendentales de la política del gobierno. Éste era el cometido de otros organismos, que no tenían ni dejaban actas escritas. Su existencia, su carácter y su composición hay que inferirlos de las relaciones entre el Princeps y el Estado, y de sus efectos, como lo revela el curso de los acontecimien-

9. DIÓN, 56, 28, 2.

10. La costumbre de Tiberio era diferente, y más republicana: «super veteres amicos ac familiares viginti sibi e numero principum civitatis depoposcerat velut consiliarios in negotiis publicis» (Además de sus viejos amigos y familiares, había pedido a veinte de los principales ciudadanos que le aconsejaran en los asuntos públicos) (SUETONIO, *Tib.* 55).

11. DIÓN, 53, 21, 5.

tos; esa existencia tendría que ser postulada, si no fuese flagrante y evidente. La administración del Imperio requería la consulta de especialistas y de muchos consejeros. No hay que imaginar que existía un organismo permanente de asesores del Princeps ni un cuerpo constitucional. No había un gabinete, sino una serie de gabinetes, la elección de cuyos miembros variaba según la ocasión. No obstante, cierto número de figuras eminentes y representativas del partido cesariano —y ciertos miembros de la familia reinante— asistían probablemente a la mayor parte de las deliberaciones. Interprétese como República o como monarquía el régimen de Augusto, estos cuerpos consultivos eran indispensables para las necesidades del gobierno y de la administración.

Se disponía ahora de talento y de experiencia de los órdenes más variados. Los caballeros eran elegibles para cargos administrativos que en prestancia y poder superaban a muchas magistraturas y proconsulados; su importancia aumentó constantemente a medida que el reinado se acercaba a su fin, mostrando ahora tres nuevos cargos en la ciudad de Roma; y caballeros, así como senadores, ocupan sus puestos en los diferentes consejos de Estado. Caballeros romanos se habían encontrado entre los más viejos amigos de Augusto. Algunos alcanzaron rango de senadores. Otros, como el modesto Proculeyo, permanecieron en la misma posición. El más grande de todos fue Mecenas. Después del 23 a. C., Mecenas perdió terreno gradualmente. Cuando su vida declinaba a la par que su poder, el descendiente de reyes que había mandado en los combates a las legiones de Etruria se entregaba a la compasión de sí mismo y al miedo a la muerte.[12] Los epicúreos romanos de buena ley esperaban su fin con fortaleza y lo afrontaban como soldados.

Después de Mecenas, el más poderoso y el más criminal fue C. Salustio Crispo, que heredó el nombre, la riqueza y los gustos voluptuosos de su tío abuelo, el historiador y moralista sabino. Como el Mecenas de sus buenos tiempos, el taimado Salustio ocultaba sus cualidades de decisión y vigor haciendo ostentación de indolencia y de vicio.[13] Mecenas había aplastado la conjuración del joven Lépido;

12. SÉNECA, *Epp.* 101, 10 ss. sobre el *turpissimum votum* de Mecenas, que era «vita dum superest, bene est».

13. TÁCITO, *Ann.* 3, 30: «suberat tamen vigor animi ingentibus negotiis par, eo acrior quo somnum et inertiam magis ostentabat» (Sin embargo, se escondía en él un espíritu vigoroso, capaz de grandes empresas, y mucho más agudo cuando él aparentaba estar adormilado e inactivo).

Salustio fue el encargado de eliminar a Agripa Póstumo.[14] La historia no registra actos tales de servicio público a nombre de P. Vedio Polión, hijo de un liberto riquísimo y amigo íntimo del Princeps.[15] Adquirió también la costumbre de alimentar a sus lampreas con esclavos vivos. El escándalo de las peceras fue demasiado, incluso para Augusto, pese a su reconocida indulgencia con los vicios de sus amigos.[16]

Y sin embargo, Vedio Polión había sido útil; parece que actuó con eficacia en la provincia de Asia poco después de la Guerra de Accio, quizá poniendo orden en el sistema del cobro de impuestos.[17] Cuando se desarrolló el servicio de funcionarios, los libertos no desempeñaron procuratelas de las provincias imperiales. Pero fue un liberto llamado Licino quien inventarió y puso en explotación para Augusto los recursos de la Galia.[18]

El tesoro del Estado romano fue puesto (el 23 a. C.) a cargo de dos pretores cada año, elegidos por sorteo.[19] Las finanzas de un gran Imperio no se pueden administrar de una manera tan simple. Tiene que haber expertos en finanzas supervisándolas en alguna parte. Además, no era sólo el remanente de los ingresos de sus propias provincias lo que Augusto entregaba en el *aerarium*; también lo financiaba con su propia fortuna privada.[20] Augusto disponía de grandes sumas de dinero: él pagaba la gratificación a los soldados licenciados, hacía donativos al ejército y a la plebe y realizaba obras públicas. Para la administración de las varias cajas tendría que recurrir a la probada capacidad de esclavos y libertos. Estos secretarios de finanzas aparecen más tarde como ministros del Estado, en tiempos de Calígula y de Claudio; pero ya habían estado allí desde hacía mucho tiempo.[21]

14. Tácito, *Ann.* 1, 6.

15. El fiel Vedio construyó en honor de Augusto un *Caesareum* en Benevento, *ILS* 109: «P. Vedius P.f. Pollio / Caesareum imp. Caesari Augusto / et coloniae Beneventanae».

16. Dión, 54, 23; Plinio, *NH* 9, 77; Séneca, *De ira* 3, 40, 2; *De clem.* 1, 18, 2.

17. *CIL* III, 7124 menciona una *constitutio* de Vedio Polión. Su nombre aparece en monedas de Tralles y quizá su retrato también, *BMC*, *Greek Coins: Lydia*, 338.

18. Dión, 54, 21.

19. *Ibid.*, 53, 32, 2.

20. Sobre estos temas, cf. esp. T. Frank, *IRS* XXIII (1933), 143 ss.

21. El liberto Polibio, que escribió una parte del testamento de Augusto (Suetonio, *Divus Aug.* 101, 1), es quizá la persona que aparece en tiempo de Claudio como *a studiis* y *a libellis*.

Los senadores podían ocupar la presidencia del tesoro, pero el senado no llevaba el control de la política financiera, ni tenía conocimiento exacto del presupuesto del Imperio. El *rationarium imperii* lo llevaba Augusto, y lo divulgaba sólo si, y cuando, rendía cuentas al Estado.[22] En estos asuntos, Augusto requería consejeros expertos. Con el paso del tiempo pudo disponer de caballeros que habían servido en las provincias como procuradores, sobre todo los prefectos de Egipto, país administrado por principios estrictamente monopolistas. El primer prefecto había sucumbido, víctima de una intriga política; el segundo, había fracasado en la invasión de Arabia. Más tarde se encuentran personas más modestas y más útiles, tales como C. Turranio, C. Julio Aquila y M. Magio Máximo. Estos hombres, es cierto, no tienen un historial conocido entre los consejeros ecuestres del Princeps, pero cualquier prefecto de Egipto podía proporcionar información sobre impuestos y política fiscal, por no decir nada de los abastos y la policía de una gran capital.[23] El caballero Seyo Estrabón, amigo personal del Princeps, adquirió preeminencia en los últimos años de Augusto. Seyo era prefecto de la Guardia el 14 d. C.[24]

Tanto como las finanzas, muchas cuestiones de política interior y exterior hicieron ver la necesidad del consejo de expertos y de decisiones rápidas. Un comité permanente permitía al Princeps mantenerse en contacto con el senado, ¿pero quién decidía las cuestiones a consultar a aquel cómodo y dócil comité? La *auctoritas* de un estadista de edad podía ser requerida para expresar o guiar la opinión del senado, aparentando espontaneidad e independencia. Planco propuso que el senado confiriese el nombre de Augusto al heredero de César. Hay que suponer que la moción estuvo inspirada, en todos los sentidos del término, y que otras propuestas públicas de aquella memorable sesión habían sido formuladas en privado antes de ser patrocinadas por senadores eminentes, a ser posible por aquellos que tenían reputación de independientes. El elocuente Mesala pudo haber hecho su papel al lado del diplomático Planco. Fue Mesala quien veinticinco años más tarde presentó el decreto del senado por el que se nombraba a Augusto Padre de la Patria.[25]

22. Se las rindió al cónsul en el 23 a. C., DIÓN, 53, 30, 2.

23. Nótese la implantación de nuevos impuestos en el 6 d. C., la institución del *aerarium militare* y, poco después, de la *cura annonae*.

24. TÁCITO, *Ann.* 1, 7. Su hijo fue nombrado en seguida como colega, *Ibid.*, 1, 24.

25. SUETONIO, *Divus Aug.* 58, 2.

La religión, la ley, la literatura, todo estaba dirigido, desde arriba y desde atrás. El cuidado del culto de la nación podía atraer al anticuario, al administrador o al político, aun cuando su carácter y sus hábitos fuesen lo contrario de sacerdotales. Una de las autoridades y de los agentes más distinguidos de este departamento del servicio público parece haber sido Cn. Domicio Calvino, el consular más anciano que sobrevivía en los primeros años del Principado.[26] En la persona de Ateyo Capitón, conservador y dúctil, se disponía de un especialista en derecho religioso.[27] Para la promoción de los talentos literarios y la creación artística de estados de opinión favorables al gobierno, Mecenas no tenía rival ni dejó un sucesor. El mismo año que Mecenas, murió Horacio; Virgilio había desaparecido once años antes. En el último período del gobierno de Augusto la literatura no sólo languideció por la pérdida de sus glorias rutilantes, sino que parece haberse apartado del control del gobierno. Augusto se había endurecido y amargado con la edad, y Salustio Crispo, el sucesor de Mecenas, carecía quizá de tacto y de habilidad.

Cualesquiera que fuesen las prerrogativas nominales y legales que conservasen el senado y el pueblo en materia de política exterior, importaban muy poco en comparación con el hecho de que el Princeps, en virtud de su *imperium*, controlaba directamente la mayoría de las regiones militares, y todas las provincias indirectamente. El estatuto del 23 a. C. pudo no haberle dado al Princeps la facultad de declarar la guerra y la paz. No era necesario. Las embajadas de las potencias extranjeras podían comparecer ante el senado después del apropiado ensayo.[28] La asamblea del pueblo podía declarar la guerra, pero el pueblo no decidía contra quién. Las guerras, por muy grandiosas y arduas que pudieran ser, no siempre estaban dignificadas por ese nombre y

26. Es decir, si el *magister fratrum Arvalium* del fragmento del 20 a. C. (*CIL* I², pp. 214 s.) era Calvino; el fragmento *Eph. Ep.* VIII p. 317, probablemente del 21 a. C., menciona a un Cn. Domitius, que difícilmente puede ser nadie más que él. Sobre esta y otras actividades religiosas de Calvino, cf. E. BORMANN, *Festschrift für O. Benndorf* (1898), 283 ss. Por un extraño destino, el colega de Calvino en el consulado, M. Valerio Mesala Rufo, que escribió sobre el arte de los augures, podría estar aún vivo. Mesala fue augur durante cincuenta y cinco años (MACROBIO, 1, 9, 14).

27. TÁCITO, *Ann.* 3, 75; cf. *supra*, p. 465.

28. Cf. W. KOLBE, *Aus Roms Zeitwende*, 51. No es seguro deducir de la *Lex de imperio Vespasiani*, como hacen muchos, que Augusto recibiese este poder explícitamente.

esa consideración, sino que, cuando convenía, se las consideraba como la eliminación de rebeldes y bandoleros. Los príncipes vasallos ostentaban el título tradicional y honroso de «aliados y amigos del pueblo romano»; pero en realidad, eran clientes del Prínceps, y ellos lo sabían. Sus reinos eran regalo de éste, precario y revocable. Cuando murió Herodes el Grande (4 a. C.), el estatuto futuro de Judea fue debatido en un consejo de la corona al que asistió Gayo César, hijo adoptivo del Princeps, y una serie de personajes distinguidos, entre ellos (es de suponer) hombres muy versados en asuntos orientales, anteriores gobernadores y procuradores.[29] Si no se hallaban ausentes en gobiernos provinciales, hombres como Lolio, Quirinio y Pisón hubiesen tenido algo que decir.

No estaba previsto que hubiese guerras con enemigos exteriores en Oriente. Pero las necesidades del oeste y del norte eran urgentes, en organización tanto como en lucha, y había que tomar graves decisiones sobre las fronteras del Imperio. Veteranos del período triunviral, como Calvisio, Tauro y Mesala, estaban disponibles para dar consejo, mientras que Sitio, Lolio y Vinicio adquirieron pronto experiencia en las provincias de la frontera, en el consulado y sin duda en un puesto en los consejos de Estado. Silio había hecho guerra de montaña en España y en los países alpinos. Vinicio conocía tanto la Galia como Ilírico. Lolio no sólo era famoso por su servicio en los países del este. Después de su consulado gobernó sucesivamente la Galia y Macedonia; es de suponer que se había hecho ciertas ideas sobre los problemas de la frontera del norte y que estaba dispuesto a transmitirlas. Sobre todo, estaba Agripa. Los romanos pensaban en términos de carreteras.[30] El grandioso proyecto de reducir la frontera norte y acortar las líneas de comunicación entre el oeste y el este, llevado a cabo como ejemplo impresionante de estrategia convergente, se puede atribuir, sin faltar a la justicia, al gran constructor de carreteras y organizador. Él no vivió para ver la culminación de las campañas en Ilírico, en los Balcanes y allende el Rin.

Agripa murió y después Druso; Tiberio se retiró mohíno a Rodas. Se había producido una crisis en el núcleo mismo del partido. Otra no

29. Josefo, *AJ* 17, 229.

30. Lo que explica el origen de la Narbonense (la carretera de España), Macedonia (la Via Egnacia) y las dimensiones de Cilicia cuando Cicerón era su gobernador.

tardó en seguir, y Augusto se lamentó a voces de la pérdida de sus dos más leales consejeros, Agripa y Mecenas; de haber vivido ellos, nunca hubiesen sucedido ciertas cosas.[31]

En la sutil ficción de Dión Casio, la decisión de restaurar la República, o más bien, como este historiador opinaba, de consolidar la monarquía, se tomó después de celebrar un debate con estos dos magnates del partido, el soldado y el diplomático. El uno abogaba por la República; el otro, por la monarquía. El contraste era imaginario, no hubo lugar a elegir. Lo que se decidió por los consejeros del Princeps fue simplemente la definición de los poderes oficiales, la fraseología en que enmascararlos y todo el complicado montaje de una solemne farsa política. El taciturno y práctico Agripa hubiese sido de poca utilidad. Tampoco lo hubiese sido Tauro, el otro soldado y administrador. Incluso de abogados se hubiese podido prescindir, pues la formulación era de lo más sencillo. Hacían falta políticos, y éstos se hallaban disponibles entre los gerifaltes del partido.

El historiador hubiese podido, con no menos propiedad, haber empleado su talento en dilucidar la crisis «constitucional» del 23 a. C. redactando discursos para los protagonistas de la lucha en torno a un déspota moribundo. La modestia o la ignorancia le desalentaron de la empresa. Se hubiera requerido una imaginación que él no poseía, y unos datos de los que él no hubiera podido disponer. Dión sabía muy bien que nunca se había publicado una memoria auténtica de aquellas trascendentales conversaciones por obra de los participantes en las mismas.

Los rumores de la época y las deducciones hechas después sobre ellos (completados con el exilio voluntario de Tiberio en Rodas), aunque diagnosticaron correctamente la naturaleza de la crisis, no acertaban a explicar el envío de Agripa al Oriente. Los comadreos que aseguraban de modo tan constante la influencia preponderante de Livia Drusila en los consejos del Princeps, aunque a veces exagerados y siempre malévolos, estaban perfectamente fundados. La propaganda de Octaviano había sido implacable contra Fulvia, la mujer de Antonio; y Roma había hecho una guerra nacional contra una mujer políti-

31. SÉNECA, *De benef.* 6, 32, 2: «horum mihi nihil accidisset, si aut Agripa aut Maecenas vixisset». El comentario de Séneca es revelador y cínico: «non est quos existimemus Agrippam aut Maecenatem solitos illa vera dicere: qui si vixissent, inter dissimulantes fuissent» (*ibid.*, 4) (No tenemos motivo para pensar que Agripa y Mecenas tuviesen por costumbre decirle la verdad; si hubiesen vivido, se hubiesen encontrado entre aquellos que se la ocultaban).

ca, la reina de Egipto. El programa moral del Nuevo Estado estaba destinado a mantener a las mujeres en su sitio: un poeta oficial como Horacio no menciona nunca el nombre de Livia.

La precaución parece excesiva. En una República como la de Pompeyo, Livia hubiera sido una fuerza política comparable a su parienta Servilia. Cuando Augusto deliberaba con su consorte, tomaba la precaución de poner de antemano por escrito sus puntos de vista. La influencia de Livia estaba ilustrada en un misterioso episodio que excitó la fantasía de un retórico desconocido.[32] Se supo que Cn. Cornelio Cinna, nieto de Pompeyo Magno, conspiraba contra el Princeps. Augusto pidió consejo a Livia y recibió una larga conferencia conyugal. Al día siguiente hizo comparecer ante él a Cinna y lo obsequió con un sermón de dos horas ininterrumpidas, inspirado por la clemencia y en el que apelaba al sentido común. El descontento quedó confundido y convertido.

El Princeps, los miembros de su familia y sus adeptos personales eran el verdadero gobierno. El Principado nació de la usurpación y nunca olvidó su origen ni lo ocultó enteramente. Pero el acto de la usurpación podía consumarse de un modo pacífico y ordenado, de modo que la transmisión del poder pareciese no ser distinta de su primera legitimación, es decir, como un mandato especial conferido al mérito con el consentimiento general. En el 23 a. C., tras una crisis pública y un forcejeo secreto, se produjeron la modificación del estatuto del Princeps y la concesión de poderes especiales a su lugarteniente, sin que se produjese en público el menor incidente que lamentar. Con la muerte de Augusto, los poderes del Princeps acabaron: él podía designar, pero no imponer a su heredero. Cuando el Principado se transmitió por primera vez a un sucesor, esta persona tenía ya poderes suficientes para prevenir cualquier oposición.

Pero el problema había de plantearse una y otra vez. La guarnición de la ciudad impuso a Claudio para suceder a su sobrino Calígula, cuando Roma llevaba dos días sin gobierno, y en el senado se de-

32. Reproducido por DIÓN, 55, 14 ss. y por SÉNECA, *De clem.* 1, 9 (aparentemente, pero erróneamente, indicando el período 16-13 a. C.). Suetonio y Tácito no supieron nada de esta conspiración. El hecho de que Cinna fuese cónsul en el 5 d. C. puede haber tenido algo que ver con el origen de la historia y también explicar la fecha de Dión. Sin embargo, el consulado de Cinna fue debido no tanto a Augusto como al republicano Tiberio, conocedor de los vínculos de aquél con Pompeyo (cf. *infra*, pp. 516 ss.).

batía la restauración de la República, con candidatos rivales haciendo valer ya sus pretensiones a la monarquía. Los ejércitos de provincias elevaron a Vespasiano a la púrpura después de una guerra civil. Pero la proclamación de un nuevo emperador, a falta de un heredero claramente designado, no siempre se debía a la amenaza o al empleo de la violencia a cara descubierta. La operación podía realizarse en secreto y por adelantado. El reinado de Nerva, por su impotencia, amenazaba con provocar una guerra civil. Es muy probable que el peligro fuese conjurado mediante un golpe de Estado en la sombra por parte de ciertos militares que obligaron a Nerva a adoptar como hijo y designar como sucesor a M. Ulpio Trajano, gobernador de la Germania Superior.[33] Trajano mismo no dio en vida indicación alguna de sus intenciones últimas. El rumor afirmaba que la adopción de Adriano fue organizada, cuando Trajano estaba ya difunto, por su mujer Plotina y por el prefecto de la Guardia.[34]

Es evidente que Augusto y sus consejeros confidenciales habían reflexionado con preocupación sobre el problema de buscar sucesión al Principado, o más bien de garantizar la continuidad del gobierno. No son menos evidentes las agudas diferencias de opinión sobre tan importante asunto, ni las rivalidades profundas. Al resultado final y pacífico no se llegó sin disensiones en el gabinete, sin varias crisis políticas ni varios asesinatos políticos.

Agripa y Livia habían aplacado las ambiciones dinásticas del Princeps en la cuestión de su sobrino Marcelo. Su triunfo fue breve y pasajero. La muerte de Marcelo, terrible calamidad y muy llorada, fue contrarrestada mediante un nuevo proyecto en el que Agripa y los hijos de Livia iban a ser instrumentos de Augusto para asegurarle la sucesión con herederos de su propia sangre. Julia iba a proporcionárselos.

El 21 a. C. se celebró el solemne matrimonio de Agripa y Julia. Al año siguiente nació un hijo, llamado Gayo. Cuando un segundo hijo, Lucio, siguió al primero, en el 17 a. C., el Princeps adoptó como hijos a los dos niños. En total esta fecunda unión produjo cinco criaturas: dos niñas también, llamadas Julia y Agripina, y el pequeño y póstumo Agripa, un niño desventurado (12 a. C.).

33. GROAG se inclina a sospechar la intervención de L. Licinio Sura (P-W XIII, 475). PLINIO, *Epp.* 9, 13, 11, atestigua el peligro de los ejércitos provinciales. A fines del 97 o principios del 98 Siria se encuentra sin legado consular (*ILS* 1055).

34. DIÓN, 69, 1; *SHA Hadr.* 4, 10.

Tiberio sucedió a Agripa como marido de Julia, protector de los príncipes niños y lugarteniente del Princeps en la guerra y el gobierno. El matrimonio se hizo contra su voluntad, se rumoreaba. Tiberio estaba enamorado de su Vipsania, plebeya.[35] Su naturaleza reservada y austera se conciliaba mal con la frívola elegancia de Julia, por no llamarla con un nombre más revelador. Era deber y costumbre del aristócrata romano supeditar los sentimientos afectivos a la prosperidad de la familia y al bien de la República. Pero ¿beneficiaba a la República el proyecto de Augusto? Un patriota romano podría albergar sus dudas al respecto. El Nuevo Estado estaba convirtiéndose deprisa en la nueva monarquía.

Conforme se revelaban las aspiraciones dinásticas de Augusto, más abiertamente y más cerca del éxito al hacerse hombres Gayo y Lucio, la posición de Tiberio se hizo incómoda. Algunos hablaban de una ruptura de relaciones con su mujer, agriada por la necesidad política de mantener las apariencias.[36] Cualquiera que fuese el comportamiento de Julia, ésa no fue la causa principal de la crisis del 6 a. C. A Tiberio se le concedió la *tribunicia potestas* por un período de cinco años, pero aun esto no significaba la sucesión. La medida sería un recordatorio visible y un obstáculo para los conspiradores. Por lo demás, Augusto podía confiar en la sumisión de Tiberio y en su propio prestigio.[37] Tiberio había conquistado Ilírico y ampliado las conquistas de Druso en Germania; estaba ahora a punto de partir de Roma para poner orden en los asuntos de Oriente (sin duda con un *imperium* especial). Mientras Tiberio gobernaba para el Princeps en el exterior, mantenía la estabilidad y acrecentaba el prestigio de la dinastía, se iba a consolidar en su ausencia, a sus expensas y a expensas del pueblo romano, la soberanía de los jóvenes príncipes. En los seis años últimos a Tiberio apenas se le había visto en Roma; y no había una necesidad urgente de él en el Oriente. Augusto deseaba quitar de en medio

35. SUETONIO, *Tib.* 7, 2.

36. TÁCITO, *Ann.* 1, 53; DIÓN, 55, 9, 7. Según VELEYO (2, 99, 1), se retiró «ne fulgor suus orientium iuvenum obstaret initiis» (Para que su resplandor no perjudicase a los primeros pasos de los jóvenes en ciernes). Ésa era la razón que Tiberio mismo alegaba, en fecha posterior (SUETONIO, *Tib.* 10, 2).

37. TÁCITO, *Ann.* 3, 56: «sic cohiberi pravas aliorum spes rebatur; simul modestiae Neronis et suae magnitudini fidebat» (Pensaba refrenar así las malvadas esperanzas de otros; al mismo tiempo, confiaba en la moderación de [Tiberio] Nerón y en su propia grandeza).

por algún tiempo a este sujeto intransigente e independiente, impedirle adquirir popularidad personal en la capital y fortalecer los recursos del partido de los Claudios.

Tiberio se rebeló. Sordo a las amenazas de Augusto y a los ruegos de su madre, se reafirmó en su intención de abandonar la vida pública y mostró la firmeza de su decisión con un ayuno voluntario. No pudieron impedírselo. Tiberio se retiró a la isla de Rodas, donde permaneció exiliado, alimentando su resentimiento con una dieta de ciencias y letras. Sus enemigos la llamaban «vicios secretos».[38] Como Agripa, bajo la máscara del servicio y de la subordinación, Tiberio escondía una ambición muy grande; como Agripa, estaba dispuesto a ceder ante Augusto, pero no en todas las cosas. Su orgullo había sido herido; su *dignitas*, ofendida. Pero había más que eso. No simplemente el despecho y la decepción hacían que el primer hombre del Imperio, después del Princeps, le negase sus servicios al pueblo romano.

El propósito de Augusto era flagrante, y para Tiberio, criminal. Hasta después de su marcha, Augusto no reveló los honores rápidos y la herencia regia que esperaban a los príncipes. Pero todo aquello flotaba ya en el ambiente. A nadie se hubiera podido engañar. El 6 a. C. hubo un movimiento popular para hacer cónsul a Gayo.[39] Augusto hizo pública su desaprobación, y esperó otra ocasión con íntimo regocijo.[40] Al año siguiente se hizo público. Gayo iba a tener su consulado después de un intervalo de cinco años (es decir, en 1 d. C.), y tres años después la misma distinción fue anunciada para Lucio, tres años más joven. El senado concedía a Gayo esta dispensa sin precedentes para la primera magistratura; la corporación de los caballeros romanos lo aclamó como *Princeps Iuventutis*.[41] Así, los dos órdenes, que con funciones separadas pero con intereses concertados no sólo representaban, sino que eran las clases gobernante y administrativa, reconocían al hijo de Augusto como príncipe y soberano. Y la gente

38. TÁCITO, *Ann.* 1, 4: «iram et simulationem et secretas libidines».

39. DIÓN, 55, 9, 2.

40. TÁCITO, *Ann.* 1, 3: «necdum posita puerili praetexta principes iuventutis apellari, destinari consules specie recusantis flagrantissime cupiverat» (Aunque fingiendo rechazarlo había deseado ardientemente que cuando aún llevaban la toga infantil se les nombrara príncipes de la juventud y se les designara cónsules).

41. *Res Gestae* 14.

llegó a hablar de él como Princeps designado.[42] En una carta particular, Augusto manifestaba a Gayo y a Lucio su plegaria a los dioses por que ellos llegasen a ser sus herederos.[43]

Esto era demasiado. Tiberio y Druso habían recibido dispensas especiales y distinciones muy tempranas, es cierto. Tiberio llegó a cónsul a los veintinueve años, pero eso fue después de su servicio en la guerra, como tribuno militar en España y como general en Armenia y en las campañas de los Alpes. Como hijastro de Augusto, se había beneficiado de ese parentesco. Pero aunque Livia no hubiese sido la esposa del Princeps, su hijo, como miembro de la aristocracia revitalizada en el Nuevo Estado, hubiese llegado al consulado a los treinta y tres años, como sus compañeros de aquella generación de *nobiles*. Privilegio y patronazgo, y reconocidos como tales, pero no denigrantes. Conceder la suprema magistratura del pueblo romano a un joven inexperto a sus veinte años de edad, eso era mucho más que una contradicción al uso constitucional del lenguaje republicano del Principado; algo que repugnaba a los genuinos sentimientos republicanos y al buen sentido de un aristócrata romano. Poder ilícito y exorbitante, «regnum» o «dominatio», como se le llamaba, no era cosa nueva en la historia de Roma ni en los anales de la casa de los Claudios. Pero la sucesión hereditaria a la monarquía por parte de un joven romano era cosa muy distinta.

Tiberio residía en Rodas. Su carrera estaba acabada; vivía en precario. Nadie podía dudar de eso, si había estudiado la política dinástica y el proceder del carácter humano. Hizo falta un astrólogo, el mejor de todos, para predecir su vuelta.[44] Muchas cosas sucedieron en aquel

42. Ovidio, *Ars. am.* 1, 194: «nunc iuvenum princeps, deinde future senum» (Ahora príncipe de los jóvenes, más tarde lo será de los viejos). La colonia de Pisa, al llorar su muerte, lo describe como «iam designatum iustissumum ac simillimum parentis sui virtutibus principem» (*ILS* 140, 1, 13 s.).

43. Citada por Gelio (15, 7, 3): «nam, ut vides, κλιμακτῆρα communem seniorum omnium tertium et sexagesimum annum evasimus. Deos autem oro ut, mihi quantumcumque superest temporis, id salvis nobis traducere liceat in statu rei publicae felicissimo ἀνδραγαθούντων ὑμῶν καὶ διαδεχομένων stationem meam» (Como ves, hemos escapado al año climatérico de todos los viejos, el sesenta y tres. Y pido a los dioses que todo el tiempo que me resta de vida, cualquiera que sea su duración, nos sea dado pasarla con buena salud y en felicísimo estado de la República, mientras que vosotros os hacéis hombres de bien y recibís en herencia mi posición). Esta carta fue escrita con seguridad después del cumpleaños de Augusto del año 1 d. C.

44. Suetonio, *Tib.* 14, 4; cf. Tácito, *Ann.* 6, 21.

intervalo oscuro y trascendental; poco lo que se puede saber del mismo.[45] Con el progreso continuo y público de la monarquía creció la importancia del gobierno de gabinete; la política secreta y la lucha secreta en los consejos del Princeps determinan el gobierno de Roma, la futura sucesión y el destino del mundo entero.

45. El relato de Dión es breve y fragmentario, en parte conservado sólo en epítomes; mientras Veleyo sólo consigna dificultades y desastres para Roma durante la ausencia de Tiberio. Para la historia interna, cf. sobre todo GROAG, *Wiener Studien* XL (1918), 150 ss.; XLI (1919), 74 ss.

Capítulo XXVIII

LA SUCESIÓN

Tres peligros amenazan siempre al dominio de un partido: puede producirse la discordia entre sus líderes; el jefe nominal puede emanciparse del control de los demás, o puede, en fin, la muerte llevárselo consigo. De momento, Augusto se salió con la suya. Quedó en el 6 a. C. en compañía de dos muchachos, uno de catorce, el otro de once años. El Princeps se había desvinculado del partido cesariano y enajenado a su lugarteniente y a parte, por lo menos, de sus seguidores. Mientras Augusto vivió, mantuvo la paz y la dinastía. Pero Augusto tenía ahora cincuenta y siete años. La crisis no podía aplazarse mucho tiempo.

Un historiador leal, pero no ingenuo, declara que el mundo entero se sobresaltó ante la noticia del extrañamiento de Tiberio.[1] En absoluto: tanto el Princeps como su partido eran lo bastante fuertes para soportar la prueba. Aunque una cierta calma se impuso en las fronteras del norte, natural si no necesaria después de las grandes guerras de conquista, el esfuerzo de Roma no cejó ni fracasó. La oligarquía gubernamental podía aportar los generales adecuados, los expertos sagaces, de los que ya hemos destacado a los más principales. El Princeps tenía ahora que depender mucho de la lealtad y del mérito probados de ciertos *novi homines*. Durante muchos años no se había oído nada de

1. VELEYO, 2, 100, 1: «sensit terrarum orbis digressum a custodia Neronem urbis» (El mundo entero se percató de que Tiberio había abandonado la custodia de la ciudad).

Lolio ni de Vinicio. Su reaparición es dramática e impresionante. A corta distancia, detrás de ellos, viene Quirinio.

Varios grupos de *nobiles*, sobre todo, compañeros y rivales de Tiberio, se benefician de su eclipse, adquiriendo esplendor y poderío. Rebajados y diezmados por la guerra y la revolución, absorbidos por un partido único y enganchados, como habían estado, al servicio público, los *nobiles* disfrutan ahora de un último renacer, en alianza extraña, pero no incongruente, con la monarquía. Augusto había sobrepasado la medida y las proporciones de un político romano y de un jefe de partido. Había adquirido la talla de un monarca y la expectativa segura de la divinización; sus hijos eran príncipes y le sucederían. La aristocracia podía tolerar el mando de la monarquía con más facilidad que la primacía de uno de su propio gremio: Augusto lo sabía. La ambición de los *nobiles* podría haber parecido la amenaza más seria para su régimen. Por el contrario, resultó ser su más firme sostén.

Cuando Cinna conspiró contra su vida —o fue sospechoso de conspirar—, Augusto le hizo ver, sin perder la calma, lo desatinado del intento. Aunque éste hubiera salido bien, los *nobiles* no hubieran soportado a Cinna en lugar de Augusto.[2] Cinna era uno de ellos, noble y patricio además, y también lo era Tiberio. Augusto nunca lo había sido. Aunque los *nobiles* menospreciaran el origen de Augusto, guardaran el recuerdo de su pasado y lo detestaran como persona, no podían ni competir con el *Divi filius*, ni esperar suplantar al patrono y defensor del pueblo romano, al amo de las legiones, al rey de los reyes. A pesar de todo ello, podrían medrar a la sombra de la monarquía, continuar con sus viejas rencillas, entablar nuevas alianzas, en suma, apoderarse de una parte apreciable del poder y de sus beneficios. La recompensa política más accesible era el consulado. El 5 a. C., tras un intervalo de dieciocho años, Augusto tomó de nuevo posesión del cargo en compañía de L. Cornelio Sila. Desde aquel año se hace corriente la costumbre de nombrar más de un par de cónsules.

2. Por lo menos, así lo dice SÉNECA (*De clem.* 1, 9, 10): «cedo, si spes tuas solos impedio, Paulusne te et Fabius Maximus et Cossi et Servili ferent tantumque agmen nobilium non inania nomina praeferentium, sed eorum qui imaginibus suis decori sunt» (Veamos: si yo soy el único obstáculo a tus esperanzas, ¿es que Paulo, Fabio Máximo, los Cosos, los Servilios te van a soportar, y con ellos el grupo tan numeroso de *nobiles*, que no llevan nombres vanos, sino que hacen honor a los retratos de sus antepasados?).

En los *Fasti* predominan ahora los descendientes de casas antiguas, gloriosas en la historia de la República romana, o de nobleza más reciente. Pero los *nobiles*, y especialmente los patricios (pues estas últimas familias eran más antiguas que la República romana, con sus antepasados dinásticos e incluso regios), consideraban sus obligaciones con Roma a la luz personal de sus propias ambiciones. La República había servido a sus fines. ¿Por qué no la monarquía? El tipo más sincero, o más estrecho, de político republicano descendía por lo regular de una nobleza más reciente, o de ninguna. Los más firmes defensores de la *Libertas* eran nobles de la aristocracia plebeya. Los historiadores senatoriales, Salustio, Polión y Tácito, cuyos escritos respiran el espíritu auténtico de la República y de las virtudes republicanas, eran todos ellos hijos de caballeros romanos, de extracción municipal, y el autor de un patriótico poema épico sobre la caída de la *libertas* era un romano colonial, M. Anneo Lucano, de Córdoba.

Entre los *nobiles* había magnates que se hallaban próximos a Augusto, en el círculo íntimo de su familia, y próximos también a la sucesión, «nomini ac fortunae Caesarum proximi».[3] Quizá era demasiado esperar el poder para ellos mismos, pero sus descendientes podrían tener una oportunidad o una parcela. El Princeps podía morir. Quedaban, sin embargo, los príncipes Gayo y Lucio, y a continuación de ellos los Claudios, sus parientes. Pero si Augusto moría antes de que sus hijos alcanzasen la mayoría de edad, un Consejo de Regencia, público o secreto, tendría las riendas del gobierno.

Sería ocioso formular hipótesis sobre la composición de un órgano que nunca llegó a existir, si no hubiese constancia de ciertos personajes eminentes, de la oligarquía gubernamental, cuyas pretensiones hubieron de ser tema de los rumores públicos y las intrigas privadas. Como el círculo familiar de Augusto abarcó en cierto momento no menos de tres parejas de mujeres portadoras de los nombres de Octavia, Antonia y Marcela, todas ellas dos veces casadas, a excepción de las hijas de M. Antonio, las ramificaciones de la dinastía se hacían más complejas cada vez, llegando a establecer un gran número de parentescos colaterales, maridos o hijos de las mujeres de la casa. La mayor parte de ellos eran ya de rango consular.

Sex. Apuleyo, figura gris y misteriosa (*cos.* 29 a. C.), pero a pesar de ello legado de Ilírico en 8 a. C., era hijo de Octavia, la hermanastra

3. Cf. VELEYO, 2, 114, 5, a propósito de M. Emilio Lépido, *cos.* 6 d. C.

del Princeps; Julo Antonio (*cos.* 10 a. C.), hombre de buen gusto y de cultura, recibió de Agripa a una de las Marcelas; P. Quintilio Varo (*cos.* 13 a. C.) se había casado con la hija de la otra.[4] Paulo Fabio Máximo (*cos.* 11 a. C.) había tomado por esposa a Marcia, nieta del padrastro de Augusto.[5] Fabio, persona cultivada y diplomática, era íntimo amigo del Princeps, del que había procurado la glorificación, de manera muy asidua, durante su proconsulado de Asia,[6] y aún estrechó más los lazos que los unían dando en matrimonio a su hija Fabia Numantina al hijo de Sex. Apuleyo.[7]

Estos cuatro consulares tal vez no fuesen sobresalientes todos por su talento, o no estuviesen emparentados muy de cerca con la familia reinante; sólo de dos de ellos se sabe que hayan mandado ejércitos durante el período del ostracismo de Tiberio. Eran, sin embargo, personajes a tener en cuenta, especialmente el hijo de M. Antonio. Más notable que cualquiera de ellos, sin embargo, es L. Domicio Ahenobarbo (*cos.* 16 a. C.), marido de Antonia, la sobrina de Augusto, y, por tanto, más favorecido en cuestión de matrimonios políticos que ningún otro salvo Druso (marido de Antonia la Menor) y los sucesivos consortes de su hija Julia. Ahenobarbo desempeñó sucesivamente el mando de los grandes ejércitos del norte, pasando de Ilírico a Germania. Se le describe como cruel, arrogante, extravagante y experto auriga.[8] Había en él más que eso: o prudencia o astucia consumada; su nombre no figura para nada en negociaciones, intrigas o conspiraciones políticas. La historia azarosa de los Ahenobarbos pudo haber inculcado en él un despego racional hacia la política y la aventura; dos miembros de la familia murieron en las guerras de Mario y Sila; el abuelo, enemigo tanto de César como de Pompeyo, había muerto en Farsalia; su padre era el gran almirante de la República.

Los Emilios mantuvieron su vieja alianza con el partido cesariano, pero no a través del triunviro. Su sobrino y enemigo, Paulo Emilio Lépido, amigo personal de Augusto desde la Guerra de Sicilia en adelante, tuvo dos esposas, Cornelia y Marcela la menor. Ahora Paulo había muerto. Los dos hijos habidos de Cornelia, L. Emilio Paulo (*cos.* 1 d. C.)

4. La esposa de Varo era Claudia Pulcra (*PIR*², C 1116), hija de M. Valerio Mesala Barbado Apiano (*cos.* 12 a. C.) y de la Claudia Marcela más joven.

5. Tácito, *Ann.* 1, 5; Ovidio, *Ex Ponto* 1, 2, 138; *Fasti* 6, 801 ss.

6. *OGIS* 458.

7. *ILS* 935.

8. Suetonio, *Nero*, 4.

y M. Emilio Lépido (*cos.* 6 d. C.), alcanzaron la distinción debida a su familia y a las plegarias de su madre, pero no con igual fortuna.[9] El mayor tomó por esposa a Julia, hija de Julia y nieta de Augusto; el más joven se libró de los peligros de casarse con una princesa.

Tal era el grupo de familias aristocráticas entrelazadas en torno a las raíces de la monarquía. Livia y la familia Claudia estaban en baja forma. Tiberio seguía viviendo en el exilio y podría no volver nunca. Por su lado familiar, ella carecía de parientes que pudieran constituir un partido.[10] Desde luego, estaban sus nietos, los tres hijos de Druso y de Antonia; dos de ellos estaban hábilmente enlazados con los descendientes de Augusto por su hija Julia: Germánico estaba prometido a Agripina; Julia Livia, a Gayo César, el presunto heredero. El niño más pequeño, Claudio, no daba señales ni de gracia física ni de inteligencia prometedora. Pero incluso éste podía satisfacer las ambiciones políticas de su abuela, de modo que el joven Claudio, después de perder a su novia, Livia Medulina, casó con Urgulanila, hija de M. Plaucio Silvano, político a quien la notoria amistad de su madre con Livia proporcionó ascensión y carrera. Silvano fue cónsul con Augusto en el 2 a. C. Una alianza política con los Plaucios entraba dentro de la buena tradición de los Claudios.[11] Así luchaba Livia por el poder. Pero no es en modo alguno cierto que Silvano gozase de la simpatía de Tiberio. Faltando Tiberio, el partido de los Claudios carecía de un jefe de prestigio en la guerra y en la política. Un fuerte predominio de *nobiles* consulares, consolidado por alianzas matrimoniales, se congregaba alrededor del trono y de los presuntos herederos y designados, entre ellos muchos enemigos, fuente y semilla de rencores recordados y de venganzas aplazadas. Sin embargo, Tiberio debe de haber tenido seguidores entre los *nobiles*.

9. PROPERCIO 4, 11, 63 ss. Véase Tabla IV, al final.

10. No se sabe absolutamente nada de M. Livio Druso Libón, *cos.* 15 a. C. Livia Ocelina, madrastra de Galba, futuro emperador (SUETONIO, *Galba* 4, 1), era una parienta lejana. Lo mismo Livia Medulina, que murió el día de su boda (SUETONIO, *Divus Claudius* 26, f). Cf. también *infra*, p. 518.

11. Sobre los Plaucios, una de las casas más antiguas de la nueva nobleza plebeya, véase MÜNZER, *RA*, 36 ss. Uno de ellos fue colega de Apio Claudio el Ciego en su famosa censura. Münzer supone que M. Plaucio Silvano (*cos.* 2 a. C.) y A. Plaucio (*cos. suff.* 1 a. C.) descendían de aquella familia, lo que no se puede probar. Como quizá algunas otras familias de la época de Augusto, las pretensiones genealógicas pueden ser tenues o dudosas. Estos Plaucios tienen su mausoleo cerca de Tívoli (*ILS* 921, etc.).

De las casas dinásticas de la nobleza patricia, renaciente ahora, los Emilios y los Fabios estaban estrechamente unidos por lazos de parentesco o de alianza personal con la casa de César. Poco menos prominentes, los Valerios, aunque pasen inadvertidos en la política y en los escándalos de estos años. Mesala aún vivía, y tenía algo parecido a un partido.[12] Los Escipiones casi se habían extinguido,[13] pero la otra gran rama de los Cornelios, los Léntulos, ascendentes en poderío y prolíficos, aunque muy circunspectos, perpetuaban el linaje evitando dejarse envolver en la política matrimonial del Princeps.[14]

En Ahenobarbo, marido de Antonia, la gran familia plebeya de los Domicios presumía de tener un sostén solitario, pero fuerte, no muy alejado de las esperanzas monárquicas. Los Marcelos estaban próximos a su fin, y los Metelos, al borde de su desaparición, no pueden presentar un cónsul en estos tiempos.[15] Otras familias dominantes en la oligarquía del gobierno después de Sila, están ahora ausentes o tristemente reducidas, sobre todo las del partido de los Libertadores.

Quedaban, sin embargo, ciertas grandes casas, rivales de los Julios y de los Claudios, no invitadas, o quizá desdeñando ingresar en el círculo interior del grupo dinástico, a saber, los descendientes de Cinna, de Sila, de Craso y de Pompeyo. Algunos perdieron el consulado y a ninguno, a lo que se sabe, le permitió Augusto gobernar las grandes provincias militares. Ellos hacían alianzas entre ellos mismos y con la familia de los Pisones.[16]

L. Calpurnio Pisón (*cos.* 15 a. C.) gozaba de un rango y de una consideración iguales a los de los personajes más distinguidos del

12. Las relaciones familiares de Mesala son extraordinariamente complicadas. Estuvo casado por lo menos dos veces (una de sus mujeres fue probablemente una Calpurnia, *CIL* VI, 29782); Mesalino (*cos.* 3 a. C.) y Cota Mesalino (*cos.* 20 d. C.) son hijos suyos; Mesala Barbado Apiano (*cos.* 12 a. C.), quizá hijo adoptivo. Para las dificultades sobre Cota cf. *PIR*², A 1488. Hay que señalar también su parentesco con los *novi homines* triunfantes, M. Lolio (TÁCITO, *Ann.* 12, 22) y Tauro; su hija casó con T. Estatilio Tauro, *cos.* 11 d. C. (P-W III A, 2204).

13. El último cónsul lo fue en 16 a. C. El cónsul del 2 d. C. es probablemente un Léntulo.

14. Dos cónsules en 18 y 14 a. C. Después un intervalo, y cuatro más (3 y 1 a. C., 2 y 10 d. C.).

15. El último Marcelo consular es Esernino (22 a. C.), persona de relieve no grande, que había sido partidario de César Dictador. En cuanto a los Metelos, el cónsul del 7 d. C. es un Junio Silano de nacimiento.

16. Véase Tabla V, al final.

Principado de Augusto, aun sin aspirar a una relación más íntima con la dinastía reinante. Había heredado de su padre, junto con el amor a las letras, el sentido común y un firme desdén por la ambición desmedida y por el espíritu de partido. La familia de Pisón emparentó con la de Craso, alianza que realzó el esplendor de las dos casas y provocó la ruina que acabó con las mismas.[17]

L. Pisón era un neutral que gozaba de alto renombre e incluso quizá de seguidores propios.[18] Como los Cornelios Léntulos, Pisón no era enemigo de Tiberio. Había otros nobles con parientes influyentes, como P. Quintilio Varo, persona de modales suaves, que no estaban tan comprometidos con el partido de la corte como para no poder sobrevivir, o incluso salir ganando, de un giro de la fortuna.[19] Pero los principales seguidores del partido de los Claudios eran probablemente los supervivientes de los pompeyanos.

En los malos trances, la lealtad aristocrática romana reconocía los lazos de familia, de *lides*, de *amicitia*. Tiberio tenía pocos parientes. Sin embargo, el excelente L. Volusio Saturnino no debió de olvidar del todo que su padre se había casado con una parienta de Tiberio.[20] Muchos hombres de mérito habían compartido con los padres de Tiberio la huida de Italia, la estancia con Sex. Pompeyo y la memoria de las pruebas sufridas en la adversidad por la República.[21] Cn. Calpurnio Pisón (*cos.* 23 a. C.) había sido republicano, pero pasado a Augus-

17. La familia de Pisón, como la de Mesala, es una madeja de problemas difíciles. Probablemente estuvo casado dos veces. M. Licinio Craso Frugi (*cos.* 27 d. C.) fue uno de sus hijos, adoptado al parecer por el misterioso M. Licinio Craso, *cos.* 14 a. C., como se deduce de *IG* 112, 4163. Sobre este problema, cf. E. Groag en *PIR*², C 289; la genealogía de los Pisones, *ibid.*, frente a p. 54. Cf. también Tabla V, al final.

18. Su hija (*PIR*², C 323) casó con L. Nonio Asprenas, *cos. suff.* 6 d. C., de una familia de la nueva nobleza que puede exhibir relaciones muy distinguidas en esta época; la primera mujer de P. Quintilio Varo fue la tía de este Asprenas, cf. genealogía, Tabla VII, al final. Además, uno de los Volusios casó con una Nonia Pola (*OGIS* 468).

19. Varo estaba emparentado con los Nonios (cf. nota anterior); y su hermana era la madre de P. Cornelio Dolabela (*cos.* 10 d. C.), cf. *PIR*², C 1348 y la genealogía de Tabla VII, al final.

20. Q. Volusio era el yerno de un Tiberio (Cicerón, *Ad Att.* 5, 21, 6), o sea, probablemente, del padre o del abuelo de Tiberio. Este Q. Volusio puede ser el padre de L. Volusio Saturnino (*cos. suff.* 12 a. C.); la mujer de ese cónsul era Nonia Pola (*OGIS* 468).

21. Los objetos regalados a Tiberio niño por la hermana de Sex. Pompeyo eran conservados por éste como recuerdos o curiosidades (Suetonio, *Tib.* 6, 3).

to; su hijo, hombre de una independencia de carácter fuerte y verdaderamente republicana, gozó de la confianza y la estima de Tiberio S. Sentio.[22] Saturnino estaba emparentado con la familia de L. Escribonio Libón, suegro de Sex. Pompeyo;[23] y había ahora descendientes de Pompeyo y de Escribonia, que se casaron con ciertos Livios, parientes de Tiberio por parte de su madre.[24] La familia de L. Arruncio, socio también de Sex. Pompeyo, emparentó con los Pompeyos.[25] Cn. Cinna, por otra parte, era nieto de Magno.[26]

En este momento habían desaparecido Carrinas, Calvisio, Cornificio y otros, los mariscales de las guerras revolucionarias. Tauro había muerto, y su hijo no vivió para alcanzar el consulado; pero la familia estaba intacta y tenía influencia. Entre los *novi homines* más recientes, L. Tario Rufo, aunque amigo personal de Augusto, probablemente tenía tan poca autoridad como merecía; Lolio era un enemigo encarnizado, Vinicio y Sentio, aparentemente neutrales y prudentes, mientras que Quirinio se mantenía al margen con habilidad.[27] Es evidente que la crisis política producida en Roma y el revés del partido de los Claudios tendrían repercusiones que se deberían detectar en los *Fasti* consulares y en el reparto de las provincias militares. La sustitución de Sentio por Varo en Siria, en el 6 a. C., pudo tener causas políticas o no tenerlas. No hay duda, sin embargo, en el significado de la presencia

22. Cn. Pisón, cónsul con Tiberio en el 7 a. C., TÁCITO (*Ann.* 2, 43) lo describe como «ingenio violentum et obsequii ignarum, insita ferocia a patre Pisone» (de carácter violento e incapaz de ceder el paso a cualquiera, que había heredado el mal carácter de su padre Pisón).

23. *ILS* 8892.

24. M. Livio Druso Libón (*cos.* 15 a. C.), cuyos parientes son desconocidos. Los otros lazos familiares son tortuosos y difíciles de explicar, cf. P-W II A, 885 ss.; genealogía cf. Tabla V, al final. L. Escribonio Libón y M. Escribonio Libón Druso, cónsul y pretor en 16 d. C., eran nietos de Sex. Pompeyo.

25. Cómo precisamente, no está claro del todo; el hijo adoptivo de L. Arruntio (*cos.* 6 d. C.) se llama L. Arruntio Camilo Escriboniano, y su hijo, por su parte, es descrito como el «a[bnepos]» o «a[dnepos]» de Pompeyo Magno (*ILS* 976, cf. *PIR*², A 1147). Pero el mismo L. Arruntio (*cos.* 6 d. C.) puede tener sangre de los Pompeyos, o parentesco a través de los Cornelios Silas, cf. TÁCITO, *Ann.* 3, 31; E. GROAG, *PIR*², A 1130.

26. T. Estatilio Tauro, *cos.* 11 d. C., casó con una hija de Mesala Corvino. Véase además *supra*, p. 516, n. 12.

27. Por su primera mujer, Apia Claudia (*CIL* VI, 15626), hermana de Mesala Apiano, Quirinio estaba emparentado con los Claudios y los Valerios. Era también familiar de los Libones (TÁCITO, *Ann.* 2, 30), sin que haya pruebas de cómo.

de Ahenobarbo y Vinicio entre los ejércitos del norte, de Lolio en Oriente y de Fabio Máximo en España.[28]

Los enemigos de Tiberio, los oportunistas honestos o deshonestos, y los leales servidores de cualquier cosa que pudiera ser el gobierno de Roma tuvieron ahora la vez durante nueve años. Livia esperaba y laboraba por su familia, paciente y sin hacerse notar. No se debían dar muestras de discordia en el equipo del gobierno. Al final todas las cartas se pusieron a su favor. En el 2 a. C. saltó a la publicidad un escándalo que hundió a Julia, la hija de Augusto. Fue oportuno, pero no obra de Livia, y no le reportó a su hijo ningún beneficio inmediato. Todo es misterioso en este episodio.

Julia fue acusada por Augusto de conducta inmoral y desterrada a una isla sin juicio previo. El Princeps hizo entrega al senado de un documento con todos los detalles de su mala conducta, sus amantes y sus cómplices, que se decía eran numerosos y de todas las clases sociales. Entre ellos figuraban cinco nobles.[29] El consular Julo Antonio fue condenado a muerte.[30] Los otros —el consular T. Quincio Crispino, descrito como de aspecto sobrio, pero corrompido por dentro hasta extremos inconcebibles,[31] el fino y elocuente Ti. Sempronio Graco,[32] un Apio Claudio Pulcro, que puede haber sido el hijo o el nieto del cónsul del 38 a. C., y un Cornelio Escipión— fueron todos ellos desterrados.[33] Su delito era quizá el de haber violado las *Leges Iuliae*, pero el castigo fue bastante más lejos, y en el proceso fueron juzgados probablemente por alta traición.[34]

Los relatos pormenorizados de los excesos de Julia, del número y la diversidad de sus amantes, fueron propagados por las habladurías, embellecidos por la retórica y entronizados en la historia: con sus fran-

28. *Supra*, pp. 488 s.

29. Sólo VELEYO da la lista (2, 100, 4 s.). Dice que había otros, tanto senadores como caballeros.

30. DIÓN, 55, 10, 15; TÁCITO, *Ann.* 1, 10; 4, 44. VELEYO (2, 100, 4) dice que él se quitó la vida. La diferencia es irrelevante.

31. VELEYO, 2, 102, 5: «singularem nequitiam supercilio truci obtegens» (Ocultaba una perversidad excepcional bajo un aspecto de acendrada severidad).

32. TÁCITO, *Ann.* 1, 53: «sollers ingenio et prave facundus» (delicado de intelecto y elocuente para hacer el mal). Sobre sus creaciones literarias, P-W II A, 1372.

33. Sobre la identidad de estas personas, cf. E. GROAG, *Wiener Studien* XLI (1919), 86. Probablemente el último de los Escipiones y el último de los Claudios Pulcros.

34. TÁCITO, *Ann.* 3, 24.

cachelas nocturnas y públicas ella había mancillado el Foro, y los Rostra mismos, desde los que el Princeps, su padre, había promulgado las leyes destinadas a sancionar la regeneración moral de Roma.[35] Sería tentador, pero no es necesario rehabilitarla por completo. Julia puede haber sido licenciosa, pero difícilmente un monstruo. Si se reconoce que una o dos de las acusaciones de adulterio contenían una dosis de verdad suficiente para lograr su condena (Julia era una aristócrata romana y proclamaba muy alto los privilegios de su posición y de su familia),[36] ¿era necesario que hubiese habido un escándalo público? Augusto estaba amargado e implacable, porque su legislación moral había sido transgredida y burlada en su propia familia. Pero hubiese podido llevar la cuestión de otra manera. Su programa resultaba bastante popular entre la aristocracia; el más cauto de los políticos difícilmente podía, en aquellas horas críticas, permitirse el lujo de una depuración moral de la alta sociedad. ¿Qué le indujo a promover un escándalo público y dar una sanción judicial a la desgracia de su hija?

Se podría haber sospechado de la influencia y de la mano de Livia, castigando con dureza a los Julios, que habían suplantado a su hijo. Pero no hay un solo testimonio antiguo que haga este fácil pronóstico e inculpe a la vulnerable intrigante. Además, la ruina de la madre descarriada no puso en peligro la sucesión de sus hijos, Gayo y Lucio.

El motivo tuvo que haber sido político; las acusaciones de vicio, un pretexto conveniente y de gran efecto.[37] Como político, Augusto era consecuente y sin escrúpulos. Para satisfacer su ambición era ca-

35. SÉNECA, *De ben.* 6, 32, 1: «admissos gregatim adulteros, pererratam nocturnis comissationibus civitatem, forum ipsum et rostra, ex quibus pater legem de adulteriis tulerat, filiae in stupra placuisse, cotidianum ad Marsyam concursum, cum ex adultera in quaestuariam versa ius ornnis licentiae sub ignoto adultero peteret» (Recibía a los hombres en rebaño, recorría de noche la ciudad con pandillas; del Foro mismo y de la tribuna donde su padre había promulgado la ley contra los adulterios, había hecho el escenario de sus desórdenes; se acudía a diario junto a la estatua de Marsias, cuando ella, convertida de adúltera en buscona, recababa con un amante desconocido su derecho a entregarse a todos los placeres). Esto pretende estar sacado de las acusaciones de Augusto contra su hija. La misma fuente puede hallarse en PLINIO, *NH* 21, 9, y DIÓN, 55, 10, 12.

36. VELEYO, 2, 100, 3: «magnitudinemque fortunae suae peccandi licentia metiebatur, quicquid liberet pro licito vindicans» (Medía la magnitud de su suerte por su libertad de hacer el mal, considerando como lícito cuanto le apetecía).

37. Esta visión, en E. GROAG, *Wiener Studien* XLI (1919), 79 ss.

paz de sacrificar a sus más cercanos y queridos, y su ambición era la sucesión al trono de Gayo y Lucio, sin impedimentos de ninguna clase. Con este objetivo, la madre de los jóvenes le sirvió de mero instrumento. Pudo haber una conspiración. Tanto si fue perversa como calumniada, Julia no era una nulidad, sino una gran señora política. Sus amantes, los cinco *nobiles*, no eran unos tarambanas inofensivos ni unos degenerados morales, sino un partido de mucho cuidado. En Graco recae oficialmente la mayor parte de la culpa;[38] el verdadero jefe era probablemente Julo Antonio. El hijo del triunviro podía ser muy peligroso políticamente. Como a los primeros cristianos, no fueron *flagitia*, los crímenes, sino el *nomen* lo que lo perdió. Julo Antonio puede haber aspirado al puesto de Tiberio como padrastro de los príncipes, y Julia puede haber considerado al refinado Antonio como más tratable que su tétrico marido. Pero todo esto es incierto; si Augusto destruyó a Julia y a Antonio, no fue por cariño a Tiberio. Puede ser que mediante la perdición de su hija procurase hacer a Tiberio inocuo para siempre, y dar seguridad a sus hijos. Aunque ausente, Tiberio tenía aún partidarios; aunque exiliado, conservaba aún su *tribunicia potestas*, y era todavía el yerno del Princeps. Augusto podía pensar que conocía a Tiberio, pero, aun así, prefería no correr riesgos. La desgracia de Julia rompería el único vínculo que unía a Tiberio a la casa reinante. A Tiberio no se le consultó; cuando lo supo, intercedió en vano por su esposa. Augusto siguió en sus trece. Inmediatamente mandó un despacho a Julia rompiendo el matrimonio en nombre de Tiberio.[39]

La posición de Tiberio era anómala desde hacía tiempo. Pero ahora se hizo dudosa y peligrosa. Al año siguiente caducó su *tribunicia potestas*. Augusto no se la renovó. Gayo César, cónsul designado e investido del *imperium* proconsular, aparecía ahora en el Oriente, después de visitar los ejércitos del Danubio y de los Balcanes. Las revueltas que se venían produciendo en Armenia desde hacía algunos años requerían atención. Augusto pretendía ejercer la soberanía sobre este país, y aunque los disturbios no habían puesto en peligro los intereses ni el prestigio de Roma, era menester ponerles fin. Además, era acon-

38. TÁCITO, *Ann.* 1, 53, lo describe como «pervicax adulter» (adúltero pertinaz), alegando una relación que se remontaba a la época en que Julia era esposa de Agripa. Mayor importancia de Julio Antonio en GROAG, *op. cit.*, en nota ant., 84 ss.

39. SUETONIO, *Tib.* 11, 4.

sejable presentar al presunto heredero a provincias y ejércitos que no habían visto a ningún miembro del equipo del gobierno desde que Agripa, como vicerregente, había abandonado la zona doce años antes. Entretanto, hombres capaces habían gobernado Siria: el veterano Ticio, del que no se vuelve a hablar desde Accio, pero que fue nombrado probablemente legado de Siria cuando Agripa regresó de Oriente (13 a. C.), C. Sentio Saturnino y P. Quintilio Varo. Pero eso no era bastante. Gayo partía ahora acompañado de M. Lolio como guía y consejero,[40] pues sería una lástima que un joven ambicioso e inexperto arrastrase al Imperio a una estúpida guerra con los partos. Su estado mayor lo formaba un grupo variado en el que figuraban L. Elio Sejano y el tribuno militar Veleyo Patérculo.[41]

Tiberio les salió al encuentro en Samos, con la debida humildad, para presentar sus respetos al pariente que lo había suplantado, y de allí regresó a su retiro tras una fría acogida. Lolio era todopoderoso. La vida de Tiberio estaba en peligro; en un banquete al que asistían Gayo César y Lolio, un oportunista con prisas se brindó a ir a Rodas y volver con la cabeza del exiliado.[42] Eso era demasiado. Hubo otros síntomas. Nemausus (Nîmes), fiel y patriota ciudad de la Narbonense, derribó las estatuas de Tiberio;[43] y un despreciable rey de Oriente, Arquelao de Capadocia, cuya causa había defendido Tiberio una vez ante el senado, tuvo el valiente gesto de ignorar deliberadamente al jefe de la familia Claudia.[44] Tiberio, que honraba, si alguna vez un noble republicano lo hizo, los sagrados deberes de la *fides*, no olvidó la afrenta.

Entretanto, Gayo continuaba sus viajes. En el 2 d. C. el príncipe romano sostuvo conversaciones con el rey de Partia en una isla del Éufrates, con resultados muy satisfactorios. Poco después, Lolio, el *comes et rector*, cayó en desgracia de repente, y murió por su propia mano, al decir de las crónicas. Todo el mundo se alegró de su muerte, dice Veleyo, testigo contemporáneo y adulador de Tiberio.[45] Si muchos sabían la verdad de todo el episodio, no era probable que la dije-

40. SUETONIO, *Tib.* 12 s.; VELEYO, 2, 101 s.; DIÓN, 55, 10, 17 ss. (sin una palabra de Lolio). Los acontecimientos de Oriente, en J. G. C. ANDERSON, en *CAH* X, 273 ss.

41. VELEYO, 2, 101, 3; TÁCITO, *Ann.* 4, 1 (Sejano).

42. SUETONIO, *Tib.* 13, 1.

43. *Ibid.* Su padre había actuado en la Narbonense para César (*ibid.*, 4, 1).

44. TÁCITO, *Ann.* 2, 42; cf. SUETONIO, *Tib.* 8.

45. VELEYO, 2, 102, 1 s.

ran. Es evidente, y está comprobado por otro incidente ocurrido casi veinte años más tarde, que la tarea de vigilar a un príncipe de la corona en Oriente estaba muy expuesta a fricciones, disensiones e intrigas políticas.[46]

Lolio fue acusado de haber aceptado sobornos de reyes orientales,[47] lo que en sí no era un delito grave. Las acusaciones de rapacidad y avaricia que se formulan en otros lugares contra este poderoso e impopular aliado del Princeps se pueden considerar confirmadas, antes que refutadas, por el apresurado elogio que hace Horacio de su integridad y de su desinterés.[48] El conflicto aparente entre los testimonios del carácter de Lolio es fácil de interpretar. Lolio fue favorecido por Augusto y detestado por Tiberio. El año 17 a. C. Lolio sufrió a manos de unos bandoleros germanos una derrota sin importancia, que pronto fue contrarrestada, pero al mismo tiempo exagerada desmesuradamente por sus detractores.[49] Al año siguiente, Augusto fue a la Galia y Tiberio con él. Tiberio heredó el mando de las legiones de Lolio en la Galia y la gloria de la Guerra Alpina. Como P. Silio para el favorito Druso en el otro flanco del avance convergente, Lolio pudo haber estado trabajando para que otro recogiese los frutos. Lolio fue suplantado; de ahí la enemistad recíproca y sin remisión.

P. Sulpicio Quirinio, que había rendido asiduo homenaje al exiliado en Rodas sin comprometer su propia ascensión, sucedió al desgraciado Lolio en la delicada tarea de guiar los pasos de Gayo César.[50] Su diplomática previsión se vio magníficamente recompensada antes de

46. Como Cn. Pisón (*cos.* 7 d. C.) descubrió a sus expensas cuando trató de controlar a Germánico.

47. Plinio, *NH* 9, 118. Veleyo habla de proyectos criminales de Lolio que el rey de Partia denunció: «perfida et plena subdoli ac versuti animi consilia».

48. *Odas*, 4, 9, 37 s.: «vindex avarae fraudis et abstinens / ducentis ad se cuncta pecuniae» (Castigaba la codicia amiga del fraude y se abstenía de tocar el dinero, que todo lo atrae). Compárese con Veleyo: «sub legato M. Lollio, homine in omnia pecuniae quam recti faciendi cupidiore et inter summam vitiorum dissimulationem vitiosissimo» (bajo el legado M. Lolio, hombre más pendiente de amasar dinero por todos los medios que de obrar con rectitud, y que al tiempo de disimular sus vicios, estaba lleno de ellos).

49. Veleyo, 2, 97, 1. La verdad del asunto la revela Dión, 54, 20, 4 ss. La «clades Lolliana» ha sido demasiado inflada.

50. Tácito, *Ann.* 3, 48: «Tiberium quoque Rhodi agentem coluerat». Poco después de esto, probablemente en el 3 d. C., tomó por esposa a Emilia Lépida. Groag sospecha que Livia tuvo algo que ver con el enlace (P-W IV A, 837).

su muerte con el gobierno de Siria, y también después de ella. El *novus homo* del pueblecito de Lanuvio fue objeto de un funeral público a instancias de Tiberio, que aprovechó la ocasión para recordarle al senado los méritos de Quirinio, en contraste intencionado con Lolio y vituperación para éste cuando llevaba ya veinte años muerto, pero no olvidado. Lolio, dijo él, era el responsable del mal comportamiento de G. César.[51]

La posición de Tiberio mejoraba, aunque sus perspectivas políticas no fuesen más brillantes. Su ánimo parecía haberse quebrado. Había solicitado ya que se le permitiese regresar, y sus súplicas las había respaldado su madre con su reiterada intercesión. Hasta la caída de Lolio, Augusto se mantuvo firme. Entonces cedió; lo que Livia no había podido alcanzar fue obra quizá de influencias políticas y consejeros poderosos, imposibles de detectar. Pero incluso entonces su regreso quedó pendiente del consentimiento de Gayo, y Tiberio quedó apartado de la vida pública. Vivía en Roma como ciudadano particular. Incluso cuando el otro César, Lucio, cayó enfermo, camino de España, y murió en Marsella unos días después del regreso de Tiberio, al Claudio no le fue devuelta su *dignitas*.[52] No le esperaba honor ni mando alguno, sino una vejez triste y precaria, o más bien un breve período de desesperación, hasta que Gayo accediese al trono y la seguridad pública le impusiese la supresión despiadada de un rival.

Una vez más la fortuna se hizo cargo del juego y desbarató los planes de Augusto para garantizar la sucesión a uno de su misma sangre. Él había superado los escándalos y las conspiraciones; no había tenido piedad para Julia y sus cinco aliados *nobiles*, había cumplido felizmente el año climatérico de la vida humana, el sesenta y tres.[53] No habían pasado tres años y Gayo había muerto. Después de restablecer las relaciones de Roma y Partia, Gayo se propuso arreglar aquel mismo año las cosas en el reino vasallo de Armenia. Mientras ponía cerco a un fuerte pequeño, fue atacado a traición y herido. La herida no quiso curar. La enfermedad le produjo una gran depresión, acen-

51. TÁCITO, *Ann.* 3, 48: «incusato M. Lollio, quem auctorem Gaio Caesari pravitatis et discordiarum arguebat» (Censuró a M. Lolio, acusándolo de haber enseñado a Gayo César la maldad y la hostilidad hacia él).

52. Lucio murió el 20 de agosto del 2 d. C.

53. *Supra*, p. 522, n. 43. Cf. E. HOHL, *Klio* XXX (1937), 337 ss., que defiende que la conspiración de L. Emilio Paulo, marido de Julia la Menor, corresponde a este año.

tuando quizá su conciencia de incapacidad personal; el joven adquirió una violenta antipatía hacia la vida de responsabilidades activas a que su despiadado amo lo había condenado;[54] hay quien sostiene que pidió licencia para vivir en Oriente como un particular. De cualquier manera (y la maledicencia probablemente ha embellecido el tema a beneficio de Tiberio), Gayo se consumió y murió lejos de Roma (21 de febrero del 4 d. C.).[55]

No había opción ahora. Augusto adoptó a Tiberio. Las palabras con que anunció su propósito revelaban la amarga frustración de sus esperanzas más queridas.[56] Esas palabras no resbalaron sobre Tiberio ni sobre los *principes*, sus rivales. En esta contingencia, Augusto permaneció fiel a sí mismo. Tiberio tenía un hijo; pero Tiberio, aunque designado para suceder a Augusto, iba a ser burlado, impedido de transmitir el poder sólo a los Claudios. Fue obligado a adoptar a un joven que perpetuaba el linaje de los Octavios municipales, Germánico, hijo de su hermano Druso y nieto de Octavia. Además, el Princeps adoptó a Agripa Póstumo, el último hijo superviviente de Agripa y de Julia.

No hay testimonio alguno de los verdaderos sentimientos del senado y del pueblo cuando el Claudio volvió al poder.[57] En su orden y en su clase es de presumir que no faltasen las muestras de alegría por su regreso y los deseos de bienvenida, aunque sólo fuese para disimular la pérdida de altas ambiciones. Había interés en demostrar sin de-

54. VELEYO, 2, 102, 3 s.: «animum minus utilem rei publicae habere coepit. Nec defuit conversatio hominum vitia eius assentione alentium» (Empezó a mostrarse menos inclinado a servir al Estado, y no le faltó la compañía de hombres que con halagos estimulaban sus defectos).

55. *ILS* 140.

56. Citado por SUETONIO, *Tib.* 23: «quoniam atrox fortuna Gaium et Lucium filios mihi eripuit» (puesto que una fortuna cruel me arrebató a mis hijos, Gayo y Lucio).

57. Pero VELEYO (2, 103, 4) merece una cita: «tum refulsit certa spes liberorum parentibus, viris matrimoniorum, dominis patrimoni, omnibus hominibus salutis, quietis, pacis, tranquillitatis, adeo ut nec plus sperari potuerit, nec spei respoderi felicius» (Entonces se volvió a esperar con seguridad: los padres, de sus hijos; los esposos, de sus matrimonios; los propietarios, de sus herencias; todos los hombres, de la seguridad, la calma, la paz, la tranquilidad, tanto que no se hubiera podido esperar más ni las esperanzas verse más felizmente colmadas). Estas piadosas plegarias fueron respondidas casi al punto con el hambre, la peste, y años de guerra con graves desastres.

mora que era indispensable para la seguridad del Imperio, que era, en suma, el *perpetuos patronos Romani imperii*.[58] Tiberio César, en posesión ahora de la *tribunicia potestas* y de un *imperium* especial, fue enviado al norte. Había habido luchas en Germania, con más honor para Roma, quizá, y con resultados más duraderos de lo que indica un historiador que silencia a Ahenobarbo y habla con tanta frialdad de los servicios de Vinicio, como su relación personal con la familia de este general podía permitirle sin faltar a la decencia.[59] Los soldados, por lo menos, se alegraron mucho de ver a Tiberio, general cauto y considerado.[60] Después de dos campañas se trasladó a Ilírico. Durante el intervalo de su ausencia, el poder de Roma se había hecho sentir allende el Danubio. Los pueblos, desde Bohemia hacia el este hasta Transilvania, fueron forzados a reconocer la soberanía romana. Maroboduo, soberano de un reino de Bohemia, quedó aislado por todas partes.[61] El golpe final se iba a descargar en el 6 d. C., cuando los ejércitos del Rin y de Ilírico invadieron Bohemia desde el oeste y el sur, en una gran operación de convergencia. La rebelión de Ilírico frustró el ambicioso proyecto, ocupando de lleno la atención de Tiberio durante tres años (6-9 d. C.). Después se produjo el alzamiento de Germania. Varo y tres legiones perecieron. Roma no vio a su nuevo amo durante muchos años.

La adopción de Tiberio debiera haber procurado estabilidad al régimen, acabando con las esperanzas de rivales y parientes. Un peligro, siempre amenazador, estaba alejado aún por el continuo milagro de la longevidad de Augusto. Si su muerte se producía durante los desórdenes de las fronteras, en las que poco después de la más terrible guerra extranjera ocurrida desde Aníbal (pues así fue calificada la rebelión de Ilírico),[62] ocurrió un desastre sin paralelo desde el de Craso, la crisis constitucional en Roma, desatada cuando el primer hombre

58. *Ibid.*, 2, 121, 1.

59. *Ibid.*, 2, 104, 2: «in Germaniam misit, ubi ante triennium sub M. Vinicio, avo tuo, clarissimo viro, immensum exarserat bellum et erat ab eo quibusdam in locis gestum, quibusdan sustentatum feliciter» (Lo envió a Germania, donde tres años antes se había desencadenado una guerra inmensa, bajo el mando de Marco Vinicio, tu muy ilustre tío abuelo. En algunos puntos había tomado la ofensiva; en otros, resistido con fortuna).

60. *Ibid.*, 2, 104, 5.

61. Cf. *CAH* X, 364 ss., y *supra*, p. 487.

62. SUETONIO, *Tib.* 16, 1; cf. las observaciones de Tiberio (TÁCITO, *Ann.* 2, 63).

del Imperio estaba ausente, hubiera podido convertirse en una catástrofe política. Contra ese riesgo debieron de tomar cuidadosas precauciones el Princeps y los más altos miembros del gobierno. El camino aún era arduo y peligroso.

Quedaban dos obstáculos, Julia y Agripa Póstumo, únicos nietos supervivientes del Princeps; y no sobrevivieron mucho. El 8 d. C. un nuevo escándalo barrió y limpió la casa del Princeps, para desgracia de Augusto y mofa o satisfacción de sus enemigos; y quizá, en última instancia, para fortuna del pueblo romano. Julia, según se decía, había adquirido las costumbres libertinas de su alegre y descuidada madre. Fue confinada por ello en una isla desierta.[63] Su amante era D. Junio Silano;[64] pudo haber otros, pues la acusación de inmoralidad era un expediente muy práctico tanto para quitar de en medio como para desacreditar a un sospechoso político. Este Silano era pariente de M. Junio Silano (*cos.* 19 d. C.), a quien la hija de Julia, Emilia Lápida, estaba ya prometida. L. Emilio Paulo malamente podía ser acusado de adulterio con Julia, puesto que ella era su esposa. Pero se le pudo acusar de cómplice de la mala conducta de su mujer para mitigar su ejecución por conspirador.[65]

Los cargos imputados a Agripa Póstumo habían sido más vagos, su trato más clemente, pero no menos arbitrarios y eficaces. Se describe a Agripa como brutal y vicioso.[66] La fuerza física y el carácter intratable, que había heredado de su padre, hubieran podido educarse en la escuela de los campamentos o de los campos de deportes; pero en la corte estaban fuera de lugar. Su coetáneo Claudio, hermano menor de Germánico, a quien algunos consideraban estúpido y su madre, Antonia, llamaba monstruo, no era una figura decorativa. Pero Claudio era inofensivo y tolerado. No así Agripa, aunque de la sangre de Au-

63. TÁCITO, *Ann.* 4, 71; cf. 3, 24.

64. *Ibid.*, 3, 24.

65. Todo el asunto es sumamente oscuro. La conspiración y muerte de Paulo (SUETONIO, *Divus Aug.* 19, 1) no está fechada. El escoliasta de Juvenal 6, 158 afirma que Julia fue confinada después de la ejecución de su marido; que luego se le levantó el castigo, y que, finalmente, fue desterrada cuando demostró ser incorregible en sus vicios. Si se pudiera dar crédito a esto, la conspiración de Paulo habría tenido lugar antes del 8 d. C., quizá en el 1 d. C. como HOHL propugna (*Klio* XXX, 337 ss.).

66. TÁCITO, *Ann*, 1, 3: «rudem sane bonarum artium et robore corporis stolidè ferocern» (falto de educación en artes liberales y estúpidamente orgulloso de su fuerza física).

gusto. Este estorbo político fue expedido a una isla apropiada para él (7 d. C.).

Augusto seguía con vida, aun pasando por los escándalos de su familia. Los desastres de sus ejércitos fueron una prueba más dolorosa para él, y le arrancaron a su sangre fría, inhumana, el reproche desesperado al pobre Varo por las legiones perdidas.[67] El 13 d. C. la sucesión fue reglamentada públicamente, en la medida de lo posible. Tiberio pasaba a corregente, en virtud de una ley que le concedía poderes iguales a los del Princeps en el gobierno de las provincias y de los ejércitos.[68] Tras realizar un censo como colega de Augusto, Tiberio César partió para Ilírico (14 d. C.).

La salud de Augusto se agravó; su fin estaba próximo. Éste fue anunciado y acompañado de rumores diversos y exagerados. Se creía incluso que el frágil septuagenario, únicamente junto a su íntimo amigo Paulo Fabio Máximo, había realizado un viaje por mar para hacer una visita secreta a Agripa Póstumo.[69] Más instructivo, quizá, si no más auténtico, era el rumor de que en una de sus últimas conversaciones se había pasado revista muy seria a las pretensiones y actitudes de ciertos *principes*. M. Emilio Lépido, decía Augusto, tenía la capacidad, pero no la ambición del Imperio; Asinio Galo, sólo la ambición; L. Arruncio, ambas cosas.[70] Eran hombres eminentes. Lépido, de la familia de los Escipiones, hijo de Paulo, el amigo de Augusto, se mantuvo al margen de la política de los Emilios y de la alianza de su desventurado hermano, el marido de Julia la Menor. Se distinguió en su servicio a las órdenes de Tiberio en Ilírico, y ese año era gobernador de Hispania Citerior, al frente de tres legiones.[71] Tiberio confiaba en Lépido, pero no en Galo, el marido de Vipsania. Galo, con toda la fie-

67. SUETONIO, *Divus Aug.* 23, 2: «Quintili Vare, legiones redde!» (¡Quintilio Varo, devuelve las legiones!).

68. VELEYO, 2, 121, 3; SUETONIO, *Tib.* 21, 1.

69. TÁCITO *Ann.* 1, 5. Increíble del todo, cf. E. GROAG, P-W VI, 1784 s.

70. TÁCITO, *Ann.* 1, 13, según el cual algunos autores sustituían a Arruncio por Cn. Pisón (*cos.* 7 a. C.). Ésa no es la única inseguridad. El ms. de Tácito dice «M. Lepidum». Lipsius lo corrigió en «M.' Lepidum», que la mayoría de los editores, eruditos e historiadores han aceptado, suponiendo que se refiere a M. Emilio Lépido, *cos.* 11 d. C. (*PIR*², A 363). Es un error; M. Emilio Lépido, *cos.* 6 d. C. (*PIR*², A 369), hijo de Paulo y de Cornelia, es un personaje más eminente. Su hija estuvo prometida a Druso, hijo de Germánico (TÁCITO, *Ann.* 6, 40). Veleyo describía a M. Lépido como estando «nomini ac fortunae Caesarum proximus».

71. VELEYO, 2, 114, 5 (Ilírico); 125, 5 (España).

ra independencia de espíritu heredada de su padre, estaba carcomido por una impaciencia fatal por jugar a la política. No se le dio el mando de un ejército. L. Arruncio pertenecía a una familia rica y de talento, ennoblecida hacía poco en la persona de su padre, almirante en Accio, cónsul el 22 a. C. y autor de una historia de las Guerras Púnicas al modo de Salustio.[72]

La época de hacer cábalas tan apasionantes había pasado hacía diez años. El partido gobernante entre la vieja y la nueva aristocracia, construido con tanto cuidado por Augusto para sostener la monarquía y la sucesión de sus hijos, se había transformado tanto en su composición como en sus alianzas. Algunos enemigos o rivales de Tiberio, como Lolio y Julo Antonio, estaban muertos; otros, desacreditados; otros, relegados. Políticos astutos, que no se habían comprometido demasiado a fondo, se apresuraron a trasladar sus adhesiones al futuro *princeps*; y los neutrales recogieron los frutos de su prudente abstención de la intriga. Quirinio había prosperado;[73] lo mismo P. Quintilio Varo, persona de influencia en Roma, casado con Claudia Pulcra, la hija de Marcela. Varo tenía otros parientes provechosos.[74]

Un nuevo partido se hace visible, dual en su composición, como era de esperar. En los seis años que siguen a la vuelta de Tiberio al poder aparecen en los *Fasti*, al lado de los descendientes de la antigua nobleza, como los patricios M. Emilio Lépido, P. Cornelio Dolabela y M. Furio Camilo, o herederos de cónsules recientes, como los dos Nonios, L. Arruncio y A. Licinio Nerva Siliano (hijo de P. Silio), nombres enteramente nuevos, influencia palpable del Claudio aristócrata.[75] Tales son los dos Vibios, del pueblecito de Larino, en el Samnio; Papio Mútilo, también un samnita; los dos Popeos, del país picentino; también L. Apronio y Q. Junio Bleso. No menos significativo es el

72. L. Arruncio, *cos.* 22 a. C., (*PIR*, A 129); su hijo, *cos.* 6 d. C. (*ibid.*, 1130). Sobre su parentesco con los Pompeyos, que ayudan a comprender su distinción, cf. *supra*, p. 518.

73. Cf. *supra*, p. 523. Estaba casado ahora con una Emilia Lépida.

74. *Supra*, p. 516. L. Nonio Asprenas (*cos. suff.* 6 d. C.). Sex. Nonio Quintiliano (*cos.* 8 d. C.) y P. Cornelio Dolabela eran sobrinos suyos. A través de los Nonios estaba vinculado a L. Calpurnio Pisón y a L. Volusio Saturnino.

75. Para detalles del origen de estos *novi homines*, cf. *supra*, pp. 441 s. Para la interpretación opuesta de esta documentación (y por consiguiente del carácter y la política de Tiberio), cf. F. B. MARSH, *The Reign of Tiberius* (1931), 43 s.; cf. 67.

nombre de Lucilio Longo, conmemorado con honor en la historia por su lealtad a Tiberio, quizá hijo de aquel Lucilio que fue amigo de Bruto y de Antonio.[76] Tiberio no olvidaba sus propios antecedentes republicanos y pompeyanos.

Como a raíz de su marcha, el regreso de Tiberio hubo de producir cambios en los mandos militares. La mayoría de los generales de las primeras guerras de conquista estaban ahora muertos, muy viejos o retirados, dejando el puesto a otra generación, pero no a sus hijos; éstos heredaban la nobleza y ya era bastante. La cautela, exacerbada por el recuerdo de viejas enemistades, o del rencor guardado, aconsejaba a Tiberio privarlos de la gloria militar. El deplorable Lolio tenía un hijo, es cierto, pero el único título de éste para la fama o la historia fue el de haber engendrado a la hermosa Lolia Paulina. P. Vinicio y P. Silio, hijos de generales, empezaron la carrera militar y mandaron el ejército de los Balcanes después de sus preturas;[77] recibieron el consulado, pero no una provincia militar consular. Los dos hermanos de Silio llegaron al consulado, pero sólo uno de ellos al mando militar.[78] En esta situación, pocos a decir verdad de los *nobiles*, rivales y pares de Tiberio, podían esperar que sus hijos gobernasen provincias con ejércitos legionarios; desde luego, no Ahenobarbo o Paulo Fabio Máximo.

De la generación anterior de los mariscales de Augusto sólo C. Sencio Saturnino continuaba con el mando del Rin;[79] fue sucedido por Varo, con L. Nonio Asprenas como legado.[80] En Oriente L. Volusio Saturnino, amigo de familia de Tiberio, está atestiguado como gobernador de Siria (4-5 a. C.);[81] después de él fue Quirinio (4-6 d. C.). M. Plaucio Silvano gobierna Asia y después Galacia (4-6 d. C.).[82] El mando de Cn. Pisón en España corresponde probablemente a este

76. Lucillo Longo, el amigo de Tiberio, en TÁCITO, *Ann.* 4, 15; Lucilio, el amigo de Bruto, en PLUTARCO, *Brutus* 50; *Antonius* 69.

77. VELEYO, 2, 101, 3.

78. C. Silio Cecina Largo (TÁCITO, *Ann.* 1, 31).

79. VELEYO, 2, 105, 1 (4 d. C.). No hay constancia de cuánto tiempo llevaba allí. Veleyo dice de Sencio «qui iam legatus patris eius in Germania fuerat» (que ya había sido legado de su padre en Germania). Quizá desde el 3 d. C. Posiblemente en una ocasión anterior y distinta, *c.* 6-3 a. C.?

80. *Ibid.*, 117 ss.

81. *PIR*[1], 660 (L. Volusio); JOSEFO, *AJ* 18, 1 ss., etc. (Quirinio).

82. *IGRR* IV, 1362 (Asia); DIÓN, 55, 28, 2 s.; cf. *SEG* VI, 646 (Galacia).

período;[83] y dos Cornelios Léntulos aparecen, uno tras otro, como procónsules de la turbulenta provincia de África.[84]

Cuando Tiberio invadió Bohemia, en el 6 d. C., el veterano Sencio Saturnino condujo hacia el este al ejército de Germania como una columna del ataque convergente, mientras que a las órdenes de Tiberio se hallaba Valerio Mesala Mesalino (*cos.* 3 d. C.) como gobernador de la provincia de Ilírico, «vir animo quam gente nobilior».[85] En los Balcanes, el experimentado soldado A. Cecina Severo (*cos. suff.* 1 a. C.) estaba al cargo de Mesia (ahora que Macedonia había perdido su ejército).[86] En los tres años de la rebelión de Ilírico los siguientes consulares sirvieron en varios cometidos a las órdenes de Tiberio, a saber, M. Plancio Silvano (llamado de Galacia a los Balcanes con un ejército en el 7 d. C.); M. Emilio Lépido, cuyas virtudes igualaban a su ilustre linaje; C. Vibio Póstumo (*cos. suff.* 5 d. C.), L. Apronio (*cos. suff.* 8 d. C.) y probablemente L. Elio Lamia «vir antiquissimi moris» (*cos.* 3 d. C.).[87]

Las acotaciones elogiosas de Veleyo hablan por sí mismas. Los nombres de los cónsules y legados, mezcla de lo viejo y lo nuevo, proporcionan algunos indicios de la clase y del carácter del séquito de Tiberio. Destacan en él miembros de familias que hasta entonces no habían llegado al consulado, lo cual no es paradójico, pues se trataba de un partido de los Claudios. En el fondo, sin embargo, se encuentran ciertas casas nobles que, a pesar de toda su eminencia social, no parecen haber estado implicadas en los manejos matrimoniales de Augusto; los Calpurnios Pisones y los Cornelios Léntulos. L. Calpurnio Pisón (*cos.* 15 a. C.) estaba emparentado, es cierto, con la familia de César, pero el lazo no se había estrechado. Pisón era un aristócrata de muy variadas facultades: de gustos literarios, pero victorioso en una gran guerra tracia; bebedor empedernido; compañero de diversiones y con-

83. TÁCITO, *Ann.* 3, 13; cf. *PIR*², C 287.

84. L. Cornelio Léntulo, *cos.* 3 a. C. (*Inst. Iust.* 2, 25 pr.), *c.* 4-5 d. C., cf. *PIR*², C 1384; Coso Cornelio Léntulo, *cos.* 1 a. C., procónsul en el 6 d. C. (DIÓN, 55, 28, 3 s.; VELEYO, 2, 116, 2, etc.).

85. «Varón más noble por su ánimo que por su familia.» VELEYO, 2, 112, 1 s; DIÓN, 55, 29, 1.

86. VELEYO, 2, 112, 4; DIÓN, 55, 29, 3; 30, 3 s.; 32, 3.

87. VELEYO, 2, 112, 4, cf. DIÓN, 55, 34, 6 s.; 56, 12, 2 e *ILS* 921 (Silvano); VELEYO, 2, 114, 5 (Lépido); 2, 116, 2 (Póstumo y Apronio); 2, 116, 3 (Lamia).

sejero íntimo de Tiberio.[88] Estaba destinado a desempeñar mucho tiempo el cargo de *praefectus urbi*.[89] Su sucesor; aunque sólo durante un año, fue L. Elio Lamia, un viejo vivaracho que alcanzó gran relieve social, aunque había sido el primer cónsul de su familia.[90] Después de Lamia vino Coso Cornelio Léntulo (*cos.* 1 a. C.), distinguido general de una guerra en África, hombre de aspecto externo soñoliento y perezoso, pero de tanta confianza para Tiberio como el excelente Pisón.[91] A ninguno de ellos se les escapó nunca un secreto. Hay que recordar que Seyo Estrabón tomó esposa de la casa de los Cornelios Léntulos patricios.[92]

Detrás de Tiberio se halla una poderosa coalición de individuos y de familias, unidos unos con otros, en su mayoría, por lazos matrimoniales, casas de la antigua nobleza como los Calpurnios, y las numerosas ramas y parientes de los Cornelios Léntulos, hombres de cepas más recientes, como L. Nonio Asprenas (emparentado por matrimonio con L. Calpurnio Pisón, con Varo y L. Volusio Saturnino), y una firme compañía de *novi homines*. Se está formando ya un nuevo equipo de gobierno.

Y sin embargo, esto no era basante para evitar rumores e incluso riesgos. Cuando la salud de Augusto empezó a flaquear y su fin se acercaba, el miedo y la inseguridad se apoderaron de los ánimos de la gente: «pauci bona libertatis in cassum disserere, plures bellum pavescere, alii cupere».[93] Así se expresa Tácito, pero en seguida procura

88. Sobre el cual VELEYO no se compromete en los elogios que le prodiga: «de quo viro hoc omnibus sentiendum ac praedicandum est, esse mores eius vigore ac lenitate mixtissimos (De este hombre todos comprendían y pregonaban que sus costumbres eran una mezcla perfecta de fortaleza y de debilidad) (2, 98, 1). SÉNECA (*Epp.* 83, 14) es más valioso: «L. Piso, urbis custos, ebrius ex quo semel factus est, fuit» (L. Pisón sólo se emborrachó una vez desde que lo hicieron alcalde de la ciudad). Sobre sus costumbres, cf. también SUETONIO, *Tib.* 42, 1.

89. TÁCITO, *Ann.* 6, 10 (32 d. C.).

90. DIÓN, 58, 19, 5; «genus illi decorum, vivida senectus», TÁCITO, *Ann.* 6, 27).

91. SÉNECA, *Epp.* 83, 15: «virum gravem, moderatum, sed mersum et vino madentem» (hombre serio y ponderado, pero sumergido en el vino e impregnado de su olor).

92. *ILS* 8996. El hijo de Coso, Léntulo Getúlico (legado de Germania Superior en 30-39 d. C.), comprometió a su hija con el hijo de Sejano (TÁCITO, *Ann.* 6, 30). Tiberio no lo relevó. Esto no fue por miedo a una guerra civil, como refiere Tácito, sino porque podía confiar en estos Léntulos.

93. TÁCITO, *Ann.* 1, 4 (algunos ponderaban en vano las ventajas de la libertad; muchos temían una guerra; otros la deseaban).

deshacer esa impresión. Veleyo Patérculo, en cambio, pinta un cuadro alarmante de la crisis provocada por la muerte de Augusto. La exageración es palpable y descarada.[94]

En Roma se habían tomado las debidas precauciones para que la transmisión del Principado se produjese en paz: Seyo Estrabón era prefecto del pretorio; C. Turranio, del abastecimiento de grano; otro caballero, M. Magio, gobernaba Egipto. Todo los ejércitos provinciales estaban en manos de partidarios seguros. En el Rin estaban concentradas ocho legiones a las órdenes de dos legados; uno, C. Silio A. Cecina Largo, hijo de uno de los fieles generales de Augusto; otro, A. Cecina Severo (quizá pariente); Germánico, sobrino e hijo adoptivo de Tiberio, tenía el mando supremo.[95] En Ilírico, dividido ahora en dos provincias, Panonia estaba gobernada por Q. Junio Blesio, tío de Sejano; Dalmacia, por P. Cornelio Dolabela, de antigua nobleza.[96] El competente y rudo *novus homo* C. Popeo Sabino era legado de Mesia.[97] En Siria se encontraba Crético Metelo Silano, cuya hija, de edad infantil, estaba prometida al hijo mayor de Germánico.[98] M. Emilio Lépido estaba al mando de Hispania Citerior.[99] Éstas eran las provincias armadas del César. África, con una legión, estaba gobernada por el procónsul L. Nonio Asprenas, que fue sucedido en el cargo por L. Elio Lamia.[100]

El 19 de agosto del 14 d. C. el Princeps murió en Nola, Campania. Tiberio, que iba camino de Ilírico, fue llamado por mensajes urgentes

94. VELEYO, 2, 124, 1: «quid tunc homines timuerint, quae senatus trepidatio, quae populi confusio, quis orbis metus, in quam arto salutis exitique fuerimus confinio, neque mihi tam festinanti exprimere vacat neque cui vacat potest» (Lo que entonces temieron los hombres, el temblor del senado, la confusión de la gente, el miedo que se apoderó del mundo; en qué estrecho margen estuvimos entre la salvación y la perdición, no tengo tranquilidad para expresarlo deprisa, ni el que la tiene puede hacerlo).

95. TÁCITO, *Ann.* 1, 31.

96. *Ibid.*, 1, 16 (Blesio); VELEYO, 2, 125, 5 (Dolabela).

97. TÁCITO, *Ann.* 1, 80; cf. 6, 39.

98. Las monedas atestiguan su presencia desde el 12-13 d. C. al 16-17 (detalles, en *PIR*², C 64); el compromiso de la hija, en TÁCITO, *Ann.* 2, 43; *ILS* 184.

99. VELEYO, 2, 125, 5. Su hija estaba también prometida a un hijo de Germánico (Druso); TÁCITO, *Ann.* 6, 40.

100. Asprenas (*cos. suff.* 6 d. C.) está atestiguado en el 14-15 d. C. (TÁCITO, *Ann.* 1, 53). Lamia (*cos.* 3 d. C.) es probablemente su sucesor. La prueba de su proconsulado, en *PIR*², A 200.

de su madre. Llegó a tiempo de recibir las últimas instrucciones de labios del Princeps moribundo, según rezaba la versión oficial e inevitable, que inevitablemente también fue acogida con chistes y con escepticismo. No importaba. Todo estaba dispuesto, no sólo la designación del sucesor.

En Roma, los magistrados y el senado, los soldados y el pueblo prestaron en seguida juramento personal a nombre de Tiberio, renovando la alianza jurada hacía tiempo a Octaviano antes de Accio.[101] Ésta era la esencia del Principado. Faltaban ciertas formalidades.

El 3 de abril del año anterior Augusto había redactado su última voluntad y testamento.[102] Es de suponer que por entonces se redactaron o revisaron tres documentos de Estado, a saber, el ceremonial que él deseaba para su funeral, la lista de las obligaciones y recursos militares y financieros del gobierno, y el *Index rerum a se gestarum*, que había de ser colocado en tablas de bronce enfrente del mausoleo.

Éstos eran documentos oficiales. Es evidente que Augusto había celebrado consejo con los personajes principales de su partido, tomando disposiciones para la transferencia sin tropiezos del poder supremo. Como en el 27 a. C., era necesario que el Principado fuera conferido por consenso al primer ciudadano por los servicios prestados y esperados de él. La tarea pudiera parecer demasiado pesada para un hombre solo, que no fuese Augusto; un equipo podría parecer preferible a un principado;[103] sin embargo, hay que proclamar y admitir que no podía haber división del poder supremo.

La cuestión de la divinización de Augusto quedó admirablemente zanjada. Hubo momentos embarazosos en la concesión pública del Principado al heredero a quien él había designado. Tiberio mismo estaba incómodo, consciente de su posición ambigua y de sus muchos

101. TÁCITO, *Ann.* 1, 7: «Sex. Pompeius et Sex. Appuleius consules primi in verba Tiberii Caesaris iuravere, aputque eos Seius Strabo et C. Turranius, ille praetoriarum cohortium praefectus, hic annonae; mox senatus, milesque et populus» (Sex. Pompeyo y Sex. Apuleyo, los cónsules, juraron los primeros a nombre de Tiberio César, detrás de ellos Seyo Estrabón y C. Turranio, prefecto aquél de las cohortes pretorias, éste de los abastecimientos; finalmente el senado, el ejército y el pueblo).

102. SUETONIO, *Divus Aug.* 101, sobre el cual, E. HOHL, *Klio* XXX (1937), 325 ss.

103. TÁCITO, *Ann.* 1, 11: «proinde in civitate tot inlustribus viris subnixa non ad unum omnia deferrent: plures facilius munia rei publicae sociatis laboribus exsecuturos» (Pues en una ciudad que se apoyaba en tantos hombres ilustres, no se debían remitir todos los asuntos a una sola persona; siendo varias desempeñarían con mayor facilidad los cargos del Estado coordinando sus esfuerzos).

enemigos, vacilante y lleno de escrúpulos. El papel inevitable de un Princeps elegido libremente, y el engaño hábilmente escenificado e impuesto por Augusto, el menos honesto y menos republicano de los hombres, roían la conciencia de Tiberio, y se ponían de manifiesto en sus actos y declaraciones públicas. Por otra parte, sus enemigos estaban al acecho para explotar la ventaja. Tiberio César tenía el poder, pero ellos no iban a dejarle disfrutarlo con seguridad y placidez. En la crítica sesión del senado, algunos de los hombres más relevantes del Estado, tales como Asinio Galo, desempeñaron los papeles para los que habían sido elegidos, quizá con una torpeza fingida y malintencionada.

Hasta aquí el espectáculo público y la ratificación incuestionable de cómo Augusto había dispuesto del Estado romano. Nada se dijo en el senado de la ejecución, sin juicio, de Agripa Póstumo. Fue ordenada y realizada en secreto, por medio de Salustio Crispo, secretario de Estado, en virtud de lo previsto para el caso por el Princeps muerto, medida decidida fríamente dieciocho meses antes.[104] Augusto no tenía escrúpulos cuando se trataba del bien del pueblo romano. Algunos fingían creerlo incapaz de contemplar la ejecución de uno de su propia sangre.[105] Esta interpretación no pretendía defender a Augusto, sino inculpar al nuevo régimen. «Primum facinus novi principatus» (primer crimen del nuevo Principado), llama Tácito a la ejecución de Agripa. La arbitraria supresión de un rival no era menos esencial para el Principado que la investidura pública del poder legal y constitucional. El hecho y la frase se repiten a comienzos del Principado de Nerón.[106] De principio a fin, la dinastía de los Julios y de los Claudios se mantuvo en forma, despótica y asesina.

104. TÁCITO, *Ann.* 1, 6; cf. la aguda y convincente demostración de E. HOHL, *Hermes* LXX (1935), 350 ss.

105. *Ibid.*, 1, 6: «ceterum in nullius unquam suorum necem duravit, neque mortem nepoti pro securitati privigni inlatam credibile erat» (Por lo demás, nunca pudo presenciar la ejecución de ninguno de los suyos, ni la gente quería creer que se hubiese dado muerte a su nieto para garantizar la seguridad de su hijastro).

106. *Ibid.*, 13, 1: «prima novo principatu mors Iunii Silani proconsulis Asiae» (La primera muerte en el nuevo principado fue la de Junio Silano, procónsul de Asia).

Capítulo XXIX

EL PROGRAMA NACIONAL

Hemos visto cómo se produjo la conquista y la conservación del poder; cómo actuaron los lazos del patronazgo; cómo se crearon una oligarquía y un sistema de gobierno. Pero la seguridad de la propiedad, la promoción otorgada a la fidelidad y al mérito, y el gobierno firme de Roma, de Italia y de las provincias no bastaban.

La paz vino, y con ella el orden, pero la nación, gravemente enferma aún, ponía los ojos en su *salubris princeps* esperando de él la regeneración espiritual, así como la reforma material. Augusto pregonaba que un mandato nacional lo había elevado al poder supremo en la Guerra de Accio. Cualquiera que fuese la sinceridad de semejante pretensión, no podía volverse atrás aunque lo hubiese deseado. El mandato no quedó cumplido cuando el Estado fue salvado de un enemigo exterior. La masa compacta de sus partidarios de la clase media estaba impaciente e insistía.

«Magis alii homines quam alii mores.»[1] Así se expresa Tácito sin dejarse engañar por el resultado de una guerra civil que cambiaba las personas, pero no el carácter del gobierno. Los mismos hombres que habían ganado las guerras de la revolución tenían ahora en sus manos las riendas del Nuevo Estado, pero había que profesar e inculcar, si no adoptar, nuevas costumbres, nuevos «mores». No bastaba con adquirir poder y riqueza: la gente quería parecer virtuosa y sentirse virtuosa. La nueva política encarnaba un espíritu nacional y romano. El

1. (Más otros hombres que otras costumbres), TÁCITO, *Hist.* 2, 95.

contacto con la civilización extranjera de Grecia impulsó originariamente a los romanos a adquirir conciencia de su propio carácter nacional como pueblo. Mientras adquirían y asimilaban cuanto los helenos podían dar, modelaban su historia, sus tradiciones y sus ideas de lo que era romano, en oposición deliberada a lo que era griego. De la Guerra de Accio, hábilmente convertida en un movimiento espontáneo y patriótico, surgió un mito saludable que realzaba los sentimientos del nacionalismo romano con una intensidad pavorosa e incluso grotesca.

Roma había adquirido un Imperio universal, medio a su pesar, mediante una serie de casualidades, exigencias cada vez mayores de seguridad militar y la ambición de unos pocos. Cicerón y sus contemporáneos podían alardear de la *libertas* de que disfrutaba el pueblo romano, del *imperium* que ejercía sobre otros. No hasta que la *libertas* se perdió se percató la gente del orgullo del destino imperial de Roma, Imperio sin fin en el tiempo y en el espacio:

> his ego nec metas rerum nec tempora pono:
> imperium sino fine dedi.[2]

Los griegos podían tener a su Alejandro; era glorioso, pero no era un Imperio. Los ejércitos y los forzudos campesinos italianos habían aplastado y roto a los grandes reyes de los países orientales, sucesores del macedonio, y habían sometido a su mando a naciones más correosas que las que jamás había visto el conquistador de todo el Oriente. En un alarde de exaltación patriótica, los escritores de la Roma augusta debatían ingeniosamente si el propio Alejandro, en la cima y el cenit de su poder, hubiese podido triunfar sobre el vigor juvenil de la República guerrera. Se sentían tan valientes como para dudarlo.[3] Es más, la sólida fábrica de la ley y el orden, edificada por la sagacidad innata de los estadistas romanos, se mantendría en pie y duraría siempre. Los romanos no podían competir con Grecia en el primado de la ciencia, las artes y las letras; renunciaban alegremente a disputarlo. Las artes romanas eran la guerra y el gobierno:

2. VIRGILIO, *Aen.* 1, 278 s. (No les pongo límites ni en el espacio ni en el tiempo: les di un Imperio sin fin.)

3. Livio, 9, 18 s.

Tu regere imperio popolos, Romane, memento.[4]

Pero la posesión de un Imperio era algo más que un motivo de felicitación y una fuente de ingresos. Era un peligro y una responsabilidad. Por su pesada masa, el Imperio podía venirse abajo, arrastrando a Roma en sus ruinas. Los temores despertados por la larga serie de las guerras civiles estaban demasiado bien fundados. Accio había disipado la amenaza, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Podía Roma conservar el Imperio sin las virtudes con que lo había ganado?[5]

Un estado bien organizado no necesita de grandes hombres ni tiene sitio para ellos. El siglo último de la República presenció una sucesión de individuos sorprendentes, síntoma de degeneración cívica y causa de desastre. Fue el período griego de la historia romana, marcada por el sello del demagogo, del tirano y de la lucha de clases; y muchos de los actores principales de la tragedia tenían poco del romano tradicional en su carácter. Augusto rindió especial homenaje a los generales de la República. A juzgar por los catálogos de los más meritorios, confeccionados por los poetas patrióticos, tuvo que remontarse mucho en el tiempo para encontrar a sus favoritos: antes de la era de los Gracos. Mario era un dechado de *Itala virtus*; Sila Félix era mucho más un aristócrata tradicional romano de lo que muchos habían creído, y Sila trató de implantar un estado ordenado. Pero los dos eran reos del crimen de la ambición y de la *impia arma*. Augusto, como el historiador Tácito, no quería nada con ellos, y, en consecuencia, no reciben elogio alguno de los poetas.[6] Pompeyo no era mejor, aunque le saca ventaja a César en la solemne exhortación de Virgilio contra la guerra civil. En cuanto a Antonio, era el arquetipo de los vicios extranjeros: «externi mores ac vitia non Romana».[7]

No eran sólo los vicios de los *principes* lo que los privaba de reconocimiento. Sus virtudes habían sido perniciosas. El afán de gloria de Pompeyo, el celoso culto de César a su *dignitas* y a su *magnitudo animi*, la franqueza y la caballerosidad de Antonio, todas estas cualidades

4. *Aen.* 6, 851. (Acuérdate, romano, de gobernar a los pueblos en el Imperio.)

5. Ésta es la pregunta que subyace bajo todo el prefacio de la *Historia de Roma* de Livio.

6. Sobre Mario, Sila y Pompeyo, cf. TÁCITO, *Hist.* 2, 38. Mario y Sila no figuran en la lista de héroes romanos de la *Aen.* 6, 824 ss., ni en HORACIO, *Odas* 1, 12. Sin embargo, Mario es mencionado en las *Geórgicas* 2, 169.

7. SÉNECA, *Epp.* 83, 25.

tenían que ser extirpadas de los *principes* del Nuevo Estado. Si algo de ellas quedaba en la República, tenía que ser monopolizado por el Princeps único, junto con la *clementia*. A la clase gobernante se le dejaba la satisfacción de las virtudes menos decorativas; y si carecía de ellas, debía aprenderlas.

Como mejor se revela el espíritu de un pueblo es en las palabras que emplea con un sentido emocional. Para un romano, una de esas palabras era *antiquus*; y lo que Roma necesitaba ahora eran hombres de aquellos de los viejos tiempos y de antigua virtud. Como el poeta había dicho hacía tiempo:

moribus antiquis res stat Romana virisque.[8]

El aristócrata romano pagaba sus privilegios con sus servicios al Estado. Los individuos eran pobres, pero el Estado era rico. Sus inmorales y egoístas descendientes casi habían arruinado al pueblo romano. La conquista, la riqueza y las ideas extranjeras habían corrompido los ideales antiguos de deber, de piedad, de castidad y de sobriedad.[9] ¿Cómo restaurarlos?

Sobre la eficacia de una legislación moral y suntuaria podían caber dudas, si la gente reflexionaba sobre la naturaleza humana y la historia del pasado. Es más, una reglamentación del género repugnaba a la educación y a la sensibilidad de la aristocracia. La matrona romana podía afirmar que ella no necesitaba leyes escritas para dirigirla ni jueces para castigarla:

mi natura dedit a sanguine ductas
ne possem menor iudicis esse metu.[10]

La misma orgullosa insistencia en la virtud heredada, de clase y familia, resalta en el elogio de Horacio a los Claudios jóvenes:

8. Ennio, citado por CICERÓN, en *De republica* (S. Agustín, *De civ. Dei* 2, 21) (La potencia romana radica en las costumbres y en los hombres de antaño).

9. LIVIO, *Praef.* 12: «nuper divitiae avaritiam et abundantes voluptates desiderium per luxum atque libidinem pereumdi perdendique omnia invexere» (Ahora la riqueza ha introducido la codicia, placeres innumerables, deseo de perderse y de perderlo todo por el lujo y los excesos).

10. PROPERCIO, 4, 11, 47 s. (La naturaleza me ha dado leyes sacadas de mi sangre, para que el miedo al juez no pueda hacerme mejor).

fortes creantur fortibus et bonis.[11]

Pero eso no era suficiente, aun entre los Claudios; el poeta añade:

doctrina sed vim promovet insitam
rectique cultus pectora roborant.[12]

Los preceptos y la coacción eran mucho más necesarios entre los *nobiles* menos afortunados en política y más expuestos a las tentaciones que los hijastros del Princeps; los hijos de la guerra y de la revolución, enamorados del bienestar después de los desórdenes, y los nuevos ricos, que imitaban las extravagancias de la aristocracia sin la excusa de sus antepasados, ni las cualidades que las disculpaban.

Poco después de Accio parece que Augusto dio un primer paso. Fue dado en falso; si llegó a promulgarse, la ley fue retirada en seguida, en vista de las protestas y de la oposición (28 a. C.).[13] Pero la reforma flotaba en el ambiente. La impopular tarea requería un estadista decidido, «iustum et tenacem propositi virum».[14] Por este camino un hombre se había remontado a los cielos. Aunque cruelmente ultrajado en vida, Augusto recibiría su recompensa:

si quaeret «Patcr Urbium»
subscribi statuis, indomitam audeat
refrenare licentiam,
clarus postgenitis.[15]

Pese a ello, Augusto le dio largas, abandonó su proyecto de Juegos Seculares para el 22 a. C., decepcionado quizá de los censores de aquel año, y partió para las provincias de Oriente. Inmediatamente después de su regreso, en el 19 a. C., y una vez más al año siguiente, se le ofreció la *cura legum et morum*, que él rechazó con el pretexto

11. *Odas* 4, 4, 29 (Los valientes son de padres valientes y bien nacidos).

12. (Pero la educación desarrolla la capacidad innata y las normas de vida rectas fortalecen los corazones.)

13. PROPERCIO, 2, 7; cf. LIVIO, *Praef.* 9.

14. *Odas* 3, 3, 1.

15. *Ibid.*, 3, 24, 27 ss. (Si desea que sus estatuas lleven la inscripción «Padre de las Ciudades», tenga el valor de reprimir la licencia sin freno, y sea ilustre para la posteridad).

de que era incompatible con el *mos maiorum*. Aquel cargo tenía un sabor reglamentista, y su mismo título lo revelaba con toda claridad. Más al caso: no lo necesitaba. El Princeps promulgó las disposiciones del 18 a. C. en virtud de su *auctoritas* y por la vía de su *tribunicia potestas*.[16]

Las leyes principales destinadas a reprimir el libertinaje, implantar la moralidad y estimular la crianza de hijos, en una palabra, a restaurar la base de la virtud cívica, fueron la *Lex Iulia de maritandis ordinibus* y la *Lex Iulia de adulteriis*, las dos de ese año. Hubo cambios y adiciones posteriores, de los que la más importante fue la *Lex Pappia Poppaea* del año 9 d. C.[17] La regeneración estaba actuando vigorosamente sobre el pueblo romano. La nueva era podía inaugurarse con confianza. Los Juegos Seculares fueron celebrados, por tanto, el año 17 a. C. Q. Horacio Flaco, que compuso el himno a la efemérides, ensalzaba en él, junto con la paz y la prosperidad, el retorno de la moralidad antigua:

> iam Fides et Pax et Honos Pudorque
> priscus et neglecta redire Virtus
> audet.[18]

No había sido fácil. Hubo oposición en el senado y manifestaciones públicas en contra. Una coraza, oculta bajo la toga del Primer Ciudadano, lo protegía del asesinato, pues en este año se descubrieron tramas y se castigó a los conspiradores.[19] La legislación referente a la familia era una novedad, pero su espíritu no lo era, pues estaba al mismo tiempo tan en armonía con las actividades tradicionales del cargo censorial como con las aspiraciones de los reformadores conservadores.[20] Augusto pretendía a la vez revitalizar el pasado y sentar normas

16. *Res Gestae*, 6; DIÓN, 54, 16, 1 ss.

17. Sobre esta legislación y problemas emparentados con la misma, cf. H. M. LAST, *CAH* X, 441 ss.

18. *Carmen saeculare* 57 ss. (Ya la Buena Fe, la Paz, el Pudor antiguo y la Virtud olvidada osan volver).

19. DIÓN, 54, 15, 1 ss.

20. Cicerón deseaba que los censores prohibiesen el celibato (*De legibus* 3, 7): «caelibes esse prohibento, mores populi regunto, probrum in senatu non relinquonto» (Prohibirán que haya solteros, reglamentarán las costumbres del pueblo, no dejarán que subsista en el senado nada que sea motivo de escándalo).

para el futuro. En esta cuestión había un precedente valioso. Augusto leyó imperturbable a un senado que se resistía el discurso entero que un Metelo había pronunciado una vez en su vano empeño de detener el descenso de la natalidad.[21]

El fin del nuevo código consistía en nada menos que en colocar a la familia bajo la protección del Estado, una medida absolutamente superflua en toda la época en que Roma conservó su personalidad antigua. Entre la aristocracia de la última época de la República, la familia no había estado siempre bendecida con la prole ni con la estabilidad. Enlaces concertados con fines públicos y confesados, de dinero, política o placer se deshacían alegremente según el interés o el capricho de cualquiera de las dos partes. Pocas en verdad de las grandes damas tendrían pretensiones o ansias de un epitafio como el de Cornelia:

in lapide hoc uni nupta fuisse legar.[22]

Aunque algunas podían mostrar cierta resistencia a cambiar de maridos o de amantes, rara vez eran ejemplos de las virtudes domésticas de la matrona romana, de la Claudia que

domum servavit, lanam fecit.[23]

Sus nombres se oían en público más a menudo de lo que era conveniente para mujeres honestas; se metían en política y patrocinaban las bellas artes. Eran temibles e independientes, pues conservaban el título de sus propiedades en el matrimonio. Esta emancipación de las mujeres provocó la reacción de los hombres, que en lugar de una compañera de su propia clase preferían el enlace con una liberta o no casarse con nadie.

Con matrimonio o sin él, el tono y las costumbres de la alta sociedad eran alegres y licenciosos. El Nuevo Estado se echó encima, demoledor e implacable. La *Lex Iulia* convertía el adulterio, del delito privado que era, con remedios benignos y una reparación incompleta, en un crimen. A la esposa no se le reconocían más derechos que antes;

21. SUETONIO, *Divus Aug.* 89, 2; LIVIO, *Per.* 59.

22. PROPERCIO, 4, 11, 36 (En esta piedra se leerá que fui esposa de un solo hombre).

23. *ILS* 8403 (Guardó su hogar, hiló la lana).

pero el marido, una vez obtenido el divorcio, podía procesar tanto a la culpable como a su amante. El castigo era severo: destierro a las islas y pérdida de una gran parte de sus fortunas.

El apretar el vínculo matrimonial difícilmente podía inducir a la aristocracia a casarse y multiplicarse. Hacían falta estímulos materiales. Muchas familias antiguas se habían extinguido por falta de herederos, y la existencia de otras era precaria. La riqueza necesaria para mantener la dignidad política y social de una familia de senador imponía un límite riguroso a su tamaño. Por ello, Augusto ideó premios para padres y maridos en forma de una más rápida promoción dentro de la carrera senatorial y las correspondientes restricciones para los solteros y los sin hijos en el terreno de las herencias de propiedades.

La educación de la juventud fue asimismo objeto de los desvelos del Princeps. Para la formación del carácter con miras a los deberes militares y políticos, las ciencias, las bellas artes y la vaga y amena literatura eran claramente superfluas, si no positivamente nocivas.[24] La filosofía estudiada en exceso no convenía a un romano y a un senador.[25] Sólo las leyes y la oratoria se consideraban materias de estudio respetables. No debían dejarse en manos de especialistas o de simples eruditos. Para fomentar la fuerza física y el espíritu de equipo en la juventud romana, Augusto restableció ejercicios militares antiguos, como el *Lusus Troiae*.[26] En las ciudades de Italia había un equivalente, los *collegia iuvenum*, clubs de jóvenes aspirantes a oficiales. Estas sociedades facilitaban la preparación para el servicio militar y oportunidades de promoción social y política, y eran centros de propagación de los sentimientos correctos acerca del gobierno.[27] Augusto nombró

24. El estudio de la filosofía griega y de la ciencia tienen un valor secundario: «istae quidem artes, si modo aliquid valent, (id valent) ut paulum acuant et tamquam irritent ingenia puerorum, quo facilius possint maiora discere» (CICERÓN, *De re publica* 1, 30) (Estas disciplinas, si tienen algo de valor, es porque aguzan un poco, y por decirlo así, estimulan el intelecto de los niños, para que puedan aprender con más facilidad cosas más grandes). Valor moral o político no tienen: «nec meliores ob eam scientiam nec beatiores esse possumus» (*ibid.*, 32) (Esta ciencia no puede hacernos mejores ni más dichosos).

25. TÁCITO, *Agr.* 4, 4: «se prima in iuventa studium philosophiae acrius ultraque quam concessum Romano ac senatori hausisse» (En su primera juventud, él se enfrascó en el estudio de la filosofía con más ardor y profundidad de lo que les está permitido a un romano y a un senador).

26. H. M. LAST, *CAH* X, 461 ss.

27. L. R. TYLOR, *IRS* XIV (1924), 158 ss.; H. M. LAST, *CAH* X, 461 ss.

oficiales de la *militia equestris* a hombres recomendados por sus ciudades (quizá ex magistrados).[28] Los *municipia,* o más bien los dinastas locales que los controlaban, estaban bastante al corriente de las cualidades que el Princeps esperaba.

Para la clase gobernante, las penas estaban en proporción con los deberes de su elevada posición social. El matrimonio con mujeres libertas, aunque prohibido ahora a los senadores, era consentido a los demás, porque era mejor que el no matrimonio. El pueblo romano debía contemplar e imitar los ideales antiguos, personificados en los mejores de los suyos; pero había de ser un pueblo romano depurado.

En Roma la disminución de la cepa indígena estaba paliada y compensada por una virtud singularmente escasa en las ciudades-estados de Grecia, pero inculcada a Roma desde sus primeros tiempos por las necesidades militares de la República; a saber: la disposición a acoger a nuevos miembros en el cuerpo cívico.[29] Esta generosidad, que en el pasado había cimentado el poder de Roma en una amplia base, única que podía sustentarlo, estaba acompañada de ciertos inconvenientes graves. Los esclavos no sólo podían ser manumitidos con facilidad, sino que lo eran en cantidades enormes. Las guerras de conquista inundaron el mercado de cautivos extranjeros, y a menudo de razas consideradas inferiores. Sus descendientes engrosaban y sofocaban las filas de los ciudadanos romanos:

nil patrium nisi nomen habet romanus alumnus.[30]

Augusto intervino para salvar la raza, imponiendo severas restricciones a la libertad de los propietarios individuales de esclavos, de declararlos libres.[31] Sin embargo, incluso a los libertos se les concedió la dignidad y las obligaciones de una corporación con la institución del culto a los *Lares compitales y* del *genius* de Augusto en Roma, y sacerdocios en las demás ciudades.[32]

28. SUETONIO, *Divus Aug.* 46. Cf. *supra*, p. 443.

29. TÁCITO, *Ann.* 11, 24. Véanse las observaciones de Filipo V, rey de Macedonia, *ILS* 8763.

30. PROPERCIO, 4, 1, 37 (El joven romano no tiene de su patria más que el nombre).

31. H. M. LAST, *CAH* X, 461 ss.

32. El culto en Roma se remonta a la organización de los guardas de la ciudad en el 7 a. C. (DIÓN, 55, 8, 6 s.), cf. *ILS* 9250. Sobre esto y el culto municipal a Augusto, L. R. TAYLOR, *The Divinity of the Roman Emperor*, 181 ss.; 215 ss.

El pueblo romano no podía ser puro, fuerte y confiado sin la *pietas*, sin el honor debido a los dioses de Roma. La prosperidad de la comunidad entera dependía claramente de un cierto grado de connivencia con los poderes sobrenaturales, la *pax deorum*. Había muchas señales de su falta. El horror ruinoso de las guerras civiles, con la amenaza de destrucción de Roma y del Imperio, había generado un sentimiento de culpabilidad, y todo era debido al abandono de los dioses antiguos. El mal se remontaba a mucho antes de César y de Pompeyo, y era síntoma y producto de toda una era de Roma que se podría calificar de impía y antirromana. Los templos se caían de viejos, las ceremonias y los sacerdocios se habían relajado. No habría paz para el romano, sino que la maldición heredada y acumulada se propagaría de una generación corrompida a la siguiente, cada una peor que la última, hasta que los templos fueran restaurados.[33] ¿De quién será la mano que el cielo guíe para empezar la obra de restauración?

> cui dabit partis scelus expiandi
> Iuppiter?[34]

La respuesta no podía ser más que una. Es cierto que el jefe oficial de la religión del Estado era Lépido, el *pontifex maximus*, que vivía recluido en Circeos. Augusto no lo había despojado de aquel honor, haciendo alarde de escrúpulos cuando los escrúpulos no le costaban nada. Podía esperar a que Lépido muriese. Era mejor así: en la historia reciente, la dignidad de *pontifex maximus*, en modo alguno recompensa al mérito, era simplemente un trofeo en el juego de la política. Augusto tenía a menos emular a sus precursores: César, apropiándose del cargo mediante el soborno descarado y la popularidad entre el populacho de Roma; Lépido, mediante el favor de Antonio, y por un procedimiento condenado como ilegal.[35]

Como en todo lo demás, el Primer Ciudadano podía actuar sin ley ni título, en virtud de su *auctoritas* suprema. Poco después de la Guerra de Accio y del triple triunfo, Roma fue testigo de su celoso desve-

33. *Odas* 3, 3, 1 s.

34. *Ibid.*, 1, 2, 29 s. (¿A quién dará Júpiter el papel de expiar el crimen?).

35. Al menos por AUGUSTO, *Res Gestae* 10: «eo mor / [t]uo q [ui civilis] m[otus] occasione occupaverat» (muerto aquel que lo había ocupado en ocasión de guerra civil).

lo por la religión: «sacrati provida cura ducis».[36] El año 29 a. C. se cerró el templo de Jano, y se celebró de nuevo una ceremonia arcaica, caída en desuso hacía tiempo, el *Augurium Salutis*. Ahora y más adelante, el Princeps repobló los colegios sacerdotales existentes, dando nueva vida a la antigua cofradía de los Hermanos Arvales, lo que significó realce para la dignidad del Estado y ampliación de la clientela. E1 28 a. C., el senado encomendó a Augusto la tarea de reparar todos los templos de la ciudad de Roma. Nada menos que ochenta y dos fueron objeto de su atención, según él pretendía, sin duda exagerando,[37] y silenciando el considerable trabajo realizado en el decenio anterior.

Dos divinidades merecían honor especial. El 29 a. C., el templo de *Divus Iulius*, prometido por los triunviros, fue dedicado al fin. El año siguiente presenció la terminación del gran templo de Apolo en el Palatino. Ninguno de los dos dioses le fallaron: *Divus Iulius* pudo más que la República en Hipos; Apolo cumplió en Accio lo prometido:

vincit Roma fide Phoebi.[38]

El mito de Accio era religioso tanto como nacional: en un bando, Roma y todos los dioses de Italia; en el otro, las divinidades bestiales del Nilo.[39] Febo, sin duda, era griego de nombre y de origen. Pero Febo llevaba mucho tiempo domiciliado en el Lacio. Aunque el espíritu nacional de Roma era una reacción contra la Hélade, no había nada de malo, sino ventajoso, en invocar a las divinidades griegas de la mejor clase en el bando de los buenos, de modo que la Guerra de Accio pudiera exhibirse como una sublime disputa entre el oeste y el este. Roma no era sólo la conquistadora, Roma era la protectora de Grecia y de su cultura.

Como para fortalecer esta pretensión, se tomaron en Roma medidas represivas contra los cultos egipcios invasores y de una popularidad alarmante durante el período triunviral; ahora fueron expulsados del recinto de la ciudad.[40] El renacimiento nacional y patriótico de la religión constituye un vasto tema de discusión, y un movimiento tan

36. Ovidio, *Fasti*, 2, 60 (el celo previsor del Dux consagrado).

37. *Res Gestae* 20; Livio, 4, 20, 7: «templorum omnium conditorem aut restitutorem» (fundador o restaurador de todos los templos).

38. Propercio, 4, 6, 57 (Vence Roma por la fidelidad de Febo).

39. *Aen.* 8.698; Propercio, 3, 11, 41 ss.

40. Dión, 53, 2, 4; 54, 6, 6.

profundo y tan fuerte no puede imponerse ni triunfar por una simple acción de gobierno. Hay aquí mucho más sentimiento religioso auténtico de lo que a veces se ha creído.[41] Baste observar que Augusto luchó con todas sus fuerzas para restaurar el viejo espíritu de culto, firme, decoroso y decente, de los dioses romanos. Ésa era la fuente moral del poder de Roma:

> nam quantum ferro tantum pietate potentes
> stamus.[42]

Aunque depreciada por la política, la noción de *pietas* no se había falseado del todo. *Pietas* le había dado antaño al romano el Imperio del mundo, y sólo *pietas* podía conservarlo:

> dis te minore quod geris, imperas:
> hinc omne principium, huc refert exitum.[43]

Virtus y *pietas* no se podían disociar; el significado de *virtus*, de acuerdo con su raíz, es «valor de hombre». El pueblo romano ocupaba un lugar privilegiado en el dominio del mundo entero. Este privilegio debiera equivaler a servicio. Si los ciudadanos se resistían a combatir, la ciudad sucumbiría a manos de sus enemigos o de sus mercenarios. Augusto hacía un llamamiento a las virtudes de una raza guerrera. La exhortación no era superflua, pues los romanos habían saboreado recientemente las amargas realidades de la guerra. Después de los dioses, la mayor preocupación de Augusto era honrar a los generales de antaño, a los constructores del Imperio.[44] Instaló estatuas de ellos en su nuevo Foro con la relación inscrita de sus hazañas, el Foro donde se

41. Sobre la profundidad del renacimiento religioso augusto, cf. F. ALTHEIM, *A History of Roman Religion* (1938), 369 ss.

42. PROPERCIO, 3, 22, 21 s. (Somos tan poderosos por nuestra religión como por nuestras armas).

43. HORACIO, *Odas* 3, 6, 5 s. (Reinas porque te empequeñeces ante los dioses; haz de esto el principio y el final de todas tus empresas).

44. SUETONIO, *Divus Aug.* 31, 5: «proximum a dis immortalibus honorem memoriae ducum praestitit, qui imperium p.R. ex minimo maximum reddidissent» (Después de los dioses inmortales, honró al máximo la memoria de los jefes que, partiendo de tan modestos comienzos, habían hecho tan grande el Imperio del pueblo romano).

alzaba el templo de Mars Ultor, monumento a la victoria y escenario de ceremonias castrenses. Esta galería de retratos nacionales había sido ya anticipada por los poetas patriotas.[45] Los romanos eran exhortados a considerarse un pueblo resistente y belicoso, sin boato de monarcas ni mentiras de diplomáticos griegos:

> Non hic Atridae, nec fandi fictor Ulixes:
> durum a stirpe genus.[46]

Eran labriegos y soldados. La tradición recordaba, o la literatura representaba, a los cónsules de principios de la República como idénticos en su vida, hábitos e ideales a los toscos granjeros a quienes guiaban en el combate, generales y soldados, productos todos ellos de la *saeva paupertas*, la fiera pobreza.[47] Era el varonil soldado-labrador:

> rusticorum mascula militum
> proles,

que había teñido los mares de rojo con la sangre cartaginesa que había destrozado a Pirro, a Antíoco, a Aníbal.[48]

El ideal de la virtud y del valor no era sólo romano, sino italiano, profundamente. Arraigado entre los sabinos de antaño, y en Etruria, cuando Etruria era guerrera.[49] Los más fieros de los itálicos habían luchado contra Roma recientemente, en la última guerra de los pueblos del Apenino, sobre todo los marsos, «genus acre virum», un pueblo pequeño en sus efectivos pero siempre famoso en la guerra. En su exaltación de la *Itala virtus*, Roma proclamaba su valor, pues Roma

45. Cf. HORACIO, *Odas* 4, 8, 13 ss.: «non incisa notis marmora publicis / per quae spiritus et vita redit bonis / post mortem ducibus» (los mármoles grabados con inscripciones públicas que dan aliento y vida a los buenos generales después de su muerte), y también la lista de nombres en *Odas* 1, 12 (con un Escauro que seguramente no corresponde a ella) y VIRGILIO, *Aen.* 6, 824 ss.

46. VIRGILIO, *Aen.* 9, 602 s. (No están aquí los Atridas, ni Ulises, artífice del hablar; sus orígenes han hecho ruda a esta raza).

47. HORACIO, *Odas* 1, 12, 43. El mismo tipo humano aparece en su contemporáneo Livio (42, 34) cuando describe al sabino Sp. Ligustino, que heredó de su padre una yugada (*iugerum*) de tierra y una mísera cabaña (*parvum tugurium*) en la que había nacido. Trajo al mundo ocho hijos.

48. *Ibid.*, 3, 6, 37 s. (prole viril de rústicos soldados).

49. *Geórgicas* 2, 532 ss.; cf. 167 ss.

había triunfado sobre Italia. La generación última había visto a los marsos y a los picentinos capitaneando las legiones de Roma en el combate contra los partos. Y el Principado, a pesar de sus muchas profesiones de pacifismo, pedía a Roma y a Italia que le proporcionasen soldados para hacer la guerra en todo el mundo. Ahora estaban unidos, eran fuertes, una nación forjada en la guerra, de razas distintas y lenguas extrañas unas a otras: etrusco y osco, incluso celta e ilirio. La plegaria había sido escuchada:

> sit Romana potens Itala virtute propago![50]

El Nuevo Estado de Augusto elogiaba al fuerte y recio labrador de Italia, que obtenía trabajosamente, del cultivo de los cereales, una subsistencia precaria para él y para una numerosa prole viril:

> salve, magna parens frugum, Saturnia tellus,
> magna virum.[51]

¿Dónde se encontraba ahora el campesino de Italia? En el transcurso de dos siglos, las ganancias del Imperio, el influjo del capital proporcionado por la exportación invisible de soldados y gobernadores de Roma, junto con la mejora del arte y de la práctica de la agricultura, habían transformado la economía de Italia. Hacía más de cien años, el descenso de la población de edad militar había despertado la alarma y requerido los esfuerzos desesperados de un grupo de estadistas de la aristocracia. Las reformas de los Gracos fueron incompletas o frustradas, y desde entonces la pequeña propiedad no se había hecho más rentable. El Samnio era un desierto desde Sila, y grandes extensiones del sureste de Italia estaban ocupadas por pastos. Los hijos de Italia estaban diseminados por el mundo; muchos preferían quedarse en las provincias o trasladarse a las ciudades antes que volver a una vida dura en algún valle de los Apeninos. Había, desde luego, algunos labradores, y seguían cultivando cereales; pero no por los beneficios.[52] Miles y miles de veteranos habían sido asentados en Italia, pero que pueden

50. *Ann.* 12, 827 (¡Sea poderosa la raza romana gracias al valor italiano!).

51. (¡Salud, gran madre de las cosechas, tierra de Saturno, gran madre de héroes!); *Geórgicas* 2, 173 s.

52. Sobre el tema, cf. sobre todo, ROSTOVTZEFF, *SOC. and Ec. Hist.*, 59 ss.

considerarse como pequeños capitalistas mejor que como campesinos. No quiere esto decir que fuesen malos labradores.[53]

No está nada claro a qué clase de labrador pretendían aconsejar y dar aliento las *Geórgicas* de Virgilio. Los beneficiarios de la guerra y de las proscripciones habían comprado tierras. Aunque cierto número de ellos hubiesen trabajado en el comercio y pudiesen considerarse como residentes en ciudades, especialmente los de la clase de los libertos, la antítesis entre urbano y rural en la Italia de esta época no era completa y excluyente, y los nuevos propietarios no podían ser ajenos del todo al ejercicio de la agricultura. Los ciudadanos de los *municipia* italianos habían nacido, en su mayoría, o habían vivido en fincas del campo, y hemos de recordar que tipos, aparentemente refinados, de hombres de ciudad, como Séneca, el cortesano y estadista, y el pervertido gramático Q. Remio Palemón, eran célebres por los altos beneficios que obtenían de sus viñas.[54]

Pero a los abogados de los altos ideales del Nuevo Estado no se les pedía que estudiasen los conceptos de la ciencia de la economía, o que enseñasen el modo de llevarlos a la práctica. Eso sería ineficaz. Los teorizantes antiguos en materia de política, desde el espurio Licurgo hasta los auténticos y revolucionarios Gracos, estaban de acuerdo en otorgar a la excelencia moral y militar la primacía sobre las ganancias crematísticas. Si el cultivo de cereales no proporcionaba dinero al campesino, si su vida era dura y laboriosa, tanto mejor. Él debía amarla por su propio bien y por el bien del Estado, alegre el ánimo y robusto el cuerpo:

> angustam amice pauperiem pati
> robustus acri militia puer
> condiscat.[55]

Esto no distaba mucho del ideal de la autosuficiencia económica. El moralista anticuado podía estar satisfecho. Que decaiga el comer-

53. Obsérvense los preceptos relativos a la agricultura y a la buena vida que el tribuno militar retirado C. Castricio hizo grabar en su sepultura para estímulo de sus libertos, *CIL* XI, 600 (Forum Livi).

54. PLINIO, *NH* 14, 49 ss. Séneca le compró la viña a Remio (sobre este desagradable sujeto, cf. SUETONIO, *De Gramm.* 23).

55. *Odas*, 3, 2, 1 ss. (Que el joven fortalecido por la ruda milicia aprenda a soportar con ánimo valeroso los rigores de la pobreza).

cio exterior, no trae nada bueno, sino que importa lujos superfluos y vicios extranjeros.

Hasta ahí el ideal. Italia se vio libre de la implantación de tan perversos anacronismos. La Tierra era más próspera que nunca lo había sido. La paz y la seguridad volvieron al mundo entero. La liberación del capital atesorado por los Ptolomeos durante siglos, o por propietarios timoratos durante el reciente período de confiscaciones, aceleró el pulso del comercio, aumentando los beneficios y los costos. El precio de la tierra en Italia se disparó a gran altura.[56] Los ricos se hicieron más ricos. Su dinero se invirtió en propiedades rústicas. Las grandes fincas aumentaron de tamaño. La prosperidad podía dar lugar a escrúpulos, lo mismo que la adversidad. Horacio, a quien los horrores de la Guerra de Perusa habían inspirado visiones de las Islas Afortunadas, donde la naturaleza ofrecía todos los frutos sin el trabajo de la mano del hombre, podía meditar unos instantes sobre los males de la propiedad privada y envidiar la felicidad virtuosa de los nómadas:

campestres melius Scythae.[57]

El poeta patriota podía deplorar la conversión de tierras de labor en parques principescos y villas espléndidas, la invasión de los ricos y la expulsión de los pobres:

non ita Romuli
praescriptum et intonsi Catonis auspiciis veterumque norma.[58]

Pero éstos no eran los días de Rómulo ni de Catón el Censor; y aun el velludo Catón, de ascendencia campesina y labrador él mismo, no era un cultivador de cereales, sino un exponente astuto y acaudalado de métodos de cultivo más rentables y más modernos. Lo mismo que en la política, tampoco podía haber reacción en la vida económica. No se intentó que la hubiese. Nadie pensó en penalizar a los ricos de Italia frenando el crecimiento de sus fortunas, o dividiendo sus monstruosas fincas en beneficio de los meritorios romanos pobres, cu-

56. SUETONIO, *Divus Aug.* 41, 1.
57. *Odas* 3, 24, 9.
58. *Odas* 2, 15, 10 ss. (Tales no eran las prescripciones en uso bajo los auspicios de Rómulo y de Catón, el de la barba intonsa, ni la norma de los antiguos).

yos antepasados campesinos habían ganado la gloria y el Imperio para Roma. La revolución había pasado. La violencia y la reforma, por igual, estaban detenidas y suspendidas. Los ricos estaban en el poder: en sus cerradas filas eran bien visibles hombres de cabeza y de cara duras, como Lolio, Quirinio y Tario Rufo. Con tales defensores, la propiedad podía dormir tranquila.

El autor de los panegíricos más elocuentes de la virtud campesina y de la vida sencilla era en realidad un solterón de gustos epicúreos, hombre rico y terrateniente absentista. Se observó en su momento con maliciosa alegría que ninguno de los dos cónsules que dieron su nombre a la *Lex Papia Poppaea* tenía mujer ni hijos. Uno de ellos procedía de una noble familia samnita, reconciliada ahora con Roma; se podría añadir que el otro era un picentino. Eso no era una excusa. Esos hombres, antes que otros, debieran haber proporcionado la *Itala virtus*, que se consideraba ausente de la aristocracia romana, decadente y amante del placer. Entre los amigos íntimos de Augusto podían encontrarse sujetos como Mecenas, sin hijos, vicioso y, sin embargo, sometido a su mujer, y el indescriptible Vedio Polión; y en su propia casa, la legislación moralizante del Princeps fue escandalosamente escarnecida por las transgresiones de su hija y de su nieta, aunque en realidad el crimen de éstas fuese más político que moral. Tampoco es cierto que el Princeps estuviese por encima de todo reproche, incluso prescindiendo de las alegaciones de Antonio, del escándalo acerca de Terencia y de todas las habladurías que infectan los entresijos de una monarquía.

Es bastante obvio que había una cierta duplicidad en el programa social del Princeps. Es más, toda la concepción del pasado romano, sobre la cual trató él de asentar la base moral y espiritual del Nuevo Estado, era, en gran parte, imaginaria o espuria, creación consciente o inconsciente de historiadores patriotas o de ensayistas que adaptaron al lenguaje romano teorías griegas acerca de la virtud primitiva y acerca de la degeneración social derivada de la riqueza y del Imperio. El campesino italiano pudo haber sido valeroso y frugal, pero era también estrecho y codicioso, grosero y supersticioso. Tampoco es evidente que el aristócrata romano de la era dorada de los Escipiones fuese siempre el dechado de virtudes que Cicerón y sus contemporáneos fingían admirar. La moneda tenía otra cara.

Sin embargo, la grave sospecha de fraude no basta para comprometer la eficacia de la reforma augusta ni para condenar a sus autores,

quienesquiera que fuesen. El Augusto de la historia y del panegírico oficial se alza aparte y en solitario, con todo el poder y toda la gloria en su persona. Pero él no alcanzó y conservó el poder por sí solo. Sin duda él fue el autor manifiesto, y el agente principal de la política de regeneración, pero ¿cumplía acaso instrucciones de una oligarquía oculta, o un mandato general de sus seguidores?

No fue sólo Roma, sino Italia, y quizá Italia más que Roma, quien ganó la Guerra de Accio. En un cierto sentido, el Principado mismo se puede considerar como un triunfo de Italia sobre Roma: Filipos, Perusa e incluso Accio fueron victorias del partido cesariano sobre los *nobiles*. Estando reclutado en tan extensa medida entre los caballeros romanos de las ciudades de Italia, el partido recibió la recompensa del poder en el senado y en los consejos del Princeps. La aristocracia romana, al hacer presa en el botín de la victoria, riqueza, lujo y poder, nuevos gustos y nuevas ideas, se había desprendido, sin reponerlas, de sus viejas virtudes ancestrales. Pero la piedad y la frugalidad antiguas, el respeto a la familia y la lealtad a los lazos del sentimiento y del deber se conservaron, con una conciencia de su superioridad, con orgullo y rabia, en las ciudades de Italia. El noble romano se reía del hombre del municipio, un tipo fatuo, mezquino, triunfador en el mundo de los negocios, poseído de sí mismo, y moral hasta extremos intolerables. La burguesía italiana obtuvo así su dulce desquite cuando el Nuevo Estado se edificó a costa de los *nobiles*, de sus rencillas y de sus locuras.

Esto no basta para demostrar que el Princeps era solamente un dócil instrumento en manos de un partido intransigente de puritanos nacionalistas. Augusto mismo procedía de una familia municipal.

A sus orígenes, de una ciudad pequeña y anticuada del Lacio, se pueden atribuir, sin pecar de injustos, ciertos rasgos de su carácter: el prosaico realismo, la falta de generosidad, la prudencia y la avaricia. Sus gustos, su lenguaje y su ingenio eran burgueses; su religión, e incluso sus supersticiones, los de su pueblo natal.[59] Augusto era un tipo humano singularmente arcaico.[60] No ciertamente sin cultura, pero no había calado en él la influencia de los movimientos intelectuales de la

59. SUETONIO, *Divus Aug.* 90 ss. Su deidad protectora, Apolo, tiene rasgos indígenas. Vediovis, adorado por los Julios (*ILS* 2988), se identificaba con Apolo, cf. C. KOCH, *Der römische Iuppiter* (1937), 80 ss.

60. R. HEINZE, *Hermes* LXV (1930), 385 ss. = *Volt: Geist des Römertums*, 171 ss.

capital, de la literatura, de la ciencia o del escepticismo griegos. Estaba tan dotado para el disimulo y la hipocresía como pocas veces lo haya estado un gobernante. Pero su devoción al ideal antiguo de la familia, e incluso al culto antiguo a los dioses, parece en él profundamente arraigada y genuina. Admiraba a la aristocracia, pues no pertenecía a ella; la mortificaba, pero con una mano cariñosa. Pues el respeto debido a la aristocracia era tradicional, y Augusto era un miembro tradicionalista de la clase media italiana. No menos genuino su patriotismo, se podría apostar a que su verso favorito era:

Romanos rerum dominos gentemque togatam.[61]

A esta identidad de origen y de sentimientos con una clase muy numerosa en Italia debía Augusto gran parte de su éxito como jefe de partido y la confianza suficiente para seguir adelante en su tarea de regeneración moral y social. La estructura política creada por el Princeps era sólida y al mismo tiempo flexible; no era tan fácil modelar los hábitos de un pueblo entero y restaurar los ideales de una clase gobernante.

El estadista romano no consideraba defecto o desventaja que la religión oficial del pueblo romano fuese formalista más que espiritual.[62] El renacimiento augusto no necesita defenderse de la acusación de un gusto deliberado por las antigüedades. Pero la religión del Estado, como la religión de la familia, no era contraria del todo al sentimiento. Ésta era la *pietas*, virtud romana típica. Augusto podía observar con cierta satisfacción que había restablecido una cualidad que sacaba fuerzas de recuerdos del pasado romano, ganaba las simpatías de la gente para la majestad del Estado y garantizaba su lealtad al nuevo régimen.

La virtud cívica de este género podía existir en la aristocracia romana en compañía de una cierta permisividad en el comportamiento individual; y la capacidad, el valor y el patriotismo podían prestar al vicio mismo un cierto encanto engañoso. Los puntos de vista de Augusto eran estrechos y precisos. Es difícil decir hasta qué punto fueron aceptados. Un príncipe virtuoso como Tiberio, tradicionalista en sus

61. *Aen.* 1, 282, citado una vez por Augusto (SUETONIO, *Divus Aug.* 40, 5) (Los romanos, amos del mundo, nación vestida de toga).

62. Cf. observaciones de A. D. NOCK, *CAH* X, 467.

opiniones de la moralidad romana, se vio forzado a exponer sus dudas al senado sobre la eficacia de una mera legislación en cuestiones tales.[63] Para el historiador Tácito era evidente que la aristocracia romana había experimentado un cambio, y no menos evidente que éste fue lento en mostrar su eficacia, y debido a otras causas que la legislación de Augusto,[64] pues el lujo, en vez de disminuir, se desbocó por completo bajo sus sucesores de la dinastía de los Julios y los Claudios. Familias acaudaladas gastaron su patrimonio en la ostentación o perecieron por su ambición y sus intrigas. *Novi homines* de las ciudades de Italia o de las provincias ocuparon sus puestos, dando muestras de una economía tan rigurosa que ni las inmensas fortunas que ellos amasaron lograron aflojarla. Vespasiano, emperador oriundo del país sabino, contribuyó mucho con su ejemplo personal. Pero más que todo eso, las normas de austeridad que predominan en la sociedad de la época de Tácito fueron quizá impuestas por una misteriosa revolución de los gustos.[65]

Si las expectativas de Augusto se vieron defraudadas por la aristocracia, le cabía el consuelo de que Roma no era Italia, e Italia se había engrandecido. En el norte había una nueva Italia, provincia hasta hacía poco, populosa, patriota y orgullosa de conservar la frugalidad y la virtud ancestrales. Patavium (Padua) heredaba la fama de gazmoña, proverbial del país sabino,[66] y Brixia (Brescia) no quería quedarse atrás.[67] Es más: la nación romana rebasaba ahora los límites tradicionales de Italia, pues incluía a los descendientes de colonos italianos y a indígenas que habían recibido la ciudadanía romana, todos igualmente romanos ante la ley. Gades podía exportar tanto bailarinas como a un millonario como Balbo. Pero había otras muchas ciudades de España y de la Galia Narbonense que pronto podrían enviar a Roma a

63. TÁCITO, *Ann.* 3, 53 s.

64. *Ibid.*, 3, 55.

65. *Ibid.*: «nisi forte rebus cunctis inest quidam velut orbis, ut quem ad modum temporum vives ita morum vertantur» (si no hay por casualidad en todas las cosas una especie de círculo, de modo que las costumbres como las edades, recorren un ciclo).

66. MARCIAL, 11, 16, 8: «sis Patavina licet»; cf. PLINIO, *Epp.* 1, 14, 6.

67. PLINIO, *Epp.* 1, 14, 4: «patria est ei Brixia ex illa nostra Italia quae multum adhuc verecundiae, frugalitatis atque etiam rusticitatis antiquae retinet ac servat» (Su patria es Brescia, en aquella Italia nuestra, que conserva y mantiene aún mucho del pudor, de la sobriedad e incluso de la rusticidad de antaño).

sus aristócratas locales, bien educados en *provincialis parsimonia* y en fidelidad al Estado. Agrícola era el funcionario público con quien Augusto pudiera haber soñado.

Sin embargo, no todo *novus homo* o aristócrata provincial era un ejemplo de virtud y de integridad. El Principado de Augusto no sólo idealizó al cónsul y al ciudadano de la antigua República campesina, añadiendo así una corona sublime a la labor de generaciones anteriores, que habían transformado la historia de Roma, borrando celosamente las huellas de la influencia extranjera, primero la etrusca y después la griega. El inevitable romanticismo de una era próspera, basada en el cómodo dogma de que conservaba la libertad, al tiempo que eliminaba el libertinaje, e imponía el orden sin recurrir al despotismo, bañaba ahora y transfiguraba el presente, poniendo como modelo el carácter y los hábitos de la clase media de las ciudades de Italia.

La *libertas* y la *fides* aristocráticas fueron suplantadas por el vigor y la industria del *novus homo*. La apertura de una carrera al talento no siempre conducía, empero, a un comportamiento honorable, en una sociedad en la que las ganancias y la promoción dependían del patrocinio del gobierno. Sin necesidad de hablar de los vicios o la rapacidad de los *novi homines* mayores, los amigos de Augusto, los menores se arrastraban buscando el favor, con un innoble servilismo, practicando la denuncia por dinero y por ascenso. El moralista o el estudioso de la onomástica itálica observará, con sentimientos mezclados, las reprobables conductas demostradas o imputadas a Vibidio, a Titedio, a Brutedio.[68]

La necesaria fe en las virtudes de los municipios se extendió rápidamente hasta abarcar tanto las provincias como Italia, con la misma terminología y los mismos patrones aceptados. Junto a otros tipos provinciales, se puede poner el del primer senador narbonense que alcanzó notoriedad en Roma, C. Domicio Afro, de magníficas dotes para la oratoria, pero codicioso y despiadado.[69] La grandeza de un pueblo imperialista depende, en medida no pequeña, del disimulo inconsciente de una verdad embarazosa. Cuando Roma pudo reconocer

68. Vibidio (TÁCITO, *Ann.* 2, 48); Titedio (*ibid.*, 85); Brutedio (3, 66). Recuérdese también al orador Murredio, que se revolcaba en chistes obscenos (SÉNECA, *Controv.* 1, 2, 21; 23).

69. TÁCITO, *Ann.* 4, 52: «modicus dignationis et quoquo facinore properus clarescere» (medianamente estimado y con prisa de hacerse célebre, aun a costa de cualquier tropelía). Cf. la nota necrológica llena de reticencias, *Ann.* 14, 19.

sin riesgo, o no pudo ocultar por más tiempo, el ocaso de Italia y la transformación de su clase gobernante, el reinado de la riqueza fue oportunamente enmascarado como una mezcla de virtud romana antigua y de cultura helénica.

Durante el Principado de Augusto, la aldea y el pueblo pequeño son objeto de las alabanzas oficiales. También aquí se observa un contraste entre las apariencias y la realidad. Pese a tanto hablar del aldeano labrador, pese a tanto glorificar los ideales militares de una raza imperial, el servicio en las legiones era impopular en Italia, y el reclutamiento, aborrecido.[70] No había material disponible. Los reclutas de Italia, al sur de los Apeninos, no eran en modo alguno abundantes. Por otra parte, la Italia nórdica o provincial, sobre todo la parte de allende el Po, región predominantemente céltica, paga un pesado tributo al ejército. La posición social del recluta escapa a menudo a nuestras pesquisas, pero no siempre puede eludirlas; rara vez habrá sido elevada. Los nativos de los valles de los Alpes, recientemente conquistados, eran obligados a servir en las legiones del pueblo romano.[71] Algunos de estos soldados ni siquiera simulan tener unos nombres latinos. La frecuencia de reclutas de las legiones que mencionan ciudades traspadanas como domicilio es fácil de explicar: numerosas tribus de *attributi* estaban anejas a las comunidades romanas. No hay interpretación que pueda hacer pasar a estos extranjeros por campesinos italianos y menos aún por miembros de la burguesía italiana.[72] Pero eran un pueblo curtido y militar. Eso era lo que se necesitaba.

Desde luego, el reclutamiento de las legiones no se limitaba a Italia. Las prácticas de la era revolucionaria se perpetuaron discretamente. César había reclutado una legión en la Narbonense; España había proporcionado ya legiones enteras, además de reclutas. Si dispusiésemos de más documentación relativa a las legiones de Occidente en época de Augusto, es de suponer que se descubrirían hombres de España y de la Narbonense en grandes cantidades.[73] Había menos nece-

70. Es muy impresionante el efecto de reunir los testimonios de VELEYO, 2, 130, 2; TÁCITO, *Ann.* 4, 4; SUETONIO, *Tib.* 48, 2.

71. E. RITTERLING, P-W XII, 1781.

72. ROSTOVTZEFF (*Soc. and Ec. Hist.*, 42; cf. 499 s.) eleva demasiado la posición social del legionario en época de Augusto.

73. Se pueden utilizar argumentos indirectos. Por ejemplo, la Narbonense proporciona sólo dos regimientos auxiliares; y esta provincia aparece pronto en la guardia pretoriana (*ILS* 2023), donde en el período Julio-Claudio se pueden encontrar hombres de Nórico (*ILS* 2033) y tracios de Macedonia (*ILS* 2030; 2032).

sidad de disimular en los ejércitos de Oriente. Los gálatas se enrolaban frecuentemente y se les daba la ciudadanía romana en el momento de incorporarse a filas.[74] Además, parte del mejor personal de combate de Europa estaba siendo explotado ahora para las guerras de Roma, pero no como tropas regulares. El legionario actuaba las más de las veces como zapador de ingenieros; la mayoría de los combates corría a cuenta de los *auxilia*.

Por procedimientos tales se mantenía airosamente la ficción de un ejército nacional, pero no sin contratiempos. El ejército encargado de completar la conquista de España en el 19 a. C. estaba desmoralizado y dispuesto al motín.[75] Agripa metió en cintura a los culpables. Otra vez, la gran rebelión de Ilírico, en el 6 d. C., puso en evidencia el espíritu militar de la raza. Los legionarios estaban decepcionados y descontentos, por haberles alargado el servicio por razones de economía más tiempo del convenido, y la *Itala virtus* parecía extraordinariamente reacia a ofrecerse voluntaria para la guerra de los Balcanes y deseosa de eludir el alistamiento.[76] No fue posible reclutar nuevas legiones. Como remedio parcial a la falta de legionarios, Augusto alistó a numerosos esclavos liberados, en unidades separadas, con el título revelador de *cohortes voluntariorum*.[77]

La guerra en Ilírico fue un golpe mortal no sólo para la política exterior y de fronteras de Roma, sino al orgullo patriótico de Augusto. En su abatimiento pensó en poner fin a su vida. De no haber sido por aquel desastre hubiera sobrellevado con mayor entereza la pérdida de las legiones de Varo.

Pese a los varios fracasos y decepciones en su política de regeneración moral y patriótica, el esfuerzo no había sido en vano; no era idea de un hombre, y sus orígenes se remontaban más atrás de Accio. Las diferentes clases del Imperio habían sido llamadas a tener una

74. Véase la lista de soldados de Coptos, *ILS* 2483: dos gálatas llevan el nombre de M. Lolio. Otro soldado llamado M. Lolio, *IGRR* III, 1476 (Iconium).

75. Dión, 54, 11, 3.

76. Suetonio, *Divus Aug.* 24, 1; cf. Plinio, *NH 7*, 149: «iuventutis penuria». Los soldados eran apáticos (Suetonio, *Tib.* 21, 5, donde se citan las palabras de Augusto: «inter tot rerum difficultates καὶ τοσαύτην ἀποθυμίαν των στρατευομένων» (entre las dificultades de la situación y la apatía de los soldados), y había peligro de motín (Dión, 56, 12, 2).

77. Veleyo, 2, 110, 7; Dión, 55, 31, 1; Macrobio, 1, 11, 32; Suetonio, *Divus Aug.* 25, 2.

cierta conciencia de la dignidad y los deberes de una raza imperial. El soldado aprendió a obedecer; el veterano, a llevar una vida ordenada y útil, no como los hombres de Sila. Incluso los libertos no eran tratados como parias. Sobre todo, a la aristocracia se le recordaron con energía sus tradiciones hereditarias de servicio; y a los propietarios, por su propio interés y en su propia defensa, se les hizo comprender que la riqueza y la posición les imponían ciertos deberes para con la comunidad. Como el Princeps mismo, los beneficiarios de la guerra se hicieron respetables. «Fortuna non mutat genus» (la Fortuna no hace cambiar la casta), exclamaba Horacio en el período revolucionario.[78] El Nuevo Estado hizo cuanto pudo para refutar aquel prejuicio arcaico:

> in pretio pretium nunc est; dat census honores,
> census amicitias: pauper ubique iacet.[79]

Las leyes no bastaban. El líder revolucionario había alcanzado el poder más por la propaganda que por la fuerza de las armas; algunos de sus mayores triunfos los había obtenido con muy poco derramamiento de sangre. El Princeps, dueño ahora del monopolio de los medios de influir en la opinión, hizo uso de todas sus artes para convencer a la gente de que aceptase el Principado y su programa.

78. *Epodos* 4, 6.

79. Ovidio, *Fasti* 1, 217 s. (Ahora es al dinero al que se le pone precio: la fortuna da los honores, la fortuna da los amigos; el pobre está tirado en todas partes).

Capítulo XXX

EL ENCAUZAMIENTO DE LA OPINIÓN PÚBLICA

En la Roma republicana la aristocracia guiaba a la literatura ejerciendo sobre ella la protección personal. Como en política, las demás clases eran permeables a la *auctoritas* y adoptaban el tono y los gustos de los de arriba. La crítica política era violenta, despiadada, pero general, menos cuando hacía al gobierno blanco de sus ataques. Entonces todas las fuerzas se unían contra él. Panfletos y poemas se arrojaron sobre el Monstruo de Tres Cabezas, concentrándose, como era debido, sobre Pompeyo Magno, y la plebe de Roma fue animada a manifestarse públicamente en el Foro o en el teatro, uniéndose en defensa de una constitución que no significaba nada para ella, y saltando ávidamente sobre cualquier frase referente a la dominación de Pompeyo

nostra miseria tu es magnus.[1]

Los agentes con capacidad de provocar manifestaciones espontáneas de los verdaderos sentimientos del pueblo soberano eran indispensables para los políticos romanos. Craso tenía mejor mano que Pompeyo. Clodio, el demagogo, figuraba en su nómina. La Dictadura de César fue en seguida objeto de panfletos. Más perjudicial, sin embargo, era el ataque indirecto, esto es, la publicación de libros que exaltaban a Catón, el mártir de la libertad republicana. El elogio o la difamación

1. Cicerón, *Ad Att.* 2, 19, 3.

de un muerto, más que los de un vivo, presagia cuál va a ser el triste destino de la literatura de la época del Imperio.

Cuando se impone el régimen de Augusto, los hombres de letras, clase que había tenido por costumbre atacar al individuo o al partido dominante, parecen estar fervorosamente al lado del gobierno. Sería prematuro descubrir en esta metamorfosis un reconocimiento franco y generoso de la excelencia de la política de Augusto, o un testimonio inequívoco de la restauración de la libertad pública; pero no hay que sacar la consecuencia de que los poetas e historiadores que brindaron su talento a la glorificación del nuevo régimen, en el Estado y en la sociedad, eran simplemente los apologistas pagados y complacientes del despotismo.

El político republicano adoptaba y protegía a los hombres de letras para dar a conocer su esplendidez y extender su fama. Como si fuera un monarca, Pompeyo disponía de un cronista particular, el elocuente Teófanes de Mitilene. César, en cambio, fue su propio historiador, en sus relatos de la Guerra de las Galias y de la Civil, y su propio apologista. El estilo de su prosa era eficaz, por militar y por romano, desprovisto de engolamiento y de verbosidad, y supo hacer hábilmente que sus adversarios parecieran mezquinos, vengativos y antipatriotas.[2] Contra los defensores de Catón, enemigos insidiosos, el Dictador respondió con panfletos, suyos y de su fiel Hircio, y obligó a Cicerón a escribir, muy de mala gana, una carta en que expresaba cierto grado de aprobación a su política. Las propuestas constructivas procedentes de escritores neutrales o partidistas no alcanzaban tanta difusión. Estaba Salustio, es verdad, atacando tanto a la oligarquía como al poder del dinero, y defendiendo la necesidad de una reforma moral y social.[3] El Dictador alentaba, además, los estudios del erudito Varrón, para despertar el interés por la religión romana y otras antigüedades nacionales. No había, sin embargo, aún una explotación sistemática de la literatura a gran escala. Eso quedaba para Augusto.

En las disputas del período triunviral la propaganda tuvo más peso que las armas. Mecenas, jefe del gabinete de Augusto, captó muy pronto a los poetas más prometedores y los ganó para el Principado. Augusto mismo asistía a los recitales con paciencia e incluso con

2. Sobre el *Bellum Civile*, cf. L. WICKERT, *Klio* XXX (1937), 232 ss.

3. Las dos *Epistulae*, aunque se les niegue autenticidad, distan de ser despreciables.

agrado. Insistía, sin embargo, en que los elogios que se le hacían fuesen trabajos serios y de los mejores poetas.[4] El Princeps lo consiguió; otros protectores de la literatura se quedaron muy atrás. Polión perdió a su Virgilio. Mesala hubo de contentarse con el anémico Tibulo. Fabio Máximo, el patricio diletante, favoreció algo a Ovidio y quizá a Horacio,[5] y Pisón cumplía con las tradiciones filohelénicas de Su familia apoyando a un versificador griego, Antípatro de Tesalónica.[6] Polión fue homenajeado por Horacio en una famosa oda. No así Mesala, en cambio. En cuanto a los militares de origen plebeyo, promocionados por el Nuevo Estado, no hay testimonios de que tuviesen interés en proteger las artes ni las letras.

Como era de esperar, los poetas favorecidos por el gobierno se sintieron en el deber de celebrar en verso los ideales de Roma renaciente: la tierra, los soldados, la religión, las costumbres, el pasado heroico y el presente glorioso. No era sólo propaganda; algo mucho más grande estaba en marcha: se estaba creando deliberadamente una literatura romana digna de codearse con la obra de los griegos, un segundo pilar para sostener la civilización de un Imperio mundial que era a la vez romano y griego. Se interpretaba la Guerra de Accio no tanto como una lucha contra Grecia como contra Egipto y el Oriente. La lucha se perpetuó durante el Principado en la reacción augusta contra el helenismo contemporáneo y contra los modelos alejandrinos de la edad precedente, y en el retorno a los ideales más antiguos y clásicos, a la gran época de Grecia. La nueva literatura romana debía referirse más a la ciudad que al individuo, servir más que adornar. Horacio, cuando ya su vena lírica se secaba, se esforzó por asentar el movimiento en una base teórica firme y en reivindicar el reconocimiento de clásicos para los mejores representantes de la literatura contemporánea.

4. SUETONIO, *Divus Aug.* 89, 3: «recitantes et benigne et patienter audiit, nec tantum carmina et historias, sed et orationes et dialogos. Componi tamen aliquid de se nisi et serio et a praestanssimis offendebatur» (Estudiaba a quienes recitaban, con simpatía y paciencia, y no sólo odas e historias, sino también discursos y diálogos; sin embargo, le molestaban las composiciones relativas a él, si no eran en serio y por los más relevantes).

5. Frecuentes alusiones en OVIDIO, *v. gr. Ex Ponto* 1, 2, 1; 3, 3, 1; Horacio dedica a Fabio, «centum puer artium», la *Oda* 4, 1.

6. Sobre él véase esp. C. CICHORIUS, *R. Studien*, 323 ss. La teoría de que la *Ars Poetica* se escribió en fecha avanzada en la vida de Horacio, y fue dedicada a los dos hijos de este Pisón, es tan plausible, que no hace falta aducir el testimonio de Porfirio.

Como en la política, la generación última no había sido rica en modelos que recomendar o que imitar. Horacio no dice jamás una palabra de Catulo o de Lucrecio. Estas personalidades, independientes y apasionadas, no podían encontrar ni sitio ni favor en las academias burguesas y disciplinadas de una sociedad sana. El epicureísmo, a decir verdad, hacía fruncir las cejas seriamente, como una doctrina moral poco edificante y susceptible de fomentar repugnancia al servicio público. El estoicismo, en cambio, era saludable y respetable; se podía hacer buen uso de él. Viviendo en una atmósfera cambiada y más tonificante, donde el deber y la moralidad estuviesen vigentes, Lucrecio podría haber satisfecho las ansias de su naturaleza religiosa componiendo un poema panteísta para celebrar la armonía preestablecida del alma del hombre, el universo entero, y el Estado ideal hecho ahora realidad en la Tierra:

> spiritus intus alit, totamque infusa per artus
> mens agitat molem et magno se corpore miscet.[7]

Desde luego el estoicismo defendía el orden y la monarquía. Catulo, en cambio, no hubiera podido domesticarse para cantar dócilmente la regeneración de la alta sociedad, los reiterados matrimonios de Julia o las virtudes frugales de los advenedizos, enriquecidos por las guerras civiles. Sus libros hubieran sido quemados en el Foro, en medio del más grande concurso y aplauso del pueblo romano.

No importaba. El Nuevo Estado tenía su poeta lírico, soberbio de técnica. Las desgracias personales y la desesperación política le habían arrancado al joven Horacio las duras y amargas invectivas de sus *Epodos*. La edad y la prosperidad aplacaron su ardor, pero no afectaron al realismo escéptico de su carácter; nada ratifica las habladurías ociosas acerca de su conversión al estoicismo. Sin embargo, este epicúreo parece ceder a una pasión romántica por la sobriedad y la virtud, a una ardiente simpatía hacia los ideales militares del Imperio. En sus *Odas* se puede descubrir la más noble exposición de la política augusta de regeneración social, y el comentario de la misma más rico en enseñanzas. Tras haber tratado con elocuencia de temas elevados, Horacio vuelve al fin a sí mismo:

7. VIRGILIO, *Aen.* 6, 726 s. (Un aliento íntimo sustenta la vida, el espíritu, derramado por los miembros, anima la masa entera y se mezcla al vasto cuerpo).

Non hoc iocosae conveniet lyrae:
quo, Musa, tendis?[8]

Tras alabar la vida sencilla y maldecir la riqueza, añade:

scilicet improbae
crescunt divitiae; tamen
curtae nescio quid semper abest rei.[9]

Sin necesidad de pedir perdón, y de una manera más natural, le venía al poeta Virgilio la vena moral, rústica y patriótica. Una vez terminadas las *Geórgicas* (*c.* 30 a. C.), Virgilio se puso a escribir un poema épico que debiera revelar la mano del destino en los más remotos orígenes de Roma, la continuidad de la historia romana y su culminación en el régimen de Augusto. Como decía él al comienzo del poema,

nascetur pulchra Troianus origine Caesar
imperium Oceano, famam qui terminet astris,
Iulius a magno demissum nomen Iulo.[10]

Más adelante no es el conquistador del mundo, sino el iniciador que ha de venir de una nueva era,

hic vir, hic est, tibi quem promitti saepius audis,
Augustus Caesar, divi genus, aurea condet
saecula qui rursus Latio.[11]

El carácter del héroe de la epopeya no es magnífico ni llamativo. No se pretendía que lo fuese. La guía permanente que se ejerce sobre

8. *Odas* 3, 3, 59 s. (Esto no es lo propio de una lira festiva. ¿Adónde me llevas, Musa mía?).

9. *Ibid.*, 3, 24, 62 ss. (Sin duda las riquezas crecen desmesuradamente; sin embargo, siempre falta un no sé qué a una fortuna incompleta).

10. *Aen.* 1, 286 ss. (De este noble origen nacerá el troyano César, del que el Océano limitará el Imperio, los astros la fama; se llamará Julio, nombre derivado del gran Julo).

11. *Aen.* 6, 791 ss. (Éste es el hombre, él es, que a menudo oyes te será enviado: César Augusto, hijo del divino, que volverá a implantar en el Lacio los siglos de oro.)

el héroe es contraria también a las concepciones románticas. Eneas es un instrumento del cielo, un esclavo del deber. «Sum pius Aeneas», como él mismo se define sin vacilar. A través de todas las peripecias de su alta misión, Eneas es comedido, firme y tenaz; no hay respiro para él, no hay descanso, no hay unión de corazón ni de política con una reina extranjera. Italia es su destino, «hic amor, haec patria est». Y así Eneas prosigue en su misión, sacrificando todas las emociones a la *pietas*, firme en su resolución, pero sombrío y un poco cansado. El poema no es una alegoría, pero ningún contemporáneo dejaba de percibir en Eneas un antecedente de Augusto. El traslado de Troya y de sus dioses a Italia, la construcción de la Nueva Roma fue una tarea augusta y ardua:

tantae molis erat Romanam condere gentem.[12]

El destino presagiaba la venida de un gran soberano a Italia y conquistador de todo el mundo:

sed fore qui gravidam imperiis belloque frementem
Italiam regeret, genus alto a sanguine Teucri
proderet, ac totum sub leges mitteret orbem.[13]

Nadie lo hubiese creído, pero la salvación de Roma salió de una ciudad griega. La sacerdotisa de Febo lo anunciaba:

via prima salutis
quod minime reris, Graia pandetur ab urbe.[14]

Tras su primera decisión, tomada de acuerdo con sus amigos en Apolonia, el joven César no había dudado ni retrocedido. Como Apolo lo había anunciado, su camino iba a través de la sangre y de la guerra:

12. *Ibid.*, 1, 33 (Tanto esfuerzo costaba fundar la nación italiana).

13. *Ibid.*, 4, 229 ss. (Pero vendrá quien gobierne a Italia, cargada de promesas de Imperio y, bramante de ardor bélico, dé a luz una raza, nacida de la noble sangre de Teucro, y someta el mundo entero a las leyes).

14. *Ibid.*, 6, 96 s. (El primer camino de la salvación, el que menos te imaginas, será abierto por una ciudad griega).

bella, horrida bella,
et Thybrim multo spumantem sanguino cerno.[15]

En compañía de su fiel Achates debía combatir a los indomables pueblos de Italia y triunfar, fundar ciudades y un modo de vida civilizado:

bellum ingens geret Italia populosque ferocis
contundet, moresque viris et moenia ponet.[16]

Su triunfo no acarreó su dominación personal, sino la unidad de Roma y de Italia, reconciliación al fin. Aquélla era su misión:

nec mihi regna peto: paribus se legibus ambae
invictae gentes aeterna in foedera mittant.[17]

Aquellos mismos años el historiador Livio estaba ya trabajando sobre el tema, majestuoso y vasto, de su elección, el equivalente en prosa a la epopeya de Virgilio:

res Italas Romanorumque triumphos.[18]

Como otras composiciones literarias patrocinadas por el gobierno, la historia de Livio era patriótica, moral y educativa. Incluso el estudio de las antigüedades era de provecho. Pero la historia no necesitaba ser arqueológica; podía utilizarse, como la poesía, para honrar el recuerdo del valor antiguo, reanimar el orgullo de la nación y educar a las generaciones venideras en la virtud cívica.

El relato de los primeros días de la ciudad, fundada, como recordaba el viejo poeta, *augurio augusto*, requería una palabra consagrada y la conmemoración del Fundador de Roma, «deum deo natum, re-

15. *Ibid.*, 6, 86 s. (Veo guerras, guerras horribles, y el Tíber cubierto de espumas de sangre).

16. *Ibid.*, 1, 263 s. (Desatará una guerra inmensa en Italia, someterá a pueblos fieros y dará tradiciones y murallas a sus guerreros).

17. *Ibid.*, 12, 190 s. (No pido un reino para mí; que las dos naciones invencibles se sometan a unas mismas leyes en una alianza eterna).

18. *Ibid.*, 8, 626.

gem parentemque urbis Romanae».[19] Pero de nada serviría trazar un paralelo demasiado preciso. El Rómulo de la leyenda ya poseía demasiados rasgos auténticos de César Dictador, algunos adquiridos recientemente, o por lo menos acentuados. Rómulo era rey, favorito de la plebe y del ejército; menos aceptable para el senado.

Si los últimos libros de Tito Livio, con sus relatos de la historia reciente y contemporánea, se hubiesen conservado, nos darían sin duda sus «lecciones de historia» de forma viva y convincente. Pronto se tuvo acceso a una fuente magnífica, nada menos que la memoria biográfica en que el Princeps relataba su carrera ardua y triunfal. Livio, como Virgilio, era un pompeyano; idealizaba la carrera juvenil de Pompeyo, llevando la contraria a Salustio. Igual que Pompeyo llegó a ser de aquel modo una figura respetable, también llegó Octaviano. Estaba de moda ser pompeyano, mucho más que cesariano, pues aquélla era la «buena causa».[20] Es de suponer que el historiador de Augusto también hablaba con respeto de Bruto y Casio, pues habían luchado por la constitución; e incluso con elogio de Catón, pues Catón defendía el orden establecido.

Virgilio, Horacio y Livio son las glorias perdurables del Principado, y los tres estaban en buenas relaciones de amistad personal con Augusto. La clase a que estos escritores pertenecían lo tenía todo por ganar con el nuevo orden. Tanto Virgilio como Horacio habían perdido las propiedades de sus padres en las expropiaciones que siguieron a Filipos y a los desórdenes de la Guerra de Perusa; posteriormente recuperaron sus bienes o por lo menos la indemnización. La historia no hace constar, ni la leyenda borda, ninguna pérdida sustancial experimentada por Livio, y es que los historiadores no despertaban el interés de los biógrafos y escoliastas como hacían los poetas. Pero la opulenta ciudad de Patavium tuvo que soportar ciertamente severas expropiaciones cuando Polión gobernaba la Cisalpina; los ricos se ocultaron y no hubo un solo esclavo que traicionase a su amo.[21] Si Livio, Horacio y Virgilio tenían razones particulares y materiales para estarle agradecidos a Augusto, esto pudo haber fortalecido, pero no

19. Livio, 1, 16, 3 (dios, hijo de un dios, rey y padre de la ciudad de Roma). Sobre Rómulo, cf. también *supra*, pp. 294 ss.; 302 s.

20. Tácito, *Ann.* 4, 34. El término «pompeyano» no significa necesariamente ser seguidor de Pompeyo. Los romanos no tenían una palabra para decir «republicano».

21. Macrobio, 1, 11, 22. Patavium se pronunció por el senado en el 43 a. C., cf. *Phil.* 12, 10.

deformado, sentimientos que eran naturales en una clase social pacífica y ajena a la política. Por otra parte, su genio no era un producto del Principado augusto. Todos ellos habían llegado a la edad adulta y a la madurez en el período revolucionario, y todos dieron a Augusto más de lo que él y su época podían darles.

Horacio era hijo de un liberto rico de Venusa. Virgilio y Livio tenían un origen más respetable. Cualesquiera que sean las diferencias raciales que el curioso o el carente de sentido crítico estén dispuestos a deducir entre Mantua, fundación de los etruscos, según la leyenda, y Patavium, ciudad de los véneto-ilirios, las tales diferencias no se pueden advertir en el carácter o en los sentimientos políticos de Virgilio y de Livio. Los dos pueden considerarse representantes bastante típicos de las clases propietarias de la nueva Italia del norte, que era patriota antes que partidista. El norte, a diferencia de muchas partes de Italia, no tenía historia propia, con recuerdos de una antigua independencia de Roma, ni de enemistad reciente. En lo que se refiere a la política de Roma, sus lealtades eran mezcladas y confusas. Había un patriótico recuerdo de Mario, que había salvado a Italia del invasor germano; había devoción a César, que había defendido a las comunidades de la Italia Traspadana y conseguido para ellas la plena ciudadanía romana. Pero los hombres del norte, aunque despiertos y progresistas, distaban mucho de ser revolucionarios. En muchos aspectos, a decir verdad, su mentalidad era notablemente anticuada y tradicionalista. Las simpatías republicanas se manifestaban abiertamente. Casio había heredado de su padre una conexión con los traspadanos;[22] y el padre de Bruto había sido cercado en Mutina (Módena) por Pompeyo. En tiempos de Augusto, Mediolanum (Milán) conservaba con orgullo las estatuas de los Libertadores.[23] Por su parte, Bononia figuraba en la clientela de los Antonios.

Pero todas estas diversas lealtades, como era lógico en una zona colonial y fronteriza, estaban impregnadas de una devoción nacional a Roma, común a todas ellas. Más aun, como era de esperar de una región que acababa de entrar a formar parte de Italia, el nombre de «italiano» tenía un acento más fuerte y una carga emocional más plena que en las demás regiones.[24] Pese a lo mucho que se había hablado

22. *Ad fam.* 12, 5, 2.

23. PLUTARCO, *Comp. Dionis et Bruti* 5; SUETONIO, *De rhet.* 6.

24. El autor desea manifestar aquí su deuda a ciertas observaciones no publicadas de Mr. G. E. F. CHILVER.

de una Italia unida y a todas las realidades de la reconciliación, debía de haber aún romanos a quienes chocaba un poco oír que al ejército del pueblo romano se le llamase «los italianos»:

hinc Augustus agens Italos in proelia Caesar.[25]

Augusto tuvo la extraordinaria suerte de encontrar, como poeta épico de Italia, un hombre cuyos versos y cuyos sentimientos armonizaban admirablemente con sus propias ideas y su propia política. Allí estaba su *tota Italia*, espontánea y magnífica. Para Virgilio, el traspadano, Accio es la victoria de Italia, y no sólo de Roma. Esta concepción no aparece en las interpretaciones que de ella hacen Horacio y Propercio. Cuando canta las loas de Italia en su inspiración patriótica, Propercio invoca no a Italia, sino el nombre de Roma:

omnia Romanae cedent miracula terrae.[26]

No todos los poetas se sentían inclinados, por su carácter o su situación, a hacer tales elogios sin reservas al Nuevo Estado, como lo estaban Virgilio y Horacio. Mecenas también reclutó a Propercio, un joven umbro, en quien había vuelto a nacer algo del fuego y de la pasión del traspadano Catulo. Procedía de Asisium (Asís), ciudad vecina de la desgraciada Perusa, de aquella Italia que sufrió el amargo castigo de haberse visto envuelta en una guerra civil romana.

si Perusina tibi patriae sunt nota sepulcra
(Italiae duris funera temporibus
cum Romana suos egit discordia civis),
sic mihi praecipue pulvis Etrusca dolor.[27]

25. *Aen.* 8, 678 (Por esta parte, César Augusto llevando a los italianos al combate).

26. PROPERCIO, 3, 22, 17 (Todas las maravillas del mundo cederán el paso a la tierra romana).

27. *Ibid.*, 1, 22, 3 ss. (Si conoces las tumbas de Perusa, que fueron también las de la patria —funeral de Italia en los duros tiempos en que Roma, presa de la discordia, hacía pelear entre sí a sus ciudadanos—, el polvo de Etruria me hace sentir un agudo dolor).

Un pariente suyo había muerto en la Guerra de Perusa.[28] La aversión de Propercio hacia la guerra estaba bien fundada. Él se proclamaba poeta del amor y de la paz:

pacis amor deus est, pacem veneramur amantes.[29]

Ningún hijo suyo sería soldado:

nullus de nostro sanguine miles erit.[30]

Su familia había sido despojada de sus propiedades durante las guerras civiles.[31] Sin embargo, el poeta tenía parientes bien situados, los Elios Galos, y amigos influyentes, Mecenas y los Volcacios, una familia de Perusa, de rango consular.[32] Como su pariente C. Propercio Póstumo, él podía haber aspirado a la dignidad senatorial.

Propercio prefería a su Cintia, a su arte alejandrino y a su fama de ser un Calímaco romano, y recuerdo en su espíritu y en sus temas a la generación precedente. Pero ni siquiera Propercio permaneció inmune al tema patriótico, o a las reiteradas instancias de Mecenas. Pese a toda su aversión a la guerra, tuvo tiempo de dejar a un lado su amor y su melancolía de amante para celebrar con fervor y con no pocos aires de convicción la Guerra de Accio y de pedir con solemnes acentos la venganza de Craso.[33]

Las antigüedades, sin embargo, estaban más en la línea de un Calímaco que lo estaba la historia contemporánea. Propercio era capaz de volver a contar leyendas antiguas y costumbres religiosas con tanta comprensión como elegancia. Más que esto, sin embargo, el planto que compuso en honor de una matrona romana, Cornelia, esposa de Paulo Emilio Lépido, revela una gravedad y una profundidad de sentimientos al lado de las cuales gran parte de la literatura de ceremonia

28. *Ibid.*, 1, 21.

29. *Ibid.*, 3, 5, 1 (El amor es el dios de la paz; nosotros, los amantes, adoramos la paz).

30. *Ibid.*, 2, 7, 14 (De nuestra sangre no nacerá ningún soldado).

31. *Ibid.*, 4, 1, 127 ss.

32. Elia Gala, esposa de Póstumo (3, 12), que es probablemente C. Propercio Póstumo (*ILS* 914). El Tulo a quien Propercio se dirige varias veces (*v. gr.* 1, 1, 9) es sobrino de L. Volcacio Tulo, *cos.* 33 a. C.

33. PROPERCIO 3, 11; 4, 6 (Accio); 2, 10; 3, 4 (conquista y venganza en Oriente).

de la Roma de Augusto resulta dura, superficial y vacua.[34] Propercio pertenecía a una vieja civilización que conocía y honraba la majestad de la muerte y de los muertos.

Propercio pudo haber sido una inversión sumamente rentable para Mecenas. Murió joven o abandonó el arte por completo. Ovidio, unos diez años más joven que él, sobrevivió a Augusto y murió en el destierro a los sesenta años de edad. Ovidio, en los *Amores*, cantaba el amor ilícito y se burlaba del ejército:

militat omnis amans, et hebet sua castra Cupido.[35]

No fueron sólo los versos impertinentes los que desagradaron a Augusto. Todo el mundo estaba de acuerdo en que la poesía debería ser útil. Ovidio aceptaba aquel principio y lo volvía del revés. Podía haber instruido a la juventud de Roma en honrar el pasado, en ser digna de Roma en valor y en virtud. En vez de eso, componía un poema didáctico sobre el arte de amar. La obra no estaba destinada a que la tomasen en serio; era una especie de parodia. Augusto no le vio la gracia. Como los primitivos germanos, pintados por Tácito, él no creía que la relajación moral fuese un tema de inocente esparcimiento.[36] Tampoco a Ovidio se le puede tomar en serio en su papel de corruptor de la juventud o de libertino. Él daba la disculpa convencional del poeta erótico: sus páginas podían ser escabrosas, pero su vida era casta:

vita verecunda est, Musa iocosa mea.[37]

A pesar de anteriores alardes de proezas eróticas, probablemente merece crédito. La Corina de los *Amores* no se puede comparar a la Cintia de Propercio. Corina es literatura, una figura compuesta o más bien imaginaria. El poeta mismo, que había estado casado tres veces,

34. *Ibid.*, 4, 11.

35. *Amores* 1, 9, 1 (Todo amante hace el servicio, y Cupido tiene su campamento).

36. TÁCITO, *Germ.* 19, 3: «nemo enim illic vitia ridet, nec corrumpere et corrumpi saeculum vocatur» (Nadie allá arriba se ríe de los vicios, ni el corromper o el ser corrompido se llama en su lengua el espíritu del siglo).

37. *Tristia* 2, 354. Ningún marido romano, aun de la clase más baja de la sociedad, tenía motivo alguno para desconfiar de él (*ibid.*, 351 s.).

no era desgraciado en su último enlace con una mujer virtuosa y excelente.[38]

Eso no sirvió de nada. Ovidio era una desgracia. Había rehusado servir al Estado. Sulmona y los peliños, raza viril y curtida, debieran haber hecho una contribución mejor a la nueva Italia y adquirido una reputación más noble que la de ser conocidos como patria de un poeta erótico. Augusto no perdonó. En vano Ovidio intercaló entre sus bagatelas un cálido elogio de la dinastía reinante e incluso empleó su fácil pluma en poner en verso el calendario religioso romano. El escándalo de Julia, la nieta de Augusto (8 d. C.), le proporcionó el pretexto. No puede ser cuestión de complicidad activa por parte de Ovidio; el misterioso error a que el poeta alude probablemente era bastante trivial.[39] Pero Augusto era vengativo. Deseaba hacer un escarmiento, quizá encontrar un chivo expiatorio que por ser inofensivo políticamente desviase la atención de los delitos reales de Julia, de su marido y de sus presuntos amantes, y crear la impresión de que lo que se estaba castigando era una ofensa a la moral. La *auctoritas* de Augusto bastaba.[40] Ovidio recibió instrucciones de partir para Tomi, una ciudad griega de la costa del mar Negro. Hubiera sido difícil mandarlo más lejos.

La poesía y la historia estaban destinadas a actuar sobre las clases alta y media de una sociedad regenerada. Su influencia y su ejemplo harían que las lecciones de patriotismo y de moral se extendiesen más ampliamente y calasen a mayor profundidad. Para aquellos que no eran admitidos en los recitales de los ricos, o carecían del gusto por los buenos libros, o de los medios de adquirirlos, había ante sus ojos monumentos de todas clases.

El dinasta de tiempos de la República buscaba el favor del pueblo soberano haciendo alardes de prodigalidad con ocasión de los juegos, los espectáculos y los triunfos. Como empresario de espectáculos, nadie podía rivalizar con Augusto, por sus recursos materiales, sus dotes de organizador y su sentido del dramatismo. Doscientos cincuenta mil romanos del pueblo figuraban en sus listas, beneficiarios permanentes

38. Protegida de Marcia, esposa de Paulo Fabio Máximo (*Ex Ponto* 1, 2, 136 ss.).

39. *Tristia* 2, 207: «duo crimina: carmen et error» (Dos delitos, el poema y un error). El poeta es muy discreto sobre la naturaleza precisa del «error».

40. *Ibid.*, 131 s.: «nec mea decreto damnasti facta senatus / nec mea selecto iudice iussa fuga est» (Tú no has condenado mis actos en virtud de un decreto del senado; mi destierro no ha sido dispuesto por un tribunal nombrado al efecto).

de los repartos de grano. En ocasiones especiales se distribuía vino y aceite. Pero él sabía mostrarse firme. Cuando se producía una carestía y el populacho se quejaba de los precios del vino, el Princeps le hacía observar que disponía de un agua excelente, la de los acueductos que su yerno había construido para el pueblo.[41] Podría haber añadido que ahora también había baños públicos. Pero las quejas eran raras. Los pobres manifestaban su gratitud congregándose en el Capitolio el día primero de año y contribuyendo con modestas aportaciones a una colecta en honor del Princeps, cuyo destino era sumarla a las ofrendas que se hacían en los templos.[42] Eso no era todo. Cuando Augusto llevó a cabo su organización de los distritos de la ciudad, los *vicomagistri*, o alcaldes de barrio, fueron encargados de santuarios en los que se rendía culto a los *lares compitales*, con quienes estaba asociado el *genius* del Princeps.[43]

Todas y cada una de las fiestas daban ocasión a reforzar la fidelidad del pueblo y de inculcarle la lección conveniente. Hubo una publicidad viva y triunfal para la política familiar del Nuevo Estado cuando un robusto plebeyo de Faesulae (Fiésole) subió al Capitolio y ofreció allí sacrificios en compañía de la procesión de sus sesenta y un descendientes vivos, de tres generaciones.[44] Incluso los esclavos podían ser recompensados: Augusto le levantó un monumento a una muchacha que había tenido cinco hijos en un alumbramiento.[45] Por razones menos obvias, una actriz centenaria fue exhibida en los juegos prometidos y celebrados a la salud de Augusto,[46] y un rinoceronte fue exhibido solemnemente en los comicios electorales del pueblo romano.[47]

Cuando Lépido, por fin, murió el 12 a. C., Augusto asumió la dignidad de *pontifex maximus*. Para presenciar la investidura —o más bien otorgar la concesión, pues Augusto restableció la concesión por el pueblo, en intencionado contraste con la acción de Antonio en la ocasión última—, se concentró en Roma tal cantidad de gente de las ciudades de Italia como nunca se había visto antes.[48] Esta manifestación

41. Suetonio, *Divus Aug*. 42, 1.
42. *Ibid.*, 57, 1; ILS 92 s. y 99.
43. *Supra*, p. 545.
44. Plinio, *NH 7*, 60.
45. Gelio, 10, 2, 2.
46. Plinio, *NH* 7, 158. Esto sucedió en el 9 d. C.
47. Suetonio, *Divus Aug*. 43.
48. *Res Gestae* 10.

única y espontánea tuvo el carácter de un plebiscito, en el que se expresaba la lealtad del pueblo al Princeps y la confianza en el gobierno.

Había métodos menos espectaculares, pero más eficaces, de sugestión y de propaganda.[49] Cuando el hombre del pueblo le daba vueltas en la mano a una moneda podía reflexionar sobre las aspiraciones o las realizaciones del gobierno acuñadas en alguna frase sintética: «*Libertatis P. R. Vindex*», «*Civibus Servateis*», «*Signis Receptis*», «Restaurador de la libertad del pueblo romano», «Por los ciudadanos (hasta entonces prisioneros de los partos) vueltos con vida», «Por los estandartes recuperados» (también de los partos). Sorprende un poco que el rico vocabulario de la política no se sacase a relucir más a menudo. «*Tota Italia*» no hubiese estado fuera de lugar.

La figura y el semblante del propio Princeps estaban reproducidos en Roma y en todos los lugares del mundo. Cierto que él ordenó que ochenta estatuas de plata de la ciudad fuesen fundidas y convertidas en ofrendas a Apolo, su patrón.[50] Pero había otros materiales disponibles. El ciudadano leal podía contemplar a Augusto bajo la forma del joven líder revolucionario, de expresión resuelta y casi fiera; o en el sacerdote de cabeza velada, envejecido, austero y distante. La más reveladora quizá es la estatua con coraza de Prima Porta, que muestra al Princeps en su madurez, firme y marcial, pero melancólico y entregado al deber:

Troius Aeneas, pietate insignis et armis.[51]

Los motivos augustos de la guerra y de la paz fueron objeto de conmemoraciones públicas y monumentales. El tratamiento oficial de estos temas hace que mucha poesía augusta parezca un inspirado anticipo, y demuestra con qué asombrosa fidelidad expresaron los poetas el espíritu del programa nacional. El 13 a. C., cuando tanto Augusto como Agripa habían regresado de provincias, con el Imperio pacificado y nuevas conquistas a punto de iniciarse, el senado acordó que se levantase un altar a la *Pax Augusta*. El monumento fue inaugurado tres o cuatro años más tarde. En los relieves de sus muros se podía ver al

49. Cf. M. P. CHARLESWORTH, «The Virtues of a Roman Emperor: Propaganda and the Creation of Belief» (*The British Academy*, *Raleigh Lecture*, 1937).

50. *Res Gestae*, 24.

51. *Aen.* 6, 403 (Troyano Eneas, insigne por su piedad y sus armas).

Princeps, a su familia y amigos, dirigiéndose al sacrificio en solemne procesión. Un senado agradecido y un pueblo regenerado asistían al acto. El nuevo régimen estaba en paz con los dioses y honraba a la Tierra. Tellus le correspondía con el don de sus frutos, *iustissima tellus*. La efigie de «Terra Mater», benigna y majestuosa, era la fuente, la garantía y el testimonio de la prosperidad. Tampoco se podía omitir la referencia al pasado significativo: Eneas aparece en el acto del sacrificio tras haber visto el portento que promete a su familia una morada permanente en Italia.

La *Pax Augusta* no podía ser disociada de la *Victoria Augusta*. El origen militar y las virtudes militares del pueblo y de la dinastía los traían oportunamente a la memoria el templo de Mars Ultor y el adyacente Foro de Augusto.[52] Éste era el santuario y el escenario donde el senado debatía las cuestiones sobre la guerra y la paz, donde los generales recitaban sus plegarias antes de ponerse al frente de sus tropas, o sus acciones de gracias cuando regresaban triunfantes de la guerra. En torno al Foro se alzaban las estatuas en armadura de los grandes militares con la relación inscrita de sus *res gestae*, desde Eneas y Rómulo, en el principio, hasta los recientes personajes que habían celebrado triunfos o recibido los *ornamenta triumphalia* en lugar de aquella distinción. En el mismo templo tenían albergue tres divinidades concordes, Marte, Venus Genetrix y *Divus Iulius*. Marte y Venus eran los antepasados de la casa Julia. El templo de Marte Vengador había sido ofrecido por el hijo de César en Filipos, cuando luchó contra los asesinos de su padre, enemigos de la patria. *Divus Iulius* fue la contraseña del bando cesariano, y *Divus Iulius* había sido vengado por su hijo y heredero. El monumento dinástico es un recordatorio, por si fuese necesario, de que el Dux estaba disfrazado, pero no desplazado por el Princeps.

Augusto era *Divi Iulius*. La venganza de César había sido el grito de guerra y la justificación del heredero de César. Antonio, por el contrario, se mostraba remiso, dispuesto incluso a llegar a un arreglo con los asesinos. No se sintió en la obligación de rendir algunos honores a su benefactor muerto hasta que fue incitado a ello por la competencia política del joven César, seis meses después de los idus de marzo. Los tres triunviros contribuyeron a la divinización de Cé-

52. DIÓN, 55, 10, 2 ss. (2 a. C.); *Res Gestae* 21 y 29; SUETONIO, *Divus Aug.* 29, 1 s.

sar; pero la política fue de Octaviano, también lo fue la explotación más intensa y el provecho más sustancioso. En la atmósfera febril y crédula de la revolución se vieron señales del favor divino al heredero de César, señales observadas o inventadas en todas partes, especialmente cuando los responsables habían desaparecido.[53] La esposa de C. Octavio se durmió en el templo de Apolo y una serpiente la visitó. El día mismo del nacimiento de su hijo el gran astrólogo Nigidio Figulo leyó un horóscopo que presagiaba el advenimiento de un amo del mundo. Cuando el niño habló por primera vez, mandó callar a las ranas. Nunca más volvió a croar una rana en aquel sitio. Cuando el heredero de César entró en Roma por vez primera, el sol se rodeó de un halo y al año siguiente el augurio de Rómulo saludó su captura de Roma. En un discurso político, Cicerón calificaba a su joven aliado de «divinus adulescens».[54] El epíteto era retórico, no religioso; el orador lo había aplicado también a las legiones que habían desertado del cónsul Antonio. Pero Cicerón se hubiera quedado asombrado de haber sabido que el testimonio de sus anteriores sueños sería conservado e invocado: un muchacho que bajaba del cielo por una cadena de oro, se apeaba en el Capitolio y recibía de manos de Júpiter un emblema de soberanía; al día siguiente, Cicerón lo reconoció cuando vio por primera vez al sobrino nieto de César en compañía del Dictador.

Perusa, Filipos y Accio tuvieron todas sus portentos. Con la victoria, la inundación de milagros y de propaganda experimentó un descenso razonable, pero no cesó del todo. Un instrumento de poder más duradero se estaba forjando lentamente. Augusto se esforzó en reavivar la religión antigua; pero no todo el mundo era permeable al ritual arcaico y al sobrio atractivo de los dioses tradicionales de Roma. Tampoco *Divus Iulius* era suficiente. Su hijo difícilmente hubiera podido impedir, aun en caso de que le hubiese beneficiado, que la gratitud del pueblo hacia él adquiriese la forma de honores casi divinos.

Augusto no era un dios, aunque la divinización llegaría a su debido tiempo, por sus méritos y sus servicios, como le había llegado a Hércules, por haber hecho al mundo habitable para la humanidad, y a Rómulo, fundador de Roma. Entretanto, se podían celebrar convenientemente sus cumpleaños y su estado de salud, sus virtudes y sus

53. SUETONIO, *Divus Aug.* 94 ss.
54. *Phil.* 5, 43.

atributos. No se podía tributar culto al hombre, pero sí al poder divino que había dentro de él, a su *genius* o a su *numen*:

> praesenti tibi maturos largimur honores
> iurandasque tuum per numen ponimus aras.[55]

En Roma los *magistri vicorum* velaban por los altares del Princeps, y lo mismo en toda Italia y en las ciudades romanas del resto del mundo, los oficiantes del nuevo culto ciudadano, los *seviri* o *augustales*. Estas prácticas acreditaban fidelidad al gobierno y secundaban la política monárquica y dinástica de Augusto; una notable expansión e intensificación del culto hacia el año 2 a. C. responde abiertamente a sus proyectos para la sucesión de Gayo y Lucio. Para él no necesitaba tanto. En la colonia de Acerras, en Campania, un centurión erigió un altar a los príncipes jóvenes con una inscripción en verso en que les rinde los honores debidos a los héroes y predice su gobierno

> nam quom te, Caesar, tem[pus] exposcet deum
> caeloque repetes sed[em qua] mundum reges
> sint hei quei sorte te[rrael huic imperent
> regantque nos felicibu[s] voteis sueis.[56]

Cuando murieron, el concejo municipal de Pisa dio rienda suelta a su dolor patriótico en una conmemoración epigráfica de longitud descomunal.[57]

Estos sentimientos irradiaban desde Roma a las ciudades romanas; o más bien las ciudades, impulsadas por una diligente lealtad, imitaban, para expresar sus propios sentimientos, los temas y formas que la política oficial de la capital había hecho modelos. En Potentia (Potenza), en el Piceno, un *sevir* dedicó una réplica del célebre escudo que recordaba las virtudes cardinales de Augusto.[58] Muchas ciudades leales

55. Horacio, *Epp.* 2, 1, 15 s. (En tu presencia te tributamos los honores apropiados y erigimos altares para jurar por tu divinidad).

56. *ILS* 137 (César, cuando el tiempo fijado te reclame para hacerte un dios, y llegues a la sede del cielo, desde la que regirás el mundo, podamos tener nosotros a aquellos que por designación tuya mandarán en esta tierra y nos gobernarán según sus favorables deseos).

57. *ILS* 139 s.

58. *ILS* 82.

poseían sus propias copias de los *Fasti consulares* y del calendario religioso oficial.[59] En Arretium (Arezzo) se podían ver las estatuas e inscripciones de generales romanos imitando al Foro de Augusto.[60] En Cartago se alzaba un altar de la *gens* Augusta que reproducía, en parte al menos, las esculturas del Ara Pacis Augustae,[61] y en Tarragona y Narbona había altares dedicados al culto del numen de Augusto.[62]

Italia y las provincias del oeste habían hecho un juramento de adhesión personal al jefe militar en la Guerra de Accio, que no caducó cuando éste se convirtió en magistrado, en Roma y según las leyes de Roma. Un juramento similar, es de suponer, les fue tomado a las provincias del este cuando éstas fueron recuperadas de manos de Antonio. Más tarde, por lo menos, poco después de que el territorio de Paflagonia fuese anexionado a la provincia de Galacia, los habitantes de la región, tanto los indígenas como los ciudadanos romanos, juraron solemne y colectivamente por los dioses y por Augusto mismo lealtad al gobernante y a su casa (3-2 a. C.).[63]

En regiones donde la sumisión a reyes era costumbre arraigada y moda inevitable, era natural que el gobernante fuese objeto de veneración, con honores iguales a los tributados a los dioses. En Egipto, desde luego, Augusto sucedió a Ptolomeo, como Ptolomeo había sucedido a Faraón, como dios y señor del país. En otros lugares de Oriente, Augusto se convirtió en heredero de los dinastas Pompeyo, Antonio y César, y recibió con la *clientela* de éstos el homenaje que a ellos tributaban. César aceptaba siempre los honores de quien se los rendía, sin duda que con el mismo espíritu con que se le concedían; aquí no se advierte ni política ni sistema. Una vez más, Augusto se manifiesta como el fundador deliberado de una monarquía, como creador consciente de un sistema. Para él y para la dinastía monopolizó toda forma y señal de adhesión; ningún procónsul de Roma volvió a ser honrado en los países del este del modo tradicional. El lenguaje de aquella *Graeca adulatio*, tan repugnante a la sensibilidad republicana, se tor-

59. Cf. J. GAGE, *Res gestae Divi Augusti* (1935), 155 ss. La Urbs Salvia tenía incluso los *Fasti triumphales* (*L'ann. ép.*, 1926, 121, cf. A. DEGRASSI, *Riv. di fil.* LXIV (1936), 274 ss.).

60. *ILS* 50, 54, 56-60. Cf. la inscripción de Eneas y de Rómulo en Pompeya, *ILS* 63 s.

61. E. STRONG en *CAH* X, 552 y vol. de láms. IV, 134.

62. Tarraco, QUINTILIANO, 6, 3, 77; Narbo, *ILS* 112.

63. *ILS* 8781.

na cada vez más abundante y adornado. Augusto no sólo era, como sus predecesores, un dios y un salvador; no sólo recoge de Pompeyo el título de «guardián de la tierra y del mar»;[64] no sólo las ciudades compiten, derramando a torrentes su prosa ditirámbica, como Sardes en sus desordenadas efusiones en honor de los príncipes Gayo y Lucio.[65] Las asambleas de provincias enteras están organizadas ahora para desplegar gratitudes y homenajes. Galacia construye un templo para el culto conjunto de Augusto y de la diosa Roma.[66] Asia es incitada, por aquel leal procónsul, Paulo Fabio Máximo, a adoptar el natalicio del Princeps como comienzo del año de su calendario, pues aquel día anunciaba buenas perspectivas para el mundo.[67] Asia va más allá de la decencia en las gracias que da a la divina providencia.[68] Si tal era el proceder de ciudadanos u hombres libres, es fácil imaginar el ferviente celo con que reyes, tetrarcas y tiranos de pueblo promovieron el culto a su patrono, amigo y amo. Dieron su nombre a ciudades, levantaron templos en su honor.[69] Uno de los primeros y más celosos propagadores de la nueva fe fue Herodes, el rey de Judea.[70]

En Oriente, los ciudadanos romanos se unieron a los griegos en su culto a Augusto como dios. En Occidente fue distinto. Las ciudades, como Tarraco y Narbo, tuvieron altares, pero no templos. Aún no había culto provincial en estas regiones, pues las colonias y *municipia* eran unidades autónomas de la administración y partes integrantes del pueblo romano. Además, el ciudadano romano de las ciudades, con su tradición de ley y gobierno, podía respetar al magistrado y al *imperator* sin dar culto al poder al modo oriental. Tal era, por lo menos, la

64. *IGRR* IV, 309; cf. 315 (Pergamum): [πάσης] γῆ[ς κ]αὶ θαλάσσης [ἐ]π[όπ]τ[ην]. Cf. la dedicatoria a Pompeyo, *ILS* 9459 (Miletopolis); *supra*, p. 45.

65. *IGRR* IV, 1756.

66. *OGIS* 533 (Ankara).

67. *Ibid.*, 458, II, línea 40 s. ἦρξεν δὲ τῷ κόσμῳ τῶν δι' αὐτὸν εὐαγγελί[ων ἡ γενέθλιος] / τοῦ θεοῦ (El nacimiento del dios ha significado para el universo el comienzo de sus beneficios).

68. *Ibid.*, línea 33 s.: ἐπε[ιδὴ ἡ πάντα] διατάξασα τοῦ βίου ἡμῶν πρόνοια σπουδὴν εἰσν[ενκαμ]ένη καὶ φιλοτιμίαν τὸ τεληότατον τῷ βίῳ διεκόσμη[σεν] / ενενκαμένη τὸν Σεβαστόν, κτλ (Pues habiéndonos enviado a Augusto, la providencia ha ordenado todos los detalles de la vida y aprovechado el ansia y la estimación de los honores para dar a la existencia su sentido más perfecto, etc.). Compárese la inscr. de Halicarnaso (*IBM* 994).

69. SUETONIO, *Divus Aug.* 60.

70. JOSEFO, *AJ* 15, 268 ss.

teoría en lo que respecta a la Galia Narbonense y a las partes más civilizadas de España.

La Galia que César había conquistado recibió un trato especial. La justificación de la intervención romana y del gobierno romano fue la defensa de la Galia contra el invasor germano. Cuando los romanos emprendieron la conquista de Germania, intentaron utilizar las tropas de los jefes de la Galia Comata y trataron de dar a la guerra el carácter de una cruzada. Con este propósito, Druso dedicó en Lugdunum (Lyon) un altar a Roma y a Augusto, donde las delegaciones de los pueblos de la Comata pudiesen reunirse y poner de manifiesto su fidelidad.[71] Como en Galacia o en las ciudades de Asia, la aristocracia de tierra y de linaje estaba firmemente vinculada a la clientela de César Augusto, en primer lugar, y a Roma y al Imperio a través de su dinastía.[72] La institución inspiraría entre los galos tanta comunidad de sentimientos como podía bastar para la conveniencia de Roma, sin crear un peligroso nacionalismo. Era un cálculo atinado.

Las diferentes formas que adoptó en Roma el culto de Augusto, y lo mismo en Italia y las provincias, ilustran los diferentes aspectos de su gobierno: él es Princeps para el senado, Imperator para el ejército y el pueblo, Rey y Dios para los pueblos sometidos del Imperio, y resume las fuentes de su poder personal en relación a ciudades, provincias y reyes. La suma de su poder y prestigio era tremenda. ¿Quién se atrevería a competir con él o a oponerse?

71. Livio, *Per.* 139.

72. Para ejemplos de estos hombres, *ILS* 7013 ss. El primer sumo sacerdote fue C. Iulius Vercondaridubnus, noble eduo (Livio, *Per.* 139). Véase, luchando por Roma en el 10 a. C., a Chumstinctus y Avectius, calificados de «tribuni ex civitate Nerviorum» (*ibid.*, 141).

Capítulo XXXI

LA OPOSICIÓN

El ejército había hecho un emperador y podía hacer otro; el cambio de la República al Imperio se podría describir como el castigo de las provincias a Roma. El ejército y las provincias estaban a favor del orden vigente. Una devoción fanática y, sin embargo, razonable unía a las legiones con la persona de Augusto y con la casa de César. No era menos comprensible la lealtad de las provincias, o más bien de las clases acomodadas, que el Imperio conservó y sostuvo en todo el mundo, ya fuese en las ciudades de Asia o en los distritos rurales de la Galia y de Galacia. Los recuerdos nacionales no eran vivos en los países de Occidente; y en el Oriente el hecho de que el Principado fuese una monarquía garantizaba su pronta aceptación. Las clases inferiores no tenían voz en el gobierno ni sitio en la historia. Tanto en las ciudades como en el campo existía pobreza y malestar social, pero a Roma no se la podía hacer responsable directa de los abusos de los ricos. Rara vez intervenía Roma contra los dinastas locales. C. Julio Euricles, señor de Esparta y el hombre más poderoso de Grecia, debió de haber sido muy desagradable para que Augusto lo destituyese y después lo desterrase.[1]

Reyes y tetrarcas gobernaban para Roma y para César Augusto, guardando las fronteras del Imperio en África, los Balcanes y el Oriente, suprimiendo el bandolerismo, fundando ciudades y protegiendo y

1. JOSEFO, *AJ* 16, 310. Euricles era dueño de toda la isla de Citerea como propiedad particular (ESTRABÓN, p. 363).

fomentando la vida civilizada. Juba, rey de Mauritania, hombre de paz y de letras, disfrutó de un largo reinado, aunque no libre de disturbios por culpa de los nómadas gétulos, Los reyes de Tracia se veían envueltos más a menudo en guerras verdaderas, y el enérgico Amintas fue muerto cuando intentaba exterminar a los homonadenses. Los vicios personales y los escándalos domésticos de Herodes el Grande no le hicieron perder a Augusto la confianza en la eficacia de su gobierno. La muerte de Herodes demostró su valía: fue seguida de un levantamiento que hubo de sofocar Varo, gobernador de Siria. Diez años más tarde, cuando Arquelao, el etnarca, fue depuesto, Augusto decidió anexionar Judea. Quirinio, legado de Siria, y el *procurator* Coponio procedieron a confeccionar el primer censo, provocando la insurrección de Judas el Galileo. La dominación de Roma era aborrecida aún por buenas razones. En la Galia, donde el liberto Licino recaudó enormes impuestos para Augusto, la introducción de una contribución regular (13-12 a. C.) provocó disturbios en algunas localidades.[2]

Los procónsules y los *publicani* de la República se habían llevado un copioso caudal de las provincias. El Imperio acudió en seguida a reprimir a sus agentes y a hacer el proceso de la explotación más soportable, más regular y más productivo. Los *publicani* fueron eliminados o reducidos en número. Eso no significó el fin de la opresión ni de la injusticia. Se dice que los vicios y crueldades del legado Carisio provocaron un levantamiento en España.[3] Estaba tratando con los astures, excusa suficiente. Un jefe insurgente de los dálmatas alegaba en su descargo la rapacidad de los métodos fiscales romanos;[4] pero los dálmatas *y* los panonios, no conquistados del todo veinte años antes, se hubieran vuelto a sublevar a la primera oportunidad si los ejércitos romanos se retirasen. Otros pueblos sometidos podían acreditar abusos más auténticos.

Augusto pretendía tener firmemente sujetos a los gobernadores de provincias, y, en consecuencia, reforzó el procedimiento legal para tratar los casos de extorsión. Además, los provinciales, por medio de sus *concilia*, disponían de un órgano para exponer sus quejas contra sus gobernantes o para hacer llegar al Princeps sus recursos. Hasta qué punto consideraban seguro o eficaz ejercitar esos derechos, si pueden lla-

2. Livio, *Per.* 138; cf. Dión, 54, 32, 1.
3. Dión, 54, 5, 1.
4. *Ibid.*, 56, 16, 1.

marse así, era ya otra cuestión. El gobierno de Roma en el Imperio no representaba una conversión milagrosa de una República brutal y corrompida en una administración ideal de justicia y benevolencia. Hay constancia de pocos procesos a gobernadores delincuentes en época de Augusto; uno de ellos revela que Asia tuvo que soportar a un procónsul asesino.[5] Pero la falta de acusadores no demuestra la falta de criminales. Hacía falta valor para atacar públicamente a las grandes personalidades del Estado, y Augusto habrá preferido condescender con los vicios o la rapacidad de sus amigos antes que exponer o entregar a los principales ministros del gobierno. Todo el mundo conocía el origen de las perlas de Lolia Paulina.[6] Pero la desgracia de Lolio fue debida a un error de cálculo político, no a una falta de integridad personal.

En conjunto, sin embargo, las provincias estaban bastante contentas, pues habían conocido peores épocas, y no veían posibilidades de una guerra de liberación contra las legiones y las colonias de Roma con perspectivas de éxito. En su origen, la colonia romana era un puesto militar. En Italia las colonias eran guarniciones del gobierno; en provincias, avanzadillas del pueblo dominante, destacamentos del ejército, emplazados en posiciones estratégicas y capaces de proporcionar tropas para reemplazar o reforzar las legiones; el colono recordaba con orgullo sus lazos con el ejército y con el pueblo romano. Los hombres de Lugdunum (Lyon) se describen como «coloniam Romanam et partem exercitus».[7] Varo recibió mil quinientos hombres de la colonia de Berytus (Beirut) el año 4 a. C.[8] Por tanto, los veteranos y los dinastas locales podían mostrarse duros con el malestar social o con la propagación de opiniones malsanas. Algunas de las ciudades de Italia y de Occidente hacían alarde de sus tradiciones republicanas. En general, una costumbre inofensiva. Aun así, Mediolanum no olvidaba a Bruto y a Casio.[9] Córdoba produjo un disidente,[10] mientras que Patavium y Auximum (Osimo, cerca de Ancona) albergaban conspiradores entre sus ciudadanos.[11]

5. SÉNECA, *De ira*, 2, 3, 5 (alegación de que L. Valerio Mesala Voleso, procónsul de Asia *c.* 11 d. C., mandó ejecutar en un día a trescientas personas).

6. PLINIO, *NH* 9, 117 s.

7. TÁCITO, *Hist.* 1, 65.

8. JOSEFO, AJ 17, 287.

9. PLUTARCO, *comp. Dionis et Bruti* 5; SUETONIO, *De rhet.* 6.

10. SUETONIO, *Divus Aug.* 51, 2.

11. Casio de Patavium, SUETONIO, *Dius Aug.* 51, 1; Plautio Rufo (*ibid.*, 19, 1; cf. DIÓN 55, 27, 2) es probablemente de Auximum, *CIL* IX, 5834 (*ILS* 926; 6384).

Como el ejército, la plebe de Roma apoyaba a la monarquía. Aunque depurado de sus malas costumbres y reconfortado con generosos subsidios, el populacho podía aún recabar el derecho a la libertad de expresión como ninguna otra clase social dentro del Nuevo Estado. Y así se manifestó en contra del código moral y más tarde pidió a gritos el regreso de Julia del destierro.[12] Demasiado prudente o demasiado agradecida para atacar a Augusto, la plebe solía descargar su descontento sobre los menos populares de sus colaboradores. M. Ticio debía favores a la casa de Pompeyo. Había correspondido a ellos de mala manera. Los Pompeyos habían muerto, pero Ticio seguía viviendo, en un ambiente de poder y de riqueza. La ciudad de Auximum, en el Piceno, había honrado antaño a Pompeyo como patrono.[13] Ticio usurpaba ahora aquel papel. Auximum nada podía hacer, pero la plebe romana lo tenía presente. Cuando Ticio ocupó la presidencia de los espectáculos celebrados en el teatro de Pompeyo, el público se levantó indignado y lo expulsó del recinto. Muchos años después aquel edificio presenció un espectáculo semejante. Emilia Lápida, mujer de noble cuna y de costumbres relajadas, organizó una manifestación de señoras de la alta sociedad en protesta contra Quirinio, su ex marido. Los espectadores la respaldaron fielmente, maldiciendo a gritos al detestable advenedizo.[14]

Augusto, *patronus* de la plebe, podía responder de su buen comportamiento. Durante su ausencia en el Oriente se produjeron disturbios, saludable advertencia al senado. Sólo de esta corporación era factible que se produjese una oposición al nuevo régimen, y no de todos sus miembros. Los nuevos estaban contentos, los *nobiles* más independientes habían perecido. Para una visión superficial, la historia doméstica del Principado de Augusto parece sumida en una paz inevitable y no interrumpida. Había, sin embargo, otra cara en ella: «pacem sine dubio post haec, vero cruentam».[15] La vida del Princeps estuvo amenazada por continuas conspiraciones, aunque estas conjuras puedan no haber sido ni tan frecuentes ni tan peligrosas como el gobierno fingía creer y descubrir.[16] Había un peligro más grave que el puñal de

12. DIÓN, 55, 13, 1.
13. *ILS* 877.
14. TÁCITO, *Ann.* 3, 22 s.
15. TÁCITO, *Ann.* 1, 10 (la paz había venido a continuación, pero sangrienta).
16. Según SUETONIO (*Divus Aug.* 19, 1) generalmente eran descubiertas antes de que hubieran ido muy lejos.

un posible asesino, fuese éste un hombre del pueblo mal aconsejado o un noble vengativo: una fisura en el partido mismo y una disensión entre sus líderes. La crisis del 23 a. C., el exilio voluntario de Tiberio y la misteriosa intriga por la que Julia fue desterrada y Julo Antonio ejecutado, éstos fueron acontecimientos que amenazaron a la dinastía en su meollo mismo y comprometieron la existencia del nuevo régimen. Un gobierno puede inventar conspiraciones para sus propios fines; pero si no puede suprimir del todo las pruebas de sus propias crisis internas, falsea los síntomas. La mayor parte de la historia real del Principado es historia secreta.

Los *nobiles* eran incapaces o contrarios a derribar el Nuevo Estado que había sido construido a sus expensas. No se hacían ilusiones al respecto, y recordaban Filipos, con orgullo melancólico, como la mayor calamidad de la historia romana. Oficialmente, reinaba una conspiración de silencio sobre las víctimas de la guerra civil y las proscripciones, excepto sobre aquellas que se podían resucitar con provecho para adornar la leyenda o consagrar al gobierno. César cargaba con toda la culpa de las guerras civiles; Antonio y Lépido, con la responsabilidad última de las proscripciones y de las acciones más abominables de los triunviros. Al pueblo se le podía engañar y alimentar, a los caballeros convencerlos de que ocultasen su codicia y sus ganancias bajo el hermoso manto de la fidelidad y del patriotismo. La aristocracia sabía la verdad y sufría en amarga impotencia, incluso cuando sacaba provecho y mejoraba su situación con el orden vigente.

En aras de la paz, el Principado debía existir. Eso se admitía. Pero ¿era Augusto el *princeps* ideal? Eso se podía poner en duda. La persona y las costumbres de Augusto no eran menos detestables que su gobierno. Sobre su moral, los cuentos tradicionales, de vicios varios, circulaban libremente y encontraban crédito en amplios círculos; pertenecen a la categoría del material literario que en general se resiste a la crítica histórica. Para pasar de lo escandaloso a lo ridículo cabe observar que el Princeps no era en modo alguno tan majestuoso y arrogante de aspecto como sus efigies lo representan.[17] Era bien proporcionado de miembros, pero de baja estatura, defecto que él trataba de contrarrestar llevando tacones altos. Tampoco sus facciones eran todas cautivadoras: tenía mala dentadura y era pelirrojo. Desde el fin de

17. Sobre su aspecto y costumbres, véanse los detalles en SUETONIO, *Divus Aug.* 79 ss.

las guerras civiles vivió como un enfermo, abandonando los ejercicios físicos y bañándose de tarde en tarde; no podía soportar el sol, ni siquiera en invierno, época en que solía llevar por lo menos cuatro camisetas, por no decir nada de las bandas que se ponía alrededor de las piernas. Añádase que las prendas del primer ciudadano eran todas, sin excepción y ostentosamente, hechas en casa.

Como en el caso de Pompeyo, el rostro y la expresión puede que fuesen honestos y agraciados.[18] Las virtudes cardinales del Princeps, tan cuidadosamente celebradas en público, deben de haber sido objeto, en privado, de un examen crítico y tildadas de ofensivas, si no eran de una falsedad palpable. Aun con todas las concesiones a la propaganda de sus enemigos, es preciso reconocer, por lo menos, que su cautela natural fue felizmente secundada por la fortuna, cuando los soldados de Bruto irrumpieron en el campamento y tienda del líder cesariano, en Filipos, y no lo encontraron en ella. Después del ejemplo dado por César Dictador, la clemencia se convirtió en un artículo ampliamente anunciado por sus sucesores, pero nunca distribuido a manos llenas. Augusto pretendía no haber condenado a muerte a ningún ciudadano de los ejércitos del enemigo que le hubiese pedido que le perdonase la vida.[19] Descarada pretensión que está refutada por uno de sus historiadores, el cual, alabando la *lenitas ducis* después de Accio, proclama que así se hubiese portado precisamente en guerras anteriores, de haber sido posible.[20] En cuanto a Accio, la gente podría recordar la muerte del joven Curión; y si se da crédito a la afirmación de la falta de constancia de Canidio en el instante supremo, se demostraría que por lo menos un hombre fue ejecutado cuando estaba pidiendo gracia.[21] Era un tópico de la Antigüedad que el Princeps era más clemente que el Dux. Algunos lo desechaban como *lassa crudelitas* («crueldad exhausta»).[22] Aunque había ejemplos notorios de clemencia, como cuando Cinna fue perdonado después de una conspiración no muy bien demostrada. El Principado podía exhibir también sus asesinatos judiciales, o muertes dadas a sí

18. SALUSTIO, *Hist.* 2, 16 M: «oris probi, animo inverecundo» (de rostro bondadoso, de espíritu desvergonzado).

19. *Res Gestae* 3.

20. VELEYO, 2, 86, 2.

21. VELEYO, 2, 87, 3.

22. SÉNECA, *De clem.* 1, 11, 2; ESTACIO, *Silvae* 4, 1, 33: «sed coepit sero mereri» (Pero empezó tarde a hacer méritos).

mismos por criminales de Estado, conscientes de culpabilidad o por evitar su captura.[23]

La *pietas* justificaba el procesamiento y la persecución a muerte de los asesinos de César. Se recordaba sin duda que el heredero de César había estado dispuesto, en bien de su ambición política, a renunciar a ese solemne deber en el otoño del 44 a. C., cuando hizo un pacto con los pompeyanos; y cuando la unión con Antonio en Brindis consintió en el regreso de uno de los asesinos, Cn. Domicio Ahenobarbo. Por otra parte, no se había opuesto a proscribir a Cicerón, su aliado y benefactor. El lema y grito de guerra de *pietas* se volvía a adoptar cuando convenía. En cuanto a la cuarta de las virtudes cardinales, la justicia, había mucho que decir sobre ella. Menos aireadas por el gobierno, pero no menos desagradables para los *nobiles* eran la tacañería doméstica y las mezquinas supersticiones que el Princeps había traído consigo de su municipio de origen.

La persona y el carácter de Augusto y de sus amigos ofrecían ricos materiales a la murmuración, a la renovación de viejos escándalos y a la invención de nuevas monstruosidades. Las tensas relaciones entre los miembros principales del gobierno eran detectadas con fruición, o supuestas. Como las decisiones más importantes eran tomadas en privado y sabidas de pocos, las especulaciones acerca de la alta política recorrían los cenáculos y salones de la aristocracia, haciéndose más disparatadas con los años, cuando el despotismo se tornaba más secreto y más represivo. «Prohibiti per civitatem sermones eoque plures.»[24] La verdad oficial inspiraba desconfianza y su propio correctivo; y así el rumor adquiría proporciones épicas, adoptaba cien lenguas, inventaba formas y categorías nuevas. La diseminación de bulos se convirtió en una de las bellas artes, y los graciosos desesperados preferían perder la cabeza antes que perder un chiste.[25]

A Augusto no le interesaba suprimir una actividad que no podía perjudicarle. Tiberio estaba alarmado por la frecuencia de los libelos difamatorios, pero Augusto lo tranquilizaba haciéndole ver la verdadera impotencia de sus enemigos.[26] La fortaleza de la posición de Au-

23. TÁCITO, *Ann.* 1, 10: «interfectos Romae Varrones, Egnatios, Iullos» (los Varrones, Egnacios, Iulos asesinados en Roma).

24. TÁCITO, *Hist.* 3, 54.

25. SÉNECA, *Controv.* 2, 4, 13: «caput potius quam dictum perdere».

26. SUETONIO, *Divus Aug.* 51, 3: «satis est enim si hoc habemus ne quis nobis male facere possit» (Pues bastante es si tenemos la ventaja de que nadie pueda hacernos mal).

gusto como *princeps* le permitía consentir que hubiese libertad de expresión y prescindir de las formas más abusivas e intolerables de propaganda. Aunque las realidades del poder estaban veladas, los senadores tenían ocasión en la curia y en los tribunales de justicia de expresar opiniones bastante francas y fuertes. Estos arranques de libertad halagaban a sus autores sin alarmar al gobierno; la gente aún podía leer sin peligro las cartas ultrajantes de Antonio y los violentos discursos de Marco Bruto.[27]

El distinguido ex republicano Valerio Mesala se daba aires de independiente. En el 26 a. C. había dimitido del cargo de *praefectus urbi*, a poco de tomar posesión; y tenía por costumbre alardear en público de que en política había seguido siempre la mejor causa.[28] Como había sido uno de los primeros que lucharon en Filipos en pasarse de Antonio a Octaviano, la afirmación no es tan audaz como pudiera parecer, sino más bien un sutil cumplido. Fue Mesala quien propuso en el senado, en lenguaje conmovedor y patriótico, que Augusto debía ser proclamado *pater patriae* (2 a. C.).

Polión, en cambio, no consintió que el gobierno se hiciese con él de aquella manera. Este austero y amargo defensor de la *libertas*, apasionado y fiero, defendió sus ideales del único modo que pudo: expresándose con libertad.[29] Demasiado eminente para ser amordazado sin escándalo, demasiado independiente para dejarse ganar por la adulación, Polión había adquirido para sí mismo una posición privilegiada. Una vez lanzó en el senado una salvaje invectiva contra las pruebas físicas, inspiradas por el gobierno, en las que un nieto suyo se había roto una pierna.[30]

El gran jurista M. Antistio Labeón, cuyo padre, uno de los asesinos del Dictador, se suicidó después de Filipos, conservaba también las tradiciones de *libertas* y *ferocia*. Cuando se estaba revisando la nómina del senado en el 18 a. C., Labeón propuso el nombre de Lépido, el triunviro relegado. Interrogado por Augusto, Labeón defendió su postura y consiguió su propósito: Lépido fue incluido, pero inscrito

27. TÁCITO, *Ann.* 4, 34; OVIDIO, *Ex Ponto* 1,1, 23.

28. PLUTARCO, *Brutus*, 53.

29. PLINIO (*NH* 36, 33) habla de su *acris vehementia*. Cf. también SÉNECA, *Controv.* 4, *praef.* 3: «illud strictum eius et asperum et nimis iratum ingenio suo iudicium» (aquel juicio sincero, duro y demasiado propenso a la cólera por su propia manera de ser).

30. SUETONIO, *Divus Aug.* 43, 2.

en el último lugar de la lista de consulares.[31] También consta que Labeón puso en ridículo una propuesta de que un cuerpo de guardia de senadores estuviese en vela delante del dormitorio del Princeps, alegando su manifiesta incapacidad para aceptar tal honor.[32] Sobre la categoría de Labeón como jurista, no cabe la menor duda: pasaba la mitad del año educando a sus discípulos y la otra mitad escribiendo libros.[33]

Su libertad de expresión le costó la carrera política; no pasó más allá de la pretura. Augusto le dio el consulado a su rival, Ateyo Capitón, nieto de un centurión silano, y de espíritu servil. Éste hizo carrera, pero el erudito Labeón continuó gozando de mejor fama que la suya.[34]

Los tribunales de justicia aún podían dar oportunidades a la oratoria, a la ambición y a la intriga política. Augusto era invulnerable, pero sus amigos no lo eran. Un proceso podía dar ocasión de un ataque directo a sus personas o de una crítica oportuna y aparentemente espontánea a todo el gobierno. Es cierto que los mayores escándalos no siempre se llevaban a juicio, pero la política estaba probablemente detrás de una serie de causas célebres. L. Nonio Asprenas, cuñado de P. Quintilio Varo y amigo de Augusto, compareció a juicio acusado de envenenamiento, increpado por Casio Severo, defendido por Polión y salvado por la intervención personal de Augusto, que entró en la sala y se sentó en ella.[35] No necesitó pronunciar un discurso, tal era la *auctoritas*. Mecenas y Sex. Apuleyo (cuñado del Princeps) coincidieron en la defensa de un hombre acusado de adulterio. La acusación los trató con rudeza. Augusto intervino a su favor, con una saludable reprimenda para sus enemigos.[36] Augusto no olvidaba a sus amigos y aliados: logró librar de la justicia a un cierto Castricio, que le había dado información sobre la conspiración de Murena.[37]

31. Dión, 54, 15, 7.
32. *Ibid.*, 8, porque él roncaba.
33. *Dig.* 1, 2, 2, 47.
34. Tácito, *Ann.* 3, 75: «sed Labeo incorrupta libertate et ob id fama celebratior, Capitonis obsequium dominantibus magis probabatur» (Pero Labeón, de una independencia inflexible, tenía por ella una fama más popular, mientras que la cortesanía de Capitón agradaba más a los que mandaban).
35. Suetonio, *Divus Aug.* 56, 3; Quintiliano, 10, 1, 22.
36. Dión, 54, 30, 4.
37. Suetonio, *Divus Aug*, 56, 4.

La elocuencia política languidecía y fenecía, tanto en los tribunales de justicia como en el senado; virtualmente estaba excluida de las asambleas del pueblo, cuya función consistía ahora en ratificar las decisiones del Princeps en materia legislativa o en aceptar a sus candidatos a los cargos. Ya en el período triunviral Polión se había dado prisa en bosquejar el panorama moral de los tiempos, intuyendo cuál iba a ser el futuro. No estaba dispuesto a que su retiro de la política se produjese sin gloria y en silencio, e inició la costumbre de organizar recitales, aunque sólo para amigos y no para un público no escogido.[38] La moda se difundió rápidamente y propagó una enfermedad en la literatura, lo mismo en prosa que en verso, un castigo para la vida social de la aristocracia. Mesala competía con Polión como patrono de las letras. Cuando un poeta mediocre de Córdoba pronunciaba en su casa un anodino panegírico de Cicerón,

deflendus Cicero est Latiaeque silentia linguae[39]

el resentido Polión se levantó y se marchó.

Polión confesaba encontrar poco de su gusto en el Nuevo Estado. Era historiador y orador; y en historia resultaba tan crítico como creador. Salustio había muerto en plena labor, llegando en sus *Historiae* no más allá del año 67 a. C. Polión, en cambio, se propuso describir la caída de la República desde el compromiso de Pompeyo, Craso y César, hasta la batalla de Filipos. De los historiadores anteriores, censuraba a Salustio por su estilo, y ponía en duda la veracidad de César; entre sus contemporáneos, especialmente cuando hablaban del período del que él tenía experiencia personal, debía de haber encontrado mucho que criticar. Ciertos políticos no habían tardado en publicar sus memorias; es de suponer que no fuesen demasiado explícitos acerca de la carrera del líder cesariano durante las guerras de la revolución. Mesala elogiaba a Bruto y a Casio,[40] pero reprendía a Antonio para justificar su propia adhesión a la mejor causa. Q. Delio narraba las campañas de Antonio en Oriente, en las que había participado;[41] los desastres de Antonio no los habría subestimado. Incluso Agripa tomó

38. SÉNECA, *Controv.* 4, *praef.* 2.

39. SÉNECA, *Suas.* 6, 27 (Hay que llorar a Cicerón y a los silencios de la lengua latina).

40. TÁCITO, *Ann.* 4, 34.

41. PLUTARCO, *Antonius*, 59; ESTRABÓN, p. 523.

la pluma.[42] La cima de la literatura de apología era la propia memoria autobiográfica de Augusto, recordando su destino, sus luchas y su triunfo, un ejercicio magistral sobre el excelso tema del «tantae molis erat» (¡tan pesado era!).

Hay que lamentar que los comentarios de Polión sobre este interesante documento no se hayan conservado. El estilo, por lo menos, lo habría aprobado, si recordaba la simplicidad de los dichos registrados como del Princeps, o la *imperatoria brevitas* de las *Res Gestae*. Augusto detestaba por igual la oratoria espléndida y pomposa de M. Antonio, los fantásticos conceptos de Mecenas y el depravado arcaísmo de Tiberio. A la hora de escribir, su primera preocupación era expresar lo que quería decir con la mayor claridad posible.[43] En estas cuestiones, el gusto y la costumbre propios de Polión están bien documentados. Las palabras, decía él, deben amoldarse al sentido.[44] Augusto y Polión eran hombres secos, duros, nada sentimentales. Augusto podía permitir el culto a Cicerón para sus propios fines. Podría ser, sin embargo, que su verdadera opinión del carácter, política y estilo de Cicerón no distase mucho de la de Polión. La desconfianza innata de Polión hacia las hermosas palabras estaba acentuada por su odio a la exuberante falta de sinceridad de la elocuencia pública, y por las guerras de la crisis revolucionaria, que arrancaron las máscaras y revelaron las verdaderas realidades de la política. No es en modo alguno sorprendente que Polión, como Stendhal, se convirtiese en el exponente fanático de un modo de escribir duro, seco y sin emoción. «Durus et siccus» le calificó bien;[45] parecía un siglo más antiguo que su época. Su estilo sencillo, sólido, recordaba al de los primeros analistas de Roma, y el arcaísmo era un rasgo consecuente y laudable de la historiografía romana.

42. PLINIO, *NH* 7, 148.

43. SUETONIO, *Divus Aug.* 86, 1: «genus eloquendi secutus est elegans et temperatum, vitatis sententiarum ineptiis atque concinnitate et reconditorum verborum, ut ipse dicit, fetoribus; praecipuamque curam duxit sensum animi quam apertissime exprimere» (Tenía un modo de hablar, elegante y moderado, evitando las estupideces y el artificio de las frases hechas y, como él decía, los hedores de las palabras anticuadas; ante todo le preocupaba expresar sus ideas con la mayor claridad posible).

44. Porfirio sobre HORACIO, *Ars poetica* 311: «male hercule aveniat verbis, nisi rem sequuntur» (Mal les irá a las palabras, por Hércules, si no se ajustan a la materia de que tratan).

45. TÁCITO, *Dial*, 21, 7.

Como Salustio, Polión imitaba la gravedad y la concentración de Tucídides, así como las virtudes innatas de los escritores romanos. Como Salustio también, se apartó con disgusto de las guerras y de la política de su época y se hizo historiador. Ambos escritores tenían experiencia práctica de cuestiones políticas; y es justo suponer que Polión, el eminente consular, como el senador Tácito más de un siglo después, se burlase del historiador académico.[46] Livio había llegado a la historia partiendo de la retórica. No era ése el único defecto que Polión podía advertir en Livio.

Polión, según consta en Quintiliano, criticaba a Livio por su *patavinitas*. No es en modo alguno seguro que Quintiliano mismo entendiese el significado de la palabra,[47] de la que se han propuesto las interpretaciones más variadas. *Patavinitas* se ha considerado una característica del estilo literario de Livio en el sentido más estrecho, o incluso del dialecto y del modo de pronunciar de su ciudad natal. Una cosa es evidente, sin embargo: la naturaleza de *patavinitas* no se puede descubrir a base únicamente de los escritos de Livio, sin tener en cuenta el carácter de su crítico, Polión, y de las teorías de éste acerca del estilo, sustancia y tratamiento apropiados para escribir historia. Polión, que procedía de una región de Italia pobre y estéril, sabía lo que era Patavium: una ciudad célebre por su prosperidad material y por su valor moral.[48] Un crítico, armado de la acritud de Polión, debe de haber pronunciado un veredicto más contundente sobre un historiador de Patavium que el comentario, obvio y trivial, de que su lenguaje mostraba huellas de su dialecto nativo. Polión mismo pudo haber tenido un acento local. Tampoco su juicio lo era simplemente de estilo, como si un romano de Roma, árbitro infalible de la pureza urbana, se burlase y pusiese en evidencia al provinciano. Polión, italiano del país de los marrucinos, era también provinciano en cierto sentido. El pecado original de Livio es más oscuro y detestable. La palabra *patavinitas* resume, de modo elegante y definitivo, toda su concepción moral y romántica de la historia.[49] Polión sabía lo que era la historia. Él no era como Livio.

46. *Hist.* 1, 1: «inscitia rei publicae ut alienae» (No conocen los asuntos de Estado, que les son ajenos).

47. QUINTILIANO, 1, 5, 56; 8, 1, 3.

48. ESTRABÓN, p. 213; PLINIO, *Epp.* 1, 14, 6; MARCIAL, 11, 16, 8; cf. también *supra*, p. 568.

49. La palabra americana *uplift* podría dar una idea de su significación.

El historiador augusto de la Roma imperial trató su tema en un ampuloso estilo ciceroniano, reforzado con rasgos de Salustio y del lenguaje poético: un plato sabroso. Los escritores y oradores de la oposición no se encerraban en un arcaísmo anémico o en una escueta simplicidad ática; se creó un nuevo estilo, de frases breves, cortantes, un estilo cáustico, retórico y adornado. Los exponentes más conspicuos del movimiento eran T. Labieno y Casio Severo, ninguno de ellos en posesión de las ventajas sociales y materiales que mantenían a Polión a salvo de represalias, así como temible en su capacidad de ataque. Labieno procedía de una familia leal a Pompeyo y venida a menos; vivía en la pobreza y en el descrédito, odiando y siendo odiado.[50] Labieno aireaba su amargura contra clases e individuos, sin distinción y sin miedo. Batilo, el popular actor, pese a su mala fama, uno de los favoritos de Mecenas, era un blanco fácil. Pero los más eminentes no estaban a salvo. Incluso criticaba a Polión.[51] Labieno también escribía historia. Cuando leía en público sus obras, gustaba de saltarse ostentosamente ciertos pasajes, aclarando que ya se leerían después de su muerte.[52]

Los últimos años de Augusto presenciaron la toma de severas medidas de represión contra la literatura malsana.[53] Se encendieron hogueras, pero no para bagatelas como la *Ars amatoria* de Ovidio. La literatura política contemporánea proporcionaba el motivo —y el combustible—. Así se tomaba Augusto su revancha, imitando al griego Timágenes, que, tras haber regañado con su patrón y caído en desgracia, arrojó valientemente a las llamas la historia que había compuesto anteriormente en honor del Princeps.[54] Los escritos de Labieno fueron condenados oficialmente y quemados en público. Eso no importaba, decía Casio Severo, que los sabía de memoria.[55] Este hombre, orador hábil y vigoroso, de origen humilde, de aspecto parecido a un gladiador, era odiado y maldecido por su mala lengua y su amor insobornable a la independencia.[56] Casio denunció a Nonio Asprenas,

50. Para detalles, SÉNECA, *Controv.* 10, *praef.* 4 ss.: «summa egestas erat, summa infamia, summum odium». Le llamaban «Rabienus».

51. SÉNECA, *Controv.* 4, *praef.* 2 (una nota sobre «Ille triumphalis senex»).

52. *Ibid.*, 10, *praef.* 8.

53. DIÓN, 56, 27, 1.

54. SÉNECA, *De ira* 3, 23, 4 ss. Polión le dio alojamiento cuando fue expulsado de casa de Augusto.

55. SÉNECA, *Controv.* 10, *praef.* 8.

56. PLINIO, *NH* 7, 55; TÁCITO, *Ann.* 4, 21: «sordae originis, maleficae vitae» (de origen humilde, vida de maleante).

amigo de Augusto, acusándolo de envenenamiento. Sus actividades no se limitaban a los tribunales, también componía panfletos difamatorios contra personas ilustres de ambos sexos, sin reservas ni distinciones, entre ellas contra P. Vitelio, el *procurator*, cuyo abuelo, decía él, era zapatero remendón, y su madre, hija de un panadero, convertida en prostituta.[57]

Fue Casio quien definió para siempre el carácter y las cualidades de Paulo Fabio Máximo.[58] Pero Casio era vulnerable y aborrecido por muchos. Augusto ordenó abrirle un expediente bajo la ley de *maiestas*. Fabio se encargó de la acusación. El culpable fue condenado y desterrado a Creta (¿12 d. C.?).[59] Aun allí era un incordio: doce años más tarde lo trasladaron a la roca pelada de Sérifo.[60]

No tan peligroso como Labieno o Casio, o por contar con menos enemigos, el historiador republicano A. Cremucio Cordo, cuyas páginas vivas proscribieron por toda la eternidad a los autores de las proscripciones,[61] sobrevivió al Principado de Augusto. Fue procesado bajo Tiberio por un cliente de Sejano. Cremucio se adelantó a su condena suicidándose después de un noble discurso en que defendía a la historia contra la opresión y el despotismo.[62] Sus obras fueron condenadas a la hoguera.

Augusto logró evitar que su régimen fuese declarado enemigo público de la libertad y de la verdad. Pero no lo consiguió por mucho tiempo. Coaccionada por la represión oficial, o lacrada por el servilismo, la historia pronto se marchitó y pereció. «Magna illa ingenia cessere.»[63] No sólo la historia, sino también la poesía y la elocuencia,

57. SUETONIO, *Vitelius* 2, 1.

58. SÉNECA, *Controv.* 2, 4, 11: «quasi disertus es, quasi formosus es, quasi dives es; unum tantum es non quasi, vappa» (Eres casi elocuente, eres casi hermoso, eres casi rico; una cosa no eres casi: maula).

59. TÁCITO, *Ann.* 1, 72; cf. DIÓN, 56, 27, 1.

60. *Ann.* 4, 21.

61. SÉNECA, *Ad Marciam de consolatione* 26, 1: «civilia bella deflevit... proscribentis in aeternum ipse proscripsit» (Lloró las guerras civiles... y a los responsables de las proscripciones él mismo los proscribió).

62. TÁCITO, *Ann.* 4, 34 s.

63. TÁCITO, *Hist.* 1, 1 (Aquellos grandes ingenios se extinguieron). Esto es considerado resultado directo de la batalla de Accio. En *Ann.* 1, 1, sin embargo, Tácito se muestra más conciliador: «temporibus Augusti dicendis non defuere decora ingenia donec gliscente adulatione deterrentur» (No faltaron ingenios brillantes que relatasen la época de Augusto, hasta que la progresiva adulación los hizo callar). Com-

ahora que la *libertas* ya no existía. El Principado heredó genios del período triunviral y los presentó como suyos; pero no pudo producir una nueva cosecha. La generación que llegó a la edad adulta en la feliz inauguración de la República restaurada da una impresión bastante pobre, con Ovidio como soporte del esplendor y de la dignidad de la poesía. Tampoco la nueva oratoria podía eclipsar a la fama de Mesala y de Polión; y sus exponentes más capaces eran enemigos encarnizados del gobierno.

Era imposible decir la verdad acerca de los vivos; pero el odio podía tomarse el desquite con los muertos. De aquí los vicios contrapuestos, pero complementarios, inherentes a la historiografía romana imperial: la adulación y el escarnio.[64] Horacio aseguraba a Augusto que la envidia de que son objeto los grandes de la Tierra mientras viven es acallada por la muerte y convertida en reconocimiento y amor:

extinctus amabitur idem.[65]

Esta simpleza moral se convirtió durante el Imperio en una absurda paradoja. La memoria de Augusto podía sentirse segura después de la muerte: atacar o difamar al Fundador era un delito contra el Estado. No todos los emperadores, sin embargo, fueron sucedidos por gobernantes que tuvieran interés en la divinización de sus predecesores. La muerte o la desgracia entregaban a miembros de la dinastía o a seguidores del gobierno para rendir cuentas al fin:

curramus praecipites et
dum iacet in ripa, calcemus Caesaris hostem.[66]

Veleyo, típico escritor gubernamental, muestra una lealtad inquebrantable a Tiberio y a L. Elio Sejano, principal ministro de Estado.

---

párese a SÉNECA EL VIEJO, sobre la quema de libros (*Controv.* 10, *praef.* 7): «di melius, quod eo saeculo ista ingeniorum supplicia coeperunt quo ingenia desierant» (Los dioses han dispuesto lo mejor: ¡que falten los talentos en este siglo en que las obras del ingenio han sido sometidas a suplicio!).

64. TÁCITO, *Hist.* 1, 1: «ita neutris cura posteritatis inter infensos vel obnoxios» (Así, entre enemigos o aduladores, ninguno de los dos grupos se ha preocupado de la posteridad).

65. *Epp.* 2, 1, 14 (Él mismo será amado cuando muera).

66. JUVENAL, 10, 85 (Corramos deprisa, y mientras yace en la orilla, pisoteemos al enemigo de César).

Las variaciones en su técnica son curiosas e instructivas. No contento con celebrar en un lenguaje repulsivo la *inenarrabilis pietas* y las *caelestissima opera* del Princeps, o las variadas virtudes del modesto e indispensable Sejano,[67] todo su relato del reinado de Augusto está coloreado por hábiles homenajes a Tiberio, con difamación de sus enemigos y rivales. El horror y la indignación con que este digno ciudadano relata ciertos escándalos de la corte corren parejos con su modo de denigrar a los generales de Augusto que le disputaban a Tiberio el monopolio de la gloria militar, fuesen o no fuesen enemigos personales de Tiberio. Lolio es un monstruo de rapacidad y de intriga; Varo, suave de maneras, pero corrompido e incompetente. Las campañas de Quirinio y de Ahenobarbo las pasa simplemente en silencio en su totalidad. Vinicio no podía ser omitido sin faltar a la decencia, pero el elogio de sus méritos castrenses es frío y moderado.[68]

Veleyo se complace en el lenguaje de la loa, o, como él lo llama, «iustus sine mendacio candor».[69] Se lo otorga generosamente a la distinción social o al éxito político. Veleyo queda al descubierto también en sus juicios literarios. Al lado de Virgilio, menciona entre los poetas épicos al grandilocuente Rabirio, que había escrito sobre la Guerra de Accio.[70] Los gobiernos caen, y los que hacen carrera se equivocan. Sejano cayó. El historiador pudo haberse visto envuelto en su ruina.

Con la coronación de Calígula, los enemigos de Augusto y de Tiberio encontraron un efímero e ilusorio consuelo. Calígula, bisnieto de Antonio, disimulando su maldad innata, o su sentido del humor, bajo el disfraz de la piedad hacia sus antepasados, patrocinó una restauración antoniana o republicana. Las obras condenadas de Cordo,

67. VELEYO, 2, 127, 3: «virum severitatis laetissimae, hilaritatis priscae, actu otiosis simillimum, nihil sibi vindicantem eoque adsequentem omnia, semperque infra aliorum aestimationes se metientem, vultu vitaque tranquillum, animo exsomnem» (Hombre de una severidad afabilísima, de una alegría propia de los antiguos, actuando siempre de manera parecida a los que no tienen nada que hacer; que no pide nada para él, y de ese modo lo obtiene todo; que se considera siempre por debajo de las apreciaciones que de él hacen otros; de fisonomía y existencia apacibles; de espíritu siempre en vela).

68. *Ibid.*, 2, 104, 2.

69. *Ibid.*, 2, 116, 4.

70. VELEYO, 2, 36, 3: «inter quae maxime nostri aevi eminent princeps carminum Vergilius Rabiriusque» (El príncipe de la poesía, Virgilio, y Rabirio brillan en primer plano de nuestra época).

de Severo y de Labieno volvieron a circular en público;[71] y se llegó a decir que el Princeps se proponía desterrar los escritos de Virgilio y de Livio de las bibliotecas públicas.[72]

El gobierno de Calígula no trajo la libertad ni aportó beneficios a la historia; simplemente envenenó las fuentes una vez más. La literatura durante el Imperio se vio obligada a velar la crítica o a vengar con retraso a los enemigos del gobierno. La sátira sólo atacaba con valor a los muertos o a los inermes. Quintiliano, profesor de retórica, pretendía que este género literario era peculiar y enteramente romano. No vivió para ver su veredicto confirmado por Juvenal y por Tácito, típicas glorias de la literatura imperial, y los últimos de los romanos.

71. Suetonio, *Calígula*, 16, 1.
72. *Ibid.*, 34, 2.

Capítulo XXXII

LA PERDICIÓN DE LOS *NOBILES*

Stemmata quid faciunt? ¿De qué sirven las genealogías?[1] El satírico Juvenal se burla de los pedigríes. No, sin embargo, con toda la inquina, fiera y libre, de un robusto demócrata. Juvenal extrae sus nombres y sus ejemplos de los descendientes de la nobleza republicana, pero no de los vivos. Pocos de ellos, en verdad, sobrevivían en los días de Juvenal, y significaban muy poco. El Imperio había acabado con su poder y con su espíritu. El satírico no se atrevía a reírse de la nueva nobleza, la oligarquía gubernamental en aquella época. Él se burla del griego necesitado, de condición humilde, listo, mendaz y falto de escrúpulos.[2] Una figura tradicional y literaria. Muy distintos eran los hijos de las grandes casas sacerdotales y dinásticas de Asia, revestidas ahora de la dignidad de cónsules en el senado imperial. Todavía menos se atreve a atacar a las acaudaladas familias provincianas, oriundas de España o de la Narbonense. Ellas dominaban ahora en la jerarquía social y política del Imperio; ellas llevaban ahora la púrpura de los Césares.

El poema de Juvenal no es tanto un panegírico al mérito de los plebeyos como un lamento por la decadencia de la *virtus* aristocrática. Tácito, hijo de un caballero de la Italia Traspadana, o de la provincia de Galia Narbonense, recupera en sus escritos el espíritu, los prejuicios y el resentimiento de la aristocracia romana, y revela las causas y

1. JUVENAL, 8, 1.
2. *Ibid.*, 3, 60 ss.

la tragedia de su decadencia. Pero los *nobiles* no han hablado ellos mismos. No han dejado un documento personal y auténtico que revele lo que pensaban del Principado de Augusto. Habían sido conservados, mimados y sostenidos por el Nuevo Estado; pero eran supervivientes de una catástrofe, abocados a una lenta e inexorable extinción. La causa mejor y los hombres mejores habían perecido. No había sido derrotado simplemente un bando de la nobleza, sino toda ella como clase. La lucha no había sido solamente política, sino social. Sila, Pompeyo y César eran, todos ellos, más que jefes de partidos; sin embargo, la dominación personal de estos dinastas nunca supuso un bajón tan rotundo de los *nobiles*. Ahora tenían enfrente un partido organizado y un sistema de gobierno organizado.

Los *nobiles* perdieron el poder y la riqueza, la ostentación, la dignidad y el honor. Hombres malos, brutales, rapaces e intolerables, entraron en las propiedades de los muertos y usurparon los privilegios y la posición de los vivos: Vedio Polión, con sus estanques de peces; Mecenas, en sus jardines principescos; Ticio y Quirinio, tomando esposas de familias patricias; Tauro, exhibiendo en Roma una escolta de germanos igual a la del propio Princeps; Agripa, el macizo y conspicuo monumento al despotismo militar. Para los *nobiles*, no más triunfos después de las guerras, no más calzadas, templos ni ciudades portadoras de sus nombres, en su honor y en homenaje a las grandes casas gloriosas que eran la República y que eran Roma.

Las guerras de los partidos de Mario y Sila habían sido un castigo y un aviso. En el breve respiro entre las Dictaduras, las viejas familias, especialmente las patricias, reunieron sus recursos y reforzaron sus alianzas. Así obró Servilia en bien de su familia, logrando el enlace con los Emilios. Pero las alianzas daban lugar a pleitos, y los *nobiles* se vieron envueltos en las luchas de los dinastas. Para muchos de ellos había sido ya bastante difícil conservar y perpetuar el esplendor de su condición en tiempos de paz civil. La revolución puso fin a muchas familias nobles, viejas y recientes.

Las figuras de los dinastas con ambiciones monárquicas, Sila, Pompeyo y César, acaparan el escenario de la historia, imponiendo sus nombres, como las familias nobles habían hecho en tiempos más felices, a un período o a un gobierno. En el fondo del escenario acechan sus aliados o sus rivales, ciertas grandes casas o partidos permanentes. Los Escipiones habían sido una época en la historia. Su poder había pasado a los Metelos. Ambas casas se eclipsaron ante la de los

Julios y sus aliados. Los Metelos habían apoyado a Sila; hicieron un asalto último al poder cuando, tras enlazar con los Escipiones, apoyaron a Pompeyo. El último en línea directa de los Metelos, un ex antoniano, no llegó al consulado; y el último consular portador del nombre fue, por nacimiento, un Junio Silano. También pertenece al Principado de Augusto el último cónsul de la antigua casa patricia de los Escipiones. Su nombre y su mausoleo pasaron a otra casa de los Cornelios patricios, los Léntulos, que también se habían inclinado por Pompeyo en contra de César, pero tuvieron más suerte en su perduración.[3] Los Claudios Marcelos plebeyos figuraban también en el grupo de familias consulares que apoyaban a Pompeyo. Su línea principal se extinguió con Marcelo, el sobrino de Augusto; pero el nombre proporcionó entonces un cónsul colateral, M. Claudio Marcelo Esernino, cónsul el 22 a. C., seguidor no muy distinguido de César Dictador.

Alineado con estas cuatro familias, el partido de Catón experimentó graves pérdidas por su fiel o terca adhesión a causas perdidas: Pompeyo, *libertas* y Antonio. El hijo de Catón sucumbió en Filipos, y los Porcios cayeron en la oscuridad, si no en la extinción.[4] No hubo más cónsules entre los Lucilios, los Lutacios, los Hortensios, los Servilios Cepiones o los Calpurnios Bíbulos. Los Domicios, sin embargo, sobrevivieron y prosperaron gracias al matrimonio que el nieto del enemigo de César contrajo con la hija de Antonio y de Octavia. De la familia de Bruto, su hermana, esposa de Casio, fue la última. Murió a los noventa y tres años. En sus funerales figuraron las *imagines* de veinte casas nobles, sus antepasados y parientes.[5] Sin embargo, el linaje de Casio, con cónsules eminentes, entre ellos un gran jurista, perduró hasta Nerón.[6]

Ciertas familias nobles, que ostentan sus últimos cónsules en época de Pompeyo, fueron exterminadas en las guerras civiles. Cierto que

3. Sobre su mausoleo, cf. MOMMISEN en *CIL* 1^2, p. 376.

4. No es cierto que el delator Porcio Catón (TÁCITO, *Ann.* 4, 63 ss.), cónsul sufecto el 36 d. C., perteneciese a esta familia.

5. TÁCITO, *Ann.* 3, 76. Los más afines no estaban visibles: «sed praefulgebant Cassius atque Brutus eo ipso quod effigies eorum non visebantur» (Pero resaltaban Casio y Bruto, por lo mismo que no se veían sus retratos).

6. L. y C. Casio, cónsul y cónsul sufecto el 30 d. C. (hijos de L. Casio Longino, *cos. suff.* 11 d. C.). El primero estaba casado con Drusila, hija de Germánico; el segundo, el jurista (elogiado por TÁCITO, *Ann.* 12, 12), fue desterrado por Nerón (*Ann.* 16, 7 s.).

algunas ramas especialmente decaídas del patriciado fueron rescatadas de una larga oscuridad por César o por Augusto, fuese para alcanzar una fortuna espléndida, fuese para un breve renacimiento antes del fin definitivo. Otras que sobrevivieron a las proscripciones y a las batallas, por buena suerte, diplomacia o matrimonios de ventaja, y llegaron hasta el reinado de Augusto, no aportaron más cónsules después de éste.

No era eso todo. Para el orgullo romano y aristocrático, las familias que se eclipsaron y murieron en la última generación de la República o fueron violentamente exterminadas en la revolución tuvieron mejor destino que otras que prolongaron una existencia innoble durante una o dos generaciones. Desalentados por el vicio o la pobreza, la falta de iniciativa o el exceso de principios, algunos de los *nobiles* fueron incapaces de alcanzar el consulado en el reinado de Augusto. El hijo de P. Servilio Isáurico vivió en una gris indolencia, sin más rango que el pretorio y sin dejar heredero;[7] su valiente hermana decidió morir con su marido, el joven Lépido. Escauro fue perdonado después de Accio. Su hijo llegó a cónsul bajo Tiberio, gran orador y hombre de vida depravada,[8] consorte apropiado para Emilia Lépida, esposa de Quirinio, que le dio un hijo con quien la familia se extinguiría. M. Hortensio Hortalo, nieto del ilustre orador, recibió ayuda económica de Augusto para fundar una familia. Tiberio le retiró la ayuda y la familia cayó en una vergonzosa pobreza.[9]

En la crónica del desastre y la degradación, «illustrium domuum adversa», las víctimas de las intrigas políticas secretas, en la familia del Princeps, adquieren infausta notoriedad. Se atacaba a sus costumbres; se culpaba de su ruina a su nombre o a su ambición. Dos jóvenes patricios, el último Escipión y el último Apio Claudio Pulcro, fueron condenados a muerte por delitos contra el Estado.[10] Otro noble, un Sempronio Graco, fue desterrado y muerto en el exilio; su hijo, reducido a la miseria y a la vida indigna de pequeño mercader en África y

7. SÉNECA. *Epp.* 55, 2 ss.; cf. MÜNZER, *RA* 374 s. Se le describe como «ille praetorius dives, nulla alia re quam otio notus» (Aquel pretorio rico, no conocido por otra cosa que la ociosidad).

8. Mamerco Emilio Escauro, *cos. suff. anno incerto*, «insignis nobilitate et orandis causis, vita probrosus» (TÁCITO, *Ann.* 6, 29; cf. 3, 66). Sobre sus vicios, SÉNECA, *De ben.* 4, 31, 3 s.; sobre su boda con Emilia Lépida, *Ann.* 3, 23.

9. *Ann.* 2, 37 s.

10. Presuntos amantes de Julia, hija de Augusto, cf. *supra*. p. 519.

en Sicilia, descubrió que la oscuridad y las actividades comerciales no servían para proteger de su perdición a un nombre ilustre.[11]

Sin embargo, no fueron éstos los sacrificios más conspicuos de un Principado manchado de sangre, ni los más cercanos al Princeps por el poder, el prestigio o la relación familiar de las víctimas. Los aliados y los enemigos se vieron ahora envueltos en una red de lazos recíprocos. Las familias de los Julios, los Emilios, los Antonios y los Domicios perpetuaban sus alianzas y sus pleitos sobre el cuerpo de la República moribunda y bajo la sombra de la monarquía. César, con la alianza de los Emilios y de algunas otras casas patricias, se impuso a Pompeyo y al partido dominante entre la *nobilitas*. Pero los Julios no dejaron un heredero directo, y el sobrino nieto del Dictador, el Octavio de Velitras, después de combatir a las grandes casas, las vinculó a su familia y fundó un nuevo partido. Mediante la fuerza, o la astucia, había derrotado a los Emilios y a los Antonios, pero para gobernar en Roma necesitaba a sus descendientes. El heredero a su trono fue un Claudio.

Era como tenía que ser. Desde el día en que el gran antepasado, Attus Clausus, emigrante del país sabino a Roma, se estableció en ella en compañía de sus clientes, la casa patricia de los Claudios se había convertido en parte integrante de la historia de la República. Tiberio, un Claudio por partida doble, pues el linaje corría por la sangre de sus dos padres, podía volver la vista a través de los anales de su familia a aquel Apio Claudio que había promovido el programa aristocrático de la reforma de Ti. Sempronio Graco; al vencedor del Metauro; al viejo censor ciego; al decenviro. Mas por una paradoja el poder no fue a parar a la rama brillante y ambiciosa de los Claudios, los Pulcros, sino a la más modesta de los Nerones.

Para Tiberio, el espléndido trofeo estaba estropeado y manchado. Como romano noble, el Claudio habría aspirado a la primacía entre sus iguales, pero no a costa de su humillación personal, por la vía del desastre y del derramamiento de sangre, como sucesor, elegido por un déspota anciano, decepcionado y sin otra alternativa.[12] Tiberio César

11. *Ann*, 4, 13: «adultus inter extorris et liberalium artium nescios mox per Africam ac Siciliam mutando sordidas merces sustentabatur; neque tamen effugit magnae fortunae pericula» (Crecido en medio de exiliados y de gentes sin educación escolar, se ganaba la vida vendiendo artículos baratos en África y en Sicilia; pero aun así, no se libró de los peligros que acechan a una gran fortuna). Su padre había sido ejecutado por Asprenas, procónsul de África, en el 14 d. C.

12. TÁCITO, *Ann.* 1, 7: «per uxorium ambitum et senili adoptione inrepsisse» (Se había introducido mediante las intrigas de la esposa y la adopción del anciano).

odiaba la monarquía: significaba la ruina de la nobleza romana y republicana. El Principado no era una monarquía de nombre, y eso empeoraba las cosas. El deber de gobernar era una servidumbre penosa; a la carga se añadía la incomodidad de representar un papel falso. Ello acabó con Tiberio y con el Principado.

Cuando Augusto murió, tranquilo y en paz, estaban en el exilio, confinados en islas, su hija, su nieto y su nieta. Esto en cuanto a los familiares más próximos, entre los descendientes de los Julios. Julo Antonio, presunto amante de Julia, había sido ejecutado; su hijo, último de los Antonios, vivía en la oscuridad de su condición de particular, obligado a realizar estudios en Marsella.[13] Dos Emilios habían sido víctimas de muerte violenta, acusados de conspiración. El hijo del triunviro y L. Emilio Paulo, *cos.* 1 d. C. Tal era el precio del nombre dinástico y de la alianza dinástica.

Los Emilios y los Domicios Ahenobarbos perpetuaron la sucesión directa por línea varonil, pero con fortuna distinta. Los Emilios habían estado peligrosamente cerca del poder supremo, con M. Emilio Lépido, el triunviro, y L. Emilio Paulo, marido de Julia la Menor. Estaban destinados a no alcanzarlo nunca. El último de ellos, casado con una hermana de Calígula y designado sucesor por éste, sucumbió al maligno destino de su familia: la conspiración y la condena a muerte.[14]

Aunque carentes de la distinción primitiva y patricia de los Emilios y Claudios, los Domicios, casa dinástica plebeya de nobleza bastante reciente, hubiera parecido a los contemporáneos de Pompeyo destinada a alcanzar el poder algún día. Habiendo heredado de su padre no sólo grandes propiedades, sino una inmensa popularidad entre la plebe de Roma, L. Domicio Ahenobarbo fue un político temible desde su juventud. Enemigo de Pompeyo en sus orígenes, como Bruto, y por culpa de ese pleito metido en conflictos con César, siguió la iniciativa de Catón y cayó en Farsalia. Cualesquiera que hubiesen sido las vicisitudes de la lucha subsiguiente, si los Libertadores hubieran vencido en Filipos o Antonio en Accio, el resultado último hubiera sido muy parecido para los Domicios; destacado entre los Libertado-

13. *Ibid.*, 4, 44: «ubi specie studiorum nomen exilii tegeretur» (donde bajo la apariencia de estudios se encubría el nombre del destierro).

14. M. Emilio Lépido, marido de Drusila, acusado de haber conspirado con Léntulo Getúlico contra Calígula y ejecutado el 39 (SUETONIO, *Cal.* 24, 3). Según DIÓN (39, 22, 6 s.), Calígula le prometió la sucesión.

res y último almirante de la República, Cn. Domicio se hallaba a continuación de Antonio para la jefatura del partido.

A los Domicios podría serles retrasada la primacía, pero no denegada para siempre. La compleja política matrimonial de Augusto transmitió una herencia peculiar y mezclada a las generaciones venideras de los Julios y de los Claudios. Livia no le había dado hijos a su marido, pero los Claudios reinaron. Y al final, por una justicia póstuma e irónica, Antonio y su almirante fueron antepasados de emperadores. Conforme pasó el tiempo, los Julios, los Antonios y los Claudios se encontraron y mezclaron en sus sucesiones. Calígula, Claudio y Nerón tenían todos sangre antoniana en sus venas. Nerón, por los dos lados de su familia. Nerón, último emperador de la dinastía Julio-Claudia, fue también el último de los Domicios Ahenobarbos, con ocho cónsules por delante en ocho generaciones.[15]

Pero Nerón no fue el último superviviente de la sangre de Augusto. Los Julios Silanos, emparentados ya con los Emilios, alcanzan en el Principado un relieve alarmante. M. Junio Silano, nieto de un renegado que llegó a cónsul en el 25 a. C., casó con Emilia Lépida, hija de L. Emilio Paulo y de Julia, nieta del Princeps. La unión fue bendecida con tres hijos y dos hijas, todos los cuales, en un momento determinado, hubieron de pagar con la muerte o el confinamiento la culpa del exiguo goteo de la divina sangre de Augusto que corría por sus venas, y enriquecer la historia de los escándalos de la era Julio-Claudia, desde el intachable M. Silano, a quien Calígula llamaba el «cordero de oro», hasta Julia Calvina, *festivissima puella*, que sobrevivió hasta el último año del emperador Vespasiano.[16]

Así fue el final de ciertas casas nobles cuyas genealogías estaban íntima y fatalmente entrelazadas con el árbol de los Julio-Claudios. Otras familias emparentadas de algún modo con la dinastía reinante se extinguieron en poco tiempo. Los Claudios Marcelos y los Marcios Filipos fueron los primeros en desaparecer.[17] El linaje de los oscuros

15. VELEYO hace notar la *felicitas* de los Dornicios (2, 10, 2).

16. Sobre los Junios Silanos, *PIR*[1], I 541 ss.; la genealogía, *ibid.*, 550; véase también Tabla IV, al final. M. Junio Silano, la *pecus aurea*, fue muerto en el 54 d. C. (TÁCITO, *Ann.* 13, 1). Junia Calvina fue confinada, bajo acusación de incesto con uno de sus hermanos (*Ann.* 12, 4); sobre la fecha de su muerte, SUETONIO, *Divus Vesp.* 23, 4.

17. Ni L. Marcio Filipo (*cos. suff.* 38 a. C.), ni otro Marcio, en este caso Censorino (*cos.* 8 a. C.), parecen haber dejado hijos varones. El último Marcelo consular fue cónsul el 22 a. C.

Apuleyos, recientemente ennoblecidos, se trunca con la muerte del joven hijo de Sex. Apuleyo (*cos.* 14 d. C.) y de Fabia Numantina.[18] El patricio P. Quintilio Varo había dejado un hijo, habido de Claudia Pulcra; éste fue víctima de un proceso en el reinado de Tiberio y no se vuelve a oír hablar de la familia después de eso.[19]

Los Fabios y los Valerios recobraron distinción y poder mediante la protección de César y de Augusto. De los Fabios, Pérsico, el ilustre amigo de Claudio, fue el último superviviente;[20] los Valerios terminaron con dos personajes representativos del sino de una clase, la esposa de Claudio, la hermosa y abandonada Valeria Mesalina, por cuyas venas corría la sangre de los Claudios, Domicios y Marcelos, y un cónsul empobrecido en el reinado de Nerón.[21] Tal fue el final de antiguas casas patricias que recordaban las primeras glorias de la República naciente.

Otros nombres, de reciente y ruidosa notoriedad en la última generación de la República Libre, Sila, Cinna, Craso y Pompeyo, destacaban aún en los primeros tiempos del Imperio, pero su línea directa no sobrevivió a la dinastía de los Julios y los Claudios, sus rivales e iguales socialmente. Era justo que todos ellos acabasen con el final de un período.

El nieto de Craso, el ambicioso procónsul de Macedonia, perpetuó a los Licinios, que se fundieron, por adopción, después de otra generación, con la familia de L. Calpurnio Pisón (*cos.* 15 a. C.). Pompeyo el Grande sólo tuvo descendientes por línea colateral o por la femenina, tales como Cn. Cornelio Cinna y los Escribonios, descendientes de la hija de Sex. Pompeya. Tampoco la casa de Sila se extinguió: un nieto oscuro en el Principado de Augusto trajo al mundo hijos que llegaron a cónsules.[22] Paradójicamente, todas estas familias escaparon, al principio, de la alianza con la familia reinante, sin proporcionar víctima alguna a los dramas domésticos del Principado de Augus-

18. *ILS* 935.

19. TÁCITO, *Ann.* 4, 66.

20. Paulo Fabio Pérsico, *cos*, 34 d. C., hijo del cónsul del 11 a. C. Pérsico fue el último cónsul; sobre un posible hijo, E. GROAG, P-W VI, 1835, acerca de Juvenal 3, 212 ss.

21. M. Valerio Mesala Corvino, *cos.* 58 d. C. (cf. JUVENAL, 1, 107 s.) fue el último Valerio consular. La genealogía de Mesalina en *PIR*[1], V. 89.

22. Genealogía de los descendientes de Sila, conjeturales por necesidad, en *PIR*[2] C, frente a p. 362. Cf. también Tabla V, al final.

to. Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que se vieran embrolladas, primero entre ellas mismas, como cuando un Pisón, adoptado por un Craso, casó con una Escribonia descendiente de Pompeyo, y después con los Julio-Claudios, en los varios lazos de adopción, noviazgos y bodas, con resultados paradójicos y fatales, arrastrando a otras familias en su ruina. Por ejemplo, los Furios, los Escribonios y los Arruncios. Un descendiente de Pompeyo Magno promovió una guerra civil contra Claudio.[23]

Los Cornelios Léntulos se hacían más y más pequeños; de seguir así acabarían por desaparecer, como observaba un gracioso de la República.[24] Sin embargo, esta familia sobrevivió a su alianza con Pompeyo Magno, heredó a los Escipiones, evitó emparentar con Augusto y mantuvo buenas relaciones con Tiberio, todo lo cual dio a su vida un respiro. Cuenta con siete cónsules en el Principado de Augusto. Tanto los Cornelios Léntulos como los Pisones apoyaron a Tiberio y le proporcionaron generales y consejeros políticos.[25] El relieve de los Léntulos, amenazado un momento por la caída de su aliado Sejano, fue hecho pedazos por la ruina de Léntulo Getúlico, que fue eliminado por presunta conspiración contra Calígula, y la familia no cuenta ya con más cónsules después de Nerón.[26] Los Calpurnios, sin embargo, ofrecen una lista continua de víctimas, fundidas y mezcladas con los descendientes de Pompeyo y Craso. Un hijo de L. Calpurnio Pisón casó con una Escribonia, descendiente femenina de Pompeyo;[27] de aquí una familia predestinada, como los Silanos, con cuatro hermanos que habían de perecer de muerte violenta, entre ellos aquel Pisón irreprochable y académico a quien Galba adoptó imprudentemente a compartir la púrpura durante cuatro días.[28] Uno de ellos dejó un hijo,

23. L. Arruncio Camilo Escriboniano, *cos.* 32 d. C. (*PIR*², A 1140). Sangre pompeyana atestiguada en *ILS* 976; cf. *PIR*², A 1147, y *supra*, p. 518.

24. QUINTILIANO, 6, 3, 67: «P. Oppius dixit de genere Lentulorum, cum assidue minores perentibus liberi essent, nascendo interiturum» (P. Opio dijo de la familia de los Léntulos, viendo cómo sistemáticamente los hijos salían más pequeños que los padres, que de seguir así, se extinguirían al nacer).

25. *Supra*, pp. 531 s. El árbol de los Léntulos en *PIR*², C, frente a p. 328,

26. Sobre Getúlico, *cos.* 26 d. C., hijo de Coso, cf. *PIR*², C 1390. La hija de Getúlico estuvo prometida al hijo de Sejano (TÁCITO, *Ann.* 6, 30), reforzando un lazo anterior entre sus familias (*ILS* 8996). Los últimos Léntulos consulares fueron L. Escipión y P. Escipión Asiático (56 y 68 d. C.).

27. M. Licinio Craso Frugi, *cos.* 27 d. C.

28. Genealogía en Tabla V, al final.

a saber, C. Calpurnio Craso Frugi Liciniano, cuyo nombre histórico, salvado por Domiciano, no pudo eludir alegaciones de conspiración contra Nerva y contra Trajano.[29] Fue merecidamente confinado, pero no ejecutado hasta principios del reinado de Adriano. Otra rama de los Pisones, sin embargo, duró aún más tiempo.[30]

Hasta aquí los *nobiles*. Los *novi homines* afortunados de la revolución y de la Nueva República no se vieron libres de la infertilidad o de la suerte infausta que aquejaron a la progenie de los consulares. Su nómina despliega los más vivos contrastes en sino y duración. Algunos fueron incapaces de perpetuar sus nombres y fundar las familias que sus espléndidas fortunas hubieran podido dotar con tanta generosidad. Los seguidores de César, Vatinio, Trebonio, Hircio y Pansa, no dejaron descendientes consulares, como tampoco Afranio y Gabinio, cónsules de Pompeyo. Cicerón había sido el gran *homo novus* de aquella era; la familia terminó con su hijo, el bebedor.

Los mariscales y almirantes del período triunviral apenas dejaron herederos de la dignidad que ellos habían adquirido. Los nombres de Ventidio y de Canidio pertenecen a la historia: ningún vástago de ellos pudo esperar recibir el consulado del líder cesariano. Pero a los mismos cesarianos no parece haberles ido mucho mejor. El fanfarrón Cornificio desaparece por completo. La oscuridad envuelve también los nombres poco familiares de Carrinas y Laronio. Con su desaparición, los *Fasti* resultan menos extraños y truculentos a la vista del público. En cambio, Tauro, el gran lucanio, su aliado y compañero Calvisio y C. Norbano Flaco fundaron familias nobles,[31] y los diplomáticos Planco y Polión, aferrados a la vida los dos, tuvieron cada uno por lo menos un hijo. Fueron, en cambio, hijas las herederas del gaditano Cornelio Balbo y de Sosio, el almirante de Antonio.[32] M. Ticio no tuvo progenie conocida de su enlace con los Fabios patricios; y

29. *PIR*², C 259.

30. C. Calpurnio Pisón, *cos.* 111 d. C. (*PIR*², C 285), y cónsules sesenta años más tarde (*PIR*², C 295 y 317).

31. Sobre los descendientes de Tauro, con cónsules bajo Claudio, P-W III A, 2198. La línea de Calvisio, continuada por un hijo (*cos.* 4 a. C.), terminó con su nieto (*cos.* 26 d. C.), legado de Panonia y acusado de alta traición el 39 d. C. Presumiblemente aliado de Getúlico, cf. *PIR*², C 354; su mujer era una Cornelia (DIÓN, 59, 18, 4).

32. La hija de Balbo casó con C. Norbano Flaco, *cos.* 25 a. C. (*PIR*², C 354, 1474); la hija de Sosio casó con Sex. Nonio Quintiliano, *cos.* 8 d. C. (*ILS* 934).

otros *novi homines* desaparecen por completo o prolongan su familia sólo por espacio de una generación.[33]

Tampoco las familias nuevas, ennoblecidas por sus leales servicios en los años de paz y Principado, son siempre ricas en descendencia. El único hijo de L. Tario Rufo fue desterrado después de un intento de asesinar a su torvo padre[34] Lolio, también, sólo tuvo un hijo. El samnita M. Papio Mútilo y los dos Vibios, de Larino, son el primero y el último cónsules de sus familias. Papio y su colega de consulado, el picentino Q. Popeo Secundo, fueron solteros. El otro Popeo, militar, dejó una hija.[35] Quirinio, en cambio, no consiguió tener hijos, después de dos matrimonios con hijas de familias patricias, una Claudia y una Emilia.[36]

Algunos de los *novi homines* triunvirales o augustos más célebres parecían haber situado a sus familias con bastante seguridad. Pero la fortuna rara vez acompañó a sus descendientes. Las familias de dos adeptos de Pompeyo, L. Escribonio Libón y L. Arruncio, adquirieron un parentesco fatal con los Pompeyos.[37] La asociación con la dinastía reinante no era menos peligrosa. Como los *nobiles*, las nuevas familias consulares, como correspondía a la composición dual de la oligarquía gobernante, se vieron envueltas en la historia familiar, escándalos de corte y asesinatos judiciales de la estirpe Julio-Claudia. Calígula se sonrojaba de vergüenza de su abuelo paterno, el plebeyo Agripa. Una de las esposas de Calígula, y también candidata a la mano de Claudio cuando la espada quitó de en medio a Valeria Mesalina, fue la hermosa y acaudalada Lolia Paulina, nieta y heredera de M. Lolio.[38] También murió de muerte violenta. El nieto de M. Vinicio casó con una princesa, Julia Livila, hija de Germánico, y murió víctima de las intrigas de Mesalina.[39] La segunda y tercera esposas de Nerón llevaron los nom-

33. Por ejemplo, no se conoce descendencia de T. Peduceo (*cos. suff.* 35 a. C.) o de L. Autronio Peto y L. Flavio (cónsules sufectos en 33 a. C.). P. Alfeno Varo (*cos. suff.* 39 a. C.), L. Caninio Galo (*cos.* 37 a. C.) y M. Herennio (*cos.* 34 a. C.) tuvieron un hijo consular cada uno, pero no más descendientes.

34. SÉNECA, *De clem.* 1, 15.

35. Casó con el oscuro T. Olio (TÁCITO, *Ann.* 13, 45), de una familia del Piceno, cf. *CIL* 1, 2, 1919 (Cupra Maritima). Su hija fue la esposa de Nerón.

36. *Supra*, p. 463.

37. *Supra*, pp. 322, 610.

38. Lolia Paulina, arrebatada por Calígula a P. Memio Régulo (*Ann.* 12, 22) y abandonada pronto, dispuesta a casarse con Claudio, *Ann.* 12, 1. Sufrió exilio y muerte, *Ann.* 12, 22.

39. M. Vinicio, *cos.* 30, *cos.* II 45, cf. TÁCITO, *Ann.* 6, 15; DIÓN, 60, 27, 4.

bres, ahora históricos, pero de ningún modo antiguos, de Popea Sabina y Estatilia Mesalina. Con el fin de la dinastía Julio-Claudia, la nobleza augusta, lo mismo que la republicana, parecía haber terminado sus días.

Al período siguiente, sin embargo, no le faltaron del todo los portadores de nombres consulares augustos para adornar los *Fasti*, su principal empleo. Para todo lo demás eran considerados un peligro, aunque a menudo sólo una molestia, tan grande era el tributo que el conservadurismo y el esnobismo romanos pagaban a la posesión de antepasados. Como acabamos de ver, los mariscales de Augusto, la flor de Italia, no respondieron a la política nacional de éste con la cría de una numerosa prole. Algunos troncos de la nueva nobleza, sin embargo, fueron lo bastante prudentes y tenaces para mantener cónsules durante varias generaciones. Calvisio y Norbano, hasta la tercera; Tauro, hasta la cuarta. Menos espectacular, la familia de L. Antistio Vetus (*cos. suff.* 30 a. C.) duró más.[40] El etrusco A. Cecina fue prolífico.[41] P. Silio Nerva tuvo tres hijos, todos consulares.[42] Pero sus tres nietos, dos cónsules y un cónsul designado, no sobrevivieron a los Julio-Claudios; uno de ellos murió con Mesalina, su amante imperial.[43] Los últimos consulares, con los nombres de Estatilio Tauro, Sentio Saturnino y Vinicio, corresponden al reinado de Claudio. A Polión sólo le sobrevivió un hijo, Galo, que tuvo un fin miserable. Pero Galo proporcionó seis hijos a los Asinios, tres de los cuales por lo menos alcanzaron el rango consular.[44] En época flavia, dos cónsules recordaban los méritos de L. Volusio Saturnino (*cos.* 12 a. C.), de una antigua y respetable familia que hasta él no había ascendido por encima de la pretura.[45]

Aún bajo Trajano y Adriano había reliquias venerables de la aristocracia, raras y asombrosas desde la desaparición de sus iguales. La familia de M. Plautio Silvano, de Tívoli, había emparentado de algún modo, por matrimonio o adopción, con un nuevo tronco consular de

40. Hasta el cónsul del 96 d. C. en línea directa.
41. Su mujer había traído al mundo seis hijos, TÁCITO, *Ann.* 3, 33.
42. Genealogía, *PIR*[1], S 512,
43. *Ann.* 11, 26 ss.
44. *PIR*[2], A 1229; un descendiente directo fue cónsul en tiempos de Trajano, M. Asinio Marcelo, *cos.* 104.
45. Los cónsules del 87 y del 92. Genealogía en *PIR*[1], V 666.

época de Augusto, los Elios Lamias.[46] El último Lamia fue cónsul en el 116, época en la que el nombre representaba a la sangre más azul.[47] Los descendientes de otro *novus homo*, L. Nonio Asprenas (*cos. suff.* 36 a. C.) duró otro tanto, y perpetuó la sangre de L. Calpurnio Pisón en la persona de L. Nonio Calpurnio Torcuato Asprenas, cónsul dos veces, con Domiciano y con Adriano.[48]

Por prudencia y por éxito podría parecer que todo sería superado por los Coceyos, seguidores de Antonio, ennoblecidos en época del Triunvirato. Aunque no alcanzaron el consulado con Augusto, fueron favorecidos por emperadores posteriores, hasta llegar a Domiciano inclusive. Cuando Domiciano fue asesinado, el anciano y pacífico M. Coceyo Nerva fue elevado a la púrpura. No tenía hijos, una de las razones, sin duda, para la elección. Había otras: en esta época pocos descendientes directos podían haber existido incluso del período triunviral.[49]

Hasta Nerva parece un anacronismo. Le sucedió un hombre de España, M. Ulpio Trajano, hijo de un consular y, por tanto, persona de distinción social, así como militar. Con Trajano sube al poder un partido español y narbonense. Nuevos hombres habían estado empujando hacia delante, capaces, ricos o hábiles para insinuarse, fieles al gobierno de cualquiera que fuese el Princeps. El hijo del consular Pasieno, adoptado por Salustio, secretario de Estado de Augusto, se convirtió en un gran cortesano, artista en la adulación y marido de princesas.[50]

46. Ti. Plautio Silvano Eliano (*ILS* 986) es probablemente un Elio Lamia de nacimiento, de cuya casa no se conocen descendientes directos después del cónsul del 3 d. C.

47. JUVENAL (4, 54) habla de Domiciano como «Lamiarum caede madenti» (bañado en la sangre de los Lamias).

48. P-W XVII, 877 s.; el árbol en *ibid.*, 870. De todas las casas nobles, sin embargo, los Acilios Glabriones, no de gran trascendencia política a comienzos del Principado, fueron los de más larga pervivencia, *PIR*^{2}, A 62 ss., con cónsules por línea directa en 210 d. C. y 256 d. C.

49. Cf. la magistral rebusca de GROAG de sus relaciones familiares, *Jahreshefte* XXI-XXII (1924), Beiblatt 425 ss. Si Groag está en lo cierto, el tío materno de Nerva casó con Rubelia Basa, hija de aquel Rubelio Blando que fue marido de Julia, la nieta de Tiberio. El vínculo con los Julio-Claudios seguramente es demasiado tenue para haber importado mucho.

50. *PIR*^{1}, P 109. Sobre el nombre completo, C. Salustio Crispo Pasieno, cf. *L'ann. ép.*, 1924, 72. Estuvo casado, primero, con la tía de Nerón, Domicia; después, con Agripina, madre de Nerón. Sobre ejemplos de su adulación cf. los escolios a Juvenal 4, 81.

Aquél fue el final de una familia sabina. Pasieno no pudo competir con L. Vitelio, tres veces cónsul. Vitelio era hijo de un caballero, *procurator* de Augusto. Cuando murió, después de una brillante carrera de servicios —sus enemigos la llamaban «sórdida adulación»—, con la confianza de Tiberio, de Calígula y de Claudio, le fue levantada una estatua en el Foro Romano, portadora de una inscripción que recordaba su lealtad a toda prueba: «pietatis inmobilis erga principem» (de inconmovible lealtad hacia el Princeps).[51] Pudiera haber sido erigida bajo cualquier reinado. Hombres así merecían triunfar. Vitelio fue el político más acomodaticio desde Planco.[52] Uno de sus hijos casó con Junia Calvina, de la sangre de Augusto;[53] el otro disfrutó de una breve investidura del Principado que Augusto había fundado.

La ambición, el afán de lujo y los placeres, o, más sencillamente, una incapacidad de adoptar las virtudes humildes, y los procedimientos vergonzosos que proporcionaban el éxito en una sociedad nueva y completamente plutocrática, reducían sin cesar las fortunas de los *nobiles*. Propietarios, frugales y astutos, de las partes nuevas de Italia y de las regiones civilizadas de Occidente prosperaban en su lugar. Cuando Claudio propuso admitir en el senado a ciertos jefes de los pueblos de la Galia Comata, se levantaron airadas protestas en su consejo privado: aquellos dinastas ricos y poderosos iban a hundir a los descendientes de las casas nobles y a los senadores empobrecidos del Lacio.[54] El daño ya estaba hecho. Los millonarios Balbo y Séneca eran los verdaderos enemigos. Era justo que España y la Narbonense hubiesen proporcionado los primeros emperadores provincianos, de familia italiana, indígena o mixta, descendientes o iguales de magnates coloniales o de dinastas indígenas, que habían recibido la ciudadanía de procónsules del último siglo de la República, y de César Dictador incluso la admisión en el senado romano.

Para explicar la caída de la República romana, los historiadores recurren a una variedad de fuerzas o de movimientos convergentes,

51. SUETONIO, *Vitelio*, 3, 1.

52. SÉNECA, *Nat. Quaest. praef.* 5: «Plancus, artifex ante Vitellium maximus». Pasieno está mencionado en el apartado siguiente.

53. L. Vitelio, casado con Calvina, TÁCITO, *Ann.* 12, 4.

54. TÁCITO, *Ann.* 11, 23: «quem ultra honorem residuis nobilium aut si quis pauper e Latio senator foret? oppleturos omnia divites illos» (¿Qué honor le quedaría para los nobles aún vivos o para algún senador del Lacio, si se encontraba? Aquellos ricos ocuparían todas las plazas).

políticos, sociales y económicos, donde la Antigüedad tendía a ver únicamente la ambición y la actuación de individuos. En todo caso habría que incluir aquí a Balbo. El banquero ático conocía al dedillo la historia contemporánea: Balbo había tenido una participación en ella: desde el pacto del 60 entre los dinastas, pasando por las guerras civiles y la Dictadura, hasta el gobierno de los triunviros. El hombre de Cádiz, cónsul en el 40 a. C., es un presagio ciertamente, pero un presagio del poder futuro de los españoles y de los narbonenses. En tiempos de Calígula, la Narbonense proporciona dos cónsules, un Valerio, de Vianna (Vienne), y un Domicio, de Nemausus (Nîmes), descendientes de familias indígenas, con la ciudadanía desde hacía tiempo.[55] Pasan unos años y el cordobés Séneca y el vasiense Sex. Afranio Burro, prefecto del pretorio, gobiernan juntos el mundo de Nerón, dispensando protección y promoción a sus amigos y paisanos.[56] Agrícola, uno de los *principes viri* de la era flavia, y M. Ulpio Trajano, hijo de otro, eran patricios por añadidura. Trajano fue el primer emperador provinciano, español, casado con una mujer de Nemausus.[57] Le sucedió Adriano, su pariente más próximo; después, Antonino Pío, narbonense de origen, de Nemausus. Aunque Antonino Pío no hubiese llegado a emperador, hubiese sido, de todos modos, uno de los ciudadanos más ricos del mundo.

La hostilidad hacia los *nobiles* estaba enraizada en el Principado desde sus orígenes militares y revolucionarios. En el primer decenio de su gobierno constitucional, Augusto no emplea a un solo *nobilis* entre los legados que mandaron los ejércitos de su *provincia,* y sólo a tres hombres de rango consular. Cuando su posición se hace más fuerte, y se forma un gobierno de coalición, basado en gran parte en lazos familiares, *nobiles* como Ahenobarbo, Pisón y Paulo Fabio Máximo

55. D. Valerio Asiático, cónsul bajo Calígula, *cos.* II en el 46, y Cn. Domicio Afer, *cos. suff.* en 39.

56. El origen de Burro lo acredita *ILS* 1321. No es casualidad que los gobernadores de Germania Inferior, a comienzos del Principado de Nerón, fuesen Pompeyo Paulino y L. Duvio Avito, uno tras otro (*Ann.* 13, 53 s.). El primero era cuñado de Séneca, de Arelate (Arles), PLINIO, *NH* 33, 143; el otro procedía de Vasio (*CIL* XII, 1354).

57. Que Pompeya Plotina procediese de Nemausus lo hace probable, pero no lo demuestra, *SHAHadr.* 12, 2. Una ligera confirmación, no advertida hasta ahora, es una mujer de Nemausus, Pompeya Marulina, hermana, esposa o madre de un militar eminente de la época cuyo nombre falta (*CIL* XII, 3169).

gobiernan las provincias militares. Es cierto; pero subsiste una desconfianza razonada que se confirma bajo sus sucesores en ciertos incidentes inquietantes, y desemboca en la exclusión completa de los *nobiles*, fin retrasado, pero lógico, de la revolución y del Imperio.

La nobleza de nacimiento todavía daba derecho al consulado y, después de un largo intervalo de años, al proconsulado de Asia o de África. Para todo lo demás era peligrosa. Aun cuando el *nobilis* se olvidase de sus antepasados y de su nombre, el Emperador no podía olvidar. No pasó mucho tiempo sin que los *nobiles* desapareciesen de los altos mandos militares. Ocho legiones en el Rin, reunidas en dos ejércitos, son en sí mismas una gran parte de la historia del primer siglo del Imperio, las hacedoras de los emperadores. El período de los monarcas Julio-Claudios presenció el descenso continuo, y a veces brusco, de la distinción social de los jefes de las legiones del Rin. Con Calígula, después de Léntulo Getúlico, que conspiró en unión de M. Emilio Lépido y fue eliminado, vino otro *nobilis*, Ser. Sulpicio Galba.[58] Pasan unos años, y entre los jefes del ejército de Claudio y de Nerón se pueden encontrar a Curcio Rufo, a quien algunos declaraban hijo de un gladiador: a Duvio Avito, de Vasio; a Pompeyo Paulino, de Arelate, narbonenses los dos, y a L. Verginio Rufo, de Mediolanum (Milán), como ellos hijo de un caballero romano.[59] De no haber sido por aquel defecto de su nacimiento, Verginio Rufo podría haber llegado a emperador.[60] Nerón y sus consejeros habían hecho una elección prudente. También creyeron que podían confiar con seguridad una provincia militar, Hispania Citerior (Tarraconensis), a un descendiente de la nobleza republicana y leal servidor del gobierno, Ser. Sulpicio Galba. Debieran haber tenido razón, pues Galba era solamente una fachada de hombre, que de ningún modo respondía a su nombre ni a su reputación.[61] Pero la predicción, hecha tiempo atrás, resultó cierta: el miedo, la locura o la ambición empujaron a Galba al Imperio y a la ruina.

58. SUETONIO, *Galba* 6, 2.

59. Sobre Paulino y Avito, *supra*, pp. 614 s.; para Curcio Rufo, *Ann.* 11, 21. El origen de Verginio Rufo resulta casi seguro, combinando el testimonio de PLINIO, *Epp.* 2, 1, 8 con la inscr. *ILS* 982; cf. *MI*, V 284.

60. TÁCITO, *Hist.* 1, 52: «merito dubitasse Verginium equestri familia. ignoto patre» (Verginio, de familia ecuestre, pero de padre desconocido, había dudado con razón).

61. *Ibid.*, 149 (definitivo y condenatorio).

La lección no cayó en saco roto. Nerón era descendiente de Ahenobarbo, de Antonio, de Augusto. La nobleza de Vespasiano era creación propia. Los Flavios tenían motivos para ser suspicaces. Aunque la tiranía asesina de los Julio-Claudios había casi exterminado a la nobleza republicana y augusta, hay todavía en los *Fasti* tres *nobiles* republicanos y unos siete u ocho hombres descendientes de cónsules triunvirales o augustos; sólo uno de esta clase manda un ejército, y pequeño además. Era Ti. Plaucio Silvano Eliano, viejo, y amigo personal de Vespasiano.[62] A partir de entonces una nueva nobleza, hijos y nietos de caballeros romanos en su mayor parte, gobierna las grandes provincias militares del Imperio.

Aunque con demasiada frecuencia arrogante, egoísta y licenciosa, la clase gobernante de la República era fértil en talentos de los géneros más diversos. Es demasiado simplista la explicación de la decadencia de los *nobiles* en el Imperio como una falta de capacidad; y gran parte del testimonio hostil que se podría aducir no es más que la continuación del contraste esquemático que los virtuosos y trepadores *novi homines* de los días de la República acostumbraban a trazar entre su propia *industria* y la *inertia* de los nobles. Las causas verdaderas son más profundas; está demostrado que son políticas y económicas. Fue la conciencia aguda de su inseguridad personal y su impotencia política lo que deprimió y minó la moral de la aristocracia. No les dejaban ahora campo para la acción, ni siquiera para los alardes de magnificencia. La insistencia en la *dignitas* y en la *magnitudo animi* era ahora un anacronismo peligroso. Murena hubiera escapado a su perdición si se hubiera conformado con una *aurea mediocritas*.[63] El único y último refugio de la virtud romana y de la independencia de carácter aristocrática era morir como un señor. Si quería sobrevivir, el portador de un gran nombre tenía que rodearse de un velo de cautela o de frivolidad y practicar con ostentación la sobria virtud de la *quies* o quietismo político, herencia de una clase de la sociedad más baja y comercial, los caballeros romanos. Podía tener que rebajarse aún más, hacer las paces, mediante el servilismo o la adulación, con las fuerzas reales de la política, los caballeros y los libertos, cortesanos masculi-

62. *ILS* 986. La significación precisa de *nobilis* en el Imperio es difícil de definir. E. Stein [*Hermes*, LII (1917), 564 ss.] sostiene que se aplica a familias consulares antes del 14 d. C., año en que se suprimió la elección por el pueblo. La definición de W. Otto [*ibid.*, LI (1916), 73 ss.] es probablemente demasiado amplia.

63. Horacio, *Odas*, 2, 10, 5.

nos y femeninos. La *quies* conservó la casa de los Coceyos durante muchas generaciones;[64] pero no pudo en última instancia defender al nieto de Vinicio, el mariscal de Augusto, del resentimiento de Valeria Mesalina.[65]

Los *nobiles* fueron expulsados del poder, despojados de sus propiedades y diezmados sistemáticamente en sus filas por una proscripción continua. Como en tiempos de la República, el camino normal para un hombre ambicioso de alcanzar la distinción y el progreso era una acusación brillante ante los tribunales. Durante el Imperio los procesos judiciales eran menos políticos, la justicia estaba menos sujeta a interpretaciones partidistas. Al mismo tiempo, surgió, por otra parte, un nuevo azote, que al menos para la aristocracia contrarrestaba otros beneficios. El senado se convirtió en Tribunal Supremo y el Princeps vio incrementada su jurisdicción; la alta traición se convirtió en un delito muy flexible y amplio. Tanto en el senado como en otras salas de justicia, el fiscal tendía a acusar de *maiestas* como cargo principal o secundario, y el jurado se asustaba de absolver. En ese ambiente surgió la temida tribu de los fiscales y los delatores. La posición de Augusto era tan fuerte que el morbo no encontró caldo de cultivo. Pero Tiberio se sentía inseguro. Los *nobiles* sufrían por sus propias ambiciones y rencillas. Era una tentación acosar al soberano que se resistía a serlo; y había viejas cuentas pendientes. Además, la lucha oculta por el poder y la distinción continuaba como antes, agravada por las ambiciones rivales del partido de Sejano y de la familia de Germánico. Los *nobiles* estaban en peligro en todos los momentos, especialmente, en última instancia, por los temores de Tiberio y por su resistencia a interferir en la marcha de la justicia, en los procedimientos de un senado cuya independencia no era más que teórica.

Los *nobiles* podrían disfrutar de una breve venganza cuando el escándalo y el crimen desgarraban a la casa reinante, o cuando un poderoso aspirante al mando —Galo, Lolio o Sejano— experimentaba una estrepitosa caída. Pero rara vez salían incólumes de tales espectáculos. El presente era sombrío; el futuro, sin perspectivas consoladoras. Las fuerzas de la revolución, aunque contenidas en cauces definidos y

64. MARCIAL (5, 28, 4; 8, 70, 1) elogia la *quies* de Nerva, que éste cita como suya en un edicto (PLINIO, *Epp.* 10, 58).

65. DIÓN, 60, 27, 4: τὴν δὲ δὴ ἡσυχίαν ἄγων καὶ ἃ ἑαυτοῦ πράττων ἐσώζετο (Trató de salvarse llevando una vida tranquila y ocupándose de sus propios asuntos).

adaptadas a un ritmo más lento, seguían avanzando, pese a todo, inexorablemente. El poder de los *nobiles* estaba pasando a los *novi homines*, a los caballeros, al ejército y a las provincias.

Después de los *novi homines* etruscos, samnitas y picentinos, España y la Narbonense abren la nómina de cónsules provincianos. Anuncian la invasión del gobierno romano por parte del Imperio, asumen el poder supremo, pero no lo retienen mucho tiempo. África y los países orientales están empujando rápidamente por detrás, hasta casi sobreponerse a Italia y a las provincias occidentales en el senado cosmopolita de los Antoninos.[66] Los *Fasti* consulares ofrecen la prueba más patente de la penetración de elementos extranjeros; pero señalan la culminación más que los orígenes del proceso, que corresponden a generaciones anteriores, cuando los provincianos ya eran oficiales ecuestres y agentes políticos o financieros del gobierno, no sólo con Augusto, sino incluso con Pompeyo y César. Una vez más, Balbo y Teófanes. El emperador Claudio, enemigo tan franco y despiadado de los *nobiles* como cualquiera de sus antepasados o cualquiera de los gobernantes de Roma, introdujo en el senado a sus clientes, los jefes tribales de la Galia Comata. Esta medida, sin embargo, fue prematura y provocativa, pasajera en sus efectos. Menos evidente, menos proclamada y menos discutida es la medida de Claudio de utilizar a griegos como *procuratores*, de conceder a los griegos graduaciones en la *militia equestris*.[67]

El movimiento únicamente podía ser acelerado por «malos emperadores» o magistrales servidores del gobierno. No podía ser detenido. La derrota de los *nobiles* era espiritual, así como política. No era sólo que el Principado acaparase su poder y su riqueza; peor aún, les robaba sus santos y sus consignas. El despotismo, entronizado en Roma, estaba revestido de las ropas arrancadas al cadáver de la República. *Libertas*, como queda suficientemente demostrado, puede hacerla suya cualquier partido o cualquier gobierno; pronto siguió el mismo camino que *Pax y* se convirtió en *Libertas Augusta*. No mere-

66. Obsérvense los resultados a que llega P. LAMBRECHTS, *La composition du sénat romain de l'accession au trône d'Hadrien à la mort de Commode* (1936), 183 ss.

67. Obsérvese, en la *mailitia equestris*: C. Estertinio Jenofonte (*SIG*[3] 804 s.), de Cos, el efesio (?) Ti. Claudio Balbilo (*L'ann. ép.*, 1924, 78), el espartano C. Julio Lacón (*ibid.*, 1927, 1), y Ti. Claudio Dinipo (*ibid.*, 1917-18, 1 s., Corinto). Este Balbilo es probablemente la persona que era prefecto de Egipto en el 55 (cf. A. STEIN, *PIR*[2], C 813).

cía la pena resucitar a Pompeyo Magno, y los republicanos nunca consideraron a Cicerón como un mártir de la causa de la *libertas*. De los auténticos campeones de aquel ideal, Bruto y Casio, que habían luchado en Filipos contra el heredero de César, no podían ser invocados en apoyo de su Principado sin escándalo e inconvenientes. Catón estaba perdido ya de vista cuando Octaviano empuñó las armas contra el Estado. Pero Catón era adorado como mártir de la libertad. Augusto concibió una idea genial para reprimir el culto, sugerida quizá por la feliz respuesta que él mismo dio a su amigo Seyo Estrabón cuando éste le preguntó qué opinaba de Catón.[68] Augusto compuso un opúsculo sobre el tema que tenía costumbre de pronunciar como conferencia.[69] El argumento y la moraleja se pueden conjeturar fácilmente: Catón, a favor siempre de un gobierno ordenado, hubiera sido un partidario entusiasta de la Nueva República. La mejor causa, por la que Catón luchó, había triunfado después de su muerte, cuando el pueblo romano fue salvado del despotismo y devuelto a la *libertas*.

El pueblo romano lamentaba la pérdida de poder y de esplendor de las familias antiguas, cuyos nombres representaban la historia de la República romana. Eso no era lo peor. La política tenía que ser sacrificada en aras del común de los ciudadanos. Pero cuando la independencia de espíritu y de lenguaje pereció también, cuando el servilismo y la adulación ocuparon el sitio de *libertas* y *virtus*, aquello era difícil de soportar para un patriota y hombre honrado. No es tanto el rigor del despotismo como la servidumbre y degeneración de los *nobiles* lo que mueve a Tácito a la más sublime indignación. Tiberio, republicano y pompeyano en sus simpatías, representante él mismo de la oposición al despotismo e instrumento del cambio en contra de su voluntad, sentía repugnancia cuando otros hombres de su propia clase abandonaban su tradición romana y se comportaban como cortesanos y aduladores de un monarca oriental. La historia ha conservado un comentario característico de este misántropo republicano.[70]

Las edades posteriores volvían la vista con tristeza a la libertad de que se había disfrutado en el tolerante Principado de Augusto.[71] El

68. MACROBIO, 2, 4, 18 (*supra*, p. 392).

69. SUETONIO, *Divus Aug.* 85, 1.

70. TÁCITO, *Ann.* 3, 65: «o homines ad servitutem paratos» (¡Ay, hombres dispuestos a la esclavitud!).

71. SÉNECA, *De clem.* 1, 1, 6: «nemo iam divum Augustum nec Tiberi Caesaris prima tempora loquitur» (Nadie habla ya de divo Augusto ni de los primeros tiempos de Tiberio César).

descontento de sus propias épocas los empujaba a idealizar el pasado. Con Augusto se había alzado ya el escenario de la lúgubre tragedia de los Julio-Claudios; la acción ya había comenzado. Como Salustio y Polión, el senador Tácito, que admiraba la virtud republicana, pero creía en el gobierno del orden, escribió la historia de las guerras civiles que su propia generación había presenciado. No se hacía ilusiones sobre los combatientes ni sobre los vencedores en la contienda: «solum id scires, deteriorem fore qui vicisset».[72] En su ancianidad, Tácito volvió a la historia otra vez y compuso los *Anales* del Imperio, desde la subida al trono de Tiberio hasta el final de Nerón. El período y el tema podrían describirse también con el título «Decadencia y caída de la aristocracia romana».

Lucano, que narró historia reciente y auténtica en verso épico, ocupación típica y tradicional en Roma, procedía de Córdoba. Su *Pharsalia* cantaba la perdición de la *libertas* republicana. Tácito, sucesor suyo en cierto sentido, no era tampoco un aristócrata romano, sino un hombre nuevo, es de presumir que de extracción provinciana, como su suegro y como los mejores romanos de su tiempo. Conquistado y esclavizado por las tradiciones de la clase gobernante romana y de la historiografía romana, Tácito abandonó el Imperio y las provincias y volvió a lo que algunos han considerado como un tema estrecho y desgastado.

En su estilo, su temática y su tratamiento de ésta, los historiadores romanos se aferraron tenazmente al recuerdo de los primeros comienzos de su arte, la relación de consulados y triunfos, los *elogia* de las familias nobles. El primer historiador nativo de relieve, Catón el Censor, protestó contra esta costumbre, omitiendo los nombres de los generales para celebrar en su lugar las «gesta populi Romani»,[73] y Catón escribió de Italia tanto como de Roma.[74] Pero Catón nada pudo contra la tradición romana. El banquero ático fue más típico, aunque un poco estrecho, en su concepción de la historia real: estudió las genealogías de familias nobles y compiló las carreras públicas de hombres ilustres.[75] El tema de la historia si-

72. *Hist.* 1, 50.

73. Nepote, *Vita Catonis* 3, 3; Plinio, *NH* 8, 11.

74. Dión, Hal. 1, 11, 1; Frontón, p. 203 N.

75. Nepote. *Vita Atici* 18, 4: «quibus libris nihil potest esse dulcius iis qui aliquam cupiditatem habent notitiae clarorum virorum». El método de estos estudios prosopográficos era mostrar «quis a quo ortus, quos honores quibusque temporibus cepisset» (de dónde procedía cada uno, qué honores y en qué fechas los había obtenido). Ático trataba de los Junios Brutos, los Marcelos, los Escipiones, los Fabios y los Emilios.

gue siendo, como antes, «clarorum virorum facta moresque» (los hechos y costumbres de los hombres ilustres).[76] Ahí radicaba la tragedia: el Imperio no daba margen para el despliegue de la virtud cívica, ni en la patria ni fuera de ella, pues trataba de acabar con la guerra y con la política. Ya no podía haber grandes hombres; la aristocracia era degradada y perseguida. El relato de su ruina podría ser aleccionador; no era una tarea para hacer feliz a un historiador. El autor de los *Anales* tenía derecho a estar desesperado de su obra: «Nobis in arto et inglorius labor».[77]

76. TÁCITO, *Agr.* 1, 1.
77. *Ann.* 4, 32 (nuestra labor es estrecha y sin gloria).

Capítulo XXXIII

PAX ET PRINCEPS

Cuando un partido ha triunfado mediante la violencia, y asumido el mando del Estado, sería una verdadera locura considerar al nuevo gobierno como una reunión de personajes amables y virtuosos. La revolución exige y produce cualidades más severas. Acerca de las personas principales del gobierno del Nuevo Estado, a saber, el Princeps mismo y sus aliados, Agripa, Mecenas y Livia, la historia y el escándalo han conservado testimonios suficientes para desenmascarar las realidades de su gobierno. La aureola de su espléndida fortuna puede deslumbrar, pero no puede cegar al ojo crítico. De otro modo, no puede haber historia de esta época, historia digna de tal nombre, sino únicamente adulación y una justificación pragmática del triunfo.

Sólo un hombre de todos los que la revolución había llevado al poder merecía el respeto público, y ése era Agripa, a juicio de algunos.[1] Las fuentes de información ingenuas o mal intencionadas presentan a las figuras más eminentes del gobierno nacional como una camarilla siniestra, dignos herederos de los terribles mariscales de los triunviros: Balbo, el orgulloso y cruel millonario; el traidor y desagradecido Ticio, el brutal y codicioso Tario; el antipático Quirinio, amargo, duro y odiado en su vejez, y Lolio, el intrigante rapaz. Nada

1. SÉNECA, *Epp.* 94, 46: «M. Agripa, vir ingentis animi, qui solus ex iis, quos civilia bella claros potentesque fecerunt, felix in publicum fuit» (M. Agripa, hombre de gran valía, único entre aquellos a quienes las guerras civiles hicieron célebres y poderosos, cuya felicidad fue beneficiosa para todo el mundo).

se sabe para descrédito de T. Estatilio Tauro, C. Sentio Saturnino, M. Vinicio y P. Silio.[2] Tal vez más por buena suerte que por sus méritos, sus caracteres resulten descoloridos e inocuos. Sus descendientes gozaron de poder y de fama; sus enemigos guardaron silencio, y el nieto de Vinicio fue protector de un fiel y diligente historiador. Por otra parte, Lolio fue un chivo expiatorio político, mientras que Quirinio, Ticio y Tario no dejaron hijos consulares como objetos de miedo o de adulación.

Es evidente que un prejuicio romano tradicional, agudizado durante la dominación del partido cesariano e impedido de atacar al jefe del gobierno, ha estado actuando aquí, interesado en acentuar o inventar un origen oscuro, un carácter repugnante y unas acciones malvadas contra los *novi homines* más relevantes de la oligarquía. Lo mismo que entre los bribones de baja extracción y carentes de principios de la era precedente, se encontraban en este grupo hombres excelentes, hijos de la vieja aristocracia italiana, cuyas virtudes particulares no bastaban para contrarrestar el pecado capital de estar en el «bando equivocado» de la política y de hacer ganancias a costa de los mejores que ellos. La diversión de calumniar al nuevo rico pudo tener su origen entre la aristocracia, pero fue adoptada con entusiasmo por el afán esnobista de otras clases sociales. Son precisamente los hijos de los caballeros romanos los que nos han transmitido los retratos más típicos y malintencionados de *novi homines*.

Los *nobiles* estaban relativamente inmunizados. De no ser por eso, los aristócratas seguidores de Augusto hubiesen iluminado la historia con una constelación de tipos no menos vivaces y detestables. El *novus homo*, ávido y emprendedor, se quitaba la máscara en la carrera por la riqueza y el poder. El *nobilis*, menos ostentoso, podía no ser mejor. Después de una revolución social, la primacía de los *nobiles* era un fraude tanto como un anacronismo: tenía que basarse en el apoyo y en la ayuda económica de un jefe militar, el enemigo de su clase, adquiridos a cambio de la cesión de su poder y de su ambición. El orgullo y los prejuicios de linaje reaparecieron como máscaras del servilismo o de la frivolidad. Los nobles, salidos con vida de la extinción que los había amenazado en la era revolucionaria, no aprendieron de la adversidad otra lección que la creencia en que la pobreza era el más terrible de los males. De ahí la avaricia y la rapacidad para rehacer sus fortunas

2. Un breve panegírico de Saturnino, en VELEYO, 2, 105, 1.

maltrechas y la esperanza de que el Princeps proveyese: Roma tenía con ellos una deuda por sus antepasados. El Principado la satisfizo, con el pretexto de los servicios públicos y de la distinción en la oratoria o en la ley, pero cada vez más por la sola razón del nacimiento.[3]

La oligarquía silana hizo las paces con la monarquía. A fines del reinado de Augusto, sin embargo, era poco lo que quedaba del partido catoniano, o de las cuatro casas nobles que habían apoyado a Pompeyo. Los Léntulos patricios eran numerosos, pero con pocos individuos de talento entre ellos. El hecho de que L. Domicio Ahenobarbo fuese abuelo del emperador Nerón ha sido suficiente para salvarlo del olvido o del panegírico. Era sanguinario, autoritario y pródigo en exceso.[4] Augusto mismo hubo de intervenir prohibiendo uno de sus espectáculos gladiatorios. Este Ahenobarbo dejó un hijo, detestable por todos los conceptos.[5]

Augusto hizo del patriciado un caso especial. El último renacimiento de la más vieja nobleza de Roma revelaba la falsedad interna en el carácter de los *principes viri*, estúpidamente orgullosos o de una brillantez depravada. Los Emilios eran frágiles y traicioneros. De los Sulpicios, Ser. Galba y su padre, feo y jorobado, carecían de verdadero talento; debían su progreso al esnobismo y al favor de mujeres.[6] P. Quintilio Varo, flojo, rapaz e incompetente, lleva con esos epítetos la culpa de tres legiones perdidas, no del todo por culpa suya.[7] Los patricios más eminentes eran los Fabios y los Valerios. Los Valerios aportaron un procónsul escandaloso y sanguinario.[8] Y si se supiera más de la personalidad del íntimo de Augusto, el cumplido Paulo Fa-

3. SÉNECA, *De ben*, 4, 30, 1 ss. (*supra*, p. 458).

4. SUETONIO, *Nero* 4. Veleyo, sin embargo, lo describe como «eminentissimae ac nobilissimae simplicitatis vir».

5. SUETONIO, *Nero* 5, 1: «omni parte vitae detestabilem». Compárese con VELEYO, 2, 10, 2: «hunc nobilissimae simplicitatis iuvenem Cn. Domitium».

6. C. Sulpicio Galba (*cos. suff.* 5 a. C.) casó con Mummia Achaica y después con la hermosa y adinerada Livia Ocelina (SUETONIO, *Galba* 3, 4); su hijo gozó del favor de su madrastra (*ibid.*, 4, 1), de la emperatriz Livia (*ibid.*, 5, 2), y de Agripina, que pretendió casarse con él (*ibid.*, 5, 1).

7. Varo fue el chivo expiatorio oficial del optimismo de la política germánica de Augusto. La etiqueta de Veleyo «vir ingenio mitis, moribus quietus, ut corpore ita animo immobilior» (2, 117, 2), como su acusación generalizada de extorsión en Siria («quam pauper divitem ingressus dives pauperem reliquit»), carecen totalmente de imparcialidad. Varo se portó con decisión y competencia en Judea el año 4 a. C.

8. SÉNECA, *De ira* 2, 5, 5 (Mesala Voleso).

bio Máximo *centum puer artium*, más de lo que revelan la encantadora oda de Horacio y las leales efusiones de Ovidio, podría no ofrecer un contraste tan asombroso con su hijo, el infame Pérsico, a quien Claudio, emperador no exento de ironía cruel, describía como «nobilissimus vir, amicus meus».[9]

Los *novi homines* triunfantes pueden defender su causa. No vale la pena acusar o defender a los robustos arribistas que contribuyeron a fundar la monarquía. Como la violencia, la astucia y la traición prosperaron. Q. Delio, de proverbial agilidad, desertó de cada bando en el momento oportuno. Es curioso que Horacio se sintiese obligado a recordarle la necesidad de conservar el ánimo sereno tanto en la prosperidad como en la adversidad.[10] Las dificultades de Delio habían quedado atrás. Cuando anima a Planco a buscar consuelo en el vino, Horacio considera la posibilidad de que Planco vuelva a ir a la guerra.[11] No había tal riesgo. En la fresca sombra de Tibur, Planco podía descansar tranquilo y reflexionar, con no poca satisfacción, en que a través de sus campañas y a pesar de su título de *imperator bis* y del friso de armas del mausoleo que estaba construyendo en Caieta, rara vez había sido responsable del derramamiento de sangre romana.[12] Con eso en su haber, Planco podía reírse de la envidia impotente de sus detractores y del innoble apelativo de traidor crónico: «morbo proditor».[13] Los locos y los fanáticos sucumbieron con las causas perdidas; los traidores y los oportunistas sobrevivieron y supieron ganarse la gratitud del pueblo romano.

Tipos de mejor reputación y más independientes que Delio y Planco eran Mesala y Polión, los consulares protectores de la literatura augusta, de la que ellos mismos eran parte no desdeñable. Los dos, el patricio romano y el *novus homo* italiano, habían salvado por igual el honor y la fama y salido con bien tanto ellos como sus familias.

9. *ILS* 212, II, 1. 24 s. Los comentaristas de este discurso han pasado por alto que Pérsico no era sólo famoso por el vicio, sino que era el típico *nobilis* degenerado (SÉNECA, *De ben.* 4, 30, 2).

10. *Odas* 2, 3, 1 s. «aequam memento rebus in arduis / servare mentem».

11. *Ibid.*, 1, 7, 19 s.

12. *ILS* 886 da la inscripción de su monumento.

13. VELEYO, 2, 83, 1. El recuerdo de Planco fue impopular. Los Domicios mantuvieron su enemistad, SUETONIO, *Nero* 4; y su nieta Plancina, esposa de Cn. Pisón (*cos.* 7 a. C.), fue acusada de envenenar a Germánico. De ahí la actitud constante de Veleyo.

Mesala cambió de bandos, pasándose a Antonio después de Filipos, y de Antonio a Octaviano poco después. Junto con Agripa, Mesala ocupó la casa de Antonio en el Palatino.[14] Polión se había mantenido más distante durante las guerras civiles, y el único neutral en la campaña de Accio; conservó también su *ferocia* con el Nuevo Estado. Polión detestaba a Planco y compuso una memoria para que se publicase después de la muerte de éste;[15] y fue Mesala quien inventó, como título para Delio, la frase de «volatinero de las guerras civiles» (*desultor bellorum civilium*).[16] Sin embargo, mirando fríamente la cuestión, Polión y Mesala han de contarse entre los beneficiarios de la Revolución.[17] Enriquecido por las dos partes, Polión incrementó su categoría y las fortunas de su familia. Galo, el hijo de Polión, se casó con Vipsania; su hija, con el hijo de un noble, casi el último de los Marcelos.[18] No debiera tener ningún motivo de queja contra el nuevo régimen. El mismo Polión vivió hasta un decenio antes de la muerte de Augusto, duro y vivaz hasta el fin, Mesala, perdiendo fuerzas, hasta el 13 d. C.[19]

En su vida y en sus escritos Polión profesaba un amor imperecedero a *libertas*. Pero *libertas* había sido eliminada cuando *virtus* quedó hecha añicos en Filipos. La libertad política, se podría afirmar, estaba condenada, si no muerta, mucho antes de aquello. Polión sabía la amarga verdad acerca de la última generación de la República Libre. El historiador Tácito, al comentar la estabilidad del nuevo régimen, cuando el poder iba a pasar de Augusto a Tiberio, observa que quedaban vivos pocos hombres que recordasen la República: «quotus quisque reliquus qui rem publicam vidisset?».[20] Su propósito consistía ex-

14. DIÓN, 53, 27, 5.

15. PLINIO, *NH*, *praef.* 31. Planco hizo un comentario oportuno: «cum mortuis non nisi larvas luctari» (Los muertos no luchan más que con los fantasmas).

16. SÉNECA, *Suas.* 1.7.

17. TÁCITO, *Ann.* 11, 7: «Asinium et Messallam, inter Antonium et Augustum bellorum praemiis refertos» (Asinio y Mesala, colocados entre Antonio y Augusto, fueron colmados de los beneficios de las guerras).

18. El hijo de Asernino (el nieto fue orador, mencionado con Mesala y Polión por Tácito, *Ann.* 11, 6 s.).

19. Polión, «nervosae vivacitatis haud parvum exemplum» (ejemplo no pequeño de nerviosa vitalidad, VAL. MÁX., 8, 13, 4), murió el 5 d. C. (JERÓNIMO, *Chron.*, p. 170 b H). La fecha de la muerte de Mesala se deduce de FRONTINO, *De aq.* 102 (aunque esto se ha discutido); cf. *PIR*[1], V 90.

20. *Ann.* 1, 3.

presamente en negar la República de Augusto, no en rehabilitar la anarquía, madre del despotismo.

El reinado de la ley había perecido hacía mucho, con el derecho reemplazado por el poder. La lucha por el poder en la República Libre había sido espléndida y terrible:

> certare ingenio, contendere nobilitate,
> noctes atque dies niti praestante labore
> ad summas emergere opes rerumque potiri.[21]

Los *nobiles*, con su ambición y sus querellas, no sólo habían destruido aquella República bastarda; habían arruinado al pueblo romano.

Hay algo más importante que la libertad política; y los derechos políticos son un medio, no un fin en sí mismos. Ese fin es la seguridad de la vida y de la propiedad, y la constitución de la Roma republicana no podía salvaguardarlo. Cansado y desalentado por la guerra y el desorden civiles, el pueblo romano estaba dispuesto a renunciar al privilegio ruinoso de la libertad y a someterse a un gobierno estricto como en el origen del tiempo:

> nam genus humanum, defessum vi colere aevum,
> ex inimicitiis languebat; quo magis ipsum
> sponte sua cecidit sub leges artaque iura.[22]

Así llegó el orden a Roma. «Acriora ex eo vincula», como observa Tácito.[23] El Nuevo Estado podía llamarse monarquía o de cualquier otro modo. Eso era lo de menos. Los derechos personales y la posición particular no necesitan depender de ninguna forma de gobierno. Y aunque la sucesión hereditaria estuviese severamente excluida de la teoría del Principado, se procuraba por todos los medios implantarla en la práctica, por miedo de algo peor; los hombres reflexivos podrían meditar sobre el ridículo aparente y las ventajas sustanciales de la monarquía hereditaria.[24]

21. LUCRECIO, 2, 11 ss. (Rivalizar en talento, disputarse la fama, realizar noche y día esfuerzos descomunales, ascender hasta el poder supremo y hacerse con él).

22. *Ibid.*, 5, 1145 ss. (Pues el género humano, cansado de vivir en la violencia, se moría ante el asalto de las enemistades privadas, por lo que se sometió de buena gana a las leyes y a un estricto derecho).

23. *Ann.* 3, 28 (desde entonces los lazos de la autoridad se apretaron más).

24. GIBBON, *Decline and Fall*, c. VII, *init.*

Con el nuevo régimen el Imperio no iba a seguir siendo el campo de juego de los políticos, sino una *res publica* de verdad. La ambición egoísta y las lealtades personales habrían de ceder el paso al deber cívico y al patriotismo nacional. Con el Principado no fueron sólo Augusto y su partido quienes ganaron; fue la victoria de las clases no políticas. Éstas podían al fin sentirse seguras y felices. Como afirmaba un superviviente de las proscripciones, «pacato orbe terrarum, res[titut]a re publica, quieta dein n[obis et felicia] tempora contingerunt».[25] El proletariado de Italia había dejado de ser alistado a la fuerza en las legiones para que derramase su sangre por ambiciosos generales o por principios bastardos; los pacíficos propietarios habían dejado de ser empujados a tomar partido en una contienda que no rezaba con ellos o a ser despojados de sus tierras en beneficio de las legiones. Eso se había acabado. La República era algo que un hombre prudente podía admirar, pero no imitar; como un avieso oportunista observaba en cierta ocasión, «ulteriora mirari, praesentia sequi».[26]

Incluso entre los *nobiles* pocos republicanos auténticos podía haber en época de Augusto; y muchos de los *nobiles* estaban indisolublemente unidos al Nuevo Estado, con quien estaban en deuda por su conservación y posición. Conforme más y más hijos de caballeros romanos pasaban, merced al patronazgo, a las filas de la clase gobernante, hubo de difundirse cada vez más en el senado la convicción de que el sistema no sólo era inevitable, sino que reportaba beneficios. Sin embargo, mientras este proceso estuvo en curso la República misma fue objeto de un culto sentimental, practicado con el máximo fervor entre los miembros de la clase que lo debía todo al Imperio. El senador Helvidio Prisco, hijo de un centurión, podía ser sincero en sus principios;[27] pero el caballero romano que llenaba su casa de estatuas de héroes republicanos era un esnob tanto como un oportunista.[28]

La profesión de republicanismo no era tanto política como social y moral; era, las más de las veces, un acto inofensivo de homenaje al gran pasado de Roma, no una manifestación de descontento positivo con el

25. *ILS* 8393.

26. Eprio Marcelo en TÁCITO, *Hist.* 4, 8 (Admirar el pasado, seguir al presente).

27. TÁCITO, *Hist.* 4, 5.

28. Titinio Capitón (PLINIO, *Epp.* 1, 17). Esta persona había sido alto secretario de Estado con Domiciano, Nerva y Trajano, sin interrupción (*ILS* 1448).

actual estado de cosas. No necesitaba ser tomada tan en serio como lo era por emperadores suspicaces y por fiscales arteros y faltos de escrúpulos. Mientras la República mantuvo aún una temporada su existencia formal y legal, había habido bastantes decepciones entre quienes simpatizaban con ella. Con la monarquía firmemente implantada ahora en la costumbre y en la teoría, así como en la práctica, la ausencia misma de cualquier alternativa de gobierno era un incentivo para el tipo más irresponsable de las personas con mentalidad seria. No había el menor peligro de que fuesen tentadas a poner en práctica sus ideales.

La República, con sus anales llenos de grandes guerras en el exterior y de disensiones en el interior, era un tema espléndido para la historia. Con razón Tácito volvía la vista con melancolía y se quejaba de que su tema era aburrido y estrecho. Pero el historiador que había experimentado una guerra civil en su propia vida, y la amenaza de otra, no permitía que su juicio quedase obcecado por convencionalismos literarios y sentimentales. Como Salustio y Polión, no se hacía ilusiones acerca de la República. La raíz del mal se hallaba en la naturaleza del hombre, turbada y agitada, con cualidades nobles tanto como funestas: la lucha por la libertad, la gloria o la tiranía.[29] El Imperio, la riqueza y la ambición individual habían arruinado a la República hacía tiempo. Mario y Sila acabaron con la *libertas* por la fuerza de las armas e implantaron la *dominatio*. Pompeyo no fue mejor. Después de aquello, sólo una lucha por el poder supremo.[30] Tácito ni siquiera admite que hubiese habido una restauración de la República Libre si Bruto y Casio hubiesen triunfado en Filipos. Tal era la opinión con-

29. SALUSTIO, *Hist.* 1, 7 M: «Nobis primae dissensiones vitio humani ingenii evenere, quod inquies atque indomitum semper inter certamina libertatis aut gloriae aut dominationis agit». Compárese TÁCITO, *Hist.* 2, 38: «vetus ac iam pridem insita mortalibus potentiae cupido cum imperii magnitudine adolevit erupitque», etc. (El viejo afán de poderío, ya de tiempo atrás enraizado en los mortales, ardió y estalló con la expansión del Imperio). Polión tenía sin duda observaciones semejantes que ofrecer.

30. TÁCITO, *Hist.* 2, 38: «mox e plebe infima C. Marius et nobilium saevissimus L. Sulla victam armis libertatem in dominationem verterunt, post quos Cn. Pompeius occultior non melior, et nunquam postea nisi de principatu quaesitum» (Pronto C. Mario, salido de la plebe más baja, y L. Sila, el más cruel de los nobles, cambiaron en poder absoluto la libertad, a quien habían vencido con las armas. Tras ellos vino Pompeyo, más disimulado, pero no mejor; y nunca más se buscó otra cosa que el Principado).

vencional y vulgar;[31] el mismo Tácito la hubiera considerado imposible después de una guerra civil.

Como el historiador, el estudiante de la oratoria se sentía tentado a lamentar la elocuencia ampulosa y desbocada de los últimos tiempos de la República.[32] Pero podía hacer una pausa y reflexionar que la oratoria ampulosa es síntoma de decadencia y desorden, tanto social como político. La corrupción electoral, las exacciones en las provincias y las ejecuciones de ciudadanos romanos proporcionaban grandes temas y oradores de altura para tratar de ellos. Por definición, la mejor forma de Estado estaba libre de estos males. Las comunidades bien administradas, desconocedoras de «aquella licencia que los locos llaman libertad», no dejaban huella en los anales de la elocuencia.[33] Tal no fue el caso de Atenas y de Rodas; éstas eran democracias y democracias deplorables.[34] Roma también, mientras Roma anduvo por el mal camino, produjo una fuerte oratoria.[35] Estaban los Gracos y Cicerón, pero ¿merecía la pena?[36]

El admirador de la elocuencia antigua no podía jugar a dos cartas: disfrutar a la vez de la libertad republicana y de los beneficios de un estado de orden. Tampoco había ya necesidad de oradores, para largos discursos en el senado o ante el pueblo, cuando un hombre tenía la

31. Y como tal, admitida expresamente en *Hist.* 1, 50: «mansuram fuisse sub Pompeio Brutoque rem publicam» (que la República se hubiese mantenido con Pompeyo y Bruto). No, sin embargo, en *Hist.* 2, 38, donde el historiador habla por sí.

32. *Dial.* 36 ss.

33. *Ibid.*, 40, 2: «sed est magna illa et notabilis eloquentia alumna licentiae, quam stulti libertatem vocitant, comes seditionum, effrenati populi incitamentum, sine obsequio, sine severitate, contumax, temeraria, adrogans, quae in bene constitutis civitatibus non oritur» (Pero esta grande y famosa elocuencia es hija de la licencia, que los estúpidos llaman siempre libertad, compañera de las revoluciones, aguijón del pueblo desbocado; carente de respeto, carente de seriedad; obstinada, temeraria, impetuosa, que no surge en estados bien constituidos).

34. *Ibid.*, 3: «apud quos omnia populus, omnia imperiti, omnia, ut sic dixerim, omnes poterant» (entre ellos el pueblo lo podía todo; los incapaces, todo; todo el mundo, por decirlo así, lo podía todo).

35. *Ibid.*, 4: «nostra quoque civitas, donec erravit, donec se partibus et dissensionibus et discordiis confecit» (también nuestra ciudad, mientras fue por camino equivocado, mientras se agotó en partidos, en disensiones y en discordias).

36. *Ibid.*, 4: «sed nec tanti rei publicae Gracchorum eloquentia fuit, ut pateretur et leges, nec bene famam eloquentiae Cicero tali exitu pensavit» (Pero la elocuencia de los Gracos no fue de tanto valor para la República como para que apoyase también sus leyes, ni Cicerón compensó la fama de su elocuencia con el fin que tuvo).

decisión suprema en el Imperio, y la más prudente: «cum de re publica non imperiti et multi deliberent, sed sapientissimus et unus».[37]

Tácito es monárquico porque su perspicacia le hace desconfiar de la naturaleza humana. No había remedio. Pese a la soberanía nominal de la ley, gobernaba un hombre.[38] Éste es el comentario a Tiberio. No era menos cierto del Principado de Augusto, sino más aún. A buen seguro, el Estado obedecía a la disciplina de un *princeps*, no a la de un dictador ni a la de un rey. Pero los nombres no importaban demasiado. No había de pasar mucho tiempo antes de que el elocuente Séneca, cuando aconsejaba al joven Nerón proceder con clemencia, podía utilizar indistintamente los nombres de *rex* y de *princeps*,[39] tanto más cuanto que una respetable tradición del pensamiento filosófico consideraba a la monarquía como la mejor forma de gobierno. Era también la primitiva, predestinada a retornar de nuevo cuando un estado recorriese el ciclo completo de los cambios políticos.

El romano, con su teoría nacional del *imperium* sin restricciones, estaba familiarizado con el concepto del poder absoluto. El Principado, aunque absoluto, no era arbitrario. Se basaba en el consenso y en la delegación del poder; se fundaba en las leyes. Esto era algo distinto de las monarquías del Oriente. Los romanos no habían caído tan bajo como eso. La libertad completa podría ser inoperante, pero la servidumbre completa era intolerable. El Principado ofrecía el camino intermedio entre estos extremos.[40]

El Principado no tardó en generar su propia teoría, haciéndose así vulnerable a la propaganda. Augusto proclamaba que había restaurado la *libertas* y la República, una falsedad necesaria y saludable por la que sus sucesores habrían de pagar. *Libertas*, en el pensamiento y en el uso romano, nunca había significado del todo libertad sin restric-

37. *Dial.* 41, 4 (cuando no son los ignorantes y los muchos los que deciden las cuestiones de Estado, sino el más prudente y único).

38. *Ann.* 4, 33.

39. *De clem.* 1, 4, 1: «principes regesque et quocumque alio nomine sunt tutores status publici» (los príncipes y los reyes y los que con cualquier otro nombre tutelan el Estado).

40. Tácito, *Hist.* 1, 16: «imperaturus es hominibus qui nec totam servitutem pati possunt nec totam libertatem» (mandarás a hombres que no pueden soportar ni una servidumbre absoluta ni una libertad absoluta). Compárese con Dión, 56, 43, 4: βασιλευομένους τε ἄνευ δουλείας καὶ δημοκρατομένους ἄνευ διχοστασίας (tenían un soberano sin ser esclavos y vivían en democracia sin divisiones partidistas).

ciones; y el ideal que la palabra encarnaba ahora era la de respeto a las formas constitucionales. Y a decir verdad, era inconcebible que un romano hubiese de vivir bajo ningún otro régimen. De ahí que *libertas* pudiese ser invocada como consigna en contra de soberanos impopulares para tachar de ilícito su poder; en una palabra, como *dominatio*, no *principatus*.

En círculos senatoriales eran muchos los que afirmaban que la *libertas* debiera ser el espíritu mismo del Principado. Pero el cuerpo y el alma habían estado separados demasiado tiempo. Se pretendía que habían vuelto a unirse en el Principado de Nerva, que había sucedido al gobierno absoluto de Domiciano.[41] Había otro aspecto en este hermoso alarde de frases: la amenaza real e inminente de una guerra civil. Se logró disiparla con la adopción de Trajano, gobernador de la provincia militar de Germania Superior; durante su enérgico mandato se oyó hablar menos de *libertas*. Tácito anunció su intención de escribir en su vejez la historia de aquella feliz época en que dominaban la libertad de pensamiento y la libertad de expresión, el Principado de Nerva y el reinado de Trajano.[42] En vez de hacerlo, se dedicó al sombrío tema de los *Anales*.

Como historiador romano, Tácito tenía que ser republicano; pero en su vida y en su política era monárquico. Era deber de prudencia rezar por que hubiese buenos emperadores y soportar los que viniesen.[43] Dada la naturaleza del hombre —«vitia erunt donec homines»—, era una locura ser utópico.[44] Pero la situación no era desesperada. Un buen emperador distribuía los buenos resultados de su gobierno por el mundo entero, mientras que el daño de un mal emperador no era ilimitado; la mayor parte de él solía afectar únicamente a quienes lo rodeaban.[45]

El romano había alardeado un tiempo de que sólo él disfrutaba de *libertas* mientras que gobernaba a otros. Ahora era evidente que la obediencia era condición indispensable al Imperio —«idemque huic urbi dominandi finis erit qui parendi fuerit»—.[46] Esto está muy lejos

41. TÁCITO, *Agr.* 3, 1.
42. *Hist.* 1, 1.
43. *Ibid.*, 4, 8: «bonos imperatores voto expetere, qualiscumque tolerare».
44. *Ibid.*, 4, 74.
45. *Ibid.*, «saevi proximis ingruunt».
46. SÉNECA, *De clem.* 1, 4, 2 (Esta ciudad dejará de mandar en cuanto deje de obedecer).

de Marco Bruto. Un nuevo concepto de la virtud cívica, nacido de las clases no políticas de la República y consustancial con el Nuevo Estado desde el principio, fue formulado en seguida, con sus propios ejemplos y su propia fraseología. *Quies*, tranquilidad, era una virtud para caballeros, escarnecida por los senadores; y la neutralidad rara vez había sido posible en la última época de la República. Pocos eran los *nobiles* que pasaron incólumes por estas pruebas, gracias a la cautela, como L. Marcio Filipo (*cos.* 91 a. C.) y su hijo, o gracias a una honrada independencia, como Pisón.

Con el Principado llega un cambio. Para el senador, como para el Estado, tiene que haber un camino intermedio entre los extremos de libertad suicida y de servilismo degradante. Un hombre sensato podía encontrarlo. Y los había. M. Emilio Lépido gozó de la amistad de Tiberio, soportó el gobierno sin deshonor y conservó su propia dignidad sin peligro.[47] Lo mismo el excelente P. Memio Régulo, pilar del Estado romano y seguro él mismo, aunque casado algún tiempo con Lolia Paulina, y el venerable L. Volusio Saturnino, que sobrevivió a todos los peligros de la era Julio-Claudia y murió a la edad de noventa y tres años.[48] En cuanto a la familia de los Coceyos, éstos tenían un verdadero genio para su seguridad.

Todavía podían existir grandes hombres, incluso con malos emperadores, si aplacaban su ambición, recordaban como romanos sus deberes hacia el pueblo romano y ejercían tranquilamente el alto patriotismo. No era una existencia gloriosa; pero la gloria traía la ruina. Era la suya una fama más segura que la vana y ostentosa oposición de ciertos candidatos al martirio, a quienes se podía admirar por su independencia de espíritu republicano, pero no por su cautela política.[49]

47. TÁCITO, *Ann.* 4, 20: «unde dubitare cogor fato et sorte nascendi, ut cetera, ita principum inclinatio in hos, offensio in illos, an sit aliquid in nostris consiliis liceatque inter abruptam contumaciem et deforme obsequium pergere iter ambitione ac periculis vacum» (Esto me obliga a preguntarme si, como en las demás cosas, la simpatía de los príncipes hacia unos y la antipatía hacia otros dependen del destino y de la suerte con que se nace, o si nuestras decisiones tienen algún peso, y si es posible seguir un camino, libre de la intriga y de los peligros, entre una independencia intratable y un servilismo infame).

48. Sobre las virtudes de Memio (*cos. suff.* 31 d. C.), *Ann.* 14, 17; sobre Volusio (*cos. suff.* 3 d. C.), *Ann.* 13, 30.

49. TÁCITO, *Agr.* 41, 5: «sciant, quibus moris est inclita mirari, posse etiam sub malis principibus magnos viros esse, obsequiumque ac modestiam, si industria ac vigor adsint, eo laudis excedere quo plerique per abrupta, sed in nullum rei publicae

Ni Tácito ni Trajano eran partidarios de esta locura; el breve e infortunado Principado de Nerva era un estricto argumento a favor de un rígido control del Estado. Como la pompa huera de los reyes orientales, el fanatismo del doctrinario repugnaba a los romanos: «vis imperii valet, inania tramittuntur».[50]

Tácito, su suegro y su emperador se dan la mano con los oportunistas y los arribistas de un siglo antes en la construcción del Nuevo Estado. La actividad política fue abolida, o por lo menos esterilizada. Como consecuencia, la historia y la oratoria padecieron, pero el orden y la concordia quedaron a salvo. Como Salustio observaba, «pauci libertatem, pars magna iustos dominos volunt».[51] Los dos modos de ver iban a reconciliarse ahora, con una monarquía constitucional como garantía de una libertad que ninguna república podía proporcionar:

> nunquam libertas gratior exstat
> quam sub rege pio.[52]

Tal era el *felicissimus status*, como Augusto y Veleyo Patérculo calificaban al Principado, el *optimus status* que Augusto aspiraba a crear y que Séneca conocía como monarquía.[53] Concordia y monarquía, *pax* y *princeps*, eran inseparables de hecho como en la esperanza y en la plegaria: «custodite, servate, protegite hunc statum, hanc pacem, hunc principem».[54] La vieja constitución había sido corrupta,

---

usum, ambitiosa morte inclauerunt» (Sepan aquellos que gustan de admirar a los ínclitos varones, que puede haber grandes hombres incluso con príncipes malos, y que la cortesía y la moderación, si los acompañan la laboriosidad y la energía, pueden merecer mayores elogios que la mayoría de aquellos que murieron de una muerte gloriosa por haber seguido una vía dura, pero de ninguna utilidad para la comunidad).

50. TÁCITO, *Ann.* 15, 31 (La realidad del poder se impone, las vanidades pasan inadvertidas).

51. *Hist.* 4, 69, 18 M (no invalidada por el hecho de que aparezca en una carta de un déspota oriental: «los pocos quieren la libertad, la mayoría a soberanos justos»).

52. CLAUDIANO, *De cons. Stil.* 3, 114 s. (Nunca la libertad se muestra más agradable que bajo un soberano justo). Compárese a SÉNECA, *De ben.* 2, 20, 2: «cum optimus civitatis status sub rege justo sit».

53. Carta de Augusto, citada por GELIO, 15, 7, 3; VELEYO, 2, 91, 2. Sobre el *optimus status*, SUETONIO, *Divus Aug.* 28, 2; SÉNECA, *De ben.* 2, 20, 2.

54. VELEYO, 2, 131, 1.

no representativa y ruinosa. El heredero de César fue mucho más allá de ella. Lo que fue un pretexto especial y propaganda política en el plebiscito militar del 32 a. C., se hizo realidad bajo el Principado: Augusto representaba al *Populus Romanus*; bajo su tutela el Estado podía llamarse en verdad el patrimonio común, *res publica*. El último de los dinastas se impuso mediante la violencia y el derramamiento de sangre. Pero su *potentia* se transmutó en *auctoritas*, y el *dux* se tornó benefactor, *dux bonus*. Ovidio quizá fuese demasiado lejos cuando habló de *dux sacratus*.[55] Pero *dux* no era bastante. Augusto adquirió los rasgos irreprochables de un *princeps*, sin disputa el más grande de los *principes* y el mejor de todos ellos. Éstos habían sido dinastas egoístas, pero él era *salubris princeps*. Podía haber adoptado fácilmente el título de *optimus princeps*, pero eso quedó para Trajano. Al principio mismo del Principado de Augusto, las ideas que más tarde habrían de cristalizar en títulos oficiales o convencionales ya estaban allí. No fue hasta el 2 a. C. cuando Augusto fue aclamado *pater patriae*. Horacio apunta a ello mucho antes:

hic ames dici pater atque princeps.[56]

El concepto de padre conlleva el de protector:

optime Romulae
custos gentis.[57]

Y así Augusto es *custos rerum*; es el custodio especial de Roma y de Italia, presto siempre a socorrer y a guardar:

O tutela praesens
Italiae dominaeque Romae![58]

Los griegos de las ciudades de Oriente aclamaban a Augusto como salvador del mundo, benefactor de la especie humana, como un dios, como hijo de Dios manifiesto, señor de la tierra y del mar. Los mari-

55. *Fasti* 2, 60.
56. *Odas* 1, 2, 50.
57. *Ibid.*, 4, 5, 1 s.
58. *Ibid.*, 4, 14, 43 s. Sobre este concepto y fraseología, cf. A. von Premerstein, *Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, 127 ss.

neros de Alejandría le rendían homenaje público como autor de sus vidas, de su libertad y prosperidad.[59] El leal concejo de la colonia de Pisa se mostraba más moderado, pero quería decir lo mismo cuando celebraba al custodio máximo del Imperio Romano y gobernador de todas las tierras del mundo.[60]

Ningún contemporáneo podía dudar de que el poder de César Augusto era absoluto. Pero su gobierno estaba justificado por el mérito, basado en el consenso y templado por el sentido del deber. Augusto se alzaba como un soldado *in statione*, de centinela, pues la metáfora, aunque pueda tener paralelos en el lenguaje de los estoicos, es romana y militar.[61] No abandonaría su puesto hasta que un mando superior lo relevase, con su deber cumplido y su sucesor haciendo la guardia. Augusto usaba la palabra *statio* y lo mismo hicieron sus contemporáneos.[62]

El gobierno de Augusto era el dominio de todo el mundo. Para el pueblo romano su relación era la de Padre, Fundador y Guardián. Sila se había esforzado en reparar la República destrozada; y Cicerón, por haber salvado a Roma en su consulado, había sido aclamado como *pater patriae*. Pero Sila, con odio bien merecido, había sido tildado de «Rómulo siniestro»;[63] Cicerón, en burla a sus pretensiones, del «Rómulo de Arpino».[64] Augusto, en cambio, tenía una base real para ser conocido y celebrado como Fundador, *augusto augurio*, en la frase de Ennio. El romano podía sentirlo en su sangre y en sus tradiciones. Una vez más. Ennio debió de parecer profético:

> O Romule, Romule die,
> qualem te patriae custodem di genuerunt!
> o pater, o genitor, o sanguen dis oriundum,
> tu produxisti nos intra luminis oras.[65]

59. SUETONIO, *Divus Aug.* 98, 2: «per illum se vivere, per illum navigare, libertati atque fortunis per illum frui» (que ellos vivían por él, navegaban por él, disfrutaban de libertad y de prosperidad por él).

60. *ILS* 140 1. 7 s.: «maxsimi custodis imperii Romani totiusque orbis terrarum prae / si [dis]».

61. E. KÖSTERMANN, *Philologus* LXXXVII (1932), 358 ss.; 430 ss.

62. Augusto, en GELIO, 15, 7, 3; VELEYO, 2, 124, 2; OVIDIO, *Tristia* 2, 219.

63. SALUSTIO, *Hist.* 1, 55, 5 M: «scaevos iste Romulus».

64. SALUSTIO, *In Ciceronem* 4, 7.

65. Citado por CICERÓN, *De re publica* 1, 64 (Oh Rómulo, divino Rómulo, ¡qué

La relación de Augusto con el Imperio Romano podía describirse también como orgánica antes que arbitraria o formal. Se decía que se había arrogado todas las funciones del senado, magistrados y leyes.[66] Era verdad, pero más penetrante aún la observación de que se había entrelazado a sí mismo con el cuerpo del Imperio. El nuevo miembro infundía vigor al conjunto y no hubiera podido ser extirpado sin daño para ambos.[67]

Su reinado fue personal, si es que fue un reinado, y su posición se hizo cada vez más la de un monarca. Y a pesar de todo, Augusto no era indispensable, ése fue su mayor triunfo. Si hubiera muerto en los primeros años del Principado, su partido hubiese sobrevivido, dirigido por Agripa o por un grupo de los mariscales. Pero Augusto siguió viviendo como un milagro progresivo de duración. Conforme pasaban los años, él se emancipaba cada vez más del control de sus antiguos partidarios; los *nobiles* volvieron al primer plano y el partido cesariano mismo se transformó y superó. Se formó un gobierno.

«Legiones, classes, provincias, cuncta inter se conexa.»[68] Así describe Tácito el Imperio y sus fuerzas armadas. La frase podría aplicarse con justeza a toda la fábrica del Estado romano. Era sólida, dotada de articulaciones sanas y flexibles. Refiriéndose al antiguo régimen, Augusto justificaba el nuevo; subrayando la continuidad con el pasado, alimentaba la esperanza del desarrollo futuro. El Nuevo Estado, implantado como consolidación de la revolución, no era ni exclusivo ni inmovilista. Si bien cada clase de la sociedad tenía sus funciones propias, no había una división tajante entre las clases. El servicio a Roma conducía al reconocimiento y al ascenso para el senador, para el caballero o para el soldado, para el romano o para el de provincias. Las recompensas no eran tan magníficas como en las guerras de la revolución, pero el ritmo, aunque atenuado, era firme y continuo.

---

guardián de la patria han creado en ti los dioses! Oh padre, oh creador de nuestra vida, oh sangre nacida de los dioses, tú nos has llevado a las riberas de la luz).

66. TÁCITO, *Ann.* 1, 2: «munis senatus magistratuum legum in se trahere».

67. SÉNECA, *De clem.* 1, 4, 3: «olim enim ita se induit rei publicae Caesar ut seduci alterum non possit sine utriusque pernicie, Nam ut illi viribus opus est, ita et huic capite» (Pues antaño César se fundió de tal modo con la República, que no se hubiera podido separar a uno de otro sin ocasionar la pérdida de los dos, pues como al uno le hacían falta las fuerzas, la otra necesitaba la cabeza).

68. TÁCITO, *Ann.* I, 9 (Legiones, escuadras, provincias, todo absolutamente reunido por un lazo común).

El deseo más ferviente de Augusto había sido echar los cimientos del nuevo régimen con profundidad y seguridad. Había hecho más que eso. El Estado romano, basado firmemente en una Italia unida y un Imperio coherente, fue completamente renovado, con nuevas instituciones, nuevas ideas e incluso una nueva literatura que era ya clásica. El destino del Imperio había pesado sobre Roma con amenaza de ruina. Pero ahora el pueblo romano, recuperado de fuerzas, robusto y animoso, podía soportar la carga con orgullo y seguridad.

Augusto había deseado también un sucesor en el puesto del honor y del deber. Sus más caras esperanzas, sus más ambiciosos designios se habían frustrado. Pero la paz y el Principado perduraban. Había encontrado un sucesor, formado en su propia escuela, uno de entre los *principes,* con reconocida capacidad para regir el Imperio. Hubiera sido mejor para Tiberio y para Roma que Augusto hubiese muerto antes, pues la larga duración de su vida, al acostumbrar a los hombres a considerar el Principado como algo permanente y elevar su prestigio por encima del de un hombre mortal, al tiempo que consolidaba su régimen y el nuevo sistema de gobierno, hacía, sin embargo, más delicada y más ardua la tarea de su sucesor.

El último decenio de la vida de Augusto estuvo ensombrecido por los escándalos de su familia y por los desastres de las fronteras del Imperio.[69] Pese a todo, cuando llegó su fin lo encontró sereno y animoso. En su lecho de muerte no se sintió atormentado ni por el remordimiento de sus pecados ni por la preocupación por el Imperio. Tranquilamente preguntaba a sus amigos si había representado bien su papel en la comedia de la vida.[70] Podía haber una respuesta o ninguna. Cualesquiera que fuesen sus méritos, su gloria estaba asegurada y él había tomado ya las medidas para garantizar su inmortalidad.[71]

Durante las guerras de España, cuando estaba postrado por una enfermedad que pudo haberle costado la vida, ya endeble, Augusto compuso su *Autobiografía*. Otros generales antes que él, como Sila y César,

69. PLINIO, *NH* 7, 149: «iuncta deinde tot mala: inopia stipendi, rebellio Illyrici, servitiorum dilectus, iuventutis penuria, pestilentia urbis, fames Italiae», etc. (A continuación tantos males reunidos: falta de dinero, rebelión de Iliria, alzamiento de los esclavos, falta de hombres en edad militar, epidemia en Roma, hambre en Italia, etc.).

70. SUETONIO, *Divus Aug.* 99, 1: «ecquid iis videretur mimum vitae commode trasegisse».

71. PLINIO, *NH* 7, 150: «in summa deus ille caelumque nescio adeptus magis an meritus» (En suma, que él se hizo dios, y subió o mereció el cielo, no lo sé).

habían publicado el relato de sus *res gestae* o contado su vida, hazañas y camino a la gloria o a la política; pero ninguno pudo fabricar historia con tan pausada audacia. Otros generales tenían su monumento en los trofeos, templos y teatros que habían erigido; sus estatuas, en armadura, y la breve relación de sus servicios públicos adornaban el Foro de Mars Ultor, obra de Augusto. Era la recompensa debida a los *boni duces* después de su muerte.[72] Sila había sido «Felix», Pompeyo había adoptado el título de «Magnus». Augusto, el más grande de los *duces* y *principes* en gloria y en fortuna, intentaba eclipsarlos a todos ellos. En el momento mismo en que estaba empeñado en la ostensible restauración de la República, construía en el Campo de Marte un monumento enorme y dinástico, su propio mausoleo. En la ambición de perpetuar su gloria, podría ya haber redactado el primer borrador de la inscripción que había de figurar fuera del monumento, las *Res Gestae*;[73] o por lo menos, se puede suponer que un documento de este género figuraba entre los papeles de Estado que el Princeps, próximo a la muerte, entregó al cónsul Pisón en el 23 a. C. Pero las versiones anteriores se pueden suponer con más facilidad que detectar. Las *Res Gestae*, en su forma definitiva, fueron redactadas a principios del 13 d. C., junto con sus últimas instrucciones y su testamento, para ser editadas y publicadas por Tiberio.[74]

Este precioso documento, conservado en copias provinciales, lleva el sello de la verdad oficial: revela el modo como Augusto deseaba que la posteridad interpretase los incidentes de su carrera, las realizaciones y el carácter de su gobierno. La relación no es menos instructiva por lo que omite que por lo que dice. Los adversarios del Princeps en la guerra y las víctimas de sus traiciones, públicas o privadas, no son mencionados por su nombre, sino relegados a un olvido desdeñoso. Antonio aparece enmascarado y convertido en un partido; los Libertadores, en enemigos de la patria; Sexto Pompeyo, en un pirata. Perusa y las proscripciones quedan relegadas al olvido; el golpe de Estado del 32 a. C. aparece como un alzamiento espontáneo de toda Italia; Filipos se transforma en la victoria del heredero y vengador de César únicamente.[75] Agripa, desde luego, figura dos veces, pero mu-

72. HORACIO, *Odas* 4, 8, 13 ss.

73. Como propone E. KORNEMANN, *Klio* 2 (1902), 141 ss., y en otros trabajos; cf. P-W XVI, 217 ss.

74. SUETONIO, *Divus Aug.* 101, cf. E. HOHL, *Klio* XXX (1937), 323 ss.

75. *Res Gestae*, 2: «et postea bellum inferentis rei publicae / vici b[is a]cie» (Y después a los que hacían guerra a la República los vencí dos veces en combate).

cho más como una fecha que como un agente. Otros aliados del Princeps están omitidos, salvo Tiberio, cuya conquista de Ilírico, bajo los auspicios de Augusto, se celebra como era debido.[76]

Lo más magistral de todo es el capítulo que describe la posición constitucional del Princeps, y lo más desorientador. Sus poderes se definen como legales y derivados de su magistratura; superan a los de cualquier colega que pudiera tener no en *potestas,* sino sólo en *auctoritas.*[77] Lo cual es verdad en cierta medida, una medida corta. La *auctoritas*, sin embargo, falsea la verdad, pues la *auctoritas* es también *potentia.* No se dice una palabra en este pasaje de la *tribunicia potestas*, que, aunque citada modestamente en otro lugar, como un medio de aprobar legislación, en ninguna parte delata su temible naturaleza y su papel fundamental en el sistema imperial: «summi fastigii vocabulum». Tampoco aparece por ningún lado de todo el documento la más leve alusión al *imperium proconsulare*, en virtud del cual Augusto controlaba, directa o indirectamente, todas las provincias y todos los ejércitos. Sin embargo, estos poderes eran los dos pilares básicos de su régimen, firmes y erectos detrás de la endeble y fraudulenta República. Por el empleo de los poderes de los tribunos y del *imperium* el Príncipe reconoce su linaje y recuerda a los dinastas Pompeyo y César. El pueblo y el ejército eran la fuente y la base de su supremacía.

Tales eran las *Res Gestae Divi Augusti.* Sería imprudente utilizar el documento como guía segura para la historia; sería pedante e inútil quejarse de sus omisiones y deformaciones. No menos vano el intento de descubrir de dónde se deriva y en qué género literario encaja exactamente. Mientras el Princeps vivió, podría, como otros soberanos, ser venerado públicamente como divinidad en las provincias o recibir en Roma y en Italia honores como los tributados a los dioses por la humanidad agradecida; pero para los romanos no era más que el jefe del Estado romano. Sin embargo, una cosa era cierta. Cuando muriese, Augusto recibiría también los honores del Fundador, que era también Eneas y Rómulo, y como *Divus Julius* sería incluido por votación del senado romano entre los dioses de Roma por sus grandes méritos y por razones de alta política. Sin embargo, de nada sirve describir las *Res Gestae* como los títulos de su divinidad.[78] Si hay que explicarlas,

76. *Ibid.*, 30. En la expedición naval del 5, mandada por Tiberio, no cita a éste.
77. *Ibid.*, 34.
78. Como W. WEBER, *Princeps* 1 (1936), 94.

no es con referencia a las religiones y reyes del Oriente Helenístico, sino desde Roma y desde la costumbre romana, como combinación entre el *elogium* de un general romano y la rendición de cuentas de un magistrado romano.

Como Augusto, sus *Res Gestae* son únicas, desafían la definición verbal y se explican por sí mismas. Desde el principio, desde su aparición juvenil, como líder revolucionario, en sedición pública y violencia armada, el heredero de César había aguantado hasta el final. Murió en el aniversario del día en que había asumido su primer consulado después de la marcha sobre Roma. Habían pasado desde entonces cincuenta y seis años. En todo ese trayecto, en sus actos y en su política, permaneció fiel a sí mismo y a la carrera que empezó cuando alistó un ejército particular y «liberó al Estado del dominio de un partido». El Dux se había hecho Princeps y había convertido un partido en un gobierno. Lo había sacrificado todo al poder; había alcanzado la cima de toda ambición mortal, y en su ambición había salvado y regenerado al pueblo romano.

Apéndice

LOS CÓNSULES

Los *Fasti* consulares de los años 509 a. C.-14 d. C. fueron editados y publicados en *CIL* I², parte I (1893), junto con el testimonio completo de los textos, epigráficos y literarios, de los que se derivan, y W. Liebenam imprimió una lista muy útil de los cónsules imperiales, del 30 a. C. en adelante (*Fasti Consulares Imperii Romani*, Kleine Texte 41-3, 1909). Desde entonces se han añadido varios suplementos y correcciones. Para el período que aquí nos concierne, la adición más importante es la de los *Fasti* de los *Vicomagistri,* publicada primero por G. Mancino, *Bull. Comm.* LXIII (1935), 35 ss., de donde *L'ann ép.*, 1937, 62; para correcciones, cfr. A. Degrassi, *Bull Comm.,* LXIII (1935), 173 ss. Por gentileza del profesor Degrassi, editor de los *Fasti Consulares* en *Inscr. It.*, XIII, 1, el nuevo material se utiliza aquí antes de su aparición (*supra*, pp. 191 s., 227, 235 s.). Tiene un valor decisivo para los años siguientes:

39 a. C. C. Cocceius (Balbus), ya conocido como *cos. suff. anno incerto* (*CIL* I², p. 219), reemplaza ahora a L. Cocceius Nerva, supuesto anteriormente ser el Cocceius de los *Fasti Biondiani* (*ibid.*, p. 65).

38 a. C. El Cornelius que era *cos. suff.* este año adquiere un *praenomen*, Lucius, desautorizando la identificación con P. Cornelius Scipio (para éste cf. 35 a. C.). Sin embargo, no se sabe con seguridad quién era.

36 a. C. Se descubren los *suffecti,* L. Nonius (Asprenas) y un nombre fragmentario del que sobrevive lo bastante para indicar que era Marcius.

35 a. C. Los *suffecti* P. Cornelius (Scipio) y T. Peducaeus son nuevos.

32 y 29 a. C. Los dos Valerii se pueden distinguir ahora claramente (sobre anteriores dificultades, cf. *PIR*¹, V 94).

5 a. C. Q. Haterius emerge como *cos. suff.*, y el *praenomen* de Galba resulta ser Gaius no Servius.

4 a. C. Nuevos *suffecti*: C. Caelius y Galus Sulpicius.

1 a. C. Nuevos *suffecti*: A. Plautius y A. Caecina (Severus).

Lo que sigue no pretende ser en ningún sentido una edición de una parte de los *Fasti*. Es simplemente una lista de cónsules puesta al día para uso del estudiante de historia. Damos la filiación de los cónsules cuando se sabe, pues a menudo da una buena pista para una rápida identificación, y se añaden *cognomina*, aun cuando no aparezcan en los documentos que atestiguan los consulados de las personas en cuestión. Toda la nomenclatura de este apéndice y de las tablas al final se da en lengua latina, la de los documentos base.

Año a. C.	
80	L. Cornelius L. f. Sulla Felix II: Q. Caecilius Q. f. Metellus Pius.
79	P. Servilius C. f. Vatia: Ap. Claudius Ap. f. Pulcher.
78	M. Aemilius Q. f. Lepidus: Q. Lutatius Q. f. Catulus.
77	D. Junius D. f. Brutus: Mam. Aemilius Mam. f. Lepidus Livianus.
76	Cn. Octavius M. f.: C. Scribonius C. f. Curio.
75	L. Octavius Cn. f.: C. Aurelius M. f. Cotta.
74	L. Licinius L. f. Lucullus: M. Aurelius M. f. Cotta.
73	M. Terentius M. f. Varro Lucullus: C. Cassius L. f. Longinus.
72	L. Gellius L. f. Poplicola: Cn. Cornelius Lentulus Clodianus.
71	P. Cornelius P. f. Lentulus Sura: Cn. Aufidius Orestes.
70	Cn. Pompeius Cn. f. Magnus: M. Licinius P. f. Crassus.
69	Q. Hortensius L. f.: Q. Caecilius C. f. Metellus Creticus.
68	L. Caecilius C. f. Metellus: Q. Marcius Q. f. Rex,
67	C. Calpurnius Piso: M'. Acilius M'. f. Glabrio.
66	M'. Aemilius Lepidus: L. Volcacius Tullus.
65	L. Aurelius M. f. Cotta: L. Manlius L. f. Torquatus.
64	L. Julius L. f. Caesar: C. Marcius C. f. Figulus.
63	M. Tullius M. f. Cicero: C. Antonius M. f.
62	D. Junius M. f. Silanus: L. Licinius L. f. Murena.
61	M. Pupius M. f. Piso Calpurnianus: M. Valerius M. f. Mesalla Niger.
60	Q. Caecilius Q. f. Metellus Celer: L. Afranius A. f.
59	C. Julius C. f. Caesar: M. Calpurnius C. f. Bibulus.
58	L. Calpurnius L. f. Piso Caesoninus: A. Gabinius A. f.
57	P. Cornelius P. f. Lentulus Spinther: Q. Caecilius Q. f. Metellus Nepos.
56	Cn. Cornelius P. f. Lentulus Marcellinus: L. Marcius L. f. Philippus.
55	Cn. Pompeius Cn. f. Magnus II: M. Licinius P. f. Crassus II.
54	L. Domitius Cn. f. Ahenobarbus: Ap. Claudius Ap. f. Pulcher.

Año
a. C.

53 Cn. Domitius M. f. Calvinus: M. Valerius Messalla Rufus.
52 Cn. Pompeius Cn. f. Magnus III: Q. Caecilius Q. f. Metellus Pius Scipio.
51 Ser. Sulpicius Q. f. Rufus: M. Claudius M. f. Marcellus.
50 L. Aemilius M. f. Paullus: C. Claudius C. f. Marcellus.
49 C. Claudius M. f. Marcellus: L. Cornelius P. f. Lentulus Crus.
48 C. Julius C. f. Caesar II: P. Servilius P. f. Vatia Isauricus.
47 Q. Fufius Q. f. Calenus: P. Vatinius P. f.
46 C. Julius C. f. Caesar III: M. Aemilius M. f. Lepidus.
45 C. Julius C. f. Caesar IV.
Q. Fabius Q. f. Maximus: C. Trebonius C. f.
C. Caninius C. f. Rebilus.
44 C. Julius C. f. Caesar V: M. Antonius M. f.
P. Cornelius P. f. Dolabella.
43 C. Vibius C. f. Pansa Caetronianus: A. Hirtius A. f.
C. Julius C. f. Caesar (Octavianus): Q. Pedius (¿Q. f.?).
P. Ventidius P. f.: C. Carrinas C. f.
42 M. Aemilius M. f. Lepidus II: L. Munatius L. f. Plancus.
41 L. Antonius M. f.: P. Servilius P. f, Vatia Isauricus II.
40 Cn. Domitius M. f. Calvinus II: C. Asinius Cn. f. Pollio.
L. Cornelius L. f. Balbus: P. Canidius P. f. Crassus.
39 L. Marcius L. f. Censorinus: C. Calvisius C. f. Sabinus.
C. Cocceius (Balbus): P. Alfenus P. f. Varus.
38 Ap. Claudius C. f. Pulcher: C. Norbanus C. f. Flaccus.
L. Cornelius: L. Marcius L. f. Philippus.
37 M. Vipsanius L. f. Agrippa: L. Caninius L. f. Gallus.
T. Statilius T. f. Taurus.
36 L. Gellius L. f. Poplicola: M. Cocceius Nerva.
L. Nonius (L. f. Asprenas): Marcius.
35 L. Cornificius L. f.: Sex. Pompeius Sex. f.
P. Cornelius (P. f. Scipio) T. Peducaeus.
34 M. Antonius M. f. II: L. Scribonius L. f. Libo.
L. Sempronius L. f. Atratinus: Paullus Aemilius L. f. Lepidus.
C. Memmius C. f.: M. Herennius.
33 Imp. Caesar Divi f. II: L. Volcacius L. f. Tullus.
L. Autronius P. f. Paetus: L. Flavius.
C. Fonteius C. f. Capito: M. Acilius (¿M' f.?) Glabrio.
L. Vinicius M. f.: Q. Laronius.
32 Cn. Domitius L. f. Ahenobarbus: C. Sosius C. f.
L. Cornelius: M. Valerius Messalla.

Año
a. C.

31 Imp. Caesar Divif. III: M. Valerius M. f. Messalla Corvinus.
M. Titius L. f.: Cn. Pompeius Q. f.
30 Imp. Caesar Divi f. IV: M. Licinius M. f. Crassus.
C. Antistius C. f. Vetus.
M. Tullius M. f. Cicero.
L. Saenius L. f.
29 Imp. Caesar Divi f. V: Sex. Appuleius Sex. f.
Potitus Valerius M. f. Messalla.
28 Imp. Caesar Divi f. VI: M. Vipsanius L. f. Agrippa II.
27 Imp. Caesar Divi f. VII: M. Vipsanius L. f. Agrippa III.
26 Imp. Caesar Divi f. Augustus VIII: T. Statilius T. f. Taurus II.
25 Imp. Caesar Divi f. Augustus IX: M. Junius M. f. Silanus.
24 Imp. Caesar Divi f. Augustus X: C. Norbanus C. f. Flaccus.
23 Imp. Caesar Divi f. Augustus XI: A. Terentius A. f. Varro Murena.
L. Sestius P. f. Quirinalis: Cn. Calpurnius Cn. f. Piso.
22 M. Claudius M. f. Marcellus Aeserninus: L. Arruntius L. f.
21 M. Lollius M. f.: Q. Aemilius M'. f. Lepidus.
20 M. Appuleius Sex. f.: P. Silius P. f. Nerva.
19 C. Sentius C. f. Saturninus: Q. Lucretius Q. f. Vespillo.
M. Vinicius P. f.
18 P. Cornelius P. f. Lentulus Marcellinus: Cn. Cornelius L. f. Lentulus.
17 C. Furnius C. f.: C. Junius C. f. Silanus.
16 L. Domitius Cn. f. Ahenobarbus: P. Cornelius P. f. Scipio.
L. Tarius Rufus.
15 M. Livius L. f. Drusus Libo: L. Calpurnius L. f. Piso Frugi (Pontifex).
14 M. Licinius M. f. Crassus: Cn. Cornelius Cn. f. Lentulus (Augur).
13 Ti. Claudius Ti. f. Nero: P. Quinctilius Sex. f. Varus.
12 M. Valerius M. f. Messalla Barbatus Appianus: P. Sulpicius P. f. Quirinius.
C. Valgius C. f. Rufus.
C. Caninius C. f. Rebilus: L. Volusius Q. f. Saturninus.
11 Q. Aelius Q. f. Tubero: Paullus Fabius Q. f. Maximus.
10 Africanus Fabius Q. f. Maximus: Iullus Antonius M. f.
9 Nero Claudius Ti. f. Drusus: T. Quinctius T. f. Crispinus (Sulpicianus).
8 C. Marcius L. f. Censorinus: C. Asinius C. f. Gallus.
7 Ti. Claudius Ti. f. Nero II: Cn. Calpurnius Cn. f. Piso.
6 D. Laelius D. f. Balbus: C. Antistius C. f. Vetus.
5 Imp. Caesar Divi f. Augustus XII: L. Cornelius P. f. Sulla.
L. Vinicius L. f.

Año
a. C.

Q. Haterius: C. Sulpicius C. f. Galba.
4 C. Calvisius C. f. Sabinus: L. Passienus Rufus.
C. Caelius: Galus Sulpicius.
3 L. Cornelius L. f. Lentulus: M. Valerius M. f. Messalla Messallinus.
2 Imp. Caesar Divi f. Augustus XIII: M. Plautius M. f. Silvanus.
L. Caninius L. f. Gallus.
C. Fufius Geminus.
Q. Fabricius.
1 Cossus Cornelius Cn. f. Lentulus: L. Calpurnius Cn. f. Piso (Augur).
A. Plautius: A. Caecina (Severus).

Año
d. C.

---

1 C. Caesar Aug. f.: L. Aemilius Paulli f. Paullus.
M. Herennius M. f. Picens.
2 P. Vinicius M. f.: P. Alfenus P. f. Varus.
P. Cornelius Cn. f. (Lentulus) Scipio: T. Quinctius T. f. Crispinus Valerianus.
3 L. Aelius L. f. Lamia: M. Servilius M. f.
P. Silius P. f.: L. Volusius L. f. Saturninus.
4 Sex. Aelius Q. f. Catus: C. Sentius C. f. Saturninus.
Cn. Sentius C. f. Saturninus: C. Clodius C. f. Licinus.
5 L. Valerius Potiti f. Messalla Volesus: Cn. Cornelius L. f. Cinna Magnus.
C. Vibius C. f. Postumus: C. Ateius L. f. Capito.
6 M. Aemilius Paulli f. Lepidus: L. Arruntius L. f.
L. Nonius L. f. Asprenas
7 Q. Caecilius O. f. Metellus Creticus Silanus: A. Licinius A. f. Nerva Silianus
: Lucilius Longus.
8 M. Furius P. f. Camillus: Sex. Nonius L. f. Quinctilianus.
L. Apronius C. f.: A. Vibius C. f. Habitus.
9 C. Poppaeus Q. f. Sabinus: Q. Sulpicius Q. f. Camerinus.
M. Papius M. f. Mutilus: Q. Poppaeus Q. f. Secundus.
10 P. Cornelius P. f. Dolabella: C. Junius C. f. Silanus.
Ser. Cornelius Cn. f. Lentulus Maluginensis: Q. Junius Blaesus.
11 M'. Aemilius Q. f. Lepidus: T. Statilius T. f. Taurus.
L. Cassius L. f. Longinus.

Año d. C.	
12	Germanicus Ti. f. Caesar: C. Fonteius C. f. Capito. C. Visellius C. f. Varro.
13	C. Silius P. f. A. Caecina Largus: L. Munatius L. f. Plancus.
14	Sex. Pompeius Sex. f.: Sex. Appuleius Sex. f.

Relación de obras citadas

ACCAME, S., «Decimo Bruto dopo i funerali di Cesare», *Riv. di fil.* LXII (1934), 201 ss.

ALFÖLDI, A., «Der neue Weltherrscher der vierten Ekloge Vergils», *Hermes* LXV (1930), 369 ss.

—, «Die Ausgestaltung des monarchischen Zeremoniells am römischen Kaiserhofe», *RM* XLIX (1934), 1 ss.

—, «Insignien und Tracht der römischen Kaiser», *ib.* L (1935), 1 ss.

—, «Zum Panzerschmuck der Augustusstatue von Primaporta», *ib.* LII (1937), 48 ss.

—, «Zur Kenntnis der Zeit der römischen Soldatenkaiser III», *Zeitschr. für Numismatik* XL (1928), 1 ss.

ALTHEIM, F., *A History of Roman Religion*, Londres, 1938.

ANDERSON, J. G. C., «Augustan edicts from Cyrene», *JRS* XVII (1927), 33 ss.

BAHRFELDT, M., «Die Münzen der Flottenpräfekten des Marcus Antonius», *Num. Zeitschr.* XXXVII (1905), 9 ss.

—, «Provinziale Kupferprägung aus dem Ende der römischen Republik: Sosius, Proculeius, Crassus», *Journ. int. d'arch. num.* XI (1908), 215 ss.

BERVE, H., «Zum Monumentum Ancyranum», *Hermes* LXXI (1936), 241 ss.

BLUMENTHAL, F., «Die Autobiographie des Augustus», *Wiener Studien* XXXV (1913), 113 ss.; XXXVI (1914), 84 ss.

BORMANN, E., «Cn. Domitius Calvinus», *Festscrift für O. Benndorf* (1898), 233 ss.

CARCOPINO, J., «César et Cléopâtre», *Annales de l'école des hautes études de Gand* I (1937), 37 ss.

—, *Histoire romaine* II: *César*, París, 1936.

—, *Points de vue sur l'impérialisme romain,* París, 1934.

—, *Sylla ou la monarchie manquée,* París, 1931.

CARY, M., «Asinus germanus», *CQ* XVII (1923), 103 ss.

—, «The Municipal Legislation of Julius Caesar», *JRS* XXVII (1937), 48 ss.
CHARLESWORTH, M. P., «Some Fragments of the Propaganda of Mark Antony», *CQ* XXVII (1933), 172 ss.
—, *The Virtues of a Roman Emperor: Propaganda and the Creation of Belief,* The British Academy, Raleigh Lecture, Londres, 1937.
CICHORIUS, C., *Römische Studien,* Leipzig-Berlín, 1922.
—, «Zur Familiengeschichte Seians», *Hermes* XXXIX (1904), 461 ss.
CONWAY, R. S., *The Italic Dialects* I-II, Cambridge, 1897.
CORBISHLEY, T., «A Note on the Date of the Syrian Governorship of M. Titius», *JRS* XXIV (1934), 43 ss.
CUNTZ, O., «Legionare des Antonius und Augustus aus dem Orient», *Jahreshefte* XXV (1929), 70 ss.
DEGRASSI, A., «Sui Fasti di Magistri Vici rinvenuti in Via Marmorata», *Bull. Comm.* LXIII (1935), 173 ss.
—, «I Fasti trionfali di Urbisaglia», *Riv. di fil.* LXIV (1936), 274 ss.
DE SANCTIS, G., «Iscrizione inedita di Madinet-Madi», *Riv. di fil.* LXV (1937), 337 ss.
DESSAU, H., «Gaius Rabirius Postumus», *Hermes* XLVI (1911), 613 ss.
—, «Livius und Augustus», *Hermes* XLI (1906), 142 ss.
—, «Mommsen und das Monumentum Ancyranum», *Klio* XXII (1928), 261 ss.
DOBIÁS, J., «La donation d'Antoine à Cléopâtre en l'an 34 av. J.-C.», *Annuaire de l'inst. de philologie et d'histoire orientales* II (1933-1934) = *Mélanges Bidez,* 287 ss.
DRUMANN, K. W., y GROEBE, P., *Geschichte Roms in seinem Übergang von der republikanischen zur monarchischen Verfassung* I²-VI², Berlín-Leipzig, 1899-1929.
DUCHESNE, J., «Note sur le nom de Pompée», *L'antiquité classique* III (1934), 81 ss.
FERRERO, G., *The Greatness and Decline of Rome* I-V (E. T.), Londres, 1907-1909.
FOWLER, W. WARDE, *Roman Ideas of Deity,* Londres, 1914.
FRANK, T., «Augustus and the Aerarium», *JRS* XXIII (1933), 143 ss.
—, «Cicero and the Poetae Novi», *AJP* XL (1919), 396 ss.
GAGÉ, J., «La théologie de la victoire impériale», *Rev. hist.* CLXXI (1933), 1 ss.
—, *Res Gestae Divi Augusti*, París, 1935.
—, «Romulus-Augustus», *Mélanges d'archéologie et d'histoire* XLVII (1930), 138 ss.
GANTER, L., *Die Provinzialverwaltung der Triumvirn*, Diss. Estrasburgo, 1892.
GELZER, M., «Die Lex Vatinia de imperio Caesaris», *Hermes* LXIII (1928), 113 ss.
—, «Die Nobilität der Kaiserzeit», *ib.* L (1915), 395 ss.

—, *Die Nobilität der römischen Republik,* Berlín, 1912.

GLAUNING, A. E., *Die Anhängerschaft des Antonius und des Octavian*, Diss. Leipzig, 1936.

GROAG, E., «Beiträge zur Geschichte des zweiten Triumvirats», *Klio* XIV (1914), 43 ss.

—, «Prosopographische Beiträge v. Sergius Octavius Laenas Pontianus», *Jahreshefte* XXI-XXII (1924), Beiblatt 425 s.

—, «Studien zur Kaisergeschichte III: Der Sturz der Julia», *Wiener Studien* XL (1918), 150 ss.; XLI (1919), 74 ss.

GWOSDZ, A., *Der Begriff des römischen princeps*, Diss. Breslau, 1933.

HAMMOND. M., *The Augustan Principate*, Cambridge (Mass.), 1933.

HEINZE, R., *Vom Geist des Römertums*, Leipzig-Berlín, 1938.

HEITER, H. C., *De patriciis gentibus quae imperio Romano saeculis I, II, III fuerunt*, Diss. Berlín, 1909.

HILL, H., «Sulla's new Senators in 81 B.C.», *CO* XXVI (1932), 170 ss.

HOHL, E., «Primum facinus novi principatus», *Hermes* LXX (1935), 350 ss.

—, «Zu den Testamenten des Augustus», *Klio* XXX (1937), 323 ss.

HOLMES, T. RICE, *Caesar's Conquest of Gaul*[2], Oxford, 1928.

HOW, W. W., *Cicero, Select Letters* II, Oxford, 1926.

HÜLSEN, C., «Zum Kalender der Arvalbrüder: Das Daum der Schlacht bei Philippi», *Strena Buliciana*, 193 ss., Zagreb, 1924.

KAHRSTEDT, U., «Syrische Territorien in hellenistischer Zeit», *Gött. Abh., phil. hist. Kl.* XIX, 2 (1926).

KLOESEL, H., *Libertas*, Diss. Breslau, 1935.

KLOEVEKORN, H., *De proscriptionibus a. a. Chr. 43 a M. Antonio, M. Aemilio Lepido, C. Iulio Octaviano triumviris factis*, Diss. Königsberg, 1891.

KOCH, C., *Der römische Juppiter*, Frankfurter Studien zur Religion und Kultur der Antike XI, Frankfurt, 1937.

KÖSTERMANN, E., «"Status" als politischer Termínus in der Antike», *Rh. M.* LXXXVI (1937), 225 ss.

—, «Statio Principis», *Philologus* LXXXVII (1932), 358 ss.; 430 ss.

KOLBE, W., «Von der Republik zur Monarchie», *Aus Roms Zeitwende (Das Erbe der Alten*, Zweite Reihe, Helf XX, 1931), 39 ss.

KORNEMANN, E, «Die historische Schriftstellerei des C. Asinius Pollio», *Jahrbücher für cl. Pil.*, Supp. XXII (1896), 557 ss.

—, *Doppelprinzipat und Reichsteilung im Imperium Romanum*, Leipzig-Berlín, 1930.

—, «Zum Augustusjahr», *Klio* XXXI (1938), 81 ss.

—, «Zum Monumentum Ancyranum», *Klio* II (1902), 141 ss.

KROMAYER, J., «Kleine Forschungen zur Geschichte des zweiten Triumvirats», *Hermes* XXIX (1804), 556 ss.; XXXI (1896), 70 ss.; XXXIII (1808), 1 ss.; XXXIV (1899), 1 ss.

LESQUIER, J., *L'armée romaine d'Égypte d'Auguste à Dioclétien*, El Cairo, 1918.

LETZ, E., *Die Provinzialverwaltung Caesars,* Diss. Estrasburgo, 1912.

LEVI, M. A., «La grande iscrizione di Ottaviano trovata a Roso», *Riv. di fil.* LXVI (1938), 113 ss.

—, *Ottaviano Capoparte* I-II, Florencia, 1953.

LIEBENAM, W., *Fasti Consulares Imperii Romani* (Kleine Texte, 41-43, Bonn, 1909).

MAGIE, D., «The Mission of Agrippa to the Orient in 23 B.C.», *CP* III (1908), 145 ss.

MANCINI, G., «Fasti consolari e censorii ed Elenco di Vicomagistri rinvenuti in Via Marmorata», *Bull. Comm.* LXIII (1935), 35 ss.

MARSH, F. B., *The Founding of the Roman Empire*[2], Oxford, 1931.

—, *The Reign of Tiberius,* Oxford, 1931.

MATTINGLY, H., «Virgil's Golden Age: Sixth Aeneid and Fourth Eclogue», *CR* XLVIII (1934), 161 ss.

MEYER, E., *Caesars Monarchie und das Principat des Pompejus*[3], Stuttgart-Berlín, 1922.

—, *Kleine Schriften* I[2], Halle, 1924.

MOMMSEN, TH., *Gesammelte Schriften* IV (*Historische Schriften* I), Berlín, 1906.

—, *Res Gestae Divi Augusti*[2], Berlín, 1883.

—, *Römische Forschungen* I-II[2], Berlín, 1864.

MOTZO, B. R., «Caesariana et Augusta», *Ann. della facoltà di filosofia e lettere della reale università di Cagliari*, 1933, 1 ss.

MÜNZER, F., «Aus dem Verwandtenkreise Caesars und Octavians», *Hermes* LXXI (1936), 222 ss.

—, *Römische Adelsparteien und Adelsfamilien*, Stuttgart, 1920.

NORDEN, E., *Die antike Kunstprosa* I-II, Leipzig, 1898.

OLTRAMARE, A., «La réaction cicéronienne et les débuts du principat», *Rev. ét. lat.* X (1932), 58 ss.

OTTO, W., «Die Nobilität der Kaiserzeit», *Hermes* LI (1916), 73 ss.

PATSCH, C., «Beiträge zur Völkerkunde von Südosteuropa V, I», *Wiener Sitzungsberichte, phil.-hist. Kl.* 214, 1 (1932).

POCOCK, L. G., *A Commentary on Cicero in Vatinium*, Londres, 1926.

PREMERSTEIN, A. VON, «Der Daker- und Germanensieger M. Vinicius (*cos.* 19 v. Chr.) und sein Enkel (*cos.* 30 und 45 n. Chr.)», *Jahreshefte* XXVIII (1933), 140 ss.; XXIX (1934), 60 ss.

—, «Vom Werden und Wesen des Prinzipats», *Abh. der boyer. Ak. der Wiss., phil.-hist. Abt., N.F.* 15 (1937).

REINHOLD, M., *Marcus Agrippa*, Geneva (N. Y.), 1933.

REITZENSTEIN, R., «Die Idee des Principates bei Cicero und Augustus», *GGN*, 1917, 399 ss.

—, «Zu Cicero De re publica», *Hermes* LIX (1924), 356 ss.

REITZENSTEIN, R., y SCHWARTZ, E., «Pseudo-Sallusts Invective gegen Cicero», *Hermes* XXXIII (1898), 87 ss.

RICHARDSON, G. W., «Actium», *JRS* XXVII (1937), 153 ss.

RITTERLING, E. *Fasti des römischen Deutschland unter dem Prinzipat*, Viena, 1932.

ROSE, H. J., «The "Oath of Philippus" and the *Di Indigites*», *Harvard Th. Rev.* XXX (1937), 165 ss.

ROSTOVTZEFF, M., «Caesar and the South of Russia», *JRS* VII (1917), 27 ss.

—, *The Social and Economic History of the Roman Empire*, Oxford, 1926.

ROUSSEL, P., «Un Syrien au service de Rome et d'Octave», *Syria* XV (1934), 33 ss.

RUDOLPH, H., *Stadt und Staat im römischen Italien*, Leipzig, 1935.

SARIA, B., «Novi napisi», *Glasnik muzejskega drustva za Slovenijo* XVIII (1937), 132 ss.

SCHMIDT, O. E., «Die letzten Kämpfe der römischen Republik», *Jahrbücher für cl. Phil.*, Supp. XIII (1884), 665 ss.

—, «P. Ventidius Bassus», *Philologus* LI (1892), 198 ss.

SCHULZE, W., «Zur Geschichte lateinischer Eigennamen», *Gött. Abh., phil.-hist. Kl.* V, 6 (1904). Reimpresión, Berlín, 1933.

SCHUR, W., «Fremder Adel im römischen Staat», *Hermes* LIX (1924), 450 ss.

—, «Homo Novus», *Bonner Jahrbücher* CXXXIV (1929), 54 ss.

SCHWARTZ, E., «Die Vertheilung der römischen Provinzen nach Caesars Tod», *Hermes* XXXIII (1898), 185 ss.

SCOTT, K., «The "Political Propaganda of 44-30 B.C."», *Mem. Am. Ac. Rome* XI (1933), 1 ss.

SHIPLEY, F. W., «The Chronology of the building operations in Rome from the death of Caesar to the death of Augustus», *Mem. Am. Ac. Rome* IX (1931), 7 ss.

SKARD, E., *Zwei religiös-politische Begriffe, Euergetes-Concordia,* Oslo, 1932.

SNELL, B., «Die 16. Epode von Horaz und Vergils 4. Eclogue», *Hermes* LXXIII (1938), 237 ss.

STEIN, A., *Der römische Ritterstand.* Münchener Beiträge zur-Papyrusforschung und antiken Rechtsgeschichte x, Munich, 1927.

STEIN, E., «Kleine Beiträge zur römischen Geschichte II. Zur Kontroverse über die römische Nobilität der Kaiserzeit», *Hermes* LII (1917), 564 ss.

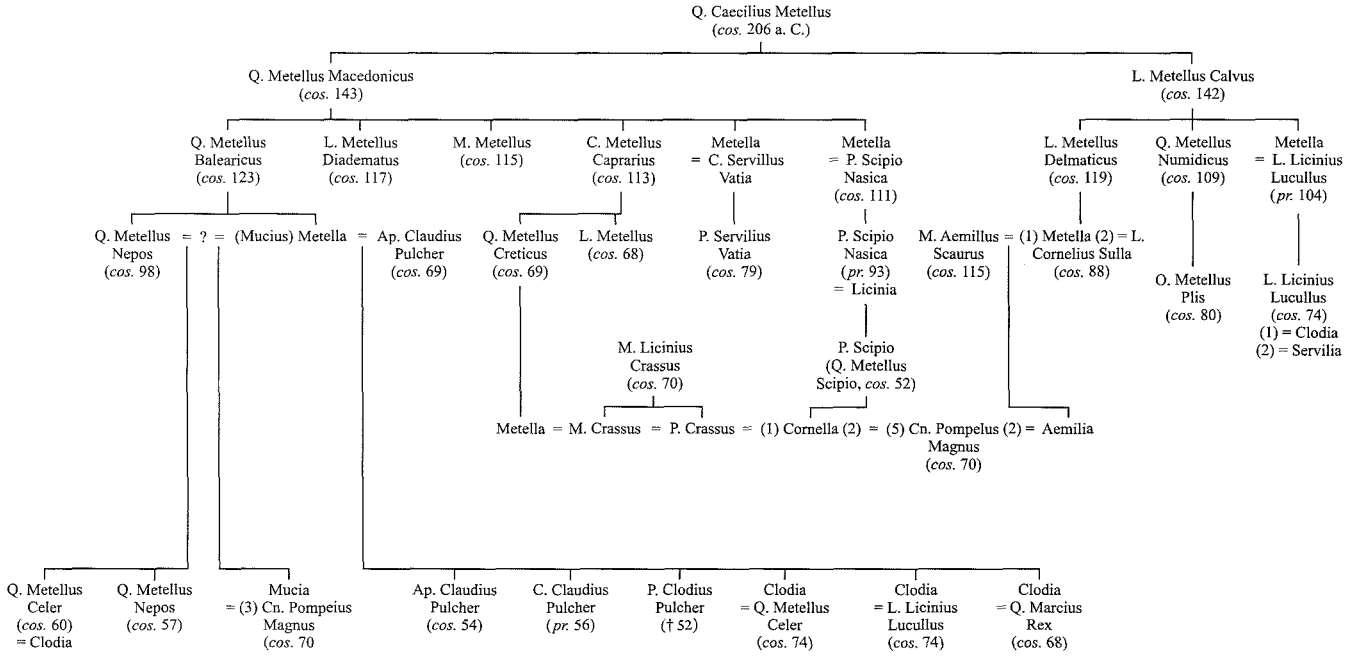
STERNKOPF, W., «Die Verteilung der römischen Provinzen vor dem mutinensischen Kriege», *Hermes* XLVII (1912), 321 ss.

STRASBURGER, H., *Caesars Eintritt in die Geschichte*, Munich, 1938.

—, *Concordia Ordinum,* Diss. Frankfurt, Leipzig, 1931.
SYME, R., «Caesar, the Senate and Italy», *BSR Papers* XIV (1938), 1 ss.
—, «Galatia and Pamphilia under Augustus: the governorships of Piso, Quirinius and Silvanus», *Klio* XXVII (1934), 122 ss.
—, «Lenntulus and the Origin of Moesia», *JRS* XXIV (1934), 113 ss.
—, «Pollio, Saloninus and Salonae», *CQ* XXXI (1937), 39 ss.
—, «Some Notes on the Legions under Augustus», *JRS* XXI (1933), 14 ss.
—, «M. Vinicius (*cos.* 19 B.C.)», *CQ* XXVII (1933), 142 ss.
—, «The Allegiance of Labienus», *JRS* XXVIII (1938), 113 ss.
—, «The Origin of Cornelius Gallus», *CQ* XXXII (1938), 39 ss.
—, «The Spanish War of Augustus (26-25 oc.)», *AJP* LV (1934), 293 ss.
—, «Who was Decidius Saxa?», *JRS* XXVII (1937), 127 ss.
TARN, W. W., «Actium: a note», *JRS* XXVIII (1938), 165 ss.
—, «Alexander Helios and the Golden Age», *ib.* XXII (1932), 135 ss.
—, «Antony's Legions», *CQ* XXVI (1932), 75 ss.
—, «The Battle of Actium», *JRS* XXI (1931), 173 ss.
TAYLOR, L. R., «M. Titius and the Syrian Command», *JRS* XXVI (1936), 161 ss.
—, «*Seviri Equitani Romanorum* and municipal *Seviri*», *JRS* XIV (1924), 158 ss.
—, *The Divinity of the Roman Emperor,* Am. Phil. Ass., Philological Monographs I, Middletown (Conn.), 1931.
VOGT, J., *Homo novus*, Stuttgart, 1926.
VOLKMANN, H., *Zur Rechtsprechung im Principat des Augustus*, Münchener Beiträge zur Papyrusforschung und antiken Rechtsgeschichte XXI, Munich, 1935.
WAGENVOORT, H., «Princeps», *Philologus* XCI (1936), 206 ss.; 323 ss.
WEBER, W., *Princeps. Studien zur Geschichte des Augustus*, Stuttgart-Berlín, 1936.
WEGEHAUPT, H., *Die Bedeutung und Anwendung von dignitas*, Diss. Breslau, 1932.
WEST, A. B., «Lucilian Genealogy», *AJP* XLIX (1928), 240 ss.
WICKERT, L., «Zu Caesars Reichspolitik», *Klio* XXX (1937), 232 ss.
WILLEMS, P., *Le sénat de la république romaine* I-II, Lovaine, 1878-1983.

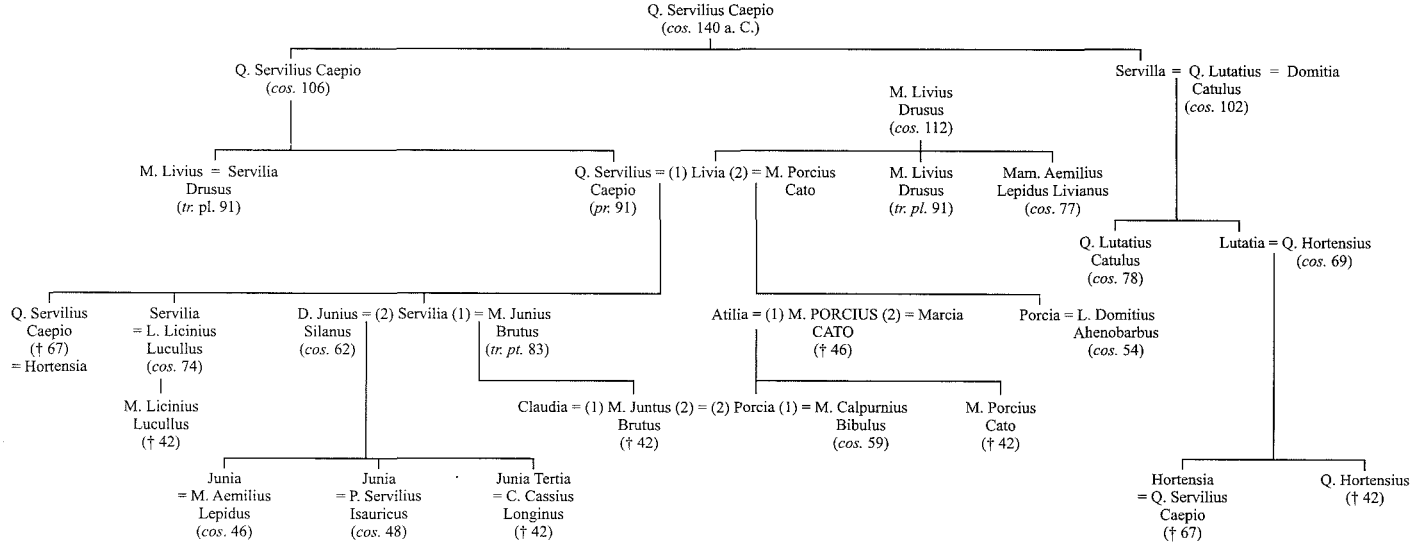
Árboles genealógicos

I. LOS METELLI



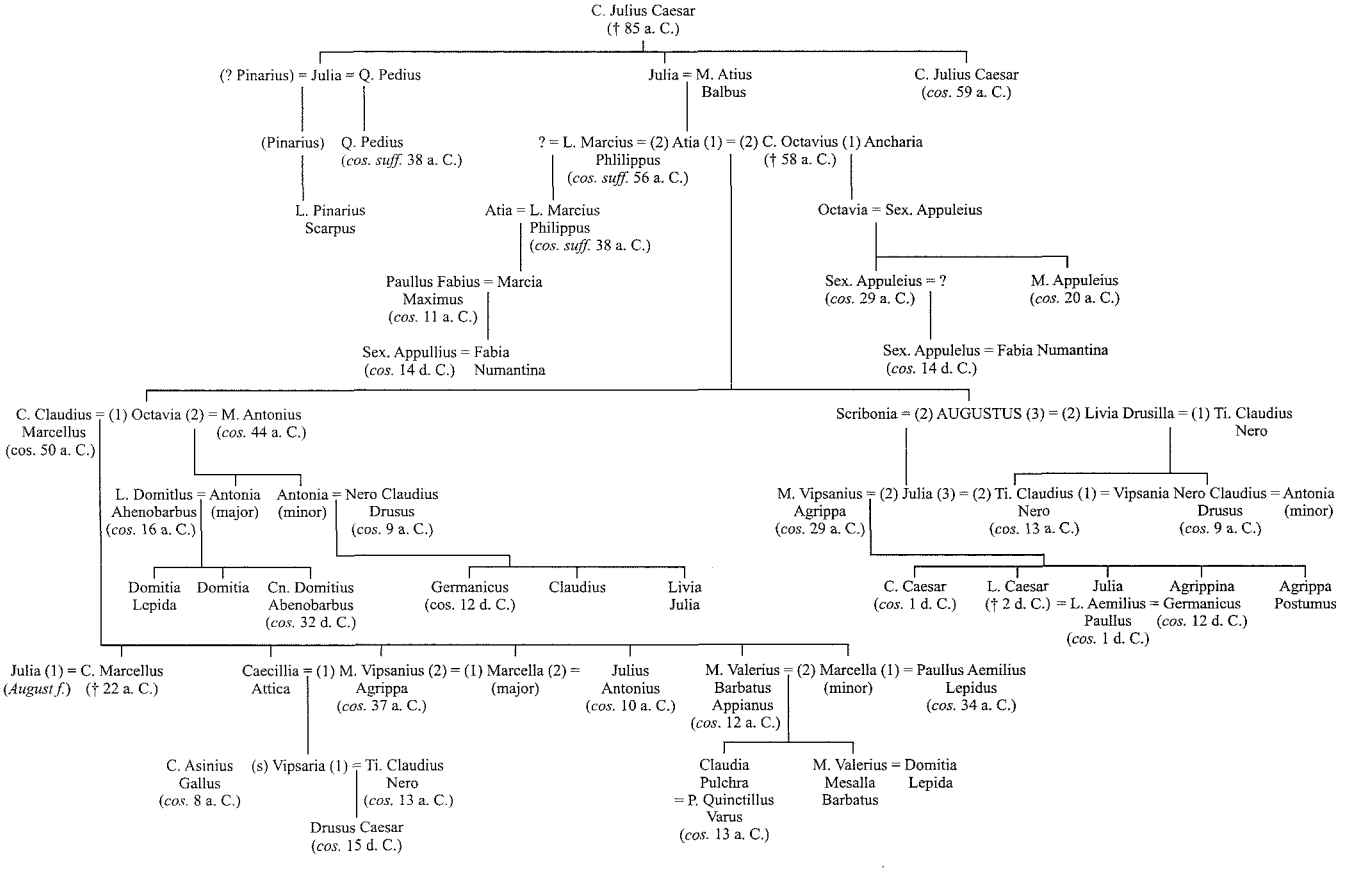
El árbol genealógico de los Caecilii Metelli está compilado con ayuda de las tablas de Münzer (P-W III, 1229 s.; *RA* 304). Se han hecho ciertas adiciones, como la familia de Ap. Claudius Pulcher, los hijos de Crasus y tres de los cinco matrimonios de Pompeius Magnus. Ni esta tabla ni ninguna otra de las seis que siguen pretenden ser exhaustivas, dar todos los colaterales o descendientes. Las personas más importantes de cada una de ellas y sus parentescos se indican. En la tablas I y II se dan las fechas en años a. C.

II. LOS PARIENTES DE CATO



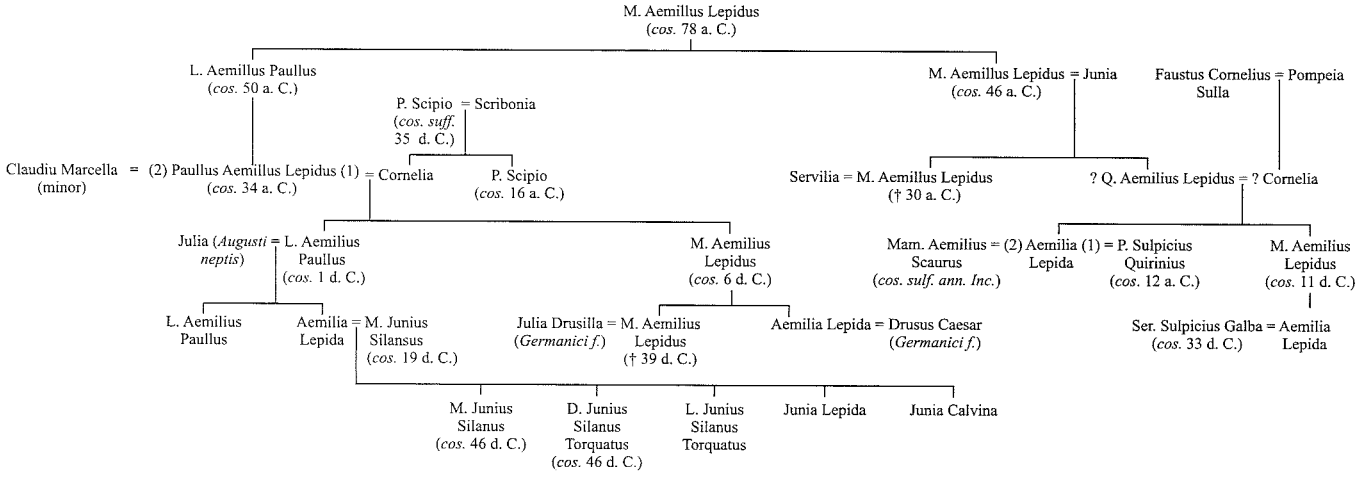
La tabla reproduce los estudios de Münzer, *RA*, 328 ss. La pieza clave se encuentra en los dos matrimonios de Livia, Hermana de M. Livius Drusus (*tr. pl.* 91 a. C.). Para la relación de Catulus con los Domitii, cf. Münzer, *RA*, 286 s.; sobre Q. Servilius Caepio, que adoptó a Brutus, hijo de Servilia, cf. *ibid.* 333 ss.

III. LA FAMILIA DE AUGUSTUS



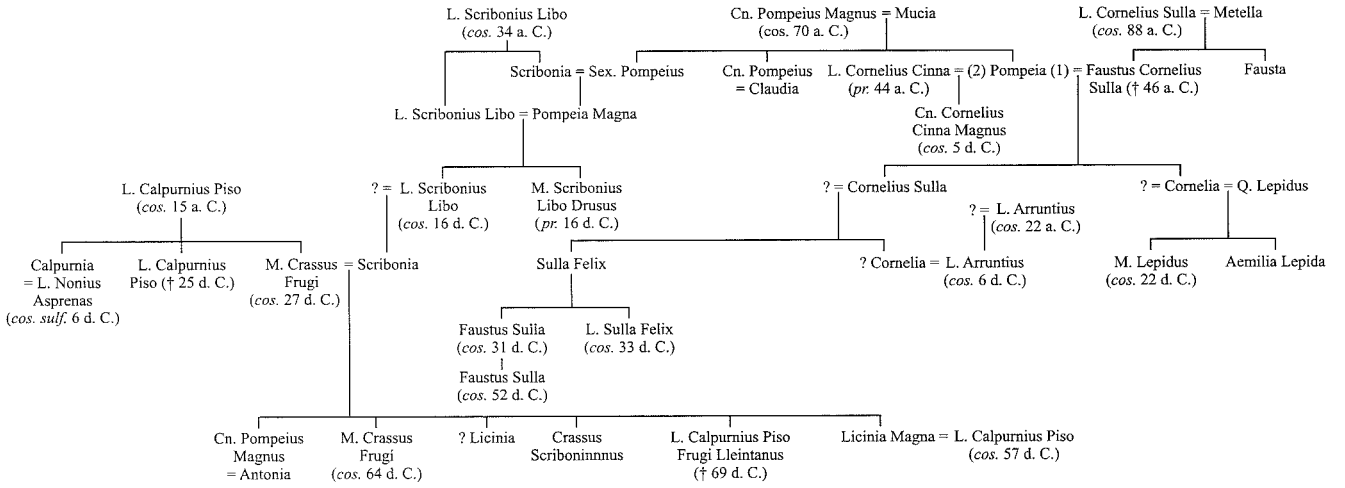
Este árbol, que está destinado sobre todo a ilustrar la historia política y los enlaces matrimoniales del Principado de Augusto, prescinde de ciertas parejas sin hijos y no lleva a sus descendientes más allá de la segunda generación.

IV. LOS AEMILII LEPIDI



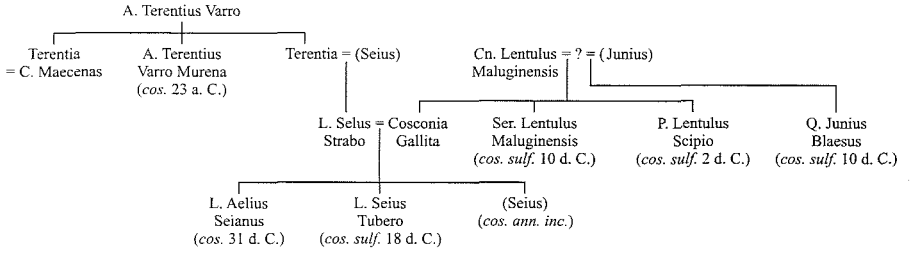
Ésta se basa en la tabla de Groag (*PIR*², A. p. 57) prescindiendo de Q. Aemilius Lepidus (*cos.* 66 a. C.) y de su hijo Q. Aemilius Lepidus (*cos.* 21 a. C.). El descubrimiento de Groag del parentesco con los descendientes de Pompeius y Sulla por el matrimonio de Faustus Sulla y de Pompeia hija de Magnus (cf. *PIR*², A 363) lo aceptamos aquí en la Tabla V.

V. LOS DESCENDIENTES DE POMPEIUS



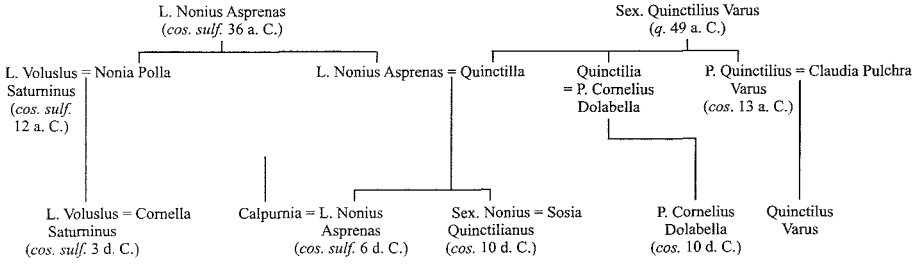
La tabla ilustra los enlaces entre los descendientes de Pompeius, Sulla, Crassus y L. Piso (*cos.* 15 a. C.), cf. *supra* páginas 517 y 608 s. Sobre los Calpurnii y la posteridad de Pompeius por la línea de los Scribonii, cf. los árboles genealógicos de Groag, P-W XIII, 273 s.; *PIR*^{2}, C, frente a página 54. M. Crassus Frugi (*cos.* 27 d. C.) se supone sea hijo de L. Piso, adoptado por el último de los Licinii Crassi, cónsul del 14 a. C. Los descendientes de Sulla están tomados de la tabla de Groag, *PIR*^{2}, C, frente a página 362, donde, como el autor reconoce, hay inseguridades. No las hay menos en lo referente a los Arruntii, cf. *supra*, páginas 518 y 609. Además, M. Livius Drusus Libo (*cos.* 15 a. C.) y M. Furius Camillus (*cos.* 8 d. C.) se adhieren de algún modo a este árbol.

VI. LA FAMILIA DE SEIANUS



Los parentescos de Seianus fueron investigados por primera vez por C. Cichorius, Hermes XXXIX (1904), 461 ss. (con un árbol, *ibid.* 470). En la materia de su parentesco con los Cornelii Lentuli, sin embargo, damos preferencia aquí a Groag, cf. la tabla en *PIR*^{2}, C, frente a página 316.

VII. LOS PARIENTES DE VARUS



Esta tabla se basa en el árbol genealógico elaborado por E. Groag, P-W XVII, 870, con la adición por conjetura de Nonia Polla. Sobre estos parentescos, cf. *supra* páginas 517, 528, 613.

Índice onomástico y analítico

El alcance y objeto de este índice es fundamentalmente prosopográfico. Está ordenado por *gentilicia*, salvo en los casos de Augusto, miembros de su familia y emperadores romanos, que figuran todos según sus nombres convencionales más corrientes. Se incluyen nombres de lugares cuando son importantes por su significación política o como localidad de procedencia (*origo*) de alguna persona; en la mayoría de los casos se hacen sólo referencias, sin comentarios.

A

Accio, Batalla de, 337 ss
  realzada como propaganda, 362 ss
Accio, Guerra de, 359 ss
  causas, pretendidas y reales, 330, 336
  como mito, 537
  como victoria de Italia, 554
  verdadero carácter, 352 ss
Acerras, 106 (n. 4), 120
  tributa honores a Gayo y a Lucio, 578
Acilio Glabrión, M. (*cos. suff.* 31 a. C.), 298 (n. 71), 401 (n. 70)
Acilios Glabriones, 613 (n. 48)
administración imperial, 473 ss
  papel de los:
    caballeros, 463 ss, 498 ss, 500 ss
    libertos, 431ss, 499 ss
Adriano, emperador, 506, 610, 612-613, 615
Aelius Lamia, L, 441 (n. 65)
aerarium, 139, 500-501 (n. 23)
aerarium militare, 430
Aesernia, 353 (y n. 56)
Afranio, L. (*cos.* 60 a. C.), 14, 47, 49-50, 52 (n. 48), 53, 64, 117, 124, 207, 282, 457, 610, 615
  origen y carrera, 48, 483 ss
  procónsul de la Cisalpina, 51 ss
  su consulado, 48 ss, 456 ss
Afranio Burro, Sex., *praefectus praetorius,* 615 (y n. 36)
África, en relación con Mario, Pompeyo y César, 102 ss, 109 ss
  como provincia senatorial, 384 ss, 403, 480 ss, 489 ss
  en el 44 a. C., 142 ss
  en el período triunviral, 237 ss, 265 ss, 287 ss
  guerras bajo Augusto, 414-415, 480-481, 489 ss
  gobernadores, 142 ss, 237-238, 294-295, 297-298, 304 ss, 356-357, 369 ss, 403, 414-415, 488-489, 530 ss, 533-534
Agrícola, *véase* Julio

agricultura, 47, 244 ss, 303-304, 550
Agripa, *véase* Vipsanio
Agrípa Póstumo, 500, 525, 535
  confinado en una isla, 527-528, 605-606
  ejecutado, 535
  su carácter antipático, 527-528
Agripina la Mayor, 515
Agripina la Menor, 469, 471 (n. 85), 625 (n. 6)
Ahenobarbo, *véase* Domicio
Alba Longa, 112, 364
Albio Tibulo, poeta, 369 (ns. 40, 42), 491 (n. 70), 563
Alejandría, 103, 143, 160, 267 ss, 322 (n. 22), 330, 343, 345 ss, 351 (n. 51), 367 (n. 33), 370, 637
Alejandro Helios, 320, 325, 366
Alejandro Magno, 75, 347 (n. 37)
  imperio de, 308, 367 ss
  visión romana de, 538
  y Octaviano, 372
  y Pompeyo, 45, 75-76
Aletrio, 439 (y n. 53)
Alevadas, de Larisa, 112
Alfeno Varo, P. (*cos. suff.* 39 a. C.), *novus homo,* 107 (n. 7), 123 (n. 33), 611 (n. 33)
  como jurista, 301 ss
  en la Cisalpina, 291
  origen, 123 (n. 82), 291
Alfidia, madre de Livia Drusila, 436 (n. 43)
alianza y adhesión, juramentos de, 72 ss, 162-163, 274 ss, 578-579
  carácter de la, en el 32 a. C., 352 s
  juradas:
    Livio Druso, 348-349
    Tiberio, 533-534
Alieno, A., seguidor de César, 88 (n. 14), 143, 216, 250 (y n. 73)
almirantes:
  Antonio, de, 326 ss
  durante el Principado, 484-485
  Octaviano, de, 284-285, 293 ss, 361-362
  Sex. Pompeyo, de, 283;
Alpes, conquista de los, 100-101, 191, 262, 265, 296, 439, 442, 475, 486 (n. 46), 509, 558
Amacio, alborotador popular, 129
amici principis, 459, 470
amicitia, 23 ss, 67, 85 (n. 1), 88 (n. 11), 96, 153, 199 (y n. 47), 342, 356, 377-378, 459, 470, 517
Amintas, rey de Galacia, 286, 318, 331, 335, 361, 367, 413, 480-481, 486, 584
Amiternum (Amiterno), 120 (n. 63)
Ampio Balbo, seguidor de Pompeyo, 74 (n. 22)
Anneo Séneca, L., el Viejo, 356 (n. 63), 447 (n. 82), 597 (n. 63)
Anneo Séneca, M., el Joven, su poder e influencia, 614
  como viticultor, 551
  sobre la monarquía, 631-632
Anneos, de Córdoba, 356, 447
Annio Cimber, seguidor de Antonio, 169
Annio Milón, T., 56 ss, 69 (n. 6)
annona, 53-54, 396, 415 -416, 435-436
Antígono, rey de Judea, 278
Antípatro, poeta de Tesalónica, 563
Antípatro de Derbe, 317
Antípatro el Idumeo, 103, 320
Antistio Labeón, M., abogado, republicano y honrado, 458
  actos de su independencia, 590
  muere en Filipos, 282
Antistio Vetus, C., procónsul de Hispania Ulterior, 89 (n. 18)
Antistio Vetus, C. (*cos. suff.* 30 a. C.), 89 (n. 18), 143, 258 (n. 22) 282 (n. 4), 401 (n. 60)
  legado de Hispania Citerior, 403 (ns. 65, 67, 68), 407, 414
  sus descendientes, 612
Antium (Anzio), conferencia de, 150, 178
Antonia, casada con Pitodoro, 321
Antonia (Maior), 274
  casada con L. Domicio Ahenobarbo, 462, 514
Antonia (Minor), casada con Druso, 462
  su corte, 470-471
  sus tres hijos, 514-515
Antonino Pío, 615-616
Antonio, C. (*cos.* 63 a. C.), 86 (n. 5), 90 (n. 23), 209 (n. 12), 246 (n. 54)
Antonio, C. (*pr.* 44 a. C.), 163, 215, 229, 255
Antonio, hijo de Julo, último de su linaje, 606

Antonio, Julo (*cos.* 10 a. C.), 456, 462, 514, 606
ejecutado, 519
importancia de, 520-521
su hijo, 606
Antonio, L. (*cos.* 41 a. C.), 260 (n. 28), 148-149, 237
en la Guerra de Perusa, 261 ss
pietas, 199-200
su cognomen, 199
su muerte, 263-264
Antonio, M. (*cos.* 44 a. C.), familia y parientes de, 88 ss, 135
acciones en 39-37 a. C., 275 ss; el otoño, 160, 163-164
acta de Antonio, *338, 340*
actitud durante la Guerra de Perusa, 262 ss, 264-265
actividades de Antonio en 32 a. C., 341 ss
actos y propósitos, 136-137
campaña y batalla de Filipos, 253 ss
carácter y reputación, 135-136, 155 ss, 190, 338
como estadista, 135 ss
con Cicerón, *1178-179*
contra el senado, 205 ss
después de los Idus de Marzo, 127 ss
derrota y muerte, 359 ss
descendientes, 459-460, 604 ss
disposiciones sobre provincias en el 44 a. C., 138-139, 140-141, 148, 214-215
el Tratado de Brindis, 270 ss;
estrategia, 363 ss
invasión de Media, 321 ss
matrimonio con Octavia, 270-271
Módena y más adelante, 163 ss, 218-219
organización del Oriente, 317 ss, 330 ss
partidarios de Antonio, 169-170, 249 ss, 276-277, 324 ss, 341-342, 361-362, 365-366, 425
prestigio de Antonio, 274 ss
pretendido desfalco, 138-139, 167-168
principios de su carrera, 59 ss, 104, 135 ss, 465-466
relaciones con Cleopatra, 267 ss, 272, 318 ss, 332 ss
relaciones con los Libertadores, 1139 ss, 150 ss
relaciones con Octaviano, 147-148, 160, 163-164
ruptura con Octaviano, 337 ss
su papel en las proscripciones, 239-240
su situación legal, 205, 211-212, 214-215
testamento de Antonio, 344 ss
Triunvirato, el, 235 ss
ruptura con Octaviano, 337 ss
ulteriores proyectos, 332 ss
Antonio Musa, médico de Augusto, 410
Antonios; 32 (n. 29), 605, 607
Apio, *véase* Claudio
Apolo, 132, 315, 566
como divinidad protectora de Augusto, *297*
Apolonia, amigos de Octaviano en, 166, 566
Apronio, L. (*cos. suff.* 8 d. C.), *novus homo,* 442 (n. 68), 529, 531
Aprovechados:
cesarianos, 103 ss, 463 ss
en las:
guerras civiles, 427-428, 430-431
proscripciones, *239* ss, *243-244*
Apuleyo, M. (*cos.* 20 a. C.), sobrino de Augusto, hijo de Octavia, 165 (n. 16), 403 (n. 66), 462
Apuleyo, M., cuestor de Asia, 216 (n. 28)
Apuleyo, Sex., marido de Octavia, 165 (n. 16)
Apuleyo Sex. (*cos.* 29 a. C.), hermano del *cos.* 20 a. C., 401 (n. 59), 591
legado de Ilírico en 8 a. C., 401
procónsul de España, 370-371
Apuleyo, Sex. (*cos.* 14 d. C.), 514, 608
aquaeductus de Agripa, 297, 491
cura aquartum, 491
Aquilio Floro, seguidor de Antonio, 366 (n. 28)
Ara Pacis, 370, 476, 575 ss, 579-580
«Arae Perusianae», 265 (n. 50)
Arelate (Arlés), 615 (n. 56), 616
Arezzo, 112, 116, 118, 162-163, 166-167, 353, 579
Aricia, 145, 164, 190
aristocracia, composición y transformación de la, 16-17, 21-22, 30-31, 105 ss, 245 ss, 299 ss, 434 ss, 613 ss,
véase también nobiles

Armenia, relación de Antonio con, 319, 322 ss, 330 ss, 340, 360 (n. 2), 509, 524
después de Accio, 367-368
política de Augusto respecto a, 475-521
Arpino, 77, 114, 181, 637
Arquelao, rey de Capadocia, 318, 522
Arquelao, etnarca de Judea, 487, 584
Arretium, *véase* Arezzo
Arruncio, proscrito, 243, 344
Arruncio, L. (*cos.* 22 a. C.), 281 (n. 1), 362-363, 404 (n. 71), 414, 454, 460 (n. 33), 518, 528 (y n. 70), 529 (y n. 72), 609 (n. 23), 611
Arruncio, L. (*cos.* 6. a. C.):
considerado *capax imperii,* 528
su conexión pompeyana, 344
su hijo adoptivo Camilo, 460
Arruncio Camilo Escriboniano, L. (*cos.* 32 d. C.), descendiente de Pompeyo, 460 (n. 33), 518 (n. 25), 609 (n. 23)
Artavasdes, rey de Armenia, 323-324, 330
Ásculo (Asculum), 92 (n. 32), 97, 436
Asia, aristocracia de, 319 ss, 445 ss, 583 ss, 601-602
como provincia senatorial, 402-403, 480 ss
culto de Augusto, 579 -580
en el período triunviral, 277-278, 317 ss
gobernadores, 133-134, 143-144, 174, 273-274, 324-325, 369-370, 384, 485-486, 584-585
Asinio, Herio, jefe de los marrucinos, 121
Asinio Galo, C. (*cos.* 8 a. C.), 272-273, 457-458, 482-483, 528 ss, 535
casa con Vipsania, 461-462, 626-627
supuestas ambiciones, 528-529
sus hijos, 612
Asinio Marcelo, M. (*cos.* 104 d. C.), 612 (n. 44)
Asinio Polión, C. (*cos.* 40 a. C.):
actitud en el 32 a. C., 355-356
bajo el Principado, 457-458
citas de:
las *Odas* de Horacio, 15 (n. 9), 18 (n. 14)
sus cartas, 14 (y n. 7)
como:
abogado, 242-243, 469-470
diplomático, 208-209, 225-226, 269-270, 301-302
poeta, 88 (n. 3), 302-303
defendido su proceder, 225-226
detesta a:
Cicerón, 209-210, 389-390, 589-590
Planeo, 263-264, 389-390
dictum: acerca de Octaviano, 263-264
en:
Brindis, 270-271
el 42 a. C., 253
en el año 60 a. C., 171
España, 107, 143, 210
la Cisalpina, 237-238
la Guerra de Perusa, 261 ss
las proscripciones, 242-243
Macedonia, 294
familia y descendientes, 612-613
no en Tarento, 279-280
observaciones sobre la Batalla de Módena, 219-220
relaciones con:
Galo, 309-310, 457-458
Virgilio. 272 ss, 308-309, 562-563
se une a Antonio, 225-226
sobre:
César, 17-18
Cicerón, 187-188, 240-241
el estilo literario, 591-592
la historia, 591-592
la *patavinitas,* 594-595
su:
biblioteca pública, 297-298
carácter, 131-132
compromiso, 13, 155-156, 209-220
consulado, 270 ss
muerte, 626-627
origen y carrera, 13-14, 121-122, 452-453
triunfo, 276-277, 297
sus *Historias,* 13-14
y la *Égloga IV,* 272 (y n. 20) ss
Asinios, de Teate Marrucinorum, 480 (n. 69), 625
Asisium, 439-440, 570
Astures, 406-407, 475, 584
Ateyo Capitón, C. (*cos. suff.* 5 d. C.), *novus homo,* 458
actividades religiosas, 466
como abogado político, 502, 591

curator aquarum, 491
Atia, sobrina de César, 52,-53 (n. 50), 145-146 (n. 13), 462
Atilios, *113* (n. *31*)
Atina, 118, 243
Atio Balbo, M., abuelo de Augusto, 47 (n. 15), 145
Ático, *véase* Pomponio
Atio Tulo, rey volsco, 111
attributi, 558
auctoritas, 11, 21, 29, 52, 55, 93 (n. 35), 103 (n. 80), 130, 153, 172, 181, 194, 203, 206-207, 212, 340, 383 (n. 1), 392, 394, 404, 408, 410, 422-423, 453, 497, 501, 542, 546, 561, 573, 591, 636, 641
Aufidio, T., *publicanus* y senador, *109* (n. 11)
Aufidia Lurco, de Fundi, 436 (n. 43)
augustales, 578
Augusto, el Emperador:
actividades demagógicas, 149 ss, 253 ss
actos en el 22 a. C., 413-414
adopción de Tiberio, 524
Aedo, 359
ambiciones dinásticas para sus nietos, 506 ss
Brindis, 268 ss
campaña de Filipos, 253
como jefe de partido, 351-352, 393-394, 415-416, 425 ss *(véase también clientela)*
con las provincias senatoriales, 384-385, 403 ss, 410 ss, 480 ss, 496
control de elecciones, 397-398, 453 ss
culto, 574, 641-642
descendientes, 604
desgracia de Julia, 518-519
el arreglo del 28-27 a. C., 383 ss
el *Bellum Siculum,* 283 ss
el nuevo arreglo, 407 ss
en:
Galia e Hispania, 475
Illyricum, 295 ss
la Guerra de Módena y después, 217 ss, 227 ss
Occidente, 405 ss
Oriente, 453, 475
relación con la mancomunidad romana, 636-637
38-37 a. C., 278 ss
escritos, 592-593, 639 ss
fondos políticos, 167-168
Guerra de Perusa, 258 ss
gustos literarios, 562, 592-593
indebidamente idealizado, 11 ss
iuratio Italiae, 346 ss
legalizada su situación, 210-211
matrimonios, 237 ss, 265-266, 293 ss
muerte y divinización, 533-534
opinión sobre Catón, 618-619
origen de su partido, 163 ss, 251-252, 289 ss, 425 ss
papel en las proscripciones, 238 ss
poderes después de Accio, 374 ss
posición:
en el 32 a. C., 339-340
tras el 6 a. C., 512 ss
programa moral, 542 ss
provincia, 383-384, 402-403, 495-496, 501-502, 578 ss
reformas:
administrativas, 489 ss, 499-500
morales, 531-532
relaciones con:
Cicerón, 147-148, 171-172, 179 ss, 227-228
el imperio, 394 ss, 445 ss, 578 ss, 583 ss, 638-639
el senado, 383-384, 452, 496, 497-498
Italia, 346-347, 437 ss, 548 ss, 569-560, 578-579
la plebe, 394-395, 453-454, 574-575, 585 ss
los *nobiles,* 294-295, 354-355, 401-402, 448-449, 454-455, 459-460, 466-467, 493-494, 512 ss, 553-554, 601 ss, 625-626
ruptura con Antonio, 337
su:
carácter, 11, 146-147, 415-416, 423-424, 586-587
familia y parientes, 111, 145, 162 ss, 190, 415-416, 461-466, 505 ss, 513 ss, 518 ss, 524 ss
matrimonio con Livia, 283, 416-417
origen y comienzos políticos, 145 ss
primera marcha sobre Roma, 160 ss
verdadero poder, 11-12, 393-394, 453, 493 ss

sus poderes constitucionales, 383 ss, 410 ss, 495-496, 501-502
tras el 12 a. C., 475-476
triunvirato, 237
últimos actos, 427-428, 533-534
y el consulado, 228-229, 231-232
Aulieno, Sex., oficial ecuestre de Forum Iulii, 447 (n. 82)
Aurelia, madre de César, 39 (n. 57)
Aurelio Cota, L. (*cos.* 65 a. C.), 89 (n. 16), 181 (n. 2), 208
Autobiografía de Augusto, 145 (n. 1), 151 (n. 22), 165 (n. 15), 222 (n. 2), 272 (n. 21), 407, 639
Autronio Peto, L. (*cos. suff.* 33 a. C.), 298, 401-402
procónsul de África, 356-357, 369-370, 377-378, 610-611
auxilia, importancia de los, 559
Auximo (Auximum), 119, 122, 585 (y n. 11), 586
Avectio, Nervio, 581 (n. 72)

B

Baetica, no provincia en 27 a. C., 399 (n. 53)
fecha de origen, 482
Balbo, *véase* Cornelio
Balcanes, conquistas romanas en los, 77, 100, 127, 139, 147, 149, 154, 168, 254, 277, 296, 323, 325, 332, 406, 414, 424, 459, 476, 477-478, 481, 487, 489, 503, 521, 530-531, 559, 583
véase también Macedonia, Moesia
Barbario Filipo, esclavo fugitivo y senador, 246 (n. 54)
Barbatio Polión, M., cuestor de Antonio, 246 (ns. 54, 58)
Batilo, favorito de Mecenas, 418 (y n. 44), 595
Bellum:
Alexandrinum, 98, 364
Civile, 562 (n. 2)
Gallicum, 98
Italicum, 29, 34, 115, 117, 119 ss, 123, 237, 245, 260, 349-350, 437, 468
Marsicum, 115
Pannonicum, 477-478 (ns. 16, 17), 488 (n. 59)
Perusinum, 468
Sequanicum, 311 (n. 45)
Siculum, 250 (n. 74), 290 (n. 37), 293, 311
Thracicum, de L. Pisón, 478 (n. 17), 486 (n. 48)
Benevento, 113 (y n. 31), 246 (n. 51), 263, 500 (n. 15)
Bética, *véase* Baetica
Betilieno Baso, P., de Aletrio, 439 (n. 53)
Bíbulo, *véase* Calpurnio
Bilieno, notable *novus homo*, 109 (n. 11), 123 (n. 82)
Bithynia:
bajo Antonio, 320
concedida en 44 a. C., 134, 325 (y n. 30), 331, 360
gobernadores, 136 (n. 24), 143 (y n. 42), 270, 274, 318, 323, 369 (n. 45)
provincia senatorial, 402 (n. 62)
Bononia (Bolonia), Alianza de, 218, 221, 223, 237, 239, 347-348 (y n. 40), 569
véase también triunvirato
Britannia, rumores acerca de ella, 102, 368, 406
Brixia (Brescia), 107 (n. 7), 309 (y n. 36), 442 (y n. 69)
mojigatería flagrante de, 556 (y n. 67)
Brundusium (Brindis), Tratado de, 270 ss
Bruto, L. Junio Bruto (*cos.* 509 a. C.), de autenticidad dudosa, 81 (n. 42), 114 (n. 35)
Bruto, M. Junio (*tr. pl.* 85 a. C.), padre del tiranicida, 33 (n. 31)
Bruto, M. Junio (*pr.* 44 a. C.):
acciones en y después de los Idus de Marzo, sus, 127 ss
actividades durante el verano, 44 a. C., 149-150
aliados y parientes, sus, 62-63, 95-96, 126, 248-249, 603
amistad con Antonio, su, 128, 137-138, 253-254, 256-257
campaña de Hipos, 255 ss
carácter, su, 80-81, 189, 229 ss, 391 ss
casa con:
Claudia, 63-64
Porcia, 80-81
cualidades de orador, 80-81, 128, 301-302

disgusto de la guerra civil, su, 187-188, 229 ss
disputa con Cicerón, 229-230
estudios filosóficos, 79-80
fama póstuma, 187-188, 391 ss, 569-570, 619-620
familia, su, 41, 62-63, 80 ss
marcha de Italia, 152-153, 178-179
motivos para el asesinato, 78 ss, 80 ss
odio a Pompeyo, su, 41, 80-81
opiniones sobre Cicerón, 177, 181-182, 302-303
perspectivas políticas, 127 ss
prometido de Julia, 50-51, 80-81
relaciones con César, 80-81
suicidio, su, 256 ss
toma de Macedonia, 215 ss
visión del imperialismo, 392-393
Junio Bruto Albino, D., cesariano y tiranicida, 89 (n. 15), 125-126, 140-141
después de los Idus de Marzo, 131-134
en la:
Galia Cisalpina, 133-134, 142-143, 160-161, 229-230
Guerra de Módena, 221 ss, 224-225
familia y parentela, 88-89, 171-172
final, su, 225-226
Junio Bruto Damasipo, L., seguidor de Mario, 33 (n. 31)
Burebistas, rey dácico, 100 (n. 67)
burguesía, caracteres de la, 438-439, 553 ss

C

caballeros:
al mando de ejércitos, 251-252, 432-433
amigos personales y consejeros del Princeps, 435-436, 498 ss
contrarios a la política, 25-26, 125-126, 435-436, 442-443
como:
factor cardinal en el Principado, 432-433
procuradores, 433-434
control de los tribunales de justicia, 25-26
en:
el 32 a. C., 354-355
Gades y Corduba, 356-357
los altos cargos, 434-435
ideales, 25-26, 616-617
ingreso en el senado, 24 ss, 109-110, 436-437
servicio militar, 96-97, 105 ss, 109-110, 430 ss
en la facción de Octaviano, 169-170
víctimas de las proscripciones, 244-245
sentimientos sobre el nuevo régimen, 315-316, 427-428
status y ambiciones, 24 ss
Caecina, *véase* Cecina
Cafón, ex centurión, 106, 149 (n. 4), 163
Caleno, *véase* Fufio
Cales, 120, 243 (y ns. 34, 39), 298 (n. 71), 353, 441, 468
Calidio, M., senador importante, 57 (n. 65)
Calígula:
avergonzado de su sangre vipsania, 611
casado con Lolia Paulina, 611 (y n. 38)
chanzas de, 107, 352 (n. 53), 471, 500, 505, 598, 606 (y n.14), 607, 609, 614 ss
preferencias literarias, 599 (y n. 71)
Callaecia, 489 (n. 64)
Calpetano Estacio Rufo, C., senador de Augusto, 439
Calpurnia, esposa de César, 53, 125-126
Calpurnia, esposa de Mesala Corvino, 516 (n. 12)
Calpurnio Bíbulo, L.:
gobernador de Siria, 325 (n. 30), 327-328, 344
republicano y antoniano, 248, 258, 276, 286, 293 (n. 56)
Calpurnio Bíbulo, M. (*cos.* 59 a. C.), 38 (y n. 52), 51, 57, 63-64, 131
su mujer, 38, 81
Calpurnio Craso Frugi Liciniano, C., ilustre conspirador, 610
Calpurnio Pisón, C. (*cos.* 67 a. C.), enemigo de Pompeyo, 52 (n. 45), 91-92
Calpurnio Pisón, C. (*cos.* 111 d. C.), 608-609
Calpurnio Pisón, Cn. (*cos.* 23 a. C.):
acepta el consulado, 409-410, 413-414, 448-449
con los Libertadores, 248-249, 257-258
Calpurnio Pisón, Cn. (*cos.* 7 a. C.), hijo

del anterior y amigo de Tiberio, 517-518, 528-529
Calpurnio Pisón Cesonino, L. (*cos.* 58 a. C.):
actitud durante las guerras civiles, 86 ss
carácter y gustos filohelénicos, 174, 189, 633-634
como censor, 91-92
defendida su política, 174
desaparece de la historia, 246-247
descendientes, 516-517
disputa con Cicerón, 190
durante la Guerra de Módena, 207-208, 210-211, 213-214
en el 44 a. C., 128, 171-174
familia y extracción, 101-102, 191, 435-436
suegro de César, 53
Calpurnio Pisón Frugi, L. (*cos.* 15 a. C.), 403 (n. 66), 456, 462, 479 (n. 21)
Bellum Thracicum, 478 (n. 17)
carácter y hábitos de bebedor, 531-532
carrera, su, 483
como mecenas literario, 457-458
descendientes, 607 ss
Galacia, en, 478, 486-487
importancia política y social, 516-517
parentela, 516-517, 532-533, 607-608
praefectus urbi, 492-493
procónsul de Asia, 486-487
Calpurnio Pisón Frugi Liciniano, L., adoptado por Galba, 610 (n. 30)
Calpurnios, 31-32, 113-114, 300, 466-467
Calpurnios Bíbulos, 603-604
Calventius, de Placentia, abuelo materno de L. Pisón, 101 (n. 71), 436
Calvisio Sabino, C. (*cos.* 39 a. C.), 121 (n. 71), 124 (n. 83), 143 (y n. 41), 249 (n. 72), 250 (y n. 74), 275 (y n. 35), 285, 292, 294, 313, 345, 353, 357 (y n. 65), 369 (y n. 42), 370, 375, 401, 466, 490, 503, 518, 610 (y n. 31), 612
ataques a Antonio, 344-345
como almirante, 284-285
en:
África, 142-143
España, 356-357
descendientes, 611 ss
repara la Vía Latina, 490-491
su:
consulado, 274-275
origen, 249-250
pietas hacia César, 274-275
sus sacerdocios, 293-294, 466-467
Calvo, *véase* Licinio
Camilo, 31, 373, 460 (ns. 33, 34), 518 (n. 25)
Campania:
nobles romanos de, 112-113
parientes de Veleyo Patérculo, 467-468
seguidores de Mario y de César, 120-121
Campesinos:
como soldados, 548 ss
idealizados, 552-553, 557-558
Canidia, bruja, 251 (n. 76)
Canidio, en Chipre, 250 (n. 76)
Canidio Craso, P. (*cos. suff.* 40 a. C.), 250-251, 274
a favor de Cleopatra, 341-342
en:
35-33 a. C., 324 ss
la Guerra de Accio, 359 ss
muerte, 365-366
origen y nombre, 250-251
sin descendencia, 609-610
su brillante carrera, 484-485
sus campañas hacia el Cáucaso, 278, 322-323
Caninio Galo (*cos.* 37 a. C.), partidario de Antonio, 251 (y n. 79)
Caninio Rebilo, C. (*cos. suff.* 45 a. C.), 125(n. 90), 209 (n. 12), 292 (n. 47)
Caninio Rebilo, C. (*cos. suff.* 12 a. C.), 456 (n. 15)
cántabros, 406 ss
Canusium, 250 (n. 74), 440
Canutio, Ti. (*tr. pl.* 44 a. C.), 160, 170 (n. 34), 175, 264
capital:
combatido por los triunviros, 243 ss, 431 ss
en peligro en el 32 a. C., 353-354
favorable al Principado, 427-428, 550-551, 583-584
garantizado por César, 73-74
Capadocia, rey de, 318-319, 522-523
Capua, 113 (n. 30), 161, 246 (n. 51), 468 (n. 72)
Carfuleno, D., oficial ecuestre y senador, 170 (n. 34), 291

Carisio, P.:
carácter brutal, 407, 584
legado de Hispania Ulterior, 281 (n. 47), 403 (n. 67), 407 (y ns. 4, 6), 459
partidario de Octaviano, 291 (n. 47), 292 (n. 47), 458 ss
Caristanio Frontón, C., de Antioquía de Pisidin, 278 (n. 47), 447 (n. 84), 621 (n. 74)
Carrinas, C., seguidor de Mario, 90
Carrinas, C. (*cos. suff.* 43 a. C.):
en:
España, 265-266
Galia, la, 356-357, 368-369
seguidor de César, 120 (y n. 62), 123 (n. 81), 166 (n. 20), 250, 257, 290, 357 (y n. 65), 369 (y n. 42), 370, 401, 455, 518, 610
su origen y nombre, 119-120, 123-124
sin descendencia, 609-610
Cartago, caída de:
altar de la *gens Augusta,* 578-579
en relación con la historia de Roma, 195, 305-306
las guerras contra Cartago promueven a *novi homines,* 31-32, 300-301
Casio de Parma, asesino de César, 125, 190 (n. 9), 258 (n. 22), 282 (n. 4), 328 (y n. 43), 366
Casio, de Patavium, conspirador, 585 (n. 11)
Casio Longino, C. (*pr.* 44 a. C.), 79, 125
campaña de Filipos, 255-256
carácter, 79-80, 230-231
descendientes, 603
en Oriente, 215-216, 253-255
esposa, 94-95, 603
muerte, 255-256
su clientela entre los traspadanos, 569-570
sus hermanos, 88-89
tras los Idus de Marzo, 149-150
véase también Bruto
Casio Longino, C. (*cos. suff.* 30 d. C.), 603
Casio Longino, L. (*tr. pl.* 44 a. C.), 89 (n. 15), 170 (n. 34)
Casio Longino, L. (*cos.* 11 d. C.), 603 (n. 6)
Casio Severo, el orador, 459, 595-596
carácter, 595-596
castigado. 591
obras rehabilitadas, 598-599
sobre Vitelio y P. Fabio Máximo, 595-596
Casios, 31-32, 603
Castricio, delator, 591
Castricio, A., hijo de Miriotalento, 446-447
Catilina, L. Sergio, 26-30, 38 (n. 53), 39, 45, 163, 189, 296, 213, 303, 348, 389, 473
ayudado por Craso, 40, 83
hijastra, su, 87 (n. 8)
ideas sobre los *novi homines,* 22
patricios, sobre los, 94 (n. 38)
seguidores, sus, 91, 118-119
virtudes y vicios de, 191
Catilinarios:
castigo de los, 39-40
del lado de César, 90-91
en las ciudades de Italia, 118-119
Catulo, C. Valerio:
como poeta, 309 (y n. 36)
relaciones con César, 193
su origen, 101, 107
sus amigos. 88, 329
Catulo, L. Valerio, senador de Augusto, 442 (n. 69)
Catulo, Q. Lutacio, (*cos.* 78 a. C.):
actividades políticas, 34 ss, 36-37, 49-50
eminencia y virtudes, su, 34 (y n. 38), 40 (n. 59)
insultado por César, 77-78
parientes, 34, 37-38
Cecilia Ática, 294, 316, 422
Cecilia Metela, esposa de Escauro y de Sila, 33 (y n. 35), 48
Cecilia Metela, hija del Cretense, 33 (n. 35), 35 (n. 41), 63 (y n. 88), 89
Cecilia Metela, esposa del hijo de Léntulo Espínter, 63 (n. 88)
Cecilio, Baso, Q., seguidor de Pompeyo, 134, 160 (n. 5), 216
Cecilio Metelo, proscrito, 248 (n. 62)
Cecilio Metelo, partidario de Antonio, 329, 366, 466
Cecilio Metelo, L. (*cos.* 68 a. C.), 62
Cecilio Metelo, Q., senador de Augusto, 461

Cecilio Metelo Céler, Q. (*cos.* 60 a. C.), 14, 37, 48, 50, 52, 61-62
como:
cónsul, 51-52, 61-62
pretor, 48
gobernador de la Cisalpina, 101-102
su carta a Cicerón, 64 (n. 90)
Cecilio Metelo, el Cretense, Q. (*cos.* 69 a. C.), 34, 50, 61
Cecilio Metelo Cretense Silano, Q. (*cos.* 7 d. C.), 5516 (n. 15), 533, 603
Cecilio Metelo Macedónico, Q. (*cos.* 143 a. C.), 33, 543
Cecilio Metelo Nepote, Q. (*cos.* 57 a. C.), 37 (n. 46), 48 ss, 61 (y n. 80)
Cecilio Metelo Pío, Q. (*cos.* 80 a. C.), 33 ss, 54 (n. 51), 61 (n. 80)
Cecilio Metelo Pío Escipión, Q. (*cos.* 32 a. C.):
consulado, 56-57;
mata a L. Ticida, 88;
muerte, 70-71
origen y carácter, 53-54, 56-57, 63-64, 85-86
Cecilios Metelos, 22-23, 32 ss, 37-38, 48 ss, 89-90, 94-95, 113 ss, 247-248, 300, 515-516, 603
Cecina, agente de Octaviano, 181 ss
Cecina, A., noble etrusco, 110 (n. 16)
Cecina Severo, A. (*cos. suff.* 1 a. C.), 531
en el Rhin, 533
descendientes, 611-612
legado en Moesia, 481 8n. 26), 487
Cecina, de Volaterras, 169 (n. 30), 181, 261
Celio (Caelius), C. (*cos. suff.* 4 a. C.), 441 (n. 65)
Celio Rufo, M., 59
defendido por Cicerón, 118
desencanto y muerte, 73-74
disputa con A. Pulcro, 58-59, 88
origen, 117-118
parentela de, 88
talento de orador, 88, 301-302
Celio (Coelius) Caldo, C. (*cos.* 94 a. C.), *novus homo,* 124 (n. 85)
Cenis (Caenis), liberta de Antonia, 471
censura, en la política romana, 58-59, 90-91
funciones convenientes, 542-543
restablecida en el 22 a. C., 414-415
cepasios, oradores de pueblo, 108-109
César, C. Julio (*cos.* 59 a. C.):
actitud monárquica, 75 ss, 81 ss, 602
ambición, 39-40, 59-60, 155-156
arrogancia, 59-60, 77-78
asesinato de, 79
carácter, su, 40, 96-97, 154 ss
César y Cicerón, 301-302
clemencia, 71 ss, 89-90, 201-202
confiscaciones, 103 ss
consulados y alianza con Pompeyo, 16-17, 50-51
culto, 76-79, 150 ss, 159
deberes para con los clientes, sobre, 95-96
Dictadura, 72 ss
elección de cónsules, 125 ss
familia y parientes, su, 39 ss, 52 ss, 95 ss
funeral, 128 ss
incremento del senado, 104 ss
insuficiencia en la *dignitas,* 67-68, 95-96, 156-157
intereses literarios, 562
legados, sus, 92-93, 125-126
melancolía, 77 ss
municipia, en los, 119 ss
no un verdadero revolucionario, 73-74, 81-82, 93-94, 248-249
Occidente, en, 100 ss
orgullo de cuna, 93-94
Oriente, en, 319 ss;
partidarios:
entre los itálicos, 109-110, 118-119 ss
y seguidores, sus, 58-59, 82 ss, 93 ss, 119-120
política liberal, su, 444-445
principios de su carrera, 39 ss, 45, 49
provincia consular, su52-53
Rávena y Luca, en, 54-55
relaciones con:
el partido de Mario, 89-90, 118-119, 124-125
los financieros, 73-74, 98 ss
Pompeyo, 45, 50 ss
reputación en el Principado, 388 ss, 539
res publica, sobre la, 74-75

responsabilidad en la Guerra Civil, 67 ss
secretaría, 97-98, 497
últimos proyectos, 74 ss
unificación de Italia, la, 100-101, 122-123, 437-438
véase también Divus Iulius
Centuriones, 96-97, 106-107, 300-301, 482-483
promoción al orden ecuestre en el Principado, 428-429
Cerdeña (Sardinia):
asumida por Augusto, 482
durante el Triunvirato, 238, 265, 269, 275, 285, 291, 435 (n. 39), 495 (n. 3)
gobernadores, 265, 269
provincia senatorial, 402 (y n. 52)
Cesenio Lento, seguidor de Antonio, 149 (n. 18), 169
Cetroniano (Caetronianus), sobrenombre etrusco de Pansa, 97 (n. 55)
Chipre:
bajo el Principado, 399-400, 414-415, 481-482, 495-496
concedida a Egipto, 251 (n. 76), 268, 319, 331, 399 (y n. 53), 415, 435, 482,
495 (n. 3)
gobernadores de, 495-496
Chumstincto, Nervio, 581 (n. 72)
Cicerón, M. Tulio *(cos.* 63 a. C.):
abogado, como, 189 ss
actividad en el 60 a. C., 53-54
ataques a Antonio, 159
bajo la dictadura de César, 73-74, 108-109, 175, 181-182
carácter, su, 156-157, 177, 392-393
Catón, con, 63 ss, 175
César, con, 73-74
comienzos de carrera y consulado, 38-39, 45, 48
como:
gracioso, 193
novus homo, 29 s, 22 ss, 465-466
defiende a:
Balbo, 112, 192
Celio y Plancio, 117-118
varios bribones, 108-109, 183-184, 191
desacuerdos con Bruto, 187-188
en la Guerra Civil, 63-64, 176 ss
en marzo del 44 a. C., 128, 177-178
en el verano del 44 a. C., 147-148
encuentro con Octaviano, 147-148
exilio, 52-54, 17
ilusiones políticas, 181 ss
las *Filípicas,* 135-136, 178-179, 185 ss
litigio con Pisón, 173, 178-179
política en 44-43 a. C., 173 ss
Pompeyo, con, 45, 49-50, 175 ss, 181 ss
programa político, 27-28, 53-54, 117-118, 390-391
proscripción y muerte, 240-241
relaciones con:
Octaviano, 171-172, 227 ss
publicani, 25-26
reputación
bajo Augusto, 389-390, 393-394, 592-593, 619-620
general y rango en la historia, 13, 301-302
riqueza, 244-245
sobre:
los *novi homines,* 118-119
tota Italia, 118-119
su política y actividades en el 43 a. C., 206 ss
teoría política, 27 ss, 183 ss, 389 ss
veredicto:
de Polión, el, 240-241
sobre César, su, 78-79, 184-185
y el consulado, 228-229
Cicerón, M. Tulio (*cos. suff.* 30 a. C.):
carácter, 368-369
con los Libertadores, 249, 258
gobernador de Siria, 368-369, 377-378
sin descendientes, 609-610
su consulado, 414-415
Cicerón, O. Tulio, 78 (n. 34), 93
Cilicia deja de ser provincia, 318, 330-331
Cilicia Áspera, dada a Cleopatra, 318-319, 331-332, 343-344
ciudades fundadas en, 342-343
Cilicia Campestris, unida a la provincia de Syria, 399 (y n. 53)
Cilnios de Arretium (Arezzo), 112, 166-167 (n. 20)
cíngulo (cingulum), 47, 119
Cinna, *véase* Cornelio
Cirene:

bajo:
Antonio, 325-326
Augusto, 402-403, 434-435, 486-487
como provincia de los Libertadores, 62 (n. 84), 153, 160, 163, 211, 325, 359, 402, 411 (n. 23), 435, 487 (y n. 49), 496 (n. 4)
edictos de, 411-412, 495-497
gobernadores, 325-326, 363-364, 486-487
Cispio, M., senador, condenado, 109 (y n. 13)
ciudadanía, expansión de la, 101-102, 106-107, 114 ss, 319-320, 445 ss, 494
Claudia, paradigma de la mujer virtuosa, 543
Claudia, esposa de Bruto, 64, 81
Claudia, esposa de Cn. Pompeyo (hijo del Magno), 63-64
Claudia, hija de P. Clodio, 237
Claudia, Apia, esposa de Quirinio, 463, 518 (n. 27)
Claudia Pulcra, esposa de P. Quintilio Varo, 514, 529
Claudio, el emperador, prometido a Livia Medulina, 515
a Urgulania, 470-471, 514-515
como historiador, 15
modo de acceso al trono, 505-506
no gustaba a su familia, 527-528
Oratio Claudii Caesaris, la, 444
política:
con los jefes de la Comata, 613 ss
hacia los griegos, 619-620
sobre Paulo Fabio Pérsico, 625-626
su sangre de Antonio, 606-608
Claudio Balbilo, griego eminente, 619 (n. 67)
Claudio el Ciego, Ap. (*censor* 312 a. C.), 113 (n. 30), 347-348, 461
su progenie, 461-462
Claudio Dinipio, Ti., griego del servicio ecuestre, 619 (n. 67)
Claudio Druso, Nerón (*cos.* 9 a. C.), *véase* Druso
Claudio Marcelo, C. (*cos.* 50 a. C.), 62 (n. 83), 86-87, 146, 164-165, 171-172
carácter, 164-165
muerte, 270-271
neutral en la Guerra Civil, 86-89
parentela, 145, 171-172
relaciones con Octaviano, 180-181, 228-229, 270-271
Claudio Marcelo, C. (*cos.* 49 a. C.), 61-62, 63-64
Claudio Marcelo, C., sobrino de Augusto, 273, 417, 424, 452, 461, 603
muerte de, 475
Claudio Marcelo, M. (*cos.* 51 a. C.), 58-63
Claudio Marcelo Esernino, M. (*cos.* 22 a. C.), 89 (n. 13), 414, 516 (n. 15), 603
Claudio Nerón, Ti., cesariano y republicano, 94, 263, 281 (n. 1), 283, 316 (n. 58), 416
en:
el *Bellum Perusinum,* 2262-263, 468 (y n. 73)
Grecia, 269 (n. 11)
se divorcia de su mujer, Livia Drusila, 283
Claudio Nerón, Ti. (*cos.* 13 a. C.), *véase* Tiberio, emperador
Claudio Pulcro, Ap. (*cos.* 143 a. C.), 83 (n. 44), 284 (y n. 13), 604
Claudio Pulcro, Ap. (*cos..79* a. C.), 33-34 (n. 36)
Claudio Pulcro, Ap. (*cos.* 54 a. C.), 33-34 (n. 36), 56, 63-64 (n. 89), 86, 88, 94-95, 141-142
parentescos y descendientes, 36 ss, 63-64, 283-284, 519-520
su:
carácter, 63-64
censura, 59, 91-92
sus:
pleitos, 88
hermanos y hermanas, 33-34
dos hijas, 63-64
Claudio Pulcro, Ap. (*cos.* 38 a. C.), 293-294, 356, 448
procónsul de España, 294-295
descendientes y parientes, 515-516, 519-520
Claudio Pulcro, Ap., amante de Julia, 519, 604
Claudio Pulcro, C. (*pr.* 56 a. C.), 33-34, 53-54
Claudios, 21, 31-32, 49-50, 94-95, 114-115, 300 ss

Claudios Marcelos, 31-32, 58-59, 61-62, 124-125, 247-248, 300, 466-467
clementia, 72, 365, 540
Cleón, el bandolero, 318
Cleopatra, reina de Egipto, 2, 103, 267-268, 317
carácter y ambiciones, 334-335
donaciones de Antonio, 318-319, 329-330, 365 ss
final de Cleopatra, 364-365
importancia relativa, 334-335
la leyenda, 364-365
relaciones con:
Antonio y el problema de su matrimonio, 318 ss, 332 ss, 338, 341 ss
César, 335-336
su rapacidad, 318-319, 329-330
supuestos proyectos, 345-346
sus hijos, 319-320, 365-368
Cleopatra Selene, 320, 366
clientela, 28, 30, 38, 100, 395, 446, 483, 579
reyes, su función, 317, 319-320, 326-327, 445-446, 572 ss
deberes para con ellos, 26 ss, 62 ss, 198 ss
status de, 502-503
su parte en el culto de Augusto, 578 ss
Clodia, esposa de Metelo Céler, 101 (n. 70), 189
Clodia, esposa de L. Lúculo, 35 (n. 40), 38 (n. 53)
Clodia, esposa de Q. Marcio Rex, 35 (n. 40), 38 (n. 53)
Clodio Pulcro, P. (*tr. pl.* 58 a. C.), 34 (n. 36), 37-38 (n. 53), 49-50139 (n. 82)
amigos y aliados, 82-83
como demagogo, 561
muerte, 64;
vicios repugnantes, 189
su hija, 237-238, 260-261
Cluentius Habitus, A. (Cluencio Habito), de Larino, 110-111 (n. 16)
Clusinio, de los marrucinos, 242 (n. 31)
Cluvio, C., adlecto *inter consulares,* 426 (n. 3)
Cnido, cesarianos de, 103 (n. 81), 314 ss
Coceyo Balbo, C. (*cos. suff.* 39 a. C.), antoniano, 251 (n. 77), 326 (y n. 32)
Coceyo Nerva, L., antoniano, 251 (n. tt), 261, 270, 279, 326 (y n. 32)
Coceyo Nerva, M. (*cos. suff.* 36 a. C.), antoniano, 251 (n. 77), 325 (n. 30), 326 (y n. 32), 613
Coceyo Nerva, M. (*cos.* 71 d. C.); *véase* Nerva, emperador
Coceyos, 250, 326 (y ns. 31, 33) 344, 467 (y ns. 69, 70), 613, 618, 634
cognomina, extranjeros, 113, 460, 644
adoptados como prueba de lealtad política, 198 ss
restablecidos entre la aristocracia, 460 ss
collegia iuvenum, 469, 544
colonias, militares, 116-117, 143-144, 160-161, 245-246, 287-288, 428-429
en las provincias, 106-107, 355 ss, 445 ss
función orgánica de las, 445 ss, 579-580, 584-585
valor militar, 584-585
comites, 470
comités:
administrativos, 491 ss
judiciales, 497 ss
concilia, provinciales, 580 ss, 584
concordia, 19 (y n. 21), 27, 87, 128, 134, 137-138 (y n. 29), 142, 152, 154, 159, 171, 177-178, 184, 187, 198-199, 201, 213, 218, 225, 230 (y n. 34), 254, 271 (n. 19), 273-274, 321 (y n. 19), 370, 391, 405, 419 (y n. 50), 474, 635
concordia ordinum, 28 (y n. 19), 109, 194-195, 393, 443
alcanzada por Augusto, 442 (y n. 69)
Confiscación:
por:
César, 103 ss
los Triunviros, 243 ss
Octaviano, 426-427
Coniurato Italiae, 350
consensus ltaliae, 194-195, 349, 353, 393, 443, 469
Considio, P., centurión experimentado, 433 (n. 28)
consilia, del Princeps, 498
conspiraciones, contra Augusto, 363-364, 408 ss, 518 ss, 527-528, 542-543
en general, 586-587
constitución romana:
Augusto en relación con ella, 384 ss, 636-637
bajo los Triunviros, 236, 249-250, 300 ss, 454-455

carácter, 22-23, 143-144, 453
condiciones, 457 ss
considerada anticuada eh el 32 a. C., 347-348
consulado, importancia, 22, 38-39, 448-449
edad requerida, 452
elecciones, 453
en manos de Augusto, 398-399, 453 ss
imperium, 55, 206, 212, 379, 383 (n. 1), 384-386, 393, 399, 404, 411 (y n. 23), 412-413 (y n. 26), 417, 475, 495 (y n. 2), 502, 507, 509, 526, 558, 632, 641
manipulado por Pompeyo, 52-53
mera fachada, 14, 415-416
respeto a, 131-132, 386-387
utilidad, 54-55, 386-387, 397-398
consulares (ex cónsules):
al lado de:
César, 86
Pompeyo, 62-63
como:
consejeros, 496 ss, 500-501
legados de Augusto, 400-401, 403 ss, 479 ss
prócónsules, 398 ss
dominados por Augusto, 474-475
empleo en Roma, 491 ss
en el 44 a. C., 207 ss
en el 43 a. C., 246 ss
en el 33 a. C., 300
en el 27 a. C., 400-401, 474
en la oligarquía silana, 32-33
importancia, 21, 474 ss
total en el 48 a. C., 86-87
un estorbo político, 474
Cónsules:
bajo la Dictadura de César, 125 ss
después de Sila, 35-36
en el 33 a. C., 298 ss
en el Triunvirato, 237, 249 ss, 300 ss, 400 ss
en los últimos años de la República, 124-125
entre 27-23 a. C., 398-399
entre 28 y 19 a. C., 454-455
entre 18 y 13 a. C., 455-456
entre 15 a. C. y 3 d. C., 440-441
entre 5 y 10 d. C., 529-530
nomenclatura forastera de los cónsules, 123-124, 249 ss, 300-301, 440-441
suffecti, 246-247, 455-456, 513
Coponio, proscrito, 242
Coponio, procurador de Judea, 435, 584
Coponio, C., enemigo de Planeo, 345 (n. 29), 462-463
Coptos, lista de soldados en, 559 (n. 74)
Corduba (Córdoba), 356 (y n. 62), 434, 447, 513, 585, 592, 621
Corfinium, 115, 438 (n. 52)
Coriolano, *véase* Marcio
Corioli, 114
Cornelia, hija de Metelo Escipión, 54 (n. 51)
Cornelia, hija mayor de Sila, 39-40, 341 (n. 17)
Cornelia, hija de Escribonia, 284 (n. 15)
ejemplo de virtud femenina, 543, 571
sus hijos, 514-515
Cornelia, esposa de C. Calvisio Sabino (*cos.* 26 d. C.), 610 (n. 31)
Cornelia, esposa de Paulo Emilio Lépido, 462, 514, 528 (n. 70), 571
Cornelia, viuda de P. Craso, 57
Cornelia Fausta, hija de Sila, 56, 298 (n. 72)
pretendido adulterio con C. Salustio Crispo, 307 (n. 32)
Cornelio, el escriba, 307
Cornelio Balbo, L., de Gades, 62 (n, 84), 85, 99, 104, 107-108, 127, 138-139, 168-169
actividades para César, 98-99
carrera, 451
consulado, 273-274
gran riqueza, 463-465
importancia histórica, 614-615
junto al lecho de muerte de Ático, 315-316
no entra en el senado, 107 ss
procesado, 98-99
relaciones con Octaviano. 147-148
su nombre y origen, 62 (n. 84), 98-99
Cornelio Balbo, L., el Joven, 102-103, 107-108, 291 (n. 44), 401 (n. 61) 415, 417
procónsul de África, 401-402, 414-415, 446-447
su hija, 398-399, 610-611

triunfo, 401-402
Cornelio Cinna, L. (*cos.* 87 a. C.), 18, 39, 90, 247
descendientes, 90, 327 ss, 340-341
sus hijas, 39
Cornelio Cinna, L, (*cos. suff.* 32 a. C.), 18, 29, 291 (n. 44), 341 (y n. 17), 516, 608
Cornelio Cinna, L. (*pr.* 44 a. C.), 90, 341
Cornelio Cinna Magno, Cn. (*cos.* 5 d. C.), 328-329, 366, 426
con Sex. Pompeyo, 328 ss
conspiración dudosa, 505, 512
Cornelio Dolabela, pierde el consulado bajo Augusto, 461
Cornelio Dolabela, P. (*cos. suff.* 44 a. C.), 95, 125 (n. 89), 182-183, 207, 246-247
acción en Oriente, 216-217
actos en el 44 a. C., 127, 132-133, 141-142
derrota y muerte, 253-254
parte para Siria, 160-161, 210-211
su carácter, 191
Cornelio Dolabela, P. (*cos.* 10 d. C.), 461 (n. 36), 529 (n. 74), 533
Cornelio Galo, C., de Forum Julii:
amante, su, 310-311
caída en desgracia, 155-156, 377 ss, 409
carrera, su, 310-311, 432-433
como poeta, 309-310
en la conquista de Egipto, 363-364
origen de, 101-102, 106-107, 356-357
prefecto de Egipto, 366-367
Cornelio Léntulo, proscrito, 2248
Cornelio Léntulo, P., seguidor de Sex. Pompeyo, 249
Cornelio Léntulo, Cn. (*cos.* 18 a. C.), 456, 488-489
Cornelio Léntulo, Cn., el Augur (*cos.* 14 a. C.), 464-465, 488-489
Cornelio Léntulo, Coso (*cos.* 1 a. C.):
praefectus urbi y de la confianza de Tiberio, 533 ss
procónsul de África, 490, 531
Cornelio Léntulo, L. (*cos.* 3 a. C.), procónsul de África, 531 (n. 84)
Cornelio Léntulo Clodiano, Cn. (*cos.* 72 a. C.), 62 (n. 83), 84-85, 91 (n. 27)
Cornelio Léntulo Crus, L. (*cos.* 49 a. C.), 58 (n. 69), 62 (ns. 84, 85) 64 (n. 88), 86, 98 (n. 59)
Cornelio Léntulo Escipión, P. (*cos. suff.* 24 d. C.), legado de legión, 484 ss
Cornelio Léntulo Espínter, P. (*cos.* 57 a. C.), 51-53, 62-64, 86
Cornelio Léntulo Espínter, P., el Joven, 64
con los Libertadores, 256-257
Cornelio Léntulo Getúlico, Cn. (*cos.* 26 d. C.), 532-533
acusado de conspiración, 606, 609
Cornelio Léntulo Maluginense, abuelo de Sejano, 4435-436, 460-461
Cornelio Léntulo Maluginense, Ser. (*cos. suff.* 10 d. C.), 460-461
Cornelío Léntulo Marcelino, Cn. (*cos.* 56 a. C.), 51-53, 62-63
hijo, cesariano, su, 88-89
mujer, Escribonia, su, 283-384
Cornelio Léntulo Marcelino, P. (*cos.* 18 a. C.), 456-457
Cornelio Léntulo Sura, P. (*cos.* 71 a. C.), catilinario, 762-63
Cornelio Nepote:
sagaces observaciones sobre historia contemporánea de él, 307-308
sobre la disputa de Octaviano y Antonio, 316
Cornelio Severo, poeta épico, 311
Cornelio Sila, Fausto, hijo del dictador, 56-57
Cornelio Sila, L. (*cos.* 88 a. C.), 17-18, 29, 39-40, 67, 70-71, 85, 89-91, 350-351, 373-374, 461 (n. 36), 512, 539, 602
casa con una Metela, 32 ss, 48
castiga a Etruria y a los italianos, 116 ss
comparación con César, 67, 70-73
criaturas de Sila, 306-307
descendientes, 460-461, 516-517
dictadura, su, 29-30, 72-73
guerra contra Mario, 29 ss, 90-91, 116 ss
partido, su, 30 ss
proscripciones, 89-90, 238-239
recuerdo de, 57-58
senadores silanos, 105
Cornelio Sila, L. (*cos.* 5 a. C.), 512
Cornelio Sila, P., catilinario, 90, 104, 109
Cornelio Sila Félix, pierde el consulado, 78, 461 (n. 36), 539, 640
Cornelio Sisenna, su hija casa con el hijo de Tauro, 463 (n. 40)

Cornelio Sisenna, dos *nobiles* augústeos con este nombre, 461 (n. 36)
Cornelio Tácito, *véase* Tácito
Cornelios, 21, 30 ss, 94-95, 207, 247-248, 300, 516-517, 603
Cornelios Escipiones, 22-23, 46, 61-62, 94-95, 113-115, 247-248, 462-463, 603
Cornelios Léntulos, 31-32, 48, 62-63, 94-95, 247-248, 455-456, 459-461, 515-516, 532-533, 603
Cornelius, L. (*cos. suff.* 38 a. C.), 291 (n. 44), 300 (n. 4)
Cornificio, L. (*cos.* 35 a. C.):
almirante en el *Bellum Siculum,* 293
origen, 250-251
procónsul de África, 294-295, 356-357
recompensa, su, 293-294, 401-402
reconstruye el templo de Diana, 490
seguidor de Octaviano, 168-169, 235, 250-251, 292-293
Cornificio, Q.:
África, en, 142-143
como poeta, 86-87, 308-309
seguidor de César, 87, 103-104, 292-293
corrupción, electoral, 23-25, 39-40, 48-51, 86-87
política y general, 88, 463-464
Cosinio, L., seguidor de Pompeyo y autoridad en materia de cabras, 47 (n. 15)
corte, imperial, 469 ss
cortesanos, 469 ss, 613-614
Craso, *véase* Licinio
Crastino, centurión cesariano, 96
Cremona, 101 (n. 69), 107 (y n. 7), 291 (n. 46), 309 (y n. 36)
Cremucio Cordo, A., historiador, 596-598
Creta:
concedida a los Libertadores, 153, 160, 163, 211, 402 (n. 62), 435, 487 (n. 49), 496 (n. 4), 596
liberada por Antonio, 331
provincia senatorial, 402-403
Cupra Maritima, 47
cura legum et morum, 541 ss
cura rei publicae, 383 ss (y n. 1)
curatores en Roma, 491 (y ns. 73, 74), 492
Curión, *véase* Escribonio
cursus honorum, en el Principado, 436-437, 452 ss, 483 ss
Curcio, C., banquero bondadoso, 99 ss
Curcio Rufo, supuesto hijo de un gladiador, 616 (y n. 59)
Cusinio, M. (*pr.* 44 a. C.), 120 (n. 67)
«custos rerum», como título de Augusto, 636
Cytheris, famosa actriz, 310 (n. 42)

D

dacios, 100-101, 361-362
Dalmacia, 277 (n. 41), 296, 404 (n.71), 441 (n. 62), 477 (n. 11), 553
véase también Illirycum
dálmatas, insurrección de los, 526-517
danubianos, países, *véase* Illyricum, Moesia
dárdanos, 276-277
Decidio, Cn., samnita proscrito, 108 (y n. 9)
Decidio Saxa, L. (*tr. pl.* 44 a. C.):
en la campaña de Filipos, 250-251, 253, 255-256
gobernador de Syria, 268
muerto por los partos, 277-278
seguidor cesariano de España, 106 (n. 4), 108, 149 (n. 18), 163, 169, 192, 253, 268, 277, 433 (n. 28)
deificación de:
Augusto, 641-642
César, 74-75, 253, 576
Delio, Q.:
antoniano y renegado, 267, 324 (n. 26), 327 (y n. 36), 361, 470 (n. 82), 592, 626-627
«desultor bellorum civilium», 627
escribe historia, 323-324, 592-593
Horacio le dedica una *Oda,* 421, 563 (n. 5)
Demetrio, liberto de Antonio, 252 (n. 81), 360 (n. 3)
Demetrio de Gadara, liberto de Pompeyo, 103, 469
democracia:
desagrada a Tácito, 629 ss
desconfianza romana de la, 443-444
incapaz de gobernar imperios, 423-424
Deyotaro, el gálata, 140 (n. 33), 318
dictadura:
abolición de la, 138-139

Augusto la rechaza, 415-416, 453
César, de, 69 ss
de los Triunviratos, 11, 237
Sila, de, 29-30, 69-70
Didio, Q. antoniano, 325 (y n. 30) ss, 327 (y n. 37)
Didio, T. (*cos.* 98 a. C.), *novus homo,* 124 (ns. 83, 85)
difamación, *véase* invectiva, propaganda, vicio
dignitas, 25, 39, 41, 52, 64, 68, 95-96, 156, 186, 192, 215, 218, 261, 287 (y n. 25), 405, 435, 508, 524, 539, 617
dinero, poder del, 23-24, 86-87, 167-168, 427-428, 463-464, 613 ss, 617-618
Dión (Casio):
imitador de Tucídides, 195-196
sobre:
la política del 44 a. C., 157 (n. 32)
lo difícil de la historia imperial urde
un debate sobre la monarquía y la república, 503 ss
Dioniso, 315, 322, 334
dioses, descendencia de los, 93-94, 100-101, 439-440
diplomacia, empleo de la, 97-98, 198-199, 200 ss, 213 ss, 209 ss, 223 ss, 237, 270-271, 275-277, 279 ss
Divus Iulius, 76, 253, 265, 308, 367, 372, 389
culto en el Principado, 576
Dolabela, *véase* Cornelio
domi nobiles, 111 (n. 16), 118 (n. 57)
Domicia, hija de Ahenobarbo (*cos.* 16 a. C.) y esposa de Pasieno Crispo, 469, 493, 613 (n. 50)
Domicia Lépida, hija de Ahenobarbo (*cos.* 16 a. C.), 285 (n. 17)
Domiciano, emperador, llamado *dux* por Estacio, 380
Domicio Afer, Cn. (*cos. suff.* 39 d. C.), orador de Vianna (Vienne), 107 (n. 8), 447, 615 (n. 55)
Domicio, Apulo, antoniano, 169
Domicio Ahenobarbo, Cn. (*cos.* 122 a. C.), 63 (n. 86)
Domicio Ahenobarbo, Cn. (*cos.* 96 a. C.), 38 (n. 51), 63 (ns. 86, 87)
Domicio Ahenobarbo, Cn. (seguidor de Mario), 33 (n. 31)
Domicio Ahenobarbo, Cn. (*cos.* 32 a. C.), 72 (n. 16), 248 (n. 63), 254, 269-270, 280, 297, 323, 493
como jefe de partido republicano, 327-328, 342-343
descendientes, 513-514, 605-606, 625
deserción y muerte, 360-361
detesta a Cleopatra, 341 ss
en el 32 a. C., 339 ss
lealtad de, 342 ss
Domicio Ahenobarbo, Cn. (*cos.* 32 d. C.), 625
Domicio Ahenobarbo, L. (*cos.* 54 a. C.), 63, 71, 86, 119, 608
actividad en el 56 a. C., 53 ss
consulado, su, 55-56, 456-457
enlaces, 37-38, 62-63
litigios, sus, 86-88
pierde una plaza de augur, 59-60, 465-466
riqueza, popularidad e influencia, 24-27, 37-38
Domicio Ahenobarbo, L. (*cos.* 16 a. C.), 462-463, 480 (n. 22), 519
carácter de, 513-514, 625
Germania, en, 489-490
Ilírico, en, 488-489
procónsul de África, 482-483
Domicio Calvino, Cn. (*cos.* 53 a. C.):
actividades religiosas, 501-502
carrera enigmática, 289-290
en la campaña de Filipos, 255 ss
gobernador de España, 281, 289-290
nieta, su, 398-399
restaura la Regia, 297-298
seguidor cesariano, 86, 143, 209 (n. 12), 237, 247, 256, 271, 281, 284, 290, 297, 398 (n. 50), 401, 406, 448, 502 (y n. 26)
segundo consulado, su, 281
Domicio Decidio, senador narbonense, 63 (n. 86)
Domitiópolis, en Cilicia, 343 (n. 23)
Domicios, 32-33, 466-467, 603-607
litigio con Planco, 342-343
sus intereses en la Galia Trasalpina, 63, 101-102, 106-107
dominatio, 193, 196, 509, 630, 633
donaciones de Antonio, 318-319, 329-330, 366-367

donativos a soldados, 160-162, 222, 236, 255, 346-347, 428 ss
Druso, hijastro de Augusto (Nerón Claudio Druso), 416-417, 462, 473, 477-478
campañas en los Alpes, 477
Germania, en, 478
muerte de, 478
tres hijos, sus, 514-515
Druso, hijo de Tiberio, 525
Druso, hijo de Germánico, 533 (n. 99)
duces, honrados por Augusto, 640 ss
comparación con, 640 ss
dux, 352
como usado por Augusto, 380, 636, 642

E

Eclano (Aeclanum), 111 (n. 17), 117, 434, 468
economía, de Italia, comprometida por la separación de Oriente y Occidente, 353 ss
robustecida por el Principado, 256-257, 427-428
edificios, de *viri triumphales,* 297-298, 490-491
de Augusto, 493-494
educación, concepto romano de, 544 ss
Egipto:
acrecentado por Antonio, 318-319, 332-333
anexionado, 366-367
bajo Augusto, 384-385
en relación con Pompeyo y César, 53-54, 102 ss
prefectos de, 475 ss
riqueza de, 354-355, 370-371, 463-464
tropas en 143-144, 160
Egnacio Rufo, 454 (y n. 9), 491
Egnatuleyo, cuestor de Antonio, 162, 170 (n. 34)
ejército romano, 27-28
apartado de la política por Augusto, 429-430
especialización, 432-433, 482-483
fiel a la dinastía, 583
jefes y oficiales, 96-97, 429 ss
pretendido carácter nacional, 557 ss
reclutamiento, 558 ss
tamaño del, 475 ss
ejército, control del, 51 ss
después de Aedo, 368 ss
en 44 a. C., 133-134
en 27 a. C., 399 ss
en 14 d. C., 533-534
por los Triunviros, 237-238
ejércitos particulares, 27-28, 43, 102-103, 109-110, 122-123, 160, 196-197, 202 ss, 348-349, 642
Elia Gala, mujer de C. Propercio Póstumo, 469 (y n. 79), 571 (n. 32)
Elio Lamias, de Formias, 111, 243 (y n. 39), 467 (y n. 69), 613
Elio Cato, trasplanta getas, 489 (n. 61)
Elio Cato, Sex. (*cos.* 4 d. C.), 489 (n. 61)
Elio Galo, M., *praefectus Aegypti,* 414 (y n. 30), 469
Elio Lamia, L., caballero acaudalado, 110 (n. 14), 243, 531-533, 613 (n. 46)
Elio Lamia, L., legado de Augusto en España, 403 (n. 67), 407
invocado en una *Oda* de Horacio, 111
Elio Lamia, L. (*cos.* 3 d. C.), 442-443, 532
Elio Sejano, L.:
caída, su, 598-599
con C. César en Oriente, 521-522
familia y origen, 436, 469, 522, 597
indebidamente despreciado por Tácito, 435-436
influencia y seguidores, 469-470, 533-534, 618-619
pretendidas virtudes, 597-598
emigración, de Italia, 107-108
Emilia, segunda mujer de Pompeyo Magno, 48
Emilia Lépida, prometida a L. César y casada con Quirinio, 463, 586
casa con Mam. Emilio Escauro, 604 (n. 8)
organiza una manifestación, 586
Emilia Lépida, biznieta de Augusto, 527, 607
Emilia Lépida, esposa de Galba, 471 (n. 85)
Emilio Escauro, Mam. (*cos. suff.* bajo Tiberio):
casa con Emilia Lépida, 604 (n. 8)
noble cuna y vicios, 457-458
Emilio Escauro, M. (*cos.* 115 a. C.), 33 (n. 35)

Emilio Escauro, M., hermanastro de Sex. Pompeyo, 282 (y n. 5), 328 (n. 42), 366, 426, 458, 461 (n. 36)
hijo, su, 604 (y n. 8)
Emilio Lépido, M. (Lepidus, M.) (*cos.* 66 a. C.), 36 (n. 43)
Emilio Lépido, M. (*cos.* 11 d. C.), 528 (n. 70)
Emilio Lépido, M. (Lepidus, M.) (*cos.* 78 a. C.), 29, 36 (n. 43), 118-119
Emilio Lépido, M. (*cos.* 46 a. C.), 95 ss, 135 ss, 162-163, 202-203, 209-210, 465-466, 589-590
acciones como triunviro, 253, 259-262, 270-271
aliado de Antonio, 127, 141-142
caída de, 286 ss
carácter, 209-210
comportamiento en el 43 a. C., 200-202, 207 ss, 217-218, 223-224
declarado enemigo público, 230-231
defensa de su conducta, 225-226
descendientes, 363-364, 605-606
estilo de política, 284-285
familia y parientes, 94-95, 141-142
muerte, 574
proscribe a su hermano, 240-241, 247-248
provincias, sus, 209-210
Sicilia, en, 285-286
sigue de *pontifex maximus,* 287-288
Triunviro, 237 ss
uso de lenguaje humanitario, 200-201
Emilio Lépido, M., hijo del Triunviro, 285 (y ns. 16, 17)
conspiración de, 363-364, 605-606
Emilio Lépido, M. (*cos.* 6 d. C.):
como *capax imperii,* 528 (y n. 70)
en Illyricum y en Hispania Citerior, 528-529, 533-534
hija, su, 424
nacimiento y eminencia, 513 (n. 3), 514, 634
Emilio Lépido, M., cuñado de Calígula, 606
Emilio Lépido, Paulo (*cos.* 34 a. C.):
como censor, 414 ss, 491 ss
dos mujeres, sus, 293 ss, 461-462
hijos, sus, 419-420, 514-515
seguidor patricio de Octaviano, 284, 292 ss
termina la Basílica Emilia, 297 ss
Emilio Lépido, Q. (*cos.* 21 a. C.), 454
Emilio Paulo, L. (*cos.* 50 a. C.), 58 (n. 69), 208, 241, 247
Emilio Paulo, L. (*cos.* 1 d. C.), 514, 606 (y n. 12)
conspiración y muerte de, 519-520, 527-528
Emilios, 21, 31-32, 94-95, 300, 462 ss
Eneas, y Augusto, 556 ss
Eneida, como poema alegórico, 380, 388, 556 ss
Ennio, sobre:
mores antiqui, 540 (n. 8)
Rómulo, 637
ennoblecimiento, condiciones para el, 456-457
epicureísmo:
antipolítico, 189
en política, 174 ss
mal visto bajo el Principado, 563-564
epicúreos, 36-37, 303-304
Eprio Marcelo, sobre la República, 629 (n. 26)
Escenia, *véase* Aesernia
Esceva, centurión cesariano, 96 (n. 51)
Esceva, Pacuyo, 495
Escauro, *véase* Emilio
Escipión, Cornelio, amante de Julia, 519-520, 603-604
Escipión, P. Cornelio (*eos. suff.* 35 a. C.), 300 (n. 4)
marido de Escribonia, 284-285
Escipión, P. Cornelio (*eos.* 16 a. C.), 456, 515-516
Escipión, P. Cornelio (*cos.* 50 d. C.), 609
Escipión Asiágeno, L. Cornelio (*cos.* 85 a. C.), 62 (n. 81)
Escipión Asiático, P. Cornelio (*cos. suff.* 68 d. C.), 609 (n. 26)
Escipión Emiliano, P. Cornelio (*cos.* 147 a. C.), 24
en el *De re publica* de Cicerón, 389-390
enemigos de, 82-83, 347-348
su *dictum* acerca de un Metelo, 33
esclavos, en el *Bellum Siculum,* 283, 286, 288
Escribonia, esposa de Octaviano, 266, 273, 283

otros maridos, 284 (y n. 15)
Escribonia, esposa de Sex. Pompeyo, 266
descendientes, 518, 609
Escribonio Curión, hijastro de Marco Antonio, 366
Escribonio Curión, C. (*cos.* 76 a. C.), 32 (n. 29) ss
Escribonio Curión, G. (*tr. pl.* 50 a. C.):
amigos y enemigos, sus, 58-59, 91-92, 518 (y n. 24), 611
relación con L. Emilio Paulo, 95-96
muerte, 366
se hace cesariano, 58-59
Escribonio Libón, L. (*cos.* 34 a. C.), suegro de Sex. Pompeyo, 64 (n. 89), 269 (n. 11), 282 (n. 4)
descendientes, sus, 517-518, 609-610
se pasa a Antonio, 286-287, 328
Escribonio Libón, L. (*cos.* 16 d. C.), 518
Escribonio Libón Druso, M. (*pr.* 16 d. C.), 518 (n. 24)
Escutario, veterano y cliente de Augusto, 430
esnobismo en:
los *municipia,* 131-132, 438-439, 554-555
Roma, 191, 436-437, 623
España:
bajo los Triunviros, 237-238, 258-259, 265-266, 281, 356-357, 368-369
clientela de los Pompeyos, la, 102-103
como provincia de Augusto, 399-400
conquista de, 407
divisiones en provincias, 399-400, 481-482, 489-490
emperadores, 446-447, 602, 613-614
en el 44-43, 142-143, 209 ss
gobernadores de toda España en el 39-27, 294-295, 356-357, 369-370, 377-378, 398-399, 400-401
importancia de España en el Principado, 556-557, 579 ss
relación con Pompeyo Magno, en, 39-40, 44, 493-494
relaciones con César, 101-102
seguidores cesarianos, 107-108
senadores de España, 107-108, 446-447, 613-614
soldados, 558-559
Estacio, el samnita, senador en Roma, 117, 245, 293 (n. 55), 380, 588 (n. 22)
Estatilia Mesalina, esposa de Nerón, 612
Estatilio Tauro, T. (*cos. suff.* 37 a. C.), 121 (n. 71), 125, 251 (y n. 78), 286, 292, 353, 362, 398, 401, 464-465, 490, 492, 612, 624
Accio, en, 361-362
África, en, 294-295
carrera en general, su, 398-399
descendientes, 609 ss
España, en, 368-369
Illvricum, en, 296-297
origen, 250-251
parientes, 463-464, 518-519
praefectus urbi, 492 (y n. 81)
quizá procónsul de Macedonia, 368-369
riqueza, 464-465
Roma, en, 398-399, 454-455
sacerdocios, 293-294, 466-467
Sicilia, en, 285-286
Estatilio Tauro, T. (*cos.* 11 d. C.), 516, 518 (n. 26)
Estatilios, de Lucania, 292-293, 464-467
Estayo Murco, L.:
almirante, como, 254, 257-258, 282
origen, su, 121-122
procónsul de Siria, 143
seguidor de César, 121
sigue a los Libertadores, 216, 249-250
sino, su, 250 (n. 73), 282
Estertinio Jenofonte, C., griego en el servicio ecuestre, 619 (n. 67)
Etruria:
casas nobles romanas de origen etrusco, 113-114
castigada por Sila, 81-82
clases propietarias, 118-119
familias antiguas de Etruria, 111-112
nomenclatura etrusca, 123-124, 165 ss, 441-442
novi homines triunvirales y augústeos, 249-250
se levanta por Lépido, 30
seguidores marianos y cesarianos, 119-120, 123-124
Sertorio, 166-167
simpatías por Mario, 30, 113 ss
Eunoe, amante de César, 335
extranjeros:

al mando de ejércitos romanos, 253
desdén hacia los, 538-539
odio a los, 314-315, 350-351, 354-355

F

Fabia Numantina, 514, 608
Fabia Paulina, esposa de M. Ticio, 463
Fabio Máximo, Africano (*cos.* 10 a. C.), 456, 460-461
Fabio Máximo, Paulo (*cos.* 11 a. C.), 460, 462, 512, 514, 518, 596
carácter definido por Casio Severo, su, 595-596
como protector de la literatura, 562-563
definido por Horacio, 625-626
España, en, 489-490
oratoria, su, 457-458
procónsul de Asia, 457-458, 482-483, 494, 579-580
propagandista del culto imperial, 579-580
Fabio Máximo, Q. (*cos. suff.* 45 a. C.), 94 (n. 41), 125 (n. 89)
Fabio Pérsico, Paulo (*cos.* 34 d. C.), 608 (n. 20)
nobleza y. vicios de, 458 (n. 22), 625-626
Fabios, 21, 30-31, 94-95, 112-113, 207, 300, 459-460, 462-463, 515-516, 625-626
Fabricius, Q. (*cos. suff.* 2 a. C.), 441 (n. 65)
facciones, en la política romana, 15 ss, 21 ss, 32 ss, 34 ss
factio, 23, 197, 199
Fanio Cepión, republicano *y* conspirador, 408 ss
Fannio, seguidor de Sex. Pompeyo, 282 (n. 4)
Farsalia, 86, 96, 119 (n. 61), 177, 179, 207, 257 (n. 13), 282, 355, 360, 514, 606
Batalla de, 70 ss, 81, 135, 202
Fauno, pretendido antepasado de los Vitelios, 118
Fausta, *véase* Camelia
Favonio, M., 10 (n. 2), 150 (n. 19), 226, 248, 258 (n. 19), 327
Ferentino, 125 (n. 91), 441 (n. 63)
Ferento, en Etruria, 440 (n. 58)
ferocia, 365, 392, 590, 627
Fesulas (*también* Faesulae, Fiérole), una persona prolífica de, 574
fides, 74 (n. 21), 96, 372 (n. 53), 419 (n. 50), 522, 542, 557
Fidustio, M., proscrito, 245
Filípicas, de Cicerón, 136-137, 186
Filipo, *véase* Marcio
Filipos, campaña y batalla, 253 ss
Filodemo, epicúreo de Gadara, 173 (y n. 1), 191 (y n. 14)
filosofía, 79-80, 174 ss, 304-305
valor educativo secundario, como, 544
financieros:
acogen bien al Principado, 426 ss
actitud hacia Antonio, 332 ss, 353 ss
actividades de, 26 ss, 431 ss, 584
apoyados por Craso, 50-51
apoyo a Octaviano en 44 a. C., 167 ss
asustados de los pompeyanos, 99-100
detestados por Catón, 40-41
durante el Principado, 432 ss
enemigos de:
Gabinio, 91-92, 189
Lúculo, 34-35
relaciones con:
los senadores, 26 ss
César, 98 ss, 109-110
fincas, grandes, 23, 25 ss, 43, 46 ss, 118-119, 243-245, 463 ss, 550 ss
Firmio, L., tribuno militar, 431 (n. 20)
Firmum, 214
Flavio, C., banquero y amigo de Bruto, 133, 248
Flavio, L. (*tr. pl.* 60 a. C.), 50 (y n. 35), 91 (n. 24)
Flavio, L. (*cos. suff.* 33 a. C.), seguidor de Antonio, 298, 611 (n. 33)
Flavio Fimbria, C. (*cos.* 104 a. C.), *novus homo,* 124 (n. 85)
Flavio Galo, general de Antonio, 323 (n. 23)
Flavio Petrón, T., veterano pompeyano, 431
Flavio Sabino, T., cobrador de tributos, 431, 440
Flavio Vespasiano, T., *véase* Vespasiano, emperador
Flavios, 111-112, 430-431, 440-441
Fleginas, C., caballero de Placentia, 101 (n. 71)
Flotas de:

Antonio, 360-361
Octaviano, 285-286, 360-361
Sex. Pompeyo, 283
mando de las, bajo el Principado, 484-485
Fonteyo Capitón, C. (*cos. suff.* 33 a. C.), diplomático antoniano, 22 (n. 3), 279, 298 (n. 71), 317, 325 (n. 30), 327 (y n. 36), 344
Formias, 41 (n. 65), 97, 243
Forum Cornelli, 218
Forum Gallorum, Batalla de, 218-219, 222 (n. 3), 229
Forum Julii, 102 (n. 74), 224, 310, 356, 447 (n. 83),
Fruticio, M., senador de Verona, 442 (n. 69)
Fuficio Fangón, C., ex centurión de Acerras, 106 (n. 4), 265, 291
en África, 265, 291
Fufidio, L., *primipilaris* de Sila, 26 (n. 17), 105 (n. 1), 307
Fufio, hijo de Q. Fufio Caleno, 265
Fufio Caleno, Q. (*cos.* 47 a. C.):
da refugio a Varrón, 241-242
defiende la causa de Antonio, 162 (n. 9), 209, 213, 253
emparentado con Pansa, 171-172
en 43-40 a. C., 247-248, 261-262
muerte, 247-248
seguidor de César, 91 (y n. 24), 125 (n. 90), 143, 171, 247, 249, 281
Fulvia, esposa de M. Antonio, 237
en la Guerra de Perusa, 260-263
hijos, sus, 237, 366
huida y muerte, 263 (y n. 42) 265, 269, 271
rehabilitación, 260-261
supuesto papel en las proscripciones, 239
Fulvios, 31-32, 113-114
Fundi, 436
Furio Bibáculo, M., poeta, 309, 311 (n. 45)
Furio Camilo, M. (*cos.* 8 d. C.), 426 (y n. 3), 529
hija, su, 460 (y n. 33), 460 (y n. 33), 514-515
hijo, su, 459-460, 608-609
Furios, 31-32, 459 ss, 608-609
Furnio, C.:
adlectio inter consulares, 426
como orador, 345
gobernador de Asia, 323, 326 (y n. 33)
perdonado después de Accio, 366 (y n. 26)
seguidor de Antonio, 262-263, 286, 325 (n. 30)
Furnio, C. (*cos.* 17 a. C.):
cónsul, 455 (n. 13) ss
legado en España, 407
salva a su padre, 366

G

Gabinio, A. (*cos.* 58 a. C.):
cesariano, 86, 109-110
como tribuno, 44
cónsul, 52-53, 109-110, 124-125, 456-457
defensa de su carácter, 108-109
gobernador de Siria, 91-92, 134-135, 189, 191
legado de Pompeyo, 47-48
muerte, 103-104
ningún hijo consular, 609-610
origen, 44, 122-123
proceso y condena, 91-92, 108-109, 183-184
supuestos vicios, 190
Gadara, 103, 191
Gades, 98-99, 102, 274, 356 (y n. 62)
exportaciones de, 556
Galacia (Galatia), 140 (n. 33), 320 (n. 14), 324, 403 (n. 67), 480, 488, 490,
530 (y n. 82), 531, 583
anexionada, 413 ss
bajo Augusto, 478, 482 (n. 27)
culto de Augusto, 579-581
durante el período triunviral, 318
gobernadores, 413-414, 486 (y n. 52) ss
reclutas legionarios, 360, 558-559
Galba, emperador, 9 (n. 1), 136 (n. 24)
como cortesano, 470 (y n. 85), 471 (n. 35)
goza del favor de las mujeres, 470 (y n. 85), 471 (n. 85), 625 (y n. 6)
legado de la Tarraconense, 616 (y n. 58)
nulidad, su, 136 (n. 24), 616 (y n. 58)
Gallia Cisalpina:
actividades de Polión en ella, 309 ss
como provincia de:

Antonio, 237-238
César, 52-53
contribución al ejército, 102-103, 557-558
deja de ser provincia, 258-259, 261-262, 384-385
en el 44 a. C., 134-135, 142-143, 160-161
fidelidad a los Pompeyos y a César, 100-101
gobernadores, 51-53, 89-90, 142-143, 261-262
importancia estratégica, 52-53, 160-161
patriotismo, 569-570
poetas de la Cisalpina, 100 ss, 308 ss
propuesta sobre la provincia, 151-152
republicanismo, 569-570
senadores, 106-107, 441-442
Gallia Comata:
en el 44 a. C., 142 ss, 208-209
en la *provincia* de Augusto, 301-302
durante el Triunvirato, 237-238, 258-259, 261-262, 265 ss, 356-357
fidelidad a Augusto, 580-581
gobernadores, 142-143, 208-209, 238-239, 253, 294-295, 356-357, 368-369, 403 ss, 414-415
jefes admitidos en el senado, 613 ss
leal a César, 102 ss
tributación de, 499-500, 584
Gallia Narbonensis:
bajo Triunvirato, 237-238, 258-259
caballeros, 434-435
clientela de los Domicios, 62-63, 101-102, 106-107
como provincia de César, 52 ss, 101-102
44 a. C., en el, 142-143, 209-210
emperadores, 601, 614-615
entregada al senado, 414-415, 481-482
gobernadores, 142-143, 209-210
importancia durante el Imperio, 445 ss, 556-557
poetas, 309-310
Pompeyo, de, 101-102
provincia de Augusto, en la, 399-400
seguidores de César, 101-102
senadores, 106-107, 446-447, 614-615
soldados, 558-559
Gallia Transalpina, *véase* Gallia Narbonensis
Galio, Q. (*pr.* 43 a. C.), 235 ss
Gayo, emperador, *véase* Calígula
Gayo César (nieto de Augusto), 478 ss, 503, 513, 520 ss
honores, 520 ss, 577 ss
muerte, 425
Oriente, en, 522-524
prometido a Julia Livia, 514-515
Gelio Poplícola, L. (*cos.* 72 a. C.), censor y legado de Pompeyo, 91 (ns. 25, 27), 97 (n. 54)
Gelio Poplícola, L. (*cos.* 36 a. C.), seguidor de Antonio y almirante, 249 (n. 68), 328-329 (n. 44), 361, 426, 509 (n. 43)
genealogía, fraudulenta, 110-111, 113-114, 460-461
generales:
Antonio, de, 324 ss
Augusto, de, 402 ss, 484 ss
en política, en, 25-26, 200-201, 225-226
experiencia militar, 482-483
los Triunviros, de, 249 ss
Octaviano, de, 289 ss, 400 ss
gentilicium, como prueba histórica, 62 (n. 84), 107 (n. 8), 120 (n. 67), 166 (n. 18), 360 (n. 3), 439-440 (ns. 56, 57), 442 (n. 68), 468 (n. 72), 494
Germánico César (*también* Germanico Caesari), hijo de Druso, 352, 515, 523 (n. 46), 525, 527-528 (n. 70), 603, 611, 618, 626 (n. 13)
promete en matrimonio a sus hijos, 533 (y n. 99)
Germania, invasiones de, 477-478, 580-581
legados en, 489-490, 530-531, 533-534
getas, trasplantados por Elio Cato, 489 (n. 61)
gétulos, clientes de Mario, 103 (y n. 79), 584
Gibbon, E.:
ponderada valoración de Augusto, 12 (y n. 4)
sobre las ventajas de la monarquía hereditaria, 628 (n. 24)
Glafira, cortesana capadocia, 267-268, 319
gloria, 41 ss, 184-186, 540 ss
Gracos, actividad de los, 28-29, 154, 539 ss, 551, 631 (y n. 36)
agricultura, y la, 550 ss

partido de, 82-83
Granio Petro, cesariano, 120 (y n. 64)
Granios, familia de comerciantes de Puteoli, 120 (y n. 64)
Grecia:
en relación con el patriotismo romano, 538 ss
y con la literatura romana, 557 ss
griegos:
escarnecidos por Juvenal, 601
ganados por Antonio, 320 ss
senado, en el445-446
servicio ecuestre romano, en el, 619-620
guerra, *véase Bellum*

H

Haterius, Q. (*cos. suff*. 5 a. C.), 441 (n. 65), 459, 643 (n. 5), 647
Heleno, liberto de Octaviano, 252 (n. 81), 275
Helvidio Prisco, hijo de un centurión, su republicanismo, 629 ss
Helvio, de Formias, 41 (n. 65)
Helvio Cinna, C., cesariano y poeta, 107 (y n. 7), 309
helvios, tribu gálica, 101, 107 (n. 7), 309 (n. 36)
Hércules, 322
Herennio, M. (*cos*. 93 a. C.), *novus homo,* 124 (n. 85)
Herennio, M. (*cos. suff.* 34 a. C.), 251 (y n. 79), 298 (y n. 72), 401, 611 (n. 33)
Herennio, T., general itálico, 122
Herennio Picentino, M. (*cos. suff.* 1 d. C.), 122 (y n. 75)
Herio, *véase* Asinio
Herodes, el Idumeo, 252 (n. 81), 278, 318-319, 335, 367, 445, 584
muerte de, 503, 580
Herófilo, impostor, 129, 137, 150
Hibreas, orador de Mylasa, 318
Hircio, A., de Ferentino, 441 (n. 63)
Hircio, A. (*cos*. 43 a. C.):
carácter y actividades de, 97-98
en 44 a. C., 125, 127, 133 (y n. 17, 18), 148 ss, 181
escritos, 97-98, 188
Guerra de Módena, en la, 213-214
muerte de, 219
novus homo y cesariano, 97 (y n. 55), 98
origen, 125-126
política, su, 170 ss, 221
Hirro, *véase* Lucilio
Hispalis, 96, 102, 108 (n. 10)
Hispania Citerior, 52-53 (n. 50)
extensión bajo Augusto, 481-482
gobernadores de, 143, 165 (n. 16), 210, 229-230, 406, 489 ss, 528 ss, 583-584, 616-617
véase también España
Hispania Ulterior:
gobernadores de, 51, 89-90, 98-99, 143, 209-210, 265-266, 407, 489-490
status bajo Augusto, 481-482, 489-490
véase también España
Histonium, 439 (n. 53) ss
Historia romana:
apropiadamente escrita por senadores, 307 ss, 593 ss
arcaísmo, 314 ss
caracteres y categorías, sus, 14 ss, 16 ss, 306 ss, 593 ss
conservadurismo, 621 ss
decadencia durante el Imperio, 596 ss
popularidad en el período triunviral, 307 ss
preocupación por los *clari viri,* 621 ss
tono republicano, 14, 513
homonadenses, 481, 487, 584
honores divinos, 74-75, 314-315
Antonio, 321-322, 333-334
Augusto, 372-373, 575 ss, 636 ss, 641-642
César, 74 ss, 321-322
Gayo y Lucio, para, 577-580
Octaviano, 288 ss
Pompeyo, para, 46, 321-322
Horacio Flaco, Q., 249 (n. 66), 312, 542
Agripa, 420-421
Ars poetica, la, 563 (n. 69), 593 (n. 44)
Carmen saeculare, el, 542 (n. 18)
estilo y carácter, 312-313, 563-564
Epodos, 271 (ns. 7, 8), 347 (n. 38), 351 (n. 51), 362 (n. 12), 560 (n. 78), 564
Fabio Máximo, 626
interpretación de su poesía moral y patriótica, 551-552, 563-564

juventud y escritos, 312-313
Lolio, 479-480
Oda a Polión, su, 15, 18 (n. 14)
Odas anticipan reformas, sus, 414-415
Planco, 626
protectores, sus, 563-564
sobre:
Augusto, 478-479, 541-542, 633 ss
César, 388-389
Claudios, los, 476-477, 541-542
Cleopatra, 364-365
libertos, los, 432
marsos y apulios, 253-254
pietas, 547-548
soldados campesinos, los, 350-351, 550-551
Varrón Murena, 409
Tarento, en, 311-312
Hortensia, esposa de Q. Servilio Cepión, 37
Hortensio, Q. (*cos.* 69 a. C.):
actividad política, 35-37, 44, 49-50
carácter:
de su oratoria, 302
y riqueza, su, 34 (y n. 38), 36-37
casa de Roma, su, 461 ss
muerte, 62-63, 86
Hortensio Hortalo, M., nieto empobrecido del orador, 604
Hortensio Hortalo, Q.:
como cesariano, 87-89
con los Libertadores, 215-216
gobernador de Macedonia, 142-143
muerte en Filipos, 256-257
Hortensios, 603
Hostilio Saserna, C., cesariano, 107
Hostilio Saserna, L., cesariano, 107
Hostilio Saserna, P., cesariano, 107

I

idealización de la Roma primitiva, 305 ss, 551 ss, 554-55
hombres de los municipios, de, 553 ss, 557 ss
labradores, de los, 555-556
Pompeyo, de, 387
igualdad política, 428 ss
Illyricum:
campañas de Octaviano, 296 ss
conquista de, 296-297
gobernadores de, 142-143, 215-216, 402-403, 476-481, 530-531, 533-534
provincia:
de César, en la, 7468
senatorial, 384-385, 402-403, 481 ss
rebelión, 526-527, 558-559
tomada por el Princeps, 402-403
Imperator:
adaptado como *praenomen* por Octaviano, 146 (y n. 5)
denegado a un procónsul, 376-377
prohibido a los procónsules, 493-494
título asumido por procónsules, 293-294, 376-377
imperialismo romano, 507 ss, 557 ss
imperium consolare, 205 ss, 385 ss, 399 ss, 403 ss
imperium proconsulare, 44, 55, 383, 410 ss, 507 ss, 521-522, 525-526, 641-642
Augusto, de, 410 ss, 495-496
impuestos:
implantados por los Triunviros, 246-246
nueva tasación, 500-501
por Octaviano, 346 ss, 431 ss
suprimidos por Augusto, 427-428
inimici, inimicita, 25, 85 (n. 1), 352 ss
Insteyo, M., seguidor de Antonio, de Pisauro, 169, 327 (y n. 37), 362, 426 (n. 4)
Interamnia Praetuttianorum, 442 (n. 66)
invectiva, política, 1140 ss, 162 ss, 262 ss, 306 ss, 338 ss, 344-345
Iotape, princesa meda, 325
isaúricos, 331
Isidoro, liberto escandalosamente rico, 431-432
«Itala virtus», 539, 549, 553, 559
Italia:
familias locales en, 22, 47, 109 ss, 433-437
relación con Roma, en, 17-18, 33-34, 69-70, 115-116, 259-260, 300 ss, 347 ss, 437 ss, 548 ss, 553 ss, 569 ss
unificación de, 114 ss, 348 ss, 437 ss, 445-446, 549-550
véase también Bellum Italicum, Tota Italia

itálicos, 114 ss, 124-125
aristocracia de los, 116-117, 120 ss, 347 ss, 437-438
disgustaban a Catón, 40 ss
odio a Roma, su, 114 ss, 349 ss
Iulium sidus, 272, 389
Iulius Vercondaridubnus, C., sumo sacerdote en la ciudad de Lugdunum, 581 (n. 72)
Iulius Viator, Ti., hijo de liberto en la *militia equestris,* 432 (n. 26)
Ius Italicum, 447 (n. 86)

J

Jano, cierre del templo de, 370
jardines, de recreo, 34-35, 104, 464-465
Juba, rey de Mauritania, 366, 445, 584
Judas, el insurgente galileo, 584
Judea:
anexionada por Augusto, 435, 482 (n. 27), 503, 584
Cleopatra, ambiciones sobre, 319, 334
período del Triunvirato, en el, 278, 321, 325, 327 (n. 36), 487, 580, 625 (n. 7)
Julia, esposa de C. Mario, 39
Julia, hermana de César, 145
Julia, esposa de P. Sulpicio Rufo, 90 (y n. 23)
Julia, madre de M. Antonio, 89
Julía, hija de César, 51 (n. 42), 52-55, 81
Julia, hija de Augusto, 273, 461
Agripa, con, 461
casada con Marcelo, 417
destierro, 606
pretendidas monstruosidades, 519-520
ruina de, 518-519 ss
Tiberio, con, 461
Julia, nieta de Augusto, desgracia y exilio de, 527, 573, 606
Julia Livia, hija de Druso, 515
Julia Livilla, hija de Germánico, 611
Juliano el Apóstata, sobre Augusto, 11
Julios, 38 ss, 88, 93-96, 111-112, 604-607
Julio Agrícola, Cn., de Forum Iulii, 356, 434 (n. 37), 616
Julio Águila, C. (*también* Iulius Aquila, C.), *praefectus Aegyptii,* 447 (n. 89), 501
Julio Cálido, caballero y poeta, proscrito, 242, 245
Julio César, C. (*cos.* 1 d. C.), *véase* Gayo César
Julio César (Octaviano), C. (*cos. suff.* 43 a. C.), *véase* Augusto
Julio César, L. (*cos.* 64 a. C.), 89 (n. 15)
actitud en el 43 a. C., 207 ss, 214 ss, 217-218, 240-241
proscrito, 240-241
desaparece de la escena, 246 ss
Julio César, Sex. (*q.* 47 a. C.), cesariano, 89 (n. 15)
Julio Euricles, C., dinasta espartano, 583
Julio Lacón, el espartiano, C., griego en el servicio imperial, 619 (n. 67)
Julio Papio, C., oficial en Egipto, 360 (n. 3)
Julio Severo, C., senador de Adriano, de Oriente, 446 (n. 79)
Julia, esposa de Casí.o, 101, 158; su funeral, 603
Junia, madre de C. Claudio Marcelo (*cos.* 50 a. C.), 172 (n. 44)
Junia Calvina, descendiente de Augusto, 607 (n. 16)
Junio Bleso, Q. (*cos. suff.* 10 d. C.); *novus homo,* 529
Junio Galión, retórico y senados, quizá español, 447 (y n. 82)
Junio Montano, T., oficial ecuestre con largo servicio, 434
Junio Silano, D. (*cos.* 62 a. C.), 95 (n. 44)
Junio Silano, D., amante de Julia la menor, 527
Junio Silano, L., candidato al consulado en 22 a. C., 454
Junio Silano, M. (*cos.* 19 d. C.), marido de Emilia Lépida, 224
Junio Silano, M. (*cos.* 25 a. C.):
abandona a Antonio, 360-361
descendientes ilustres y desventurados, 526 ss
legado de Lépido, 223-224
lo hacen patricio, 466-467
notorio renegado, 361, 398
seguidor de Antonio, 281, 327-328
Sex. Pompeyo, con, 237, 281
Junio Silano, M. (*cos.* 46 d. C.), «el cordero de oro», descendiente de Antonio Augusto, 535 (n. 106), 603, 606 (y n. 16)

Junios, 32-33, 113-114, 207, 300, 603, 606-607
Junios Silanos, 387, 498, 590 ss
Juristas, 387, 498, 590 ss
Juvencio Lateranense, M., republicano honrado, 224, 237, 317

L

Labieno, Q., *Parthicus imperatore,* 277-278
Labieno, T.:
abandona a César, 92 ss
adhesión en el 50 a. C., 60-61
atacado por Catulo, 86-87
legado de César, 47 (y n. 19), 48 (y n. 22), 119, 125 (n. 83), 207, 224, 483 (y n. 32), 484
origen y alianza, 47, 51-52
perspectivas de consulado, 92-93
tribunado, su, 48
Labieno, T., orador e historiador, 595, 599
Lacio:
apoyo a los Libertadores, 131-132
familias plebeyas del, 1113-114
senadores augústeos del, 438-439
Larino (Samnio), 243, 439, 442 (y n. 67), 468 (n. 72), 529, 611
latus clavus, 437-438, 443-444, 452
lealtad, necesidad de:
peligro por la guerra civil, en, 199-200
política, 154-155, 199-200
legados:
de:
César en la Galia, 92-93, 125-126
Octaviano, consulares y pretorios, 400-403, 479 ss
Pompeyo, 47, 92-93, 483-484
desempeños largos, 484-485
elección de, 482 ss
en 29-23 a. C., 403
experiencia militar, 496 s;
legalidad, 68-69, 194 ss, 206, 339, 325 ss, 394-395
«más alta legalidad», 202 ss, 211 ss, 216-217, 347-348
Legiones:
en 13 a. C., 475-476
mando de las, 251-252, 433-434, 482 ss
reclutamiento, 25-26, 359-360, 557 ss
total después de Accio, 370-371
legislación, moral, 554 s, 570
Leges Iuliae, 519
Leneo, liberto de Pompeyo, 307 (n. 32)
Lelio, C., *novus homo* y amigo de los Escipiones, 114, 182
Léntulo, *véase* Cornelio
Lépido, *véase* Emilio
Lex de permutatione provinciarum, 149
Lex Gabinia, 44
Lex Manilia, 44-45
Lex Papia Poppaea, 553
Lex Pedia, 292, 468
Lex Rufrena, 253 (n. 2)
Lex Saenia, 374 (n. 64)
Lex Titia, 239, 280
Libertad:
desempeños largos, 484-485
garantizada por la monarquía, 632-633
incompatible con la paz y el orden, 19, 626-627
libertad de expresión:
bajo:
Augusto, 590-591
los Triunviros, 302-303
decadencia de la, 596 ss, 620 ss
en la República, 189 ss
parte esencial de *Libertas,* 192
Libertadores:
abandonan Italia, 152-153, 160, 207, 210-211
del lado de Antonio, 327-328
descendientes, 603
en:
el verano del 44 a. C., 147 ss
la campaña de Filipos, 253 ss
los Idus de Marzo y después, 127 ss
final de los, 256-257
partido de los, 81 ss, 125 ss, 248-249, 256-257
se hacen con los ejércitos de Oriente, 215-216, 230-231
su memoria honrada en Mediolanium, 569-570, 584-585
libertas, 14, 80-81, 95-96, 115, 142, 153, 193-194, 196 (y n. 33), 197, 204, 260 (n. 28), 297, 313, 357, 392-393, 408, 414
como consigna, 146 ss
durante el Principado, 391 ss, 632-633

Libertas Augusta, 619
libertos:
alistados en el servicio militar, 559 ss
con Sex. Pompeya, 282
de Pompeya, 105, 471
desempeñando mandos militares, 251-252
hijos de, en el senado, 105, 431-432
impopulares en el 32 a. C., 346-347
legislación respecto a los, 545
libertos imperiales, 469-470
riqueza, 103-104, 126
status y oportunidades en el Principado, 430-431
Libón, *véase* Escribonio
Licinia, madre de Q. Metelo Escipión, 54 (n. 51)
Licinio Calvo, C., poeta y orador, 302 ss, 309
Licinio Craso, L. (*cos.* 95 a. C.), gran orador, 54
Licinio Craso, M. (*cos.* 70 a. C.), 17
carácter, su, 40-41
carrera, su, 34-35, 40-41, 44, 50-53 ss
clientela española, 102-103
descendientes, 607-608
dictum sobre la política, 23-24
muerte, 55-56
relación con los:
Escipiones, 53-54
financieros, 50.51, 98-99
Metelos, 34-35, 53-54
relaciones con Catilina, 40-41, 82-83
riqueza, 300-301
Licinio Craso, M., hijo mayor de M. Craso (*cos.* 70 a. C.) y cesariano, 35, 54 (y n. 51), 89 (y n. 19)
Licinio Craso, M. (*cos.* 30 a. C.):
abandona a Antonio, 361
con:
Antonio, 341;
Sex. Pompeyo, 329 (y n. 46)
descendientes, 378-379
procónsul de Macedonia, 369-370, 376 (y n. 69), 400, 426
reclama los spolia opima y choca con Octaviano, 375 ss
Licinio Craso, M. (*cos.* 14 a. C.), 516-517 (y n. 17)
Licinio Craso, P. (*cos.* 97 a. C.), 35 (y n. 41) ss
Licinio Craso, P., hijo menor de M. Craso (*cos.* 70 a. C.), casado con Cornelia, 54, 57
Licinio Craso Frugi, M. (*cos.* 27 d. C.), 516-517 (y n. 179, 609 (y n. 27), 610
Licinio Craso Muciano, P. (*cos.* 131 a. C.), 83 (y n. 44)
Licinio Lúculo, L. (*cos.* 74 a. C.):
contra Pompeyo, 49-50
mandato en Oriente, su, 35 (y n. 41), 44, 86, 469-470
mujeres, sus, 33-34
parientes, sus, 34-35, 62-63
retiro, su, 44;
ridiculizado por Pompeyo, 100-101
tratado con insolencia por César, 77-78
Licinio Lúculo, M. (*cos.* 73 a. C.), *véase* Varrón Lúculo, M. Terencio
Licinio Lúculo, M., pariente de Bruto, 248, 257
Licinio Murena, L, 22 (22n. 3)
Licinio Murena, M. (*cos.* 62 a. C.), *novus homo,* 124 (n. 86)
Licinio Nerva Siliano, A. (*cos. suff.* 7 d. C.), 529
Licinio Estolón, C., *nobilis* augústeo, 467 (n. 67)
Licinio Sura y la adopción de Trajano, 506 (n. 33)
Licinios, 31-32, 113-114, 207, 300, 516-517, 607-608
Licinios Crasos, 35 (n. 40), 516-517, 607-608
Licinios Lúculos, 34-35, 478-479
Licino, liberto y procurador de la Galia, 500, 584
Ligario, Q., pompeyano y asesino de César, 125, 257 (n. 15)
Ligustino, Sp., como tipo del soldado campesino prolífico, 549 (n. 47)
literatura:
bajo los Triunviros, 303 ss
creación de una literatura clásica en Roma, 561 ss
decadencia de la, 596-597, 630-631
en el Principado, 561 ss
literatura:
política, 189 ss
de oposición, 595 ss
represión de la, 595-596

servilismo de los escritores del gobierno, 597 ss
litigios, familiares y personales, 24-25, 41, 62.63, 88, 94 ss, 174, 178-179, 186-187, 198 ss, 342-343, 627-628
LiviaDrusila:
actividades políticas, 471-472, 514-515, 520-521
carácter y ambiciones de, 416-417
influencia sobre Augusto, 416-417
matrimonio con Octaviano, su, 283
su éxito en el 23 a. C., 421-422
Livia Medulina, hija de M. Furio Camilo, 460 (n. 34), 515 (n. 10)
Livia Ocelina, madrastra del emperador Galba, 470 (n. 85), 515 (n. 10), 625 (n. 6)
Livio, T.:
carácter de su historia, 568 ss
como «pompeyano», 388-389, 568-569
estilo, su, 594-595
historiador, 15
patavinitas, 593 ss
pesimismo de su *prefacio,* 410-411, 538-539
propuesta de Calígula sobre su obra, 598-599
relaciones con Augusto, 388-389, 568-569
sobre:
Alejandro, 538-539
Camilo, 372-373
César, 387-388
Livio Druso, M. (*tr. pl.* 91 a. C.), 29, 32-34, 116, 118, 245, 257, 422
como jefe de partido, 115-116, 348-349
Italia, en, 115-116, 348-349
juramento hecho a, 348-349
Livio Druso Claudiano, M., padre de Livia Drusila, 191, 249 (n. 70), 283
Livio Druso Libón, M. (*cos.* 15 a. C.), tipo misterioso, 515 (n. 10), 518 (n. 24)
Livios, 31-32, 416-417, 514-515
Lolia, esposa de A. Gabinio, 47 (n. 19)
Lolia Paulina:
maridos, 611 (y n. 38)
perlas, sus, 465, 530, 585
Lolio, L., legado de Pompeyo, 47
Lolio, M., de Ferentino, 441 (y n. 63)
Lolio, M. (*cos.* 21 a. C.), 292 (n. 49), 412-414, 454, 459, 484, 503, 553, 624
alabado por Horacio, 522-523
C. César, con, 485-486, 522 ss
carrera, 485-486
conexiones con los Valerios, 440-441, 462-463
desgracia y muerte, 522-523
en:
Galacia, 403, 413-414
Galia, la, 499, 485-486, 522-523
Macedonia, 402-403, 476-477
hijo, su, 530-531
origen, su, 440-441
riqueza, 465-466
supuesta venalidad, 522-523
vituperado por Veleyo, 522-523
Lolio Palicano, M. (*tr. pl.* 71 a. C.), partidario de Pompeyo del Piceno, 47, 117, 457
Lolios, 47, 465-466
Luca, pacto de, 54, 63, 98, 399, 457
Lucano, M. Anneo, 513, 621 ss
citas de, 19 (ns. 20, 22), 257 (n. 13)
tema de su *Farsalia,* 621 ss
Lucania, senadores de, 115, 293 (y n. 55), 439
Luceyo, amigo acaudalado de Pompeyo, 52 (y n. 46), 103 (n. 80), 497
Lucilia, esposa de Cn. Pompeyo Estrabón, 46
Lucilio, amigo de Bruto, 259
Lucilio, C., satírico, 46
Lucilio Hirro, C. (*tr. pl.* 53 a. C.):
primo de Pompeyo, 46 (n. 14) ss, 56, 442
proscrito, 242-243
riqueza, su, 46, 244-245
Lucilio Longo (*cos. suff.* 7 d. C.), *novus homo* y amigo de Tiberio, 442 (n. 68), 530
Lucio César, nieto de Augusto, 463, 513, 521
honores a, 508-509, 577-580
llorado en Pisa, 577-578
muerte de, 524-525
prometido a Emilia Lépida, 463-464
Lucrecio Caro, T., 309, 564
cita de versos, 628 (n. 21)
Lúculo, *véase* Licinio
Ludi Saeculares (Juegos Seculares), 112, 273 (n. 21), 415, 425 (n. 1), 466, 541-542

Lugdunum (Lyon), 438, 447, 496 (n. 5)
altar en, 581
patriotismo de, 585
Lurio, M., seguidor de Octaviano, 268, 459
en:
Accio, 374
Cerdeña, 265, 268, 291
riqueza de, 464
Lusitania, origen como provincia, 136 (n. 24), 352 (n. 53), 482 (n. 28)
Lusus Troiae, 544
Lycoris, amante de Galo, 310 (n. 42)

M

Macedonia:
Augusto se apodera de ella, 481, 488 (n. 55), 489 (n. 60)
campañas de Craso, 376 ss
en el:
44 a. C., 139, 141 ss
período triunviral, 277 ss, 324-325 (n. 30)
gobernadores, 34-35, 52 (n. 48), 53, 139 ss, 145, 173, 277 (y ns. 41, 42, 43), 324-325, 402-403, 408, 476 ss, 485-486, 488-489
legiones de, 141-142, 163
provincia senatorial, 385 (n. 6), 402 (y ns. 62, 64) ss
soldados de, 359-360
tomada por Bruto, 216
Macio, C., amigo y agente de César, 99, 109, 138, 497
ayuda a Octaviano, 168-169
se cita su carta, 78 (n. n. 31)
su lealtad, 109
Macio, C., el joven, 98
Machares, nombre de la dinastía del Ponto, 252 (n. 81)
Magio de Cremona, 101 (n. 69)
Magio Máximo, M. de Aeclanum, procurador *y praefectus Aegyptii,* 434 (y n. 35), 468 (n. 72), 501, 533
Magio, Minato, dinasta local de Aeclanum, 111, 117, 468
magistraturas:
acceso a, 22 ss
bajo los Triunviros, 245 ss
dispensas, 452, 465-466, 507-508
providencias de Augusto, 451 ss
magnitudo animi, 72, 96, 186, 192, 539 ss, 617
maiestas, 596, 618 ss
Makhaeras, jefe de tropas romanas, 252 (n. 81)
Mamurra, de Formias, *praefectus fabrum* de César, 87, 97 (y n. 54), 433 (n. 29)
su riqueza, 96-97, 433 (n. 28)
mandatos, extraordinarios, 44, 148-149, 203-204, 211-212, 223, 384 ss, 480-481
Manio, agente de Antonio, 260-261
Manlio Torcuato, L. (*cos.* 65 a. C.), 436
Manlios, 21, 31-32, 435-436
Mantua, 310, 569
Marcela (Maior):
hija Claudia Pulcra, su, 513-514, 529
maridos, sus, 463
Marcela (Minor), sus matrimonios, 463, 513-515
Marcelo, *véase* Claudio
Marcia, segunda mujer de Catón, 38, 53 (n. 50), 164 (n. 13)
Marcia, mujer de Paulo Fabio Máximo, 514, 573 (n. 38)
Marcio (*cos. suff.* 36 a. C.), 300 (n. 2)
Marcio, Anco, rey de Roma, 94 (n. 37), 113 (n. 33), 114
Marcio Censorino, L. (*cos.* 39 a. C.):
adquiere la casa de Cicerón, 244-245, 464-465
procónsul de Macedonia, 276-277
seguidor de César y de Antonio, 275, 325 (n. 30), 401 (n. 53)
triunfo, 276-277, 297-298
Marcio Censorino, L. (*cos.* 8 a. C.), 607 (n. 17)
Marcio Coriolano, 113 (n. 33), 114
Marcio Crispo, Q.:
seguidor de César, 88 (n. 14), 143, 216, 249-250(n. 72)
su gran experiencia militar, 87, 483 (n. 31) ss
Marcio Filipo, L. (*cos.* 91 a. C.):
su cautela y habilidad, 32-44
sus acciones políticas, 32-43
Marcio Filipo, L. (*cos.* 56 a. C.), 32, 53, 87-88, 146, 213

carácter, 164-165
familia y parientes, 52-53, 146, 164-165
relaciones con Octaviano, 146, 164-165, 171-172, 211-213 ss, 393-394
Marcio Filipo, L. (*cos. suff.* 38 a. C.):
como cesariano, 87
consulado, su, 283-284
procónsul de España, 294-295
restaura el templo de Hércules, 297-298
último cónsul de su familia, 608-609
marcomanos, 487-488, 526-527
Marcio Rex, Q. (*cos.* 68 a. C.), 37 (n. 48), 38
Marcios, 32-33, 113-114, 207, 607-608
Marcios Censorinos, 463 (n. 40)
Marcios Filipos, 32, 607
Marcio Reges, 37, 94
Mario, C. (*cos.* 107 a. C.), 18, 29 ss, 114 ss, 539, 630
memoria, su, 90-91, 119-120
parentesco con los Julios, 39-40
partido, 32-33, 89-90, 114-115, 123-124
política, su, 114-115
relación con los italianos, 115-116
y *novi homines*, 124
Mario, T., soldado de Urbino, 430-431 (n. 20)
marmáridas, guerra contra los, 486-487
Maroboduo, rey de los marcomanos, 488, 526
marrucinos, 121, 214, 438, 594
Mars Ultor, templo y foro de, 549 ss, 576, 640
marsos:
valor proverbial, su, 115-116, 349-350, 548 ss
nomenclatura, 123 ss
senadores de los, 120 ss, 250-251
matrimonio:
dinástico, 24, 32 ss, 48-51, 57-58, 61-62, 94-95, 237 ss, 283 ss, 293 ss, 421-422, 461-462, 513 ss
legislación relativa al, en Roma, 542 ss
Mausoleo de Augusto, 640
Mecenas, C., rival de Livio Druso, 118
Mecenas, seguidor de Sertorio, 166 (n. 20)
Mecenas, C., 166
carácter y vicios, 417-418, 498-499, 552-553
como ministro de cuestiones domésticas, 423-424
decadencia y muerte, 498-499, 501-502
defiende con Sex. Apuleyo, 591-592
desdén de la carrera senatorial, 437-438
encargado de Roma, 356-357, 363-364
estilo, 592-593
lujo, 417-418
misiones diplomáticas de, 265-266, 270-271, 278-280
nombre y origen, 165 ss
poesía, 417 ss
relaciones con poetas, 298, 310 ss, 417-418, 562, 570-571
riqueza, 463 ss
su mujer Terencia, 338, 418-419
Mecenas, L., 166 (n. 20)
Media:
invasión de Antonio, 322 ss
relaciones con, 324-325
y Octaviano, 367-368
Mediolanum (Milán), 190, 486 (n. 46), 616
L. Pisón, procónsul en, 403 (n. 66), 486 (n. 46)
los Libertadores honrados allí, 569, 585
Memmio, C. (*pr.* 58 a. C., 298 (y n. 72)
Memmio, C. (*cos. suff.* 31 d. C.), 298 (y n. 72)
Menedemo, cesariano en Tesalia, 321 (n. 17)
Mesala, *véase* Valerio
Mesalina, *véase* Valeria
Mesio, C. (*tr. pl.* 57), 54 (n. 52)
se une a César, 91 (n. 24)
Metelo, *véase* Cecilio
Milán, *véase* Annio
Milasa, 318, 494 (n. 89)
militar de, servicio:
caballeros, 196 ss, 430-431, 433-434, 482 ss
mérito para la promoción política, 456 ss
senadores, 482 ss
militarismo, 547 ss
desagrado del, 482-483, 570 ss
militia equestris, 431 ss, 484
en relación con los *municipia*, 468-469, 544
los griegos en ella, 619
Mimisius Sardo, Post., senador de Umbría, 439-440 (n. 56)

Mindio Marcelo, M., de los primeros seguidores de Octaviano, 169 ss, 291-292
Minucio Basilo, L., seguidor de César, del Piceno, 122 (n. 78), 126
Minucio Termo, Q., seguidor de Sex. Pompeyo, 282 (n. 4)
Mitilene:
seguidores de Pompeyo y de César de, 103, 320
rinde honores a Pompeyo y a Teófanes, 320
Mitrídates el Grande, 30, 35, 47 (y n. 18), 67, 101, 483
Mitrídates de Pérgamo, 101, 103, 320
Moesia, origen de, 456, 481-482, 488-489
legados de, 487-489, 530 ss, 533 ss
Monarquía, 13-19
algo inevitable, como, 316, 346 ss
constitucional, 393-394, 631 ss
de César, 76-77
garantía de libertad, como, 634 ss
helenística, 75-76, 81-82, 314 ss
la mejor forma de gobierno, como, 631-632, 634 ss
y concordia, 19, 321-322, 634-635
moneda, de Augusto, 395, 496
monedas, como propaganda, 197, 202-203, 575
Monumentum Ancyranum, véase *Res Gestae*
mos maiorum, naturaleza de, 194, 386-387, 542
Mucia, tercera mujer de Ponípeyo Magno, 48-49
Mucio Escévola, C., *nobilis* augústeo, 467 (n. 67)
Mucio Escévola, P. (*cos.* 133 a. C.), 83 (n. 44)
Mucio Escévola, O. (*cos.* 95 a. C.), 48-49
mujeres, influencia política de las, 23-24, 469-470, 504-505
posición de las, 543-544
Mummia Achaica, ilustre esposa de C. Sulpicio Galba, 460, 625 (n. 6)
Munacio Planco, C., proscrito, 242 (n. 29) ss
Munacio Planco, L. (*cos.* 42 a. C.), 125 (y n. 92), 141 ss, 249, 302
adula a Cleopatra, 342-343
carácter, su, 208-209, 625-626
como:
antoniano, 322-323
censor, 414 ss
procónsul de Asia, 277-278
comportamiento en el 43 a. C., 224 ss
defendido su proceder, 225-226
deserta, 343-344
empleo de un lenguaje humanitario, 200-201
en la Guerra de Perusa, 262 ss, 268-269
huye al lado de Antonio, 268-269
legado de la Comata, 142-143, 208 ss
origen de su familia, 125-126, 345-346
proscribe a su hermano, 242-243
propone el nombre de Augusto, 384
sacerdote en Caria, su, 494
rehabilitación, 625-626
Siria, de, 286-287
Munacio Planeo Bursa, T., 169
árboles familiares, 110 ss, 439 ss
aristócratas de los, 22, 46 ss, 110 ss, 433-434, 437-438
clases propietarias, 25-26, 69-70, 118-119, 437-438
familias empobrecidas, 120 ss, 165 ss
función orgánica en el sistema del Principado, 443-444
metidos en la política romana, 347-348, 436 ss, 443-444
municipia, gobierno de, 169 ss
reputación y virtudes de los, 109 ss, 241-242, 438-439, 553-557
seguidor de Antonio, 169
servicio militar, y el, 440-441
votos de, 213-214, 348-349, 443-444
Murco, *véase* Estayo
Murena, *véase* Varrón, Terencio Murena
Murredio, orador augústeo, 557 (n. 68)
Murrius Umbro, Mamius, *novus homo* de Augusto, 440 (n. 56)
Mussidius Pollianus, T., senador de Augusto, 439-440 (n. 56)
Módena, Batalla de, 218
Módena, Guerra de, 213 ss
Mytilene, *véase* Mitilene

N

nacimiento:
capacitación para un cargo, 22, 464 ss

orgullo de, 93-94, 438 ss, 460-461, 540 ss
oscuridad de, 105, 108-109, 190, 426-427
nacionalismo:
italiano, 350 ss, 553-554, 569-570
romano, 314-315, 537 ss
Narbo (Narbona), 107
altar de, 579 (n. 62), 580
Narciso, liberto imperial, 471
Narnia, 259; un dios local de, 111 ss, 251 (n. 77)
Nasidio, Q., almirante de Pompeyo y de Antonio, 282 (n. 4), 283 (ns. 6, 7), 328 (y n. 43), 362, 426 (n. 4)
Nauloco, Batalla de, 286 ss, 362, 420 (y n. 51)
Nemausus (Nemausas, Nimes), 63, 447, 522, 615 (y n. 57)
Neptuno, culto de, 283, 297
Nerón, emperador, genealogía de, 607
Nerva, emperador, 506
carácter de su gobierno, 633, 635
sus parientes, 612-613 (y n. 49)
neutralidad, en la guerra civil, 14, 71-72, 86 ss, 88-89, 177 ss, 355-356, 633 ss
Nigidio Fígulo, astrólogo, 577
nobiles:
actitud hacia Pompeyo, 46, 85
Agripa detestado por ellos, 420-421
arcana imperii, 23
bajo el Triunvirato, 300 ss, 315-316
breve renacimiento, 512 ss
caídos en Filipos, 256-257
César, en el partido de, 92 ss, 125-126
de ideales, 619-620
decadencia y caída, 602
definición de, 21 ss
en el bando de:
Antonio, 275-276, 327 ss, 343 ss
Octaviano, 292-295
hacia César, 81-82
ideales, 5, 78-79, 95-96, 155 ss, 185-186, 191, 199-200, 512, 616 ss
partido de Mario, en el partido de, 32-33, 89 ss
pérdida de prerrogativas, 493 ss
proscripciones, en las, 240 ss, 246-247
relación con el consulado, en, 463 ss
rencor hacia Augusto, 586-587, 602 ss
Sila les restituye el poder, 29 ss
supervivencia en gran parte fraudulenta, su, 625
sustituidos en los mandos militares, 615-616
vicios de los, 625 ss
y Augusto, 448-449, 462-463, 512, 586-587
Nola, asedio de, 116 (n. 45), 533
nomenclatura:
de *novi homines* del Triunvirato, 438 ss
etrusca, 113-114, 165 ss, 441-442
familias locales italianas, de, 111-112
itálica, 88, 118 ss, 439-440
no latina, tipos de, 123, ss, 438 ss
novi homines perversos, 556-557
Nonia Pola, esposa de L. Volusio Saturnino, 517 (ns. 18, 20)
Nonio Asprenas, L. (*cos. suff.* 36 a. C.):
descendientes, 613
seguidor de César, 88 (n. 14), 143, 249 (n. 72)
su origen, 122 (n. 78)
Nonio Asprenas (L.), amigo de Augusto, 591 ss
Nonio Asprenas, L. (*cos. suff.* 6 d. C.), 517 (n. 18)
descendientes, 613
importantes vinculaciones familiares, 529m (n. 74), 532-533
legado de Varo, 530
procónsul de África, 533
Nonio Calpurnio Torcuato Asprenas, L. (*cos.* 93 d. C.), 613
Nonio Galo, M.:
actuación en la Galia, 353 (y n. 56), 368-369, 376-377
partidario de Octaviano, de Aesernia, 353 (y n. 56)
Nonio Quintiliano, Sex. (*cos.* 8 d. C.), 5529 (n. 74), 530
casa con una hija de C. Sosio, 610 (n. 32)
Nonios Asprenates, de la nueva nobleza, 556-557
Norba, 251 (n. 76)
Norbano, C. (*cos.* 83 a. C.), seguidor de Mario, 90
Norbano Flaco, C. (*cos.* 38 a. C.):
campaña de Filipos, en la, 253, 290
España, en, 295 (n. 66)
procónsul de Asia, 369 (n. 45)

seguidor de César, 90, 250 (y n. 76), 398
sus descendientes, 610-611
Norico, 435, 476-477, 482, 558 (n. 73)
novi homo homines:
aliados de Pompeyo, 47
definición, 23
descendientes de, 609-610
en el:
partido de César, 119 ss
período triunviral, 247-248, 251-252
generales de Augusto, 403, 478 ss
militaris industria, 484-485
obstáculos para su adelanto, 23-25, 38-39, 95 ss, 117-118, 457-458
prejuicios en contra, 435-436, 624
promocionados por:
Augusto al consulado, 454-455
Mario, 114-115, 124-125
rehabilitación, 625-626
riqueza, 464-465
seguidores de Octaviano, 165 ss, 289-290
sostenido progreso como proceso histórico, su, 345 ss, 613-614
utilidad de los, 401 ss, 484-485
virtudes, 556 ss
vicios, 624
«novus status», 10, 392, 397
Nuceria, 111, 120, 243 (n. 34), 245 (n. 51), 434, 440
Núcula, seguidor de Antonio, 149 (n. 18), 169
Numa Pompilio, pretendido antepasado de los Calpurnios, 113 (n. 34)
Nursia, 111, 262, 265, 282, 440

O

Octavia, hermana de Augusto, 146, 462
casa con Antonio, 271
comportamiento en el 35 a. C., 324 (y n. 27)
devuelta por Antonio, 280 (n. 53), 324 (y n. 27)
divorcio de, 342
hijo Marcelo, su, 271
media entre ellos, 279-280
Octavia, hermanastra de, Augusto, 146, 462, 513
Octaviano, *véase* Augusto
Octavio, el Marso, seguidor cesariano, 121 (n. 69), 250
Octavio, C., abuelo de Augusto del orden ecuestre, 145
Octavio, C. padre de Augusto, 52 (n. 48), 145, 462
Octavio, M., seguidor de Antonio y almirante, 329 (n. 46), 362, 426
Octavios, 111-112
Olio, T., yerno de C. Popeo Sabino, 611 (n. 35)
Opitergio, 102 (n. 75)
Opio, C.:
actividades literarias, 307, 339, 497
agente y banquero cesariano, 85 (n. 1), 97 ss, 202
ayuda a Octaviano, 168, 176-177
después de los Idus, 138
Opio Capitón, M. almirante de Antonio, 286, 323 (y n. 23), 326 ss
Opio Estaciano, seguidor de Antonio, 323 (y n. 23), 326 (n. 30)
Opios, 98-99, 327-328
Optimates, 23, 29 (y n. 21)
definidos por Cicerón, 35 (y n. 42), 427
optimus status, 390-392
según Séneca, 635 (y n. 53)
oratoria:
asiánica, 301-302, 321-322, 458-459
bajo el Triunvirato, 302-303
como mérito para la promoción, 301-302
decadencia de la, en el Principado, 593-596, 630-631
diferentes estilos de, 301-302
función de la, en Roma, 301 ss
Oriente:
actividad de:
Agripa, 475-476
C. César, 521 ss
Antonio, de, 329 ss, 317 ss, 324-325, 330-331
Augusto, de, 366-367, 445-446, 578-581
César, de, 319 ss
clientela de Pompeyo en, 45, 100-102 ss, 319-320
disposiciones de:
Antonio, 317 ss
Octaviano, 366 ss

Imperio, con el, 465 ss
necesidad de un monarca separado, 424
oposición a Occidente, 353 ss
relación con el Princeps, en, 578 ss
Ostorio Escápula, Q., Prefecto del Pretorio, 435 (n. 40)
otacilios, 113 (n. 31)
Otón, emperador, 136, 440, 470 (y n. 84)
Ovidio Nasón, P.:
ayudado por Paulo Fabio Máximo, 563 (y n. 5)
como poeta, 586
exilio, su, 573
se quita el *latus clavus,* 443 (y n. 70)
Ovidio Ventrión, L., dignatario de Sulmo (Sulrnona), 353 (n. 57), 443 (y n. 70)
Ovidios, 442-443

P

Pacoro, general parto, 277
Pacuyo Esceva, P.:
en Chipre, 495 (n. 3)
origen y linaje, 439 (n. 55)
Paflagonia, juramento de adhesión pronunciado allí, 352-353, 579
Palacio, de Augusto, 464
camarilla de, 471-472
etiqueta en el, 469-470
Palpelio Hister, Sex., Senador de Augusto, 442 (n. 69)
Panonia, origen de, 291, 478 (n. 18), 533, 610
véase también Illyricum
Pansa, *véase* Vibio
Papinio Alenio. Scx., senador de Augusto, 442 (n. 69)
Papio Mútilo, M. (*cos. suff.* 9 d. C.), samnita, 442, 529, 611
Papirio Carbón, Cn. (*cos.* 85 a. C.), 29, 41, 44 (n. 5)
Parma, 126, 223
partinos, tribu iliria, 277
partos, 18, 56, 58, 268-269, 274, 277-278, 285, 289, 297, 317-318, 323, 325, 385, 423, 427, 475, 485 (n. 41), 522, 550, 575
Pasieno Rufo, L. (*cos.* 4 a. C. notable *novus homo),* 123
procónsul de África, 489 (n. 65)
relaciones con Salustio Crispo, 469 (y n. 78)
patavinitas, naturaleza de la, 594 ss
Patavium (Padua), 583;
conspirador de, 585 (y n. 11)
gazmoñería de, 568 (y n. 20), 569
opulencia, 594 ss
requisas en, 568-569
senador de, 442 (y n. 69)
total de caballeros en, 356 (n. 62)
pater patriae, 590, 636-637
patricios, 21, 30 ss
adiciones de Octaviano, 300 ss, 373 ss, 459-460
creados por Augusto, 480;
decadencia, 602 ss
del lado de César, 94-95
ideales y valores de los, 93-96
liberalismo de los, 95-96, 421-422
orígenes locales de los, 102 ss
patricios supervivientes en el 33 a. C., 300 ss
resucitados por:
César, 94-95
Sila, 93-94
patriotismo:
crecimiento del, en Italia, 350-351
en las colonias militares, 584-585
falsas apelaciones al, 199-200
norteitaliano, 569-570
romano, 538 ss
patronazgo, control del, 27-28, 48, 52 ss, 54 ss, 76-77, 138 ss, 297 ss, 391 ss, 451 ss, 482-483
Paulina, mujer de M. Ticio, 4462-463
pax, 10, 15 (n. 9), 19 (y n. 22), 197 ss, 272 ss, 463, 465, 530, 585, 611 (y n. 38), 634
paz, *véase pax*
Pedio, Q. (*cos. suff.* 43 a. C.):
emparentado con Mesala, 293
sobrino de César, 89 (n. 16), 165 (y n. 16), 235
su carrera, consulado, 233
Peduceo, C., caído en Módena, 290-291
Peduceo, Sex.:
legado de César, 88, 143, 249 (n. 72), 290-291
su familia, 88

Peduceo, T. (*cos. suff.* 35 a. C.), 251 (y n. 79), 611 (n. 33)
Peduceos, 290
peliños, 115, 119-121 (y n. 71), 243, 438, 442-443 (n. 71), 573
nomenclatura, 124
senadores de los, 120-121, 442-443
Pérgamo, 103, 345
Perperna, M. (*cos.* 130 a. C.), *novus homo* etrusco, 114, 123 (n. 81)
Perperna, M. (*cos.* 92 a. C.), su muerte, 86
Perperna, M. (coaligado de Sertorio), 165 (n. 20)
Perusa, lugar de origen de Pansa, 120
Guerra de, 254 ss
saco de, 264 ss, 570-571
Petreo, cesariano en Tesalia, 321 (n. 13)
Petreyo, seguidor de Pompeyo, 47 ss, 207
su experiencia militar, 483
Petronio, C., conocido sibarita, 136 (n. 24)
Petronio, P., *Praefectus Aegypti,* 414 (y n. 30)
Piceno:
alzamiento catilinario en él, 118-119
cesarianos, 122-123
como lugar de reclutamiento, 162-163
novi homines de Augusto, 441-442
otros hombres del Piceno, 92-93
partidarios de Pompeyo, 44, 47, 117-118, 171-172
región de la clientela de los Pompeyos, 43, 121 ss
se pasa a César, 69-70, 119-120
pietas, 199 (y n. 51) ss, 200 (n. 51), 207, 252, 260, 275 (n. 35), 283, 293, 278, 427, 546, 548, 555, 566, 589, 598
Pinario Escarpo, L.:
antoniano, 325 (n, 30), 329 (n. 46)
gobernador de Cirene, 376
pariente de César, 165 (y n. 16) ss
piratas, guerras contra los, 44, 91-92, 283
Pisa, concejo municipal patriota de, 509, 578, 637
Pisauro, 327 (y n. 37), 362
«piscinarii», 37 (n. 45)
Pisón, *véase* Calpurnio y Pupio
pitagorismo, 191, 272, 303-304
Pitodoro, de Tralles, 321, 335
Placentia (Piacenza), 108, 198, 450
Plancina, nieta de L. Munacio Planeo, 626 (n. 13)
Plancio, Cn., defendido por Cicerón, 118 (y n. 53)
Planeo, *véase* Munacio
Plautio, A. (*cos. suff.* 1 a. C.), 515 (n. 11)
Plautio Hipseo, P., candidato al consulado del 52 a. C., 57
Plautio Rufo, conspirador, 585 (n. 11)
Plautio Silvano, M. (*cos.* 2 a. C.), 470, 515 (n. 11)
en Illyricum, 487-488
descendientes, 612-613
legado de Galacia, 487-488
procónsul de Asia, 487-488, 530-531
Plautio Silvano Eliano, Ti. (*cos.* 45 d. C.), 612-613, 616-617
Plautios, 113-114, 487-488, 514-515
plebeyos, 21, 93-94
grandes familias plebeyas, 31 ss
orígenes locales, 112 ss
plebs (plebe):
venalidad y simpatías por César de la, 130 ss, 154, 180 ss
y por Augusto, 394-395, 453, 575 ss, 585-586
Plinio Rufo, L., seguidor de Sex. Pompeyo, 282 ss, 286-287
Plocio Tuca, amigo de Virgilio, 279 (n. 52)
Plotina, esposa de Trajano, 506
origen, 615 (n. 57)
Plotio Planco, L., proscrito, 242 (y n. 30)
plutocracia, 552-553, 559-560, 613 ss
enmascarada por el Principado, 427-428, 436-437
poetas, política de, 86 ss, 308 ss
«nuevos poetas», 309-310
y el gobierno, 308 ss, 562 ss
Pola, 442
Polemón, rey del Ponto, 318-319, 321 (y n. 18), 367, 445
política:
despego hacia la, 25-26, 124-125, 302 ss, 413 ss, 4432-443
verdadero carácter de la, 12, 15 ss, 22 ss, 153 ss, 195
véase también *quies*
Pompeya, esposa de César, 39
Pompeya, hija del Magno, 328

Pompeya Marulina, de Nemausus, 615 (n. 57)
Pompeya Plotina, de Ncmausus, 615 (n. 57)
Pompeyano, significado de, 388 (y n. 14), 568
Pompeyo, Cn. (*cos. suff.* 31 a. C.), 341 (n. 17)
Pompeyo, Sex. (hijo de Magnus), 764 (n. 89)
Bellum Siculum, 285 ss
cognomen de, 198-199
culto a Neptuno, 283
derrota y muerte, 282, 517-518
España, en, 133-134, 162-163, 177-178, 209-210, 300
parientes, 282, 517-518
paz de Puteoli (Pozzuoli), 275-276
pietas de, 198-199, 283
se apodera de las islas, 237-238
seguidores de, 282 ss, 327 ss
Sicilia, en, 2251 ss, 266, 268 ss
Pompeyo, Sex. (*cos.* 35 a. C.), 251 (n. 79) ss
Pompeyo Estrabón, Cn. (*cos.* 89 a. C.):
carácter y acciones, su, 43, 114-115
seguidores y clientela, 102-103, 117-118
Pompeyo Macer, procurator de Augusto, 434, 447
Pompeyo Macer, Q. (*pr.* 15 d. C.), 447 (n. 82)
Pompeyo Magno *(Magnus),* Cn. (*cos.* 70 a. C.):
actuación en 59-53 a. C., 51 ss
al estallar la guerra civil, 60-61, 63-64
aliados políticos, 44, 61 ss, 602 ss
alianza con Craso y César, 16 ss
carácter, su, 41, 175 ss
clientela provincial, 45 ss, 100-101, 319-320
cónsul único, 64; en 52-50 a. C., 56-57
control de las provincias, su, 51-52, 59-60
defensor de la República, como, 60-61
descendientes, 283, 517-518, 607 ss
dinasta oriental, 46, 75-76, 100-101, 319-320, 578-579
estrategia, su, 64-65, 118-120, 133-134
exagerados honores en Roma, 48
familia, 43 ss
libertos, 103-104, 469-470
matrimonios dinásticos, 48-49, 52-53, 57-58, 80-81
Miletópolis, en, 46
Mitilene, en, 103-104, 321-322
muerte, 70-71
origen y comienzos de carrera, su, 43 ss
parientes, 46
Pompeyo como precedente de Augusto, 386-387
popularis, como, 45, 85, 90-91
posición en 62 a. C., 46
rehabilitación póstuma, su, 387-388, 539
seguidor de Sila, 89-90
seguidores y legados, 47, 92-93, 117-118, 483-484
Pompeyo Paulino, cuñado de Séneca, 615 (n. 56)
Pompeyo Rufo, Q. (*cos.* 88 a. C.; 39, 43 (n. 2), 341 (n. 17)
Pompeyo Rufo, Q. (*tr. pl.* 52 a. C.), 341 (n. 17)
Pompeyo Teófanes, Cn.:
agente secreto, como, 497
cliente de Magno, de Mitilene, 52 (n. 46), 103 (y n. 80), 320
descendientes, 433-434, 446-447
historiador, como, 562
homenajeado en Mitilene, 322 (y n. 20)
Pompeyo Trogo, narbonense, secretario de César, 101, 107
Pompeyos, origen de los, 43
Pomponia, hija de Ático y esposa de Agripa, *véase* Cecilia Ática
Pomponio Ático, T., 25, 99, 185 (y n. 40)
ayuda a Servilla, 132-133, 241-242
estudios prosopogrúficos, 621 (y n. 75)
fincas en el Epiro, sus, 140
lecho de muerte de, 316
proscripciones, en las, 241 ss
rehúsa ayudar a los Libertadores, 132-133
relaciones con Antonio y Octaviano, 316
Pomptino, C., legado de Cicerón en Cilicia, 483 (n. 31)
Poncio Telesino, jefe samnita, 116 (n. 46)
pontifex Maximus:
asumida por Augusto, 574
conservada por Lépido, 546

dignidad de, 38, 40, 86 (n. 4), 94, 138 (n. 30), 141, 287
Ponto, reino cliente de, 35, 143, 252 (n. 81), 319-321 (n. 18), 325, 331, 367, 402 (n. 62), 445, 447 (n. 84)
Popea Sabina, esposa de Nerón, 612
Popedio Silón, marco, del séquito de Ventidio. 121 (y n. 72), 278
Popedio Silón, O., jefe marso, 115-116 (y n. 44)
Popeo Sabino, C. (*cos.* 9 d. C.), *novus homo,* 442 (n. 66), 533
hija, su, 611-612
legado de Moesia, 484-485, 533-534
origen, 441-442
Popeo Secundo, O. (*cos. suff.* 9 d. C.), *novus homo,* 441-442, 485, 530
solterón, 552-553, 610-611
populares, 23, 28, 85, 90, 99, 195
Porcia, mujer de L. Domicio Ahenobarbo (*cos.* 59 a. C.), 34 (n. 37), 38
Porcia, mujer de M. Calpurnio Bíbulo (*cos.* 59 a. C.), 37-38
casa con M. Bruto, 81, 149-150
Porcio Catón, C., enemigo de Polión, 122-123
Porcio Catón, L. (*cos.* 89 a. C.), 40-41
Porcio Catón, M., el Censor (*cos.* 195 a. C.), 40-41, 113-114
historiador, como, 621-622
terrateniente, como, 551-552
Porcio Catón, M. (*Uticensis*):
admite el soborno, 50.51, 130-131
carácter, 39 ss
César, contra, 50-51
dominado por Servilia, 37-38
elogios de Catón, 77-78, 177, 306 ss, 561 ss
en las guerras civiles, 64-71
estudios filosóficos, 79-80
influencia sobre Bruto, 80-81
líder de los *optimates*, como, 33-34, 37-38, 40-41
litigios contra Pompeyo y César, 41, 64-65
muerte, su, 70-71
no logra el consulado, 57-58
odia a los italianos y a los banqueros, 40-41
opone a Pompeyo, se, 49 ss
parentela, su, 33-38
partido, su, 62 ss, 326 ss, 603
reputación durante el Principado, 388-389, 619-620
su política en el 52 a. C., 56-57, 64-65
veredicto de Augusto, 391-392, 619-620
y los catilinarios, 39 ss
Porcio Catón, M., hijo de Catón el Uticense, 257
Porcio Catón, M. (*cos. suff.* 36 d. C.), delator, 603 (y n. 4)
Portentos, acerca de Octaviano, 577
Postumios, 89 (n. 15)
Pótamo, de Mytilene, 320 (y n. 13), 433 (n. 30)
Potentia (Potenza), 384 /y n. 2), 578
Precia, intrigante política, 469
praefecti:
ecuestres, 97, 430 ss
equitum, 431, 433, 484
praetorii, 435 (n. 40)
praefectus:
Aegypti, 366 (ns. 32, 33), 378, 414, 435, 501
annonae, 435, 492 (n. 77)
castrorum
classis, 169 (n. 32)
cohortis, 433 (n. 30)
equitum, 96 ss, 430-431, 483-484
fabrum, 97 (n. 54) ss, 310, 433
moribus, 74 (n. 21)
praetorii, 432-433 ss, 469-470
urbi, 492 (y n. 81), 532, 590
vigilum, 435, 491
pretoriana, guardia, 429-430, 432-433
véase también *praefectus praetorii*
Primo, M., procónsul de Macedonia, 404
proceso de, 408, 416-417
princeps:
optimus princeps, 636
salubris princeps, 387, 537, 636
significado del término, 21 ss, 389-390
princeps senatus, 374
Principado, de Augusto, 9 ss
carácter orgánico y personal, 393 ss, 637 ss
colegialidad, 412-413, 423-424, 527-528
«optimus status», 635-636
poderes del, 383 ss, 410 ss

sucesión al, 418-419, 422-423, 505 ss, 638-639
Principes:
como dinastas políticos, 16 ss
definición de, 21, 379-380
en comparación con Augusto, 379 ss, 492 ss, 506 ss
inadecuación de *principes* en el 43 a. C., 246-247 ss
función bajo Augusto, 366-367, 424, 473, 479-480
necesidad de su reforma moral, 539 ss
pérdida de las prerrogativas, 492-493
prerrogativas de los, 394-395
principes ideales, 53 ss, 184-185
rivales de Tiberio, 553-554
privato consilio, 197 (n. 37), 203
procónsules:
comportamiento de, en el Principado, 584 ss
con ejércitos bajo el Principado, 384-385, 402-403, 480-481
honores divinos para, 46, 321-322, 494, 578 ss
nombramiento de, bajo el Principado, 402 ss, 467-468, 481-482
peligro de, 378-379, 402-403
Proculeyo, C.:
caballero romano, 292 (y n. 49), 326 (n. 30), 364-365 (n. 21),
409 (y n. 16), 499
carácter y virtudes de, 409 (y n. 46) ss
procuradores, 443-444
proletariado, italiano, 27-28, 118 ss, 226-227, 428 ss, 629-630
propaganda:
contra Antonio y Cleopatra, 329 ss, 333-336, 353-354, 371 ss
de Octaviano, en 44 a. C., 149 ss, 154-155, 160-161
en el Principado, 561 ss
la poesía como, 308 ss, 562 ss
política, 195 ss, 259-260, 314-315
Propercio, 469b (y n. 79)
amigos y parientes, 468-469
origen y poesía, su, 570 (y n. 26)
sobre Cornelia, 571 (y ns. 32, 33)
Propercio Póstumo, C., senador de Augusto, 468-469, 572
proscripciones, 238 ss
provincias:
Accio, control después de, 38-369
adhesión en el 32 a. C., 356-357
asignación en el 44 a. C., 13-134, 138-139
Augusto de las provincias senatoriales, control de, 466 s, 495-496
14 d. C., control de, en el, 533-534
consulares y pretorias, 399 ss, 480-481
control de las:
en 60-58 a. C., 51 ss
en 50 a. C., 59 ss
en 44 a. C., 133-134
disposiciones de Antonio, 324-325
división en 27 a. C., 301 ss
lealtad al Principado, 583 ss
gobierno en el período triunviral, 378-379
provincias asumidas por Augusto, 480, 495-496
Triunviros, de los, 237-238, 258-259, 270-271
provinciales:
emperadores, como, 555-556
legiones, en las, 359-360, 558-559
riqueza de, 613-614
senado, en el, 106-107, 447-448
servicio ecuestre, en el, 447-448, 619-620
virtudes de, 570;
Ptolomeo Auletes, 54
Ptolomeo César, 330, 333 (n. 54), 339, 345, 366, 579
Ptolomeo Filadelfo, 319
publicani, 26, 92, 99-100
bajo el Principado, 432-433, 584585
Pulcro, *véase* Claudio
Pupio Pisón Calpurniano, M. (*cos.* 61 a. C.), 45, 49-50

Q

quies, 26 (n. 15), 442, 617-618, 634
Quincio, L., suegro de Polión, 243 (n. 32), 441 (n. 64)
Quincio Crispino Sulpiciano, T. (*cos.* 9 a. C.), 460 (n. 33)
amante de Julia, 519
Quintiliano, M. Fabio, sobre:

patavinitas, 594
sátira, la, 599
Quintilio Varo, último de la familia, 608
Quintilio Varo, P. (*cos.* 13 a. C.), 460 (n. 33), 514, 517 (y n. 12), 529
carácter, 625
familia de, 516-517, 529-530, 532-533
Germania, en, 526-527
hijo, su, 607-608
procónsul de África y legado de Siria, 489 ss
responsabilidad del desastre, 625
Quintilio Varo, Sex. (*q.* 49 a. C.), 248-249, 256-257
Quirinio, *véase* Sulpicio

R

Rabirio, poeta épico, 598 (y n. 70)
Rabirio, Póstumo, C., financiero:
ayuda a Octaviano, 168-170
importancia, 99 (y n. 65), 100 (n. 66)
no obtiene el consulado, 125
servicios a César, 110 (y n. 15)
Recia (Ractia), 431-435, 482 (n. 27)
rationarium imperii, 501
Reate, 47, 120 (n. 63), 431
«Rechtsfrage», escasa importancia de la, 68 (y n. 4)
reforma:
moral, necesidad de, 73-74, 410-411
rasgos dudosos de la, 552 ss
realizada por Augusto, 414-415, 538-539
religión:
control de, por Augusto, 501-502
grado de autenticidad, 547-548
realizada por Augusto, 414-415, 538-539
reformas, 546 ss
religiones extranjeras, 314-315, 546 ss
uso político de la, en Roma, 93-94, 314-315
Remio Palemón, gramático y viticultor, 551
renegados, 343-344, 426, 625 ss
representación:
necesidad de la, en política, 122 ss, 443-444
de Italia, en Roma, 120 ss, 122 ss
indirecta, 443-444, 636-637
República:
carácter real de, 426-427
restauración de la, 301 ss, 395-398
Republicanismo:
en el norte de Italia, 569-570, 584-585
en el Principado de Augusto, 391-392, 513, 619-620
verdadero carácter, 628-629
republicanos, bajo el Principado, 389-390, 409 ss, 423 ss, 513, 588-589, 626-627
res gestae, de Augusto, 546 (n. 33), 640 ss
su estilo literario, 593
res publica:
hecha realidad por el Principado, 629, 636
la opinión de César, 73 ss
una fachada, 23 ss, 123, 160, 396
res publica constituta, ideal de, 72 ss, 122-123, 204
res publica reddita, 396
res publica restituta, 396
reyes, de Roma, 82, 93-94, 11-114
Roso, 292 (n. 48)
riqueza, de senadores y caballeros en la República, 23-26
poseída por los seguidores de Antonio, 464 ss, 552-553
traspaso durante las proscripciones, 243 ss, 299, 353 ss, 427-428
Rómulo, 80 (n. 38), 233
culto e imitación de, 372 ss, 384, 577-578, 637-638, 641-642
Livio, en, 567 ss
Ennio, en, 637-638
Rubelio Blando, C., antepasado de Nerva, 613 (n. 49)
Rufila, supuesta amante de Octaviano, 338
Rufino, liberto de César, 103
Rufreno, legado de Lépido y ardiente antoniano, 237, 257 (n. 2)
rútulos, 39 (n. 57)

S

Sabina:
patricias familias de la, 111-112, 604-605

senadores de, 110-111, 119-120, 440-441
sacerdocios, como patronazgo, 293-294, 465 ss
Salasios, conquista de, 403
Salonino, hijo dudoso de Polión, 273, 277 (n. 41)
Salustio Crispo, C.:
alegaciones contra su carácter, 307-308
escritos históricos, sus, 305-306
estilo de historiador, 304 ss, 591 ss
expulsión del senado, 91-92, 304-305
gobernador de África Nova para César, 304-305
Historias, sus, 14, 591-592
In Ciceronem, 174 (n. 3)
las *Epistulae ad Caesarem senem,* 74 (n. 11), 305 (n. 22)
origen, 120, 513
retirado de la política, 143-144, 304-305
sobre:
César, y Catón, 307-308
naturaleza humana, la, 306-307, 629-630
libertas, 630-631
política romana, la, 28-29, 195
Pompeyo, 306-307
tribunado, 91-92
Salustio Crispo, C.:
carácter y servicios, 499-502
elimina a Agripa Póstumo, 535
hijo, su, 469
sobrino nieto del historiador, 469 (y n. 82), 470 (n. 82)
sus jardines, 465
Salustio Pasieno Crispo, C. (*cos.* 11, 44 d. C.), casa con dos princesas, 482
Salvia Titisenia, supuesta amante de Octaviano, 338
Salvidieno Rufo, Q., 123 (n. 82), 125, 156 (n. 31), 166 (y n. 18), 167, 169 (n. 31), 170, 231, 251-252, 254, 427, 451
Guerra de Perusa, en la, 261 ss
origen y nombre, 123-124, 165-166
traición y final, 269-270, 274-275, 409
Salvio Apro, P., *praefectus praetorii,* 435 (n. 40)
Salvio Otón, M., de Ferento, 440, 470
Salvio Otón, M., *véase* Otón, emperador
Samnio:
empobrecido por Sila, 116-117
en relación con Roma, 19, 116-117, 350-351
nomenclatura, 123 ss
senadores del, 116-117, 244-245, 438-439, 441-442
situación del, bajo Augusto, 549-550
Sanco, dios sabino, 111
Sanquinios, familia local, 111
Sardes, honra a los nietos de Augusto, 580
Saserna, 107 (n. 7), 168
sátira, 598-599
no ataca a los ricos y poderosos, 601
Sátiro, de Quersoneso, 320 (y n. 13)
Satrius, M., terrateniente picentino, 122 (n. 78)
Saxa, *véase* Decidio
Sejano, *véase* Elio
Seyo Estrabón, L.:
amigo de Augusto, 436, 620
familia de, 436, 469 ss, 532-533
praefectus praetorii, 501, 532 ss
Seleuco, almirante de Rhosus, 45, 292 (n. 48)
Sempronia, hija de Atratino, 329 (n. 44), 469
Sempronio Atratino, L. (*cos. suff.* 34 a. C.):
almirante de Antonio, 286, 328
procónsul de África, 401-402, 414-415
se pasa a Octaviano, 343-344
su familia y parientes, 328-329
Sempronio Graco, último de los Gracos, 604
Sempronio Graco, C. (*tr. pl.* 123 a. C.), 24
Sempronio Graco, Ti. (*tr. pl.* 133 a. C.), 23 ss, 82-83, 604
Sempronio Graco, Ti., amante de Julia, 519, 604
Sempronios, 31-32, 604
Senado:
Augusto, reclutamiento bajo, 425 ss, 452 ss
César, por, 104 ss
comités, 497 ss
debilidad en el 44 a. C., 129 ss, 207 ss
en el Principado, 501-502
entrada en él, 22, 211-212, 425, 452 ss
función real durante el Principado, 497
incrementado por:

Sila, 105, 108-109
triunviros, los, 246-247
pérdidas de provincias, 480 ss, 495 ss
poderes judiciales, 496
prerrogativas en la República, 194 ss, 203-204, 211-212
provincias, en 27 a. C., 384-385, 402-403
tamaño del, 22, 108 ss, 246-247, 425, 452
transformación durante el Imperio, 444 ss, 613 ss
Senadores:
como clase, 21 ss
con Octaviano en Accio, 356 ss
creados por:
Sila, 105
César, 105 ss
posición social, 107 ss
riqueza de los, 23-26, 173 ss
triunviral, 246 ss
senatus consulta, bajo el Principado, 496
Sentino, 262
Sentio Saturnino, C. (*cos.* 19 a. C.), 269 (n. 11), 281 (n. 1), 328, 404 (n. 71), 454 ss, 466
descendientes, 612-613
en el Rhin, 489-490, 530-531
legado de Siria, 485, 518-519
parentesco pompeyano, 282, 517-518
proceder como cónsul, 454
Sentio Saturnino Vétulo, proscrito, 282
Sertorio, Q., de Nursía, 30, 44, 47, 101-102
seguidores etruscos, sus, 166-167
senadores, de, 482 ss
servicio militar, de caballeros, 96-97, 430-431, 434-435, 482-483
Servilia, (segunda) esposa de Lúculo, 33-34
trampolín de promoción política, 457 ss
Servilia, esposa de Ap. Claudio Pulcro (*cos.* 54 a. C.), 37 (y n. 47), 63
Servilia (madre de Bruto), 24, 34 (y n. 37), 35 (n. 40), 37 (n.47), 41 (y n. 64), 95, 469
ambición e influencia, su, 37 (y n. 47), 95
aprovecha de las confiscaciones, se, 103-104
como casamentera, 81, 94-95, 602
conferencia de Anzio (Antium), en la, 149-150
enredo con César, 51, 81
odio a Pompeyo, su, 81, 104
recibe ayuda de Ático, 132.133, 241-242
Servilia, hija de Isúurico, prometida a Octaviano, 237 ss, 461 ss
casada con Lépido hijo, 284.285
muerte, su, 363-364
Servilio, hijo de P. Servilio Isáurico (*cos.* 48 a. C.), 604
Servilio Cepión, Q. (*cos.* 106 a. C.), 33 (y n. 35), 34 (y n. 37)
Servilio Cepión, Q. (*pr.* 91 a. C.), 33 (y n. 35), 34 (y n. 37)
Servilio Cepión, Q., tío de M. Bruto, 33 (y n. 35), 34 (y n. 37), 51 (n.42)
Servilio Vatia, P. (*cos.* 79 a. C.), 33 (y n. 35), 34 (y n. 37), 89 (n.18)
Servilio Vatia Isáurico, P. (*cos.* 48 a. C.):
ataca a Antonio, 175
carrera, carácter y parentescos, 94-95, 174 ss
descendientes, 363-364
disputa con Cicerón, 214-215, 228-229
elogiado por Cicerón, 207-208
nombrado emisario, 217-218
política, su, 171-173, 175, 18-187
procónsul de Asia, 141-142
relaciones con Octaviano, 228-229, 237 ss
seguidor de César, 94 ss, 171-172
su segundo consulado, 247-248, 259-260
Servilios, 31-32, 94-95, 11-112, 603
servilismo, aumento del, 193, 596-597, 620-621
Sestio, L. (*cos. suff.* 23 a. C.), 258 (n. 22), 410 (y n. 20), 414 ss
Sestio, P. (*tr. pl.* 57 a. C.), 410 (n. 20)
seviri, 578
Sextio, T., general cesariano, en África, 143, 249, 266 (y n. 55)
su superstición, 314
Sicilia:
capturada por Sex. Pompeyo, 238
concesión de la ciudadanía por Antonio, 331
conquistada por Octaviano, 284 ss

provincia senatorial, como, 402 (n. 62), 494 (n. 87)
Sicios *(Sittius)*, de Cales, 243 (n. 34)
Sitio, P., de Nuceria, 102, 243
Silano, *véase* Junio
Sitio, P. (*cos.* 3 d. C.), 489 (n. 61)
Silio A. Cecina Largo, C. (*cos.* 13 d. C.), 530 (n. 78), 533
Silio Nerva, P. (*cos.* 20 a. C.), 402 (n. 64), 454
como amigo de Augusto, 459-460
descendientes, 421-422, 611-612
legado de Hispania Citerior, 407 (n. 7)
mujer, su, 462-463
procónsul de Illyricum, 402 (n. 64), 476, 523-524
origen, 440-441
Sociedad:
clases, en Roma, 29 ss, 428-429, 445 ss, 625 ss
prejuicio contra, 22-23, 105 ss, 108-109, 430 ss, 434 ss
cambio social, 105 ss, 299, 313-314, 426 ss, 555 ss, 613 ss
soldados romanos, 35;
apartados de la política, 340 ss
clientes del Princeps, 429-430
comportamiento en guerras revolucionarias, 200 ss, 226-227, 313-314
condiciones del servicio, 475 ss
posición social de los, 27-28, 558 ss
vía de promoción durante el Principado, 429 ss
virtudes de los soldados campesinos, 548-549
Sosio, C. (*cos.* 32 a. C.), *novus homo* y seguidor de Antonio, 250-251 (n. 76), 280
Accio, en, 360 ss
construye el templo de Apolo, 297
en 32 a. C., 338-339, 340
hija, su, 610 (y n. 32)
legado de Siria, como, 278, 323, 326 (n. 30), 327 (y n. 37)
origen, su, 250-251
superviviente, como, 426
Zacinto, en, 277 (y n. 43), 278
Sosio, Q., incendiario del Piceno, 250-251
Sotidius Strabo Libuscidius, Sex., prodigio de nomenclatura, 440
spolia opima, 376 (y n. 70)
Stendhal, comparado con Polión, 593
Suesa Aurunca, 46
Suetonio, sobre la restauración de la República, 397
Sulla (Sila), 119 (y n. 58), 120 (n. 64), 121 (n. 70), 353-354, 573-574
véase también Cornelio Sulmona (Sulmo),
Sulpicio Galba, C. (*cos. suff.* 5 a. C.), 460 (n. 34), 461 (n. 36), 470
Sulpicio Galba, Ser., legado de César, 92 (n. 32), 126
Sulpicio Galba, Ser. (*cos.* 33 d. C.), *véase* Galba, emperador
Sulpicio Quirinio, P. (*cos.* 12 a. C.), 292 (n. 49), 459, 479, 512, 518, 529-530, 552-553
atribución del *Titulus Tiburtinus,* 486-487
carrera, su, 486-487
censo de Judea en el 6 d. C., su, 486-487
esposas patricias, 462 ss
familia, 518-519
Gayo César en Oriente, con, 523-524
Guerra Homonadense, la, 486-487
leal a Tiberio, 523-524, 529-530
legado de Siria, 530-531
su origen, 440-441
riqueza, 464 ss
sin hijos, 610-611
Sulpicio Rufo, P. (*tr. pl.* 88 a. C.), 90 (y n. 23)
Sulpicio Rufo, P., cesariano, 90 (y n. 23)
Sulpicio Rufo, Ser. (*cos.* 51 a. C.), como cónsul, 58 (n. 69), 63 (n. 87), 64
actitud en el 43 a. C., 143-144, 213
familia, 88-89, 171-172
muerte, 213-214
neutral en la Guerra Civil, 63-64
Sulpicios, 31-32, 625
superstición, expansión de la, 272, 314-315, 576-577
Syria (Siria):
Agripa enviado a ella, 413-414
en 44-43 a. C., 138-139, 143-144, 160-161, 215-216
durante el Triunvirato, 268, 277-278, 324-325

gobernadores, 52-53, 138-139, 143-144, 215-217, 267, 374-375, 398 ss, 403, 409-410, 485-490, 521-522, 530-531, 533-534
manos de Craso, en, 54-55
provincia de Augusto, en la, 383-385

T

Tácito, Cornelio, el historiador:
Anales, sus, 9, 12, 620-621, 632-633
como historiador tradicionalista, 14, 16-18, 513
comparación con:
Juvenal, 598
Lucano, 621-622
desagrado de los dinastas políticos, 17-18, 539, 629 ss
Historias, 14, 620 (n. 71);
monárquico pesimista, 631-632
origen, su, 601
sobre:
Augusto, 12
la decadencia de la oratoria, 630-631
la legislación moral, 555-556
la *Libertas,* 194 ss
la restauración de la República, 399-400
la virtud y el vicio, 135 ss
las guerras civiles, 16-17
los resultados de la guerra civil, 339, 620-621, 629-630
Nerva y Trajano, 632-633
Pompeyo, 17-18
república y monarquía, 626 ss
Tario Rufo, L. (*cos. suff.* 16 a. C.), *novus homo,* 292 (n. 49), 362, 404 (n. 71), 441, 476 ss, 518 ss
Accio, en, 361-362
Macedonia, en, 458-459
origen, 440-441
quizá procónsul de Illyricum, 403-404
riqueza, 464-465
Tarquinios, 31, 77, 81, 114
Tarraco (Tarragona), altar, 579 (n. 62), 580
Tarraconensis, *véase* Hispania Citerior
Tauro, *véase* Estatilio
Teidio, Sex., senador oscuro, 124 (n. 84)
Templos:
Augusto repara, 546-547
construidos por *viri triumphales,* 297-298, 490-491
Teófanes, *véase* Pompeyo Teófanes
Teopompo, amigo de César, 320 (y n. 13), 321 (y n. 17)
teoría política:
Cicerón, de, 183 ss, 389 ss
inadecuaciones de la, 154 ss, 392-393
respecto al Principado, 390-391, 632 ss
Salustio, de, 195, 305 ss, 629-630
Tácito, de, 626 ss
y la unificación de Italia, 444-445
Terencia, mujer de Cicerón, 38 (n. 53), 94-95
Terencia, mujer de Mecenas, 292 (n. 49), 409, 436
belleza de, 418
escándalo sobre, 338 (n. 6), 418, 553
Terencia, madre de Lucio Sejo Estrabón, 469
Terencio Culeón, Q., legado de Lépido, 224 (n. 7)
Terrasidio, T., oficial de César, 119 (n. 58)
Tertula, mujer de M. Craso (*cos.* 70 a. C.), 35 (n. 41)
Tertula, pretendida amante de Octaviano, 338 (y n. 6)
Thermus, *véase* Minucio Termo
Tesalia, cesarianos en, 103 (n. 81), 112, 143, 329 (n. 44)
Tiberio, hijastro de Augusto y Emperador (Ti. Claudius Nero), 283, 417 (y n. 39)
actitud hacia:
la aristocracia, 421-422, 447-448
los *novi homines,* 529-530
adopción, 524 ss
afinidades pompeyanas, 517-518
amigos y partidarios, sus, 467-468
carácter, su, 507 (y ns. 36, 37)
casado con:
Julia, 461
Vipsania, 421 (y n. 56), 461
detesta el servilismo, 421 (y n. 56) ss
dificultad de su posición como emperador, 618, 638 ss
edita las *Res Gestae,* 639 ss
en los Alpes e Illyricum, 476 ss
en 6-9 d. C., 525 ss

estilo literario, su, 592-593
poderes en 13 d. C., 527-528
republicanismo, 421 (y n. 56), 509-510 (n. 45)
retiro a Rodas, 478-482 (n. 18), 505-504, 507-508, 521 ss
sucesión, 534 ss
Tibur (Tivoli), 113, 163, 242, 485 (n, 41), 487 (n. 54)
Ticida, L., amante de una Metela, 87 (n. 8)
Tierra, 103, 370-371
Ticio, senador cesariano, quizá de España, 108 (n. 10)
Ticio, M. (*cos. suff.* 31 a. C.):
Accio, en, 361-362
antoniano, como, 281, 322-323, 325 ss, 343-344
bajo el Principado, 401-402, 426
ciudad a su nombre, 342-343
deserta de Antonio, 343-344
impopularidad, su, 459-460, 585-586
legado de Siria, 485-486
proscrito, 242
Sex. Pompeyo, con, 286-287
sin descendientes, 610-611
su mujer, 462-463
Titurio Sabino, Q., legado de César, 92 (n. 32)
tota Italia, 115, 117, 337 ss, 570, 575
Torio Flaco, procónsul de Bitinia, 369 (n. 45)
Tracia como reino cliente, 476, 584
guerra en, 486-487
Trajano, emperador, 506, 613, 633, 635
su mujer, 506, 615
Tralles, 321, 500 (n. 17)
Traspadana:
adhesión, 107
méritos y virtudes, 442, 569
reclutas de la, 557 ss
senadores de la, 106-107, 441 ss
Trebeleno Rufo, senador de Concordia, 442 (n. 69)
Trebonio, C. (*cos. suff.* 45 a. C.):
hijo de un caballero, 126
legado de César, 125 (n. 90)
procónsul de Asia, 14134, 143
sin descendientes, 610
sino, su, 216-217
Treya, 438-439 (y n. 53)
Tremelio Escrofa, Cn., terrateniente y amigo de Varrón, 47 (n. 15)
tribunado, 28-30, 39, 48, 104, 154, 195, 412 (n. 24), 437
tribunos:
sacrosantidad, 289, 412
uso de, por los dinastas, 44, 47, 51-52
tribunicia potestas, 55, 376 (y n. 69), 412-413, 422, 475, 507, 521, 526, 542, 642
triunfos:
Accio, tras, 369-370
no a los senadores, 493-494
Triunvirato, en el, 297-298
Triunvirato:
fecha de caducidad, 280, 339 (y n. 11), 339
fundación, 237 ss
méritos del, corno forma de gobierno, 423-425
reforzado en Brindis, 271 ss
renovado en Tarento, 280
Troya:
descendencia troyana de los Julios, 388, 456-457, 564-565
no ha de ser reconstruida, 3373 (y n. 58)
Tucídides:
imitado por Dión Casio, 196 (y n. 32)
Polión, por, 594
Salustio, por, 305-306
sobre la guerra civil, 196 (y n. 32)
Tulia, hija de Cicerón, 95
Turio, L., senador oscuro, 109 (n. 11)
Turranio, C., *paefectus annonae,* 435 (n. 40), 447 (n. 84), 492 (n. 77), 501,
533-534 (n. 101)
Turrianio, C. (*pr.* 44 a. C.), persona oscura, 120
Turranio Grácil, de España, 447 (n. 84)
Turulio, D., asesino de César, 125, 258 (n. 22), 328 (y n. 43), 366 (y n. 29)
Túsculo, 104, 113 (y n. 32), 114, 118 (y n. 53), 441 (n.65)

U

Ulpio Trajano, M. (*cos.* 91 d. C.), *véase* Trajano, emperador
Umbría, actitud de, en el *Bellum ltalicum,* 115-116

hombres de Umbría, 260, 262, 352, 439
Urbinia, herederos de, defendidos por Polión, 242 (n. 31)
Urbino, 242 (n. 31), 430
Urbs Salvia, 579 (n. 59)
Urgulania, amiga de Livia, 470 (y n. 84)
Urgulanila, prometida a Claudio, 515

V

Valeria Mesalina, 611, 618
su linaje, 608
Valerio Asiático, D. (*cos.* II d. C. 46), de Vienna (Vienne), 107 (n. 8), 615 (n. 55)
Valerio Catón, poeta cisalpino, 309
Valerio Flaco, L., legado de L. Pisón en Macedonia, 483 (n. 31)
Valerio Mesala, M. (*cos. suff.* 32 a. C.), 300 (n. 5), 341
Valerio Mesala, Potito (*cos.* 29 a. C.). 300 (n. 5)
Valerio Mesala Barbado Apiano, M. (*cos.* 12 a. C.), 456 (n. 15), 461 (n. 35), 462-463 (ns. 40, 43), 516 (y n. 12), 517 (n. 17)
Valerio Mesala Corvino, M. (*cos.* 31 a. C.)
alegaciones contra Antonio, 292-293
antoniano, 257-258, 292-293
campaña contra los salasios, 403
como:
orador, 302-303, 457-458
protector de las letras, 562-563, 591-592
republicano, 248-249
defensor de la monarquía, 625 ss
descendientes, 607-608
en Galia y Siria, 368-369, 377-378
libertad de expresión, 589-590
parientes y amistades, 248-249, 294-295, 328.329, 340-341, 515-516, 519-520, 607-608
propone el título de *pater patriae*, 501-502
rechaza ser *praefectus urbi*, 492-493
repara la Vía Latina, 490-491
se une a Octaviano, 292-293, 300, 448-449
sobre historia de familia, 460-461
su consulado, 339-341, 361-362
sus memorias, 592-593
Valerio Mesala Corvino, M. (*cos.* 58 d. C.), 608 (n. 21)
Valerio Mesala Mesalino (*cos.* 58 d. C.), 458, 516 (n. 12), 531
Valerio Mesala Rufo, M. (*cos.* 53 a. C.):
consular en desgracia, 86 (n. 5), 95 (n. 42)
escritos, 461 (n. 35)
su larga vida, 207 (n. 3), 502
Valerio Mesala Voleso, L. (*cos.* 5 d. C.), procónsul sanguinario, 585 (n. 5), 625 (n. 8)
Valerio Nasón, senador de Verona, 442 (n. 69)
Valerio Troucilo, C., narbonense, amigo de César, 101, 107 (y n. 8)
Valerios, 21, 12 ss, 300, 462-463
Valgo, terrateniente del Samnio, 441 (n. 64)
Valgio Rufo, C. (*cos. suff.* 12 a. C.), 441 (n. 64), 459 (y n. 29)
Vario Cotyla, antoniano, 238 (n. 10)
Vario Gémino, Q., primer senador peliño, 443
Vario Rufo, L., poeta, 279 (n. 52), 312
Varrón, M. Terencio:
amigos, sus, 35 (n. 40)
experiencia militar, 47, 483-484
obras literarias, 303 ss, 311-312
proscrito, 242, 303-304
riqueza, 242
seguidor pompeyano y erudito, 35 (n. 40)
Varrón, M. Terencio, legado de Siria:
atestiguado en el 25 a. C., 403 (n. 69)
legado de Siria, 409-410, 413-414
Varrón, P. Terencio, poeta narbonense, 311
Varrón Lúculo , M. Terencio (*cos.* 73 a. C.), 35 (n. 40), 47, 86
Varrón Murena, A. Terencio (*cos.* 23 a. C.), 292 (n. 49), 398, 403, 408, 435 ss, 617-618
conspiración y muerte de, 408 ss
problema de su nombre completo, el, 398-399
su hermano, legado de Siria, 403, 409-410, 413-414
Vasio, 615 (n. 56), 616
Vatinio, P., de Reate, 120
Vatinio, P. (*cos.* 47 a. C.):
atacado por los poetas, 87 (n. 8), 309
capacidad oratoria, 224

como:
cónsul, 125 (n. 90)
tribuno, 91 (y n. 24)
origen, su, 120 (y n. 63)
pretendidos vicios y excesos, 189 ss
procónsul de Illyricum, 145, 208, 216
relaciones con Cicerón, 184, 193
triunfo, su, 247
Vedio Polión, P.:
actividades en Asia, 5500 (y ns. 15, 17)
amigo ecuestre de Augusto, 418, 553
lujo escandaloso, 500 (y ns. 15, 17)
Vediovis, venerado por los Julios, 94 (n. 3), 554 (n. 59)
Vehilio, M. (*pr.* 44 a. C.), 120 (n. 67)
Veleyo, C., abuelo de Veleyo Patérculo, 468
Veleyo Patérculo, C.:
falta de honestidad en su historia, 462 (y ns. 72, 73, 74), 597 ss
familia, 467 ss
la subida al trono de Tiberio, 525 (ns. 54, 57)
M. Lolio, 522 (y ns. 40, 41, 45)
origen, su, 438 (y n. 51)
regreso de Tiberio, 525-526
servicio militar, 444 (n. 74), 438 (y n. 51), 522 (y n. 40), 467 ss
sobre la:
partida de Tiberio, 510 (n. 45)
restauración de la República, 397 (y n. 43)
sus dudosos veredictos, 597 ss
Ventidio, P. (*cos. suff.* 43 a. C.):
como tipo de *novus homo,* 251-252 (n. 81)
consulado, en, 237
contra los partos, 274
Galia, en la, 237-238 (n. 10), 262-265
Guerra de Perusa, en la, 261 ss
mulero, 121 ss
nomenclatura, 124 (n. 83)
origen y comienzos de carrera, 96 ss
primeros servicios a Antonio, 163, 221 ss
su triunfo, 276, 278, 297
Ventidios, 121 (n. 72), 122
Venus Genetrix, 150 , 576
Venus Victrix, 91 (n. 26)
Venusia, 246 (n. 51), 312, 374 (n. 64)
Vcrginio Rufo, L. (*cos* 63 d. C.), de Mediolanium, 616 (y n. 59)
Verona, 101, 309 (y n. 36), 442 (y n. 69), 443 (n. 72)
Verres, C., 36 (n. 43), 245
Vespasiano:
emperador, 471, 506, 556
origen y antepasados, 111, 431 (y n. 22)
y los *nobiles,* 617
Vespasias, en territorio sabino, 119
Vespasio Polión, oficial ecuestre, 440
Vespasios, de Nursia, 111
Vestini, senador de los, 440 (n. 56)
veteranos:
adhesión de los, 27-28
cambios de bando, 200 ss
César, de, 131-132, 153-154, 313-314
como pequeños capitalistas, 550-551
elemento conservador, 584-585
medidas de Augusto, 428-429
pacifismo de los, 226-227
previsiones para los, 131-132, 245-246, 258 ss, 371-372, 428-429
privilegios especiales, 299
romanos comparados con los helenísticos, 307-308
Sila, de, 116-117
sobornados por Octaviano, 160-161
Vetio, el picentino, criatura de Sila, 307
Vetio Escatón, marso empobrecido, 121 (n. 69)
vías:
cuidado y reparación de las, 490-491
Domicia, 493
Emilia, 493
Flaminia, 236, 490
importancia en la política militar, 502 ss
Latina, 490-491
Vía Egnatia, 253, 359-360, 400-401
Vibidio, *novus homo* de mala reputación, 571
Vibieno, C., senador oscuro, 1324 (n. 84)
Vibio Hábito, A. (*cos. suff.* 8 d. C.), *novus homo* de Larino, 442 (n. 67)
Vibio Pansa Cetroniano, C. (*cos.* 43 a. C.):
actitud en el 44 a. C., 130, 148, 171 (y n. 40)
carácter y política, 171 (y n. 40)
cónsul, como, 205-206 (n. 1), 211, 217
en la Guerra de Módena, 218-219 (y n. 40)
mujer, su, 171 (y n. 40)

nombre y origen, 94-95, 120
novus homo cesariano, 97 (y n. 55)
pretendido consejo en su lecho de muerte, 223
sin descendientes consulares, 610
Vibio Póstumo, C. (*cos suff.* 5 d. C.):
Illyricum (*también* Ilírico), en, 531
novus homo de Larino, 442 (n. 67), 531 (y n. 87)
vibios Viscos, quizá de Brixia (Brescia), 442 (n. 69), 529, 611
Vibo, 246 (n. 51)
vicio, acusaciones de, 27, 59, 92, 136, 163, 189 ss, 338, 518 ss, 526 ss, 586 ss, 624
vicomagistri, 249 (n. 72), 574, 643
Victoria Augusta, 576
Vianna (Vienne), 615
vigiles (*también praefectus vigiles*), 435 (n. 40), 491
Vindex Libertatis, 197, 374, 575
Vinicio, L. (*cos. suff.* 33 a. C.), 243 (n. 39), 251, 298 (y n. 71)
Vinicio, L. (*cos. suff.* 5 a. C.), 458 (n. 25) ss
Vinicio, NI. (*cos. suff.* 19 a. C.):
actitud hacia Tiberio, 518-519
amigo personal de Augusto, 459
consulado, su, 412
descendientes, 611 ss
Germania, en, 480 (n. 22), 489 (y ns. 61, 63) , 526 (y n. 59)
Galia, en la, 403 (n. 67), 415 (n. 33)
Ilyricum, en, 402 (n. 64), 477 (y n. 14), 484-488
larga carrera militar, 458 (n. 25), 503
nada se sabe para su descrédito, 623 ss
novus homo, su origen, 243 (y n. 39), 441
patronazgo, su, 468 (y n. 77)
quizá procónsul de Macedonia, 404 (n. 71)
reaparición tras el 6 a. C., 512
Vinicio, P. (*cos. suff.* 2 d. C.), 458 (n. 26)
Vinicios, de Cales, 243 (y ns. 34, 39), 353, 468
Vipsania, hija de Agripa:
casa con:
Asinio Galo, 461, 627
Tiberio, 316 (n. 58), 421
divorciada, 461
Vipsanio Agripa, M. (*cos.* 37 a. C.), 125, 166 ss, 235, 251-252, 406, 411-413
ambiciones, 419 ss
Apolonia, en, 165-166
Bellum Siculum, en el, 285 ss
carácter, 411-412, 419 ss
casa con Cecilia, 294-295
consulado, 452
desagradable a los *nobiles,* 420-421
en el 28 a. C., 373-374
en la:
Galia, 281, 285-286
Guerra de Perusa, 261 ss
escribe memorias, 420-421
España, en, 407, 475, 558-559
Guerra de Accio, en la, 360-361
honores rechazados o aceptados, 293-294
Illyricum, en, 296-297, 477-478
junto al lecho de muerte de Ático, 315-316
labor en acueductos, 297-298
matrimonios, sus, 294-295, 461-463
muerte, 477-478
odia a Mecenas, 417-418
Oriente, en, 412 ss, 418-419, 453, 475-476
origen y nombre, 165-166
poderes constitucionales de, 412-413, 475
posición tras el 23 a. C., su, 412-413
proverbio favorito, su, 419-420
relaciones con Tiberio, 421-422
republicanismo, 420-421
riqueza, 464-465
veredicto favorable sobre Agripa, 420-421
Virgilio Marón (Virgilius Maro), P.:
Catilina y Catón, 388-389
Égloga Cuarta, la, 272 ss
Églogas, las, 311
Eneida, la, 388-389, 564 ss;
Eneida como alegoría, la, 564 ss
Geórgicas, las, 367 (n. 35), 371 (y n. 52), 373 (n. 61), 373 (n. 67), 539 (n. 6), 549 (n. 49), 550-551, 565
ideas sobre Octaviano después de Accio, sus, 371
Mecenas, con, 310 (y n. 41), 311 (y n. 44), 312
patriotismo norte- italiano, 370-371
Pompeyo y César, 388-389

relaciones con Polión, 272 ss, 310 (y n. 41), 311 (y n. 44), 312
Tarento, en, 279 (n. 52)
Troya, sobre, 372-373
Italia, 550-551, 564 ss
viri militares, como legados, 484
viri triumphales, 297 (n. 69), 401, 480, 493
Viriasius Nasón, P., senador augústeo, 439-440 (n. 56)
«Virtudes» cardinales, de Augusto, 384, 572 ss, 587 ss
virtus, 80, 95, 186, 188, 199, 257, 420, 542, 548, 553, 601, 620, 627
Viselio Varrón, C. (*cos. suff.* 12 d. C.), *novus homo*, 442 (n. 68)
Visidio, L.:
esfuerzos patrióticos en el 43 a. C., 214, 353
magnate local, 111 (y ns. 17, 21)
origen y dios familiar, 111 (y n. 17, 21)
protege a Cicerón en el 63 a. C., 118
Vitelio, L. (*cos.* 34 d. C.), 136 (n. 24), 471
su carrera de adulación, 614 (y ns. 51, 53)
Vitelio, P.:
alegaciones sobre su familia, 111
procurador de Augusto, 434
sus cuatro hijos, 440
Vitelios, de Nuceria, 111
Vitulasius Nepote, Sex. (*cos. suff.* 78 d. C.), su origen, 440 (n. 56)
Volaterra (Volterra), 116 (y n. 47), 181, 441 (n. 65)
Volcacio Tulo, L. (*cos.* 33 a. C.), 298 (n. 71), 571 (n. 32)
Volceyos, en Lucania, 293 (n. 55)
volscos, 47 (n. 19), 111, 118
Volsinies, 436
Voltacilio Pitolao, liberto historiador, 308 (n. 34)
Volumnia, liberta famosa, 310 (n. 42)
Volumnio Eutrápelo, P., amigo de Antonio, 245 (n. 46), 310 (n. 42)
Voluseno Cuadrado, C., oficial cesariano, 97, 433
Volusio, Q., pariente de Tiberio, 517 (n. 20)
Volusio Saturnino, L. (*cos. suff.* 12 a. C.), 441, 465 (y n. 56), 517 (y n. 20)
relacionado con Tiberio, 517 (y n. 20)
descendientes, 612
Volusio Saturnino, L. (*cos. suff.* 3 d. C.), 634 (n. 48)
Vulcanius, *haruspex*, 239 (n. 13), 272 (n. 21)

X

xenofobia, 313-314

Y

Yugurta, 1103, 305

Z

Zacinto, 277 (y n. 43)
Zenón, de Laodicea, 318

Índice

Prólogo VII

Prefacio 1

Nota a la segunda edición. 5

Abreviaturas de libros y revistas 7

I. Introducción. Augusto y la historia 9
II. La oligarquía romana 21
III. La hegemonía de Pompeyo. 43
IV. César, Dictador 67
V. El partido cesariano. 85
VI. Los nuevos senadores de César 105
VII. El cónsul Antonio 127
VIII. El heredero de César 145
IX. La primera marcha sobre Roma 159
X. El viejo estadista 173
XI. Consignas políticas 189
XII. El senado contra Antonio. 205
XIII. La segunda marcha sobre Roma 221
XIV. Las proscripciones 235
XV. Filipos y Perusa 253
XVI. La supremacía de Antonio 267
XVII. El ascenso de Octaviano 281
XVIII. Roma bajo los triunviros 299
XIX. Antonio en Oriente 317
XX. *Tota Italia* 337

XXI. *Dux* 359
XXII. *Princeps* 383
XXIII. La crisis del partido y del Estado 405
XXIV. El partido de Augusto 425
XXV. El patronazgo en acción 451
XXVI. El gobierno 473
XXVII. El gabinete 495
XXVIII. La sucesión 511
XXIX. El programa nacional 537
XXX. El encauzamiento de la opinión pública 561
XXXI. La oposición 583
XXXII. La perdición de los *nobiles* 601
XXXIII. *Pax et Princeps* 623

Apéndice. Los cónsules 643

Relación de obras citadas 649

Árboles genealógicos 655

Índice onomástico y analítico 665